

Clásicos

Fiódor Dostoyevski

Los hermanos Karamazov

En *Los hermanos Karamazov*, última obra y síntesis monumental de su pensamiento y de su arte, desarrolla su íntimo convencimiento de la necesidad de un cambio radical en los destinos sociales y morales de la humanidad. El autor plasma un trágico cuadro de la sociedad de su tiempo y denuncia la corrupción engendrada por el poder del dinero, las pasiones incontroladas, el egoísmo y la ignominia espiritual.

Esta novela —la última obra del gran escritor— expone un cuadro acabado de la sociedad rusa de mediados del siglo XIX. Dostoyevski es el maestro por excelencia en pintar con palabras cómo las personas establecen relaciones perversas, se manipulan y corrompen por dinero, y manifiestan pasiones bestiales. La muerte de Karamazov —un terrateniente cruel y cínico — hace recaer la sospecha sobre dos de sus hijos, que tienen más de un motivo para odiar a su padre. El tercer hijo, Aliosha, bondadoso y puro, está libre de todo cargo y se proyecta hacia el futuro.

En esta novela se resume la preocupación filosófica y religiosa de Dostoyevski: la hermandad universal, la salida de una Rusia "bárbara" y la recuperación de un verdadero sentimiento religioso.

Lectulandia

Fiódor Dostoyevski

Los hermanos Karamazov

ePUB v1.0

Horus01 16.03.12

Título original: Братья Карамазовы - Brat'ia Karamázovy
Fecha de publicación: noviembre de 1880



A Ana Grigorievna Dostoyevski

«En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo caído en la tierra no muere, queda solo; pero si muere, produce fruto.»

SAN JUAN 12, 24-25

Prefacio

Al abordar la biografía de mi héroe, Alexei Fiodorovitch, experimento cierta perplejidad: aunque le llamo «mi héroe», sé que no es un gran hombre. Por lo tanto, se me dirigirán sin duda preguntas como éstas: «¿Qué hay de notable en Alexei Fiodorovitch para que lo haya elegido usted como héroe? ¿Qué ha hecho? ¿Quién lo conoce y por qué? ¿Hay alguna razón para que yo, lector, emplee mi tiempo en estudiar su vida?»

La última pregunta es la más embarazosa, pues la única respuesta que puedo dar es ésta: «Tal vez. Eso lo verá usted leyendo la novela. » ¿Pero y si, después de leerla, el lector no ve en mi héroe nada de particular? Digo esto porque preveo que puede ocurrir así. A mis ojos, el personaje es notable, pero no tengo ninguna confianza en convencer de ello al lector. Es un hombre que procede con seguridad, pero de un modo vago y oscuro. Sin embargo, resultaría sorprendente, en nuestra época, pedir a las personas claridad. De lo que no hay duda es de que es un ser extraño, incluso original. Pero estas características, lejos de conferir el derecho de atraer la atención, representan un perjuicio, especialmente cuando todo el mundo se esfuerza en coordinar las individualidades y extraer un sentido general del absurdo colectivo. El hombre original es, en la mayoría de los casos, un individuo que se aísla de los demás. ¿No es cierto?

Si alguien me contradice en este último punto diciendo: «Eso no es verdad», o «Eso no es siempre verdad», ello me animará a creer en el valor de mi héroe. Pues yo juzgo que el hombre original no solamente no es siempre el individuo que se coloca aparte, sino que puede poseer la quintaesencia del patrimonio común aunque sus contemporáneos lo repudien durante cierto tiempo.

De buena gana habría prescindido de estas explicaciones confusas y desprovistas de interés y habría empezado sencillamente por el primer capítulo, sin preámbulo alguno, diciéndome: «Si mi obra gusta, se leerá. » Pero lo malo es que presento una biografía en dos novelas. La principal es la segunda, donde la actividad de mi héroe se desarrolla en la época presente. La primera transcurre hace trece años. En realidad, sólo se recogen en ella unos momentos de la primera juventud del héroe; pero es indispensable, pues, de no existir esta primera novela, muchos detalles de la segunda serían incomprensibles. Pero todo esto no hace sino aumentar mi confusión. Si yo, como biógrafo, considero que una novela habría bastado para presentar a un héroe tan modesto, tan poco definido, ¿cómo justificar que lo presente en dos?

Como no confío en poder resolver estos problemas, los dejo en suspenso. Ya sé que el lector, con su perspicacia, advertirá que ésta era mi finalidad desde el principio y me reprochará haber perdido el tiempo diciendo cosas inútiles. A eso responderé que lo he hecho por cortesía, aunque también he procedido con astucia,

ya que he prevenido al lector. Por lo demás, me complace que mi novela se haya dividido por sí misma en dos relatos, «sin perder su unidad». Una vez que conozca el primero, el lector decidirá si vale la pena empezar el segundo. Evidentemente, cada cual es dueño de sus actos, y el lector puede cerrar el libro sin pasar de las primeras páginas del primer relato y no volverlo a abrir. Pero hay lectores de espíritu delicado que quieren llegar hasta el fin para no caer en la parcialidad. Entre ellos figuran todos los críticos rusos. Uno se anima al verse frente a ellos. A pesar de su táctica metódica, les he proporcionado un argumento de los más decisivos para dejar la lectura en el primer episodio de la novela.

Con esto doy mi prefacio por terminado. Convengo en que podría haber prescindido de él. Pero ya que está escrito, conservémoslo.

Y ahora, empecemos.

EL AUTOR

Primera parte

LIBRO PRIMERO

HISTORIA DE UNA FAMILIA

I. Fiodor Pavlovitch Karamazov

Alexei Fiodorovitch Karámazov era el tercer hijo de un terrateniente de nuestro distrito llamado Fiodor (Teodoro) Pavlovitch, cuya trágica muerte, ocurrida trece años atrás, había producido sensación entonces y todavía se recordaba. Ya hablaré de este suceso más adelante. Ahora me limitaré a decir unas palabras sobre el «hacendado», como todo el mundo le llamaba, a pesar de que casi nunca había habitado en su hacienda. Fiodor Pavlovitch era uno de esos hombres corrompidos que, al mismo tiempo, son unos ineptos —tipo extraño, pero bastante frecuente— y que lo único que saben es defender sus intereses. Este pequeño propietario empezó con casi nada y pronto adquirió fama de gorrista. Pero a su muerte poseía unos cien mil rublos de plata. Esto no le había impedido ser durante su vida uno de los hombres más extravagantes de nuestro distrito. Digo extravagante y no imbécil, porque esta clase de individuos suelen ser inteligentes y astutos. La suya es una ineptitud específica, nacional.

Se casó dos veces y tuvo tres hijos; el mayor, Dmitri, del primer matrimonio, y los otros dos, Iván y Alexei, del segundo. Su primera esposa pertenecía a una familia noble, los Miusov, acaudalados propietarios del mismo distrito. ¿Cómo aquella joven dotada, y además bonita, despierta, de espíritu refinado —ese tipo que tanto abunda entre nuestras contemporáneas—, había podido casarse con semejante «calavera», como llamaban a mi desgraciado personaje? No creo necesario extenderme en largas explicaciones sobre este punto. Conocí a una joven de la penúltima generación romántica que, despues de sentir durante varios años un amor misterioso por un caballero con el que podía casarse sin impedimento alguno, se creó ella misma una serie de obstáculos insuperables para esta unión. Una noche tempestuosa se arrojó desde lo alto de un acantilado a un río rápido y profundo. Así pereció, víctima de su imaginación, tan sólo por parecerse a la Ofelia de Shakespeare. Si aquel acantilado por el que sentía un cariño especial hubiera sido menos pintoresco, o una simple, baja y prosaica orilla, sin duda aquella desgraciada no se habría suicidado. El hecho es verídico, y seguramente en las dos o tres últimas generaciones rusas se han producido muchos casos semejantes. La resolución de Adelaida Miusov fue también, sin duda, consecuencia de influencias ajenas, la exasperación de un alma cautiva. Tal vez su deseo fue emanciparse, protestar contra los convencionalismos sociales y el despotismo de su familia. Su generosa imaginación le presentó momentáneamente a Fiodor Pavlovitch, a pesar de su reputación de gorrista, como uno de los elementos más audaces y maliciosos de aquella época que evolucionaba en sentido favorable, cuando no era otra cosa que un bufón de mala fe. Lo más incitante de la aventura fue un rapto que encantó a Adelaida Ivanovna. Fiodor Pavlovitch, debido a su situación, estaba especialmente dispuesto a realizar tales golpes de mano: quería abrirse camino

a toda costa y le pareció una, excelente oportunidad introducirse en una buena familia y embolsarse una bonita dote. En cuanto al amor, no existía por ninguna de las dos partes, a pesar de la belleza de la joven. Este episodio fue seguramente un caso único en la vida de Fiodor Pavlovitch, que tenía verdadera debilidad por el bello sexo y estaba siempre dispuesto a quedar prendido de unas faldas con tal que le gustasen. Pero la raptada no ejercía sobre él ninguna atracción de tipo sensual.

Adelaida Ivanovna advirtió muy pronto que su marido sólo le inspiraba desprecio. En estas circunstancias, las desavenencias conyugales no se hicieron esperar. A pesar de que la familia de la fugitiva aceptó el hecho consumado y envió su dote a Adelaida Ivanovna, el hogar empezó a ser escenario de continuas riñas y de una vida desordenada. Se dice que la joven se mostró mucho más noble y digna que Fiodor Pavlovitch, el cual, como se supo más tarde, ocultó a su mujer el capital que poseía: veinticinco mil rublos, de los que ella no oyó nunca hablar. Además, estuvo mucho tiempo haciendo las necesarias gestiones para que su mujer le transmitiera en buena y debida forma un caserío y una hermosa casa que formaban parte de su dote. Lo consiguió porque sus peticiones insistentes y desvergonzadas enojaban de tal modo a su mujer, que ésta acabó cediendo por cansancio. Por fortuna, la familia intervino y puso freno a la rapacidad de Fiodor Pavlovitch.

Se sabe que los esposos llegaban frecuentemente a las manos, pero se dice que no era Fiodor Pavlovitch el que daba los golpes, sino Adelaida Ivanovna, mujer morena, arrebatada, valerosa, irascible y dotada de un asombroso vigor.

Ésta acabó por huir con un estudiante que se caía de miseria, dejando en brazos de su marido un niño de tres años: Mitia[1] . El esposo se apresuró a convertir su casa en un harén y a organizar toda clase de francachelas. Además, recorrió la provincia, lamentándose ante el primero que encontraba de la huida de Adelaida Ivanovna, a lo que añadía una serie de detalles sorprendentes sobre su vida conyugal. Se diría que gozaba representando ante todo el mundo el ridículo papel de marido engañado y pintando su infortunio con vivos colores. «Tan contento está usted a pesar de su desgracia, Fiodor Pavlovitch, que parece un hombre que acaba de ascender en su carrera», le decían los bromistas. No pocos afirmaban que se sentía feliz al mostrarse en su nuevo papel de bufón y que para hacer reír más fingía no darse cuenta de su cómica situación. ¡Quién sabe si procedía así por ingenuidad!

Al fin logró dar con la pista de la fugitiva. La infeliz se hallaba en Petersburgo, donde había terminado de emanciparse. Fiodor Pavlovitch empezó a prepararse para partir. ¿Con qué propósito? Ni él mismo lo sabía. Tal vez estaba verdaderamente decidido a trasladarse a Petersburgo, pero, una vez adoptada esta resolución, consideró que tenía derecho, a fin de tomar ánimos, a emborracharse en toda regla. Entre tanto, la familia de su mujer se enteró de que la desgraciada había muerto en un tugurio, según unos, a consecuencia de unas fiebres tifoideas; según otros, de hambre.

Fiodor Pavlovitch estaba ebrio cuando le dieron la noticia de la muerte de su esposa, y cuentan que echó a correr por las calles, levantando los brazos al cielo y gritando alborozado: «Ahora, Señor, ya no retienes a tu siervo[2]». Otros aseguran que lloraba como un niño, hasta el punto de que daba pena verle, a pesar de la aversión que inspiraba. Es muy posible que ambas versiones se ajustasen a la verdad, es decir, que se alegrase de su liberación y que llorara a su liberadora. Las personas, incluso las peores, suelen ser más cándidas, más simples, de lo que suponemos..., sin excluirnos a nosotros.

II. Karamazov se desembaraza de su primer hijo

Cualquiera puede figurarse lo que sería aquel hombre como padre y educador. Abandonó por completo al hijo que había tenido con Adelaida Ivanovna, pero no por animosidad ni por rencor contra su esposa, sino simplemente porque se olvidó de él. Mientras abrumaba a la gente con sus lágrimas y sus lamentos y hacia de su casa un lugar de depravación, Grigori[3], un fiel sirviente, recogía a Mitia. Si el niño no hubiera hallado esta protección, seguramente no habría tenido a nadie que le mudara la ropa. También su familia materna le había olvidado. Su abuelo había muerto; su abuela, establecida en Moscú, estaba enferma; sus tías se habían casado. Por todo lo cual, Mitia tuvo que pasar casi un año en el pabellón donde habitaba Grigori. Y si su padre se acordaba de él (verdaderamente era imposible que ignorase su existencia), habría terminado por enviarlo al pabellón para poder entregarse libremente a su disipada vida.

Así las cosas, llegó de París un primo de la difunta Adelaida Ivanovna, Piotr[4] Alejandrovitch Miusov, que después pasaría muchos años en el extranjero. A la sazón, era todavía muy joven y se distinguía de su familia por su cultura y su exquisita educación. Entonces era un occidentalista convencido, y en la última etapa de su vida sería un liberal del tipo de los que hubo en los años 40 y 50. En el curso de su carrera se relacionó con multitud de ultraliberales, tanto en Rusia como en el extranjero, y conoció personalmente a Proudhon y a Bakunin. Le gustaba recordar los tres días de febrero de 1848 en París y dejaba entrever que había estado a punto de luchar en las barricadas. Éste era uno de los mejores recuerdos de su juventud. Poseía una bonita fortuna: alrededor de mil almas, para contar a la antigua. Su soberbia propiedad estaba a las puertas de nuestro pueblo y limitaba con las tierras de nuestro famoso monasterio. Apenas entró en posesión de su herencia, Piotr Alejandrovitch entabló un proceso interminable con los monjes para dilucidar ciertos derechos, no sé a punto fijo si de pesca o de tala de bosques. El caso es que, como ciudadano esclarecido, consideró un deber pléitear con el clero.

Cuando se enteró de la desgracia de Adelaida Ivanovna, de la que guardaba buen recuerdo, y de la existencia de Mitia, se interesó por el niño, a pesar del desprecio y de la indignación juvenil que Fiodor Pavlovitch, al que entonces veía por primera vez, le inspiraba. Le comunicó francamente su intención de encargarse de Mitia. Mucho tiempo después contaba, como un rasgo característico de Fiodor Pavlovitch, que cuando le habló de Mitia, estuvo un momento sin saber de qué niño se trataba, a incluso se asombró de tener un hijo en el pabellón de su hacienda. Por exagerado que fuera este relato, contenía sin duda una parte de verdad. A Fiodor PavIovitch le había gustado siempre adoptar actitudes, representar papeles, a veces sin necesidad a incluso en detrimento suyo, como en el caso presente. Esto mismo les sucede a

muchas personas, entre las que hay algunas que no son tontas ni mucho menos.

Piotr Alejandrovitch obró con presteza a incluso fue nombrado tutor del niño (conjuntamente con Fiodor Pavlovitch), ya que su madre había dejado tierras y una casa al morir. Mitia se trasladó a casa de su tío, que no tenía familia. Cuando éste hubo de regresar a París, después de haber arreglado sus asuntos y asegurado el cobro de sus rentas, confió el niño a una de sus tías, residente en Moscú. Después, ya aclimatado en Francia, se olvidó del niño, sobre todo cuando estalló la revolución de febrero, acontecimiento que se grabó en su memoria para toda su vida. Fallecida la tía de Moscú, Mitia fue recogido por una de las hijas casadas de la difunta. Al parecer, se trasladó a un cuarto hogar, pero no quiero extenderme por el momento sobre este punto, y menos teniendo que hablar más adelante largamente del primer vástago de Fiodor Pavlovitch. Me limito a dar unos cuantos datos, los indispensables para poder empezar mi novela.

De los tres hijos de Fiodor Pavlovitch, sólo Dmitri creció con la idea de que poseía cierta fortuna y sería independiente cuando llegase a la mayoría de edad. Su infancia y su juventud fueron muy agitadas. Dejó el colegio antes de terminar sus estudios, ingresó en la academia militar, se trasladó al Cáucaso, sirvió en el ejército, se le degradó por haberse batido en duelo, volvió al servicio y gastó alegremente el dinero. Su padre no le dio nada hasta que fue mayor de edad, cuando Mitia había contraído ya importantes deudas. Hasta entonces, hasta que fue mayor de edad, no volvió a ver a su padre. Fue a su tierra natal especialmente para informarse de la cuantía de su fortuna. Su padre le desagradó desde el principio. Estuvo poco tiempo en su casa: se marchó enseguida con algún dinero y después de haber concertado un acuerdo para percibir las rentas de su propiedad.

Detalle curioso: no consiguió que su padre le informara acerca del valor de su hacienda ni de lo que ésta rentaba. Fiodor PavIovitch vio en seguida —es importante hacer constar este detalle que Mitia tenía un concepto falso, exagerado, de su fortuna. El padre se alegró de ello, considerando que era un beneficio para él. Dedujo que Mitia era un joven aturdido, impulsivo, apasionado, y que si se le daba alguna pequeña suma para que aplacara su afán de disipación, estaría libre de él durante algún tiempo.

Fiodor Pavlovitch supo sacar provecho de la situación. Se limitó a desprenderse de vez en cuando de pequeñas cantidades, y un día, cuatro años después, Mitia perdió la paciencia y reapareció en la localidad para arreglar las cuentas definitivamente. Entonces se enteró, con gran asombro, de que no le quedaba nada, que había recibido en especie de Fiodor Pavlovitch el valor total de sus bienes y que incluso podía estar en deuda con él, cosa que no sabía a ciencia cierta, pues las cuentas estaban embrolladisimas. Según tal o cual convenio concertado en esta o aquella fecha, Mitia no tenía derecho a reclamar nada, etcétera. Mitia se indignó, perdió los estribos y

estuvo a punto de perder la razón, al sospechar que todo aquello era una superchería.

Éste fue el móvil de la tragedia que constituye el fondo de mi primera novela, o, mejor dicho, su marco.

Pero antes de referir estos hechos, hay que hablar de los otros dos hijos de Fiodor Pavlovitch y explicar su origen.

III. Nuevo matrimonio y nuevos hijos

Después de haberse desembarazado de Mitia, Fiodor PavIovitch contrajo un nuevo matrimonio que duró ocho años.

Su segunda esposa, joven como la primera, era de otra provincia, a la que se había trasladado en compañía de un judío para tratar de negocios. Aunque era un borracho y un perdido, no cesaba de velar por su capital y realizaba excelentes aunque nada limpias operaciones.

Sofia Ivanovna era hija de un humilde diácono y quedó huérfana en su infancia. Se había educado en la opulenta mansión de su protectora, la viuda del general Vorokhov, dama de gran prestigio en la sociedad, que, además de proporcionarle una educación, había labrado su desgracia. Ignoro los detalles de este infortunio, pero he oído decir que la muchacha, dulce, cándida, paciente, había intentado ahorcarse colgándose de un clavo, en la despensa, tanto la torturaban los continuos reproches y los caprichos de su vieja protectora, que no era mala en el fondo, pero que, al estar todo el día ociosa, se ponía insoportable.

Fiodor Pavlovitch pidió su mano, pero fue rechazado cuando se obtuvieron informes de él. Entonces propuso a la huérfana raptarla, como había hecho con su primer matrimonio. Con toda seguridad, ella se habría negado a ser su esposa si hubiese estado mejor informada acerca de él. Pero esto sucedía en otra provincia. Además, ¿qué podía discernir una muchacha de dieciséis años, como no fuera que era preferible arrojarse al agua que seguir en casa de su protectora? Es decir, que la infortunada sustituyó a su bienhechora por un bienhechor. Esta vez Fiodor Pavlovitch no recibió ni un céntimo, pues la generala se enfureció de tal modo, que lo único que le dio fue su maldición.

Pero Fiodor Pavlovitch no contaba con el dinero de su nueva esposa. La extraordinaria belleza de la joven, y sobre todo su candor, le habían cautivado, a él, un hombre todo voluptuosidad, que hasta entonces sólo había sido sensible a los atractivos más groseros. «Sus ojos inocentes me taladran el alma», decía con una sonrisa maligna. Pero aquel ser corrompido sólo podía sentir una atracción de tipo sensual. Fiodor Pavlovitch no tuvo ningún miramiento con su esposa. Considerando que estaba en deuda con él, ya que la había salvado de una vida insoportable, y aprovechándose de su bondad y su resignación inauditas, pisoteó la decencia conyugal más elemental. Su casa fue escenario de orgías en las que tomaban parte mujeres de mal vivir. Un detalle digno de mención es que Grigori, hombre taciturno, estúpido y obstinado, que había odiado a su primera dueña, se puso de parte de la segunda, discutiendo por ella con su amo de un modo inadmisible en un doméstico. Un día llegó a despedir a las doncellas que rondaban a Fiodor Pavlovitch. Andando el tiempo, la desdichada esposa, que había vivido desde su infancia en una perpetuo

terror, contrajo una enfermedad nerviosa corriente entre las lugareñas y que vale a sus víctimas el calificativo de « endemoniadas». A veces la enferma, presa de terribles crisis histéricas, perdía la razón. Sin embargo, dio a su marido dos hijos: Iván[5], que nació un año después de la boda, y Alexei, que vino al mundo tres años más tarde. Cuando Sofía Ivanovna murió, Alexei tenía cuatro años, y, por extraño que parezca, se acordó toda su vida de su madre, aunque como a través de un sueño. Al fallecer Sofía Ivanovna, los dos niños corrieron la misma suerte que el primero: el padre se olvidó de ellos, los abandonó por completo, y Grigori se los llevó a su pabellón.

Allí los encontró la vieja generala, la misma que había educado a la madre. Durante los ocho años en que Sofia Ivanovna fue la esposa de Fiodor Pavlovitch, el rencor de la vieja dama hacia ella no había cedido. Sabiendo la vida que llevaba la infeliz, enterada de que estaba enferma y de los escándalos que tenía que soportar, la generala manifestó dos o tres veces a los parásitos que la rodeaban: «Bien hecho. Dios la ha castigado por su ingratitud.»

Exactamente tres meses después de la muerte de Sofia Ivanovna, la anciana señora apareció en nuestro pueblo y se presentó en casa de Fiodor Pavlovitch. Su visita sólo duró media hora, pero aprovechó el tiempo. Era el atardecer. Fiodor Pavlovitch, al que no había visto desde hacía ocho años, se presentó ante ella en completo estado de embriaguez. Se cuenta que, apenas lo vio llegar, le dio dos sonoras bofetadas y a continuación tres tirones de flequillo. Hecho esto y sin pronunciar palabra, se fue al pabellón donde habitaban los niños. Estaban mal vestidos y sucios, viendo lo cual, la irascible dama dio otra bofetada a Grigori y le dijo que se llevaba a los niños. Tal como estaban, los envolvió en una manta, los puso en el coche y se marchó. Grigori encajó el bofetón como un sirviente perfecto y se abstuvo de emitir la menor protesta. Acompañó a la anciana a su coche y le dijo, inclinándose ante ella profundamente:

—Dios la recompensará por su buena acción.

—Eres tonto de remate —respondió ella a modo de adiós.

Después de analizar el asunto, Fiodor Pavlovitch se declaró satisfecho y en seguida dio su consentimiento en regla para que los niños fueran educados en casa de la generala. Hecho esto, se fue a la ciudad, a jactarse de los bofetones recibidos.

Poco tiempo después murió la generala. Dejó mil rublos a cada niño «para su instrucción». Este dinero se debía emplear íntegramente en provecho de ellos y la testadora lo consideraba suficiente. Si otras personas querian hacer algo más, eran muy libres, etcétera.

Aunque no leí el testamento, yo sabía que había en él un pasaje extraño, hijo de la inclinación a lo original. El principal heredero de la generala era, por fortuna, un hombre honrado, el mariscal de la nobleza de nuestra provincia Eutimio Petrovitch Polienov. Éste cambió algunas cartas con Fiodor Pavlovitch, el cual, sin rechazar sus

proposiciones categóricamente, iba alargando el asunto. Viendo que no conseguiría nada del padre de los niños, Eutimio Petrovitch se interesó personalmente por ellos y tomó un cariño especial al menor, que vivió largo tiempo en su casa.

Llamo la atención del lector sobre este punto: los niños fueron educados por Eutimio Petrovitch, hombre de bondad nada común, el cual conservó intacto el capital de los niños, que había ascendido a dos mil rublos a su mayoría de edad, al acumularse los intereses. Eutimio Petrovitch los educó a costa suya, lo que le representó un gasto de bastante más de mil rublos por niño.

No haré un relato detallado de la infancia y la juventud de los huérfanos: nie limitaré a exponer los detalles más importantes. El mayor, Iván, fue en su adolescencia un ser taciturno, reconcentrado, pero en modo alguno timido. Había comprendido que su hermano y él se educaban en casa ajena y por misericordia, y que tenían por padre un hombre que era un baldón para ellos. Este muchacho mostró desde su más tierna infancia (por lo menos, según se cuenta) gran capacidad para el estudio. A la edad de trece años dejó a la familia de Eutimio Petrovitch para estudiar en un colegio de Moscú como pensionista en casa de un famoso pedagogo, amigo de la infancia de su protector. Más tarde Iván decía que Eutimio Petrovitch había procedido impulsado por su ardiente amor al bien y porque opinaba que un adolescente excepcionalmente dotado debía ser educado por un pedagogo genial. Pero ni con su educación ni con su protector pudo contar cuando ingresó en la universidad. Eutimio Petrovitch no había sabido gestionar el asunto del testamento, y el legado de la generala no había llegado aún a sus manos, a causa de las formalidades y dilaciones que pesan sobre estos trámites en nuestro país. En una palabra, que nuestro estudiante pasó verdaderos apuros en sus dos primeros años de universidad y se vio obligado a ganarse el sustento a la vez que estudiaba. Hay que hacer constar que no intentó en modo alguno ponerse en relación con su padre. Tal vez procedió así por orgullo, por desprecio al autor de sus días, o acaso su clarividencia le dijo que no podía esperar nada de semejante hombre. Fuera como fuere, el chico no perdió los ánimos y encontró el modo de ganarse la vida: primero lecciones a veinte copecs, después artículos de diez líneas sobre escenas de la calle que publicaba en varios periódicos con el seudónimo de «Un Testigo Ocular» . Dicen que estos artículos tuvieron éxito porque eran siempre curiosos y agudos. Así, el joven reportero demostró su superioridad, tanto en el sentido práctico como en el intelectual, sobre los incontables estudiantes de ambos sexos, siempre necesitados, que en Petersburgo y en Moscú asedian incesantemente las redacciones de los periódicos en demanda de copias y traducciones del francés.

Una vez introducido en el mundo periodístico, Iván Fiodorovitch ya no perdió el contacto con él. Durante sus últimos años de universidad publicó informes sobre obras especiales y así se dio a conocer en los medios literarios. Pero sólo cuando

hubo terminado sus estudios consiguió despertar la atención en un amplio círculo de lectores. Al salir de la universidad, y cuando se disponía a dirigirse al extranjero con sus dos mil rublos, publicó en un gran periódico un artículo singular que atrajo la atención incluso de los profanos. El tema era para él desconocido, ya que había seguido los cursos de la facultad de ciencias, y el artículo hablaba de tribunales eclesiásticos, cuestión que entonces se debatía en todas partes. El autor examinaba algunas opiniones ajenas y exponía sus puntos de vista personales. Lo sorprendente del artículo era el tono y el modo de exponer las conclusiones. El resultado fue que, a la vez que no pocos «clericales» consideraron al autor como correligionario suyo, los «laicos», a incluso los ateos, aplaudieron sus ideas. Si menciono este hecho es porque el eco del artículo llegó a nuestro famoso monasterio, donde interesaba la cuestión de los tribunales eclesiásticos y en el cual produjo gran perplejidad. El hecho de que el autor hubiera nacido en nuestro pueblo y fuera hijo de «ese Fiodor Pavióvitch» acrecentó el interés general. Y precisamente entonces apareció el autor en persona.

¿Por qué vino Iván Fiodorovitch a casa de su padre? Recuerdo que me hice esta pregunta con cierta inquietud. Esta visita fatal, que tuvo tan graves consecuencias, fue para mí inexplicable durante mucho tiempo. En verdad era inexplicable que un hombre tan inteligente y a la vez tan orgulloso y reconcentrado se instalase, a la vista de todos, en una casa que tan mala fama tenía. Fiodor Pavlovitch no había pensado nunca en él, y, aunque por nada del mundo habría dado dinero a nadie, siempre estaba temiendo que sus hijos se lo reclamaran. Y he aquí que lván Fiodorovitch se instala en casa de su padre, pasa a su lado un mes, dos meses, y se entiende con él de maravilla.

No fui yo solo el que se asombró de esta buena armonía. Piotr Alejandrovitch Miusov, del que ya hemos hablado y que, aunque tenía su domicilio en París, estaba pasando una temporada en su propiedad, fue el más sorprendido. Trabó conocimiento con el joven, con el cual rivalizaba en erudición, y lo consideró sumamente interesante.

—Es un hombre orgulloso —nos decía—. Se bastará siempre a sí mismo. Tiene lo suficiente para marcharse al extranjero. ¿Qué demonios hace aquí? No hay duda de que no ha venido para sacar dinero a su padre, al que, por otra parte, de ningún modo se lo sacaría. No le gusta beber ni perseguir a las muchachas. Sin embargo, el viejo ya no puede pasar sin él.

Era verdad: el hijo ejercía una visible influencia sobre su padre, el cual, a pesar de su carácter caprichoso y obstinado, le daba la razón muchas veces.

Más adelante se supo que Iván había llegado en parte para resolver cuestiones de intereses que afectaban a su hermano mayor, Dmitri, al que había visto por primera vez con este motivo, pero con el que estaba ya ligado por un importante asunto, del que hablaremos con todo detalle a su debido tiempo. Incluso cuando estuve al

corriente de ello, seguía viendo en Iván Fiodorovitch un ser enigmático, y en su estancia entre nosotros un hecho dificil de explicar.

Añadiré que actuaba como árbitro y apaciguador entre su padre y Mitia, entonces reñidos hasta el extremo de que este último, Dmitri, había intentado recurrir a la justicia.

Por primera vez se hallaba reunida esta familia, cuyos miembros no se habían visto jamás. Sólo el menor de los hermanos, Alexei, se hallaba en la comarca desde hacía ya un año. No es conveniente hablar de él en este preámbulo, es decir, antes de que salga a escena en nuestra novela. Sin embargo, he de decir algunas cosas de este personaje para aclarar un detalle singular, y es que mi héroe aparece desde la primera escena con hábito de novicio. Desde hacía un año habitaba en nuestro monasterio y se preparaba para pasar en él todo el resto de su vida.

IV. El tercer hijo: Aliocha

Tenía veinte años (sus hermanos Iván y Dmitri tenían veinticuatro y veintiocho respectivamente). Debo advertir que Aliocha[6] no era en modo alguno un fanático y ni siquiera, a mi entender, un místico. Yo creo que era sencillamente un filántropo precoz y que había adoptado la vida monástica porque era lo único que entonces le atraía, y porque representaba para él la ascensión radiante de su alma liberada de las tinieblas y de los odios de aquí abajo. Aquel camino le atraía únicamente porque había hallado en él a un ser excepcional a su juicio, el famoso *starets*[7] Zósimo, al que se entregó con todo el fervor insaciable de su corazón de novicio. Desde la cuna se había mostrado como un ser distinto a los demás. Ya he dicho que habiendo perdido a su madre a los cuatro años, se acordó toda su vida de su rostro y de sus caricias como se recuerdan «los de un ser viviente». Estos recuerdos pueden persistir (todos lo sabemos), aunque procedan de una edad más temprana, pero son tan sólo como puntos luminosos en las tinieblas, como fragmentos de un inmenso cuadro desaparecido. Éste era el caso de Aliocha. Se acordaba de un bello atardecer estival en que por la abierta ventana penetraban los rayos oblicuos del sol poniente. En un rincón de la estancia había una imagen con una vela encendida, y ante la imagen estaba su madre, arrodillada, gimiendo y sollozando violentamente, como en una crisis de nervios. La infeliz lo tenía en brazos, lo estrechaba en ellos hasta casi ahogarlo y rogaba por él a la Santa Virgen. En un momento en que la madre aflojó el abrazo para acercar el niño a la imagen, el ama, aterrada, llegó corriendo y se lo quitó de los brazos.

Aliocha se acordaba del semblante de su madre lleno de sublime exaltación, pero no le gustaba hablar de ello. En su infancia y en su juventud se mostró concentrado a incluso taciturno, no por timidez ni por adusta misantropía, sino por una especie de preocupación interior, tan profunda que le hacia olvidarse de lo que lé rodeaba.

Sin embargo, amaba a sus semejantes, y sin que nadie le tomara por tonto, tuvo fe en ellos durante toda su vida. Había en él algo que revelaba que no quería erigirse en juez de los demás. Incluso parecía admitirlo todo sin reprobación, aunque a veces con profunda tristeza. Desde su juventud fue inaccesible al asombro y al temor.

Al cumplir los veinte años en casa de su padre, donde reinaba el más bajo libertinaje, esta vida se hizo intolerable para su alma casta y pura, y se retiró en silencio, sin censurar ni despreciar a nadie. Su padre, especialmente sensible a las ofensas como buen viejo parásito, le había dispensado una mala acogida. «Se calla, pero no por eso deja de pensar mal de mí», decía. Pero no tardó en abrazarlo y prodigarle sus caricias. En verdad, eran las suyas lágrimas y ternuras de borracho, pero era evidente que sentía por él un amor sincero y profundo que hasta entonces no había sentido por nadie.

Desde su infancia, Aliocha había contado con la estimación de todo el mundo. La familia de su protector, Eutimio Petrovitch Polienov, le tomó tanto cariño, que todos lo consideraban como el niño de la casa. Aliocha había llegado a este hogar a edad tan temprana, que no podía conocer la premeditación ni la astucia; a una edad en que se ignoran los artificios con que uno puede atraerse el favor ajeno y en que se desconoce el arte de hacerse querer. Por lo tanto, este don de atraerse las simpatías era en él algo natural, espontáneo, ajeno a todo artificio. Lo mismo ocurrió en el colegio, donde los niños como Aliocha suelen atraerse la desconfianza, las burlas a incluso el odio de sus compañeros. Desde su infancia le gustó aislarse para soñar, leer en un rincón. Sin embargo, durante sus años de colegial gozó de la estimación de todos sus condiscípulos. No era travieso, ni siquiera alegre, pero, al observarlo, se vela en seguida que no era un niño triste, sino que poseía un humor apacible a invariable. No quería ser más que nadie; acaso por esta razón a nadie temía. Y sus compañeros observaban que, lejos de envanecerse de ello, procedía como si ignorase su valor y su resolución. Tampoco conocía el rencor: una hora después de haber recibido una ofensa, dirigía la palabra al ofensor con toda naturalidad, como si no hubiera pasado nada entre ellos. No es que diera muestras de haber olvidado la ofensa, ni de haberla perdonado, sino que no se consideraba ofendido, y con esto se captaba la estimación de los niños.

Sólo un rasgo de su carácter incitaba a sus compañeros a burlarse de él, aunque no por maldad, sino por diversión: Aliocha era pudoroso y casto hasta lo inaudito. No podía soportar ciertas expresiones ni ciertos comentarios sobre las mujeres, que, para desgracia nuestra, son tradicionales en las escuelas rusas. Muchachos de alma y corazón puros, todavía casi niños, se deleitan en conversaciones a imágenes que a veces repugnan incluso a los más rudos soldados. Además, éstos saben menos de tales cuestiones que los jovencitos de nuestra buena sociedad. No hay en ello —bien se ve— corrupción ni cinismo verdaderos, pero éstos existen en apariencia, y, generalmente, esos muchachos ven en tal proceder algo delicado, exquisito, digno de imitarse. Al ver que Aliocha Karamazov se tapaba los oídos cuando se hablaba de estas cosas, sus compañeros le cercaban, le apartaban las manos a viva fuerza y le decían obscenidades a gritos. Alexei se debatia, se tiraba al suelo, se tapaba la cara, y soportaba la ofensa en silencio y sin enfadarse. Al fin le dejaban en paz, cesaban de llamarle «jovencita» a incluso se compadecían de él. Aliocha figuró siempre entre los mejores alumnos, pero nunca aspiró al primer puesto.

Después de la muerte de su protector, fue todavía dos años más al colegio. La viuda emprendió muy pronto un viaje a Italia con toda la familia, que se componía tan sólo de mujeres. Aliocha fue a vivir entonces a casa de dos parientas lejanas del difunto, a las que no había visto jamás. No sabía en qué condiciones habitaba en aquella casa. Era propio de él no preocuparse por el gasto que pudiera reportar a las

personas con quienes vivía. En este aspecto era el polo opuesto a su hermano mayor, Iván, que había conocido la pobreza en sus dos primeros años de universidad y para el que desde su infancia había sido un tormento comer el pan de un protector. Pero no se podía juzgar severamente este rasgo del carácter de Alexei, pues bastaba conocerle un poco para convencerse de que era uno de esos bonachones capaces de dar toda su fortuna lo mismo para una buena obra que para los manejos de un profesional de la estafa. Desconocía el valor del dinero: cuando le daban algunas monedas, las llevaba en el bolsillo varias semanas sin saber qué hacer de ellas, o las gastaba en un abrir y cerrar de ojos. Cuando Piotr Alejandrovitch Miusov, sumamente quisquilloso en lo concerniente a la honestidad burguesa, conoció más tarde a Alexei, lo describió de este modo: «Es tal vez el único hombre del mundo que, encontrándose sin recursos en una gran ciudad para él desconocida, no se moriría de hambre ni de frío, pues en seguida acudiría alguien a alimentarle y a ayudarle. De lo contrario, él mismo saldría del trance, sin inquietarse ni sentirse humillado, y para la gente sería un placer prestarle un servicio.»

Un año antes de terminar sus estudios, dijo de pronto a las dos damas que se iba a casa de su padre para llevar a cabo cierto propósito. Ellas lo sintieron en el alma. No consintieron que empeñara el reloj que le había regalado la familia de su protector antes de partir para el extranjero, y le dieron ropa y dinero. De éste Aliocha les devolvió la mitad, diciendo que quería viajar en tercera.

Cuando su padre le preguntó por qué no había terminado los estudios, él no le contestó, pero quedóse más pensativo que de costumbre. Pronto se supo que buscaba la tumba de su madre. Entonces Aliocha declaró que sólo para esto había hecho el viaje. Pero, seguramente, no era ésta la única causa. Sin duda, no habría podido explicar qué repentino impulso había obedecido para emprender una ruta nueva a ignorada. Fiodor Pavlovitch no había podido orientarle en la busca de la sepultura: habían transcurrido ya demasiados años desde su muerte para que se acordase de dónde estaba.

Digamos dos palabras sobre Fiodor Pavlovitch. Había estado ausente mucho tiempo. Tres o cuatro años después de la muerte de su segunda esposa partió para el mediodía de Rusia y se estableció en Odesa, donde conoció a toda clase de judíos y judías y terminó por tener entrada no sólo en los hogares judíos, sino también en los hebreos. Sin duda, durante este tiempo había perfeccionado su arte de acumular dinero y manejarlo. Reapareció en nuestro pueblo tres años antes de la llegada de Aliocha. Sus antiguas amistades lo vieron muy envejecido, para los años que tenía, que no eran muchos. Se mostró más procaz que nunca. El antiguo bufón experimentaba ahora la necesidad de reírse de sus semejantes. Se entregó a sus hábitos licenciosos de un modo más repulsivo que antes y fomentó la apertura de nuevas tabernas en nuestro distrito. Se le atribuía una fortuna de cien mil rubios o

poco menos, y pronto tuvo numerosos deudores que respondían de sus deudas con sólidas garantías. Últimamente, su piel se había arrugado, su estado de ánimo cambiaba a cada momento y Fiodor Pavlovitch perdía el dominio de si mismo. Era incapaz de concentrarse, estaba como idiotizado y sus borracheras eran cada vez mayores. De no contar con Grigori, que también había envejecido mucho y que le cuidaba a veces como un ayo, la existencia de Fiodor Pavlovitch habría sido una sucesión de dificultades. La llegada de Aliocha influyó considerablemente en su ánimo: recuerdos que dormían desde hacía mucho tiempo en el alma de aquel anciano prematuro despertaron entonces. «¿Sabes que te pareces a la “endemoniada”?», le decía a su hijo, mirándolo. Así llamaba a su segunda esposa.

Grigori. indicó a Aliocha la tumba de la «endemoniada». Lo condujo al cementerio y, en un apartado rincón, le mostró una modesta lápida donde estaban grabados el nombre, la edad, la condición y la fecha de la muerte de la difunta. Debajo había una cuarteta como las que suelen verse en las tumbas de la gente de clase media. Lo notable es que la lápida había sido idea de Grigori. La había hecho colocar él a su costa en la tumba de la pobre «endemoniada», después de haber importunado a su dueño con sus alusiones. Éste había partido al fin para Odesa, encogiéndose de hombros con un gesto de indiferencia para la tumba y para todos sus recuerdos.

Ante la sepultura de su madre, Aliocha no demostró emoción alguna: escuchó el relato que le hizo gravemente Grigori sobre la colocación de la lápida, se reconcentró unos momentos y se retiró sin decir palabra. Después, en todo un año no volvió al cementerio ni una sola vez.

El episodio de la lápida produjo en Fiodor Pavlovitch un efecto inesperado: llevó al monasterio mil rublos para el descanso del alma de su esposa, pero no de la segunda, la «endemoniada», sino de la primera, la que le vapuleaba. Aquella misma tarde se emborrachó y empezó a hablar mal de los monjes en presencia de Aliocha. Fiodor Pavlovitch era un alma dura que no había puesto jamás un cirio ante una imagen. La sensibilidad y la imaginación de semejantes individuos tienen a veces impulsos tan repentinos como extraños.

Ya he dicho que su rostro se había cubierto de arrugas. Su fisonomía presentaba las huellas de la vida que había llevado. A las bolsas que pendían bajo sus ojillos siempre procaces, retadores, maliciosos; a las profundas arrugas que surcaban su carnoso rostro, había que añadir un mentón puntiagudo y una nuez prominente que le daban un repugnante aspecto de sensualidad. Completaban el cuadro una boca grande, de abultados labios, que dejaba entrever los negros restos de sus dientes carcomidos y que lanzaba al hablar salpicaduras de saliva. Sin embargo, le gustaba bromear acerca de su cara, de la que estaba muy satisfecho, sobre todo de su nariz, no demasiado grande, fina y aguileña.

—Es una auténtica nariz romana —decía—. Con esta nariz y con mi nuez parezco un patricio de la decadencia del imperio.

Estaba verdaderamente orgulloso de bstos rasgos.

Algún tiempo después de haber visto la tumba de su madre, Aliocha dijo a Fiodor Pavlovitch que quería ingresar en un monasterio, donde los monjes estaban dispuestos a admitirlo como novicio. Añadió que lo deseaba ardientemente y que imploraba su consentimiento. El viejo estaba enterado de que el *starets* Zósimo había producido profunda impresión en su bondadoso hijo.

—Ese *starets* es, a buen seguro, el más honesto de nuestros monjes —dijo después de haber escuchado a Aliocha, silencioso y pensativo, y sin asombrarse de su petición—. ¿Eso quieres hacer, mi buen Aliocha?

Estaba algo bebido. Tuvo una sonrisa sutil y astuta, de borracho.

—Ya sabía yo que llegarías a eso... Bien, sea. Tú tienes dos mil rublos: ésta será tu dote. Yo, ángel mío, no te abandonaré nunca y pagaré por ti todo lo que sea necesario... si nos lo piden. Si no nos piden nada, ¿para qué entrometernos? ¿No te parece? Tú necesitas tan poco dinero como alpiste un canario... A propósito: conozco un caserío, próximo a cierto monasterio, que está habitado exclusivamente por las «esposas de los monjes» , como se las llama. Hay unas treinta... Yo he ido a esa aldea. Es interesante, algo que se sale de lo corriente. Lo malo es que no hay allí más que rusas; no se ve ni una sola francesa. Bien podría haber francesas, porque los fondos no faltan. Cuando ellas lo sepan, acudirán... En nuestro monasterio no hay mujeres; sólo doscientos monjes. Ayunan conscientemente, no lo dudo... ¿De modo que quieres abrazar la religión? Esto es una pena para mí, Aliocha. Me había acostumbrado a tenerte conmigo... Sin embargo, esto significa para mi una buena ocasión, ya que podrás rogar por nosotros, los pecadores que no tenemos limpia la conciencia. Más de una vez me había preguntado: ¿quién rogará por mí? Mi querido Aliocha, yo soy un ignorante sobre estas cuestiones. No lo dudes: un ignorance en toda regla. Sin embargo, a pesar de mi estupidez, reflexiono a veces y me digo que los demonios me arrastrarán con sus garfios cuando me muera. Y me pregunto: ¿de dónde salen esos garfios? ¿Son de hierro? ¿Dónde los forjan? ¿Tendrán los demonios una fábrica?... Los religiosos están seguros de que el infierno tiene techo. Yo creo de buen grado en el infierno, pero en un infierno sin techo, como el de los luteranos. Esto resulta más fino, y además es un infierno mejor iluminado. Tal vez me digas que qué importa que tenga o no techo. Pues sí que importa, pues si no hay techo, no hay ganchos, y entonces no me podrán colgar. Y si no me cuelgan, ¿dónde está la justicia del otro mundo? Habría que inventar los ganchos para mí, sólo para mí. ¡Si tú supieras, Aliocha, lo sinvergüenza que soy!

—Allí no hay ganchos —dijo Aliocha en voz baja y mirando a su padre gravemente.

—Entonces habrá sombras de ganchos. Sí, ya sé. Un francés describe así el infierno:

He visto la sombra de un cochero
ue con la sombra de un cepillo
otaba la somóra de una carroza[8].

»¿Cómo sabes, querido, que allí no hay ganchos? Cuando estés en el monasterio, entérate bien y ven a informarme. Me iré más tranquilo al otro mundo cuando sepa lo que pasa allí. Será mejor para ti estar con los monjes que conmigo, viejo borracho, rodeado de muchachas..., aunque tú eres como un ángel y estás por encima de todo esto. Por eso lo dejo ir, aunque pienso que tal vez allí ocurra lo mismo. En ese caso, como no eres tonto, tu fervor se extinguirá y volverás curado. Y yo lo recibiré con los brazos abiertos, pues eres el único que no me censuras, mi amado hijo. Y ante esto no puedo menos de conmoverme.

Y empezó a lloriquear. Estaba sentimental: con su maldad se había mezclado el sentimentalismo.

V. Los «Startsy»

El lector se imaginará tal vez a mi héroe como un ser pálido, soñador, enfermizo. Por el contrario, Aliocha era un joven (diecinueve años) de buena figura y desbordante de salud. Era alto, de cabellos castaños, rostro regular aunque un tanto alargado, mejillas coloradas, ojos de un gris profundo, grandes, brillantes, y expresión pensativa y serena. Se me dirá que tener las mejillas coloradas no impide ser un místico fanático. Pues bien, me parece que Aliocha era tan realista como el primero. Ciertamente, creía en los milagros, pero, a mi modo de ver, los milagros no afectan al realista, pues no le llevan a creer. El verdadero realista, si es incrédulo, halla siempre en sí mismo la voluntad y la energía para no creer en el milagro, y si éste se le presenta como un hecho incontrastable, dudará de sus sentidos antes que admitir el hecho. Y si lo admite, lo considerará como un hecho natural que anteriormente no conocía. Para el realista no es la fe lo que nace del milagro, sino el milagro el que nace de la fe. Si el realista adquiere fe, ha de admitir también el milagro, en virtud de su realismo. El apóstol Santo Tomás dijo que sólo creía lo que veía, y después exclamó: «¡Señor mío y Dios mío! [9]» ¿Había sido el milagro lo que le había obligado a creer? Probablemente, no. Creyó porque deseaba creer, y tal vez llevaba ya una fe íntegra en los repliegues más ocultos de su corazón cuando afirmaba que no creía nada que no hubiera visto.

Se dirá, sin duda, que Aliocha no estaba completamente formado, puesto que no había terminado sus estudios. Esto es verdad, pero sería una injusticia deducir de ello que el muchacho era obtuso o necio. Repito que escogió este camino solamente porque entonces era el único que le atraía, ya que representaba la ascensión hacia la luz, la liberación de su alma de las tinieblas. Además, era un joven de nuestra época, es decir, ávido de verdades, de esos que buscan la verdad con ardor y que, una vez que la encuentran, se entregan a ella con todo el fervor de su alma, anhelantes de realizaciones, y se muestran dispuestos a sacrificarlo todo, incluso la vida, por sus fines. Lo malo es que estos jóvenes no comprenden que suele ser más fácil sacrificar la vida que dedicar cinco o seis años de su hermosa juventud al estudio, a la ciencia —aunque sólo sea para multiplicar sus posibilidades de servir a la verdad y alcanzar el fin deseado—, lo que supone para ellos un esfuerzo del que no son capaces.

Aliocha había elegido el camino opuesto al de la juventud en general, pero con el mismo afán de realidades inmediatas. Apenas se hubo convencido, tras largas reflexiones, de que Dios y la inmortalidad del alma existían, se dijo que quería vivir para alcanzar la inmortalidad. Del mismo modo, si hubiera llegado a la conclusión de que no existían ni la inmortalidad del alma ni Dios, se habría afiliado al socialismo y al ateismo. Porque el socialismo no es sólo una doctrina obrera, sino que representa el ateísmo en su forma contemporánea; es la cuestión de la torre de Babel, que se

construyó a espaldas de Dios no por alcanzar el cielo desde la tierra, sino por bajar a la tierra el cielo.

A Aliocha le pareció imposible seguir viviendo como habla vivido hasta entonces. Se dijo: «Si quieres ser perfecto, da todo lo que tienes y sígueme[10]». Y luego pensó: «No puedo dar sólo dos rublos en vez de darlo todo, ni limitarme a ir a misa en vez de seguirle.» Acaso entre los recuerdos de su infancia conservaba el del monasterio, adonde su madre pudo llevarle para asistir a alguna función religiosa. Tal vez había obedecido a la influencia de los rayos oblicuos del sol poniente, al recuerdo de aquel atardecer en que se hallaba ante la imagen hacia la cual lo acercaba su madre, la endemoniada. Llegó a nuestro pueblo pensativo, preguntándose si aquí habría que darlo todo o solamente dos rublos, y se encontró en el monasterio con el *starets*.

Me refiero al *starets* Zósimo, del que ya he hablado antes. Convendría decir unas palabras del papel que desempeñan los *startsy* en nuestros monasterios. Lamento no tener la competencia necesaria en esta cuestión, pero intentaré tratar el asunto someramente. Los especialistas competentes afirman que la institución apareció en los monasterios rusos en una época reciente, hace menos de un siglo, siendo así que en todo el Oriente ortodoxo, y sobre todo en el Sinaí y en el monte Athos, existe desde hace mil años. Se dice que los *startsy* debían de existir en Rusia en una remota antigüedad, pero que a consecuencia de una serie de calamidades y disensiones que sobrevinieron, como la interrupción de las seculares relaciones con Oriente y la caída de Constantinopla, esta institución desapareció en nuestro país. Andando el tiempo resurgió por impulso de uno de nuestros más grandes ascetas, Paisius Velitchkovski, y de sus discípulos; pero ha transcurrido ya un siglo y aún no rige sino en un reducido número de monasterios. Además, no éstá libre de persecuciones, por considerarla como una innovación en Rusia. Floreció especialmente en el famoso monasterio de Kozelskaia Optyne. Ignoro cuándo y por iniciativa de quién se implantó en nuestro monasterio, pero por él habían pasado ya tres *startsy*: Zósimo era el último. Apenas tenía ya vida, tan débil y enfermo estaba, y nadie sabía por quién sustituirle. Para nuestro monasterio, esto constituía un grave problema. Era un monasterio que no se había distinguido en nada. No tenía ni reliquias santas ni imágenes milagrosas; no contaba con hechos histórícos ni con servicios prestados a la patria, pues todas sus gloriosas tradiciones eran simples detalles de nuestra historia. Lo único que le habían dado fama eran sus *startsy*, a los que los peregrinos venían a ver y oír en grandes grupos desde todos los lugares del país, teniendo a veces que recorrer millares de verstas.

¿Qué es un *starets*? Un *starets* es el que absorbe nuestra alma y nuestra voluntad y hace que nos entreguemos a él, obedeciéndole en todo y con absoluta resignación. El penitente se somete voluntariamente a esta prueba, a este duro aprendizaje, con la esperanza de conseguir, tras un largo período, tras toda una vida de obediencia, la

libertad ante si mismo, y evitar así la suerte de los que viven sin hacer jamás el hallazgo de su propio ser.

La institución de los *startsy* procede de una práctica milenaria oriental. Los deberes hacia el *startsy* son muy distintos de la obediencia que ha existido siempre en los monasterios rusos. La confesión del militante al *starets* es perpetua y el lazo que une al *starets* confesor con el que se confiesa, indisoluble. Se cuenta que, en los primeros tiempos del cristianismo, un novicio, después de haber faltado a un deber prescrito por su *starets*, dejó su monasterio de Siria y se trasladó a Egipto. Allí realizó actos sublimes, y al fin se le juzgó digno de sufrir el martirio por la fe. Y cuando la Iglesia iba a enterrarlo, reverenciándolo ya como un santo, y el diácono pronunció las palabras «que los catecúmenos salgan», el ataúd que contenía el cuerpo del mártir se levantó de donde estaba y fue lanzado al exterior del templo tres veces seguidas. Al fin se supo que el santo mártir había dejado a su *starets* y faltado a la obediencia que le debía, y que, por lo tanto, sólo de este último podía obtener el perdón, a pesar de su vida sublime. Se llamó al *starets*, éste le desligó de la obediencia que le había impuesto y entonces el mártir pudo ser enterrado sin dificultad.

Sin duda, esto no es más que una antigua leyenda, pero he aquí un hecho reciente:

Un religioso vivía retirado en el monte Athos, por el que sentía verdadera adoración y en el que veía un santuario y un lugar de recogimiento. Un día, su *starets* le ordenó que fuera a Jerusalén para conocer los Santos Lugares y después se trasladara al norte, a un punto de Siberia.

—Allí está tu puesto, no aquí —le dijo el *starets*.

El monje, consternado, fue a visitar al patriarca de Constantinopla y le suplicó que le relevara de la obediencia. El jefe de la Iglesia le contestó que ni él ni nadie en el mundo, excepto el *starets* del que dependía, podía eximirle de sus obligaciones.

Por lo tanto, en ciertos casos, los *startsy* poseen una autoridad sin límites. Por eso en muchos de nuestros monasterios esta institución se rechazó al principio. Pero el pueblo testimonió en seguida una gran veneración a los *startsy*. La gentes más modestas y las personas más distinguidas venían en masa a prosternarse ante los stortsy de nuestros monasterios para exponerles sus dudas, sus pecados y sus cuitas y pedirles les guiasen y aconsejaran. Ante esto, los adversarios de los *startsy* les acusaban, entre otras cosas, de profanar arbitrariamente el sacramento de la confesión, ya que las continuas confidencias del novicio o del laico al *starets* no tienen en modo alguno carácter de un sacramento. Sea como fuere, la institución de los *startsy* se ha mantenido y se va implantando gradualmente en los monasterios rusos. Verdad es que este sistema ya milenario de regeneración moral, mediante el cual pasa el hombre, al perfeccionarse, de la esclavitud a la libertad, puede ser un arma de dos filos, ya que, en vez de la humildad y el dominio de uno mismo, puede fomentar un orgullo satánico y hacer del hombre un esclavo, no un ser libre.

El *starets* Zósimo tenía sesenta y cinco años. Descendía de una familia de hacendados. En su juventud había servido en el Cáucaso como oficial del Ejército. Sin duda, Aliocha se había sentido cautivado por la distinción particular de que el *starets* le había hecho objeto al permitirle que habitara en su misma celda, sin contar con la estimación que le profesaba. Hay que advertir que Aliocha, aunque vivía en el monasterio, no se había comprometido con ningún voto. Podía ir a donde se le antojara y pasar fuera del monasterio días enteros. Si llevaba el hábito era por su propia voluntad y porque no quería distinguirse de los demás habitantes del convento.

Es muy posible que en la imaginación juvenil de Aliocha hubieran causado una impresión especialmente profunda la gloria y el poder que rodeaban como una aureola al *starets* Zósimo. Se contaba del famoso *starets* que, a fuerza de recibir, desde hacía muchos años, a los numerosos peregrinos que acudían a él para expansionar su corazón ávido de consejos y consuelo, había adquirido una singular perspicacia. Le bastaba mirar a un desconocido para adivinar la razón de su visita, lo que necesitaba e incluso lo que atormentaba su conciencia. El penitente quedaba sorprendido, confundido, y a veces atemorizado, al verse descubierto antes de haber pronunciado una sola palabra.

Aliocha había observado que muchos de los que acudían por primera vez a hablar con el *starets* Zósimo llegaban con el temor y la inquietud reflejados en el semblante y que después, al márcharse, la cara antes más sombría estaba radiante de satisfacción. También le sorprendia el hecho de que el *starets*, lejos de mostrarse severo, fuera un hombre incluso jovial. Los monjes decían que tomaba afecto a los más grándes pecadores y que los estimaba en proporción con sus pecados. Incluso entonces, cuando estaba ya tan cerca del fin de su vida, Zósimo despertaba envidias y tenía enemigos entre los monjes. El número de los enemigos disminuía, pero entre ellos figuraba cierto anciano taciturno y riguroso ayunador, que gozaba de gran prestigio, al que acompañaban otros religiosos destacados. Pero los partidarios del *starets* formaban una mayoria abrumadora; éstos sentían gran cariño por él y algunos le profesaban una adoración fanática. Sus adictos decían en voz baja que era un santo, preveían su próximo fin y esperaban que pronto haría grandes milagos que cubrirían de gloria al monasterio. Alexei creía ciegamente en el poder milagroso de su *starets*, del mismo modo que daba crédito a la leyenda del ataúd lanzado al exterior de la iglesia. Era frecuente que se presentaran a Zósimo hijos o padres enfermos para que les aplicara la mano o dijese una oración por ellos. Aliocha veía a muchos de los portadores volver muy pronto, a veces al mismo día siguiente, para arrodillarse ante el *starets* y darle las gracias por haber curado a sus enfermos. ¿Existía la curación o se trataba tan sólo de una mejoría natural? Aliocha ni siquiera se hacía esta pregunta: creía ciegamente en la potencia espiritual de su maestro y consideraba la gloria de éste como un triunfo propio. Su corazón latía con violencia y su rostro se iluminaba

cuando el *starets* salía a la puerta del convento para recibir a la multitud de peregrinos que le esperaba, compuesta principalmente por gentes sencillas que llegaban de todos los lugares de Rusia para verle y recibir su bendición. Se arrodillaban ante él, lloraban, besaban sus pies y el suelo que pisaba y, entre tanto, no cesaban de proferir gritos. El *starets* les hablaba, recitaba una corta oración, les daba la bendición y los despedía.

Últimamente estaba tan débil a causa de sus achaques, que pocas veces podía salir de su celda, y los peregrinos, en algunas ocasiones, esperaban su aparición días enteros. Aliocha no se preguntaba por qué le querían tanto, por qué se arrodillaban ante él, derramando lágrimas de ternura. Se daba perfecta cuenta de que para el alma resignada del sencillo pueblo ruso, abrumada por el trabajo y los pesares, y sobre todo por la injusticia y el pecado continuos —tanto los propios como los ajenos—, no había mayor necesidad ni consuelo más dulce que hallar un santuario o un santo ante el cual caer de rodillas y adorarlo diciéndose: «El pecado, la mentira y la tentación son nuestro patrimonio, pero hay en el mundo un hombre santo y sublime que posee la verdad, que la conoce. Por lo tanto, la verdad descenderá algún día sobre la tierra, como se nos ha prometido.»

Aliocha sabía que el pueblo siente a incluso razona así, y estaba tan seguro como aquellos aldeanos y aquellas mujeres enfermas que acudían con sus hijos de que el *starets* Zósimo era un santo y un depositario de la verdad divina. El convencimiento de que el *starets* proporcionaría después de su muerte una gloria extraordinaria al monasterio era en él más profundo acaso que en los monjes. Desde hacía algún tiempo, su corazón ardía, y esta llama interior era cada vez más poderosa. No le sorprendía ver el aislamiento en que vivía el *starets*. «Eso no importa —se decía—. En su corazón se encierra el misterio de la renovación para todos, ese poder que instaurará al fin la justicia en la tierra. Entonces todos serán santos y todos se amarán entre sí. No habrá ricos ni pobres, personas distinguidas ni seres humildes. Todos serán simples hijos de Dios y entonces conoceremos el reinado de Cristo.» Así soñaba el corazón de Aliocha.

En Alexèi había producido extraordinaria impresión la llegada de sus dos hermanos. Había simpatizado más con Dmitri, aunque éste había llegado más tarde. En cuanto a Iván, se interesaba mucho por él, pero no congeniaban. Ya llevaban dos meses viéndose con frecuencia, y no existía entre ellos ningún lazo de simpatía. Aliocha era un ser taciturno que parecía estar siempre esperando no se sabía qué y tener vergüenza de algo. Al principio, Iván lo miró con curiosidad, pero pronto dejó de prestarle atención. Aliocha quedó entonces algo confuso, y atribuyó la actitud de su hermano a sus diferencias de edad a instrucción. Pero también pensó que la indiferencia que le demostraba Iván podía proceder de alguna causa que él ignoraba. Iván parecía absorto en algún asunto importante, en algún propósito dificil. Esto

justificaría la falta de interés con que le trataba. Aliocha se preguntó igualmente si en la actitud de su hermano no habría algo del desprecio natural en un sabio ateo hacia un pobre novicio. Este desprecio, si existía, no le podía ofender, pero Aliocha esperaba, con una vaga alarma que no lograba explicarse, el momento en que su hermano pudiera intentar acercarse a él. Dmitri hablaba de Iván con un profundo y sincero respeto. Explicó a Aliocha con todo detalle el importante negocio que los había unido estrechamente. El entusiasmo con que Dmitri hablaba de Iván impresionó profundamente a Aliocha, ya que Dmitri, comparado con su hermano, era poco menos que un ignorante. Sus caracteres eran tan distintos, que no podían existir dos seres más dispares.

Entonces se celebró en la celda del *starets* la reunión de aquella familia tan poco unida, reunión que influyó en Aliocha extraordinariamente. El pretexto que la motivó fue, en realidad, falso. El desacuerdo entre Dmitri y su padre sobre la herencia de su madre había llegado al colmo. Las relaciones entre padre a hijo se habían envenenado hasta resultar insoportables. Fue Fiodor Pavlovitch el que sugirió, chanceándose, que se reunieran todos en la celda del *starets*. Sin recurrir a la intervención del religioso se habría podido llegar a un acuerdo más sincero, ya que la autoridad y la influencia del *starets* podían imponer la reconciliación. Dmitri, que no había estado nunca en el monasterio ni visto al *starets* Zósimo, creyó que su padre le quería atemorizar, y aceptó el desafío. En ello influyó tal vez el hecho de que se reprochaba a si mismo secretamente ciertas brusquedades en su querella con Fiodor Pavlovitch. Hay que advertir que Dmitri no vivía, como Iván, en casa de su padre, siho en el otro extremo de la población.

A Piotr Alejandrovitch Miusov, que estaba pasando una temporada en sus posesiones, le sedujo la idea. Este liberal a la moda de los años cuarenta y cincuenta, librepensador y ateo, tomó parte activa en el asunto, tal vez porque estaba aburrido y vio en ello una diversión. De súbito le acometió el deseo de ver el convento y al «santo». Como su antiguo pleito con el monasterio no había terminado aún —el litigio se basaba en la delimitación de las tierras y en ciertos derechos de pesca y tala de árboles—, pudo utilizar el pretexto de que pretendia resolver el asunto amistosamente con el padre abad. Un visitante animado de tan buenas intenciones podía ser recibido en el monasterio con muchos más miramientos que un simple curioso. Todo ello dio lugar a que se pidiera insistentemente al *starets* que aceptara el arbitraje, aunque el buen viejo, debido a su enfermedad, ya no salía nunca de su celda ni recibía a ningún visitante. El *starets* Zósimo dio su consentimiento y fijó la fecha.

—¿A quién se le ha ocurrido nombrarme juez en este asunto? —se limitó a preguntar a Aliocha con una sonrisa.

Ante el anuncio de esta reunión, Aliocha se sintió profundamente inquieto. El único de los asistentes que podía tomar en serio la conferencia era Dmitri. Los demás

acudirían para divertirse y su conducta podía ser ofensiva para el *starets*. Aliocha estaba seguro de ello. Su hermano Iván y Miusov irían al monasterio por pura curiosidad, y su padre para hacer el payaso. Aunque Aliocha hablaba poco, conocía a su padre perfectamente, pues, como ya he dicho, este muchacho no era tan cándido como se creía. Por eso esperaba con inquietud el día señalado. No cabía duda de que sentía verdaderos deseos de que cesara el desacuerdo en su familia, pero lo que más le preocupaba era su *starets*. Temía por él, por su gloria; le desazonaba la idea de las ofensas que pudieran causarle, especialmente las burlas de Miusov y las reticencias del erudito Iván. Pensó incluso en prevenir al *starets*, en hablarle de los visitantes circunsanciales que iba a recibir; pero reflexionó y no le dijo nada.

La víspera del día señalado, Aliocha mandó a decir a Dmitri que lo quería mucho y que esperaba que cumpliera su promesa. Dmitri, que no se acordaba de haber prometido nada, le respondió —on una carta en la que le decía que haría todo lo posible por no coneter ninguna « bajeza»; que aunque sentía gran respeto por el *starets* y por Iván, veía en aquella reunión una trampa o una farsa indigna. «Sin embargo, antes me tragaré la lengua que cometer una falta de respeto contra ese hombre al que tú veneras», decía Dmitri finalmente.

Esta carta no tranquilizó a Aliocha.

LIBRO II

UNA REUNIÓN FUERA DE LUGAR

I. Llegada al monasterio

Terminaba el mes de agosto. El tiempo era excelente: temperatura agradable y cielo despejado. La reunión en la celda del *starets* se tenía que celebrar inmediatamente después de la última misa, a las once y media. Los conferenciantes llegaron a la hora fijada, en dos vehículos. El primero, una elegante calesa tirada por dos magníficos caballos, lo ocupaban Piotr Alejandrovitch Miusov y un pariente lejano suyo, Piotr Fomitch Kalganov. Éste era un joven de veinte años que se preparaba para ingresar en la universidad. Miusov, que lo tenía en su casa, le propuso llevarlo a Zurich o a Jena para que completara sus estudios; pero él no se había decidido aún. Era un joven pensativo y distraído, de fisonomía agradable, constitución robusta, aventajada estatura y mirada impasible, como es propio de las personas que no prestan atención a nada. Podía estar mirándonos durante largo rato sin vernos. Era un ser taciturno que a veces, cuando dialogaba a solas con alguien, se mostraba de pronto locuaz, vehemente, alborozado, sabe Dios por qué. Pero su imaginación era como un relámpago, como un fuego que se encendía y apagaba en un segundo. Vestía bien y con cierto atildamiento. Poseía una modesta fortuna y tenía esperanzas de aumentarla. Sostenía con Aliocha amistosas relaciones.

Fiodor Pavlovitch y su hijo llegaron en un coche de alquiler deteriorado, aunque bastante espacioso, tirado por dos viejos caballos que seguían a la calesa a una respetuosa distancia. A Dmitri se le había anunciado el día anterior la hora de la reunión, pero aún no había llegado. Los visitantes dejaron sus coches en la posada, inmediata a los muros del recinto, y cruzaron a pie la gran puerta de entrada. Excepto Fiodor Pavlovitch, ninguno de ellos había visto el monasterio. Miusov, que no había entrado en una iglesia desde hacía treinta años, miraba a un lado y a otro con una mezcla de curiosidad y despreocupación. Aparte la iglesia y las dependencias —y éstas eran bastante vulgares—, el monasterio no ofreció nada de particular a su espíritu observador. Los últimos fieles que salían de la iglesia se descubrían y se santiguaban. Entre la gente del pueblo había algunas personas de más altas esferas: dos o tres damas y un viejo general, que habían dejado también sus coches en la posada.

Los mendigos rodeaban a los visitantes, pero nadie les daba nada. Sólo Kalganov sacó diez copecs de su monedero y, turbado no se sabía por qué, los entregó rápidamente a una buena mujer, a la que dijo en voz baja:

—Para que os lo repartáis.

Ninguno de sus compañeros hizo el menor comentario, y esto aumentó su confusión.

Parecía lógico que alguien hubiera acudido a recibir a nuestros visitantes, a incluso a testimoniarles cierta consideración. Uno de ellos había entregado en fecha

reciente mil rublos al monasterio; otro era un rico propietario que tenía a los monjes bajo su dependencia en lo referente a la pesca y a la tala de árboles, y los tendría hasta que se fallara el pleito. Sin embargo, allí no había ningún elemento oficial para recibirlos.

Miusov miraba con expresión distraída las losas sepulcrales diseminadas en torno de la iglesia. Estuvo a punto de hacer la observación de que los ocupantes áè aquellas tumbas debían de haber pagado un alto precio por el derecho de ser enterrados en un lugar tan santo, pero guardó silencio: su irritación se había impuesto a su ironía habitual. Luego murmuró como si hablara consigo mismo:

—¿A quién diablos hay que dirigirse en esta casa de tócame Roque? Necesitamos saberlo, porque el tiempo pasa.

De pronto se presentó ante ellos un personaje de unos sesenta años, que llevaba una amplia vestidura estival, calvo, de mirada amable. Con el sombrero en la mano, se presentó. Dijo ceceando que era el terrateniente Maximov, de la provincia de Tula. Se había compadecido del desconcierto de los visitantes.

—El *starets* Zósimo habita en la ermita que está a cuatrocientos metros de aquí, al otro lado del bosquecillo.

—Ya lo sé —respondió Fiodor Pavlovitch—, pero hace tiempo que no he estado aquí y no me acuerdo del camino.

—Salgan por esa puerta y atraviesen en línea recta el bosquecillo. Permítanme que les acompañe. Yo también... Por aquí, por aquí.

Salieron del recinto y se internaron en el bosque. El hacendado Maximov avanzaba, mejor dicho, corría al lado del grupo, examinándolos a todos con una curiosidad molesta. Al mirarlos, abría desmesuradamente los ojos.

Miusov dijo friamente:

—Hemos de ver al *starets* para un asunto particular. Hemos obtenido, por decirlo así, audiencia de ese personaje. Por lo tanto, y a pesar de lo muy agradecidos que le estamos a usted, no podemos invitarle a que entre con nosotros.

—Yo lo he visto ya —repuso el modesto hidalgo—. *Un chevalier parfait.*

—¿Quién es *ce chevalier?* —preguntó Miusov.

—El *starets*, el famoso *starets* Zósimo, gloria y honor del monasterio. Ese *starets*...

Su locuacidad fue interrumpida por la llegada de un monje con cogulla, bajito, pálido, débil. Fiodor Pavlovitch y Miusov se detuvieron. El religioso los saludó con extrema cortesía y les dijo:

—Caballeros, el padre abad les invita a almorzar después de la visita de ustedes a la ermita. El almuerzo será exactamente a la una. Usted también está invitado —dijo a Maximov.

—Iré —afirmó Fiodor Pavlovitch, encantado de la invitación—. Me guardaré

mucho de faltar. Ya sabe que todos hemos prometido portarnos correctamente... ¿Usted vendrá, Piotr Alejandrovitch?

—Desde luego. ¿Para qué estoy aquí sino para observar las costumbres del monasterio? Lo único que lamento es estar en compañía de usted.

—Y Dmitri Fiodorovitch sin llegar.

—Lo mejor que puede hacer es no venir. Ni usted ni su pleito familiar me divierten.

Y añadió, dirigiéndose al monje:

—Iremos a almorzar. Dé las gracias al padre abad.

—Perdone, pero he de conducirlos a presencia del *starets* —dijo el monje.

—En tal caso, yo voy a reunirme con el padre abad —dijo Maximov—. Sí, estaré con él hasta que ustedes vayan.

—El padre abad está muy ocupado en estos momentos —manifestó el monje, un tanto confundido—, pero haga usted lo que le parezca.

—Este viejo es un plomo —dijo Miusov cuando Maximov se hubo marchado camino del monasterio.

—Se parece a Von Sohn —afirmó inesperadamente Fiodor Pavlovitch.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿En qué se parece a Von Sohn? Además, ¿acaso ha visto usted a Von Sohn?

—Sí, en fotografía. Las facciones no son iguales, pero tienen una semejanza oculta. Sí, es un segundo Von Sohn; basta verle la cara para comprenderlo.

—Es posible. Sin embargo, Fiodor Pavlovitch, acaba usted de recordar que hemos prometido portarnos correctamente. ¿Lo ha olvidado? Procure dominarse. Si le gusta hacer el payaso, a mi me molestaría que se creyera que yo era igual que usted.

—Ya está usted viendo cómo es este hombre. Me inquieta presentarme con él ante personas respetables.

En los pálidos labios del monje apareció una leve sonrisa impregnada de cierto matiz irónico. Pero el religioso no dijo palabra, evidentemente por respeto a su propia dignidad.

Miusov frunció todavía más las cejas.

«¡Que el diablo se lleve a todos estos hombres de cara modelada por los siglos y que sólo llevan dentro charlatanismo y falsedad!», se dijo en su fuero interno.

—¡He aquí la ermita! —exclamó Fiodor Pavlovitch—. ¡Hemos llegado!

Y empezó a hacer la señal de la cruz con desaforados movimientos de brazo ante los santos pintados en la parte superior y a ambos lados del portal.

—Cada uno vive como le place —continuó—. Hay un proverbio ruso que dice atinadamente: «Al religioso de otra orden no se le impone en modo alguno tu regla.» Aquí hay veinticinco padres que siguen el camino de la salvación, comen coles y se miran los unos a los otros. Lo que me sorprende es que ninguna mujer franquee estas

puertas. Sin embargo, he oído decir que el *starets* recibe mujeres. ¿Es cierto? —preguntó dirigiéndose al monje.

—Las mujeres del pueblo le esperan allí, junto a la galería. Mírelas, allí están, sentadas en el suelo. Para las damas distinguidas se han habilitado dos habitaciones en la galería, pero que quedan fuera del recinto. Son aquellas ventanas que ve usted alli. El *starets* se traslada a la galería por un pasillo interior, cuando su salud se lo permite. Ahora hay en estas habitaciones una dama, la señora de Khokhlakov, propietaria de Kharkhov, que quiere consultarle sobre una hija suya que está anémica. Sin duda le ha prometido que irá, aunque en estos últimos tiempos está muy débil y apenas se deja ver.

—Por lo tanto, en la ermita hay una puerta entreabierta a la parte de las damas. Me guardaré mucho de pensar mal, padre. En el monte Athos..., usted debe de saberlo..., no solamente no se permiten visitas femeninas, sino que no se admite ninguna clase de mujer ni de hembra, ni gallina, ni pava, ni ternera.

—Le dejo, Fiodor Pavlovitch. A usted le van a echar: eso se lo digo yo.

—¿Pero en qué le he molestado, Piotr Alejandrovitch?

Y cuando entraron en el recinto, exclamó de súbito:

—¡Mire, mire! Viven en un verdadero mar de rosas.

No se veían rosas, porque entonces no las había, pero sí gran difusión de flores de otoño, magníficas y raras. Sin duda las cuidaba una mano experta. Había macizos alrededor de la iglesia y de las tumbas. También estaba cercada de flores la casita de madera (una simple planta baja precedida de una galería) donde se hallaba la celda del *starets*.

—¿Estaba todo lo mismo en la época de Barsanufe, el precedente *starets*? Dicen que era un hombre poco fino y que, cuando se enfurecía, la emprendia a bastonazos incluso con las damas. ¿Es esto verdad? —indagó Fiodor Pavlovitch mientras subían los escalones del pórtico.

—Barsanufe —repuso el monje— se comportaba a veces como si hubiese perdido la razón, pero ¡cuántas falsedades se cuentan de él! Nunca dio bastonazos a nadie... Ahora, caballeros, tengan la bondad de esperar unos instantes. Voy a anunciarlos.

Entonces Miusov murmuró una vez más:

—Se lo repito, Fiodor Pavlovitch: recuerde lo convenido. Si no, allá usted.

—Me gustaría saber qué es lo que le preocupa tanto —dijo, burlón, Fiodor Pavlovitch—. ¿Son sus pecados lo que le inquietan? Dicen que el *starets* Zósimo lee en el alma de las personas con sólo una mirada. Pero no comprendo que usted, un parisiense, un progresista, haga caso de estas cosas. Me sorprende profundamente.

Miusov no pudo tener la satisfacción de contestar a este mordaz comentario, pues en ese momento los invitaron a pasar.

Estaba furioso, y, en su irritación, se decía:

«Sé que, con lo nervioso que soy, voy a discutir, a acalorarme..., a rebajarme y a rebajar mis ideas.»

II. Un viejo payaso

Entraron casi al mismo tiempo que el *starets*, el cual había salido de su dormitorio apenas llegaron los visitantes. Éstos entraron en la celda precedidos por dos religiosos de la ermita: el padre bibliotecario y el padre Pasius, hombre enfermizo a pesar de su edad poco avanzada, pero notable por su erudición, según decían. Además, había allí un joven que llevaba un redingote y que debía de frisar en los veintidós años. Era un antiguo alumno del seminario, futuro teólogo, al que protegía el monasterio. Era alto, de tez fresca, pómulos salientes y ojillos oscuros y vivos. Su rostro expresaba cortesía, pero no servilísmo. No saludó a los visitantes como un igual, sino como un subalterno, y permaneció de pie durante toda la conferencia.

El *starets* Zósimo se presentó en compañía de un novicio y de Aliocha. Los religiosos se pusieron en pie y le hicieron una profunda reverencia, tocando el suelo con las puntas de los dedos. Después recibieron la bendición del *starets* y le besaron la mano. El *starets* les contestó con una reverencia igual —hasta tocar con los dedos el suelo— y les pidió lo bendijesen. Esta ceremonia, revestida de grave solemnidad y desprovista de la superficialidad de la etiqueta mundana, no carecía de emoción. Sin embargo, Miusov, que estaba delante de sus compañeros, la consideró premeditada. Cualesquiera que fuesen sus ideas, la simple educación exigía que se acercara al *starets* para recibir su bendición, aunque no le besara la mano. El día anterior había decidido hacerlo así, pero ante aquel cambio de reverencias entre los monjes había variado de opinión. Se limitó a hacer una grave y digna inclinación de hombre de mundo y fue a sentarse. Fiodor Pavlovitch hizo exactamente lo mismo, o sea que imitó a Miusov como un mono. El saludo de Iván Fiodorovitch fue cortés en extremo, pero el joven mantuvo también los brazos pegados a las caderas. En lo concerniente a Kalganov, estaba tan confundido, que incluso se olvidó de saludar. El *starets* dejó caer la mano que había levantado para bendecirlos y los invitó a todos a sentarse. La sangre afluyó a las mejillas de Aliocha. Estaba avergonzado: sus temores se cumplían.

El *starets* se sentó en un viejo y antiquísimo sofá de cuero a invitó a sus visitantes a instalarse frente a él, en cuatro sillas de caoba guarnecidas de cuero lleno de desolladuras. Los religiosos se colocaron uno junto a la puerta y el otro al lado de la ventana. El seminarista, Aliocha y el novicio permanecieron de pie. La celda era poco espaciosa, y su atmósfera, densa y viciada. Contenía lo más indispensable: algunos muebles y objetos toscos y pobres; dos macetas en la ventana; en un ángulo, numerosos cuadritos de imágenes y una gran Virgen, pintada, con toda seguridad, mucho antes del *raskol*[11]. Ante la imagen ardía una lamparilla. No lejos de ella había otros dos iconos de brillantes vestiduras, dos querubines esculpidos, huevos de

porcelana, un crucifijo de marfil, al que abrazaba una *Mater dolorosa,* y varios grabados extranjeros, reproducciones de obras de pintores italianos famosos de siglos pasados.

Junto a estas obras de cierto valor se exhibían vulgares litografías rusas: esos retratos de santos, de mártires, de prelados, que se venden por unos cuantos copecs en todas las ferias.

Miusov paseó una rápida mirada por todas estas imágenes y después observó al *starets*. Creía poseer una mirada penetrante, debilidad excusable en un hombre que tenía ya cincuenta años, mucho mundo y mucho dinero. Estos hombres lo toman todo demasiado en serio, a veces sin darse cuenta.

Desde el primer momento, el *starets* le desagradó. Ciertamente, había en él algo que podía despertar la antipatía no sólo de Miusov, sino de otras personas. Era un hombrecillo encorvado, de piernas débiles, que tenía sólo unos sesenta años, pero que parecía tener diez más, a causa de sus achaques. Todo su rostro reseco estaba surcado de pequeñas arrugas, especialmente alrededor de los ojos, que eran claros, pequeños, vivos y brillantes como puntos luminosos. Sólo le quedaban unos mechones de cabello gris sobre las sienes. Su barba, rala y de escasas dimensiones, terminaba en punta. Sus labios, delgados como dos cordones, sonreían a cada momento. Su puntiaguda nariz parecía el pico de un ave.

«Según todas las apariencias, es un hombre malvado, mezquino, presuntuoso», pensó Miusov, que sentía una creciente aversión hacia él.

Un pequeño reloj de péndulo dio doce campanadas, y esto rompió el hielo.

—Es la hora exacta —afirmó Fiodor Pavlovitch—, y mi hijo Dmitri Fiodorovitch no ha venido todavía. Le presento mis excusas por él, santo *starets*.

Al oír estas dos últimas palabras, Aliocha se estremeció.

—Yo soy siempre puntual —continuó Fiodor Pavlovitch—. Nunca me retraso más de un minuto, pues no olvido que la exactitud es la cortesía de los reyes.

—Pero usted no es rey, que yo sepa —gruñó Miusov, incapaz de contenerse.

—¡Pues es verdad! Y crea que lo sabía, Piotr Alejandrovitch: le doy mi palabra. Pero, ¿qué quiere usted?, la lengua se me va.

De pronto se encaró con el *starets* y exclamó en un tono patético:

—Reverendísimo padre, tiene usted ante sí un payaso. Siempre hago así mi presentación. Es una antigua costumbre. Si digo a veces despropósitos, lo hago con toda intención, a fin de hacer reir y ser agradable. Hay que ser agradable, ¿no es cierto? Hace siete años fui a una pequeña ciudad para tratar pequeños negocios que hacia a medias con pequeños comerciantes. Fuimos a ver al *ispravnik*[12], al que teníamos que pedir algo a invitar a una colación. Apareció el *ispravnik.* Era un hombre alto, grueso, rubio y sombrío. Estos individuos son los más peligrosos en tales casos, pues la bilis los envenena. Le dije con desenvoltura de hombre de mundo:

«Señor *ispravnik*, usted será, por decirlo así, nuestro Napravnik [13].» Él me contestó: «¿Qué Napravnik?» Vi inmediatamente, por lo serio que se quedó, que no había comprendido. Expliqué: «Ha sido una broma. Mi intención ha sido alegrar los ánimos. El señor Napravnik es un director de orquesta conocido, y para la armonía de nuestra empresa necesitamos precisamente una especie de director de orquesta...» Tanto la explicación como la comparación eran razonables, ¿no le parece? Pero él dijo: «Perdón, yo soy *ispravnik* y no permito que se hagan chistes sobre mi profesión.» Nos volvió la espalda. Yo corrí tras él gritando: «Si, sí; usted es *ispravnik* y no Napravnik.» Total, que se nos vino abajo el negocio. Siempre me pasa lo mismo. Ser demasiado amable me perjudica. Otra vez, hace ya muchos años, dije a un personaje importante: «Su esposa es una mujer muy cosquillosa.» Quise decir que tenía una sensibilidad muy fina. Entonces él me preguntó: «¿Usted lo ha comprobado?» Yo decidí ser amable y respondí: «Sí, señor: lo he comprobado.» Y entonces las cosquillas me las hizo él a mi... Como hace de esto mucho tiempo, no me importa contarlo. Así es como siempre me estoy perjudicando.

—Es lo que está usted haciendo en este momento —dijo Miusov, contrariado.

El *starets* los miró en silencio a los dos.

—Le aseguro que lo sabía, Piotr Alejandrovitch –repuso Fiodor Pavlovitch—. Presentía que diría cosas como éstas apenas abriese la boca, y también estaba seguro de que usted sería el primero en llamarme la atención... Reverendísimo *starets*, al ver que mi broma no ha tenido éxito me doy cuenta de que he llegado a la vejez. Esta costumbre de hacer reír data de mi juventud, de cuando era un parásito entre la nobleza y me ganaba el pan de este modo. Soy un payaso auténtico, innato, lo que equivale a decir inocente. Reconozco que un espíritu impuro debe de alojarse en mí, pero sin duda es muy modesto. Si fuera más importante, habría buscado otro alojamiento. Pero no se habría refugiado en usted, Piotr Alejandrovitch, porque usted no es una persona importante. Yo, en cambio, creo en Dios. Últimamente tenía mis dudas, pero ahora sólo me falta oír una frase sublime. En esto me parezco al filósofo Diderot. ¿Sabe usted, santísimo *starets*, cómo se presentó al metropolitano Platón[14], cuando reinaba la emperatriz Catalina? Entra y dice sin preámbulos: «¡Dios no existe!» A lo que el alto prelado responde: « ¡El insensato ha dicho de todo corazón que Dios no existe!» Inmediatamente, Diderot se arroja a sus pies y exclama: «¡Creo y quiero recibir el bautismo!» Y se le bautizó en el acto. La princesa Dachkhov[15] fue la madrina, y Potemkin[16], el padrino...

—Esto es intolerable, Fiodor Pavlovitch —exclamó Miusov con voz trémula, incapaz de contenerse—. Está usted mintiendo. Y sabe muy bien que esa estúpida anécdota es falsa. No se haga el picaro.

—Siempre he creído que era una solemne mentira —aceptó Fiodor Pavlovitch con vehemencia—. Pero ahora, señores, les diré toda la verdad. Eminente *starets*,

perdóneme: el final, lo del bautismo de Diderot, ha sido invención mía. Jamás me había pasado por la imaginación: se me ha ocurrido para sazonar la anécdota. Si me hago el pícaro, Piotr Alejandrovitch, es por gentileza. Bien es verdad que muchas veces ni yo mismo sé por qué lo hago. En lo que concierne a Diderot, he oído contar repetidamente eso de: «El insensato ha dicho... » Me lo decían en mi juventud los terratenientes del pals en cuyas casas habitaba. Una de las personas que me lo contaron, Piotr Alejandrovitch, fue su tía Mavra Fominichina. Hasta este momento todo el mundo está convencido de que el impío Diderot visitó al metropolitano para discutir sobre la existencia de Dios.

Miusov se puso en pie. Había llegado al límite de la paciencia y estaba fuera de sí. Se sentía indignado y sabía que su indignación lo ponía en ridículo. Lo que estaba ocurriendo en la celda del *starets* era verdaderamente intolerable. Desde hacía cuarenta o cincuenta años, los visitantes que entraban en ella se comportaban con profundo respeto. Casi todos los que conseguían el permiso de entrada comprendían que se les otorgaba un favor especialísimo. Muchos de ellos se arrodillaban y así permanecían durante toda su estancia en la celda. Personas de elevada condición, eruditos, a incluso librepensadores que visitaban el monasterio por curiosidad o por otra causa cualquiera, consideraban un deber testimoniar al *starets* un profundo respeto durante toda la entrevista, fuera pública o privada, y más no tratándose de ningún asunto de dinero. Allí no existía más que el amor y la bondad en presencia del arrepentimiento y del anhelo de resolver un problema moral y complicado, una crisis de la vida sentimental. De aquí que las payasadas de Fiodor Pavlovitch, impropias del lugar, hubieran provocado la inquietud y el estupor de los testigos, por lo menos de la mayoría de ellos. Los religiosos permanecían impasibles, pendientes de la respuesta del *starets*, pero parecían dispuestos a levantarse como Miusov. Aliocha sentía deseos de llorar y tenía la cabeza baja. Todas sus esperanzas se concentraban en su hermano Iván, el único que tenía influencia sobre su padre, y le sorprendía sobremanera verle inmóvil en su asiento, con los ojos bajos, esperando con curiosidad el desenlace de la escena, como si fuese ajeno al debate por completo.

Aliocha no se atrevía a mirar a Rakitine (el seminarista), con el que tenía cierta intimidad. Él era el único del monasterio que conocía sus pensamientos.

—Perdóneme —dijo Miusov al levantarse, dirigiéndose al *starets*— por participar, aunque sólo sea con mi presencia, en estas bromas indignas. Me he equivocado al creer que incluso un individuo de la índole de Fiodor Pavlovitch sabría comportarse como es debido en presencia de una persona tan respetable como usted... Nunca creí que tendría que excusarme por haber venido en su compañia.

Piotr Alejandrovitch no pudo continuar. En el colmo de la confusión, se dispuso a dirigirse a la puerta.

—No se inquiete, por favor —dijo el *starets*, levantándose sobre sus débiles

piernas.

Cogió a Piotr Alejandrovitch de las manos y le obligó a sentarse de nuevo.

—Cálmese. Es usted mi huésped.

Piotr Alejandrovitch hizo una reverencia y volvió a sentarse.

—Eminente *starets* —exclamó de pronto Fiodor Pavlovitch—, le ruego que me diga si, en mi vehemencia, le he ofendido.

Y sus manos se aferraban a los brazos del sillón, como si estuviese dispuesto a saltar si la respuesta era afirmativa.

—También a usted le suplico que no se inquiete —dijo el *starets* con acento y ademán majestuosos—. Esté tranquilo, como si estuviese en su casa. Y, sobre todo, no se avergüence de sí mismo, pues de ahí viene todo el mal.

—¿Que esté como en mi casa?, ¿que me muestre como soy? Esto es demasiado; me conmueve usted con su amabilidad. Pero le aconsejo, venerable *starets*, que no me anime a mostrarme al natural: es un riesgo demasiado grande. No, no iré tan lejos. Le diré sólo lo necesario para que sepa a qué atenerse; lo demás pertenece al reino de las tinieblas, de lo desconocido, aunque algunos se anticipen a darme lecciones. Esto lo digo por usted, Piotr Alejandrovitch. A usted, santa criatura —añadió, dirigiéndose al *starets*—, he aquí lo que le digo: Estoy desbordante de entusiasmo —se levantó, alzó los brazos y exclamó—: ¡Bendito sea el vientre que lo ha llevado dentro y los pechos que lo han amamantado, los pechos sobre todo! Al decirme usted hace un momento: «No se avergüence de sí mismo, pues todo el mal viene de ahí», su mirada me ha taladrado y leído en el fondo de mi ser. Efectivamente, cúando me dirijo a alguien, me parece que soy el más vil de los hombres y que todo el mundo ve en mi un payaso. Entonces me digo: «Haré el payaso. ¿Qué me importa la opinión de la gente, si desde el primero hasta el último son más viles que yo?» He aquí por qué soy un payaso, eminente *starets*: por vergüenza, sólo por vergüenza. No alardeo por timidez. Si estuviera seguro de que todo el mundo me había de recibir como a un ser simpático y razonable, ¡Dios mío, qué bueno sería!

Se arrodilló ante el *starets* y preguntó:

—Maestro, ¿qué hay que hacer para conseguir la vida eterna?

Era difícil dilucidar si estaba bromeando o si hablaba con emoción sincera.

El *starets* le miró y dijo sonriendo:

—Hace mucho tiempo que usted mismo sabe lo que hay que hacer, pues no le falta inteligencia: no se entregue a la bebida ni a las intemperancias del lenguaje; no se deje llevar de la sensualidad y menos del amor al dinero; cierre sus tabernas, por los menos dos o tres si no puede cerrarlas todas. Y, sobre todo, no mienta.

—¿Lo dice por lo que he contado de Diderot?

—No, no lo digo por eso. Empiece por no mentirse a si mismo. El que se miente a si mismo y escucha sus propias mentiras, llega a no saber lo que hay de verdad en él

ni en torno de él, o sea que pierde el respeto a sí mismo y a los demás. Al no respetar a nadie, deja de querer, y para distraer el tedio que produce la falta de cariño y ocuparse en algo, se entrega a las pasiones y a los placeres más bajos. Llega a la bestialidad en sus vicios. Y todo ello procede de mentirse continuamente a sí mismo y a los demás. El que se miente a si mismo, puede ser víctima de sus propias ofensas. A veces se experimenta un placer en autoofenderse, ¿verdad? Un hombre sabe que nadie le ha ofendido, sino que la ofensa es obra de su imagipación, que se ha aferrado a una palabra sin importancia y ha hecho una montaña de un montículo; sabe que es él mismo el que se ofende y que experimenta en ello una gran satisfacción, y por esta causa llega al verdadero odio... Pero levántese y vuelva a ocupar su asiento. Ese arranque también es falso.

—¡Déjeme besar su mano, bienaventurado padre!

Y Fiodor Pavlovitch se levantó y posó sus labios en la mano descarnada del *starets*.

—Tiene usted razón —siguió diciendo—. Ofenderse a uno mismo es un placer. Nunca había oído decir eso tan certeramente. Sí, durante toda mi vida ha sido para mí un placer ofenderme. Por una cuestión de estética, pues recibir ofensas no sólo deleita, sino que, a veces, es hermoso. Se ha olvidado usted de este detalle, eminente *starets*: el de la belleza. Lo anotaré en mi carné. En cuanto a mentir, no he hecho otra cosa en toda mi vida. He mentido diariamente y a todas horas. En cierto modo, yo mismo soy una mentira y padre de la mentira. Pero no, no creo que pueda llamarme padre de la mentira. ¡Me armo unos lios! Digamos que soy hijo de la mentira: es más que suficiente... Pero mentir acerca de Diderot no perjudica a nadie. En cambio, hay ciertas mentiras que hacen daño. Por ejemplo, eminente *starets*, recuerdo que hace tres años me propuse venir aquí, pues deseaba ávidamente conocer, descubrir la verdad. Le ruego que diga a Piotr Alejandrovitch que no me interrumpa. Digame, reverendísimo padre: ¿es cierto que en los «Mensuales»[17] se habla de un santo taumaturgo que sufrió el martirio y, una vez decapitado, levantó su propia cabeza, la besó y la llevó en brazos largo tiempo? ¿Es eso verdad, padres?

—No, dijo el *starets*—, eso no es verdad.

—No se cuenta nada semejante en ningún «Mensual» —afirmó el padre bibliotecario—. ¿A qué santo se aplica eso?

—No lo sé. Es una cuestión que desconozco. El error viene de otros. Lo oí decir. ¿Y saben ustedes a quién? A este mismo Piotr Alejandrovitch Miusov que acaba de enfui•ecerse por lo que he contado de Diderot.

—Yo no le he contado eso jamás, por la sencilla razón de que nunca hablo con usted.

—Cierto que usted no me lo ha contado a mi directamente, pero lo dijo, hace cuatro años, a un grupo de personas en el que yo figuraba. Si he recordado el hecho

es porque usted quebrantó mi fe con este relato cómico. Aunque no lo crea, volví a mi casa con la fe aniquilada. Desde entonces, cada vez dudé más. Sí, Piotr Alejandrovitch, usted me hizo mucho daño. Aquello fue muy distinto de mi invención sobre Diderot.

Fiodor Pavlovitch se exaltó patéticamente, aunque todos se dieron cuenta de que de nuevo adoptaba una actitud teatral. Pero Miusov se sentía herido en lo más vivo.

—¡Qué absurdo! —exclamó—. Tan absurdo como todo lo demás que usted ha contado. Desde luego, yo no le dije eso a usted. Lo ocurrido fue que yo oí en Paris contar a un francés que, en una misa dicha en nuestro país, se leyó este episodio en los «Mensuales». El francés era un erudito que permaneció largo tiempo en Rusia, dedicado especialmente al estudio de cuestiones de estadística. En lo que a mí concierne, no he leido los «Mensuales» ni los leeré nunca... En la mesa se dicen muchas cosas. Y entonces estábamos comiendo.

—Si —dijo Fiodor Pavlovitch para mortificarle—. Usted comía mientras yo perdía la fe.

«¿Qué me importa a mi su fe?», estuvo a punto de exclamar Miusov.

Pero se contuvo y dijo con un gesto de desprecio:

—Usted mancha todo lo que toca.

El *starets* se levantó de súbito.

—Perdónenme, señores, que les deje solos unos momentos —dijo, dirigiéndose a todos los visitantes—, pero me esperan desde antes de la llegada de ustedes.

Y añadió alegremente y dirigiéndose a Fiodor Pavlovitch:

—Y usted procure no mentir.

Se dirigió a la puerta. Aliocha y el novicio corrieron tras él para ayudarle a bajar la escalera. Aliocha estaba sofocado. Se sentía feliz ante la interrupción, y también al ver al *starets* contento y no con cara de hombre ofendido.

El *starets* iba a trasladarse a la galería para bendecir a las mujeres que allí le esperaban, pero Fiodor Pavlovitch lo detuvo en la puerta de la celda.

—Bienaventurado *starets* —exclamó, conmovido—, permítame que vuelva a besarle la mano. Con usted se puede hablar y se puede vivir. Usted cree, sin duda, que yo miento continuamente y que siempre estoy haciendo el payaso. Pues bien, sólo lo he hecho para ver si se puede vivir a su lado, si hay un puesto para mi humildad junto a su elevada posición. Certifico que es usted un hombre sociable. Durante su ausencia no diré palabra. Permaneceré sentado y en silencio. Ahora, Piotr Alejandrovitch, puede usted hablar cuanto quiera. Durante diez minutos será usted el personaje principal de la reunión.

III. Las mujeres creyentes

Al pie de la galería de madera que se abría en la parte exterior del muro del recinto había unas veinte mujeres del pueblo. Se les había anunciado que el *starets* iba al fin a salir, y se habían agrupado para esperarle.

Las Khokhlakov le esperaban también, pero en una habitación de la galería reservada para las visitantes de calidad. Eran dos: madre a hija. La primera, rica propietaria, vestía con gusto. Tenía un aspecto todavía sumamente agradable y unos ojos vivos y casi negros. Sólo contaba treinta y tres áños y era viuda desde hacía cinco. Su hija, una jovencita de catorce años, tenía las piernas paralizadas. La pobre criatura no andaba desde hacía seis meses y había que tránsportarla en un sillón de ruedas. Tenía una carita encantadora, un tanto enflaquecida por la enfermedad, pero alegre. Sus grandes y oscuros ojos sombreados por largas pestañas brillaban con destellos juguetones. Su madre estaba decidida desde la primavera a llevarla al extranjero, pero ciertos trabajos emprendidos en sus dominios las retenían. Hacía ocho días que estaban en el pueblo, más por cuestiones de negocios que por devoción. Sin embargo, habían visitado ya al *starets* tres días atrás. Ahora habían vuelto, aun sabiendo que el *starets* apenas salía de su celda, para suplicar se les concediera «la dicha de ver al gran salvador de enfermos». Durante la espera, la madre estaba sentada junto al sillón de su hija. A dos pasos de ellas, de pie, había un viejo monje llegado de un monasterio del norte para recibir la bendición del *starets*.

Pero éste, al parecer, avanzó hacia el grupo de mujeres del pueblo. Las creyentes acudieron a la escalinata de tres escalones que enlazaba la galería con el suelo. El *starets* se detuvo en el escalón más alto. De sus hombros pendía la estola. Después de bendecir a las mujeres que le rodeaban, atendió a una posesa que le presentaron. La sujetaban por las dos manos. Cuando vio al *starets* fue acometida por un violento hipo y comenzó a gemir, mientras su cuerpo era presa de espasmos y sacudidas, como si sufriera un ataque epiléptico. El *starets* le cubrió la cabeza con la estola, dijo una breve oración y la enferma se cálmó en el acto.

Ignoro lo que ocurre ahora, pero en mi infancia tuve ocasión de ver y oír a estos posesos en las aldeas y en los monasterios. Cuando las llevaban a misa emitían en la iglesia agudos chillidos, pero tan pronto como tenían cerca el santo sacramento, el ataque «demoníaco» cesaba en el acto y las enfermas se tranquilizaban y permanecían en calma algún tiempo.

Como yo era todavía un niño, esto me sorprendía y me impresionaba profundamente. Respondiendo a mis preguntas, oí decir a algunos hacendados y, sobre todo, a los profesores de la localidad, que aquello era una ficción para no trabajar y que se podía reprimir tratando a los supuestos enfermos con dureza. Y me explicaban diversos casos que lo demostraban. Pero después me enteré, por boca de

médicos y especialistas, de que no se trataba de una simulación, sino de una grave enfermedad que demostraba las duras condiciones en que vivía la mujer, sobre todo en Rusia. El mal procedía de trabajos agotadores realizados después de curaciones incompletas y sin intervención de la medicina, y también de la desesperación, los malos tratos, etcétera, etcétera, vida que algunas naturalezas femeninas no pueden sufrir, aunque la soporte la mayoria.

La curación súbita y sorprendente de las convulsas endemoniadas, apenas se les acercaba algún objeto sagrado, lo cual se atribuía a una ficción y, sobre todo, a ardides de los sacerdotes, era seguramente también un fenómeno natural. Las mujeres que conducían a la enferma, y especialmente la enferma misma, estaban completamente convencidas de que el espíritu impuro que se había posesionado de ella no podría resistir la presencia del santo sacramento, ante el cual inclinaban a la desgraciada. Entonces, en la paciente de nervios enfermos, dominada por una afección psíquica, se producía un trastorno profundo y general, ocasionado por la espera del milagro de la curación y por la seguridad completa de que el milagro se realizaría. Y, en efecto, se realizaba, aunque sólo fuera momentáneamente. Esto es lo que ocurrió cuando el *starets* cubrió a la enferma con la estola.

Algunas de las mujeres que se apiñaban en torno de él derramaban lágrimas de ternura y entusiasmo, otras se arrojaban sobre él para besarle aunque sólo fuera el borde del hábito; otras, en fin, se lamentaban. Él las bendecía a todas y charlaba con ellas. Conocía a la posesa, que vivía en una aldea situada a legua y media del monasterio. No era la primera vez que se la habían traído.

—He aquí una que viene de lejos —dijo el *starets*, señalando a úna mujer todavía joven, pero exhausta y muy delgada, y de rostro tan curtido que parecía negro.

Esta mujer estaba arrodillada y fijaba en el *starets* una mirada inmóvil. En sus ojos había un algo de extravío.

—Sí, padre; vengo de lejos. Vivo a cuatrocientas verstas de aquí. De lejos, padre, de muy lejos.

Dijo esto una y otra vez mientras balanceaba la cabeza de derecha a izquierda, con la cara apoyada en la palma de la mano. Hablaba como lamentándose.

En el pueblo hay un dolor silencioso y paciente, que se concentra en sí mismo y enmudece. Pero también hay un dolor ruidoso, que se traduce en lágrimas y lamentos, sobre todo en las mujeres.

Este dolor no es menos profundo que el silencioso. Los lamentos sólo calman desgarrando el corazón. Este dolor no quiere consuelo: se nutre de'la idea de que es inextinguible. Los lamentos no son sino el deseo de abrir aún más la herida.

—Usted es ciudadana, ¿verdad? —preguntó el *starets*, mirándola con curiosidad.

—Sí, padre: somos campesinos de nacimiento, pero vivimos en la ciudad. He venido sólo para verte. Hemos oído hablar de ti, padre mío. He enterrado a mi hijo,

que era un niño pequeño: Para rogar a Dios, he visitado tres monasterios, y me han dicho: «Ve allí, Nastasiuchka[18]», es decir, a verle a usted, padre mío, a verle a usted. Y vine. Ayer fui a la iglesia y hoy he venido aquí.

—¿Por qué lloras?

—Por mi hijo. Le faltaban tres meses para cumplir tres años. El recuerdo de este hijo me atormenta. Era el menor. Nikituchka[19] y yo hemos tenido cuatro, pero no nos ha quedado ninguno, mi bienamado padre, ninguno. Enterré a los tres primeros y no sentí tanta pena. Pero a este último no puedo olvidarlo. Me parece tenerlo delante. No se va. Tengo el corazón destrozado. Contemplo su ropita, su camisa, sus zapatitos y me echo a llorar. Pongo, una junto a otra, todas las cosas que han quedado de él, las miro y lloro. Dije a Nikituchka, mi marido: «Oye, déjame ir en peregrinación...» Es cochero, padre mío. Tenemos bienes. Los caballos y los coches son nuestros. Pero ¿para qué los queremos ahora? Mi Nikituchka debe de estar bebiendo desde que le dejé. Lo ha hecho otras veces: cuando lo dejo pierde los ánimos. Pero ahora no pienso en él. Ya hace tres meses que he dejado la casa, y lo he olvidado todo, y no quiero acordarme de nada. ¿Para qué me sirve mi marido ahora? He terminado con él y con todos. No quiero volver a ver mi casa ni mis bienes. Ojalá me hubiese muerto.

—Oye —dijo el *starets*—, un gran santo de la antigüedad vio en el templo a una madre que lloraba como lloras tú, porque el Señor se le había llevado a su hijito. Y el santo le dijo: «Tú no sabes lo atrevidos que son estos niños ante el trono de Dios. En el reino de los cielos no hay nadie que tenga el atrevimiento que tienen esas criaturas. Le dicen a Dios que les ha dado la vida, pero que se la han vuelto a quitar apenas han visto la luz. Y tanto insisten y reclaman, que el Señor los hace ángeles. Por eso debes alegrarte en vez de llorar, ya que tu hijito está ahora con el Señor, en el coro de ángeles.» Esto es lo que dijo en la antigüedad un santo a una mujer que lloraba. Era un gran santo y lo que decía era la pura verdad. Así, tu hijo está ante el trono del Señor, y se divierte y ruega a Dios por ti. Llora si quieres, pero alégrate.

La mujer lo escuchaba con la cabeza inclinada y la cara apoyada en la mano.

—Lo mismo me decía mi Nikituchka para consolarme: «No hay motivo para que llores. Seguro que nuestro hijo está cantando ahora en el coro de ángeles ante el Señor.» Y mientras me decía esto, lloraba. Yo le decía: « Sí, ya lo sé: está con el Señor, porque no puede estar en otra parte. Pero no está aquí, cerca de nosotros, como estaba antes...» ¡Oh, si yo pudiera volver a verlo una vez, aunque sólo fuera una vez, sin acercarme a él, sin decirle nada, escondida en un rincón! ¡Si pudiera verle un instante, oírle jugar y verle llegar de pronto, gritando con su vocecita: «¿Dónde estás, mamá?», como hacía tantas veces! ¡Si yo pudiera oírle corretear por la habitación, venir a mí corriendo, riendo y gritando, como recuerdo que solía hacer! ¡Si pudiese aunque sólo fuera oírle! ¡Pero no está en la casa, padre mío, y no podré oírle nunca más! Mira su cinturón. Pero él no está, no volverá a estar nunca.

Sacó de su pecho un diminuto cinturón. Apenas lo vio, empezó L sollozar, cubriéndose el rostro con las manos, entre cuyos dedos luían las lágrimas a torrentes.

—¡Mirad! —exclamó el *starets*—. Es la antigua Raquel que lloa a sus hijos, sin ue haya para ella consuelo, porque ya no están en el mundo[20]. Esta es la suerte que se reserva aquí abajo a las madres. No te consueles, no hace falta que tengas consuelo. Llora. Pero cada vez que llores, acuérdate que tu hijo es un ángel de Dios, que desde allá arriba lo mira y lo ve, y que tus lágrimas le complacen y las muestra al Señor. Derramarás lágrimas todavía mucho tiempo, pero, al fin, sentirás una serena alegría, y las lágrimas que ahora son amargas serán entonces purificadoras lágrimas de ternura que borran los pecados. Rogaré por el descanso del alma de tu hijo. ¿Cómo se llamaba?

—Alexei, padre mío.

—Es un bonito nombre. Su patrón era el varón de Dios Alexei, ¿verdad?

—Sí, padre: Alexei, varón de Dios.

—¡Qué gran santo! Rogaré por tu hijito: no olvidaré tu aflicción en mis oraciones. Y también rogaré por la salud de tu marido. Pero ten en cuenta que es un pecado abandonarle. Vuelve a su lado y cuida de él. Desde allá arriba tu hijo ve que has abandonado a su padre, y esto le aflige. ¿Por qué turbas su paz? Tu hijito vive, pues el alma tiene vida eterna; no está en la casa, pero lo tienes cerca de ti, aunque no lo veas. Sin embargo, no esperes que vaya a tu casa si te oye decir que la detestas. ¿Para qué ha de ir, si en la casa no hay nadie, si en ella no puede encontrar a su madre y a su padre juntos? Ahora llegaría, te vería atormentada y te enviaría apacibles sueños. Vuelve hoy mismo al lado de tu esposo.

—Te obedeceré, padre mío, iré. Has leído en mi corazón. ¡Espérame, Nikituchka; espérame, querido!

La mujer continuó lamentándose, pero el *starets* se había vuelto ya hacia una viejecita que no vestía de peregrina, sino que llevaba un vestido de calle corriente. Se leía en sus ojos que tenía algo que decir. Era viuda de un suboficial y habitaba en nuestro pueblo. Su hijo Vasili, empleado en una comisaría, se había trasladado a Irkutsk (Siberia). Le había escrito dos veces. Luego, desde hacía un año, no había dado señales de vida. Había intentado informarse, pero no sabía adónde dirigirse.

—El otro día, Estefanía Ilinichna Bedriaguine, rica tendera, me dijo: «Lo que debes hacer, Prokhorovna, es escribir en un papel el nombre de tu hijo. Entonces vas a la iglesia y encargas oraciones por el descanso de su alma. Así, él se sentirá inquieto y te escribirá. Es un procedimiento seguro que se ha empleado muchas veces.» Yo no me he atrevido a hacerlo sin consultarte. Tú que en todo nos iluminas, dime: ¿está eso bien?

—Te guardarás mucho de hacerlo. Sólo que lo hayas preguntado es vergonzoso. Nadie puede orar por el descanso de un alma viviente, y menos aún una madre. Eso

es tan gran pecado como la hechicería. Sólo por tu ignorancia se te puede perdonar. Ruega por su salud a la Reina de los Cielos, rápida mediadora y auxiliadora de los pecadores, y pídele que perdone tu error. Y entonces, Prokhorovna, verás como tu hijo, o regresa o te escribe. Ve tranquila: tu hijo vive, te lo digo yo.

—Que Dios te premie, padre bienamado, bienhechor nuestro, que ruegas por nosotros, por la redención de nuestros pecados.

El *starets* miraba ya unos ojos ardientes que se fijaban en él. Eran los ojos de una campesina todavía joven, pero extenuada y con aspecto de enferma del pecho. Permanecía muda y, mientras dirigía al *starets* una mirada de imploración, parecía temer aproximarse a él.

—¿Qué deseas, querida?

—Que alivies mi alma —murmuró con voz ahogada. Se arrodilló lentamente a sus pies y añadió—: He pecado, padre mío, y esto me llena de temor.

El *starets* se sentó en el escalón más bajo. La mujer se acercó a él, avanzando de rodillas.

—Soy viuda desde hace tres años —empezó a decir la mujer a media voz—. La vida no era para mí agradable al lado de mi marido, que estaba viejo y me azotaba duramente. Una vez que estaba en cama, enfermo, yo pensé, mirándole: «Si se cura y se levanta de nuevo, ¿qué será de mi?» Y esta idea ya no se apartó de mi pensamiento.

—Espera —dijo el *starets*.

Acercó el oído a los labios de la mujer y ella continuó con voz apenas perceptible. Pronto terminó.

El *starets* preguntó:

—¿Hace tres años?

—Sí, tres años. Al principio no pensaba en ello, pero desde que me puse enferma, vivo en una angustia continua.

—¿Vienes de muy lejos?

—He hecho quinientas verstas de camino.

—¿Te has confesado?

—Dos veces.

—¿Han accedido a recibir la comunión?

—Sí... Tengo miedo, miedo a la muerte.

—No temas nada; no tengas miedo ni te aflijas. Con tal que el arrepentimiento subsista, Dios lo perdona todo. No hay pecado en la tierra que Dios no perdone al que se arrepiente de corazón. No existe pecado humano capaz de agotar el amor infinito de Dios. Porque ¿qué pecado puede superar en magnitud el amor de Dios? Piensa siempre en tu arrepentimiento y destierra todo temor. Tú no puedes imaginarte cómo te ama Dios, aunque tenga que amarte como pecadora. En el cielo habrá más alegría

por un pecador que se arrepiente que por diez justos[21]. No te aflijas por lo que puedan decir los demás y no te irrites por sus injurias. Perdona de todo corazón al difunto las ofensas que te infirió y reconcíliate con él de verdad. Si te arrepientes, es que amas. Y si amas, estás en Dios. El amor todo lo redime, todo lo salva. Si yo, pecador como tú, me he conmovido al oirte, con más razón tendrá el Señor piedad de ti. El amor es un tesoro tan inestimable, que, a cambio de él, puedes adquirir el mundo entero y redimir, no sólo tus pecados, sino los pecados de los demás. Vete y no temas nada.

Hizo tres veces la señal de la cruz sobre la enferma, se quitó una medalla que pendía de su cuello y la colgó en el de la pecadóra, que se inclinó en silencio hasta tocar la tierra. El *starets* se levantó y miró alegremente a una mujer bien parecida que llevaba en brazos un niño de pecho.

—Vengo de Vichegoria, padre mío.

—Has recorrido casi dos leguas con tu hijito en brazos. ¿Qué quieres?

—He venido a verte. Pero no es la primera vez que vengo, ¿lo has olvidado? Poca memoria tienes si no te acuerdas de mí. Oí decir que estabas enfermo y entonces decidí venir a verte. Y ahora veo que no tienes nada. Vivirás todavía veinte años: estoy segura. Tú no puedes ponerte enfermo, habiendo tanta gente que ruega por ti.

—Gracias de todo corazón, querida.

—Ahora voy a pedirte un favor. Toma estos sesenta copecs y dalos a otro que sea más pobre que yo. Por el camino venía pensando: «Lo mejor será entregarlos a él, pues él sabrá a quién debe darlos.»

—Gracias, gracias, querida. Haré lo que deseas. Me gusta tu modo de ser. ¿Es una niña lo que llevas en brazos?

—Sí, una niña, padre mío. Se llama Elisabeth.

—Que el Señor os bendiga a las dos, a ti y a tu Elisabeth. Has alegrado mi corazón... Adiós, queridas hijas mías.

Las bendijo a todas y les hizo una profunda reverencia.

IV. Una dama de poca fe

Durante esta conversación con las mujeres del pueblo, la dama que esperaba en la habitación de la galería derramaba dulces lágrimas que enjugaba con su pañuelo. Era una mujer de mundo, muy sensible y con inclinaciones virtuosas. Cuando el *starets* le habló al fin, se desbordó el entusiasmo de la dama:

—¡Cómo me ha impresionado esta conmovedora escena!

La emoción le cortó el habla, pero en seguida pudo continuar:

—Comprendo que el pueblo le adore. Yo también amo al pueblo. ¿Cómo no amar a nuestro excelente pueblo ruso, tan ingenuo en su grandeza?

—¿Cómo está su hija? Usted ha enviado a decirme que quería verme.

—Sí, lo he pedido con insistencia lo he implorado. Estaba dis—, puesta a permanecer tres días de rodillas ante sus ventanas para que usted me recibiera. Hemos venido a expresarle nuestro entusiasta agradecimiento. Pues usted curó a Lise el jueves, la curó por completo, orando ante ella y aplicándole las manos. Anhelábamos besarlas y testimoniarle nuestra gratitud y nuestra veneración.

—¿Dice usted que la he curado? ¡Pero si está todavía en su sillón!

—La fiebre nocturna ha desaparecido por completo desde hace dos días, desde el jueves —repuso la dama con nervioso apresuramiento—. Y esto no es todo: sus piernas se han fortalecido, sus ojos brillan, y mire usted el color de su cara. Antes lloraba sin cesar; ahora está contenta y se rie a cada moménto. Hoy ha pedido que la pusiéramos de pie y se ha sostenido un minuto sola, sin ninguna clase de apoyo. Ha apostado conmigo a que dentro de quince días baila un rigodón. He llamado al doctor Herzenstube y se ha quedado perplejo. «Es sorprendente; no te comprendo en absoluto», ha dicho. ¿Cómo no íbamos a venir a molestarlo? ¿Cómo no hablamos de apresurarnos a venir a darle las gracias? Lise, da las gracias.

La carita de Lise se puso sería repentinamente. La enferma se levantó de su sillón tanto como pudo y, mirando al *starets*, enlazó las manos. De pronto y sin poder contenerse se echó a reir.

—Me río de ese joven —dijo señalando a Aliocha.

Las mejillas de Aliocha, que estaba de pie detrás del *starets*, se cubrieron de un súbito rubor. El joven bajó los ojos, que habían brillado intensa a instantáneamente.

—Tiene un encargo para usted, Alexei Fiodorovitch —dijo la madre a Aliocha. Y le tendió la mano, elegantemente enguantada—. ¿Cómo está usted?

El *starets* se volvío y fijó su mirada en Aliocha. El joven se acercó a Lise sonriendo torpemente. Lise volvió a ponerse sería.

—Catalina Ivanovna me ha rogado que le entregue esto —dijo ofreciéndole una carta—. Le ruega que vaya a verla lo antes posible y sin falta.

—¿Me ruega que vaya a verla? ¿Para qué? —preguntó Aliocha, profundamente

asombrado y con un gesto de preocupación.

—Se trata de algo relacionado con Dmitri Fiodorovitch y... con todos esos asuntos que ahora llevan ustedes entre manos —dijo apresuradamente la madre—. Catalina Ivanovna ha encontrado una solución, mas, para ponerla en práctica, necesita verle imprescindiblemente. ¿Por qué? Lo ignoro. El caso es que le ruega que vaya a verla lo antes posible. Y espero que usted no dejará de ir: sus convicciones cristianas se lo impiden.

—Sólo he visto a Catalina Ivanovna una vez —dijo Aliocha, todavía perplejo.

—¡Es una criatura tan noble, tan recta!... Lo merece todo, aunque sólo sea por sus sufrimientos... ¿Usted sabe lo que ha pasado..., y lo que está pasando .... y lo que le espera?... ¡Es horrible, horrible!...

—Iré —dijo Aliocha después de haber echado una ojeada a la nota, breve y enigmática, que no explicaba nada y que se limitaba a pedirle encarecidamente que fuera.

—¡Qué bueno es usted! —exclamó Lise, animándose—. Yo le decía a mi mamá: «No irá, porque está entregado enteramente a Dios.» Es usted muy bueno. Siempre he pensado que es muy bueno, y estoy muy satisfecha de podérselo decir ahora.

—¡Lise! —la reprendió su madre, aunque sonriendo—. Nos tiene usted olvidadas, Alexei Fiodorovitch: nunca viene a vernos. Y Lise me ha dicho más de una vez que sólo se siente bien cuando está a su lado.

Aliocha levantó la cabeza, enrojeció de nuevo y sonrió sin sabe¡ por qué.

El *starets* ya no le miraba. Estaba hablando con el monje que le esperaba, como ya hemos dicho, junto al sillón de Lise. Era un humilde religioso, obtuso y de ideas rígidas, pero con una fe que rayaba en la obstinación. Dijo que vivía lejos, en el norte, cerca de Obdorsk[22], en un pequeño monasterio que sólo tenía nueve monjes. El *starets* le bendljo y le invitó a ir a su celda cuando le pareciese.

—¿Cómo puede usted conseguir estas cosas? —preguntó el monje señalando gravemente a Lise. Aludía a su curación.

—Es todavía demasiado pronto para hablar de eso. Que se sienta aliviada no quiere decir que esté curada por completo. El alivio puede obedecer a otras causas. En fin de cuentas, todo lo que haya pasado es obra de la voluntad de Dios. Todo procede de Él... Venga a verme, padre. Algún día me será imposible recibirle. Estoy enfermo y sé que tengo los días contados.

—¡Oh, no! —exclamó la dama—. Dios no nos lo quitará. Usted vivirá aún mucho tiempo, mucho tiempo. ¿Cómo puede estar enfermo, con el buen aspecto que tiene? ¡Parece tan contento, tan feliz!

—Hoy me siento mucho mejor que otros días, pero yo sé que esto no durará mucho. Conozco bien mi enfermedad. Si mi aspecto es alegre, no puede usted figurarse lo que me complace oírselo decir. Pues la felicidad es el objetivo del ser

humano. El que ha sido perfectamente feliz tiene derecho a decir: «He cumplido la ley divina en la tierra.» Los justos, los santos, los mártires han sido felices.

—¡Qué palabras tan audaces, tan sublimes! —exclamó la madre—. Penetran a través de nuestro ser. Sin embargo, ¿dónde está la felicidad? Ya que ha tenido usted la bondad de permitirnos verlo hoy, escuche lo que no le dije en mi anterior visita, lo que no me atreví a decirle, lo que me atormenta desde hace mucho tiempo. Pues me siento atormentada, si, atormentada.

Y en un arranque de fervor enlazó las manos.

—¿Cuál es su tormento?

—No creer.

—¿No creer en Dios?

—¡Oh, no! En eso ni siquiera me atrevo a pensar. ¡Pero qué enigma es la vida futura! Nadie sabe de ella una palabra. Escúcheme, padre, usted que conoce el alma humana y el modo de curarla. No le pido que me crea enteramente, pero le doy mi palabra de honor de que le hablo con toda seriedad. La idea de la vida de ultratumba me conmueve hasta atormentarme, hasta aterrarme. No sé a quién preguntar, ni me he atrevido a hacerlo en toda mi vida... Ahora me permito dirigirme a usted... ¡Qué pensará de mi, Dios mío!

Y se quedó mirándole, con las manos enlazadas.

—No se preocupe por mi opinión —repuso el *starets*—. Creo en la sinceridad de su inquietud.

—¡Cuánto se lo agradezco! Oiga: cierro los ojos y pienso: «Todos creen. ¿Por qué?» Se dice que la religión tiene su origen en el terror que inspiran ciertos fenómenos de la naturaleza, pero que todo es una falsa apariencia. Y me digo que he creido toda la vida, que moriré y no encontraré nada, que entonces «sólo la hierba crecerá sobre mi tumba», como dice un escritor. Esto es horrible. ¿Cómo recobrar la fe? En mi infancia, yo creí mecánicamente, sin pensar en nada. ¿Cómo convencerme? He venido a inclinarme ante usted y a suplicarle que me ilumine. Si pierdo esta ocasión, ya no encontraré a nadie que me responda. ¿Cómo convencerme? ¿Con qué pruebas? ¡Qué desgraciada soy! Las personas que me rodean no se preocupan de esto, y yo sola no puedo soportar mis dudas. Estoy abrumada.

—Lo comprendo. Pero estas cosas no pueden probarse. Uno tiene que convencerse por sí mismo.

—¿Cómo?

—Por medio del amor, que es el que lo hace todo. Procure amar al prójimo con un ardor inextinguible. A medida que vaya usted progresando en el amor al prójimo, se irá convenciendo de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Si alcanza la abnégación completa en su amor al prójimo, creerá ciegamente y la duda no podrá siquiera rozar su alma. Esto está demostrado por la experiencia.

—¿El amor que lo hace todo? He aquí otro problema..., ¡y qué problema! Mire: yo amo de tal modo a la humanidad, que, aunque usted no lo crea, he pensado a veces en abandonarlo todo, incluso a Lise, y convertirme en hermana de la Caridad. Cierro los ojos, pienso, sueño, y en esos momentos me asiste una fuerza invencible. Ninguna herida, ninguna llaga purulenta me inquietará: las lavaré con mis propias manos y seré una enfermera presta a besar las úlceras de los pacientes.

—No es poco que haya tenido tales pensamientos. Algún día realizará usted, por obra del azar, una buena acción.

—¿Pero podré soportar durante mucho tiempo semejante vida? —siguió diciendo la dama con vehemencia—. Ésta es la cuestión más importante, la que más me atormenta. Cierro los ojos y me pregunto: «¿Permanecerás mucho tiempo en este camino? Si el enfermo al que lavas las úlceras lo paga con la ingratitud, si te atormenta con sus caprichos, sin apreciar ni advertir siquiera tu devoción; si grita, se muestra exigente a incluso presenta quejas sobre ti, como pueden hacer las personas atormentadas por el sufrimiento, ¿perdurará tu amor?» Y sepa usted que yo me he dicho ya con profunda desazón: «La ingratitud es lo único que puede enfriar, a inmediatamente, mi amor activo por la humanidad.» En una palabra, que, al amar, trabajo por un salario y exijo recibirlo inmediatamente en forma de elogios y de un amor como el mío. De otro modo, no me es posible amar a nadie.

Después de haberse fustigado a si misma con este arrebato de sinceridad, se quedó mirando al *starets* con una fijeza provocadora.

Y el *starets* repuso:

—Eso mismo me dijo hace ya mucho tiempo un médico amigo mío, hombre inteligente y de edad madura. Se expresaba tan francamente como usted, aunque bromeando con cierta amargura. Me decía: «Amo a la humanidad, pero, para sorpresa mía, cuanto más quiero a la humanidad en general, menos cariño me inspiran las personas en particular, individualmente. Más de una vez he soñado apasionadamente con servir a la humanidad, y tal vez incluso habría subido el calvario por mis semejantes, si hubiera sido necesario; pero no puedo vivir dos días seguidos con una persona en la misma habitación: lo sé por experiencia. Cuando noto la presencia de alguien cerca de mí, siento limitada mi libertad y herido mi amor propio. En veinticuatro horas puedo tomar ojeriza a las personas más excelentes: a una porque permanece demasiado tiempo en la mesa, a otra porque está acatarrada y no hace más que estornudar. Apenas me pongo en contacto con los hombres, me siento enemigo de ellos. Sin embargo, cuanto más detesto al individuo, más ardiente es mi amor por el conjunto de la humanidad.»

—¿Qué hacer, qué hacer en tal caso? Hay para desesperarse.

—No. Basta con que se sienta usted desolada. Haga todo cuanto pueda, y se le tendrá en cuenta. Usted ya ha hecho mucho por conseguir conocerse a sí misma

profundamente, tal como realmente es. Si me ha hablado con tanta franqueza sólo para oír mis alabanzas a su sinceridad, no conseguirá nada, seguramente, en los dominios del amor activo: todo quedará reducido a un sueño, y como un sueño transcurrirá su vida. Entonces, claro es, se olvidará de la vida futura y, en fin de cuentas, se tranquilizará de un modo de otro.

—Me abruma usted. Ahora me doy cuenta de que, al hablarle de mi horror a la ingratitud, daba por descontados los elogios que me valdría mi franqueza. Usted me ha llevado a leer en mí misma.

—¿De veras? Pues bien, tras esta confesión, creo que es usted buena y sincera. Aunque no alcance la felicidad, recuerde siempre que está en el buen camino y procure no salir de él. Sobre todo, no mienta, y menos aún a sí misma. Observe sus propias falsedades, examínelas continuamente. Evite también la aversión hacia los demás y hacia sí misma. Lo que le parezca malo en usted, queda purificado por el hecho de que haya visto que es malo. Rechace también el temor, aunque éste sea únicamente la consecuencia de la mentira. No tema jamás a su propia cobardía en la persecución del amor. Tampoco debe asustarse de sus malas acciones en este terreno. Lamento no poder decirle nada más consolador, pues el amor activo, comparado con el amor contemplativo, es algo cruel y espantoso. El amor contemplativo está sediento de realizaciones inmediatas y de la atención general. Uno está incluso dispuesto a dar su vida con tal que esto no se prolongue demasiado, que termine rápidamente y como en el teatro, bajo las miradas y los elogios del público. El amor activo es trabajo y tiene el dominio de sí mismo; para algunos es una verdadera ciencia. Pues bien, le anuncio que en el momento mismo en que vea, horrorizada, que, a pesar de sus esfuerzos, no solamente no se ha acercado a su objetivo, sino que se ha alejado de él, en ese momento habrá alcanzado su fin y verá sobre usted el poder misterioso del Señor, que la habrá guiado con amor sin que usted se haya dado cuenta. Perdone que no pueda dedicarle más tiempo: me esperan. Adiós.

La señora de Khokhlakov lloraba.

—¿No se acuerda de Lise? —preguntó ansiosamente—. Bendígala.

—No merece que se la quiera —repuso el *starets* en broma—. Ha estado muy juguetona mientras hablábamos. ¿Por qué te burlas de Alexei?

En efecto, Lise había estado enfrascada en un curioso juego. En la visita anterior había advertido que Aliocha se turbaba en su presencia, y esto la divirtió sobremanera. La encantaba mirarlo fijamente y ver como él, dominado por esa mirada persistente y como impulsado por una fuerza irresistible, la miraba a su vez. Entonces Lise sonreía triunfalmente, y esta sonrisa aumentaba el despecho y' la confusión de Aliocha. Al fin, el joven eludió francamente las miradas de Lise, ocultándose detrás del *starets*. Pero minutos después, como hipnotizado, asomó la cabeza para ver si ella lo miraba. Lise, que estaba casi fuera del sillón, le observaba

de soslayo y esperaba, impaciente, que los ojos de Aliocha se levantaran y la mirasen, y al ver que él, en efecto, volvió a mirarla, se echó a reír tan ruidosamente, que el *starets* no pudo contenerse y le dijo:

—¡Qué revoltosa eres! Te gusta ponerlo colorado, ¿eh?

Lise enrojeció hasta las orejas. Sus ojos brillaron intensamente. Su carita se puso sería. Y la enfermita, nerviosa, indignada, se lamentó:

—¿Por qué se olvida de todo? Cuando yo era una niña pequeña, me llevaba en brazos y jugaba conmigo. Él me enseñó a leer. Hace dos años, cuando se marchó, me dijo que no me olvidaría nunca, que éramos amigos para siempre. Y ahora me tiene miedo como si me lo fuera a comer. ¿Por qué no se acerca a mi? ¿Por qué no quiere hablarme? ¿Por qué no viene a vernos? Usted no lo retiene, pues yo sé que puede ir a donde quiera. No estaría bien que yo le invitara. Él debe ser el primero en acordarse de mi. Pero no: ¡el señor hace vida de religioso! ¿Por qué le ha puesto ese hábito de largos faldones? ¿No ve que caerá si tiene que correr?

De pronto, no pudiendo contenerse, se cubrió la cara con la mano y prorrumpió en una risa nerviosa, reprimida, prolongada, que saçudia todo su cuerpo.

El *starets*, que la había escuchado en silencio, la bendijo. Ella le besó la mano, la apretó contra sus ojos y se echó a llorar.

—No se enfade conmigo. Soy una tonta; no sirvo para nada. Aliocha tiene razón al no querer nada con una chica tan ridícula...

El *starets* la interrumpió:

—Te lo enviaré, te lo enviaré sin falta.

V. ¡Así sea!

El *starets* había estado ausente unos veinticinco minutos. Eran más de las doce y media, y aún no habfa llegado Dmitri Fiodorovitch, por quien se había convocado la reunión. Ya casi se le habla olvidado.

Cuando el *starets* reapareció en la celda encontró a sus visitantes enzarzados en una conversación animadísima en la que participaban especialmente Iván Fiodorovitch y los dos religiosos. Miusov intervino con calor, pero con escaso éxito: permanecfa en un segundo plano y apenas se le contestaba, lo que le producía una creciente indignación. Antes habfa librado un combate de erudición con Iván Fiodorovitch y se rebelaba ante cierta falta de consideración que habfa advertido en el joven. «Yo —se decía— estoy al corriente de todo lo que hay de progresista en Europa, pero esta nueva generación nos ignora por completo. »

Fiodor Pávlovitch, que se habfa jurado permanecer de espectador sin decir nada, guardaba silencio, observando con una sonrisita sarcástica a su vecino Piotr Alejandrovitch, cuya irritación le producía gran regocijo. Hacía rato que acechaba el momento de desquitarse, y al fin encontró la ocasión. Se inclinó ante el hombro de su vecino y le dijo a media voz:

—¿Por qué no se ha marchado usted después de la anécdota del santo, en vez de quedarse con esta ingrata compañia? Sin duda, usted, sintiéndose ofendido y humillado, ha permanecido aquí para demostrar su carácter, y no se irá sin demostrarlo.

—No empiece otra vez, o me voy ahora mismo.

—Usted será el último en marcharse —le dijo Fiodor Paviovitch.

Fue en ese momento cuando llegó el *starets*.

La discusión se interrumpió, pero el *starets*, después de volver a ocupar su puesto, paseó su mirada por los reunidos como invitándoles a continuar. Aliocha, que leía en su rostro, comprendió que estaba agotado. A causa de su enfermedad, su debilidad habfa llegado al extremo de que últimamente le producía desmayos. La palidez que anunciaba estos desvanecimientos cubría ahora su semblante. En sus labios tampoco había color. Pero era evidente que no quería disolver la asamblea. ¿Qué cazones tendría para ello? Aliocha lo observaba atentamente.

El padre bibliotecario dijo, señalando a Iván Fiodorovitch:

—Estábamos comentando un articulo sumamente interesante de este señor. Tiene puntos de vista nuevos, pero la tesis parece tender a dos fines. Es una réplica a un sacerdote que ha publicado una obra sobre los tribunales eclesiásticos y la extensión de sus derechos.

—Sintiéndolo mucho —maniféstó el *starets* mirando atentamente a Iván Fiodorovitch—, no he leido su artículo, pero he oído hablar de él.

El padre bibliotecario continuó:

—Este señor enfoca la cuestión desde un punto de vista interesantísimo. Al parecer, rechaza la separación de la Iglesia y el Estado en este terreno.

—Muy interesante, en efecto —dijo el *starets* a Iván Fiodorovitch—. ¿Pero con qué argumentos defiende usted su opinión?

Iván Fiodorovitch le respondió no con un aire altanero y pedante, como el que Aliocha recordaba haberle oído emplear el mismo día anterior, sino con un tono modesto, discreto, franco.

—Yo parto del principio de que esta confusión de los elementos esenciales de la Iglesia y el Estado, considerados separadamente, subsistirá siempre, aunque afecte a algo irrealizable, ya que descansa sobre una mentira. Un compromiso entre la Iglesia y el Estado en ciertas cuestiones, como la justicia, por ejemplo, es, a mi juicio, completamente imposible. El sacerdote al que respondo en mi articulo sostiene que la Iglesia ocupa en el Estado un puesto determinado, definido. Yo le contesto que la Iglesiay lejos de ocupar simplemente un lugar en el Estado, debe absorber al Estado enteramente y que, si esto hoy es imposible, por lo menos debería ser el objetivo principal del desenvolvimiento de la sociedad cristiana.

—Eso es perfectamente justo —declaró con voz enérgica y nerviosa el padre Paisius, religioso erudito y taciturno.

—Eso es ultramontanismo puro —exclamó Miusov, poniendo una pierna sobre la otra con un movimiento de impaciencia.

—No hay montes en nuestro país —dijo el padre José dirigiéndose al *starets*—. Este señor refuta los principios fundamentales de su adversario, que, cosa digna de mención, es un eclesiástico. He aquí esos principios. Primero: «Ninguna asociación pública puede ni debe atribuirse el poder ni disponer de los derechos civiles y políticos de sus miembros.» Segundo: «El poder en materia civil y criminal no debe pertenecer a la Iglesia, pues es incompatible con su naturaleza de institución divina y agrupación que persigue un fin religioso.» Y tercero: «La Iglesia no es un reino de este mundo. »

—Todo esto es un juego de palabras indigno de un eclesiástico —dijo el padre Paisius sin poderse contener—. He leído la obra que usted refuta —añadió volviéndose hacia Iván Fiodorovitch—, y quedé sorprendido ante la afirmación de ese sacerdote de que la Iglesia no es un reino de este mundo. Si no fuera de este mundo, no podría existir en la tierra. En el santo Evangelio, la expresión « no de este mundo» está empleada en otro sentido. No se debe jugar con estas palabras. Nuestro Señor Jesucristo vino precisamente a fundar la Iglesia en la tierra. El reino de los cielos no es, desde luego, un reino de este mundo, pero en el cielo sólo se entra por medio de la Iglesia, que está fundada en la tierra. Por lo tanto, los juegos de palabras sobre estas cuestiones son inadmisibles a indignos. La Iglesia es verdaderamente un

reino. Su destino es reinar. Y, al fin, este reino se extenderá por todo el universo: así se nos ha prometido.

Se detuvo de pronto, como conteniéndose. Iván Fiodorovitch, después de haberle escuchado atenta y cortésmente y con toda calma, continuó, dirigiéndose al *starets*, en el mismo tono sencillo de antes:

—La idea esencial de mi artículo es que el cristianismo, en los tres primeros siglos de su existencia, se condujo en el mundo corno una Iglesia y, en realidad, no fue otra cosa. Cuando el Estado romano pagano adoptó el cristianismo, se incorporó a la Iglesia, pero siguió siendo un Estado pagano en multitud de atribuciones. En el fondo, esto era inevitable. El Estado romano había heredado demasiadas cosas de la civilización y la sagacidad paganas, entre ellas las bases y los fines mismos del Estado. Era evidente que la Iglesia de Cristo, al introducirse en el Estado, no podía suprimir nada de sus propias bases, de la piedra sobre la cual descansaba: tenía que ir hacia sus fines, firmemente señalados y establecidos por Jesucristo. Uno de estos fines era convertir en Iglesia, regenerándola, el mundo entero y, en consecuencia, el Estado pagano antiguo. De este modo, y atendiendo a sus planes para el futuro, la Iglesia no debe buscar un puesto determinado en el Estado, como «toda asociación pública» o como «una agrupación que persigue fines religiosos», para emplear los mismos términos del autor cuyas ideas refuto, sino que todo el Estado terrestre debería convertirse en Iglesia o, por lo menos, renunciar a todos sus fines incompatibles con los de la Iglesia. Esto no humilla, no reduce el honor ni la gloria de níngún gran Estado, ni tampoco la gloria de sus gobernantes, sino que los lleva a dejar el falso camino, todavía pagano y erróneo, y seguir el camino justo, el único que conduce a fines eternos. Por eso el autor del libro sobre las *Bases de la justicia eclesiástica* hubiera procedido certeramente si, al exponer y proponer estas bases, las hubiera considerado únicamente como un compromiso provisional, todavía necesario en nuestra época pecadora a imperfecta. Pero desde el momento en que el autor osa declarar que las bases que propone, alguna de las cuales acaba de enumerar el padre José, son primordiales, inquebrantables, permanentes, se opone al destino santo a inmutable de la Iglesia. Esto es lo que expongo en mi artículo.

—Dicho de otro modo —continuó el padre Paisius, recalcando las palabras—, que ciertas teorías que no se han abierto paso hasta nuestro siglo diecinueve, afirman que la Iglesia debe convertirse, regenerándose, en Estado, pasar de una posición inferior a otra superior, dejándose absorber por él, después de haber cedido a la ciencia, al espíritu de la época, a la civilización. Si se niega a esto, sólo tendrá un papel insignificante y fiscalizado dentro del Estado, que es lo que ocurre en la Europa de nuestros días. Por el contrario, según las concepciones y las esperanzas rusas, no es la Iglesia la que debe transformarse en Estado, pasando de un plano inferior a otro superior, sino que es el Estado el que debe mostrarse digno de ser únicamente una

Iglesia y nada más que una Iglesia. ¡Así sea! ¡Así sea!

—Le confieso que me ha reconfortado un poco —dijo Miusov sonriendo y volviendo a cruzar las piernas—. Por lo que he entendido, habla usted de la realización de un ideal que no se cumplirá hasta fecha muy lejana, hasta la vuelta de Cristo. Esto es todo lo que ustedes desean. La utopía de la desaparición de las guerras, de la diplomacia, de las casas de banca, etcétera: algo que se parece al socialismo. Yo creía que hablaban en serio, de cosas inmediatas, que desde hoy mismo la Iglesia iba, por ejemplo, a juzgar a los criminales, a condenarlos al látigo, al presidio a incluso a la pena de muerte.

Iván Fiodorovitch repuso pausadamente:

—Si hubiera sólo tribunales eclesiásticos, la Iglesia no enviaría a nadie a presidio ni a la horca. El crimen y el modo de considerarlo se tendrían seguramente que modificar. Esto se habría de hacer poco a poco, no de golpe, pero lo más rápidamente posible.

—¿Habla usted en serio? —le preguntó Miusov mirándole a la cara.

—Si la Iglesia lo absorbiera todo, excomulgaría al criminal y al desafecto —dijo Iván Fiodorovitch—, pero no cortaría cabezas. ¿Qué sería del excomulgado, me quiere usted decir? Pues no quedaría separado solamente de los hombres, sino también de Cristo. Con su crimen no se habría rebelado únicamente contra la humanidad, sino también contra la Iglesia de Cristo. Bien mirado, así sucede ya. Lo que ocurre es que la conciencia del criminal de hoy se desvía, diciéndose: «He robado, pero no me he rebelado contra la Iglesia. Yo no soy enemigo de Cristo.» Esto es lo que suele decirse el criminal de hoy. Pero cuando la Iglesia haya sustituido al Estado, al criminal le será difícil hablar así, a menos de que vaya contra la Iglesia imperante en todo el mundo. Entonces tendría que decir: «Todos están equivocados, todos se han desviado del buen camino. Su Iglesia es falsa. Sólo yo, ladrón y asesino, soy la verdadera Iglesia cristiana.» Es una posición dificil de mantener, pues requiere condiciones extraordinarias, circunstancias que sólo existen excepcionalmente. Por otra parte, ¿no hay un resto de paganismo en el punto de vista actual de la Iglesia respecto al crimen? En vez de preservar a la sociedad cercenando un miembro gangrénado, ¿no sería mejor que acometiera francamente la regeneración y la salvación del culpable?

—¿Qué quiere decir esto? —intervino Miusov—. De nuevo no le comprendo. Eso es otro sueño disparatado, incomprensible. ¿Qué significa esa excomunión? Francamente, Iván Fiodorovitch: parece que usted no habla en serio.

—Observen ustedes —dijo el *starets*, hacia el que todos se volvieron— que si la Iglesia de Cristo no existiera, el criminal no tendría freno para sus fechorias ni recibiría un verdadero castigo..., no un castigo mecánico que, como el señor acaba de decir, sólo produce generalmente irritación, sino un castigo real, el único que

atemoriza y aplaca, el que consiste en la confesión que descarga la conciencia.

—Permitame que le pregunte cómo es eso posible —dijo Miusov con viva curiosidad.

—Se lo explicaré —respondió el *starets*—. Las condenas a trabajos forzados, agravadas años atrás con castigos corporales, no enmiendan a nadie y, sobre todo, no atemorizan a casi ningún criminal. Convenga usted en que cuanto más tiempo pasa, más aumenta el número de crímenes. De ello resulta que la sociedad no queda preservada en modo alguno, pues aunque el miembro nocivo sea cercenado mecánicamente y enviado muy lejos, donde queda oculto a la vista de los demás, aparece otro criminal, o tal vez dos, para cubrir el puesto vacío. Lo único que hasta ahora protege a la sociedad, enmienda al criminal y lo convierte en otro hombre es la ley de Cristo, expresada por la voz de la conciencia. Sólo después de haber reconocido su falta como hijo de la sociedad de Cristo, es decir, de la Iglesia, el criminal la reconocerá ante la sociedad misma. Así, sólo ante la Iglesia puede reconocer su falta: no ante el Estado. Si la justicia dependiera de la sociedad como Iglesia, sabría a quién relevar de la excomunión, a quién admitir en su seno. Como hoy la Iglesia sólo puede condenar moralmente, renuncia castigar materialmente al criminal. Y no lo excomulga: lo envuelve en sus paternales métodos de curación. Es más, se esfuerza en mantener con el criminal todas las relaciones que mantiene con el cristiano inocente: lo admite en los oficios, le da la comunión, lo trata con caridad, más como a un extraviado que como a un delincuente. ¿Qué sería de él, Señor, si la sociedad cristiana, es decir, la Iglesia, lo rechazara, como lo rechaza y lo aisla la sociedad civil? ¿Qué sería de él si la Iglesia lo excomulgara a la vez que se aplica la ley del Estado? No existiría en el mundo mayor desesperación, por lo menos para los criminales rusos, que conservan la fe. Por otra parte, podría ocurrir algo horrible: que el corazón lacerado del criminal perdiera la fe. No, la Iglesia, como una tierna madre, renuncia al castigo material, pues considera que el delincuente, castigado con sobrada dureza por los tribunales seculares, necesita que alguien se compadezca de él. Además, y sobre todo, renuncia a ello porque la justicia de la Iglesia, única que conoce la verdad, no puede unirse, ni esencial ni moralmente, a ninguna otra, aunque la unión sea provisional. No es posible transigir sobre este punto.

»Según dicen, es muy raro que el criminal extranjero se arrepienta, ya que las doctrinas contemporáneas confirman su idea de que el crimen no es un crimen, sino un simple acto de rebeldía contra un poder que le oprime injustamente. La sociedad lo excluye con una fuerza que se le impone de un modo puramente mecánico, y a esta exclusión añade el odio. Así, por lo menos, se cuenta que ocurre en Europa. Y además de añadir el.odio, lo acompaña de la mayor indiferencia y de un olvido absoluto del destino ulterior del culpable. Todo ocurre, pues, sin que la Iglesia dé muestra alguna de piedad, pues en muchos casos allí ya ni siquiera hay Iglesia: sólo

quedan eclesiásticos y edificios magníficos. Aquellas Iglesias luchan desde hace tiempo por pasar del plano inferior al superior: por convertirse en Estados. Así, por lo menos, parece ocurrir en las zonas luteranas. En Roma, hace ya mil años que la Iglesia se erigió en Estado. Con esto, el criminal no se considera miembro de la Iglesia. Se ve excomulgado y cae en la desesperación. Si vuelve a la sociedad, suele hacerlo con tal odio, que ella misma lo arroja de su seno. Ya pueden ustedes suponer cómo termina esto. En la mayoría de los casos parece que ocurre lo mismo en nuestro país, pero en realidad, en muchos de nuestros tribunales contamos con la Iglesia, y esta Iglesia no pierde el contacto con el criminal, que sigue siendo para ella un hijo querido. Además, existe, subsiste, aunque sólo sea en teoría, la justicia de la Iglesia, que si ahora no es efectiva, lo será en el porvenir, y que el criminal admite por un impulso instintivo de su alma.

»Aqui se acaba de decir algo de cuya exactitud no hay duda: que si la justicia de la Iglesia entrara en vigor, es decir, si la sociedad en masa se convirtiese en Iglesia, no solamente la justicia de la Iglesia influiría en la enmienda del criminal de modo muy distinto de como ocurre ahora, sino que el número de crímenes disminuiría en proporciones incalculables. Y no hay duda de que la Iglesia trataría en la mayoría de los casos el crimen y a los criminales de un modo completamente distinto de como lo hace actualmente: atraería a ella al excomulgado, prevendría los propósitos criminales, regeneraría al caído.

Y el *starets* terminó, con una sonrisa:

—Verdad es que la sociedad cristiana no está todavía cerca de conseguir esa posición. Sólo reposa sobre siete justos. Pero como éstos no desfallecen, esperan tranquilamente la transformación absoluta, de asociación casi pagana, en la Iglesia única, universal y reinante. Así ocurrirá, aunque dentro de muchos siglos, pues está predestinada a ello. No hay que inquietarse por las dilaciones, ya que este proceso misterioso depende de la sabiduría de Dios y de la presencia de su amor. Lo que para los ojos del hombre parece muy lejano, está tal vez a punto de cumplirse para la predestinación divina. ¡Así sea!

—¡Así sea! —repitió respetuosamente el padre Paisius.

—Es extraño, sumamente extraño —dijo Miusov en un tono de indignación reprimida.

—¿Qué es lo que le parece extraño? —preguntó el padre José.

—Se lo diré francamente —exclamó Miusov, con una agresividad repentina—. ¿Qué significa todo esto? ¡Se elimina al Estado para poner en su lugar a la Iglesia! Esto es ultramontanismo elevado al cuadrado. ¡Ni Gregorio séptimo hubiera tenido una idea semejante!

—Su interpretación es completamente errónea —observó severamente el padre Paisius—. No es la Iglesia la que se convierte en Estado, fíjese bien. Esto es el sueño

romano, la tercera tentación del demonio. Por el contrario, es el Estado el que se convierte en Iglesia, el que se eleva hasta ella y llega a ser una Iglesia sobre todo el mundo. Esto es diametralmente opuesto a Roma, al ultramontanismo, a la interpretación de usted; esto es la misión sublime reservada a la ortodoxia en el mundo entero. Esta estrella empezará a resplandecer en Oriente.

Miusov guardó un silencio significativo. De toda su persona emanaba un algo de extrema dignidad. En sus labios apareció una sonrisa de indulgencia. Aliocha lo observaba con el corazón palpitante. La conversación le había impresionado profundamente. Su mirada tropezó con Rakitine, que permanecía inmóvil y escuchaba atentamente, con la cabeza baja. Del vivo color de su tez, Aliocha dedujo que estaba tan impresionado como él, y sabía el motivo.

—Permítanme, señores, que les refiera una anécdota —empezó a decir Miusov con una gravedad presuntuosa—. Hallándome en París, tuve ocasión, después del golpe de Estado de diciembre, de visitar a uno de mis conocidos, personaje importante que entonces estaba en el poder. Era un individuo sumamente curioso que, sin ser del cuerpo de policía, dirigía una brigada de agentes políticos, puesto de gran importancia. Aproveché la ocasión para hablar con él y satisfacer mi curiosidad. Fui recibido como subalterno que presenta un informe, y, al ver que yo estaba en buenas relaciones con su jefe, me trató con una franqueza relativa, es decir, con más cortesía que franqueza, como es costumbre en los franceses, en lo que influyó mi calidad de extranjero. Pero yo le comprendí perfectamente. Entonces se perseguía a los socialistas revolucionarios. Prescindiendo del resto de la conversación, les transmitiré una observación sumamente interesante que se le escapó a aquel caballero: «No tememos demasiado a todos esos socialistas, anarquistas, ateos y revolucionarios. Los vigilamos y estamos al corriente de todos sus movimientos. Pero hay entre ellos un grupo especial, por fortuna poco numeroso, que nos inquieta de verdad: el de los que creen en Dios a pesar de ser socialistas. Es una agrupación francamente temible. El socialista cristiano es mucho más peligroso que el socialista ateo.» Estas palabras me impresionaron entonces, y ahora ustedes me las han recordado.

—Es decir, que nos las aplica usted a nosotros porque nos considera socialistas, ¿no es eso? —preguntó sin rodeos el padre Paisius.

Pero antes de que Piotr Alejandrovitch acertara a responder, la puerta se abrió y entró Dmitri Fiodorovitch, que llegaba con gran retraso. Como ya no se le esperaba, su repentina aparición produjo cierta sorpresa.

VI. ¿Por qué existirá semejante hombre?

Dmitri Fiodorovitch era un joven de veintiocho años, de estatura media y figura bien proporcionada, pero que parecía bastante mayor de lo que era. Se deducía que su musculoso cuerpo estaba dotado de una fuerza extraordinaria, pero su enjuto rostro, de carrillos hundidos, y su amarilla tez le daban un aspecto de enfermo. Sus ojos, negros, algo saltones, tenían una mirada vaga, aunque parecía obstinada. Cuando estaba agitado y hablaba con indignación, su mirada no correspondia a su estado de ánimo. «Es muy dificil saber lo que piensa», decían a veces sus interlocutores. Algunos días sus risas inopinadas, que denotaban regocijo o pensamientos alegres, sorprendian a los que, viendo sus ojos, le creían pensativo y triste. Por otra parte, era natural que tuviera una expresión algo atormentada. Todo el mundo estaba al corriente de los excesos a que se entregaba en los últimos tiempos, así como de la indignación que se apoderaba de él en las dispùtas que sostenía con su padre por cuestiones de dinero. Por la localidad circulaban anécdotas sobre este particular. Verdaderamente, era un hombre irascible, «un alma oscura y extraña», como dijo de él en una reunión el juez de paz Simón Ivanovitch Katchalnikov.

Iba irreprochable y elegantemente vestido: la levita abrochada, guantes negros y el alto sombrero en la mano. Como oficial retirado hacia poco, en su cara no se veía más pelo que el del bigote. Su cabello, corto y peinado hacia delante, era de color castaño. Andaba a grandes pasos y con aire resuelto.

Se detuvo un instante en el umbral, recorrió con la mirada a los asistentes y se fue derecho al *starets*, comprendiendo que era la figura principal de la reunión. Le saludó profundamente y le pidió que le bendijera. El *starets* se puso en pie para bendecirle. Dmitri Fiodorovitch le besó la mano respetuosamente y dijo con cierta irritación:

—Perdóneme por haberle hecho esperar. Pregunté repetidamente la hora de la conferencia a Smerdiakov, el criado que me envió mi padre, y él me contestó dos veces y de modo categórico que se había fijado para la una. Sin embargo, ahora veo...

—No se preocupe —le interrumpió el *starets*—. Ha llegado un poco tarde, pero eso no tiene importancia.

—Muy agradecido. No esperaba menos de su bondad.

Dicho esto, Dmitri Fiodorovitch se inclinó nuevamente, y después, volviéndose hacia su padre, le hizo un saludo igualmente profundo y respetuoso. Se veía que tenía premeditado este saludo, considerando un deber manifestar su cortesía y sus buenas intenciones. Fiodor Pavlovitch, aunque no esperaba este saludo de su hijo, supo salir del paso, levantándose y respondiéndole con una reverencia igual. Su semblante cobró una expresión de imponente gravedad, pero sin perder su matiz maligno.

Después de haber correspondido en silencio a los saludos de todos los asistentes, Dmitri Fiodorovitch se dirigió con su paso firme a la ventana y ocupó el único asiento

que había vacío, cerca de la silla del padre Paisius. Se inclinó hacia delante y se dispuso a escuchar la interrumpida conversación.

La entrada de Dmitri Fiodorovitch sólo había distraído a los presentes durante dos o tres minutos. Luego se reanudó el debate general. Pero Piotr Alejandrovitch no creyó necesario responder a la pregunta apremiante a irritada del padre Paisius.

—Dejemos este asunto —dijo con mundana desenvoltura—. Es demasiado delicado. Mire a Iván Fiodorovitch. Nos observa y sonríe. Seguramente tiene algo interesante que decirnos.

—No es nada de particular —repuso en el acto Iván Fiodorovitch—. Sólo quiero decirles que, desde hace mucho tiempo, el liberalismo europeo en general, a incluso el diletantismo liberal ruso, suelen confundir los objetivos del socialismo con los del cristianismo. Esta absurda conclusión es un rasgo caracteristico de ellos. Por lo demás, no son únicamente los liberales y los aficionados al liberalismo los que confunden las doctrinas socialistas con las cristianas, sino que también hay que incluir a los gendarmes, por lo menos en el extranjero. Su anécdota parisiense es muy significativa a este respecto, Piotr Alejandrovitch.

—Solicito de nuevo que dejemos este tema —dijo Piotr Alejandrovitch—. Pero antes permítame contar otra anécdota sumamente típica a interesante, relacionada con Iván Fiodorovitch. Hace cinco días, en una reunión en la que predominaba el elemento femenino, manifestó con toda seriedad, en el curso de uria discusión, que ninguna ley del mundo obliga a las personas a amar a sus semejantes, que ninguna ley natural impone al hombre el amor a la humanidad, que si el amor había reinado en la tierra no se debía a ninguna ley natural, sino a la creencia en la inmortalidad. Iván Fiodorovitch añadió que ésta era la única ley natural; de modo que si se destruye en el hombre la fe en su inmortalidad, no solamente desaparecerá en él el amor, sino también la energía necesaria para seguir viviendo en este mundo. Además, entonces no habría nada inmoral y todo. incluso la antropofagia. estaría autorizado. Y esto no es todo; terminó afirmando que, para el individuo que no cree en Dios ni en su propia inmortalidad, la ley moral de la naturaleza es el polo opuesto de la ley religiosa; que, en este caso, el egoísmo, °incluso cuando alcanza un grado de perversidad, debe no sólo ser autorizado, sino reconocido como un desahogo necesario, lógico e incluso noble. Oida esta paradoja, pueden juzgar lo demás, señores; pueden formar juicio sobre lo que nuestro extravagante Iván Fiodorovitch se complace en proclamar, y acerca de sus intenciones eventuales.

—¿He entendido bien? —exclamó de súbito Dmitri Fiodorovitch—. «La maldad, para el ateo, no sálo está autorizada, sino que se considera como una manifestación natural necesaria y razonable. » ¿Es esto?

—Exactamente —dijo el padre Paisius.

—Lo tendré presente.

Dicho esto, Dmitri Fiodorovitch enmudeció tan repentinamente como se había mezclado en la conversación. Todos le miraron con curiosidad.

—¿Es posible que vea usted así las consecuencias de la desaparición de la fe en la inmortalidad del alma? —preguntó de súbito el *starets* a .Iván Fiodorovitch.

—Sí, yo creo que no hay virtud sin inmortalidad.

—Si piensa usted de ese modo, es feliz, o tal vez muy desgraciado.

—¿Por qué desgraciado? —preguntó Iván Fiodorovitch con una sonrisa.

—Porque, según todas las apariencias, usted no cree en la inmortalidad del alma ni en nada de lo que se ha escrito sobre la Iglesia.

—Tal vez tenga usted razón. Sin embargo, no he hablado en broma —manifestó Iván Fiodorovitch enrojeciendo ante esta singular declaración.

—Cierto: usted no ha bromeado. Expone una idea que todavía no se ha resuelto en su corazón y que le tortura. También al mártir le gusta a veces recrearse en su desesperación. Por el momento, es la desesperación lo que le lleva a usted a distraerse con artículos y conversaciones de sociedad, sin creer en su propia dialéctica y sonriendo dolorosamente en su interior. Esa cuestión no está todavía resuelta en usted, y ello le atormenta porque redama urgentemente una solución.

—¿Pero puede esa cuestión resolverse en mí, resolverse en un sentimiento positivo? —preguntó Iván Fiodorovitch con extraño acento y mirando al *starets* con una sonrisa inexplicable.

—Si no se resuelve positivamente, tampoco se resolverá nunca en un sentido negativo. Usted conoce esta propiedad de su corazón. Esto es lo que le tortura. Pero dé gracias al Creador por haberle dotado de un corazón sublime, capaz de atormentarse de ese modo, de pensar en las cosas del cielo y de investigarlas, pues allí está nuestra morada. Que Dios le permita encontrar la solución aquí abajo y que bendiga sus caminos.

El *starets* levantó la mano para hacer desde su asiento la señal de la Cruz a Iván Fiodorovitch; pero éste se levantó, fue hacia él, recibió su bendición, le besó la mano y volvió a su sitio sin decir palabra. Su semblante expresaba gravedad y energía. Esta actitud y toda su conversación anterior con el *starets*, que no se esperaban de él, sorprendieron a todos, al percibir en ellas algo indefinable, enigmático y solemne. Hubo un momento de silencio general. El rostro de Aliocha tenía una expresión de inquietud que rayaba en el espanto. Miusov se encogió de hombros, y en este momento se puso de pie Fiodor Pavlovitch.

—Divino y Santo *starets* —exclamó señalando a Iván Fiodorovitch—, éste es mi hijo bienamado, la carne de mi carne. Es, por decirlo así, mi reverente Karl Moor. Y aquí está mi otro hijo, el que acaba de llegar, Dmitri Fiodorovitch, al que pido una explicación en presencia de usted. Éste es el irreverente Frantz Moor. Los dos aparecen en *Los bandidos,* de Schiller, y yo soy en esta ocasión el *Regierender Graf*

von Moor[23]. Júzguenos y sálvenos. Necesitamos no sólo sus oraciones, sino también sus pronósticos.

—Empiece usted por ser razonable y no ofender a las personas de su familia —respondió el *starets* con voz desfallecida. Su fatiga iba en aumento y sus fuerzas decrecían visiblemente.

—¡Esto es una indigna comedia! —exclamó Dmitri Fiodorovitch, que se había levantado también—. Me lo figuraba cuando venía hacia aquí. Perdóneme, reverendo padre. Mi instrucción es escasa a ignoro el tratamiento que hay que darle, pero debo decirle que le han engañadti, abusando de su bondad. Usted no debió concedernos esta entrevista. Mi padre sólo desea provocar un escándalo. ¿Con qué objeto? Lo ignoro, pero en él todo es premeditado. Y ahora me parece comprender...

—Todo el mundo me acusa —dijo Fiodor Pavlovitch—, sin excluir a Piotr Alejandrovitch. Sí, Piotr Alejandrovitch, usted me acusa —dijo, volviéndose hacia Miusov, aunque éste no tenía el menor propósito de contradecirle—. Me acusan de haber ocultado el dinero de mi hijo y no haberle dado un céntimo. Pero diganme ustedes: ¿no existen los tribunales? Allí se te rendirán cuentas, Dmitri Fiodorovitch. Con tus recibos, tus camas y toda clase de documentos a la vista, se te dirá lo que tenías, lo que has gastado y lo que te queda. ¿Por qué se calla, Piotr Alejandrovitch? Dmitri Fiodorovitch no es un extraño para usted. Y es que todos van contra mi. Por eso Dmitri Fiodorovitch mantiene su deuda conmigo, y no una pequeña deuda, sino una deuda de varios miles de rublos, como puedo demostrar. Sus excesos son la comidilla de toda la ciudad. Cuando estuvo en el ejército, gastó en diversas poblaciones más de mil rublos para seducir a muchachas honestas. Esto, Dmitri Fiodorovitch, lo sé con todo detalle, y puedo probarlo. Aunque a usted le parezca mentira, reverendo *starets*, ha conseguido que se prende de él una joven distinguida y acomodada, la hija de su antiguo jefe, bravo coronel que prestó extraordinarios servicios y al que se impuso el collar de Santa Ana con espadas. Esta huérfana, con la que se ha comprometido a casarse, habita ahora en nuestra localidad. Y aunque es su prometida, Dmitri Fiodorovitch no se oculta de ella para visitar a cierta « sirena». Ésta, aunque ha vivido ilicitamente con un hombre respetable, pero de carácter independiente, es una fortaleza inexpugnable, pues, en el fondo, es una mujer virtuosa... Sí, reverendos padres, es virtuosa. Pues bien, Dmitri Fiodorovitch quiere abrir esta fortaleza con una llave de oro. Por eso se hace ahora el bueno conmigo: quiere sacarme dinero. Ya ha gastado miles de rublos por esa sirena. Esto explica que pida prestado sin cesar. ¿Y saben ustedes a quién? ¿Lo digo, Mitia?

—¡Calla! Espera a que me haya marchado. No difames en mi presencia a la más honesta de las mujeres. ¡No lo consentiría!

Se ahogaba de furor.

—¡Oh Mitia! —exclamó Fiodor Pavlovitch, haciendo esfuerzos por llorar—. ¿Es

que te olvidas de la maldición paterna? ¿Qué será de ti si te maldigo?

—¡Miserable hipócrita! —rugió Dmitri Fiodorovitch.

—¡Ya ven ustedes cómo trata a su padre, a su propio padre! ¿Qué hará con los demás? Escuchen, señores: hay un hombre pobre, pero honorable; un capitán separado del ejército a consecuencia de una desgracia, no de un juicio; un hombre honorable que tiena a su cargo una familia numerosa. Pues bien, hace tres semanas, Dmitri Fiodorovitch lo cogió de la barba en una taberna, lo sacó a rastras a la calle y lo golpeó delante de todo el mundo, únicamente porque este hombre está encargado de mis intereses en cierto asunto.

—¡Todo eso es falso! —exclamó Dmitri Fiodorovitch, temblando de cólera—. La parte exterior es verdad, pero el fondo es todo una mentira. No pretendo justificar mi conducta. Declaro que me conduje brutalmente con ese capitán y que ahora lo lamento y me horrorizo de mi brutalidad. Pero ese capitán, el encargado de tu negocio, visitó a esa mujer que tú llamas «sirena» y le propuso en tu nombre endosar los pagarés firmados por mi que tienes en tu poder, con objeto de perseguirme y hacerme detener, en caso de que yo apretase demasiado en el arreglo de nuestras cuentas. Si quieres verme en la cárcel, es sólo por celos, porque has rondado a esa mujer. Estoy al corriente de todo: ella misma lo ha contado, burlándose de ti. Así es, reverendos padres, este hombre, este padre que acusa a su hijo de proceder mal. Ustedes son testigos. Perdonen mi cólera. Ya presentía yo que este pérfido viejo nos había convocado aquí para provocar un escándalo. He venido con la intención de perdonarlo si me hubiera tendido la mano, de perdonarlo y de pedirle perdón. Pero como acaba de insultarme y de insultar a esa noble joven, cuyo nombre, por respeto, no quiero pronunciar, puesto que no es necesario, he decidido desenmascararlo públicamente, aunque sea mi padre.

No pudo continuar. Sus ojos centelleaban y respiraba con dificultad. Todos los reunidos daban muestras de emoción, excepto el *starets*, y todos se habían levantado nerviosamente. Los religiosos habían adoptado una expresión severa, pero esperaban oír a su viejo maestro. Éste estaba pálido, no de emoción, sino a causa de su enfermedad. Una sonrisa de súplica se dibujaba en sus labios. A veces había levantado la mano para poner freno a la violencia de la disputa. Hubiera podido poner fin a la escena con un solo gesto, pero, con los ojos impávidos, parecía esforzarse en comprender algún detalle que no veía claro. Al fin, Piotr Alejandrovitch se sintió definitivamente herido en su dignidad.

—Todos somos culpables de este escándalo —declaró con vehemencia—; pero yo no preveía esto cuando venía hacia aquí, aunque sabía en compañía de quién estaba. Hay que terminar en seguida. Reverendo *starets*, le aseguro que yo no conocía exactamente todos los detalles que aquí se han revelado: no podía creer en ellos. El padre tiene celos del hijo a causa de una mujer de mala vida, y procura entenderse

con esta mujer para encarcelar al hijo... ¡Y se me ha hecho venir aquí en compañia de semejante hombre...! Se me ha engañado, lo mismo que se ha engañado a los demás.

—Dmitri Fiodorovitch —gritó de pronto Fiodor Pavlovitch con una voz que no parecía la suya—, si no fueras mi hijo, ahora mismo lo retaría a un duelo, a pistola, a tres pasos y a través de un pañuelo, ¡si, a través de un pañuelol —repitió en el colmo del furor.

Los viejos farsantes que han mentido durante toda su vida, se compenetran a veces de tal modo con su papel, que tiemblan y lloran de emoción, aunque en el mismo momento, o inmediatamente después, puedan decirse: «Estás mintiendo, viejo desvergonzado; sigues representando un papel, a pesar de tu indignación sincera.»

Dmitri Fiodorovitch miró a su padre con un desprecio indecible.

—Mi propósito era —le dijo en voz baja— regresar a mi tierra natal con mi prometida, ese ángel, para alegrar los días de tu vejez, y me encuentro con un viejo depravado y un vil farsante.

—¡Nos batiremos! —gritó el viejo, jadeando y babeando a cadá palabra—. En cuanto a usted, Piotr Alejandrovitch, ha de saber que en toda su genealogía no hay seguramente una mujer más noble, más honesta..., ¿lo oye usted?, más honesta que esa a la que se ha permitido llamar de «mala vida». Y tú, Dmitri Fiodorovitch, que has reemplazado a tu novia por esa mujer, habrás podido comprobar que tu prometida no le llega a la suela de los zapatos.

—¡Es vergonzoso! —dijo el padre José.

—¡Es una vergüenza y una infamia! —exclamó una voz juvenil, trémula de emoción.

Era la voz de Kalganov, que hasta entonces había guardado silencio y cuya cara había enrojecido de pronto.

—¿Por qué existirá semejante hombre? —exclamó sordamente Dmitri Fiodorovitch, al que la cólera trastornaba, y alzando los hombros de tal modo que parecía jorobado—. Diganme: ¿se le puede permitir que siga deshonrando al mundo?

Y miró en torno de él, mientras señalaba a su padre con el brazo extendido. Hablaba lentamente, con gran aplomo.

—¿Lo oyen ustedes? —exclamó Fiodor Pavlovitch mirando al padre José—. Ahí tiene usted la respuesta a su exclamación. «¡Es vergonzoso!» Esa mujer « de mala vida» es tal vez más santa que todos ustedes, señores religiosos, que viven entregados a Dios. Cayó en su juventud, víctima de su ambiente, pero ha amado mucho, y Jesucristo perdonó a aquella mujer que había amado mucho[24].

—No fue un amor de ese género el que Jesucristo perdonó —replicó, perdiendo la paciencia, el bondadoso padre José.

—Sí, señores monjes. Ustedes, porque hacen vida conventual y comen coles, se consideran sabios. También comen gobios, uno diario, y creen que con estos pescados

comprarán a Dios.

—¡Esto es intolerable! —exclamaron varias voces.

Pero esta ruidosa escena quedó interrumpida del modo más inesperado. De súbito, el *starets* se levantó. Alexei, tan aterrado que apenas podía mantenerse en pie, tuvo fuerzas, sin embargo, para sostener a su anciano maestro, cogiéndole del brazo.

El *starets* se fue hacia Dmitri Fiodorovitch, y cuando llegó ante él, se arrodilló. Aliocha creyó que había caído ya sin fuerzas, pero no era así. Una vez arrodillado, el *starets* se inclinó ante los pies de Dmitri Fiodorovitch. Fue un saludo profundo, consciente, preciso, en el que su frente casi tocó el suelo. Aliocha se quedó tan atónito, que ni siquiera le ayudó a levantarse. En los labios del *starets* se dibujaba una débil sonrisa.

—Perdónenme, perdónenme todos —dijo a sus huéspedes, haciendo inclinaciones a derecha a izquierda.

Dmitri Fiodorovitch estuvo unos instantes petrificado. ¡Prosternarse ante él! ¿Qué significaba esto...? Al fin, exclamó: «¡Dios mio!» Se cubrió la cara con las manos y salió corriendo de la celda. Todos sus compañeros le siguieron presurosos, y tan aturdidos, que ni siquiera se acordaron de despedirse del jefe de la casa. Sólo los religiosos se acercaron a él para recibir su bendición.

—¿Por qué se habrá prosternado? ¿Será algún acto simbólico?

Así intentó Fiodor Pavlovitch, que de súbito se había calmado, reanudar la conversación. Pero no se atrevió a dirigirse a nadie particularmente. En este momento cruzaban la puerta del recinto de la ermita.

—No sé nada de esas locuras —repuso inmediatamente y con aspereza Piotr Alejandrovitch—. Lo que puedo asegurarle, Fiodor Pavlovitch, es que me desligo de usted, y para siempre. ¿Dónde está ese monje que nos acompañaba?

El monje por el que preguntaba Piotr Alejandrovitch y que les había invitado a comer con el padre abad no se hizo esperar. Se unió a los visitantes en el momento en que éstos bajaban los escalones del pórtico. Al parecer, los había estado esperando durante todo el tiempo que había durado la reunión.

Piotr Alejandrovitch le dijo, sin ocultar su irritación:

—Tenga la bondad, reverendo padre, de transmitir al padre abad la expresión de mi más profundo respeto y presentarle mis excusas. Circunstancias imprevistas me impiden, muy a pesar mío, aceptar su invitación.

—La circunstancia imprevista soy yo —intervino al punto Fiodor Pavlovitch—. Oiga, padre: Piotr Alejandrovitch no quiere estar conmigo; de lo contrario, habría ido de buena gana. Vaya usted, Piotr Alejandrovitch, y buen provecho. Soy yo el que me voy. Vuelvo a mi casa, donde podré comer, cosa que me sería imposible hacer aquí, mi querido pariente.

—Yo no soy ni he sido jamás pariente suyo, hombre despreciable.

—Lo he dicho expresamente para irritarle, porque sé que a usted le molesta este parentesco. Sin embargo, usted, a pesar de sus arrogantes protestas, es pariente mío, y lo puedo probar con documentos... Te enviaré el coche si quieres, Iván... Piotr Alejandrovitch,.su buena educación le obliga a acudir a la mesa del padre abad, y no olvide que debe excusarme de las tonterías que hemos cometido.

—¿De veras se marcha usted? ¿No nos engaña?

—¿Cree usted que puedo atreverme a bromear después de lo que ha pasado? Me he dejado llevar de los nervios, señores; perdónenme. Estoy confundido, avergonzado. Lo mismo se puede tener el corazón de Alejandro de Macedonia que el de un perrito. Yo me parezco al chuchito *Fidele*. La timidez se ha apoderado de mí. Después de lo ocurrido, no puedo comer los guisos del monasterio. Estoy avergonzado. Perdónenme, pero no me es posible acompañarles.

«¿No será todo una farsa? Sólo el diablo sabe de lo que es capaz este hombre.»

Mientras se hacía esta reflexión, Miusov se detuvo y siguió con la mirada perpleja al payaso que se alejaba. Éste se volvió y, viendo que Piotr Alejandrovitch le observaba, le envió un beso con la mano.

—¿Viene usted a comer con el padre abad? —preguntó Miusov a Iván Fiodorovitch.

—¿Por qué no? Estoy invitado personalmente desde ayer.

—Desgraciadamente, me siento obligado a asistir a esa maldita comida —dijo Miusov con amarga irritación, sin preocuparse de que el monjecillo le escuchaba—. Por lo menos, tenemos que excusarnos de lo que ha ocurrido y explicar que no ha sido cosa nuestra. ¿No le parece?

—Sí, hay que explicar que no ha sido cosa nuestra. Además, mi padre no asistirá —observó Iván Fiodorovitch.

—¡Sólo faltaba que asistiera su padre! ¡Maldita comida!

Sin embargo, todos iban hacia el monasterio. El monjecillo escuchaba en silencio. Al atravesar el bosque, dijo que el padre abad les esperaba desde hacía un buen rato, que ya llevaban más de media hora de retraso. Nadie le contestó. Miusov observó a Iván Fiodorovitch con una expresión de odio.

«Va a la comida como si nada hubiese ocurrido —pensó—. Cara de vaqueta y conciencia de Karamazov.»

VII. Un seminarista ambicioso

Aliocha condujo al *starets* a su dormitorio y lo sentó en su lecho. Era una reducida habitación sin más muebles que los indispensables. La cama era estrecha, de hierro, y una simple manta hacia las veces de colchón. En un rincón se veían varios iconos y un facistol en el que descansaban la cruz y el Evangelio. El *starets* se dejó caer, exhausto. Una vez sentado, miró fijamente a Aliocha, con gesto pensativo:

—Vete, querido, vete. Con Porfirio tengo suficiente ayuda. El padre abad lo necesita. Has de servir la mesa.

—Permitame que me quede —dijo Aliocha con voz suplicante.

—Allí haces más falta. No hay paz entre ellos. Servirás la mesa y serás útil. Si te asaltan los malos espíritus, reza. Has de saber, hijo mío —al *starets* le gustaba llamarle así—, que en el futuro te puesto no estará aquí. Acuérdate de esto, muchacho. Cuando Dios me haya juzgado digno de comparecer ante él, deja el monasterio, márchate en seguida.

Aliocha se estremeció.

—¿Qué te pasa? —le preguntó el *starets*—. Tu puesto no es éste por el momento. Tienes una gran misión que cumplir en el mundo, y yo te bendigo y te envio a cumplirla. Peregrinarás durante mucho tiempo. Tendrás que casarte: es preciso. Habrás de soportarlo todo hasta que vuelvas. La empresa no será fácil, pero tengo confianza en ti. Sufrirás mucho y, al mismo tiempo, serás feliz. Esta es tu vocación: buscar en el dolor la felicidad. Lucha, lucha sin descanso. No olvides mis palabras. Todavía hablaré otras veces contigo, pero mis días, a incluso mis horas, están contados.

El semblante de Aliocha reflejó una viva agitación. Sus labios temblaban.

—¿Qué te pasa? —le preguntó, sonriendo, el stárets—. Que las personas mundanas lloren a sus muertos. Aquí nos alegramos cuando un padre agoniza. Nos alegramos y rogamos por él. Déjame. Tengo que rezar. Vete, vete pronto. Debes estar al lado de tus hermanos; no sólo de uno, sino de los dos.

El *starets* levantó la mano para bendecirle. Aunque experimentaba grandes deseos de quedarse, Aliocha no se atrevió a hacer ninguna objeción ni a preguntar lo que significaba la profunda inclinación del *starets* ante su hermano Dmitri. Sabía que el *starets* se lo habría explicado espontáneamente si hubiera podido. Si no se lo decía era porque no se lo debía decir. Aquella prosternación haste tocar el suelo había dejado estupefacto a Aliocha. Tenía alguna finalidad misteriosa. Misteriosa y a la vez terrible. Cuando hubo salido del recinto de la ermita sintió oprimido el corazón y tuvo que detenerse. Le parecía estar oyendo las palabras del *starets* que predecían su próximo fin. Las predicciones minuciosas del *starets* se cumplirían: Aliocha lo creía

ciegamente. ¿Pero cómo podría vivir sin él, sin verlo ni oírlo? ¿Y adónde iría? El *starets* le había ordenado que no llorase y que dejara el monasterio. ¡Señor, Señor...! Hacía mucho tiempo que Aliocha no había experimentado una angustia semejante.

Atravesó rápidamente el bosquecillo que separaba la ermita del monasterio y, sintiéndose incapaz de soportar los pensamientos que le abrumaban, se dedicó a contemplar los pines seculares que bordeaban el sendero. El trayecto no era largo: quinientos pasos a lo sumo. A aquella hora no solía haber nadie en el camino. Sin embargo, en el primer recodo Aliocha se encontró con Rakitine. Evidentemente, éste esperaba a alguien.

—¿Me esperas a mí? —le preguntó Aliocha al llegar a su lade.

—Sí —dijo Rakitine sonriendo—. Vas a la comida que da el padre abad: lo sé. Desde el día que recibió al obispo y al general Pakhatov, ya recordarás, no había celebrado ningún festín. Yo no estaré allí, pero tú sí, porque has de servir la mesa... Oye, Alexei: lo esperaba para preguntarte qué significa ese misterio.

—¿Qué misterio?

—Ese de arrodillarse ante tu hermano Dmitri. ¡Vaya topetazo que ha dado el viejo!

—¿Te refieres al padre Zósimo?

—Sí.

—¿Un topetazo?

—Ya veo que me he expresado de un mode irreverente. Pero no importa. ¿Qué significa ese misterio?

—Lo ignoro, Micha[25].

—Ya sabía yo que no te lo explicaría. La cosa no me sorprende. Estoy acostumbrado a las santas cuchufletas. Pero todo está hecho con premeditación. Ahora las bocas van a tener trabajo en el pueblo, y por toda la provincia correrá la pregunta: «¿Qué significa ese misterio?» A mí me parece que el viejo, con su perspicacia, ha olfateado el crimen. Vuestra casa apesta a eso.

—¿Qué crimen?

Rakitine deseaba dar suelta a su lengua.

—En vuestra familia habrá un crimen: entre tus hermanos y tu acaudalado papá. Ahí tienes per qué el padre Zósimo ha tocado el suelo con la frente. Así, después se dirá: «Eso lo predijo, lo profetizó el santo ermitaño.» Sin embargo, ¿qué profecía puede haber en darse un golpe en la frente? Otros dirán que es un acto simbólico, alegórico y sabe Dios cuántas cosas más. El caso es que todo esto se divulgará y se recordará. Se dirá que previó el crimen y señaló al criminal. Los « inocentes» obran así: hacen sobre la taberna la señal de la cruz y lapidan el templo. Y así precede también tu *starets*: para el sabio, bastonazos; para el asesino, reverencias.

—Pero ¿qué crimen?, ¿qué asesino? ¿De qué estás hablando?

Aliocha se había quedado clavado en el sitio. Rakitine se detuvo también.

—¡Come si no lo supieras! Apostaría a que ya habías pensado en ello. Oye, Aliocha; tú dices siempre la verdad, aunque siempre estás sentado entre dos sillas. ¿Has pensado en eso? Contesta.

—Sí, he pensado —dijo Aliocha en voz baja.

Esta afirmación impresionó vivamente a Rakitine.

—¿De modo que también tú lo habías pensado ya? —exclamó.

—No, no es que lo haya pensado —murmuró Aliocha—; es que al oírte decir todas esas cosas raras que has dicho, me ha parecido haberlo pensado.

—Óyeme: hoy, viendo a tu padre y a tu hermano Mitia, has pensado en un crimen, ¿verdad?

—Vayamos por partes —replicó Aliocha, turbado—. ¿Qué es lo que te hace sospechar todo eso? Y, sobre todo, ¿por qué te interesa tanto esta cuestión?

—Dos preguntas muy distintas, pero muy lógicas. Responderé a ellas per separado. ¿Qué es lo que me hace sospechar todo esto? Yo no habría sospechado nada si hoy no hubiera comprendido, de pronto y enteramente, cómo es tu hermano Dmitri Fiodorovitch en relación con cierta línea. En las personas rectas, pero sensuales, hay una línea que no se debe franquear. Por eso creo a Dmitri capaz de dar una cuchillada incluso a su padre. Y como su padre es un alcohólico y un libertino desenfrenado que jamás ha conocido la medida en nada, uno de los dos no podrá contenerse, y, ¡plaf!, los dos a la fosa.

—Si sólo te fundas en eso, Micha, respiro. Las cosas no irán tan lejos.

—Entonces, ¿por qué tiemblas? Te lo voy a decir. Por recto que sea tu Mitia (pues es tonto, pero recto), es, ante todo, un sensual. En esto se basa su naturaleza. Su padre le ha transmitido su abyecta sensualidad... Oye, Aliocha, hay una cosa que no comprendo: ¿cómo puedes ser virgen? Eres un Karamazov, y en tu familia la sensualidad llega al frenesí... Tres Karamazov sensuales se espían con el cuchillo en el bolsillo. ¿Por qué no has de ser tú el cuarto?

—Te equivocas en lo que concierne a esa mujer —dijo Aliocha, estremeciéndose —. Dmitri la desprecia.

—¿Te refieres a Gruchegnka[26]?. No, querido, tu hermano no ¡la desprecia. Ha abandonado por ella a su prometida; de modo que ` no hay tal desprecio. En todo esto, amigo mío, hay algo que tú no comprendes todavía. Si un hombre queda prendado del cuerpo de una mujer, incluso solamente de una parte de su cuerpo (un voluptuoso me comprendería en el acto), es capaz de entregar por ella a sus propios hijos, de vender a su padre, a su madre y a su patria. Aunque sea honrado, robará; aunque sea bueno, asesinará; aunque sea fiel, traicionará. El cantor de los pies femeninos, Pushkin, los ha ensalzado en verso. Otros no los cantan, pero no pueden mi— Írarlos con serenidad. ¡Y eso que sólo se trata de los pies...! En estos casos, el

desprecio no puede nada. Tu hermano desprecia a Gruchegnka, pero no puede libertarse de ella.

—Comprendo todo eso que dices —declaró Aliocha súbitamente.

—¿De veras? Para haberlo confesado tan rápidamente es preciso que lo comprendas —dijo Rakitine con maligno júbilo—. Es una declaración preciosa, y más aún habiéndola hecho impensadamente. Por lo tanto, la sensualidad es para ti cosa conocida: ¡ya has pensado en ella! ¡Ah, la gatita muerta! Eres un santo, Aliocha, no cabe duda; pero eres también una gata muerta, y sólo el diablo sabe lo que no has pensado todavía y lo que dejas de saber. Eres k virgen, pero conoces el fondo de muchas cosas. Hace tiempo que lo vengo observando. Eres un Karamazov, un Karamazov de pies a cabeza. Por lo tanto, la raza y la selección significan algo. Tu padre te ha legado la sensualidad y tu madre la inocencia. ¿Por qué tiemblas? Eso prueba que tengo razón. ¿Sabes lo que me ha dicho Gruchegnka? «Tráemelo (se refería a ti) y yo le arrancaré el hábito.» Y, ante su insistencia, me he preguntado por qué sentiría tanta curiosidad por ti. Es una mujer extraordinariá, ¿sabes?

—Júrame que le dirás que no iré —dijo Aliocha con una sonrisa forzada—. Acaba de decirme.lo que tengas que decir, Micha. En seguida te expondré yo mis ideas.

—La cosa está tan clara que no necesita explicación. Es como una vieja canción, querido. Si tú tienes un temperamento sensual, ¿cómo no ha de tenerlo tu hermano Iván, que es hijo de la misma madre? También él es un Karamazov, y todos los Karamazov son de naturaleza en extremo sensual y algo dementes. Tu hermano Iván se entretiene ahora escribiendo artículos de teología, con propósitos estúpidos, puesto que es ateo, bajeza que confiesa. Por otra parte, se dedica a conquistar a la novia de su hermano Mitia y, al parecer, está cerca de conseguirlo. ¿Cómo puede ser esto? Puede ser porque tiene el consentimiento del propio Mitia, que le cede la novia con el único fin de deshacerse de ella y poder unirse a Gruchegnka. Y todo esto, obsérvalo, a pesar de su nobleza y de su desinterés. Estos individuos son los más temibles, porque le desorientan a uno. Reconocen su vileza, pero no dejan de conducirse vilmente. En fin, escucha lo que viene ahora. Un viejo se opone a los planes de Mitia, y ese viejo es su propio padre. Pues éste está locamente encaprichado de Gruchegnka: la boca se le hace agua cuando la mira. Ya ves el escándalo que ha armado a causa de ella, sólo porque Miusov ha osado calificarla de criatura depravada. Está más enamorado que un gato. Al principio, Gruchegnka estaba sólo a su servicio en ciertos negocios sucios. Después, tras haberla observado atentamente, se dio cuenta de que le gustaba, y desde entonces no piensa más que en ella y no cesa de hacerle proposiciones, deshonestas, por supuesto. Pues bien, aquí es donde chocan el padre y el hijo. Pero Gruchegnka no se declara en favor ni del uno ni del otro; está vacilante y mantiene a los dos en la inquietud; se pregunta cuál de los dos le conviene más, pues

si bien es verdad que al padre le puede sacar mucho dinero, éste no se casará con ella jamás y tal vez llegue un momento.en que cierre su bolsa, mientras que ese pobretón de Mitia puede ofrecérle su mano. Sí, es capaz de eso. Abandonará a Cataiina Ivanovna, su prometida, una belleza incomparable, rica, noble, hija de un coronel, por casarse con Gruchegnka, que hasta hace poco fue la amante de Samsanov, viejo mercader, *mujik* depravado y alcalde de la ciudad. No cabe duda de que todo esto puede provocar un conflicto y un crimen. No espera otra cosa tu hermano Iván. Así matará dos pájaros de un tiro: será dtieño de Catalina Ivanovna, de la que está enamorado, y se embolsará una dote de sesenta mil rublos, cosa nada desdeñable para un pobre farsante como él. Y observa una cosa: obrando así, no solamente no ofenderá a Mitia, sino que éste le quedará agradecido para toda la vida. Sé de buena tinta que la semana pasada, en un restaurante donde estaba borracho en compañía de unos bohemios, Mitia dijo a voces que era indigno de Katineka, su prometida, y que su hermano Iván, en cambio, era digno de ella. Catalina Ivanovna acabará por aceptar a un hombre tan encantador como Iván Fiodorovitch. Ahora vacila entre los dos hermanos. ¿Pero qué veis en ese Iván para quedaros con la boca abierta ante él? Iván Fiodorovitch se rie de vosotros.

—¿De dónde has sacado todo eso? ¿En qué te fundas para hablar con esa seguridad? —preguntó Aliocha, de súbito y frunciendo las cejas.

—¿Y por qué me interrogas temiendo por anticipado mi respuesta? Eso quiere decir que sabes que he dicho la verdad.

—A ti no te es simpático Iván. A Iván no le atrae el dinero.

—¿De veras? ¿Y tampoco la belleza de Catalina Ivanovna? No, no se trata únicamente de dinero, aunque sesenta mil rublos sea una cifra seductora.

—Iván tiene miras más altas. Los miles de rublos no le deslumbran. No busca el dinero ni la tranquilidad: lo que sin duda busca es el sufrimiento.

—¡Otra fantasía! ¡Vivis en el limbo!

—Micha, su alma es impetuosa y su espíritu está cautivo. Hay en él una gran idea de la que todavía no ha encontrado la clave. Es una de esas personas que no necesitan millones, sino la solución de su pensamiento.

—Eso es un plagio, Aliocha: repites las ideas de tu *starets*. Iván os ha planteado un enigma —exclamó con visible animosidad Rakitine, cuyo semblante se alteró mientras sus labios se contraían—. Un enigma estúpido en el que no hay nada que adivinar. Haz un pequeño esfuerzo y lo comprenderás todo. Su artículo es ridículo y necio. Le he oído perfectamente cuando ha desarrollado su absurda teoría. «Si no hay inmortalidad del alma, no hay virtud, lo que quiere decir que todo está permitido.» Recuerda que tu hermano Mitia ha dicho sobre esto que lo tendría presente. Es una teoría seductora para los bribones... No; para los bribones, no. Esta vehemencia me trastorna... Es seductora para esos fanfarrones dotados de «una profundidad de

pensamiento insondable». Es un charlatán, y su teoría, una bobada. Por lo demás, aunque no crea en la inmortalidad del alma, la humanidad hallará en si misma el vigor necesario para vivir virtuosamente. Esa fuerza se la proporcionará su amor a la libertad, a la igualdad y a la fraternidad.

Rakitine se había entusiasmado y apenas podía contenerse. Pero, de pronto, se detuvo como si se acordara de algo.

—¡Bueno, basta ya! —dijo con una sonrisa forzada—. ¿De qué te ries? ¿Crees que soy tonto?

—No, eso ni siquiera me ha pasado por el pensamiento. Eres inteligente, pero... En fin, dejemos esto. He sonreído tontamente. Comprendo que te acalores, Micha. Tu vehemencia me ha hecho comprender que Catalina Ivanovna te gusta. Ya hace tiempo que lo sospechaba. Por eso Iván no te es simpático. Tienes celos.

—Llega hasta el final; di que los celos se deben también al dinero de ella.

—No, Micha; no quiero ofenderte.

—Lo creo, porque eres tú quien lo dice. Pero que el diablo os lleve a ti y a tu hermano Iván. Ninguno de los dos comprendéis que, dejando aparte a Catalina Ivanovna, Iván no es nada simpático. ¿Por qué he de quererle, demonio? Él me insulta. ¿No tengo derecho a devolverle la pelota?

—Nunca le he oído hablar ni bien ni mal de ti.

—¿No? Pues me han informado de que anteayer, en casa de Catalina Ivanovna, habló mucho de mí, tanto interesa este amigo tuyo y servidor. Después de esto, querido, no está claro quién está celoso de quién. Dijo que si no me resignaba a la carrera de archimandrita, si no visto el hábito muy pronto, partiré hacia Petersburgo, ingresaré en una gran revista como critico y, al cabo de diez años, seré propietario del periódico. Entonces le imprimiré una tendencia liberal y atea, a incluso cierto matiz socialista, aunque tomando precauciones, es decir, nadando entre dos aguas y dando el pego a los imbéciles. Y tu hermano siguió diciendo que, a pesar de este tinte de socialismo, yo ingresaría mis beneficios en un Banco, especularía por mediación de un judío cualquiera y, finalmente, me haría construir una casa que me produjese una buena renta, además de servirme para instalar la redacción de mi revista. Incluso señaló el sitio donde se levantaría el inmueble: cerca del puente de piedra que se proyecta construir entre la avenida Litenaia y el barrio de Wyborg.

—¡Ah, Micha! —exclamó Aliocha, echándose a reír alegremente sin poderlo remediar—. A lo mejor, eso se cumple punto por punto.

—¡También tú te burlas, Alexei Fiodorovitch!

—¡No, no; ha sido simplemente una broma! Perdóname. Estaba pensando en otra cosa. Pero, oye: ¿quién te ha dado todos esos detalles? Porque tú no estabas en casa de Catalina Ivanovna cuando mi hermano habló de ti, ¿verdad?

—No, no estaba. Pero Dmitri Fiodorovitch refirió todo esto en casa de

Gruchegnka y yo le oí desde el dormitorio, de donde no podía salir mientras estuviera allí Mitia.

—Comprendido. Ya no me acordaba de que Gruchegnka es parienta tuya.

—¿Parienta mía? ¿Gruchegnka parienta mía? —exclamó Rakitine, enrojeciendo hasta las orejas—. ¿Has perdido el juicio? ¡No sabes lo que dices!

—¿Cómo? ¿No es parienta tuya? Pues lo he oído decir.

—¿Dónde? ¡Ah señores Karamazov! Tenéis humos de alta y vieja nobleza, olvidándoos de que vuestro padre era un simple bufón en mesas ajenas, donde se ganaba un plato de comida. Yo no soy sino el hijo de un pope, nada a vuestro lado; pero no me insultéis con esos aires de alegre desdén. Yo también tengo mi honor, Alexei Fiodorovitch, y me avergonzaría de estar emparentado con una mujer pública.

Rakitine estaba excitadísimo.

—Perdóname, te lo ruego —dijo Aliocha, que se había puesto como la grana—. Jamás habría creido que fuera una mujer... así. Te repito que me dijeron que era pariente tuya. Vas con frecuencia a su casa, y tú mismo me has dicho que no hay nada entre vosotros... No me podía imaginar que la despreciaras tanto. ¿Lo merece verdaderamente?

—Tengo mis razones para ir con frecuencia a su casa: esto es todo lo que te puedo decir. En cuanto al parentesco, es en tu familia en la que podría entrar por medio de tu padre o de tu hermano. En fin, ya hemos llegado. Corre a la cocina... Pero, ¿qué es esto?, ¿qué ha pasado? ¿Es posible que nos hayamos retrasado tanto? No, no pueden haber terminado ya. A menos que los Karamazov hayan hecho alguna de las suyas. Eso debe de ser. Mira: ahí viene tu padre. Y tu hermano Iván le sigue. Han plantado al padre abad. ¿Ves al padre Isidoro en la escalinata gritando a tu padre y a tu hermano? Y tu padre agita los brazos, sin duda vomitando insultos. Mira a Miusov en su calesa, que acaba de arrancar. Y Maximov corre como un desalmado. Ha sido un verdadero escándalo. La comida no ha llegado a celebrarse. ¿Habrán sido capaces de pegarle al padre abad? ¿Los habrán vapuleado a ellos? Lo tendrían bien merecido.

Rakitine había acertado. Acababa de producirse un escándalo inaudito.

VIII. Un escándalo

Cuando Miusov a Iván Fiodorovitch llegaron a las habitaciones del padre abad, Piotr Alejandrovitch, que era un hombre bien educado, estaba avergonzado de su reciente arrebato de cólera. Comprendía que, en vez de exasperarse, debió apreciar en su justo valor al deleznable Fiodor Pavlovitch y conservar enteramente su sangre fria.

«Nada se les puede reprochar a los monjes —se dijo de pronto; mientras subía la escalinata que conducía al departamento del padre abad—. Puesto que hay aquí personas distinguidas (el padre Nicolás y el abad pertenecen, según tengo entendido, a la nobleza), ¿por qué no me he de mostrar amable con ellos? No discutiré, incluso les llevaré la corriente, y me atraeré su simpatía. Así les demostraré que yo no tengo nada que ver con ese Esopo, ese bufón, ese saltimbanqui, y que he sido engañado como ellos.»

Decidió cederles definitiva a inmediatamente los derechos de tala y pesca, cosa que haría de mejor grado aún al tratarse de una bagatela.

Estas buenas intenciones se afirmaron en el momento en que los invitados entraban en el comedor del padre abad. Todo el departamento consistía en sólo dos piezas, pero éstas eran más espaciosas y cómodas que las del *starets*. En ellas no imperaba el lujo, ni mucho menos. Los muebles eran de caoba y estaban tapizados de cuero, según la antigua moda del año 1820; el suelo no estaba ni siquiera pintado. En compensación, todo resplandecía de limpieza y en las ventanas abundaban las flores de precio. Pero el principal detalle de elegancia consistía en aquel momento en la mesa, presentada incluso con cierta suntuosidad. El mantel era inmaculado, la vajilla estaba resplandeciente, en la mesa se veían tres clases de pan[27], todas perfectamente cocidas, dos botellas de vino, dos jarros de excelente aguamiel del monasterio y una gran garrafa llena de un *kvass*[28] famoso en toda la comarca. No había vodka. Rakitine refirió después que la minuta constaba de cinco platos: una sopa con trozos de pescado, un pescado en una salsa especial y deliciosa, un plato de esturión, helados y compota, y, finalmente, *kissel*[29].

Incapaz de contenerse, Rakitine había olfateado todo esto y echado una mirada a la cocina del padre abad, donde tenía amigos. Los tenía en todas partes: así se enteraba de todo lo que quería saber. Era un alma atormentada y envidiosa. Tenía pleno conocimiento de sus dotes indiscutibles y, llevado de su presunción, las exageraba. Sabía que estaba destinado a desempeñar un papel importante. Pero Aliocha, que sentía por él verdadero afecto, se afligía al ver que no tenía conciencia y que el desgraciado no se daba cuenta de ello. Sabía que no se apoderaría jamás de un dinero que tuviera a su alcance, y esto bastaba para que se considerase perfectamente honrado. Respecto a este punto, ni Aliocha ni nadie habría podido abrirle los ojos.

Rakitine era poco importante para participar en la comida. En cambio, el padre José y el padre Paisius habían sido invitados, además de otro religioso. Los tres esperaban ya en el comedor para recibir a sus invitados. Era un viejo alto y delgado, todavía vigoroso, de cabello negro que empezaba a cobrar un tono gris, y rostro alargado, enjuto y grave. Saludó a sus huéspedes en silencio, y ellos se inclinaron, solicitando su bendición. Miusov intentó incluso besarle la mano, pero el padre abad, advirtiéndolo, la retiró. Iván Fiodorovitch y Kalganov llegaron al fin del saludo, besándole la mano ruidosamente, al estilo de la gente del pueblo.

—Todos tenemos que presentarle nuestras excusas, reverendo padre —dijo Piotr Alejandrovitch con una fina sonrisa, pero en tono grave y respetuoso—, ya que llegamos solos, es decir, sin nuestro compañero Fiodor Pavlovitch, a quien usted había invitado. Ha tenido que renunciar a venir con nosotros, y no sin motivo. En la celda del padre Zósimo acalorado por su desdichada querella con su hijo, ha pronunciado algunas palabras totalmente fuera de lugar, en extremo inconvenientes..., de lo cual debe de tener ya conocimiento su reverencia —añadió mirando de reojo a los monjes—. Fiodor Pavlovitch, consciente de su falta y lamentándola sinceramente, se siente profundamente avergonzado y nos ha rogado, a su hijo Iván y a mí, que le expresemos su pesar, su contrición y su arrepentimiento... Espera repararlo todo inmediatamente. Por el momento, implora la bendición de su reverencia y le ruega que olvide lo sucedido.

Al llegar al final de su discurso, Miusov se sintió tan satisfecho de sí mismo, que incluso se olvidó de su reciente irritación. Experimentó de nuevo un sincero y profundo amor por la humanidad.

El padre abad, que le había escuchado atentamente, inclinó la cabeza y repuso:

—Lamento vivamente su ausencia. Si hubiera participado en esta comida, acaso nos habría tomado afecto, y nosotros a él. Señores, tengan la bondad de ocupar sus puestos.

Se situó ante la imagen y empezó a orar. Todos se inclinaron respetuosamente y Maximov incluso se colocó delante de los demás y enlazó las manos con un gesto de profunda devoción.

Fue entonces cuando Fiodor Pavlovitch completó su obra. Hay que advertir que su propósito de marcharse había sido sincero; que, tras su vergonzosa conducta en las habitaciones del *starets*, había comprendido que no debía ir a comer con el padre abad como si nada hubiera pasado. No se sentía avergonzado, no se hacía amargos reproches, sino todo lo contrario; pero consideraba que asistir a la comida era una inconveniencia.

Sin embargo, apenas su calesa de muelles chirriantes avanzó hasta el pie de la escalinata de la hospedería, y cuando ya iba a subir al coche, se detuvo. Se acordó de las palabras que había dicho al *starets*. «Cuando voy a ver a otras personas, siempre

me parece que soy el más vil de todos, y que todos me miran como a un payaso. Entonces yo decido hacer de veras el payaso, por considerar que todos, desde el primero hasta el último, son más estúpidos y más viles que yo.»

Fiodor Pavlovitch quería vengarse de todo el mundo por sus propias villanías. Se acordó de pronto de que un día alguien le preguntó: «¿Por qué detesta usted tanto a ese hombre?» A lo que él había contestado en un arranque de procacidad bufonesca: « No me ha hecho nada, pero yo le hice a él una mala pasada y desde entonces empecé a detestarlo.» Este recuerdo le arrancó una risita silenciosa y maligna. Con los ojos centelleantes y los labios temblorosos, tuvo unos instantes de vacilación. Luego, de pronto, se dijo resueltamente: «No podría rehabilitarme. Me mofaré de ellos hasta el cinismo.»

Ordenó al cochero que esperase y volvió a grandes pasos al monasterio. Iba derecho a las habitaciones del padre abad. Ignoraba aún lo que haría, pero sabía que no era dueño de sí mismo, que al menor impulso cometería cualquier acto indigno, incluso algun delito del que habría de responder ante los tribunales. Hasta entonces, jamás había pasado de ciertos límites, lo que no dejaba de sorprenderle.

Apareció en el comedor en el momento en que, terminada la oración, todos iban a sentarse a la mesa. Se detuvo en el umbral, observó a la concurrencia, mirándolos a todos fijamente a la cara, y estalló en una risa larga y desvérgonzada.

—¿Se creían que me había marchado? Pues aquí me tienen —exclamó con voz sonora.

Todos los presentes le miraron en silencio, y, de súbito, todos comprendieron que inevitablemente se iba a producir un escándalo. Piotr Alejandrovitch pasó repentinamente de la calma a la contrariedad. Su cólera volvió a inflamarse:

—¡No lo puedo soportar! —gruñó—. No puedo, no puedo de ningún modo.

La sangre le afluyó a la cabeza, y notó que se embarullaba, pero el momento no era para pensar en la dialéctica. Cogió el sombrero.

—¿Qué es lo que no puede soportar? —exclamó Fiodor PavIovitch—. ¿Puedo entrar, reverendo padre? ¿Me admite usted como invitado?

—Le ruego de todo corazón que pase —respondió el padre abad, y añadió dirigiéndose a todos—: Señores, les suplico que olviden sus querellas y se reúnan con amor fraternal, implorando a Dios, en torno de esta mesa.

—¡No, no! Eso es imposible —exclamó Piotr Alejandrovitch fuera de si.

—Lo que es imposible para Piotr Alejandrovitch, lo es también para mi. No me quedaré. He venido por estar con él. No me sepáraré de usted ni un paso, Piotr Alejandrovitch: si usted se va, me voy yo; si usted se queda, me quedo. Usted, padre abad, le ha herido al hablar de fraternidad: le mortifica ser mi pariente... ¿No es verdad, Von Shon? Miren: ahí tienen a Von Shon. ¡Buenas tardes, Von Shon!

—¿Me dice usted a mi? —preguntó Maximov, estupefacto.

—Sí, a ti. Reverendo padre, ¿sabe usted quién es Von Shon? El héroe de una causa célebre. Lo mataron en un lupanar, como creo que llaman ustedes a esos lugares, y, una vez muerto, lo desvalijaron. Después, a pesar de su respetable edad, lo metieron en un cajón y lo enviaron de Petersburgo a Moscú en un furgón de equipajes con una etiqueta. Y mientras lo embalaban, las rameras cantaban y tocaban el timpano, es decir, el piano. Pues bien, ese hombre que ven ustedes ahí es Von Shon resucitado. ¿Verdad, Von Shon?

—¿Qué dice este hombre? —exclamaron varias voces entre los religiosos.

—Vámonos —dijo Piotr Alejandrovitch a Kalganov.

—¡No, esperen! —gritó Fiodor Pavlovitch, dando un paso hacia el interior—. Déjenme terminar. En la celda del *starets* me han acusado ustedes de haberme conducido irrespetuosamente, y todo porque he hablado de gobios. A Piotr Alejandrovitch Miusov, mi pariente, le gusta que en las peroraciones haya *plus de noblesse que de sincérité;* a mi, por el contrario, me gusta que en mis discursos haya *plus de sincérité que de noblesse,* ¡y que se fastidie! ¿No es verdad, Von Shon? Escúcheme, padre abad: aunque yo sea un bufón y me mantenga en mi papel, soy un caballero de honor y tengo que explicarme. Sí, yo soy un caballero de honor, mientras que en Piotr Alejandrovitch no hay más que amor propio ofendido. He venido aquí para ver lo que pasa y exponerle mi modo de pensar. Mi hijo Alexei hace el noviciado en este monasterio. Soy su padre y mi obligación es preocuparme por su porvenir. Mientras yo actuaba como en un teatro, lo escuchaba todo, lo miraba todo con disimulo, y ahora quiero ofrecerle el último acto de la comedia. Generalmente, aquí, el que cae se queda tendido para siempre. Pero yo quiero levantarme. Padres, estoy indignado del modo de obrar de ustedes. La confesión es un gran sacramento que merece mi veneración y ante el cual estoy presto a prosternarme. Pues bien, allá abajo, en la ermita, todo el mundo se arrodilla y se confiesa en voz alta. ¿Está permitido confesarse en voz alta? En los tiempos más antiguos, los santos padres instituyeron la confesión secreta. Porque, por ejemplo, ¿puedo yo explicar ante todo el mundo que yo hago esto y lo otro y..., me comprende usted? A veces es una indecencia revelar ciertas cosas. ¡Esto es un escándalo! Permaneciendo entre ustedes, uno puede ser arrastrado a la secta de los Kblysty[30]. En cuanto tenga ocasión, escribiré al Sínodo. Entre tanto, retiro a mi hijo de este monasterio.

Como se ve, Fiodor Pavlovitch había oído campanas y no sabía dónde. Según ciertos rumores malignos llegados no hacia mucho a oídos de las autoridades eclesiásticas, en los monasterios donde subsistía la institución de los *startsy* se testimoniaba a éstos un respeto exagerado, en perjuicio de la dignidad del abad. Además, los *startsy* abusaban del sacramento de la confesión, etcétera, etcétera. Estas acusaciones infundadas no tuvieron éxito alguno en ninguna parte. Pero el demonio que Fiodor Pavlovitch llevaba dentro y que le empujaba cada vez más hacia un

abismo de vergüenza le había inspirado esta acusación, de la que él, por cierto, no comprendía una palabra. Ni siquiera había acertado a hacerla oportunamente, ya que esta vez nadie se había arrodillado ni confesado en voz alta en la celda del *starets*. Por lo tanto, Fiodor Pavlovitch no había podido ver nada de lo que acababa de decir y se había limitado a repetir viejos comadreos que sólo recordaba a medias. Apenas terminó de exponer estas necedades, Fiodor Pavlovitch se dio cuenta de lo absurdo de sus palabras y experimentó en seguida el deseo de demostrar a su auditorio, y sobre todo a si mismo, que no había en ellas nada de absurdo. Y aunque sabía perfectamente que todo lo que dijera no haría sino agravar las cosas, no se pudo contener y resbaló como por una pendiente.

—¡Qué villanía! —exclamó Piotr Alejandrovitch.

—Un momento —dijo de súbito el padre abad—. Antiguamente se dijo: «Se empieza a hablar demasiado de mi, a incluso a hablar mal. Después de haberlo escuchado todo, me he dicho: esto es un remedio que me envía Jesús para curar mi alma vanidosa.» Así, le damos humildemente las gracias, querido huésped.

Y se inclinó profundamente ante Fiodor Pavlovitch.

—¡Bah, bah! Todo eso son gazmoñerías, viejas frases y viejos gestos, viejas mentiras y puros formulismos como el del saludo hasta el suelo. Ya sabemos lo que son esos saludos. «Un beso en los labios y una puñalada al corazón», como en *Los bandidos de Schiller*. No me gusta la falsedad, padres míos; lo que quiero son verdades. Pero la verdad no está en los gobios, como ya he proclamado. ¿Por qué ayunan ustedes? ¿Por qué esperan una recompensa en el cielo? Por obtener esa recompensa, también ayunaría yo. No, santos monjes: sed virtuosos en la vida; servid a la sociedad sin encerraros en un monasterio, donde todo lo tenéis pagado, y sin esperar recompensa alguna. Esto sería más meritorio. Como ve usted, padre abad, yo sé también hacer frases... ¿Qué veo aquí? —añadió acercándose a la mesa—. Viejo oporto comprado en Fartori y otro exquisito vino procedente de los Hermanos Ielisseiev[31]. ¡Caramba, caramba, reverendos padres! Esto no se parece en nada a los gobios. ¡Y esas otras botellas! ¡Je, je! ¿Quién os ha dado todo esto? El campesino ruso, el trabajador que os trae sus ofrendas con sus manos callosas, quitándoselas a su familia y a las necesidades del Estado. Ustedes explotan al pueblo, reverendos padres.

—¡Eso es una falsedad indigna! —dijo el padre José.

El padre Paisius guardaba un obstinado silencio. Miusov salió del comedor precipitadamente, seguido de Kalganov.

—Bueno, mis reverendos padres; me voy en pos de Piotr Alejandrovitch. No volveré nunca, aunque me lo pidan ustedes de rodillas. ¡Nunca, jamás! Les envié mil rublos, y hay que ver cómo abrirían ustedes los ojos. ¡Je, je! Pero a este donativo no añadiré absolutamente nada. Quiero vengarme de las humillaciones que recibí de ustedes en mi juventud.

Dio un puñetazo en la mesa con fingida indignación y continuó:

—Este monasterio ha desempeñado un gran papel en mi vida. ¡Cuántas y cuán amargas lágrimas he derramado por culpa de él! Ustedes consiguieron que se volviera contra mí mi esposa, la endemoniada. Me cubrieron de maldiciones y me desacreditaron ante el vecindario. ¡Basta ya, reverendos padres! Vivimos en la época del ferrocarril y de los buques de vapor. No recibirán nada más de mi: ni mil rublos, ni cien, ni siquiera uno.

Observemos que el monasterio no había hecho nunca nada contra él y que Fiodor Pavlovitch no había tenido que derramar amargas lágrimas por culpa del convento. Sin embargo, Fiodor PavIovitch se había indignado de tal modo ante estas supuestas lágrimas, que casi llegó a convencerse de que las había derramado. Incluso estuvo a punto de echarse a llorar. Pero comprendió que había llegado el momento de retirarse.

Por toda respuesta a su odiosa mentira, el padre abad inclinó la cabeza y dijo gravemente:

—También está escrito que hay que soportar pacientemente la calumnia y, sin dejarse turbar por ella, no detestar al calumniador. Así obraremos nosotros.

—¡Bonito galimatías! Ahí se quedan, padres míos: yo me voy. Me llevaré para siempre a mi hijo Alexei, haciendo use de mi autoridad paterna. Iván Fiodorovitch, mi amabilísimo hijo, permíteme que te ordene que me sigas. Von Shon, ¿para qué te has de quedar en esta casa? Ven a la mía, que sólo está a una versta de aquí. No lo pasarás mal. En vez de aceite de lino, te daré un cochinillo relleno de alforfón, coñac y otros licores, a incluso habrá allí una bonita muchacha. Vamos, Von Shon; no desprecies tanta feficidad.

Y salió lanzando.gritos y agitando los brazos. En este momento fue cuando lo vio Rakitine y se lo señaló a Aliocha.

—¡Alexei —gritó a éste su padre desde lejos—, desde hoy vivirás en mi casa! ¡Coge tu almohada y tu colchón! ¡Que no quede nada tuyo aquí!

Aliocha se detuvo, petrificado, mirando a su padre atentamente y sin decir palabra.

Fiodor Pavlovitch subió a la calesa seguido de Iván Fiodorovitch, que, silencioso y sombrío, ni siquiera se volvió para saludar a su hermano.

Para que nada le faltase, se produjo una escena cómica y sorprendente. Maximov llegó corriendo y jadeante. En su impaciencia, puso un pie en el estribo, donde estaba todavía el de Iván Fiodorovitch, y, aferrándose al coche, trató de subir.

—¡Yo también voy! —exclamó con alegre risa y gesto beatífico—. Llévenme.

—¿Ves? —dijo Fiodor Pavlovitch, encantado—. ¿No decía yo que es Von Shon resucitado? ¿Cómo te las has arreglado para salir de allí? ¿Qué te propones? ¿Cómo es posible que hayas renunciado a la comida? Para proceder así hace falta tener una cara de bronce. Yo la tengo, pero me asombra que la tengas también tú, amigo mío.

Sube, sube. Déjalo subir, Iván: nos divertiremos. Se sentará a nuestros pies, ¿no es verdad, Von Shon? ¿O prefieres instalarte en el pescante, junto al cochero? Sube al pescante, Von Shon.

Pero Iván Fiodorovitch, que se había sentado ya sin decir palabra, lo rechazó, dándole un fuerte golpe en el pecho que le hizo retroceder un par de metros. Maximov no llegó a caer por verdadero milagro.

—¡En marcha! —gritó Iván ásperamente al cochero.

—¿Pero por qué le tratas así? —censuró Fiodor Pavlovitch.

La calesa había partido ya. Iván no contestó.

—No te comprendo —dijo Fiodor Pavlovitch tras un largo silencio y mirando de reojo a su hijo—. Fue idea tuya hacer esta visita al monasterio; tú la provocaste y te parecía muy bien. ¿Por qué te enfurruñas ahora?

—¡Basta de insensateces! —replicó rudamente Iván—. Descansa un poco.

Fiodor Pavlovitch volvió a estar callado unos minutos. Al fin dijo con acento sentencioso:

—Un vasito de coñac me hará bien.

Iván no contestó.

—También tú tomarás una copa en cuanto lleguemos, ¿verdad?

Iván no dijo palabra.

Fiodor Pavlovitch volvió a esperar un par de minutos.

—Por mucho que te contraríe, amabilísimo Karl von Moor, reTiré a Aliocha del monasterio.

Iván se encogió de hombros desdeñosamente, volvió la cabeza y Se absorbió en la contemplación del camino.

No volvieron a pronunciar palabra hasta que llegaron.

LIBRO III

LOS SENSUALES

I. En la antecámara

Fiodor Pavlovitch vivía bastante lejos del centro de la población, en una casa un tanto vieja pero todavía sólida. El edificio estaba pintado de gris y cubierto con un tejado metálico de color'rojo. Era espacioso y cómodo. Tenía planta baja, entresuelo y numerosas escalerillas y rincones ocultos. Las ratas pululaban en él, pero Fiodor Pavlovitch no sentía ninguna aversión hacia ellas.

—Gracias a las ratas —decía—, las noches no son tan tediosas cuando uno está solo.

Y es que tenía la costumbre de enviar a los domésticos a dormir en el pabellón, quedándose él encerrado en la casa. Este pabellón estaba en el patio y era vasto y sólido. Fiodor Pavlovitch había hecho instalar la cocina en él: no le gustaba el olor a guisos. Así, tanto en verano como en invierno, había que transportar los platos de comida a través del patio.

Era una casa construida para una gran familia. Habría podido albergar un número de dueños y servidores cinco veces superior al que a la sazón la habitaba. En la época de nuestro relato, el cuerpo del ediflcio principal estaba ocupado exclusivamente por Fiodor Pavlovitch y su hijo Iván, y el pabellón, por tres domésticos: el viejo Grigori, su mujer —Marta— y un criado joven: Smerdiakov. Hemos de hablar con cierto detenimiento de estos tres personajes.

Ya conocemos a Grigori Vasilievitch Kutuzov. Era un hombre de firmeza inflexible, que marchaba hacia su fin con obstinada rectitud, con tal que ese fin le pareciera, aunque fuese por razones completamente ilógicas, un deber ineludible. Era un hombre incorruptible, en una palabra.

Su mujer, aunque había vivido siempre ciegamente sometida a su voluntad, le atormentaba, desde la abolición de la esclavitud, con el empeño de dejar a Fiodor Pavlovitch a irse a Moscú para abrir una modesta tienda, pues tenían sus ahorros. Grigori consideró con una resolución definitiva que su mujer estaba equivocada y que todas las mujeres pecaban entonces de deslealtad. No debían dejar a su amo de ningún modo, porque éste era su deber.

—¿Sabes lo que es el deber? —preguntó a Marta Ignatievna.

—Lo sé, Grigori Vasilievitch. Lo que no comprendo es por qué tenemos el deber de permanecer aquí —repuso firmemente Marta Ignatievna.

—Lo comprendas o no, aquí nos quedaremos. Por lo tanto, que no se hable más del asunto.

Y no se habló. Se quedaron, y Fiodor Pavlovitch les asignó un módico salario que les pagaba puntualmente.

Grigori sabía que ejercía sobre su dueño una influencia incontestable. Fiodor Pavlovitch era un payaso astuto y obstinado, de carácter de hierro para algunas cosas,

como él mismo decía, pero pusilánime en otras, lo cual le producía verdadero asombro. En ciertos casos necesitaba un freno y, por lo tanto, un hombre de confianza a su lado. Pues bien, Grigori era de una fidelidad incorruptible. En más de una ocasión, Fiodor Pavlovitch había estado a punto de ser vapuleado, a incluso cruelmente. Y siempre había sido Grigori el que le había sacado del apuro, sin que nunca dejara de hacerle una serie de advertencias. Pero no eran los golpes lo que inquietaba a Fiodor Pavlovitch. Había otras cosas más graves, más delicadas, más complicadas, que, sin que él supiera la razón, le hacían desear tener una persona de confianza a su lado. Eran situaciones casi patológicas. Profundamente corrompido y lujurioso hasta la crueldad como un insecto pernicioso, Fiodor Pavlovitch, en los momentos de embriaguez, experimentaba una angustia atroz. «Entonces me parece que el alma me palpita en la garganta», decía a veces. En esos trances deseaba tener a su lado, o cerca de él, un hombre leal, enérgico, puro, que, aunque conociera su mala conducta y todos sus secretos, lo tolerase por devoción, sin hacerle reproches ni amenazarle con ningún castigo, en este mundo ni en el otro, y que le defendiese si era necesario. ¿Contra quién? Contra un ente desconocido pero temible. Necesitaba a toda costa tener cerca otro hombre, fiel desde hacía largo tiempo, al que poder llamar en aquellos momentos de angustia, aunque sólo fuera para contemplar su rostro o cambiar con él algunas palabras, por insignificantes que fueran. Si le veía de buen humor, se sentía aliviado; en el caso contrario, su tristeza aumentaba. A veces, aunque muy pocas, Fiodor Pavlovitch iba por las noches a despertar a Grigori para que fuera a sus habitaciones a hacerle compañia unos momentos. Cuando el criado llegaba, Fiodor Pavlovitch le hablaba de cosas sin importancia y luego, entre risas y bromas, lo despedía. Entonces él se metía en la cama y se quedaba dormido con el sueño de los justos.

Algo parecido ocurrió a la llegada de Aliocha. El joven lo veía todo y no censuraba nada. Es más, lejos de demostrar a su padre el menor desprecio, lo trataba con una afabilidad invariable y le daba continuas pruebas de sincero afecto. Esto pareció inaudito al viejo depravado y le traspasó el corazón. Al marcharse Aliocha al monasterio, Fiodor Pavlovitch hubo de confesarse que había comprendido algo que hasta entonces no había querido comprender.

Ya he dicho al principio de mi relato que Grigori había tomado ojeriza a Adelaida Ivanovna, la primera mujer de Fiodor PavIovitch y madre del primer hijo de éste, Dmitri, y que, en cambio, había defendido a la segunda esposa, la endemoniada, Sofía Ivanovna, incluso frente a su dueño, y desde luego frente a cualquiera que osara pronunciar contra ella una sola palabra desconsiderada o malévola. Su simpatía por esta infeliz había llegado a ser algo sagrado, tanto, que veinte años después no habría tolerado la menor alusión irónica a esta cuestión.

Grigori era un hombre grave, frío y poco hablador, que sólo pronunciaba las

palabras precisas y no se apartaba jamás del tono austero. A primera vista, uno no podía ver si quería o no a su esposa, aunque lo cierto era que amaba sinceramente a aquella bondadosa criatura y que ella lo sabía muy bien.

Marta Ignatievna era tal vez más inteligente que su marido, por lo menos más juiciosa en las cuestiones de la vida. Sin embargo, se sometía a él ciegamente y lo respetaba sin reservas por su elevación moral. Hay que advertir que los esposos sólo cambiaban las palabras indispensables. El grave y majestuoso Grigori resolvía siempre solo sus asuntos y sus preocupaciones, y Marta Ignatievna había comprendido que sus consejos lo importunarían. Marta Ignatievna notaba que su marido le agradecía su silencio y que veía en él una prueba de agudeza.

Grigori no le había pegado a su esposa más que una vez y sin ninguna dureza. Durante el primer año de matrimonio de Adelaida Ivanovna y Fiodor Pavlovitch, cuando estaban en el campo, las muchachas y las mujeres del lugar, que entonces eran todavía siervas, se reunieron en el patio de la casa de sus dueños para bailar y cantar. Se entonó la canción «En esos prados, en esos bellos prados verdes...», y, de súbito, Marta Ignatievna, que entonces era joven, se colocó delante del coro y ejecutó la danza rusa; pero no como se bailaba allí, al estilo rústico, sino como la ejecutaba ella cuando servía en casa de los acaudalados Miusov, en el teatro de la finca, donde un maestro de baile procedente de Moscú enseñaba a los que tenían que aparecer en el escenario. Grigori lo había visto todo, y una hora después, de regreso en el pabellón, la sacudió un poco, cogiéndola por el pelo. A esto se redujo todo, y nunca más volvió a pegarle. Por su parte, Marta Ignatievna se prometió no volver a danzar en su vida.

Dios no les había dado hijos. Es decir, les dio uno que murió a edad temprana. Grigori adoraba a los niños y no se avergonzaba de demostrárlo. Cuando Adelaida Ivanovna huyó, Grigori recogió a Dmitri, que entonces tenía tres años, y durante un año lo cuidó como una madre, encargándose incluso de lavarlo y de peinarlo. Años después tomó a su cuidado a Iván y a Alexei, lo que le valió un bofetón, como he referido ya. Su propio hijo sólo le proporcionó la alegría de la espera durante el embarazo de Marta Ignatievna. Apenas vio al recién nacido, se sintió apenado y horrorizado, pues la criatura tenía seis dedos. Grigori guardó silencio hasta el día del bautizo. Para no decir nada, se fue al jardín, donde estuvo tres días cavando. Cuando llegó el momento del bautizo, algo había pasado por su imaginación. Entró en el pabellón donde se habían reunido el sacerdote, los invitados y Fiodor Pavlovitch, que era el padrino, y manifestó que en modo alguno debía bautizarse al niño. Lo dijo en voz baja, lentamente y mirando al sacerdote con expresión estúpida.

—¿Por qué? —preguntó el religioso, entre asombrado y divertido.

—Porque... es un dragón —balbuceó Grigori.

—¿Cómo un dragón?

Grigori estuvo unos momentos callado.

—La naturaleza ha sufrido una confusión —murmuró vagamente pero con acento firme, para demostrar que no quería extenderse en explicaciones.

Hubo risas y, naturalmente, el niño fue bautizado. Grigori oró con fervor junto a la pila bautismal, pero mantuvo su opinión acerca del recién nacido. Aunque no se opuso a nada, durante las dos semanas que vivió la enfermiza criatura, él apenas la miró: afectaba no verla y estaba siempre fuera de la casa. Pero cuando el niño murió a consecuencia de un afta, él mismo lo colocó en el ataúd y lo contempló con profunda angustia. Luego, cuando la fosa volvió a quedar llena de tierra, se arrodilló y se inclinó hasta el suelo. Jamás volvió a hablar del difunto, y Marta Ignatievna sólo lo nombraba cuando su marido estaba ausente.

La mujer observó que, tras la muerte del niño, Grigori se interesaba por las cosas divinas. Leía *Las argucias* con frecuencia, solo y en silencio, después de ponerse sus grandes gafas de plata. Raras veces, en la Cuaresma a lo sumo, leía en voz alta. Tenía predilección por el libro de Job. Se procuró una recopilación de las homilías y los sermones del santo padre Isaac el Sirio y los leyó obstinadamente durante varios años. No logró comprenderlos, pero seguramente por esta razón los admiraba más. Últimamente prestó oído a la doctrina de los Kblysty y se informó a fondo sobre ella preguntando al vecindario. Le impresionó profundamente, pero no se decidió a adoptar la nueva fe. Como es natural, todas estas lecturas piadosas aumentaban la gravedad de su fisonomía.

Tal vez era un hombre inclinado al misticismo. Como hecho expresamente, la llegada al mundo y la muerte de su hijo de seis dedos coincidieron con otro hecho sobremanera insólito a inesperado que dejó en él «un recuerdo imborrable», según su propia expresión. La noche que siguió al entierro del niño, Marta Ignatievna se despertó y creyó oír el llanto de un recién nacido. Tuvo miedo y despertó a su marido. Grigori prestó atención y dijo que más bien parecían «gemidos de mujer». Se levantó y se vistió. Era una tibia noche de mayo. Salió al pórtico y advirtió que los gémidos llegaban del jardín. Pero por la noche el jardín estaba cerrado con llave por el lado del patio y sólo se podía entrar en él por allí, ya que estaba rodeado por una alta y sólida empalizada. Grigori volvió a la casa, encendió una linterna, cogió la llave y, sin hacer caso del terror histérico de su mujer, seguro de que su hijo le llamaba, pasó en silencio al jardín. Una vez allí se dio cuenta de que los lamentos partían del invernadero que había no lejos de la entrada. Abrió la puerta y quedó atónito ante el espectáculo que se ofrecía a su vista: una idiota del pueblo que vagaba por las calles y a la que todo el mundo conocía por el sobrenombre de Isabel Smerdiachtchaia acababa de dar a luz en el invernadero y se moría al lado de su hijo. La mujer no dijo nada, por la sencilla razón de que no sabía hablar... Pero todo esto requiere una explicación.

II. Isabel Smerdiachtchaia

Había en todo esto algo especial que impresionó profundamente a Grigori y acabó de confirmarle una sospecha repugnante que había concebido. Isabel era una muchacha bajita, de apenas un metro cuarenta de talla, como recordaban enternecidas, después de su muerte, las viejas de buen corazón de la localidad. Su rostro de veinte años, ancho, rojo y sano, tenía la expresión de la idiotez y una mirada fija y desagradable, aunque plácida. Tanto en verano como en invierno, iba siempre descalza y sólo llevaba sobre su cuerpo una camisa de cáñamo. Sus cabellos, extraordinariamente espesos y rizados como la lana de las ovejas, daban sobre su cabeza la impresión de un gorro. Generalmente estaban llenos de tierra y mezclados con hojas, ramitas y virutas, pues Isabel dormía siempre en el suelo, y a veces sobre el barro. Su padre, Ilia, hombre sin domicilio, viejo, pobre y dominado por la bebida, trabajaba como peón desde hacía mucho tiempo en la propiedad de unos burgueses . de la población. Su madre había muerto hacia ya muchos años, Siempre enfermo y amargado, Ilia vapuleaba sin piedad a su hila cada vez que aparecía en la casa. Pero Isabel iba pocas veces, ya que en cualquier hogar de la población la socorrían al ver que era una enferma mental que no tenia más ayuda que la de Dios.

Los amos de Ilia y otras muchas personas caritativas, comerciantes especialmente, habían intentado repetidas veces vestir a Isabel con decencia. Un invierno, incluso le pusieron una pelliza y unas botas. Ella se dejaba vestir dócilmente, pero después, en cualquier parte, con preferencia en el porche de la iglesia, se quitaba lo que le habían regalado —fuera un chal, una falda, una pelliza, un par de botas—, lo dejaba allí mismo y se iba, descalza y sin más ropa que la camisa, como siempre había ido.

Un nuevo gobernador, al inspeccionar nuestra localidad, quedó desagradablemente impresionado al ver a Isabel y, aunque se dio cuenta de que era una criatura inocente —y además así se le dijo—, declaró que una joven que iba por la calle en camisa era un atentado contra la decencia y que había que poner fin a aquello. Pero el gobernador se fue a Isabel siguió viviendo como vivía.

Murió su padre, y entonces, al quedar huérfana, todas las personas piadosas de la ciudad redoblaron sus atenciones hacia ella. Incluso los chiquillos, ralea sumamente agresiva en nuestro pais, sobre todo si son escolares, no la zaherian ni maltrataban. Entraba en casas que no la conocían y nadie la echaba: por el contrario, todos la recibían amablemente y le daban medio copec. Ella se llevaba estas monedas y, sin pérdida de tiempo, las echaba en algún cepillo, en la iglesia o en la cárcel. Si le daban en el mercado un panecillo, lo regalaba al primer niño que vela o detenía a cualquier gran señora para ofrecérselo. Y la dama lo aceptaba con sincera alegria. Vo se alimentaba más que de pan y agua. Si entraba en una tienda mportante donde había

dinero y mercancías de valor, los dueños iunca desconfiaban de ella: sabían que no cogería un solo copec aunque tuviera miles de rublos al alcance de su mano.

Iba pocas veces a la iglesia. Dormía en los pórticos o en un huerto cualquiera, después de haber franqueado la valla, pues en nuestro país hay todavía muchas vallas que hacen las veces de muros. Una vez a la semana en verano, y todos los días en invierno iba a la casa de los amos de su difunto padre, pero sólo por la noche, que pasaba en el vestíbulo o en el establo. La gente s asombraba de que pudiera soportar semejante vida, pero se había acostumbrado. Pese a su escasa talla, poseía una constitución excepcionalmente robusta. Algunos decían que obraba así por orgullo, pero esta afirmación era insostenible. No sabía hablar; a lo sumo podía mover la lengua y emitir algún sonido. ¿Cómo podía tener orgullo una persona así?

Una noche de septiembre clara y cálida, en que la luna brillaba en el cielo, a una hora avanzada, un grupo de cinco o seis alegres trasnochadores embriagados regresaban del club a sus casas por el camino más corto. La callejuela que seguían estaba bordeada a ambos lados por una valla tras la cual se extendían las huertas de la: casas ribereñas. Desembocaba en un pontón tendido sobre una de esas balsas alargadas a infectas a las que en nuestro país se da el nombre de rios. Allí durmiendo entre las ortigas, estaba Isabel Los trasnochadores la vieron, se detuvieron cerca de ella y empezaron a reír y bromear con el mayor cinismo. Un muchacho que figuraba en el grupo hizo esta singular pregunta:

—¿Se puede considerar como mujer a semejante monstruo?

Todos contestaron negativamente con un gesto de sincera aprensión. Pero Fiodor Pavlovitch, que formaba parte de la pandilla, manifestó que se podía ver en ella una mujer perfectamente, y que incluso tenía el excitante atractivo de la novedad y otras cosas parecidas. En aquella época, Fiodor Pavlovitch se complacía en desempeñar su papel de bufón y le gustaba divertir a los ricos como un verdadero payaso, aunque aparentemente era igual a ellos. Con un crespón en el sombrero, pues acababa de enterarse de la muerte de su primera esposa, llevaba una vida tan disipada, que incluso los libertinos más curtidos se sentían cohibidos ante él. La paradójica opinión de Fiodor Pavlovitch provocó la hilaridad del grupo. Uno de sus compañeros empezó a incitarle; otros mostraron una mayor aprensión todavía, aunque siempre con grandes risas. Al fin, todos siguieron su camino.

Más adelante, Fiodor Pavlovitch juró que se había marchado con los demás. Tal vez decía la verdad, pues nadie supo jamás quién estuvo allí. Cinco o seis meses después, el embarazo de Isabel provocó la indignación general y se buscó al que hubiera podido ultrajar a la pobre criatura. Pronto circularon rumores que acusaban a Fiodor Pavlovitch. ¿De dónde salió este rumor? Del alegre grupo sólo quedaba entonces en la ciudad un hombre de edad madura, respetable consejero de Estado, que tenía hijas mayores y que nunca habría contado nada aunque aquella noche

hubiera ocurrido algo importante. Los demás se habían dispersado. Sin embargo, los rumores insistían en acusar a Fiodor Pavlovitch. Él no se mostró ofendido y no se dignó responder a los tenderos y a los burgueses. Entonces era un hombre orgulloso que sólo dirigía la palabra a los funcionarios y a los nobles que eran sus compañeros asiduos y a los que tanto divertía.

Grigori se puso de parte de su amo y procedió con toda energía: no sólo le defendió contra cualquier insinuación, sino que disputó acaloradamente y consiguió hacer cambiar de opinión a muchos.

—La falta ha sido de ella —decía—, y su seductor fue Karp.

Así se llamaba un delincuente peligrosísimo que se había fugado de la cárcel del distrito y que se había refugiado en nuestra ciudad.

La suposición pareció lógica a todos. Se recordaba que Karp había rondado por la población aquellas noches y desvalijado a tres personas.

Esta aventura y estos rumores, lejos de desviar de la pobre idiota las simpatías de la población, le atrajeron una más viva solicitud. Una tendera rica, la viuda de Kondratiev, decidió tenerla en su casa a fines de abril, para que diera a luz. La vigilaban estrechamente. A pesar de ello, una tarde, la del día del parto, Isabel se escapó de casa de su protectora y fue a parar al jardín de Fiodor Pavlovitch. ¿Cómo había podido, en el estado en que se hallaba, saltar la alta empalizada? Esto fue siempre un enigma. Unos aseguraban que alguien la había llevado allí; otros veían en ello la intervención de un poder sobrenatural.

Al parecer, esto ocurrió de un modo natural, aunque el ingenio ayudó a la infeliz. Isabel, acostumbrada a salvar los vallados para entrar en las huertas donde pasaba las noches, consiguió trepar a lo alto de la empalizada y desde allí saltar al jardín, aunque hiriéndose.

Al ver a Isabel en el invernadero, Grigori corrió en busca de su mujer para que le prestara los primeros cuidados, y después fue a llamar a una comadrona que vivía cerca. El niño se salvó, pero la madre murió al amanecer. Grigori cogió en brazos al recién nacido, lo llevó al pabellón y lo depositó en el regazo de su mujer.

—He aquí —le dijo— un hijo de Dios, un huérfano que nos tendrá a nosotros por padres. Es nuestro difunto hijo quien nos lo envía. Ha nacido de Satanás y de una mujer justa. Aliméntalo y no llores más.

Marta crió al niño. Fue bautizado con el nombre de Pavel[32], al que todo el mundo, empezando por sus padres adoptivos, añadió Fiodorovitch como patronímico. Fiodor Pavlovitch no puso obstáculos, a incluso le pareció agradable todo esto, aunque desmintió enérgicamente su paternidad. Se aprobó que hubiera acogido al huérfano, al cual dio más adelante, como nombre de familia, el de Smerdiakov, derivado del sobrenombre de su madre. Al principio de nuestro relato, Smerdiakov servía a Fiodor Pavlovitch como criado de segunda y habitaba en el pabellón, al lado

del viejo Grigori y de la vieja Marta. Tenía el empleo de cocinero. Merecería que le dedicara un capítulo entero, pero no me atrevo a contener demasiado tiempo la atención del lector sobre los sirvientes y continúo mi narración, con la esperanza de que en el curso de ella el tema Smerdiakov vuelva a presentarse de un modo natural.

III. Confesión de un corazón ardiente. En verso

Al oír la orden que le había dado a gritos su padre desde la calesa en el momento de partir del monasterio, Aliocha estuvo unos instantes inmóvil y profundamente perplejo. Al fin, sobreponiéndose a su turbación, se dirigió a la cocina del padre abad para procurar enterarse de la conducta de Fiodor Pavlovitch. Después se puso en camino, con la esperanza de resolver durante el trayecto un problema que le atormentaba. Digámoslo en seguida: los gritos de su padre ordenándole que dejara el monasterio llevándose el colchón y las almohadas no le inspiraban inquietud alguna. Comprendía perfectamente que esta orden, proferida a gritos y haciendo grandes ademanes, era hija de un arrebato y que su padre se la habla dado para la galería, por decirlo así. Era el mismo caso de uno de nuestros conciudadanos que, no hacía mucho, al celebrar su cumpleaños y excederse en la bebida, se enfureció porque no querían darle más vodka y, en presencia de sus invitados, empezó a destrozar la vajilla, a rasgar sus ropas y las de su mujer, a romper muebles y cristales. Obró para la galería, y al día siguiente, una vez curado de su embriaguez, se arrepintió amargamente a la vista de las tazas y los platos rotos. Aliocha estaba seguro de que su padre le dejaría regresar al monasterio tal vez aquel mismo día. Es más, tenía el convencimiento de que el buen hombre no le ofendería jamás; de que ni él ni nadie en el mundo no sólo no querrían ofenderle, sino que no podrían. Esto era para él un axioma definitivamente admitido y sobre el cual no cabía la menor duda.

Pero en aquellos momentos le mortificaba otro temor de un orden completamente distinto, un temor agravado por el hecho de que se sentía incapaz de definirlo: el temor a una mujer, a aquella Catalina Ivanovna, que en la carta que le había enviado aquella mañana por medio de la señora de Khokhlakov tanto insistía en que fuera a verla. Esta petición y la necesidad de acatarla le producían una impresión dolorosa, que se había intensificado sin cesar en las primeras horas de la tarde, a pesar de las escenas desarrolladas en el monasterio. Su temor no procedía de que ignoraba lo que aquella mujer quería de él. No era la mujer lo que temía en ella. Desde luego, conocía poco a las mujeres, pero había vivido entre ellas desde su más tierna infancia hasta su llegada al monasterio. Sin embargo, desde su primera entrevista había experimentado una especie de terror al encontrarse frente a aquella mujer. La había visto dos o tres veces a lo sumo y sólo había cambiado con ella unas cuantas palabras. La recordaba comb una bella muchacha imperiosa y llena de orgullo. No era su belleza lo que le atormentaba, sino otra cosa que no podía definir, y esta impotencia para explicarse su terror lo acrecentaba. El fin que ella perseguía era sin duda de los más nobles: se proponía salvar a Dmitri, que había cometido una falta con ella, y procedía así por pura generosidad. Pero, a pesar de la admiración que despertaba en él esta nobleza de sentimientos, notaba como una corriente de hielo en la espalda mientras se iba

acercando a casa de la joven.

Se dijo que no encontraría con ella a Iván, su intimo amigo, entonces retenido por su padre. Tampoco Dmitri podía estar en casa de Catalina Ivanovna, por razones que presentía. Por lo tanto, conversarían a solas. Aliocha habría deseado ver antes a Dmitri, para cambiar con él algunas palabras sin mostrarle la carta. Pero Dmitri vivía lejos y, sin duda, no estaba en su casa en aquel momento. Tras unos instantes de reflexión y una señal de la cruz prematura, sonrió misteriosamente y se dirigió con resolución a casa de la temida joven.

Conocía esta casa. Pero, pasando por la Gran Vía para después atravesar la plaza, etcétera, habría tardado demasiado en ilegar. Sin ser una gran población, nuestra ciudad estaba muy dispersa y las distancias eran considerables. Además, su padre se acordaría seguramente de la orden que le había dado y, si tardaba en aparecer, sería capaz de hacer de las suyas. Por lo tanto, había que apresurarse. En vista de ello, Aliocha decidió abreviar, yendo por atajos. Conocía perfectamente todos aquellos pasos. Atajar significaba pasar junto a cercados desiertos, franquear algunas vallas, atravesar patios donde se encontraría con conocidos que le saludarían. Así podría ahorrar la mitad del tiempo. Llegó un momento en que tuvo que pasar cerca de la casa paterna, junto al jardín contiguo al de su padre, jardín que pertenecía a una casita de cuatro ventanas, bastante deteriorada a inclinada hacia un lado. Esta casucha pertenecía a una vieja desvalida, que la habitaba con su hija. Hasta no hacía mucho, la joven había estado sirviendo como camarera en la capital, en casa de una encopetada familia. Había vuelto al hogar hacía un año, a causa de la enfermedad de su madre, luciendo elegantes vestidos. Estas dos mujeres habían quedado en la mayor miseria a iban diariamente, como vecinas, en busca de pan y sopa a la cocina de Fiodor Pavlovitch. Marta Ignatievna las recibía amablemente. Lo chocante era que la joven, a pesar de tener que ir a pedir un plato de sopa, no había vendido ninguno de sus vestidos. Uno de ellos, incluso tenía una larga cola. Aliocha estaba enterado de esto por su amigo Rakitine, al que no se le escapaba nada de lo que ocurría en nuestra pequeña ciudad. Pero Aliocha lo había olvidado en seguida. Ahora, al llegar ante aquel jardín, se acordó del vestido de cola y levantó al punto la cabeza, pues iba pensativo y con la vista en el suelo. Entonces vio lo que menos esperaba ver. Detrás de la valla, de pie sobre un montículo y mostrando su busto, estaba su hermano Dmitri, que trataba de atraer su atención con grandes ademanes. Dmitri procuraba no sólo no gritar, sino ni siquiera decir palabra, por temor de que le oyeran. Aliocha corrió hacia la valla.

—Por suerte, has levantado la cabeza. De lo contrario, me habría visto obligado a gritar —murmuró alegremente Dmitri—. Salta en seguida esta valla. ¡Qué oportuno llegas! Estaba pensando en ti.

Aliocha se alegró tanto como su hermano. Pero no sabía cómo franquear la valla.

Dmitri le cogió por el codo con su atlética mano y le ayudó a saltar, cosa que Aliocha hizo recogiéndose el hábito y con la agilidad de un chiquillo.

—Ahora, vamos —murmuró Dmitri, alborozado.

—¿Adónde? —preguntó Aliocha mirando en todas direcciones y viendo que estaban en un jardín donde no había más personas que ellos.

El jardín no era muy espacioso, pero la casa estaba a unos cincuenta pasos. Aliocha hizo una nueva pregunta:

—¿Por qué hablas en voz baja si aquí no hay nadie?

—¡Que el diablo me lleve si lo sé! —exclamó Dmitri, hablando de pronto en voz alta—. ¡Qué cosas tan absurdas hacemos a veces! Estoy aquí para intentar desentrañar un secreto, del que ya te hablaré, y, bajo la influencia del misterio, he empezado a hablar misteriosamente, susurrando como un tonto, sin motivo alguno. Bueno, ven y calla. Pero antes quiero abrazarte.

Gloria al Eterno sobre la tierra.
Gloria al Eterno en mí.

»He aquí lo que me repetía hace un momento, sentado en este sitio.

El jardín sólo tenía árboles en su contorno, bordeando la cerca. Se veían manzanos, arces, tilos y abedules, zarzales, groselleros y frambuesos. El centro formaba una especie de pequeño prado, donde se recolectaba heno en verano. La propietaria alquilaba este jardín por unos cuantos rublos a partir de la primavera. El huerto, cultivado desde hacía poco, estaba cerca de la casa. Dmitri condujo a su hermano al rincón más apartado del jardín. Allí, entre tilos que crecían muy cerca unos de otros, viejos macizos de groselleros, de sauces, de bolas de nieve y de lilas, había un ruinoso pabellón verde, de muros ennegrecidos y abombados, con tragaluces, y que conservaba el tejado, por lo que ofrecía un abrigo contra la lluvia. Se contaba que este pabellón había sido construido cincuenta años atrás por Alejandro Karlovitch von Schmidt, teniente coronel retirado y antiguo propietario de aquellas tierras. Todo se deshacía en polvo; el suelo estaba podrido y la madera olía a humedad. Había una mesa de madera pintada de verde y hundida en el suelo. Estaba rodeada de bancos que todavía podían utilizarse. Aliocha había observado el ardor con que su hermano hablaba. Al entrar en el pabellón vio sobre la mesa una botella de medio litro y un vaso pequeño.

—¡Es coñac! —exclamó Mitia echándose a reir—. Tú pensarás que sigo bebiendo, pero no te fíes de las apariencias.

»No creas a la muchedumbre vana y embustera, renuncia a tus sospechas...

»Yo no me emborracho, yo “paladeo”, como dice tu amigo, ese cerdo de Rakitine. Y todavía lo dirá cuando sea consejero de Estado. Siéntate, Aliocha. Quisiera estrecharte entre mis brazos, estrujarte, pues, créeme, te lo digo de veras, ¡de veras!,

para mi, sólo hay una persona querida en el mundo, y esa persona eres tú.

Estas últimas palabras las pronunció con una especie de frenesí.

—También —continuó— estoy, por desgracia, enamoriscado de una bribona. Pero enamoriscarse no es amar. Uno puede enamoriscarse y odiar: acuérdate de esto. Hasta ahora he hablado alegremente. Siéntate a la mesa, cerca de mí, para que yo pueda verte. Tú me escucharás en silencio y yo te lo contaré todo, pues el momento de hablar ha llegado. Pero óyeme: he pensado que aquí hay que hablar en voz baja, porque tal vez anda cerca alguien con el oído águzado. Lo sabrás todo: ya te lo he dicho. Oye, Aliocha, ¿por qué desde que me instalé aquí, hace cinco días, tenía tantas ganas de verte? Porque te necesito... Sólo a ti te lo contaré todo. Mañana terminará una vida para mi y empezará otra. ¿Has tenido alguna vez en sueños la impresión de que caías por un precipicio? Pues mira, yo he caído de veras... No te asustes... Yo no tengo miedo..., es decir, sí que tengo miedo, pero es un miedo dulce que tiene algo de embriaguez... Además, ¡a mí, qué! Carácter fuerte, carácter débil, carácter de mujer, ¿qué importa? Loemos a la naturaleza. Mira qué sol tan hermoso, qué cielo tan puro. Por todaspartes frondas verdes. Todavía estamos en verano, no cabe duda. Son las cuatro de la tarde. Reina la calma. ¿Adónde ibas?

—A casa de nuestro padre. Y, de paso, quería ver a Catalina Ivanovna.

—¡A ver al viejo y a ver a Catalina Ivanovna! ¡Qué coincidencia! ¿Sabes para qué te he llamado? ¿Sabes por qué deseaba verte con toda la vehemencia de mi corazón y todas las fibras de mi ser? Precisamente para mandarte a casa del viejo y a casa de Catalina Ivanovna, a fin de terminar con uno y con otra. ¡Poder enviar a un ángel! Podría haber mandado a cualquiera, pero necesitaba un ángel. Y he aquí que tú ibas a ir por tu propia voluntad.

—¿De veras querias enviarme? —preguntó Aliocha con un gesto de dolor.

—Ya veo que lo sabías, que lo has comprendido todo. Pero calla: no me compadezcas, no llores.

Dmitri se levantó con semblante pensativo.

—Seguro que ella te ha llamado, que te ha escrito. De lo contrario, tú no habrías pensado en ir.

—Aquí tienes su carta —dijo Aliocha sacándola del bolsillo. y Dmitri la leyó rápidamente.

—Y tú has seguido el camino más corto. ¡Oh dioses! Gracias por haberlo dirigido hacia aquí, por habérmelo traído, como el pescadito de oro del cuento[33] que va hacia el viejo pescador... Escucha, Aliocha; óyeme, hermano mío. He decidido decírtelo todo. Necesito desahogarme. Después de haberme confesado con un ángel del cielo, voy a confesarme con un ángel de la tierra. Pues tú eres un ángel. Tú me escucharás y me perdonarás. Necesito que me absuelva un ser más noble que yo. Escucha. Supongamos que dos hombres se liberan de la servidumbre terrestre y se elevan a

regiones superiores, o, por lo menos, que se eleva uno de ellos. Supongamos que éste, antes de emprender el vuelo, de desaparecer, se acerca al otro y le dice: «Haz por mí esto o aquello...», cosas que no es corriente pedir, que sólo se piden en el lecho de muerte. Si el que se queda es un amigo o un hermano, ¿rechazará la petición?

—Haré lo que me pides, pero dime en seguida de qué se trata.

—En seguida, en seguida... No, Aliocha, no te apresures: apresurarse es atormentarse. En este caso, las prisas no sirven para nada. El mundo entra en una era nueva. Es lástima, Aliocha, que no te entusiasmes nunca. ¿Pero qué digo? Es a mi a quien le falta entusiasmo. Soy un tonto.

Hombre, sé noble[34].

»¿De quién es ese verso?

Aliocha decidió esperar. Había comprendido que este asunto absorbería toda su creatividad. Dmitri permaneció un momento pensativo, acodado en la mesa y la frente en la mano. Los dos callaban.

—Aliocha, sólo tú puedes escucharme sin reírte. Quisiera empezar mi confesión con un himno a la vida, como el *«An die Freude»* de Schiller. Yo no sé alemán, pero sé cómo es la poesía *«An die Freude»*... No creas que estoy parloteando bajo los efectos de la embriaguez. Necesito beberme dos botellas de coñac para emborracharme

...como el bermejo Sileno
obre su asno vacilante,

»y yo no me he bebido sino un cuarto de botella. Además, no soy Sileno. No, no soy Sileno, sino Hércules, ya que he tomado una resolución heroica. Perdóname esta comparación de mal gusto. Hoy tendrás que perdonarme muchas cosas. No te inquietes, que no parloteo: hablo seriamente y voy al grano. No seré tacaño como un judío. ¿Pero cómo es la poesía? Espera.

Levantó la cabeza, reflexionó y empezó a declamar apasionadamente:

–Tímido, salvaje y desnudo se ocultaba
l troglodita en las cavernas;
l nómada erraba por los campos
los devastaba;
l cazador temible, con su lanza y sus flechas,
ecorría los bosques.
Desgraciado del náufrago arrojado por las olas
aquellas inhóspitas riberas!
Desde las alturas del Olimpo
esciende una madre, Ceres, en busca

e Proserpina, a su amor arrebatada.
:l mundo se le muestra con todo su horror.
Jingún asilo, ninguna ofrenda
e ofrecen a la deidad.
ıquí se ignora el culto a los dioses
no hay ningún templo.
os frutos de los campos, los dulces racimos,
o embellecen ningún festín;
ɔs restos de las víctimas humean solos
n los altares ensangrentados.
' por todas partes donde Ceres
asea su desconsolada vista
ólo percibe
l hombre sumido en honda humillación.

Los sollozos se escaparon del pecho de Mitia, que cogió la mano de Aliocha:

—Sí, Aliocha, en la humillación. Así ocurre también en nuestros días. El hombre sufre sobre la tierra males sin cuento. No creas que soy solamente un fantoche vestido de oficial, que lo único que sabe es beber y hacer el crápula. La humillación, herencia del hombre: tal es casi el único objeto de mi pensamiento. Dios me preserva de mentir y de envanecerme. Pienso en ese hombre humillado, porque soy yo mismo.

Para que el hombre pueda salir de su abyección
ıediante el impulso de su alma,
a de establecer una alianza eterna
on su antigua madre: la tierra.

»¿Pero cómo establecer esta alianza eterna? Yo no fecundo a la tierra abriendo su seno, porque no soy labrador. Tampoco soy pastor. Avanzo sin saber hacia dónde: si hacia la luz radiante o hacia la más denigrante vileza. Esto es lo malo: todo es denigrante en este mundo. Cada vez que me he hundido en la más baja degradación, cosa que ha sido casi constante, he releído estos versos sobre Ceres y la miseria del hombre. ¿Pero han servido para corregirme? No. Porque soy un Karamazov; porque cuando caigo al abismo, caigo de cabeza. Y te advierto que me gusta caer así: este modo de caer tiene cierta belleza a mis ojos. Y desde el seno de la abyección entono un himno. Soy un hombre maldito, vil y degradado, pero beso el borde de la túnica de Dios. Sigo el camino diabólico, pero sin dejar de ser tu hijo, Señor, y te amo, y siento esa alegría sin la cual el mundo no podría subsistir.

La alegrla eterna anima
l alma de la creación.
'ransmite la llama de la vida

ıediante la fuerza misteriosa de los gérmenes;
lla es la que ha hecho brotar la hierba
convertido el caos en soles
ispersos en los espacios
ısumiso al astrónomo.
odo lo que respira
xtrae la alegrla del seno de la naturaleza;
rrastra en pos de ella a los hombres y a los pueblos;
lla nos ha dado amigos en la adversidad,
l jugo de los racimos, las coronas de las Gracias;
los insectos la sensualidad...
el ángel se mantiene ante Dios.

»Pero basta de versos. Déjame llorar, Que todos menos tú se rían de mi tontería. Veo brillar tus ojos. Basta de versos. Ahora quiero hablarte de los «insectos», de esos a los que Dios ha obsequiado con la sensualidad. Yo mismo soy uno de ellos. Nosotros, los Karamazov, somos todos así. Ese insecto vive en ti, levantando tempestades. Pues la sensualidad es una tormenta, y a veces más que una tormenta. La belleza es algo espantoso. Espantoso porque es indefinible, y no se puede definir porque Dios sólo ha creado enigmas. Los extremos se tocan; las contradicciones se emparejan. Mi instrucción es escasa, hermano mío, pero he pensado mucho emestas cosas. ¡Cuántos misterios abruman al hombre! Penetra en ellos y sale intacto. Penetra en la belleza, por ejemplo. No puedo soportar que un hombre de gran corazón y de elevada inteligencia empiece por el ideal de la Virgen y termine por el de Sodoma. Pero lo más horrible es que, llevando en su corazón el ideal de Sodoma, no repudie el de la Virgen y se abrase en él como en los años de su juventud inocente. El espíritu del hombre es demasiado vasto: me gustaría reducirlo. Así no hay medio de que nos conozcamos. El corazón humano, el de la mayoría de los hombres, halla la belleza incluso en actos vergonzosos como el ideal de Sodoma. Es el duelo entre Dios y el diablo: el corazón humano es el cameo de batalla. Además, se habla del sufrimiento... Pero vayamos al asunto.

IV. Confesión de un corazón ardiente. Anécdotas

Yo llevaba una vida disipada, y nuestro padre se escudó en ello para afirmar que despilfarraba miles de rublos en la seducción de doncellas. Es una idea muy propia de un puerco. Mentía, pues mis conquistas no me han costado jamás un céntimo. Para mí, el dinero es sólo una cosa accesoria, la *mise en scène.* Hoy era el amante de una gran dama; mañana, el de una mujer de la calle. Yo las distraía a las dos, tirando el dinero a manos llenas, con música de *tzigánes.* Si necesitaban dinero, se lo daba, pues, ciertamente, el dinero no les desagrada: te dan las gracias cuando lo reciben. No todas las damiselas se me rendían, pero sí muchas. Yo adoraba las callejas, las encrucijadas desiertas y sombrías, que son escenario de aventuras y sorpresas y, a veces, de perlas en el barro. Te hablo con imágenes, hermano: esas callejuelas no existen sino en un sentido figurado. Si tú te parecieras a mí, me comprenderías. Yo adoraba el libertinaje por su misma abyección; yo adoraba la crueldad. ¿No soy un ser corrompido, un insecto pernicioso, es decir, un Karamazov? Una vez organizamos una comida en el cameo y salimos en siete *troikas*[35]. Era invierno y el tiempo estaba muy oscuro. Durante el viaje cubrí de besos a mi vecina de asiento en el trineo, la hija de un funcionario sin fortuna, encantadora y tímida, y en la oscuridad me toleró caricias de un atrevimiento extraordinario. La pobrecilla se imaginaba que al día siguiente iría a pedir su mano, pues me tenía por novio suyo; pero pasaron cinco meses sin que le dijera nada. A veces, cuando nos encontrábamos en algún baile, la veía en un rincón de la sala, siguiéndome con una mirada entre indignada y tierna. Este juego excitaba mi perversa sensualidad. A los cinco meses se casó con un funcionario y desapareció, furiosa y tal vez amándome todavía. Ahora el matrimonio vive feliz. Te advierto que nadie sabe nada de esto y que su reputación está incólume: a pesar de mis viles instintos y de mi amor a la bajeza, no soy descortés. Enrojeces; tus ojos centellean. Lo comprendo: es que te da náuseas tanto lodo. Tengo un buen álbum de recuerdos, hermano mío. ¡Que Dios guarde a todas esas encantadoras criaturas! En el momento de la ruptura evité siempre las discusiones. Yo no traicioné ni comprometí a ninguna. Pero basta de este tema. No creas que te he llamado solamente para explicarte esta sarta de horrores. Te he llamado para contarte algo más interesante. Y es que no siento vergüenza ante ti; por el contrario, estoy a mis anchas.

Aliocha manifestó de pronto:

—Has hablado de mi rubor. Pues bien, no son tus palabras ni tus actos lo que me ha hecho enrojecer. Me sonrojo porque me parezco a ti.

—¿Tú? Exageras, Aliocha.

—¡No, no exagero! —exclamó con vehemencia.

Era evidente que hablaba de algo que sentía desde hacia tiempo. Continuó:

—La escala del vicio es la misma para todos. Yo estoy en el primer escalón; tú estás más arriba, en el escalón trece o cosa así. Yo creo que esto es igual: una vez se ha puesto el pie en el primero, se suben todos los escalones.

—Lo mejor es resistir.

—Desde luego, pero no siempre es esto posible.

—¿Para ti lo es?

—Creo que no.

—¡Calla, Aliocha; calla, querido! Me dan ganas de besarte la mano. ¡Esa bribona de Gruchegnka conoce a los hombres! Una vez me dijo que un día a otro se te zampará... Bueno, me callo. Y dejemos este terreno manchado por las moscas y hablemos de mi tragedia, en la que también pululan las moscas, es decir, toda clase de degradaciones. Aunque el viejo mintió cuando dijo que yo despilfarraba el dinero persiguiendo a las doncellas, esto ocurrió una vez, una sola. Pero él, que me acusaba de faltas inexistentes, no sabía ni sabe nada de este caso. No se lo he contado a nadie. Tú eres el primero que lo vas a saber..., mejor dicho, el segundo, pues si que se lo he contado a otro, hace ya mucho tiempo: a Iván. Pero Iván permanecerá mudo como una tumba.

—¿Como una tumba?

—Sí.

Aliocha escuchó más atentamente.

—Aunque era abanderado de un batallón destacado en una pequeña ciudad, se me vigilaba como si fuera un deportado. Pero fui bien acogido en la localidad. Despilfarraba el dinero; se me tenía por rico y yo creía serlo. Ademas, debía de ser grato a aquella gente por otras razones. Aunque sacudiendo la cabeza ante mis calaveradas, se me tenía afecto.

»Mi teniente coronel, que era ya un viejo, me tomó ojeriza. Empezó a perseguirme, pero yo no me dormí y toda la ciudad se puso a mi favor, por lo cual no podía hacerme mucho daño. Mi falta consistía en que, llevado de mi orgullo, no le rendia los honores a los que tenía derecho. El obstinado viejo era una buena persona en el fondo, un hombre hospitalario. Se había casado dos veces y era viudo. Su primera esposa, mujer de baja condición, le había dado una hija tan vulgar como ella. La joven tenía entonces veinticuatro años y vivía con su padre y una tía materna. Lejos de tener la candidez silenciosa de su tía, la suya iba acompañada de una gran vivacidad. Jamás he conocido un carácter de mujer tan encantador. Se llamaba nada menos que Ágata, Ágata Ivanovna. Era bonita para el gusto ruso, alta, con buenas carnes y unos hermosos ojos, aunque de expresión un poco vulgar. Permanecía soltera a pesar de haber tenido dos peticiones de matrimonio, y conservaba su carácter alegre. Trabé amistad con ella, pero con toda castidad y todo honor, pues has de saber que he tenido más de una amistad femenina perfectamente pura.

»Tenía con ella las más atrevidas conversaciones, y ella no hacia más que reírse. A muchas mujeres les encanta esta libertad de lenguaje, obsérvalo. Esto era sumamente divertido tratándose de una muchacha como ella. Otro rasgo: no se la podía calificar de señorita. Tanto su tía como ella vivían en una especie de estado de humildad voluntario, sin igualarse con el resto de la sociedad. Todo el mundo la quería y alababa su habilidad costurera, trabajo que hacía gratis, como un obsequio a las amigas, aunque no rechazaba el dinero que se le ofrecía.

»En cuanto al teniente coronel, era una de las personalidades del lugar. Llevaba una vida de hombre distinguido. Toda la población era recibida en su casa, donde los invitados cenaban y bailaban. Cuando ingresé en el batallón, en la ciudad sólo se hablaba de la próxima llegada de la segunda hija.del teniente coronel. Se la consideraba una belleza y estaba a punto de salir de un pensionado aristocrático de la capital. Esta joven era Catalina Ivanovna, hija de la segunda esposa del teniente coronel, mujer noble, perteneciente a una casa ilustre, pero que no había aportado al matrimonio dote alguna: lo sé de buena tinta. Promesas, tal vez, pero nada en efectivo. Sin embargo, cuando llegó la joven, toda la población se puso en movimiento, como galvanizada. Las damas más distinguidas, entre las que figuraban dos excelencias, una de ellas coronela, se la disputaban. Se daban fiestas en su honor, era la reina de los bailes y de las comidas campestres, se organizaban representaciones de cuadros vivientes a beneficio de no sé qué instituciones.

»En lo que a mi concierne, no decía palabra y continuaba mi alegre vida. Entonces hice una jugada de mi estilo, que dio que hablar a toda la población. Una noche, en casa del comandante de la batería, Catalina Ivanovna me miró de arriba abajo. Yo no me acerqué a ella: desprecié la ocasión de conocerla. Algún tiempo después, en otra velada, la abordé, y ella apenas se dignó mirarme con una mueca desdeñosa. “¡Ah!, ¿sí? —me dije—. Me vengaré.” Yo era entonces especialista en abatir arrogancias. Me di cuenta de que Katineka, lejos de ser una ingenua colegiala, tenía carácter, orgullo, virtud y, sobre todo, inteligencia a instrucción, que era lo que a mi me faltaba por completo. ¿Crees que quería pedir su mano? Nada de eso. Solamente quería vengarme de su indiferencia. Entonces me corrí una gran juerga, y el viejo teniente coronel me impuso tres días de arresto. Durante esos días, el viejo me envió seis mil rublos a cambio de la renuncia en toda regla a mis derechos y aspiraciones sobre la fortuna de mi madre. Yo no entendía nada de esto entonces. Hasta mi llegada aquí, hasta estos últimos días y tal vez hasta ahora mismo, yo no he comprendido nada de estos asuntos de dinero entre mi padre y yo. ¡Pero que se vaya todo esto al diablo! Ya hablaremos de ello más adelante. El caso es que, cuando ya había recibido yo los seis mil rublos, un amigo me enteró por carta de algo sumamente interesante: estaban descontentos del teniente coronel sospechoso de malversación de fondos, y sus enemigos le preparaban una sorpresa. Así fue: el jefe

de la división se presentó y le reprendió duramente. Poco después, el teniente coronel hubo de dimitir. No contaré todos los detalles de este asunto. En él inflüyó desde luego, la acción de sus enemigos. La población entera mostró una súbita frialdad hacia la familia del teniente coronel. Todo el mundo se apartaba de ella. Entonces hice mi primera jugada. Al encontrarme un día con Ágata Ivanovna, de la que seguía siendo amigo, le dije:

»—A su padre le faltan cuatro mil quinientos rublos en la caja.

»—¿Cómo es posible? Cuando vino el general, hace poco, no faltaba nada.

»—Entonces no faltaba, pero ahora sí.

»Ágata Ivanovna se estremeció:

»—No me asuste. ¿De dónde ha sacado usted eso?

»—Tranquilicese —repuse—. No diré nada a nadie. Para estas cosas soy mudo como una tumba. Sólo le he dicho esto para que esté prevenida. Cuando reclamen a su padre esos cuatro mil quinientos rublos que faltan en la caja, no espere a que, a su edad, lo lleven a los tribunales: envíeme a su hermana en secreto. Acabo de recibir dinero. Le entregaré los cuatro mil quinientos rublos y nadie se enterará de nada.

»—¡Qué villano es usted! ¡Qué miserable villano! ¿Cómo tiene valor para proponer esas cosas?

»Se fue, roja de indignación, y yo le dije a voces que todo quedaría en el mayor secreto.

»Ágata y su tía eran dos verdaderos ángeles. Adoraban a la altiva Katia y la servían humildemente. Ágata informó a su hermana de nuestra conversación, como supe en seguida. Era precisamente lo que yo deseaba.

»Entre tanto, llegó un nuevo jefe de división. El viejo teniente coronel se puso enfermo. Hubo de guardar cama durante dos días y no presentó las cuentas. El doctor Kravtchenko aseguró que la enfermedad no fue simulada. Pero yo sabía a ciencia cierta y desde hacía tiempo lo siguiente: después de las inspecciones de estos jefes, el teniente coronel retiraba cierta cantidad de la caja: así lo venía haciendo desde cuatro años atrás. Esta suma la prestaba a un hombre de confianza llamado Trifinov, que era viudo y barbudo y usaba lentes de oro. Éste negociaba con el dinero en las ferias y lo devolvía en seguida al militar, acompañado de una buena comisión y de un regalo. Pero esta vez, al regresar de la feria, Trifinov no había devuelto nada, de lo cual me enteré casualmente por un hijo suyo, un mozalbete que era un ejemplar de perversión. El teniente coronel fue a pedirle el dinero, y el muy bribón le contestó que no había recibido nunca nada de él. Mi desgraciado jefe se encerró en su casa, abrumado. Llevaba la frente vendada y las tres mujeres le aplicaban hielo en el cráneo. En esto recibió la orden de entregar la caja al término de dos horas. Él firmó: lo sé porque vi más tarde su firma en el registro. Se puso en pie, dijo que iba a ponerse el uniforme y entró en su dormitorio. Una vez allí, cogió su rifle de caza y lo cargó, descalzó su pie

derecho, apoyó el cañón del arma en su pecho y empezó a tantear con el pie en busca del gatillo. Pero Ágata, que se acordaba de lo que yo le había dicho, sospechó algo y le acechaba. Se arrojó sobre él, lo rodeó con sus brazos por la espalda y el disparo se perdió en el aire sin herir a nadie. Las otras dos mujeres acudieron y le quitaron el arma.

»Yo estaba entonces en mi casa, a punto de marcharme. Era el atardecer. Me había acabado de vestir. Estaba peinado y me había perfumado el pañuelo. Incluso había cogido la gorra... De pronto se abrió la puerta y vi entrar a Catalina Ivanovna.

»A veces ocurrén cosas extrañas. Nadie se había fijado en ella en la calle cuando venía a mi casa; nadie la había conocido. Yo vivía entonces en casa de dos mujeres de edad, esposas de funcionarios, serviciales y atentas conmigo, y que, a petición mía, guardaron sobre este asunto un secreto absolúto.

»Cuando vi a Katia comprendí al instante lo que pretendía. Entró con la mirada fija en mí. Sus sombríos ojos expresaban resolución, incluso audacia, pero la mueca de sus labios revelaba perplejidad.

»—Mi hermana me ha dicho que usted me daría cuatro mil quinientos rublos si venía a buscarlos yo misma. Pues bien, aquí estoy: déme el dinero.

»El temor la ahogaba; su voz era apenas perceptible; sus labios temblaban... Aliocha, ¿me escuchas o estás durmiendo?

—Dime toda la verdad, Dmitri —dijo Aliocha con profunda emoción.

—Cuenta con ello: seré franco. Mi primer pensamiento fue el propio de un Karamazov. Un día, hermano mío, me picó un ciempiés y tuve que guardar cama durante quince días, con fiebre. Pues bien, en aquel momento sentí en mi corazón la picadura de un ciempiés; un mal bicho, ¿sabes? Miré a Katia de pies a cabeza. ¿La has visto? Es una beldad. Pero entonces estaba hermosa por la nobleza de su corazón, por su grandeza de alma y su devoción filial, junto a mí, que soy una persona vil y repugnante. En aquel momento ella dependía de mí enteramente, en cuerpo y alma. Te confieso que el pensamiento inspirado por el ciempiés se apoderó de mi corazón con tal intensidad, que creí morir de angustia. No me parecía posible luchar: no veía más solución que conducirme vilmente, como una maligna tarántula, sin sombra de piedad... Desde luego, al día siguiente habría ido a pedir su mano, para goner un fin noble a mi proceder, y nadie se habría enterado de nada. Púes aunque tengo bajos instintos, soy una persona cortés. Pero, de pronto, oigo murmurar a mi oído: «Mañana, cuando vayas a pedir su mano, ella no querrá verte y te hará echar por el cochero. Dirá que no le importa que vayas pregonanado su deshonor por toda la ciudad.» La miré para ver si esta voz decía la verdad, y advertí que la expresión de su rostro no dejaba lugar a dudas: me echarían a la calle. La cólera se apoderó de mí. Sentí el deseo de proceder con ella del modo más vil, de jugarle una mala pasada de tendero, de mirarla irónicamente mientras permanecía plantada ante mí y decirle con

ese tono que sólo saben emplear los tenderos:

»—¿Cuatro mil quinientos rublos? Fue una broma. Usted ha contado con ellos demasiado pronto, señorita. Doscientos rublos, bueno: se los daría en seguida y de buen grado. Pero cuatro mil quinientos es demasiado dinero, una cifra que no se da así como así. Se ha tomado usted una molestia inútil.

»Desde luego, lo habría perdido todo, porque ella habría salido huyendo; pero esta venganza diabólica habría sido para mí una compensación más que suficiente. Le habría hecho esta jugada aunque después hubiera tenido que lamentarla toda la vida.

»En semejantes circunstancias, puedes creerlo, yo no he mirado nunca a una mujer, fuera de la índole que fuere, con odio. Pues bien, lo juro sobre la cruz que durante unos segundos miré a Katia con un odio intenso, con ese odio que sólo por un cabello está separado del amor más ardiente.

»Me acerqué a la ventana y apoyé la frente en el cristal helado. Recuerdo que aquel frío me produjo el efecto de una quemadura. Tranquilízate: no la retuve mucho tiempo. Me acerqué a mi mesa, abrí un cajón y saqué una obligación de cinco mil rublos al portador, que estaba entre las páginas de mi diccionario de francés. Sin decir palabra, se la mostré, la doblé y se la di. Luego abrí la puerta y me incliné profundamente. Ella se estremeció de pies a cabeza, me miró fijamente unos instantes, se puso blanca como un lienzo y, sin despegar los labios, sin ninguna brusquedad, sino con dulce y suave ternura, se prosternó a mis pies hasta tocar el suelo con la frente, no como una señorita educada en un pensionado, sino al estilo ruso. Después se levantó y huyó.

»Cuando se hubo marchado, saqué mi espada y estuve a punto de clavármela. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez en un arranque de entusiasmo. Desde luego, habría sido un acto absurdo. ¿Comprendes que un hombre se pueda matar de alegría...? Pero me limité a besar la hoja y la introduje de nuevo en la funda...

»Podría haberme callado todo esto. Por otra parte, me parece que me he extendido demasiado, jactanciosamente, al explicarte las luchas de mi conciencia. ¡Pero qué importa! ¡Al diablo todos los espías del corazón humano! He aquí mi aventura con Catalina Ivanovna. Sólo tú a Iván la conocéis.

Dmitri se levantó, dio unos pasos vacilantes, sacó el pañuelo, se enjugó la frente y se volvió a sentar, pero en otro sitio, en el banco que corría junto a la otra pared, de modo que Aliocha tuvo que volverse por completo para poder mirarlo.

V. Confesión de un corazón ardiente. La cabeza baja

Bien —dijo Aliocha—; ya conozco la primera parte de la historia.

—Es decir, un drama que ocurrió allá lejos. La segunda parte será una tragedia y se desarrollará aquí.

—No comprendo en absoluto lo que puede ser esa segunda parte.

—¿Crees que yo comprendo algo?

—Oye, Dmitri, hay en esto un punto importante: ¿eres todavía su novio?

—Yo no me puse en relaciones con ella en seguida, sino tres meses después. Al día siguiente, me dije que el asunto estaba liquidado, que no tendría continuación. Ir a pedirla en matrimonio me pareció una bajeza. Ella, por su parte, no dio señales de vida en las seis semanas que todavía pasó en nuestra ciudad. Sólo al día siguiente de su visita, su doncella vino a mi casa y, sin decir palabra, me entregó un sobre dirigido a mí. Lo abrí y vi que contenía el sobrante de los cinco mil rublos. Se habían restituido los cuatro mil quinientos, y las pérdidas en la venta de la obligación rebasaban los doscientos. Me devolvió... creo que doscientos sesenta, no lo recuerdo exactamente, y sin una sola palabra explicativa. Busqué en el sobre un signo cualquiera, una señal en lápiz, pero no había nada. Me gasté alegremente las sobras de mi dinero, tan alegremente, que el nuevo jefe del batallón me tuvo que reprender. El teniente coronel había presentado la caja intacta, ante el estupor general, pues nadie creía que esto fuera posible. Después cayó enfermo, estuvo tres semanas en cama y, finalmente, murió en cinco días a causa de un reblandecimiento cerebral. Se le enterró con todos los honores militares, pues aún no se le había retirado. Diez días después de los funerales, Catalina Ivanovna se fue a Moscú con su hermana y con su tia. Yo no había vuelto a ver a ninguna de ellas. El día de la partida recibí un billete azul, con esta única línea escrita en lápiz:

» “Le escribiré. Espere. C.”

»En Moscú se le arreglaron las cosas de un modo rápido a inesperado, como en un cuento de *Las mil y una noches.* La principal pariente de Catalina Ivanovna, una generala, perdió en una sola semana, a consecuencia de la viruela, a dos sobrinas que eran sus herederas más próximas. Trastornada por el dolor, empezó a tratar a Katia como si fuera su propia hija, viendo en ella su única esperanza. Rehizo el testamento en su favor y le entregó en mano ochenta mil rublos como dote, para que dispusiera de ellos a su antojo. Es una mujer histérica: tuve ocasión de observarla más adelante en Moscú.

»Una mañana recibí por correo cuatro mil quinientos rublos, lo que me sorprendió sobremanera, como puedes suponer. Tres días después llegó la carta prometida. Todavía la tengo y la conservaré mientras viva. ¿Quieres que te la enseñe? No dejes de leerla. Katia se ofrece espontáneamente a compartir mi vida.

»Te amo locamente, me dice. Si tú no me amas, no me importa: me basta con que seas mi marido. No temas, que no te causaré molestia alguna. Seré uno de tus muebles, la alfombra que pisas. Quiero amarte eternamente y salvarte de ti mismo.

»Aliocha —continuó Dmitri—, no soy digno de transmitirte estas líneas en mi vil lenguaje y en el tono del que jamás he podido corregirme. Desde entonces esta carta no ha cesado de traspasarme el corazón, y ni siquiera hoy me siento tranquilo. Le contesté en seguida, pues me era imposible trasladarme entonces a Moscú. Le escribí con lágrimas. Me avergonzaré eternamente de haberle dicho que entonces ella era rica y yo estaba sin recursos. Debí contenerme, pero mi pluma me arrastró. Escribí también a Iván, que entonces estaba en Moscú, y le expliqué todo lo que me fue posible en una carta de seis páginas, en la que le pedía que fuera a verla. ¿Por qué me miras? Ya sé que Iván se enamoró de Katia y que sigue enamorado de ella. Hice una tontería desde el punto de vista de la gente, pero tal vez esa tontería nos salve a todos. ¿No ves que ella le admira y le aprecia? ¿Crees que ahora que nos ha comparado puede querer a un hombre como yo, y menos después de lo que pasó aquí?

—Estoy seguro —dijo Aliocha— de que es a ti a quien ella debe amar, y no a un hombre como Iván.

—Es a su propia virtud a quien ella ama y no a mí —dijo Dmitri como a pesar suyo, irritado.

Se echó a reir y sus ojos empezaron a brillar de súbito. Enrojeció y descargó en la mesa un fuerte puñetazo.

—¡Te lo juro, Aliocha! —exclamó en un arrebato de sincero furor contra si mismo—. Puedes creerme o no creerme, pero, tan verdad como Dios es santo y Cristo es Dios, y aunque yo me haya burlado de sus nobles sentimientos..., tan verdad como esto es que yo no dudo de su angelical sinceridad, y que sé que mi alma es un millón de veces más vil que la suya. En esta certidumbre estriba la tragedia. Una bella desgracia que se presta al tono declamatorio. Yo declamo y, sin embargo, soy completamente sincero. En cuanto a Iván, tan inteligente, creo que debe de estar maldiciendo a la naturaleza... ¿Quién ha sido el preferido? Un monstruo como yo, que no he podido corregirme del libertinaje, siendo el blanco de todas las miradas, y cuando sabía que mi propia prometida lo observaba todo. Sí yo he sido el preferido. ¿Por qué? ¡Porque esa joven, llevada de su gratitud, quiere sacrificarse a mí para toda su vida! Esto es absurdo. Yo no he hablado nunca de esto a Iván, y él tampoco ha hecho a ello la menor alusión. Pero el destino se cumplirá. Cada cual tendrá lo que merece: el réprobo se hundirá definitivamente en el cieno que le atrae. Estoy diciendo muchos desatinos, mis palabras no responden a mis pensamientos, pero lo que pienso se realizará: yo me hundiré en el lodo y Katia se casará con Iván.

—Escucha, Dmitri —dijo Aliocha en un estado de agitación extraordinario—. Hay un punto que tú no me has explicado todavía. Sigues siendo su prometido.

¿Cómo puedes romper si ella se opone?

—Cierto que soy su prometido. Ya hemos recibido la bendición oficial en Moscú, con gran ceremonia, ante los iconos. La generala nos bendijo a inclusó felicitó a Katia. «Has elegido bien —le dijo—. Leo en su corazón.» Iván no le fue simpático: no le dirigió ningún cumplido. En Moscú tuve largas conversaciones con Katia. Me describía a mi mismo tal como era, con toda sinceridad. Ella me escuchó atentamente.

Fue una turbación encantadora.
ubo tiernas palabras...

»También hubo palabras altivas. Me arrancó la promesa de que me corregiría. Y a esto se redujo todo.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Acuérdate de que lo he llamado y lo he traído aquí para enviarte hoy mismo a casa de Catalina Ivanovna y...

—¿Para qué?

—Para decirle que no volveré a ir a verla nunca y la saludes de mi parte.

—¿Es posible?

—No, es imposible: me es imposible ir yo mismo. Por eso te ruego que vayas tú en mi lugar.

—¿Y tú adónde irás?

—Volveré a mi cenagal.

—¡Es decir, a Gruchegnka! —exclamó tristemente Aliocha, enlazando las manos —. O sea, que Rakitine tenía razón. ¡Y yo que creia que esto era solamente un capricho pasajero!

—¡Un prometido tener un enredo! ¿Es esto posible, siendo la novia quien es, y a la vista de todo el mundo? No he perdido todo el honor. Desde el momento en que me uní a Gruchegnka dejé de ser novio y hombre honesto: me di de ello perfecta cuenta. ¿Por qué me miras? La primera vez que fui a su casa iba con el propósito de pagarle. Me había enterado, y ahora sé positivamente que era verdad, de que aquel capitán que representaba a mi padre había enviado a Gruchegnka un pagaré firmado por mí. Pretendían perseguirme judicialmente, con la esperanza de asustarme y obtener mi renuncia. Yo ya sabía algo de Gruchegnka. Es una mujer que no impresiona desde el primer momento. Conozco la historia de ese viejo mercader que es su amante. No vivirá mucho tiempo y le dejará una bonita suma. Yo sabía que era codiciosa, que prestaba dinero con usura, que era una trapacera y una bribona sin corazón. Fui, pues, a su casa con ánimo de darle su merecido... y me quedé. Esa mujer es la peste. Yo me he contaminado de ella y siento como si la llevara en la piel. Todo ha terminado para mí; no tengo otro camino. El ciclo del tiempo está trastornado. Ya ves mi situación.

Como hecho expresamente, yo tenía entonces tres mil rublos en el bolsillo. Nos fuimos a Mokroie, que está a veinticinco verstas de aquí. Llamé a una orquesta y obsequié con champán a los campesinos y a todas las mujeres del lugar. Tres días después no me quedaba un céntimo. ¿Crees que obtuve alguna compensación de ella? Ninguna. Es una mujer todo repliegues, palabra. ¡La muy bribona! Su cuerpo recuerda el de una culebra. Hasta el dedo meñique de su pie izquierdo lleva este sello. Lo vi y lo besé, pero esto fue todo, te lo juro. Entonces ella me dijo: «¿Quieres que me case contigo porque eres pobre? Pues bien, si me prometes no pegarme y dejarme hacer todo lo que quiera, tal vez me decida.» Y se echó a reír. Hoy todavía se ríe.

Dmitri Fiodorovitch se puso en pie, presa de una especie de desesperación. Tenía el aspectó de estar bebido. Sus ojos estaban rojos de sangre.

—En serio, ¿estás decidido a casarte con ella?

—Si accede, me casaré en seguida; si me rechaza, seguiré con ella, aunque sea como criado. En cuanto a ti, Aliocha...

Se detuvo ante él, lo cogió por los hombros y empezó a sacurdirlo violentamente.

—En cuanto a ti, has de saber que todo esto es una locura que ha de terminar en tragedia. Oye, Aliocha, yo soy un hombre perdido, de bajas pasiones; pero yo, Dmitri Karamazov, no seré nunca un estafador ni un vulgar ratero. Pues bien, Aliocha, he sido una vez un estafador, un vulgar ratero. Cuando me disponía a ir a casa de Gruchegnka para vapulearla, Catalina Ivanovna me llamó y me pidió secretamente, aunque no sé por qué, que fuera a la capital del distrito y enviara tres mil rublos a su hermana, que estaba en Moscú. En la localidad nadie debía saberlo. Me fui a casa de Gruchegnka con los tres mil rublos en el bolsillo, y me sirvieron para pagar nuestra excursión a Mokroie. Después fingí que me trasladaba a la capital del distrito. En cuanto al recibo, «me olvidé» de llevárselo, a pesar de que se lo había prometido. ¿Qué te parece? ¿Tú irás a decirle:

» —Un saludo de parte de mi hermano.

»Ella te preguntará:

»—¿Envió el dinero?

»Y tú le contestarás:

»—Es un hombre vil, sensual, incapaz de contenerse. En vez de mandar su dinero, no pudo resistir la tentación de malgastarlo.

»Si tú pudieras añadir:

»—Pero Dmitri Fiodorovitch no es un ladrón y le devuelve los tres mil rublos. Envíelos usted misma a Ágata Ivanovna y reciba las gracias de mi hermano...

»Si pudieras decirle esto, el mal no sería tan grave. En cambio, si ella te pregunta:

»—¿Dónde está el dinero?

Aliocha le interrumpió:

—Dmitri, has tenido una desgracia, pero no tan irremediable como crees. No te

desesperes.

—¿Crees acaso que me voy a levantar la tapa de los sesos si no logro devolver esos tres mil rublos? De ningún modo: no tengo la resolución necesaria para hacer una cosa así. Más adelante, tal vez. Pero, por el momento, voy a casa de Gruchegnka, donde me dejaré hasta la piel.

—¿Pero qué harás allí?

—Hacerla mi esposa si ella quiere. Y cuando lleguen sus amantes, pasaré a la habitación de al lado. Estaré en la casa para dar cera a sus botas, para preparar el samovar, para hacer los recados...

—Catalina Ivanovna lo comprenderá todo —afirmó gravemente Aliocha—. Comprenderá tu profundo pesar y te perdonará. Es un alma generosa y verá que no hay en el mundo ser más desgraciado que tú.

—No me perdonará: he hecho algo que ninguna mujer perdona. —¿Sabes qué sería lo mejor?

—¿Qué? —Que devolvieras los tres mil rublos.

—¿Pero de dónde los puedo sacar?

—Escucha: yo tengo dos mil. Iván te dará mil, y habrás reunido la cantidad completa.

—¿Cuándo tendría en mi poder el dinero? Eres todavía un chiquillo... Aliocha, es preciso que rompas con ella en mi nombre hoy mismo, pueda o no pueda yo devolver el dinero. A tal extremo han llegado las cosas, que esa ruptura no admite retraso. Mañana sería demasiado tarde. Ve a casa del viejo.

—¿De nuestro padre?

—Sí, ve primero a verle a él y pídele los tres mil rublos.

—Nunca te los dará, Dmitri.

—Ya lo sé. ¿Pero sabes tú lo que es la desesperación?

—Sí.

—Escucha: legalmente, el viejo no me debe nada. He recibido ya mi parte, bien lo sé. ¿Pero acaso no tiene una deuda moral conmigo? Los veintiocho mil rublos de mi madre le sirvieron para ganar cien mil. Que me dé tres mil rublos, nada más que tres mil, y habrá salvado mi alma del infierno, y a él se le perdonarán muchos pecados. Te juro que me conformaré con esta cantidad y que el viejo ya no volverá a oír hablar de mí. Le ofrezco por última vez la oportunidad de ser un padre. En realidad, es Dios quien se la ofrece: díselo así.

—Dmitri, de ningún modo te dará ese dinero.

—Ya lo sé, estoy seguro. Y menos ahora. Estos días se ha enterado por primera vez *en serio* (fíjate bien en esta palabra) de que Gruchegnka no bromeaba cuando dejó entrever que podía volverle la espalda y casarse conmigo. Conoce muy bien el carácter de esa gata. ¿Cómo puede darme un dinero que favorecería mis planes,

estando él loco por ella? Y esto no es todo. Escucha: hace cinco días que tiene apartados tres mil rublos en billetes de cien en un gran sobre lacrado con cinco sellos y atado con una cinta de color de rosa. Ya ves que estoy bien enterado. En el sobre hay esta inscripción: «Para Gruchegnka, mi ángel, si se decide a venir a mi casa.» Él mismo ha garabateado estas palabras a escondidas, y nadie sabe nada de este dinero, excepto Smerdiakov, su sirviente, del que está tan seguro como de si mismo. Ya hace tres o cuatro días que espera que Gruchegnka acuda a buscar el sobre. Ella le ha dicho que tal vez vaya. Y si Gruchegnka va a casa del viejo, yo no podré casarme con ella. ¿Comprendes ahora por qué me oculto aquí y a quién acecho?

—¿A ella?

—Sí. Esas desgraciadas han cedido un cuartucho a Foma[36], que fue soldado de mi batallón. Foma está al servicio de ellas: monta guardia por la noche y tira a los gallos silvestres durante el día. Yo soy su huésped. Tanto él como esas mujeres ignoran mi secreto, o sea, que estoy aquí para vigilar.

—¿Lo sabe Smerdiakov?

—Sí. Y me advertirá si Gruchegnka visita al viejo.

—Lo del sobre, ¿lo sabes por Smerdiakov?

—Sí. Pero esto es un gran secreto. Ni siquiera Iván lo sabe. El viejo va a enviar a nuestro hermano a Tchermachnia para dos o tres días. Le ha salido un comprador para el bosque y le ofrece ocho mil rublos. El viejo ha pedido a Iván que le ayude, que vaya a ver al comprador en su nombre. Lo que en realidad desea es alejarlo para recibir a Gruchegnka.

—¿La espera hoy?

—No, hay ciertos indicios de que hoy no vendrá —repuso Dmitri—. Así lo cree también Smerdiakov. El viejo está ahora en la mesa, bebiendo en compañía de Iván. Ve a pedirle los tres mil rublos, Alexei.

Aliocha se levantó de un salto al ver el semblante extraviado de Dmitri. En el primer momento creyó que su hermano se había vuelto loco.

—¿Qué te pasa, Mitia?

—Nada. No creas que he perdido el juicio —respondió Dmitri, mirándole grave y fijamente—. No temas: sé muy bien lo que digo. Creo en los milagros, Aliocha.

—¿En los milagros?

—Sí, en los milagros de la Providencia. Dios lee en mi corazón, ve que estoy desesperado. ¿Crees que puede consentir que se realice tal monstruosidad? Ve, Aliocha. Creo en los milagros.

—Iré. ¿Me esperarás aquí?

—Sí. Sin duda, tardarás. No se puede abordar la cuestión de buenas a primeras. Ahora está bebido. Esperaré aquí tres, cuatro, cinco horas. Pero te advierto que hoy mismo, aunque sea a medianoche, has de ir a casa de Catalina Ivanovna, con el

dinero o sin él, para decirle: «Dmitri Fiodorovitch me ha rogado que la salude en su nombre. » Deseo que repitas estas palabras exactamente.

—Oye, Mitia: ¿qué piensas hacer si Gruchegnka viene hoy, o mañana, o pasado mañana?

—¿Si viene Gruchegnka? Como vigilo, la veré. Entonces forzaré la puerta a impediré que el viejo se salga con la suya.

—Pero si él...

—Entonces mataré: no lo podré resistir.

—¿A quién matarás?

—Al viejo. A ella ni siquiera la tocaré.

—¿Qué dices, Mitia?

—No lo sé, no lo sé. Quizá la mate, quizá no. Pero temo no poder soportar la expresión de su cara en esos momentos. Odio su nuez, su nariz, sus ojos, su sonrisa impúdica. Todo eso me repugna. Ésta es la razón de mi inquietud: temo no poder contenerme.

—Voy a verlo, Mitia. Creo que Dios lo arreglará todo lo mejor posible y nos evitará todos estos horrores.

—Yo espero un milagro. Pero si no se produce...

Aliocha se dirigió, pensativo, a casa de su padre.

VI. Smerdiakov

Aliocha encontró a Fiodor Pavlovitch todavía en la mesa. Como de costumbre, la comida se había servido en el salón y no en el comedor. Era la pieza mayor de la casa y estaba amueblada con cierta presunción de estilo añejo. Los muebles, muy antiguos, eran de madera blanca y estaban tapizados con una tela roja, mezcla de seda y algodón. Se veían entrepaños con marcos ostentosos, esculpidos a la moda antigua y de tonos blancos y dorados. En los muros, cuyo blanco empapelado presentaba desgarrones aquí y allá, había dos grandes retratos: uno de un antiguo gobernador de la provincia, y otro de un prelado, fallecido hacia ya mucho tiempo. En el rincón que quedaba enfrente de la puerta de entrada había varios iconos, ante los cuales ardía una lamparilla durante la noche, menos por devoción que por dar luz a la estancia.

Fiodor Pavlovitch se acostaba muy tarde, a las tres o a las cuatro de la madrugada. Hasta entonces se paseaba por la casa o se absorbía en sus meditaciones, sentado en su sillón. Esto se había convertido en un hábito. Pasaba muchas noches solo, después de haber despedido a los criados, pero esta soledad era relativa, pues Smerdiakov, su sirviente, solía dormir en la antesala, echado sobre un largo arcón.

Al presentarse Aliocha, la comida llegaba a su fin: se habían servido ya los dulces y el café. A Fiodor Pavlovitch le gustaban las golosinas, acompañadas de coñac, después de las comidas.

En aquel momento, Iván estaba tomando el café con su padre. Los sirvientes Grigori y Smerdiakov permanecían al lado de la mesa. Señores y criados estaban, visiblemente, de excelente humor. Fiodor Ravlovitch reía a carcajadas. Desde el vestíbulo, Aliocha reconoció aquella risa estridente que le era tan familiar. Y se dijo que su padre, aunque todavía no estaba ebrio, se hallaba en excelente disposición de ánimo.

—¡Al fin ha llegado! —exclamó Fiodor Pavlovitch, encantado de la presencia de Aliocha—. Ven y siéntate con nosotros. ¿Quieres café? Está hirviendo y es exquisito. No te ofrezco coñac porque sé que eres abstemio. Sin embargo, si quieres... No, te daré un licor estupendo. Smerdiakov, ve al aparador. Lo encontrarás en el segundo anaquel, a la derecha. Toma las llaves. ¡Hala!

Aliocha rechazó el licor.

—Bueno, si tú no quieres, lo servirán para nosotros. Dime: ¿has comido?

Aliocha contestó que sí. En efecto, había comido un trozo de pan y bebido un vaso de *kvass* en la cocina del padre abad.

—Tomaré una taza de café.

—¡El muy bribónl El café no lo rechaza. ¿Hay que calentarlo? No: está todavía hirviendo. Es el famoso café de Smerdiakbv. Es un maestro para el café, la sopa de

pescado y las tortas. Has de venir un día a comer sopa de pescado con nosotros. Avísame antes. Pero, ahora que caigo, ¿no te he dicho que trajeras el colchón y las almohadas hoy mismo? ¿Dónde están?

—No los he traído —repuso Aliocha, sonriendo.

—¡Ah! Has tenido miedo; confiesa que has tenido miedo. ¿Es posible que me mires con temor, querido?... Oye, Iván, cuando me mira a los ojos sonriendo, no lo puedo resistir. Sólo de verlo, la alegría dilata mi corazón. ¡Lo quiero! Aliocha, ven a a recibir mi bendición.

Aliocha se puso en pie, pero Fiodor Pavlovitch había cambiado de opinión.

—No. Me limitaré a hacer la señal de la cruz. Así. Anda, ve a sentarte. Oye, te voy a dar una alegría: la burra de Balaam ha trablado sóbre cosas que a ti te llegan al corazón. Escúchalo un poco y te reirás.

La burra de Balaam era el sirviente Smerdiakov, joven de veinticuatro años, insociable, taciturno, arrogante y que parecía despreciar a todo el mundo. Ha llegado el momento de decir algunas palabras de este personaje. Criado por Marta Ignatievna y Grigori Vasilievitch, el rapaz —«naturaleza ingrata», según la expresión de Grigori — había crecido como un salvaje en su rincón. Le gustaba colgar a los gatos y enterrarlos con gran ceremonia: se echaba encima una sábana a guisa de casulla y cantaba, agitando un supuesto incensario sobre el cadáver, todo ello con el mayor misterio. Grigori lo sorprendió un día y le azotó duramente. Durante una semana el chiquillo estuvo acurrucado en un rincón, mirando de reojo.

—Este monstruo no nos quiere —decía Grigori a Marta—. Es más, no quiere a nadie.

Y un día dijo a Smerdiakov:

—¿Eres verdaderamente un ser humano? No, has nacido de la humedad del invernadero.

Smerdiakov, como se verá después, no le perdonó nunca estas palabras.

Grigori le enseñó a leer y le dio lecciones de historia sagrada desde que tuvo doce años. Fue un intento inútil. Un día, en una de las primeras lecciones, el rapaz se echó a reír.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Grigori, mirándolo por encima de los lentes.

—Nada. Que si Dios creó el mundo el primer día, y el cuarto hizo el Sol, la Luna y las estrellas, ¿de dónde salía luz el primer día?

Grigori se quedó perplejo. El chiquillo miraba a su maestro con un gesto lleno de ironía. Incluso parecía provocarlo con la mirada. Grigori no pudo contenerse.

—Ahora verás de dónde salía —exclamó. Y le dio una fuerte bofetada.

El niño no protestó, pero estuvo de nuevo en su rincón varios días. Una semana después tuvo su primer ataque de epilepsia, enfermedad que ya no le dejó en toda su vida. Fiodor Pavlovitch modificó inmediatamente su conducta con el chico. Hasta

entonces le había mirado con indiferencia, aunque nunca le reñía y le daba un copec cada vez que se encontraba con él. Cuando estaba de buen humor, le enviaba postres de su mesa. La enfermedad del niño provocó su solicitud. Llamó a un médico y Smerdiakov siguió un tratamiento, pero su mal era incurable. Sufría un ataque al mes, por término medio y con intervalos regulares. Estas crisis eran de intensidad variable: unas ligeras, otras violentas. Fiodor Pavlovitch prohibió terminantemente a Grigori que le pegara y permitió al enfermo entrar en,sus,habitaciones. Le prohibió también el estudio hasta nueva orden.Un día —Smerdiakov tenía entonces quince años—, Fiodor Pavlovitch lo sorprendió leyendo los títulos de su biblioteca a través de los cristales. Fiodor Pavlovitch tenía un centenar de volúmenes, pero nadie le había visto nunca con ninguno en la mano. En seguida dio las llaves de su biblioteca a Smerdiakov.

—Toma —le dijo—, tú serás mi bibliotecario. Siéntate y lee. Esto será para ti mejor que estar sin hacer nada en el patio. Empieza por éste.

Y Fiodor Pavlovitch le entregó el libro *Las tardes en la quinta próxima a Dikaneka*[37].

Esta obra no gustó al muchacho. La terminó con un gesto de desagrado y sin haberse reído ni una sola vez.

—¿Qué? ¿No te ha hecho gracia? —le preguntó Fiodor PavIovitch.

Smerdiakov guardó silencio.

—¡Responde, imbécil!

—Aquí no se cuenta más que mentiras —gruñó Smerdiakov sonriendo.

—¡Vete al diablo, cretino! Mira, aquí tienes la *Historia universal* de Smaragdov. Todo lo que aquí se dice es verdad.

Pero Smerdiakov no leyó más de diez páginas. La historia le pareció pesada. No había que pensar en la biblioteca. Poco tiempo después, Marta y Grigori informaron a Fiodor Pavlovitch de que Smerdiakov se había vuelto muy quisquilloso. Cuando le ponían delante el plato de sopa, la examinaba atentamente, llenaba la cuchara y la miraba a la luz.

—¿Algún gusano? —preguntaba a veces Grigori.

—¿O tal vez una mosca? —insinuaba Marta Ignatievna.

El escrupuloso joven no contestaba, pero hacia lo mismo con el pan, la carne y toda la comida. Pinchaba un trozo con el tenedor, lo examinaba a la luz como si lo mirara con el microscopio, y, tras un momento de meditación, se decidía a llevárselo a la boca.

—Como si fuera el hijo de un personaje —murmuraba Grigori, mirándole.

Cuando se enteró de semejante manía, Fiodor Pavlovitch afirmó al punto que Smerdiakov tenía vocación de cocinero y lo envió a Moscú para que aprendiera el arte culinario. Pasó allí varios años, y, cuando volvió, su aspecto había cambiado

mucho. Estaba prematuramente envejecido. Su piel aparecía arrugada, amarilla. Semejaba un skopets[38]. En el aspecto moral, era casi el mismo que antes de su marcha: un salvaje que huía de la gente. Más tarde se supo que en Moscú apenas había despegado los labios. La ciudad le había interesado muy poco. Fue una noche al teatro y no le gustó. Su ropa, tanto la exterior como la interior, no presentaba la menor señal de negligencia. Cepillaba cuidadosamente su traje dos veces al día y lustraba sus elegantes botas de piel de becerro con un betún inglés especial que les daba un brillo de espejo. Se reveló como un excelente cocinero. Fiodor Pavlovitch le asignó un saiario que él invertía casi enteramente en ropa, pomadas, perfumes, etcésera. Hacia tan poco caso de las mujeres como de los hombres. Se mostraba con ellas huraño a inabordable.

Fiodor Pavlovitch empezó a mirarlo desde un punto de vista algo distinto. Sus ataques eran más frecuentes. Marta Ignatievna tenía que sustituirlo en la cocina, y esto no convenía en modo alguno a su dueño.

—¿Por qué tus ataques son ahora más frecuentes que antes? —preguntó al nuevo cocinero, mirándole de hito en hito—. Debes casarte. ¿Quieres que te busque esposa?

Pero Smerdiakov, pálido de enojo, no contestó a esta pregunta. Fiodor Pavlovitch se encogió de hombros y se fue. Sabía que era honrado a carta cabal, incapaz de quitar a nadie un alfiler, y esto era para él lo más importante. Una vez, Fiodor Pavlovitch, estando embriagado, había perdido en el patio tres billetes de cien rublos que acababa de recibir. Hasta el día siguiente no se dio cuenta de la pérdida, y cuando estaba buscando en sus bolsillos, los vio encima de la mesa. El día anterior, Smerdiakov los había encontrado y se los había puesto allí.

—No he visto jamás nada semejante, mi buen Smerdiakov —dijo simplemente Fiodor Pavlovitch. Y le regaló diez rublos.

Hay que decir que, además de estimar su honradez, le tenía afecto, aunque él lo tratara con tan poca amabilidad como a todos. Quien lo observara y se preguntase: «¿Qué es lo que interesa a este hombre? ¿Cuáles son sus principales preocupaciones?», no habría sabido qué contestarse. Sin embargo, Smerdiakov permanecía a veces, estuviera en la casa, en el patio o en la calle, sumido en sus pensamientos durante diez minutos. En estos momentos, su semblante no habría revelado nada al mejor fisonomista. Por lo menos, éste no habría leído en él pensamiento alguno; solamente habría observado que Smerdiakov se hallaba en una especie de estado contemplativo. Hay un notable cuadro de Kramskoi[39] titulado *El contemplativo.* Un bosque en invierno. En el camino hay un hombre del campo que lleva una hopalanda deshilachada y unas viejas botas, y que parece estar reflexionando. En realidad, no piensa: lo que hace es contemplar algo. Si lo tocarais, se estremecería y os miraría como si saliera de un sueño, sin comprender nada. Se tranquilizaría en seguida, pero si le preguntaseis en qué pensaba, seguramente no se

acordaría, aunque volviera a experimentar las impresiones recibidas durante su estado contemplativo. Estas impresiones son para él valiosísimas y se van acumulando en su ser, sin que él se dé cuenta ni sepa con qué fin. Y puede ocurrir que un día, tras haberlas almacenado durante años, lo deje todo y se vaya a Jerusalén a salvar su alma, o que prenda fuego a su pueblo natal. También es posible que haga las dos cosas. Hay muchos contemplativos de esta índole en nuestro país. Smerdiakov era evidentemente un tipo de este género: almacenaba sus impresiones sin saber para qué.

VII. Una controversia

Pues bien, la burra de Balaam empezó a hablar de pronto, cuando se comentaba un suceso extraordinario.

Por la mañana, hallándose en la tienda de Lukianov, Grigori había oído referir al comerciante lo siguiente: un soldado ruso había caído prisionero en un lugar lejano de Asia, y el enemigo quiso obligarle, bajo la amenaza de la tortura y de la muerte, a abjurar del cristianismo y abrazar la religión del islam. El soldado se negó a traicionar a su fe y sufrió el martirio: se dejó despellejar y murió glorificando a Cristo. Este acto heroico se relataba en el periódico recibido aquella misma mañana. Grigori lo comentó en la sobremesa de Fiodor Pavlovitch. A éste le gustaba charlar y bromear en tales momentos, incluso con Grigori. En esta ocasión, Fiodor PavIovitch se hallaba de un humor excelente y experimentaba una despreocupación sumamente agradable. Después de haber escuchado a Grigori, saboreando su copa de coñac, dijo que se debería canonizar al soldado y enviar su piel a un monasterio.

—El pueblo la cubriría de dinero.

Grigori frunció las cejas al ver que, lejos de enmendarse, Fiodor Pavlovitch seguía burlándose de las cosas santas.

En este momento, Smerdiakov, que estaba cerca de la puerta, sonrió. Ya hacia tiempo que se le admitía en el comedor en el momento de los postres, y, desde la llegada de Iván Fiodorovitch, no faltaba casi ningún día.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Fiodor Pavlovitch, comprendiendo que su sonrisa iba dirigida a Grigori.

Y Smerdiakov dijo de pronto, levantando la voz:

—Estoy pensando en ese valiente soldado. Su heroísmo es sublime, pero, a mi modo de ver, no habría cometido ningún pecado si, en un caso como éste, hubiese renegado del nombre de Cristo y del bautismo, para salvar la vida y poder dedicarse a hacer buenas obras, que le redimirían de su momentánea debilidad.

—¿De modo que crees que eso no sería pecado? —replicó Fiodor Pavlovitch—. Irás al infierno y te asarán como a un cordero.

En ese momento apareció Aliocha, lo que, como se ha visto, produjo gran satisfacción a Fiodor Paviovitch.

—Estamos hablando de tu tema favorito —dijo el padre tras una alegre risita. E hizo sentar a Aliocha.

—Eso son tonterías —replicó Smerdiakov—. No tendré ningún castigo. No puedo tenerlo, porque sería injusto.

—¿Cómo injusto? —exclamó Fiodor Pavlovitch con redoblado regocijo y tocando a Aliocha con la rodilla.

—¡Es un granuja! —exclamó Grigori, dirigiendo a Smerdiakov una mirada

colérica.

—¿Un granuja? —replicó Smerdiakov sin perder la sangre fría—. Reflexione. Si caigo en poder de unos hombres que torturan a los cristianos y se me exige que maldiga el nombre de Dios y reniegue de mi bautismo, mi razón me autoriza plenamente a hacerlo, pues no puede haber en ello ningún pecado.

—Eso ya lo has dicho —exclamó Fiodor Pavlovitch—. No lo repitas: pruébalo.

—¡Marmitón! —murmuró Grigori en un tono de desprecio.

—Tan marmitón como usted quiera, Grigori Vasilievitch; pero, en vez de insultar, piense en esto. Apenas digo a los verdugos: «Yo no soy cristiano y maldigo al verdadero Dios», quedo excomulgado por la justicia divina, apartado de la santa Iglesia, como un pagano. Y no sólo en el momento de pronunciar estas palabras, sino antes, cuando tomo la decisión de decirlas. ¿Es esto verdad o no lo es, Grigori Vasilievitch?

Smerdiakov se dirigía a Grigori con satisfacción evidente aunque contestaba a las palabras de Fiodor Pavlovitch. Fingía creer que era Grigori el que había hablado, aunque sabía perfectamente que era Fiodor Pavlovitch.

Éste pidió a Iván que se inclinara hacia él y le susurró al oído:

—Habla para ti. Busca tus elogios. Complácelo.

Iván escuchó gravemente la observación de su padre.

—Espera un momento, Smerdiakov —dijo Fiodor Paviovitch—. Iván, acerca el oído otra vez.

Iván obedeció, conservando la seriedad.

—No creas que no te quiero —le dijo su padre—. Te quiero tanto como a Aliocha. ¿Un poco de coñac?

—Sí, gracias.

Y se preguntó en su fuero interno, mirando fijamente a su padre: «¿Qué querrá de mí?»

Luego observó a Smerdiakov con profunda curiosidad.

—¡Tú estás ya excomulgado! —estalló Grigori—. ¿Cómo te atreves a discutir, cretino?

—No insultes, Grigori. Cálmate —dijo Fiodor Pavlovitch.

—Tenga un poco de paciencia, Grigori Vasilievitch, pues no he terminado todavía. En el momento en que reniego de Dios, en ese mismo instante, me convierto en una especie de pagano. Mi bautismo se borra, queda sin efecto. ¿No es así?.

—Termina pronto, muchacho —le dijó Fiodor Pavlovitch mientras paladeaba con fruición un sorbo de coñac.

—Cuando contesto a la pregunta de los verdugos diciendo que ya no soy cristiano, yo no miento, pues ya estoy «descristianizado» por el mismo Dios, que me ha excomulgado apenas he pensado decir que no soy cristiano. Por lo tanto, ¿con qué

derecho se me pedirían cuentas en el otro mundo como cristiano, por haber abjurado de Cristo, si en el momento de abjurar ya no era cristiano? Si no soy cristiano, no puedo abjurar de Cristo, puesto que ya lo he hecho anteriormente. ¿Quién, incluso desde el cielo, puede reprochar a un pagano no haber nacido cristiano a intentar castigarlo? ¿No dice el proverbio que no se puede desollar dos veces al mismo toro? Si el Todopoderoso pide cuentas a un pagano a su muerte, supongo que, ya que no lo puede absolver del todo, lo castigará ligeramente, pues no sé cómo puede acusarle de ser pagano habiendo nacido de padres paganos. ¿Puede el Señor coger a un pagano y obligarle a ser cristiano aunque no lo sienta? Esto sería contrario a la verdad, y no es posible que el que reina sobre los cielos y la tierra diga la mentira más insignificante.

Grigori se quedó mirando al orador con ojos desorbitados y expresión estúpida. Aunque no comprendía del todo lo dicho por Smerdiakov, había captado una parte de aquel galimatías y tenia el gesto del hombre que acaba de dar una cabezada contra la pared. Fiodor Pavlovitch apuró su copa y se echó a reír ruidosamente.

—¡Qué hombre, Aliocha, qué hombre! Es un casuista. Sin duda tiene tratos frecuentes con jesuitas, ¿verdad, Iván? Hueles a jesuita, Smerdiakov. ¿Quién te ha enseñado esas cosas? Pero mientes desvergonzadamente, casuista; mientes y divagas. No te áflijas, Grigori: lo vamos a hacer polvo. Responde a esto, burro: admito que no faltas ante los verdugos, pero has abjurado interiormente y tú mismo has reconocido que al instante ha caído sobre ti la excomunión. Pues bien, no creo que en el infierno acaricien la cabeza a un excomulgado. ¿Qué dices a eso, mi buen padre jesuita?

—Es indudable que he abjurado desde el fondo de mi corazón; sin embargo, si hay pecado en ello, el pecado es muy venial.

—¡Eso es falso, maldito! —dijo Grigori.

—Escúcheme y juzgue por usted mismo, Grigori Vasilievitch —continuó Smerdiakov impertérrito, consciente de su victoria, pero como mostrándose generoso con un adversario vencido—. Juzgue por usted mismo. En las Escrituras se dice que si uno tiene fe, aunque sea por el valor de un grano, y ordena a una montaña que se precipite en el mar, la montaña obedecerá sin la menor vacilación. Pues bien, Grigori Vasilievitch, ya que yo no soy creyente y usted cree serlo hasta tal punto de insultarme sin cesar, pruebe a decir a una montaña que se arroje, no ya al mar, que está muy lejos de aquí, sino simplemente a ese río infecto que pasa por detrás de nuestro jardín, y verá usted como la montaña no se mueve ni se produce el menor cambio en ella, por mucho que usted grite. Esto quiere decir, Grigori Vasilievitch, que usted no tiene verdadera fe y que, para desquitarse, abruma a su prójimo con sus invectivas. Supongamos que nadie en nuestra época, nadie absolutamente, desde la persona de más elevada posición hasta el último patán, puede arrojar las montañas al mar, exceptuando a uno o dos hombres que hacen vida de santos en los desiertos de Egipto, donde no se les puede encontrar. Si es así, si todos los demás carecen de

verdadera fe, ¿es posible que éstos, es decir, la población del mundo entero, excepto los dos anacoretas, reciban la maldición del Señor? ¿Es posible que el Señor no perdone a ninguno de ellos, a pesar de su misericordia infinita? No es posible, ¿verdad? Por lo tanto, espero que se me perdonen mis dudas cuando derrame lágrimas de arrepentimiento.

—¿De modo —exclamó Pavlovitch en el colmo del entusiasmo— que tú crees que hay dos hombres capaces de mover las montañas? Observa este detalle, Iván: toda Rusia está con él.

—Exacto: es un rasgo característico de la fe popular de nuestro país —dijo Iván Fiodorovitch con una sonrisa de aprobación.

—Si estás de acuerdo conmigo, eso prueba que mi observación es exacta. ¿Verdad, Aliocha? Eso se ajusta perfectamente a la fe rusa.

—No, Smerdiakov no posee la fe rusa —repuso Aliocha con acento grave y firme.

—No me refiero a su fe, sino a ese detalle, a esos dos anacoretas. ¿No es un detalle muy ruso?

—Sí, ese detalle es completamente ruso —concedió Aliocha sonriendo.

—Esa observación merece una moneda de oro, burra de Balaam, y hoy mismo te la enviaré. Pero todo lo demás que has dicho es falso. Has de saber, imbécil, que si nosotros no tenemos más fe es por pura frivolidad: los negocios nos absorben; los días no tienen más que veinticuatro horas; uno no tiene tiempo no ya para arrepentirse, sino ni para dormir sus libaciones. Pero tú has abjurado ante los verdugos, cuando lo único que tenías que hacer era pensar en la fe y en el momento que era preciso demostrarla. Me parece, joven, que esto constituye un pecado, ¿no?

—Sí, pero un pecado venial. Juzgue por usted mismo, Grigori Vasilievitch. Si yo hubiese creido entonces de verdad, tal como se debe creer, hubiera cometido un verdadero pecado al no querer sufrir el martirio y preferir convertirme a la maldita religión de Mahoma. Pero si hubiese tenido verdadera fe, tampoco habría sufrido el martirio, pues me habría bastado decir a una montaña que avanzara y aplastase al verdugo, para que ella se hubiera puesto al punto en movimiento y hubiese dejado a mis enemigos como viles gusanos pisoteados. Y entonces yo me habría marchado como si nada hubiera ocurrido, glorificando y loando a Dios. Pero si lo hubiese intentado, si hubiese gritado a la montaña que aplastara al verdugo y ella no lo hubiese hecho, ¿cómo habría sido posible impedir que me asaltara la duda en aquel momento de espanto mortal? En tal caso, yo sabría ya que no iba a ir al reino de los cielos, puesto que la montaña no había obedecido a mi voz, lo que demostraba que mi fe no gozaba de gran crédito allá arriba y que la recompensa que me esperaba en el otro mundo no era demasiado importante. ¿Y quiere usted que, sabiendo esto, me dejara despellejar? La montaña no habría obedecido a mis gritos ni siquiera cuando

estuviese despellejado hasta media espalda. En tales momentos, no sólo puede asaltarnos la duda, sino que el terror puede volvernos locos. En consecuencia, ¿puedo sentirme culpable si, no viendo por ninguna parte provecho ni recompensa, decido salvar al menos la vida? He aquí por qué, confiando en la misericordia divina, espero que se me perdone.

VIII. Tomando el coñac

La discusión había terminado, pero —cosa extraña— Fiodor Pavlovitch, tan alegre hasta entonces, se puso de pronto de mal humor. Se bebió una nueva copa que ya estaba de más.

—¡Marchaos, jesuitas; fuera de aquí! —gritó a los sirvientes—. Vete, Smerdiakov; recibirás la moneda de oro que te he prometido. No te aflijas, Grigori. Ve a reunirte con Marta; ella te consolará y te cuidará.

Y cuando los sirvientes se fueron, añadió:

—Estos canallas no le dejan a uno tranquilo. Smerdiakov viene ahora todos los días después de comer. Eres tú quien lo atraes. Alguna carantoña le habrás hecho.

—Nada de eso —repuso Iván Fiodor Pavlovitch—. Es que le ha dado por respetarme. Es un granuja. Formará parte de la vanguardia cuando llegue el momento.

—¿De la vanguardia?

—Sí. Habrá otros mejores, pero también muchos como él.

—¿Cuándo llegará ese momento?

—El cohete arderá, pero no hasta el fin. Por ahora, el pueblo no presta atención a estos marmitones.

—Desde luego, esta burra de Balaam no cesa de pensar, y sabe Dios adónde le llevarán sus pensamientos.

—Almacena ideas —observó Iván sonriendo.

—Oye: yo sé que no me puede soportar. Ni a mí ni a nadie. Y a ti tampoco, aunque creas que le ha dado por respetarte. A Aliocha lo desprecia. Pero no es un ladrón ni un chismoso. No va contando por ahí lo que aquí ocurre. Además, hace unas excelentes tortas de pescado... ¡En fin, que se vaya al diablo! No vale la pena hablar de él.

—Desde luego.

—Yo siempre he creído que el *mujik* necesita ser azotado. Es un truhán que no merece compasión, y conviene pegarle de vez en cuando. El abedul ha dado fuerza al suelo ruso; cuando perezcan los bosques, perecerá él. Me gustan las personas de ingenio. Por liberalismo, hemos dejado de vapulear a los *mujiks*, pero siguen azotándose ellos mismos. Hacen bien. «Se usará con vosotros la misma medida que vosotros useis[40]». Es así, ¿verdad?... Mi querido Iván, ¡si tú supieras cómo odio a Rusia!... Bueno, no a Rusia precisamente, sino a todos sus vicios..., y acaso también a Rusia. *Tout cela, c'est de la cochonnerie.* ¿Sabes lo que me encanta? El ingenio.

—Te has bebido otra copa. ¿No crees que ya es demasiado?

—Oye, voy a beberme otra, y otra después, y se acabó. ¿Por qué me has interrumpido? Hace poco, hallándome de paso en Mokroie, estuve charlando con un

viejo. «Lo que más me gusta —me dijo— es condenar a las muchachas al látigo. Encargamos a los jóvenes ejecutar la sentencia, y éstos, invariablemente, se casan con las azotadas.» ¡Qué sádicas!, ¿eh? Por mucho que digas, esto es ingenioso. Podríamos ir a verlo, ¿no te parece?... ¿Enrojeces, Aliocha? No te ruborices, hijo. ¡Lástima que no me haya quedado hoy a comer con el padre abad! Habría hablado a los monjes de las muchachas de Mokroie. Aliocha, no me guardes rencor por haber ofendido al padre abad. Estoy indignado. Pues si verdaderamente hay Dios, no cabe duda de que soy culpable y tendré que responder de mi conducta: pero si Dios no existe, habría que cortarles la cabeza, y aún no sería suficiente el castigo, ya que se oponen al progreso. Te aseguro, Iván, que esta cuestión me atormenta. Pero tú no lo crees: lo leo en tus ojos. Tú crees lo que se dice de mi: que soy un bufón. ¿Tú lo crees, Aliocha?

—No, yo no lo creo.

—Estoy seguro de que hablas sinceramente y ves las cosas como son. No es éste el caso de Iván. Iván es un presuntuoso... Sin embargo, me gustaría terminar de una vez con tu monasterio. Habría de suprimir de golpe a esa casta mística en toda la tierra: sería el único modo de devolver a los imbéciles la razón. ¡Cuánta plata y cuánto oro afluiría entonces a la Casa de la Moneda!

—¿Pero para qué quieres suprimir los monasterios? —preguntó Iván.

—Para que la verdad resplandezca.

—Cuando la verdad replandezca, primero te lo quitarán todo y después lo matarán.

—Tal vez tengas razón —dijo Fiodor Pavlovitch. Y añadió, rascándose la frente —: ¡Soy un verdadero asno! Si es así, ¡paz a tu monasterio, Aliocha! Nosotros, las personas inteligentes, permaneceremos en habitaciones abrigadas y beberemos coñac. Tal es, sin duda, la voluntad de Dios. Dime, Iván: ¿hay Dios o no lo hay? Respóndeme en serio. ¿De qué te ríes?

—Me acuerdo de tu aguda observación sobre la fe de Smerdiakov: cree en la existencia de dos ermitaños que pueden mover las montañas.

—¿Eso he dicho yo?

—Exactamente.

—¡Ah! Es que yo soy también muy ruso. Y también lo eres tú, filósofo. Se te pueden escapar observaciones del mismo género... Te apuesto lo que quieras a que te pillaré diciendo algo así. La apuesta entrará en vigor mañana. Pero contesta a lo que te he preguntado: ¿hay Dios o no lo hay? Te agradeceré que me hables en serio.

—No, no hay Dios.

—¿Hay Dios, Aliocha?

—Sí, hay Dios.

—Iván: ¿existe la inmortalidad, por poca que sea?

—No, no hay inmortalidad.

—¿En absoluto?

—En absoluto.

—O sea, cero. ¿Cero o una partícula?

—Cero.

—Aliocha, ¿hay inmortalidad?

—Sí.

—¿Dios e inmortalidad en una sola pieza?

—Sí: la inmortalidad descansa en Dios.

—¡Hum! Debe de ser Iván quien tiene razón. Señor, ¡cuando uno piensa en la cantidad de fe y de energía que esta quimera ha costado al hombre, sin compensación ninguna, desde hace miles de años! ¿Quién se burla así de la humanidad? Por última vez lo pregunto categóricamente: ¿hay Dios o no lo hay?

—Pues, por última vez, no.

—Entonces, ¿quién se burla del mundo, Iván?

—El diablo, sin duda —repuso Iván con una risita sarcástica.

—Así, el diablo existe.

—No, no existe.

—Lo siento. No sé lo que haría al primer fanático que inventó a Dios. Ahorcarlo me parece poco.

—Sin esa invención, la civilización no existiría.

—¿De veras?

—De veras. Tampoco existiría el coñac. Por cierto, que vamos a tener que quitártelo.

—Espera, una copita más... He ofendido a Aliocha. ¿Me guardas rencor, hijito.

—No, no te guardo rencor. Sé muy bien cómo piensas. Tu corazón vale más que tus pensamientos.

—¡Mi corazón vale más que mis pensamientos! ¡Y eres tú quien lo dice!... Iván, ¿quieres a Aliocha?

—Sí, le quiero.

—Quiérele.

Y Fiodor Pavlovitch, cada vez más borracho, dijo a Aliocha:

—Oye: he sido grosero con tu *starets*, pero estaba exaltado. Es un hombre inteligente. ¿Tú qué crees, Iván?

—Que tal vez lo sea.

—Ciertamente, *il y a du Piron là dedans.* Es un jesuita ruso. La necesidad de representar una farsa, de llevar una máscara de santidad, le indigna *in petto,* pues es un hombre de carácter noble.

—Pero cree en Dios.

—No está muy convencido. ¿No lo sabías? Lo dice a todo el mundo o, por lo

menos, a todas las personas inteligentes que lo visitan. Al gobernador Schultz le dijo sin rodeos: «*Credo*, pero no sé en qué.»

—¿De veras?

—Textual. Pero le aprecio. Hay en él algo de Mefistófeles o, mejor aún, de Héroe de nuestro tiempo. Su nombre es Arbenine[41], ¿verdad?... Es un sensual, tan sensual que yo no estaría tranquilo si mi mujer o una hija mía fueran a confesarse con él. No puedes imaginarte las cosas que dice cuando se pone a contar anécdotas. Hace tres años nos invitó a tomar el té..., con licores, pues las damas le envían licores. Empezó a referirnos su vida de antaño, y uno se partía de risa. Fue a curar a una dama de sus males del alma, y se enamoró de ella. Luego nos dijo que, si no le hubiesen dolido las piernas, habría ejecutado cierta danza... ¡Qué divertido!, ¿eh? «Yo también he llevado una vida alegre», añadió... Ha estafado sesenta mil rublos a Demidov, el comerciante.

—¿Estafado?

—Este se los confió, no dudando de su honradez. «Guárdemelos —le dijo—. Mañana vendrán a inspeccionar mi casa.» El santo varón se embolsó los sesenta mil rublos y le dijo: «Se los has dado a la Iglesia.» Yo le dije que era un bribón, y él me contestó que no era tal cosa, sino un hombre de ideas amplias... Pero ahora caigo en que todo esto lo hizo otro. He sufrido una confusión... Otra copita y ya no bebo más. Trae la botella, Iván. ¿Por qué no me has detenido cuando he empezado a mentir?

—Porque sabía que te detendrías tú mismo.

—Eso no es cierto. No me has dicho nada por maldad. En el fondo, me desprecias. Has venido a mi casa para demostrarme tu desprecio.

—Me voy. El coñac se te empieza a subir a la cabeza.

—Te he rogado insistentemente que fueras a Tchermachnia para uno o dos días, y no has ido.

—Partiré mañana, ya que tanto te interesa.

—No lo creo. Tú quieres estar aquí para espiarme.

El viejo no se calmaba; había llegado a ese punto de la embriaguez en que los bebedores, incluso los más pacíficos, sienten de pronto el deseo de poner de manifiesto sus cosas malas.

—¿Por qué me miras así? Tus ojos me están diciendo: «¡Despreciable borracho!» Tu mirada está llena de desconfianza y desprecio. Eres astuto como tú solo. La mirada de Alexei es radiante: él no me desprecia. Alexei, guárdate de querer a Iván.

—No te enojes con mi hermano. Le has ofendido —dijo Aliocha firmemente.

—Está bien. ¡Ah, qué dolor de cabeza tengo! Iván, dame el coñac: te lo he dicho ya tres veces.

Quedó pensativo y de pronto sonrió astutamente.

—No te enfades con un pobre viejo, Iván. Tú no me quieres, lo sé. Lo que no sé es por qué no me quieres. Pero no te enfades. Has de ir a Tchermachnia. Te diré

dónde puedes ver a una muchachita con la que bromeo hace tiempo. Va todavía descalza; pero eso no debe preocuparte. No hay que hacer aspavientos ante las jovencitas descalzas: son perlas.

Se dio un beso en la mano y en seguida se animó, como si su tema favorito le curase de su embriaguez.

—¡Ah, hijos míos! —continuó—. Mis cochinillos... Yo..., a mí, ninguna mujer me parece fea. Es un don, ¿comprendéis? No, no podéis comprenderme. No es sangre, sino leche, lo que corre por vuestras venas. Todavía no habéis salido del cascarón. A mi juicio, todas las mujeres tienen alguna peculiaridad interesante: el quid está en saber descubrirla. Para ello hace falta un talento especial. A mí, ninguna me parece fea. El sexo por si solo hace mucho... Pero esto está por encima de vuestra comprensión. Incluso las solteronas viejas tienen a veces tales encantos, que uno no puede menos de decirse que los hombres son unos imbéciles, ya que las han dejado envejecer sin descubrir sus atractivos. A las muchachitas descalzas hay que empezar por impresionarlas, ¿no lo sabíais? Es preciso que la infeliz se sienta maravillada y confusa al ver que todo un señor se ha enamorado de una pobrecita como ella. Por fortuna, ha habido y habrá siempre señores que se atreven a todo y sirvientes que los obedecen. ¡Esto asegura la felicidad de la existencia! A propósito, Aliocha, yo siempre conseguí impresionar a tu madre, aunque de otro modo. A veces, después de haberla tenido algún tiempo privada de mis caricias, me mostraba de pronto apasionado, arrodillándome ante ella y besándole los pies. Entonces ella, invariablemente, lanzaba una risita convulsiva y aguda, pero apagada. No se reía nunca de otro modo. Yo sabía que su crisis empezaba siempre así, que al día siguiente gritaría como una poseída, que aquella risita sólo expresaba la apariencia de un arrebato; pero siempre ocurría de este modo. Hay que saber cómo conducirse en todo momento. Un día, un hombre llamado Bielavski, guapo y rico, que le hacía la corte y frecuentaba nuestra casa, me abofeteó en su presencia. Creí que tu madre, dulce como una ovejita, me iba a pegar. Exclamó: « ¡Te ha pegádo, te ha abofeteado! ¡Querias venderme a él! De lo contrario, ¿cómo se habría atrevido a abofetearte delante de mí? No quiero volver a verte hasta que le hayas desafiado.» Yo la conduje entonces al monasterio, donde se oró para calmarla. Pero lo juro por Dios, Aliocha, que no ofendí jamás a mi pequeña endemoniada. Mejor dicho, sólo la ofendí una vez. Fue en el primer año de nuestro matrimonio. Tu madre rezaba demasiado, observaba rigurosamente las fiestas de la Virgen y no me permitía entrar en su habitación. Me propuse curarla de su misticismo. «¿Ves esa imagen que tú consideras milagrosa? —le dije—. Pues le voy a escupir en tu presencia, y verás como no sufro ningún castigo.» Creí que iba a matarme, pero se limitó a estremecerse. Luego se cubrió el rostro con las manos, empezó a temblar y se desplomó... Aliocha, ¡Aliocha! ¿Qué te pasa? ¿Qué tienes?

El viejo se puso en pie, aterrado. Desde que había empezado a hablar de la madre de Aliocha, el rostro del joven se había ido alterando progresivamente. Aliocha enrojeció, sus ojos centellearon y sus labios empezaron a temblar. El viejo no se dio cuenta de nada hasta el momento en que Aliocha sufrió un ataque que reproducía punto por punto el que él acababa de describir. De súbito, terminado el relato, se levantó exactamente como su madre, se cubrió el rostro con las manos y se dejó caer en su asiento, sacudido de pies a cabeza por una crisis histérica acompañada de lágrimas silenciosas.

—¡Pronto, Iván, trae agua! ¡Es lo mismo que su madre! Trae agua y le rociaremos la cara, que era lo que hacía yo con su madre.

Y añadió en voz baja:

—Lo ha heredado de ella, lo ha heredado de ella.

Iván le respondió, con una mueca de desprecio:

—Su madre fue también la mía, ¿no?

Su fulgurante mirada sacudió al viejo, que, aunque parezca extraño, se había olvidado en aquellos momentos de que la madre de Aliocha había sido también la de Iván.

—¿También tu madre? —murmuró Fiodor Pavlovitch sin comprender—. ¿Qué dices?... ¡Diablo, pues es verdad! Su madre fue también la tuya... ¿Dónde tenía la cabeza?... Perdóname, Iván, pero... ¡Je, je!

Enmudeció con una estúpida sonrisa de borracho. En ese momento se oyeron en el vestíbulo fuertes ruidos y gritos furiosos. Un instante después, la puerta se abrió y Dmitri Fiodorovitch irrumpió en la estancia. El viejo, aterrado, se arrojó sobre Iván y se aferró a él.

—¡Viene a matarme! ¡Defiéndeme!

IX. Los sensuales

Grigori y Smerdiakov aparecieron en pos de Dmitri. Habían luchado con él en el vestíbulo para impedirle la entrada, cumpliendo las órdenes que Fiodor Pavlovitch les había dado días atrás. Aprovechando un momento en que Dmitri se detuvo para orientarse, Grigori dio un rodeo a la mesa, cerró las dos hojas de la puerta que conducía a las habitaciones del fondo y se colocó ante ella con los brazos en cruz, dispuesto a defender la entrada hasta agotar sus fuerzas. Al ver esto, Dmitri lanzó un grito que fue más bien un rugido y se arrojó sobre Grigori.

—¡Eso quiere decir que ella está aquí, que se oculta en esas habitaciones! ¡Aparta, cretino!

E intentó apartarlo con sus manos, pero Grigori lo rechazó. Ciego de rabia, Dmitri levantó el puño y golpeó al criado con todas sus fuerzas. El viejo se desplomó como una planta segada. Dmitri saltó por encima de su cuerpo y abrió la puerta. Smerdiakov había permanecido, pálido y tembloroso, al otro lado de la mesa, junto a Fiodor Pavlovitch.

—¡Gruchegnka está aquí! —exclamó Dmitri—. Acabo de verla llegar, pero no he podido alcanzarla. ¿Dónde está, dónde está?

El grito de «¡Gruchegnka está aquí!» produjo en Fiodor Pavlovitch un efecto inexplicable: su terror desapareció súbitamente.

—¡Detenedlo, detenedlo! —gritó, echando a correr en pos de Dmitri.

Grigori se había levantado, pero estaba aún aturdido. Iván y Aliocha salieron corriendo también, para alcanzar y detener a su padre. En la habitación contigua se oyó el ruido de un objeto que caía y se hacía pedazos. Era un jarrón de escaso valor, colocado sobre un pedestal de mármol, con el que había tropezado Dmitri.

—¡Socorro! —gritó el viejo.

Iván y Aliocha lo alcanzaron y, a viva fuerza, lo hicieron volver al comedor.

—¿Por qué lo has perseguido? —dijo Iván, colérico—. ¿No ves que es capaz de matarte?

—¡Iván, Aliocha: Gruchegnka está aquí! Dice que la ha visto entrar.

Fiodor Pavlovitch jadeaba. No esperaba a Gruchegnka aquella tarde, y la repentina noticia de que había llegado trastornaba su razón. Estaba temblando; parecía haber perdido el juicio.

—Eso no puede ser verdad —dijo Iván—. Si hubiese venido, la habríamos visto.

—Tal vez ha entrado por la otra puerta.

—La otra puerta está cerrada con llave y la llave la tienes tú.

Dmitri reapareció en el comedor. Había encontrado cerrada aquella puerta y no le cabía duda de que la (lave estaba en el bolsillo de su padre. No había ninguna ventana abierta. Por lo tanto, Gruchegnka no había podido entrar ni salir por ninguna parte.

—¡Detenedlo! —gritó Fiodor Pavlovitch apenas volvió a ver a Dmitri—. ¡Ha robado el dinero de mi dormitorio!

Y desprendiéndose de las manos de Iván, se arrojó sobre Dmitri. Éste levantó las manos, cogió al viejo por los dos únicos mechones de pelo que le quedaban en la cabeza, uno a cada lado, sobre las sienes, lo zarandeó y lo arrojó violentamente contra el suelo. El viejo lanzó un agudo gemido. Iván, aunque más débil que Dmitri, lo cogió por los brazos y lo apartó de su padre, ayudado por Aliocha, que empujaba al agresor por el pecho con todas sus fuerzas.

—¡Lo has matado, loco! —gritó Iván.

—¡Es lo que merece! —exclamó Dmitri, jadeante—. Si no lo he matado, volveré para acabar con él, y vosotros no lo podréis salvar.

—¡Fuera de aquí en seguida, Dmitri! —le dijo imperiosamente Aliocha.

—Alexei, sólo en ti tengo confianza. Dime si Gruchegnka estaba aquí hace un momento. La he visto. Iba pegada a la cerca y ha desaparecido en esta dirección. La he llamado y ha huido.

—Te juro que no ha venido y que aquí nadie la esperaba.

—Pues yo la he visto... O sea que... En seguida sabré dónde está... Adiós, Alexei. Ni una palabra a Esopo sobre los tres mil rublos. Ve en seguida a casa de Catalina Ivanovna y dile: «Vengo a saludarla de su parte, a transmitirle sus más atentos saludos.» Y descríbele la escena que acabas de presenciar.

Entre tanto, Iván y Grigori habían levantado al viejo y lo habían depositado en un sillón. Su cara estaba cubierta de sangre, pero el herido conservaba el conocimiento. Seguía creyendo que Gruchegnka estaba escondida en la casa. Dmitri le dirigió una mirada de odio al marcharse.

—No me arrepiento de haber derramado tu sangre —le dijo—. Ten cuidado, vejestorio: domina tus sueños, porque también sueño yo. Te maldigo y reniego de ti para siempre.

Salió presuroso de la habitación.

—¡Está aquí, Gruchegnka está aquí! —murmuró el viejo con voz apenas perceptible. E hizo una seña a Smerdiakov.

—¡No está aquí, viejo loco! —dijo Iván, ciego de ira—. ¡Lo que faltaba! ¡Se ha desvanecido! ¡Agua, una toalla! ¡Pronto, Smerdiakov!

Smerdiakov salió corriendo en busca del agua. Se desnudó al viejo y se le llevó a la cama. Le envolvieron la cabeza con una toalla húmeda. El coñac, las emociones violentas y los golpes lo habían debilitado. Fiodor Pavlovitch cerró los ojos y quedó amodorrado apenas puso la cabeza en la almohada. Iván y Aliocha volvieron al salón —comedor. Smerdiakov recogió los restos del jarrón roto. Grigori permanecía junto a la mesa, sombrío el semblante y la cabeza baja.

—Tú también debes ponerte un trapo mojado en la cabeza y acostarte —le dijo

Aliocha—. El golpe que te ha dado mi hermano ha sido muy fuerte.

—Se ha atrevido a pegarme —dijo Grigori amargamente.

—Hasta a su padre ha golpeado —observó Iván con los labios contraídos.

—Cuando era niño, lo lavaba. ¡Y me ha levantado la mano! —dijo Grigori.

—Si no lo hubiese contenido —susurró Iván a Aliocha—, lo habría matado. Esopo tiene poca resistencia.

—Que Dios le guarde —dijo Aliocha.

—¿Por qué? —replicó Iván sin cambiar de acento y con el semblante contraído por el odio—. El destino de los reptiles es devorarse unos a otros.

Aliocha se estremeció.

—Desde luego —añadió Iván—, no permitiré que lo mate. Quédate aquí, Aliocha. Voy a dar un paseo por el patio. Empieza a dolerme la cabeza.

Aliocha entró en el dormitorio y estuvo una hora junto al lecho de su padre, detrás del biombo. De pronto, el viejo abrió los ojos y le miró largamente, en silencio. Era evidente que se esforzaba por recordar. Su semblance reflejaba una extraordinaria agitación interna.

—Aliocha —murmuró el viejo, receloso—, ¿dónde está Iván?

—En el patio. Tiene dolor de cabeza. Vigila.

—Dame un espejo.

Aliocha le entregó un espejito ovalado que había sobre la cómoda. Fiodor Pavlovitch se miró en él. Tenía la nariz hinchada y un cardenal en la frente, sobre la ceja izquierda.

—¿Qué dice Iván? Aliocha, mi querido Aliocha, mi único hijo: Iván me da miedo, más miedo que el otro. Tú eres el único a quien no temo.

—No temas tampoco a Iván. Se enfada, pero te defiende.

—¿Y el otro? ¿Se ha ido a casa de Gruchegnka? Dime la verdad, hijo mío: ¿estaba Gruchegnka aquí?

—No, ha sido una visión de Dmitri. Gruchegnka no ha estado aquí.

—¿Sabes que Dmitri quiere casarse con ella?

—Ella no querrá.

—No, ella no querrá —dijo el viejo, temblando de alegría, como si hubiese oído lo más agradable que podía oír.

Dejándose llevar de su entusiasmo, se apoderó de la mano de Aliocha y la apretó contra su corazón. Incluso se llenaron de lágrimas sus ojos.

—Coge esa imagen de la Virgen de que te he hablado hace un momento —continuó— y llévatela. Te permito que vuelvas al monasterio. Hablaba en broma cuando te dije que lo dejaras. No te enfades conmigo. Me duele la cabeza... Aliocha, tranquilízame, sé mi ángel bueno y dime la verdad.

—¡Qué obsesión! —dijo tristemente Aliocha.

—Te creo, Aliocha, te creo. Pero oye: ve a casa de Gruchegnka, procura verla y enterarte de sus propósitos. Pregúntale a quién prefiere: si a él o a mí. ¿Lo harás?

—Si la veo, se lo preguntaré —murmuró Aliocha, confuso.

—No, ella no te dirá la verdad —dijo el viejo—. Es una mujer temible. Empezará por abrazarte y te dirá que es a ti a quien quiere. Es falsa y desvergonzada. No, no debes ir a verla.

—Desde luego, padre, no creo prudente visitarla.

—¿Adónde te ha enviado Dmitri? Cuando se ha marchado, le he oído decir que fueras a alguna parte.

—A casa de Catalina Ivanovna.

—¿Para pedirle dinero?

—No.

—No tiene un céntimo. Escucha, Aliocha: reflexionaré durante la noche. Ve a ver a esa joven. Tal vez la encuentres en casa. Ven mañana por la mañana sin falta. Tengo algo que decirte. ¿Vendrás?

—Si.

—Debes aparentar que vienes a enterarte de cómo estoy. No digas a nadie que te he rogado que vinieses. Y menos a Iván.

—Entendido.

—Adiós, hijo mío. Has salido en mi defensa hace un momento: nunca lo olvidaré. Mañana te diré una cosa. Antes tengo que reflexionar.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Mañana estaré levantado, completamente restablecido, gozando de perfecta salud.

Cuando llegó al patio, Aliocha vio a Iván sentado en un banco, escribiendo con lápiz en su cuaderno de notas. Aliocha dijo a su hermano que el viejo había recobrado el conocimiento y le permitía pasar la noche en el monasterio.

—Aliocha, me gustaría que nos viéramos mañana por la mañana —dijo Iván con una amabilidad que sorprendió a su hermano.

—Mañana he de ir a ver a la señora de Khokhlakov y a su hija, y tal vez tenga que visitar también a Catalina Ivanovna, pues podría ser que no la encontrase ahora en su casa.

—¿Vas a ir a pesar de lo ocurrido? Para «transmitirle sus más atentos saludos», ¿no? —dijo Iván con una sonrisa.

Aliocha se turbó.

—De las exclamaciones de Dmitri —continuó Iván— creo haber deducido lo que se propone. Te ha rogado que vayas a ver a Catalina Ivanovna para decirle... Bueno, en una palabra, para dejarla.

Aliocha exclamó:

—Iván, ¿cómo terminará esta pesadilla que están viviendo nuestro padre y Dmitri?

—Es difícil preverlo. Tal vez no pase nada. Esa mujer es un monstruo. Desde luego, hay que evitar que el viejo salga de casa y que Dmitri ponga los pies aquí.

—Otra pregunta, Iván: ¿crees que cualquiera tiene derecho a juzgar a sus semejantes y a decidir quién merece vivir y quién no?

—En eso no tiene ningún papel la apreciación de los méritos. Para resolver semejante cuestión, el corazón humano no se funda en los méritos, sino en otras razones más naturales. En cuanto al derecho, ¿quién no lo tiene a desear una cosa?

—Pero no la muerte de otro.

—¿Por qué? ¿Qué razón hay para que uno se mienta a sí mismo cuando todos viven así y sin duda no pueden vivir de otro modo? Tú estás pensando en mi frase de hace un momento: «el destino de los reptiles es devorarse los unos a los otros». ¿Crees tú que soy capaz, como Dmitri, de derramar la sangre de Esopo, en una palabra, de matarlo?

—¿Qué dices, Iván? Jamás he pensado en eso. Es más, no creo que Dmitri...

—Gracias —dijo Iván sonriendo—. Has de saber que defenderé siempre a nuestro padre. Pero en este caso especial dejo el campo libre a mis deseos.

Y añadió:

—Hasta mañana. No me tengas por un malvado.

Se estrecharon la mano más cordialmente que nunca. Aliocha comprendió que su hermano deseaba atraérselo con alguna intención secreta.

X. Las dos juntas

Aliocha salió de la casa de su padre más abatido que a su llegada. Sus ideas eran fragmentarias, confusas, pero temía reunirlas y sacar una conclusión general de las dolorosas contradicciones de la jornada.

Experimentaba un sentimiento muy próximo a la desesperación, y esto no le había ocurrido jamás. Una duda, fatídica a insondable, se imponía a todas las demás: ¿qué sería de su padre y de su hermano Dmitri frente a aquella temible mujer? Estaban enamorados. El único desgraciado era su hermano Dmitri: la fatalidad le acechaba. Otras personas estaban mezcladas en todo esto y tal vez más de lo que él había creído antes. Había en ello algo enigmático. Iván le había anticipado algunas cosas, sospechadas desde hacía mucho tiempo, y ahora se sentía como atado por ellas.

Otra cosa extraña: hacía un momento iba en busca de Catalina Ivanovna presa de extraordinaria turbación, y ahora la turbación había desaparecido por completo. Incluso aceleraba el paso como si esperase recibir de ella alguna revelación. Sin embargo, su misión era ahora más penosa que cuando se la había confiado Dmitri. La posibilidad de devolver los tres mil rublos se había desvanecido, y Dmitri, al ver perdido su honor definitivamente, se hundiría cada vez más en el lodo. Además, Aliocha tenía que explicar a Catalina Ivanovna la escena que se acababa de desarrollar en casa de su padre.

Eran las siete y anochecía cuando Aliocha llegó a casa de Catalina Ivanovna, que habitaba en un magnífico piso de la Gran Vía. Aliocha estaba enterado de que vivía con dos tías. Una era la tía de Ágata,, aquella mujer silenciosa que cuidaba de ella desde que había salido del pensionado. La otra era una señora de Moscú, distinguida pero sin fortuna. Las dos se sometían enteramente a la voluntad de Catalina Ivanovna y si permanecían a su lado era sólo para guardar las formas. Catalina Ivanovna dependía por entero de su protectora, la generala, retenida por falta de salud en Moscú y a quien la joven tenía la obligación de escribir dos detalladas cartas todas las semanas.

Cuando Aliocha entró en el vestíbulo y dijo a la doncella que le había abierto la puerta que le anunciara, le pareció que en el salón ya se sabía que había llegado. Tal vez le habían visto desde una ventana. El caso es que oyó pasos presurosos, acompañados de un rumor de faldas: era evidente que dos o tres mujeres huían. A Aliocha le sorprendió que su llegada produjera tanta agitación. Le condujeron al salón en seguida. Éste era amplio y estaba amueblado con una elegancia que no tenía nada de provinciana: canapés y chaises longues, mesas y veladores, cuadros en las paredes, jarrones y lámparas, abundancia de flores, y hasta un acuario al lado de la ventana. Las sombras del crepúsculo lo invadían todo. Aliocha vio una mantilla de seda abandonada en un canapé, y sobre una mesa dos tazas con restos de chocolate,

bizcochos, una copa de cristal con pasas y otra de bombones. Al ver todo esto, Aliocha dedujo que había invitados y frunció las cejas. En ese momento se abrió una puerta y apareció Catalina Ivanovna, que avanzó hacia él con las manos tendidas y una alegre sonrisa en los labios. Al mismo tiempo entró una sirvienta con dos bujías encendidas y las colocó en la mesa.

—¡Alabado sea Dios! ¡Al fin ha venido usted! Todo el día he estado pidiendo a Dios que viniera. Siéntese.

La belleza de Catalina Ivanovna había impresionado a Aliocha cuando, hacía tres semanas, Dmitri lo había llevado a casa de su novia para presentarlo, al mostrar ella vivos deseos de conocerle. Aliocha y Catalina Ivanovna apenas habían hablado en aquella entrevista. Advirtiendo que Aliocha estaba cohibido, la joven no quiso turbarlo más y sólo conversó con Dmitri. Aliocha guardó silencio y observó muchas cosas. El noble continente, la arrogante desenvoltura, la firme serenidad de la altiva joven le impresionaron. Sus ojos, grandes, negros, brillantes, le parecieron en perfecta armonía con la palidez mate de su ovalado rostro. Pero aquellos ojos negros, aquellos labios palpitantes, por muy capaces que fueran de avivar el amor de su hermano, tal vez no pudiesen retenerlo mucho tiempo. Aliocha abrió su corazón a Dmitri cuando éste, después de la visita, le rogó insistentemente que le expusiera con toda sinceridad la impresión que le había producido su prometida.

—Serás feliz con ella —dijo Aliocha—; pero seguramente no habrá calma en tu felicidad.

—Hermano mío, todas las mujeres son iguales: no se resignan ante el destino. Así, ¿crees que no la amaré siempre?

—No es eso: creo que nunca dejarás de amarla, pero que acaso no seas siempre feliz con ella.

Al expresar esta opinión, Aliocha enrojeció, avergonzado de haber expuesto, cediendo a los ruegos de Dmitri, una idea tan necia: así la consideró él mismo apenas la hubo expresado. Le parecía vergonzoso haber juzgado tan categóricamente a una mujer.

Ahora, en su nueva visita, su sorpresa fue extraordinaria al advertir desde el primer momento que seguramente se había equivocado en sus juicios. Esta vez, el semblante de Catalina Ivanovna irradiaba una bondad ingenua, una sinceridad ardiente. De aquel orgullo, de aquella altivez que tanto habían impresionado a Aliocha sólo quedaba una noble energía, una serena confianza en sí misma. Ante sus primeras miradas y sus primeras palabras, Aliocha comprendió que se daba perfecta cuenta de lo dramático de su situación frente al hombre amado. Tal vez lo sabía todo. Sin embargo, su rostro radiante expresaba una gran fe en el porvenir. Aliocha se sintió culpable ante ella, vencido y cautivado a la vez. Además, advirtió desde el primer momento que la dominaba una agitación tal vez insólita, que rayaba en la

exaltación.

—Le esperaba porque sé que en estos momentos sólo por usted puedo conocer la verdad.

—He venido —balbuceó Aliocha— para... porque me ha enviado él.

—¡Ah!, ¿sí? —dijo Catalina Ivanovna con ojos fulgurantes—. Lo suponía. ¡Lo sé todo, absolutamente todo! Oiga, Alexei Fiodorovitch; voy a decirle por qué tenía tantos deseos de verle. Sé seguramente más que usted: no son, pues, noticias lo que le pido. Lo que deseo es conocer sus últimas impresiones sobre Dmitri. Quiero que me exponga francamente, lo más rudamente posible, con toda sinceridad, lo que piensa de él y de su situación después de la entrevista que han tenido ustedes. Prefiero esto a tener una entrevista con él, ya que él no quiere venir a verme. ¿Ha comprendido lo que deseo de usted? Dígame ante todo por qué le ha enviado y hable con franqueza, sin medir las palabras.

—Me ha encargado que... la salude..., que le diga que no volverá y que la saluda.

—¿Que me saluda? ¿Lo ha dicho así, así exactamente?

—Si.

—Seguramente se ha equivocado o no ha encontrado la palabra precisa.

—No se ha equivocado; ha insistido en que le transmitiera su «saludo». Tres veces me lo ha recomendado.

La sangre afluyó al rostro de Catalina Ivanovna.

—Ayúdeme, Alexei Fiodorovitch. Le necesito. Escuche lo que yo pienso y dígame si tengo razón o no. Si él le hubiera dado a la ligera el encargo de saludarme, sin insistir en que me dijera precisamente esta palabra, todo habría terminado. Pero si ha subrayado con empeño este término, si ha insistido en que me transmitiera su «saludo», esto demuestra que estaba sobreexcitado, fuera de sí. Sin duda le ha sobrecogido su propia resolución. No ha obrado con plena voluntad al romper conmigo: ha resbalado por la pendiente. La insistencia sobre la plabra «saludar» tiene todo el aspecto de una bravata.

—Eso es, eso es —dijo Aliocha—. Comparto su opinión.

—Por lo tanto, no está todo perdido. Dmitri está desesperado, y todavía lo puedo salvar. ¿No le ha hablado de dinero, de tres mil rublos?

—No sólo me ha hablado, sino que he visto que es esto lo que más le mortifica —repuso Aliocha sintiendo renacer su esperanza al entrever la posibilidad de salvar a su hermano—. Me ha dicho que todo le es indiferente desde que ha perdido el honor. ¿Sabe usted qué ha hecho de ese dinero? —añadió, y se contuvo de pronto.

—Lo sé desde hace tiempo. Telegrafié a Moscú y me enteré de que no lo habían recibido. Sé que no lo ha enviado, pero no he dicho nada. La semana pasada me enteré de que no tenía un céntimo... Lo único que persigo es que sepa a quién debe dirigirse, dónde puede encontrar una amistad verdadera. Pero él se obstina en no ver

que su más fiel amigo soy yo. Toda la semana me he estado atormentando con la pregunta de qué podría hacer para que Dmitri no se sonrojara ante mí por haber gastado esos tres mil rublos. Bien que se avergüence ante todos y ante sí mismo, pero no ante mí. No comprendo que ignore todavía lo que soy capaz de soportar por él. ¿Cómo es posible que no me conozca después de lo que ha pasado? Quiero salvarlo para siempre. ¡Que deje de ver en mí su prometida! Ante mí se siente deshonrado, pero con usted no vacila en franquearse, Alexei Fiodorovitch. No he conseguido su confianza...

Las lágrimas bañaron sus ojos mientras pronunciaba estas últimas palabras.

—He de decirle —manifestó Aliocha con voz trémula— que Dmitri acaba de tener una escena espantosa con mi padre.

Se lo contó todo: que Dmitri lo había enviado a pedirle dinero, que de pronto había entrado en la casa y agredido a Fiodor PavIovitch y que, hecho esto, le había pedido con insistencia que fuera a « saludarla».

—Ha ido a ver a esa mujer —añadió Aliocha en voz baja.

—¿Cree usted que yo no puedo soportar sus relaciones con esa mujer? —dijo Catalina Ivanovna con una risita nerviosa—. Lo mismo cree él. Sin embargo, no se casará con ella. Los Karamazov se abrasan en un ardor perpetuo. Lo que él siente es un arrebato, no amor. Nunca se casará con ella, porque ella no quiere casarse con él —terminó, con la misma risita extraña.

—Es capaz de casarse —dijo Aliocha tristemente, con la cabeza baja.

—¡Le digo que no se casará! —exclamó Catalina Ivanovna con vehemencia—. Esa muchacha es un ángel, ¿sabe usted? Es la más encantadora de las mujeres. Tiene el don de seducir, desde luego, pero posee un carácter noble y bondadoso. ¿Por qué me mira de ese modo, Alexei Fiodorovitch? Mis palabras le han dejado atónito. No me cree usted, ¿verdad? ¡Agrafena Alejandrovna! —llamó de pronto, volviendo la vista hacia la puerta—. Venga, querida. Este joven está al corriente de todos nuestros asuntos. Quiero que la vea.

—Estaba esperando que me llamase —dijo una voz dulce, incluso empalagosa.

La puerta se abrió y apareció... Gruchegnka en persona, gozosa, sonriendo. Aliocha se estremeció. Miraba fijamente a la recién llegada, y sentía como si no pudiera apartar de ella los ojos. «Ahí está esa mujer temible, ese monstruo, como Iván la ha llamado hace media hora», se dijo. Sin embargo, tenía ante él a un ser corriente, incluso sencillo a primera vista, una mujer encantadora, de expresión bondadosa, bonita, verdad es, pero semejante a todas las mujeres bonitas de tipo ordinario. En verdad, era incluso hermosa, muy hermosa, con esa belleza rusa que inspira tantas pasiones; de no escasa talla, aunque sin igualar a Catalina Ivanovna, que era alta y fuerte; movimientos suaves y silenciosos, de una suavidad que estaba en armonía con la dulzura de su voz. Avanzó, no con paso firme y seguro como el de

Catalina Ivanovna, sino sin ruido: no se la oía andar.

Se dejó caer en un sillón, con un suave rumor de su elegante vestido de seda negra, y, friolera, cubrió con un chal de lana su cuello, blanco como la nieve, y sus anchos hombros. Su cara indicaba exactamente su edad: veintidós años. Su piel era blanquísima, con tonalidades de un rosa pálido; el óvalo de su rostro, un poco anchor la mandíbula inferior, un tanto saliente; el labio superior era delgado; el inferior, prominente, como hinchado y mucho más enérgico. A esto había que añadir una magnífica y abundante cabellera de color castaño, unas cejas oscuras y unos ojos admirables, de un gris azulado, protegidos por largas pestañas. El hombre más indiferente, más distraído, el más extraviado entre la multitud durante el paseo, no habría dejado de detenerse ante este rostro y no habría podido olvidarlo en mucho tiempo.

Lo que más impresionó a Aliocha fue su expresión infantil a ingenua. Tenía miradas y alegrías de niña. Se acercó a la mesa, alborozada, alegre, impaciente y curiosa, como si esperase algo. Su mirada alegraba el alma. Aliocha lo notó. Además, había en ella un algo que no se sabía lo que era, pero que se percibía: aquella suavidad de movimientos, aquella ligereza felina de cuerpo, que, no obstante, era poderoso y robusto. Bajo su chal se dibujaban unos hombros llenos y unos senos firmes de mujer joven. En aquel cuerpo se presumían las formas de la Venus de Milo, pero con proporciones un tanto excesivas.

Los conocedores de la belleza rusa que hubieran contemplado a Gruchegnka, habrían predicho con plena convicción que cuando frisara en los treinta, aquella belleza, fresca aún, perdería la armonía: desaparecería la nitidez de sus facciones, se formarían rápidamente arrugas en la frente y alrededor de los ojos; el cutis se marchitaría, enrojecería tal vez. En una palabra, que Gruchegnka tenía esa belleza que parece otorgar el diablo, esa hermosura efímera tan frecuente en las mujeres rusas.

Aliocha, naturalmente, no pensaba en estas cosas, pero, aunque encantado, se preguntaba contrariado y como a pesar suyo: «¿Por qué arrastrará de ese modo las palabras y no hablará con naturalidad?»

A Gruchegnka le parecía sin duda bonito arrastrar las sílabas y darles una entonación cantarina. Sin embargo, esto no era sino un hábito de mal tono, que revelaba una educación deficiente y una falsa noción de las normas sociales.

Este modo de hablar afectado parecía a Aliocha incompatible con aquella expresión ingenua y radiante, con el alegre a infantil centelleo de aquellos ojos.

Catalina Ivanovna la hizo sentar frente a Aliocha y besó más de una vez los labios sonrientes de aquella joven como si estuviese enamorada de ella.

—Es la primera vez que nos vemos —explicó, y añadió ilusionada—: Alexei Fiodorovitch, yo quería verla, conocerla, y estaba dispuesta a ir en su busca, pero ella

ha acudido a mi primera llamada. Tenía la seguridad de que lo arreglaríamos todo; lo presentía. Me rogaron que renunciara a dar este paso, pero yo preveía el resultado y no me equivoqué. Gruchegnka me ha explicado sus intenciones con todo detalle. Ha venido a mí como un ángel bueno y me ha traído la paz y la alegría.

—Lo que ocurre es que usted no me ha despreciado, mi querida señorita —dijo Gruchegnka con su dulce sonrisa y en tono humilde.

—¡No diga esas cosas, mi encantadora amiga! ¿Despreciarla yo? Voy a besar otra vez ese labio tan lindo. Parece hinchado, pero yo haré que lo parezca más aún... Mire cómo se ríe, Alexei Fiodorovitch. Se le alegra a uno el corazón mirando a este ángel.

Aliocha enrojeció y se estremeció ligeramente.

—Es usted muy generosa, mi querida señorita, pero yo no creo merecer estas muestras de cariño.

—¡No cree merecerlas! —exclamó con la misma vehemencia Catalina Ivanovna —. Ha de saber, Alexei Fiodorovitch, que tiene ideas fantásticas, independientes, pero también un corazón digno, dignisimo. Es noble y generosa, ¿sabe usted, Alexei Fiodorovitch? Pero tuvo una desgracia, se apresuró a sacrificarse a un hombre tal vez indigno, o, por lo menos, ligero. Amaba a un oficial y le entregó todo su ser. De esto hace ya mucho tiempo, cinco años. Y el oficial la olvidó y se casó con otra. Se quedó viudo y entonces le escribió y se puso en camino. Sepa usted que es al único hombre que ha amado. Llega, y de nuevo Gruchegnka es feliz, después de cinco años de sufrimiento. ¿Qué se le puede reprochar, quién puede envanecerse de haber obtenido sus favores? Ese comerciante, ese viejo impotente, era para ella un amigo, un protector. La encontró desesperada, atormentada, abandonada. Quería arrojarse al agua y ese viejo la salvó.

—Me defiende usted con demasiado calor, mi querida señorita; se excede usted un poco —se humilló de nuevo Gruchegnka.

—¿Que yo la defiendo? ¿Quién soy yo para defenderla y qué necesidad de defensa tiene usted? Gruchegnka, querida Gruchegnka, déme su mano. Mire esta manita gordezuela, esta mano deliciosa, Alexei Fiodorovitch. Ella me ha traído la felicidad, ella me ha resucitado. Voy a besarla... Así, así...

Besó tres veces, como enajenada, aquella mano, verdaderamente encantadora pero tal vez demasiado gordezuela. Gruchegnka se dejaba mimar, riendo nerviosamente y sin dejar de observar a su «querida señorita».

«Se exalta demasiado», pensó Aliocha. Y enrojeció. Estaba intranquilo.

—Usted, mi querida señorita, quiere avergonzarme: por eso me besa la mano delante de Alexei Fiodorovitch.

—¿Yo avergonzarla? —dijo Catalina Ivanovna con cierto estupor—. ¡Ah, querida! ¡Qué poco me conoce usted!

—Tampoco usted me conoce a mi, mi querida señorita. Soy peor de lo que usted

supone. No tengo corazón; soy caprichosa. He conquistado a Dmitri Fiodorovitch sólo para burlarme de él.

—Pero usted irá a salvarlo: me lo ha prometido. Usted le dirá francamente que desde hace mucho tiempo ama a otro hombre que está dispuesto a casarse con usted...

—¡Ah, no! Yo no le he prometido nada de eso. Es usted quien lo ha dicho, no yo.

—Habré entendido mal —murmuró Catalina Ivanovna, palideciendo ligeramente —. Usted me ha prometido...

—No, no, mi angelical señorita —la interrumpió Gruchegnka con su invariable expresión alegre, placentera, inocente—, yo no le he prometido nada. Ya ve, mi honorable señorita, como soy mala y voluntariosa. Todo lo que me gusta hacer, lo hago. Tal vez es verdad que hace un momento le he hecho la promesa que usted dice, y ahora me pregunto: «¿Y si Mitia volviera a gustarme?» Pues una vez me gustó durante una hora. Acaso vaya a decirle que se quede en mi casa desde hoy... Ya ve si soy inconstante.

—Hace unos momentos hablaba usted de otro modo —dijo Catalina Ivanovna.

—Sí, pero soy una tonta; mi corazón es débil. ¿Qué pasaría si lo compadeciera sólo al pensar lo mucho que lo he hecho sufrir?

—No esperaba que...

—¡Ah, señorita! ¡Cómo resplandece su bondad y su nobleza a mi lado!... Acaso ahora, al conocer mi carácter, deje de quererme. Déme su mano —le pidió cariñosamente, y se la llevó a los labios, con gesto respetuoso—. Voy a besarle la mano, señorita, como usted me la ha besado a mi. Usted me ha dado tres besos. Yo habría de darle trescientos para saldar la cuenta. Así lo haré, y después, sea lo que Dios quiera. Tal vez seré su esclava y la complaceré en todo, aunque no exista ningún convenio ni promesa. Déme su mano, déme su linda mano, mi querida señorita.

Se llevó lentamente la mano a los labios con el propósito de «saldar la cuenta». Catalina Ivanovna no retiró la mano. Había concebido cierta esperanza ante la promesa de Gruchegnka —a pesar de lo vagamente que la había expresado— de «complacerla en todo». La miraba a los ojos con ansiedad y vela en ellos una invariable expresión ingenua y confiada, una alegría serena... «Acaso sea demasiado ingenua», se dijo Catalina Ivanovna al sentir aquella sombra de esperanza. Pero Gruchegnka, después de llevarse lentamente la «linda manecita» a los labios, ni siquiera la rozó con ellos y quedó pensativa, reteniéndola entre las suyas.

De pronto, arrastrando las palabras y con su voz melosa, dijo:

—Lo he pensado bien, ángel mío, y he decidido no besarle la mano.

Y lanzó una alegre risita.

—Como usted quiera —dijo Catalina Ivanovna, estremeciéndose—. ¿Pero qué ha pasado?

—Acuérdese bien de esto: usted me ha besado la mano y yo no se la he besado a

usted.

Sus ojos fulguraban. Miraba a Catalina Ivanovna con obstinada fijeza.

—¡Insolente! —exclamó Catalina Ivanovna.

Lo había comprendido todo en un instante. Se levantó, ciega de ira. Gruchegnka se puso también en pie, aunque sin apresurarse.

—Contaré a Mitia que usted me ha besado la mano y que yo no he querido besarle la suya. ¡Cómo se va a reír!

—¡Fuera de aquí, bribona!

—¡Qué vergüenza! Una señorita como usted no debería emplear semejantes expresiones.

—¡Fuera de aquí, mujer de la calle! —gritó Catalina Ivanovna, convulsa, temblando.

—¿Yo mujer de la calle? ¡Eso usted, que va en busca del dinero de los hombres jóvenes y trafica con sus encantos! Lo sé todo.

Catalina Ivanovna lanzó un grito y fue a arrojarse sobre ella, pero Aliocha la detuvo, poniendo en ello todas sus fuerzas.

—¡Quieta! ¡No le conteste! Se marchará por su propia voluntad.

Las dos tías de Catalina Ivanovna y la doncella acudieron al oír sus gritos y se precipitaron sobre ella.

—Bueno, ya me voy —dijo Gruchegnka, cogiendo su Mantilla—. Aliocha, querido, acompáñame.

—¡Váyase, váyase en seguida! —imploró Aliocha, con las manos enlazadas.

—Aliocha, querido, acompáñame. Por el camino te diré algo que te encantará. Sólo por ti he hecho todo esto. Ven conmigo y no te arrepentirás.

Aliocha le volvió la espalda, retorciéndose las manos. Gruchegnka huyó, corriendo y riéndose con risa sonora.

Catalina Ivanovna sufrió un ataque de nervios. Gemía, se ahogaba entre espasmos. La rodearon solícitamente.

—Ya te lo advertí —dijo la tía de más edad—. Te has precipitado. No debiste exponerte a dar un paso así. No conoces a estas mujeres. Y dicen que ésta es la peor de todas. Siempre has de hacer lo que se te mete entre ceja y ceja.

—¡Es una tigresa! —vociferó Catalina Ivanovna—. ¿Por qué me ha sujetado, Alexei Fiodorovitch? ¡Le habría dado su merecido! ¡Sí, su merecido!

Sin duda, pretendía contenerse ante Alexei, pero no lo conseguía.

—¡Merece que un verdugo la azote públicamente!

Alexei se dirigió a la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó Catalina Ivanovna—. No esperaba esto de él. No podía imaginarme que fuera tan innoble, tan inhumano. Pues sólo él puede haberle contado a esa mujer lo que ocurrió aquel día funesto y mil veces maldito. Me ha dicho que

trafico con mis encantos. Luego lo sabe todo. Su hermano es un hombre despreciable, Alexei Fiodorovitch.

Aliocha intentó decir algo, pero no encontró las palabras. Sentía en el corazón una opresión dolorosa.

—¡Váyase, Alexei Fiodorovitch! ¡Esto es espantoso! ¡Estoy avergonzada! Venga mañana: se lo pido de rodillas. No me juzgue mal. Perdóneme. Ni yo misma sé lo que haría.

Aliocha se marchó con paso vacilante. Sentía deseos de llorar como Catalina Ivanovna. La doncella le alcanzó.

—La señorita se ha olvidado de entregarle esta carta de la señora de Khokhlakov. La tiene desde después de comer.

Aliocha cogió el sobre de color de rosa y se lo guardó en el bolsillo con un movimiento casi inconsciente.

XI. Otra honra perdida

De la población al monasterio no había mucho más de una versta. Aliocha avanzaba rápidamente por el camino, desierto a aquella hora. Era ya casi de noche y la visualidad no alcanzaba treinta pasos. A medio camino, en una encrucijada, se alzaba un sauce solitario, y debajo de él se percibía una silueta humana. Apenas llegó Aliocha a la encrucijada, la silueta dejó el árbol y se precipitó sobre el caminante.

—¡La bolsa o la vida! —gritó.

—¿Pero eres tú, Mitia? —exclamó Aliocha, profundamente impresionado.

—No esperabas encontrarme aquí, ¿verdad? No sabía dónde esperarte. ¿Cerca de la casa? De allí parten tres caminos, y no podía vigilarlos todos. Al fin, se me ha ocurrido esperarte aquí, por donde forzosamente tenías que pasar, ya que no hay otro camino para ir al monasterio... Bueno, habla. Dime toda la verdad. Aplástame como a un gusano. ¿Pero qué tienes?

—Nada: es el miedo. Y además, Dmitri, la sangre de nuestro padre...

Aliocha se echó a llorar. Hacía rato que lo deseaba. Le parecía que algo se desgarraba dentro de él.

—Casi lo matas —añadió—. Lo has maldecido. Y ahora... bromeas.

—Es verdad. Esto es innoble; no es propio de la situación.

—Lo digo porque...

—Un momento. Observa esta noche sombría, esas nubes, ese viento que se ha levantado. Cuando te esperaba debajo del sauce, me he dicho de pronto (Dios es testigo): « ¿Para qué seguir sufriendo? ¿Para qué esperar? He aquí un sauce. Con el pañuelo y la camisa, pronto habré trenzado una cuerda. Además, tengo los tirantes. Voy a quitar la tierra de mi vista.» De pronto oí tus pasos. Fue como si un rayo me iluminara. «Sin embargo, hay en el mundo un hombre al que quiero. Aqui viene. Es ese hombrecito, mi hermano menor. Lo quiero más que a nadie en el mundo; es el único a quien quiero.» Tan vivo ha sido mi afecto por ti en ese instante, que he estado a punto de arrojarme a tu cuello. Pero, de pronto, he tenido una ocurrencia estúpida: «Voy a darle un susto. Así lo divertiré.» Y he gritado como un imbécil: «¡La bolsa o la vida!» Perdóname esta tonteria. Esto ha sido un disparate, pero te aseguro que en el fondo soy una persona sensata... Bueno, habla. ¿Qué ha ocurrido en casa de Catalina Ivanovna? ¿Qué ha dicho? ¡Aplástame, aniquílame sin miramientos! ¿Está desesperada?

—Nada de eso, Mitia. Las he visto a las dos.

—¿A qué dos?

—Gruchegnka estaba en casa de Catalina Ivanovna.

Dmitri se quedó pasmado.

—Eso no es posible. Tú deliras. ¡Gruchegnka en su casa!

En un relato inhábil, pero claro, Aliocha explicó a Dmitri lo más esencial de lo ocurrido en casa de Catalina Ivanovna, y añadió a ello sus impresiones personales. Su hermano lo escuchaba en silencio, mirándole impasible, y Aliocha veía claramente que todo lo comprendía, que se daba perfecta cuenta de lo sucedido. A medida que avanzaba el relato, su semblante iba cobrando una expresión amenazadora. Tenía las cejas fruncidas, los dientes apretados, la mirada cada vez más terrible en su obstinada fijeza. De súbito, se operó un inesperado cambio en aquellas facciones contraídas por la indignación. Sus crispados labios se desplegaron, y Dmitri estalló en una risa franca, irreprimible, que durante un rato le impidió hablar.

—¿De modo que no le ha besado la mano, que se ha marchado sin besarle la mano? —exclamó en un transporte morboso, que habría podido calificarse de insolente si no hubiera sido ingenuo—. ¿Y Catalina Ivanovna la ha llamado tigresa? Desde luego lo es. Merece el patíbulo. Ésta es la opinión que tengo de ella desde hace mucho tiempo. En ese acto de no besar la mano de Catalina Ivanovna se ha mostrado enteramente tal como es esa criatura infernal, esa princesa, esa reina de todas las furias. Algo hechicero en cierto modo. ¿Se ha ido a su casa? Pues ahora mismo... ahora mismo voy en su busca. No me censures, Aliocha; convengo en que ahogarla sería poco.

—¿Y Catalina Ivanovna? —dijo Aliocha tristemente.

—También a ella la comprendo, y mejor que nunca. Sería capaz de lanzarse al descubrimiento de las cuatro partes del mundo; digo, de las cinco. ¡Atreverse a dar semejante paso! Es la Katineka de siempre, la pensionista que no teme ir a ver a un oficial malcriado, con el noble propósito de salvar a su padre, exponiéndose a sufrir la más grave de las afrentas. ¡Ah, ese orgullo, esa sed de peligros, ese reto al destino llevado al límite! ¿Has dicho que su tía ha intentado disuadirla? Es una mujer despótica, hermana de esa generala de Moscú. Galleaba mucho, pero su marido hubo de confesarse culpable de malversación de fondos y su arrogante esposa tuvo que bajar la cabeza. ¿De modo que esa mujer ha intentado retener a Katia, pero ella no le ha hecho caso? Es que Katia pensaba: «Yo puedo vencerlo todo, todo está sometido a mi voluntad; hechizaré a Gruchegnka si me lo propongo.» Estaba convencida de ello y ha ido más allá del límite de sus posibilidades. ¿De quién es la culpa? ¿Crees que, al adelantarse a besar la mano de Gruchegnka, ha obedecido al cálculo, a la astucia? No, se sentía realmente prendada de ella, mejor dicho, no de ella, sino de su propio sueño, de su propio anhelo, tan sólo porque este sueño y este anhelo eran suyos. Aliocha, ¿cómo has podido librarte de esas mujeres? Habrás tenido que huir recogiéndote el hábito, ¿no? ¡Ja, ja, ja!

—Dmitri, sin duda no has pensado en la ofensa que has inferido a Catalina Ivanovna al contar a Gruchegnka la visita que te hizo. Gruchegnka ha dicho en la

cara a Katia que iba a traficar furtivamente con sus encantos. ¿Puede haber un insulto peor?

La creencia de que su hermano se reía de la humillación sufrida por Catalina Ivanovna atormentaba a Aliocha, aunque estaba completamente equivocado.

—Es verdad —dijo Dmitri, frunciendo las cejas y dándose una palmada en la frente.

Hasta ese instante no había pensado en ello, aunque Aliocha se lo había contado todo: el insulto y el grito de Catalina Ivanovna dirigido a Aliocha, al calificar a Dmitri de hombre despreciable.

—Sí, es verdad —dijo Dmitri—; debí de hablar a Gruchegnka de lo ocurrido aquel «día fatal», como ha dicho Katia. Sí, se lo conté todo: ahora me acuerdo. Fue en Mokroie, mientras cantaban los *tziganes*. Yo estaba ebrio. Pero lloraba y me humillaba ante la imagen de Katia. Gruchegnka me comprendía y lloraba también... ¿Cómo no había de llorar? Pero entonces lloró y ahora clava un puñal en el corazón. Así son las mujeres.

Y quedó pensativo, con la cabeza baja.

—Sí, soy un miserable —dijo de súbito, tristemente—. Aunque lo contara llorando, el asunto es el mismo. Dile que acepto su apelativo si esto puede consolarla. En fin, dejemos esto. El tema no es precisamente alegre. Sigamos cada cual nuestro camino. No quiero volver a verte hasta que llegue el último momento. Adiós, Alexei.

Estrechó la mano de Aliocha y, sin levantar la cabeza, como un fugitivo, se dirigió a la ciudad a largos pasos. Aliocha le siguió con la mirada. No podía creer que se marchara de veras. En efecto, pronto se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—Espera, Alexei: tengo que decirte algo más, algo que sólo tú debes saber. Mírame a la cara. Oye: aquí, aquí, se está fraguando una infamia, algo execrable.

Y al decir « aquí», Dmitri se golpeaba el pecho con expresión extraña, como si la infamia anidara en su corazón o pendiera de su cuello.

—Tú ya me conoces, ya sabes que soy un bribón consumado. Pues bien, te aseguro que por mucho que haya hecho y por mucho que pueda hacer, nada iguala en villanía a la infamia que llevo ahora dentro de mi pecho. La podría reprimir, pero no lo haré: ya lo sabes. Prefiero cometerla. Te lo había contado todo excepto esto. No me atrevía. Podría detenerme y, así, recobrar el día de mañana la mitad de mi honor, pero no renunciaré: se cumplirá mi negro destino. Tú eres testigo de que hablo por anticipado y con plena lucidez. ¡Perdición y tinieblas! ¿Para qué explicártelo? Ya lo sabrás a su tiempo. El lodo es como una furia. Adiós. No reces por mí: ni te merezco ni te necesito. Apártate de mi camino.

Y se alejó, esta vez definitivamente.

Aliocha se dirigió al monasterio... «¿Qué ha dicho? ¿Que no le veré más?» ¡Qué extraño le parecía todo aquello!... «Tendré que ir mañana a buscarlo. ¿Qué habrá

querido decir?»

Contorneando el monasterio, se dirigió a la ermita. Le abrieron la puerta aunque no se dejaba entrar a nadie a aquellas horas. Entró en la celda del *starets* con el corazón palpitante. ¿Por qué se habría marchado? ¿Por qué lo habrían lanzado al mundo? En la ermita todo era paz y santidad; allá abajo sólo había agitación y esas tinieblas donde el hombre se extravía.

En la celda estaban el novicio Porfirio y el padre Paisius. Éste había ido a enterarse del estado del padre Zósimo, que empeoraba por momentos, como supo Aliocha con verdadero espanto. La charla nocturna no se había podido celebrar. Ordinariamente, después del oficio, antes de entregarse al descanso, la comunidad se reunía en las habitaciones del *starets*. Los religiosos le iban exponiendo en voz alta las faltas cometidas durante el día, sus malos pensamientos, sus tentaciones, incluso sus disputas con otros monjes si las habían tenido. Algunos hacían sus confesiones arrodillados. El *starets* absolvía, calmaba, aleccionaba, imponía penitencias, bendecía y daba licencia para marcharse. Los enemigos del *starets* se alzaban contra estas confesiones fraternales: veían en ellas una profanación del sacramento de la confesión, casi un sacrilegio, aunque, en realidad, eran otras cosas. Se argumentaba ante las autoridades diocesanas que tales reuniones, lejos de alcanzar sus fines, eran una fuente de pecados, de tentaciones. Algunos elementos de la comunidad iban a disgusto a estas charlas, y si acudían, era para que no se les tuviera por orgullosos o por rebeldes. Se contaba que algunos monjes se ponían de acuerdo anticipadamente. «Yo diré que me he disgustado contigo esta mañana y tú lo confirmarás.» Procedían así para tener algo que decir y salir del paso. Aliocha sabía que, a veces, las cosas ocurrían de este modo. También sabía que muchos estaban indignados por la costumbre de que las cartas, incluso las de los padres, que llegaban a los religiosos, se entregaran primero al *starets*, el cual las abría y leía antes que sus destinatarios. Pero entiéndase, esta práctica era voluntaria: los religiosos eran muy dueños de no acatarla o de someterse a ella con humildad edificante. Ciertamente, no estaba exenta de cierta hipocresía. Pero los religiosos más convencidos, los de más edad y experiencia, afirmaban que aquellos que entraban en el monasterio para entregarse sinceramente a Dios hallaban en esta obediencia, en esta abdicación, un provecho saludable, y que los que murmuraban contra tal proceder no tenían vocación y habría sido mejor que se quedaran en el mundo.

—Se debilita, se adormece —murmuró el padre Paisius al oído de Aliocha—. No nos atrevemos a despertarlo. Además, ¿para qué lo hemos de despertar? Ha estado despierto cinco minutos y ha pedido que transmita su bendición a la comunidad, con la súplica de que ruegue a Dios por él. Tiene el propósito de volver a comulgar mañana por la mañana. Se ha acordado de ti, Alexei. Ha preguntado dónde estabas y le hemos dicho que te habías marchado a la ciudad. «Lo bendigo —ha murmurado—.

Su puesto está allí, no aquí.» Cuentas con su amor y su solicitud. ¿Comprendes el honor que esto significa para ti? ¿Por qué te asignará un sitio en el mundo? Sin duda, algo presiente en tu destino. Si vuelves al mundo, Alexei, ha de ser para cumplir una misión impuesta por tu *starets* y no para entregarte a la agitación y a las vanidades de la vida mundana.

El padre Paisius se marchó. Alexei no dudaba de que el fin del *starets* estaba próximo, aunque aún pudiese vivir un día o dos. Se juró que, a pesar de los compromisos contraídos por su padre, la señora y la señorita Khokhlakov, su hermano y Catalina Ivanovna, no dejaría el monasterio hasta el último momento de la vida del *starets*. Su corazón ardía de amor, y Aliocha se reprochaba amargamente haber olvidado, mientras permanecía en la ciudad, a aquel ser que había dejado en su lecho de muerte y a quien veneraba por encima de todo. Pasó al dormitorio, se arrodilló y se prosternó junto al lecho. El *starets* estaba sumido en un apacible reposo; apenas se percibía su respiración; su rostro tenía una expresión serena.

Aliocha volvió a la pieza inmediata, donde aquella mañana se había celebrado la reunión familiar en presencia del *starets*. Se limitó a quitarse las botas y se tendió sobre el duro sofá de cuero, donde acostumbraba dormir, utilizando sólo una almohada. Hacía mucho tiempo que había renunciado al use del colchón, aquel colchón mencionado por su padre. Además de las botas, sólo se quitaba el hábito, que le servía de cubierta. Antes de acostarse se arrodilló y pidió a Dios, en una ferviente plegaria, que le iluminase; ansiaba volver a sentir la paz interior que experimentaba invariablemente después de haber loado y glorificado al Todopoderoso, cosa que hacía siempre en sus oraciones de la noche. La alegría que entonces se apoderaba de él le proporcionaba un sueño apacible. Mientras rezaba, notó en el bolsillo el sobre de color de rosa que le había entregado la doncella de Catalina Ivanovna cuando corrió tras él hasta alcanzarle. Se sintió turbado, pero ello no le impidió llegar al fin de sus rezos. Cuando hubo terminado, abrió el sobre no sin cierta vacilación. Contenía una carta dirigida a él y firmada por Lise, la hija de la señora de Khokhlakov, la muchacha que se había burlado de él aquella mañana en presencia del *starets*:

Alexei Fiodorovitch, le escribo a escondidas de todos, incluso de mi madre. Ya sé que esto no está bien, pero no puedo seguir viviendo sin decirle lo que ha nacido en mi corazón. Aparte nosotros dos, nadie debe saber nada de esto hasta nueva orden. Se dice que las cartas no ruborizan. ¡Qué error! Estoy segura de que en este momento tanto usted como yo estamos como la grana. Querido Aliocha, le amo, le amo desde mi infancia, desde Moscú, desde cuando usted era muy diferente de como ahora es. Mi corazón lo ha elegido para que nos unamos y acabemos juntos nuestros días. Pero es condición precisa que deje usted el monasterio. Respecto a nuestra edad, esperaremos el tiempo que la ley exige. Transcurridos estos años, yo ya estaré curada y bailaré. Sobre esta

cuestión no hay la menor duda.

Ya ve que lo tengo todo pensado, pero hay algo que no me puedo imaginar: lo que usted pensará de mí al leer estas líneas. Esta mañana me he reído y he bromeado hasta enojarle, pero le aseguro que antes de coger la pluma he orado ante la imagen de la Virgen y ha faltado poco para que me echara a llorar.

Mi secreto está en sus manos. Cuando usted venga mañana a verme, no sé si me atreveré a mirarle. Dígame, Alexei Fiodorovitch: ¿qué pasará si, al verle, no puedo contener la risa como me ha sucedido esta mañana? Me tomará usted por una burlona despiadada y dudará de la sinceridad de mi carta. Por eso le ruego, querido, que no me mire demasiado directamente a la cara cuando venga: podría echarme a reír al verle metido en ese hábito tan largo. Sólo de pensarlo se me hiela el corazón. Le ruego que al principio dirija usted la vista a mi madre y a la ventana.

Ya ve usted: le he escrito una carta de amor. ¿Qué he hecho, Dios mío? Aliocha, no me desprecie. Si he obrado mal y le causo algún trastorno, perdóneme. Ahora mi reputación, tal vez perdida, está en sus manos.

Seguro que hoy lloraré. Adiós, hasta nuestra terrible entrevista.

LISE.

P. D.: Aliocha, no deje de venir, no falte.

Aliocha leyó dos veces esta carta sin salir de su sorpresa. Se quedó pensativo. Al fin sonrió dulcemente. Se estremeció: esta sonrisa le pareció una falta. Pero un momento después apareció de nuevo en sus labios la sonrisa de felicidad. Guardó la carta en el sobre, hizo la señal de la cruz y se acostó. En su alma había renacido la calma.

«Señor, perdónalos a todos. Protege a esos desgraciados, a esos seres inquietos. Guíalos, manténlos en el buen camino. Tú que eres el Amor, concédeles a todos la alegria.»

Y Aliocha se sumió en un sueño apacible.

SEGUNDA PARTE

LIBRO IV

ESCENAS

I. El padre Theraponte

Aliocha se despertó antes del alba. El *starets* ya no dormia y se sentía muy débil. Sin embargo, quiso levantarse y sentarse en un sillón. Conservaba la lucidez. Su rostro, aunque consumido, reflejaba un gozo sereno; su mirada alegre, bondadosa, atraía.

—Tal vez no vea el final de hoy.

Quiso confesarse y comulgar en seguida. Su confesor habitual era el padre Paisius. Después le administraron la extremaunción. Acudieron los religiosos. La celda se fue llenando poco a poco. Había amanecido. Después del oficio, el *starets* quiso despedirse de todos y a todos los abrazó. Como la celda era tan poco espaciosa, los que llegaban primero tenían que salir para que pudieran entrar los otros. El *starets* volvió a sentarse y Aliocha permaneció a su lado. Hablaba a instruía en la medida que le permitían sus fuerzas. Su voz, aunque débil, era todavía muy clara.

—Después de instruiros con mis palabras durante años, esto se ha convertido en mí en una costumbre tan inveterada, que, a pesar de lo débil que estoy, mis queridos padres, callar sería para mi más penoso que hablaros.

Así bromeaba el *starets*, mirando con ternura a los que se apiñaban en torno de él. Aliocha se acordó en seguida de algunas de sus palabras. Aunque la voz del padre Zósimo conservaba la claridad y cierta firmeza, su discurso resultó bastante deshilvanado. Habló mucho, como si en aquellos últimos momentos quisiera manifestar todo lo que no había podido decir durante su vida. Su propósito era no sólo instruir, sino compartir con todos su alegría y las delicias de su éxtasis, y expansionar por última vez su corazón.

—Amaos los unos a los otros, padres míos —decía (según los recuerdos de Aliocha)—. Amad al pueblo cristiano. Nosotros no somos más santos que los laicos por el mero hecho de haber venido a encerrarnos entre estos muros; al contrario, todos los que están aquí demuestran, por el mero hecho de su presencia, y así deben reconocerlo, que son peores que los demás hombres... Y cuanto más viva el religioso en su retiro, más claramente habrá de ver esta verdad. De otro modo, no valdría la pena que hubiera venido aquí. Cuando comprenda que no sólo es peor que todos los laicos, sino culpable de todo y hacia todos, culpable de todos los pecados colectivos a individuales, cuando esto suceda, y solamente cuando suceda, habremos conseguido la finalidad de nuestra unión. Pues han de saber, padres míos, que nosotros, seguramente, somos culpables aquí abajo de todo y hacia todos, no solamente a través de la falta colectiva de la humanidad, sino también de las faltas de cada hombre frente a todos sus semejantes. Este conocimiento de nuestra culpa es la coronación de la carrera religiosa, como es, por lo demás, la de todas las carreras humanas. Pues el religioso no es un ser aparte, sino la imagen de lo que deberían ser todos los hombres.

Sólo cuando tengáis conciencia de ello, vuestro corazón se sentirá penetrado de un amor infinito, universal, insaciable. Entonces cada uno de vosotros será capaz de conquistar el mundo entero con su amor y de borrar los pecados con sus lágrimas. Que cada cual penetre en sí mismo y se confiese incansablemente. No temáis por vuestro pecado, por convencidos que estéis de él, con tal que os arrepintáis..., pero no pongáis condiciones a Dios. Os digo una vez más que no os enorgullezcáis ante los pequeños ni ante los grandes. No odiéis a los que os rechazan y os deshonran, os insultan y os calumnian. No odiéis a los ateos, a los maestros del mal, a los materialistas; no odiéis ni a los peores de ellos, pues muchos son buenos, sobre todo en vuestra época. Acordaos de ellos en vuestras oraciones: Decid: «Salva, Señor, a esos por los que nadie ruega; salva a esos que no quieren rogar por Ti.» Y añadid: «No te dirijo este ruego por orgullo, Señor, pues yo soy tan vil como todos ellos...» Amad al pueblo cristiano, no abandonéis vuestro rebaño a gentes extrañas, pues si os adormecéis en vuestros afanes, de todas partes vendrán a robar vuestro ganado. No os canséis de explicar al pueblo el Evangelio. No os entreguéis a la avaricia. No os dejéis seducir por el oro y la plata. Tened fe, mantened en alto y con mano firme vuestro estandarte...

El *starets* no se expresó exactamente así, sino de un modo más confuso. La exposición anterior se basa en las notas que Aliocha tomó acto seguido. A veces, el padre Zósimo se detenía como para tomar fuerzas. Jadeaba y permanecía en una especie de éxtasis. Todos le escuchaban con afecto, aunque a algunos les sorprendieran sus palabras y les parecieran oscuras. Después, todos las recordaron.

Aliocha dejó la celda por un momento y quedó sorprendido ante la agitación general, ante la actitud de espera de toda la comunidad hacinada en la celda del *starets* y en torno de ella. Esta espera era en algunos ansiosa y en otros grave y serena. Todos daban por seguro que se produciría algún prodigio inmediatamente después de la muerte del *starets*. Aunque esta creencia tenía un algo de frivolidad, incluso los monjes más severos participaban en ella. El semblante más grave era el del padre Paisius.

Aliocha había salido de la celda porque un monje le dijo de parte de Rakitine que éste le traía una carta de la señora de Khokhlakov. En ella la dama daba una noticia que llegaba con gran oportunidad. El día anterior, entre las mujeres del pueblo que habían acudido a rendir homenaje al *starets* y recibir su bendición, figuraba una viejecita de la localidad, Prokhorovna, viuda de un suboficial, que había preguntado al *starets* si se podía incluir en los rezos por los difuntos a su hijo Vasili, que se había trasladado a Siberia, a Irkutsk, por asuntos del servicio, y del que no tenía noticias desde hacía un año. El *starets* se lo había prohibido severamente, diciéndole que semejante proceder sería poco menos que un acto de brujería. Pero, indulgente ante la ignorancia de la pobre vieja, había añadido unas palabras de consuelo «como si

leyera en el libro del porvenir» —así se expresaba la señora de Khokhlakov—. El *starets* había dicho a la viejecita que su hijo vivía, que no tardaría en llegar o en escribirle, y que ella, por lo tanto, no tenía más que esperarle en su casa. «Y la profecía se ha cumplido al pie de la letra», añadía en su carta, entusiasmada, la señora de Khokhlakov. Apenas entró en su casa la buena mujer, se le entregó una carta que se había recibido de Siberia. Y en esta carta, escrita desde Iekaterinburg, Vasili decía que iba a regresar a Rusia en compañía de un funcionario, y que, transcurridas dos o tres semanas, podría abrazar a su madre.

La señora de Khokhlakov rogaba encarecidamente a Aliocha que comunicara « el nuevo milagro de la predicción» al padre abad y a toda la comunidad. «Deben saberlo todos», decía al final de la carta, escrita rápidamente y en la que la emoción se reflejaba en todas las líneas. Pero Aliocha no tuvo nada que comunicar a la comunidad, porque todos estaban ya al corriente de lo ocurrido. Rakitine, al enviar el recado a Aliocha, había dicho al mismo monje que se lo llevaba, que comunicara respetuosamente al reverendo padre Paisius que tenía que informarle sin pérdida de tiempo de un asunto importantisimo, y que le rogaba humildemente que perdonase su atrevimiento. Como el monje emisario había empezado por transmitir al padre Paisius la petición de Rakitine, Aliocha, una vez leida la carta, tuvo que limitarse a presentarla al padre como prueba documental. Este hombre rudo y desconfiado, al leer con las cejas fruncidas la noticia del «milagro», no pudo disimular su profunda emoción. Sus ojos brillaron y en sus labios apareció una sonrisa grave, penetrante.

—Y no será esto lo único que veremos —dijo sin poder contenerse.

—No, no será lo único —convinieron los monjes.

Entonces el padre Paisius frunció de nuevo las cejas y rogó a los religiosos que no hablaran del asunto a nadie hasta que obtuvieran la confirmación, pues las noticias del mundo pecaban siempre de ligereza, y el hecho podía haberse producido naturalmente. Así habló, como para descargar su conciencia, pero sin que él mismo creyese en su reserva, cosa que observaron sus oyentes.

Entre tanto, la noticia del «milagro» había corrido por todo el monasterio, a incluso llegó a oídos de algunos laicos que habían acudido a la misa. El más impresionado parecía aquel monje que había llegado el día anterior de San Silvestre, pequeño monasterio situado en el lejano norte, en las proximidades de Obdorsk; que había rendido homenaje al *starets* al lado de la señora Khokhlakov, y que había preguntado al padre Zósimo mientras le dirigía una mirada penetrante y señalaba a la hija de la dama:

—¿Cómo puede usted hacer estas cosas?

No sabía qué creer, estaba perplejo. La tarde anterior había visitado al padre Theraponte en su celda privada, que se hallaba detrás del colmenar, y esta visita le había producido enorme impresión. El padre Theraponte era aquel viejo monje,

silencioso y gran ayunador, que ya hemos citado como adversario del *starets* Zósimo y especialmente del staretismo, al que consideraba como una novedad nociva. Aunque no hablaba casi con nadie, era un adversario temible por la sincera simpatía que le testimoniaban casi todos los religiosos. También entre los laicos había muchos que le veneraban, viendo en él un hombre justo y un asceta, aunque lo tenían por loco. Y es que su locura cautivaba. El padre Theraponte no iba nunca a las habitaciones del *starets* Zósimo. Aunque habitaba en el recinto de la ermita, no se le imponían rigurosamente las reglas del monasterio, en atención a su simplicidad. Tenía setenta y cinco años, o tal vez más, y vivía a espaldas del colmenar, en un rincón que formaban los muros. Había allí un pabellón de madera que se caía de viejo. Se había construido hacia muchos años, en el siglo pasado, para otro gran ayunador y taciturno, el padre Jonás, que había vivido ciento cinco años y cuyas proezas se referían aún en el monasterio y sus alrededores. El padre Theraponte había conseguido que se le permitiera instalarse en esta casucha aislada, que parecía una capilla por la gran cantidad de imágenes que había en ella, acompañadas de lámparas que ardían continuamente. Estas imágenes eran donaciones recibidas por el monasterio, y el padre Theraponte estaba encargado de su vigilancia. Su único alimento eran dos libras de pan cada tres días, cantidad que nunca rebasaba. El pan se lo traía el guardián del colmenar, con quien casi nunca cruzaba una palabra. El padre abad le enviaba regularmente el alimento para toda la semana: cuatro libras de pan, más el pan bendito de los domingos. Todos los días se renovaba el agua de su cántaro. Asistía raras veces al oficio. Sus admiradores le habían visto en más de una ocasión pasar un día entero de rodillas, orando y sin mirar en torno de él. Si hablaba con ellos, se mostraba reticente, lacónico, extraño y muchas veces grosero. En algunos casos, muy poco frecuentes, se dignaba responder a sus visitantes, pero generalmente se limitaba a pronunciar una o dos palabras incomprensibles, que despertaban la curiosidad de sus interlocutores y que no explicaba nunca, por mucho que se le rogase. Jamás había sido ordenado sacerdote. Según un rumor extraño que circulaba, bien es verdad que entre las gentes más ignorantes, el padre Theraponte estaba en relación con los espíritus celestes y sólo con ellos hablaba, lo que explicaba su silencio ante los demás.

El monje de Obdorsk entró en el colmenar con el permiso del guardián, que también era un religioso lúgubre y taciturno, y se dirigió a la casucha del padre Theraponte.

El guardián le previno:

—Tal vez consigas que hable contigo, ya que eres forastero, pero también puede ser que no logres arrancarle una palabra.

El monje forastero se acercó, como confesó después, francamente atemorizado. Era ya tarde. El padre Theraponte estaba sentado en un banco que había a la puerta

del pabellón. Un olmo viejo y enorme movía suavemente sus ramas sobre la cabeza del anciano. Se notaba el fresco del atardecer. El visitante se arrodilló ante su colega y le pidió su bendición.

—Levántate —dijo el padre Theraponte— si no quieres que me arrodille yo también ante ti.

El monje se levantó.

—Siéntate aquí, hermano que recibes y las bendiciones. ¿De dónde vienes?

Lo que más sorprendió al forastero fue que el padre Theraponte, pese a su avanzada edad y a sus prolongados ayunos, tenía el aspecto de un viejo vigoroso de aventajada estatura y de complexión atlética. Su rostro, aunque demacrado, se conservaba fresco; tenía la barba y el cabello frondosos y todavía negros en algunos puntos; sus ojos eran grandes, salientes, de un azul luminoso. Hablaba acentuando con fuerza la letra «o». Su indumentaria consistía en un blusón rojizo de burdo paño, semejante al de los presos, con un trozo de cuerda a guisa de cinturón. Llevaba el cuello y el escote desnudos. Bajo el blusón se veía una camisa gruesa, casi negra, que no se había quitado desde hacia meses. Se decía que llevaba sobre su cuerpo treinta libras de cadenas. Calzaba unos zapatos destrozados.

—Vengo de San Silvestre, el pequeño monasterio de Obdorsk —repuso humildemente el visitante observando al asceta con sus ojos vivos y llenos de curiosidad, aunque algo inquieto.

—Conozco tu monasterio; he vivido en él. ¿Cómo os van las cosas?

El visitante se turbó.

—Sois gente sobria —dijo el padre Theraponte—. ¿Qué ayuno observáis?

—Nuestra alimentación se ajusta a las antiguas costumbres ascéticas. Durante la cuaresma no tomamos ningún alimento los lunes, miércoles y viernes. Los martes y los jueves comemos pan blanco, una tisana con miel, moras silvestres, coles saladas y harina de avena. Los sábados, sopa de coles, fideos con guisantes y alforfón con aceite de cañamones. El domingo se añade a esto sopa de pescado seco y alforfón. Durante la Semana Santa, desde el lunes hasta el sábado, solamente pan, agua y una cantidad moderada de legumbres sin cocer. Entonces no comemos aún todos los días, sino que seguimos las normas de la primera semana. El Viernes Santo, ayuno completo; el sábado, ayuno hasta las tres, hora en que se puede comer un poco de pan y beber agua y un vasito de vino. El Jueves Santo tomamos alimentos cocidos sin manteca, bebemos vino y observamos la verofagia. El concilio de Laodicea nos dice respecto al Jueves Santo: « No conviene interrumpir el ayuno el jueves de la última semana, con lo que se deshonra toda la cuaresma.» Así nos alimentamos en nuestro monasterio.

Y el humilde monje, animándose, continuó:

—¿Pero qué es esto comparado con lo que usted hace, eminente padre? Usted en

todo el año, incluso en las Pascuas, no se alimenta más que de agua y pan. El pan que nosotros consumimos en dos días, a usted le basta para toda una semana. Su abstinencia es verdaderamente maravillosa.

—¿Y los agáricos? —preguntó de pronto el padre Theraponte.

—¿Los agáricos? —dijo el visitante, estupefacto.

—Sí. Yo pasaría sin pan; no lo necesito para nada. Si fuese necesario, me retiraría a los bosques y me alimentaría de agáricos o de bayas. Pero ellos no pueden pasar sin pan: están aliados con el demonio. Hoy los incrédulos afirman que el ayuno riguroso no conduce a nada. Es un modo de razonar impío.

—Es verdad —suspiró el monje de Obdorsk.

—¿Has visto los diablos en ellos? —preguntó el padre Theraponte.

—¿En quién? —preguntó el forastero tímidamente.

—El año pasado, en Pentecostés, fui a las habitaciones del padre abad, y ya no he vuelto. Durante mi visita vi un diablo escondido en el pecho del monje, debajo del hábito: sólo le asomaban los cuernos. Otro monje llevaba uno en el bolsillo, desde donde acechaba con sus vivos ojos, porque yo le daba miedo. Otro religioso daba asilo en sus entrañas impuras a un tercer diablillo. Y; en fin, vi otro suspendido del cuello de un monje, que lo llevaba así sin advertirlo.

—¿De veras los vio usted? —preguntó el forastero.

—Sí, te lo aseguro: los vi con mis propios ojos. Al salir de las habitaciones del padre abad vi otro diablo que se ocultaba de mí detrás de la puerta. Era un mocetón de más de un metro, con un rabo grueso y leonado, cuya punta se había encajado en la rendija de la puerta. Yo cerré el batiente con fuerza y le pillé la punta de la cola. El diablo empezó a gemir y a debatirse. Yo le hice tres veces la señal de la cruz y él reventó como una araña aplastada por un pie. Debe de estar pudriéndose en un rincón; sin duda, apesta; pero ellos ni lo ven ni perciben el olor. Ya hace un año que no voy por allí. Sólo a ti, que eres forastero, te revelo estas cosas.

—Todo eso es horrible. Dígame, bienaventurado y eminente padre: se dice en tierras lejanas que usted está en relación permanente con el Santo Espíritu. ¿Es esto verdad?

—A veces desciende hasta mí.

—¿Bajo qué forma?

—Bajo la forma de un pájaro.

—¿De una paloma?

—No, el que se presenta así es el Espíritu Santo. Yo me refiero al Santo Espíritu, que es diferente. Éste puede descender a la tierra en forma de golondrina, de jilguero, de paro...

—¿Cómo puede usted reconocerlo?

—Lo reconozco cuando habla.

—¿Qué lenguaje emplea?

—El de los hombres.

—¿Y qué le dice?

—Hoy me ha anunciado la visita de un imbécil que me haría una sarta de preguntas tontas. Eres muy curioso, hermano. —Sus palabras son inquietantes, bienaventurado y venerado padre.

El monje de Obdorsk asintió con un movimiento de cabeza, pero en sus ojos, llenos de temor, había aparecido la desconfianza.

—¿Ves ese árbol? —preguntó el padre Theraponte tras una pausa.

—Lo veo, bienaventurado padre.

—Para ti es un olmo, pero para mí es otra cosa.

—¿Qué es? —preguntó el monje con ansiedad.

—¿Ves esas dos ramas? Pues por la noche suelen convertirse en los brazos de Cristo que se tienden hacia mí y me buscan. Yo los veo claramente, y entonces empiezo a temblar. ¡Es algo espantoso!

—¿Espantoso Cristo?

—Una noche me apresará y se me llevará.

—¿Vivo?

—Tú no sabes nada de la gloria de Elías. Se apodera de uno y se lo lleva.

Después de esta conversación, el monje de Obdorsk volvió a la celda que se le había asignado. Estaba perplejo, pero su corazón se inclinaba más hacia el padre Theraponte que hacia el padre Zósimo. Estimaba el ayuno por encima de todo, y no le extrañaba que un ayunador tan extraordinario como el padre Theraponte viera maravillas. Sus palabras parecían absurdas —esto era evidente—, pero Dios sabía lo que significaban. A veces, los más inocentes, inspirados por su amor a Cristo, hablan y obran de un modo todavía más extraño. Le complacía creer sinceramente en el diablo y en su cola apresada, y no como algo alegórico, sino como en una forma material. Además, desde su llegada al monasterio tenía gran prevención contra el *staretismo,* por considerarlo, como tantos otros, como una innovación nociva. Durante el día que había pasado en el monasterio había escuchado las secretas murmuraciones de ciertos monjes de ideas ligeras que se oponían al *staretismo.* Además, era un carácter fisgón que sentía una ávida curiosidad por todo. La noticia del nuevo milagro del padre Zósimo le sumió en una profunda perplejidad. Más tarde, Aliocha recordó las continuas apariciones de este curioso huésped entre los religiosos que rodeaban al *starets* y a su celda, de este monje que se introducia en todas partes, lo escuchaba todo a interrogaba a todo el mundo. Aliocha no le prestó demasiada atención en aquellos momentos, porque tenía otras cosas en qué pensar. El *starets,* que había tenido que acostarse de nuevo debido a su extrema debilidad, se acordó de pronto de Alexei y reclamó su presencia. Aliocha acudió a toda prisa. Alrededor del

enfermo sólo estaban entonces el padre Paisius, el padre José y el novicio Porfirio. El viejo fijó en Aliocha sus fatigados ojos y le preguntó:

—¿Te esperan los tuyos, hijo mío?

Aliocha se turbó.

—¿No lo necesitan? ¿Has prometido a alguno de ellos ir a verlo hoy?

—He prometido ir a ver a mi padre, a mi hermano... y a otras personas.

—Pues vete, vete en seguida y no te preocupes por mi. No moriré sin haber pronunciado ante ti mis últimas palabras. Te las dirigiré a ti, hijo mío, porque sé que tú me quieres. Ve, ve a cumplir tu palabra.

Aliocha se dispuso a obedecer inmediatamente, aunque le dolía alejarse. La promesa de oír las últimas palabras de su maestro, de recibirlas como un legado, le enajenaba de alegría. Se dio prisa, a fin de poder regresar cuanto antes, una vez cumplidos sus compromisos. Cuando salió de la celda, el padre Paisius, que le acompañaba, le dirigió sin preámbulo alguno unas palabras que le impresionaron profundamente:

—Acuérdate siempre, muchacho, de que la ciencia del mundo, que se ha desarrollado extraordinariamente en este siglo, ha disecado nuestros libros santos y, tras un análisis implacable, no ha dejado en ellos nada en pie. Pero los sabios, enfrascados en la labor de disecar las partes, han perdido de vista el conjunto, con una ceguera realmente asombrosa. El conjunto se alza ante ellos tan inquebrantable como antes y el infierno no prevalecerá frente a él. El Evangelio cuenta con diecinueve siglos de existencia y vive tanto en las almas de los hombres como en los movimientos de las masas. Incluso subsiste, siempre inquebrantable, en las almas de los ateos destructores de todas las creencias. Pues esos que reniegan del cristianismo y se revuelven contra él permanecen, en el fondo, fieles a la imagen de Cristo, ya que ni su inteligencia ni su pasión han podido crear para el hombre una pauta superior a la trazada por Cristo. Toda tentativa en este sentido ha fracasado vergonzosamente. Acuérdate de esto, joven, ahora que tu *starets* te envía al mundo desde su lecho de muerte. Tal vez recordando este gran momento no olvides las palabras que te acabo de dirigir para bien tuyo, pues eres joven, y fuertes las tentaciones del mundo, tan fuertes que acaso tú no tengas la resistencia necesaria para hacerles frente. Y ahora márchate, pobre huérfano.

Dicho esto, el padre Paisius lo bendijo. Reflexionando sobre estos inesperados consejos, Aliocha comprendió que había hallado un nuevo amigo y un guía indulgente en aquel padre que hasta entonces le había tratado con rudo rigor. Sin duda, el *starets*, al sentirse a las puertas de la muerte, había encargado al padre Paisius el cuidado espiritual de su joven amigo. Aquella homilía atestiguaba el celo con que el religioso cumplía el encargo. El padre Paisius se había apresurado a armar al joven espíritu para la lucha contra las tentaciones, a preservar al alma joven que se

le transmitía como un legado, levantando en torno de ella la muralla más sólida que le era posible construir.

II. Aliocha visita a su padre

Aliocha empezó por ir a casa de su padre. Por el camino recordó que Fiodor Pavlovitch le había recomendado el día anterior que procurase entrar sin que Iván le viera.

«¿Por qué? —se preguntó—. Aunque me quiera hacer alguna confidencia, esto no explica que yo haya de entrar furtivamente. Sin duda alguna quería decirme otra cosa, ¡pero estaba tan trastornado! ... »

No obstante, se alegró cuando Marta Ignatievna, que le abrió la puerta del jardín (Grigori estaba enfermo, en cama), le dijo que Iván había salido hacía dos horas.

—¿Y mi padre?

—Se ha levantado y está tomando el café —repuso la vieja.

Aliocha entró en la casa. Su padre, sentado ante la mesa, en zapatillas y con una chaqueta vieja, examinaba sus cuentas para distraerse y sin poner en ello gran interés. Su atención estaba en otra parte. Lo habían dejado solo en la casa, pues tampoco estaba Smerdiakov: se había ido a comprar lo que necesitaba para la cocina. Aunque se había levantado temprano y se hacia el valiente, era indudable que se sentía débil y fatigado. Su frente, en la que habían aparecido varios morados, estaba ceñida por un pañuelo rojo. La gran hinchazón de la nariz daba a su rostro una expresión agria y perversa, y Fiodor Pavlovitch se daba cuenta de ello. Al notar la presencia de su hijo le dirigió una mirada nada amistosa.

—El café está frío —dijo secamente—; por eso no te ofrezco. Hoy, querido, sólo comeré una sopa de pescado, y no invito a nadie. ¿A qué has venido?

—Quería saber cómo estabas.

—Claro. Además, yo te rogué ayer que vinieras. Fue una tontería. Te has molestado en balde... Estaba seguro de que vendrías.

Sus palabras reflejaban los peores sentimientos. Se acercó al espejo y se miró la nariz, seguramente por cuadragésima vez desde que se había levantado. Luego se arregló con coquetería el pañuelo rojo que protegía su frente.

—El rojo me sienta mejor que el blanco —dijo con acento sentencioso—. El blanco es un color de hospital. Bueno, ¿qué hay de nuevo? ¿Cómo va tu *starets*?

—Está muy mal. Tal vez no pase de hoy —dijo Aliocha.

Pero su padre ya no le prestaba atención.

—Iván se ha marchado —dijo de pronto Fiodor Pavlovitch, y añadió agriamente, con los labios contraídos y mirando a Aliocha—: Quiere birlar la novia a Mitia. Por eso se ha instalado aquí.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí, hace ya tres semanas. Por lo tanto, no ha venido para asesinarme disimuladamente: busca otra cosa.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Aliocha, aterrado.

—No me pide dinero, verdad es. Por lo demás, aunque me lo pidiera, no se lo daría. Toma nota de esto, mi querido Alexei Fiodorovitch: tengo intención de vivir lo más largamente posible. Por lo tanto, necesito mi dinero. Y cuantos más años tenga, más lo necesitaré.

Fiodor Pavlovitch hablaba con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta amarilla, llena de manchas.

—A los cincuenta y cinco años —siguió diciendo—, conservo la virilidad y espero que esto dure veinte años más. Pero envejeceré, mi aspecto será cada vez más repelente, las mujeres no vendrán a mí de buen grado y habré de atraérmelas por medio del dinero. Por eso quiero reunir mucho dinero y para mí solo, mi querido hijo Alexei Fiodorovitch. Te lo digo claramente: quiero llevar una vida de libertinaje hasta el fin de mis días. No hay nada comparable a ese modo de vivir. Todo el mundo lo censura, pero todos lo adoptan, aunque a escondidas. Yo, en cambio, llevo esta vida a la vista de todos. Esta franqueza explica que todos los bribones hayan caído sobre mí. En cuanto a tu paraíso, Alexei Fiodorovitch, has de saber que no quiero nada de él. Aun admitiendo que exista, no conviene en modo alguno a un hombre de hábitos normales. Allí se duerme uno y ya no se despierta. Haz decir una misa por mí si quieres; si no, vete al diablo. Ésta es mi filosofía. Ayer Iván habló de esto, pero entonces estábamos borrachos. Es un charlatán sin erudición. No es muy instruido, ¿sabes? Aunque no lo dice, se ríe de vosotros: a esto se reduce su talento.

Aliocha escuchaba sin despegar los labios. Fiodor Pavlovitch continuó:

—¿Por qué no me habla sinceramente? Cuando me habla, se hace el malo. Tu Iván es un miserable. Si quisiera, se casaría con Gruchegnka en seguida. Pues, teniendo dinero, Alexei Fiodorovitch, tiene uno todo lo que quiere. Esto es lo que le da miedo a Iván. Me vigila y, para impedir que me case, incita a Mitia a que se me anticipe. Obra así para librarme de Gruchegnka, pues sabe que perdería su posible herencia si me casara. Por otra parte, si Mitia la hace su esposa, Iván podrá quedarse con su acaudalada prometida. Éstos son sus planes. Es un miserable tu Iván.

—Estás irritado —dijo Aliocha—. Son las consecuencias de lo ocurrido ayer. Debes acostarte.

—Tus palabras no me molestan —declaró el viejo—. En cambio, si vinieran de Iván, me habrían sacado de mis casillas. Sólo contigo tengo momentos buenos. Fuera de ellos, soy un hombre malo.

—No es que seas malo, es que tienes trastornado el espíritu —dijo Aliocha sonriendo.

—Pensaba hacer detener a ese bandido de Mitia, y ahora estoy indeciso. Sin duda, hoy se considera un prejuicio respetar a los padres. Sin embargo, la ley no autoriza a coger a un padre por los pelos y patearle la cara en su propia casa. Tampoco permite

amenazarle ante testigos de volver para acabar con él. Si quisiera, podría hacer que lo detuviesen por la escena de ayer.

—Entonces, ¿no piensas denunciarlo?

—Iván me ha disuadido. A mí, Iván me tiene sin cuidado, pero me ha dicho algo interesante.

Se inclinó sobre Aliocha y continuó en tono confidencial:

—Si hago detener a ese granuja, ella se enterará y correrá hacia él. En cambio, cuando ella sepa que Dmitri me ha agredido, a mí, viejo y débil, y que ha estado a punto de matarme, tal vez lo abandone y venga a mi. Tal es su carácter; es un espíritu de contradicción. La conozco muy bien... ¿No quieres un poco de coñac? Entonces toma café frío. Le añadiré un chorrito de coñac, la cuarta parte de una copita, y verás qué bien sabe.

—No, gracias —dijo Aliocha—. Prefiero llevarme ese panecillo, si me lo permites. —Y mientras se guardaba el blando panecillo en el bolsillo de su hábito, añadió, mirando tímidamente a su padre—: No debes beber.

—Tienes razón. El coñac me irrita. Pero sólo un vasito.

Abrió el aparador, llenó el vasito, volvió a cerrar el mueble y se guardó la llave en el bolsillo.

—Con esto me basta. Por un vasito no voy a morirme.

—Te veo mejor.

—Aliocha, a ti te quiero incluso sin haber bebido coñac. En cambio, para los canallas soy un canalla. Iván no va a Tchermachnia. Se queda para espiarme. Quiere saber cuánto le doy a Gruchegnka si viene. Son todos unos miserables. Además, reniego de Iván: no lo comprendo. ¿De dónde ha salido? Su alma no es como la nuestra. Cuenta con mi herencia, pero te voy a decir una cosa: no dejaré testamento. A Mitia de buena gana le aplastaría como a un gusano. Todas las noches trituro algunos con mis zapatillas: a tu Mitia le pasará lo mismo. Digo «tu» Mitia porque sé que tú le quieres. Pero esto no me inquieta. Si le quisiera Iván, no estaría tranquilo. Pero Iván no quiere a nadie. No es de los nuestros. Los hombres como él, querido, no se parecen a nosotros: son como el polvo. Cuando el viento sopla, el polvo se dispersa... Ayer te dije que vinieras porque tuve una ocurrencia disparatada. Quería hacer una proposición a Mitia por mediación tuya. Mi deseo era saber si ese miserable, ese truhán, se avendría, a cambio de mil o dos mil rublos, a marcharse de aquí para cinco años, o, mejor aún, para treinta y cinco, y a renunciar a Gruchegnka...

—Se lo preguntaré —murmuró Aliocha—. Yo creo que por tres mil rublos, Dmitri...

—No, no; ya no has de preguntarle nada. Lo he pensado mejor. Fue una locura que tuve ayer. No le daré nada, ni un céntimo. El dinero lo necesito para mí —repitió Fiodor Pavlovitch con expresivo ademán—. De todas formas, le aplastaré como a un

gusano. No, no le digas nada. Y como aquí ya no tienes nada que hacer, vete. Oye: ¿tú crees que Catalina Ivanovna, esa novia que Dmitri me ha ocultado siempre con tanto temor, se casará con él? Ayer fuiste a verla, ¿verdad?

—No quiere dejarle de ningún modo.

—Tales son los hombres de que se enamoran esas ingenuas damiselas: los libertinos, los bribones. Esas pálidas criaturas son unas infelices. Si yo tuviera la juventud de Mitia y la presencia que tenía de joven, no la suya, pues a los veintiocho años yo valía más que él vale ahora, tendría el mismo éxito... ¡El muy canalla! Pero no tendrá a Gruchegnka, no la tendrá. Lo aniquilaré.

Otra vez perdió el humor.

—Y tú vete —dijo a Aliocha secamente—. Hoy no tienes nada que hacer en mi casa.

Aliocha se acercó a él para despedirse y le dio un beso en el hombro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Fiodor Pavlovitch, sorprendido—. ¿Crees acaso que no nos vamos a ver más?

—No, no; lo he hecho sin pensar en nada.

—Yo también he hablado por hablar —dijo el viejo mirándole. Y gritó a sus espaldas—: ¡Oye, oye; vuelve pronto! ¡Te daré una sopa de pescado estupenda, no como la de hoy! Ven mañana, ¿oyes?

Apenas se hubo marchado Aliocha, volvió al aparador y se bebió medio vaso de coñac.

—¡Basta ya! —gruñó entre resoplidos.

Cerró el aparador y se guardó la llave en el bolsillo. Después, ya en el límite de sus fuerzas, se fue a la cama y en seguida se durmió.

III. Encuentro con un grupo de escolares

«Ha sido una suerte que mi padre no me haya hecho ninguna pregunta sobre Gruchegnka —se decía Aliocha mientras se dirigía a casa de la señora de Khokhlakov—. Si me hubiese preguntado, no habría tenido más remedio que contarle lo que pasó ayer.»

Juzgaba, no sin pesar, que durante la noche los adversarios habrían tomado fuerzas y sus corazones se habrían endurecido.

«Mi padre es irascible y malo. Continúa aferrado a su idea. Dmitri es también un intransigente y debe de tener algún plan. Es necesario que lo vea hoy mismo.»

Pero las reflexiones de Aliocha fueron interrumpidas por un incidente que, a pesar de su poca importancia, no dejó de impresionarle. Cuando estaba cerca de la calle de San Miguel, paralela a la Gran Vía, de la que está separada por un riachuelo —nuestra ciudad está llena de riachuelos—, distinguió en la parte baja, junto al puentecillo, un pequeño grupo de escolares de nueve a doce años como máximo. Regresaban a sus casas después de las clases. Unos llevaban la cartera en bandolera y otros a la espalda a modo de mochila; algunos llevaban abrigo; otros, una simple chaqueta. No faltaban los que llevaban botas con vueltas, esas botas que a los padres acomodados les gusta que exhiban sus mimados hijos. El grupo discutía acaloradamente, al parecer reunido en consejo. A Aliocha le habían encantado siempre los niños —como había demostrado en Moscú—, y aunque sus preferidos eran los pequeñuelos de no más de tres años, los escolares de diez a once también le atraían. De aquí que, a pesar de sus preocupaciones, decidiera abordarlos y entablar conversación con ellos. Al acercarse vio que tenían las caras congestionadas y una o dos piedras en la mano cada uno. Al otro lado del riachuelo, que se hallaba a unos treinta pasos, apoyada la espalda en una cerca, había otro colegial, con la cartera al costado. Tendría diez años a lo sumo. En su pálido semblante había una expresión de odio. Sus negros ojos llameaban. No apartaba la vista de sus camaradas —el grupo de seis escolares—, con los cuales estaba evidentemente enojado. Aliocha se acercó al grupo y, dirigiéndose a un muchacho de pelo rubio y rizado y cara colorada, que llevaba una chaqueta negra, le dijo:

—Cuando yo iba al colegio llevaba la cartera en el lado izquierdo. Así la podía abrir y cerrar con la mano derecha.Tú la llevas en el lado derecho, lo que me parece una incomodidad. Aliocha, aunque sin pensarlo, había iniciado la conversación con esta alusión a un detalle práctico. No debe proceder de otro modo el adulto que desee atraerse la confianza de un niño, y especialmente de un grupo de niños. Instintivamente, Aliocha había comprendido que había que hablar con toda seriedad y de cosas corrientes, a fin de colocarse en un plano de igualdad con aquellos muchachos.

—Es que es zurdo —contestó inmediatamente otro, que debía de frisar en los once años y cuya mirada expresaba resolución. Los otros cinco miraron a Aliocha.

—Tira las piedras con la mano izquierda —observó un tercero.

En este momento pasó una piedra junto a los niños, rozando al zurdo. Afortunadamente, aunque arrojada con destreza y vigor, no había dado en el blanco. La había lanzado el niño que estaba al otro lado del riachuelo.

—¡Hala, Smurov! —gritaron todos—. ¡A él!

El zurdo no necesitó más para replicar al agresor debidamente. Su piedra fue a dar en el suelo, lejos del objetivo. El adversario respondió con un guijarro que alcanzó a Aliocha en un hombro. A pesar de que el chiquillo estaba a treinta pasos de distancia, se veía que llevaba llenos de piedras los bolsillos de su gabán.

—Le ha tirado a usted porque usted es un Karamazov –dijeron los del grupo echándose a reír—. ¡Todos a la vez! ¡Fuego!

Volaron seis piedras al mismo tiempo. Alcanzado en la cabeza por una de ellas, el chiquillo cayó, pero se levantó al punto y respondió furiosamente. El bombardeo fue continuo por ambas partes. Casi todos los del grupo llevaban también los bolsillos llenos de piedras.

—¿No os da vergüenza, muchachos? —exclamó Aliocha—. ¡Seis contra uno! Lo vais a matar.

Y corrió a situarse delante del grupo, exponiéndose a los proyectiles, con objeto de proteger al muchacho del otro lado del río. Tres o cuatro suspendieron el combate momentáneamente.

—¡Es él quien ha empezado! —gritó agriamente el chico que llevaba una blusa roja—. Hace un rato, cuando estábamos en clase, ha herido a Krasotkine con un cortaplumas. Le ha hecho sangre. Krasotkine no ha querido decírselo al profesor. Hay que darle una paliza.

—¿Por qué, si a vosotros no os ha hecho nada?

—Además, le ha dado a usted una pedrada en el hombro —gritó uno de los niños —. Ahora le está mirando a usted para tirarle una piedra. ¡Hula! Todos contra él. ¡No falles, Smurov!

El bombardeo se reanudó, esta vez implacable. El combatiente solitario recibió una pedrada en el pecho. Lanzó un grito, se echó a llorar y huyó cuesta arriba, hacia la calle de San Miguel. Uno del grupo gritó:

—¡«Barbas de Estropajo» ha tenido miedo y ha echado a correr!

—Usted no sabe, Karamazov, lo traidor que es. Matarlo sería poco.

—¿Es un soplón?

Los chicos cambiaron miradas burlonas.

—Si va usted por la calle de San Miguel —continuó el mismo muchacho—, atrápelo. Mire: se ha parado y le está mirando. Le espera.

—Sí, le está mirando —dijeron los demás.

—Pregúntele si le gustan los estropajos de cáñamo. No deje de preguntárselo.

Todos los chicos se echaron a reír. Aliocha se quedó mirándolos y los niños lo miraron a él.

—No vaya; le hará algo malo —dijo noblemente Smurov.

—Amigos míos, no le hablaré de estropajos de cáñamo, pues sin duda es lo que vosotros le decís para mortificarlo. Lo que haré es procurar enterarme por él mismo de por qué le odiáis tanto.

—¡Entérese, entérese! —gritaron los niños entre risas.

Aliocha cruzó el riachuelo por el puentecillo y subió la cuesta bordeando la empalizada, en direción al detestado colegial.

—¡Cuidado! —le gritó uno de los del grupo—. ¡Mire que no le teme! ¡Le atacará a traición como a Krasotkine!

El chico le esperaba sin moverse. Cuando llegó cerca de él, Aliocha se encontró ante un niño de nueve años, débil, endeble, de rostro ovalado, pálido y enjuto, cuyos ojos, oscuros y grandes, le miraban con odio. Llevaba un viejo abrigo que se le había quedado corto. Parte de sus brazos sobresalían de las mangas. En su pantalón, a la altura de la rodilla, había un gran remiendo, y en su zapato derecho, sobre el dedo pulgar, un agujero disimulado con tinta. Los bolsillos del abrigo reventaban de piedras. Aliocha se detuvo a dos pasos de él y le miró con expresión interrogadora. El rapaz, deduciendo de la mirada de Aliocha que éste no tenía intención de pegarle, se envalentonó y fue el primero en hablar.

—¡Yo solo contra seis! —exclamó con ojos centelleantes—. ¡Les zumbaré a todos!

—Has recibido una pedrada que debe de haberte hecho daño —dijo Aliocha.

—También yo le he acertado a Smurov en la cabeza —replicó el chiquillo.

—Me han dicho que tú me conoces y que la pedrada que me has dado la has dirigido adrede contra mi.

El niño le miraba con expresión huraña.

—Yo no lo conozco —siguió diciendo Aliocha—. ¿Me conoces tú acaso?

—¡Déjame en paz! —exclamó de pronto el niño, con voz áspera y mirada hostil.

Pero no se movía del sitio. Parecía esperar algo.

—Bien. Ya me voy —dijo Aliocha—. Pero conste que no lo conozco y que no lo quiero molestar, aunque me sería fácil, porque tus compañeros me han explicado cómo lo podría hacer.

—¡Vete al diablo con tus sotanas! —gritó el niño, siguiendo a Aliocha con su mirada provocativa y llena de odio.

Acto seguido se puso a la defensiva, creyendo que el novicio se iba a arrojar sobre él. Pero Aliocha se volvió, lo miró y siguió su camino. Aún no había dado tres

pasos cuando recibió en la espalda la piedra más grande que el niño había encontrado en el bolsillo de su gabán.

—Conque por la espalda, ¿eh? Ya veo que es verdad lo que me han dicho: que atacas a traición.

Aliocha, que se había vuelto hacia el niño, vio que éste le arrojaba una piedra apuntándole a la cara. Hizo un rápido movimiento para eludir el disparo y la piedra le dio en el codo.

—¿No te da vergüenza? —gritó—. ¿Qué te he hecho yo?

El rapaz esperaba, silencioso y con gesto agresivo, seguro de que esta vez Aliocha iba a contestarle. Pero viendo que su víctima no se movía, se enfureció y se lanzó sobre él. Antes de que Aliocha pudiera hacer el menor movimiento, la fierecilla se había apoderado de su mano izquierda y le había clavado los dientes en un dedo. Aliocha profirió un grito de dolor y trató de retirar la mano. El chiquillo le soltó al fin y volvió al sitio donde antes estaba. El mordisco, próximo a la uña, era profundo. Brotaba la sangre. Aliocha sacó su pañuelo y se envolvió fuertemente la mano herida.

En esto empleó cerca de un minuto. Sin embargo, el bribonzuelo seguía esperando. Aliocha le miró con sus apacibles ojos.

—Bueno —dijo—, ya ves la dentellada que me has dado. Creo que es suficiente, ¿no? Ahora dime qué te he hecho yo.

El niño le miró asombrado. Aliocha continuó con su calma de siempre:

—Yo no lo conozco: es la primera vez que lo veo. Pero sin duda te he molestado en algo: no es posible que me hayas agredido sin ninguna razón. Anda, dime qué es lo que te he hecho, qué falta he cometido contigo.

Por toda respuesta, el niño se echó a llorar y huyó. Aliocha le siguió lentamente por la calle de San Miguel y pudo ver que corrió un buen trecho sin cesar de llorar y sin volverse.

Se prometió a sí mismo buscar a aquel chiquillo cuando tuviera tiempo, a fin de aclarar el enigma.

IV. En casa de los Khokhlakov

Aliocha no tardó en llegar a casa de la señora de Khokhlakov. Esta casa, de piedra y de dos pisos, era una de las mejores de nuestra ciudad. La señora de Khokhlakov habitaba con más frecuencia una finca que poseía en otro distrito o en su casa de Moscú. La que tenía en nuestra población era una antigua propiedad de familia. Por lo demás, la mayor de sus tres haciendas estaba en nuestro distrito, pero la propietaria la había visitado muy pocas veces hasta entonces. Corrió al encuentro de Aliocha en el vestíbulo.

—¿Ha recibido usted la carta en que le explico el nuevo milagro? —preguntó nerviosamente.

—Sí, la he recibido.

—¿Ha hecho correr la noticia? ¡Ha devuelto un hijo a su madre!

—Seguramente morirá hoy —dijo Aliocha.

—Ya lo sé. Estaba deseando hablar de esto con usted o con otro... No, con usted, con usted... ¡Qué contrariedad! ¡No poder ir a verlo!... Toda la ciudad está en tensión, esperando... Oiga, ¿sabe usted que Catalina Ivanovna está aquí, en nuestra casa?

—¡Me alegro! —exclamó Aliocha—. Tenía que ir a verla hoy.

—Lo sé, lo sé. Me han contado detalladamente lo que ocurrió ayer en su casa..., la horrible escena con esa... mujer. *C'est tragique*. En su lugar, yo no sé lo que habría hecho. Y su hermano Dmitri..., ¡qué hombre, Dios mío! ¡Oh Alexei Fiodorovitch, estoy aturdida! No le he dicho que su hermano está aquí. No me refiero a ese hombre terrible, sino al otro, a Iván. Está hablando de cosas importantes con Catalina Ivanovna... ¡Si usted supiera lo que les sucede a los dos! ¡Es espantoso, desgarrador, increíble! ¡Se atormentan a conciencia! Lo saben, pero encuentran en ello una acerba satisfacción. Le esperaba a usted, estaba sedienta de su presencia. No puedo seguir soportando esta situación. Se lo voy a contar todo... ¡Ah! Me olvidaba de lo más importante. Lise sufre una crisis nerviosa. ¿Por qué? Está así desde que ha sabido que ha llegado usted.

—Eres tú la que tiene los nervios de punta, mamá; no yo —dijo de pronto la voz de Lise desde la habitación vecina, a través de la estrecha abertura de la puerta.

Era una voz aguda que al parecer ocultaba un violento deseo de reír. Aliocha había visto aquella rendija y supuesto que por ella le observaba Lise desde su sillón.

—Desde luego, tus caprichos podrían ocasionarme un ataque de nervios. Lo cierto es, Alexei Fiodorovitch, que ha estado enferma toda la noche... Fiebre, gemidos y... ¡qué sé yo! ¡Con qué impaciencia he esperado que se hiciera de día y viniese el doctor Herzenstube! El doctor ha dicho que no sabe lo que tiene y que hay que esperar. Siempre dice lo mismo. Cuando usted ha llegado, Lise ha lanzado un grito y ha dicho que la llevaran a su habitación.

—Mamá, yo no sabía que había venido Alexei Fiodorovitch. Si he dicho que me llevaran a mi habitación no ha sido para huir de él.

—Eso no es verdad, Lise. Julia estaba espiando y se ha apresurado a anunciarte la llegada de Alexei Fiodorovitch.

—No está bien que digas eso, mamaíta. Mejor sería que le dijeses a nuestro amable visitante que ha demostrado tener muy poca cabeza viniendo a esta casa después de lo ocurrido ayer. Todo el mundo se burló de él.

—Te estás pasando de la raya, Lise. Te aseguro que tomaré medidas rigurosas. Nadie se burla de Alexei Fiodorovitch. Y me alegro de veras de que haya venido, pues no sólo lo necesito, sino que me es indispensable. ¡Oh Alexei Fiodorovitch! ¡Qué desgraciada soy!

—¿Por qué, mamaíta? ¿Qué te pasa?

—Me están matando tus caprichos, tu inconstancia, tu enfermedad, tus horribles noches de fiebre, ese espantoso doctor Herzenstube que siempre dice lo mismo..., en fin, todo, todo... Además, ese milagro... ¡Cómo me ha impresionado, mi querido Alexei Fiodorovitch! ¡Cómo me ha conmovido!... ¡Y esa tragedia que se ha desarrollado en el salón..., mejor dicho, esa comedia!... Dígame: ¿cree que el *starets* Zósimo vivirá todavía mañana?... ¿Pero qué me ocurre, Dios mío? A cada momento cierro los ojos y me digo que esto es absurdo, completamente absurdo...

—Le agradeceré —dijo de pronto Aliocha— que me dé un trapito para envolverme este dedo. Me he herido y me hace mucho daño.

Aliocha descubrió su dedo mordido y dejó ver el pañuelo manchado de sangre. La señora de Khokhlakov profirió un grito y cerró los ojos.

—¡Dios santo, qué herida tan espantosa!

Apenas vio el dedo de Aliocha por la rendija, Lise abrió la puerta por completo.

—¡Venga aquí! —le ordenó—. ¡Basta ya de tonterías! ¿Por qué ha tardado usted tanto en decirlo? Habría podido desangrarse, mamá... ¿Cómo se ha hecho eso?... Ante todo hay que traer agua para lavar la herida. Meterá el dedo en agua fría para calmar el dolor y lo tendrá dentro del agua un buen rato... ¡Pronto, mamá: agua en una taza! ¡Pronto, pronto!

Hablaba con nerviosa celeridad. La herida de Aliocha la había impresionado profundamente.

—¿Y si enviáramos en busca del doctor Herzenstube? —preguntó la señora de Khokhlakov.

—¡Acabarás conmigo, mamá! ¿Para qué quieres que venga el doctor? ¿Para que diga que no comprende nada? ¡El agua, mamá; el agua, por el amor de Dios! Ve a ver qué hace Julia que no la trae. Esa mujer nunca llega a tiempo. ¡Corre, mamá!

—¡Pero si no es nada! —dijo Aliocha, asustado ante la inquietud de Lise y su madre.

Llegó Julia con el agua. Aliocha sumergió el dedo.

—¡Por favor, mamá; trae hilas y esa agua turbia que usamos para los cortes! No recuerdo cómo se llama. ¡Tenemos, mamá, tenemos! ¿Sabes dónde está? En tu dormitorio, en el armario, a la derecha. Allí hay un gran frasco. Y también están las hilas.

—Ya voy, Lise, ya voy. Pero no grites, no te exaltes. Observa la serenidad con que Alexei Fiodorovitch soporta el dolor. ¿Cómo se ha hecho eso, Alexei Fiodorovitch?

Y se marchó sin esperar la respuesta. Lise no deseaba otra cosa.

—Ante todo —dijo la joven rápidamente—, contésteme a esta pregunta: ¿dónde se ha herido? Después hablaremos de otras cosas. ¡Hable!

Aliocha comprendió que no había tiempo que perder, a hizo un relato exacto, aunque resumido, de su encuentro con los colegiales. Lise le escuchó sin interrumpirle. Luego enlazó las manos.

—¿Cómo se le ha ocurrido, y más vistiendo ese hábito, mezclarse con unos chiquillos? —exclamó, indignada, como si tuviera algún derecho sobre él—. Me ha demostrado usted que es más chiquillo que ellos. Sin embargo, no deje de enterarse de quién es ese rapaz de malos instintos y cuéntemelo todo después. Ahí debe de haber algún secreto. Ahora, a otra cosa. ¿Puede usted hablar cuerdamente de nimiedades a pesar del dolor?

—¡Claro que sí! Además, el dolor no es muy fuerte.

—Porque tiene usted el dedo en el agua. Por cierto, que hay que cambiarla en seguida, antes de que se caliente. Julia, ve a buscar un poco de hielo a la cueva y otro tazón de agua... Ya se ha marchado. Voy a decirle lo que le quería decir. Mi querido Alexei Fiodorovitch, hágame el favor de devolverme inmediatamente mi carta. Mi madre volverá de un momento a otro y no quiero que...

—No la llevo encima.

—Eso no es verdad; sí que la lleva. Sabía que me daría usted esa contestación. Toda la noche he estado arrepintiéndome de mi estúpida broma. Devuélvame la carta en seguida. ¡Devuélvamela!

—Me la he dejado en mi habitación.

—Sin duda, después de la tontería que he cometido, usted habrá pensado que soy una niña. Perdóneme. Y devuélvame la carta. Si es de verdad que no la lleva encima, tráigamela hoy mismo.

—Hoy me es imposible, pues he de volver al monasterio y quedarme allí. No podré venir a verla de nuevo hasta dentro de dos, de tres o tal vez de cuatro días. El *starets* Zósimo...

—¿Cuatro días? ¡Qué disparate! Dígame: ¿se ha reído mucho de mí?

—Nada absolutamente.

—¿Por qué?

—Porque creo ciegamente lo que me dice en la carta.

—Me ofende usted.

—Apenas la leí, me dije que todos sus deseos se realizarían. Cuando el *starets* Zósimo muera, tendré que dejar el monasterio. Luego acabaré mis estudios, me examinaré y, cuando tengamos la edad que señala la ley, nos casaremos. La querré mucho. Aunque no he tenido tiempo de pensar en ello, he comprendido que nunca hallaré una esposa mejor que usted. Tengo que casarme porque el *starets* me lo ha ordenado.

—Soy una persona anormal, un monstruo —objetó Lise riendo y con las mejillas arreboladas—. Han de llevarme en un sillón de ruedas.

—Yo mismo empujaré el sillón. Pero estoy seguro de que entonces ya estará usted completamente bien.

—¿Está usted loco? —exclamó Lise nerviosamente—. ¡Forjar planes sobre una simple broma!... Aquí llega mamá. Oportunamente, por cierto... ¿Cómo has tardado tanto, mamá? Y aquí tenemos también a Julia con el agua.

—¡Por todos los santos, Lise, no grites! La cabeza me va a estallar... La culpa de que haya tardado tanto es tuya: has cambiado de sitio las hilas... He estado mucho tiempo buscándolas... Sin duda lo has hecho expresamente.

—¿Expresamente? ¿Es que yo sabía que Alexei vendría con un mordisco en un dedo? ¡Qué cosas tan chocantes dices, mamá!

—Admito que sean chocantes; pero te aseguro que hablo con el corazón, al ver ese dedo de Alexei Fiodorovitch y todo lo demás que aquí está sucediendo. Mi querido Alexei Fiodorovitch, no son los detalles por separado lo que me trastorna, no es ese Herzenstube por si solo el que me inquieta, sino el conjunto. Esto es lo que no puedo soportar.

—Deja en paz a Herzenstube, mamá —dijo Lise riendo alegremente—, y dame el agua y las hilas. Esto es agua blanca, Alexei Fiodorovitch: ahora me acuerdo del nombre. ¡Un excelente remedio! Mamá, ¿sabes lo que ha hecho?: pelearse con unos chiquillos en la calle. Uno de ellos le ha mordido. ¿No te parece que esto demuestra que también él es un chiquillo? ¿Y crees que un joven que hace estas cosas puede casarse? Pues se quiere casar, ¿sabes? ¡Alexei casado! ¡Es para morirse de risa!

Y Lise reía con su risita nerviosa, mientras miraba a Aliocha maliciosamente.

—¿Qué dices, Lise? No debes hablar así. Y menos teniendo en cuenta que ese bribonzuelo que le ha mordido puede estar rabioso.

—¡Como si hubiera niños rabiosos!

—¡Pues claro que los hay! A ese muchacho puede haberle mordido un perro rabioso. Entonces él ha contraído la rabia y ha mordido como el perro... ¡Qué bien lo ha curado mi hija, Alexei Fiodorovitch! Yo no habría sabido hacerlo como ella. ¿Le

duele?

—Muy poco.

—¿No le da miedo el agua? —preguntó la joven.

—¡Pero Lise! Porque se me ha ocurrido, sin duda imprudentemente, recordar que existe la hidrofobia, al hablar de ese muchacho, sólo Dios sabe lo que has supuesto... Oiga, Alexei Fiodorovitch: Catalina Ivanovna se ha enterado de su llegada y tiene gran interés en verle.

—¡Oh mamá! Ve tú sola. Él no puede: le duele mucho la herida.

—No me duele en absoluto —protestó Aliocha—. Puedo ir perfectamente.

—¿Conque quiere marcharse? Está bien.

—Cuando haya terminado con ella, volveré y charlaremos cuanto le plazca. Quiero ver en seguida a Catalina Ivanovna, porque así podré regresar antes al monasterio.

—¡Llévatelo, mamá! Alexei Fiodorovitch, no se moleste en venir a verme después de haber hablado con Catalina Ivanovna. Váyase en seguida al monasterio, pues allí está su vocación. Además, estoy deseando irme a dormir: no he pegado los ojos en toda la noche.

—Ya veo que no hablas en serio, Lise —dijo su madre—. Sin embargo, te convendría dormir un poco.

—Si usted quiere —balbuceó Aliocha—, me estaré aquí tres o cuatro minutos más, hasta cinco.

—¡Llévatelo en seguida, mamá! ¡Es un monstruo!

—¡Lise! ¿Has perdido el juicio? Vámonos, Alexei Fiodorovitch. Hoy está demasiado nerviosa y no quiero que se acalore más. Una mujer nerviosa es una verdadera desgracia... Pero acaso sea verdad que quiere dormir. Ha sido una suerte que su presencia haya bastado para que sienta sueño.

—Eres muy amable, mamá. Te mando un beso por lo que acabas de decir.

—Te lo devuelvo, Lise.

Y murmuró a Aliocha con acento misterioso, mientras se alejaban:

—Alexei Fiodorovitch, no quiero anticiparle nada para no influir en usted. Usted mismo lo verá: es algo espantoso, el drama más desgarrador que se puede concebir. Catalina Ivanovna está enamorada de su hermano Iván y quiere convencerse a sí misma de que ama a Dmitri. Le acompañaré y, si me lo permiten, me quedaré.

V. Escena en el salón

En el salón había terminado la conferencia. Catalina Ivanovna estaba agitadísima, pero conservaba su actitud resuelta. Cuando Aliocha y la señora Khokhlakov aparecieron, Iván Fiodorovitch se puso en pie para marcharse. Estaba un poco pálido. Su hermano le miró, inquieto. Acababa de hallar la solución de un enigma que le atormentaba desde hacia algún tiempo. En el mes último le habían insinuado varias veces que su hermano Iván estaba enamorado de Catalina Ivanovna y, sobre todo, decidido a « birlar» la novia a Mitia. Al principio, esto pareció a Aliocha una monstruosidad y le inquietó profundamente. Quería a sus dos hermanos y le intranquilizaba su rivalidad. Sin embargo, Dmitri le había dicho el día anterior que Iván le hacia un gran favor siendo su rival y que esta oposición le hacía feliz. ¿Por qué? ¿Porque se podría casar con Gruchegnka? Esto era un anhelo desesperado. Además, hasta la tarde anterior, Aliocha había creido firmemente en el amor vehemente y obstinado de Catalina Ivanovna por Dmitri. Juzgaba que Catalina Ivanovna no podía querer a un hombre como Iván y que amaba a Dmitri tal como era, a pesar de lo que este amor tenía de extraño. Pero a raíz de su escena con Gruchegnka había cambiado de opinión.

La señora de Khokhlakov había empleado la expresión «drama desgarrador», y Aliocha se estremeció al oírla, pues aquella mañana, al despertarse cuando amanecía, él había pronunciado dos veces la palabra «desgarradora» , seguramente obsesionado por sus sueños de aquella noche, que habían girado alrededor de la escena provocada por Gruchegnka. La afirmación categórica de la dama de que Catalina Ivanovna amaba a Iván y que su amor por Dmitri no era sino una ilusión, un penoso deber que se imponía a sí misma por gratitud había impresionado profundamente a Aliocha, que se decía que tal vez fuera verdad. Pero, entonces, ¿en qué situación quedaba Iván? Aliocha se decía que una mujer del carácter de Catalina Ivanovna necesitaba dominar, y este dominio lo podía ejercer sobre Dmitri, pero no sobre Iván. Dmitri podría someterse algún día a ella por su propia felicidad, y Aliocha deseaba que así fuese. En cambio, Iván, ni se sometería, ni esta sumisión podía hacerle feliz, según el concepto que Aliocha tenía de él.

Aliocha entró en el salón acosado por estos pensamientos. De súbito acudió a su mente otra idea: ¿y si Catalina Ivanovna no quisiera a ninguno de los dos? Hagamos constar que Aliocha se avergonzaba de estos pensamientos, que le asaltaban de vez en cuando desde hacía unas semanas. «¿Cómo puedo hacer estas deducciones no entendiendo nada del amor ni de las mujeres?», se decía cada vez que pensaba en ello. Sin embargo, la reflexión se imponía, y Aliocha comprendía que su rivalidad tenía una importancia capital en el destino de sus dos hermanos. «Los reptiles se devoran unos a otros», había dicho Iván el día anterior en un momento de irritación,

refiriéndose a su padre y a su hermano. Así, tal vez desde hacía mucho tiempo, Dmitri era un reptil para Iván. ¿No habría nacido en él esta idea cuando conoció a Catalina Ivanovna? Sin duda, la frase se le había escapado, pero esto aumentaba su gravedad. En estas condiciones, ¿qué paz podía haber en la familia cuando surgieran nuevos motivos de odio? ¿Y a quién podía compadecer? Los quería a todos por igual, ¿pero qué podía desear a cada uno de ellos en aquel laberinto de contradicciones? Aliocha se perdía en aquel dédalo y su corazón no podía soportar la incertidumbre que lo agitaba, pues su amor tenía siempre un carácter activo. Al ser incapaz de querer pasivamente, su cariño se traducía siempre en ayuda. Mas para prestar esta ayuda era necesario tener una finalidad, saber lo que convenía a cada cual y obrar en consecuencia. Y él no podía encontrar ningún fin en medio de aquella confusión. Le habían hablado del afán de torturarse uno mismo. Pero tampoco esto lo comprendía. Decididamente, la clave del enigma no estaba a su alcance.

Al ver a Aliocha, Catalina Ivanovna dijo vivamente a Iván Fiodorovitch, que se había levantado para marcharse:

—¡Un momento! Quiero conocer la opinión de su hermano, en quien tengo plena confianza. Catalina Osipovna —añadió dirigiéndose a la señora de Khokhlakov—, quédese usted también.

Ésta se situó al lado de Iván Fiodorovitch, y Aliocha enfrente, junto a Catalina Ivanovna.

—Ustedes son amigos míos, los únicos que tengo en el mundo —empezó a decir la joven con voz ardiente, empañada de un dolor sincero que le atrajo de nuevo las simpatías de Aliocha—. Usted, Alexei Fiodorovitch, presenció ayer aquella escena horrible. Ignoro lo que habrá pensado de mí, pero sé que si tal situación se repitiera, mi conducta y mis palabras serían las mismas. Usted recordará que tuvo que contenerme —y al decir esto enrojeció y brillaron sus ojos—. Le confieso, Alexei Fiodorovitch, que estoy en un mar de confusiones. ¿Le quiero? Lo ignoro. Le compadezco, y esto es un mal indicio para el amor. Si todavía le amara, no sería piedad lo que ahora sentiría por él, sino odio.

Su voz temblaba; las lágrimas brillaban en sus pestañas. Aliocha estaba emocionado. «Esta muchacha es noble, sincera —se decía—, y no quiere a Dmitri.»

—Exacto, exacto —exclamó la señora de Khokhlakov.

—Un momento, mi querida Catalina Osipovna. Aún no le he dicho lo más importante: la resolución que he tomado esta noche. Me doy cuenta de que esta decisión puede ser terrible para mí, pero advierto también que no la modificaré por nada del mundo. Iván Fiodorovitch, que es para mí un generoso y amable consejero, un confidente y el mejor amigo, ha aprobado enteramente y alabado mi resolución.

—Sí, la apruebo —dijo Iván Fiodorovitch en voz baja pero firme.

—No obstante, quiero que Aliocha..., ¡oh, perdone que le haya llamado así!...,

quiero que Alexei Fiodorovitch me diga delante de ustedes si obro bien o mal.

Y exaltada, cogiendo con su ardiente mano la fría del joven, añadió:

—Estoy segura, Aliocha, hermano mío (pues un hermano es usted para mí), de que su juicio, su aprobación, me tranquilizará, que sus palabras me traerán la calma y la resignación.

—No sé lo que usted me pregunta —respondió Aliocha enrojeciendo—. Lo único que puedo decirle es que cuenta usted con mi estimación y que deseo para usted más felicidad que para mi. Pero le advierto que no entiendo de esas cosas —se apresuró a decir sin saber por qué.

—Lo principal en todo esto es el honor y el deber y también algo más elevado que supera tal vez al deber mismo. Mi corazón me ha impuesto un sentimiento pavoroso que me arrastra irresistiblemente. En una palabra, que he tomado una resolución irrevocable. Aunque se case con esa... mujer, a la que yo no podré perdonar nunca, no le abandonaré. ¡No, no le abandonaré jamás! —exclamó, presa de una exaltación morbosa—. Pero no crean ustedes que tengo la intención de perseguirle, de imponerle mi presencia, de importunarle. ¡No, de ningún modo! Me iré a otra parte, a otra población cualquiera, y desde allí no dejaré de interesarme por él. Cuando sea desgraciado con la otra, cosa que no tardará en ocurrir, podrá volver a mi lado y encontrará en mí una amiga, una hermana... Sí, sólo una hermana, y para toda la vida, una hermana que le querrá y sacrificará por él su existencia entera. A fuerza de perseverancia, conseguiré que al fin me tenga afecto y me lo cuente todo sin sonrojarse.

Y exclamó como en un delirio:

—Seré para él como Dios y me dirigirá sus oraciones. Es lo mejor que puede hacer para compensarme de su traición y de lo que tuve que soportar ayer por su culpa. Y verá que, a pesar de su traición, yo permaneceré fiel a mi palabra. No seré para él sino el medio, el instrumento que le asegurará la felicidad para toda la vida, ¡para toda la vida! Ésta es mi resolución. Iván Fiodorovitch la aprueba sin reservas.

Se ahogaba. Sin duda, su deseo había sido expresar su pensamiento más dignamente y con más naturalidad, pero lo había hecho precipitadamente y sin el menor disimulo. Hubo en sus palabras mucha excitación juvenil, algo de la irritación que le había producido la escena de la tarde anterior y cierta necesidad de mos asombró a Aliocha. La desdichada y herida joven que lloraba con el corazón desgarrado cedió en un instante su puesto a una mujer completamente dueña de sí misma y, además, tan satisfecha como si acabara de recibir una gran alegría.

—No es su marcha lo que me alegra, desde luego —advirtió con una encantadora sonrisa de mujer mundana—. Un amigo como usted no puede creer tal cosa. Por el contrario, su partida me apena de veras.

Se arrojó sobre Iván Fiodorovitch, se apoderó de sus manos y las estrechó

calurosamente.

—Lo que me alegra –continuó —es que podrá usted exponer a mi tia y a Ágata mi situación con todos sus horrores. A Ágata puede hablarle usted con toda franqueza, pero con mi querida tia sea más prudente. Usted sabe mejor que nadie cómo se hacen estas cosas. No puede usted imaginarse hasta qué punto me he torturado el cerebro ayer y esta mañana, tratando de hallar el modo de darles esta espantosa noticia. Su viaje me soluciona el problema, ya que usted podrá visitarlas y explicarles todo lo ocurrido. ¡Oh, qué feliz soy! Pero sólo por esta circunstancia, se lo repito, pues su presencia es para mí indispensable... Voy a escribir una carta —terminó, dando un paso hacia la puerta.

—Se olvida usted de Aliocha —exclamó la señora de KhokhIakov en un tono en que el sarcasmo se mezclaba con la irritación—. Usted ha dicho que anhelaba conocer la opinión de Alexei Fiodorovitch.

—No lo he olvidado —repuso Catalina Ivanovna deteniéndose—. ¿Pero por qué es usted tan dura conmigo en un momento como éste, Catalina Osipovna? —añadió en un tono de amargo reproche—. Mantengo lo dicho: necesito conocer su opinión, mejor dicho, su decisión. La aceptaré como una ley. Esto, Alexei Fiodorovitch, le demostrará hasta qué extremo tengo sed de sus palabras... ¿Pero qué le pasa?

—Nunca lo hubiera creído, de ningún modo me lo podía imaginar —dijo Aliocha, consternado.

—¿Qué es lo que le sorprende?

—Le dice que se va a Moscú y usted se muestra alborozada. Luego explica que no es su marcha lo que le alegra y que, por el contrario, su viaje la apena, porque pierde usted... un amigo. Pero esto es una ficción.

—¿Una ficción? ¿Qué dice usted? —exclamó Catalina Ivanovna, atónita. Y enrojeció, frunciendo las cejas.

—Aunque usted afirma que echará de menos a su amigo, ha dicho claramente que su partida la hacía feliz.

Aliocha, de pie junto a la mesa, jadeaba de emoción.

—¿Qué quiere usted decir? No lo comprendo.

—Ni yo mismo lo sé. Esto ha sido como un repentino relámpago de lucidez... Bien sé que no tengo facilidad de palabra, pero hablaré a pesar de todo —afirmó con voz trémula y entrecortada—. Seguramente, usted no ha querido nunca a Dmitri... Él tampoco la ha amado a usted, creo yo; lo único que ha sentido por usted ha sido simple estimación... No sé cómo me atrevo a hablar de este modo. Pero alguien ha de decir aquí la verdad, ya que nadie se atreve a hacerlo.

—¿Qué verdad? —exclamó Catalina Ivanovna, fuera de sí.

—Lo que usted debe hacer —dijo Aliocha, con una resolución que para él fue como arrojarse al vacío— es enviar en busca de Dmitri. Yo lo encontraré si usted

quiere. Que venga para coger la mano de usted y la de mi hermano Iván, y unirlas. Usted hace sufrir a mi hermano Iván porque lo quiere. Su amor por Dmitri es una dolorosa mentira en la que usted quiere creer a toda costa.

Aliocha se detuvo en seco.

—Usted está loco, ¡loco! —exclamó Catalina Ivanovna, pálida y con los labios crispados.

Iván Fiodorovitch se levantó con su sombrero en la mano.

—Estás en un error, mi querido Aliocha —dijo con una expresión que su hermano no había visto en él jamás, una expresión de sinceridad juvenil, de arrolladora franqueza—. Catalina Ivanovna no me ha querido nunca. Sabe que yo la amo, y desde hace mucho tiempo, aunque no se lo he dicho, y no me ha correspondido jamás. Tampoco me ha considerado como un amigo en ningún momento: es demasiado orgullosa para necesitar mi amistad. Me retenía a su lado para vengarse en mí de las continuas ofensas que le infligía Dmitri, empezando por la de su primer encuentro, pues esta escena ha quedado grabada en su corazón como una ofensa. Mi papel junto a ella ha consistido simplemente en oír hablar de su amor por él... Me voy, Catalina Ivanovna. No le quepa duda: usted le ama a él y sólo a él. Y su amor está en proporción con sus ofensas. Esto es lo que la atormenta. Usted le ama tal como es, con su mal comportamiento. Si se enmendara, dejaría de amarlo inmediatamente y lo abandonaría. Usted lo necesita para contemplar en él su propia lealtad heroica y reprocharle su traición. Todo esto es orgullo. Se siente usted humillada, pero la culpa es de su orgullo. Soy demasiado joven y la amaba demasiado. Sé que no he debido hablar así, que mi cónducta habría sido más digna si me hubiera limitado a dejarla a usted. Esto la habría herido menos. Pero me voy lejos y no volveré nunca. No quiero respirar esta atmósfera de exageraciones. Por otra parte, no tengo nada más que decirle... Adiós, Catalina Ivanovna. No me guarde rencor, pues mi castigo es cien veces más duro que el suyo, ya que consiste en no voverla a ver. Adiós. No quiero estrechar su mano. Me ha hecho usted sufrir demasiado y a sabiendas, para que ahora pueda perdonarla. Más adelante, tal vez; pero ahora no quiero su mano. *Den Dank, Dame, begerh'ich nicht*[42] —añadió, demostrando que podía citar a Schiller de memoria, cosa que Aliocha nunca hubiera creído.

Y se marchó sin ni siquiera saludar a la dueña de la casa. Aliocha enlazó las manos con gesto suplicante.

—¡Iván! —le llamó, desesperado—. ¡Iván!... No, ya no volverá. ¡Por nada del mundo! —exclamó, presa de un amargo presentimiento—. ¡La culpa ha sido mía! Yo he sido el primero en hablar de esa cuestión, Iván no ha dicho lo que siente: ha hablado bajo el imperio de la cólera. ¡Es necesario que venga! —gritó como si hubiera perdido la razón.

Catalina Ivanovna pasó a una habitación vecina.

La señora de Khokhlakov murmuró calurosamente, dirigiéndose a Aliocha:

—No tiene usted nada que reprocharse. Se ha conducido usted como un ángel. Haré todo lo posible para impedir que se vaya Iván Fiodorovitch.

La alegría iluminaba su semblante, lo que mortificaba cruelmente a Aliocha. Catalina Ivanovna reapareció de súbito con dos billetes de cien rublos en la mano.

—Tengo que pedirle un gran favor, Alexei Fiodorovitch —dijo con perfecta calma, como si nada hubiera sucedido—. Hace alrededor de ocho días, Dmitri Fiodorovitch cometió, sin poder contenerse, un acto injusto y escandaloso. En una taberna de mala fama se encontró con ese oficial de la reserva, ese capitán que el padre de ustedes utilizaba para ciertos asuntos. Indignado contra este oficial, fuera por lo que fuere, Dmitri Fiodorovitch lo cogió por la barba y lo arrastró hasta la calle, donde estuvo un buen rato zarandeándolo. Me han dicho que el hijo de este desgraciado, un colegial todavía, acudió llorando, pidió clemencia y rogó a los transeúntes que defendieran a su padre, pero que lo único que hizo la gente fue reírse. Perdóneme, Alexei Fiodorovitch, pero no puedo recordar sin indignación este acto vergonzoso del que sólo Dmitri Fiodorovitch es capaz cuando le ciegan la cólera y la pasión. No puedo darle detalles del suceso. Es una acción que me duele y me confunde. He pedido informes de ese desgraciado y he sabido que es muy pobre y que le llaman Snieguiriov. Cometió una falta en el servicio y lo destituyeron. Tampoco sobre esto puedo darle detalles. Lo que sé es que ahora, con toda su infortunada familia, con sus hijos enfermos y su mujer loca, según parece, ha caído en la más profunda miseria. Vive en esta ciudad desde hace mucho tiempo. Tenía un empleo de copista y lo ha perdido. He puesto los ojos en usted..., mejor dicho, he pensado que... ¡Ah, cómo me confunde este asunto!... Quería rogarle, mi querido Alexei Fiodorovitch, que fuera a casa de ese hombre con un pretexto cualquiera, y, delicadamente, prudentemente, como sólo usted es capaz de hacerlo —al oír esto Aliocha enrojeció—, le entregara este donativo, estos doscientos rublos... Sin duda, los aceptará, pero, si se resiste, usted debe convencerle de que los tome. Sepa usted que esto no es una indemnización para evitar que él denuncie el caso..., cosa que quería hacer, según tengo entendido. Esto es simplemente una demostración de simpatía, el deseo de acudir en su ayuda. Los debe entregar usted en mi nombre, como prometida a Dmitri Fiodorovitch, y no en nombre de su hermano... Hubiera ido yo misma, pero he pensado que usted lo hará mejor que yo. Vive en la calle del Lago, en casa de la señora de Kalmykov. Por el amor de Dios, Alexei Fiodorovitch, hágame este favor... Estoy un poco... fatigada. Adiós.

Y desapareció tan rápidamente detrás de una puerta, que Aliocha no tuvo tiempo de decirle ni una palabra. Hubiera querido pedirle perdón, acusarse a sí mismo, pues su corazón rebosaba de arrepentimiento y él no quería marcharse así. Pero la señora

Khokhlakov lo cogió del brazo y se lo llevó. Ya en el vestíbulo, lo detuvo.

—Es orgullosa —dijo a media voz—, lucha contra sí misma, pero en el fondo es buena, amable, generosa. Cada vez la quiero más; la alegría ha vuelto a mí. Querido Alexei Fiodorovitch, ¿sabe usted que todas nosotras, sus dos tías, yo a incluso Lise, sólo tenemos un deseo desde hace un mes? No cesamos de rogarle que deje a su hermano preferido, a Dmitri, que no la quiere en absoluto, y se case con Iván, ese excelente a instruido joven que la mira como a un ídolo. Hemos urdido un verdadero complot, y tal vez es el único motivo de que permanezca todavía aquí.

—Pero ella ha llorado; se siente todavía ofendida —exclamó Aliocha.

—No crea en las lágrimas de las mujeres, Alexei Fiodorovitch. En esto me pongo enfrente de las mujeres y al lado de los hombres.

La vocecita un tanto agria de Lise se oyó detrás de la puerta.

—¡Lo mimas demasiado, mamá!

—Yo he sido la causa de todo; he cometido una gran falta —dijo Aliocha cubriéndose la cara con las manos, dolorosamente averponzado de su reciente intervención.

—Por el contrario, ha obrado usted como un ángel; estoy dispuesta a repetirlo mil veces.

—¿En qué ha obrado como un ángel, mamá? —preguntó de nuevo Lise.

—Yo creía, no sé por qué —prosiguió Aliocha, como si no hubiera oído la voz de Lise—, que ella quería a Iván, y he dicho esa tontería. ¿Qué ocurrirá ahora?

—¿De qué habláis, mamá? —preguntó Lise—. ¡Oh, mamá! ¡Me estás matando! Te pregunto y no me contestas.

En ese momento llegó la doncella a toda prisa.

—Catalina Ivanovna está llorando. Tiene un ataque de nervios.

—¿Qué pasa, mamá? —preguntó Lise, alarmada—. ¡Ah! ¡A mí sí que me va a dar un ataque!

—No grites, Lise, por el amor de Dios. Eres tú la que va a matarme a mí. Una muchacha de tu edad no puede saberlo todo como las personas mayores. Cuando vuelva, te contaré lo que te pueda contar. ¡Voy corriendo, Dios mío! Un ataque es buena señal, Alexei Fiodorovitch, muy buena señal. En estos casos voy siempre contra las mujeres, sus ataques y sus lágrimas. Julia, ve a decirle que ya voy. Si Iván Fiodorovitch se ha marchado, la culpa es de ella. Pero no se habrá marchado... ¡Lise, no grites, por el amor de Dios! ¿Pero qué digo? No eres tú la que gritas, sino yo. Perdona a tu madre. ¡Estoy encantada, entusiasmada! ¿Ha visto usted, Alexei Fiodorovitch, la desenvoltura con que ha salido su hermano de la habitación después de haberle dicho lo que le tenía que decir? ¡Un intelectual hablar con tanto calor, con una franqueza tan juvenil, con una inexperiencia tan encantadora! Todo esto es adorable... ¡Y ese verso alemán que ha citado! Me voy corriendo, Alexei

Fiodorovitch. Cumpla el encargo de Catalina Ivanovna con la mayor rapidez posible y vuelva cuanto antes... ¿No necesitas nada, Lise? Por lo que más quieras, no retengas a Alexei Fiodorovitch. Volverá en seguida.

La señora de Khokhlakov se fue, al fin. Antes de marcharse, Aliocha fue a abrir la puerta que ocultaba a Lise.

—¡No quiero verle, Alexei Fiodorovitch! —gritó la joven—. ¡No, por nada del mundo! Hábleme a través de la puerta. ¿En qué se ha portado usted como un ángel? Esto es lo único que quiero saber.

—¡He cometido una gran estupidez, Lise! Adiós.

—¡Haga el favor de no marcharse así!

—¡Lise, tengo un grave pesar! Volveré en seguida. Estoy profundamente apenado.

Y salió del vestíbulo corriendo.

VI. Escena en la isba

Aliocha no había experimentado casi nunca una pena tan honda. Jamás debió cometer la torpeza de intervenir en un asunto sentimental. «¿Qué sé yo de estas cosas? La vergüenza que siento es un castigo merecido. Lo peor es que voy a ser la causa de nuevas calamidades... ¡Y pensar que el *starets* me ha enviado aquí para conciliar y aunar voluntades! ¿Es así como se une a las personas?» Entonces se acordó de que había hablado de «unir» las manos de Iván y Catalina Ivanovna, y otra vez se sonrojó. «Aunque haya obrado de buena fe, habrá que proceder con más inteligencia en el futuro», concluyó, sin ni siquiera sonreír ante la sutileza.

El encargo de Catalina Ivanovna lo condujo a la calle del Lago, y su hermano vivía precisamente en una callejuela vecina. Aliocha decidió pasar primero por casa de Dmitri, aunque presumía que estaría ausente. Sospechaba que su hermano huía de él, pero se dijo que había que encontrarlo a toda costa. El tiempo pasaba. La idea de que el *starets* se estaba muriendo no se había apartado de él ni un instante desde que había salido del monasterio.

En el relato de Catalina Ivanovna había un detalle que le interesaba extraordinariamente. Cuando la joven había hablado de un colegial, hijo del capitán, que había acudido llorando al lado de su padre, Aliocha había tenido repentinamente la ocurrencia de que este muchacho era el mismo que le había mordido en un dedo cuando él le preguntó en qué le había ofendido. Ahora estaba casi seguro de que no se equivocaba, aunque ignoraba por qué. Estas preocupaciones inexplicables desviaron su atención, y Aliocha decidió no volver a pensar en el mal que acababa de hacer y obrar en vez de atormentarse con el arrepentimiento. Esta idea le devolvió el coraje. Al entrar en la calleja donde vivía Dmitri notó que tenía apetito y sacó del bolsillo el panecillo que había tomado de la mesa de su padre. Se lo comió sin dejar de andar y se sintió reconfortado.

Dmitri no estaba. Los dueños de la casita —un viejo carpintero, su mujer y su hijo— miraron a Aliocha con desconfianza.

—Hace ya tres días que pasa las noches fuera de casa —dijo el carpintero respondiendo a las preguntas de Alexei—. No debe de estar en la ciudad.

Aliocha comprendió que el carpintero se había limitado a repetir lo que Dmitri le había pedido que dijese. Con deliberada franqueza, Alexei preguntó si Dmitri no estaría en casa de Gruchegnka o escondido en la de Foma, y observó que todos le miraban con inquietud. Entonces pensó: «Lo quieren, puesto que lo ayudan. Más vale así.»

Al fin encontró en la calle del Lago la casa de la señora de Kalmykov, pequeño edificio que se caía de viejo, con tres ventanas que daban a la calle y un patio sucio, por el que se paseaba una vaca. Del patio se pasaba al vestíbulo. A la izquierda

habitaba la vieja propietaria con su hija, también entrada en años. Las dos eran sordas, como Alexei pudo comprobar. Cuando Aliocha hubo repetido varias veces la pregunta de dónde vivía el capitán, una de las mujeres comprendió al fin que el joven preguntaba por los inquilinos y le señaló con el dedo una puerta que daba paso a la mejor habitación de. la isba. En esta pieza consistía toda la vivienda del capitán. Ya iba a abrir Aliocha la puerta, cuando se detuvo, sorprendido por el gran silencio que reinaba en el interior. Sin embargo, el capitán tenía familia, según le había explicado Catalina Ivanovna. Alexei pensó: «Sin duda, están todos durmiendo. También puede ser que me hayan oído y estén esperando que abra la puerta. Será mejor que llame antes.» Llamó y, al cabo de unos diez segundos, se oyó una áspera voz varonil.

—¿Quién es?

Aliocha abrió la puerta, franqueó el umbral y se encontró en una sala bastante espaciosa pero obstruida por un crecido número de personas y de trapos. A la izquierda, en primer término, había una gran estufa rusa. De ésta a la ventana de la izquierda habían tendido una cuerda que cruzaba toda la habitación y de la que pendían una serie de andrajos. A cada lado de la habitación había una cama con cubiertas de punto. Sobre una de ellas, la de la izquierda, se veían cuatro almohadas sobrepuestas, cada una más pequeña que la de abajo. En la cama de la derecha sólo había una almohada de escasas dimensiones. Más allá, una cortina —una simple tela — que colgaba de una cuerda tendida en el ángulo, aislaba el reducido espacio de un rincón. Detrás de esta cortina había un banco y una silla que hacían las veces de cama. Cerca de la ventana central había una mesa rústica, de forma cuadrada. Las tres ventanas, de vidrios empañados y revestidos de un moho verdoso, estaban cerradas herméticamente, y la atmósfera era asfixiante en la habitación sumida en la penumbra. En la mesa había una sartén con restos de huevos fritos, una rebanada de pan a la que faltaba un trozo y una botella de medio litro en la que quedaba un poco de aguardiente.

Al lado de la cama de la izquierda, sentada en una silla, había una mujer de aspecto distinguido, que llevaba un vestido de indiana. Era delgada en extremo y su rostro enjuto y pálido evidenciaba la falta de salud. Pero lo que más sorprendió a Aliocha de ella fue la mirada de sus grandes y oscuros ojos, interrogadora y arrogante a la vez. De pie al lado de la ventana de la izquierda había una joven de rostro antipático y cabellos ralos y rojos, que vestía pobremente aunque con gran pulcritud. Esta muchacha se había limitado a dirigir a Aliocha una mirada rápida y despectiva. A la derecha, sentada cerca de la cama, había otra mujer joven, una pobre criatura de unos veinte años, jorobada a inválida, de pies inertes, como le explicaron en seguida a Aliocha. Se veían sus muletas en un rincón, entre la cama y la pared. Los magníficos ojos de la pobre muchacha se posaron dulcemente en Aliocha.

Sentado a la mesa y dando fin a una tortilla había un hombre de unos cuarenta y

cinco años, de pequeña talla y débil constitución, delgado, de pelo rojo y cuya barba rala tenía gran semejanza con un estropajo. Esta comparación, y sobre todo la palabra «estropajo», acudieron a la mente de Aliocha apenas fijó la vista en el comensal. Sin duda, era él quien había contestado a la llamada de Aliocha, pues no había otro hombre en la habitación. Cuando Alexei entró, el personaje se levantó de súbito, se limpió la boca con una servilleta agujereada y fue al encuentro del visitante.

—Un monje que pide para su monasterio. ¡A buen sitio viene! —dijo la muchacha que estaba en el rincón de la izquierda.

El hombre que había avanzado hacia Aliocha giró sobre sus talones y replicó con voz contenida:

—No, Varvara Nicolaievna; no viene a eso; te has equivocado. —Y volviéndose de nuevo hacia el visitante, le preguntó—: ¿Qué le trae a este retiro?

Aliocha le observó atentamente. Este hombre al que vela por primera vez tenía un algo de punzante irritación. Estaba ligeramente bebido. Su rostro reflejaba un descaro connatural y, al mismo tiempo —cosa extraña—, una evidente cobardía. Se veía en él al hombre que vivía desde hacía mucho tiempo en una sujeción forzosa y estaba ávido de hacer de las suyas, o, mejor todavía, a un hombre que ardía en deseos de golpearnos, aunque temiendo nuestros golpes. En sus expresiones y en el tono hiriente de su voz se percibía un humor extraño, unas veces maligno, otras tímido, intermitente y desigual. Había pronunciado la palabra «retiro» temblando, con los ojos muy abiertos y acercándose tanto a Aliocha, que éste dio maquinalmente un paso atrás. Llevaba un abrigo de algodón, de color oscuro, en pésimo estado, lleno de manchas y remiendos. Sus pantalones a cuadros, de un color muy claro en desuso desde hacía mucho tiempo, de una tela delgadísima y arrugada en los bajos, se le habían encogido de tal modo, que le daban el aspecto de un muchacho que había crecido.

—Soy Alexei Karamazov —repuso Aliocha.

—Ya lo sé —dijo el extraño individuo, demostrando que conocía la identidad del visitante—. Yo soy el capitán Snieguiriov. Pero lo importante es saber a qué ha venido.

—No he venido para nada importante... Pero tengo algo que decirle. De modo, que si usted me lo permite...

—Aquí tiene una silla. Tenga la bondad de sentarse, como se decía en las comedias antiguas.

Con rápido movimiento, el capitán cogió una silla, una simple silla con asiento de madera, y la colocó casi en el centro de la habitación. Cogió otra para él y se sentó ante Aliocha. De nuevo se acercó tanto, que las rodillas de uno y otro casi se tocaban.

—Soy Nicolás Ilitch Snieguiriov, ex capitán de segunda de la infantería rusa, envilecido por sus vicios, pero capitán al fin y al cabo.

Describió entre chistes y juegos de palabras su modesta posición y siguió diciendo:

—Pero no ceso de preguntarme en qué he podido excitar su curiosidad. Como ve, mi modo de vivir no me permite recibir visitas.

—He venido para tratar de cierto asunto que...

—¿Qué asunto? —le interrumpió el capitán, impaciente.

—Se trata de su encuentro con mi hermano Dmitri —repuso Aliocha, cohibido.

—¿Qué encuentro? ¿No se referirá usted a «Barbas de Estropajo»?

Y esta vez avanzó tanto, que sus rodillas tocaron las de Aliocha. Sus labios apretados formaban una delgada línea.

—¿Qué «Barbas de Estropajo» ? —murmuró Aliocha.

—Ha venido a quejarse de mí, papá —dijo una voz detrás de la cortina, una voz que no era desconocida para Aliocha, la del niño con el que se había encontrado en la calle—. Le he mordido en un dedo.

La cortina se apartó y Aliocha vio a su enemigo en el rincón, bajo los iconos, sobre un lecho improvisado con un banco y una silla. El niño estaba echado y envuelto en su corto gabán y en una cubierta acolchada. A juzgar por sus ojos enrojecidos, debía de tener fiebre. Miraba osadamente a Aliocha, como diciéndole: «Aquí no puedes hacerme nada.»

—¿Qué dice? —exclamó el capitán—. ¿A quién le ha mordido en un dedo? ¿A usted?

—Sí, a mí. Hace un. rato estaba peleando a pedradas con sus compañeros de colegio. Iban seis contra él. Yo me he acercado y él me ha tirado una piedra. Después me ha tirado otra apuntando a la cabeza. Y cuando le he preguntado qué le había hecho, se ha arrojado sobre mí y me ha mordido en este dedo, sin que yo sepa por qué.

El capitán se levantó de un salto.

—¡Le voy a azotar! —exclamó.

—¡Pero si yo no me quejo! Le cuento lo que ha pasado, y nada más. No quiero que lo azote. Además, parece que está enfermo.

—¿Cree usted que lo he dicho en serio? ¿Que iba a coger a Iliucha[43] y a azotarlo en su presencia? ¿Acaso pretende usted que lo haga?

El capitán miraba a Aliocha con gesto amenazador, como si fuera a arrojarse sobre él.

—Lamento lo de su dedo, señor, pero acaso prefiera usted que, antes de azotar a Iliucha, me corte cuatro dedos ante sus propios ojos con este cuchillo, para satisfacción suya. Yo creo que con cuatro dedos tendrá suficiente, pero tal vez me reclame usted el quinto para aplacar su sed de venganza.

Se detuvo de pronto, jadeante. Todas sus facciones se agitaban y se contraían. Su

mirada era provocadora. Parecía un enajenado.

—Ahora lo comprendo todo —dijo Aliocha triste y dulcemente, sin levantarse—. Usted tiene un buen hijo, un hijo que ama a su padre y se ha arrojado sobre mí porque soy el hermano del hombre que le ha ofendido a usted. Sí, ahora lo comprendo todo —repitió, pensativo—. Pero mi hermano Dmitri está arrepentido, no me cabe duda, y si pudiera venir aquí, o, mejor aún, si pudiera verle en el sitio del incidente, le pediría perdón delante de todo el mundo..., si así lo deseara usted.

—O sea que, después de haberme tirado de la barba, me presenta sus excusas. ¿Cree que con eso es suficiente para que me dé por satisfecho?

—No, no. Él hará todo lo que usted desee y como usted desee que lo haga.

—¿De modo que si yo digo a Su Alteza Real que se arrodille ante mí en la misma taberna donde me atacó, esa taberna que se llama de la «Capital», o en medio de la calle, él lo hará?

—Sí, lo hará.

—Eso me conmueve hasta casi hacerme llorar. La generosidad de su hermano me confunde. Permitame que le presente a mi familia: mis dos hijas y mi hijo, es decir, mi camada. ¿Quién los querrá si yo me muero? Y, mientras yo viva, ¿quién sino ellos me querrán, con todos mis defectos? El Señor ha hecho bien las cosas al hacer la especie humana, pues incluso un hombre de mi condición cuenta con el amor de algún otro ser humano.

—Eso es una gran verdad —dijo Aliocha.

—¡Basta de payasadas! —exclamó de pronto la joven que estaba en pie junto a la ventana, mientras dirigía a su padre una mirada de desprecio—. Nos pones en ridículo ante el primer imbécil que llega.

Su padre la miró con un gesto de aprobación, pero le dijo con acento imperioso:

—Un momento, Varvara Nicolaievna; permíteme que siga desarrollando mi idea. —Y añadió volviéndose hacia Aliocha—: Es su carácter.

Y en toda la naturaleza
ada quería él bendecir[44]»

Claro que habría que ponerlo en femenino. «Nada quería ella bendecir»... Y ahora permítame que le presente a mi esposa: anda, pero muy poco. Es de baja condición. Irene Petrovna, lo presento a Alexei Fiodorovitch Karamazov. Levántese, Alexei Fiodorovitch.

Cogió por un brazo a Aliocha y, con una fuerza que parecía imposible en él, lo levantó.

—Se le va a presentar a una dama; por lo tanto, hay que ponerse en pie. Oye, esposa mía, este Karamazov no es aquel que..., bueno, ya me entiendes. Es su hermano, un ser rebosante de virtudes pacíficas. Permíteme, Irene Petrovna,

permíteme, amor mío, que ante todo te bese la mano.

Besó la mano de su esposa con respeto, incluso con ternura. La joven que estaba junto a la ventana se volvió de espaldas con un gesto de indignación para no ver esta escena. El semblante altivo e interrogador de Irene Petrovna expresó de pronto gran afabilidad.

—Tanto gusto —dijo—. Siéntese usted, señor Tchernomazov.

—Karamazov, querida, Karamazov... Somos de baja condición —murmuró de nuevo.

—No me importa que sea Karamazov. Yo digo y diré siempre Tchernomazov... Siéntese. ¿Por qué se ha levantado? ¿Por una dama sin pies, como él dice? Tengo pies, pero están tan hinchados, que parecen dos cubos. Y yo estoy tan seca como una varilla. Antes estaba muy gruesa, pero ahora...

—Sonros de baja condición, de muy baja condición —repitió el capitán.

—¡Por Dios, papá! —exclamó de súbito la jorobadita, que hasta entonces había guardado silencio, y se llevó el pañuelo a los ojos.

—¡Payaso! —exclamó la joven que estaba junto a la ventana.

—Ya ve lo que pasa en nuestra casa —dijo Irene Petrovna, señalando a sus hijas —. Son como las nubes que pasan. Pasan las nubes y vuelve a oirse nuestra música. Antes, cuando éramos militares en activo, venían a vernos muchos visitantes como usted. No hago comparaciones, señor; creo que hay que querer a todo el mundo. A veces viene a vernos la mujer del diácono y dice:

«—Alejandro Alejandrovitch es una buena persona, pero Anastasia Petrovna está a las órdenes de Satanás.

»—Eso depende —respondo yo— de las simpatías de cada cual. En cambio, tú eres para todos un gusano infecto.

»—A ti te falta un tornillo —dice ella.

»—¡Pues mira que a ti...!

»—Yo dejo entrar en mi casa el aire puro —me contesta—. Y esta atmósfera está corrompida.

»—Pregunta a los señores oficiales si la atmósfera está corrompida en mi casa — le digo yo.

»Cuando estoy pensando en todo esto con el corazón oprimido, y sentada aquí mismo, como estoy ahora, veo entrar a ese general que vino a pasar en nuestra ciudad las Pascuas.

»—Oiga, excelencia —le digo—. ¿Debe dejar entrar en su casa el aire de la calle una dama noble?

» —Sí —me responde—. Debe usted abrir la puerta y las ventanas, pues la atmósfera de esta casa está enrarecida.

»Todos son iguales. ¿Por qué han de odiar a mi atmósfera? Peor huelen los

muertos... No quiero corromper el aire de la casa. Me compraré unos zapatos y me iré. Hijos míos, no detestéis a vuestra madre. Nicolás Ilitch, esposo mío, ¿es que ya no te gusto? Sólo me queda el cariño de Iliucha cuando vuelve del colegio. Ayer me trajo una manzana. Perdonad a vuestra madre, hijos míos, perdonad a este ser abandonado. ¿Qué hay de malo en mi atmósfera?

Y la pobre loca estalló en sollozos. Estaba bañada en lágrimas. El capitán corrió hacia ella.

—¡Basta, querida, basta! Tú no estás abandonada. Todos te quieren, todos te adoran.

Otra vez empezó a besarle las manos y a acariciarle la cara. Le enjugaba las lágrimas con una servilleta. También él tenía los ojos húmedos. Así, por lo menos, le pareció a Aliocha, hacia el que se volvió de súbito para decirle, indignado y señalando a la pobre loca:

—¿Ha visto y comprendido usted?

—Veo y comprendo.

—¡Déjalo ya, papá, déjalo ya! —gritó el muchacho, incorporándose en su lecho y mirándole con ojos ardientes.

—¡No hagas más el payaso! —gritó desde su rincón Varvara Nicolaievna, exasperada, incluso golpeando el suelo con la planta del pie—. ¡Deja esas tonterías que no conducen a nada!

—Esta vez comprendo tu indignación, Varvara Nicolaievna, y voy a procurar no seguir irritándote. Cúbrase, Alexei Fiodorovitch; yo también me pongo la gorra. Vámonos; tengo que hablarle en serio, pero no quiero hacerlo aquí... Esa joven que está sentada es mi hija Nina Nicolaievna. Se me ha olvidado presentársela. Un ángel encarnado que ha descendido a la tierra..., si es que usted puede comprender esto.

—¡Mirenlo! ¡Qué sacudidas! ¡Qué convulsiones! —dijo Varvara Nicolaievna, todavía encolerizada.

—Y esa que ha golpeado el suelo con el pie y me ha llamado payaso es también un ángel encarnado. Me ha dado el nombre que merezco. Vamos, Alexei Fiodorovitch: pongamos fin a este asunto.

Y, cogiendo a Aliocha del brazo, lo condujo a la calle.

VII. Al aire libre

Aquí el aire es puro. En cambio, en nuestra habitación no lo es, en ningún concepto. Andemos un poco, señor. Me encantaría atraerme su interés.

—Tengo algo importante que decirle —manifestó Aliocha—. Pero no sé cómo empezar.

—Lo sospechaba. No era lógico que hubiera venido usted únicamente para quejarse de mi hijo. A propósito: en casa no he querido describirle la escena y voy a hacerlo ahora. Verá usted. Hace ocho días, el «estropajo» estaba más poblado. Me refiero a mi barba; la llaman así, sobre todo los chiquillos. Pues bien, cuando su hermano me cogió de la barba y me arrastró hasta en medio de la calle y allí siguió zarandeándome, todo por una nimiedad, era precisamente la hora en que los niños salían del colégio, y con ellos iba Iliucha. Apenas me vio en una situación tan desdichada, vino hacia mí gritando: « ¡Papá, papá! » Se abraza a mí, me aprieta, pretende libertarme, grita a mi agresor: « ¡Déjelo, déjelo! ¡Es mi padre! ¡Perdónelo!» Y lo rodeó con sus bracitos y le besó la mano, la misma mano que... Jamás olvidaré la expresión que tenía su carita en aquel momento.

—Le aseguro —exclamó Aliocha— que mi hermano le expresará su arrepentimiento con toda sinceridad. Si es preciso, se arrodillará en el mismo lugar de la agresión. Le obligaré a ello. Si no lo quiere hacer, dejará de ser mi hermano.

—¡Bah, bah! Eso no es más que un buen deseo. No ha salido de él, sino de usted, que es noble y generoso. Usted debió decírselo en seguida. Ahora permítame que le explique el espíritu caballeresco que su hermano demostró aquel día. Soltando mi barba, dejó de arrastrarme y me dijo: «Tú eres oficial y yo también. Si puedes encontrar como testigo un caballero, envíamelo. Me batiré contigo, aunque seas un bribón.» Ya lo ve: un espíritu verdaderamente caballeresco, ¿no? Iliucha y yo nos marchamos, y esta escena quedó grabada para siempre en la memoria del pobre niño. ¿De qué nos sirve pertenecer a la nobleza? Por otra parte, juzgue usted mismo. Acaba usted de salir de mi casa. ¿Qué ha visto usted en ella? Tres mujeres, de las que una está impedida y ha perdido el juicio; otra, inválida y jorobada, y la tercera, que está completamente sana, es demasiado inteligente: es estudiante y está deseando volver a Petersburgo para descubrir en las orillas del Neva los derechos de la mujer rusa. Y no hablemos de Iliucha. No tiene más que nueve años, y si yo muriese quedaría completamente solo, pues dígame usted qué sería de mi hogar si yo faltase. ¿Qué ocurriría si me batiera con su hermano y él me matara? ¿Qué sería de toda mi familia? Y si me dejara solamente lisiado, sería aún peor, pues yo no podría trabajar y no tendríamos qué comer. ¿Quién me alimentaría? ¿Quién nos alimentaría a todos? En vez de mandar a Iliucha a un colegio, tendríamos que enviarlo a pedir limosna. He aquí, señor, lo que para mí significaría batirme con su hermano. Sería un verdadero

disparate.

—Le pedirá perdón, se arrojará a sus pies en medio de la calle —exclamó una vez más Aliocha con ardiente vehemencia.

—Pensé denunciarlo —continuó el capitán—, pero abra usted nuestro código y dígame si puedo esperar una justa satisfacción de mi agresor. Además, Agrafena Alejandrovna me amenazó así: «Si lo denuncias, no pararé hasta que todo el mundo sepa que te castigó por la granujada que le hiciste. Y entonces serás tú el perseguido por la justicia.» Sólo Dios sabe quién fue el verdadero autor de esa granujada; sólo Dios sabe que obré por orden de ella y de Fiodor Pavlovitch. Aún me dirigió nuevas amenazas Agrafena Alejandrovna. «Además, te despediré y ya no podrás ganarte nada trabajando para mí. Y también te despedirá mi comerciante (así llama a su viejo), porque yo se lo diré.» Y si ella y su comerciante dejan de darme trabajo, ¿cómo me ganaré la vida? Son los dos únicos protectores que me quedan, ya que Fiodor Pavlovitch me ha retirado su confianza por otro motivo, a incluso pretende requerirme judicialmente, presentando mis recibos. Por estas razones no he dado ningún paso y me he quedado quieto en mi retiro, ese retiro que usted acaba de ver. Ahora digame: ¿le ha hecho mucho daño Iliucha con su mordisco? No he querido hacerle esta pregunta en su presencia.

—Sí, me ha hecho mucho daño. Estaba indignadísimo. Ahora comprendo perfectamente que se ha vengado en mí, un Karamazov, de la agresión de otro Karamazov contra usted. ¡Si lo hubiera visto usted batirse a pedradas con sus compañeros...! Estas pedreas son muy peligrosas. Los niños no saben lo que hacen. Una pedrada en la cabeza puede ser fatal.

—Él ha recibido una, si no en la cabeza, en el pecho, encima del corazón. Ha entrado en casa gimiendo y llorando y, como ha visto usted, está enfermo.

—Ha sido el primero en atacar. Lo que le ha ocurrido a usted lo ha impulsado al mal. Sus compañeros me han dicho que ha herido en un costado con un cortaplumas a un niño llamado Krasotkine.

—Ya lo sé. Su padre sirvió aquí como funcionario, y esto puede traernos complicaciones.

—Le aconsejo —dijo Aliocha con vehemencia— que no lo envíe al colegio en una temporada..., hasta que se tranquilice, hasta que le pase el arrebato de ira.

—Usted lo ha dicho —manifestó el capitán—: ha sido un arrebato de ira, un ataque de tremenda cólera en un pequeño ser... Usted no lo sabe todo. Permítame que se lo explique detalladamente. Después del suceso, sus compañeros empezaron a zaherirle, a llamarle « Barbas de Estropajo». Los niños de esta edad son despiadados. Tratados individualmente son unos ángeles, pero cuando se reúnen son crueles, sobre todo en el colegio. Iliucha, al verse perseguido, notó que se despertaba en él un noble sentimiento. Un chico corriente, siendo débil como es él, se habría resignado, se

habría avergonzado de la humillación sufrida por su padre. Pero él se irguió contra todos para defender a su padre, a la justicia, a la verdad. Lo que ese muchacho ha sufrido desde que besó la mano de su hermano gritándole: «¡Perdone a mi padre, perdone a mi padre! », sólo Dios y yo lo sabemos. Así es como nuestros hijos, no los de ustedes; los nuestros, los de las personas indigentes, pero de noble corazón, descubren la verdad a la edad de nueve años. ¿Cómo pueden descubrirla los ricos? Los ricos no penetran nunca tan profundamente. En cambio, mi Iliucha ha sondeado la verdad en toda su magnitud en el momento en que besaba la mano que me estaba golpeando. Esta verdad ha penetrado en él y ha dejado en su alma una impresión imborrable —exclamó el capitán con vehemencia y semblante extraviado, mientras se golpeaba la mano izquierda con el puño derecho, como si quisiera dar una prueba material del impacto que la verdad había producido en Iliucha—. Aquel día tuvo fiebre y deliró por la noche. Guardó silencio durante toda la jornada. Observé que me miraba desde su rincón. Fingía estar estudiando, pero su pensamiento estaba lejos del estudio. Al día siguiente, yo me sentíà tan triste, que me olvidé de muchas cosas. Mi mujer, a la que tanto quiero, empezó a llorar como de costumbre. Entonces fue tanto mi dolor, que me emborraché con mis últimas monedas. No me desprecie, señor. En Rusia, los peores borrachos son las mejores personas, y viceversa. Yo estaba acostado y no pensaba en Iliucha, pero aquel día los chiquillos estuvieron divirtiéndose a costa de él desde por la mañana. «¡Eh, “Barba de Estropajo”! —le dijo uno—. Cogieron a tu padre de la barba y lo sacaron a rastras de la taberna. Y tú corrías alrededor de él pidiendo clemencia.» Tres días después volvió del colegio pálido y abatido. «¿Qué tienes?» , le pregunté. Él no me contestó. No podíamos hablar en casa. Su madre y sus hermanas se habrían mezclado en la conversación en seguida. Las chicas se habían enterado de todo poco después de haber ocurrido. Varvara Nicolaievna empezó a gruñir:

» —¡Bufones, payasos! Sois incapaces de portaros decentemente.

»—Es verdad, Varvara Nikolaievna: somos incapaces de portarnos decentemente.

»Esta vez logré salir del paso. Al atardecer me fui a pasear con el niño. Ha de saber que desde hace algún tiempo salimos a pasear todas las tardes por este mismo camino y llegamos hasta aquella enorme y solitaria roca que hay allá lejos, junto al seto donde empiezan los pastos comunales. Es un lugar desierto y encantador. Ibamos cogidos de la mano como de costumbre. Tiene unas manos pequeñas, de dedos delgados y fríos, pues sufre del pecho.

»—Papá —me dijo—. Papá...

»—¿Qué? —le pregunté. Sus ojos llameaban.

»—¡Cómo te trató!

»—¿Qué le vamos a hacer, Iliucha?

»—No hagas las paces con él, papá; no las hagas. Mis compañeros dicen que te

ha dado diez rublos para que calles.

»—No, hijo mío. Por nada del mundo aceptaré dinero de él ahora.

»Él empezó a temblar. Cogió mi mano entre las suyas y me abrazó...

»—Papá, desafíalo. En el colegio me dicen que eres un cobarde, que no te batirás con él, que aceptarás sus diez rublos.

»—No puedo desafiarlo, Iliucha —le respondi.

»Y le expliqué en cuatro palabras lo que acabo de decirle a usted sobre esto. Él me escuchó hasta el fin.

»—De todos modos, papá, no hagas las paces con ese hombre. Cuando yo sea mayor, lo desafiaré y lo mataré.

»En sus ojos había un resplandor intenso. Sin embargo, soy su padre y tuve que decirle la verdad.

»—Matar, incluso en duelo, es un pecado, Iliucha.

»—Papá, cuando yo sea un hombre, lo tiraré al suelo, lo desarmaré, me arrojaré sobre él con el sable en alto y le diré: “Podría matarte, pero lo perdono.”

»Ya ve usted, señor, lo que ha absorbido ese espíritu infantil durante estos días. No hace más que pensar en la venganza, y sin duda ha hablado de ella durante su delirio. Anteayer, cuando volvió del colegio con las huellas de haber sido cruelmente golpeado, me enteré de todo. Tiene usted razón. No volverá nunca al colegio. Se enfrenta con todos los alumnos, a todos los desafía. Está desesperado. Su corazón arde de odio. Temo por él. Reanudamos nuestro paseo.

»—Papá —me dijo—, ¿son los ricos las personas más poderosas del mundo?

»—Sí, Iliucha: no hay nada más poderoso que un rico.

»—Pues yo me haré rico, papá. Seré oficial y venceré a todos los enemigos. El zar me recompensará, y entonces vendré a reunirme contigo y ya nadie se atreverá a...

»Guardó silencio unos instantes. Después, con los labios temblorosos como hacía un momento, dijo:

»—Papá, ¡qué vil es nuestra ciudad!

»—Sí, Iliucha, es una ciudad vil.

»—Vámonos a vivir a otra parte, papá. A donde nadie nos conozca.

»—Eso me parece bien, Iliucha. Pero necesitamos dinero.

»Me complacía poder distraerlo así de sus sombríos pensamientos. Empezamos a hacer cábalas sobre nuestro traslado a otra ciudad. Tendríamos que comprar un caballo y un carro.

»—Tu madre y tus hermanas irán en el carro. Las taparemos bien y nosotros iremos a pie al lado. De vez en cuando, tú subirás al carro, pero yo seguiré yendo a pie, pues no hay que cansar al caballo. Así viajaremos.

»Él estaba encantado, sobre todo de tener un caballo. Como usted sabe muy bien, para un. muchacho ruso no hay nada mejor que un caballo. “Alabado sea Dios —

pensé—. Lo has distraído y lo has consolado.” Pero ayer volvió del colegio más abatido que nunca. Por la tarde, durante el paseo, no despegaba los labios. Hacía viento, el sol se ocultó. Se percibía el otoño en la penumbra que nos rodeaba. Los dos estábamos tristes.

»—Bueno, muchacho; vamos a hacer los preparativos para el viaje.

»Intentaba reanudar la charla del día anterior. Él no dijo ni una palabra, pero su menuda mano temblaba en la mía. “Malo —me dije—. Algo nuevo ha ocurrido.” Llegamos hasta esta piedra que ahora estamos viendo. Yo me senté en ella. En el aire se veían lo menos treinta cometas que el viento azotaba sonoramente. Es ahora el tiempo de remontarlas.

»—También nosotros podríamos hacer volar las cometas del año pasado, Iliucha. Las repararé. ¿Qué has hecho de ellas?

»Él seguía mudo y volvía la cara para no mirarme. De pronto, el viento empezó a zumbar, levantando nubes de tierra. Iliucha se arrojó sobre mí, me rodeó el cuello con los brazos y me estrechó entre ellos. Así suele ocurrir, señor. El niño taciturno y orgulloso retiene largo tiempo sus lágrimas, pero cuando, al fin, la fuerza del dolor las hace brotar, corren en torrentes. Sus lágrimas ardientes inundaron mi rostro. Sollozaba entre convulsiones, me apretaba contra su pecho.

»—¡Papá —exclamó—, mi querido papá! ¡Cómo te humilló ese hombre!

» Entonces yo también me eché a llorar, y los dos sollozamos abrazados sobre esta gran piedra. Nadie nos vela: sólo Dios. Tal vez me lo tenga en cuenta. Dé las gracias a su hermano, Alexei Fiodorovitch. No, no azotaré a mi hijo por el mal que le ha hecho a usted.

Así terminó su extraña y enrevesada confidencia. Aliocha, tan conmovido que sus ojos estaban húmedos de lágrimas, comprendía que aquel hombre tenía confianza en él y que no se habría franqueado con cualquiera.

—¡Cómo me gustaría hacer las paces con su hijo! —exclamó—. Si usted quisiera intervenir...

—Lo haré —murmuró el capitán.

—Pero no es eso lo que nos interesa ahora. Escuche. Tengo un encargo para usted. Mi hermano Dmitri ha ofendido también a su novia, una muchacha noble de la que usted debe de haber oído hablar. Tengo derecho a revelarle esta afrenta; es más, tengo el deber de hacerlo, pues esa joven, al enterarse de la humillación sufrida por usted, me ha encargado hace un momento... de entregarle un dinero de su parte, no en nombre de Dmitri, que la ha abandonado, ni de mí, su hermano, ni de nadie; de ella y únicamente de ella. Le suplica a usted que acepte su ayuda... A los dos los ha ofendido la misma persona. Esa joven ha pensado en usted únicamente porque ella ha recibido una afrenta tan grave como la que usted ha sufrido. Es como una hermana que acude en ayuda de su hermano. Me ha pedido que le convenza a usted de que

acepte estos doscientos rublos de su parte, como los aceptaría de una hermana que conociera su desdichada situación. Nadie se enterará; no tiene usted que temer a las murmuraciones de los malintencionados. He aquí los doscientos rublos. Acéptelos, créame. De lo contrario, habría que admitir que en el mundo sólo tenemos enemigos. Y eso no es verdad: hay también hermanos... Usted debe comprenderlo porque tiene un alma noble.

Y Aliocha le ofreció dos billetes de cien rublos completamente nuevos. El capitán y él estaban entonces precisamente junto a la gran roca cercana al seto. No había nadie en torno a ellos. Los billetes produjeron en el capitán profunda impresión. Se estremeció, aunque al principio el estremecimiento fue sólo de sorpresa: de ningún modo esperaba que el suceso tuviera semejante desenlace; jamás había ni siquiera soñado que pudiera recibir ayuda alguna. Cogió los billetes y durante casi un minuto fue incapaz de responder. Una expresión nueva apareció en su rostro.

—¡Doscientos rublos! ¿Es para mí todo este dinero? ¡Dios Santo! Hacía cuatro años que no veía doscientos rubios juntos. Ha dicho que es como una hermana mía. ¡Vaya si lo es!

—Le juro que todo lo que le he dicho es la pura verdad —afirmó Aliocha.

El capitán enrojeció.

—Escuche, señor, escuche: si acepto, ¿no seré un cobarde, no se lo pareceré a usted? Escuche, escuche —repetía a cada momento, tocando a Aliocha—: usted me pide que acepte el dinero, ya que es una «hermana» quien me lo envía; pero si lo tomo, ¿no me despreciará usted, aunque no lo manifieste?

—¡No y mil veces no! ¡Se lo juro por la salvación de mi alma! Además, esto no lo sabrá nadie nunca, nadie más que nosotros: usted, ella, yo... y una dama que es gran amiga suya.

—Todo eso importa muy poco. Óigame, Alexei Fiodorovitch; es indispensable que me oiga. Usted no puede comprender lo que representan para mí estos doscientos rublos —continuó el infortunado capitán, del que se había ido apoderando poco a poco una tremenda exaltación y que se expresaba con la impaciencia del que teme que no le dejen decir todo lo que desea—. Dejando aparte el hecho de que este dinero es de procedencia limpia, ya que viene de una respetable «hermana», ha de saber usted que ahora podré cuidar a mi esposa y a Nina, mi angelical jorobadita. El doctor Herzenstube vino a mi casa desinteresadamente, impulsado por la bondad de su corazón; la estuvo reconociendo durante una hora y me dijo: «No comprendo nada en absoluto.» Sin embargo, el agua mineral que recetó a mi mujer la alivia mucho. También le prescribió baños de pies con ciertos remedios. Las botellas de agua mineral valen treinta copecs cada una, y se ha de beber unas cuarenta. Yo cogí la receta y la puse en la mesita que hay debajo del icono. Allí está. A Nina le ordenó baños calientes en una solución especial, dos veces al día, mañana y tarde. ¿Cómo es

posible seguir semejante tratamiento viviendo realquilados y sin servidumbre, sin agua, sin los utensilios necesarios y sin la ayuda de nadie? La pobre Nina está imposibilitada por el reumatismo. No se lo había dicho todavía, ¿verdad? Por las noches siente fuertes dolores en todo un costado y sufre horriblemente, pero disimula para no inquietarnos, y, para que no nos despertemos, de sus labios no se escapa la menor queja. Comemos lo que buenamente llega a nuestras manos. Pues bien, ella se queda con el último bocado, algo que ni los perros querrían. Es como si dijera: «Ni siquiera este bocado merezco, pues os privo de él a vosotros, a cuya costa vivo.» Eso dice con su mirada de ángel. La atendemos, y ello le pesa. « No merezco estos cuidados. Soy una persona inútil.» ¡No merecerlos ella, cuya dulzura angelical es una bendición para todos! Sin su dulce presencia, nuestra casa sería un infierno. Ha conseguido incluso suavizar el carácter de Varvara. No condene a Varvara. Es también un ángel, un ser desgraciado. Llegó a casa el verano pasado con dieciséis rublos que había ganado dando lecciones y estaban destinados a pagar su regreso a Petersburgo en el mes de septiembre, es decir, ahora. Pero nos hemos comido su dinero y no podía marcharse: ésta es la causa de su mal humor. Por otra parte, no se podía ir, porque está tan ocupada en la casa, que parece una condenada a trabajos forzados. Hemos hecho de ella una acémila. Se ocupa en todo: remienda, lava, barre, acuesta a su madre. Y su madre es caprichosa y llorona, en fin, una perturbada... Ahora, con estos doscientos rublos, podremos tener una sirvienta y no faltarán cuidados a esos dos seres a los que tanto quiero. Enviaré a Varvara a Petersburgo, compraré carne, estableceré un nuevo régimen de vida. ¡Señor, si esto parece un sueño!

Aliocha estaba encantado de haber sido portador de tanta felicidad y de ver que aquel pobre diablo admitía aquel medio de ser feliz.

—Espere, Alexei Fiodorovitch, espere —continuó el capitán, aferrándose a un nuevo sueño—. Sepa que Iliucha y yo podremos llevar a cabo nuestro proyecto. Compraremos un caballo y un carro; un caballo negro, pues así lo quiere él, y nos marcharemos, como decidimos anteayer los dos. Conozco a un abogado en la provincia de K..., un amigo de la infancia. Me he enterado por una persona digna de crédito de que, si me presentara allí, me daría una plaza de secretario. A lo mejor, es verdad que me la da... Mi mujer y Nina irían dentro del carro, Iliucha conduciría y yo iría a pie. Así viajaríamos toda la familia. ¡Señor! Si yo supiera que iba a tener una credencial, esto bastaría para que hiciéramos el viaje.

—¡Lo harán, lo harán! —exclamó Aliocha—. Catalina Ivanovna le enviará más dinero, tanto como usted quiera. Yo también tengo dinero. Acepte lo que le haga falta. Se lo ofrezco como se lo ofrecería a un hermano, a un amigo. Ya me lo devolverá, pues usted se hará rico. No se le ha podido ocurrir nada mejor que este viaje. Será la salvación de ustedes, sobre todo la de su hijo. Deben marcharse en

seguida, antes del invierno, antes de los fríos. Ya nos escribirá desde allí; seguiremos siendo hermanos... ¡No, esto no es un sueño!

Aliocha estaba tan contento, que de buena gana habría abrazado al capitán. Pero al fijar la vista en él, quedó paralizado. El capitán, con el cuello estirado y la boca saliente, pálido y lleno de exaltación el semblante, movía los labios, como si quisiera hablar, pero sin emitir ningún sonido.

—¿Qué le ocurre? —preguntó Aliocra con un repentino estremecimiento.

—Alexei Fiodorovitch..., le voy a... —balbuceó el capitán mirando a Aliocha con un gesto extraño y feroz, el gesto del hombre que va a lanzarse al vacío, al mismo tiempo que sus labios plasmaban una sonrisa—. Le voy a... ¿Quiere usted que le haga un juego de manos? —murmuró acto seguido, con acento firme y como obedeciendo a una súbita resolución.

—¿Un juego de manos?

—Ahora verá —dijo el capitán, crispados los labios, guiñando el ojo izquierdo y taladrando a Aliocha con la mirada.

—¿Qué le pasa? —exclamó Alexei, francamente aterrado—. ¿Qué dice usted de juegos de manos?

—¡Mire! —gritó el capitán.

Le mostró los dos billetes, que mientras hablaba había sostenido entre los dedos pulgar a índice, y de pronto los estrujó cerrando el puño.

—¿Ve usted, ve usted? —exclamó, pálido, frenético. Levantó la mano y, con todas sus fuerzas, arrojó los estrujados billetes al suelo.— ¿Ve usted? —vociferó nuevamente, señalándolos con el dedo——. ¡Ahí los tiene!

Empezó a pisotearlos con furor salvaje. Jadeaba y exclamaba a cada pisotón:

—Mire lo que yo hago con su dinero. ¡Mire, mire!

De súbito dio un salto atrás y se irguió mirando a Aliocha. De todo su cuerpo emanaba un orgullo indecible.

—¡Vaya a decir a los que le han enviado que el «Barbas de Estropajo» no vende su honor! —exclamó con el brazo extendido.

Después giró rápidamente sobre sus talones y echó a correr. Cuando había recorrido unos cinco pasos se volvió y dijo adiós a Aliocha con la mano. Avanzó cinco pasos más y se detuvo de nuevo. Esta vez su rostro no estaba crispado por la risa, sino sacudido por el llanto. En un tono gimiente, entrecortado, farfulló:

—¿Qué habría dicho a mi hijo si hubiese aceptado el pago de nuestra vergüenza?

Dicho esto, echó a correr de nuevo, ya sin volverse. Aliocha le siguió con una mirada llena de profunda tristeza. Comprendió que hasta el último momento el desgraciado no supo que estrujaría y arrojaría los billetes. Aliocha no quiso perseguirlo ni llamarlo. Cuando perdió de vista al capitán, cogió los billetes, arrugados y hundidos en la tierra, pero intactos todavía. Incluso crujieron cuando

Aliocha los alisó. Luego los dobló, se los guardó en el bolsillo y fue a dar cuenta a Catalina Ivanovna del resultado de su gestión.

LIBRO V

PRO Y CONTRA

I. Los esponsales

Esta vez, Aliocha fue recibido por la señora Khokhlakov, que estaba atareadisima. La crisis de Catalina Ivanovna había terminado con un desvanecimiento, seguido de una profunda extenuación. En aquel momento estaba delirando, presa de alta fiebre. Se había enviado en busca de sus tías y el doctor Herzenstube. Éstas habían llegado ya. La enferma yacia sin conocimiento. En torno de ella reinaba una ansiosa expectación.

Mientras explicaba todo esto, la dama tenía una expresión grave a inquieta. «Es algo serio; esta vez es algo serio», repetía a cada palabra, como si nada de lo que había ocurrido anteriormente tuviera importancia alguna. Aliocha la escuchaba con visible pesar. Quiso contarle su aventura con el capitán, pero ella le interrumpió en seguida. No podía escucharle; se tenía que marchar. Le rogó que, entre tanto, hiciera compañia a Lise.

—Mi querido Alexei Fiodorovitch —le murmuró casi al oído—, hace un momento, Lise me ha sorprendido y enternecido. Por eso, porque me enternece, mi corazón se lo perdona todo. Apenas se ha marchado usted, ha empezado a lamentarse sinceramente de haberle hecho blanco de sus burlas ayer y hoy. Sin embargo, sólo han sido bromas inocentes. Incluso lloraba, cosa que me ha sorprendido de veras. Nunca se había arrepentido de veras de sus burlas, de las que soy su víctima a cada momento. Pero ahora habla en serio. Su opinión le importa mucho, Alexei Fiodorovitch. Trátela con solicitud, si le es posible, y no le guarde rencor. Yo tengo con ella toda clase de miramientos. ¡Es tan inteligente! Hace un momento me decía que usted es su mejor amigo de la infancia. Tiene sentimientos y recuerdos conmovedores, frases, expresiones que surgen cuando menos se espera. Hace un momento ha dicho una verdadera sutileza a propósito de un pino. Cuando ella era muy pequeña todavía, había un pino en nuestro jardín. Pero sin duda aún está allí: no sé por qué hablo de él como de una cosa del pasado. Los pinos no son como las personas; viven mucho tiempo sin hacer ningún cambio. «Mamá —me ha dicho—, me acuerdo de ese pino como en sueños, sosna kak so sna[45]...». Pero no, debe de haber dicho otra cosa, porque esto no tiene sentido. Estoy segura de que ha dicho algo original a ingenioso que yo no he sabido interpretar. Además, no me acuerdo de lo que ha dicho... Bueno, adiós; esto es para perder la cabeza. Sepa usted, Alexei Fiodorovitch, que he estado loca dos veces y me han curado. Vaya al lado de Lise. Reconfórtela como sólo usted sabe hacerlo. ¡Lise —gritó acercándose a la puerta—, lo envío a tu víctima Alexei Fiodorovitch! No está enojado contigo, palabra. Por el contrario, le sorprende que hayas podido creer eso de él.

—*Merci, maman.* Pase, Alexei Fiodorovitch.

Aliocha entró. Lise le miró, confusa, y enrojeció hasta las orejas. Como suele

hacerse en casos semejantes, empezó por abordar un tema que le era indiferente, pero por el que fingió gran interés.

—Mamá acaba de explicarme, Alexei Fiodorovitch, la historia de los doscientos rublos y la misión que le han confiado a usted respecto a ese pobre capitán... Me ha contado la humillante y horrible escena de la taberna, y aunque mamá cuenta muy mal las cosas, de un modo deshilvanado, me ha hecho llorar. Bueno, explíqueme: ¿qué ha hecho ese desgraciado al ver el dinero?

—No se lo ha quedado —repuso Aliocha—. Ha ocurrido algo extraordinario.

Alexei Fiodorovitch simulaba también tener concentrado su interés en este asunto. Sin embargo, Lise leía en su mirada que su pensamiento estaba en otra parte.

Aliocha se sentó y empezó su relato. Apenas pronunció las primeras palabras, dejó de sentirse cohibido y logró cautivar a Lise. Hallándose aún bajo la influencia de las emociones que acababa de experimentar, refirió su visita con gran número de detalles impresionantes. En Moscú, cuando Lise era todavía una niña, a él le encantaba ir a verla para contarle su última aventura, algo que había leído y le había impresionado, o para recordar algún episodio de la infancia. A veces soñaban al unísono y componían verdaderas novelas, generalmente alegres. En aquel momento estaban reviviendo escenas de su vida de dos años atrás. Lise se sintió profundamente impresionada ante el relato de Aliocha. Éste pintó a Iliucha con vigorosos rasgos, y cuando le describió con todo detalle la escena en que el desgraciado había pisoteado los billetes, Lise enlazó las manos y exclamó:

—Entonces, ¿no le ha dado el dinero, lo ha dejado usted que se fuera? Debió usted correr detrás de él, alcanzarlo...

—No, Lise: es mejor que haya ocurrido así —replicó Aliocha levantándose y empezando a pasear por la estancia con un gesto de preocupación.

—¿Cómo puede haber sido mejor? ¿Por qué? Se van a morir de hambre.

—No, no se morirán, pues tendrán los doscientos rublos. Ese hombre los aceptará mañana.

Aliocha se detuvo de pronto ante la joven.

—He cometido un error —dijo—, pero esta equivocación ha tenido felices consecuencias.

—¿Por qué?

—Ahora mismo se lo voy decir. Ese hombre es un cobarde, un ser débil, un corazón agotado. No ceso de preguntarme por qué razón se ha sulfurado tan de repente. Pues estoy seguro de que hasta el último momento no le ha pasado por la imaginación pisotear el dinero. Pues bien, creo haber descubierto más de una explicación a su conducta. Ante todo, no ha sabido disimular la alegría que ha sentido al ver el dinero. Si hubiera hecho remilgos, como es corriente en tales casos, al fin se habría resignado a aceptarlo; pero después de haber manifestado tan francamente su

alegría, no ha podido menos de dar un respingo. Como ve usted, en tales casos la sinceridad no tiene utilidad alguna. El infeliz hablaba con voz tan débil y con tal rapidez, que daba la impresión de estar llorando sin cesar. Ciertamente, ha llorado de alegría... Me ha hablado de sus hijas, de cierto empleo que podrían darle en otra ciudad, y, después de haberse expansionado, ha sentido una repentina vergüenza de haber mostrado su alma al desnudo. Inmediatamente me ha detestado. Es uno de esos seres que se avergüenzan de cualquier cosa, pero que tienen un orgullo excesivo. Sobre todo, le ha mortificado el hecho de haberme considerado en seguida como amigo. Después de haberse arrojado sobre mi para intimidarme, me ha abrazado y cubierto de amabilidades al ver los billetes. Y cuando, pensando en esto, se sentía profundamente humillado, yo he cometido un grave error: le he dicho que si no tenía bastante dinero para trasladarse a otra ciudad, le darían más y que yo mismo contribuiría a ello con mis propios recursos. Esto le ha herido. ¿Por qué acudía yo también en su socorro? Pues ha de saber, Lise, que nada hay más molesto para un desgraciado que ver que todos sus semejantes se consideran bienhechores. Se lo he oído decir al *starets*. No sé qué explicación puede tener esto, pero lo he observado muchas veces, e incluso yo mismo lo siento. Aunque él ha ignorado hasta el último momento que pisotearía los billetes, lo presentía. Y esto acrecentaba su júbilo. Pero, por enojoso que esto parezca, es lo mejor que ha podido ocurrir.

—Esto es incomprensible —exclamó Lise mirando a Aliocha con gesto de estupor.

—Oiga, Lise: si en vez de pisotear los billetes los hubiera aceptado, es casi seguro que una hora después, al llegar a casa, habría llorado de humillación. Y mañana hubiese venido a arrojármelos a la cara, y tal vez los habría pisoteado como acaba de hacer. Ahora, en cambio, se ha marchado triunfalmente, aun sabiendo que va a su perdición. Pues bien, nada es más fácil en estos momentos que obligarle a aceptar esos doscientos rublos, y mañana mismo, no más tarde, pues ha satisfecho su honor pisoteando el dinero. Necesita urgentemente esta cantidad y, por orgulloso que sea, no dejará de pensar en la ayuda de que él mismo se ha privado. Sobre todo, pensará en ello, a incluso lo soñará, esta noche. Tal vez mañana por la mañana venga a verme y a excusarse. Entonces yo le diré: «Es usted un hombre digno, bien lo ha demostrado. Ahora acepte el dinero y perdónenos.» Y él lo aceptará.

Aliocha pronunció estas últimas palabras —«y él lo aceptará»— con una especie de embriaguez. Lise batió palmas.

—¡Es verdad! ¡Lo he comprendido todo de golpe! ¿Cómo sabe usted esas cosas, Aliocha? Tan joven, y ya conoce el corazón humano. Nunca lo hubiera creído.

—Hay que convencerle de que está en un plano de igualdad con nosotros aunque acepte el dinero —dijo Aliocha, exaltado—. Y no sólo en un plano de igualdad, sino de superioridád.

—¡Un plano de superioridad! ¡Eso es encantador, Alexei Fiodorovitch! ¡Continúe, continúe!

—No, no me he expresado bien... Eso del plano... Pero no importa, pues...

—¡Claro que no importa! No importa lo más mínimo. Perdóneme, querido Aliocha. Hasta ahora no había sentido el menor respeto por usted. Mejor dicho, lo respetaba, pero no en un plano de igualdad. De ahora en adelante le respetaré, situándole en un plano de superioridad. ¡Ah, mi querido Aliocha! No se enfade si me hago la ingeniosa —exclamó con vehemencia—. Soy un poco burlona, pero usted... Oiga, Alexei Fiodorovitch, ¿no hay en nosotros cierto desdén hacia ese desgraciado? Estamos analizando su alma con cierta presunción, ¿no le parece?

—No, Lise, no hay ningún desdén —repuso Aliocha con tanta firmeza que parecía tener prevista esta pregunta—. Ya he pensado en ello cuando venía hacia aquí. ¿Cómo podemos desdeñarlo cuando somos como él? Pues nosotros no valemos más. Aunque fuéramos mejores, seríamos iguales si estuviéramos en su situación. Ignoro lo que usted creerá, Lise, pero yo juzgo que tengo un alma mezquina para muchas cosas. Su alma no es mezquina, sino delicada en extremo. No, Lise; mi *starets* me dijo una vez: «Muchas veces hay que tratar a las personas como si fueran niños, y en ciertos casos como se trata a los enfermos.»

—Mi querido Alexei Fiodorovitch, ¿quiere usted que tratemos a las personas como se trata a los enfermos?

—Estoy dispuesto, Lise, pero no del todo. A veces peco de impaciente y no me detengo a observar bien las cosas. Usted no es así.

—Eso creo. Alexei Fiodorovitch, ¡qué feliz soy!

—¡Cuánto me complace oírselo decir, Lise!

—Alexei Fiodorovitch, es usted un hombre de una bondad extraordinaria, pero a veces parece un tanto pedante. Sin embargo, se ve que no lo es. Vaya sin hacer ruido a abrir la puerta y vea si mamá está escuchando —musitó rápidamente.

Aliocha hizo lo que Lise le pedía y dijo que nadie los escuchaba.

—Venga, Alexei Fiodorovitch —dijo Lise con un rubor que crecia por momentos —. Déme su mano. Así. Escuche, he de hacerle una importante confesión. Lo que le dije ayer en mi carta no fue una broma, lo dije en serio.

Se cubrió los ojos con una mano. Era evidente que la declaración le costaba un gran esfuerzo. De súbito se llevó la mano de Aliocha a los labios y estampó en ella tres fuertes besos.

—¡Magnífico, Lise! —exclamó Aliocha gozosamente—. Ya sabía yo que lo había dicho en serio.

—¡El muy presuntuoso!

Alejó de si la mano de Aliocha, aunque sin soltarla, enrojeció y tuvo una risita de felicidad.

—Le beso la mano y esto le parece magnífico.

Pero el reproche no era justo: Aliocha estaba también profundamente turbado.

—Yo quisiera serle siempre agradable, Lise —murmuró Alexei enrojeciendo—, pero no sé qué hacer para conseguirlo.

—Mi querido Aliocha, es usted un hombre frio y presuntuoso. ¡Habráse visto! Se ha dignado elegirme por esposa y está tan tranquilo. El hombre estaba seguro de que le había hablado en serio en mi carta. Eso es presunción.

—¿Habré hecho mal en sentirme seguro? —exclamó Aliocha riendo.

—No, todo lo contrario.

Lise le miró con ternura. Aliocha retenía la mano de ella en la suya. De pronto, Alexei se inclinó y la besó en la boca.

—¿Qué es eso? ¿Qué hace usted? —exclamó Lise.

Aliocha estaba visiblemente trastornado.

—Perdóneme... He hecho una tontería... Usted me ha acusado de ser frio, y por eso la he besado... He sido un estúpido.

Lise se echó a reír y se cubrió la cara con las manos.

—¡Lo que parece con ese hábito!

Pero de pronto se detuvo y se puso sería.

—No, Aliocha; dejemos los besos para más adelante. Ni usted ni yo sabemos todavía nada de estas cosas. Hay que esperar aún mucho tiempo. Ante todo, dígame por qué ha escogido por esposa a una muchacha ridícula y enferma como yo, siendo usted un hombre tan inteligente, de tanta penetración y tan aficionado a meditar. Aliocha, soy muy feliz, porque estoy indignada con usted.

—No, Lise; no se enoje conmigo. Pronto dejaré el monasterio. Y cuando vuelva al mundo, tendré que casarme. Lo haré, porque el *starets* me lo ha ordenado. ¿A quién puedo encontrar que sea mejor que usted y que me acepte como usted me acepta? Ya he pensado en todo esto. Ante todo, usted me conoce desde la infancia. Además, usted tiene muchas cualidades que me faltan a mi. Usted es más alegre que yo, y sobre todo más ingenua, pues yo he penetrado ya en muchas cosas... ¡Ah, hay algo que no sabe, y es que soy un Karamazov! ¿Qué importa que usted se ría y se burle, aunque la víctima sea yo...? Usted se rie como una niña ingenua, pero se atormenta pensando.

—¿Que yo me atormento? ¿Qué quiere usted decir?

—Sí, Lise; se atormenta. Usted me ha preguntado hace un momento si no es un acto de desdén hacia ese desgraciado analizar su alma a fondo, y ésta es una pregunta dolorosa... No sé explicar el motivo, pero los que se hacen esas preguntas son propicios al sufrimiento. Usted debe de pensar mucho en su sillón.

—Aliocha, déme la mano. ¿Por qué la ha retirado? —murmuró Lise con voz ahogada por la felicidad—. Oiga: ¿cómo se vestirá cuando deje el monasterio? No se

ría. Tampoco quiero que se enfade. Esto es muy importante para mí.

—No he pensado en eso todavía. Pero me vestiré como usted prefiera.

—Me gustaría que llevara una chaqueta de terciopelo azul oscuro, un chaleco de piqué blanco y un sombrero de fieltro gris... Dígame: hace un rato, cuando le he dicho que no era verdad lo que le dije en mi carta de ayer, ¿ha creído usted que no le amaba?

—No, no lo he creído.

—Es usted insoportable, incorregible.

—Yo sabía que usted me amaba, pero he fingido creer lo contrario para complacerla.

—Eso es peor todavía... Peor y mejor... Aliocha, le adoro. Antes de que usted llegara, me he dicho: «Le pedirás la carta que le enviaste ayer, y si te la da, como es propio de él, esto te demostrará que no lo quiere, que es insensible, que es una criatura, un tonto, y entonces estarás perdida.» Pero usted se ha dejado la carta en su celda, y esto me ha animado. ¿No lo ha hecho porque esperaba que se la pidiese y quería tener un pretexto para no devolvérmela?

—Pues no, Lise, ya que llevo la carta encima y la llevaba cuando usted me la ha pedido. La llevo en este bolsillo. Mírela. Aliocha sacó la carta y se la mostró, riendo y manteniéndola fuera de su alcance.

—Pero no se la daré. Se tendrá que conformar con mirarla.

—¿De modo que ha mentido usted, un monje?

—Sí, he mentido, pero lo he hecho para no devolverle la carta.

Volvió a enrojecer y añadió con vehemencia:

—¡Y no se la entregaré a nadie!

Lise le miró embelesada.

—Aliocha —susurró—, vaya a ver si mamá nos está escuchando.

—Bien, Lise; lo veré. ¿Pero no sería preferible no hacerlo?

¿Cómo puede sospechar que su madre sea capaz de semejante bajeza?

—Yo no veo en ello ninguna bajeza. Mi madre tiene derecho a velar por su hija. Le aseguro, Alexei Fiodorovitch, que cuando yo sea madre y tenga una hija como yo, también la vigilaré.

—Pues eso no está bien.

—¿Pero qué mal puede haber en ello, Dios mío? Escuchar una conversación de otros sería una vileza, pero se trata de una hija que está hablando a solas con un joven... Sepa usted, Aliocha, que le vigilaré cuando nos casemos. Abriré todas las cartas para leerlas... Ya le he avisado.

—Si tanto le importa... Pero no estará bien.

—Aliocha, querido, no empecemos a discutir ya. Sin embargo, prefiero hablarle francamente. Sé que está mal escuchar detrás de las puertas; usted tiene razón y yo no

la tengo; pero esto ng me impedirá escuchar.

—Puede hacerlo, pero le aseguro que no me atraparé —dijo Aliocha riendo.

—Otra cosa: ¿me obedecerá usted en todo? Esto también hay que decidirlo por anticipado.

—Le obedeceré de buen grado, Lise, pero no en las cosas fundamentales. En este caso, aunque usted no esté de acuerdo conmigo, sólo me someteré a mi conciencia.

—Así debe ser. Sepa usted que yo estoy decidida a obedecerle, no sólo en los casos graves, sino en todo. Se lo juro: en todo y siempre —exclamó Lise apasionadamente—. Y lo haré con alegría. También le juro que no escucharé nunca detrás de las puertas ni leeré sus cartas, pues comprendo que time usted razón. Por mucha que sea mi curiosidad, me contendré, ya que a usted le parece una vileza. Desde ahora será usted mi providencia... Oiga, Alexei Fiodorovitch: ¿por qué está usted tan triste estos días? Yo sé que time usted ciertos pesares, pero, además, observo en usted una tristeza oculta.

—Sí, Lise: tengo una tristeza oculta. Ya veo que me ama: que lo haya adivinado es una buena prueba de ello.

—¿Y cuál es la causa de esa tristeza, si puede saberse? —preguntó tímidamente Lise.

Aliocha se turbó.

—Ya se la diré más adelante, Lise. Ahora no lo comprendería. Y vo no sabría explicarme.

—Sé también que sufre usted a causa de sus hermanos y de su padre.

—Sí, mis hermanos... —murmuró Aliocha, pensativo.

—A mí no me es simpático su hermano Iván.

Esta observación sorprendió a Aliocha, pero no lo manifestó.

—Mis hermanos se perderán —continuó—, y mi padre también. Y arrastrarán a otros tras eplls. Es la «fuerza de la tierra», algo característico de los Karamazov, según dice el padre Paisius; una fuerza violenta y bruta... Ni siquiera sé si el espíritu de Dios domina esa fuerza... Yo sólo sé que soy también un Karamazov... Soy un monje, un monje... Usted ha dicho hace un momento que soy un monje.

—Sí, lo he dicho.

—Pues bien, no sé si creo en Dios.

—¿Qué dice usted? ¿Cómo es posible? —murmuró Lise.

Aliocha no respondió. En sus inauditas palabras había un algo misterioso, demasiado subjetivo tal vez, que ni él mismo comprendía y que le atormentaba.

—Además —dijo al fin—, mi amigo se está muriendo. El más eminente de los hombres va a dejar este mundo. ¡Si supiera usted, Lise, los lazos que me unen a ese hombre! Voy a quedarme solo... Volveré a venir a verla, Lise... Desde ahora estaremos siempre juntos.

—Sí, juntos, juntos. Desde ahora y para toda la vida. Béseme, se lo permito.

Aliocha le dio un beso.

—Ahora váyase —dijo Lise—. ¡Que Dios no le abandone! —e hizo la señal de la cruz—. Vaya a ver a su amigo, ya que todavía hay tiempo. No he debido retenerle: he sido despiadada. Hoy rogaré por él y por usted. Aliocha, ¿verdad que seremos felices?

—Yo creo que si, Lise.

Aliocha no tenía intención de ver a la señora de Khokhlakov al dejar a Lise, pero se encontró con ella en la escalera. Apenas empezó ésta a hablar, el joven comprendió que la dama le estaba esperando.

—Eso es horrible, Alexei Fiodorovitch: un infanticidio y una necedad. Confío en que usted no se hará ilusiones... ¡Tonterías y nada más que tonterías! —exclamó, irritada.

—Pero no se lo diga a ella. La trastornaría, le haría daño.

—Así habla un joven prudente y razonable. ¿Debo entender que usted le ha llevado la corriente sólo por compasión, porque está enferma, por no irritarla al contradecirla?

—Nada de eso: le he hablado sinceramente —repuso Aliocha con firmeza.

—¿Sinceramente? Pues será inútil. Primero le cerraré la puerta de mi casa; después me la llevaré lejos de aquí.

—¿Por qué? —exclamó Aliocha—. Piense que hay que esperar mucho tiempo, año y medio tal vez.

—Es verdad, Alexei Fiodorovitch. En año y medio pueden reñir ustedes mil veces. ¡Pero soy tan desgraciada! Esto son estupideces, de acuerdo; pero estoy consternada. Me siento como Famusov en la última escena de la comedia de Griboidov. Usted es Tchatski, y ella, Sofia. He venido aquí para encontrarme con usted. En la comedia también ocurre todo en la escalera. Lo he oído y no sé cómo he podido contenerme. Así se explican sus malas noches y las recientes crisis nerviosas. El amor por la hija, la muerte para la madre. Ahora otro punto importante. ¿Qué carta es esa que Lise le ha escrito? Enséñemela en seguida.

—No, ¿para qué? ¿Cómo está Catalina Ivanovna? Me interesa mucho saberlo.

—Sigue delirando y no ha recobrado el conocimiento. Sus tías han venido y no han cesado de lamentarse ni de hacer aspavientos. Herzenstube ha venido y se ha asustado tanto, que yo no sabía qué hacer. Incluso he pensado en enviar en busca de otro médico. Se la han llevado en mi coche. Y para colmo de desdichas, esa carta. Verdad es que en año y medio pueden ocurrir muchas cosas. Alexei Fiodorovitch, en nombre de lo más sagrado, en nombre de su *starets* que se está muriendo, enséñeme la carta, a mí, que soy su madre. Téngala en sus manos si quiere. Yo la leeré sin tocarla.

—No, no se la puedo enseñar, Catalina Osipovna. Aunque ella me lo permitiese, no se la enseñaría. Volveré mañana, y entonces hablaremos si usted quiere. Ahora, adiós.

Y Aliocha se marchó precipitadamente.

II. Smerdiakov y su guitarra

No había tiempo que perder. Al despedirse de Lise, una idea había acudido a su imaginación. ¿Cómo componérselas para encontrar en seguida a su hermano Dmitri, que parecía huir de él? Eran ya las tres de la tarde. Aliocha estaba ansioso de regresar al monasterio para ver al ilustre moribundo, pero el deseo de ver a Dmitri fue más fuerte: el presentimiento de que iba a ocurrir muy pronto una catástrofe tomaba cuerpo en su alma. ¿Qué catástrofe era ésta y qué quería él decir a su hermano? No lo sabía exactamente. «Es lamentable que mi bienhechor muera sin que yo esté a su lado; pero, por lo menos, no tendré que estar reprochándome toda la vida no haber procurado salvar un alma cuando tenía la oportunidad de hacerlo, haber desperdiciado esta oportunidad, en mi prisa por regresar al monasterio. Por otra parte, obrando así cumplo su voluntad...»

Su plan era sorprender a Dmitri con su presencia. Escalaría la valla como el día anterior, entraría en el jardín y se instalaría en el pabellón. «Si él no está alli, permaneceré oculto, sin decir nada a Foma ni a las propietarias, hasta la noche. Si Dmitri está aún al acecho de la llegada de Gruchegnka, vendrá al pabellón...» Aliocha no se detuvo a estudiar detenidamente los detalles del plan, pero decidió ponerlo en ejecución aunque no pudiera regresar aquella tarde al monasterio.

Todo se desarrolló sin obstáculos. Aliocha franqueó la valla casi por el mismo sitio que el día anterior y se dirigió furtivamente al pabellón. No quería que le viesen. Tanto la propietaria como Foma podían estar de parte de su hermano y seguir sus instrucciones, en cuyo caso, o le expulsarían o advertirían de su presencia a Dmitri apenas le viesen llegar.

Se sentó en el mismo sitio que el día anterior y esperó. El día era igualmente hermoso, pero el pabellón le pareció más destartalado que la víspera. El vasito de coñac había dejado una señal redonda en la mesa verde. A su mente empezaron a acudir ideas extrañas, como ocurre siempre en el tedio de las esperas. ¿Por qué se había sentado en el mismo sitio que el día anterior y no en otro cualquiera? Se apoderó de él una vaga inquietud. Llevaba no más de un cuarto de hora, cuando, desde el matorral que había a unos veinte pasos del pabellón, llegaron a él los acordes de una guitarra. Aliocha se acordó de que el día anterior había visto cerca de la valla, a la izquierda, un banco rústico. De él salían los sonidos musicales. Acompañándose con los acordes de la guitarra, una voz de tenorino cantó con floreos de gañán:

–Una fuerza implacable
e ata a mi bienamada.
eñor, ten piedad
e ella y de mí,

e ella y de mí.

El cantante enmudeció. Otra voz, ésta de mujer, acariciadora y tímida, murmuró:

—¿Cómo es que le vemos tan poco, Pavel Fiodorovitch? Nos tiene usted olvidadas.

—Eso no —repuso la voz de hombre, firme pero cortésmente.

Se vela que era el hombre el que dominaba y que la mujer se sometía gustosa a este dominio.

«Debe de ser Smerdiakov —pensó Aliocha—. Por lo menos, ésa es su voz. La mujer es sin duda la hija de la propietaria, esa que ha vuelto de Moscú y va con vestido de cola a buscar sopa a casa de Marta Ignatievna.»

—Los versos me encantan cuando son armoniosos —prosiguió la voz de mujer —. Continúe.

La voz del tenor siguió cantando:

–La corona no me importa
i mi amiga se porta bien.
eñor, ten piedad
e ella y de mí,
e ella y de mí.

—Estaría mejor —opinó la mujer— decir, después de eso de la corona, «si mi amada se porta bien». Resultaría más tierno.

—Los versos son verdaderas simplezas —afirmó Smerdiakov.

—¡Oh, no! Yo adoro los versos.

—No hay nada más tonto. En seguida me dará la razón. ¿Acaso nosotros hablamos en rimas? Si las autoridades nos obligaran a hablar en verso, ¿duraría esto mucho? Los versos no son cosa sería, María Kondratievna.

—¡Qué inteligente es usted! ¿Dónde ha aprendido todo eso? —dijo la voz de mujer con acento cada vez más acariciador.

—Pues aún sabría mucho más si la suerte no me hubiera sido adversa. Y, en este caso, habría matado en duelo a todo el que me llamara desgraciado por no tener padre y haber nacido de una mujer hedionda. Esto me lo echaron en cara en Moscú, donde lo sabían por Grigori Vasilievitch. Grigori me reprocha que me rebele contra mi nacimiento. «Destrozaste las entrañas a tu madre.» Cierto, pero habría preferido morir en su vientre que venir al mundo. En el mercado se decía, como me ha contado su madre con su falta de delicadeza, que la mía era una tiñosa que apenas medía metro y medio de altura... Odio a Rusia, María Kondratievna.

—Si fuese usted húsar, no hablaría así, sino que desenvainaría su sable para defender a Rusia.

—No solamente no quiero ser húsar, María Kondratievna, sino que deseo la

supresión de todo el ejército.

—Y si viene el enemigo, ¿quién nos defenderá?

—¿Para qué queremos que nos defiendan? En mil ochocientos doce, Rusia fue víctima de la gran invasión de Napoleón primero, el padre del actual. Fue una lástima que los franceses no nos conquistasen, que una nación inteligente no sojuzgara a un pueblo estúpido. Si nos hubiesen conquistado, ¡qué distinto habría sido todo!

—¿O sea que valen más que nosotros? Pues yo no cambiaría uno de nuestros buenos mozos por tres ingleses —dijo María Kondratievna con voz dulce y sin duda acompañando sus palabras de la mirada más lánguida.

—Eso va en gustos.

—Usted es como un extranjero entre nosotros, el más noble de los extranjeros: no me da vergüenza decírselo.

—Verdaderamente, en la maldad, la gente de allí y de aquí se parece. Todos son unos granujas, con la diferencia de que el bribón extranjero lleva botas lustradas y el bribón ruso vive sumergido en la miseria sin lamentarse. Convendría fustigar al pueblo ruso, como decía ayer Fiodor Pavlovitch, con sobrada razón, aunque esté tan loco como sus hijos.

—Sin embargo, a usted le infunde un gran respeto Iván Fiodorovitch: usted mismo me lo ha dicho.

—No obstante, me ha llamado ganapán maloliente. Me considera un revolucionario, pero está equivocado. Si yo tuviese dinero, haría tiempo que me habría marchado de Rusia. Dmitri Fiodorovitch se conduce peor que un lacayo, es un manirroto, un inútil. Sin embargo, todo el mundo se inclina ante él. Yo no soy más que un marmitón, desde luego, pero, con un poco de suerte, podría abrir un restaurante en Moscú, en la calle de San Pedro. Yo guiso platos a la carta, y en Moscú eso sólo lo saben hacer los extranjeros. Dmitri Fiodorovitch es un desharrapado, pero si desafía a un conde, éste acudirá al campo del honor. Pues bien, ¿qué tiene ese hombre que no tenga yo? El es mucho más ignorante. ¡Cuánto dinero ha despilfarrada!

—¡Un duelo! ¡Qué interesante! —observó María Kondratievna.

—¿Por qué?

—Es impresionante tanta bravura, sobre todo si se enfrentan dos oficiales jóvenes, pistola en mano, por una mujer hermosa. ¡Qué cuadro! Si se permitiera asistir a las mujeres, yo no faltaría.

—Para mirarlo no está mal, pero cuando el blanco es la cabeza de uno, el espectáculo carece de atractivo. Usted echaría a correr, María Kondratievna.

—¿Y usted? ¿Saldría corriendo?

Smerdiakov no se dignó contestar. Tras una pausa, se oyó un nuevo acorde y la voz de falsete entonó la última copla.

–Aunque me pese,
ıe voy a ir de aguí
ara gozar de la vida.
Ie estableceré en la capital
no me lamentaré,
o, no me lamentaré.

En este momento se produjo un incidente. Aliocha estornudó. En el banco se hizo el silencio. Alexei se levantó y fue hacia la pareja. Entonces pudo ver que, en efecto, el cantante era Smerdiakov. Iba vestido de punta en blanco, con el pelo abrillantado, a incluso rizado, al parecer, y relucientes las botas. María Kondratievna, la hija de la propietaria, no era fea, pero tenía la cara redonda y sembrada de pecas. Llevaba un vestido azul claro con una cola que no se acababa nunca.

—¿Vendrá pronto mi hermano Dmitri? —preguntó Aliocha con toda la calma que pudo aparentar.

Smerdiakov se levantó lentamente. Su compañera hizo lo mismo.

—Yo no estoy enterado de las idas y venidas de Dmitri Fiodorovitch, porque no soy su guardián —repuso Smerdiakov con gran aplomo y cierto matiz de desdén.

—Lo he preguntado por si acaso usted lo sabía —dijo Aliocha.

—Ni sé dónde está ni quiero saberlo.

—Mi hermano me ha dicho que usted le informa de todo lo que sucede en la casa y que, además, le ha prometido avisarle si llega Agrafena Alejandrovna.

Smerdiakov, impasible, alzó la vista y la fijó en Aliocha.

—¿Cómo se las ha arreglado usted para entrar? Hace una hora que el cerrojo está echado.

—He saltado la valla. Perdóneme, María Kondratievna. Deseo ver a mi hermano cuanto antes.

—¿Habrá alguien capaz de quererle mal? —murmuró la joven, halagada—. Así suele introducirse Dmitri Fiodorovitch en el pabellón. Cuando uno lo ve, ya está instalado.

—Voy en su busca. Necesito verle. ¿No podrían decirme dónde está en este momento? Se trata de un asunto importante y que le interesa.

—Nunca nos dice adónde va —balbuceó María Kondratievna.

—Incluso aquí, en esta casa amiga, su hermano me acosa con sus preguntas sobre mi amo. Qué pasa en su casa, quién viene, quién sale, si hay alguna novedad... Dos veces me ha amenazado de muerte.

—¿Es posible? —exclamó Aliocha, atónito.

—Un hombre de su carácter no se detiene ante nada. ¡Si lo hubiese oído ayer! «Si Agafrena Alejandrovna logra burlarme y pasar la noche en casa con el viejo, no respondo de tu vida», me dijo. Me da tanto miedo su hermano, que si me atreviera lo

denunciaría. Es capaz de todo.

—El otro día —añadió María Kondratievna— le dijo: «Te machacaré en un mortero.»

—Eso es hablar por hablar —respondió Aliocha—. Si pudiera verle, le diría algo sobre esto.

—Le voy a decir lo que sé —dijo Smerdiakov, después dé reflexionar un momento—. Vengo aquí con frecuencia como vecino. No hay ningún mal en ello. Iván Fiodorbvitch me ha enviado hoy, a primera hora, a casa de Dmitri Fiodorovitch, calle del Lago, para decirle que acudiese sin falta a la taberna de la plaza, donde comerian juntos. He ido, pero ya no le he encontrado. Eran las ocho. Su patrón me ha dicho textualmente: «Ha venido y se ha marchado.» Cualquiera diría que están de acuerdo. En este momento tal vez esté en la taberna con Iván Fiodorovitch, que no ha venido a comer a casa. Fiodor Pavlovitch hace ya una hora que ha comido y ahora está durmiendo la siesta. Pero le ruego encarecidamente que no diga nada de esto. Es capaz de matarme por cualquier nimiedad.

—¿De modo —dijo Aliocha— que mi hermano Iván ha citado a Dmitri en la taberna?

—Sí.

—¿En esa taberna que hay en la plaza y que se llama «La Capital »?

—Exactamente.

Aliocha daba muestras de gran agitación.

—Gracias, Smerdiakov. La noticia es importantísima. Voy ahora mismo a la taberna.

—No me descubra.

—Descuide. Me presentaré allí como por casualidad.

—¿Adónde va por ahí? —exclamó María Kondratievna—. Voy a abrirle la puerta.

—No, por aquí es más corto el camino. Saltaré la valla.

Impresionado por la noticia de la cita, Aliocha corrió a la taberna. No le parecía prudente entrar tal como iba vestido; preguntaría en la escalera por sus hermanos y los haría salir. Cuando se acercaba a la taberna, se abrió una ventana y desde ella le gritó Iván:

—¡Aliocha!, ¿puedes venir para estar conmigo un rato? Te lo agradeceré de veras.

—No sé si con este hábito...

—Estoy en un comedor particular. Entra en la escalera. Voy a tu encuentro.

Un momento después, Aliocha estaba sentado a la mesa en que Iván comía solo.

III. Los hermanos se conocen

El comedor particular consistía simplemente en que la mesa de Iván, próxima a la ventana, estaba protegida por un. biombo de las miradas indiscretas. Se hallaba al lado del mostrador, en la primera sala, por la que circulaban los camareros continuamente. El único cliente era un viejo militar que tomaba el té en un rincón. De las otras salas llegaba el rumoreo propio de esta clase de establecimientos: llamadas, estámpidos de botellas al descorcharse, el choque de las bolas en las mesas de billar. Se oía un organillo. Aliocha sabía que a su hermano no le gustaban estos locales, y no iba a ellos casi nunca. Por lo tanto, su presencia allí no tenía más explicación que la cita que había dado a Dmitri.

—Voy a decir que traigan una sopa de pescado a otra cosa. No vas a vivir de té solamente —dijo Iván, que parecía encantado de la presencia de Aliocha. Había terminado ya de comer y estaba tomando el té.

—De acuerdo. Y después de la sopa, té —dijo alegremente Aliocha—. Tengo apetito.

—Y cerezas en dulce, ¿no? ¿Te acuerdas de cómo te gustaban cuando eras niño y estabas en casa de Polienov?

—¿Conque te acuerdas? Sí, quiero cerezas: todavía me gustan.

Iván llamó al camarero y pidió una sopa de pescado, té y cerezas en dulce.

—Me acuerdo de todo, Aliocha. Entonces tú tenías once años y yo quince. A esta edad, y con cuatro años de diferencia, la camaradería entre los hermanos es imposible. Ni siquiera sé si te quería. Durante los primeros años de mi estancia en Moscú no pensaba en ti. Luego, cuando tú llegaste, creo que sólo nos vimos una vez. Y ahora, en los tres meses que llevo aquí, hemos hablado muy poco. Mañana me voy, y hace un momento estaba pensando cómo podría verte para decirte adiós. O sea que has llegado oportunamente.

—¿De veras deseabas verme?

—Lo anhelaba. Quiero que nos conozcamos mutuamente. Pronto nos separaremos. A mi juicio, conviene que tú me conozcas a mí y yo a ti antes de separarnos. Durante estos tres meses no has cesado de observarme. En tus ojos leía una físcalización continua, y esto es lo que me mantenía a distancia. Al fin, comprendía que merecías mi estimación. He aquí un hombrecito de carácter firme, pensé. Te advierto que, aunque me ría, hablo muy seriamente. Me gustan los que demuestran poseer un carácter firme, sea como fuere, a incluso teniendo tu edad. Al fin, tu mirada escudriñadora dejó de contrariarme, a incluso me resultó agradable. Cualquiera diría que me tienes afecto, Aliocha. ¿Es así?

—Así es, Iván. Dmitri dice que eres una tumba; a mí me pareces un enigma. Incluso ahora me lo pareces. Sin embargo, esta mañana te he empezado a

comprender.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Iván entre risas.

—¿No te enfadarás si te lo digo? —preguntó a su vez, y también riendo, Aliocha.

—Habla.

—Pues bien, he advertido que tú eres un joven semejante a todos los que andan por los veintitrés años, que son los que tú tienes; un muchacho rebosante de simpática ingenuidad. ¿De veras no te hieren mis palabras?

—Nada de eso —exclamó Iván con calor—. Por el contrario, veo en ello una sorprendente coincidencia. Desde nuestra entrevista de esta mañana, sólo pienso en la candidez de mis veintitrés años, y ahora esto es lo primero que me dices, como si hubieras adivinado mi pensamiento. ¿Sabes lo que me estaba diciendo hace un instante? Que si hubiera perdido la fe en la vida, si dudara de la mujer amada y del orden universal y estuviera convencido de que este mundo no es sino un caos infernal y maldito, por muy horrible que fuera mi desilusión, desearía seguir viviendo. Después de haber gustado el elixir de la vida, no dejaría la copa hasta haberla apurado. A los treinta años, es posible que me hubiera arrepentido, aunque no la hubiera apurado del todo, y entonces no sabría qué hacer. Pero estoy seguro de que hasta ese momento triunfaría de todos los obstáculos: desencanto, desamor a la vida y otros motivos de desaliento. Me he preguntado más de una vez si existe un sentimiento de desesperación lo bastante fuerte para vencer en mí este insaciable deseo de vivir, tal vez deleznable, y mi opinión es que no lo hay, ni lo habrá, por lo menos hasta que tenga treinta años. Ciertos moralistas desharrapados y tuberculosos, sobre todo los poetas, califican de vil esta sed de vida. Este afán de vivir a toda costa es un rasgo característico de los Karamazov, y tú también lo sientes; ¿pero por qué ha de ser vil? Todavía hay mucha fuerza centrípeta en el planeta, Aliocha. Uno quiere vivir y yo vivo incluso a despecho de la lógica. No creo en el orden universal, pero adoro los tiernos brotes primaverales y el cielo azul, y quiero a ciertas personas no sé por qué. Admiro el heroísmo; ya hace tiempo que no creo en él, pero te sigo admirando por costumbre... Mira, ya te traen la sopa de pescado. Buen provecho. Aquí la hacen muy bien... Oye, Aliocha: quiero viajar por Europa. Sé que sólo encontraré un cementerio, pero qué cementerio tan sugeridor. En él reposan ilustres muertos; cada una de sus losas nos habla de una vida llena de noble ardor, de una fe ciega en el propio ideal, de una lucha por la verdad y la ciencia. Caeré de rodillas ante esas piedras y las besaré llorando, íntimamente convencido de hallarme en un cementerio y nada más que en un cementerio. Mis lágrimas no serán de desesperación, sino de felicidad. Mi propia ternura me embriaga. Adoro los tiernos brotes primaverales y el cielo azul. La inteligencia y la lógica no desempeñan en esto ningún papel. Es el corazón el que ama..., es el vientre... Amamos las primeras fuerzas de nuestra juventud... ¿Entiendes algo de este galimatías, Aliocha? —terminó

con una carcajada.

—Lo comprendo todo perfectamente, Iván: desearíamos amar con el corazón y con el vientre: lo has expresado a la perfección. Me encanta tu ardiente amor a la vida. A mi entender, se debe amar la vida por encima de todo.

—¿Incluso más que al sentido de la vida?

—Desde luego. Hay que amarla antes de razonar, sin lógica, como has dicho. Sólo entonces se puede comprender su sentido. He aquí lo que hace ya mucho tiempo que he entrevisto. La mitad de tu misión está cumplida, Iván: ya amas la vida. Dedícate a realizar la segunda parte: en ella está tu salvación.

—No te apresures tanto a salvarme. Acaso no esté todavía perdido. ¿En qué consiste esa segunda parte?

—En resucitar a tus muertos, que acaso tienen aún algo de vida. Dame una taza de té. Me encantada esta conversación, Iván.

—Veo que estás hablador. Me seducen estas professions de foi en un novicio. Eres un carácter enérgico, Alexei. ¿Es verdad que te propones dejar el monasterio?

—Sí, mi *starets* me ha enviado al mundo.

—Entonces, no nos volveremos a ver hasta que yo tenga treinta años y empiece a dejar la copa. Nuestro padre no quiere privarse de ella hasta que tenga setenta a ochenta años. Lo ha dicho con toda seriedad, aunque sea un payaso. Está aferrado a su sensualidad como a una roca. Ciertamente, acaso la vida no tenga otro atractivo para él desde hace treinta años, pero es una vileza que un hombre siga entregado a la sensualidad a los setenta. Es preferible poner término a ello a los treinta. Así se conserva una apariencia de dignidad, aunque uno se engañe a sí mismo. ¿No has visto a Dmitri hoy?

—No, pero he visto a Smerdiakov.

Y Aliocha hizo a su hermano un relato detallado de su encuentro con el sirviente.

Iván le escuchó pensativo y se hizo repetir algunos detalles.

—Me ha pedido —añadió Aliocha— que no cuente a Dmitri lo que me ha dicho de él.

Iván frunció las cejas: estaba visiblemente preocupado.

—¿Es Smerdiakov quien te preocupa?

—Sí. ¡Que se lo lleve el diablo! Quería ver a Dmitri —dijo Iván, y añadió contra su voluntad—: Pero ya es inútil.

—¿De veras te vas en seguida?

—Sí.

—¿Cómo terminará la querella entre Dmitri y nuestro padre? —preguntó Aliocha, inquieto.

—Esa idea te tiene obsesionado —replicó Iván sin ocultar su irritación—. ¿Qué puedo hacer en este asunto? ¿Acaso soy el guardián de Dmitri? —sonrió

amargamente y añadió—: Es la respuesta de Caín a Dios. Esto estabas pensando, ¿verdad? Pero, ¡qué diablo!, yo no puedo quedarme aquí para vigilarlos. He terminado mis asuntos y me voy. Supongo que no creerás que envidio la suerte de Dmitri, ni que he estado intentando quitarle la novia durante estos tres meses. No, no; yo tenía aquí mis asuntos. Los he terminado y me voy. ¿Te has fijado en lo que ha ocurrido?

—¿Con Catalina Ivanovna?

—Sí. Me he deshecho de ella en un momento. No he tenido que preocuparme por Dmitri, porque esto no le afecta lo más mínimo. Yo tenía asuntos personales con Catalina Ivanovna. Ya sabe que Dmitri se ha conducido como si estuviera en connivencia conmigo. Yo no le he pedido nada. El mismo Dmitri me la cedió con su bendición. Es algo que mueve a risa. Tengo la sensación de que me han quitado un peso de encima. He estado a punto de pedir una botella de champán para celebrar estos primeros momentos de libertad. Casi seis meses de esclavitud, y de pronto me veo libre. Ayer no me imaginaba que fuera tan fácil terminar.

—¿Te refieres a tu amor, Iván?

—Llamémosle amor si quieres. La verdad es que me enamorisqué de una pensionista y esto representaba un sufrimiento para ella y para mí. Yo sólo pensaba en ella, y, de pronto, todo se viene abajo. Hace un rato he hablado con grave exaltación, pero te aseguro que después me reía a carcajadas. Ésta es la pura verdad.

—Todavía estás alborozado —dijo Aliocha, mirando el semblante de Iván.

—¿Cómo podía yo saber que no la quería? Sin embargo, así era. Pero es lo cierto que ayer, cuando pensaba en ella, me gustaba. E incluso ahora me gusta. Sin embargo, la dejo alegremente. ¿Crees que hablo así por jactancia?

—No; lo que creo es que tú no estabas enamorado.

Iván se echó a reír.

—Aliocha, no razones sobre el amor. Eso no te conviene. ¡Cómo saliste en mi defensa! Te mereces un abrazo. Ella me atormentaba, era para mí una verdadera tortura. Y es que sabía que me cautivaba. Es a mí y no a Dmitri a quien quiere —afirmó alegremente Iván—. Dmitri sólo le da disgustos. Lo que le dije es la pura verdad. Pero tal vez necesite quince o veinte años para darse cuenta de que me quiere a mí y no a Dmitri. A lo mejor, no lo comprende nunca, a pesar de la elección de hoy. Es lo mejor que ha podido suceder. La he dejado para siempre. A propósito, ¿qué ha ocurrido después de marcharme yo?

Aliocha le explicó que Catalina Ivanovna había sufrido un ataque de nervios y que estaba delirando.

—¿No mentirá la señora de Khokhlakov?

—No lo creo.

—Tenemos que enterarnos de cómo está. Nadie muere de una crisis nerviosa.

Dios ha sido demasiado generoso con la mujer al dotarla de sus encantos. No iré a verla. ¿Para qué?

—Sin embargo, le has dicho que no te ha amado nunca.

—Lo he hecho deliberadamente, Aliocha. Voy a pedir champán. Bebamos por mi libertad. ¡Si supieras lo contento que estoy!

—No, Iván; no bebamos. Estoy triste.

—Sí, ya lo he observado: hace tiempo que estás triste.

—Entonces, ¿estás decidido a marcharte mañana por la mañana?

—Me marcharé mañana, pero no he dicho que me vaya a ir por la mañana... No obstante, puede ser que me vaya por la mañana. Aunque te cueste creerlo, hoy he comido aquí solamente para no ver al viejo, tan ingrata me es su compañía. Si estuviera él solo aquí, ya hace tiempo que me habría marchado. ¿Por qué te inquieta tanto que me vaya? Todavía nos queda mucho tiempo, casi una eternidad.

—¿Una eternidad, marchándote mañana?

—Eso no importa. Nos sobrará tiempo para tratar del asunto que nos interesa. ¿Por qué me miras con esa cara de asombro? Respóndeme a esto: ¿para qué nos hemos reunido aquí? ¿Para hablar del amor de Catalina Ivanovna, del viejo o de Dmitri? ¿Para hacer comentarios sobre la política extranjera, la desastrosa situación de Rusia, o el emperador francés? ¿Nos hemos reunido para esto?

—No.

—Entonces ya sabes para qué nos hemos reunido. Somos dos candorosos jovenzuelos cuya única finalidad es resolver las cuestiones eternas. Actualmente, toda la juventud rusa se dedica a disertar sobre estos temas, mientras los viejos se limitan a tratar de cuestiones prácticas. ¿Para qué me has estado observando durante tres meses sino para preguntarme si tenía fe o no? Esto es lo que decían tus miradas, Alexei Fiodorovitch, ¿verdad?

—Bien podría ser —dijo Aliocha sonriendo—. Pero oye: ¿no te estás burlando de mí?

—¿Burlarme de ti? Por nada del mundo causaría un pesar a un hermano que me ha estado escudriñando ansiosamente durante tres meses. Aliocha, mírame a los ojos. Soy un jovenzuelo como tú. La única diferencia es que tú eres novicio y yo no. ¿Cómo procede la juventud rusa o, por lo menos, buena parte de ella? Va a un cafetucho caliente, como éste, y se agrupa en un rincón. Estos jóvenes no se habían visto antes y estarán cuarenta años sin volverse a ver. ¿De qué hablan en el rato que pasan juntos? Sólo de cuestiones importantes: de si Dios existe, de si el alma es inmortal. Los que no creen en Dios hablan del socialismo, de la anarquía, de la renovación de la humanidad, o sea, de las mismas cuestiones enfocadas desde otros puntos de vista. Buena parte de la juventud rusa, la más singular, está fascinada por estas cuestiones, ¿no es verdad?

—Sí; para los verdaderos rusos, la existencia de Dios, la inmortalidad del alma, o, como tú has dicho, estas mismas cuestiones enfocadas desde otros puntos de vista, están en primer término. Afortunadamente.

Y al decir esto, Aliocha miraba a su hermano escrutadoramente y le sonreía.

—Aliocha, ser ruso no significa siempre ser inteligente. No hay nada más necio que las ocupaciones actuales de la juventud rusa. Sin embargo, hay un adolescente ruso que merece todo mi afecto.

—¡Qué bien has expuesto la cuestión! —dijo Aliocha riendo.

—Bien, dime por dónde debemos empezar. ¿Por la existencia de Dios?

—Como quieras. También puedes empezar por el otro punto de vista. Ayer afirmaste que Dios no existe.

Y Aliocha fijó su mirada en la de su hermano.

—Lo dije para irritarte. Vi como relampagueaban tus ojos. Pero ahora estoy dispuesto a hablar en serio contigo, pues no tengo amigos y quiero tener uno.

Iván se echó a reír y añadió:

—Admito que es posible que Dios exista. No lo esperabas, ¿verdad?

—Desde luego. A menos que hables en broma.

—Nada de eso. Aunque ayer, al reunirnos con el *starets*, se creyera que no hablaba en serio. Oye, querido Aliocha: en el siglo dieciocho hubo un pecador que dijo: *Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer.* En efecto, es el hombre el que ha inventado a Dios. Lo asombroso es, no que Dios exista, sino que esta idea de la necesidad de Dios acuda al espíritu de un animal perverso y feroz como el hombre. Es una idea santa, conmovedora, llena de sagacidad y que hace gran honor al hombre. En lo que a mí concierne, ya hace tiempo que he dejado de preguntarme si es Dios el que ha creado al hombre o el hombre el que ha creado a Dios. Desde luego, no pasaré revista a todos los axiomas que los adolescentes rusos han deducido de las hipótesis europeas, pues lo que en Europa es una hipótesis se convierte en seguida en axioma para nuestros jovencitos, y no sólo para ellos, sino también para sus profesores, que suelen parecerse a los alumnos. Así, yo renuncio a todas las hipótesis y me pregunto cuál es nuestro verdadero designio. El mío es explicar lo más rápidamente posible la esencia de mi ser, mi fe y mis experiencias. Por eso me limito a declarar que admito la existencia de Dios. Sin embargo, hay que advertir que si Dios existe, si verdaderamente ha creado la tierra, la ha hecho, como es sabido, de acuerdo con la geometría de Euclides, puesto que ha dado a la mente humana la noción de las tres dimensiones, y nada más que tres, del espacio. Sin embargo, ha habido, y los hay todavía, geómetras y filósofos, algunos incluso eminentes, que dudan de que todo el universo, todos los mundos, estén creados siguiendo únicamente los principios de Euclides. Incluso tienen la audacia de suponer que dos paralelas, que según las leyes de Euclides no pueden encontrarse en la tierra, se pueden reunir en otra parte, en el

infinito. En vista de que ni siquiera esto soy capaz de comprender, he decidido no intentar comprender a Dios. Confieso humildemente mi incapacidad para resolver estas cuestiones. En esencia, mi mentalidad es la de Euclides: una mentalidad terrestre. ¿Para qué intentar resolver cosas que no son de este mundo? Te aconsejo que no te tortures el cerebro tratando de resolver estas cuestiones, y menos aún el problema de la existencia de Dios. ¿Existe o no existe? Estos puntos están fuera del alcance de la inteligencia humana, que sólo tiene la noción de las tres dimensiones. Por eso yo admito sin razonar no sólo la existencia de Dios, sino también su sabiduría y su finalidad para nosotros incomprensible. Creo en el orden y el sentido de la vida, en la armonía eterna, donde nos dicen que nos fundiremos algún día. Creo en el Verbo hacia el que tiende el universo que está en Dios, que es el mismo Dios; creo en el infinito. ¿Voy por el buen camino? Imagínate que, en definitiva, no admita este mundo de Dios, aunque sepa que existe. Observa que no es a Dios a quien rechazo, sino a la creación: esto y sólo esto es lo que me niego a aceptar. Me explicaré: puedo admitir ciegamente, como un niño, que el dolor desaparecerá del mundo, que la irritante comedia de las contradicciones humanas se desvanecerá como un miserable espejismo, como una vil manifestación de una impotencia mezquina, como un átomo de la mente de Euclides; que al final del drama, cuando aparezca la armonía eterna, se producirá una revelación tan hermosa que conmoverá a todos los corazones, calmará todos los grados de la indignación y absolverá de todos los crímenes y de la sangre derramada. De modo que se podrá no sólo perdonar, sino justificar todo lo que ha ocurrido en la tierra. Todo esto podrá suceder, pero yo no lo admito, no quiero admitirlo. Si las paralelas se encontraran ante mi vista, yo diría que se habían encontrado, pero mi razón se negaría a admitirlo. Ésta es mi tesis, Aliocha. He comenzado expresamente nuestra conversación del modo más tontó posible, pero la he conducido a mi confesión, pues sé que es esto lo que tú esperas. No es el tema de Dios lo que te interesa, sino la vida espiritual de tu querido hermano.

lván acabó su discurso con una emoción singular, inesperada. —¿Por qué has empezado «del modo más tonto posible»: —preguntó Aliocha, mirándolo pensativo.

—En primer lugar, por dar a la charla un tono típicamente ruso. En Rusia las conversaciones sobre este tema se inician siempre tontamente. Pero muy pronto la tontería llega al fin y desemboca en la claridad. La tontería deja la astucia y adquiere concisión, mientras que el ingenio empieza a dar rodeos y se esconde. El ingenio es innoble; en la tontería hay honradez. Cuanto más estúpidamente confiese la desesperación que me abruma, mejor para mí.

—¿Quieres explicarme por qué « no admites el mundo»?

—Desde luego. Esto no es ningún secreto, y te lo iba a explicar. Hermanito, mi propósito no es pervertirte ni quebrantar tu fe. Al contrario, lo que deseo es purificarme con tu contacto.

Iván dijo esto con una sonrisa infantil. Aliocha no le había visto nunca sonreír de este modo.

IV. Rebeldía

Voy a hacerte una confesión —empezó a decir Iván—. Yo no he comprendido jamás cómo se puede amar al prójimo. A mi juicio es precisamente al prójimo a quien no se puede amar. Por lo menos, sólo se le puede querer a distancia. No sé dónde, he leído que «San Juan el Misericordioso», al que un viajero famélico y aterido suplicó un día que le diera calor, se echó sobre él, lo rodeó con sus brazos y empezó a expeler su aliento en la boca del desgraciado, infecta, purulenta por efecto de una horrible enfermedad. Estoy convencido de que el santo tuvo que hacer un esfuerzo para obrar así, que se engañó a sí mismo al aceptar como amor un sentimiento dictado por el deber, por el espíritu de sacrificio. Para que uno pueda amar a un hombre, es preciso que este hombre permanezca oculto. Apenas ve uno su rostro, el amor se desvanece.

—El *starets* Zósimo ha hablado muchas veces de eso —dijo Aliocha—. Decía que las almas inexpertas hallaban en el rostro del hombre un obstáculo para el amor. Sin embargo, hay mucho amor en la humanidad, un amor que se parece algo al de Cristo. Lo sé por experiencia, Iván.

—Pues yo no lo conozco todavía y no lo puedo comprender. Hay muchos en el mismo caso que yo. Hay que dilucidar si esto procede de una mala tendencia o si es algo inseparable de la naturaleza humana. A mi juicio, el amor de Cristo a los hombres es una especie de milagro que no puede existir en la tierra. Él era Dios y nosotros no somos dioses. Supongamos, para poner un ejemplo, que yo sufro horriblemente. Los demás no pueden saber cuán profundo es mi sufrimiento, puesto que no son ellos los que lo sufren, sino yo. Es muy raro que un individuo se preste a reconocer el sufrimiento de otro, pues el sufrimiento no es precisamente una dignidad. ¿Por qué ocurre así? ¿Tú qué opinas? Tal vez sea que el que sufre huele mal o tiene cara de hombre estúpido. Por otra parte, hay varias clases de dolor. Mi bienhechor admitirá el sufrimiento que humilla, el hambre por ejemplo, pero si mi sufrimiento es elevado, como el que procede de una idea, sólo por excepción creerá en él, pues, al observarme, verá que mi cara no es la que su imaginación atribuye a un hombre que sufre por una idea. Entonces dejará de protegerme, y no por maldad. Los mendigos, sobre todo los que no carecen de cierta nobleza, deberían pedir limosna sin dejarse ver, por medio de los periódicos. En teoría, y siempre de lejos, uno puede amar a su prójimo; pero de cerca es casi imposible. Si las cosas ocurrieran como en los escenarios, en los *ballets*, donde los pobres, vestidos con andrajos de seda y jirones de blonda, mendigan danzando graciosamente, los podríamos admirar. Admirar, pero no amar...

»Basta ya de esta cuestión. Sólo pretendía exponerte mi punto de vista. Te iba a hablar de los dolores de la humanidad en general, pero será preferible que me refiera

exclusivamente al dolor de los niños. Mi argumentación quedará reducida a una décima parte, pero vale más así. Desde luego, salgo perdiendo. En primer lugar, porque a los niños se les puede querer aunque vayan sucios y sean feos (dejando aparte que a mí ningún niño me parece feo). En segundo lugar, porque si no hablo de los adultos, no es únicamente porque repelen y no merecen que se les ame, sino porque tienen una compensación: han probado el fruto prohibido, han conocido el bien y el mal y se han convertido en seres "semejantes a Dios". Y siguen comiendo el fruto. Pero los niños pequeños no han probado ese fruto y son inocentes. Tú quieres a los niños, Aliocha. Sí, tú quieres a los niños, y, como los quieres, comprenderás por qué prefiero hablar sólo de ellos. Ellos también sufren, y mucho, sin duda para expiar la falta de sus padres, que han comido el fruto prohibido... Pero estos razonamientos son de otro mundo que el corazón humano no puede comprender desde aquí abajo. Un ser inocente no es capaz de sufrir por otro, y menos una tierna criatura. Aunque te sorprenda, Aliocha, yo también adoro a los niños. Observa que entre los hombres crueles, dotados de bárbaras pasiones, como los Karamazov, abundan los que quieren a los niños. Hasta los siete años, los niños se diferencian extraordinariamente de los hombres. Son como seres distintos, de distinta naturaleza. Conocí un bandido, un presidiario, que había asesinado a familias enteras, sin excluir a los niños, cuando se introducia por las noches en las casas para desvalijarlas, y que en el penal sentía un amor incomprensible por los niños. Observaba a los que jugaban en el patio y se hizo muy amigo de uno de ellos, que solía acercarse a su ventana... ¿Sabes por qué digo todo esto, Aliocha? Porque me duele la cabeza y estoy triste.

—Tienes un aspecto extraño —dijo el novicio, inquieto—. Tu estado no es el normal.

—Por cierto —dijo Iván como si no hubiera oído a su hermano—, que un búlgaro me ha contado hace poco en Moscú las atrocidades que los turcos y los cherqueses cometen en su país. Temiendo un levantamiento general de los eslavos, incendian, estrangulan, violan a las mujeres y a los niños. Clavan a los prisioneros por las orejas en las empalizadas y así los tienen toda la noche. A la mañana siguiente los cuelgan. A veces, se compara la crueldad del hombre con la de las fieras, y esto es injuriar a las fieras. Porque las fieras no alcanzan nunca el refinamiento de los hombres. El tigre se limita a destrozar a su presa y a devorarla. Nunca se le ocurriría clavar a las personas por las orejas, aunque pudiera hacerlo. Los turcos torturan a los niños con sádica satisfacción; los arrancan del regazo materno y los arrojan al aire para recibirlos en las puntas de sus bayonetas, a la vista de las madres, cuya presencia se considera como el principal atractivo del espectáculo. He aquí otra escena que me horrorizó: un niño de pecho en brazos de su temblorosa madre y, en torno de ambos, los turcos. A éstos se les ocurre una broma. Empiezan a hacer carantoñas al bebé hasta que consiguen hacerle reír. Entonces uno de los soldados le encañona de cerca

con su revólver. El niño intenta coger el «juguete» con sus manitas, y, en este momento, el refinado bromista aprieta el gatillo y le destroza la cabeza. Dicen que los turcos aman los placeres.

—¿Para qué hablar de eso, hermano?

—Mi opinión es que si el diablo no existe, si ha sido creado por el hombre, éste lo ha hecho a su imagen y semejanza.

—¿Como a Dios?

—¡Qué bien sabes «devolver las palabras»!, como dice Polonio en *Hamlet* —dijo Iván riendo—. Te has aprovechado de las mías. Ciertamente, tu Dios es bello, aunque el hombre lo haya hecho a su imagen y semejanza. Me has preguntado hace un momento que por qué hablo de estas cosas. Te lo diré: me encanta coleccionar hechos y anécdotas. Los recojo en los periódicos, anoto lo que otros cuentan, y tengo una bonita colección. Naturalmente, los turcos no faltan en ella, y tampoco otros extranjeros, pero he anotado también casos nacionales que superan a todos. En Rusia, las vergas y el látigo ocupan un puesto de honor. No clavamos a las personas por las orejas, desde luego, porque somos europeos, pero tenemos la experiencia de azotar: en esto nadie nos aventaja. En el extranjero estos sistemas de castigo han desaparecido casi por completo a consecuencia de una mejora en las costumbres, o porque las leyes naturales impiden a un hombre azotar a su prójimo. En cambio, existe en ciertos paises un hábito tan peculiar, que aunque se ha implantado también aquí, es impropio de Rusia, especialmente después del movimiento religioso que se ha producido en la alta sociedad. Poseo un interesante folleto traducido del francés, en el que se refiere la ejecución, realizada en Ginebra hace cinco años, de un asesino llamado Ricardo, que se convirtió al cristianismo antes de morir. Tenía entonces veinticuatro años y era un hijo natural al que, cuando tenía seis años, habían entregado sus padres a unos pastores suizos, que lo criaron con vistas a la explotación. El niño creció como un salvaje, sin estudiar ni aprender nada. Cuando tenía siete años lo enviaron a apacentar el ganado bajo el frio y la humedad, medio desnudo y hambriento. Sus protectores no experimentaban ningún remordimiento por tratarlo así. Por el contrario, creían ejercer un derecho, ya que les habían dado a Ricardo como quien da un objeto. Ni siquiera consideraban un deber alimentarlo. El mismo Ricardo declaró que de buena gana se habría comido entonces el amasijo que daban a los cerdos para engordarlos, lo mismo que el hijo pródigo del Evangelio, pero que no lo podía hacer porque se lo tenían prohibido y le pegaban si se atrevía a robar la comida de los animales. Así pasó su infancia y su juventud, y cuando fue hombre se dedicó al robo. Este salvaje se ganaba la vida en Ginebra como jornalero, se bebía el jornal, vivía como un monstruo y acabó por asesinar a un viejo para desvalijarlo. Lo detuvieron, lo juzgaron y lo condenaron a muerte. En Ginebra no se andan con sentimentalismos. En la prisión se ve en seguida rodeado de pastores

protestantes, miembros de asociaciones religiosas y damas de patronatos. Entonces aprende a leer y escribir, le explican el Evangelio y, a fuerza de adoctrinarlo y catequizarlo, acaban por conseguir que confiese solemnemente su crimen. Dirigió al tribunal una carta en la que decía que era un monstruo, pero que el Señor se había, dignado iluminarlo y enviarle su gracia. Toda Ginebra se conmovió, toda la Ginebra filantrópica y santurrona. Todo lo que había de noble y recto en la capital acudió a la prisión. Lo abrazaban, lo estrujaban.

»—Eres nuestro hermano. Dios te ha concedido la gracia.

»Ricardo llora, enternecido.

»—Sí, Dios me ha iluminado. En mi infancia y en mi juventud deseaba la comida de los cerdos. Ahora se me ha otorgado la gracia y muero en el Señor.

»—Sí, Ricardo: has derramado sangre y debes morir. No es tuya la culpa si ignorabas la existencia de Dios cuando robabas la comida de los cerdos y te pegaban por obrar así (sin embargo, no procedías bien, pues está prohibido robar); pero has derramado sangre y debes morir.

» Llega el último día. Ricardo, abatido, llora y no cesa de repetir:

»—Hoy es el día más hermoso de mi vida, pues me voy al lado de Dios.

»—¡Sí —exclaman los religiosos y las damas de los patronatos—, es el día más bello de tu vida, pues vas a reunirte con Dios!

»La multitud se dirige al patíbulo, siguiendo al carro que transporta a Ricardo ignominiosamente. Todos llegan al lugar del suplicio.

»—¡Muere, hermano! —gritan a Ricardo—. ¡Muere en el Señor! ¡Su gracia está contigo!

»Y Ricardo sube al patíbulo entre besos. Lo tienden y cae su cabeza en nombre de la gracia divina.

»Es un suceso típico. Los luteranos de la alta sociedad han traducido el folleto al ruso y lo distribuyen como suplemento gratuito para instruir al pueblo.

»La aventura de Ricardo es interesante como rasgo nacional. En Rusia resultaría absurdo decapitar a un hermano por la única razón de que se ha convertido en uno de los nuestros, al haberle concedido el Señor la gracia, pero tenemos también nuestras cosas. En nuestro país, torturar golpeando constituye una tradición histórica, un placer que puede satisfacerse en el acto. Nekrasov nos habla en uno de sus poemas[46] de un *mujik* que fustiga a su caballo en los ojos. Todos hemos visto esto, pues es una costumbre muy rusa. El poeta nos describe un caballo que tira de un carro cargado excesivamente y que se ha atascado, sin que el animal pueda sacarlo del atolladero. El *mujik* lo azota con encarnizamiento, sin darse cuenta de lo que hace, prodigando los latigazos en una especie de embriaguez. “Aunque no puedas tirar, tirarás. Muérete, pero tira.” El indefenso animal se debate desesperadamente, mientras su dueño fustiga sus dos ojos, de los que brotan las lágrimas. Al fin, logra salir del

atolladero y avanza tembloroso, sin aliento, con paso vacilante, lamentable, premioso. En el poema de Nekrasov esto resulta verdaderamente horrible. Sin embargo, se trata solamente de un caballo, y ¿acaso Dios no ha creado a los caballos para que se les fustigue? Así piensan los que nos han legado el *knut.* Sin embargo, también se puede fustigar a las personas. He aquí un caso: cierto señor culto y su esposa se deleitan azotando a una hija suya que sólo tiene siete años. Al papá le complace que la verga tenga espinas. “Asl le hará más daño”, dice. Hay personas que se enardecen hasta el sadismo a medida que van dando golpes. Pegaban a la niña durante un minuto y seguían pegándole durante dos, durante cinco, durante diez, cada vez más fuerte. Al fin, la niña, agotadas sus fuerzas, con voz sofocada, grita: “¡Clemencia, papá! ¡Clemencia, papaíto!” El suceso se convierte en escándalo público y llega a los tribunales de justicia. Los padres entregan el asunto a un abogado, a esas “conciencias que se alquilan”. El letrado defiende a su cliente.

»—El asunto no puede estar más claro. Es una escena de familia como tantas otras que se ven a diario. Un padre que azota a una hija. Es vergonzoso perseguir a un hombre por obrar así.

»El jurado acepta la tesis del defensor. Se retira y emite un veredicto negativo. El público se alegra al ver que dejan en libertad a semejante verdugo. Yo no presencié el juicio. De haber estado allí, habría propuesto hacer una recolecta en honor de aquel buen padre de familia... Es un hermoso cuadro. Sin embargo, Aliocha, puedo ofrecerte otros mejores, también relacionados con los niños rusos. He aquí uno de ellos. Se refiere a una niñita de cinco años a la que sus padres detestan, sus padres, que son “honorables funcionarios instruidos y bien educados”. Hay muchas personas mayores que se complacen en torturar a los niños, pero sólo a los niños. Con los adultos, tales individuos se muestran cariñosos y amables, como europeos cultos y humanitarios, pero experimentan un placer especial en hacer sufrir a los niños: es su modo de amarlos. La confianza angelical de estas indefensas criaturas seduce a las personas crueles. Estas personas no saben adónde ir ni a quién dirigirse, y ello excita sus malos instintos. Todos los hombres llevan un demonio en su interior, hijo de un carácter colérico, del sadismo, de un desencadenamiento de pasiones innobles, de enfermedades contraídas en un régimen de libertinaje, de la gota, del mal funcionamiento del hígado... Pues bien, aquellos cultos padres desahogaban de varios modos su crueldad sobre la pobre criatura. La azotaban, la golpeaban sin motivo. Su cuerpo estaba lleno de cardenales. Y aún extremaron más su crueldad: en las noches glaciales de invierno, encerraban a la niña en el retrete, con el pretexto de que no pedía a tiempo que se la sacara de la cama para llevarla allí, sin hacerse cargo de que una niña de esta edad que está profundamente dormida, nunca puede pedir estas cosas a tiempo. Le embadurnaban la cara con sus excrementos y su misma madre la obligaba a que se los comiera. Y esta madre dormía tranquilamente, sin conmoverse

ante los gritos de la pobre niña encerrada en un lugar tan repugnante. ¿Te imaginas a esa infeliz criatura, a merced del frio y la oscuridad, sin saber lo que le ocurre, golpeándose con los puños el pecho anhelante, derramando inocentes lágrimas y pidiendo a Dios que la socorra? ¿Comprendes este absurdo? ¿Puede tener todo esto algún fin? Contéstame, hermano; respóndeme, piadoso novicio. Se dice que todo esto es indispensable para que en la mente del hombre se establezca la distinción entre el bien y el mal. ¿Pero para qué queremos esta distinción diabólica pagada a tan alto precio? Toda la sabiduría del mundo es insuficiente para pagar las lágrimas de los niños. No hablo de los dolores morales de los adultos, porque los adultos han saboreado el fruto prohibido. ¡Que el diablo se los lleve! ¡Pero los niños...! Veo en tu cara que te estoy hiriendo, Aliocha. ¿Quieres que me calle?

—No, yo también quiero sufrir. Continúa.

—Te voy a presentar otro cuadro típico. Lo he leído en los «Archivos Rusos» o en «La Antigüedad Rusa»: no puédo precisar en cuál de estas dos revistas. Fue en la época más triste de la esclavitud, en los comienzos del siglo diecinueve. ¡Viva el zar liberador![47]. Un antiguo general, rico terrateniente que tenía poderosas relaciones, vivía en uno de sus dominios, que contaba con dos mil almas. Era uno de esos hombres (a decir verdad, ya poco numerosos en aquel tiempo) que, una vez retirados del servicio, creían tener derecho a disponer de la vida y la muerte de sus siervos. Siempre malhumorado, trataba con altivo desdén a sus humildes vecinos, considerándolos como parásitos o bufones a su servicio. Tenía un centenar de monteros, todos uniformados, y varios cientos de lebreles. Un día, el hijo de una de sus siervas, un niño de ocho años, que se entretenía tirando piedras, hirió en la pata a uno de sus lebreles favoritos. Al ver que el perro cojeaba, el general inquirió el motivo y se le explicó todo, señalándole al culpable. Inmediatamente, el general ordenó que encerraran al niño, al que arrancaron de los brazos de su madre y que pasó la noche en el calabozo. Al día siguiente, al amanecer, se pone su uniforme de gala, monta a caballo y se va de caza, rodeado de sus parásitos, monteros y lebreles. Se reúne a toda la servidumbre para dar un ejemplo y se conduce al lugar de la reunión al chiquillo con su madre. Era una mañana de otoño, brumosa y fría, excelente para la caza. El general ordena que se desnude completamente al niño, lo que se hace al punto. El rapaz tiembla, muerto de miedo, sin atreverse a pronunciar palabra.

»—¡Hacedlo correr! —ordena el general.

»—¡Hala! ¡Corre! —le dicen los monteros.

»El niño echa a correr.

»El general profiere el grito con que acostumbra lanzar a la jauría en pos de las presas, y los perros se arrojan sobre el niño y lo destrozan ante los ojos de su madre.

»Al parecer, el general fue sometido a vigilancia. ¿Qué crees tú que merecía? ¿Se

le debía fusilar? Habla, Aliocha.

—Si —respondió Aliocha a media voz, pálido, con una sonrisa crispada.

—¡Bravo! —exclamó Iván, encantado—. Cuando tú lo dices... ¡Ah, el asceta! En tu corazón hay un diablillo, Aliocha Karamazov.

—He dicho una tontería, pero...

—Sí, pero... Has de saber, novicio, que las tonterías son indispensables en el mundo, que está fundado sobre ellas. Si no se hicieran tonterías, no pasaría nada aquí abajo. Cada cual sabe lo suyo.

—¿Qué sabes tú?

—No comprendo nada de lo que te he dicho —dijo Iván como soñando—. Y no quiero comprender nada: me atengo a los hechos. Si los analizo, los transformo.

—¿Por qué me atormentas? —se lamentó Aliocha—. ¿Quieres declrmelo de una vez?

—Sí, te lo voy a decir. Te quiero demasiado para abandonarte en manos del *starets* Zósimo.

Iván se detuvo. En su semblante había aparecido de pronto una sombra de tristeza.

—Oye, Aliocha: me he limitado a hablar de los niños para ser más claro. No he hablado de las lágrimas humanas que saturan la tierra, para ser más breve. Confieso humildemente que no comprendo la razón de este estado de cosas. La culpa es sólo de los hombres. Se les dio el paraíso y codiciaron la libertad, aun sabiendo que serían desgraciados. Por lo tanto, no merecen piedad alguna. Mi pobre mente terrenal me permite comprender solamente que el dolor existe, que no hay culpables, que todo se encadena, que todo pasa y se equilibra. Éstas son las pataratas de Euclides, y yo no puedo vivir apoyándome en ellas. ¿En qué me puede satisfacer todo esto? Lo que necesito es una compensación; de lo contrario, desapareceré. Y no una compensación en cualquier parte, en el infinito, sino aquí abajo, una compensación que yo pueda ver. Yo he creído, y quiero ser testigo del resultado, y si entonces ya he muerto, que me resuciten. Sería muy triste que todo ocurriese sin que yo lo percibiera. No quiero que mi cuerpo, con sus sufrimientos y sus faltas, sirva tan sólo para contribuir a la armonía futura en beneficio de no sé quién. Quiero ver con mis propios ojos a la cierva durmiendo junto al león, a la víctima besando a su verdugo. Sobre este deseo reposan todas las religiones, y yo tengo fe. Quiero estar presente cuando todos se enteren del porqué de las cosas. ¿Pero qué papel tienen en todo esto los niños? No puedo resolver esta cuestión. Todos han de contribuir con su sufrimiento a la armonía eterna, ¿pero por qué han de participar en ello los niños? No se comprende por qué también ellos han de padecer para cooperar al logro de esa armonía, por qué han de servir de material para prepararla. Comprendo la solidaridad entre el pecado y el castigo, pero ésta no puede aplicarse a un niño inocente. Que éste sea culpable de las

faltas de sus padres es una cuestión que no pertenece a nuestro mundo y que yo no comprendo. El malintencionado afirmará que los niños irán creciendo y llegarán a la edad de los pecados, pero el chiquillo que murió destrozado por los perros no tuvo tiempo de crecer... No estoy blasfemando, Aliocha. Comprendo cómo se estremecerá el universo cuando el cielo y la tierra se unan en un grito de alegría, cuando todo lo que vive o haya vivido exclame: « ¡Tienes razón, Señor! ¡Se nos han revelado tus caminos!»; cuando el verdugo, la madre y el niño se abracen y digan con lágrimas en los ojos: «¡Tienes razón, Señor!» Sin duda, entonces se hará la luz y todo se explicará. Lo malo es que yo no puedo admitir semejante solución. Y procedo en consecuencia durante mi estancia en este mundo. Créeme, Aliocha: acaso viva hasta ese momento o resucite entonces, tal vez grite con todos los demás, cuando la madre abrace al verdugo de su hijo: «¡Tienes razón, Señor!», pero lo haré contra mi voluntad. Ahora que puedo, me niego a aceptar esta armonía superior. Opino que vale menos que una lágrima de niño, una lágrima de esa pobre criatura que se golpeaba el pecho y rogaba a Dios en su rincón infecto. Sí, esa armonía vale menos que estas lágrimas que no se han pagado. Mientras sea así, no se puede hablar de armonía. Borrar esas lágrimas es imposible. «Los verdugos padecerán en el infierno», me dirás. ¿Pero qué valor puede tener este castigo, cuando los niños han tenido también su infierno? Por otra parte, ¿qué armonía es esa que requiere el infierno? Yo deseo el perdón, el beso universal, la supresión del dolor. Y si el tormento de los niños ha de contribuir al conjunto de los dolores necesarios para la adquisición de la verdad, afirmo con plena convicción que tal verdad no vale un precio tan alto. No quiero que la madre perdone al verdugo: no tiene derecho a hacerlo. Le puede perdonar su dolor de madre, pero no el de su hijo, despedazado por los perros. Aunque su hijo concediera el perdón, ella no tiene derecho a concederlo. Y si el derecho de perdonar no existe, ¿adónde va a parar la armonía eterna? ¿Hay en el mundo algún ser que tenga tal derecho? Mi amor a la humanidad me impide desear esa armonía. Prefiero conservar mis dolores y mi indignación no rescatados, ¡aunque me equivoque! Además, se ha enrarecido la armonía eterna. Cuesta demasiado la entrada. Prefiero devolver la mía. Como hombre honrado, estoy dispuesto a devolverla inmediatamente. Ésta es mi posición. No niego la existencia de Dios, pero, con todo respeto, le devuelvo la entrada.

—Eso es rebelarse —dijo Aliocha con suave acento y la cabeza baja.

—¿Rebelarse? Habría preferido no oirte pronunciar esa palabra. ¿Acaso se puede vivir sin rebeldía? Y yo quiero vivir. Respóndeme con franqueza. Si los destinos de la humanidad estuviesen en tus manos, y para hacer definitivamente feliz al hombre, para procurarle al fin la paz y la tranquilidad, fuese necesario torturar a un ser, a uno solo, a esa niña que se golpeaba el pecho con el puñito, a fin de fundar sobre sus lágrimas la felicidad futura, ¿te prestarías a ello? Responde sinceramente.

—No, no me prestaría.

—Eso significa que no admites que los hombres acepten la felicidad pagada con la sangre de un pequeño mártir.

—Efectivamente, hermano mío, yo no estoy de acuerdo con eso —dijo Aliocha con ojos fulgurantes—. Antes has preguntado si hay en el mundo un solo ser que tenga el derecho de perdonar. Pues si, ese ser existe. Él puede perdonarlo todo y puede perdonar a todos, pues ha vertido su sangre inocente por todos y para todos. Te has olvidado de Él, es Ése al que se grita: «¡Tienes razón, Señor! ¡Tus caminos se nos han revelado!»

—¡Ah, sí! El único libre de pecado, el que ha vertido su sangre... No, no lo había olvidado. Es más, me sorprendia que no lo hubieras sacado ya a relucir, pues vosotros soléis empezar vuestras discusiones mencionándolo... No te rías. ¿Sabes que compuse un poema el año pasado? Si me concedes diez minutos más, te contaré el asunto.

—¿Cómo? ¿Tú has escrito un poema?

Iván se echó a reír.

—¡Oh, no! En mi vida he escrito dos versos seguidos. Pero compuse con la imaginación ese poema, y lo recuerdo. Tú serás mi primer lector, mejor dicho, mi primer oyente. Quiero aprovecharme de tu presencia. ¿Me lo permites?

—Soy todo oídos.

—Mi poema se titula «El Gran Inquisidor». Es disparatado, pero quiero que lo conozcas.

V. «El gran inquisidor»

Desde el punto de vista literario, es indispensable un preámbulo. La acción se desarrolla en el siglo dieciséis, época en que, como sabes, existía la costumbre de hacer intervenir en los poemas a los poderes celestiales. No me refiero a Dante. En Francia, los *cleros de la basoche*[48] y los monjes daban representaciones teatrales en las que aparecían la Virgen, los ángeles, los santos, Cristo y Dios Padre. Estos espectáculos eran por demás ingenuos. Según nos cuenta Victor Hugo en su *Notre—Dame de Paris,* durante el reinado de Luis XI, para celebrar el nacimiento del delfín, se ofreció en Paris una representación gratuita del misterio *Le bon jugement de la tres sainte et gracieuse Vierge Marie*. En esta obra aparece la Virgen y emite su *bon jugement.* En Moscú se daban de vez en cuando representaciones de este tipo, tomadas especialmente del Antiguo Testamento, antes de Pedro el Grande[49]. Además, circulaban una serie de relatos y poemas en los que aparecían los santos, los ángeles y todo el ejército celestial. En nuestros monasterios se traducían y se copiaban esos poemas, a incluso se componían algunos originales, todo ello durante la dominación tártara. Uno de tales poemas, sin duda traducido del griego, es «La Virgen entre los condenados»[50], que nos ofrece escenas de una audacia dantesca. La Virgen visita el infierno, conducida por el arcángel San Miguel. La Virgen ve a los condenados y sus tormentos. Le llama la atención una categoría de pecadores muy interesante que está en un lago de fuego. Algunos se hunden en este lago y no vuelven a aparecer. «Éstos son los olvidados incluso por Dios»: he aquí una frase profunda y vigorosa. La Virgen, desconsolada, cae de rodillas ante el trono de Dios y pide gracia para todos los pecadores sin distinción que ha visto en el infierno. Su diálogo con Dios es interesantísimo. La Virgen implora, insiste, y cuando Dios le muestra los pies y las manos de su Hijo horadados por los clavos y le pregunta: « ¿Cómo puedo perdonar a esos verdugos?», la Virgen ordena a todos los santos, a todos los mártires y a todos los ángeles que se arrodillen como ella a imploren la gracia para todos los pecadores. Al fin consigue que cesen los tormentos todos los años desde el Viernes Santo a Pentecostés, y los condenados dan las gracias a Dios desde las profundidades del infierno y exclaman: «¡Señor, tu sentencia es justa!»... Mi poema habría sido algo así si lo hubiese concebido en aquella época. Dios aparecería y se limitaría a pasar sin decir nada. Han transcurrido quince siglos desde que prometió volver a su reinado, desde que su profeta escribió: «Volveré pronto. El día y la hora ni siquiera el Hijo la sabe, sólo mi Padre que está en los cielos»[51], repitiendo las palabras de Cristo en la tierra. Y la humanidad le espera con la misma fe de antaño, una fe más ardiente todavía, pues hace ya quince siglos que el cielo no ha cesado de conceder gajes al hombre.

–Cree lo que te dicte tu corazón,
ues los cielos ya no dan gajes[52]

»Verdad es que se producían entonces numerosos milagros: los santos realizaban curaciones maravillosas, la Reina de los Cielos visitaba a ciertos justos, según cuentan los libros. Pero el diablo no dormía: la humanidad empezaba a dudar de la autenticidad de tales prodigios. Entonces nació en Alemania una terrible herejía que negaba los milagros. «Una gran estrella, ardiente como una antorcha (la Iglesia, sin duda), cayó sobre los manantiales a hizo amargas sus aguas»[53]. Con ello se acrecentó la fe de los fieles. Las lágrimas de la humanidad se elevaban a Dios como en otras épocas: se le esperaba, se le quería, se cifraban en Él todas las esperanzas como en otros tiempos... Hace tantos siglos que la humanidad ruega con fervor: «Señor, dígnate aparecer ante nosotros», tantos siglos que dirige a Él sus voces, que Él, en su misericordia infinita, accede a descender al lado de sus fieles. Antes había visitado ya a justos y mártires, a santos anacoretas, según cuentan los libros. En nuestro país, Tiutchev, que creía ciegamente en sus palabras, ha proclamado que

Abrumado bajo el peso de su cruz,
l Rey de los Cielos, bajo una humilde apariencia,
e ha recorrido, tierra natal,
n toda tu extensión, bendiciéndote.

»Pero he aquí que Él ha querido mostrarse, aunque sólo por un momento, al pueblo doliente y miserable, al pueblo corrompido por el pecado, pero al que Él ama ingenuamente. La acción se desarrolla en España, en Sevilla, en la época más terrible de la Inquisición, cuando a diario se encendían las piras y

En magníficos autos de fe
e quemaban horrendos herejes[54]

»No es así como Él prometió venir, al final del tiempo, en toda su gloria celestial, súbitamente, « como el relámpago que brilla desde Oriente hasta Occidente»[55]. No, no ha venido así; ha venido a ver a sus niños, precisamente en los lugares donde crepitan las hogueras encendidas para los herejes. En su misericordia infinita, desciende a mezclarse con los hombres bajo la forma que tuvo durante los tres años de su vida pública. Vedlo en las calles radiantes de la ciudad meridional, donde precisamente el día anterior el gran inquisidor ha hecho quemar un centenar de herejes *ad majorem Dei gloriam*, en presencia del rey, de los cortesanos y los caballeros, de los cardenales y las más encantadoras damas de la corte. Ha aparecido discretamente, procurando que nadie lo vea, y, cosa extraña, todos lo reconocen. Explicar esto habría sido uno de los más bellos pasajes de mi poema. Atraído por una

fuerza irresistible, el pueblo se apiña en torno de Él y sigue sus pasos. El Señor se desliza en silencio entre la muchedumbre, con una sonrisa de infinita piedad. Su corazón se abrasa de amor, en sus ojos resplandecen la luz, la sabiduría, la fuerza. Su mirada, radiante de amor, despierta el amor en los corazones. El Señor tiende los brazos hacia la multitud y la bendice. El contacto con su cuerpo, incluso con sus ropas, cura todos los males. Un anciano que está ciego desde su infancia grita entre la muchedumbre: «¡Señor: cúrame, y así podré verte!» Entonces cae de sus ojos una especie de escama, y el ciego ve. El pueblo derrama lágrimas de alegría y besa el suelo que Él va pisando. Los niños arrojan flores en su camino. Se oyen cantos y gritos de *«¡Hosanna!»* . La multitud exclama: «¡Es Él, no puede ser nadie más que Él!» Se detiene en el atrio de la catedral de Sevilla, y en este momento llega un grupo de gente que transporta un pequeño ataúd blanco donde descansa una niña de siete años, hija única de un personaje. La muerta está cubierta de flores.

»De la multitud sale una voz que dice a la afligida madre:

» —¡Él resucitará a tu hija!.

»El sacerdote precede al ataúd y mira hacia la muchedumbre, perplejo y con las cejas fruncidas. De pronto, la madre lanza un grito y se arroja a los pies del Señor.

»—¡Si eres Tú, resucita a mi hija!

»Y le tiende los brazos.

»El cortejo se detiene y depositan el ataúd en las losas. El Señor le dirige una mirada llena de piedad y otra vez dice dulcemente: *“Talitha koum.”* Y la muchacha se levanta[56]. La muerta, después de incorporarse, queda sentada y mira alrededor, sonriendo con un gesto de asombro. En su mano se ve el ramo de rosas blancas que han depositado en su ataúd. Entre la multitud se ven rostros pasmados y se oyen llantos y gritos.

»En este momento pasa por la plaza el cardenal que ostenta el cargo de gran inquisidor. Es un anciano de casi noventa años, rostro enjuto y ojos hundidos, pero en los que se percibe todavía una chispa de luz. Ya no lleva la suntuosa vestidura con que se pavoneaba ante el pueblo cuando se quemaba a los enemigos de la Iglesia romana: vuelve a vestir su viejo y burdo hábito. A cierta distancia le siguen sus sombríos ayudantes y la guardia del Santo Oficio. Se detiene y se queda mirando desde lejós el lugar de la escena. Lo ha visto todo: el ataúd depositado ante El, la resurrección de la muchacha... Su semblante cobra una expresión sombría, se fruncen sus pobladas cejas y sus ojos despiden uña luz siniestra. Señala con el dedo al que está ante el ataúd y ordena a su escolta que lo detenga. Tanto es su poder y tan acostumbrado está el pueblo a someterse a su autoridad, a obedecerle temblando, que la muchedumbre se aparta para dejar paso a los esbirros. En medio de un silencio de muerte, los guardias del Santo Oficio prenden al Señor y se lo llevan.

»Como un solo hombre, el pueblo se inclina hasta tocar el suelo ante el anciano

inquisidor, que lo bendice sin pronunciar palabra y continúa su camino. Se conduce al prisionero a la vieja y sombría casa del Santo Oficio y se le encierra en una estrecha celda abovedada. Se acaba el día, llega la noche, una noche de Sevilla, cálida, bochornosa. El aire está saturado de aromas de laureles y limoneros. En las tinieblas se abre de súbito la puerta de hierro del calabozo y aparece el gran inquisidor con una antorcha en la mano. Llega solo. La puerta se cierra tras él. Se detiene junto al umbral, contempla largamente la Santa Faz. Al fin se acerca a Él, deja la antorcha sobre la mesa y dice:

»—¿Eres Tú, eres verdaderamente Tú?

»No recibe respuesta. Añade inmediatamente:

»—No digas nada; cállate. Por otra parte, ¿qué podrías decir? Demasiado lo sé. No tienes derecho a añadir ni una sola palabra a lo que ya dijiste en otro tiempo. ¿Por qué has venido a trastornarnos? Porque tu llegada es para nosotros un trastorno, bien lo sabes. ¿Qué ocurrirá mañana? Ignoro quién eres. ¿Eres Tú o solamente su imagen? No quiero saberlo. Mañana te condenaré y morirás en la hoguera como el peor de los herejes. Y los mismos que hoy te han besado los pies, mañana, a la menor indicación mía, se aprestarán a alimentar la pira encendida para ti. ¿Lo sabes?... Tal vez lo sepas.

»Y el anciano queda pensativo, con la mirada fija en el preso.

—No acabo de comprender lo que eso significa, Iván —dijo Aliocha, que le había escuchado en silencio—. ¿Es una fantasía, un error del anciano, un *quid pro quo* extravagante?

Iván se echó a reír.

—Quédate con esta última suposición si el idealismo moderno te ha hecho tan refractario a lo sobrenatural. Puedes elegir la solución que quieras. Verdad es que mi inquisidor tiene noventa años y que sus ideas han podido trastornarle hace ya tiempo. Tal vez es un simple desvarío, una quimera de viejo próximo a su fin y cuya imaginación está exacerbada por su último auto de fe. Pero que sea *quid pro quo* o fantasía poco importa. Lo importante es que el inquisidor revele al fin su pensamiento, que manifieste lo que ha callado durante toda su carrera.

—¿Y el prisionero no dice nada? ¿Se contenta con mirarlo?

—Sí, lo único que puede hacer es callar. El anciano es el primero en advertirle que no tiene derecho a añadir una sola palabra a las que pronunció en tiempos ya remotos. Éste es tal vez, a mi humilde juicio, el rasgo fundamental del catolicismo romano: «Todo lo transmitiste al papa: todo, pues, depende ahora del papa. No vengas a molestarnos, por lo menos antes de que llegue el momento oportuno.» Tal es su doctrina, especialmente la de los jesuitas. Yo la he leído en sus teólogos.

»—¿Tienes derecho a revelarnos uno solo de los secretos del mundo de que vienes? —pregunta el anciano, y responde por Él—: No, no tienes este derecho, pues tu revelación de ahora se añadiría a la de otros tiempos, y esto equivaldría a retirar a

los hombres la libertad que Tú defendías con tanto ahínco sobre la tierra. Todas tus nuevas revelaciones supondrían un ataque a la libertad de la fe, ya que parecerían milagrosas. Y Tú, hace quince siglos, ponías por encima de todo esta libertad, la de la fe. ¿No has dicho muchas veces: "Quiero que seáis libres"? Pues bien —añadió el viejo, sarcástico—, ya ves lo que son los hombres libres. Sí, esa libertad nos ha costado cara —continúa el anciano, mirando a su interlocutor severamente—, pero al fin hemos conseguido completar la obra en tu nombre. Nuestro trabajo ha sido rudo y ha durado quince siglos, pero al fin hemos logrado instaurar la libertad como convenía hacerlo. ¿No lo crees? Me miras con dulzura y ni siquiera me haces el honor de indignarte. Pues has de saber que jamás se han creído los hombres tan libres como ahora, aun habiendo depositado humildemente su libertad a nuestros pies. En realidad, esto ha sido obra nuestra. ¿Es ésta la libertad que Tú soñabas?

—Tampoco esto lo comprendo —dijo Aliocha—. ¿Habla irónicamente, se burla?

—Nada de eso. El anciano se jacta de haber conseguido, en unión de los suyos, suprimir la libertad para hacer a los hombres felices. «Pues hasta ahora no se ha podido pensar en la libertad de los hombres, dice el cardenal, pensando evidentemente en la Inquisición. Y añade: «Los hombres, como es natural, se han rebelado. ¿Y acaso los rebeldes pueden ser felices? Se te advirtió, los consejos no te faltaron; pero Tú no hiciste caso: rechazaste el único medio de hacer felices a los hombres. Afortunadamente, al marcharte dejaste en nuestra mano tu obra. Nos concediste solemnemente el derecho de hacer y deshacer. Supongo que no pretenderás retirárnoslo ahora. ¿Por qué has venido a molestarnos?»

—¿Qué significa eso de que «se te advirtió, los consejos no te faltaron» ? —preguntó Aliocha.

—Es el punto capital del discurso del anciano, que sigue diciendo:

»—El terrible Espíritu de las profundidades, el Espíritu de la destrucción y de la nada, te habló en el desierto, y la Sagrada Escritura dice que te tentó. No se podía decir nada más agudo que lo que se te dijo en las tres cuestiones o, para usar el lenguaje de las Escrituras, tres tentaciones que Tú rechazaste. No ha habido en la tierra milagro tan auténtico y magnífico como el de estas tres tentaciones. El simple hecho de plantearlas constituye un milagro. Supongamos que hubieran desaparecido de las Escrituras y que fuera necesario reconstituirlas, idearlas de nuevo para llenar este vacío. Supongamos que con este fin se reúnen todos los sabios de la tierra (hombres de Estado, prelados, filósofos, poetas) y se les dice: "Idead y redactad tres cuestiones que no solamente correspondan a la importancia del acontecimiento, sino que expresen en tres frases toda la historia de la humanidad futura." ¿Crees que este areópago de la sabiduría humana lograría discurrir nada tan fuerte y profundo como las tres cuestiones que te planteó en tus tiempos el poderoso Espíritu? Estas tres proposiciones bastan para demostrar que te hallabas ante el Espíritu eterno y absoluto

y no ante un espíritu humano y transitorio. Pues en ellas se resume y se predice toda la historia futura de la humanidad. En estas tres tentaciones están condensadas todas las contradicciones indisolubles de la naturaleza humana. Entonces no era posible advertirlo, ya que el porvenir era un misterio; pero ahora, quince siglos después, vemos que todo se ha realizado hasta el extremo de que es imposible añadirles ni quitarles una sola palabra. Ya me dirás quién tiene razón, si Tú o el que te interrogaba. Acuérdate de la primera tentación, no de las palabras, sino del sentido. Quieres ir por el mundo con las manos vacías, predicando una libertad que los hombres, en su estupidez y su ignominia naturales, no pueden comprender; una libertad que los atemoriza, pues no hay ni ha habido jamás nada más intolerable para el hombre y la sociedad que ser libres. ¿Ves esas piedras en ese árido desierto? Conviértelas en panes y la humanidad seguirá tus pasos como un rebaño dócil y agradecido, pero, al mismo tiempo, temeroso de que retires la mano y se acaben los panes. No quisiste privar al hombre de libertad y rechazaste la proposición, considerando que era incompatible con la obediencia comprada con los panes. Respondiste que no sólo de pan vive el hombre; pero has de saber que por este pan de la tierra el espíritu terrestre se revolverá contra ti, luchará y te vencerá; que todos le seguirán, gritando: "¡Nos prometió la luz del cielo y no nos la ha dado!" Pasarán los siglos, y la humanidad proclamará por boca de sus sabios que no se cometen crímenes y, en consecuencia, que no hay pecados, que lo único que hay es hambrientos. “¡Aliméntalos y entonces podrás exigirles que sean virtuosos!”: he aquí la inscripción que figurará en el estandarte de la revuelta que derribará tu templo. En su lugar se levantará un nuevo edificio, una segunda torre de Babel, que sin duda no se terminará, como no se terminó la primera. Habrías podido evitar a los hombres esta nueva tentativa y miles de años de sufrimiento. Después de haber luchado durante mil años para edificar su torre, vendrán a vernos. Nos buscarán bajo tierra, en las catacumbas, como antaño, donde estaremos ocultos (porque otra vez se nos perseguirá) y nos dirán: “Dadnos de comer, pues los que nos prometieron la luz del cielo no nos la han dado.” Entonces terminarán su torre, pues para ello sólo hace falta alimentarlos, y nosotros los alimentaremos, haciéndoles creer que hablamos en tu nombre. Sin nuestra ayuda, siempre estarían hambrientos. No existe ninguna ciencia que les dé pan mientras permanezcan libres; por eso acabarán por poner su libertad a nuestros pies diciendo: “Hacednos vuestros esclavos, pero dadnos de comer.” Habrán comprendido al fin que la libertad no se puede conciliar con el pan de la tierra, porque jamás sabrán repartírselo. Y, al mismo tiempo, se convencerán de su impotencia para vivir libremente, por su debilidad, su nulidad, su depravación y su propensión a la rebeldía. Tú les prometías el pan del cielo. Y vuelvo a preguntar si este pan se puede comparar con el de la tierra a los ojos de la débil raza humana, eternamente ingrata y depravada. Millares, decenas de millares de almas te seguirán

para obtener ese pan, ¿pero qué será de los millones de seres que no tengan el valor necesario para preferir el pan del cielo al de la tierra? Porque supongo que Tú no querrás sólo a los grandes y a los fuertes, a quienes los otros, la muchedumbre innumerable, que es tan débil pero que te venera, sólo serviría de materia explotable. También los débiles merecen nuestro cariño. Aunque sean depravados y rebeldes, se nos someterán dócilmente al fin. Se asombrarán, nos creerán dioses, por habernos puesto al frente de ellos para consolidar la libertad que les inquietaba, por haberlos sometido a nosotros: a este extremo habrá llegado el terror de ser libres. Nosotros les diremos que somos tus discípulos, que reinamos en tu nombre. Esto supondrá un nuevo engaño, ya que no te permitiremos que te acerques a nosotros. Esta impostura será nuestro tormento, puesto que nos habrá obligado a mentir. Tal es el sentido de la primera tentación que escuchaste en el desierto. Y Tú la rechazaste por salvar la libertad que ponías por encima de todo. Sin embargo, en ella se ocultaba el secreto del mundo. Si te hubieras prestado a realizar el milagro de los panes, habrías calmado la inquietud eterna de la humanidad —individual y colectivamente—, esa inquietud nacida del deseo de saber ante quién tiene uno que inclinarse. Pues no hay para el hombre libre cuidado más continuo y acuciante que el de hallar a un ser al que prestar acatamiento. Pero el hombre sólo quiere doblegarse ante un poder indiscutible, al que respeten todos los seres humanos con absoluta unanimidad. Esas pobres criaturas se atormentan buscando un culto que no se limite a reunir a unos cuantos fieles, sino en el que comulguen todas las almas, unidas por una misma fe. Este deseo de comunidad en la adoración es el mayor tormento, tanto individual como colectivo, de la humanidad entera desde el comienzo de los siglos. Para realizar este sueño, los hombres se han exterminado unos a otros. Los pueblos crearon sus propios dioses y se dijeron en son de desafío: "¡Suprimid vuestros dioses y adorad a los nuestros! Si no lo hacéis, malditos seáis vosotros y vuestros dioses." Y así ocurrirá hasta el fin del mundo, pues cuando los dioses hayan desaparecido, los hombres se arrodillarán ante los ídolos. Tú no ignorabas, no podías ignorar, este rasgo fundamental de la naturaleza humana. Sin embargo, rechazaste la única bandera infalible que se te ofrecía, la que habría movido a todos los hombres a inclinarse ante ti sin rechistar: la bandera del pan de la tierra. La rechazaste por el pan del cielo y por la libertad del hombre. Ya ves el resultado de haber defendido esta libertad. Te lo repito: no hay para el hombre deseo más acuciante que el de encontrar a un ser en quien delegar el don de la libertad que, por desgracia, se adquiere con el nacimiento. Mas para disponer de la libertad de los hombres hay que darles la tranquilidad de conciencia. El pan te aseguraba el éxito: el hombre se inclina ante quien se lo da (de esto no cabe duda); pero si otro se adueña de su conciencia, el hombre desdeñará incluso tu pan para seguir al que ha cautivado su razón. En esto acertaste, pues el secreto de la existencia humana no consiste sólo en poseer la vida, sino también en tener un motivo para

vivir. El hombre que no tenga una idea clara de la finalidad de la vida, preferirá renunciar a ella aunque esté rodeado de montones de pan y se destruirá a si mismo antes que permanecer en este mundo. ¿Pero qué hiciste? En vez de apoderarte de la libertad humana, la extendiste. ¿Olvidaste que el hombre prefiere la paz a incluso la muerte a la libertad para discernir el bien y el mal? No hay nada más seductor para el hombre que el libre albedrío, pero también nada más doloroso. En vez de principios sólidos que tranquilizaran para siempre la conciencia humana, ofreciste nociones vagas, extrañas, enigmáticas, algo que superaba las posibilidades de los hombres. Procediste, pues, como si no quisieras a los seres humanos, Tú que viniste a dar la vida por ellos. Aumentaste la libertad humana en vez de confiscarla, y así impusiste para siempre a los espíritus el terror de esta libertad. Deseabas que se te amara libremente, que los hombres te siguieran por su propia voluntad, fascinados. En vez de someterse a las duras leyes de la antigüedad, el hombre tendría desde entonces que discernir libremente el bien y el mal, no teniendo más guía que la de tu imagen, y no previste que al fin rechazaría, a incluso pondría en duda, tu imagen y tu verdad, abrumado por la tremenda carga de la libertad de escoger. Al fin exclamaron que la verdad no estaba en ti, ya que sólo así se explicaba que hubieras podido dejarlos en una incertidumbre tan angustiosa, con tantos cuidados y problemas insolubles. Así llevaste a la ruina tu reinado; por lo tanto, no acuses a nadie de ella. ¿Acaso fue esto lo que se te propuso? Sólo hay tres fuerzas capaces de subyugar para siempre la conciencia de esos débiles revoltosos: el milagro, el misterio y la autoridad. Tú rechazaste las tres para dar un ejemplo. El Espíritu terrible y profundo lo transportó a la cúspide del templo y dijo: “¿Quieres saber si eres el hijo de Dios? Arrójate desde aquí, pues está escrito que los ángeles deben sostenerlo y llevárselo, de modo que no sufrirá el menor daño. Entonces sabrás que eres el hijo de Dios y, además, demostrarás que tienes fe en tu Padre.” Pero Tú rechazaste esta proposición: no te quisiste arrojar. Demostraste entonces una arrogancia sublime, divina; pero los hombres son seres débiles y rebeldes, no dioses. Tú sábías que al dar un paso, al hacer el menor movimiento para lanzarte, habrías tentado al Señor y perdido la fe en Él. Te habrías estrellado, para regocijo de tu tentador, sobre esta misma tierra que venias a salvar. ¿Pero hay muchos como Tú? ¿Puedes tener la más remota sospecha de que los hombres tendrían la entereza necesaria para hacer frente a semejante tentación? ¿Es propio de la naturaleza humana rechazar el milagro y en los momentos críticos de la vida, ante las cuestiones capitales, atenerse al libre impulso del corazón? ¡Ah! Tú sabías que tu entereza de ánimo se describiría en las Sagradas Escrituras, subsistiría a través de las edades y llegaría a las regiones más lejanas, y esperabas que, siguiendo tu ejemplo, el hombre no necesitara el milagro para amar a Dios. Ignorabas que el hombre no puede admitir a Dios sin el milagro, pues es sobre todo el milagro lo que busca. Y como no puede pasar sin él, se forja sus propios milagros y

se inclina ante los prodigios de un mago o los sortilegios de una hechicera, aunque sea un rebelde, un hereje, un impío recalcitrante. No descendiste de' la cruz cuando se burlaban de ti y te gritaban entre risas: “¡Baja de la cruz y creeremos en ti!” No lo hiciste porque de nuevo te negaste a subyugar al hombre por medio de un milagro. Deseabas una fe libre y no inspirada por lo maravilloso; querías un amor libre y no los serviles transportes de unos esclavos aterrorizados. Otra vez te forjaste una idea demasiado elevada del hombre, pues los hombres son esclavos aunque hayan nacido rebeldes. Examina los hechos y juzga. Después de quince siglos largos, ¿a quién has elevado hasta ti? Te aseguro que el hombre es más débil y más vil de lo que creías. En modo alguno puede hacer lo que Tú hiciste. El gran aprecio en que le tenías ha sido un perjuicio para la piedad. Has exigido demasiado de él, a pesar de que le amabas más que a ti mismo. Si le hubieses querido menos, le habrías impuesto una carga más ligera, más en consonancia con tu amor. El hombre es débil y cobarde. No importa que ahora se levante en todas partes contra nuestra autoridad y se sienta orgulloso de su rebeldía. Es el orgullo de los escolares amotinados que han apresado al profesor. La alegría de estos rapaces se extinguirá y la pagarán cara. Derribarán los templos e inundarán la tierra de sangre; pero esos niños estúpidos advertirán que su debilidad les impide mantenerse en rebeldía durante mucho tiempo. Llorarán como necios y comprenderán que el Creador, haciéndolos rebeldes, quiso tal vez burlarse de ellos. Entonces protestarán, sin poder contener su desesperación, y esta blasfemia les hará aún más desgraciados, pues la naturaleza humana no soporta la blasfemia y acaba siempre por vengarse. Así, las consecuencias de tu amarga lucha por la libertad humana fue la inquietud, la agitación y la desgracia para los hombres. Tu eminente profeta, en su versión simbólica, dice que vio a todos los seres de la primera resurrección y que había doce mil de cada tribu[57]. A pesar de ser tan numerosos, eran más que hombres, casi dioses. Habían llevado tu cruz y soportado la vida en el desierto, donde se alimentaban de saltamontes y raíces. Ciertamente, puedes estar orgulloso de esos hijos de la libertad, del amor sin coacciones, de su sublime sacrificio en tu nombre. Pero ten presente que eran sólo unos millares, y casi dioses. ¿Y los demás qué? ¿Es culpa de ellos, de esos débiles seres humanos, no haber podido soportar lo que soportan los fuertes? El alma débil no es culpable de no poseer prendas tan extraordinarias. ¿Viniste al mundo sólo para los elegidos? Esto es un misterio para nosotros, y tenemos derecho a decirlo así a los hombres, a enseñarles que no es la libre decisión ni el amor lo que importa, sino el misterio, al que deben someterse ciegamente, incluso contra lo que les dicte su conciencia. Esto es lo que hemos hecho. Hemos corregido tu obra, fundándola en el milagro, el misterio y la autoridad. Y los hombres se alegran de verse otra vez conducidos como un rebaño y libres del don abrumador que los atormentaba. Dime: ¿no hemos hecho bien? ¿Acaso no es una prueba de amor a los hombres comprender su debilidad, aligerar su carga,

incluso tolerar el pecado, teniendo en cuenta su flaqueza, siempre que lo hagan con nuestro permiso? Por lo tanto, no has debido venir a entorpecer nuestra obra. ¿Por qué callas, fijando en mi tu mirada tierna y penetrante? Prefiero que te enojes; no quiero tu amor, porque yo no te amo. No hay razón para que te lo oculte. Sé muy bien con quién estoy hablando, pues leo en tus ojos que sabes lo que voy a decirte. No tengo por qué ocultarte nuestro secreto. Tal vez quieras oirlo de mis labios. Pues lo vas a oír. Hace ya mucho tiempo que no estamos contigo, sino con él. Hace exactamente ocho siglos que hemos recibido de *él* aquel último don que Tú rechazaste indignado cuando *él* te mostró todos los reinos de la tierra. Aceptamos Roma y la espada de César, y nos proclamamos reyes únicos de la tierra, aunque hasta ahora no hayamos tenido tiempo de acabar nuestra obra. ¿Pero de quién es la culpa? La empresa está aún en su principio, su fin está todavía muy lejos, y la tierra tiene ante sí aún muchos padecimientos; pero alcanzaremos nuestro fin, seremos Césares, y entonces podremos pensar en la felicidad del mundo. Tú habrías podido empuñar la espada de César. ¿Por qué rechazaste este último don? Si hubieras seguido este tercer consejo del poderoso Espíritu, habrías dado a los hombres todo lo que buscan sobre la tierra: un dueño ante el que inclinarse, un guardián de su conciencia y el medio de unirse al fin cordialmente en un hormiguero común, pues la necesidad de la unión universal es el tercero y último tormento de la raza humana. La humanidad ha tendido siempre a organizarse sobre una base universal. En la historia ha habido grandes pueblos que, a medida que han ido progresando, han sufrido más y han experimentado más profundamente que los otros la necesidad de la unión universal. Los grandes conquistadores, como Tamerlán y Gengis-Kan, que recorrieron la tierra como un huracán, encarnaban también, sin darse cuenta de ello, la aspiración unitaria de los pueblos. Si hubieses aceptado la púrpura de César, habrías fundado el imperio universal y dado la paz al mundo. ¿Pues quién mejor para someter al hombre que aquel que domina su conciencia y dispone de su pan? Nosotros hemos empuñado la espada de César y, al empuñarla, te hemos abandonado para unirnos a él. Aún transcurrirán algunos siglos de licencia intelectual, de vanos esfuerzos científicos y de antropofagia, pues en esto caerán los hombres cuando hayan terminado su torre de Babel sin contar con nosotros. Entonces la bestia se acercará, arrastrándose, a nuestros pies, los lamerá y los empapará de lágrimas de sangre. Y nosotros cabalgaremos sobre ella y levantaremos una copa en la que habrá grabada la palabra «Misterio». Sólo entonces. la paz y la felicidad reinarán sobre los hombres. Estás orgulloso de tus elegidos, pero éstos son sólo unos cuantos. En cambio, nosotros daremos la tranquilidad a todos los hombres. Además, entre los fuertes destinados a figurar en el grupo de los elegidos, ¡cuántos han llevado y cuántos llevarán todavía a otra parte las fuerzas de su espíritu y el ardor de su corazón! ¡Y cuántos acabarán por levantarse contra ti fundándose en la libertad que tú

les diste! Nosotros haremos felices a todos los hombres, y las revueltas y matanzas inseparables de tu libertad cesarán. Ya nos cuidaremos de persuadirles de que no serán verdaderamente libres hasta que pongan su libertad en nuestras manos. ¿Será esto verdad o una mentira nuestra? Ellos verán que les decimos la verdad, pues recordarán la servidumbre y el malestar en que tu libertad los tuvo sumidos. La independencia, la libertad de pensamiento, la ciencia, los habrá extraviado en tal laberinto, colocado en presencia de tales prodigios y tales enigmas, que los rebeldes furiosos se destruirán entre sí, y los otros, los rebeldes débiles, turba cobarde y miserable, se arrastrarán a nuestros pies gritando: “¡Tenéis razón! Sólo vosotros poseéis su secreto. Volvemos a vuestro lado. Salvadnos de nosotros mismos.” Sin duda, al recibir de nuestras manos los panes, verán que nosotros tomamos los suyos ganados con su trabajo y que luego los distribuimos, sin realizar milagro alguno. Se darán perfecta cuenta de que no hemos convertido las piedras en panes, pero recibir el pan de nuestras manos les producirá más alegría que el simple hecho de recibir el pan. Pues se acordarán de que antaño el mismo pan, fruto de su trabajo, se les convertía en piedra, y verán que, al volver a nosotros, la piedra se transforma en pan. Entonces comprenderán el valor de la sumisión definitiva. Y mientras no lo comprendan serán desgraciados. ¿Quién ha contribuido más a esta incomprensión? ¿Quién ha dispersado el rebaño y lo ha enviado por caminos desconocidos? Pero el rebaño volverá a reunirse, volverá a la obediencia y para siempre. Entonces nosotros daremos a los hombres una felicidad dulce y humilde, adaptada a débiles criaturas como ellos. Y los convenceremos de que no deben enorgullecerse, cosa que les enseñaste tú al ennoblecerlos. Nosotros les demostraremos que son débiles, que son infelices criaturas y, al mismo tiempo, que la felicidad infantil es la más deliciosa. Entonces se mostrarán tímidos, no nos perderán de vista y se apiñarán en torno de nosotros amedrentados, como una tierna nidada bajo el ala de la madre. Experimentarán una mezcla de asombro y temor y admirarán la energía y la inteligencia que habremos demostrado al subyugar a la multitud innumerable de rebeldes. Nuestra cólera los hará temblar, los invadirá la timidez, sus ojos se llenarán de lágrimas como los de los niños y las mujeres, pero bastará que les hagamos una seña para que su pesar se convierta en un instante en alborozo infantil. Desde luego, los haremos trabajar, pero organizaremos su vida de modo que en las horas de recreo jueguen como niños entre cantos y danzas inocentes. Incluso les permitiremos pecar, ya que son débiles, y por esta concesión nos profesarán un amor infantil. Les diremos que todos los pecados se redimen si se cometen con nuestro permiso, que les permitimos pecar porque los queremos y que cargaremos nosotros con el castigo. Y ellos nos mirarán como bienhechores al ver que nos hacemos responsables de sus pecados ante Dios. Y ya nunca tendrán secretos para nosotros. Según su grado de obediencia, nosotros les permitiremos o les prohibiremos vivir con sus mujeres o con

sus amantes, tener o no tener hijos, y ellos nos obedecerán con alegría. Nos expondrán las dudas más secretas y penosas de su conciencia, y nosotros les daremos la solución, sea el caso que fuere. Ellos aceptarán nuestro fallo de buen grado, al pensar que les evita la grave obligación de escoger libremente. Y millones de seres humanos serán felices. Sólo no lo serán unos cien mil, sus directores; es decir, nosotros, los depositarios de su secreto. Los hombres felices serán millones y habrá cien mil mártires abrumados por el maldito conocimiento del bien y del mal. Morirán en paz, se extinguirán dulcemente, pensando en ti. Y en el más allá sólo encontrarán la muerte. Pues si hubiera otra vida, es indudable que no se concedería a los seres como ellos. Pero nosotros los mantendremos en la ignorancia sobre este punto, los arrullaremos, prometiéndoles, para su felicidad, una recompensa eterna en el cielo... Se prófetiza que volverás para vencer de nuevo, rodeado de tus poderosos y arrogantes elegidos. Nosotros diremos a los hombres que los tuyos sólo se han salvado a sí mismos, mientras que nosotros hemos salvado a todo el mundo. Se afirma que la ramera, que cabalga sobre la bestia y tiene en sus manos la copa del misterio, será envilecida, que los débiles se levantarán de nuevo, desgarrarán su púrpura y dejarán al descubieto su cuerpo impuro[58]. Entonces yo me levantaré y te mostraré a los millares de seres felices que no han pecado. Yo, que por bien de ellos he cargado con sus faltas, me erguiré ante ti, diciendo: “No te temo. También yo he vivido en el desierto, alimentándome de saltamontes y raíces, también yo bendije la libertad con que Tú obsequiabas a los hombres, y me preparé para figurar entre tus elegidos, entre los fuertes, ardiendo en deseos de completar su número. Pero volví en mi y no quise servir a una causa insensata. Entonces me reuní con los que han corregido tu obra. Dejé a los orgullosos y vine al lado de los humildes para darles la felicidad. Lo que te he dicho se cumplirá, y entonces habremos construido nuestro imperio. Te lo repito: mañana, a una señal mía, verás a ese dócil rebaño traer los leños ardientes a la pira sobre la que te pondremos por haber venido a entorpecer nuestra obra. Pues nadie ha merecido más que Tú la hoguera. Mañana lo quemaré. *Dixi*.”

Iván se detuvo. Se había ido exaltando en el curso de su narración. Cuando hubo terminado, en sus labios apareció una sonrisa.

Aliocha había escuchado en silencio, con viva emoción. Varias veces había estado a punto de interrumpir a su hermano.

—¡Todo eso es absurdo! —exclamó enrojeciendo—. Tu poema es un elogio de Jesús y no una censura como tú pretendes. ¿Quién creerá lo que dices de la libertad? ¿Es así como hay que considerarla? ¿Es ése el concepto que tiene de ella la Iglesia ortodoxa? No, lo tiene Roma,y no toda ella, sino los peores elementos del catolicismo, los inquisidores, los jesuitas... No hay personaje más fantástico que tu inquisidor. ¿Qué significa eso de cargar con los pecados de los otros? ¿Dónde están

esos detentores del misterio que se atraen la maldición del cielo por el bien de la Humanidad? ¿Cuándo se ha visto todo eso? Conocemos a los jesuitas, se habla muy mal de ellos, pero no se parecen en nada a los tuyos. Tú te has imaginado un ejército romano como instrumento de futura dominación universal, un ejército dirigido por un emperador: el Sumo Pontífice. Éste, y sólo éste, es el ideal que tú imaginas. No hay en él ningún misterio, ninguna tristeza sublime, sino la sed de reinar, la vulgar codicia de los bienes terrenales; en suma, una especie de servidumbre futura en la que ellos serán los terratenientes. Quizás esos hombres no crean en Dios. Tu inquisidor es un personaje ficticio.

—¡Cálmate, cálmate! —exclamó Iván, echándose a reír—. ¡Cómo te acaloras! ¿Has dicho un personaje ficticio? De acuerdo. Sin embargo, ¿de veras crees que todo el movimiento católico de los últimos siglos no se ha inspirado exclusivamente en la sed de poder, sin perseguir otro objetivo que los bienes terrenales? Esto es lo que te enseña el padre Paisius, ¿no?

—No, no; al contrario. El padre Paisius dijo una vez algo semejante, pero no exactamente lo mismo.

—¡Bravo! He aquí una revelación interesante a pesar de ese «no exactamente lo mismo» . ¿Pero por qué los jesuitas y los inquisidores se han de aliar únicamente con vistas a la felicidad terrena? ¿Acaso no es posible encontrar entre ellos un mártir dominado por un noble sentimiento y que ame la humanidad? Supón que entre esos seres sedientos de bienes materiales hay solamente uno semejante a mi viejo inquisidor, que se ha alimentado sólo de raíces en el desierto, para ahogar el impulso de sus sentidos y alcanzar la libertad y, con ella, la perfección. Sin embargo, ese hombre ama a la humanidad. De pronto, ve las cosas claramente y se da cuenta de que conseguir una libertad perfecta representa una pobre felicidad cuando millones de criaturas siguen siendo desgraciadas al ser demasiado débiles para aprovecharse de su libertad, que estos pobres rebeldes no podrán acabar nunca su torre y que el gran idealista no ha concebido su armonía para semejantes estúpidos. Después de haber comprendido esto, mi inquisidor se vuelve atrás y se reúne con las personas de carácter. ¿Acaso es esto imposible?

—¿Qué personas con carácter son ésas? —exclamó Aliocha con cierto enojo—. Las personas a que tú te refieres no tienen carácter, no constituyen ningún misterio, no poseen ningún secreto... El ateísmo: ése es su secreto. Tu inquisidor no cree en Dios.

—Perfectamente. Es eso, no hay más secreto que ése; ¿pero no significa esto un tormento, cuando menos para un hombre como él, que ha sacrificado su vida a su ideal en el desierto y no ha cesado de amar a la humanidad? Al final de su vida ve claramente que sólo los consejos del terrible y poderoso Espíritu pueden hacer soportable la existencia de los rebeldes impotentes, de «esos seres abortados y

creados para irrisión de sus semejantes». Mi inquisidor comprende que hay que escuchar al Espíritu de las profundidades, a ese espíritu que lleva consigo la muerte y la ruina, y para ello admitir la mentira y el fraude y llevar a los hombres deliberadamente a la ruina y a la muerte, engañándolos por el camino para que no se enteren de adónde los lleva, para que esos pobres ciegos tengan la ilusión de que van hacia la felicidad. Observa este detalle: el fraude se realiza en nombre de quien el viejo ha creído fervorosamente durante toda su vida. ¿No es esto una desgracia? Si se encuentra un hombre así, uno solo, al frente de ese ejército «ávido de poder y que sólo persigue los bienes terrenales», ¿no es esto suficiente para provocar una tragedia? Es más, basta un jefe así para encarnar la verdadera idea directriz del catolicismo romano, con sus ejércitos y sus jesuitas. Francamente, Aliocha, estoy convencido de que ese tipo único no ha faltado jamás entre los que encabezaban el movimiento de que estamos hablando. Y a lo mejor, algunos de esos hombres figuran en la lista de los Romanos Pontífices. Tal vez existan todavía varios ejemplares de ese maldito viejo que ama tan profundamente, aunque a su modo, a la humanidad, y no por azar, sino bajo la forma de un convenio, de una liga secreta organizada hace mucho tiempo y cuyo objetivo es mantener el misterio, a fin de que no conozcan la verdad los desgraciados y los débiles, y así sean felices. Así tiene que ser; esto es fatal. Incluso me imagino que los francmasones tienen un misterio análogo en la base de su doctrina, y que por eso los católicos odian a los francmasones: ven en ellos a los competidores de su idea de que debe haber un solo rebaño bajo un solo pastor... Pero dejemos eso. Defendiendo mis ideas, adopto la actitud del autor que no soporta la critica.

—Tal vez tú mismo eres un francmasón —dijo Aliocha—. Tú no crees en Dios —añadió con profunda tristeza.

Además, le parecía que su hermano le miraba con expresión burlona.

—¿Cómo termina tu poema? —preguntó con la cabeza baja—. ¿O acaso ya no ocurre nada más?

—Sí que ocurre. He aquí el final que me proponía darle. El inquisidor se calla y espera un instante la respuesta del Preso. Éste guarda silencio, un silencio que pesa en el inquisidor. El Cautivo le ha escuchado con el evidente propósito de no responderle, sin apartar de él sus ojos penetrantes y tranquilos. El viejo habría preferido que Él dijera algo, aunque sólo fueran algunas palabras amargas y terribles. De pronto, el Preso se acerca en silencio al nonagenario y le da un beso en los labios exangües. Ésta es su respuesta. El viejo se estremece, mueve los labios sin pronunciar palabra. Luego se dirige a la puerta, la abre y dice: « ¡Vete y no vuelvas nunca, nunca!» Y lo deja salir a la ciudad en tinieblas. El Preso se marcha.

—¿Y qué hace el viejo?

—El beso le abrasa el corazón, pero persiste en su idea.

—¡Y tú estás con él! —exclamó amargamente Aliocha.

—¡Qué absurdo, Aliocha! Esto no es más que un poema sin sentido, la obra de un estudiante ingenuo que no ha escrito versos jamás. ¿Crees que pretendo unirme a los jesuitas, a los que han corregido su obra? Nada de eso me importa. Ya te lo he dicho: espero cumplir los treinta años; entonces haré trizas mi copa.

—¿Y los tiernos brotes, las tumbas queridas, el cielo azul, la mujer amada? ¿Cómo vivirás sin tu amor por ellos? —exclamó Aliocha con profundo pesar—. ¿Se puede vivir con un infierno en el corazón y en la mente? Volverás a ellos o te suicidarás, ya en el límite de tus fuerzas.

—Hay en mí una fuerza que hace frente a todo —dijo Iván con una fria sonrisa.

—¿Qué fuerza?

—La de los Karamazov, la fuerza que nuestra familia extrae de su bajeza.

—Y que consiste en hundirse en la corrupción, en pervertir el alma propia, ¿no es así?

—Tal vez me libre de todo eso hasta los treinta años, y después...

—¿Cómo puedes librarte? Con tus ideas, no podrás.

—Podré obrando como un Karamazov.

—O sea, que «todo está permitido». ¿No es eso?

Iván frunció las cejas y en su rostro apareció una palidez extraña.

—Ya veo que ayer cogiste al vuelo esta expresión que tan profundamente hirió a Miusov y que Dmitri repitió tan ingenuamente. Bien; ya que lo he dicho, no me retracto: «todo está permitido». Además, Mitia ha dejado esto bien sentado.

Aliocha le miró en silencio.

—En vísperas de mi marcha, hermano —continuó Iván—, creía que no tenía en el mundo a nadie más que a ti; pero ahora veo, mi querido hermano, que ni siquiera en tu corazón hay un hueco para mí. Como no reniegue del concepto «todo está permitido», tú renegarás de mi, ¿no es así?

Aliocha fue hacia él y le besó en los labios.

—¡Eso es un plagio! —exclamó Iván—. Ese gesto lo has tomado de mi poema. Sin embargo, te lo agradezco. Ha llegado el momento de marcharnos, Aliocha.

Salieron y se detuvieron en la escalinata.

—Oye, Aliocha —dijo Iván firmemente—, si sigo amando los brotes primaverales, lo deberé a tu recuerdo. Me bastará saber que tú estás aquí, en cualquier parte, para sentir nuevamente la alegría de vivir. ¿Estás contento? Puedes considerar esto, si quieres, como una declaración de amor fraternal. Ahora vamos cada cual por nuestro lado. Y basta ya de este asunto, ¿me entiendes? Quiero decir que si yo no me fuera mañana, cosa que es muy probable, y nos encontráranios de nuevo, ni una palabra sobre esta cuestión. Te lo pido en serio. Y te ruego que no vuelvas a hablarme nunca de Dmitri. El tema está agotado, ¿no? En compensación, te prometo que

cuando tenga treinta años y sienta el deseo de arrojar mi copa, vendré a hablar contigo, estés donde estés y aunque yo resida en América. Entonces me interesará mucho saber lo que ha sido de ti. Te hago esta promesa solemne: nos decimos adiós tal vez por diez años. Ve a reunirte con tu seráfico padre; se está muriendo, y si se muriera no estando tú a su lado, me acusarías de haberte retenido. Adiós. Dame otro beso. Ahora, vete.

Iván se marchó sin volverse. Así se había marchado también Dmitri el día anterior, bien es verdad que en condiciones distintas. Esta singular observación atravesó como una flecha el contristado espíritu de Aliocha. El novicio permaneció unos instantes siguiendo con la vista la figura de su hermano que se alejaba. De súbito, observó por primera vez que Iván avanzaba contoneándose y que, visto de espaldas, tenía el hombro derecho más bajo que el izquierdo.

Aliocha dio media vuelta y se dirigió al monasterio. Caía la noche. Le asaltó un presentimiento indefinible. Como el día anterior, se levantó el viento y los pinos centenarios empezaron a zumbar lúgubremente cuando Aliocha entró en el bosque de la ermita.

«Mi seráfico padre... ¿De dónde habrá sacado este nombre?... Iván, mi pobre Iván, ¿cuándo te volveré a ver?... He aquí la ermita... Sí, mi seráfico padre me salvará de él para siempre... »

Más adelante se asombró muchas veces de haberse olvidado por completo de su hermano mayor tras la marcha de Iván, de Dmitri, a quien aquella misma mañana se había prometido buscar y encontrar aunque tuviese que pasar la noche fuera del monasterio.

VI. Todavía reina la oscuridad

Después de haber dejado a Aliocha, Iván Fiodorovitch se dirigió a casa de su padre. De pronto —cosa extraña—, empezó a sentir una viva inquietud que iba en aumento a medida que se acercaba a la casa. Esta sensación le llenaba de estupor, pero no por sí misma, sino por la imposibilidad de definirla. Conocía la ansiedad por experiencia y no le sorprendía sentirla en aquellos momentos en que había roto con todo lo que le ligaba a aquella ciudad a iba a emprender un camino nuevo y desconocido, solo como siempre, lleno de una esperanza indeterminada, de una excesiva confianza en la vida, pero incapaz de precisar lo que de la vida esperaba. Sin embargo, no era la sensación de hallarse frente a lo desconocido lo que le atormentaba... «¿No será el disgusto que me inspira la casa de mi padre?», se dijo. Y añadió: «Es verdad, bien podría ser, hasta tal extremo me repugna, aunque hoy vaya a entrar en ella por última vez... Pero no, no es esto. La causa es los adioses de Aliocha después de nuestra conversación. ¡He estado tanto tiempo callado, sin dignarme hablar, y total para acumular una serie de absurdos...!» En verdad, todo podía deberse al despecho propio de su inexperiencia y de su vanidad juveniles, despecho de no haber revelado su pensamiento ante un ser como Aliocha, del que él, en su fuero interno, esperaba mucho. Sin duda, este despecho existía, tenía que existir, pero había también otra cosa. «Siento una ansiedad que llega a producirme náuseas y no puedo precisar lo que quiero. Tal vez lo mejor es no pensar...»

Iván Fiodorovitch intentó no pensar, pero no consiguió nada. Lo que le irritaba sobre todo era que su ansiedad tenía una causa fortuita, exterior: lo sentía. Algún ser o algún objeto le obsesionaban vagamente, del mismo modo que a veces tenemos ante nuestros ojos, durante un trabajo o una conversación animada, algo que nos está mortificando profundamente hasta que se nos ocurre apartar de nuestra mente el objeto enojoso y que no es sino una bagatela: un pañuelo caído en el suelo, un libro que no está bien colocado, etcétera, etcétera.

Iván llegó a la casa paterna de pésimo humor. Cuando estaba a unos quince pasos de la puerta, levantó la vista y comprendió inmediatamente el motivo de su turbación.

Smerdiakov, el sirviente, tomaba el fresco cerca del portal, sentado en un banco. Iván se dio cuenta en el acto de que aquel hombre le desagradaba hasta el punto de no poder soportarlo. Esto fue para él como un rayo de luz. Hacia un momento, cuando Aliocha le explicó su encuentro con Smerdiakov, había experimentado una sombría repulsión no exenta de animosidad. Después, mientras seguía conversando con su hermano, no volvio— a pensar en él, pero cuando quedó solo, la sensación olvidada surgió de su inconsciente.

«¿Es posible que ese miserable me inquiete hasta tal punto?» , se dijo, desesperado.

Desde hacía poco, especialmente desde hacía unos días, Iván Fiodorovitch sentía una profunda aversión hacia aquel hombre. Él mismo había terminado por advertir esta antipatía creciente, tal vez agravada por el hecho de que al principio Iván Fiodorovitch sentía por Smerdiakov una especie de simpatía. Éste había empezado por parecerle original y había conversado con frecuencia con él, a pesar de considerarlo como un ser un poco limitado, además de inquieto, y sin comprender lo que podía atormentar continuamente a aquel «contemplador». Hablaban a veces de cuestiones filosóficas, preguntándose incluso cómo era posible que hubiera luz el primer día, cuando el sol, la luna y las estrellas no se crearon hasta el cuarto, y tratando de hallar la solución de este problema. Pero pronto se convenció Iván Fiodorovitch de que Smerdiakov sentía un interés muy limitado por los astros y que tenía otras preocupaciones. Adolecia de un exagerado amor propio de hombre ofendido. Esto desagradó profundamente a Iván y engendró su aversión. Después sobrevinieron incidentes enojosos: la aparición de Gruchegnka, las querellas de Dmitri con su padre, verdaderos escándalos. Aunque Smerdiakov hablaba siempre de ello con agitación, no era posible deducir lo que deseaba para él mismo. Algunos de sus deseos, cuando los exponía involuntariamente, sorprendian por su incoherencia. Consistian siempre en preguntas, en simples alusiones que no explicaba nunca: se callaba o empezaba a hablar de otra cosa en el momento de mayor animación. Pero lo que más molestaba a Iván y había acabado por hacerle ver en Smerdiakov un ser antipático, era la chocante familiaridad con que el sirviente le trataba y que iba en continuo aumento. No era descortés, sino todo lo contrario; pero Smerdiakov había llegado, Dios sabía por qué, a creer que existía cierta solidaridad entre él a Iván Fiodorovitch: se expresaba como si hubiese entre ellos una inteligencia conocida e incomprensible para los que les rodeaban. Iván Fiodorovitch tardó mucho tiempo en comprender la causa de su creciente repulsión: hasta últimamente no la había comprendido.

Ahora, su propósito era pasar por el lado de Smerdiakov con gesto huraño y desdeñoso, sin decirle nada; pero Smerdiakov se puso en pie de un modo que hizo comprender a Iván Fiodorovitch que el criado deseaba hablarle confidencialmente. Iván le miró y se detuvo. Y el hecho de proceder así en vez de pasar de largo como era su propósito le produjo gran turbación. Dirigió una mirada llena de repulsión y cólera a aquella figura de eunuco, con el cabello recogido sobre las sienes y un enhiesto mechón central. Guiñaba el ojo izquierdo como diciendo:

«No pasarás. Sabes muy bien que nosotros, personas inteligentes, tenemos que hablar.»

Iván Fiodorovitch se estremeció.

«¡Atrás, miserable! ¿Qué hay de común entre tú y yo, imbécil?», quiso decirle. Pero en vez de esto, y para asombro suyo, dijo otra cosa completamente distinta.

—¿Está durmiendo mi padre todavía? —preguntó en un tono resignado, y, sin darse apenas cuenta, se sentó en el banco. Hubo un momento en que casi sintió miedo: se acordó de ello más tarde. Smerdiakov, con las manos en la espalda, le miraba con un gesto de seguridad en sí mismo, casi severamente.

—Sí, todavía está durmiendo —repuso con parsimonia, mientras pensaba: «Ha sido él el primero en hablar»—. Me asombra usted —añadió tras una pausa, bajando la vista con un gesto de afectación, avanzando el pie derecho y jugueteando con la punta de su lustrado borceguí.

—¿Qué es lo que te asombra? —preguntó secamente Iván Fiodorovitch, esforzándose por contenerse a indignado contra si mismo al notar que sentía una viva curiosidad y la quería satisfacer a toda costa.

—¿Por qué no va usted a Tchermachnia? —preguntó Smerdiakov con una sonrisa llena de familiaridad. Y su ojo izquierdo parecía decir: «Si eres un hombre inteligente, comprenderás esta sonrisa. »

—¿A santo de qué tengo que ir a Tchermachnia? —preguntó asombrado Iván Fiodorovitch.

Hubo un silencio.

—Fiodor Pavlovitch se lo ha rogado encarecidamente —dijo Smerdiakov al fin, sin apresurarse, como si no diese ninguna importancia a su respuesta, algo así como si dijese: «Te indico un motivo de tercer orden, solamente por decir algo.»

—¡Habla con claridad, demonio! ¿Qué es lo que quieres? —exclamó Iván Fiodorovitch, que cuando se irritaba era grosero.

Smerdiakov volvió a poner el pie derecho al lado del izquierdo y levantó la cabeza, conservando su flemática sonrisa.

—No tiene importancia: he hablado por hablar.

Nuevo silencio. Iván Fiodorovitch comprendia que debía levantarse, enfadarse. Smerdiakov permanecía ante él en actitud de espera. « Bueno, ¿te vas a enfadar o no?», parecía decir. Por lo menos, esta impresión le producía a Iván. Éste se dispuso al fin a levantarse. Smerdiakov aprovechó la situación para decir:

—¡Horrible situación la mia! No sé cómo salir del apuro.

Dijo esto resueltamente. Luego suspiró. Iván no terminó de levantarse.

—Los dos parecen haber perdido la cabeza —añadió Smerdiakov—. Parecen niños. Me refiero a su padre y a su hermano Dmitri Fiodorovitch. Fiodor Pavlovitch se levantará dentro de un momento y empezará a preguntarme: «¿Por qué no ha venido?» Y no parará de hacerme esta pregunta hasta medianoche a incluso hasta más tarde. Si Agrafena Alejandrovna no viene (y yo creo que no tiene el propósito de venir), mañana por la mañana volverá a atosigarme. «¿Por qué no ha venido? ¿Cuándo vendrá?» ¡Cómo si yo tuviera la culpa! Por el otro lado, la misma historia. Al caer la noche, a veces antes, se presenta su hermano, siempre armado. «¡Mucho

ojo, granuja, marmitón: si la dejas pasar sin advertirme, te mataré!» Y por la mañana sigue martirizándome, de tal modo, que se diría que, como Fiodor Pavlovitch, me considera culpable de que su dama no haya venido. Su cólera aumenta de día en día, y esto me tiene tan atemorizado, que a veces pienso incluso en quitarme la vida. No espero nada bueno.

—¿Por qué te has mezclado en esto? ¿Por qué espías a Dmitri?

—No he tenido más remedio. Yo no me mezclé en nada por mi gusto, sépalo. Al principio callaba: no me atrevía ni siquiera a responder. Dmitri Fiodorovitch me ha convertido en un criado suyo. Además, no ha cesado de amenazarme. «¡Te mataré, bribón, si la dejas pasar!» Estoy seguro de que mañana me dará un largo ataque.

—¿Un ataque?

—Sí, un largo ataque. Me durará varias horas, tal vez un día o dos. Uno me duró tres días, y los tres estuve sin conocimiento. Caí de lo alto del granero. Fiodor Pavlovitch envió a buscar a Herzenstube, que me prescribió hielo en la cabeza y otra cosa. Estuve a dos dedos de la muerte.

—Dicen que es imposible prever los ataques de epilepsia. ¿Cómo puedes saber que tendrás uno mañana? —preguntó Iván Fiodorovitch con una curiosidad en la que había algo de cólera.

—Tiene usted razón.

—Además, aquella vez caíste desde el granero.

—También puedo caer mañana, pues subo a él todos los días. Y si no es en el granero, puede ser en el sótano, pues también bajo al sótano todos los días.

Iván lo observó largamente.

—Tú estás tramando algo que no acabo de comprender —dijo en voz baja y en tono amenazador—. ¿Te propones acaso simular un ataque de tres días?

—Si lo hiciera..., esto es un juego de niños cuando uno tiene experiencia..., si lo hiciera, tendría perfecto derecho a recurrir a este medio de salvar la vida. Hallándome en ese estado, su hermano no me pediría cuentas en el caso de que Agrafena Alejandrovna viniese, pues no se pueden pedir cuentas a un enfermo. Se avergonzaría de hacer una cosa así.

Iván Fiodorovitch exclamó, con las facciones contraídas por la cólera:

—¿Por qué demonio has de estar temiendo siempre por tu vida? Las amenazas de Dmitri son las de un hombre enfurecido y nada más. Es posible que mate a alguien, pero no a ti.

—Me matará a mí antes que a nadie, como se mata a una mosca... Pero aún me gustaría menos que me creyeran su cómplice si atacara como un loco a su padre.

—¿Por qué te han de acusar de complicidad?

—Porque yo le he revelado en secreto las contraseñas.

—¿Qué contraseñas? ¿Quieres hablar claro, demonio?

—Sepa usted —silabeó Smerdiakov con acento doctoral— que Fiodor Pavlovitch y yo tenemos un secreto. Usted sabe sin duda que, desde hace unos días, se encierra apenas llega la noche. Usted acostumbra regresar pronto y sube en seguida a su habitación. Ayer ni siquiera salió. Así, usted tal vez ignore el cuidado con que se atrinchera. Si viniera Grigori Vasilievitch, él no le abriría hasta que reconociera su voz. Pero Grigori Vasilievitch no viene ya, porque ahora estoy yo solo a su servicio en su departamento. Así lo ha decidido desde que tiene ese enredo con Agrafena Alejandrovna. Cumpliendo sus instrucciones, paso la noche en el pabellón. Hasta medianoche he de estar de guardia, vigilando el patio, por si ella viene. Después de varios días de espera, esta inquietud lo tiene loco. He aquí cómo razona: «Dicen que ella le tiene miedo (a Dmitri Fiodorovitch, se entiende); por lo tanto, vendrá de noche y entrará en el patio. Acecha hasta pasada medianoche. Apenas la veas, corre a golpear la puerta o la ventana que da al jardín, dos veces despacito, así, y después tres veces más de prisa: pam, pam, pam. Entonces yo comprenderé que es ella y te abriré la puerta sin ruido. » Me ha dado otra contraseña para los casos extraordinarios: primero dos golpes rápidos, pam, pam; después, tras una pausa, un golpe fuerte. Así comprenderá que hay novedades y me abrirá. Y yo le explicaré lo que haya. Esta llamada la reservamos para el caso de que venga alguien de parte de Agrafena Alejandrovna o de que se acerque Dmitri Fiodorovitch. Fiodor Pavlovitch tiene mucho miedo a su hermano, y me ha ordenado que le informe de su proximidad aun en el caso de que esté encerrado con Agrafena Alejandrovna. Cuando esto ocurra habré de dar tres golpes. O sea que la primera contraseña, consistente en cinco golpes, quiere decir: « Ha llegado Agrafena Alejandrovna.» La segunda, tres golpes: «Noticia urgente. » Me ha hecho la demostración varias veces. Y como nadie en el mundo, excepto él y yo, conoce estas contraseñas, cuando las oiga abrirá sin vacilar ni preguntar: sin preguntar, porque no quiere hacer el menor ruido... Pues bien, Dmitri Fiodorovitch está al corriente de estas señales convenidas.

—¿Cómo? ¿Es que tú se las has dicho? ¿Cómo te has atrevido?

—Tengo miedo. No he podido guardar el secreto. Dmitri Fiodorovitch me decía todos los días: «Me engañas, me ocultas algo. Te voy a partir la cabeza.» Yo he procurado convencerlo de mi lealtad, de que no lo engaño, sino todo lo contrario...

—Bien; si tú crees que quiere entrar utilizando la contraseña, impídeselo.

—¿Cómo se lo podré impedir si me da el ataque? Eso suponiendo que me atreva. ¡Es tan violento!

—¡Vete al diablo! ¿Cómo puedes saber con tanta seguridad que mañana te va a dar un ataque? Te estás burlando de mí.

—Nunca me atrevería. Además, el momento no se presta a las burlas. Presiento que sufriré un ataque y que el miedo lo provocará.

—Si tú estás en cama, se encargará de vigilar Grigori. Ponle al corriente de todo y

él le impedirá entrar.

—Sin el permiso de mi señor, no me atrevo a revelarle las contraseñas a Grigori Vasilievitch. Además, Grigori Vasilievitch está enfermo desde ayer y Marta Ignatievna se dispone a cuidarlo. Es algo curioso. Esa mujer tiene el secreto, y lo guarda, de una infusión muy fuerte que hace con cierta hierba. Tres veces al año administra este remedio a Grigori Vasilievitch cuando sufre sus ataques de lumbago y queda casi paralizado. Empapa un trapo en esta infusión y está frotándole la espalda durante media hora, hasta que la piel se enrojece a incluso se hincha. Lo que sobra se lo hace beber mientras murmura una plegaria. Marta Ignatievna bebe también un poco, y como ninguno de los dos está acostumbrado a beber, caen inmediatamente en un profundo y largo sueño. Cuando se despiertan, Grigori Vasilievitch suele estar curado. En cambio, su esposa tiene jaqueca. De modo que si mañana Marta Ignatievna hace use del remedio y llega Dmitri Fiodorovitch, no lo oirán, porque estarán dormidos, y lo dejarán entrar.

Iván Fiodorovitch frunció las cejas.

—Comprendo tus intenciones —exclamó—. Todo se arreglará a medida de tus deseos: tú habrás sufrido un ataque y ellos estarán dormidos. Todo eso es un plan que te has forjado.

—¿Cómo podría combinar todas esas cosas? Además, ¿con qué objeto, siendo así que todo depende exclusivamente de Dmitri Fiodorovitch...? Si él quiere hacer algo, lo hará. Si no quiere, seré yo el que vaya a buscarlo para que venga a casa de su padre.

—¿Pero por qué ha de venir, y además a escondidas, si, como tú mismo dices, Agrafena Alejandrovna no viene? –prosiguió Iván Fiodorovitch pálido de cólera—. Yo siempre he creido que esto era una fantasía del viejo, que esa joven no vendría nunca aquí. ¿Por qué, pues, ha de venir Dmitri a forzar la puerta? Habla; quiero conocer tu pensamiento.

—Usted sabe perfectamente por qué vendrá. ¿Qué le importa lo que yo piense? Vendrá por animosidad o por desconfianza. Vendría, sin duda, si yo estuviera enfermo. Dejándose llevar de sus Judas, querrá explorar las habitaciones de Fiodor Pavlovitch como hizo ayer, para ver si ella ha entrado sin que él lo haya advertido. Dmitri Fiodorovitch sabe también que su padre ha puesto tres mil rublos en un gran sobre que ha sellado con tres sellos y atado con una cinta. Y en el sobre ha escrito de su puño y letra: «Para Gruchegnka, mi ángel, si viene.» Tres días después añadió: «Para mi paloma. »

—¡Qué absurdo! —exclamó Iván Fiodorovitch fuera de sí—. Dmitri no vendrá a matar a su padre para robarle. Ayer lo pudo matar, porque estaba loco a causa de Gruchegnka, pero no lo hará para robarle.

—Está muy necesitado de dinero, Iván Fiodorovitch —dijo Smerdiakov con

perfecta calma y gran claridad—. Usted no sabe hasta qué punto lo necesita. Además, considera que esos tres mil rublos le pertenecen. « Mi padre me debe exactamente tres mil rublos», me ha dicho. Además, Iván Fiodorovitch, piense en esto: su hermano está casi seguro de que Agrafena Alejandrovna, si así lo desea, obligará a su padre a casarse con ella. Por eso yo creo que no vendrá, pero que es muy posible que quiera convertirse en una dama. Sé que su amante, el especulador Sarnsonov, le ha dicho francamente que este matrimonio no sería un mal negocio. Gruchegnka no es tonta y no puede ver ninguna razón para casarse con un hombre arruinado como Dmitri Fiodorovitch. Si Agrafena Alejandrovna se casa con su padre, Iván Fiodorovitch, lo hará para ponerlo todo a su nombre, y en este caso, ni usted ni sus hermanos heredarán un solo rublo. En cambio, si su padre muriese ahora, recibirían ustedes cuarenta mil rublos cada uno, sin excluir a Dmitri Fiodorovitch, a quien él tanto detesta, pues todavía no ha hecho testamento... Dmitri Fiodorovitch está al corriente de todo esto.

Las facciones de Iván se crisparon; su rostro enrojeció.

—¿Por qué —preguntó agriamente— me has aconsejado que me fuera a Tchermachnia? ¿En qué estabas pensando? Después de mi marcha, podría suceder algo aquí...

Se detuvo jadeante.

—Precisamente por eso —dijo pausadamente Smerdiakov, sin apartar la vista de Iván Fiodorovitch.

—¿Cómo precisamente por eso? —exclamó Iván Fiodorovitch, tratando de contenerse y con una expresión amenazadora en la mirada.

—He dicho eso porque deseo su bien —repuso Smerdiakov con desenfado—. Si yo estuviera en su lugar, procuraría apartarme de este mal asunto.

Los dos guardaron silencio.

—Tienes el aspecto de un perfecto imbécil y de un granuja.

Iván Fiodorovitch se levantó de un salto y se dirigió a la puerta, pero se detuvo y volvió hacia Smerdiakov. Entonces ocurrió algo extraño: Iván Fiodorovitch se mordió los labios, apretó los puños y faltó muy poco para que se arrojara sobre Smerdiakov. Éste se dio cuenta a tiempo, se estremeció y se echó atrás. Pero no ocurrió nada desagradable. Iván Fiodorovitch, silencioso y perplejo, se dirigió de nuevo a la puerta.

—Mañana salgo para Moscú, ¿oyes?; mañana por la mañana —gruñó, y se sorprendió en el acto de haber dicho esto a Smerdiakov.

—Bien pensado —respondió el sirviente como si esperase esta declaración—. No obstante, estando usted en Moscú, se le podría llamar por telégrafo si ocurriese algo.

Iván Fiodorovitch dio de nuevo media vuelta. En Smerdiakov se había operado un cambio súbito. Su negligente familiaridad había desaparecido. Su semblante

expresaba una profunda atención y una ávida espera, aunque conservaba una timidez servil. En su mirada fija en Iván se leía esta pregunta: «Bueno, ¿no tienes nada más que decir?»

—¿Es que no me llamarían igualmente a Tchermachnia si sucediera algo? —preguntó Iván Fiodorovitch, levantando la voz sin saber por qué.

—Sí, también le llamarían a Tchermachnia —murmuró Smerdiakov sin apartar la vista de los ojos de Iván.

—Claro que Moscú está lejos y Tchermachnia cerca. ¿Pretendes que me vaya a Tchermachnia para ahorrarme gastos de viaje y no tener que dar una gran vuelta?

—Exactamente —dijo Smerdiakov con voz insegura y sonrisa servil, mientras se disponía a saltar hacia atrás nuevamente.

Pero, para sorpresa suya, Iván Fiodorovitch se echó a reir a carcajadas. Después de cruzar la puerta, aún se reía. Nadie que lo estuviera observando habría atribuido su risa al alborozo. Ni él mismo habría podido explicar lo que sentía. Andaba maquinalmente.

VII. Da gusto conversar con un hombre inteligente

Incluso iba hablando a solas. Al ver a Fiodor Pavlovitch en el salón, le gritó: « ¡No entro: me voy a mi habitación! ¡Adiós!» Y pasó de largo, sin mirar a su padre. Sin duda, se habla dejado llevar de la aversión que el viejo le inspiraba, y esta animosidad expresada con tanta insolencia sorprendió a Fiodor Pavlovitch. Éste tenía que decir algo urgente a su hijo, y con esta intención había ido a su encuentro. Ante la inesperada acogida de Iván, se detuvo y le siguió con una mirada irónica hasta que hubo desaparecido.

—¿Qué le pasa? —preguntó a Smerdiakov, que llegó en ese momento.

—Está enojado, Dios sabe por qué —repuso Smerdiakov, evasivo.

—¡Que se vaya al diablo con su enfurruñamiento! Ve a prepararle el samovar y vuelve. ¿Alguna novedad?

Entonces vinieron las preguntas referentes a la visitante esperada, de que Smerdiakov acababa de quejarse a Iván Fiodorovitch. No hace falta que las repitamos.

Media hora después, las puertas estaban cerradas, y el trastornado viejo iba de un lado a otro, con el corazón palpitante, esperando la señal convenida. A veces miraba por las oscuras ventanas, pero sólo veía las sombras de la noche.

Era ya muy tarde a Iván Fiodorovitch aún no se habla dormido. Meditaba y no se acostó hasta las dos. No expondremos aquí sus pensamientos: no ha llegado el momento de penetrar en el alma de este hombre. Ya llegará la ocasión. La empresa no será fácil, pues no eran ideas lo que le inquietaban, sino una especie de vaga agitación. Él era el primero en darse cuenta de que no pisaba terreno firme. Extraños deseos le atormentaban. A medianoche experimentó el de bajar, abrir la puerta, ir al pabellón y dar una paliza a Smerdiakov, y si le hubieran preguntado por qué, no habría podido señalar ningún motivo razonable: solamente el de que odiaba a aquel bellaco como si hubiera recibido de él la más grave ofensa del mundo.

Por otra parte, una timidez inexplicable, humillante, le asaltó varias veces, dejándolo exhausto. La cabeza le daba vueltas, le hostigaba una sensación de odio, un deseo de vengarse de alguien. Detestaba incluso a Aliocha, al acordarse de su reciente conversación con él, y en algunos momentos se odiaba a sí mismo. Se había olvidado de Catalina Ivanovna y se asombraba de ello al recordar que el día anterior, cuando se jactaba ante ella de partir al día siguiente para Moscú, se decía a sí mismo: «¡Qué disparate! No te marcharás: no romperás tan fácilmente con ella, fanfarrón.»

Mucho tiempo después, Iván Fiodorovitch recordó con repugnancia que aquella noche iba sin hacer ruido, como si temiera que lo oyesen, hacia la puerta, la abría, salía al rellano de la escalera y escuchaba cómo su padre iba y venía en la planta baja. Estaba un buen rato escuchando con una extraña curiosidad, conteniendo la

respiración y el corazón latiéndole con violencia. Él era el primero en no saber por qué obraba así. Durante toda su vida calificó este proceder de indigno, considerándolo en el fondo de su alma como el acto más vil de que se podía acusar. En aquella ocasión no sentía ningún odio por Fiodor Pavlovitch, sino solamente una viva curiosidad. ¿Qué haría allá abajo? Lo veía mirando por las ventanas oscuras, deteniéndose de pronto en medio de la habitación con el oído atento, por si alguien llamaba.

Iván Fiodorovitch salió dos veces al rellano para acechar. A eso de las dos, cuando todo estaba en calma, se acostó con un ávido deseo de dormirse, pues estaba extenuado. Se durmió profundamente, sin ensueños, y cuando despertó ya era de día. Al abrir los ojos se sorprendió de sentir una energía extraordinaria, se levantó, se vistió rápidamente y empezó a hacer la maleta. Precisamente la lavandera le había traído la ropa lavada. Sonrió al pensar que nada se oponía a su repentina marcha. Bien podía calificarse de repentina. Aunque Iván Fiodorovitch hubiera dicho el día anterior a Catalina Ivanovna, Aliocha y Smerdiakov que saldría al día siguiente para Moscú, recordaba que, al acostarse, no tenía el propósito de partir; por lo menos, no sospechaba que al levantarse empezaría inmediatamente a hacer la maleta. Al fin, tanto ésta como su maletín estuvieron listos. Eran ya las nueve cuando apareció Marta Ignatievna para preguntarle como de costumbre:

—¿Toma usted el té aquí o abajo?

Bajó casi alegremente, aunque sus palabras y sus ademanes denunciaban cierta agitación. Saludó afablemente a su padre, incluso le preguntó por su salud, pero, sin esperar su respuesta, le manifestó que partiría al cabo de una hora para Moscú, y le rogó que hiciera preparar los caballos. El viejo le oyó sin la menor muestra de asombro, sin ni siquiera adoptar, por cumplido, un aire de pesar. En cambio, recordó, no sin placer, cierto importante asunto que podía encargarle.

—¡Qué raro eres! Ayer no me dijiste nada. Pero no importa, todavía hay tiempo. Hazme un gran favor: pasa por Tchermachnia. No tienes más que doblar a la izquierda en la estación de Volovia. Recorres una docena de verstas a lo sumo, y ya estás allí.

—Perdona, pero no puedo. De aquí a la estación hay ochenta verstas; el tren de Moscú sale a las siete; tengo el tiempo justo.

—Tiempo tendrás de ir a Moscú. Hoy ve a Tchermachnia. ¿Qué te cuesta tranquilizar a tu padre? Si yo no estuviera ocupado, habría ido ya, pues el asunto es urgente. Pero... no puedo ausentarme ahora... Óyeme, tengo dos porciones de bosque, una en Begutchev y otra en Diatchkino, en las landas. Los traficantes Maslov, padre a hijo, sólo ofrecen ocho mil rublos por la tala. El año pasado se presentó un comprador que daba doce mil. Pero no era de aquí: observa este detalle. Aquí no hay compradores de bosques. Los Maslov tienen centenares de miles de rublos y son los

que hacen la ley. Hay que aceptar sus condiciones: nadie se atreve a pujar sus ofertas. Pues bien, el padre Ilinski me anunció el jueves pasado la llegada de Gorstkine, otro traficante. Lo conozco. Tiene la ventaja de no ser de aquí, sino de Pogrebov, por lo que no teme a los Maslov. Ofrece once mil rublos, ¿comprendes? Estará allí una semana a lo sumo, según me dice el pope en su carta. Tú arreglarás el asunto con él.

—Escribe al pope diciéndole que se encargue de ello.

—No lo haría bien: no entiende de estas cosas. Vale su peso en oro, yo le confiaría veinte mil rublos sin recibo; pero no tiene olfato; se diría que es un niño. Sin embargo, es nada menos que un erudito. El tal Gorstkine tiene el aspecto de un mendigo, lleva una mísera blusa azul; pero es un pícaro redomado. Miente, y a veces hasta tal punto, que no se comprende la razón de tales mentiras. Una vez dijo que su mujer había muerto y que él se había vuelto a casar. Y no había ni una palabra de verdad en esto: su mujer vive todavía y él la zurra regularmente. Ahora la cuestión es averiguar si está verdaderamente dispuesto a dar por la tala once mil rublos.

—Es que tampoco yo entiendo de esos negocios.

—Tú saldrás adelante. Escucha: te voy a describir a ese Gorstkine. Tengo relaciones comerciales con él desde hace tiempo. Óyeme: has de observar su barba, que es roja y vil. Cuando Gorstkine se exalta hablando y su barba se agita, la cosa va bien: entonces ese hombre dice la verdad y quiere llegar a un acuerdo. Pero si se acaricia la barba con la mano izquierda y a la vez sonríe, es que quiere enredarte. Inútil mirar sus ojos: son como agua turbia. Has de mirar su barba. Su verdadero nombre no es Gorstkine, sino Liagavi[59]. Pero no le llames así, porque se molestaría. Si ves que el negocio puede cerrarse, escríbeme dos letras. Mantén el precio de once mil rublos. En último término, puedes bajar mil, pero no más. Observa que entre ocho mil y once mil hay tres mil de diferencia. Esto representaría para mí un dinero que no esperaba recibir y del que tengo gran necesidad. Si me dices que los tratos van en serio, yo encontraré el tiempo preciso para ir a cerrarlos. ¿Para qué ir ahora, no sabiendo si el pope se ha equivocado? Bueno, ¿vas a ir o no?

—Perdona, pero no tengo tiempo.

—Haz este favor a tu padre y toda la vida te lo estaré agradeciendo. Sois todos unos desalmados. ¿Qué significan para ti un día o dos? ¿Adónde vas tú ahora, a Venecia? No temas que desaparezca del mapa. Habría enviado a Aliocha; ¿pero qué sabe él de esto? En cambio, tú eres astuto: se ve a la legua. Tú no eres traficante en bosques, pero sabes ver las cosas. Lo importante ahora es averiguar si ese hombre habla en serio. Te lo repito: tú mira su barba, y si ves que se agita, habla en serio.

—Es decir, que tú mismo me obligas a ir a esa maldita Tchermachnia —dijo Iván con una sonrisa sarcástica.

Fiodor Pavlovitch no observó o no quiso observar el sarcasmo y se fijó sólo en la sonrisa.

—¿De modo que irás? He de darte un billete.

—No sé si iré. Lo decidiré por el camino.

—¿Por qué por el camino? Decídelo ahora. Una vez arreglado el asunto, ponme dos líneas. Entrégaselas al pope: él se encargará de remitirme tu carta. Después podrás partir libremente para Venecia. El pope te llevará en coche a la estación de Volovia.

El viejo estaba radiante de alegría. Escribió el billete y envió en busca de un coche. Se sirvió un ligero almuerzo y coñac. El júbilo solía hacer expansivo a Fiodor Pavlovitch, pero esta vez el viejo se contenía. Ni una palabra acerca de Dmitri. La separación no le afectaba lo más mínimo y no sabía qué decir. Iván Fiodorovitch se sintió herido. «Le molestaba», pensó. Fiodor Pavlovitch acompañó a su hijo hasta el pórtico. Hubo un momento en que pareció que iba a besarle, pero Iván Fiodorovitch se apresuró a tenderle la mano, con el evidente propósito de evitar el beso. El viejo lo comprendió y se detuvo. Estaban en la escalinata.

—Que Dios te guarde. Supongo que volverás aunque sólo sea una vez. Verte será siempre un placer para mí. Que el Señor te acompañe.

Iván Fiodorovitch subió en el *tarantass*.[60]

—¡Adiós, Iván! ¡No me guardes rencor! —le gritó su padre finalmente.

Smerdiakov, Marta y Grigori habían acudido para decirle adiós. Iván les dio diez rublos a cada uno. Smerdiakov se acercó al coche para arreglar la alfombra.

—¿Ves? Voy a Tchermachnia —dijo de pronto Iván, a pesar suyo y con una risita nerviosa. Y se acordó mucho tiempo de esto.

—Entonces es verdad, como se dice, que da gusto conversar con un hombre inteligente —repuso Smerdiakov, dirigiendo a Iván una mirada penetrante.

El *tarantass* partió al galope. El viajero estaba preocupado, pero miraba ávidamente los campos, los ribazos, una bandada de patos salvajes que volaba a gran altura bajo el claro cielo... De pronto experimentó una sensación de bienestar. Intentó charlar con el cochero y se interesó vivamente por una de sus respuestas, pero en seguida se dio cuenta de que su atención estaba en otra parte. Se calló y respiró con placer el aire fresco y puro. El recuerdo de Aliocha y de Catalina Ivanovna cruzó su mente. Sonrió dulcemente y de un soplo desvaneció los queridos fantasmas.

«Más adelante», se dijo.

Llegaron pronto al puesto de relevo, donde se engancharon nuevos caballos para continuar el viaje a Volovia.

«¿Por qué habrá dicho que da gusto conversar con un hombre inteligente? —se preguntó de súbito—. ¿Qué estaría pensando al decir esto? ¿Y por qué le habré dicho yo que iba a Tchermachnia?»

Cuando llegaron a Volovia, Iván bajó del coche y varios cocheros le rodearon. Concertó el precio para la visita a Tchermachnia: doce verstas por un camino vecinal.

Ordenó que engancharan, entró en el local, miró a la encargada y volvió a salir al pórtico.

—No voy a Tchermachnia. ¿Puedo llegar a las siete a la estación, muchachos?

—A sus órdenes. ¿Hay que enganchar?

—Ahora mismo. ¿Va mañana a la ciudad alguno de vosotros?

—Sí, Dmitri ha de ir.

—¿Quieres hacerme un favor, Dmitri? Se trata de ir a casa de mi padre, Fiodor Pavlovitch Karamazov, y decirle que no he ido a Tchermachnia,

—Lo haré. Conocemos a Fiodor Pavlovitch desde hace mucho tiempo.

—Toma la propina, pues no hay que esperar que él te la dé— dijo alegremente Iván Fiodorovitch.

—Desde luego —exclamó Dmitri, echándose a reír—. Gracias, señor. Cumpliré su encargo.

A las siete de la tarde, Iván subió al tren de Moscú. «¡Olvidemos todo el pasado! Olvidémoslo para siempre. No quiero volver a oír hablar de él. Voy hacia un nuevo mundo, hacia nuevas tierras, sin volver la vista atrás.»

Pero, de súbito, una nube envolvió su alma y una tristeza tan profunda como nunca había sentido le oprimió el corazón. Estuvo toda la noche pensativo. Hasta la mañana siguiente, a su llegada a Moscú, no se recobró.

«Soy un miserable», se dijo.

Después de marcharse su hijo, Fiodor Pavlovitch respiró. Durante dos horas, con ayuda del coñac, se sintió poco menos que feliz. Pero entonces se produjo un incidente enojoso que lo consternó. Smerdiakov, al bajar al sótano, resbaló en el primer escalón de la escalera. Marta Ignatievna, que estaba en el patio, no vio la caída, pero oyó el grito extraño del epiléptico presa de un ataque: conocía bien este grito. Si el ataque le había acometido en el momento de poner el pie en la escalera y había sido la causa de que cayera rodando hasta abajo, o si había sido la caída y la conmoción consiguiente lo que había provocado el ataque, no era posible saberlo. Lo cierto es que lo encontraron en el sótano presa de horribles convulsiones y echando espuma por la boca. Al principio se creyó que estaba herido, que se había roto algún miembro; pero «el Señor lo había protegido», según dijo Marta Ignatievna. Estaba indemne.

Sin embargo, no fue cosa fácil llevarlo arriba. Se consiguió con la ayuda de algunos vecinos. Fiodor Pavlovitch, que presenciaba la operación, echó una mano. Estaba trastornado.

El enfermo había perdido el conocimiento. Habían cesado las sacudidas, pero pronto empezaron de nuevo. Se llegó a la conclusión de que el ataque era como el del año anterior, cuando se cayó del granero. Entonces se le puso hielo en la cabeza. Esta vez Marta Ignatievna volvió a aplicar el remedio, pues encontró un poco de hielo en

la bodega.

Al atardecer, Fiodor Pavlovitch envió en busca del doctor Herzenstube, que acudió sin pérdida de tiempo. Después de haber examinado al enfermo atentamente (era el médico más minucioso de la comarca, un viejecito respetable), dijo que el ataque no era de los corrientes, «que podía tener complicaciones», que no veía la cosa clara y que al día siguiente, si la medicación prescrita no había producido efecto, probaría otro tratamiento.

Se acostó al enfermo en el pabellón, en un cuartito inmediato al de Grigori. A continuación, Fiodor Pavlovitch empezó a sufrir una serie de contrariedades. El cocido hecho por Marta Ignatievna resultó una especie de agua sucia comparado con el de costumbre. La gallina, reseca, no se podía comer. A los amargos y justificados reproches de su amo, Marta Ignatievna contestó que la gallina era vieja y que ella no era una cocinera profesional.

Al anochecer, Fiodor Pavlovitch recibió un nuevo disgusto: Grigori, que se sentía mal desde hacía dos días, se había tenido que meter en la cama, a causa de su lumbago. Se apresuró a tomar el té y se encerró en sus habitaciones, agitadísimo. Estaba casi seguro de que precisamente aquella noche se presentaría Gruchegnka. Por lo menos, Smerdiakov le había anunciado aquella mañana que la joven lo había prometido.

El incorregible viejo notaba el violento palpitar de su corazón mientras iba y venía por las vacías habitaciones aguzando el oído. Había que vigilar; a lo mejor, Dmitri estaba espiando por los alrededores; por lo tanto, apenas oyese llamar a la ventana (Smerdiakov le había dicho que Gruchegnka conocía las señales), debía abrir, para evitar que la visitante sintiera miedo al verse sola en el vestíbulo y se diera a la fuga.

Fiodor Pavlovitch era presa de una profunda agitación, pero, al mismo tiempo, jamás una esperanza tan dulce había mecido su alma: estaba seguro de que esta vez acudiría Gruchegnka.

LIBRO VI

UN RELIGIOSO RUSO

I. El *starets* Zósimo y sus huéspedes

Cuando Aliocha entró ansiosamente en la celda del *starets*, su sorpresa fue extraordinaria. Esperaba encontrarlo agonizante, tal vez sin conocimiento, y lo vio sentado en un sillón, débil, pero con semblante alegre y animoso, rodeado de varios visitantes con los que conversaba apaciblemente. El anciano se había levantado un cuarto de hora antes a lo sumo de la llegada de Aliocha. Los visitantes, reunidos en la celda, habían esperado el momento en que el *starets* despertara, pues el padre Paisius les había asegurado que «el maestro se levantaría, sin duda alguna, para hablar una vez más con las personas que contaban con su cariño, como había prometido aquella mañana». El padre Paisius creía tan firmemente en esta promesa —como en todo lo que el *starets* decía—, que si lo hubiera visto sin conocimiento, a incluso sin respiración, habría dudado de su muerte y esperado a que volviera en sí para cumplir su palabra. Aquella misma mañana, el *starets* Zósimo les había dicho al irse a descansar:

—No moriré sin hablar una vez más con vosotros, mis queridos amigos. Quiero tener el placer de volver a veros, aunque sea por última vez.

Los que se habían reunido en la celda para aquella última conversación eran los mejores amigos del *starets* desde hacía muchos años. Estos amigos eran cuatro, tres de ellos padres: José, Paisius y Miguel. Este último era un hombre de edad avanzada, menos inteligente que los otros, de modesta condición, carácter firme, enérgico y cándido a la vez. Tenía aspecto de hombre rudo, pero su corazón era tierno, aunque él disimulara poderosamente esta ternura.

El cuarto era el hermano Antimio, simple monje, ya viejo, hijo de unos pobres campesinos, de escasa instrucción, taciturno y bondadoso, el más humilde entre los humildes, que parecía en todo momento sobrecogido por un profundo terror. Este hombre temeroso era muy querido por el *starets* Zósimo: siempre había sentido gran estimación por él, aunque habían cambiado muy pocas palabras. A pesar de este silencio, habían viajado juntos durante años enteros por la Rusia santa. De esto hacía cuatro años. Entonces el *starets* comenzaba su apostolado, y a poco de entrar en el oscuro y pobre monasterio de la provincia de Kostroma, acompañó al hermano Antimio en sus colectas en provecho del monasterio.

Los visitantes se hallaban en el dormitorio del *starets*, sumamente reducido como hemos dicho ya, de modo que había el espacio justo para el *starets*, los cuatro religiosos mencionados, sentados alrededor de su sillón, y el novicio Porfirio, que permanecía de pie. Anochecía. La habitación estaba iluminada por las lamparillas y los cirios que ardían ante los iconos.

Al ver a Aliocha, que se detuvo tímidamente en el umbral, el *starets* sonrió gozoso y le tendió la mano.

—Buenas tardes, amigo mío. Ya sabía yo que vendrías.

Aliocha se acercó a él, se prosternó hasta tocar el suelo y se echó a llorar. Sentía el corazón oprimido, se estremecía todo él interiormente, los sollozos le estrangulaban.

—Espera, no me llores todavía —dijo el *starets,* bendiciéndolo—. Como ves, estoy aquí sentado, hablando tranquilamente. Acaso viva todavía veinte años, como me deseó aquella buena mujer de Vichegoria, que vino a verme con su hija Elisabeth. ¡Acuérdate de ellas, Señor! —y se santiguó—. Porfirio, ¿has llevado la ofrenda de esa mujer adonde te he dicho?

La limosna consistía en sesenta copecs. La buena mujer los había entregado alegremente para que se le dieran a otra persona más pobre que ella. Estas ofrendas son penitencias que uno se impone voluntariamente, y es necesario que el donante las haya obtenido con su trabajo. El *starets* había enviado a Porfirio a casa de una pobre viuda, reducida a la mendicidad con sus hijos, a consecuencia de un incendio. El novicio respondió al punto que había cumplido el encargo, entregando el donativo «de parte de una donante anónima», como se le había ordenado.

—Levántate, mi querido Alexei —dijo el *starets*—, que yo pueda verte. ¿Has visitado a tu familia, has visto a tu hermano?

A Aliocha le sorprendió que le preguntara por uno de sus hermanos, aunque no sabía por cuál. Acaso era este hermano el motivo de que le hubiera enviado dos veces a la ciudad.

—He visto a uno de ellos —repuso Aliocha.

—Me refiero al mayor, a ese ante el que ayer me prosterné.

—Lo vi ayer; pero hoy no me ha sido posible dar con él.

—Procura verlo y vuelve mañana, una vez terminado este asunto. Tal vez tengas tiempo de evitar una espantosa desgracia. Ayer me incline ante su horrible sufrimiento futuro.

Calló de pronto y quedó pensativo. Estas palabras eran incomprensibles. El padre José, testigo de la escena del día anterior, cambió una mirada con el padre Paisius. Aliocha no pudo contenerse.

—Padre y maestro mío —dijo, presa de gran agitación—, no comprendo sus palabras. ¿Qué sufrimiento espera a mi hermano?

—No seas curioso. Ayer tuve una impresión horrible. Me pareció leer todo su destino. Vi en él una mirada que me estremeció al hacerme comprender la suerte que ese hombre se está labrando. Una o dos veces en mi vida he visto una expresión semejante en un rostro humano, una expresión que me pareció una revelación del destino de esas personas, y el destino que creía ver se cumplió. Te he enviado hacia él, Alexei, por creer que tu presencia le tranquilizaría. Pero todo depende del Señor: es Él el que traza nuestros destinos. «Si el grano de trigo que cae en la tierra no

muere, queda solo, pero si muere da mucho fruto.» No lo olvides.

Y el *starets* añadió con una dulce sonrisa:

—A ti, Alexei, te he dado mi bendición muchas veces con el pensamiento por tu modo de ser. He aquí lo que pienso de ti: dejarás este recinto y vivirás en el mundo como religioso. Tendrás muchos adversarios, pero hasta tus enemigos te querrán. La vida te traerá muchas penas, pero tú encontrarás la felicidad incluso en el infortunio. Bendecirás la vida y, lo que es más importante, obligarás a los demás a bendecirla.

Dirigió una amable sonrisa a sus huéspedes y continuó:

—Padres míos, yo no he dicho nunca, ni siquiera a este joven, por qué su rostro ha despertado en mí tan gran afecto. Ha sido para mí como un recuerdo y como un presagio. En la aurora de mi vida, yo tenía un hermano que murió ante mis ojos apenas cumplió los diecisiete años. Después, en el curso del tiempo, me fui convenciendo poco a poco de que este hermano fue en mi destino como una indicación, como un decreto de la providencia, pues estoy seguro de que sin él yo no habría sido religioso, no habría emprendido esta preciosa ruta. Aquella primera revelación se produjo en mi infancia, y ahora, en el término de mi carrera, me parece estar presenciando una repetición de aquel hecho. Lo notable es, padres míos, que, sin que exista entre Aliocha y mi hermano un verdadero parecido de cara, la semejanza espiritual llega al extremo de que más de una vez he creido que Alexei era mi hermano mismo, que venía a verme al final de mi carrera para recordar el pasado. Y esta extraña ilusión ha sido tan vivida, que incluso a mí me ha llenado de asombro.

Se volvió hacia el novicio que le servía y continuó:

—¿Comprendes, Porfirio? Más de una vez te he visto apenado por mi evidente preferencia por Aliocha. Ya conoces el motivo. Pero también a ti te quiero, puedes creerme, y tu pena me ha apenado a mi. Quiero hablaros, mis buenos amigos, de este hermano mío, pues en mi vida no ha habido nada más significativo ni más conmovedor. En este momento veo toda mi existencia como si la reviviese.

Debo advertir que esta última conversación del *starets* con sus visitantes el día de su muerte, se conservó en parte por escrito. Alexei Fiodorovitch Karamazov la escribió de memoria algún tiempo después. Ignoro si Aliocha se limitó a reproducir lo dicho en aquella conversación por el *starets* o si tomó algo de otras charlas con su maestro. Por otra parte, en el manuscrito de Aliocha, el discurso del *starets* es continuo, sólo él habla contando a sus amigos su vida, siendo así que, según referencias posteriores, la charla fue general y sus colegas le interrumpieron con sus intervenciones, para exponer sus propios recuerdos. Además, el discurso no pudo ser ininterrumpido, ya que el *starets* se ahogaba a veces y perdía la voz. Entonces tenía que echarse en la cama para descansar, aunque permanecía despierto, mientras los visitantes no se movían de donde estaban. En estos intervalos, el padre Paisius leyó dos veces el Evangelio.

Detalle curioso: nadie esperaba que el *starets* muriese aquella noche. Después de haber pasado el día durmiendo profundamente, parecía haber extraído de su propio cuerpo una energía que le sostuvo durante esta larga conversación con sus amigos. Pero esta animación sorprendente debida a la emoción fue pasajera: el *starets* se extinguió de pronto.

He preferido no entrar en detalles y limitarme a reproducir el relato del *starets* según el manuscrito de Alexei Fiodorovitch Karamazov. Así será más breve y menos fatigoso, aunque, como ya he dicho, tal vez Aliocha tomó muchas cosas de conversaciones anteriores.

II. Biografía del *starets* Zósimo, que descansa en el señor, escrita, según sus propias palabras, por Alexei Fiodorovitch Karamazov

a) El hermano del starets Zósimo

Mis queridos padres: nací en una lejana provincia del norte, en V... Mi padre era noble, pero de condición modesta. Como murió cuando yo tenía dos años, no me acuerdo de él. Dejó a mi madre una casa de madera y un capital suficiente para vivir con sus hijos sin estrechez. Los hijos éramos dos: mi hermano mayor, Marcel, y yo, Zenob. Marcel tenía ocho años más que yo y era un joven impulsivo, irascible, pero bondadoso, sin ninguna malicia, extrañamente taciturno, sobre todo cuando estaba en casa con mi madre, los sirvientes y yo. En el colegio era buen alumno. No alternaba con sus compañeros, pero tampoco reñía con ellos, según me decía mi madre. Seis meses antes de cumplir los diecisiete años, edad en la que entregó su alma a Dios, empezó a tratar a un deportado de Moscú, desterrado a nuestra ciudad por sus ideas liberales. Era éste un sabio, un filósofo que gozaba de gran prestigio en el mundillo universitario. Tomó afecto a Marcel y lo recibía de buen grado en su casa. Mi hermano pasó largas veladas en su compañía. Esto duró todo el invierno, hasta que el deportado, que había solicitado un cargo oficial en Petersburgo, donde tenía protectores, lo obtuvo.

Al llegar la Cuaresma, Marcel se negó a ayunar. De su boca salían frases de burla como ésta:

—Todo eso es absurdo. Dios no existe.

Mi madre se estremecía al oírlo. Y también los criados, a incluso yo, pues, aunque era un niño de nueve años, estas ideas me aterraban. Teníamos cuatro criados, todos siervos, que compramos a un terrateniente amigo nuestro. Recuerdo que mi madre vendió por sesenta rublos uno de ellos, la cocinera, que era vieja y coja, y tomó para sustituirla a una sirvienta libre. En la Semana Santa, mi hermano se sintió de pronto peor. Era un muchacho propenso a la tuberculosis, de talla media, delgado y débil, aunque en su rostro había un sello de distinción. Se enfrió y, poco después, el médico dijo en voz baja a mi madre que Marcel sufría una tisis galopante y que no pasaría de la primavera. Mi madre se echó a llorar y, con grandes precauciones, rogó a mi hermano que cumpliera con la Iglesia, pues Marcel estaba en pie todavía. Al oír esto, mi hermano se enfadó y empezó a despotricar contra la Iglesia; pero, al mismo tiempo, comprendió que estaba enfermo de gravedad y que ésta era la causa de que mi madre le enviara a cumplir con la religión.

Él sabía desde hacía mucho tiempo que estaba condenado a muerte. Hacía un.

año, nos había dicho una vez en la mesa:

—Mi destino no es convivir con vosotros en este mundo. Tal vez no dure ni siquiera un año.

Fue como una profecía. Al año siguiente, tres días después de haberle dicho mi madre que cumpliera con sus deberes religiosos, empezó la Semana Santa. Desde el martes, mi hermano fue a la iglesia.

—Hago esto por ti, madre —le dijo—: quiero tranquilizarte y verte contenta.

Mi madre lloró de alegría y de pesar a la vez. «Para que se haya producido en él semejante cambio —pensó— es necesario que su fin esté próximo.»

Pronto hubo de guardar cama, de modo que confesó y comulgó en casa. Los días eran claros y serenos; el aire estaba cargado de perfumes. La Pascua había caído demasiado tarde aquel año.

Mi hermano se pasaba la noche tosiendo. Apenas dormía. Por las mañanas se vestía y probaba a estar sentado en un sillón. Me parece estar viéndole en su butaca, sonriente, lleno de paz y dulzura, enfermo, pero con el semblante alegre. Había cambiado por completo: era aquélla una transformación sorprendente. La vieja sirvienta entraba en la habitación.

—Déjeme encender la lámpara de la imagen, querido.

—Enciéndela. Antes te lo prohibía porque era un monstruo. Lo que tú haces, lo mismo que la alegría que yo siento, es como una plegaria. Por lo tanto, los dos oramos al mismo Dios.

Estas palabras eran incomprensibles. Mi madre se fue a llorar a su habitación. Al volver junto a mi hermano, se enjugó las lágrimas.

—No llores, madre mía —decía a veces—. Viviré todavía mucho tiempo, y tú y yo nos divertiremos juntos. ¡Es tan alegre la vida!

—¿Alegre? ¿Cómo puedes decir eso cuando pasas las noches con fiebre y tosiendo con una tos que parece que el pecho se te va a romper?

—No llores, mamá. La vida es un paraíso. Lo que pasa es que no queremos verlo. Si quisiéramos verlo, la tierra entera sería un paraíso para todos.

Estas palabras sorprendieron a cuantos las escucharon, por su extraño sentido y su acento de resolución. Los oyentes estaban tan conmovidos, que les faltaba poco para echarse a llorar.

Nuestras amistades venían a casa.

—Mis queridos amigos —les decía mi hermano—, ¿qué he hecho yo para merecer vuestro afecto? ¿Cómo podéis quererme tal como soy? Antes yo ignoraba vuestra estimación: no sabía apreciarla.

A los sirvientes que entraban en su habitación les decía:

—Amigos míos, ¿por qué me servís? Si Dios me concediera la gracia de vivir, os serviría yo a vosotros, pues todos debemos servirnos mutuamente.

Mi madre, al oírle, movía la cabeza.

—Es tu enfermedad, hijo mío, lo que te hace hablar de esta manera.

—Mi querida madre, ya sé que ha de haber amos y servidores, pero yo quiero servir a mis criados como ellos me sirven a mi. Y aún te diré más, madre mía: todos somos culpables ante los demás por todos y por todo, y yo más que nadie.

Al oír esto, mi madre sonrió a través de sus lágrimas.

—¿Cómo puedes tener tú más culpa que todos ante los demás? Hay asesinos, bandidos... ¿Qué pecados has cometido tú que sean más graves que los de todos tus semejantes?

—Mi querida mamá, mi adorada madrecita —solía decir entonces estas cosas dulces, inesperadas—, te aseguro que todos somos culpables ante todos y por todo. No sé explicarme bien, pero veo claramente que es así, y esto me atormenta. ¿Cómo se puede vivir sin comprender esta verdad?

Cada día se despertaba más enternecido, más feliz, más vibrante de amor. El doctor Eisenschmidt, un viejo alemán, lo visitaba.

—Dígame, doctor —bromeaba a veces—, ¿viviré un día más?

—Vivirá usted mucho más de un día —respondía el médico—: vivirá meses, años...

Y él exclamaba:

—¿Meses, años? Al hombre le basta un día para conocer la felicidad... Mis queridos y buenos amigos: ¿por qué hemos de reñir, por qué guardarnos rencor? Vamos al jardín a paseac, a solazarnos. Bendeciremos la vida y nos abrazaremos.

—Su hijo no puede vivir —decía el médico a mi madre cuando ella le acompañaba a la puerta—. La enfermedad le hace desvariar.

Su habitación daba al jardín, donde crecían árboles añosos. Los retoños habían brotado; llegaban bandadas de pájaros; algunos cantaban ante su ventana, y para él era un placer contemplarlos. Un día empezó a pedirles perdón también a ellos.

—Pájaros de Dios, alegres pájaros: perdonadme, pues también contra vosotros he pecado.

Nosotros no lo comprendimos. Él lloraba de alegría.

—La gloria de Dios me rodeaba: los pájaros, los árboles, los prados, el cielo... Y yo llevaba una vida vergonzosa, insultando a la creación, sin ver su belleza ni su gloria.

—Exageras tus pecados —suspiraba a veces su madre.

—Mi querida madre, lloro de alegría, no de pesar. Quiero ser culpable ante ellos... No sé cómo explicártelo... Si he pecado contra todos, todos me perdonarán, y esto será el paraíso. ¿Acaso no estoy ya en él?

Y aún dijo muchas cosas más que he olvidado. Recuerdo que un día entré solo en su habitación. Era el atardecer; el sol poniente iluminaba el aposento con sus rayos

oblicuos. Me dijo por señas que me acercara, apoyó sus manos en mis hombros, estuvo mirándome en silencio durante un minuto y al fin dijo:

—Ahora vete a jugar. Vive por mí.

Yo salí de la habitación y me fui a jugar. Andando el tiempo, me acordé muchas veces de estas palabras llorando. Todavía dijo muchas más cosas desconcertantes, admirables, que no pudimos comprender entonces. Murió tres semanas después de Pascua, con todo el conocimiento, y aunque últimamente ya no hablaba, siguió siendo el mismo hasta el fin. La alegría brillaba en sus ojos, nos buscaba con ellos, nos sonreía, nos llamaba. Incluso en la ciudad se habló mucho de su muerte. Yo era un niño entonces, pero todo esto dejó en mi corazón una huella imborrable que se había de manifestar posteriormente.

b) Las Sagradas Escrituras en la vida del starets Zósimo

Mi madre y yo quedamos solos. Buenos amigos de casa le hicieron ver que debía enviarme a Petersburgo, que si me retenía a su lado entorpecería mi carrera. Le aconsejaron mi ingreso en el cuerpo de cadetes, a fin de que pudiera entrar en seguida en la guardia. Mi madre dudó largamente; no se decidía a separarse de su único hijo. Al fin se avino a ello, por considerar que obraba en beneficio mío, pero no sin derramar abundantes lágrimas. Me llevó a Petersburgo y consiguió para mí el puesto que le habían dicho. No la volví a ver: murió después de tres años de tristeza y ansiedad.

Sólo recuerdos excelentes conservo de la casa paterna. Estos recuerdos son los más preciosos para el hombre, con tal que un mínimo de amor y concordia hayan reinado en la familia. Es más: puede conservarse un buen recuerdo de la peor familia, siempre que se tenga un alma sensible. Entre estos recuerdos ocupan un puesto importante las historias santas, que me interesaban extraordinariamente a pesar de mis pocos años. Poseía entonces un libro de magníficos grabados titulado *Ciento cuatro historias santas extraídas del Antiguo Testamento y del Nuevo.* Este libro, en el que aprendí a leer, lo conservo todavía como una reliquia. Pero aun antes de saber leer, cuando sólo tenía ocho años, experimentaba —lo recuerdo perfectamente— cierta sensación de las cosas espirituales. El Lunes Santo, mi madre me llevó a misa. Era un día despejado. Me parece estar viendo aún el incienso que subía leritamente hacia la bóveda, mientras a través de una ventana que había en la cúpula bajaban hasta nosotros los rayos del sol, que parecían fundirse con las nubes de incienso. Yo lo miraba todo enternecido, y por primera vez mi alma recibió conscientemente la semilla de la palabra divina. .

Un adolescente avanzó hasta el centro del templo con un gran libro; tan grande era, que me pareció que al chico le costaba trabajo transportarlo. Lo colocó en el

facistol, lo abrió, empezó a leer..., y yo comprendí que la lectura se realizaba en un templo consagrado a Dios.

Había en el país de Hus un hombre justo y piadoso que poseía cuantiosas riquezas: infinidad de camellos, ovejas y asnos. Sus hijos se solazaban; él los quería mucho y rogaba a Dios por ellos, pensando que tal vez en sus juegos pecaran. Y he aquí que el diablo subió hasta Dios al mismo tiempo que los hijos de Dios y le dijo que había recorrido la tierra de un extremo a otro.

—¿Has visto a mi siervo Job? —preguntó el Señor.

E hizo ante el diablo un gran elogio de su noble siervo. El diablo sonrió al oírle.

—Entrégamelo y verás como tu siervo murmura contra ti y maldice tu nombre.

Entonces Dios entregó a Satán a aquel hombre justo y amado por Él. El diablo cayó sobre los hijos de Job y aniquiló sus riquezas en un abrir y cerrar de ojos. Entonces Job desgarró sus vestidos, se echó de bruces al suelo y gritó:

—Salí desnudo del vientre de mi madre, y desnudo volveré a la tierra. Dios me lo había dado todo; Dios todo me lo ha quitado. ¡Bendito sea su nombre ahora y siempre!

Padres míos, perdonadme estas lágrimas, pero toda mi infancia resurge ahora ante mí. Me parece que vuelvo a tener ocho años y que, como entonces, estoy asombrado, turbado, pensativo. Los camellos se grabaron en mi imaginación, y me impresionó profundamente que Satán hablase a Dios como le habló, y que Dios permitiera la ruina de su siervo, y que éste exclamara: «¡Bendito sea tu nombre, a pesar de tu rigor!» Y también los dulces y suaves cánticos que después se elevaron en el templo... «¡Escucha mi ruego, Señor!» Y otra vez el incienso y los rezos de rodillas.

Desde entonces —y esto me ocurrió ayer mismo— no puedo leer esta historia santa sin echarme a llorar. ¡Qué grandeza, qué misterio tan profundo hay en ella! He oído decir a los detractores y a esos que de todo se burlan:

—¿Cómo pudo entregar el Señor al diablo a un hombre justo y querido por Él, quitarle los hijos, cubrirle de llagas, reducirlo a limpiar sus úlceras con un cascote, todo ello para decir vanidosamente a Satán: «Ahi tienes lo que es capaz de soportar por mí un hombre santo»?

Pero en esto estriba precisamente la grandeza del drama: en el misterio, en que la apariencia terrenal se confronta con la verdad eterna y aquélla ve como ésta se cumple. El Creador, aprobando su obra como en los primeros días de la Creación, mira a Job y se enorgullece de nuevo de su fiel criatura. Y Job, al alabarlo, presta un servicio no sólo al Señor, sino a la Creación entera, generación tras generación y siglo tras siglo. Y es que era un predestinado. ¡Qué libro, qué lecciones, Señor! ¡Qué fuerza milagrosa dan al hombre las Escrituras! Son como una representación del mundo, del ser humano y de su carácter. ¡Cuántos misterios se resuelven y se desvelan en ellas! Dios vuelve a proteger a Job y le restituye sus riquezas. Pasan los años. Job tiene más

hijos y los quiere... ¿Cómo podía amar a estos nuevos hijos después de haber perdido a los primeros? ¿Podía ser completamente feliz recordando a aquéllos, por mucho que amase a éstos?... Pues si, podía ser feliz. El antiguo dolor se convierte poco a poco, misteriosamente, en una dulce alegría; al ímpetu juvenil sucede la serenidad de la vejez. Bendigo todos los días la salida del sol y mi corazón le canta un himno como antaño; pero prefiero el sol poniente, con sus rayos oblicuos, evocadores de dulces y tiernos recuerdos, de queridas imágenes de mi larga y venturosa vida. Y, por encima de todo, la verdad divina que calma, reconcilia y absuelve. Estoy en el término de mi existencia, lo sé, y día tras día noto como mi vida terrenal se va enlazando con la vida eterna, desconocida, pero muy cercana, tanto que, al percibirla, vibra mi alma de entusiasmo, se ilumina mi pensamiento y se enternece mi corazón...

Amigos y maestros, he oído decir, y ahora se afirma con más insistencia que nunca, que los sacerdotes, sobre todo los del campo, se quejan de su estrechez, de la insuficiencia de su sueldo. Incluso dicen que no pueden explicar a gusto las Escrituras al pueblo debido a sus escasos recursos, pues si llegan los luteranos y estos heréticos empiezan a combatirlos, ellos no podrán defenderse por carecer de medios para luchar. Su queja está justificada, y yo deseo que Dios les conceda el sueldo que tan importante es para ellos, ¿pero no tenemos nosotros nuestra parte de culpa en este estado de cosas? Aun admitiendo que el sacerdote tenga razón, que esté abrumado de trabajo y también bajo la responsabilidad de su ministerio, bien tendrá una hora libre a la semana para acordarse de Dios. Además, no está ocupado todo el año. Una vez por semana, al atardecer, puede reunir en su casa primero a los niños. Pronto se enterarán sus padres y acudirán también. No hace falta tener un local especial para esto: el sacerdote puede recibirlos a todos en su casa. No se la ensuciarán por estar una hora en ella.

Leedles la Biblia sin fruncir el ceño ni adoptar actitudes doctorales, con amable sencillez, con la alegría de ser comprendidos y escuchados, haciendo una pausa cuando convenga explicar un término oscuro para las gentes incultas. Podéis estar seguros de que acabarán por comprenderos, pues los corazones ortodoxos todo lo comprenden. Leedles la vida de Abraham y de Sara, de Isaac y de Rebeca; leedles el episodio de Jacob, que fue a casa de Labán y luchó en sueños con el Señor, al que dijo: «Este sitio es horrible.» Y así llegaréis al corazón piadoso del pueblo. Contad, sobre todo a los niños, que José, futuro intérprete de sueños y gran profeta, fue vendido por sus hermanos, que mostraron sus ropas ensangrentadas a su padre y le dijeron que lo había destrozado una fiera. Explicadles que después los impostores fueron a Egipto en busca de trigo, y que José, al que no reconocieron y que desempeñaba allí un alto cargo, los persiguió, los acusó de robo y retuvo a su hermano Benjamín, pues recordaba que sus hermanos le habían vendido a unos mercaderes junto a un pozo, en el desierto ardiente, a pesar de que él lloraba y les

suplicaba, enlazando las manos, que no le vendieran como esclavo en tierra extranjera. Al verlos tantos años después, de nuevo sintió por ellos un profundo amor fraternal, pero, a pesar de quererlos, los persiguió y los mortificó. Se retiró al fin, incapaz de seguir conteniéndose, se arrojó sobre su lecho y rompió a llorar. Después se secó las lágrimas, volvió al lado de ellos y les dijo, alborozado:

—Soy vuestro hermano José.

¡Qué alegría la del viejo Jacob al enterarse de que su querido hijo vivía! Se fue a Egipto, abandonando a su patria, y murió en tierra extranjera, legando al mundo una gran noticia que, con el mayor misterio, había llevado guardada durante toda su vida en su tímido corazón. Y este secreto era que sabía que de su raza, de la tribu de Judá, saldría la esperanza del mundo, el Reconciliador, el Salvador.

Padres y maestros, perdonadme que os cuente como un niño lo que vosotros me podríais explicar con mucho más arte. El entusiasmo me hace hablar así. Perdonad mis lágrimas. ¡Es tanto mi amor por la Biblia! Si el sacerdote derrama lágrimas también, verá que sus oyentes comparten su emoción. La semilla más insignificante produce su efecto: una vez sembrada en el alma de las personas sencillas, ya no pérece, sino que vive hasta el fin entre las tinieblas y la podredumbre del pecado, como un punto luminoso y un sublime recuerdo. Nada de largos comentarios ni de homilías: si habláis con sencillez, vuestros oyentes lo comprenderán todo. ¿Lo dudáis? Leedles la conmovedora historia de la hermosa Ester y de la orgullosa Vasti, o el maravilloso episodio de Jonás en el vientre de la ballena. No os olvidéis de las parábolas del Señor, sobre todo de las que nos relata el evangelio de San Lucas, que son las que yo he preferido siempre, ni la conversión de Saúl (esto sobre todo), que se refiere en los Hechos de los Apóstoles. Y tampoco debéis olvidar las vidas del santo varón Alexis y la sublime mártir María Egipcíaca. Estos ingenuos relatos llegarán al corazón del pueblo y sólo habréis de dedicarles una hora a la semana. Entonces el sacerdote advertirá que nuestro piadoso pueblo, reconocido, le devuelve centuplicados los bienes recibidos de él. Recordando el celo y las palabras emocionadas de su pastor, le ayudará en su campo y en su casa, lo respetará más que antes, y con ello aumentarán sus emolumentos. Esto es una verdad tan evidente, que a veces no se atreve uno a exponerla por temor a las burlas. El que no cree en Dios, no cree en su pueblo. Quien cree en el pueblo de Dios, verá su santuario, aunque antes no haya creído. Sólo el pueblo y su fuerza espiritual futura pueden convertir a nuestros ateos separados de su tierra natal. Además, ¿qué es la palabra de Cristo sin el ejemplo? Sin la palabra de Dios, el pueblo perecerá, pues su alma anhela esta palabra y toda noble idea.

En mi juventud —pronto hará de esto cuarenta años—, el hermano Antimio y yo recorrimos Rusia pidiendo limosna para nuestro monasterio. En cierta ocasión, pasamos la noche con unos pescadores a la orilla de un gran río navegable. Un joven

campesino de mirada dulce y límpida, que era un buen mozo y tenía unos dieciocho años, vino a sentarse a nuestro lado. Había de llegar a la mañana siguiente a su puesto, donde tenía que halar una barca mercante. Era una hermosa noche de julio, apacible y cálida. Las emanaciones del río nos refrescaban. De vez en cuando, un pez aparecía en la superficie. Los pájaros habían enmudecido y en torno de nosotros todo era como una plegaria llena de paz.

El joven campesino y yo éramos los únicos que no dormíamos. Hablábamos de la belleza y del misterio del mundo. Las hierbas, los insectos, la hormiga, la dorada abeja, todos conocen su camino con asombrosa seguridad, por instinto; todos atestiguan el misterio divino y lo cumplen continuamente. Vi que el corazón de aquel joven se inflamaba. Me dijo que adoraba los bosques y los pájaros que los habitan. Era pajarero y distinguía los cantos de todas las aves. Además, sabía atraerlas.

—Nada vale tanto como la vida en el bosque —dijo—, aunque a mi entender todo es perfecto.

—Cierto —le respondí—; todo es perfecto y magnífico, pues todo es verdad. Observa al caballo, noble animal que convive con el hombre; o al buey, que lo alimenta y trabaja para él, encorvado, pensativo. Mira su cara; ¡qué dulzura hay en ella, qué fidelidad a su dueño, a pesar de que éste le pega sin piedad; qué mansedumbre, qué conflanza, qué belleza! Es conmovedor saber que están libres de pecado, pues todo es perfecto, inocente, excepto el hombre. Y Jesucristo es el primero que está con los animales.

—¿Es posible —pregunta el adolescente— que Cristo esté también con los animales?

—¿Cómo no ha de estar? —repuse yo—. El Verbo es para todos. Todas las criaturas, hasta la más insignificante hoja, aspiran el Verbo y cantan la gloria de Dios, y se lamentan inconscientemente ante Cristo. Éste es el misterio de su existencia sin pecado. Allá en el bosque habita un oso terrible, feroz, amenazador. Sin embargo, está libre de culpa.

Y le conté que un gran santo que tenía su celda en el bosque recibió un día la visita de un oso. El ermitaño se enterneció al ver al animal, lo abordó sin temor alguno y le dio un trozo de pan. «Vete —le dijo— y que Dios te acompañe.» Y el animal se retiró dócilmente, sin hacerle ningún daño.

El joven se conmovió al saber que el ermitaño salió indemne del encuentro y que Jesús estaba también con los osos.

—¡Todas las obras de Dios son buenas y maravillosas!

Y se sumió en una dulce meditación. Advertí que había comprendido. Y se durmió a mi lado con un sueño ligero a inocente. ¡Que Dios bendiga a la juventud! Rogué por mi joven amigo antes de que se durmiera. ¡Señor, envía la paz y la luz a los tuyos!

c) Recuerdos de juventud del starets Zósimo. El duelo

Pasé casi ocho años en Petersburgo, en el Cuerpo de Cadetes. Esta nueva educación ahogó en mi muchas impresiones de la infancia, pero sin hacérmelas olvidar. En cambio, adquirí un tropel de costumbres y opiniones nuevas que hicieron de mí un individuo casi salvaje, cruel y ridículo. Adquirí un barniz de cortesía y modales mundanos, al mismo tiempo que el conocimiento del francés, lo que no impedia que considerásemos a los soldados que nos servían en el Cuerpo como verdaderos animales, y yo más que mis compañeros, pues era el más impresionable de todos. Desde que fuimos oficiales estuvimos dispuestos a verter nuestra sangre por el honor del regimiento. Pero ninguno de nosotros tenía la más remota idea de lo que era el verdadero honor, y si hubiésemos adquirido esta noción de pronto, nos habríamos reído de él. Nos enorgullecíamos de nuestro libertinaje, de nuestro impudor, de nuestras borracheras. No es que fuéramos unos pervertidos. Todos teníamos buen fondo. Sin embargo, nos portábamos mal, y yo peor que todos. Como me hallaba en posesión de mi fortuna, me entregaba a la fantasía con todo el ardor de la juventud, sin freno alguno. Navegaba a toda vela. Pero me ocurría algo asombroso: a veces leía, y con verdadero placer; no abría la Biblia casi nunca, pero no me separaba de ella en ningún momento; la llevaba conmigo a todas partes; aun sin darme cuenta de ello, conservaba este libro «para el día y la hora, para el mes y el año» precisos. Cuando llevaba cuatro años en el ejército, llegué a la ciudad de K..., donde se estableció mi regimiento para guarnecer la plaza. La sociedad de la población era variada, divertida, acogedora y rica. Fui bien recibido en todas partes, a causa de mi carácter alegre. Además, se me consideraba hombre acaudalado, lo que nunca es un perjuicio para relacionarse con el gran mundo. Entonces ocurrió algo que fue el punto de partida de todo lo demás. Me sentí atraído hacia una muchacha encantadora, inteligente, distinguida y de noble carácter. Sus padres, ricos a influyentes, me dispensaron una buena acogida. Me pareció que esta joven sentía cierta inclinación hacia mí, y ante esta idea mi corazón se inflamaba. Pero pronto me dije que seguramente, más que verdadero amor, lo que yo experimentaba por ella era la respetuosa admiración que forzosamente tenía que inspirarme la grandeza de su espíritu. Un sentimiento de egoísmo me impidió pedir su mano. Yo no quería renunciar a los placeres de la disipación, a mi independencia de soltero joven y rico. Deslicé algunas insinuaciones sobre el particular, pero dejé para más adelante dar el paso decisivo. Entonces me enviaron con una misión especial a otro distrito. Al regresar, tras dos meses de ausencia, me enteré de que la muchacha se había casado con un rico hacendado de los alrededores. Este caballero tenía más edad que yo, pero era todavía joven y estaba relacionado con lo mejor de la sociedad, cosa que yo no podía decir. Era un hombre fuerte, amable a instruido, cualídades que yo no poseía tampoco. Tan inesperado desenlace me consternó hasta el punto de trastornarme

profundamente, y más cuando supe que aquel hombre era novio de mi adorable amiga desde hacía tiempo. Me había encontrado muchas veces con él en la casa y no me había dado cuenta del noviazgo: la fatuidad me ponía una venda en los ojos. Esto fue lo que más me mortificó. ¿Cómo se explicaba que yo no estuviese enterado de una cosa que sabía todo el mundo? De pronto me asaltó un pensamiento intolerable. Rojo de cólera, recordé que más de una vez había declarado, o poco menos, mi amor a aquella joven, y como ella, ni me había prevenido, ni había hecho nada por detenerme, llegué a la conclusión de que se había burlado de mi. Después, como es natural, me di cuenta de mi error, al recordar que la joven cortaba, bromeando, tales temas de conversación; pero los primeros días fui incapaz de razonar y ardía en deseos de venganza. Ahora recuerdo, sorprendido, que mi animosidad y mi cólera me repugnaban, pues mi carácter ligero no me permitía estar enojado con una persona durante mucho tiempo. Sin embargo, me enfurecía superficialmente hasta la extravagancia. Esperé la ocasión, y un día conseguí ofender a mi rival ante numerosa concurrencia, sin razón alguna, riéndome de su opinión sobre ciertos sucesos entonces importantes[61] —era el año –1826— y burlándome de él con palabras que me parecieron ingeniosas. Acto seguido le exigí una explicación por sus manifestaciones, y lo hice tan groseramente, que él me arrojó el guante, a pesar de que yo era más joven que él, insignificante y de clase inferior. Algún tiempo después supe de buena fuente que aceptó mi provocación, en parte, por celos. Mis relaciones anteriores con la mujer que ya era su esposa le habían molestado, y ahora, ante mi provocación, se dijo que si su mujer se enteraba de que no había replicado debidamente a mis insultos, le despreciaría, aun sin quererlo, y que su amor hacia él sufriría grave quebranto. Pronto encontré un padrino, un compañero de regimiento que tenía el grado de teniente. Aunque los duelos estaban prohibidos entonces, tenían entre los militares el auge de una moda, de tal modo arraigan y se desarrollan los prejuicios más absurdos. El mes de junio llegaba a su fin. El encuentro se fijó para el día siguiente a las siete de la mañana, en las afueras de la capital. Pero antes me ocurrió algo verdaderamente fatidico. Por la noche, al regresar con un humor de perros, me enfurecí con mi ordenanza, Atanasio, y lo golpeé con tal violencia, que su cara empezó a sangrar. Hacía poco que estaba a mi servicio y ya le había maltratado otras veces, pero nunca de un modo tan salvaje. Pueden creerme, mis queridos amigos: han pasado cuarenta años desde entonces y todavía recuerdo esta escena con vergüenza y dolor. Me acosté, y cuando desperté, al cabo de tres horas, ya era de día. Como no tenía sueño, me levanté. Me asomé a la ventana, que daba a un jardín. El sol había salido, era un día hermoso, trinaban los pájaros... «¿Qué me pasa? —me pregunté—. Tengo la sensación de que soy un infame, un ser vil. ¿Se deberá esto a que me dispongo a derramar sangre? No, no es eso. ¿Será el temor a la muerte, el temor a que me maten? No, de ningún modo...» Y de pronto advertí que el motivo de

mi inquietud eran los golpes que había dado a Atanasio la noche anterior. Mentalmente reviví la escena como si en realidad se repitiese. Vi al pobre muchacho de pie ante mí, en posición de firmes, mientras yo lanzaba mi puño contra su rostro con todas mis fuerzas. Mantenía la cabeza en alto, los ojos muy abiertos, y, aunque se estremecía a cada golpe, ni siquiera levantaba el brazo para cubrirse. ¡Que un hombre permaneciera así mientras le pegaba otro hombre! Esto era sencillamente un crimen. Sentí como si una aguja me traspasara el alma. Estaba como loco mientras el sol brillaba, el ramaje alegraba la vista y los pájaros loaban al Señor. Me cubrí el rostro con las manos, me arrojé sobre el lecho y estallé en sollozos. Me acordé de mi hermano Marcel y de las últimas palabras que dirigió a la servidumbre: «Amigos míos, ¿por qué me servís, por qué me queréis? ¿Merezco que me sirváis?» Y me dije de pronto: «Si, ¿merezco que me sirvan?» Ciertamente, ¿a título de qué merecía yo que me sirviera otro hombre, creado, como yo, a imagen y semejanza de Dios? Fue la primera vez que este pensamiento atravesó mi mente. «Madre querida, en verdad, cada uno de nosotros es culpable ante todos y por todos. Pero los hombres lo ignoran. Si lo supieran, el mundo sería un paraíso.» Y me dije llorando: «Señor, yo soy el más culpable de todos los hombres, el peor que existe.» Y de súbito apareció en mi imaginación, con toda claridad y todo su horror, lo que iba a hacer: iba a matar a un hombre de bien, de corazón noble, inteligente, sin que hubiera recibido de él la menor ofensa. Y, por mi culpa, su mujer sería desgraciada para siempre, viviría en una incesante tortura, moriría... Me hallaba tendido de bruces, con la cara en la almohada, y había perdido toda noción del tiempo. De pronto entró mi compañero, el teniente, que venía a buscarme con las pistolas. «Me alegro de que estés ya despierto —dijo—, pues es la hora. Vamos.» Me sentí trastornado, confundido. Pero seguí a mi padrino y nos encaminamos al coche. «Espera un momento —le dije—. Vengo en seguida. Se me ha olvidado el portamonedas.» Volví a todo correr a mi alojamiento y entré en la habitación de mi asistente. «Atanasio, ayer te di dos tremendos golpes en la cara. ¡Perdóname!» Él se estremeció; parecía asustado. Yo consideré que mis palabras no eran suficientes y me arrodillé a sus pies y volví a pedirle perdón. Mi asistente se quedó petrificado. «¿Cree usted que merezco tanto, señor...?» Y se echó a llorar, como me había echado yo hacía un momento. Se cubrió la cara con las manos y se volvió hacia la ventana, sacudido por los sollozos. Corrí a reunirme con mi compañero y el coche se puso en marcha.

—¡Mírame, amigo! —exclamé—. Tienes ante ti a un vencedor.

Me sentía alborozado. Hablaba continuamente, no sé de qué. El teniente me miraba.

—¡Bravo, camarada! Eres un valiente. Ya veo que mantendrás el honor del uniforme.

Llegamos al terreno del desafio, donde ya nos esperaban. Nos colocaron a doce

pasos uno de otro. Mi adversario dispararía primero. Yo permanecía frente a él, alegremente, sin parpadear y dirigiéndole una mirada afectuosa. Tiró, y el disparo no tuvo más consecuencia que levantarme la piel de la mejilla y la oreja.

—¡Alabado sea Dios! —exclamé—. No ha matado usted a un hombre.

Acto seguido arrojé al suelo mi pistola y dije a mi adversario:

—Caballero, perdone a este estúpido joven que lo ha ofendido y obligado a disparar contra él. Es usted superior a mí. Repita estas palabras a la persona que usted respeta más que a ninguna otra en el mundo.

Apenas hube terminado de hablar, mi adversario y los dos padrinos empezaron a lanzar exclamaciones.

—Oiga —dijo mi rival, indignado—: si no quería usted batirse, nos podríamos haber ahorrado todas estas molestias.

Le respondí alegremente:

—Es que ayer era un necio. Hoy soy más razonable.

—Creo lo de ayer. En cuanto a lo de hoy, me es más difícil admitirlo.

—¡Bravo! —exclamé; aplaudiendo—. Estoy completamente de acuerdo con usted. Merezco lo que me ha dicho.

—Oiga, señor: ¿quiere disparar o no quiere disparar?

—No lo haré. Vuelva usted a tirar si quiere. Pero será mejor que no lo haga.

Los padrinos empezaron a vociferar. El mío sobre todo:

—¡Deshonrar a su regimiento pidiendo perdón sobre el terreno! ¡Si yo lo hubiese sabido...!

Yo dije entonces gravemente y dirigiéndome a todos:

—Pero, señores, ¿tan asombroso resulta en nuestra época encontrar a un hombre que se arrepienta de su necedad y reconozca públicamente sus errores?

—No es asombroso, pero eso no debe hacerse en el terreno del desaîío —dijo mi compañero de regimiento.

—Mi deber era pedir perdón apenas llegamos aquí, antes de que mi adversario disparase, para evitar que pudiera incurrir en pecado mortal. Pero nuestros hábitos son tan absurdos, que no me era posible obrar de ese modo. Mis palabras sólo podían tener valor para ese caballero dichas después de su disparo a doce pasos de distancia. Si las hubiese pronunciado antes, él me habría creído un cobarde indigno de ser escuchado.

Y exclamé con todo mi corazón:

—¡Contemplen las obras de Dios! El cielo es claro; el aire, puro; la hierba, tierna; los pájaros cantan en la naturaleza magnífica e inocente. Sólo nosotros, impíos y estúpidos, no comprendemos que la vida es un paraíso. Bastaría que lo quisiéramos comprender para que este paraíso apareciera ante nosotros. Y entonces nos abrazaríamos los unos a los otros llorando...

Mi propósito era seguir hablando, pero no pude: la respiración me faltaba; jamás había sentido una felicidad tan grande.

—Discretas y piadosas palabras —dijo mi adversario—. Desde luego, es usted un hombre original.

—¿Se burla usted? —pregunté sonriendo—. Algún día me alabará.

—Lo alabo ahora mismo y le ofrezco mi mano, pues me parece usted verdaderamente sincero.

—No, no me dé la mano ahora; ya lo hará más adelante, cuando yo sea mejor y me haya ganado su respeto. Entonces hará bien en estrechármela.

Volvimos a casa. Mi padrino no cesaba de gruñir, y yo lo abrazaba. Mis compañeros fueron informados aquel mismo día de todo y se reunieron para juzgarme.

—Ha deshonrado el uniforme. Debe dimitir.

Algunos me defendieron.

—Ha esperado a que disparasen contra él.

—Sí, pero no ha tenido valor para exponerse a nuevos disparos y ha pedido perdón sobre el terreno.

—Si le hubiese faltado valor —dijo uno de mis defensores—, habría disparado antes de perdir perdón. Lejos de hacerlo, arrojó al suelo la pistola cargada. No, no ha sido falta de valor. Ha ocurrido algo que no comprendemos.

Yo los escuchaba y los miraba regocijado.

—Queridos amigos y compañeros: no os preocupéis por mi dimisión, pues ya la he presentado. Sí, la he presentado esta mañana, y, cuando se me admita, ingresaré en un convento. Sólo con este fin he dimitido.

Al oír estas palabras, todos se echaron a reír.

—¡Haber empezado por ahí! Así todo se comprende. No se puede juzgar a un monje.

No cesaban de reír, pero sin burlarse, con una alegría bondadosa. Todos, sin excluir a mis más implacables acusadores, me miraban con afecto. Luego, durante todo el mes, hasta que pasé a la reserva, me pareció que me paseaban en triunfo.

—¡Mirad a nuestro monje!

Todos tenían para mí palabras amables. Trataban de disuadirme, incluso me compadecían.

—¿Sabes lo que vas a hacer?

Otro decía:

—Es un valiente. Habían disparado contra él y él podía disparar, pero no lo hizo porque la noche anterior había tenido un sueño que le impulsó a ingresar en un convento. Ésta es la clave del enigma.

Algo parecido ocurrió en la sociedad local. Hasta entonces no se me había

prestado en ella demasiada atención: me recibían cordialmente y nada más. Ahora todos querían trabar amistad conmigo a invitarme. Se reían de mí, pero con afecto. Aunque se hablaba sin reservas de nuestro duelo, la cosa no había tenido consecuencias, pues mi adversario era pariente próximo de nuestro general, y como no se había derramado sangre y yo había dimitido, se tomó todo a broma. Entonces empecé a hablar en voz muy alta y sin temor alguno, a pesar de las risas que mis palabras levantaban, ya que no había en ellas malicia alguna. Conversaba especialmente con las damas, pues me escuchaban con gusto y obligaban a los hombres a escucharme.

—¿Cómo puedo yo ser culpable ante todos? —me preguntaban, riéndose en mis narices—. Dígame: ¿soy culpable ante usted, por ejemplo?

—Es muy natural que no pueda responderse usted a esas preguntas —les contestaba yo—, pues el mundo entero avanza desde hace tiempo por un camino de perdición. Nos parece verdad la mentira y exigimos a los demás que acepten nuestro modo de ver las cosas. Por primera vez he decidido obrar sinceramente, y ustedes me han tomado por loco. Me tienen simpatía, pero se burlan de mí.

—¿Cómo no sentir simpatía hacia usted? —dijo la dueña de la casa riendo con amable franqueza.

La concurrencia era numerosa. De pronto vi que se levantaba la mujer causante de mi duelo y a la que yo había pretendido hasta hacía poco. No me había dado cuenta de su llegada. Vino hacia mí y me tendió la mano.

—Permítame decirle —declaró— que, lejos de reírme de usted, le estoy verdaderamente agradecida y que me inspira respeto su modo de proceder.

Su marido se acercó a mí, y todas las miradas se concentraron en mi persona. Se me mimaba y yo me sentía feliz. En este momento me abordó un señor de edad madura, que atrajo toda mi atención. Sólo le conocía de nombre: nunca había hablado con él.

d) El visitante misterioso

Era funcionario y ocupaba desde hacia mucho tiempo un puesto importante en nuestra sociedad local. Gozaba del respeto de todos, era rico y tenía fama de altruista. Había hecho donación de una importante cantidad al hospicio y al orfanato y realizaba en secreto otras muchas obras de caridad, cosa que se supo después de su muerte. Contaba unos cincuenta años, tenía un aspecto severo y hablaba poco. Se había casado hacía diez años con una mujer todavía joven y tenía tres hijos de corta edad. Al día siguiente por la tarde, cuando me hallaba en mi casa, la puerta se abrió y entró el caballero que acabo de describir.

Debo advertir que mi alojamiento no era ya el de antes. Tan pronto como se

aceptó mi dimisión me instalé en casa de una señora de edad, viuda de un funcionario, cuya doméstica me servía, pues el mismo día de mi desafio había enviado a Atanasio a su compañía, sin atreverme a mirarle a la cara después de lo sucedido, lo que demuestra que el laico desprovisto de preparación religiosa puede avergonzarse de los actos más justos.

—Hace ya varios días —me dijo al entrar— que le escucho con gran curiosidad. Deseo que me honre usted con su amistad y que conversemos detenidamente. ¿Quiere usted hacerme ese gran favor?

—Con mucho gusto —le respondí—. Será para mí un verdadero honor.

De tal modo me impresionó aquel hombre desde el primer momento, que me sentía un tanto atemorizado. Aunque todos me escuchaban con curiosidad, nadie me había mirado con una expresión tan grave. Además, había venido a mi casa para hablar conmigo.

Después de sentarse continuó:

—He observado que es usted un hombre de carácter, ya que no vaciló en decir la verdad en una cuestión en que su franqueza podía atraerle el desprecio general.

—Sus elogios son exagerados.

—Nada de eso. Lo que usted hizo requiere mucha más resolución de la que usted supone. Esto es lo que me impresionó y por eso he venido a verle. Tal vez mi curiosidad le parezca indiscreta, pero quisiera que me describiera usted sus sensaciones, en caso de que las recuerde, al decidir pedir perdón a su adversario en el terreno del duelo. No atribuya usted mi pregunta a ligereza. Es todo lo contrario. Se la hago con un fin secreto que seguramente le explicaré muy pronto, si Dios quiere que se entable entre nosotros una verdadera amistad.

Yo lo escuchaba mirándolo fijamente. De pronto sentí hacia él una confianza absoluta, al mismo tiempo que una viva curiosidad, pues percibí que su alma guardaba un secreto.

—Desea usted conocer mis sensaciones en el momento en que pedí perdón a mi adversario —dije—, pero será preferible que antes le refiera ciertos hechos que no he revelado a nadie.

Le describí mi escena con Atanasio y le dije que finalmente me había arrodillado ante él.

—Esto le permitirá comprender —terminé— que durante el duelo mi estado de ánimo había mejorado mucho. En mi casa había empezado a recorrer un nuevo camino y seguía adelante, no sólo libre de toda preocupación, sino alegremente.

El visitante me escuchó con atención y simpatía.

—Todo esto es muy curioso —dijo—. Volveré a visitarle.

Desde entonces vino a verme casi todas las tardes. En seguida habríamos trabado estrecha amistad si mi visitante me hubiera hablado de sí mismo. Pero se limitaba a

hacerme preguntas sobre mí. No obstante, le tomé afecto y le abrí mi corazón. Me decía en mi fuero interno: «No necesito que me confíe sus secretos para estar persuadido de que es un hombre justo. Además, hay que tener en cuenta que es una persona sería y que viene a verme, a escucharme, a pesar de que tiene bastante más edad que yo.»

Aprendí mucho de él. Era un hombre de gran inteligencia.

—Yo también creo desde hace mucho tiempo que la vida es un paraíso —me dijo un día, mirándome y sonriendo—. Estoy incluso más convencido que usted, como le demostraré cuando llegue el momento.

Entonces me dije: « No cabe duda: tiene que hacerme una revelación. »

—Todos —continuó— llevamos un paraíso en el fondo de nuestro ser. En este momento yo llevo el mío dentro dé mí y, si quisiera, mañana mismo podría convertirlo en realidad para toda mi vida.

Me hablaba afectuosamente, mirándome con una expresión enigmática, como si me interrogase.

—En cuanto a la culpabilidad de cada hombre ante todos, no sólo por sus pecados, sino por todo, sus juicios son justos. Es asombroso que haya podido concebir esta idea con tanta amplitud. Comprenderla supondrá para los hombres el advenimiento del reino de los cielos, no como un sueño, sino como una auténtica realidad.

—¿Pero cuándo llegará ese día? —exclamé, apenado—. Acaso esa idea no pase nunca de ser un sueño.

—¿Cómo es posible que no crea usted lo que predica? Ha de saber que ese sueño se realizará, pero no ahora, cuando todo está regido por leyes. Es un fenómeno moral, psicológico. Para que el mundo se renueve es preciso que los hombres cambien de rumbo. Mientras cada ser humano no se sienta verdaderamente hermano de su prójimo, no habrá fraternidad. Guiándose por la ciencia y el interés, los hombres no sabrán nunca repartir entre ellos la propiedad y los derechos; nadie se sentirá satisfecho y todos murmurarán, se envidiarán, se exterminarán... Usted se pregunta cuándo se realizará su ideal. Pues bien, se realizará cuando termine la etapa del aislamiento humano.

—¿El aislamiento humano? —pregunté.

—Sí. Hoy reina en todas partes y no ha llegado aún la hora de su fin. Hoy todos aspiran a separar su personalidad de las demás personalidades, gozar individualmente de la plenitud de la vida. Sin embargo, los esfuerzos de los hombres, lejos de alcanzar sus fines, conducen a un suicidio total, ya que, en vez de conseguir la plena afirmación de su personalidad, los seres humanos caen en la soledad más coinpleta. En nuestro siglo, todos los hombres se han fraccionado en unidades. Cada cual se aisla en su agujero, se aparta de los demás, se oculta con sus bienes, se aleja de sus

semejantes y aleja a sus semejantes. Amasa riquezas él solo, se felicita de su poder y de su opulencia, y el insensato ignora que cuantas más riquezas reúne, más se hunde en una impotencia fatal. Porque se ha habituado a contar sólo consigo mismo y se ha desligado de la colectividad; se ha acostumbrado a no creer en la ayuda mutua, ni en su prójimo, ni en la humanidad, y tiembla ante la sola idea de perder su fortuna y los derechos que ésta le otorga. Hoy el espíritu humano empieza a perder de vista en todas partes, cosa ridícula, que la verdadera garantia del individuo radica no en su esfuerzo personal aislado, sino en su solidaridad. Este terrible aislamiento terminará algún día, y entonces todos los hombres comprenderán que su separación es contraria a todas las leyes de la naturaleza, y se asombrarán de haber permanecido tanto tiempo en las tinieblas, sin ver la luz. Y en ese momento aparecerá en el cielo el signo del Hijo del Hombre... Pero hasta entonces habrá que tener guardado el estandarte y predicar con el ejemplo, aun siendo uno solo el que lo haga. Ese uno deberá salir de su aislamiento y acercarse a sus hermanos, sin detenerse ante el riesgo de que le tomen por loco. Hay que proceder de este modo para evitar que se extinga una gran idea.

Estas conversaciones apasionantes ocupaban enteramente nuestras vidas. Incluso abandoné a la sociedad, a la que sólo acudía de tarde en tarde. Por otra parte, empecé a pasar de moda. No lo digo en son de queja, pues todos seguían demostrándome afecto y mirándome con buenos ojos; pero no cabe duda de que la moda desempeña un papel preponderante en el mundo. Acabé por sentirme entusiasmado ante mi misterioso visitante: su inteligencia me seducía. Además, mi intuición me decía que aquel hombre tenía algún proyecto, que se preparaba para realizar algún acto heroico. Sin duda, sabía que yo no tenía el propósito de desvelar su secreto, y que ni siquiera aludiría a él. Finalmente, adverti que le atormentaba el deseo de hacerme una confidencia. Esto ocurrió al cabo de un mes aproximadamente.

—¿Sabe usted —me preguntó un día— que somos el blanco de la curiosidad general? Mis frecuentes visitas a esta casa han atraído la atención de la gente... En fin, pronto se explicará todo.

A veces, le asaltaba repentinamente una agitación extraordinaria. Entonces casi siempre se levantaba y se iba. En otras ocasiones, fijaba en mí una mirada larga y penetrante. Yo me decía: «Ahora va a hablar.» Pero se arrepentía y empezaba a comentar algún hecho sin importancia.

Se quejaba de dolores de cabeza. Un día, tras una charla larga y vehemente, vi que palidecía de pronto. Sus facciones se contrajeron y me miró con gesto huraño.

—¿Qué le ocurre? —le pregunté—. ¿Se siente mal?

—No, es que yo... es que yo... he cometido un asesinato.

Hablaba sonriendo. Estaba blanco como la cal. Antes de que en mi pensamiento se restableciera el orden, una pregunta atravesó mi cerebro. «¿Por qué sonreirá?» Y

también yo palidecí.

—¿Habla en serio? ——exclamé.

Mi visitante seguía sonriendo tristemente.

—Me ha costado empezar, pero continuar no me será difícil.

Al principio no lo creí. Sólo le di crédito al cabo de tres días, cuando me lo hubo contado todo detalladamente. Empecé creyendo que estaba loco; después, con dolor y sorpresa, me convencí de que decía la verdad.

Hacía catorce años había asesinado a una dama rica, joven y encantadora, viuda de un terrateniente, que poseía una finca en los alrededores de nuestra ciudad. Se enamoró de ella apasionadamente, le declaró su amor y le pidió que se casara con él. Pero ella había entregado ya su corazón a otro, a un distinguido oficial que estaba en campaña y que había de regresar muy pronto. Rechazó la petición del pretendiente y le rogó que dejara de visitarla. El despechado conocía la disposición de la casa, y una noche se introdujo en ella. Atravesó el jardín y subió al tejado, con una audacia increíble, exponiéndose a que lo descubrieran. Pero suele ocurrir que los crímenes más audaces son los que más éxito tienen. Entró en el granero por un tragaluz y bajó a las habitaciones por una escalerilla, sabiendo que los sirvientes no cerraban siempre con llave la puerta de comunicación. Contó —y acertó— con la negligencia de los criados. A través de las sombras, se dirigió al dormitorio, donde ardía una lamparilla. Como hecho adrede, las dos doncellas habían salido a escondidas para asistir a una fiesta en casa de una amiga. Los demás domésticos estaban acostados en la planta baja. Al ver dormida a la dama, su pasión se despertó; después, los celos y el deseo de venganza se adueñaron de él y lo llevaron a clavarle un cuchillo en el corazón. Ella ni siquiera pudo gritar.

Con infernal astucia, hizo todo lo necesario para que las sospechas recayeran en los sirvientes. Se apoderó del monedero de la víctima, abrió la cómoda con las llaves que encontró bajo la almohada y robó, como un criado ignorante, el dinero y las joyas, eligiendo éstas por su volumen: desdeñó las más preciosas y tampoco tocó los valores. Se llevó también algunos recuerdos de los que hablaré más adelante. Realizada la fechoría, salió de la casa por el mismo camino que había seguido para entrar. Ni. al día siguiente, cuando se conoció el hecho, ni más adelante tuvo nadie la menor idea de quién era el verdadero culpable. Se ignoraba su pasión por la víctima, pues era un hombre taciturno, encerrado en sí mismo y que no tenía amistades. Se le consideraba simplemente como conocido de la muerta, a la que, por cierto, no había visto desde hacía quince días. Se sospechó inmediatamente de un criado llamado Pedro, y todas las circunstancias contribuyeron a confirmar estas sospechas, pues el tal Pedro sabía que la dueña del lugar estaba decidida a incluirlo entre los reclutas que debía entregar, ya que era soltero y de mala conducta. Estando ebrio, había amenazado de muerte a una persona en la taberna. Dos días antes del asesinato había

desaparecido y, al siguiente, lo encontraron en las cercanías de la ciudad, junto a la carretera, borracho perdido. Llevaba un cuchillo encima y en su mano derecha había manchas de sangre. Dijo que había sufrido un derrame nasal, pero no lo creyeron. Las doncellas declararon que habían salido y que habían dejado la puerta exterior abierta para poder entrar cuando regresaran. Se acumularon otros indicios análogos, que provocaron la detención del criado inocente. Se instruyó un proceso, pero, transcurrida una semana, el procesado contrajo unas fiebres y murió en el hospital sin haber recobrado. el conocimiento. El sumario se archivó, se puso la causa en manos de Dios, y todos, jueces, autoridades y público, quedaron convencidos de que el autor del crimen había sido el difunto sirviente.

Entonces empezó el castigo. El misterioso visitante, ya unido a mí por lazos de amistad, me explicó que al principio no había sentido el menor remordimiento. Se limitaba a lamentar haber matado a una mujer querida, ya que, al darle muerte, había matado a su propio amor, un amor apasionado que hacía circular por sus venas una corriente de fuego. Casi se olvidaba de que había derramado sangre inocente, de que había dado muerte a un ser humano. No podía tolerar la idea de que su víctima hubiera sido la esposa de otro. Así, estuvo mucho tiempo convencido de que había obrado como tenía que obrar. La detención del criado le inquietó en el primer momento, pero su enfermedad y su muerte le tranquilizaron, ya que el desgraciado había muerto no a causa de la acusación que pesaba sobre él, sino por efecto de una pulmonía, contraída al permanecer toda una noche tendido sobre la tierra húmeda. El robo de joyas y dinero no le inquietaba, puesto que no había obrado por codicia, sino para alejar de si las sospechas. La cantidad era insignificante. Además, pronto entregó una suma mayor a un hospicio que se había fundado en nuestra ciudad. Hizo esto para descargar su conciencia, y lo consiguió —cosa notable— para mucho tiempo. Por su propia conveniencia, redobló sus actividades. Consiguió que le confiasen una ardua misión que duró dos años, y, gracias a la entereza de su carácter, casi se olvidó de su delito. A ello le ayudó su empeño de apartar de su mente la ingrata idea. Se dedicó a las buenas obras a hizo muchas en nuestra localidad. Su fama de filántropo llegó a las capitales, y en Petersburgo y en Moscú fue nombrado miembro de varias instituciones benéficas.

Al fin, se sintió dominado por vagas y dolorosas preocupaciones que eran superiores a sus fuerzas. Entonces se prendó de una encantadora muchacha con la que se casó muy pronto, con la esperanza de que el matrímonio, al poner fin a su soledad, disiparía sus angustias, y de que, al entregarse de lleno a sus deberes de esposo y de padre, desterraría los malos recuerdos. Pero sucedió todo lo contrario de lo que él esperaba. Desde el primer mes de matrimonio empezó a obsesionarle una idea atormentadora. «Mi mujer me quiere, pero ¿qué sucedería si lo supiera todo?» Cuando su esposa le anunció que estaba encinta de su primer hijo, él se turbó. «Yo

que he quitado la vida, ahora la doy.» Cuando ya tenía más de un hijo, se preguntó: «¿Cómo puedo atreverme a quererlos, a educarlos, a hablarles de la virtud, yo que he matado?» Sus hijos eran hermosos. Anhelaba acariciarlos. «No puedo mirar sus caras inocentes; no soy digno de mirarlas.» Finalmente tuvo una visión siniestra y amenazadora de la sangre de su víctima, que clamaba venganza; de la vida joven que había aniquilado. Empezó a tener horribles pesadillas. Su entereza de ánimo le permitió resistir largo tiempo este suplicio. «Este sufrimiento secreto es la expiación de mi crimen.» Pero esta idea era una vana esperanza: su sufrimiento iba aumentando a medida que pasaba el tiempo. La gente lo respetaba por sus actividades filantrópicas, aunque su cara sombría y su carácter severo inspiraban temor. Pero cuanto más crecía este general respeto, más intolerable le resultaba. Me confesó que había pensado en el suicidio. Otra idea empezó a torturarle, una idea que al principio le pareció descabellada y absurda, pero que acabó por formar parte de su ser hasta el punto de no poder expulsarla. Esta idea fue la de confesar públicamente su crimen. Pasó tres años presa de esta obsesión que se presentaba de diversas formas. Al fin, creyó con toda sinceridad que esta confesión descargaría su conciencia y le devolvería la paz interior para siempre. Pero, pese a esta seguridad, se sintió atemorizado. ¿Cómo lo haría? Entonces se produjo el incidente de mi desafio.

—Ante su conducta —me dijo—, he decidido no retrasar mi confesión.

—¿Cómo es posible —exclamé juntando las manos— que un suceso tan insignificante haya engendrado semejante determinación?

—La tengo tomada desde hace tres años. Su conducta sólo ha servido para darle impulso.

Añadió rudamente:

—Al conocerlo a usted, me he colmado a mí mismo de reproches y le he envidiado.

—Pero han pasado ya catorce años: nadie le creerá.

—Tengo pruebas abrumadoras. Las exhibiré.

Me eché a llorar y lo abracé.

—Sólo quiero que me aconseje sobre un punto —me dijo como si todo dependiera de mi—. ¡Mi mujer, mis hijos...! Ella acaso muera de pesar. Mis hijos conservarán su categoría social, su fortuna; pero siempre serán los hijos de un presidiario. Y ya puede usted suponer el recuerdo que esos niños guardarán de mí.

Yo no respondí.

—Además, me resisto a separarme de ellos, a dejarlos para siempre...

Yo decía mentalmente una oración. Al fin, me levanté, aterrado.

—Contésteme —me dijo, mirándome fijamente.

—Haga su confesión pública —repuse—. Todo pasa; sólo la verdad permanece. Cuando sean mayores, sus hijos comprenderán la nobleza de su acto.

Al marcharse, no daba la menor muestra de irresolución. Sin embargo, estuvo quince días viniendo a verme todas las noches. Se preparaba para cumplir su propósito, pero no se decidía. Sus palabras me llenaban de angustia. A veces llegaba con un gesto de resolución y me decía, enternecido:

—Estoy seguro de que cuando lo haya confesado todo, me parecerá vivir en un paraíso. Durante catorce años he vivido en un infierno. Quiero sufrir. Cuando acepte este sufrimiento, empezaré a vivir. Ahora no me atrevo a amar al prójimo, no me atrevo a amar ni siquiera a mis hijos. Señor, estos niños se percatarán de lo mucho que he sufrido y no me censurarán.

—Todos comprenderán su proceder, si no ahora, más adelante, pues usted habrá rendido un servicio a la verdad, a la verdad superior, que no es la verdad de este mundo.

Se marchaba aparentemente consolado, pero volvía al día siguiente con semblante huraño, pálido y expresándose con amarga ironía.

—Cada vez que entro aquí, usted me observa con curiosidad. «¿Todavía no ha dicho nada?», parece preguntarme. Tenga calma y no me desprecie. No es tan fácil como usted supone. A lo mejor, no hago mi confesión nunca. Usted no me denunciará, ¿eh?

¡Denunciarle yo, que, lejos de sentir una curiosidad maligna, ni siquiera me atrevía a mirarle! Me sentía afligido, atormentado, con el alma llena de lágrimas. Por las noches no podía dormir.

—Hace un momento estaba con mi mujer. ¿Sabe usted lo que es una esposa? Al marcharme, me han gritado los niños: «Adiós, papá. Vuelve pronto para darnos clase de lectura.» No, usted no puede comprender esto. Las desgracias ajenas no nos instruyen.

Sus ojos centelleaban, temblaban sus labios. De pronto, aquel hombre tan reposado dio un fuerte puñetazo en la mesa. Todo lo que había sobre ella tembló.

—¿Debo denunciarme a mí mismo? ¿Es necesario que lo haga? No se ha condenado a nadie por mi crimen, no se ha enviado a nadie a presidio. El criado murió de enfermedad. He expiado con mis sufrimientos la sangre vertida. Por otra parte, no se me creerá, no se dará crédito a mis pruebas. ¿Debo confesar? Estoy dispuesto a expiar mi crimen hasta el fin con tal que no repercuta en mi mujer y mis hijos. ¿Es justo que los haga partícipes de mi perdición? ¿No sería esto un delito? ¿Dónde está la verdad? ¿Es capaz la gente de reconocerla, de apreciarla?

Yo me dije: «¡Pensar en la opinión ajena en estos momentos... ! »

Me inspiraba tanta compasión, que de buena gana habría compartido su suerte sólo por aliviarlo. El pobre estaba profundamente trastornado. Me estremecí, pues lo comprendía y me daba perfecta cuenta de lo que para él suponía tomar semejante determinación.

—¡Dígame lo que debo hacer! —exclamó.

—Vaya a entregarse —murmuré con acento firme, aunque me faltaba la voz.

Cogí de la mesa la Biblia y le mostré el evangelio de San Juan, señalándole el versículo 24 del capítulo 12, que dice:

«En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo caído en la tierra no muere, quedará solo; pero si muere, producirá mucho fruto.»

Cuando él llegó, yo acababa de leer este versículo. Él lo leyó también.

—Es una gran verdad —dijo con una amarga sonrisa. Y añadió tras una pausa—: Es tremendo lo que dicen estos libros. Se le pueden poner a uno ante las narices. ¿Es posible que los escribieran los hombres?

—Todo fue obra del Espíritu Santo.

—Es muy fácil hablar —dijo, sonriendo de nuevo, pero casi con odio.

Volví a coger el libro, lo abrí por otra página y le mostré la Epístola a los Hebreos, capítulo 10, versículo 31.

«Es terrible caer en las manos de Dios viviente.»

Apartó de sí el libro, temblando.

—Es un versículo aterrador. ¡Bien ha sabido usted escogerlo!

Se levantó.

—Bueno, adiós. Acaso ya no vuelva a venir. Ya nos veremos en el paraíso. Sí, hace ya catorce años que «caí en manos de Dios viviente». Mañana suplicaré a estas manos que me suelten.

Mi deseo era abrazarlo, besarlo, pero no me atrevía. Daba pena ver sus facciones contraídas. Se marchó.

«¡Señor! —me dije—. ¿Adónde irá?»

Caí de rodillas ante el icono y rogué por él a la Santa Madre de Dios, mediadora y auxiliadora. Pasé una media hora entre lágrimas y rezos. Era ya tarde, casi medianoche. De pronto, se abrió la puerta. Era él. No pude ocultar mi sorpresa.

—¿Usted? —exclamé.

—Creo que me he dejado aquí el pañuelo... Pero eso poco importa: aunque no me lo hubiera dejado, permítame que me siente.

Se sentó. Yo permanecí en pie ante él.

—Siéntese usted también.

Lo hice. Estuvimos así dos largos minutos. Él me miraba fijamente. De pronto, sonrió. Después me estrechó entre sus brazos y me besó.

—Acuérdate de que he venido sólo para volver a verte. ¿Entiendes? Acuérdate.

Era la primera vez que me tuteaba. Se marchó. Yo me dije: «Mañana...» Y acerté. Como no me había movido de casa en los últimos días, ignoraba que al siguiente se celebraba su cumpleaños. Asistió toda la ciudad y la fiesta transcurrió como todas las de este género. Después del banquete, se situó en medio de la sala, entre sus

invitados. Tenía en sus manos un escrito dirigido a sus superiores, que estaban presentes. Empezó a leer para toda la concurrencia. El escrito era un relato detallado de su crimen. Sus últimas palabras fueron: «Como corresponde a un monstruo, me separo de la sociedad. Dios me ha visitado. Quiero sufrir. » Seguidamente depositó sobre la mesa las pruebas guardadas durante catorce años: las jóyas robadas a la víctima para desviar las sospechas, un medallón y una cruz que la muerta llevaba al cuello, su cuaderno de notas y dos cartas, una de su prometido, en la que le anunciaba su próxima llegada, y la de respuesta que ella había empezado con el propósito de cursarla al día siguiente. ¿Por qué se había apoderado de estas dos cartas y las había conservado durante catorce años, en vez de destruirlas, para presentarlas como pruebas? ¿Qué significaba esto? Todos se estremecieron de asombro y horror, pero no lo creyó nadie. Se le escuchó con extraordinaria curiosidad, como se escucha a un enfermo. Días después, todo el mundo había convenido que aquel hombre estaba loco.

Sus superiores y la justicia se vieron obligados a llevar adelante el asunto, pero pronto se archivó el proceso. Aunque las cartas y objetos presentados eran dignos de tenerse en cuenta, se estimó que, aun suponiendo que estas pruebas fuesen auténticas, no podían servir de base para una acusación en toda regla. La misma difunta podía habérselas confiado. Supe que su autenticidad había sido confirmada por numerosas amistades de la víctima. Pero tampoco esta vez llegaría el asunto a su fin. Cinco días después se supo que el infortunado estaba enfermo y que se temía por su vida. De su enfermedad sólo sé que se atribuía a trastornos cardíacos. A petición de su esposa, los médicos examinaron su estado mental y llegaron a la conclusión de que estaba loco. Yo no presencié ninguno de estos hechos. Sin embargo, me abrumaban a preguntas. Intenté visitarlo, pero se me negó la entrada. Esta prohibición duró largo tiempo, especialmente por la voluntad de su esposa.

—Ha sido usted —me dijo ésta— el que ha provocado su ruina moral. Mi marido fue siempre un hombre taciturno. En este último año su agitación y su extraña conducta han sorprendido a todo el mundo. Ha sido usted el causante de su perdición. Durante el mes pasado no ha cesado usted de inculcarle sus ideas. Mi esposo le ha visitado a diario.

No era sólo su mujer la que me acusaba, sino también todos los habitantes de la ciudad.

—La culpa es suya —me decían.

Yo callaba, con el corazón lleno de gozo por esta manifestación de la misericordia divina ante un hombre que se había condenado a sí mismo. No creí en su locura. Al fin me permitieron entrar en su casa. Él lo había pedido insistentemente, con el deseo de despedirse de mí. En seguida vi que sus días estaban contados. Era visible su agotamiento. Tenía la tez amarilla y las manos temblorosas. Respiraba con dificultad.

Sin embargo, su mirada estaba saturada de emoción y de alegría.

—Ya está hecho —me dijo—. Hace tiempo que deseaba verte. ¿Por qué no has venido?

No quise decirlé que no me habían permitido entrar.

—Dios se ha compadecido de mí y me llama a su lado. Sé que voy a morir, pero me siento feliz y tranquilo por primera vez desde hace muchos años. Después de mi confesión me sentí como en un paraíso. Ahora ya me atrevo a querer a mis hijos y a abrazarlos. Nadie me cree, nadie me ha creído; ni mi esposa ni los jueces. Mis hijos no lo creerán nunca. Veo en ello una prueba de la misericordia divina hacia esas criaturas. Heredarán un nombre sin tacha. Ahora presiento a Dios. Mi corazón rebosa de gozo... He cumplido con mi deber.

Estuvo unos momentos jadeante, sin poder hablar. Me estrechaba las manos, me miraba con un brillo de exaltación en los ojos. Pero no pudimos seguir hablando mucho tiempo. Su mujer nos vigilaba furtivamente. No obstante, mi amigo pudo murmurar:

—¿Te acuerdas de aquella vez que volví a tu casa a medianoche? ¿Te acuerdas de que te dije que no lo olvidaras? Pues bien, ¿sabes por qué volví? Porque había decidido matarte.

Me estremecí.

—Después de dejarte, empecé a vagar en la oscuridad, luchando conmigo mismo. De pronto, sentí un odio intolerable hacia ti. Pensé: «Estoy en sus manos. Es mi juez. Estoy obligado a entregarme a la justicia, pues lo sabe todo.» No es que temiera que me denunciases. Ni siquiera pensé en ello. Es que me decía: «No me atreveré a mirarle si no confieso.» Aunque hubieras estado en los antípodas, la sola idea de que existías, lo sabías todo y me juzgabas, me habría sido insoportable. Sentí un odio a muerte hacia ti; te consideraba culpable de todo. Volví a tu casa al recordar que había visto un puñal en la mesa. Me senté y te pedí que te sentaras. Estuve un minuto reflexionando. Si te mataba, me perdería aunque no confesara mi crimen anterior. Pero yo no pensaba, no quería pensar en ello en aquel momento. Te odiaba y ardía en deseos de vengarme de ti. Pero el Señor triunfó en mi corazón sobre el diablo. Sin embargo, te aseguro que nunca has estado tan cerca de la muerte como entonces.

Murió una semana después. Toda la ciudad fue al cementerio tras su ataúd. El sacerdote pronunció una alocución conmovedora, lamentándose de la cruel enfermedad que había puesto fin a los días del difunto. Pero, después del entierro, todo el mundo se volvió contra mí. Incluso se negaban a recibirme. Sin embargo, algunos —y su número fue creciendo— admitieron la veracidad de la confesión. Más de uno vino a interrogarme con maligna curiosidad, pues la caída y el deshonor de los justos suele causar satisfacción. Pero yo guardé silencio y pronto me marché de la ciudad. Cinco meses después, el Señor me consideró digno de entrar en el buen

camino y yo le bendije por haberme guiado de un modo tan manifiesto. En cuanto al infortunado Miguel, lo incluyo todos los días en mis oraciones.

III. Resumen de las conversaciones y la doctrina del *starets* Zósimo

a) El religioso ruso y su posible papel

Padres y maestro, ¿qué es un religioso? En la actualidad, las gentes más esclarecidas pronuncian esta palabra con ironía y, a veces, incluso como una injuria. El mal va en aumento. Verdad es, ¡ay!, que entre los monjes no faltan los holgazanes, los sensuales, los vagabundos desvergonzados. «No sois más que unos vagos, miembros inútiles de la sociedad, que vivis del trabajo ajeno; unos mendigos sin escrúpulos. » Sin embargo, ¡cuántos hay que son dulces y humildes, que buscan la soledad para entregarse a sus fervientes oraciones! De éstos apenas se habla; algunos ni siquiera los nombran. Por eso muchos se asombrarán si les digo que, en caso de que vuelva a salvarse la tierra rusa, a ellos se deberá. Pues están verdaderamente separados para «el día y la hora, el mes y el año». En su soledad, estos monjes conservan la imagen de Cristo espléndida a intacta, en toda la pureza de la verdad divina, legada por los padres de la Iglesia, los apóstoles y los mártires, y cuando llegue la hora, la revelarán a este resquebrajado mundo. Es una idea grandiosa. Esta estrella brillará en Oriente.

He aquí lo que yo pienso de los religiosos. Tal vez sea una simple suposición mía; tal vez me equivoque. Pero observad a esa gente que se eleva por encima del pueblo cristiano. ¿No han alterado la imagen de Dios y su verdad? Esos hombres poseen la ciencia, pero una ciencia supeditada a los sentidos. Al mundo espiritual, la mitad superior del género humano, se le rechaza alegremente, incluso con odio. Sobre todo en estos últimos años, el mundo ha proclamado la libertad. ¿Pero qué signiîica esta libertad? La esclavitud y el suicidio. Pues se dice: «Tienes necesidades: satisfácelas. Posees los mismos derechos que los grandes y los ricos. No temas satisfacer tus necesidades. Incluso las puedes aumentar. » Éstas son las enseñanzas que se dan ahora. Así interpretan la libertad. ¿Y qué consecuencias tiene este derecho a aumentar las necesidades? En los ricos, la soledad y el suicidio espirituales; en los pobres, la envidia y el crimen, pues se conceden derechos, pero no se indican los medios para satisfacer las necesidades. Se dice que la humanidad, acortando las distancias y transmitiéndose los pensamientos por el espacio, se unirá cada vez más estrechamente, y que reinará la fraternidad. Pero no creáis en esta unión de los hombres. Al considerar la libertad como el aumento de las necesidades y su pronta saturación, se altera su sentido, pues la consecuencia de ello es un aluvión de deseos insensatos, de costumbres a ilusiones absurdas. Esos hombres sólo viven para envidiarse mutuamente, para la sensualidad y la ostentación. Ofrecer banquetes, viajar, poseer objetos valiosos, grados, sirvientes, se considera como ùna necesidad a la que se sacrifica el honor, el amor al prójimo a incluso la vida, pues, al no poder

satisfacerla, habrá quien llegue al suicidio. Lo mismo ocurre a los que no son ricos ni pobres. En cuanto a estos últimos, ahogan por el momento en la embriaguez la insatisfacción de las necesidades y la envidia. Pero pronto no se embriagarán de vino, sino de sangre: éste es el fin al que se les lleva. ¿Pueden considerarse libres estos hombres? Un campeón de esta doctrina me contó un día que, estando preso, se encontró sin tabaco y que esta privación le resultó tan insoportable, que estuvo a punto de hacer traición a sus ideas para fumar. Pues bien, este individuo pretendía luchar por la humanidad. ¿De qué podía ser capaz? A lo sumo, de un esfuerzo momentáneo, de escasa duración. No es sorprendente que los hombres hayan encontrado la servidumbre en vez de la libertad, y que lejos de alcanzar la fraternidad y la unión, hayan caído en la desunión y la soledad, como me dijo antaño mi visitante misterioso. La idea de la devoción a la humanidad, de la fraternidad, de la solidaridad, va desapareciendo gradualmente en el mundo. En realidad, se la recibe incluso con escarnio, pues ¿quién puede desprenderse de sus hábitos? ¿Dónde irá ese prisionero de las múltiples y ficticias necesidades que se ha creado él mismo? A este ser aislado apenas le preocupa la colectividad. En resumidas cuentas, sus bienes materiales han aumentado, pero su alegría ha disminuido.

La vida del religioso es muy diferente. Hay quien se burla de la obediencia, del ayuno, de la oración... Sin embargo, ése es el único camino de la verdadera libertad. Yo suprimo las necesidades superfluas, domo y flagelo mi voluntad altiva y egoísta por medio de la obediencia, y así, con la ayuda de Dios, consigo la libertad del alma y, con ella, la alegría espiritual. ¿Quién es más capaz de enaltecer una idea, de ponerse a su servicio, el rico aislado espiritualmente o el religioso que se ha liberado de la tiranía de las costumbres? Se censura al religioso su aislamiento. «Al retirarte a un monasterio —se le dice—, desertas de la causa fraternal de la humanidad.» Pero veamos quién sirve mejor a la fraternidad. Pues el aislamiento no nace en nosotros, sino en los acusadores, aunque ellos no se den cuenta.

De nuestro medio salieron antaño los hombres de acción del pueblo. ¿Por qué no ha de suceder hoy lo mismo? Esos ayunadores, esos seres taciturnos, bondadosos y humildes, se levantarán por una causa noble. El pueblo será el salvador de Rusia, y los monasterios rusos estuvieron siempre al lado del pueblo. El pueblo está aislado, nosotros lo estamos también. El pueblo comparte nuestra fe. Los políticos sin fe nunca harán nada en Rusia, aunque sean sinceros y geniales: no olviden esto. El pueblo acabará con el ateismo, y Rusia se unificará en la ortodoxia. Preservad al pueblo y velad por su corazón. Instruidlo acerca de la paz. Ésta es vuestra misión de religiosos. Nuestro pueblo lleva a Dios consigo.

b) ¿Pueden llegar a ser hermanos en espiritu amos y servidores?

Hay que confesar que el pueblo es también víctima del pecado. La corrupción aumenta visiblemente de día en día. El mal del aislamiento invade al pueblo; aparecen los acaparadores y las sanguijuelas. El comerciante experimenta una avidez creciente de honores. Pretende mostrar una instrucción que no posee, y lo hace desdeñando los usos antiguos y avergonzándose de la fe de sus padres. Va a casa de los príncipes, aunque no es más que un *mujik* depravado. El pueblo ha perdido la moral por efecto del alcohol y no puede dejar este vicio. ¡Cuántas crueldades han de sufrir las esposas y los hijos por culpa de la bebida! Yo he visto en las fábricas niños de nueve años, débiles, atrofiados, hundido el pecho y ya corrompidos. Un local asfixiante, el fragor de las máquinas, el trabajo incesante, la obscenidad, las bebidas... ¿Es esto lo que conviene al alma de un muchacho? El niño necesita sol, los juegos propios de su edad, buenos ejemplos y un poco de simpatía. Es preciso que esto termine. Religiosos, hermanos míos, hay que poner fin a los sufrimientos de los niños. Orad para que así sea.

Pero Dios salvará a Rusia, pues el bajo pueblo, aunque pervertido y agrupado en torno al pecado, sabe que el pecado repugna a Dios y se siente culpable ante Él. Así, nuestro pueblo no ha cesado de creer en la verdad: admite a Dios y derrama ante Él lá rimas de ternura. No ocurre lo mismo entre los privilegiados. Éstos son adictos a la ciencia y quieren organizarse equitativamente sin más guía que la de su razón, prescindiendo de Cristo. Ya han proclamado que no existe el pecado ni el crimen. Desde su punto de vista tienen razón, pues, si no hay Dios, ¿cómo puede existir el delito? En Europa, el pueblo se levanta ya contra los ricos. En todas partes, sus jefes lo incitan al crimen y le dicen que su cólera es justa. Pero «maldita sea su cólera por ser cruel. El Señor salvará a Rusia, como la ha salvado tantas veces. La salvación vendrá del pueblo, de su fe, de su humildad. Padres míos, preservad la fe del pueblo. No estoy soñando. Siempre me ha impresionado la noble dignidad de nuestro gran pueblo. He visto esa dignidad y puedo atestiguarla. Nuestro pueblo no es servil, aun habiendo sufrido dos siglos de esclavitud. Es desenvuelto en su porte y en sus ademanes, pero sin ofender a nadie con esta desenvoltura. No es ni vengativo ni envidioso. Piensa: «Eres distinguido, rico, inteligente... Que Dios te bendiga. Te respeto, pero has de saber que también yo soy un hombre. El hecho de que te respete sin envidiarte te revelará mi dignidad humana.» El pueblo no lo dice así (todavía no sabe decirlo), pero obra de este modo. Lo he visto, lo he experimentado. Creedme: cuanto más pobre y humilde es el ruso, más claramente se observa en él esta noble verdad, pues los ricos, los acaparadores, por lo menos en su mayoría, han caído en la inmoralidad, y nuestra negligencia, nuestra indiferencia han contribuido a ello en buena parte. Pero Dios salvará a los suyos, porque Rusia es grande, y su grandeza es hija de su humildad. Pienso en nuestro porvenir y me parece estar viendo lo que ocurrirá. El rico más depravado acabará por avergonzarse de su riqueza ante el pobre,

y el pobre, conmovido por este rasgo de humildad, será comprensivo y responderá generosamente, amistosamente, a semejante prueba de noble confusión. No les quepa duda de que ocurrirá así, pues se progresa en esa dirección. La igualdad sólo existe en la dignidad espiritual, y esto únicamente nosotros lo comprenderemos. Cuando haya hermanos, reinará la fraternidad, y sin fraternidad, jamás podremos compartir nuestros bienes. Conservamos la imagen de Cristo, que resplandecerá a los ojos del mundo entero como un magnífico diamante... ¡Así sea!

Padres y maestros, una vez me sucedió algo emocionente. Durante mis peregrinaciones, y cuando ya llevaba ocho años separado de mi antiguo asistente Atanasio, me encontré con él en la ciudad de K... Esto ocurrió en el mercado. Al verme, me reconoció y corrió hacia mi lleno de alegría. «¿Pero es usted, padre? ¡Qué feliz encuentro! » Me llevó a su casa. Al terminar el servicio se había casado y tenía ya dos niños pequeños. Su mujer y él vivían de una pequeña industria de cestería. Su vivienda era pobre, pero alegre y limpia. Me obligó a sentarme, preparó el samovar y envió en busca de su esposa, como si mi visita fuese una solemnidad. Me presentó a sus dos hijos.

—Bendígalos, padre.

—No soy quién para bendecirlos —repuse—, pues sólo soy un humilde religioso. Lo que haré es orar por ellos. A ti, Atanasio Paulovitch, te he tenido siempre presente en mis oraciones desde aquel día inolvidable, pues tú fuiste la causa de todo.

Le expliqué lo ocurrido. Él me miraba como si no pudiese creer que su antiguo dueño, un oficial, estuviera ante él vestido de monje. Incluso lloraba.

—¿Por qué lloras? —le pregunté—. ¿No te he dicho que no puedo olvidarte? Alégrate conmigo, querido, pues mi camino está lleno de luz de felicidad.

Él no hablaba apenas, pero suspiraba y movía la cabeza enternecido.

—¿Qué ha hecho usted de su fortuna?

—La he entregado al monasterio: vivimos en comunidad.

Después del té me despedí de ellos. Atanasio me entregó cincuenta copecs para el monasterio y luego me puso otros cincuenta en la mano.

—Es para usted —me dijo—. Usted viaja y puede necesitarlo, padre.

Acepté la limosna, me despedí del matrimonio y me fui con el alma llena de alegría. Por el camino iba pensando: «Sin duda, él está haciendo en su casa lo que yo hago en el camino: suspirar y reír lleno de júbilo. Somos felices al recordar que Dios hizo que nos encontrásemos. Yo era su dueño, él era mi servidor, y ahora, al abrazarnos llenos de emoción, un noble lazo nos ha unido.»

No le he vuelto a ver jamás, pero me he acordado muchas veces de todo esto, y ahora me digo que no es imposible que esta profunda y franca unión se llegue a realizar en todas partes entre los rusos. Yo creo que se realizará, y muy pronto.

Ya que hablamos de los servidores, voy a añadir algo acerca de ellos. Cuando era

joven, me irritaba frecuentemente contra los de mi casa. Que si la cocinera había servido la comida demasiado caliente, que si el ayuda de cámara no me había cepillado el traje... Pero mucho tiempo después, el recuerdo de unas palabras que oí pronunciar a mi hermano cuando era niño me abrieron los ojos. «¿Soy digno de que otros hombres me sirvan? ¿Tengo derecho a explotar su miseria y su ignorancia?» Entonces me asombré de que ideas tan sencillas y claras tardaran tanto en llegar a nuestra comprensión. No se puede pasar sin servidores en este mundo, pero tratadlos de modo que se sientan moralmente incluso más libres que si no fueran servidores. ¿Por qué no he de ser yo el servidor del mío? ¿Por qué no ha de ver él este gesto sin desconfianza y sin considerarlo hijo de mi superioridad y mi altivez? ¿Por qué no he de mirar a mi servidor como a un pariente que se admite con alegría en el seno de la familia? Esto es ya realizable y servirá de base para la magnífica unión que se cumplirá en el porvenir, cuando el hombre no pretenda convertir en servidores a sus semejantes, como ocurre ahora, sino que desee ardientemente ser el servidor de todos los demás, como nos enseñan los Evangelios. ¿Por qué ha de ser un sueño creer que, al fin, el hombre se sentirá feliz de realizar las obras que nos dictan la caridad y la cultura, y no, como sucede en nuestros días, al dar satisfacción a instintos brutales, a la glotonería, la fornicación, el orgullo, la jactancia, el afán, hijo de los celos, del dominio sobre los demás? Estoy seguro de que esto no es un sueño y se realizará muy pronto. Algunos se rien y preguntan: « ¿Cuándo sucederá esto? ¿Es posible que suceda? » Yo creo que realizaremos esta obra con la ayuda de Cristo. En la historia de la humanidad, ¡cuántas ideas que parecían irrealizables diez años antes, se cumplieron de pronto, al llegar su misterioso término, y se difundieron por toda la tierra! Así ocurrirá en nuestro suelo. Nuestro pueblo resplandecerá ante el mundo y todos dirán: «La piedra que los arquitectos desecharon se ha convertido en la piedra angular.» A los que nos dicen que soñamos podríamos preguntarles si no es un sueño la realización de su propia obra, el propósito de organizarse equitativamente sin más guía que la de su razón y prescindiendo de Cristo. Afirman que aspiran también a la unión, pero esto sólo pueden creerlo los más cándidos, aquellos cuya ingenuidad llega a los limites más inauditos. En realidad, hay más fantasía en sus cabezas que en las nuestras. Esos hombres pueden organizarse de acuerdo con la justicia, pero, al haberse separado de Cristo, inundarán el mundo de sangre, pues la sangre llama a la sangre, y el que ha desenvainado la espada, por herida de espada morirá. Sin la creencia en Cristo se exterminarán hasta quedar sólo dos. Y estos dos, dejándose llevar por su soberbia, lucharán hasta que uno de ellos elimine al otro, y luego, muy pronto, desaparecerá él mismo. Esto es lo que sucederá si no se cree en la promesa de Cristo de evitar esta lucha por amor a la bondad y a la humildad.

Después de mi duelo, cuando llevaba todavía el uniforme, tuve ocasión de hablar en sociedad de los servidores. Recuerdo que asombré a todo el mundo.

—Según usted —dijo uno—, habrá que sentar a nuestros sirvientes en un sillón y servirles el té.

—¿Por qué no? Sólo habría que hacerlo alguna que otra vez.

Todos se echaron a reír. La pregunta había sido ligera y mi respuesta no fue clara. Pero creo que en esta contestación había algo de verdad.

c) La oración, el amor y el contacto con los otros mundos

Joven, no olvides la oración. Toda oración, si es sincera, expresa un nuevo sentimiento; es la fuente de una idea nueva que ignorabas y que te reconfortará. Entonces comprenderás que el rezo es un medio de educación. Acuérdate, además, de repetir todos los días y tantas veces como puedas estas palabras: «Señor, ten piedad de todos los que comparecen ante Ti.» Pues, hora tras hora, termina la existencia terrestre de algunos de los seres humanos de más alta valía espiritual y sus almas llegan ante Dios. ¡Cuántos de ellos han dejado este mundo en la soledad más completa, ignorados por todos, tristes y amargados de la indiferencia general! Y tal vez, aunque no conozcas al que muere, porque vive en el otro extremo del mundo, el Señor oiga tu plegaria. El alma temerosa que llega a la presencia de Dios se conmoverá al saber que hay sobre la tierra alguien que le ama a intercede por ella. Y Dios os mirará a los dos con más misericordia, pues si tú te compadeces del alma de otro, Él se compadecerá mucho más, pues su caudal de piedad y amor es inagotable. Así, Él perdonará por ti.

Hermanos míos, no temáis al pecado; amad al hombre aunque sea un pecador, pues así seguiréis el ejemplo del amor divino, al que no se puede comparar ningún amor de la tierra.

Amad a toda la creación en conjunto y a cada uno de sus elementos: amad a cada hoja del ramaje, a cada rayo de luz, a los animales, a las plantas... Amando a las cosas comprenderéis el misterio divino de todas ellas. Y una vez comprendido, penetraréis en esta comprensión cada vez más. Y terminaréis por amar al mundo entero con un amor universal. Amad a los animales, ya que Dios les ha dado un principio de pensamiento y una alegría apacible. No los molestéis, no los atormentéis quitándoles esta alegría, pues ello sería oponerse a los propósitos de Dios. Hombre, no hagas sentir tu superioridad a los animales, que están exentos de pecado, mientras tú manchas la tierra, dejando a tus espaldas un rastro de podredumbre. Así proceden casi todos los hombres, por desgracia. Amad sobre todo a los niños, pues también ellos desconocen el pecado, como los ángeles. Están en el mundo para llegarnos al corazón y purificarlo. Son para nosotros como un aviso. ¡Maldito sea el que ofenda a estas criaturas! El hermano Antimio me ha enseñado a amarlas. Sin decir palabra, empleaba los copecs que nos daban de limosna para comprar golosinas y regalarlas a

los niños. Se conmovía cuando estaba junto a ellos.

A veces, sobre todo en presencia del pecado, nos preguntamos: «¿Hay que recurrir a la fuerza o a la humildad del amor?» Emplead siempre el amor: con él podréis dominar al mundo entero. El ser humano lleno de amor es una fuerza temible con la que ninguna otra se puede igualar. No os descuidéis en ningún momento de guardar una actitud digna. Suponed que pasáis por el lado de un niño presas de cólera y blasfemando. Vosotros no habéis visto al niño, pero él os ha visto a vosotros, y es muy probable que conserve el recuerdo de vuestra baja actitud. Sin saberlo habréis sembrado un mal germen en el alma de ese niño, un germen que puede desarrollarse, y todo por haber cometido un olvido ante ese muchacho, por no haber cultivado en vuestro ser el amor activo, hijo de la reflexión. Hermanos míos, el amor es un buen maestro, pero hay que saber adquirirlo, pues no se obtiene fácilmente, sino a costa de largos esfuerzos. Hay que amar no momentáneamente, sino hasta el fin. Hasta el más detestable malvado es capaz de sentir un amor circunstancial.

Mi hermano pedía perdón a los pájaros. Esto parece absurdo, pero tiene su lógica, pues todas las cosas se parecen al océano, donde todo resbala y se comunica. Se toca en un punto y el toque repercute en el otro extremo del mundo. Admitamos que sea una locura pedir perdón a los pájaros. Sin embargo, lo mismo los niños que los pájaros y que todos los animales que nos rodean vivirán más a sus anchas si vosotros os comportáis dignamente. Entonces rogaréis a los pájaros. Entregados enteramente al amor, en una especie de éxtasis, les pediréis que os perdonen vuestros pecados. Alabad este éxtasis, por muy absurdo que parezca a los hombres.

Amigos míos, pedid a Dios alegría; sed tan alegres como los niños, como los pájaros bajo el cielo. No permitáis que el pecado obstruya vuestra acción; no temáis que empañe vuestra obra y os impida cumplirla. No digáis: «El pecado, la impiedad, el mal ejemplo son poderosos, y nosotros, en cambio, somos débiles y estamos solos. El mal triunfará sobre el bien.» No os descorazonéis, hijos míos. No hay más que un medio de hallar la salvación: el de cargar con todos los pecados de los hombres. Desde el momento en que respondáis por todos y por todo, veréis que es justo que obréis así, ya que sois culpables por todos y por todo. En cambio, si arrojáis vuestra pereza y vuestra debilidad sobre vuestros semejantes, acabaréis por entregaros a un orgullo satánico y murmuraréis contra Dios. He aquí lo que yo pienso de este orgullo: es difícil comprenderlo aquí abajo, y por eso caemos en él tan fácil y erróneamente, creyendo que realizamos alguna obra noble a importante. Entre los sentimientos y los impulsos más violentos de nuestra naturaleza hay muchos que no podemos comprender aquí abajo, pero no creas, hermano, que esto pueda servirte siempre de justificación, pues el Juez soberano te pedirá cuentas de todo lo que puedes comprender, aunque no te las pida de lo demás. Vamos errantes por la tierra y, si no tuviésemos como guía la preciosa imagen de Cristo, nos extraviaríamos, como ya

sucedió al género humano antes del diluvio, y acabaríamos por sucumbir. En este mundo somos ciegos para muchas cosas. En cambio, tenemos la sensación misteriosa del lazo de vida que nos liga al mundo de los cielos. Las raíces de nuestras ideas y de nuestros sentimientos no están aquí, sino allí. Por eso los filósofos dicen que en la tierra es imposible comprender la esencia de las cosas. Dios ha tomado semillas de los otros mundos y las ha sembrado aquí abajo para tener en la tierra su jardín. Lo ha formado con todo lo que podía crecer, pero nosotros somos plantas que sólo vivimos por la sensación del contacto con esos mundos. Cuando esta sensación se debilita o se extingue, lo que había brotado en nosotros perece. Llega un momento en que la vida nos es indiferente a incluso la miramos con aversión. Por lo menos, así me parece.

d) ¿Podemos ser jueces de nuestros semejantes? La fe verdadera

Recuerda siempre que no puedes ser juez de nadie, ya que, antes de juzgar a un criminal, el juez debe tener presente que él es tan criminal como el acusado, y tal vez más culpable de su crimen que todos. Cuando haya comprendido esto, podrá ser juez: es una gran verdad, por absurdo que parezca. Pues si yo soy un hombre justo, nadie será un criminal ante mi. Si puedes cargar con el crimen del acusado al que juzgas, hazlo inmediatamente, sufre por él y déjalo marcharse sin hacerle ningún reproche. Incluso si eres juez de profesión, haz todo lo posible por desempeñar tu cargo con este criterio, pues, una vez que se haya marchado, el culpable se condenará a sí mismo más severamente que podría hacerlo ningún tribunal de justicia. Si se va sin que tu conducta le haya producido efecto y burlándose de ti, no te desanimes: ese hombre obra así porque todavía no ha llegado para él el momento de la revelación; pero ya llegará. En el caso contrario, el acusado comprenderá, sufrirá, se condenará a si mismo: se le habrá revelado la verdad. Cree en esto firmemente: es la base de la esperanza y de la fe de los santos.

Que tu actividad sea continua. Si por la noche, antes de dormirte, te acuerdas de que has dejado de cumplir algún deber, levántate en el acto y cúmplelo. Si los que te rodean se niegan a escucharte, por malicia o por indiferencia, arrodíllate y pídeles perdón, pues en realidad tuya es la culpa de que no quieran escucharte. Si se niegan a oírte los irascibles, sírvelos en silencio y humildemente, sin perder jamás la esperanza. Si todos se apartan de ti y algunos te rechazan con violencia, permanece solo, arrodíllate, besa la tierra, riégala con tus lágrimas, aunque nadie te vea ni te oiga. Estas lágrimas darán fruto. Cree hasta el fin, incluso en el caso de que todos los hombres se hubieran descarriado y fueses tú el único que permanecieras fiel. Aporta tu ofrenda y alaba a Dios por haberte permitido conservar la fe en tu aislamiento. Y si te reúnes con otro hombre como tú, obtendrás la plenitud del amor vivo. Daos entonces un fuerte abrazo y alabad al Señor por haberos permitido, aunque sólo a

vosotros dos, cumplir la verdad de su palabra.

Si has pecado y la aflicción te abruma, alégrate por otro que sea justo, alégrate de que éste, al contrario que tú, haya permanecido fiel y no haya pecado.

Si la maldad de los hombres te produce tanta amargura a indignación que despierta en ti un deseo de venganza, rechaza este sentimiento por encima de todo: impónte a ti mismo idéntica pena que si la falta la hubieses cometido tú. Acepta este dolor, súfrelo y tu corazón se calmará, pues comprenderás que también tú eres culpable, ya que, aunque hubieras sido el único hombre justo, habrías podido hacer entrar en razón a ese malvado con tu buen ejemplo. Si hubieses iluminado su mente, él habría visto otro camino, y el criminal acaso no habría cometido su crimen al obtener gracias a ti la clarividencia. Si los hombres permanecen insensibles a esta luz mental a pesar de tus esfuerzos y desprecian su salvación, manténte firme y no dudes del poder de la luz celestial: puedes estar seguro de que si no se han salvado todavía, se salvarán en adelante. Y si no se salvan ellos, se salvarán sus hijos, pues su luz no se apagará nunca, ni aun después de tu muerte. La humanidad se salvó después de la muerte del Salvador. El género humano rechaza a sus profetas, los aniquila, pero los hombres aman a sus mártires, veneran a quienes han dado muerte ellos mismos. Trabajas para la colectividad, obras para el porvenir. No busques recompensas, pues ya tienes una, y muy grande, en la tierra: tu alegría espiritual, de la que sólo pueden participar los justos. No temas a los grandes ni a los poderosos, no te excedas en nada; instrúyete sobre esto. Retirate a la soledad y reza. Prosternate con amor y besa la tierra. Ama incansablemente, insaciablemente, a todos y a todo; procura alcanzar este éxtasis, esta exaltación. Riega la tierra con lágrimas de alegría y ama estas lágrimas. No te avergüences de este éxtasis, adóralo, pues es un gran don que Dios sólo concede a los elegidos.

e) El infierno y el fuego eterno. Reflexiones místicas

Padres míos, ¿qué es el infierno? Yo lo defino como el sufrimiento de no poder amar. En un punto, en un instante del espacio y del tiempo infinitos, un ser espiritual tiene la posibilidad, mediante su aparición en la tierra, de decirse: «Existo y amo.» Sólo por una vez se le ha concedido un momento de amor activo y viviente. Para este fin se le ha dado la vida terrestre, de tiempo limitado. Pues bien, este ser feliz ha rechazado el inestimable don; ni le da valor ni lo mira con afecto: lo observa irónicamente y permanece insensible ante él. Este ser, cuando deja la tierra, ve el seno de Abraham, charla con él como se refiere en la parábola de Lázaro y del rico de mal corazón; contempla el paraíso y puede elevarse hasta el Señor. Pero le atormenta la idea de llegar sin haber amado, de entrar en contacto con los que han prodigado su amor, habiéndolo desdeñado él. Ahora ve las cosas claramente y se dice: «En este

momento poseo la clarividencia y comprendo que, pese a mi sed de amor, mi amor no tendrá valor alguno, ya que no representará ningún sacrificio, por haber terminado mi vida terrestre. Abraham no vendrá a calmar, ni siquiera con una gota de agua, mi sed ardiente de amor espiritual, este amor que ahora me abrasa, después de haberlo desdeñado en la tierra. La vida y el tiempo han terminado. Ahora daría de buena gana mi vida por los demás, pero esto es imposible, pues la vida que yo quisiera sacrificar al amor ya ha pasado y entre ella y mi existencia actual hay un abismo.»

Se habla del fuego del infierno tomando la expresión en su sentido literal. No me atrevo a sondear este misterio, pero me parece que si hubiese verdaderas llamas, los condenados se regocijarían, pues el tormento físico les haría olvidar, aunque sólo fuera por un instante, la tortura moral, mucho más horrible que la del cuerpo. Es imposible librarlos de este dolor, pues está dentro de ellos, no fuera. Pero yo creo que si se les pudiera librar del sufrimiento físico, se sentirían aún más desgraciados. Pues aunque los justos del paraíso los perdonaran al advertir su tormento y, llevados de su amor infinito, los llamaran a su lado, sólo conseguirían aumentar el mal, avivando en ellos la sed ardiente de un amor activo, que corresponde a otro y lo agradece, amor que ya no es posible en esos desgraciados. Yo creo, sin embargo, que el convencimiento de esta imposibilidad acabará por descargar sus conciencias, pues, al aceptar el amor de los justos sin poder corresponderles, sentirán una humilde sumisión que creará una especie de imagen, de imitación del amor activo que desdeñaron en la tierra... Me parece, hermanos y amigos, que no he podido expresar claramente estos pensamientos. Pero malditos sean aquellos que se han destruido a si mismos, malditos sean esos suicidas. No creo que haya seres más desdichados que ellos. Se dice que es un pecado rogar a Dios por estas almas, y, al parecer, la Iglesia los repudia, pero yo creo que se puede orar por ellas también. El amor no puede irritar en ningún caso a Cristo. Toda mi vida he rogado desde el fondo de mi corazón por esos infortunados, y les confieso, padres, que sigo haciéndolo todavía.

En el infierno hay seres que permanecen altivos y hostiles a pesar de haber adquirido la claridad de pensamiento y de tener ante sus ojos la verdad incontestable. Algunos de ellos son verdaderos monstruos entregados enteramente a Satanás y a su orgullo, mártires voluntarios que no se sacian de infierno, que se han maldecido a sí mismos,por haber maldecido a Dios y a la vida. Se alimentan de su feroz soberbia, comb el hambriento caminante del desierto se bebe su propia sangre. Pero son y serán siempre insaciables y rechazan el perdón. Maldicen a Dios, que les llama. Y querrían que Dios y toda su Creación desaparecieran. Arderán eternamente en el incendio de su cólera y siempre tendrán sed de muerte y de exterminio...

Aquí termina el manuscrito de Alexei Fiodorovitch Karamazov. Repito que es incompleto y fragmentario. Por ejemplo, los datos biográficos sólo abarcan la primera juventud del *starets*. Para resumir sus enseñanzas y sus opiniones se han reunido

manifestaciones hechas por él en épocas y ocasiones diversas. La alocución del *starets* en sus últimas horas es imprecisa: para comprender el espíritu y el fondo de esta exposición hay que recurrir a los extractos de otras lecciones que figuran en el manuscrito de Alexei Fiodorovitch.

El fin del *starets* sobrevino inesperadamente, pues, aunque todos los que estaban con él se daban cuenta de que se acercaba su fin, nadie se podía imaginar que muriera tan repentinamente. Por el contrario, como ya hemos dicho, viéndole tan animado, tan locuaz, creyeron en una notable mejoría, aunque fuese pasajera. Cinco minutos antes de su muerte, nadie podía prever lo que iba a ocurrir. Sintió de pronto un dolor agudo en el pecho y se llevó las manos a él. Todos se apresuraron a socorrerlo. Sonriendo a pesar de su dolor, se deslizó de su sillón, quedó de rodillas y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente. Después, como en éxtasis, abrió los brazos, besó la tierra murmurando una oración (eran sus propias enseñanzas) y entregó su alma a Dios alegremente, dulcemente...

La noticia de su muerte se extendió con gran rapidez por el recinto de la ermita y llegó al monasterio. Los íntimos del difunto y los que por su jerarquía eclesiástica estaban obligados a ello, lo amortajaron de acuerdo con los ritos tradicionales. La comunidad se reunió en la iglesia. Antes de la salida del sol, la nueva llegó a la ciudad y fue el tema de todas las conversaciones. Gran número de vecinos acudió al monasterio. Ya hablaremos de esto en el libro siguiente. Ahora nos limitaremos a decir que aquel día se produjo un acontecimiento'inaudito que causó gran impresión entre los monjes y los habitantes de la ciudad, un acontecimiento tan extraño y desconcertante, que todavía, después de tantos años, se conserva en nuestra localidad un vivido recuerdo de aquella jornada llena de emociones...

TERCERA PARTE

LIBRO VII

ALIOCHA

I. El olor nauseabundo

El cuerpo del padre Zósimo fue preparado para la inhumación ¿e acuerdo con el rito establecido. Sabido es que a los monjes y a los ascetas que mueren no se les baña. El Gran Ritual dice: «Cuando un monje recibe la llamada del Señor, el hermano designado por la comunidad frota su cuerpo con agua tibia, después de trazar con una esponja una cruz en su frente, otra en su pecho, una en cada mano, otras dos en sus pies y dos también en sus rodillas. Y nada más. a El padre Paisius se encargó de esta operación. Después puso al difunto el hábito monástico y otra vestidura ritual, rasgándola, como está prescrito, en forma de cruz. En la cabeza se le ajustó un capuchón en cuya cúspide había una cruz de ocho brazos, se cubrió su cara con un velo negro y se le puso en las manos una imagen del Salvador. Una vez vestido así el cadáver, se le colocó, aquella misma mañana, en un féretro que estaba construido desde hacia mucho tiempo. Se decidió dejarlo todo el día en la gran cámara que se utilizaba como salón. Como el difunto tenía la categoría *ieroskhimonakh*[62], había que leer no el salterio, sino el Evangelio. Después de la ceremonia fúnebre, el padre José empezó la lectura. El padre Paisius, que quería sustituirle en seguida para el resto de la jornada y para toda la noche, estaba en aquel momento tan atareado como el superior de la ermita.

Entre los monjes y los laicos que acudieron en masa se advirtió una agitación inaudita, incluso inconveniente, una actitud de espera febril. El superior y el padre Paisius hacían todo lo posible para calmar los espíritus sobreexcitados. Cuando la claridad del día lo permitió, se vio llegar a los fieles, transportando a sus enfermos, casi todos niños. Esperaban una curación inmediata, y su fe les decía que el milagro iba a producirse sin duda alguna. Entonces se vio hasta qué punto había considerado la gente como un verdadero santo al *starets*. No todos los que formaban aquella muchedumbre, ni mucho menos, pertenecían a las clases inferiores. La ávida a impaciente espera de aquellos creyentes, exhibida sin reserva alguna, rebasaba las previsiones del padre Paisius y lo escandalizaba. Al encontrarse con otros monjes, todos profundamente conmovidos, les dijo:

—Esta espera frívola a inmediata de grandes acontecimientos sólo es posible entre los laicos. A nosotros no nos puede afectar.

Pero apenas lo escuchaban, cosa que el padre Paisius advirtió con inquietud, y más al observar que él mismo, a pesar de su aversión a las esperanzas de realización inmediata, a su juicio cosas propias de personas ligeras y frívolas, las compartía secretamente y con la misma vehemencia que los demás. Sin embargo, ciertos encuentros lo contrariaban profundamente y despertaban en él grandes dudas. Entre la multitud que se hacinaba en el salón advirtió con repugnancia (y en seguida se reprochó este sentimiento) la presencia de Rakitine y del monje de Obdorsk, que no

se decidía a dejar el monasterio. Los dos parecieron repentinamente sospechosos al padre Paisius, y no eran los únicos que despertaban sus sospechas. En medio de la agitación general, el monje de Obdorsk era el más bullicioso. Se le veía en todas panes haciendo preguntas, aguzando el oído y hablando en voz baja, con aire de misterio. Se mostraba impaciente y como irritado a causa de que el milagro esperado tanto tiempo no se hubiera producido.

Rakitine había llegado a la ermita muy temprano, cumpliendo las instrucciones de la señora de Khokhlakov, como se supo más tarde. Cuando esta dama, de buen corazón pero desprovista de carácter, que no tenía acceso al monasterio, se despertó y se enteró de la noticia, sintió tal curiosidad, que envió en seguida a Rakitine con el encargo de transmitirle cada media hora un informe escrito de todo lo que iba sucediendo. Consideraba a Rakitine como un joven ejemplarmente piadoso, tan insinuante era y tal arte tenía para hacerse valer a los ojos de las personas que le interesaban por algún motivo.

El día era hermoso. Multitud de fieles se agrupaban alrededor de las tumbas, la mayoría de las cuales estaban en la vecindad de la iglesia, hallándose las demás diseminadas una aquí y otra allá. El padre Paisius, que daba una vuelta por el monasterio para inspeccionarlo todo, pensó de pronto en Aliocha, al que hacía mucho tiempo que no había visto, y en este preciso momento lo distinguió en un rincón lejano, cerca del muro que limitaba el recinto, sentado en la tumba de un monje fallecido hacía muchos años y que había alcanzado fama por su abnegación ascética. Aliocha estaba de espaldas a la ermita, dando la cara al muro y casi oculto por la tumba. Al acercarse a él, el padre Paisius vio que se cubría el rostro con las manos y que los sollozos sacudían su cuerpo. Estuvo un momento mirándolo.

—No llores más, hijo mío —le dijo al fin con afecto y simpatía—; basta de lágrimas. ¿Qué razón hay para que llores? Por el contrario, debes alegrarte. ¿Acaso ignoras que hoy es un día sublime para él? Piensa en el lugar donde se halla ahora, en este momento.

Aliocha miró al monje, descubriendo su cara hinchada por el llanto, lo que le daba un aspecto infantil. Pero en seguida se volvió de espaldas y de nuevo ocultó su rostro entre las manos.

—Tal vez hagas bien en llorar —dijo el padre Paisius, pensativo—. Estas lágrimas te las envía el Señor. «Tus sentidas lágrimas darán descanso a tu alma y aliviarán tu corazón.»

Dijo esto último para sí, observando con afecto a Aliocha, y se apresuró a marcharse, notando que acabaría por echarse a llorar también si seguía mirándolo.

Pasaban las horas, los ritos fúnebres se sucedían. El padre Paisius sustituyó al padre José al lado del ataúd y continuó la lectura de los Evangelios.

Antes de las tres de la tarde se produjo el hecho de que he hablado al final del

libro anterior, acontecimiento tan inesperado, tan contrario a lo que todos esperaban, que —lo repito— todavía se recuerda en la ciudad y en toda la comarca. Debo añadir que casi me repugna hablar de este suceso escandaloso, trivial y corriente en el fondo, y que lo habría pasado por alto si no hubiera influido decisivamente en el alma y el corazón del principal aunque futuro héroe de mi relato, Aliocha, provocando en él una especie de revolución íntima que agitó su pensamiento, pero que lo afirmó en el camino que conducía a determinado fin.

Antes de la salida del sol, cuando el cuerpo del *starets* se colocó en el ataúd y se transportó el féretro a la espaciosa cámara, alguien preguntó si se debían abrir las ventanas. Pero la pregunta quedó sin respuesta, pues pasó inadvertida para la mayoría de los presentes. Sólo la oyeron algunos, y éstos no podían concebir que semejante cadáver se corrompiera y oliese mal. La idea les pareció absurda y enojosa, y también cómica, por la frivolidad y falta de fe que encerraba. Todo el mundo esperaba precisamente lo contrario. A primera hora de la tarde empezó a percibirse algo extraordinario. Los primeros que lo notaron fueron los que entraban a cada momento en la gran cámara, pero guardaron silencio, pues ninguno se atrevía a participar su preocupación a los otros. A eso de las tres, el hecho fue tan evidente, que la noticia corrió por la ermita y se extendió por todo el monasterio, sorprendiendo a la comunidad entera.

Pronto llegó a la ciudad, causando honda impresión a creyentes e incrédulos. Estos se alegraron, y algunos de los creyentes se regocijaron más todavía, pues «la caída y afrenta del justo suele producir satisfacción», como había dicho el difunto en una de sus lecciones.

Lo sucedido fue que del ataúd empezó a salir un olor nauseabundo y cada vez más insoportable. Sería inútil buscar en los anales de nuestro monasterio un escándalo semejante al que se produjo entre los mismos religiosos cuando el hecho se comprobó y que en modo alguno se habría producido en otras circunstancias. Muchos años después, algunos monjes, recordando los incidentes de aquel día, se preguntaban horrorizados cómo había podido alcanzar el escándalo semejantes dimensiones. Pues anteriormente habían fallecido religiosos irreprochables y de reconocida sinceridad y de sus cuerpos había emanado el natural y repulsivo olor que se desprende de todos los cadáveres, sin que ello produjera el menor escándalo ni emoción.

Según la tradición, los restos de ciertos religiosos muertos en épocas anteriores se habían librado de la corrupción, misterio del que la comunidad guardaba un recuerdo impregnado de emoción, viendo en ello un hecho milagroso y la promesa de una gloria más alta, ya que procedía de la tumba, por la voluntad divina. Se recordaba sobre todo el caso del *starets* Job, famoso asceta y gran ayunador, fallecido en 1810 a la edad de ciento cinco años, cuya tumba se mostraba con unción a los fieles que llegaban por primera vez al monasterio, unción acompañada de alusiones llenas de

misterio a las grandes esperanzas que despertaba aquella sepultura. Ésta era la tumba donde el padre Paisius había visto a Aliocha aquella tarde.

También se hablaba del padre Barsanufe, el *starets* al que había sucedido el padre Zósimo. Cuando vivía, todos los fieles que visitaban el monasterio lo consideraban como un «inocente». Según la tradición, estos dos monjes parecían seres vivos al ser colocados en sus ataúdes, se les había inhumado intactos a incluso emanaba cierta luz de sus rostros. Otros decían y repetían que sus cuerpos exhalaban un suave perfume. Pero estos sugeridores recuerdos no bastaban para justificar que se hubiera desarrollado una escena tan absurda, tan inaudita, junto al féretro del padre Zósimo.

Yo atribuyo esta escena a la acción conjunta de diversas causas. Una de ellas era el odio inveterado que muchos monjes profesaban al staretismo, por considerarlo como una innovación perniciosa. Otra causa importantísima era la envidia que despertaba la santidad del difunto, tan sólidamente cimentada durante la vida del *starets*, que no se admitía la discusión sobre este punto. Pues si bien el padre Zósimo se había captado gran número de corazones con su amor más que con sus milagros, y había formado una fuerte falange con los que amaba, también, y por esta razón, había despertado la envidia en muchos que llegaron a ser sus enemigos, tanto en el monasterio como entre los laicos. Aunque no había hecho ningún mal a nadie, algunos decían: «No sé en qué se fundan para considerarlo un santo.» Y estas palabras, a fuerza de repetirse, habían engendrado un odio implacable contra él. Por eso creo que muchos se alegraron al enterarse de que su cuerpo apestaba cuando aún no hacia veinticuatro horas que se había producido el fallecimiento. En cambio, ciertos partidarios del *starets* que lo habían reverenciado hasta entonces vieron en tal corrupción poco menos que un ultraje.

He aquí cómo se sucedieron los acontecimientos. Apenas se inició la descomposición, la simple actitud de los religiosos que penetraban en la cámara mortuoria dejaba entrever los motivos de la visita. El visitante salía inmediatamente y confirmaba la noticia al grupo que esperaba fuera. Entonces algunos monjes movían la cabeza tristemente, y otros no podían disimular su satisfacción: en sus ojos brillaba una maligna alegría. Nadie dirigía a éstos el menor reproche, nadie salía en defensa del difunto, cosa verdaderamente extraña siendo los partidarios del *starets* mayoría en el monasterio. Y es que éstos consideraban que el Señor había resuelto permitir a la minoria triunfar provisionalmente. Pronto aparecieron en la capilla ardiente los laicos. Todos eran hombres cultos, enviados como emisarios. Éstos no representaban a las clases humildes, que se limitaban a hacinarse junto al recinto de la ermita. Se vio claramente que la afluencia de laicos aumentó en gran medida después de las tres de la tarde, a causa de la sensacional noticia. Personas —algunas de elevada posición — que no tenían el propósito de visitar el monasterio aquel día, se acercaban a sus puertas.

Pero la discreción, las buenas formas, no se habían alterado todavía, y el padre Paisius seguía leyendo los Evangelios con semblante severo y voz firme, como si no se hubiera dado cuenta de lo que sucedía, aunque ya había advertido que estaba ocurriendo algo extraordinario. Pero pronto empezaron a llegar hasta él voces, primero tímidas y luego progresivamente más firmes y seguras.

—Así, pues, el juicio de Dios no coincide con el de los hombres.

Esta frase fue pronunciada primero por un laico, funcionario que trabajaba en la ciudad, hombre de edad madura y reconocida ortodoxia. Este caballero no hizo más que repetir en voz alta lo que los religiosos llevaban ya horas diciéndose al oído. Lo peor era que los monjes pronunciaban estas palabras con satisfacción creciente. Pronto se prescindió del disimulo y todos obraron como basándose en un derecho.

Algunos decían, al principio como lamentándolo:

—Es incomprensible. No era un hombre voluminoso. Estaba en la piel y el hueso. Es inexplicable que huela mal.

—Es una advertencia de Dios —se apresuraron a decir otros, cuya opinión prevaleció—, pues si el hedor hubiera sido natural, como el de todos los pecadores, se habría percibido más tarde, veinticuatro horas después por lo menos. Esta vez se ha adelantado y, por lo tanto, hay que ver en ello la mano de Dios.

El padre José, el bibliotecario y favorito del difunto, replicó a los murmuradores que la incorruptibilidad del cuerpo de los justos no era un dogma de la ortodoxia, sino sólo una opinión, y que en las regiones más ortodoxas, en el monte Athos, por ejemplo, se le da poca importancia.

—No es la incorruptibilidad física lo que se considera allí como el signo principal de la glorificación de los justos, sino el color que toman los huesos después de haber permanecido muchos años en la tierra. Si los huesos son entonces amarillos como la cera, esto es indicio de que el Señor ha glorificado a un justo; pero si están negros, ello prueba que el Señor no ha considerado digno al difunto. Así se procede en el monte Athos, santuario donde se conservan en toda su pureza las tradiciones de la ortodoxia.

Pero las palabras del humilde padre José no causaron impresión, a incluso provocaron réplicas irónicas. Los monjes se dijeron unos a otros:

—Todo eso es pura erudición, innovaciones que no vale la pena escuchar.

Algunos añadian:

—Nosotros nos atenemos a los usos antiguos. No podemos admitir todas las novedades que vayan apareciendo.

Y los más irónicos manifestaban:

—Nosotros tenemos tantos santos como ellos. El monte Athos está bajo el yugo turco, y allí todo se ha olvidado. Hace tiempo que la ortodoxia se ha alterado en el Athos. Allí no hay ni campanas.

El padre José renunció al debate, apenado. Había expresado su opinión sin ninguna seguridad y con poca fe. En medio de su turbación, preveía una escena violenta y un principio de rebeldía. Poco a poco, siguiendo al padre José, todos los monjes razonables enmudecieron. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, todos los que habían querido al difunto y aceptado con sentida sumisión la institución del staretismo se sintieron aterrados, y desde este momento se limitaron a cambiar tímidas miradas cuando se encontraban.

En cambio, los enemigos del staretismo, los que lo rechazaban por considerarlo una novedad, levantaban la cabeza con un gesto de orgullo y recordaban con maligna satisfacción:

—El padre Barsanufe no sólo no olía mal, sino que despedía un suave perfume. Esto justificó sus méritos, no su jerarquía religiosa.

A ello se sumaron las censuras, las acusaciones. Los más rutinarios decían:

—Afirmaba que la vida es un gran placer y no una humillación dolorosa.

Otros aún más obtusos añadían:

—Aceptaba las nuevas ideas: no creía en el fuego material del infierno.

Y las acusaciones se multiplicaban entre los envidiosos:

—Como ayunador dejaba mucho que desear. Amaba las golosinas. Acompañaba el té con dulce de cerezas. Le gustaba mucho, y las damas se lo enviaban. ¿Es propio de un asceta tomar té?

Los más maliciosos recordaban, implacables:

—El orgullo lo cegaba. Se creía un santo. La gente se arrodillaba en su presencia y él lo aceptaba como cosa natural.

—Abusaba del sacramento de la confesión —murmuraban los más recalcitrantes adversarios del staretismo, entre los que abundaban los religiosos de más edad, inflexibles en su devoción, taciturnos y grandes ayunadores, que habían guardado silencio mientras el padre Zósimo vivía, pero que ahora no cesaban de hablar, con efectos perniciosos, pues sus palabras influían profundamente en los religiosos jóvenes y todavia vacilantes.

El monje de San Silvestre de Obdorsk era todo oídos. Suspiraba profundamente y movía la cabeza. «El padre Teraponte tenía razón ayer», se dijo. Y precisamente en este momento, como para aumentar su confusión, apareció el padre Teraponte.

Ya hemos dicho que este religioso apenas salía de su celda del colmenar, que incluso estaba mucho tiempo sin ir a la iglesia y que se le permitía esta conducta antirreglamentaria por considerar que estaba un poco trastocado. En verdad, era merecedor de esta tolerancia. Habría sido injusto imponer inflexiblemente la regla a un monje que observaba el ayuno y el silencio con tanto rigor como el padre Teraponte, que oraba noche y día, hasta el punto que más de una vez se había quedado dormido de rodillas. Los religiosos opinaban:

—Es más santo que todos nosotros. Su austeridad rebasa la regla. Si no va a la iglesia es porque sabe cuándo debe ir. Tiene su propia regla.

Había otra razón para dejar tranquilo al padre Teraponte: la de evitar un escándalo.

A la celda de este monje, que, como todos sabían, era enemigo acérrimo del padre Zósimo, llegó la noticia de que «el juicio de Dios no estaba de acuerdo con el de los hombres, ya que el Altísimo había adelantado la corrupción del difunto». Es muy posible que el religioso de Obdorsk, al enterarse, horrorizado, de lo ocurrido, se hubiera apresurado a ir a comunicárselo al padre Teraponte.

Ya he dicho que el padre Paisius leía impasible los Evangelios al lado del cadáver, sin ver ni oír lo que ocurría fuera, pero que presintió lo principal, pues conocía a fondo el ambiente en que vivía. No experimentaba la menor turbación y, dispuesto a todo, observaba con mirada penetrante aquella agitación, cuyo resultado no se le ocultaba.

De pronto oyó en el vestíbulo un ruido insólito que hirió sus tímpanos. Era que la puerta se había abierto de par en par. El padre Teraponte apareció inmediatamente en el umbral.

Desde la celda se vela perfectamente al nutrido grupo de monjes que le había acompañado y a los laicos que se habían unido a los religiosos. Todos se aglomeraban al pie de la escalinata. No entraron, sino que esperaron el resultado de la visita del padre Teraponte, con el temor, pese a la audacia que estaban demostrando, de que el visitante no haría nada eficaz. El padre Teraponte se detuvo en el umbral y levantó los brazos, dejando al descubierto los penetrantes ojos del monje de Obdorsk, que, incapaz de contener su curiosidad, había subido tras el gran ayunador. En cambio, los demás, apenas se abrió la puerta estrepitosamente, retrocedieron, presas de un súbito temor. Con los brazos en alto, el padre Teraponte vociferó:

—¡Vengo a expulsar a los demonios!

En seguida empezó a hacer la señal de la cruz, mirando, uno tras otro, a los cuatro rincones de la celda. Los que le acompañaban comprendieron perfectamente su conducta, pues sabían que, fuera a donde fuese, antes de sentarse para conversar ahuyentaba a los demonios.

—¡Fuera de aquí, Satán! —exclamaba cada vez que hacía la señal de la cruz. Y gritó de nuevo—: ¡Vengo a expulsar a los demonios!

Una cuerda ceñía a su cintura su burdo hábito. Su camisa de cáñamo dejaba ver su velludo pecho. Iba descalzo. Apenas agitó los brazos tintinearon las pesadas cadenas que llevaba bajo el hábito.

El padre Paisius suspendió la lectura, dio unos pasos y se detuvo ante el padre Teraponte en actitud de espera.

—¿Por qué has venido, reverendo padre? ¿Por qué alteras el orden? ¿Por qué

agitas al humilde rebaño? —exclamó al fin severamente.

—¿Que por qué he venido? —respondió el padre Teraponte con cara de perturbado—. ¿Tú me lo preguntas? He venido a ahuyentar a tus huéspedes, a los demonios impuros. Ya veremos los que has albergado durante mi ausencia. Voy a barrerlos.

—Quieres luchar contra el diablo —dijo intrépidamente el padre Paisius—, y lo que haces, tal vez, es servirlo. ¿Quién puede decir de sí mismo que es un santo? ¿Acaso tú?

—Yo soy un pobre pecador y no un santo —bramó el padre Teraponte—. Yo, ni me siento en un sillón ni quiero que se me adore como a un ídolo. Hoy los hombres arruinan la fe.

Se volvió hacia la multitud y añadió:

—El difunto, su santo, ahuyentaba a los demonios. Tenía una droga contra ellos. Y he aquí que pululan alrededor de él como arañas en los rincones. Ahora su cuerpo apesta, y nosotros vemos en ello una advertencia del Señor.

Esto era una alusión a un hecho real. Tiempo atrás, el demonio se había aparecido a uno de los monjes, primero en sueños y otro día estando el religioso despierto. Este, aterrado, se apresuró a consultar al padre Zósimo, el cual le prescribió ayuno riguroso y rezos fervientes. Como esto no diera resultado, el *starets* le dio una poción, que debía tomar sin interrumpir las prácticas piadosas. No pocos monjes se sorprendieron de esta prescripción y la comentaron moviendo la cabeza con semblante sombrío. Uno de los principales murmuradores fue el padre Teraponte, al que ciertos detractores del padre Zósimo se habían apresurado a notificar la insólita medida.

—¡Vete! —dijo enérgicamente el padre Paisius—. No somos los hombres los llamados a juzgar, sino Dios. Tal vez sea esto una advertencia, pero ni tú, ni yo, ni nadie, somos capaces de comprenderla. ¡Vete, padre Teraponte, y no agites más al rebaño!

—No observaba el ayuno prescrito a los profesos. Ésa es la causa de la advertencia. La cosa está clara, y es un pecado disimular lo que se está viendo.

El fanático monje, dejándose llevar de su celo extravagante, continuó:

—Adoraba las golosinas. Las damas se las traían en sus bolsillos. Lo sacrificaba todo a su estómago. Llenaba su cuerpo de bombones y su espíritu de arrogancias. Por eso ha sufrido esta ignominia.

—Todo eso son futilezas, padre Teraponte. Admiro tu ascetismo, pero tus palabras son trivialidades semejantes a las que dicen en el mundo los jóvenes inconstantes y aturdidos. Vete, padre: te lo ordeno.

El padre Paisius dijo esto último con acento imperioso. El padre Teraponte, un tanto desconcertado pero conservando su irritación, repuso:

—Ya me voy. Te envaneces de tu sabiduría ante mi ignorancia. Llegué aquí con

una instrucción muy escasa y olvidé lo poco que sabía. Pero el Señor ha preservado a este pobre ignorante de tu sabiduría.

El padre Paisius permanecía ante él, inmóvil a inflexible.

El padre Teraponte guardó silencio unos instantes. De pronto se entristeció, se llevó la mano derecha a la mejilla y dijo con voz gimiente, mientras fijaba la vista en el ataúd del *starets*:

—Mañana se cantará para él el glorioso himno «Ayuda y protección». En cambio, cuando muera yo, se me cantará solamente el modesto versículo « ¡Qué venturosa vida!»[63]

Y rugió como un loco:

—¡Os habéis engreído! ¡Este lugar está desierto!

Después agitó los brazos, dio rápidamente media vuelta y bajó corriendo la escalinata. EI grupo que le esperaba tuvo un momento de vacilación. Algunos le siguieron inmediatamente; otros demostraron menos prisa. El padre Paisius había salido al pórtico y allí permanecía inmóvil, contemplando la escena. Pero el viejo fanático no había terminado aún. Habría dado unos veinte pasos cuando se volvió hacia el sol del atardecer, levantó los brazos y se desplomó, como la planta segada por la hoz, gritando:

—¡Mi Señor ha vencido! ¡Cristo ha vencido al sol del ocaso!

Sus gritos eran desaforados. Dirigía los brazos al sol y su frente tocaba la tierra. Luego se echó a llorar como un niño. Los sollozos sacudían su cuerpo; barría con los brazos la tierra.

Todos acudieron a auxiliarle. Se oyeron llantos, exclamaciones... Una especie de delirio se había apoderado de aquellos hombres.

—¡Es un justo, un santo! —gritaron algunos como desafiando a los que pudieran oírles.

Y otros exclamaban:

—¡Merece ser *starets*!

Pero no faltó quien replicara:

—No querrá serlo. Si lo nombran, no aceptará... No puede prestarse a una innovación maldita; nunca será cómplice de esas locuras.

No era fácil prever lo que habría ocurrido si en ese preciso momento la campana no hubiese anunciado el comienzo del servicio divino.

Todos se santiguaron. El padre Teraponte se levantó, se santiguó también y se dirigió a su celda sin volverse y murmurando palabras incoherentes. Algunos le siguieron, pero la mayoría se dirigió a la iglesia. El padre Paisius cedió su puesto al padre José y se marchó. Los clamores de los fanáticos no hacían mella en su ánimo, pero de pronto sintió que una gran tristeza invadía su corazón. Se dijo que este pesar procedía, por lo menos en apariencia, de una causa insignificante. Esta causa era que

entre la agitada multitud que momentos antes se agrupaba ante el pórtico había distinguido a Aliocha, y recordaba que, al verlo, había sentido cierta amargura.

«No sabía que ocupaba un puesto tan importante en mi corazón», se dijo, sorprendido.

En este momento, Aliocha pasó por su lado. Iba de prisa. ¿Hacia dónde? El padre Paisius lo ignoraba, pero era evidente que no iba a la iglesia. Las miradas de ambos se encontraron. Aliocha volvió la cabeza y bajó la vista. Al padre Paisius le bastó ver su semblante para comprender el profundo cambio que se había operado en él.

—¿También a ti te han embaucado? —preguntó el padre. Y añadió tristemente—: ¿Te has unido a los hombres de poca fe?

Aliocha se detuvo, lo miró inexpresivamente y en seguida volvió la cabeza de nuevo y bajó los ojos. El padre Paisius lo observaba atentamente.

—¿Adónde vas tan de prisa? Las campanas han sonado llamando al oficio.

Aliocha no respondió.

—¿Piensas dejar la ermita sin pedir permiso? —volvió a preguntar el padre Paisius—. ¿Vas a marcharte sin recibir la bendición?

De pronto, Aliocha sonrió levemente y dirigió una extraña mirada al padre que lo estaba interrogando. A él lo había confiado, antes de su muerte, el que había sido su director y el dueño de su corazón y de su alma: su venerado *starets*. Después, y todavía sin contestar, agitó la mano como si aquellas atenciones no le importasen y se dirigió a paso rápido a la salida de la ermita.

—Volverás —murmuró el padre Paisius, siguiéndole con una mirada en la que se reflejaba una dolorosa sorpresa.

II. El momento decisivo

El padre Paisius no se equivocó al decir que su «querido muchacho» volvería. Sin duda había sospechado, ya que no comprendido, el verdadero estado de ánimo de Aliocha. Sin embargo, cohfieso que me sería extraordinariamente difícil definir con exáctitud aquel extraño momento de la vida de mi joven y simpático héroe. A la pregunta que el padre Paisius dirigió, tristemente, a Aliocha —«¿Te has unido a los hombres de poca fe?»—, yo podría contestar sin temor a equivocarme: «No, no se ha unido a ellos. » Era precisamente todo lo contrario: el trastorno intimo que se había apoderado en él procedia de la pureza y el fervor de su fe. Sin embargo, el trastorno existía, y era tan cruel, que mucho tiempo después Aliocha consideraba aún aquella jornada como una de las más amargas y funestas de su vida. Si me preguntaran: «¿Es posible que experimentara tanta angustia y turbación únicamente porque el cuerpo de su *starets*, en vez de producir curaciones, se había descompuesto con tanta rapidez?», mi respuesta sería inmediata. «Sí, eso fue. »

Ruego al lector que no se precipite a reirse de la simplicidad de nuestro joven. No solamente no considero que haya que pedir perdón por la ingenuidad de su fe, debida a su juventud, a los escasos progresos realizados en sus estudios y a otras causas parecidas, sino que declaro que su modo de sentir me infunde respeto. Es muy posible que otro joven, acogiendo con reservas los impulsos de su corazón, tibio y no ardiente en sus afectos, leal pero demasiado juicioso para sus años, es muy posible que este joven no hubiera hecho lo que hizo el mío. Pero en ciertos casos es más digno dejarse llevar de un impulso ciego, provocado por un gran amor, que oponerse a él. Y especialmente cuando se trata de la juventud, pues yo creo que un joven juicioso en todo momento no vale gran cosa.

—Pero —razonarán los más sensatos— no todos los jóvenes deben tener tales prejuicios. El suyo no es un modelo para los demás.

A lo que yo respondo:

—Mi joven posee una fe total, profunda. No pediré perdón para él.

A pesar de que acabo de declarar (acaso con excesiva precipitación) que mi héroe no necesita excusas ni justificaciones, advierto que se impone una explicación para que se comprendan ciertos hechos futuros de mi relato. Aliocha no esperaba con frívola impaciencia que se produjeran milagros. No los necesitaba para afirmar sus convicciones, ni para el triunfo de ninguna idea preconcebida sobre otra. No, de ningún modo. Ante todo, aparecía a su vista, en primer plano, la figura de su amado *starets*, de aquel justo al que profesaba verdadera devoción. Sobre él se concentraba a veces, y con sus más vivos impulsos, todo el amor que llevaba en su corazón joven «hacia todos y hacia todo». En verdad, este ser encarnaba a sus ojos desde hacía tiempo su ideal, que aspiraba a imitarle con todo su anhelo juvenil, y este afán le

absorbía hasta el punto de que a veces se olvidaba de «todos y de todo». (Entonces se acordó de que en aquel funesto día se había olvidado de su hermano Dmitri, que tanto le había preocupado el día anterior, y también de llevarle los doscientos rublos al padre de Iliucha, como había prometido.) No era que echaba de menos los milagros, sino sólo la «justicia suprema», que a su juicio había sido violada, lo que llenaba su alma de aflicción. ¿Qué importa que esta justicia que Aliocha esperaba tomase, debido a las circunstancias, la forma de un milagro a través de los restos mortales del que había sido su idolatrado director espiritual? En el monasterio, todos pensaban en estos milagros y los esperaban; todos, incluso aquellos a los que él reverenciaba, como el padre Paisius. Aliocha conservaba intacta su fe, pero compartia las esperanzas de los demás. Un año de vida monástica lo había habituado a pensar así, a permanecer en aquella actitud de espera. Pero no tenía sed de milagros, sino de justicia. Aquel de quien él esperaba que se elevara por encima de todos, estaba humillado y cubierto de vergüenza. ¿Por qué? ¿Quiénes eran ellos para juzgar lo sucedido? Estas preguntas atormentaban a su alma inocente. Se sentía ofendido a indignado al ver al más justo de los justos entre las risas malignas de seres frivolos muy inferiores a él. Que no se hubiera producido ningún milagro, que hubieran sufrido una decepción los que esperaban, podía pasar. ¿Pero por qué aquella vergüenza, aquella descomposición, tan rápida que se había adelantado a la naturaleza, como decían los malos monjes? ¿Por qué aquella «advertencia» que representaba un triunfo para el padre Teraponte y sus seguidores? ¿Por qué se creían autorizados a exteriorizar semejante actitud? ¿Dónde estaba la Providencia? ¿Por qué se había retirado en el momento decisivo, como sometiéndose a las leyes ciegas a implacables de la naturaleza?

El corazón de Aliocha sangraba. Como ya hemos dicho, el *starets* Zósimo era el ser al que nuestro héroe más queria en el mundo. Y ahora lo veía ultrajado y difamado. Las lamentaciones de Aliocha eran triviales y absurdas, pero —lo repito por tercera vez y confieso que acaso demasiado ligeramente— me complace que mi protagonista no se mostrara juicioso en aquel momento, pues el juicio llega a su tiempo, a menos que el hombre sea tonto. En cambio, ¿cuándo llegará el amor si no existe en un corazón joven en ciertas ocasiones excepcionales? No obstante, hay que mencionar un fenómeno extraño, aunque pasajero, que se manifestó en el ánimo de Aliocha en aquel momento critico. A veces se revelaba como una impresión dolorosa, a consecuencia de la conversación que había mantenido el día anterior con su hermano Iván y que ahora lo obsesionaba. Sus creencias fundamentales estaban incólumes. A pesar de sus quejas, amaba a Dios y creía firmemente en Él. Sin embargo, en su alma surgió un confuso y penoso sentimiento de aversión que trataba de imponerse con fuerza creciente.

Al anochecer, Rakitine, cuando se dirigía al monasterio a través del bosque de

pinos, vio a Aliocha, echado de bruces debajo de un árbol. Estaba inmóvil; parecía dormido. Rakitine se acercó a él y le preguntó:

—¿Eres tú, Alexei? ¿Pero es posible que...?

No terminó la pregunta. Quería decir: «¿Es posible que estés aquí?» Aliocha no volvió la cabeza, pero hizo un movimiento que indicó a Rakitine que el joven lo oía y lo comprendía.

—¿Qué te pasa? —siguió preguntando en un tono de sorpresa. Pero en seguida apareció en sus labios una sonrisa irónica—. Oye, te estoy buscando desde hace dos horas. Has desaparecido repentinamente. ¿Qué haces aquí? Mirame al menos.

Aliocha levantó la cabeza. Luego se sentó, apoyando la espalda en el tronco del árbol. No lloraba, pero en su semblante había una expresión de sufrimiento y en sus ojos se leía la indignación. No miraba a Rakitine, sino hacia un lado.

—Tu cara no es la de siempre. Tu famosa dulzura ha desaparecido. ¿Estás enojado con alguien? ¿Has sufrido alguna afrenta?

—¡Déjame! —dijo de pronto Aliocha, todavía sin mirarlo y con un gesto de hastío.

—¡Hay que ver! ¡Un ángel gritando como un simple mortal! Con toda franqueza, Aliocha, estoy asombrado. Yo, que no me asombro de nada. Te creía más cortés.

Aliocha le miró al fin, pero distraídamente, como si no lo comprendiera.

—Y todo —dijo Rakitine, sinceramente sorprendido—, porque lo viejo huele mal. ¿De veras creías que podía hacer milagros?

—Creía, creo y siempre creeré —respondió Aliocha, indignado—. ¿Qué más quieres?

—Nada, querido. Sólo decirte que ni los colegiales creen lo que crees tú. Estás furioso; te rebelas contra Dios... El caballero no ha recibido ningún ascenso, ninguna condecoración. ¡Qué ignominia!

Aliocha lo observó largamente con los ojos entornados. Por ellos pasó un relámpago. Pero no de cólera contra Rakitine.

—Yo no me rebelo contra Dios —dijo con un esbozo de sonrisa—. Es que no acepto su universo.

—¿Que no aceptas su universo? —preguntó Rakitine tras un instante de reflexión —. ¿Qué galimatías es ése?

Aliocha no contestó.

—Bueno, dejemos estas naderías y vamos a lo positivo. ¿Has comido hoy?

—No me acuerdo. Creo que sí.

—Tienes que recobrarte. Estás agotado. Da pena verte. Por lo visto, no has dormido en toda la noche. Además, esa agitación, esa tensión... Estoy seguro de que llevas muchas horas sin probar un solo bocado. Tengo en el bolsillo un salchichón que me he comprado en la ciudad, por lo que pudiera ocurrir. Pero me parece que tú

no querrás.

—Sí que quiero.

—¡Caramba! ¡Esto es la guerra abierta, las barricadas! Bien, hermano; no hay tiempo que perder... De buena gana me beberé un vaso de vodka para tomar fuerzas. Tú no quieres vodka, ¿verdad?

—Sí, dame también.

—¡Esto es extraordinario! —exclamó Rakitine, dirigiéndole una mirada de estupor—. En verdad, pase lo que pase, ni el salchichón ni el vodka son dos cosas despreciables.

Aliocha se levantó sin pronunciar palabra y echó a andar en pos de Rakitine.

—Si tu hermano Iván te viera, se quedaría boqúiabierto. A propósito, ¿sabes que ha salido esta mañana para Moscú?

—Sí, lo sé —dijo Aliocha en tono indiferente.

De pronto, la imagen de Dmitri surgió en su mente por un instante. Entonces recordó vagamente que tenía cierto asunto urgente, cierto deber que cumplir. Pero este recuerdo no le produjo ninguna impresión, apenas rozó su pensamiento, se esfumó inmediatamente. Tiempo después, permanecería largamente en su memoria.

«Tu hermano Iván —se dijo Rakitine en su fuero interno— me llamó una vez “estúpido liberal”. Tú mismo me diste a entender un día que yo era una persona sin escrúpulos... Bien; ahora veremos hasta dónde llega vuestro talento y vuestra honestidad.»

Y dijo en voz alta:

—Oye, no vayamos al monasterio. Este camino nos lleva derechos a la ciudad... Tengo que pasar por casa de la Khokhlakov. Le he escrito explicándole los acontecimientos, y ella, que se pirra por escribir, me ha enviado una nota a lápiz en la que dice textualmente: «No esperaba que un *starets* tan respetable como el padre Zósimo se condujera así.» Como ves, también ella está indignada. Todos sois iguales... Oye, Aliocha.

Se había detenido de pronto, apoyando la mano en el hombro del joven. Su acento era insinuante y le miraba a los ojos. Era evidente que se hallaba bajo la impresión de una idea súbita que no se atrevía a expresar, pese a su ligereza, tanto le costaba creer en la nueva actitud de Aliocha.

—¿Sabes adónde podríamos ir?

—No me importa. Iré adonde tú quieras.

—Pues podríamos ir a ver a Gruchegnka, ¿no te parece?

Rakitine esperó la respuesta, temblando de emoción. Aliocha contestó tranquilamente:

—Ya te he dicho que iré adonde quieras.

Poco faltó para que Rakitine diera un salto atrás, tan inesperada le pareció la

respuesta de Aliocha.

«iMagnífico!» , estuvo a punto de exclamar. Pero no lo hizo. Se limitó a coger a su amigo del brazo y a llevárselo rápidamente, temiendo que cambiara de opinión.

Fueron un buen rato en silencio. Rakitine no se atrevía a hablar.

« Se alegrará mucho», iba a decir, pero se contuvo a tiempo.

No era cierto que Rakitine pensara en dar una alegría a Gruchegnka al llevarle a Aliocha. Los hombres como él sólo obran por interés. Perseguía un doble fin: en primer lugar, presenciar la probable caída de Aliocha, del santo convertido en pecador, lo que le producía un placer anticipado. En segundo lugar, perseguía una ventaja material de la que hablaremos más adelante.

«No hay que perder esta oportunidad», se decía con perverso júbilo.

III. La cebolla

Gruchegnka vivía en el barrio más animado de la ciudad, cerca de plaza de la Iglesia, en casa de la viuda del comerciante Morozov, en cuyo patio ocupaba un reducido pabellón de madera. El edificio Morozov era una construcción de piedra de dos pisos, vieja y fea. Su propietaria era una mujer de edad que vivía con dos sobrinas solteras y ya entradas en años. No tenía necesidad de alquilar ninguna habitación, pero había admitido a Gruchegnka como inquilina (cuatro años atrás) para complacer al comerciante Samsonov, pariente suyo y protector oficial de la muchacha.

Se decía que el celoso viejo había instalado allí a su protegida para que la viuda de Morozov vigilara su conducta. Pero esta vigilancia fue muy pronto inútil, ya que la viuda no veía casi nunca a Gruchegnka; de aquí que dejase de importunarla con su espionaje.

Cuatro años habían transcurrido ya desde que el viejo había sacado de la capital del distrito a aquella muchacha de dieciocho años, tímida, delicada, flacucha, pensativa y triste, y desde entonces había pasado mucha agua por debajo de los puentes. En nuestra ciudad no se sabía nada de ella con exactitud,y siguió sin saberse, a pesar de que muchos empezaron a interesarse por la espléndida belleza de la mujer en que se había convertido Agrafena Alejandrovna. Se contaba que a los diecisiete años había sido seducida por un oficial que la había abandonado en seguida para casarse, dejando a la desgraciada con su vergüenza y su miseria. También se decía que Gruchegnka procedía de una familia honorable y de profundo espíritu religioso. Era hija de un diácono que no ejercía, o algo parecido. En cuatro años, la desgraciada, timida y enfermiza se había convertido en una belleza rusa, espléndida y sonrosada; en una persona de carácter enérgico, altivo, audaz; en una mujer avara y astuta que manejaba con habilidad el dinero y había conseguido reunir cierto capital con más o menos escrúpulos. De lo que no había ninguna duda era de que Gruchegnka se mantenía inexpugnable, de que, aparte el viejo, nadie había podido envanecerse durante aquellos cuatro años de haber conseguido sus favores. El hecho era indudable. Sobre todo en los dos últimos años, había tenido muchos galanteadores, pero todos fracasaron, y algunos hubieron de batirse en retirada, envueltos en el ridículo, ante la resistencia de la enérgica joven.

Se sabía también que se dedicaba a los negocios, especialmente desde hacía un año, y que demostraba tal aptitud para este trabajo, que algunos habían llegado a tacharla de judía. No prestaba dinero con usura, pero se sabía que durante algún tiempo se había dedicado, en compañia de Fiodor Pavlovitch Karamazov, a comprar pagarés por un precio insignificante, incluso por la décima parte de su valor, y que había conseguido cobrar algunos por la totalidad al cabo de poco tiempo. Desde hacia

un año, el viejo Samsonov apenas se sostenía sobre sus hinchados pies. Era viudo y trataba tiránicamente a sus hijos, que eran ya hombres hechos y derechos. Poseía una fortuna y la avaricia le cegaba. Sin embargo, había caído bajo el dominio de su protegida, a la que al principio pasaba una cantidad irrisoria, tanto que algunos bromistas decían que la tenía a pan y agua. Gruchegnka había conseguido emanciparse sin dejar de inspirarle una confianza sin limites acerca de su fidelidad. Este viejo y consumado hombre de negocios poseía un carácter inflexible. En su avaricia, era duro como la piedra. A pesar de que estaba subyugado por Gruchegnka hasta el punto de que no podía pasar sin ella, nunca le había dado sumas de dinero importantes. Aunque su amada protegida le hubiera amenazado con dejarlo, él no se habría ablandado. Al fin, le entregó ocho mil rublos, cosa que sorprendió a todo el que lo supo.

—No eres tonta —le dijo—. Negocia con este dinero. Pero te prevengo que de ahora en adelante sólo recibirás la asignación anual de siempre y no heredarás de mí un solo céntimo.

Y mantuvo su palabra. Cuando murió, sus hijos, a los que había tenido siempre en su casa con sus mujeres y sus niños, se repartieron toda la herencia. A Gruchegnka no se la mencionó para nada en el testamento.

Para la joven fueron de gran valor los consejos que le dio Samsonov acerca del modo de sacar provecho de sus ocho mil rublos. El viejo incluso le recomendó ciertos «negocios».

Cuando Fiodor Pavlovitch Karamazov, que había conocido a Gruchegnka con motivo de una de sus operaciones comerciales, se enamoró de ella hasta el punto de perder la razón, Samsonov, que tenía ya un pie en la tumba, se echó a reír de buena gana. Pero cuando apareció en escena Dmitri Fiodorovitch se le cortó la risa.

—Si has de escoger entre los dos —dijo, muy serio, a la joven—, quédate con el padre; pero siempre que este viejo granuja se case contigo y, antes de hacerlo, te asigne cierto capital. No hagas caso al capitán. Si lo eliges a él, no obtendrás ningún provecho.

Así habló el viejo libertino, presintiendo su próximo fin. No se equivocaba, pues murió al cabo de cinco meses. Digamos de paso que, aunque la grotesca y absurda rivalidad entre Dmitri y su padre no fue ningún secreto para buena parte de los habitantes de la ciudad, muy pocos sabían la clase de relaciones que padre a hijo sostenían con Gruchegnka. Incluso las sirvientas (tras el drama de que hablaremos) atestiguaron, como era justo, que Agrafena Alejandrovna recibía a Dmitri Fiodorovitch sólo por temor, ya que él la había amenazado de muerte. Las domésticas eran dos: una cocinera de edad avanzada, que estaba desde hacía mucho tiempo al servicio de la familia, mujer llena de achaques y sorda, y la nieta de ésta, avispada doncella de veinte años.

Gruchegnka habitaba en un modesto interior compuesto de tres piezas, en las que todos los muebles eran de caoba y de estilo 1820. Cuando llegaron Rakitine y Aliocha, era ya casi de noche, pero aún no se había encendido ninguna luz en la casa. La joven estaba en la salita, tendida en su canapé de cabecera de caoba forrada de un cuero ya desgastado y agujereado, y apoyada la cabeza en dos almohadas. Echada boca arriba y con las manos en la nuca, permanecía inmóvil. Llevaba una bata de seda negra y en la cabeza un gorro de encajes que le sentaba a maravilla. Cubría sus hombros con un pañuelo sujeto por un broche de oro macizo. Esperaba a alguien con visible impaciencia, pálida la tez, los labios y los ojos ardientes, y golpeando con su piececito el canapé como para medir el tiempo. Al oír entrar a los visitantes, saltó al suelo, a la vez que profería un grito de terror.

—¿Quién es?

La doncella se apresuró a tranquilizarla.

—No es él; no se asuste.

«¿Qué le habrá pasado?», se dijo Rakitine, mientras cogía del brazo a Aliocha y lo conducía a la sala.

Gruchegnka permanecía de pie. Aún quedaba un gesto de pánico en su semblante. Un grueso mechón de su cabello castaño se había escapado del gorro y le caía sobre el hombro derecho; pero ella ni lo advirtió ni volvió él mechón a su sitio hasta que reconoció a sus visitantes.

—¡Ah! ¿Eres tú, Rakitka? ¡Qué susto me has dado! ¿Con quién vienes...? ¡Válgame Dios! —exclamó al ver a Aliocha.

—Di que enciendan la luz —dispuso Rakitine, con el acento de quien es de casa y tiene derecho a dar órdenes.

—Ahora mismo. Fenia, trae una bujía. Ahora ya puedes ir por ella.

Saludó a Aliocha con un movimiento de la cabeza y se arregló el pelo en el espejo. Parecía contrariada.

—¿He sido inoportuno? —preguntó Rakitine, sintiéndose de pronto ofendido.

—Me has asustado, Rikitka: eso es todo.

Gruchegnka se volvió hacia Aliocha. Sonreía.

—No me tengas miedo, querido Aliocha. Estoy encantada de tu inesperada visita. Creí que era Mitia; me pareció que quería entrar a la fuerza. Lo he engañado; me ha jurado que me creía y yo le he mentido. Le he dicho que iba a la casa del viejo Kuzma Kuzmitch para ayudarle a hacer sus cuentas y que estaría con él toda la tarde. En efecto, voy una vez por semana. Cerramos con llave y él hace números y yo escribo en los libros. No se fía de nadie más que de mi. Me extraña que Fenia os haya dejado entrar. Fenia, ve a la puerta de la calle y mira si el capitán ronda por aquí. Puede estar escondido, espiándonos. Estoy muerta de miedo.

—No hay nadie cerca de la casa, Agrafena Alejandrovna. Lo he mirado todo bien.

Voy a cada momento a atisbar por las rendijas. Yo también tengo miedo.

—¿Están cerrados los postigos? Fenia, corre las cortinas para que no pueda ver que hay luz en la casa. Hoy tengo verdadero pánico a tu hermano Mitia, Aliocha.

Gruchegnka hablaba con voz estridente. Estaba inquieta, nerviosa.

—¿A qué viene ese pánico? —preguntó Rakitine—. Nunca has temido a Mitia. Lo tienes dominado.

—Hoy espero algo que lo hará cambiar todo. Estoy segura de que Mitia no cree que me haya quedado en casa de Kuzma Kuzmitch. Ahora debe de estar al acecho en el jardín de Fiodor PavIovitch. Bien mirado, esto es una suerte, pues, mientras vigile, no pensará en venir. He ido a casa del viejo, y Mitia lo sabe, porque me ha acompañado. Le he dicho que fuera a buscarme a la medianoche y él me lo ha prometido. Diez minutos después, salí de la casa y vine aquí corriendo. Temblaba sólo de pensar que podía encontrarme con él.

—¿Por qué estás tan arreglada? Llevas un gorro curiosísimo.

—Más curioso eres tú, Rakitka. Te repito que estoy esperando algo. Apenas lo reciba, saldré como un rayo y ya no me volverás a ver. Por eso estoy arreglada.

—¿Adónde piensas ir?

—Si alguien te lo pregunta, le contestarás que no lo sabes.

—¡Qué alegre eres! Nunca te había visto así. Estás tan compuesta como si tuvieras que ir a un baile.

Mientras hablaba así, Rakitine la miraba boquiabierto.

—¿De modo que sabes lo que son los bailes?

—¿Tú no?

—Sólo he visto uno. De esto hace tres años. Fue cuando se casó un hijo de Kuzma Kuzmitch. Yo asisti como espectadora... Pero no sé por qué demonio estoy hablando contigo cuando tengo un príncipe en mi casa... Querido Aliocha, no puedo creer lo que veo. Me parece mentira que hayas venido. Francamente, no lo esperaba: nunca creí que vinieras. Has elegido un mal momento. Sin embargo, estoy muy satisfecha de verte aquí. Siéntate en el canapé, querido... Aún no he salido de mi sorpresa... ¡Ah, Rakitka! ¿Por qué no lo trajiste ayer o anteayer...? En fin, el caso es que me alegro de verte aquí... y tal vez sea mejor que hayas llegado en este momento...

Se sentó al lado de Aliocha y se quedó mirándole con una expresión de éxtasis. No mentía: estaba verdaderamente contenta. Sus ojos fulguraban y en sus labios había una sonrisa llena de bondad. Aliocha no esperaba que Gruchegnka le recibiera con aquella bondadosá simpatía. Tenía de ella un pésimo concepto. Dos días atrás, la terrible réplica de Gruchegnka a Catalina Ivanovna le había producido una ingrata impresión. Estaba asombrado al verla tan distinta. Aun sin querer, y pese a las penas que lo abrumaban, la observó atentamente. Sus maneras habían mejorado. Las

palabras dulzonas y los movimientos indolentes habían desaparecido casi por completo, cediendo su puesto a la simpatía, a los gestos espontáneos y sinceros. Sin embargo, era presa de gran excitación.

—¡Qué cosas tan extrañas me pasan hoy! ¿Por qué me hace tan feliz tu presencia, Aliocha? Lo ignoro.

—¿De veras? —dijo Rakitine, sonriendo—. Pues antes no cesabas de insistir en que te lo trajera. Para algo querrias verle.

—Sí, pero el motivo ya no existe. Ha pasado el momento. Ahora voy a darte el buen trato que mereces. Soy mejor de lo que era, Rakitka. Siéntate. Pero ya no es posible rectificar. Ya lo ves, Aliocha: está resentido porque no le he invitado a sentarse antes que a ti. Es muy susceptible. No te enfades, Rakitka. Ya te he dicho que ahora soy buena. ¿Por qué estás triste, Aliocha? ¿Me tienes miedo?

Gruchegnka sonreía maliciosamente, mirándole a los ojos.

—Está apenadísimo. Ha sufrido una decepción.

—¿Una decepción?

—Sí; su *starets* huele mal.

—Tú siempre con tus bromas. Aliocha, deja que me siente en tus rodillas. Así.

Se sentó. Como una gata mimosa, rodeó el cuello de Aliocha con su brazo derecho.

—Ya verás como consigo hacerte reír, mi piadoso amigo.

¿Puedo seguir sentada en tus rodillas? ¿No te disgusta? Si te molesta, no tienes más que decirlo y me levanto en seguida.

Aliocha guardaba silencio. Permanecía inmóvil y no respondía a las palabras de Gruchegnka. Pero sus sentimientos no eran los que suponía Rakitine, que lo observaba con ojos suspicaces. Su profunda aflicción ahogaba todas las demás sensaciones. Si le hubiera sido posible analizar las cosas, habría advertido que estaba acorazado contra las tentaciones.

A pesar de la insensibilidad en que le tenía sumido su abrumadora tristeza, experimentó una sensación extraña que le produjo gran asombro: aquella desenvuelta joven no le inspiraba el temor que en su alma iba siempre unido a la imagen de la mujer; por el contrario tenerla sentada en sus rodillas y rodeándole el cuello con el brazo despertaba en él un sentimiento inesperado, una cándida curiosidad que no tenía relación alguna con el temor. Esto era lo que le sorprendía.

—¡Bueno, basta de hablar por hablar! —exclamó Rakitine—. Ahora venga el champán. Me lo prometiste.

—Es verdad, Aliocha: le prometi invitarle a champán si te traía... Fenia, trae la botella que nos ha dejado Mitia. Date prisa. Aunque no soy despilfarradora, los invitaré. No lo hago por ti, Rakitine, pues tú sólo eres un pobre diablo, sino por Aliocha. No tengo humor para nada, pero beberé con vosotros.

—¿Qué es lo que esperas, si puede saberse? —preguntó Rakitine, como si no advirtiese la mordacidad de Gruchegnka.

—Es un secreto, pero tú estás al corriente —repuso Gruchegnka, preocupada—. Mi oficial está a punto de llegar.

—Eso he oído decir. ¿Está ya cerca de aquí?

—En Mokroie. Desde allí me enviará un mensajero. Acabo de recibir una carta suya y espero su mensaje.

—¿Y qué hace en Mokroie?

—La explicación es larga. Confórmate con lo que te he dicho.

—¿Lo sabe Mitia?

—No sabe ni una palabra. Si lo supiera, me mataría. Por lo demás, ya no le tengo miedo. Bueno, Rakitka; no quiero oír hablar de Mitia. Me ha hecho demasiado daño. Preflero dedicar todos mis pensamientos y miradas a Aliocha... Sonríe, querido; no pongas esa cara de mal humor... ¡Oh! Ha sonreido. ¡Y con qué dulzura me mira! Yo creía que me detestabas por mi escena de ayer con esa... esa señorita. Estuve muy grosera. En fin, eso ya ha pasado —añadió Gruchegnka pensativa y con una sonrisita perversa—. Mitia me ha dicho que esa joven gritaba: «¡Merecería que la azotasen!» La ofendí gravemente. Quiso seducirme con sus golosinas... En fin, sucedió lo mejor que podía suceder.

Volvió a sonreír.

—Lo que sentiría es haberte disgustado a ti.

—Ya lo ves, Aliocha —dijo Rakitine, sinceramente sorprendido—. Te teme, teme a un tierno polluelo como tú.

—Como un tierno polluelo lo tratarás tú, que no tienes conciencia. Yo lo quiero. Créelo, Aliocha: te quiero con toda mi alma.

—¿Has visto qué desvergonzada? Se te ha declarado, Aliocha.

—Bueno, ¿y qué? Lo quiero.

—¿Y el oficial? ¿Y esa feliz noticia que esperas de Mokroie?

—Son cosas muy distintas.

—Ésta es la lógica de las mujeres.

—No seas pesado, Rakitine. Ya te he dicho que son cosas diferentes. Quiero a Aliocha de otro modo. Te confieso, Aliocha, que no me eras simpático. Soy mala y violenta. Pero, a veces, veía en ti mi conciencia. En ciertos momentos, me decía: «¡Cómo debe de despreciarme! » Esto es lo que pensaba cuando salí de casa de esa señorita. Hace mucho tiempo que me fijé en ti, Aliocha. Mitia lo sabe y me comprende. Te aseguro que a veces me avergüenzo al mirarte. ¿Cuándo y por qué empecé a pensar en ti? No lo sé.

En esto apareció Fenia y depositó en la mesa una bandeja con una botella descorchada y tres vasos llenos.

—¡Ha llegado el champán! —exclamó Rakitine—. Estás excitada, Agrafena Alejandrovna. Cuando bebas, empezarás a bailar.

Luego exclamó:

—¡Qué contrariedad! Las copas están llenas y el champán se ha calentado. Además, la botella no tiene tapón.

Vació su vaso de un trago y lo volvió a llenar.

—¡Hay que aprovechar las ocasiones! —dijo, limpiándose los labios—. ¡Hala, Aliocha; coge tu vaso y bebe! ¿Pero por quién o por qué brindaremos? Levanta tu vaso, Grucha, y bebamos a las puertas del paraíso.

—¿Qué paraíso?

Alzó su vaso. Aliocha hizo lo mismo; pero tomó un sorbo y volvió a depositar el vaso en una bandeja.

—Prefiero no beber —dijo con una dulce sonrisa.

—Entonces, tu resolución de antes ha sido pura jactancia —exclamó Rakitine.

—Si no bebe Aliocha, tampoco yo beberé. Puedes acabar con la botella, Rakitka.

—Empiezan las efusiones —dijo Rakitine con sorna—. ¡Y la niña, sentada en sus rodillas! Él está afligido, y es natural; ¿pero a ti qué te pasa? Aliocha se ha rebelado contra Dios: ¡iba a comer salchichón!

—¿Por qué?

—Porque su *starets*, el viejo Zósimo, el santo, ha muerto.

—¿Ha muerto? —exclamó Gruchegnka, santiguándose—. ¡Dios mío! ¡Y yo sentada aquí!

Se levantó de un salto y se sentó en el canapé.

Aliocha la miró sorprendido. Su semblante se iluminó.

—No me irrites, Rakitine —dijo enérgicamente—. Yo no me he rebelado contra Dios. Yo no tengo ninguna animosidad contra ti. Sé más comprensivo; correspóndeme. He sufrido una pérdida que me afecta profundamente y tú no eres quién para juzgarme en estos momentos. Toma ejemplo de Gruchegnka. Ya ves lo noble que ha sido conmigo. Yo, dejándome llevar de mis peores sentimientos, he venido aquí convencido de que me enfrentaría con un alma perversa, y me he encontrado con un ser lleno de bondad, con una verdadera hermana... A ti me refiero, Agrafena Alejandrovna. Has regenerado mi alma.

Aliocha hubo de detenerse: estaba tan conmovido, que le temblaban los labios.

—Cualquiera diría que Gruchegnka te ha salvado —dijo Rakitine con una sonrisa burlona—. ¿Pero sabes que quería perderte?

—¡Basta, Rakitka! ¡Silencio los dos! Te lo digo a ti, Aliocha, porque tus palabras me sonrojan: me crees buena y soy mala. Y quiero que tú te calles, Rakitka, porque mientes. Yo me había propuesto perderlo, pero eso ya há pasado. ¡No quiero volverte a oír hablar así, Rakitka!

Gruchegnka se había expresado con viva emoción.

—Están furiosos —murmuró Rakitine, mirándolos, perplejo—. Esto parece un manicomio. Pronto se echarán a llorar, no me cabe duda.

—Sí, lloraré —dijo Gruchegnka—. Me ha llamado hermana, y eso nunca lo podré olvidar. A pesar de lo mala que soy, Rakitka, he dado una cebolla.

—¿Una cebolla? ¡Demonio, están locos de verdad!

La exaltación de sus dos amigos asombraba a Rakitine. Sin embargo, era evidente que en áquellos momentos todo contribuía a impresionarlos mucho más de lo normal, cosa que Rakitine debía haber advertido. Pero Rakitine, que poseía gran agudeza para interpretar sus propios sentimientos y sensaciones, era incapaz de descubrir los ajenos, tanto por egoísmo como por inexperiencia juvenil.

—¿Has oído, Aliocha? —continuó Gruchegnka, con una risita nerviosa—. Me he jactado ante Rakitine de haber dado una cebolla. Voy a explicaros esto con toda humildad. Se trata de una leyenda que la cocinera me contaba cuando yo era niña... Había una mala mujer que murió sin dejar a su espalda la menor sombra de virtud. El demonio se apoderó de ella y la arrojó al lago de fuego. Su ángel guardián se devanaba los sesos para recordar alguna buena obra de la condenada y poder referírsela a Dios. Al fin, se acordó de una y le dijo al Señor: «Arrancó una cebolla de su campo para dársela a un mendigo.» Dios le contestó. «Toma esta cebolla y tiéndesela a la mujer del lago para que se aferre a ella. Si consigues sacarla, irá al paraíso; si la cebolla se rompe, la pecadora se quedará donde está.» El ángel corrió hacia el lago y le tendió la cebolla a la mujer. « Toma —le dijo—. Cógete fuerte.» Empezó a tirar con cuidado y pronto estuvo la mujer casi fuera. Los demás pecadores, al ver que sacaban a la mujer del lago, se aferraron a ella para aprovecharse de su suerte. Pero la mujer, en su maldad, empezó a darles puntapiés. «Es a mi a quien sacan y no a vosotros; la cebolla es mía y no vuestra.» En este momento, el tallo de la cebolla se rompió y la mujer volvió a caer en el ardiente lago, donde está todavía. El ángel se marchó llorando... Ésta es la leyenda, Aliocha. No me creas buena; soy todo lo contrario. Tus elogios me sonrojan. Deseaba tanto que vinieras, que prometi veinticinco rublos a Rakitka si te traía. Perdona un momento.

Fue a abrir un cajón, sacó su portamonedas y extrajo de él un billete de veinticinco rublos.

—No hagas tonterías —dijo Rakitine, avergonzado.

—Toma, Rakitka, quiero quedar en paz contigo. No rechaces lo que me pediste.

Y le arrojó el billete.

—De acuerdo —dijo Rakitine, tratando de ocultar su confusión—. Los tontos existen para provecho de los listos.

—Cállate ya, Rakitka. Lo que tengo que decir no te interesa. Tú no nos quieres.

—¿Por qué he de quereros? —repuso Rakitine brutalmente.

Confiaba en que Gruchegnka le pagase sin que lo viese Aliocha. La presencia del joven lo abochornaba y lo irritaba. Hasta entonces, por pura conveniencia, había aceptado la actitud dominadora de Gruchegnka, a pesar de sus ironías. Pero ya no podía sobreponerse a su cólera.

—Se quiere por alguna razón. ¿Qué habéis hecho vosotros por mí?

—Se puede amar por nada, como hace Aliocha.

—¿De modo que él te ama? ¡Es chocante!

Gruchegnka estaba de pie en medio de la sala. Se expresaba con calor, con exaltación.

—¡Calla, Rakitka! Tú no comprendes nuestros sentimientos. Y no me tutees; te lo prohíbo. Siéntate en un rincón y no abras la boca. Ahora, Aliocha, voy a confesarme a ti, a ti solo, para que sepas quién soy. Yo quería perderte. Tanto lo deseaba, que compré a Rakitine para que te trajera. ¿Por qué tenía yo este deseo? Tú, ni sabías nada ni querías nada conmigo. Cuando pasabas por mi lado, bajabas los ojos. Yo preguntaba a la gente por ti. Tu imagen me perseguía. Yo pensaba: «Me desprecia. Ni siquiera quiere mirarme. Al fin, me pregunté, sorprendida: « ¿Por qué temer a ese jovenzuelo? Haré de él lo que se me antoje.» Nadie podía faltarme al respeto, porque no tenía a nadie: sólo a ese viejo al que me vendí. No cabe duda de que fue Satán el que me unió a él. Estaba decidida a que fueses mi presa. Lo tomaba como un juego. Ya ves a qué detestable criatura has llamado hermana. Mi seductor ha llegado. Espero noticias suyas. Hace cinco años, cuando Kuzma me trajo aquí, el hombre que me sedujo lo era todo para mí. A veces me ocultaba para que nadie me viera ni me oyese. Lloraba como una tonta, me pasaba las noches en vela, diciéndome: «¿Dónde estará el monstruo? Debe de estar con otra, riéndose de mí. ¡Ah, si lo encuentro! Mi venganza será terrible.» Lloraba en la oscuridad, con la cabeza en la almohada, complaciéndome en torturarme. «¡Me las pagará!», gritaba. Y al pensar en mi impotencia, en que él se burlaba de mí, en que acaso me había olvidado por completo, saltaba del lecho y bañada en lágrimas, presa de una crisis nerviosa, empezaba a ir y venir por la habitación. Todo el mundo se me hizo odioso. Luego amasé un capital, me endurecí, engordé. Creerás que entonces era más comprensiva. Pues no. Aunque nadie lo sabe, muchas noches, como hace cinco años, rechino los dientes y exclamo entre sollozos: «¡Me vengaré!»... Ya lo sabes todo. ¿Qué piensas de mi? Hace un mes recibí una carta de él, anunciándome su llegada. Se ha quedado viudo y quiere verme. Esto me trastornó. ¡Dios mío, va a venir! Me llamará y yo acudiré, arrastrándome como un perro azotado, como quien ha cometido una falta. Pero ni yo misma estoy segura de que obraré así. ¿Cometeré la bajeza de correr hacia él? Ultimamente he sentido contra mí misma una cólera más violenta que la que sentí hace cinco años. Ya ves lo desesperada que estoy, Aliocha. Te lo he confesado todo. Mitia sólo era para mi una diversión... Calla, Rakitka. Tú no eres quién para

juzgarme. Antes de vuestra llegada, yo os estaba esperando y pensaba en mi porvenir. Nunca podréis imaginar cuál era mi estado de ánimo. Aliocha, dile a esa joven que no me tenga en cuenta lo que le dije. Nadie sabe lo que pasaba por mí entonces... A lo mejor, voy a verlo armada con un cuchillo. Aún no estoy segura.

Incapaz de poner freno a su emoción, Gruchegnka se detuvo, se cubrió el rostro con las manos y se desplomó en el canapé, llorando como un niño. Aliocha se levantó y se acercó a Rakitine.

—Micha —le dijo—, te ha dicho cosas muy duras, pero no te enfades. Ya la has oído. No se puede pedir demasiado a las almas. Hay que ser misericordiosos.

Aliocha pronunció estas palabras dejándose llevar de un impulso irresistible. Tenía necesidad de expansionarse y las habría dicho aunque hubiera estado solo. Pero Rakitine lo miró irónicamente y Aliocha enmudeció:

—Alexei, varón de Dios —dijo Rakitine con una sonrisa de odio—, tienes la cabeza llena de las ideas de tu *starets* y me hablas como me hablaría él.

—No te burles de ese santo, Rakitine —dijo Aliocha con profundo pesar—. Era superior a todos en la tierra. No te hablo como un juez, sino como el último de los acusados. Yo no soy nadie ante esta joven. Yo he venido aquí con viles propósitos, para perderme. Pero a ella, aun después de cinco años de sufrimiento, le ha bastado oír unas palabras sinceras para perdonar, olvidarlo todo y llorar. Su seductor ha vuelto, la ha llamado, y ella, que lo ha perdonado, correrá hacia él alegremente, sin ningún cuchillo. Yo no soy así, Micha, a ignoro si tú lo eres. He recibido una lección. Gruchegnka es superior a nosotros. ¿Sabías lo que me acaba de contar? Estoy seguro de que no, pues, si lo hubieras sabido, te habrías mostrado comprensivo con ella desde hace tiempo. También la perdonará la joven que ha sido ofendida por ella cuando lo sepa todo. Es un alma que no se ha reconciliado con Dios todavía. Hay que guiarla. En ella hay tal vez un tesoro.

Aliocha se detuvo, falto de aliento. A despecho de su irritación, Rakitine lo miraba con un gesto de sorpresa. No esperaba semejante perorata del apacible Aliocha.

—Eres un gran abogado —exclamó entre insolentes carcajadas—. ¿Te habrás enamorado de ella? Agrafena Alejandrovna, has vuelto del revés el alma de nuestro asceta.

Gruchegnka levantó la cabeza y sonrió dulcemente a Aliocha. Tenía el rostro hinchado todavía por las lágrimas que acababa de derramar.

—Déjalo, Aliocha. Es un hombre mezquino. No merece que se le hable. Mikhail Ossipovitch, iba a pedirte perdón, pero me vuelvo atrás. Aliocha, ven a sentarte aquí.

Lo cogió de la mano mientras le dirigía una mirada radiante.

—Dime: ¿amo a mi seductor o no lo amo? Antes me estaba haciendo esta pregunta en la oscuridad. Ilumina mi pensamiento. Haré lo que tú me digas. ¿Debo

perdonarlo?

—Lo has perdonado ya.

—Es verdad —dijo Gruchegnka, pensativa—. Soy cobarde. Voy a beber por mi cobardía.

Cogió un vaso, se lo bebió de un trago y después lo arrojó al suelo. Sonreía cruelmente.

—Tal vez no haya perdonado todavía —dijo con acento amenazador, los ojos bajos, y como hablando consigo misma—. Tal vez sea solamente que sueño con perdonar. Aliocha, eran mis cinco años de sufrimiento lo que me enternecía; mi dolor, no él.

—No quisiera estar en su pellejo —dijo Rakitine.

—No podrías estar nunca, Rakitka. Sólo puedes servirme para limpiarme los zapatos. Una mujer como yo no está hecha para ti. Y acaso tampoco para él.

—Entonces, ¿por qué te has compuesto tanto?

—No te burles de mi vestido, Rakitka. Tú no me conoces; tú no sabes por qué me lo he puesto. He pensado que podría ir a decirle: «¿Me has visto alguna vez tan hermosa?» Cuando me dejó, yo era una chiquilla de diecisiete años, enfermiza y llorona. Lo adularé y lo enardeceré. «Ya ves cómo soy ahora, querido. Bueno, basta de charla. Si esto te ha abierto el apetito, ve a saciarlo en otra parte.» Ya sabes, Rakitka, para lo que pueden servir todas estas galas... Estoy ciega de ira, Aliocha. Soy capaz de desgarrar este vestido, de desfigurarme a ir por las calles a mendigar. Soy capaz de quedarme en casa, de devolverle a Kuzma su dinero y sus regalos y ponerme a trabajar por un jornal. ¿Crees que no tendría valor para obrar así, Rakitka? Pues bastaría que me lo propusiera... Al otro lo despreciaré, me burlaré de él.

Después de referir estas palabras con vehemencia, se cubrió la cara con las manos y volvió a arrojarse sobre los cojines, llorando convulsivamente.

Rakitine se levantó.

—Es ya tarde. Nos exponemos a que no nos dejen entrar en el monasterio.

Gruchegnka se sobresaltó.

—¡Oh, Aliocha! ¿Vas a dejarme? —exclamó con amarga sorpresa—. Piensa en mi situación. Me has trastornado, y ahora que llega la noche me quedaré sola.

—No puede pasar la noche en tu casa —dijo Rakitine con maligna intención—. Pero si quiere quedarse, me iré solo.

—¡Calla, miserable! —exclamó Gruchegnka—. Tú no me has hablado jamás como él acaba de hablarme.

—No ha dicho nada extraordinario.

—No sé si ha dicho algo extraordinario o no, pero lo cierto es que me ha llegado al corazón... Ha sido el primero, el único, que me há compadecido. ¿Por qué no viniste antes, querido?

Y, en un arrebato de fervor, cayó de rodillas ante Aliocha.

—Toda la vida he estado esperando que alguien como tú me

trajera el perdón. Siempre he creído que se me podía querer a pesar de mi deshonor.

—¿Pero qué he hecho yo por ti? —dijo Aliocha, inclinándose hacia ella y cogiéndole las manos—. Te he tendido una cebolla y de las más pequeñas: esto es todo.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. En ese momento se oyó un ruido. Alguien había entrado en la casa. Gruchegnka se puso en pie, atemorizada. Fenia irrumpió en la sala.

—¡Señora, señora mía —dijo alegremente, con respiración anhelante—, ha llegado la diligencia de Mokroie, conducida por Timoteo! Van a cambiar los caballos. ¡Ha traído esta carta, señora!

Y blandía el sobre. Gruchegnka se apoderó de él y lo acercó a la luz. Dentro había un lacónico billete. Gruchegnka lo leyó en un instante.

—¡Me llama! —exclamó.

Estaba pálida. En sus labios crispados había una sonrisa morbosa.

—¡Me ha silbado! El perro acudirá arrastrándose.

Estuvo un momento indecisa. De pronto, su rostro enrojeció.

—¡Me voy! ¡Adiós, mis cinco años de tormento! Adiós, Aliocha. La suerte está echada. ¡Apartad, marchaos todos! ¡No quiero volver a veros! Gruchegnka corre hacia una nueva vida... No me' guardes rencor, Rakitka. Tal vez vaya hacia la muerte. ¡Oh, estoy como ebria!

Entró apresuradamente en su dormitorio.

—Ahora ya no nos necesita —gruñó Rakitine—. Vámonos. La monserga podría empezar de nuevo, y ya estoy de ella hasta la coronilla.

Aliocha se dejó conducir maquinalmente.

En el patio, todo eran idas y venidas a la luz de una linterna. Se estaba cambiando el tiro de tres caballos. Apenas habían salido los dos jóvenes, se abrió la ventana del dormitorio y se oyó la voz sonora de Gruchegnka.

—Aliocha, saluda de mi parte a tu hermano Mitia. Dile que no guarde mal recuerdo de mi. Repitele estas palabras: «Gruchegnka se ha ido con un hombre vil en vez de quedarse contigo, que eres una persona honorable.» Añade que le he querido durante una hora, sólo durante una hora; pero que se acuerde siempre de esta hora. Y que en lo sucesivo Gruchegnka... mandará en su pensamiento...

Los sollozos le impidieron continuar. Gruchegnka cerró la ventana.

Rakitine se echó a reír.

—Deja a Mitia hecho un guiñapo y quiere que la recuerde toda la vida. ¡Qué ferocidad!

Aliocha no dio muestra alguna de haberle oído. Avanzaba a paso rápido al lado de su compañero. En su semblante se leía una profunda confusión.

Rakitine tenía la sensación de que le hurgaban en una llaga: al conducir a Aliocha a casa de Gruchegnka, esperaba un resultado muy distinto. Estaba profundamente decepcionado.

—El oficial de Gruchegnka es polaco. Ahora ya no es oficial. Estaba empleado en la aduana de Siberia, en la frontera china. Debe de ser un pobre diablo. Dicen que ha perdido el empleo. Sin duda, se ha enterado de que Gruchegnka tiene sus ahorros y por eso ha venido. Esto lo explica todo.

Alioçha seguía, al parecer, sin comprender nada. Rakitine continuó:

—Has convertido a una pecadora; has encauzado por el buen camino a una mujer descarriada. Has expulsado a los demonios. O sea, que los milagros que esperábamos se han cumplido.

—¡Basta, Rakitine! —exclamó Aliocha, con el alma dolorida.

—Me desprecias por los veinticinco rublos que me ha dado Gruchegnka. He vendido a un amigo. Pero ni tú eres Cristo ni yo soy Judas.

—Te aseguro que no pensaba en eso. Lo había olvidado y me lo has recordado tú.

Pero Rakitine estaba furioso.

—¡Que el diablo se os lleve a todos! —exclamó—. No sé por qué demonio he hecho amistad contigo. De ahora en adelante, como si no nos conociéramos. Adiós; ya conoces el camino.

Dobló por una callejuela y Aliocha quedó solo en la oscuridad de la noche. Pero siguió adelante, salió de la ciudad y se dirigió al monasterio a campo traviesa.

IV. Las bodas de Caná

Era ya tarde, para el régimen del monasterio, cuando Aliocha llegó al recinto de la ermita. El hermano portero abrió una puertecilla lateral. Habían sonado las nueve: la hora del descanso tras un día tan agitado. Aliocha abrió timidamente la puerta y entró en la

celda donde estaba el cuerpo del *starets* en su ataúd. Sólo había una persona en la celda: el padre Paisius, que leía los Evangelios junto al cadáver. Porfirio, el joven novicio, agotado por la conferencia de la noche anterior y las emociones de la jornada, dormía con el sueño profundo de la juventud echado en el suelo de la habitación vecina. El padre Paisius había oído entrar a Aliocha, pero ni siquiera volvió la cabeza. Aliocha se arrodilló en un rincón y empezó a rezar. Su alma estaba llena de sensaciones confusas que se perseguían unas a otras con una especie de movimiento giratorio uniforme. Experimentaba un extraño sentimiento de bienestar, que no le causaba ningún asombro. Contempló una vez más el cadáver de su querido *starets,* pero ya no sentía el pesar doloroso y sin consuelo que le había oprimido por la mañana. Al entrar, había caído de rodillas ante el féretro como se habría arrodillado ante un altar. Sin embargo, su alma estaba rebosante de alegría. Por la ventana abierta entraba un aire fresco. Aliocha pensó: «Han abierto la ventana porque el hedor ha aumentado.» Pero la idea de la corrupción ya no lo inquietaba ni lo irritaba. Oraba dulcemente. Pronto advirtió que lo hacía de un modo maquinal. En su cerebro surgían fragmentos de ideas semejantes a fuegos fatuos. En cambio, en su alma reinaba una certidumbre, una pasión de la que se daba perfecta cuenta. Oraba fervorosamente, lleno de gratitud y amor, pero pronto se desviaba su pensamiento, se entregaba a otras meditaciones, y al fin olvidaba las plegarias y las ideas que las habían interrumpido.

Prestó atención a la lectura del padre Paisius, pero la fatiga acabó por rendirlo y empezó a dormitar.

—Tres días después se celebró una boda en Caná, Galilea, y la madre de Jesús estaba allí.

Y Jesús fue también invitado a la boda, con sus discípulos.

Boda... Esta idea trastornó el alma de Aliocha.

« Gruchegnka es también feliz... Ha ido a un festín... Desde luego, no ha pensado en el cuchillo. Esto ha sido solamente un grito de rabia. Hay que perdonar a quienes lanzan esos gritos. Son un desahogo, un consuelo. El dolor sería insoportable si no se profirieran... Rakitine se ha ido por la callejuela. Mientras se sienta agraviado, irá por callejuelas... Pero al fin está la gran avenida recta, clara, resplandeciente, llena de sol... ¿Qué está leyendo el padre Paisius? »

—... Y el vino se terminó. La madre de Jesús le dijo: Ya no tienen vino...

«¡Ah, sí! No he oído el principio, y lo siento. Me gusta este pasaje: las bodas de

Caná, el primer milagro... ¡Qué milagro tan hermoso! Se dedicó a la alegría, no al dolor... “El que ama a los hombres, ama también su alegría.” El *starets* repetía estas palabras a cada momento; era una de sus ideas fundamentales. “No se puede vivir sin alegría”, asegura Mitia. Todo lo que lleva consigo la verdad y la belleza, lleva también el perdón. Ésta era otra de las ideas del padre Zósimo.»

—*...Jesús le dijo: Mujer, ¿qué hay entre tú y yo? Aún no ha llegado mi hora.*

»Su madre dijo a los que servían: Haced todo lo que él os diga.

«Quería que alegrara a aquella pobre gente. Muy pobre tenía que ser para que faltara vino en una boda. Los historiadores cuentan que en torno del lago de Genezareth habitaba la población más pobre que imaginarse pueda. Y la madre de Jesús, con su gran corazón, sabía que su hijo no estaba allí solamente para cumplir su sublime misión, sino también para compartir la ingenua alegría de las sencillas a ignorantes personas que le habían invitado a sus humildes bodas. “Aún no ha llegado mi hora.” Lo dijo con una dulce sonrisa... Sí, debió de sonreírle tiernamente al hablarle... Verdaderamente, no se concibe que viniese a la tierra para multiplicar el vino en unas bodas pobres. Pero hizo lo que su madre le pidió que hiciera.

—*...Jesús les dijo: Llenad de agua esas vasijas. Yellos las llenaron hasta los bordes.*

»Entonces Jesús les dijo: Sacad un poco de agua y llevadla al mayordomo. Y ellos se la llevaron.

»Cuando el mayordomo probó el agua convertida en vino, no sabiendo de dónde había salido este vino, aunque los servidores que habían sacado el agua lo sabían muy bien, llamó al esposo.

»Y le dijo: Todos los hombres sirven primero el vino bueno, y después, cuando ya se ha bebido bastante, sirven el vino menos bueno. Pero tú has reservado el buen vino para ahora.

«¿Pero qué sucede? ¿Por qué oscila la habitación...? ¡Ah, sí! Las bodas, la fiesta... No cabe duda de que a esto se debe todo... Ahí están los invitados, los jóvenes esposos, la alegre multitud. Pero, ¿dónde está el mayordomo...? ¿Qué pasa? La habitación oscila de nuevo... ¿Quién se levanta de la gran mesa? ¿Cómo? ¿También él está aquí? ¡Pero si estaba en el ataúd...! Se ha levantado, me ha visto, viene hacia mí... ¡Dios mío...!»

Sí, el viejecito seco, de rostro surcado de arrugas, se acerca a Aliocha, sonriendo dulcemente. El ataúd ha desaparecido. El *starets* va vestido como el día anterior, cuando estaba reunido con sus visitantes. Tiene la cara descubierta, sus ojos brillan. ¿Es posible que también él tome parte en el festín, que le hayan invitado a las bodas de Caná?

El padre Zósimo dice con su dulce voz:

—Estás invitado, querido, en toda regla. No tienes por qué permanecer en este

rincón donde nadie te ve... Ven a nuestro lado.

Es su voz, la voz del *starets* Zósimo. ¿Cómo no ha de ir Aliocha con él, cuando él se lo dice? El *starets* le coge la mano y Aliocha se levanta.

—Alegrémonos —prosigue el anciano—. Bebamos el vino nuevo, el vino de la alegría. Mira a los invitados. Ahí tienes al novio y a la novia. Y al experto mayordomo que ha probado el vino nuevo. ¿Por qué te sorprende verme? He dado una cebolla y aquí estoy. La mayor parte de los que aquí ves, sólo han dado una cebolla, una diminuta cebolla. Éstas son nuestras obras hoy: dar una cebolla a un hambriento... Empieza tu obra, querido... ¿Ves nuestro sol? ¿Lo distingues?

—No me atrevo a mirarlo —balbuceó Aliocha— Tengo miedo.

—No le temas. Su majestad es terrible; su grandeza, abrumadora; pero su misericordia no tiene límites. Por amor se ha hecho semejante a nosotros y se divierte con nosotros. Convierte el agua en vino para que no cese la alegría entre los invitados. Especa a otros; los llama continuamente desde hace siglos... Mira, ya traen vino nuevo; ahí están las vasijas.

Aliocha sintió que el corazón se le inflamaba, que lo tenía colmado hasta el punto de parecerle que le iba a estallar. De sus ojos brotaron lágrimas de alegría. Tendió los brazos, profirió un grito y despertó...

Allí estaba el ataúd, la ventana abierta. Seguía la lectura lenta, grave, ritmica, del Evangelio. Se había dormido de rodillas y —cosa inaudita— se había despertado de pie. De pronto, como si le empujaran, se acercó al ataúd en tres rápidos pasos. Incluso dio un golpe con el hombro al padre Paisius sin advertirlo. El monje levantó la cabeza, pero en seguida volvió a la lectura. Había observado que el estado de Aliocha no era normal. El joven estuvo un momento con la vista fija en el ataúd, en el cadáver tendido en su interior, en el rostro cubierto, en el icono que el difunto tenía sobre el pecho, en la capucha rematada por la cruz de ocho brazos. Acababa de oír su voz: todavía resonaba en sus oídos. Prestó atención, esperó... De pronto dio media vuelta y salió de la celda.

Bajó los escalones del pórtico sin detenerse. Su alma tenía sed de espacio, de libertad. Sobre su cabeza, la bóveda celeste se extendía hasta el infinito. Las estrellas parpadeaban. La Vía Láctea destacaba con nitidez desde el cenit hasta el horizonte. La tierra estaba sumergida en la serenidad de la noche. Las torres blancas y las cúpulas doradas se recortaban en el zafiro del cielo. Alrededor de la casa, las magníficas flores de otoño se habían dormido para no despertar hasta el amanecer. Tengo despertar hasta el amanecer. La calma de la tierra se confundía con la del cielo. El misterio terrestre confinaba con el de las estrellas. Aliocha contemplaba todo esto inmóvil. De pronto, como segadas sus piernas por una hoz, cayó de rodillas.

Sin saber por qué, sentía un deseo irresistible de estrechar entre sus brazos a toda la tierra. La besó sollozando, empapándola de lágrimas, y se prometió a sí mismo,

con ferviente exaltación, amarla siempre. «Riega la tierra con lágrimas de alegría y ámala.» Estas palabras resonaban dentro de él todavía. ¿Por quién lloraba? En su exaltación, lloraba incluso por las estrellas que temblaban en el cielo. Y se entregaba a esta emoción sin rubor alguno. Anhelaba perdonar a todos y por todo, y pedir perdón, no para él, sino para todos los demás y por todo. « Los demás pedirán el perdón para mí.» También acudieron a su memoria estas palabras. Con claridad creciente, de un modo casi tangible, advertía que un sentimiento firme, inquebrantable, penetraba en su alma; que de su mente se apoderaba una idea que no le abandonaría jamás. Al caer de rodillas, era un débil adolescente; se levantó convertido en un hombre resuelto a luchar durante todo el resto de su vida. Entonces tuvo conocimiento de su crisis. Y no olvidaría jamás este momento. «Mi alma recibió en este instante la visita reveladora», decía más tarde, con absoluta seguridad.

Tres días después, dejó el monasterio, de acuerdo con la voluntad del *starets*, que le había ordenado «permanecer en el mundo».

LIBRO VIII

MITIA

I. Kuzma Samsonov

Dmitri Fiodorovitch, al que Gruchegnka había enviado su último adiós cuando partió para una nueva vida, con el deseo de que se acordara siempre de una hora de amor, estaba en aquellos momentos luchando con graves dificultades. Como él mismo dijo más tarde, pasó dos días bajo la amenaza de una congestión cerebral. Aliocha no había conseguido verle el día anterior, y Dmitri no había acudido a la cita que tenía con Iván en la taberna. Cumpliendo sus instrucciones, los dueños del piso donde se hospedaba guardaron silencio. Durante los dos días que precedieron a la catástrofe, su estado fue francamente crítico. Según sus propias palabras, «luchó con su destino por su salvación». Incluso estuvo ausente de la ciudad varias horas para resolver un asunto inaplazable, a pesar de su temor a dejar a Gruchegnka sin vigilancia. Las investigaciones posteriores determinaron con exactitud cómo había empleado el tiempo. Nosotros nos limitaremos a registrar los hechos esenciales.

Aunque le hubiera amado durante una hora, Gruchegnka lo atormentaba despiadadamente. Al principio no pudo saber nada sobre sus propósitos. No los podía averiguar ni por medio de la dulzura ni mediante la violencia. Si hubiera utilizado uno de esos dos procedimientos, ella se habría enojado y apartado de él inmediatamente. Mitia sospechaba que Gruchegnka se debatía en la incertidumbre, sin conseguir tomar una resolución. Suponía, no sin razón, que ella lo detestaba a veces, y no sólo a él, sino también a su amor apasionado. Tal vez era así, pero Mitia no podía comprender exactamente de dónde procedía la ansiedad de Gruchegnka. En realidad, todas sus inquietudes quedaban dentro de esta alternativa: él o Fiodor Pavlovitch.

Al llegar a este punto, es conveniente anotar un hecho indudable. Dmitri estaba seguro de que su padre ofrecería el matrimonio a Gruchegnka —si no se lo había ofrecido ya— y ni por pienso creía que el viejo libertino confiara en arreglarlo todo con sólo tres mil rublos. Conocía el carácter de Gruchegnka. Por eso consideraba que su inquietud procedía de que no sabía por qué lado inclinarse, al ignorar en cuál de los dos hallaría más ventajas.

En el próximo regreso del «oficial», del hombre que había desempeñado un papel tan implacable en la vida de Gruchegnka, regreso que la joven esperaba con una mezcla de alegría y temor, Mitia —cosa extraña— no pensaba lo más mínimo. Verdad es que Gruchegnka había guardado silencio sobre este punto los últimos días. Sin embargo, Mitia estaba enterado de que, hacía un mes, su pretendida había recibido una carta de su seductor a incluso había leído parte de ella. Gruchegnka se la había enseñado en un momento de indignación, y quedó sorprendida al ver que él no le daba importancia. No es fácil comprender el motivo de esta indiferencia. Acaso era simplemente que, abrumado por la rivalidad con su padre, no podía imaginarse que

hubiese nada peor en aquellos momentos. No acababa de creer en un novio salido de no se sabía dónde, después de cinco años de ausencia, ni en su próxima llegada, anunciada en términos muy vagos. La carta era confusa, enfática, sentimental, y Gruchegnka le había ocultado las últimas líneas, que hablaban más claramente del regreso. Además, Mitia recordó después la actitud desdeñosa con que Gruchegnka había recibido este comunicado de Siberia. La joven no había explicado nada más acerca de este nuevo rival. No es, pues, extraño que Mitia acabara por olvidarlo.

Mitia sólo creía en la inminencia de un conflicto con Fiodor Pavlovitch. En el colmo de la ansiedad, esperaba a cada momento la resolución de Gruchegnka, y opinaba que surgiría pronto, como una inspiración. Si Gruchegnka se presentaba a él y le decía: «Aquí me tienes; soy tuya para siempre», todo habría terminado. Se la llevaría lo más lejos posible, si no al fin del mundo, sí al fin de Rusia. Se casarían y vivirían donde nadie les conociera, ignorados de todos. Entonces él empezaría una nueva vida, virtuosa, de regeneración, sueño que acariciaba ávidamente. El cenagal en que se había hundido voluntariamente le producía verdadero horror y, como tantos otros de los que están en su caso, deseaba sobre todo cambiar de ambiente. Alejarse de la gente que lo rodeaba, de la atmósfera en que vivía, perder de vista aquel lugar maldito, sería una renovación completa, una existencia transformada. He aquí los pensamientos que le absorbían.

El caso tenía otra solución posible, otro desenlace, éste espantoso para él. Si ella le decía de pronto: «Vete. He escogido a Fiodor Pavlovitch. Me casaré con él. No te necesito...», entonces..., entonces... Mitia ignoraba lo que entonces podría suceder. Y lo ignoró hasta el último momento; hay que reconocerlo, hay que hacerle justicia. No tenía ningún propósito definido: el crimen no fue premeditado. Se conformaba con acechar, con espiar. Se atormentaba, pero preveía un feliz desenlace. Todas las demás ideas las rechazaba. Entonces empezó una nueva tortura, entonces surgió una nueva circunstancia, secundaria, pero fatídica, insoluble...

En caso de que Gruchegnka le dijese: «Soy para ti. Llévame contigo», ¿cómo se las compondría para llevársela? Las rentas que obtenía de las entregas que regularmente le hacía su padre se habían agotado. Cierto que Gruchegnka tenía dinero, pero, sobre este particular, Mitia era de un amor propio inflexible. Quería llevársela y empezar una nueva vida con sus propios recursos, no con los de su amada. La simple idea de recurrir al capital de Gruchegnka le producía un profundo malestar. No me extenderé sobre este hecho, no lo analizaré: me limito a anotarlo para que se sepa cuál era su estado de ánimo en aquellos momentos.

Este estado de ánimo podía proceder del secreto remordimiento que experimentaba por haberse apropiado del dinero de Catalina Ivanovna. « Para Catalina soy un miserable —se decía—. También lo seré para Gruchegnka.» Así lo confesó más tarde. « Si Gruchegnka se entera —añadía para su fuero interno—, no

querrá saber nada de un individuo como yo. Por lo tanto, he de obtener ese dinero. ¿Pero de dónde lo sacaré? Si no lo consigo, me hundiré en el fracaso. ¡Qué vergüenza!»

Tal vez sabía dónde podía encontrar el dinero. Por ahora no diré nada más sobre este punto. Todo se aclarará cuando llegue el momento. Lo que sí quiero explicar, aunque sea en un breve resumen, es en qué consistía para él la peor dificultad. Para procurarse los recursos que necesitaba, para tener derecho a apropiárselos, lo primero que tenía que hacer era devolver a Catalina Ivanovna sus tres mil rublos. «De lo contrario seré un estafador, un bribón, y no quiero empezar así mi nueva vida.» Y decidió alterar todos sus planes si era necesario, con tal de poder restituir a Catalina Ivanovna la cantidad que le debía. Tomó esta decisión en las últimas horas de su vida, después de la conversación que había tenido con su hermano Aliocha en la calle. Cuando éste le explicó los insultos que Gruchegnka había dirigido a su prometida, Dmitri reconoció que era un miserable y rogó a Aliocha que se lo dijera así a Catalina «si consideraba que esto la podía consolar». Aquella misma noche se dijo, en su delirio, que sería preferible matar y desvalijar a cualquiera que no dejar de pagar a Katia lo que le debía. «Prefiero ser un asesino y un ladrón para todo el mundo, prefiero ir a Siberia, a que Katia pueda decir que le he robado para huir con Gruchegnka y empezar una nueva vida.» Así razonaba Mitia rechinando los dientes. Estaba a punto de sufrir una congestión cerebral, pero no abandonaba la lucha.

En esta tenacidad había algo curioso. Lo lógico era que, habiendo tomado semejante resolución, se sintiera desesperado. ¿Pues de dónde podía sacar aquella suma un pobre diablo como él? Sin embargo, esperó hasta el último momento procurarse aquellos tres mil rublos. Estaba en la creencia de que caerían en sus manos de un modo o de otro, incluso llovidos del cielo. Así ocurre a los que, como Dmitri, sólo saben despilfarrar su patrimonio, sin tener la menor idea de cómo se adquiere el dinero.

Desde su encuentro con Aliocha, sus ideas se embrollaban, como si en su cerebro se hubiera desencadenado una tormenta. Se comprende que empezara por la tentativa más extraña, pues suele ocurrir que en tales casos y a tales hombres parecen realizables las empresas más insólitas. Decidió ir a visitar a Samsonov, el protector de Gruchegnka, para proponerle un plan del que formaba parte el préstamo de la suma deseada. Estaba seguro de su proyecto desde el punto de vista comercial; su única duda era cómo acogería Samsonov el paso que iba a dar. Mitia sólo conocía de vista al comerciante; jamás había hablado con él. Pero tenía la convicción, desde hacía mucho tiempo, de que aquel viejo libertino, cuya vida se estaba acabando, no se opondría a que Gruchegnka rehiciera la suya casándose con un hombre enérgico, y que incluso desearía que esto sucediera. Es más, confiaba en que facilitaría las cosas si se presentaba la oportunidad de hacerlo. Ciertos rumores llegados a sus oídos y que

coincidían con algunas insinuaciones de Gruchegnka le permitían deducir que Samsonov le prefería a Fiodor Pavíovitch para marido de Gruchegnka.

La mayoría de nuestros lectores considerarán un acto de cinismo que Dmitri Fiodorovitch esperase semejante ayuda y se aviniera a recibir una esposa de manos de su amante. Respecto a este punto, sólo diré que el pasado de Gruchegnka era para Mitia algo olvidado. Pensaba en él con un sentimiento de piedad, y, en el ardor de su pasión, juzgaba que tan pronto como Gruchegnka le dijese que lo amaba y que iba a casarse con él, los dos quedarían regenerados. Entonces se perdonarían mutuamente sus faltas y empezarían una nueva existencia. En cuanto a Samsonov, Mitia veía en él un ser fatidico en la vida de Gruchegnka, a la que jamás había amado; un ser que ya había pasado y al que no se debía tener en cuenta para nada. Aquel viejo débil, cuyas relaciones con Gruchegnka eran puramente paternales, por decirlo así, desde hacia ya casi un año, no podía hacer la menor sombra a Mitia. Fuera como fuese, Dmitri demostraba una gran ingenuidad, pues, a pesar de sus muchos vicios, era un hombre ingenuo. Llevado de esta candidez, creía que Samsonov, al ver que su fin estaba próximo, experimentaba un sincero arrepentimiento por su conducta con Gruchegnka, que no tenía en el mundo amigo ni protector más devoto que él, hombre decrépito a inofensivo.

Al día siguiente de su conversación con Aliocha, Mitia, que apenas había dormido, se presentó a las diez de la mañana en casa de Samsonov y se hizo anunciar. La casa era vieja, hostil, espaciosa. Tenía varias dependencias y un pabellón. En la planta baja habitaban los dos hijos casados de Samsonov, su hija y su hermana, mujer de avanzada edad. En el pabellón vivían dos empleados de escritorio, uno de ellos con una familia numerosa. Toda esta gente estaba falta de espacio; en cambio, el viejo vivía solo en el primer piso. No quería que habitara en él ni siquiera su hija, a pesar de que le cuidaba y tenía que subir la escalera, luchando con su incurable asma, cada vez que él la necesitaba.

El primer piso se componía de grandes y ostentosas habitaciones, amuebladas según la vieja usanza de los comerciantes, con interminables hileras de pesados sillones y sillas de caoba a lo largo de los muros, lámparas de cristal enfundadas y grandes espejos. Estas habitaciones estaban desocupadas, pues el viejo se pasaba el día en su reducido dormitorio, que estaba a un extremo del piso. Allí le servían una vieja doméstica, siempre cubierta con una cofia, y un muchacho que utilizaba como banco un arcón que había en el vestíbulo.

Como sus hinchadas piernas casi no le permitían andar, el viejo se levantaba muy pocas veces de su sillón para dar una vuelta por el cuarto, sostenido por la vieja sirvienta. Incluso con ella se mostraba Samsonov severo y poco comunicativo.

Cuando le anunciaron al «capitán», Samsonov se negó a recibirlo. Mitia insistió, y entonces el viejo preguntó qué aspecto tenía el visitante, si había bebido y si era

uno de esos tipos alborotadores.

—No, señor —repuso el muchacho—. Es sólo que no quiere marcharse.

Tras una nueva negativa, Mitia, que lo tenía todo previsto, escribió con lápiz en un papel: «Para un asunto urgente relacionado con Agrafena Alejandrovna.» Y envió la nota al viejo.

Éste, después de reflexionar un momento, ordenó que hicieran pasar al visitante al salón y que dijeran a su hijo menor que subiera inmediatamente. En seguida llegó este joven alto y hercúleo, vestido y rasurado a la europea (el viejo Samsonov era hombre de caftán y barba). Como sus hermanos, temblaba al verse en presencia de su padre. Éste lo había llamado no porque temiera al capitán, pues no conocía el miedo, sino para que la conversación tuviera un testigo, por lo que pudiera ocurrir.

Acompañado de su hijo, que le rodeaba los hombros con un brazo, y del joven sirviente, Samsonov llegó al salón poco menos que a rastras. Es de suponer que sentía gran curiosidad.

La pieza donde esperaba Mitia era inmensa y lúgubre. Había en ella una galería, sus paredes eran de mármol de imitación y tenía tres enormes espejos enfundados.

Mitia, sentado cerca de la puerta principal, esperaba con impaciencia, preguntándose cuál sería su suerte. Cuando el viejo apareció por el extremo opuesto del salón, a unos veinte metros de distancia, Dmitri se levantó inmediatamente y fue a su encuentro, a largos pasos marciales. Mitia iba correctamente vestido. Llevaba abrochada la levita, el sombrero en la mano, las manos enfundadas por unos guantes negros, como dos días atrás, cuando se presentó en el monasterio para entrevistarse con su padre y sus hermanos en presencia del *starets*.

El viejo le esperaba de pie, con un gesto lleno de gravedad, y Mitia notó que lo observaba atentamente. Su rostro hinchado —esta hinchazón había aumentado últimamente— y su labio inferior colgante impresionaron a Dmitri. Saludó en silencio y gravemente al visitante, le indicó una silla y, apoyado en el brazo de su hijo, fue a sentarse, entre gemidos, en un sofá, exactamente frente a Mitia. Éste, al advertir sus dolorosos esfuerzos, sintió remordimiento, y también cierta turbación, en su insignificancia frente al importante personaje cuya tranquilidad había turbado.

Una vez se hubo sentado, el viejo preguntó con acento frío pero cortés:

—¿Qué desea?

Mitia se estremeció, se levantó y volvió a sentarse en seguida. Empezó a hablar en voz muy alta, con vivos ademanes, palabra rápida y tono exaltado. Se vela que estaba desesperado y buscaba una salida, y también que deseaba terminar cuanto antes si fracasaba. Samsonov debió de advertir todo esto inmediatamente, aunque su semblante impasible no lo dejó entrever.

—Usted, respetable señor, ha oído hablar más de una vez de mis querellas con mi padre, Fiodor Pavlovitch Karamazov, relacionadas con la herencia de mi madre. Esto

justifica todas las habladurías. A la gente le gusta intervenir en los asuntos que no le incumben... También es posible que le haya informado a usted Gruchegnka..., ¡oh, perdone!..., Agrafena Alejandrovna, la honorable y respetable Agrafena Alejandrovna...

Así empezó Mitia, que se embrolló desde sus primeras palabras. Pero no repetiremos exactamente lo que dijo: nos limitaremos a resumirlo. El caso es que, tres meses atrás, Mitia había conferenciado en la capital del distrito con un abogado..., «un abogado famoso, Pavel Pavlovitch Korneplodov, del que usted debe de haber oído hablar... Frente despejada, talento comparable al de un hombre de Estado... Le conoce a usted..., tuvo para usted grandes alabanzas...». Otra vez se desvió del tema principal, pero no se detuvo por tan poca cosa, sino que siguió con ardor por el nuevo camino. Después de oír las explicaciones de Dmitri y de examinar los documentos (Mitia volvió, sin advertirlo, al tema que había dejado), el abogado opinó que se podía entablar un proceso acerca de la aldea de Tchermachnia, heredada por Dmitri de su madre, con objeto de bajar los humos al viejo energúmeno, ya que «no todos los caminos están cerrados y la justicia siempre encuentra alguna salida». En resumen, que se podía sacar a Fiodor Pavlovitch un suplemento de seis mil a siete mil rublos, «pues Tchermachnia vale lo menos veinticinco mil..., ¿qué digo veinticinco mil?..., veintiocho o treinta mil, señor Samsonov, y ese verdugo me ha dado menos de diecisiete mil. Dejé este asunto, por parecerme demasiado complicado, y, al llegar aquí, vi que se me había dirigido una reconvención —al llegar a este punto, Mitia volvió a armarse un lío y pasó a otra cosa—. En fin, respetable señor Samsonov, que estoy dispuesto a cederle todos mis derechos sobre ese monstruo sólo por tres mil rublos. ¿Acepta? Piense que no arriesga usted nada, nada absolutamente: se lo juro por mi honor. Usted percibirá seis mil o siete mil rublos por los tres mil desembolsados... Lo que más me interesa es terminar este asunto hoy mismo. Iremos a la notaría, o... En fin estoy dispuesto a todo. Le puedo entregar cuantos documentos desee, firmaré todo lo que usted quiera. Esta misma mañana formalizamos el convenio y usted me entrega los tres mil rublos. Bien puede hacerlo, ya que es uno de los hombres más acaudalados de la localidad. Así me salvará y, a la vez, me permitirá realizar un acto sublime..., pues abrigo los más nobles sentimientos acerca de una persona que usted conoce perfectamente y a la que usted rodea de una solicitud paternal. De lo contrario, no habría venido. Podemos decir que se han encontrado tres frentes, pues el destino es algo terrible, señor Samsonov. Pero como usted está fuera de combate desde hace tiempo, quedamos sólo dos frentes. Acaso no me expreso bien, pero tenga en cuenta que no soy literato. Los dos frentes son el mío y el de ese monstruo. Por lo tanto, escoja usted: el monstruo o yo. Todo está ahora en sus manos: tres destinos, dos frentes... Perdóneme: me he armado un lío. Pero usted me entiende..., leo en sus ojos que me ha comprendido... De lo contrario, ahora mismo

me marcharía. Esto es todo».

Con estas palabras, Mitia cortó en seco su extravagante discurso. Se levantó y esperó una respuesta a su absurda proposición. Al pronunciar su última frase tuvo la sensación de que había fracasado y, sobre todo, de que' su exposición había sido un verdadero galimatías. «Es extraño: vine aquí completamente seguro de mí mismo, y no he dado pie con bola.» Mientras él hablaba, el viejo había permanecido impasible, observándole con gesto glacial. Transcurrido un minuto, Samsonov dijo con una firmeza descorazonadora:

—Perdone. Los negocios de ese género no nos interesan.

Mitia sintió como si las piernas se le escaparan de debajo del cuerpo.

—¿Qué será de mí, señor Samsonov? —murmuró con una amarga sonrisa—. Estoy perdido.

—Perdone, pero...

Mitia, que permanecía de pie a inmóvil, observó un cambio en el rostro del viejo y se estremeció.

—Verá usted, señor —dijo el anciano—, esos negocios son peligrosos. Veo un proceso, abogado, el diablo y su corte. Pero hay una persona a la que se puede dirigir.

—¡Dios mío! —balbuceó Mitia—. ¿Quién es esa persona? Me devuelve usted la vida.

—Esa persona no está aquí en este momento. Es un campesino, un traficante de madera llamado Liagavi. Lleva ya un año tratando de llegar a un acuerdo con Fiodor Pavlovitch para la compra del bosque de Tchermachnia. No se han entendido. Seguramente habrá oído usted hablar de esos tratos. Precisamente ahora está Liagavi allí. Se hospeda en casa del padre Ilinski, en la aldea de este nombre, a doce verstas de la estación de Volovia. Me ha escrito hablándome de este asunto y pidiéndome consejo. Fiodor PavIovitch quiere ir a verlo. Si usted va antes y hace a Liagavi la proposición que me ha hecho a mí, tal vez...

—¡Una idea genial! —exclamó Mitia, entusiasmado—. Es precisamente lo que necesita ese hombre. Quiere comprar, considera que el precio es excesivo, y con el documento que yo firme puede considerarse propietario del bosque. ¡Esto es magnífico!

Y—Mitia lanzó una carcajada seca, inesperada, que sorprendió a Samsonov.

—¡No sé cómo agradecérselo, Kuzma Kuzmitch!

—No tiene usted que agradecerme nada —repuso Samsonov con una inclinación de cabeza.

—¡Pero si me ha salvado usted! La Providencia me ha traído aquí... Iré a visitar a ese pope.

—Le repito que no tiene usted por qué darme las gracias.

—Iré a ver a Liagavi sin pérdida de tiempo... No quiero molestarle más... Nunca

olvidaré el servicio que me ha hecho. Palabra de ruso que no lo olvidaré.

Intentó apoderarse de la mano del viejo para estrecharla, pero Samsonov le miró de tal modo, que Mitia retiró la mano, aunque en seguida se reprochó a sí mismo su desconfianza, diciéndose: «Debe de estar fatigado.»

—Lo hago por ella, señor Samsonov, sólo por ella —dijo con énfasis.

Luego se inclinó, dio media vuelta y se dirigió a la puerta a grandes zancadas. Temblaba de entusiasmo. Pensaba: «Todo parecía perdido, pero mi ángel guardián me ha salvado. Cuando un hombre de negocios como Samsonov (¡qué noble es!, ¡qué empaque tiene!) me ha indicado este camino, no cabe duda de que tengo el éxito asegurado. Hay que obrar con rapidez. Volveré esta misma noche con la partida ganada... ¿Se habrá burlado de mí ese viejo?»

Así monologaba Mitia al volver a su casa. No veía más que estas dos posibilidades: o había recibido un buen consejo de un hombre experimentado que conocía a Liagavi (¡qué nombre tan chusco!), o el anciano se había burlado de él. Por desgracia, la última hipótesis era la verdadera. Mucho tiempo después de haberse producido el drama, Samsonov confesó entre risas que se había mofado del «capitán». Era un hombre burlón y de malos instintos, propenso a las aversiones morbosas. No sé lo que le indujo a obrar así, si el hecho de que Mitia hubiera creído, como se deducía de su entusiasmo, que él había tomado en serio un plan tan absurdo, o los celos que sintió al pedirle aquel loco tres mil rublos para llevarse a Gruchegnka. Pero lo cierto es que cuando Mitia permanecía ante él con las piernas temblorosas y diciendo estúpidamente que estaba perdido, él lo miró con un gesto de maldad y decidió hacerle una mala jugada.

Cuando Mitia se hubo marchado, Samsonov, pálido de cólera, se encaró con su hijo y le ordenó que tomase las medidas necesarias para que aquel bribón no volviera a poner los pies en la casa. De lo contario...

No terminó la amenaza, pero su hijo le había visto enojado muchas veces y tembló de miedo. Una hora después, el anciano estaba todavía dominado por la cólera. Al atardecer se sintió indispuesto y mandó llamar al curandero.

II. Liagavi

Pero había que «galopar», y Mitia no tenía dinero para el viaje: todo lo que le quedaba de su época de prosperidad eran veinte copecs. Tenía un viejo reloj de plata que no funcionaba desde hacía mucho tiempo. Un relojero judío que tenía una tienda en el mercado le dio siete rublos. «¡No lo esperaba!», exclamó Mitia, encantado (continuaba su euforia). Se fue en seguida a su casa, y allí completó la suma pidiendo prestados tres rublos a sus patrones, que se los dieron de buen grado aunque se quedaron sin nada, tan sincero era el afecto que sentían por su huésped. En su exaltación, Mitia les dijo que su suerte iba a decidirse y les explicó —en cuatro palabras, claro es— casi todo el plan que acababa de exponer a Samsonov, el consejo que éste le había dado, sus futuras esperanzas, etcétera. Sus patrones ya habían recibido de él muchas confidencias; lo consideraban como de la familia y como un noble nada orgulloso. Mitia envió por caballos de posta para trasladarse a la estación de Volovia. De este modo se pudo comprobar, y se recordó más tarde, que veinticuatro horas antes de que se produjera cierto acontecimiento, Mitia no tenía dinero y que, para procurárselo, había tenido que vender su reloj y pedir prestados tres rublos a sus patrones, todo ello ante testigos.

Pronto se comprenderá por qué anoto estos hechos.

Mientras el coche le conducía a Volovia, Mitia se sentía feliz ante la idea de que al fin iba a resolver sus embrollados asuntos, pero también temblaba de inquietud, preguntándose qué haría Gruchegnka durante su ausencia. ¿Decidiría ir a reunirse con Fiodor Pavlovitch? Por eso se había puesto en camino sin avisarla y, además, había recomendado a sus patrones que no dijeran nada del viaje si alguien iba a preguntar por él.

«Es necesario que regrese esta misma noche —se repetía entre los vaivenes del carricoche— y que me traiga a Liagavi para que quede firmada el acta.» Pero sus deseos, ¡ay!, no se cumplirían.

En primer lugar, empleó más tiempo que el previsto en el camino vecinal de Volovia, pues el recorrido no era de doce verstas, sino de dieciocho. Luego no encontró en su casa al padre Ilinski: se había marchado a la aldea vecina. Ya casi de noche y con los caballos agotados, Mitia partió en busca del pope.

El sacerdote, hombrecillo tímido y endeble, le explicó que Liagavi, al que, en efecto, había tenido hospedado en su casa, estaba entonces en Sukhoi Posielok y pasaría la noche en la isba del guardabosques, pues también traficaba en aquel lugar. Mitia le rogó insistentemente que lo condujera al lado del traficante sin pérdida de tiempo, añadiendo que de ello dependía su salvación, y el pope, tras vacilar un momento (y sintiendo cierta curiosidad), decidió acompañarlo a Sukhoi Posielok. Para desgracia suya, le aconsejó que fueran a pie, ya que no había sino poco más de

una versta de camino. Mitia aceptó en el acto y, como era costumbre en él, echó a andar a largos pasos, lo que obligó al pobre padre Ilinski a hacer grandes esfuerzos para seguirlo.

El sacerdote era joven todavía y muy reservado. Mitia empezó inmediatamente a hablar de sus planes, y su boca no se cerró en todo el camino. No cesó de pedir consejos acerca de Liagavi, farfullando nerviosamente, pero el pope se limitaba a escucharle con atención, sin darle los consejos que Dmitri deseaba. Sus respuestas eran elusivas: «De eso no sé nada... ¿Cómo puedo saberlo?...» Cuando Mitia le habló de sus disputas con su padre acerca de la herencia, el sacerdote no pudo ocultar su inquietud, pues dependia en cierto modo de Fiodor Pavlovitch. Le sorprendió que Mitia llamara Liagavi al campesino Gorstkine, y le explicó que, aunque su nombre era efectivamente Liagavi, le hería profundamente que le llamaran así. «Habrá de llamarle Gorstkine si quiere que le escuche y desea obtener algo de él.»

Esto causó cierta sorpresa a Mitia, el cual explicó que Samsonov le había llamado Liagavi. Al saber esto, el pope cambió de conversación, no queriendo participar sus sospechas a Dmitri, sospechas consistentes en que el detalle de que Samsonov hubiera enviado a Mitia a ver al *mujik*, llamando a éste Liagavi, indicaba alguna mala intención oculta. Sin embargo, Mitia no tenía tiempo para detenerse en semejantes bagatelas. Seguía su camino, y hasta que llegó a Sukhoi Posielok no se dio cuenta de que había recorrido tres verstas en vez de poco más de una. No manifestó su contrariedad. Entraron en la isba. El guardabosques conocía al padre Ilinski. Ocupaba la mitad de la casa; en la otra mitad, separada de la primera por el vestíbulo, vivía el forastero. Se dirigieron a la habitación de éste alumbrándose con una bujía. La isba estaba excesivamente caldeada por la calefacción. En una mesa de pino había un samovar apagado, una bandeja con varias tazas, una botella de ron vacía, una garrafita de aguardiente en la que quedaba muy poco liquido y un pan blanco. El forastero descansaba en un banco, con una prenda de vestir enrollada debajo de la cabeza a modo de almohada. Roncaba; su sueño era pesado. Mitia se quedó perplejo mirándole.

—Tendré que despertarlo —murmuró, inquieto—. Es un asunto importante el que me ha traído aqúí, y he venido a toda prisa porque quiero regresar hoy mismo.

Se acercó a Liagavi y lo zarandeó, pero sin conseguir despertarlo.

—Está ebrio —dijo Mitia—. ¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?

Impaciente, empezó a tirarle de las manos, de los pies, a incorporarlo, a sentarlo en el banco; pero tras estas tentativas sólo consiguió oír sordos gruñidos y enérgicas aunque confusas invectivas.

—Lo mejor que puede usted hacer —dijo el sacerdote— es esperar. Ahora no logrará que le atienda.

—Se ha pasado el día bebiendo —dijo el guardabosques.

—¡Si supieran ustedes la situación en que estoy y la necesidad que tengo de hablar con él! —exclamó Mitia.

—Le aconsejo que espere a mañana para hablarle —insistió el pope.

—¿Hasta mañana? ¡Imposible!

Desazonado, se dispuso a seguir sacudiendo al traficante, pero no llegó a hacerlo, al comprender que sería inútil. El sacerdote permanecía mudo; el guardabosques se caía de sueño y su semblante era sombrío.

—¡Qué tragedias nos reserva la vida! —exclamó Mitia, desesperado.

El sudor corría por su rostro. El sacerdote aprovechó un momento en que le vio calmado para hacerle comprender que, aunque consiguiera despertar al traficante, éste, debido a su embriaguez, no estaría en condiciones de hacer ningún trato.

—Ya que el asunto que le ha traído aquí es tan importante, mejor será que lo deje tranquilo hasta mañana.

Mitia aceptó la sugerencia.

—Me quedaré aqui„padre; esperaré hasta mañana. Apenas se despierte hablaré con él...

Dirigiéndose al guardabosques, añadió:

—Ya te pagaré la bujía y mi estancia de una noche en tu casa. No olvidarás a Dmitri Karamazov... ¿Pero usted dónde se acostará, padre?

—No se preocupe por mí. Regresaré a mi casa en el asno de este amigo —y señalaba al guardabosques—. O sea que adiós y mucha suerte.

El sacerdote hizo lo que había dicho. Montó en el asno y se puso en camino, feliz de haberse librado de Mitia, pero vagamente inquieto, preguntándose si no debería informar al día siguiente a Fiodor Pavlovitch del singular asunto.

«Si no le digo nada, se enojará cuando se entere y me retirará su protección.»

El guardabosques, después de haberse rascado la cabeza, dio media vuelta y, sin decir palabra, se retiró a su dormitorio.

Mitia se sentó en el banco « para esperar la ocasión», según se dijo en su fuero interno. Una profunda angustia, semejante a una densa niebla, lo envolvía. Reflexionaba, pero no conseguía enlazar sus ideas. El cirio ardía, un grillo cantaba, el exceso de calefacción hacia la atmósfera irrespirable. De pronto vio con la imaginación el jardín y la puerta de la casa de su padre. La puerta se abría misteriosamente y Gruchegnka entraba corriendo.

Mitia se levantó de un salto.

—¡Maldita sea...! —murmuró rechinando los dientes.

Luego se acercó maquinalmente al hombre dormido y lo examinó. Era un *mujik* esquelético, todavía joven, de cabello rizado y perilla roja. Llevaba una blusa de indiana y un chaleco negro, cruzado por la cadena de plata de un reloj oculto en uno de sus bolsillos. Mitia observó aquella cara con verdadero odio. Lo que más le

exasperaba era los rizos, sabe Dios por qué. Le humillaba permanecer ante aquel hombre, con su negocio urgente, al que todo lo había sacrificado, mientras él, aquel holgazán, del que dependia su suerte, roncaba como si nada sucediera, como si acabara de llegar de otro mundo.

Mitia perdió la cabeza y se arrojó de nuevo sobre el borracho para intentar sacarlo de su sopor. Lo zarandeó con frenesí a incluso llegó a golpearlo, pero al cabo de unos minutos, viendo que todo era inútil, volvió a sentarse con una amarga sensación de impotencia.

—¡Qué calamidad! ¡Qué desagradable es todo esto!

Empezaba a dolerle la cabeza.

—¿Debo renunciar a todo y volver a la ciudad...? No, permaneceré aquí hasta mañana por la mañana... ¿Por qué habré venido? No sé cómo me las arreglaré para regresar... ¡Qué absurdo es todo esto...!

Su dolor de cabeza aumentaba. Mitia permanecía inmóvil. El sueño se iba apoderando de él insensiblemente. Al fin se durmió sentado. Dos horas después le despertó un dolor de cabeza intolerable. Las sienes le latían con violencia.

Tardó mucho en volver a la realidad y darse cuenta de lo que ocurría. Al fin comprendió que su mal consistía en un principio de asfixia debido a las emanaciones de la estufa y que había estado a punto de morir. El *mujik* seguía roncando. Del cirio quedaba ya muy poco. Mitia profirió un grito y, tambaleándose, corrió hacia el dormitorio del guardabosques. Éste se despertó en seguida y, al enterarse de lo sucedido, se dispuso a cumplir con su deber, pero con una calma que sorprendió y molestó a Mitia.

—¡Está muerto! —exclamó—. ¡Está muerto! ¡Qué complicación!

Abrieron las ventanas y desembozaron el tubo de la estufa. Mitia fue por un cubo de agua y se remojó la cabeza. Seguidamente empapó un trapo y lo aplicó a la frente de Liagavi. El guardabosques seguía mostrando una indiferencia desdeñosa. Después de abrir la ventana, dijo con acento huraño: « Todo arreglado.» Y volvió a su dormitorio, dejando a Mitia una linterna encendida. Durante media hora, Dmitri estuvo al cuidado del alcohólico. Le renovaba las compresas y estaba dispuesto a velarlo durante toda la noche. Al fin, agotadas sus fuerzas, hubo de sentarse a descansar. Los ojos se le cerraron. Inconscientemente, se echó en el banco y en seguida se sumergió en un profundo sueño.

Se despertó muy tarde, alrededor de las nueve. El sol entraba por las dos ventanas de la isba. El *mujik* de cabello rizado estaba sentado ante un samovar hirviente y ante otra garrafita de cuyo contenido ya había consumido más de la mitad. Mitia se levantó de un salto y advirtió que el traficante se había vuelto a embriagar. Estuvo un instante mirándolo con los ojos muy abiertos. El bebedor le miraba a su vez, con expresión astuta, flemática a incluso —así se lo pareció a Mitia— arrogante. Dmitri

se arrojó sobre él.

—¡Perdone!... ¡Escuche!... Ya le habrá dicho el guardabosques que soy el teniente Dmitri Karamazov, hijo del viejo con el que está usted en tratos para talar un bosque.

—Todo eso... es mentira... —repuso inmediatamente el borracho.

—¿Mentira? Usted conoce a Fiodor Pavlovitch, ¿no?

—Yo no conozco a ningún Fiodor Pavlovitch —balbuceó Liangavi.

—Usted quiere comprarle la tala de un bosque. Acuérdese, vuelva en sí. Me ha traído aquí el padre Pavel Ilinski. Usted ha escrito a Samsonov y él me ha aconsejado que viniera a verle.

Mitia jadeaba.

—Todo eso... es mentira... —repitió Liangavi tartamudeando.

Mitia sintió que perdía las fuerzas.

—Oiga, hablo en serio. Usted está bebido, pero puede hablar, razonar... Si no lo hace, seré yo el que acabará por no comprender nada.

—Tú eres... tintorero.

—No, no. Yo soy Karamazov, Dmitri Karamazov... Quiero hacerle una proposición, una proposición ventajosísima sobre la tala del bosque.

El beodo se mesaba la barba con un gesto de hombre importante.

—Tú eres un bribón... Quieres... engañarme.

—¡Está usted equivocado! —gritó Mitia retorciéndose las manos.

El campesino seguía acariciándose la barba. De pronto hizo un guiño y dijo con sorna:

—Cítame una ley que... permita cometer villanías... Eres un bribón..., un redomado granuja.

Mitia retrocedió con la tristeza reflejada en el rostro. Tuvo la sensación de que había recibido an golpe en la frente, como él mismo dijo más tarde.

De súbito, todo lo vio con claridad. Inmóvil, aturdido, se preguntó cómo un hombre sensato como él había podido creer tantas sinrazones, lanzarse a una aventura tan disparatada, cuidar con tanto afán a Liangavi, ponerle compresas en la frente...

«Este patán está borracho y así estará toda la semana. ¿Para qué he de quedarme esperando? ¿Se habrá burlado de mí Samsonov? Y, a lo mejor, ella... Dios mío, ¿qué he hecho?»

El palurdo le miraba riéndose interiormente. En otras circunstancias, Mitia, incapaz de contener su furor, habría vapuleado a aquel imbécil; pero en aquellos momentos se sentía débil como un niño. Sin pronunciar palabra, cogió su abrigo del banco, se lo puso y pasó a la habitación inmediata. En ella no había nadie. Dmitri dejó sobre la mesa cincuenta copecs por la noche de hospedaje, la bujía y las molestias que había causado. Salió de la isba y se encontró en seguida en pleno bosque. Echó a andar a la ventura, pues ni siquiera se acordaba de si había llegado

por el lado derecho o por el izquierdo: estaba tan preocupado, que no había reparado en este detalle.

No sentía ningún deseo de venganza, ni siquiera hacia Samsonov. Avanzaba por el estrecho sendero, trastornada la mente y sin prestar atención al camino que seguía. Un niño lo habría podido derribar, tal era su extenuación. Sin embargo, logró salir del bosque. Los campos segados, desnudos, se extendían hasta perderse de vista.

«Por todas partes la desesperación, la muerte», se dijo y se repitió mientras caminaba.

La suerte quiso que se encontrara en la carretera con un viejo mercader que se dirigía en coche a la estación de Volovia. Le pidió que lo llevara, y el comerciante accedió. En Volovia contrató los caballos que necesitaba para trasladarse a la ciudad. Advirtió que estaba hambriento. Mientras enganchaban los caballos le hicieron una tortilla, que devoró, además de una salchicha y un gran trozo de pan. Después se bebió tres vasitos de aguardiente.

Una vez repuesto, recobró las energías y la lucidez. Los caballos galopaban. Mitia no cesaba de apremiar al cochero mientras imaginaba un nuevo plan «infalible» para procurarse aquel mismo día «el maldito dinero».

—¡A quien se diga que el destino de un hombre puede depender de tres mil miserables rublos...! —exclamó desdeñosamente—. ¡Todo quedará resuelto hoy!

Si el recuerdo continuo a inquietante de Gruchegnka no se hubiera adueñado de él, incluso se habría sentido feliz. Pero ese recuerdo lo apuñalaba a cada instante.

Al fin llegó a la ciudad y corrió a casa de Gruchegnka.

III. Las minas de oro

Ésta era la visita de que Gruchegnka había hablado a Rakitine con tanto temor. La joven esperaba un mensaje y se alegraba de que Mitia estuviese ausente, confiando en que éste no regresaría antes de que ella hubiera partido. Y he aquí que de pronto apareció. Ya sabemos todo lo demás. A fin de desorientarlo había ido a casa de Samsonov acompañada por él, con el pretexto de que tenía que hacer unas cuentas al viejo. Y, al despedirse de Mitia, le había hecho prometer que volvería por ella a medianoche. Esto tranquilizó a Dmitri, que se dijo: «Si está en casa de Samsonov, no irá a reunirse con Fiodor Pavlovitch.» Pero añadió en seguida: «A menos que me haya mentido. »

Mitia la creía sincera, pero, cuando estaba lejos de ella, los celos le llevaban a imaginarse que le hacia toda clase de «traiciones». Cuando volvía a su lado estaba trastornado, convencido de su desgracia; pero apenas veía el bello rostro de su amada, se operaba en él un profundo cambio, olvidaba sus sospechas y se avergonzaba de sus celos.

Volvió presuroso a su alojamiento. ¡Tenía tantas cosas que hacer...! Se sentía más animado.

«He de enterarme por Smerdiakov de lo que ocurrió ayer por la noche. ¿Iría Gruchegnka a casa de mi padre? Esto sería horrible.»

Así, aún no había llegado a su casa y ya apuntaban los celos en su inquieto corazón.

¡Los celos!... «Otelo no era celoso; era un hombre confiado», ha dicho Pushkin.[64] Esta observación atestigua la profundidad de nuestro gran poeta. Otelo cree enloquecer cuando ve fracasado su ideal. Pero no acecha escondido, no escucha tras las puertas. Es un hombre confiado. Ha sido necesario que le abran los ojos, que le hablen de la traición con insistencia para que él crea en ella. El verdadero celoso no es así. Es increíble la degradación en que se puede hundir un celoso sin que se lo reproche su conciencia. Y no son siempre almas viles las que proceden de este modo, sino que personas de altos sentimientos y que sienten un amor puro y fervoroso son capaces de acechar desde un escondrijo, comprar miserables espías y entregarse ellas mismas al más innoble espionaje.

Otelo no se habría resignado jamás a sufrir la traición —no digo que hubiera perdonado, sino que no se habría resignado—, aunque era inocente y bueno como un niño.

El verdadero celoso es muy diferente. Es dificil imaginar los extremos de indulgencia a que llegan estos hombres. Los celosos son los que más fácilmente perdonan, bien lo saben las mujeres. Son capaces de perdonar (tras una escena violenta, cierto) la traición casi flagrante, los abrazos y los besos que han visto por

sus propios ojos, con tal que sea la última vez, que el rival desaparezca, yéndose al fin del mundo, o que ellos puedan irse con la mujer amada a un lugar donde el otro no pueda encontrarlos. Naturalmente, la reconciliación dura poco, pues, desaparecido el verdadero rival, el celoso inventará otro. ¿Qué valor tiene un amor que obliga a una vigilancia incesante? Ninguno. Pero esto no lo comprenderá jamás el típico celoso.

Como hemos dicho, entre los celosos hay hombres de gran sensibilidad, y lo más sorprendente es que, mientras permanecen al acecho, aun comprendiendo lo vergonzoso de su conducta, no se sienten avergonzados. Cuando se encontraba ante Gruchegnka, Mitia dejaba de ser un hombre celoso y se convertía en un ser noble y confiado, llegando incluso a reprocharse sus mezquinos sentimientos. Esto significaba, sencillamente, que Gruchegnka le inspiraba un amor más puro de lo que él creía, un amor en el que había algo más que sensualidad, algo más que la atracción carnal de que había hablado a Aliocha. Pero apenas se separaba de ella, Dmitri volvía a creerla capaz de cometer las mayores vilezas, las más perversas traiciones, sin sentir el menor remordimiento.

O sea que los celos le atormentaban nuevamente. Por otra parte, no podía perder ni un minuto. Ante todo tenía que procurarse algún dinero, pues los nueve rublos reunidos el día anterior se los había gastado en el viaje, y todos sabemos que sin dinero no se va a ninguna parte. Mitia había pensado en esto cuando regresaba en el carricoche, al mismo tiempo que forjaba su propio plan. Tenía dos excelentes pistolas que nunca había empeñado, por ser objetos de su predilección. En la taberna «La Capital» había trabado conocimiento con un funcionario joven, soltero, hombre acomodado y aficionadísimo a las armas. Compraba pistolas, revólveres, puñales y formaba con ellos panoplias que mostraba con orgullo, mientras explicaba el sistema de algún revólver o pistola, el modo de cargarlo, de disparar, etcétera.

Mitia fue a proponerle el empeño de las pistolas por diez rublos. El funcionario quedó encantado al verlas a intentó comprárselas, pero Mitia se opuso a venderlas. Entonces el funcionario le entregó los diez rublos y le anunció que no le cobraría ningún interés. Se separaron como dos buenos amigos. Mitia se apresuró a trasladarse al pabellón que estaba detrás de la casa de Fiodor Pavlovitch, con el propósito de hablar con Smerdiakov. Pero todo esto sirvió para que se pudiera comprobar nuevamente que tres o cuatro horas antes de producirse cierto suceso del que hablaremos oportunamente, Mitia no tenía dinero, como demostró empeñando sus preciadas pistolas, y que, después de ocurrir el hecho, estaba en posesión de miles de rublos... Pero no nos anticipemos.

Cuando llegó a casa de María Kondratievna, la vecina de Fiodor Pavlovitch, se enteró, consternado, de la enfermedad de Smerdiakov. Le explicaron su caída en el sótano, la crisis que siguió, la visita del médico, la solicitud de Fiodor Pavlovitch... Le informaron también de que su hermano Iván había salido para Moscú aquella

misma mañana. Dmitri se dijo que Iván debía de haber pasado por Volovia antes que él. El caso de Smerdiakov lo inquietaba. ¿Qué haría? ¿A quién encargaría que vigilara para informarle? Preguntó ávidamente a las mujeres de la casa si habían observado algo anormal el día anterior. Ellas comprendieron perfectamente lo que quería decir y lo tranquilizaron. «No, no ha ocurrido nada extraordinario.»

Mitia reflexionó: «Hoy convendría vigilar también. ¿Pero dónde: aquí o en casa de Samsonov?» Por su gusto, habría espiado en las dos partes. Además tenía que ejecutar sin pérdida de tiempo el plan «infalible» que había imaginado por el camino. Mitia decidió dedicarle una hora. «En una hora te aclararé todo. Iré a casa de Samsonov para averiguar si Gruchegnka está allí. Después volveré, estaré aquí hasta las once y de nuevo iré a casa de Samsonov para recoger a Gruchegnka.»

Corrió a su casa y, después de haberse arreglado, fue a visitar a la señora de Khokhlakov. Éste era su gran plan. Había decidido pedir prestados tres mil rublos a esta distinguida dama, y estaba seguro de que ella no se los negaría. El lector se asombrará, sin duda, de que Dmitri no hubiera empezado por dirigirse a esta señora de su esfera, en vez de ir a visitar a Samsonov, con el que no había tenido ningún trato jamás. Pero es que, un mes atrás, casi había roto con ella. Además, la conocía poco y sabía que no podía sufrir que él fuese prometido de Catalina Ivanovna. Habría dado cualquier cosa a cambio de que la joven lo dejara y se uniese en matrimonio con Iván Fiodorovitch, «tan instruido y de tan finos modales». Las maneras de Mitia no le gustaban en absoluto. Dmitri se burlaba de ella. Una vez había dicho que la señora de Khokhlakov era tan vivaz y desenvuelta como inculta. Aquella mañana, en el carricoche, había tenido un chispazo de lucidez.

«Esa señora se opone a mi matrimonio con Catalina Ivanovna. En esto se muestra irreductible. Por tanto, no me negará un dinero que me permitirá dejar a Katia a irme de la ciudad para siempre. Cuando a una de esas grandes damas acostumbradas a satisfacer todos sus caprichos se les mete una idea entre ceja y ceja, no se detiene ante nada para lograr sus fines. Además, ¡es tan rica...!»

En el fondo, el plan era el mismo que el anterior, ya que consistía en la renuncia a sus derechos sobre Tchermachnia, no con fines comerciales como en la oferta hecha a Samsonov, no para tentar a la dama con un buen negocio que podía reportarle miles de rublos, sino simplemente como garantía de la deuda. Al concebir esta nueva idea, Mitia se entusiasmó, como le ocurría siempre en el momento en que planeaba una empresa o tomaba una decisión. Todos los proyectos lo apasionaban en el instante en que se le ocurrían.

Sin embargo, al llegar a la escalinata del pórtico sintió un súbito estremecimiento. En este momento comprendió con claridad meridiana que se jugaba su última carta, que un fracaso le dejaría sin más salida que la de «estrangular a alguien para desvalijarlo». Eran las siete y media cuando llamó a la puerta.

Al principio, todo ocurrió a medida de sus deseos. Fue recibido inmediatamente. «Se diría que me esperaba» , pensó. Fue introducido en el salón. La dama apareció en el acto y le dijo que lo estaba esperando.

—No sabía que tenía usted que venir, por supuesto; pero lo esperaba. Admire mi instinto, Dmitri Fiodorovitch. Contaba con que viniera usted hoy.

—Es verdaderamente increíble, señora —dijo Mitia sentándose torpemente—. He venido para un asunto muy importante; sí, de extraordinaria importancia..., por lo menos para mí... Verá usted...

—Todo eso lo sé, Dmitri Fiodorovitch. No se trata de un presentimiento, de una anticuada creencia en los milagros... ¿Ha oído hablar de lo ocurrido al *starets* Zósimo?... Esta visita era inevitable; usted tenía que venir después de su comportamiento con Catalina Ivanovna.

—Es un modo de pensar realista, señora... Pero permítame que le explique...

—Usted lo ha dicho, Dmitri Fiodorovitch: un modo de pensar realista. El realismo es lo único que ahora tiene valor para mí. He perdido la fe en los milagros. ¿Se ha enterado usted de la muerte del *starets* Zósimo?

—No, señora, no sabía nada de este asunto —repuso Mitia con gesto de sorpresa. Y en seguida pensó en Aliocha.

—Ha muerto la noche pasada...

—Señora —le interrumpió Mitia—, yo sólo sé que estoy en una situación desesperada y que, si usted no me ayuda, todo se irá abajo, y yo seré el primero en hundirme. Perdone la vulgaridad de la expresión, pero la fiebre me abrasa.

—Sí ya sé que está usted como en ascuas. No puede ser de otro modo. Todo lo que usted pueda decirme ya lo sé. Hace tiempo que pienso en su destino, Dmitri Fiodorovitch, que lo observo, que lo estudio. Soy una experimentada doctora en medicina, créame.

—No lo dudo, señora —dijo Mitia, esforzándose en ser amable—. En cambio, yo soy un enfermo experimentado, y creo que si es cierto que usted observa mi destino con tanto interés, no consentirá que sucumba... En fin permítame que le exponga mi plan..., lo que espero de usted... He venido, señora...

—Esas explicaciones son innecesarias, carecen de importancia. No será usted el primero que ha recibido mi ayuda, Dmitri Fiodorovitch. ¿Ha oído usted hablar de mi prima Belmessov? Su esposo estaba en la ruina. Pues bien; le aconsejé que se dedicara a la cría de caballos y ahora tiene un próspero negocio. ¿Conoce usted la cría de caballos, Dmitri Fiodorovitch?

—No, señora; en absoluto —exclamó Dmitri levantándose, sin poder reprimir su impaciencia—. Le suplico que me escuche, señora. Permítame hablar sólo dos minutos para explicarle mi proyecto.

Y viendo que la impulsiva dama se disponía a intervenir de nuevo, Mitia añadió,

levantando la voz cuanto pudo, a fin de ahogar la de su interlocutora:

—¡Estoy desesperado! He venido a pedirle prestados tres mil rublos. Con garantía, con una garantía segura...

—Ya hablaremos de eso después —dijo la señora de Khokhlakov levantando la mano—. Sé todo lo que va a decirme. Usted me pide tres mil rublos. Yo le daré mucho más, yo lo salvaré, Dmitri Fiodorovitch. Pero tendrá que obedecerme.

Mitia se estremeció.

—¿De veras hará eso por mi? —exclamó, temblando de emoción—. ¡Dios mío! Ha salvado usted a un hombre de la muerte, del suicidio... Le estaré agradecido eternamente.

—Le daré mucho más de tres mil rublos —repitió la señora de Khokhlakov, sonriendo ante el entusiasmo de Mitia.

—No me hace falta más. Me basta con la fatídica suma de tres mil rublos. Se lo agradezco en el alma y le ofrezco una sólida garantía. Mi plan es...

—¡Basta, Dmitri Fiodorovitch! —le interrumpió la dama con modestia triunfante de bienhechora—. Le he prometido salvarle, y lo salvaré como salvé a Belmessov. ¿Qué opina usted de las minas de oro?

—¿De las minas de oro? Jamás he pensado en eso.

—Pero aquí estoy yo, que he pensado por usted. Hace un mes que lo vengo observando. Cada vez que le he visto pasar me he dicho: «He aquí un hombre enérgico, cuyo puesto está en las minas.» Me he fijado incluso en su modo de andar, y estoy convencida de que usted descubrirá algún filón.

—¿Sólo por mi modo de andar, señora?

—Pues sí. ¿Acaso no cree que se puede deducir el carácter de una persona por su manera de andar? Las ciencias naturales demuestran este hecho. Ya le he dicho que ahora sólo me atengo a la realidad. Desde que me he enterado de lo sucedido en el monasterio (suceso que me ha afectado profundamente), he adoptado el realismo. Desde ahora, siempre procederé con un sentido práctico. Estoy curada del mal del misticismo. «Basta», como ha dicho Turgueniev.[65]

—Bien, señora; ¿pero qué me dice de esos tres mil rublos que usted me ha ofrecido tan generosamente?...

—No tiene nada que temer; es como si los tuviera en el bolsillo. Usted tendrá no tres mil, sino tres millones, y muy pronto. Le voy a exponer mi pensamiento. Usted descubrirá una Mitia, ganará millones y cuando regrese, será un hombre de acción capaz de guiarnos hacia el bien. ¡No debemos abandonarlo todo a los judíos! Usted construirá edificios, fundará empresas y se ganará la bendición de los pobres socorriéndolos. Estamos en el siglo del ferrocarril. Usted se atraerá la atención del Ministerio de Hacienda, que, como nadie ignora, está en situación apuradísima. La baja de nuestra moneda me quita el sueño, Dmitri Fiodorovitch. Usted no sabe lo que

me preocupan estas cosas.

—Oiga, señora —dijo Mitia, inquieto—. Seguramente seguiré su prudente consejo... Iré allá lejos..., a las minas de oro..., y cuando vuelva hablaremos... Pero ahora necesito esos tres mil rubios que usted tan generosamente me ha prometido. De ellos depende mi salvación. He de tenerlos hoy mismo. No puedo perder ni siquiera una hora.

—¡Basta, Dmitri Fiodorovitch basta! Una pregunta: ¿está dispuesto a ir a las minas de oro o no? Respóndame categóricamente.

—Iré, señora, iré. Iré a donde usted quiera. Pero ahora...

—Espere.

Se dirigió a una elegante mesa de despacho y empezó a buscar en los cajones.

«¡Los tres mil rublos! —pensó Mitia, incapaz de contener su excitación—. Y me los va a dar ahora mismo, sin ningún docuinento, sin ninguna formalidad... ¡Qué grandeza de alma!... Es una mujer excelente. Su único defecto es que habla demasiado...»

—¡Ya lo tengo! —exclamó la dama triunfante, mientras volvía al lado de Mitia—. ¡Ya tengo lo que buscaba!

Era una medallita de plata, con un cordón, de esas que suelen llevarse debajo de la ropa.

—Me la han mandado de Kiev —dijo en un tono de veneración la señora de Khokhlakov—. Ha tocado las reliquias de Santa Bárbara, la megalomártir. Permitame que cuelgue yo misma esta medalla en su cuello y que lo bendiga en el momento de emprender una vida nueva.

Después de pasarle el cordón por la cabeza, la dama se consideró en el deber de colocar la medalla en el punto debido. Mitia, un tanto molesto, decidió ayudarla. Al fin, la medalla quedó en su sitio.

—Ahora ya se puede marchar —dijo la dama con acento triunfal, y mientras volvía a sentarse.

—Señora, estoy emocionado... No sé cómo agradecerle tanta atención. Pero... ¡tengo tanta prisa...! Esa suma que usted me ha ofrecido...

En este momento Mitia tuvo una inspiración.

—Ya que es usted tan buena, señora, permítame que le diga algo que, a lo mejor, ya sabe usted... Amo a cierta joven. He traicionado a Katia, digo, a Catalina Ivanovna. He sido inhumano, innoble... Amo a otra, a una mujer que seguramente usted desprecia, pues la conoce, pero no puedo dejarla. Así, esos tres mil rubios... —Abandónelo todo, Dmitri Fiodorovitch —le interrumpió, tajante, la dama—. Y especialmente a las mujeres. Su objetivo son las minas. En ellas no tienen ningún papel las mujeres. Más adelante, cuando usted vuelva célebre y rico, hallará una buena amiga en la más alta sociedad, una compañera joven, moderna, rica y sin

prejuicios. Pues entonces el feminismo ya habrá triunfado y la mujer nueva habrá aparecido...

—Bien, señora; pero no es eso, no es eso lo que... —empezó a decir Dmitri, uniendo las palmas de las manos con un gesto de súplica.

—Sí, Dmitri Fiodorovitch; eso es precisamente lo que usted necesita, lo que le trastorna sin que usted se dé cuenta. A mí me interesa mucho el feminismo. Mi ideal se cifra en el progreso de la mujer, a incluso en su papel político en un porvenir inmediato. Tengo una hija, Dmitri Fiodorovitch, cosa que todos parecen olvidar. Una vez escribí a Chtchedrine hablándole del problema feminista. Este escritor me ha abierto tan amplios horizontes acerca de la misión de la mujer en la vida, que el año pasado le dirigí estas dos líneas: «Le estrecho contra mi corazón y le beso en nombre de la mujer moderna. ¡Adelante!» Y firmé: «Una madre.» Estuve a punto de firmar: «Una madre contemporánea», pero vacilé, y al fin me limité a escribir: «Una madre.» Resultaba más serio, Dmitri Fiodorovitch. Además, la palabra «contemporánea» habría podido recordarle El Contemporáneo, cosa desagradable, dado el rigor de la censura actual[66]. Pero, por Dios, ¿qué le sucede?

De pie y con las manos enlazadas, Mitia suplicó:

—Señora, si no quiere que me eche a llorar, entrégueme ya lo que tan generosamente...

—¡Llore, Dmitri Fiodorovitch, llore! Las lágrimas le allanarán el camino que le espera. El llanto es un agradable desahogo. Más adelante, cuando vuelva de Siberia, reiremos juntos...

—¡Oiga! —bramó Mitia—. Le suplico por última vez que me diga si puede entregarme hoy mismo la cantidad prometida, o cuándo he de venir a buscarla.

—¿Qué cantidad, Dmitri Fiodorovitch?

—Los tres mil rublos que tan generosamente se ha comprometido a prestarme.

—¿Prestarle tres mil rublos? ¡Yo no le he hecho tal promesa! —exclamó la dama, sorprendida.

—¿Cómo que no? Usted me ha dicho que podía considerar que ya los tenía en el bolsillo.

—¡Ah, ya caigo! Usted no ha comprendido, Dmitri Fiodorovitch. Me refería al producto de las minas. Le he prometido mucho más de tres mil rublos, pero sólo pensaba en las minas.

—Entonces, ¿no puedo contar con los tres mil rublos?

—No dispongo de esa cantidad. Ando muy mal de dinero; Dmitri Fiodorovitch. Incluso tengo ciertas dificultades con mi administrador. Me he visto obligada a pedir un préstamo de quinientos rublos a Miusov. Además, aunque los tuviera, no se los prestaría. Mi norma es no prestar dinero a nadie. Quien tiene deudores, tiene guerra. Y a usted, menos que a nadie le dejaría dinero, porque le aprecio y deseo salvarlo. Su

salvación está en las minas, y sólo en las minas.

—¡Al diablo! —aulló Mitia, dando un tremendo puñetazo en la mesa.

—¡Dios mío! —exclamó la señora de Khokhlakov, corriendo a refugiarse en el otro extremo del salón.

En un arranque de despecho, Mitia escupió y salió precipitadamente de la casa. Iba a través de las tinieblas como un loco, golpeándose el pecho en el mismo punto en que se lo había golpeado dos días atrás, cuando se encontró con Aliocha en el camino. ¿A qué venían estos golpes idénticos y en el mismo sitio? ¿Qué significaban? Mitia no había revelado a nadie, ni siquiera a Aliocha, su secreto, que implicaba el deshonor, la perdición, a incluso el suicidio, ya que Dmitri había resuelto quitarse la vida si no encontraba los tres mil rublos que debía a Catalina Ivanovna, y si no podía saldar esta deuda, arrancando de su pecho, de aquel lugar de su pecho, el deshonor que gravitaba en él y torturaba su conciencia.

Todo esto se aclarará muy pronto. Fracasada su última esperanza, aquel hombre fuerte y enérgico se echó a llorar como un niño. Caminaba inconsciente secándose las lágrimas con el puño, cuando tropezó con alguien. Una vieja se tambaleó por efecto del choque, lanzando un grito agudo.

—¡Lleve cuidado, hombre de Dios! Casi me mata.

Mitia, tras observar a la vieja en la oscuridad, exclamó:

—¡Ah! ¿Es usted?

Era la sirvienta de Samsonov, la vieja a la que Dmitri había conocido el día anterior.

La buena mujer cambió de tono.

—¿Y usted quién es, señor?

—¿No sirve usted en casa del señor Samsonov?

—Sí, pero no recuerdo quién es usted.

—Oiga: ¿está en este momento en casa de su señor Agrafena Alejandrovna? Yo mismo la he llevado allí.

—Ha ido, señor, pero se ha marchado en seguida.

—¿Que se ha marchado?

—Sí, ha estado poco tiempo. Ha divertido al señor Samsonov con uno de sus cuentos y se ha ido.

—¡Mientes, arpía! —exclamó Mitia.

—¡Señor! Yo... —balbuceó la vieja.

Pero Mitia había desaparecido ya. Corrió como un rayo a casa de Gruchegnka. Ésta había partido para Mokroie hacía un cuarto de hora. Fenia estaba en la cocina con la cocinera cuando llegó el «capitán». Al verle, Fenia lanzó un grito.

—¿Por qué gritas? —preguntó Mitia—. ¿Dónde está tu dueña?

Y sin esperar la respuesta de Fenia, que estaba paralizada por el terror, cayó de

rodillas a sus pies.

—¡Fenia, por Dios, por nuestro Señor Jesucristo, dime dónde está tu ama!

—No lo sé, querido Dmitri Fiodorovitch; no lo sé en absoluto. Aunque me matara usted, no podría decírselo, porque no lo sé. Usted salió con ella de aquí...

—Pero ha vuelto.

—No, no ha vuelto: se lo juro por todos los santos.

—¡Mientes! —rugió Mitia—. Me basta verte temblar, para saber dónde está.

Y echó a correr. Fenia, que aún temblaba de espanto, se felicitó de haber salido tan bien librada, pues comprendía que la cosa habría sido mucho peor para ella si Mitia hubiera dispuesto de tiempo.

Cuando Dmitri se marchó, hizo algo que asombró a las dos mujeres. En la mesa había un mortero con su mano de cobre. Mitia, cuando ya había abierto la puerta, cogió la mano y se la guardó en el bolsillo.

Fenia gimió:

—¡Dios mío! Ese hombre va a matar a alguien.

IV. Tinieblas

¿Hacia dónde corria? No es dificil suponerlo.

—¿Adónde puede haber ido sino a casa del viejo? Es evidente que desde el domicilio de Samsonov se ha trasladado al de mi padre. Toda esta intriga salta a la vista.

Las ideas entrechocaban en su mente. No pasó por el patio de María Kondratievna.

—No conviene sembrar la alarma. Esa mujer debe de ser cómplice, lo mismo que Smerdiakov. ¡Todos están comprados!

Había tomado una resolución y no se volvería atrás. Dio un gran rodeo, pasó por el puentecillo y desembocó en una callejuela de la parte posterior. La calleja, deshabitada y desierta, estaba limitada por un lado por la cerca de un campo de cereales, y por el otro, por la empalizada que rodeaba el jardín de Fiodor Pavlovitch.

Para escalar esta empalizada, Mitia escogió el mismo sitio que había utilizado muchos años atrás, según se contaba, Elisabeth Smerdiachtchaia.

—Si ella pudo saltar por aquí —se dijo Mitia—, ¿por qué no he de poder yo?

De un salto, consiguió aferrarse a lo alto de la empalizada. Trepó y pronto se vio sentado a horcajadas sobre las maderas.

Cerca estaban las estufas, pero Mitia sólo observaba las ventanas iluminadas de la casa.

—Hay luz en el dormitorio del viejo. Gruchegnka está alli.

Y saltó al jardín. Sabía que Grigori y Smerdiakov estaban enfermos, que nadie podía oírlo. Sin embargo, con instintivo impulso permaneció inmóvil y aguzó el oído. Un silencio de muerte le rodeaba. La calma era absoluta; no se movía ni una hoja... «Sólo se oye el silencio...» Este verso acudió a su memoria. Luego se dijo:

—Con tal que no me haya oído nadie... Creo que, en efecto, nadie me ha oído.

Se deslizó por el césped con paso felino, aguzando el oído, sorteando los árboles y la maleza. Se acordó de que había debajo de las ventanas densos macizos de saúcos y viburnos. La puerta que daba acceso al jardín por el lado izquierdo estaba cerrada: lo comprobó al pasar. Al fin, llegó a los macizos y allí se escondió. Contenía la respiración. «Hay que esperar. Si me han oído, estarán escuchando. Quiera Dios que no me entren ganas de toser o estornudar. »

Esperó un par de minutos. El corazón le latía con violencia. Respiraba con dificultad.

—Estas palpitaciones no cesarán. No puedo seguir esperando.

Permanecía en la sombra, tras un macizo iluminado a medias.

—¡Qué rojas son las bayas de los viburnos! —murmuró maquinalmente.

Deslizándose como un lobo, se acercó a la ventana y se levantó sobre las puntas

de los pies. Entonces pudo ver el dormitorio de Fiodor Pavlovitch. Era una habitación pequeña y dividida en dos por biombos rojos, «chinos», como les llamaba su propietario.

«Gruchegnka está detrás de los biombos», pensó Mitia.

Y se dedicó a observar a su padre. Éste llevaba una bata que Dmitri no había visto nunca. Era de seda, listada, y de su cintura pendían cordones rematados por borlas. El cuello, doblado y abierto, dejaba ver una elegante camisa de fina holanda y botones de oro. En la cabeza llevaba el pañuelo rojo con el que le había visto Aliocha. Mitia pensó: «Se ha puesto guapo.» Fiodor Pavlovitch estaba cerca de la ventana, pensativo. De pronto, se acercó a la mesa, se sirvió medio vaso de coñac y se lo bebió. Después lanzó un hondo suspiro y otra vez estuvo inmóvil unos instantes. Después se acercó, distraído, al espejo, y levantó el pañuelo para examinar los cardenales y las costras que tenía en la cabeza.

«Seguramente está solo.»

Fiodor Pavlovitch se separó del espejo y se acercó de nuevo a la ventana. Mitia retrocedió para refugiarse en la oscuridad.

«¿Estará Gruchegnka durmiendo detrás de los biombos?»

Fiodor Pavlovitch se retiró de la ventana.

«La espera a ella —se dijo Mitia—. No hay razón para que aceche en la oscuridad. O sea, que ella no está aquí. La impaciencia devora al viejo.»

Mitia volvió a mirar por la ventana. Fiodor Pavlovitch estaba sentado ante la mesa. Su tristeza era evidente. Apoyó el codo en la mesa y la cara en la mano. Mitia lo observaba ávidamente.

«Está solo, completamente solo. Si Gruchegnka estuviera aquí, no estaría tan triste.»

Y, aunque parezca mentira, le molestó que Gruchegnka no estuviera allí.

«No es su ausencia lo que me inquieta —se explicó a sí mismo—, sino no saber qué hacer.»

Posteriormente, Mitia recordó que discurría con perfecta lucidez en aquellos momentos y que se daba cuenta de todo.

Su ansiedad procedia de la incertidumbre que se había apoderado de él y que iba en continuo aumento.

« ¿Está aquí o no está?»

De pronto, tomó una resolución. Extendió el brazo y dio unos golpes en la ventana: primero dos golpes espaciados, después tres golpes que se sucedieron rápidamente: era la señal convenida con Smerdiakov para que éste anunciara al viejo la llegada de Gruchegnka. Fiodor Pavlovitch se estremeció, levantó la cabeza y corrió a la ventana. Mitia volvió a ocultarse en las sombras. Fiodor Pavlovitch abrió la ventana y se asomó.

—Gruchegnka, ¿eres tú? —preguntó con voz alterada—. ¿Dónde estás, querida, ángel mío? ¿Dónde estás?

Jadeaba de emoción. «Está solo», se dijo Mitia.

—¿Dónde estás? —repitió el viejo, con todo el busto fuera de la ventana para poder mirar en todas direcciones—. Ven. Tengo un regalo para ti. Ven y lo verás.

«El sobre con los tres mil rublos», pensó Dmitri.

—¿Pero dónde estás? ¿Acaso en la puerta? Voy a abrir.

Fiodor Pavlovitch estuvo a punto de caer al exterior al mirar hacia la puerta que daba al jardín. Escrutaba las tinieblas. Se dispuso a ir a abrir sin esperar la respuesta de Gruchegnka. Mitia no vaciló. La luz interior permitía ver claramente el perfil detestado del viejo, con su prominente nuez, su nariz curvada, sus labios que sonreían en una espera voluptuosa. Una cólera infernal hirvió de pronto en el corazón de Mitia. «He aquí mi rival, mi verdugo.» Sintió un impulso irresistible: el arrebato de que le había hablado a Aliocha cuando conversaron en el pabellón.

—¿Pero serías capaz de matar a tu padre? —había preguntado Aliocha.

—No lo sé —había contestado Mitia—. Tal vez lo mate, tal vez no. Temo no poder soportar la visión de su cara en algún momento. Detesto su nuez, su nariz, sus ojos, su sonrisa impúdica. Me repugnan. Esto es lo que me inquieta. No podré contenerme.

La repugnancia llegó a lo intolerable. Mitia, fuera de si, sacó del bolsillo la mano de cobre del mortero.

«Dios me salvó en aquel momento», dijo más tarde Mitia. Y así fue, pues en aquel preciso instante el dolor despertó a Grigori. Antes de acostarse se había aplicado el remedio de que Smerdiakov hablara a Iván Fiodorovitch. Después de haberse frotado, ayudado por su mujer, con una mezcla de aguardiente y una infusión secreta fortísima, se bebió el resto del brebaje mientras Marta Ignatievna murmuraba una oración. Ella también tomó algunos sorbos, y, como no tenía costumbre de beber, se durmió profundamente al lado de su marido. De pronto, éste se despertó, estuvo pensativo un momento y, aunque sentía un dolor agudo en los riñones, se levantó y se vistió a toda prisa. Tal vez le parecía vergonzoso estar durmiendo cuando la casa no tenía guardián en «momentos de peligro». Smerdiakov permanecía inmóvil, agotado. «No tiene ninguna resistencia», pensó Grigori mientras le dirigía una mirada. Y, gimiendo, salió al soportal. Sólo quería echar una mirada desde allí, pues no tenía fuerzas para ir más lejos, a causa del tremendo dolor que sentía en los riñones y en la pierna derecha. De pronto, se acordó de que no había cerrado con llave la puertecilla del jardín. Era un hombre minucioso, esclavo del orden establecido y de los hábitos inveterados. Cojeando y entre contorsiones de dolor, bajó las gradas del porche y se dirigió al jardín. La puerta estaba abierta de par en par. Entró maquinalmente. Había

creído oír o ver a alguien. Pero miró a la izquierda y sólo vio la ventana abierta: en ella no había nadie. «¿Por qué la habrá dejado abierta? No estamos en verano», pensó Grigori.

En este momento vio frente a él, a unos cuarenta pasos, una sombra que corría velozmente. Alguien huía en la oscuridad. Grigori lanzó una exclamación y, olvidándose de su lumbago, emprendió la persecución del fugitivo. Como conocía el jardín mejor que el intruso, pudo ganar tiempo atajando. Mitia se dirigió a las estufas, las contorneó y llegó a la empalizada. Grigori, que no lo había perdido de vista, lo alcanzó en el momento en que empezaba a trepar por la cerca. Fuera de sí, Grigori profirió un grito y se aferró a una pierna de Dmitri. Su presentimiento se había cumplido. Reconoció al intruso en el acto: era él, el «miserable parricida».

—¡Parricida! —gritó el viejo.

Pero no pudo decir nada más: un certero golpe, y Grigori se desplomó como fulminado. Mitia saltó de nuevo al jardín y se inclinó sobre el cuerpo inerte. Maquinalmente, se deshizo de la mano del mortero, que arrojó cayera donde cayese, y que quedó a dos pasos de él, en el sendero, expuesto a la vista de todos.

Grigori tenía la cabeza llena de sangre. Mitia le palpó el cráneo, preguntándose con ansiedad si se lo habría roto, o si el viejo sufriría una simple conmoción. La sangre tibia fluía, impregnando los dedos temblorosos del agresor. Mitia sacó del bolsillo el inmaculado pañuelo que había cogido para ir a visitar a la señora de Khokhlakov y lo aplicó a la herida con la insensata esperanza de contener la sangre. El pañuelo se empapó en seguida. «Bueno, ¿y qué? ¡Cualquiera sabe lo que tiene! Pero eso poco importa ahora... Desde luego, lleva lo suyo. Si lo he matado, peor para él.»

Dijo esto en voz alta. Acto seguido, trepó por la empalizada y saltó a la callejuela. Echó a correr, al mismo tiempo que se guardaba en el bolsillo de la levita el pañuelo ensangrentado que llevaba en su mano derecha. Algunos transeúntes recordaron más tarde que aquella noche se habían cruzado con un hombre que corría como alma que lleva el diablo.

Se dirigió de nuevo a casa de la señora de Morozov. Cuando se había marchado después de su primera visita, Fenia se había apresurado a hablar con el portero, Nazario Ivanovitch, para suplicarle que no dejara entrar a Dmitri ni aquel día ni el siguiente. Una vez enterado de todo, el portero prometió hacer lo que se le decía, pero hubo de subir a casa del propietario, que en aquel momento le llamó. Dejó al cuidado de la portería a un sobrino suyo, muchacho de veinte años, recién llegado del campo, pero se le olvidó advertirle que no debía permitir la entrada al capitán. El muchacho, que guardaba buen recuerdo de las propinas de Mitia, lo reconoció y le abrió la puerta. Con amable sonrisa, se apresuró a informarle de que Agrafena Alejandrovna no estaba en casa. Mitia se quedó clavado en el suelo.

—Entonces, ¿dónde está?

—Pronto hará unas dos horas que ha partido para Mokroie con Timoteo.

—¿Para Mokroie? —exclamó Mitia—. ¿Y a qué ha ido a Mokroie?

—No lo sé exactamente, pero creo que a reunirse con un oficial que le ha enviado un coche.

Mitia irrumpió en la casa como un loco.

V. Una resolución repentina

Fenia estaba en la cocina con su abuela. Las dos se disponían a acostarse. Confiando en el portero, no habían cerrado la puerta del piso. Apenas entró, Mitia cogió a Fenia del cuello.

—¡Dime en seguida con quién está ella en Mokroie! —rugió. Las dos mujeres lanzaron un grito.

—Se lo diré todo, querido Dmitri Fiodorovitch; se lo diré todo —farfulló Fenia, aterrada—. No le ocultaré nada. La señorita ha ido a ver a un oficial.

—¿A qué oficial?

—Al que la abandonó hace cinco años.

Dmitri soltó a Fenia. Estaba pálido como un muerto y se había quedado sin voz. Las pocas palabras de Fenia habían sido suficientes para que lo comprendiera todo, para que adivinara incluso el menor detalle. La pobre Fenia era incapaz de darse cuenta de nada. Se había sentado en un cajón y alli permanecía temblorosa, con los brazos tendidos como para defenderse, sin hacer el menor movimiento. Con las pupilas dilatadas por el espanto, miraba a Mitia y a sus manos manchadas de sangre. Por el camino debía de habérselas llevado a la cara para limpiarse el sudor, pues tenía manchas de sangre en la frente y en el carrillo derecho. Fenia estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. La vieja cocinera parecía que iba a perder el conocimiento. Tenía los ojos desorbitados como una loca. Dmitri se sentó maquinalmente al lado de Fenia.

Estaba sumido en una especie de estupor. Sus pensamientos erraban. Pero todo estaba claro para él. La misma Gruchegnka le había hablado de aquel oficial y de la carta suya que había recibido un mes atrás. Así, desde hacía un mes, la intriga amorosa se había urdido sin que él se diera cuenta. El oficial había llegado antes de que él le hubiera vuelto a dedicar un solo pensamiento. ¿Cómo se explicaba esto? La pregunta surgió ante él como un monstruo y lo dejó helado de espanto.

De pronto, olvidándose de que acababa de maltratar y horrorizar a Fenia, empezó a hablarle con gran amabilidad, a interrogarla con una precisión impropia del estado de turbación en que se hallaba. Aunque miraba con estupor las manos ensangrentadas del capitán, Fenia respondió a sus preguntas sin vacilar. Poco a poco, fue sintiendo cierta satisfacción al darle toda clase de detalles, y no para aumentar su pena, sino porque sentía un sincero deseo de prestarle un servicio. Le habló de la visita de Rakitine y Aliocha, mientras ella vigilaba, y le repitió el saludo que su dueña le había enviado a él, a Mitia, por medio de su hermano menor. «Dile que no olvide nunca que lo he querido durante una hora.»

Mitia sonrió. Sus mejillas se tiñeron de rojo. Fenia, en la que el temor había cedido el puesto a la curiosidad, se aventuró a decirle:

—Tiene las manos manchadas de sangre, Dmitri Fiodorovitch.

—Sí —dijo Mitia, mirándose las manos distraídamente.

Hubo un largo silencio. Mitia ya no estaba asustado. Acababa de tomar una resolución irrevocable. Se levantó, pensativo.

—¿Qué le ha pasado, señor? —insistió Fenia, señalando las ensangrentadas manos.

La joven hablaba con acento compasivo, como le habría hablado una persona de la familia que compartiera su pesar.

—Es sangre, Fenia, sangre humana... ¿Por qué la habré derramado, Dios mío?... Allí hay una barrera —dijo, mirando a la muchacha como si le planteara un enigma —, una barrera alta y temible. Pero mañana, al salir el sol, Mitia la franqueará. Tú no sabes, Fenia, de qué barrera te hablo. No importa. Mañana lo sabrás todo. Ahora, adiós. No seré un obstáculo para ella: sé retirarme a tiempo... ¡Vive, adorada mía! Me has amado durante una hora. Acuérdate siempre de Mitia Karamazov.

Salió como un rayo, dejando a Fenia más asustada que poco antes, cuando se había arrojado sobre ella.

Diez minutos después estaba en casa de Piotr Ilitch Perkhotine, el funcionario al que había empeñado las pistolas por diez rubios. Eran ya las ocho y media, y Piotr Ilitch, después de haber tomado el té, acababa de ponerse la levita para ir a jugar una partida de billar. Al ver a Mitia con la cara manchada de sangre, exclamó:

—¡Dios mío! ¿Qué quiere usted?

—Se lo diré en dos palabras —farfulló Dmitri—. He venido a desempeñar mis pistolas. Gracias. Démelas en seguida, Piotr Ilitch. Tengo mucha prisa.

Piotr Ilitch estaba cada vez más asombrado. Mitia tenía en su mano derecha un fajo de billetes. Lo hacía de un modo insólito, con el brazo extendido, como para mostrarlo a todo el mundo. Sin duda, lo había llevado así por la calle. Esto se deducía de lo dicho después por la joven sirvienta que le había abierto la puerta. Los billetes que exhibía con sus dedos ensangrentados eran de cien rublos. Piotr Ilitch explicó algún tiempo después a los curiosos que no pudo calcular con una simple ojeada cuántos billetes eran, que la suma lo mismo podía ser de mil que de tres mil rublos. Y de Dmitri dijo que «aunque no bebido, no se hallaba en estado normal. Daba muestras de agitación y estaba distraído, absorto, como si tratase de resolver algún problema sin conseguirlo. Todo lo hacía apresuradamente y sus respuestas eran rápidas y extrañas. En ciertos momentos no mostraba la menor aflicción, sino que, por el contrario, su semblante irradiaba alegría.»

—¿Pero qué le ha pasado? —repitió Piotr Ilitch, que seguía mirándole con estupor—. ¿Cómo se ha ensuciado de ese modo? ¿Se ha caído? Mire cómo va.

Lo llevó ante un espejo. Al ver su sucio rostro, se estremeció y frunció el entrecejo.

—¡Esto me faltaba!

Pasó los billetes de su mano derecha a la izquierda y sacó el pañuelo. La sangre se había coagulado y pegado, de modo que el pañuelo era una bola compacta. Mitia lo arrojó al suelo.

—¿Puede darme un trapo para que me limpie la cara?

—¿De modo que no está herido? Lo mejor que puede hacer es lavarse. Venga; le daré agua.

—Buena idea. ¿Pero dónde dejo esto?

Y señalaba, turbado, el fajo de billetes, como si Piotr Ilitch tuviera la obligación de decirle dónde debía ponerlos.

—Guárdeselos en el bolsillo. O déjelos en la mesa. Nadie los tocará.

—¿En el bolsillo? Es verdad... En fin, esto no tiene importancia. Ante todo, terminemos el asunto de las pistolas. Devuélvamelas: aquí tiene el dinero. Las necesito. Y tengo mucha prisa.

Separó del fajo el primer billete y se lo ofreció.

—No tengo cambio —dijo Piotr Ilitch—. ¿No lleva los diez rubios sueltos?

—No.

Pero, de pronto, tuvo un gesto de duda y empezó a repasar los billetes del fajo.

—Todos son iguales —dijo mientras dirigía a Piotr Ilitch una mirada interrogadora.

—¿De dónde ha sacado usted esa fortuna? —preguntó el funcionario. Y añadió —: Enviaré al muchacho a casa de los Plotnikov. Cierran tarde. Allí nos darán cambio. ¡Micha! —llamó, dirigiendo su voz al vestíbulo.

Mitia exclamó:

—¡Buena idea! ¡A casa de los Plotnikov!

Y, encarándose con el muchacho, que acababa de llegar, continuó:

—Mitia, corre a casa de los Plotnikov. Diles que Dmitri Fiodorovitch les envía un saludo a irá en seguida. Otra cosa. Di que me preparen champán, tres docenas de botellas, embaladas como la otra vez, cuando partí para Mokroie... Entonces me llevé cuatro docenas —continuó, dirigiéndose a Piotr Ilitch—. De modo que ellos están al corriente, Micha. Que pongan también queso, pastas de Estrasburgo, tímalos ahumados, jamón, caviar y, en fin, todo lo que tengan. Un paquete de cien o ciento veinte rublos. Que no se olviden de poner bombones, peras, dos o tres sandías..., no, con una habrá bastante...; chocolate, caramelos...; en fin, como la otra vez. Todo esto y el champán debe de subir unos trescientos rublos... No te olvides de nada, Micha... Se llama Micha, ¿verdad? —preguntó a Piotr Ilitch.

—Oiga —dijo el funcionario, inquieto—, será mejor que vaya usted mismo a hacer esos encargos. Micha se armará un lío.

—Tengo miedo... ¡Micha, te ganarás una buena propina! Si me haces bien el

encargo, te daré diez rublos... Anda, ve en seguida... Que no se olviden del champán y que pongan también coñac, vino tinto y vino blanco..., en fin, todo como la última vez... Ellos ya saben lo que pusieron.

—Escuche —dijo Piotr Ilitch, perdida la paciencia—: el muchacho irá sólo a cambiar y a decir que no cierren. Después irá usted a hacer. sus encargos. Déle el billete. ¡Anda, Micha; ve a cambiarlo!

Piotr Ilitch tenía prisa en que se marchara, pues el muchacho miraba a Mitia con la boca abierta y los ojos más abiertos aún, al ver las manchas de sangre y el fajo de billetes en las manos temblorosas de Dmitri. Seguramente, apenas había comprendido las instrucciones de Mitia.

—Y ahora va usted a lavarse —dijo enérgicamente Piotr Ilitch—. Deje el dinero en la mesa o guárdeselo en el bolsillo... Asi. Quítese la levita.

Le ayudó a quitársela y exclamó:

—¡Mire! Su levita está manchada de sangre.

—¡Bah! Una manchita en la manga y otra aquí, en el sitio del pañuelo. La sangre habrá atravesado el forro del bolsillo; al sentarme en casa de Fenia. Sin duda, me he sentado sobre el pañuelo.

Mitia hablaba en tono confiado. Piotr Ilitch lo escuchaba, ceñudo.

—Pronto se le ha pasado a usted el disgusto. Porque ha habido pelea, ¿verdad? —preguntó el funcionario.

Tenía en la mano un jarro de agua que iba vertiendo poco a poco. Mitia se lavaba precipitadamente y mal. Sus manos temblaban. Piotr Ilitch le dijo que se volviera a enjabonar y que se frotara bien. Había cobrado sobre Mitia un ascendiente que aumentaba por momentos. Debemos advertir que el funcionario no tenía temor a nada ni a nadie.

—Lávese bien las uñas... Y ahora la cara... Aquí, cerca de la sien... Y la oreja... ¿Con esa camisa va a salir a la calle? Tiene manchada toda la manga derecha.

—Es verdad —dijo Mitia, mirándola.

—Póngase otra.

—No tengo tiempo... Pero verá lo que voy a hacer.

Dmitri hablaba en el mismo tono confiado. Se secó y se puso la levita.

—Me doblaré el puño... Así. ¿Ve usted? Ya no se ve la mancha.

—Ahora dígame qué le ha pasado. ¿Se ha vuelto a pelear en la taberna? ¿Ha vuelto a pegarle al capitán?

Piotr Ilitch dijo esto último en un tono de reproche. Añadió:

—¿A quién ha vapuleado ahora?... ¿O ha matado?...

—Eso no tiene importancia.

—¿Usted cree?

Mitia se echó a reir.

—No vale la pena. Acabo de liquidar a una vieja.

—¿A una vieja? ¿Dice usted que la ha... liquidado?

—No, a un viejo —rectificó Mitia, que miraba a Piotr Ilitch, riendo y gritando como si hablara con un sordo.

—Sea viejo o vieja, el caso es que ha matado usted a una persona.

—Después de luchar, nos hemos reconciliado. Hemos quedado buenos amigos... ¡Qué imbécil! Seguramente, a estas horas me ha perdonado. Si se hubiera vuelto a levantar, no me habría perdonado nunca.

Mitia guiñó un ojo y exclamó:

—¡Que se vaya al diablo! ¿Oye, Piotr Ilitch?

Y terminó con acento tajante:

—Dejemos esto. No quiero hablar por ahora de este asunto.

—Permitame que le diga que usted está siempre dispuesto a pelearse con cualquiera, como se peleó aquella vez, por cosas insignificantes, con el capitán. Acaba usted de librar una de sus batallas, y sólo piensa en pasar una noche de jarana. Eso lo retrata... ¡Tres docenas de botellas de champán! ¿Para qué tanta bebida?

—¡Bueno! Déme usted las pistolas. El tiempo apremia. Me encanta hablar con usted, querido, pero se me ha echado el tiempo encima... ¿Dónde he dejado el dinero, qué he hecho de él?

Se registraba los bolsillos.

—Lo ha dejado en la mesa. ¿Ya no se acuerda? ¡Qué poca atención presta usted al dinero! Aquí tiene sus pistolas. Es extraño: a las cinco las empeña por diez rublos, y ahora tiene en su poder dos o tres mil.

—Tres mil —dijo Mitia riendo. Y se guardó los billetes en un bolsillo.

—Si los lleva ahí, los perderá. ¿Acaso ha encontrado usted una Mitia de oro?

—¿Una Mitia de oro? —exclamó Dmitri, echándose a reír—. ¿Quiere ir a las minas? Conozco a una dama que le dará tres mil rubios sólo por eso, por ir a las minas. A mi me los ha dado: ya ve usted hasta qué punto está chiflada por los filones. ¿La conoce usted? Es la señora de Khokhlakov.

—Sólo la conozco de vista. Pero me han hablado mucho de ella. ¿De modo que esos tres mil rublos se los ha dado, sin más ni más, esa señora? —preguntó Piotr Ilitch, mirando a Mitia con un gesto de incredulidad.

—Mañana, cuando salga el sol, cuando resplandezca el eternamente joven Febo, vaya, alabando a Dios, a casa de esa señora y pregúntele si me ha dado este dinero o no me lo ha dado. Así se convencerá.

—Ignoro las relaciones que tiene usted con ella. Pero habla con tanta seguridad, que le creo... Ahora tiene usted dinero; no es, pues, fácil que Siberia le atraiga. Hablando en serio, ¿adónde va usted?

—A Mokroie.

—¿A Mokroie? ¡Pero si ya es de noche!

—Lo tenía todo y ya no tengo nada —dijo Mitia con un repentino impulso.

—¿Cómo que no tiene nada? Tiene miles de rublos. ¿A eso llama nada?

—No hablo del dinero. El dinero me importa un comino. Me refiero a las mujeres... «Las mujeres son crédulas, versátiles, depravadas», dijo Ulises. Y tenía razón.

—No le comprendo.

—¿Acaso estoy borracho?

—Su mal es más grave.

—Hablo de la embriaguez moral, Piotr Ilitch, de la embriaguez moral... En fin, dejemos esto.

—¿Pero qué hace? ¿Va a cargar esa pistola?

—Sí, voy a cargarla.

Y así lo hizo. Abrió la caja y llenó de pólvora un cartucho. Antes de poner la bala en el cañón, la examinó a la luz de la bujía.

—¿Por qué mira la bala? —preguntó Piotr Ilitch, sin poder contener su curiosidad.

—Porque si. Se me ha ocurrido de pronto... ¿Es que usted, si fuera a alojarse una bala en los sesos, no la miraría antes de ponerla en la pistola?

—No, ¿para qué?

—Como me ha de atravesar el cráneo, me interesa ver cómo está hecha... Pero todo esto son tonterías... Ya está —añadió, después de colocar la bala y calzarla con estopa—. ¡Qué absurdo es todo esto, Piotr Ilitch!... Déme un trozo de papel.

—Aquí lo tiene.

—No, un papel blanco: es para escribir... Éste va bien.

Mitia cogió una pluma y escribió dos líneas rápidamente. Después dobló y volvió a doblar el papel y se lo guardó en un bolsillo del chaleco. Luego colocó las pistolas en la caja y cerró ésta con llave. Con la caja en la mano, se quedó mirando a Piotr Ilitch, risueño y pensativo.

—Vamos —dijo.

—¿Adónde? No, espere.

Y preguntó, inquieto:

—¿De modo que piensa usted alojarse esa bala en el cráneo?

—¡Oh, no! ¡Qué tontería! Quiero vivir, adoro la vida. Adoro al dorado Febo y a su cálida luz... Mi querido Piotr Ilitch, ¿eres capaz de apartarte?

—¿De apartarme?

—Sí, de dejar el camino libre, tanto al ser querido como al odiado, y decirle: «Que Dios os guarde. Pasad. Yo...»

—¿Usted qué?

—Basta. Vamos.

—Le aseguro que lo contaré todo para que no lo dejen salir de la ciudad —dijo Piotr Ilitch, mirándole fijamente—. ¿A qué va a Mokroie?

—A ver a una mujer... Y ya no puedo decirte más, Piotr hitch.

—Oiga, aunque es usted un poco salvaje, me ha sido simpático y estoy inquieto.

—Gracias, hermano. Dices que soy un salvaje, y es verdad. No ceso de repetírmelo: « ¡Salvaje, salvaje! »... ¡Hombre, aquí está Micha! Ya no me acordaba de él.

Micha llegó corriendo. Tenía en la mano un fajo de billetes pequeños y dijo que todo iba bien en casa de los Plotnikov. Se estaban embalando las botellas, el pescado, el té. Todo lo encontraría listo Dmitri Fiodorovitch. Éste entregó un billete de diez rublos al funcionario y ofreció otro a Micha.

—No, no haga eso en mi casa. No hay que acostumbrar mal a la servidumbre. Administre bien su dinero. Si lo malgasta, mañana volverá a pedirme diez rublos prestados. ¿Por qué se los pone en ese bolsillo? ¿No ve que los va a perder?

—Oye, querido; acompáñame a Mokroie.

—No tengo nada que hacer en Mokroie.

—¡Vamos a vaciar una botella, a beber por la vida! ¡Tengo sed de beber contigo! Nunca hemos bebido juntos.

—De acuerdo. Vamos a la taberna.

—Vamos. Pero a casa de los Plotnikov, a la trastienda. ¿Quieres que te plantee un enigma?

—Bueno.

Mitia sacó del bolsillo del chaleco el papel que había escrito y lo mostró al funcionario. En él se leía claramente: « Me castigo: he de expiar mi vida entera.»

—Desde luego, lo contaré a alguien —dijo Piotr hitch.

—No tendrás tiempo, querido. Anda, vamos a beber.

El establecimiento de los Plotnikov —ricos comerciantes— estaba cerca de casa de Piotr Ilitch, en una esquina de la misma calle. Era la mejor tienda de comestibles de la localidad. En ella había de todo, como en los grandes comercios de la capital: vino de las bodegas de los Hermanos leliseiev, fruta de todas las clases, tabaco, té, café, etcétera. Contaba con tres empleados y dos chicos para transportar los pedidos. Nuestra comarca se empobrecía, los propietarios se dispersaban, el comercio languidecía, pero la tienda de los Plotnikov no cesaba de prosperar, ya que sus productos eran indispensables para el público.

Estaban esperando a Mitia con impaciencia, pues se acordaban de que tres o cuatro semanas atrás había hecho compras por valor de varios centenares de rublos (al contado: a crédito no le habrían vendido nada). Aquella vez, como ésta, tenía en la mano un grueso fajo de billetes grandes que repartía a derecha a izquierda sin ajustar

precios ni preocuparse por la importancia de las compras. En la ciudad se decía que en aquel viaje a Mokroie con Gruchegnka había despilfarrado tres mil rublos en veinticuatro horas y que había regresado sin un céntimo. Contrató a una orquesta de cíngaros que tenían su campamento en los alrededores de la ciudad, y los músicos se aprovecharon de su embriaguez para sacarle el dinero y beber sin tasa vinos de los mejores. Entre risas se contaba que en Mokroie había obsequiado con champán a los campesinos, y con bombones y pastas a las campesinas. Estos alegres comentarios se hacían sobre todo en la taberna, pero siempre en ausencia de Mitia, medida prudente, pues se recordaba que, según dijo el propio Dmitri, la única compensación que había obtenido de esta escapada con Gruchegnka había sido que ella «le permitiese besarle los pies».

Cuando Mitia y Piotr Ilitch llegaron al establecimiento, ya esperaba ante la puerta un coche tirado por tres caballos. Éstos llevaban collares de cascabeles y el coche estaba alfombrado. Lo conducía un cochero llamado Andrés. Ya se había llenado una caja de comestibles, y sólo se esperaba que llegase el comprador para cerrarla y cargarla en el coche.

Piotr Ilitch exclamó, asombrado:

—¿Cómo es que está aquí esta troika?

—Cuando iba a tu casa, me he encontrado con Andrés y le he dicho que viniera directamente aquí. No hay tiempo que perder. El viaje anterior lo hice con Timoteo, pero esta vez Timoteo ha partido ya con una maravillosa viajera. ¿Crees que nos llevan mucha delantera, Andrés?

—Una hora a lo sumo —se apresuró a contestar Andrés, un hombre seco, de cabello rojo y que estaba en la plenitud de la edad—. Sé cómo va Timoteo y le aseguro, Dmitri Fiodorovitch, que lo llevaré a la velocidad necesaria para que la ventaja no aumente.

—Te daré cincuenta rublos de propina si llegamos sólo una hora después que Timoteo.

—Le respondo de ello, Dmitri Fiodorovitch.

Mitia daba órdenes con visibles muestras de agitación, de un modo extraño a incongruente. Piotr Ilitch se preparó para intervenir en el momento oportuno.

—Por valor de cuatrocientos rublos, como la vez pasada —dispuso Dmitri—. Cuatro docenas de botellas de champán. Ni una menos.

—¿Para qué tantas? —preguntó Piotr Ilitch—. ¡Un momento! —exclamó seguidamente—. ¿Qué hay en esa caja? No es posible que eso valga cuatrocientos rublos.

Los empleados lo rodearon deshaciéndose en amabilidades y le explicaron que en aquella primera caja sólo había «lo necesario para empezar»: media docena de botellas de champán, entremeses, bombones, etc. La parte principal del pedido se

enviaría aparte, como la otra vez, en un coche de tres caballos que llegaría a Mokroie una hora después, a lo sumo, que Dmitri Fiodorovitch.

—Que no pase más de una hora —dijo Mitia—. Y pongan bombones y caramelos a discreción. A las muchachas de Mokroie les gustan mucho.

—De acuerdo en que pongan una buena cantidad de caramelos. ¿Pero por qué cuatro docenas de botellas? Una habría sido suficiente.

El funcionario dijo esto un tanto enfurecido. Después empezó a regatear y exigió que se extendiera una factura. Sin embargo, sólo logró salvar un centenar de rublos. Los vendedores reconocieron que la mercancía comprada no valía más de trescientos rublos.

De pronto, pareció cambiar de opinión.

—¿Pero a mí qué me importa todo esto? —exclamó—. ¡Vete al diablo! ¡Derrocha esos billetes que has ganado sin ningún esfuerzo!

—¡No te enfades, hombre! No hay que ser tan tacaño —dijo Mitia, llevándoselo a la trastienda—. Vamos a beber. Me encantan los buenos chicos como tú.

Mitia se sentó ante una mesita cubierta por un mantel no del todo limpio. Piotr Ilitch se sentó frente a él y le sirvieron champán . Les preguntaron si querían ostras, las primeras que habían recibido. Estaban recién cogidas.

—¡Al diablo las ostras! —exclamó groseramente Piotr Ilitch—. No quiero ostras; no quiero nada.

—No hay tiempo para comer ostras —dijo Mitia—. Por otra parte, no tengo apetito. Ya sabes, amigo mío, que nunca me ha gustado el desorden.

—¿Ah, no? ¡Válgame Dios! Tres docenas de botellas de champán para los vagabundos. ¡Eso es una locura!

—No me refiero a ese orden, sino al orden superior. Un orden que en mí no existe... En fin, como todo ha terminado, no hay que preocuparse. Es demasiado tarde. Toda mi vida ha sido desordenada; ya es hora de que la ordene. Como ve, domino el retruécano.

—Lo que veo es que estás divagando.

—«¡Gloria al Altísimo en el mundo! ¡Gloria al Altísimo en mí!»... Estos versos, mejor dicho, estas lágrimas, se escaparon de mi alma un día. Sí, los compuse yo, pero no cuando arrastraba al capitán tirando de su barba.

—¿A qué viene nombrar ahora al capitán?

—No lo sé. ¡Pero qué importa! Cuando todo termina, todo va a parar al mismo total.

—Tus pistolas me tienen preocupado.

—¡Bah! Bebe y no pienses en nada. Amo la vida, y la he amado mucho, hasta el hastío. Bebamos por la vida, querido... ¿Cómo puedo estar contento? Soy vil, mi vileza me atormenta, y, sin embargo, estoy contento. Bendigo la creación, estoy

dispuesto a bendecir a Dios y a sus obras, pero... he de destruir en mi un mal insecto que ataca a las vidas ajenas. ¡Bebamos por la vida, hermano! ¿Hay algo más hermoso? Bebamos también por la reina de las reinas.

—Bien. Bebamos por la vida y por tu reina.

Vaciaron un vaso. Mitia, pese a su exaltación, estaba triste. Parecía presa de una abrumadora preocupación.

—¡Micha! ¡Mira, es Micha! ¡Eh, ven aquí! Toma, querido. Bébete este vaso por Febo, el de los cabellos de oro, que aparecerá en el cielo mañana.

—¡No tienes por qué invitarlo! —exclamó Piotr Ilitch, irritado.

—Déjame, quiero hacerlo.

El funcionario gruñó. Micha bebió, saludó y se fue.

—Así se acordará más tiempo de mí... ¡Amo a una mujer! ¿Qué es la mujer? La reina de la tierra. Estoy triste, Piotr Ilitch. Acuérdate de Hamlet. «Estoy triste, muy triste, Horacio... ¡Ay, pobre Yorick! » Tal vez yo sea Yorick. Sí, ahora soy Yorick, y muy pronto seré un cráneo.

Piotr Ilitch lo escuchaba en silencio. Mitia enmudeció también.

De pronto, Dmitri vio en un rincón un pequeño sabueso de ojos negros y preguntó distraídamente a un empleado:

—¿Qué hace aquel perro allí?

—Es el sabueso de Varvara Alexeievna, nuestra patrona —repuso el empleado—. Se lo ha dejado aquí por olvido. Habrá que llevárselo a su casa.

—Yo vi uno muy parecido en el cuartel —dijo Mitia, absorto—. Pero aquél tenía rota una de las patas traseras... Oye, Piotr Ilitch; quiero hacerte una pregunta: ¿has robado alguna vez?

—¿A qué viene eso?

—Me refiero al dinero que se quita a otro, no al Tesoro Público, al que todo el mundo defrauda lo que puede, y tú el primero, sin duda...

—¡Vete al diablo!

—Dime: ¿has quitado el monedero del bolsillo a alguien?

—No; lo que hice una vez fue quitar veinte copecs a mi madre. Entonces yo tenía nueve años. Estaban sobre la mesa. Los cogí disimuladamente y cerré la mano con todas mis fuerzas.

—¿Y qué pasó?

—Nadie había visto nada. Los tuve tres días. Después, avergonzado, lo confesé todo y los devolví.

—¿Y entonces...?

—Me dieron una paliza, naturalmente... Pero oye: ¿es que tú has robado?

—Sí —dijo Mitia guiñando un ojo con expresión maligna.

—¿Qué has robado?

—Veinte copecs a mi madre. Yo tenía entonces nueve años. Los devolvítres días después.

Y se levantó.

—Dmitri Fiodorovitch, dése prisa —gritó Andrés desde la puerta de la tienda.

—¿Ya está todo preparado? Pues vámonos... Pero antes denle a Andrés un vaso de vodka. ¡En seguida! Y después coñac... Esta caja, la de las pistolas, hay que ponerla en el asiento... Adiós, Piotr Ilitch. No guardes mal recuerdo de mi.

—¿Volverás mañana?

—Sí, sin falta.

—¿Quiere pagar, señor? —preguntó un empleado.

—¿Pagar? ¡Claro que si!

Volvió a sacar del bolsillo el fajo de billetes, echó tres sobre el mostrador y salió. Todos lo acompañaron hasta la puerta para decirle adiós y desearle un buen viaje. Andrés, con la voz enronquecida por el coñac que acababa de beber, subió al pescante. Cuando el viajero iba a poner el pie en el estribo, apareció Fenia corriendo, jadeante. La joven enlazó las manos y se arrojó a los pies de Mitia.

—¡Por Dios, Dmitri Fiodorovitch, no pierda a Agrafena Alejandrovna! ¡Y pensar que he sido yo la que se lo ha contado todo!... No haga ningún daño a ese hombre. Es su primer amor.

Ha vuelto de Siberia para casarse con ella. No destroce una vida. —Ahora lo comprendo todo —murmuró Piotr Ilitch—. Va a haber jaleo en Mokroie. Dmitri Fiodorovitch, dame en seguida esas pistolas; demuéstrame que eres un hombre.

—¿Las pistolas? No te preocupes. Las arrojaré a un charco por el camino... Fenia, levántate; no quiero verte a mis pies. Desde hoy, Mitia, ese necio, no volverá a hacer daño a nadie.

Subió al coche y, ya sentado, exclamó:

—Te he ofendido hace unos momentos, Fenia. Perdóname. Y si no quieres perdonarme, alla tú... ¡A mi qué!... ¡En marcha, Andrés!

Restalló el látigo. Los cascabeles empezaron a sonar.

—¡Hasta la vuelta, Piotr Ilitch! ¡Para ti mi última lágrima!

Piotr Ilitch se dijo en su fuero interno:

«No está borracho. Sin embargo, ¡qué tonterías dice!»

Tenía el propósito de permanecer allí para vigilar el envío del resto de las provisiones, sospechando que querian engañar a Dmitri; pero, de pronto, se indignó contra si mismo, escupió en un arranque de rabia y se fue a jugar al billar.

«Es un imbécil, pero, en el fondo, un buen muchacho —se iba diciendo por el camino—. Ya he oído hablar de ese oficial de Gruchegnka. Si en verdad ha llegado... ¡Ah, esas pistolas!... ¿Pero qué diablo me importa a mi? ¿Acaso soy su ayo? ¡Que haga lo que quiera! Además, no pasará nada. Esos bravucones no hacen más que

vociferar. Se pegarán cuando estén borrachos y luego harán las paces. ¡Vaya unos hombres de acción!... ¿Qué querrá decir eso de “apartarse” y de “castigarse”?... No, no hará nada. Estando bebido en la taberna, ha dicho mil veces cosas parecidas. Ahora está “embriagado moralmente”... ¿Acaso soy yo su mentor? Sin duda, se ha pegado con alguien. Tenía la cara manchada de sangre. ¿Con quién se habrá peleado?... Y aún estaba más manchado su pañuelo..., ese asqueroso pañuelo que ha estado en el suelo de mi habitación... ¡Puf!»

Llegó al café de pésimo humor. Empezó en seguida una partida de billar y esto le alegró un poco. Jugó otra partida y contó que Dmitri Fiodorovitch Karamazov volvía a tener dinero, que le había visto en las manos tres mil rublos, que Mitia se había ido por segunda vez a Mokroie para divertirse con Gruchegnka. Sus amigos le escucharon con gesto de grave curiosidad. Incluso interrumpieron el juego.

—¿Tres mil rublos? ¿De dónde los habrá sacado?

Contestando a las preguntas de sus camaradas, dijo que el dinero se lo había dado la señora de Khokhlakov, cosa que no creyó nadie.

—¿No habrá desvalijado a su padre?

—¡Tres mil rublos! Eso es muy sospechoso.

—Una vez dijo en voz alta que mataría a su padre. Todos los que estábamos aquí lo oímos. Y entonces habló de tres mil rublos.

Piotr Ilitch se mostró lacónico desde este momento. No dijo nada de la sangre que manchaba la cara y las manos de Mitia, aunque tuvo la intención de hablar de ello cuando se dirigía al café. Empezó la tercera partida. Poco a poco fueron cesando los comentarios sobre Mitia. Cuando esta partida terminó, Piotr Ilitch dijo que ya estaba cansado de jugar. Dejó el taco en su sitio y se marchó sin cenac, aunque había llegado decidido a hacerlo.

Cuando estuvo en la calle, se quedó perplejo. ¿Debía ir a casa de Fiodor Pavlovitch para enterarse de si había ocurrido algo? «No —decidió—, no iré a despertar a la gente y a armar escándalo por una tontería como ésta. ¡Yo no soy al ayo de Dmitri, demonio!

Ya se dirigía a su casa, de muy mal humor por cierto, cuando se acordó de Fenia.

—¡Qué tonto he sido! —exclamó mentalmente—. Debí interrogarla. Así ya lo sabría todo.

Y experimentó un deseo tan vivo de ver a Fenia, de hablar con ella, de informarse de todo, que a medio camino cambió de rumbo y se dirigió a casa de la señora de Morozov, donde vivía Gruchegnka. Al llamar a la puerta, el golpe resonó en el silencio de la noche, lo que le produjo cierta irritación. Nadie contestó; todos los habitantes de la casa dormían profundamente.

—Voy a alarmar a todo el barrio —se dijo.

Esta idea le desagradó; pero Piotr Ilitch, lejos de marcharse, siguió llamando. Los

golpes resonaban en toda la calle.

—¡Me han de abrir! —exclamó, indignado contra sí mismo y mientras repetía las llamadas con creciente violencia.

VI. ¡Aquí estoy yo!

Entre tanto, Dmitri Fiodorovitch volaba hacia Mokroie. La distancia era de unas veinte verstas, y la troika de Andrés avanzaba tan velozmente, que no tardaría más de hora y cuarto en llegar al término de su viaje. La rapidez de la carrera tonificó a Mitia.

Soplaba un fresco vientecillo. El cielo estaba estrellado. Era la misma noche y tal vez la misma hora en que Aliocha, tendiendo los brazos sobre la tierra, juraba, exaltado, amarla siempre.

Mitia sentía una profunda turbación y una viva ansiedad. Sin embargo, en aquellos momentos sólo pensaba en su ídolo, al que quería ver por última vez. No tuvo un instante de duda. Parecerá mentira que aquel celoso no sintiera celos de aquel personaje recién llegado, de aquel rival surgido repentinamente. Tal vez no le habría ocurrido lo mismo con otro rival cualquiera, tal vez la sangre de éste habría manchado sus manos; pero por aquel primer amante no sentía odio, celos ni animosidad de ninguna especie. Verdad es que aún no lo había visto.

«Los dos tienen derecho a amarse, un derecho que nadie les puede discutir. Es el primer amor de Gruchegnka. Han transcurrido cinco años y ella no lo ha olvidado. Por lo tanto, durante este tiempo, Gruchegnka sólo lo ha amado a él. ¿Por qué habré venido a interponerme entre ellos?... ¡Apártate, Mitia! ¡Deja el camino libre! Por otra parte, todo ha terminado ya, todo habría terminado aunque ese oflcial no hubiera existido.»

En estos términos había expresado sus sensaciones si hubiera podido razonar. Pero no estaba en condiciones de discurrir. Su resolución había sido espontánea. La había concebido y adoptado con todas sus consecuencias cuando Fenia había empezado a explicarle lo sucedido. Sin embargo, experimentaba una turbación dolorosa: aquella resolución no le había devuelto la calma. Lo atormentaban demasiados recuerdos. En algunos momentos esto le parecía incomprensible. Él mismo había escrito su sentencia: «Me castigo, expío» ... El papel estaba en un bolsillo de su chaleco; la pistola, cargada. Había decidido terminar al día siguiente, cuando los primeros rayos de «Febo, el de los cabellos de oro», iluminaran la tierra. Pero no podía borrar su abrumador pasado, y esta idea lo desesperaba. Hubo un momento en que tuvo la tentación de detener el coche, bajar, sacar la pistola y acabar de una vez, sin esperar a que llegase el día. Pero fue una idea fugaz. La troika devoraba kilómetros, y cuanto más se acercaba al final del viaje, más enteramente se apoderaba del corazón de Mitia el recuerdo de Gruchegnka, desterrando de su mente todos los pensamientos tristes. Anhelaba verla aunque fuese desde lejos.

«Veré —se decía— cómo se porta ahora con él, con su primer ampr. No necesito más.»

Nunca había amado tanto a aquella mujer fatal. Era un sentimiento riuevo, jamás experimentado, que iba desde la imploración, hasta el deseo de desaparecer ante ella.

—¡Y desapareceré! —profirió de pronto, como soñando.

Hacia ya una hora que habían partido. Mitia callaba. Andrés, aunque era hablador, no había dicho palabra. Se limitaba a estimular a sus caballos bayos, flacos, pero animosos.

De pronto, Mitia exclamó, profundamente inquieto:

—¿Y si están durmiendo, Andrés?

No había pensado en esta posibilidad.

—No sería extraño, Dmitri Fiodorovitch.

Mitia frunció el ceño. Mientras él viajaba con los más nobles sentimientos, los otros dormían tranquilamente... Incluso ella..., y, a lo mejor, con él. La cólera hervía en su corazón.

—¡Corre, Andrés! ¡Fustiga a los caballos!

—Podría ser que no se hubieran acostado todavía —dijo Andrés tras una pausa—. Hace un momento, Timoteo ha dicho que había allí mucha gente.

—¿En la posta?

—No, en el parador de los Plastunov.

—Mucha gente. ¿Pero qué gente?

La inesperada noticia había afectado profundamente a Mitia. —Según Timoteo, todos son señores. Dos de la ciudad, que no sé quiénes son; dos forasteros, y me parece que otro. Creo que están jugado a las cartas.

—¿A las cartas?

—Por eso le digo tal vez que estén despiertos. No deben de ser más de las once.

—¡Fustiga, Andrés, fustiga! —insistió Mitia, nervioso.

Nuevo silencio. Al fin, dijo Andrés:

—Quisiera hacerle una pregunta, señor. Pero temo que se moleste.

—Habla.

—Hace un momento, Fedosia Marcovna le ha pedido de rodillas que no haga ningún daño a su señorita ni a otra persona; pero veo que no me parece usted muy dispuesto a hacer lo que Fedosia desea. Perdóneme, señor, si mi conciencia me ha llevado a decir una tontería.

Mitia lo aferró con violencia por los hombros.

—Tú eres el cochero, ¿no?

—Sí.

—Entonces debes saber que es necesario dejar el camino libre. Porque sea uno cochero y quiera pasar, no tiene ningún derecho a atropellar a la gente. No, cochero, no hay que atropellar a nadie, no hay que destrozar las vidas ajenas. Si tú lo has hecho, si tú has roto la vida de alguien, castígate a ti mismo, ¡vete de este mundo!

Mitia hablaba con exaltación inaudita. A pesar de su asombro, Andrés siguió conversando.

—Tiene usted toda la razón, Dmitri Fiodorovitch. No hay que hacer daño a nadie. Y tampoco a los animales, ya que también son criaturas de Dios. Pongamos los caballos como ejemplo. Hay cocheros que los maltratan brutalmente. No hay freno para su crueldad. Llevan una marcha infernal.

—¡Infernal! —exclamó Mitia lanzando una repentina carcajada, y, cogiendo de nuevo al cochero por los hombros, añadió—: Dime, Andrés, alma sencilla: ¿crees que Dmitri Fiodorovitch Karamazov irá al infierno?

—No lo sé. Eso depende de usted... Oiga, señor: cuando murió el Hijo de Dios en la cruz, se fue derecho al infierno y libertó a todos los condenados. Y el demonio gimió ante la idea de que ya no iría al infierno ningún pecador. Entonces Nuestro Señor le dijo: «No te lamentes; albergarás grandes señores, políticos de altura, jueces, personas opulentas. Como siempre. Y así será hasta que Yo vuelva.» Éstas fueron sus palabras.

—Bonita leyenda popular. ¡Fustiga al caballo de la izquierda!

—Ya sabe, señor, quiénes están destinados al infierno. A usted le miramos como a un niño pequeño. Es usted un hombre violento, pero Dios le perdonará por su simplicidad.

—¿Me perdonarás también tú, Andrés?

—¿Yo? Usted no me ha hecho nada.

—No me entiendes. Digo que si me perdonas tú solo en nombre de todos..., ahora, en el camino... Contesta, alma sencilla.

—¡Oh señor; qué cosas tan raras dice! Me da usted miedo.

Mitia ni siquiera lo oyó. Exaltado, siguió diciendo:

—Señor, recíbeme con toda mi iniquidad; no me juzgues. Permíteme pasar sin juicio, pues ya me he condenado yo mismo; no me juzgues, Dios mío, porque te amo. Soy vil, pero te amo. Incluso desde el infierno, si me envías allí, proclamaré este amor eternamente. Pero déjame terminar de querer aquí abajo..., sólo durante cinco horas más, hasta la salida de tu sol... Adoro a la reina de mi alma; es un amor que no puedo acallar. Tú me ves enteramente, tal como soy. Caeré de rodillas ante ella y le diré: «Tienes razón en querer seguir tu camino. Adiós; olvida a tu víctima; no te inquietes lo más mínimo por mí.»

—¡Makroie! —gritó Andrés señalando el pueblo con el látigo.

En medio de la oscuridad de la noche se percibía la masa negra de las casas, que ocupaban una extensión considerable. Makroie tenía dos mil habitantes, pero a aquella hora el pueblo dormía. Sólo algunas luces dispersas taladraban las sombras.

—¡De prisa, Andrés; estamos llegando! —exclamó Mitia, defirante.

Andrés señaló el parador de los Plastunov, situado a la entrada del pueblo y cuyas

seis ventanas, que daban a la calle, estaban iluminadas.

—Allí hay gente despierta —dijo.

—¡Sí, gente despierta! —afirmó Mitia, cada vez más excitado—. ¡Haz mucho ruido, Andrés! ¡A galope! ¡Que se oigan los cascabeles! ¡Que todo el mundo sepa que llego yo! ¡Yo, yo en persona!

Acuciado por Andrés, la troika empezó a galopar y llegó con gran ruido al pie del pórtico del parador, donde el cochero detuvo a los rendidos caballos.

Mitia se apeó de un salto. En este preciso momento, el dueño del parador, que iba a acostarse, se asomó para ver quién llegaba con tanta prisa.

Aunque había amasado ya una fortuna, Trifón Borisytch se aprovechaba de la alegre generosidad de los diáipadores. Recordaba que el mes anterior había ganado en un solo día trescientos rublos gracias a una de las francachelas de Dmitri Fiodorovitch con Gruchegnka. De aquí que ahora lo recibiera con alegría y servil amabilidad: presentía un nuevo negocio al ver la resolución con que Mitia se había dirigido a la entrada del parador.

—Dígame, Dmitri Fiodorovitch, ¿a qué se debe el honor de tenerlo de nuevo entre nosotros?

—Un momento, Trifón Borisytch. Ante todo quiero saber dónde está ella.

Trifón le dirigió una mirada penetrante. Comprendió la pregunta.

—Se refiere a Agrafena Alejandrovna, ¿verdad? Está aquí.

—¿Con quién?

—Con varios viajeros... Uno de ellos es un funcionario polaco. Se deduce de su modo de hablar. Éste debe de haber sido el que la ha hecho venir. Hay otro que, al parecer, es su compañero de viaje. Son todos muy correctos.

—¿Es gente rica? ¿Están de francachela?

—No, Dmitri Fiodorovitch.

—¿Quiénes son los demás?

—Dos señores de la ciudad, que se han detenido aquí al regresar de Tchernaia. El más joven es pariente del señor Miusov. No me acuerdo de su nombre. Al otro debe de conocerlo usted. Es el señor Maximov, ese propietario que fue en peregrinación al monasterio de la localidad en que usted vive.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—No necesito más, Trifón Borisytch. Ahora dígame: ¿qué hace ella?

—Acaba de llegar y está con ellos.

—¿Está contenta? ¿Se ríe?

—No; más que contenta, parece aburrida... Hace un momento acariciaba el pelo del más joven.

—¿Del polaco? ¿Del oficial?

—Ese no es joven ni oficial. No, no me refiero a él, sino al sobrino de Miusov. No recuerdo cómo se llama.

—¿Kalganov?

—Eso es: Kalganov.

—Bien, ya veremos lo que hago. ¿Están jugando a las cartas?

—Han jugado. Después han tomado té. El funcionario ha pedido licores.

—Con eso basta, Trifón Borisytch; con eso basta, querido. Ya veré lo que decido. ¿Hay címgaros?

—No se ven por ninguna parte, Dmitri Fiodorovitch. Las autoridades los han expulsado. Pero hay judíos que tocan la cítara y el violin. Aunque es tarde, los puedo llamar.

—Eso: hazlos venir. Y que se levanten las chicas. Sobre todo, María, pero también Irene y Stepanide. Hay doscientos rublos para el coro.

—Por doscientos rublos sería yo capaz de traerle al pueblo entero, aunque todo el mundo está durmiendo a estas horas. Pero no vale la pena malgastar el dinero por semejantes brutos. Usted repartió cigarros entre nuestros mozos, y ahora apestan, los muy bribones. En cuanto a las muchachas, están llenas de piojos. Prefiero hacer levantar gratis a las mías, que acaban de acostarse. Las despertaré a puntapiés, y ellas le contarán todo lo que usted quiera. ¡A quien se le diga que dio champán a los mendigos...!

Trifón Borisytch no tenía queja de Mitia. La vez anterior le había escamoteado media docena de botellas de champán y se guardó un billete de cien rublos que vio abandonado sobre la mesa.

—¿Recuerda, Trifón Borisytch, que la otra vez me gasté más de mil rublos?

—¿Cómo no me he de acordar? Contando todas las visitas, usted se ha dejado aquí lo menos tres mil rublos.

—Pues bien, con una cantidad igual vengo esta vez. Mira.

Y puso ante los ojos de Trifón Borisytch su fajo de billetes de banco.

—Y oye lo que voy a decirte: dentro de una hora llegarán toda clase de provisiones, vinos y golosinas. Tendrás que llevar todo esto arriba. En el coche traigo una caja. La abriremos en seguida, para que todo el mundo beba champán. Y, sobre todo, que no falten las chicas. María es la primera que debe venir.

Sacó de debajo del asiento del coche la caja de las pistolas.

—Aquí tienes tu dinero, Andrés: quince rublos por el viaje y cincuenta de propina por tu buen servicio. Así te acordarás siempre del infantil Karamazov.

—Me da miedo, señor. Cinco rublos de propina son más que suficientes. No tomaré ni un céntimo más. Trifón Borisytch será testigo. Perdóneme estas necias palabras, pero...

—¿De qué tienes miedo? —le dijo Mitia mirándolo de pies a cabeza—. ¡Bien, ya

que así lo quieres, toma y vete al diablo!

Le arrojó cinco rublos.

—Y ahora, Trifón Borisytch, llévame a un sitio desde donde pueda ver sin que me vean. ¿Dónde están? ¿En la habitación azul?

Trifón Borisytch miró a Mitia con inquietud, pero al fin decidió obedecerle. Lo condujo al vestlbulo, luego entró solo en una habitación inmediata a la que ocupaban sus clientes y retiró la bujía. Hecho esto, introdujo a Mitia y lo colocó en un rincón, desde donde podía observar al grupo sin ser visto. Pero a Mitia no le fue posible estar observando mucho tiempo. Apenas vio a Gruchegnka, su corazón se desbocó y se nubló su vista. La joven estaba sentada en un sillón cerca de la mesa. A su lado, en el canapé, el joven y encantador Kalganov. Gruchegnka tenía en la suya la mano de Kalganov y reía, mientras él hablaba, sin mirarla, con Maxilnov, que ocupaba otro asiento frente a la joven. En el canapé estaba él, y a su lado, en una silla, había otro hombre. El del canapé fumaba en pipa. Era de escasa estatura, pero fornido, de cara ancha y semblante adusto. Su compañero pareció a Dmitri un hombre de altura considerable... Pero Mitia no pudo seguir mirando. Le faltaba la respiración. No estuvo en su rincón más de un minuto. Dejó la caja de las pistolas sobre la cómoda y, con el corazón destrozado, pasó a la habitación azul.

Gruchegnka profirió un grito ahogado. Fue la primera que lo vio.

VII. El de antaño

Mitiá se acercó a la mesa a grandes zancadas.

—Señores —empezó a decir en voz muy alta, pero tartamudeando a cada palabra—, yo... Bueno, no pasará nada; no tengan miedo.

Se volvió hacia Gruchegnka, que se había inclinado sobre Kalganov, aferrándose a su brazo, y repitió:

—Nada, no pasará nada... Voy de viaje... Me marcharé mañana, apenas se levante el día... Señores, ¿me permiten ustedes que permanezca en esta habitación, haciéndoles compañía; sólo hasta mañana por la mañana?

Dirigió estas últimas palabras al personaje sentado en el canapé. Éste retiró lentamente la pipa de su boca y dijo con grave expresión:

—*Panie*[67], esto es una reunión particular. Hay otras habitaciones.

—¡Pero si es Dmitri Fiodorovitch! —exclamó Kalganov—. ¡Bien venido! ¡Siéntese!

—¡Buenas noches, mi querido amigo! —dijo Mitia al punto, rebosante de alegría y tendiéndole la mano por encima de la mesa—. ¡Siempre he sentido por usted la más profunda estimación!

Kalganov profirió un «¡Ay!» y exclamó riendo:

—¡Me ha hecho usted polvo los dedos!

—Así debe estrecharse la mano —dijo Gruchegnka con un esbozo de sonrisa.

La joven había deducido de la actitud de Mitia que éste no armaría escándalo, y lo observaba con una curiosidad no exenta de inquietud. Había en él algo que la sorprendia. Nunca habría creido que se condujera de aquel modo.

—Buenas noches —dijo con empalagosa amabilidad el terrateniente Maximov.

Mitia se volvió hacia él.

—¿Usted aquí? ¡Encantado de verle!... Escúchenme, señores...

Se dirigía otra vez al pan de la pipa, por considerarlo el principal personaje de la reunión.

—Señores, quiero pasar mis últimas horas en esta habitación, donde he adorado a mi reina... ¡Perdóneme, *panie*!... Vengo aquí después de haber hecho un juramento... No teman. Es mi última noche... ¡Bebamos amistosamente, *panie*!... Nos traerán vino. Yo he traído esto...

Sacó el fajo de billetes.

—¡Quiero música, ruido...! Como la otra vez... El gusano inútil que se arrastra por el suelo va a desaparecer... ¡No olvidaré este momento de alegría en mi última noche!...

Se ahogaba. Su deseo era decir muchas cosas, pero sólo profería extrañas exclamaciones. El pan, impasible, miraba alternativamente a Mitia con su fajo de

billetes y a Gruchegnka. Estaba perplejo. Empezó a decir:

—*Jezeli powolit moja Krôlowa....*[68]

Pero Gruchegnka lo atajó:

—Me crispa los nervios oír esa jerga... Siéntate, Mitia. ¿Qué cuentas? Te suplico que no me asustes. ¿Me lo prometes? ¿Si? Entonces me alegro de verte.

—¿Yo asustarte? —exclamó Mitia levantando los brazos—. Tienes el paso libre. No quiero ser un obstáculo para ti.

De pronto, inesperadamente, se dejó caer en una silla y se echó a llorar, de cara a la pared y asido al respaldo.

—¿Otra vez la misma canción? —dijo Gruchegnka en son de reproche—. Así se presentaba en mi casa, y me dirigía discursos en los que yo no entendía nada. Ahora vuelve a las andadas... ¡Qué vergüenza! Si hubiera motivo...

Dijo estas últimas palabras subrayándolas y en un tono enigmático.

—¡Pero si no lloro! —exclamó Mitia—. ¡Buenas noches, señores! —añadió volviendo la cabeza. Y se echó a reír; pero no con su risa habitual, sino con una amplia risa nerviosa y que lo sacudía de pies a cabeza.

—Quiero verte contento —dijo Gruchegnka—. Me alegro de que hayas venido. ¿Oyes, Mitia? Me alegro mucho. —Y añadió imperiosamente, dirigiéndose al personaje que estaba en el canapé—: Quiero que se quede con nosotros; lo quiero, y si él se marcha, me marcharé yo también —terminó con ojos centelleantes.

—Los deseos de mi reina son órdenes para mí —declaró el pan besando la mano de Gruchegnka. Y añadió gentilmente, dirigiéndose a Mitia—: Ruego al pan que permanezca con nosotros.

Dmitri estuvo a punto de soltar una nueva parrafada, pero se contuvo y dijo solamente:

—¡Bebamos, *panie*!

Todos se echaron a reir.

—Creí que nos iba a enjaretar un nuevo discurso —dijo Gruchegnka—. Oye, Mitia; quiero que estés tranquilo. Has hecho bien en traer champán. Yo beberé. Detesto los licores. Pero todavía has hecho mejor en venir en persona, pues esto es un funeral. ¿Has venido dispuesto a divertirte?... Guárdate el dinero en el bolsillo. ¿De dónde lo has sacado?

Los estrujados billetes que Mitia tenía en la mano llamaban la atención, sobre todo a los polacos. Se los guardó rápidamente en el bolsillo y enrojeció. En este momento apareció Trifón Borisytch con una bandeja en la que había una botella descorchada y varios vasos. Mitia cogió la botella, pero estaba tan confundido, que no supo qué hacer. Kalganov llenó por él los vasos.

—¡Otra botella! —gritó Mitia a Trifón Borisytch.

Y olvidándose de chocar su vaso con el del *pan*, al que tan solemnemente había

invitado a beber, se lo llevó a la boca y lo vació. Su semblante cambió inmediatamente: de solemne y trágico se convirtió en infantil. Mitia se humillaba, se rebajaba. Miraba a todos con timida alegría, con risitas nerviosas, con la gratitud de un perro que ha obtenido el perdón tras una falta. Parecía haberlo olvidado todo y reía continuamente, con los ojos fijos en Gruchegnka, a la que se había acercado. Después observó a los dos polacos. El del canapé lo sorprendió por su aire digno, su acento y —esto sobre todo— por su pipa. «Bueno, ¿qué tiene de particuar que fume en pipa?», pensó. Y le parecieron naturales el rostro un tanto arrugado del *pan*, ya casi cuadragenario, y su minúscula naricilla encuadrada por un fino y alargado bigote teñido que le daba una expresión impertinente. Ni siquiera dio importancia a la peluca confeccionada torpemente en Siberia y que le cubría grotescamente las sienes. «Sin duda es la peluca que necesita», se dijo.

El otro *pan* era más joven. Sentado cerca de la pared, los miraba a todos con semblante provocativo y escuchaba las conversaciones con desdeñoso silencio. Éste sólo sorprendió a Mitia por su elevada talla, que contrastaba con la del *pan* sentado en el canapé. Dmitri se dijo que este gigante debía de ser amigo y acólito del pan de la pipa, algo así como su guardaespaldas, y que el pequeño mandaba en el mayor. El « perro» no sentía ni sombra de celos. Aunque no había comprendido el tono enigmático empleado por Gruchegnka, notaba que lo había perdonado, ya que lo trataba amablemente. Al verla beber, se asombraba alegremente de su resistencia. El silencio general lo sorprendió. Paseé una mirada interrogadora por toda la concurrencia. «¿Qué esperamos? ¿Por qué estamos sin hacer nada?», parecía preguntar.

—Este viejo chocho nos divierte —dijo de pronto Kalganov señalando a Maximóv, como si leyera el pensamiento de Mitia.

Dmitri los miró a los dos. Después se echó a reir con su risa seca y entrecortada.

—¿De veras?

—Palabra. Pretende que todos nuestros caballeros de los «años veinte» se casaron con polacas. Es absurdo, ¿verdad?

—¿Con polacas? —dijo Mitia, encantado.

Kalganov no tenía la menor duda acerca de las relaciones de Mitia con Gruchegnka y adivinaba las del *pan*; pero esto no le interesaba lo más mínimo. Todo su interés se concentraba en Maximov. Había llegado al parador casualmente y en él había trabado conocimiento con los polacos. Estuvo en una ocasión en casa de Gruchegnka, a la que no fue simpático. Aquella noche, la joven se había mostrado cariñosa con él antes de la llegada de Mitta, pero sin conseguir interesarlo.

Kalganov tenía veinte años, vestía con elegancia y su cara era simpática y agradable. Poseía un hermoso cabello rubio y unos bellos ojos azules, de expresión pensativa, a veces impropia de su edad, aunque su conducta podía calificarse de

infantil en más de una ocasión, cosa que, por cierto, no le inquietaba. Era un muchacho un tanto extraño y caprichoso, pero siempre amable. A veces, su semblante adquiría una expresión de ensimismamiento; escuchaba y miraba al que hablaba con él como absorto en profundas meditaciones. Tan pronto se mostraba débil a indolente como se excitaba por la causa más fútil.

—Lo llevo a remolque desde hace cuatro días —continuó Kalganov, recalcando las palabras, pero sin la menor fatuidad—. Desde que su hermano, el de usted, no le permitió subir al coche. ¿Se acuerda? Me interesé por él y lo traje al campo. Pero no dice más que tonterías. Sólo de oírlo se avergüenza uno. Voy a devolverlo...

—*Pan polskiej pani nie widzial*[69], y dice cosas que no son ciertas —dijo el *pan* de la pipa.

—Pero he tenido una esposa polaca —replicó Maximov echándose a reír.

—Lo importante es que sepamos si ha servido en la caballería —dijo Kalganov —. De eso debe usted hablar.

—Tiene razón. ¡Diga, diga si ha servido en la caballería! —exclamó Mitia, que era todo oídos y miraba a los interlocutores como si esperase que de sus labios salieran palabras maravillosas.

—No, no —dijo Maximov volviéndose hacia él—; yo quiero hablar de esas *panienki* que, apenas bailan una mazurca con un ulano, se sientan en sus rodillas como gatas blancas, con el consentimiento de sus padres. AI día siguiente, el ulano va a pedir la mano de la joven, y ya está hecha la jugarreta. ¡Ja, ja!

—*Pan lajdak*[70] —gruñó el pan de alta estatura cruzando las piernas.

Mitia sólo se fijó en su enorme y bruñida bóta de suela gruesa y sucia. Los dos polacos tenían aspecto de ser poco limpios.

—¡Llamarle miserable! —exclamó Gruchegnka irritada—. ¿Es que no saben hablar sin insultar?

—Pan¡ Agrippina, este pan sólo ha conocido en Polonia muchachas de baja condición, no señoritas nobles.

—*Mozesz a to rachowac*[71] —dijo despectivamente el pan de largas piernas.

—¿Otra vez? —exclamó Gruchegnka—. Déjenle hablar. Dice cosas que tienen gracia.

—Yo no impido hablar a nadie, *pani* —dijo el *pan* de la peluca, acompañando sus palabras de una mirada expresiva.

Y siguió fumando.

Kalganov se acaloró de nuevo, como si se estuviera tratando de un asunto importante.

—El *pan* tiene razón. ¿Cómo puede hablar Maximov no habiendo estado en Polonia? Porque usted no se casó en Polonia, ¿verdad?

—No. Me casé en la provincia de Esmolensco. Mi prometida había llegado antes

que yo, conducida por un ulano y acompañada de su madre, una tía y otro pariente que tenía un hijo ya crecido. Todos eran polacos de pura cepa. El ulano me la cedió. Era un oficial joven y gallardo. Había estado a punto de casarse con ella, pero se volvió atrás al advertir que la joven era coja.

—Entonces, ¿se casó usted con una coja? —exclamó Kalganov.

—Si. Los dos me ocultaron el defecto. Yo creía que andaba a saltitos llevada de su alegría.

—¿De su alegría de casarse? —preguntó Kalganov.

—Si. Pero los saltitos obedecían a otras razones muy diferentes. Tan pronto como nos hubimos casado, aquella misma tarde, me lo confesó todo y me pidió perdón. Al saltar un charco siendo niña, se cayó y se quedó coja. ¡Ji, ji!

Kalganov se echó a reír como un niño, dejándose caer en el canapé. Gruchegnka se reía también de buena gana. Mitia estaba alborozado.

—Ahora no miente —dijo Kalganov a Mitia—. Se ha casado dos veces y lo que ha contado se refiere a la primera mujer. La segunda huyó y todavía vive. ¿Lo sabía usted?

—¿Es verdad eso? —dijo Mitia, volviéndose hacia Maximov con un gesto de sorpresa.

—Sí, tuve ese disgusto. Se escapó con un *moussié*. Antes había conseguido que pusiera mis bienes a su nombre. Me dijo que yo era un hombre instruido y que me sería fácil hallar el modo de ganarme la vida. Y entonces me plantó. Un respetable eclesiástico me dijo un día, hablando de esto: «Tu primera mujer cojeaba; la segunda tenía los pies demasiado ligeros.» ¡Ji, ji!

—Sepan ustedes —dijo Kalganov con vehemencia— que si miente lo hace únicamente para divertir a los que le escuchan. No hay en ello ningún bajo interés. A veces incluso lo aprecio. Es un botarate, pero también un hombre franco. Tengan esto en cuenta. Otros se envilecen por interés; él lo hace espontáneamente... Les citaré un ejemplo. Pretende ser un personaje de *Almas muertas*, de Gogol. Como ustedes recordarán, en esa obra aparece el terrateniente Maximov, que es azotado por Nozdriov, el cual es acusado «de agresión con vergajos al propietario Maximov, en estado de embriaguez». Dice que se trata de él y que lo azotaron. Pero esto no es ptisible. Tchitchikov[72] viajaba en mil ochocientos treinta a lo sumo. De modo que las fechas no concuerdan. En esa época no pudo ser azotado Maximov.

La inexplicable exaltación de Kalganov era sincera. Mitia, también con toda franqueza, opinó:

—De todos modos, si lo azotaron...

Se echó a reir.

—No es que me azotaran en realidad —dijo Maximov—. Pero fue como si me azotasen.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Lo azotaron o no?

—*Ktora godzina, panie?*[73] —preguntó con un gesto de hastío el pan de la pipa al pan de largas piernas.

Éste se encogió de hombros. Ninguno de los reunidos llevaba reloj.

—Dejen hablar a los demás —dijo Gruchegnka en tono agresivo—. Que ustedes no quieran decir nada no es razón para que pretendan hacer callar a los otros.

Mitia empezaba a comprender. El *pan* repuso, esta vez con franca irritación:

—*Pani, ja nic nie mowie przeciw, nic nie powiedzilem.*[74]

—Bien. Continúe —dijo el joven a Maximov—. ¿Por qué se detiene?

—¡Pero si no tengo nada que decir! —exclamó Maximov, halagado y fingiendo una modestia que estaba muy lejos de sentir—. Son tonterías. En Gogol, todo es alegórico, y los nombres, falsos. Nozdriov no se llama así, sino Nossov. Kuvchinnikov tiene un nombre que no se parece en nada al suyo, que es Chkvorniez. Fenardi se llama así, pero no es italiano, sino ruso. La señorita Fenardi está encantadora con sus mallas y su faldita de lentejuelas, y, desde luego, hace muchas piruetas, pero no durante cuatro horas, sino durante cuatro minutos... ¡Y todo el mundo encantado!

Kalganov bramó:

—¿Pero por qué lo azotaron?

—Por culpa de Piron —repuso Maximov.

—¿Qué Piron? —preguntó Mitia.

—El famoso escritor francés. Bebimos con otros hombres en una taberna. Me habían invitado y empecé a recordar epigramas. «¡Hola, Boileau! ¡Qué traje tan raro llevas!» Boileau responde que va a un baile de máscaras, es decir, al baño, ¡ji, ji!, y mis oyentes tomaron esto como una alusión. Me apresuré a citar otro pasaje, mordaz y que todas las personas instruidas conocen:

Tú eres Safo y yo Faon, desde luego,
ero, y a fe que me pesa,
el mar ignoras el camino.[75]

»Entonces se sintieron aún más ofendidos y empezaron a decirme estupideces. Lo peor fue que yo, queriendo arreglar las cosas, les conté que Piron, que no había conseguido que lo nombraran miembro de la Academia, hizo grabar en la losa de su tumba, para vengarse, este epitafio:

Aquí yace Piron, que no fue nada,
i siquiera académico.[76]

»Entonces fue cuando me azotaron.

—¿Pero por qué?

—Por lo mucho que sé. Hay numerosos motivos para azotar a un hombre —terminó Maximov, sentencioso.

—Basta de tonterías —dijo Gruchegnka—. Estoy ya harta. ¡Y yo que creía que iba a divertirme!

Mitia, asustado, dejó de reír. El pan de las piernas largas se levantó y empezó a ir y venir por la habitación, con la arrogancia del hombre que se aburre con una compañía que no es de su agrado.

—¡Qué modo de andar! —comentó Gruchegnka despectivamente.

Mitia se sintió inquieto. Además, había observado que el pan de la pipa lo observaba con un gesto de irritación.

—¡*Panie*, bebamos! —exclamó.

Invitó también al que paseaba y llenó de champán tres vasos.

—¡Por Polonia, *panowie*[77]; bebo por vuestra Polonia!

—*Bardzo mi to milo, panie, wypijem*[78] —dijo el *pan* de la pipa, jactancioso pero amable.

—Que beba también el otro *pan*. ¿Cómo se llama? Toma un vaso, *Jasnie Wielmozny*[79].

—*Pan* Wrublewski —dijo el otro.

Pan Wrubleski se acercó a la mesa contoneándose.

—¡Por Polonia, *panowie*! ¡Hurra! —exclamó Mitia levantando su vaso.

Bebieron y Mitia llenó de nuevo los tres vasos.

—Ahora por Rusia, *panowie*, y considerémonos hermanos.

—Dame un vaso —dijo Gruchengka—. Quiero beber por Rusia.

—Y yo también —intervino Maximov—. Yo también quiero beber por la abuelita.

—Beberemos todos a su salud —exclamó Mitia—. ¡Hostelero, otra botella!

Éste trajo las tres botellas que quedaban.

—¡Por Rusia! ¡Hurra!

Todos bebieron menos los *panowie*. Gruchegnka vació su vaso de un trago.

—¿Qué hacen ustedes, *panowie*?

Pan Wrublewski levantó su vaso y dijo con voz aguda:

—¡Por Rusia en sus límites de mil setecientos setenta y dos!

—*O te bardzo picknie!*[80] —aprobó el otro *pan*.

Bebieron los dos.

—¡Son ustedes unos imbéciles, *panowie*! —estalló Mitia.

—*Panie!* —exclamaron los dos polacos irguiéndose como gallos.

El más indignado era *pan* Wrublewski.

—*Ale nie moznomice slabosc do swego kraju?*.[81]

—¡Silencio! ¡No quiero riñas! —exclamó enérgicamente Gruchegnka dando con

el pie en el suelo.

Tenía la cara encendida y los ojos llameantes. La bebida había hecho efecto. Mitia se asustó.

—Perdónenme, *panowie*. Toda la culpa es mía. *Pan* Wrublewski, no lo volveré a hacer.

—¡Calla y siéntate, imbécil! —ordenó Gruchegnka.

Todos se sentaron y se estuvieron quietos.

—Señores —dijo Mitia, que no había comprendido la salida de Gruchegnka—, yo he sido el culpable de todo... Bueno, ¿qué vamos a hacer para divertirnos?

—Verdaderamente, esto es un aburrimiento —dijo Kalganov con un gesto de hastio.

—¿Y si volviéramos a jugar a las cartas? ¡Ji, ji!

—Bien pensado —dijo Mitia—. Si les parece bien a los *panowie*...

—*Pozno, panie*[82] —repuso, fastidiado, el pan de la pipa.

—Tiene razón —apoyó *pan* Wrublewski.

—¡Qué compañeros tan fúnebres! —exclamó Gruchegnka—. Emanan aburrimiento y quieren imponerlo a los demás. Antes de tu llegada, Mitia, no han despegado los labios. Lo único que hacían era darse importancia.

—Mi diosa —repuso el *pan* de la pipa—, *co mowisz to sie stanie. Widze nielaskie, jestem smutny*.[83]

Y dijo a Mitia:

—*Jestem gotow*.[84]

—Empecemos, *panie* —dijo Dmitri sacando el fajo de billetes y separando de él dos de cien rublos que depositó en la mesa—. Quiero que gane usted mucho dinero. Tome las cartas: usted tiene la banca.

—Debemos jugar con la baraja de la casa —dijo el *pan* de escasa estatura.

—*To najlepsz y sposob*[85] —aprobó el *pan* Wrublewski.

—De acuerdo, con la baraja de la casa. Eso está bien pensado, *panowie*. ¡Un juego de cartas, Trifón Borisytch!

Éste trajo una baraja, empaquetada y sellada, y anunció a Mitia que habían llegado varias chicas, que los judíos estaban a punto de llegar, pero que del coche de las provisiones no se tenía noticia. Mitia se apresuró a pasar a la habitación vecina para dar las órdenes. Sólo habían llegado tres muchachas, entre las que no figuraba María. Aturdido, sin saber qué hacer, dijo que se repartieran entre las chicas las golosinas de la caja.

—¡Y déle vodka a Andrés! —añadió—. Lo he ofendido.

Maximov, que lo había seguido, lo tocó en el hombro y murmuró:

—Présteme cinco rubios. Quiero jugar. ¡Ji, ji!

—Bien. Toma diez. Si pierdes, vuelve a recurrir a mí.

—De acuerdo —murmuró alegremente Maximov dirigiéndose a la sala.

Mitia llegó poco después, excusándose de haberse hecho esperar. Los *panowie* se habían sentado ya y habían abierto el paquete de las cartas. Tenían un aspecto más amable y alegre. El pan de baja estatura había vuelto a cargar su pipa y se disponía a barajar. En su rostro habja un algo solemne.

—*Na miejsca, panowie!*[86] —exclamó el pan Wrublewski.

—Yo no juego —dijo Kalganov—. Antes he perdido cincuenta rublos.

—El *pan* ha tenido mala suerte —dijo el *pan* de la pipa—, pero su fortuna puede cambiar.

—¿Cuánto hay en la banca? —preguntó Mitia.

—*Slucham, panie, moze sto, moze dwiescie*[87]; en fin, todo lo que usted quiera jugarse.

—¡Un millón! —exclamó Mitia echándose a reír.

—Sin duda, el capitán ha oído hablar del *pan* Podwysocki.

—¿De qué Podwysocki?

—Una casa de juego en Varsovia. La banca acepta todas las apuestas. Llega Podwysocki. Ve miles de monedas de oro. Se dispone a jugar. El banquero le dice:

»—*Panie* Podwysocki, ¿va a jugar con oro o *na honor*[88]?

»—*Na honor, panie* —responde Podwysocki.

»—Mejor.

»Empieza el juego. Podwysocki gana y empieza a recoger las monedas de oro.

»—Espere, *panie* —dice el banquero.

»Abre un cajón y entrega un millón a Podwysocki.

»—Tenga. Esto es lo que ha ganado.

»La banca era de un millón.

»—No sabía lo que había en la banca —dice Podwysocki.

»—*Panie* Podwysocki: los dos hemos jugado *na honor*.

»Y Podwysocki toma el millón.

—Eso no es verdad —dijo Kalganov.

—*Panie* Kalganov, *w slachetnoj kompanji tak mowic nieprzystoi*.[89]

—Un jugador polaco no da un millón así como así —dijo Mitia. Pero rectificó en seguida—: Perdón, *panie*. De nuevo he dicho una tontería. Desde luego que dará un millón *na honor*, por el honor polaco. Diez rublos a la sota.

—Y yo un rublo a la dama de copas, la pequeña y linda *panienka* —dijo Maximov, y, acercándose a la mesa, hizo disimuladamente la señal de la cruz.

Mitia ganó; Maximov también.

—¡Doblo! —exclamó Dmitri.

—Y yo me juego otro rublo, otro insignificante rublo —dijo en voz baja y con acento satisfecho Maximov, tras haber ganado.

—¡Pierdo! —exclamó Mitia—. ¡Doblo otra vez!

Y perdió de nuevo.

—¡No juegue más! —dijo de pronto Kalganov.

Pero Mitia siguió doblando y perdiendo. En cambio, el de los «insignificantes rublos» ganaba siempre.

—Ha perdido usted doscientos rublos —dijo el pan de la pipa—. ¿Sigue jugando?

—¿Cómo? ¿Doscientos rublos ya? Bueno, van otros doscientos.

Mitia iba a poner los billetes sobre la dama, pero Kalganov cubrió la carta con la mano.

—¡Basta! —exclamó con su potente voz.

—¿Qué le pasa? —preguntó Mitia.

—¡No lo consiento! ¡No jugará usted más!

—¿Por qué?

—¡Déjelo ya y váyase! ¡No le permitiré que siga jugando!

Mitia lo miró asombrado.

—Sí, Mitia —intervino Gruchegnka en un tono extraño—. Kalganov tiene razón: has perdido demasiado.

Los dos *panowie* se pusieron en pie, visiblemente ofendidos.

—*Zartujesz, panie?*[90] —dijo el *pan* de menos estatura mirando severamente a Kalganov.

—*Jak pan smisz to robic?*[91] —preguntó, también indignado, Wrublewski.

—¡No griten, no griten! —exclamó Gruchegnka—. ¡Parecen gallos de pelea!

Mitia los miró a todos, uno a uno. El semblante de Gruchegnka tenía una expresión que lo sorprendió. Al mismo tiempo, una idea nueva y extraña acudió a su pensamiento.

—*Pani* Agrippina! —exclamó el *pan* de la pipa, rojo de cólera.

Mitia, obedeciendo a una idea repentina, se acercó a él y le dio un golpecito en el hombro.

—Jasnie Wielmozny, ¿quiere escucharme un segundo?

—*Czego checs, panie.*[92]

—Pasemos a la antesala. Quiero decirle algo que le gustará.

El *pan* rechoncho miró a Mitia con una mezcla de asombro a inquietud. Sin embargo, aceptó al punto, con la condición de que el *pan* Wrublewski le acompañara.

—¿Es tu guardaespaldas? Bien, que venga. Además, su presencia es necesaria. ¿Vamos, *panowie*?

Gruchegnka, inquieta, preguntó:

—¿Adónde van?

—Volveremos en seguida —repuso Dmitri.

En su rostro se leía la resolución y el coraje. Tenía un aspecto muy distinto del

que ofrecía al llegar hacia una hora. Condujo a los *panowie* no a la habitación de la derecha, donde estaban las muchachas, sino a un dormitorio en el que había dos grandes camas, montones de almohadas y multitud de maletas y baúles. En un rincón, sobre una mesita, ardía una vela. El *pan* de la pipa y Mitia se sentaron frente a frente. El *pan* Wrublewski se situó junto a ellos, con las manos en la espalda. Los dos polacos estaban serios y sus semblantes tenían una expresión de curiosidad.

—*Czem mogie panu slut yo?*[93] —preguntó el pan de escasa estatura.

—Seré breve, *panie*. Mire este dinero —y exhibió el fajo de billetes—. Si quiere tres mil rublos, tómelos y váyase.

El *pan* lo miró fijamente.

—*Tres tysiance, panie?*[94]

Cambió una mirada con Wrublewski.

—Tres mil, *panowie*, tres mil. Escuche, usted es un hombre inteligente. Acepte los tres mil rublos y váyase al diablo con Wrublewski. Pero en seguida, ahora mismo y para siempre. Saldrá usted por esta puerta. Yo le traeré su abrigo o su pelliza. Engancharán una *troika* para usted, y buenas noches.

Mitia esperaba la respuesta, seguro de lo que iba a oír. El rostro del *pan* cobró una expresión resuelta.

—¿Dónde está el dinero?

—Aquí, *panie*. Le daré quinientos rublos por adelantado, y los dos mil quinientos restantes, mañana, en la ciudad. Le doy mi palabra de honor de que mañana tendrá ese dinero, aunque fuera preciso sacarlo de debajo de la tierra.

Los polacos cambiaron una nueva mirada. El rostro del más bajo cobró una expresión hostil.

—Setecientos, setecientos ahora mismo —dijo Mitia advirtiendo que la cosa no iba bien—. ¿No se fia de mi, *panie*? No le puedo dar los tres mil rublos de una vez. Volvería a su lado mañana mismo. Por otra parte, no los llevo encima.

Empezó a balbucear. Perdía el valor por momentos.

—Los tengo en la ciudad, palabra; en un escondrijo...

En el rostro del *pan* de la pipa resplandeció un sentimiento de orgullo.

—*Czynie potrzebujesz jeszcze czego?*[95] —preguntó irónicamente—. ¡Qué vergüenza!

Escupió, asqueado. El *pan* Wrublewski hizo lo mismo.

—Escupes, *panie* —dijo Mitia, amargado por su fracaso—, porque crees que vas a sacar más de Gruchegnka. ¡Sois idiotas los dos!

—*Jestem do z ywego dotkniety?*[96] —dijo el *pan* de la pipa, rojo como un cangrejo.

Y salió de la habitación, indignadísimo, con Wrublewski, que andaba contoneándose. Mitia los siguió, confuso. Temía a Gruchegnka, presintiendo que el

pan iba a quejarse a ella. Así ocurrió. En actitud teatral, el *pan* se plantó ante Gruchegnka y repitió:

—*Pani* Agrippina, *jestem do z ywego dotkniety!*

Gruchegnka se sintió herida en lo más vivo, perdió la paciencia y exclamó, roja de ira:

—¡Habla en ruso! ¡No me fastidies con tu polaco! Hace cinco años hablabas en ruso. ¿Tan pronto lo has olvidado?

—*Pani* Agrippina...

—Me llamo Agrafena. Soy Gruchegnka. Habla en ruso si quieres que te escuche.

Sofocado, con una indignación que le hacía farfullar, el pan exclamó:

—*Pani* Agrafena, he venido para olvidar el pasado y perdonarlo todo hasta el día de hoy.

—¿Qué hablas de perdonar? ¿Has venido a perdonarme? —exclamó Gruchegnka irguiéndose.

—Sí, *pani*. Soy generoso. Pero *ja bylem sdiwiony*[97] del proceder de tus amantes. El *pan* Mitia me ha ofrecido tres mil rublos para que me vaya. He escupido al oír esta proposición.

—¿Cómo? ¿Te ha ofrecido dinero por mí? ¿Es eso verdad, Mitia? ¿Has tenido la osadía de considerarme como una cosa que se vende?

—*Panie, panie!* —exclamó Mitia—. Gruchegnka es pura y yo no he sido su amante jamás. Ha mentido usted...

—¡Qué valor tienes! ¡Defenderme ante él! No me he conservado pura por virtud ni por temor a Kuzma, sino sólo para poder llamar miserable a este hombre. ¿De veras ha rechazado el dinero que le has ofrecido?

—Al contrario: lo ha aceptado. Pero quería los tres mil rublos en el acto, y yo sólo le he ofrecido un adelanto de setecientos.

—La cosa está clara: se ha enterado de que tengo dinero, y por eso quiere casarse conmigo.

—*Pani* Agrippina, soy un caballero, un *szlachcic* polaco y no un *lajdak*. He venido para casarme contigo, pero no he encontrado a la misma *pani*. La que ahora veo es *uparty*[98] y procaz.

—¡Vete por donde has venido! Diré que te arrojen de aquí. He cometido una estupidez al torturarme durante cinco años... Pero no es que me atormentara por él, sino que acariciaba mi rencor. Por otra parte, mi amante no era como es ahora. Ahora parece el padre de aquél. ¿Dónde te han hecho esa peluca? Aquél reía, cantaba y era un ciclón; tú eres solamente un pobre hombre. ¡Y pensar que he pasado por ti cinco años bañada en lágrimas! ¡Qué necia he sido!

Se desplomó en el sillón y se cubrió el rostro con las manos. En este momento, en la habitación vecina, el coro de muchachas, reunido al fin, empezó a entonar una

atrevida canción de danza.

—¡Esto es detestable! —exclamó *pan* Wrublewski—. ¡Hostelero, despida a esas desvergonzadas!

Trifón Borisytch, que estaba al acecho desde hacía rato, al sospechar por los gritos que sus clientes disputaban, apareció en el acto.

—¿Qué voces son ésas? —preguntó a Wrublewski.

—¡Calla, bruto!

—¿Bruto? Dime con qué cartas has jugado. Yo he traído una baraja nueva. ¿Qué has hecho de ella? Has hecho el juego con cartas señaladas. ¿Sabes que por esto te podrían mandar a Siberia? Lo que has hecho es lo mismo que fabricar moneda falsa.

Se dirigió al canapé, introdujo la mano entre el respaldo y un cojín y sacó el juego de cartas sellado.

—Vean mi juego. Está intacto.

Levantó el brazo para que todos vieran la baraja.

—He visto a este hombre cambiar sus cartas por las mías. Tú eres un bribón y no un *pan*.

—Y yo lo he visto hacer trampa dos veces —dijo Kalganov.

Gruchegnka enrojeció.

—¡Cómo se ha envilecido, Señor! ¡Qué vergüenza!

—Ya lo sospechaba —dijo Mitia.

Entonces, el *pan* Wrublewski, confundido y exasperado, gritó a Gruchegnka, amenazándola con el puño:

—¡Prostituta!

Mitia se arrojó sobre él, lo cogió por la cintura, lo levantó y se lo llevó a la habitación donde habían estado poco antes. Pronto regresó, y dijo jadeante:

—Lo he dejado tendido en el suelo. El muy canalla se debate, pero no podrá volver.

Cerró una de las hojas de la puerta y, con la mano en la otra, dijo al *pan* rechoncho:

—*Jasnie Wielmozny*, le ruego que vaya a reunirse con él.

—Dmitri Fiodorovitch —dijo Trífón Borisytch—, recobre su dinero. Se lo han robado.

Kalganov declaró:

—Yo les regalo mis cincuenta rublos.

—Y yo mis doscientos. Que tengan algún consuelo.

—¡Bravo, Mitia! ¡Tienes un gran corazón! —exclamó Gruchegnka en un tono que dejaba traslucir una viva indignación.

El *pan* de la pipa, rojo de cólera pero conservando toda su arrogancia, se dirigió a la puerta. De pronto se detuvo y dijo a Gruchegnka:

—*Panie, jezeli chec pojsc za mno, idzmy, jezeli nie, bywaj sdrowa*.[99]

Herido en su orgullo, salió de la pieza a paso lento y grave. Su extremada vanidad le hacia esperar, incluso después de lo sucedido, que la *pani* lo seguiría. Mitia cerró la puerta.

—Dé la vuelta a la llave —le dijo Kalganov.

Pero la cerradura rechinó por la parte interior: los polacos se habían encerrado ellos mismos.

—¡Perfectamente! —exclamó Gruchegnka, implacable—. ¡Ellos lo han querido!

VIII. Delirio

Entonces empezó una fiesta desenfrenada, que rayaba en la orgia. Gruchegnka fue la primera en pedir bebida.

—Quiero embriagarme como la otra vez. ¿Te acuerdas, Mitia? Fue cuando nos conocimos.

Mitia era presa de una especie de delirio. Presentía su felicidad. Gruchegnka lo enviaba a la habitación vecina a cada momento.

—Ve a divertirte. Diles que bailen y que se diviertan ellas también. Como la otra vez.

Estaba excitadísima. En la habitación de al lado se oía el coro. La pieza donde estaban era exigua, y una cortina de indiana la dividía en dos. Tras la cortina había una cama con un edredón y una montaña de almohadas. Todas las habitaciones importantes de la casa tenían un lecho. Gruchegnka se instaló junto a la puerta. Desde allí estuvo viendo bailar y cantar al coro en la primera fiesta. Ahora estaban allí las mismas muchachas; los judíos habían llegado con sus violines y sus citaras, y también el carricoche de las provisiones. Mitia iba y venía entre la concurrencia. Llegaban hombres y mujeres que se habían despertado y esperaban ser obsequiados espléndidamente como la vez anterior. Mitia invitaba a beber a todos los que iban llegando y saludaba y abrazaba a los conocidos. Las muchachas preferían champán; los mozos, ron o coñac, y sobre todo ponche. Dmitri dispuso que se hiciera chocolate para las mujeres y que se mantuvieran hirviendo toda la noche samovares para dar a los hombres tanto té y tanto ponche como quisieran. En suma, que fue un jolgorio extravagante.

Mitia estaba en su elemento y se animaba cada vez más a medida que aumentaba el desorden. Si alguno de los clientes le hubiese pedido dinero, él habría sacado el fajo y repartido billetes a derecha a izquierda. A esto se debía indudablemente que Trifón Borisytch, que no se había acostado, no se separase de él. El fondista bebió muy poco, un vaso de ponche como total de todas sus libaciones, para poder velar, a su modo, por los intereses de Mitia. Cuando era necesario, lo frenaba, zalamero y obsequioso, y lo sermoneaba, aconsejándole que no repartiera cigarros y vinos del Rin, y menos dinero, entre los desharrapados, como había hecho la otra vez. Se indignaba al ver a las muchachas comiendo golosinas y sa boreando licores.

—Están minadas de piojos, Dmitri Fiodorovitch. Si les diera un puntapié en cierta parte, aún les haría un honor.

Mitia se acordó de Andrés y dijo que le llevaran ponche.

—Lo he ofendido —repitió apenado.

Kalganov, al principio, no quiso beber y las canciones del coro le desagradaron; pero cuando se había bebido dos vasos de champán sintió una alegría desbordante y

todo le pareció magnífico, tanto los cantos como la música.

Maximov, beatífico y achispado, no se movía de su sitio. A Gruchegnka se le había subido el vino a la cabeza. Señalando a Kalganov, dijo a Mitia:

—¡Qué muchacho tan gentil!

Y Mitia corrió a abrazar a los dos hombres.

Dmitri presentía muchas cosas, pero Gruchegnka no le había dicho nada aún: retrasaba el momento de las confesiones. De vez en cuando le dirigía una mirada ardiente. De pronto, Gruchegnka lo cogió de la mano y lo hizo sentar junto a ella.

—¡Si vieras cómo has entrado aquí! Me has asustado. ¿De veras te conformas a que lo prefiera a él?

—No quiero turbar tu felicidad.

Gruchegnka ya no lo escuchaba.

—Ve a divertirte. No llores. Después volveré a llamarte.

Dmitri se fue. Gruchegnka se dedicó de nuevo a escuchar las canciones y ver las danzas, pero sin dejar de observar a Mitia. Al cabo de un cuarto de hora lo llamó.

—Siéntate aquí y cuéntame cómo te has enterado de mi marcha. ¿Quién te ha dado la noticia?

Mitia empezó a contarlo todo. Su relato era incoherente. A veces fruncía el entrecejo y callaba.

—¿Qué te pasa? —le preguntaba Gruchegnka.

—Nada. He dejado allí un enfermo. Por su salud, por saber que sanará, daría diez años de vida.

—No pienses en ese enfermo. ¿De modo que querías suicidarte mañana? ¡Qué tontería! ¿Por qué? Me gustan los calaveras como tú —dijo con cierta dificultad—. ¿De modo que estabas dispuesto a todo por mí?... ¿De veras querías terminar mañana?... Espera; tal vez te diga algo agradable... No hoy, mañana... Ya sé que preferirías que te lo dijera hoy, pero no quiero decírtelo hasta mañana. Anda, ve a divertirte.

Una de las veces lo llamó con semblante preocupado.

—¿Por qué estás triste, Mitia? —le preguntó mirándole a los ojos—. Pues tú estás triste. Por mucho que abraces a los *mujiks* y vayas de un lado a otro, advierto tu tristeza. Ya que yo estoy contenta, debes estarlo tú también. Amo a uno de los que están aquí. ¿Sabes a quién? Mira, el pobre se ha dormido. Se le ha subido el alcohol a la cabeza.

Se refería a Kalganov, que dormitaba en el canapé, bajo las brumas de la embriaguez y presa de una angustia indefinible. Las canciones de las muchachas, más lascivas y desvergonzadas a medida que las cantantes iban bebiendo, acabaron por repugnarle. Y lo mismo le ocurrió con las danzas. Dos jóvenes disfrazadas de oso actuaban bajo el mando de Stepanide, una fornida moza armada de tnt bastón.

—¡Hala, María! ¡Si no, pobre de ti!

l.os dos osos rodaron por el suelo, adoptando posturas indecentes, entre las risas del grosero público.

—¡Que se diviertan, que se diviertan! —dijo Gruchegnka sentenciosamente y en una especie de éxtasis—. Es su día. ¿Por qué no se han de divertir?

Kalganov dirigió al coro una mirada de desagrado.

—¡Qué bajas son las costumbres populares! —dijo apartándosé de is puerta.

Le llamó sobre todo la atención una canción «nueva», que tenía un estribillo alegre.

El señor que iba de viaje pregunta a las chicas:

–El señor preguntó a las muchachas:
Ie queréis, me queréis, jovencitas?

Estas consíderan que no lo pueden querer.

–El señor me azotará.
o no lo puedo amar.

Después aparece un cíngaro, que no tiene más éxito.

l cíngaro robará.
yo me hartaré de llorar.

Desfilan otros personajes, haciendo la misma pregunta. Incluso un soldado, que es rechazado con desprecio.

–El soldado llevará el saco.
yo, detrás de él...

Seguía a esto un verso soez, cantado con impúdica franqueza, que hizo furor en el auditorio. Finalmente aparece el comerciante.

–El mercader pregunta a las muchachas:
Me queréis, me queréis, jovencitas?

Y ellas dicen que lo adoran, porque

–El mercader traficará.
yo seré el ama.

Kalganov no disimuló su enojo:

—Es una canción reciente. ¿Quién demonios la habrá enseñado a esas chicas?

Sólo falta en ella un judío o un contratista de ferrocarriles. Los dos habrían ganado a todos los demás.

Francamente contrariado, manifestó su aversión, se echó en el canapé y quedó dormido. Su bello rostro, un poco pálido, reposaba en un cojín.

—Mira, Mitia, qué guapo es —dijo Gruchegnka—. Le he pasado la mano por el cabello. Parece lino...

Se inclinó hacia Kalganov en un impulso de ternura y lo besó en la frente. Kalganov abrió en seguida los ojos, la miró, se levantó y preguntó, preocupado:

—¿Dónde está Maximov?

—¡Lo echa de menos! —dijo Gruchegnka entre risas—. Quédate un poco conmigo. Mitia irá a buscar a tu Maximov.

Maximov sólo se separaba de las muchachas del coro para ir a beberse una copa. Se había tomado dos tazas de chocolate. Se presentó con la nariz enrojecida, los ojos húmedos, la mirada dulce, y dijo que iba a bailar la danza de los zuecos.

—En mi infancia me enseñaron esos bailes mundanos.

—Vete con él, Mitia. Yo os veré bailar desde aquí.

—Yo voy con ellos para verlos de cerca —dijo Kalganov, rechazando ingenuamente la invitación de Gruchegnka a que se quedara a su lado.

Todos pasaron a la estancia contigua. Maximov bailó, como había prometido, pero con escaso éxito. Sólo Mitia lo aplaudió. La danza consistió en una serie de saltos, con abundantes contorsiones y levantando los pies hasta enseñar las suelas, en las que daba una palmada a cada salto. A Kalganov no le gustó el baile. Mitia, en cambio, abrazó al bailarín.

—Gracias por tu exhibición. Debes de estar fatigado. ¿Quieres alguna golosina? ¿Prefieres un cigarro?

—Un cigarrillo.

—¿Y nada de beber?

—Ya he bebido licores. ¿Hay bombones?

—Encontrarás un montón en la mesa. Y de los mejores, querido.

—Prefiero los de vainilla. Ya sabes que los viejos... ¡Ji, ji!

—De ésos no hay, hermano.

—Oye —dijo el viejo acercando su boca al oído de Mitia—: quisiera conocer a esa joven llamada María... ¡Ji, ji!... Si fueras tan amable que...

—¿Habráse visto?... ¿Hablas en serio, amigo?

—No creo que haya en ello ningún mal para nadie —murmuró tímidamente Maximov.

—De acuerdo. Aquí todos nos conformamos con el canto y el baile; pero el corazón te manda otra cosa... Entre tanto, recréate, diviértete, bebe... ¿Necesitas dinero?

—Tal vez luego... —murmuró Maximov con una sonrisita.

—Está bien.

A Mitia le echaba fuego la cabeza. Salió a la galería que rodeaba parte del edificio. El aire fresco lo despejó. Ya solo y en la oscuridad, se oprimió la cabeza con las manos. Sus ideas dispersas se agruparon de pronto y la luz se hizo en su mente con un fulgor espantoso...

«Si me he de matar —se dijo—, ahora o nunca.»

Podía cargar una de sus pistolas y poner fin a todo en aquel rincón envuelto en sombras. Estuvo vacilante durante uno o dos minutos. Había llegado a Mokroie con un peso en la conciencia: el robo que había cometido, la sangre que había derramado. Sin embargo, experimentaba cierto alivio ante la idea de que todo había terminado, de que Gruchegnka pertenecía a otro y ya no existía para él. No le había sido difícil tomar esta resolución. Además, no podía hacer otra cosa. ¿Para qué, pues, seguir viviendo? Pero la situación había cambiado. Aquel horrible fantasma, aquel hombre fatal, el antiguo amante, había desaparecido sin dejar rastro. La horripilante aparición se había convertido en un títere irrisorio al que se encerraba bajo llave. Gruchegnka estaba avergonzada y él leía en sus ojos hacia quién iba su amor. Bastaba poder vivir, pero esto, ¡maldición!, ya no era posible. «Señor —rogaba mentalmente—, resucita al que yace junto al muro del jardín. Líbrame de este amargo cáliz. Tú has hecho milagros por otros pecadores como yo... ¿Y si el viejo viviera todavía? ¡Oh! Entonces lavaría la vergüenza que pesa sobre mí, devolvería el dinero robado, aunque hubiera de sacarlo del fondo de la tierra. Así, la infamia sólo habría dejado huellas en mi corazón, aunque fuera para siempre... Pero no, esto es un sueño irrealizable. ¡Maldición!»

Sin embargo, en las tinieblas apareció un rayo de esperanza. Volvió precipitadamente a la habitación. Iba hacia ella, hacia la que sería su reina eternamente.

«Una hora, un minuto de su amor valen más que todo el resto de mi vida, aunque esta vida haya de transcurrir bajo la tortura de la vergüenza... ¡Verla, oírla, no pensar en nada, olvidarlo todo, aunque sólo sea esta noche, durante una hora, por un solo instante... ! »

Al entrar se encontró con el dueño de la casa, que estaba triste y preocupado.

—¿Me buscabas, Trifón?

Éste se mostró un tanto confuso.

—No. ¿Por qué lo había de buscar? ¿Dónde estaba usted?

—¿Qué significa esa cara de pocos amigos? ¿Estás enojado? Mira, puedes ir a acostarte. ¿Qué hora es?

—Más de las tres.

—Ya terminamos, ya terminamos...

—Eso no tiene importancia. Diviértase tanto como quiera.

«¿Qué le pasa a este hombre?», se dijo Mitia mientras corria a la sala de baile.

Gruchegnka no estaba allí. En el cuarto azul, Kalganov dormitaba en el canapé. Mitia miró detrás de la cortina. Allí estaba Gruchegnka, sentada en un cofre, con la cabeza apoyada en el lecho, derramando lágrimas y haciendo esfuerzos para ahogar los sollozos. Por señas dijo a Mitia que se acercara y se apoderó de su mano.

—¡Mitia, Mitia, yo lo amaba! No he dejado de quererlo durante estos cinco años. ¿Era amor o rencor? Era amor, amor por él. ¡He mentido al decir lo contrario!... Mitia, yo tenía diecisiete años entonces. Él era cariñoso, alegre y me cantaba canciones... ¿O era que yo, chiquilla ilusa, lo veía así?... Ahora es muy distinto. Ha cambiado tanto, que, al entrar, no lo he reconocido. Durante mi viaje hacia aquí no he cesado de pensar: «¿Cómo lo abordaré? ¿Qué le diré? ¿Cómo nos miraremos?» Desfallecía. Y, al verlo, he sentido como si arrojasen sobre mí un cubo de agua sucia. Me ha producido la impresión de un pedante maestro de escuela. Me he quedado sin saber qué decir. AI principio me he preguntado si la presencia de su compañero, ese tipo larguirucho, lo cohibiría. Mirándolos a los dos, me decía: «¿Cómo es posible que no sepas de qué hablarle?»... Sin duda, lo echó a perder su esposa, aquella mujer por la que me abandonó. Lo cambió por completo. ¡Qué vergüenza, Mitia! ¡Toda la vida me durará este bochorno! ¡Malditos sean estos cinco años!

Se echó a llorar de nuevo, sin soltar la mano de Mitia.

—No te vayas, Mitia, mi querido Mitia —murmuró levantando la cabeza—. Quiero preguntarte algo. Dime: ¿a quién amo? Yo quiero a alguien que está aquí. ¿Quién es?...

Una sonrisa iluminó su rostro, hinchado por el llanto.

—Cuando te he visto entrar, he sentido un dulce desfallecimiento. Y mi corazón me ha dicho: «Ahí tienes al que amas.» Has aparecido tú y todo se ha iluminado. «¿A quién teme?», me he preguntado. Pues tenías miedo; no podías hablar. «No son ellos los que lo asustan, pues ningún hombre puede atemorizarlo. Soy yo, sólo yo. » Fenia, la muy simple, te habrá contado que yo he dicho a voces a Aliocha desde la ventana: «Amé a Mitia durante una hora. Me voy porque amo a otro.» ¡Oh Mitia! ¿Cómo he podido creer que amaría a otro después de haberte amado a ti? ¿Me perdonas, Mitia? ¿Me quieres? ¿Me quieres?

Se levantó y le puso las manos en los hombros. Mitia, mudo de felicidad, contempló los ojos y la sonrisa de Gruchegnka. De pronto la estrechó en sus brazos. Ella exclamó:

—¿Me perdonas por haberte hecho sufrir? Os torturaba a todos por maldad. Por maldad enloquecí al viejo. ¿Te acuerdas del vaso que rompiste en mi casa? Hoy me he acordado, porque he hecho lo mismo, al beber « por mi vil corazón»... ¿Por qué dejas de besarme, Mitia? Después de darme un beso te quedas mirándome,

escuchándome. ¿Por qué! Bésame más fuerte. Así. No hay que amar a medias. Desde ahora seré tu esclava. ¡Bésame! ¡Hazme sufrir! ¡Haz de mí lo que quieras! ¡Hazme sufrir! ¡Espera!... ¡Quieto!... Después...

Lo apartó de sí con repentino impulso.

—Vete, Mitia. Voy a beber; quiero embriagarme; quiero bailar ebria... ¡Lo deseo, lo deseo!...

Se desprendió de los brazos de Dmitri y se fue. Mitia la siguió, vacilante. «Cualquiera que sea el final —se decía—, daría el mundo entero por este instante.» Gruchegnka se bebió de una vez un vaso de champán. En seguida le produjo efecto. Se sentó en un sillón. Sonreía feliz. Sus mejillas se colorearon y su vista se nubló. Su mirada llena de pasión fascinaba. Incluso Kalganov, incapaz de hacer frente al hechizo, se acercó a ella.

—¿Has sentido el beso que te he dado hace un momento mientras dormías? —murmuró Gruchegnka—. Ahora estoy ebria. ¿Y tú? Oye, Mitia, ¿por qué no bebes? Yo ya he bebido...

—Ya estoy embriagado... de ti, y quiero estarlo de bebida.

Apuró un vaso y, para sorpresa suya, se emborrachó inmediatamente, él que había resistido hasta entonces. Desde este momento, todo empezó a darle vueltas. Le pareció que estaba delirando. Iba de un lado a otro, reía, hablaba con todo el mundo, no se daba cuenta de nada. Como recordó más tarde, sólo se percataba de que una sensación de ardor crecía en su interior por momentos, hasta el punto de que creía tener brasas en el alma.

Se acercó a Gruchegnka. La contempló, la escuchó... Gruchegnka estaba en extremo locuaz. Llamaba a alguna de las muchachas del coro, la besaba, le hacia a veces la señal de la cruz y la despedía. Estaba al borde de echarse a llorar. El «viejecito», como llamaba a Maximov, la divertía extraordinariamente. A cada momento iba a besarle la mano, y terminó por ponerse a danzar de nuevo, al ritmo de una vieja canción de gracioso estribillo:

–El cerdo, gron, gron, gron;
a ternera, mu, mu, mu;
l pato, cuau, cuau, cuau;
a oca, croc, croc, croc.
l polluelo corrla por la habitación
se iba cantando: pío, pío, pío.

»Dale algo, Mitia. Es pobre. ¡Oh los pobres, los ofendidos! ¿Sabes una cosa, Mitia? Voy a entrar en un convento. Te lo digo en serio. Me acordaré toda la vida de lo que me ha dicho hoy Aliocha. Ahora bailemos. Mañana, el convento; hoy, el baile. Voy a hacer locuras, amigos míos. Dios me perdonará. Si yo fuera Dios, perdonaría a

todo el mundo. «Mis queridos pecadores, os concedo el perdón a todos.» Os imploro que me perdonéis. Perdonad a esta ignorante, buena gente. Soy una fiera, una fiera y sólo una fiera... Quiero rezar. Una miserable como yo quiere orar... Mitia, no les impidas que bailen. Todo el mundo es bueno, ¿sabes?, todo el mundo. La vida es hermosa. Por malo que uno sea, le gusta vivir. Somos buenos y malos a la vez... Por favor, Mitia, dime: ¿por qué soy tan buena? Pues yo soy muy buena...

Así divagaba Gruchegnka, presa de una embriaguez creciente. Repitió que quería bailar y se levantó vacilando.

—Mitia, no me des más vino aunque te lo pida. El vino me trastorna. Todo me da vueltas, hasta la estufa. Pero quiero bailar. Vais a ver lo bien que bailo.

Estaba decidida a hacerlo. Sacó un pañuelo de batista, que cogió por una punta, para agitarlo mientras danzaba. Mitia se apresuró a colocarse en primera fila. Las muchachas enmudecieron, dispuestas a entonar, a la primera señal, las notas de una danza rusa.

Maximov, al enterarse de que Gruchegnka iba a bailar, lanzó un grito de alegría y empezó a saltar delante de ella mientras cantaba:

–Piernas finas, curvas laterales,
ola en forma de trompeta.

Gruchegnka lo apartó de si, golpeándolo con el pañuelo.

—¡Silencio! ¡Que todo el mundo venga a verme!... Mitia, ve a llamar a los de la habitación cerrada. ¿Por qué han de estar encerrados? Diles que voy a bailar, que vengan a verme...

Mitia golpeó fuertemente la puerta de la habitación donde estaban los polacos.

—¡Eh!... Podwysocki. Salid. Gruchegnka va a bailar y os llama.

—*Lajdak* —rugió uno de los polacos.

—¡Tú sí que eres un miserable! ¡Canalla!

—No ultrajes a Polonia —gruñó Kalganov, que estaba también embriagado.

—¡Oye, muchacho! Lo que he hecho no va contra Polonia. Un miserable no puede representarla. De modo que cállate y come bombones.

—¡Qué hombres! —murmuró Gruchegnka—. No quieren hacer las paces.

Avanzó hasta el centro de la sala para bailar. El coro inició el canto. Gruchegnka entreabrió los labios„agitó el pañuelo, dobló la cabeza y se detuvo.

—No tengo fuerzas —murmuró con voz desfallecida—. Perdónenme. No puedo. Perdón...

Saludó al coro; hizo reverencias a derecha a izquierda.

Una voz dijo:

—La hermosa señorita ha bebido demasiado.

—Ha cogido una curda —dijo Maximov, con una sonrisa picaresca, a las chicas

del coro.

—Mitia, ayúdame... Sosténme...

Mitia la rodeó con sus brazos, la levantó y fue a depositar su preciosa carga en el lecho. «Yo me voy», pensó Kalganov. Y salió, cerrando a sus espaldas la puerta de la habitación azul.

Pero la fiesta continuó ruidosamente. Una vez acostada Gruchegnka, Mitia puso su boca sobre la de su amada.

—¡Déjame! —suplicó la joven—. No me toques antes de que sea tuya... Ya te he dicho que seré tuya... Perdóname... Cerca de él no puedo... Sería horrible.

—Tranquilízate. Ni siquiera te faltaré con el pensamiento. Amarnos aquí es una idea que me repugna.

Manteniendo sus brazos en torno a ella, se arrodilló junto al lecho.

—Aunque eres un salvaje, tienes un corazón noble... Tenemos que vivir decentemente de hoy en adelante... Seamos honestos y nobles; no imitemos a los animales... Llévame lejos de aquí, ¿oyes? No quiero estar en esta tierra; quiero irme lejos, muy lejos...

—Si —dijo Mitia estrechándola entre sus brazos—, te llevaré muy lejos, nos marcharemos de aquí... ¡Oh Gruchegnka! Daría toda mi vida por estar sólo un año contigo... y por saber si esa sangre...

—¿Qué sangre?

—No, nada —dijo Mitia rechinando los dientes—. Grucha, quieres que vivamos honestamente, y yo soy un ladrón. He robado a Katka. ¡Qué vergüenza!...

—¿A Katka? ¿A esa señorita? No, no le has robado nada. Devuélvele lo que le debes. Tómalo de mi dinero... ¿Por qué te pones así? Todo lo mío es tuyo. ¿Qué importa el dinero? Somos despilfarradores por naturaleza. Pronto iremos a trabajar la tierra. Hay que trabajar, ¿oyes? Me lo ha ordenado Aliocha. No seré tu amante, sino tu esposa, tu esclava. Trabajaré para ti. Iremos a saludar a esa señorita, le pediremos perdón y nos marcharemos. Si se enoja, peor para ella. Devuélvele su dinero y ámame. Olvídala. Si la amas todavía, la estrangularé, le vaciaré los ojos con una aguja...

—Es a ti a quien amo, sólo a ti. Te amaré en Siberia.

—¿Por qué en Siberia?... En fin, si quieres que sea en Siberia, allí será... Trabajaremos... En Siberia hay mucha nieve... Me gusta viajar por la nieve... Me encanta el tintineo de las campanillas... ¿Oyes? Ahora suena una... ¿Dónde?... Pasan viajeros... Ya ha dejado de sonar.

Cerró los ojos y quedó como dormida. En efecto, se había oído una campanilla a lo lejos. Mitia apoyó la cabeza en el pecho de Gruchegnka. No advirtió que el tintineo dejó de oírse y que en la casa sucedió un silencio de muerte al bullicio y a los cantos. Gruchegnka abrió los ojos.

—¿Qué ha pasado? ¿Me he dormido?... ¡Ah, sí! La campanilla... He empezado a pensar que viajaba por la nieve, mientras la campanilla tintineaba, y me he dormido... Íbamos los dos a un lugar lejano... Yo te besaba, me apretaba contra ti. Tenía frio, brillaba la nieve... No me parecía estar sobre la tierra... Y ahora me despierto y veo a mi amado junto a mí. ¡Qué felicidad!

—¡Junto a ti! —murmuró Mitia cubriendo de besos el pecho y las manos de Gruchegnka.

De pronto, Mitia observó que Gruchegnka miraba fija y extrañamente por encima de su cabeza. Su rostro expresaba sorpresa y temor.

—Mitia, ¿quién es ese que nos mira?——preguntó la joven en voz baja.

Mitia se volvió y vio la cara de alguien que había apartado la cortina y los observaba. Se levantó y avanzó a paso rápido hacia el indiscreto.

—Venga conmigo, se lo ruego —dijo una voz enérgica.

Mitia pasó al otro lado de la cortina y se detuvo al ver la habitación llena de personas que acababan de llegar. Se estremeció al reconocerlos a todos. Aquel viejo de aventajada estatura, que llevaba abrigo y ostentaba una escarapela en su gorra de uniforme, era el ispravnik Mikhail Markarovitch. Aquel petimetre «tuberculoso, de botas irreprochables», era el suplente. «Tiene un cronómetro de cuatrocientos rublos. Me lo ha enseñado.» De aquel otro, bajito y con lentes, Mitia había olvidado el nombre, pero le conocía de vista: era el juez de instrucción recién salido de la Escuela de Derecho. También estaba allí el *stanovoi*[100] Mavriki[101] Mavrikievitch, al que conocía. ¿Qué hacía allí toda aquella gente que lucía insignias de metal? Además, había varios campesinos. Y en el fondo, junto a la puerta, estaban Kalganov y Trifón Borisytch...

—¿Qué ocurre, señores? —empezó por preguntar Mitia. Y añadió en seguida con voz sonora—: ¡Ya comprendo!

El joven de los lentes avanzó hacia él y le dijo con un aire de superioridad y un tono de impaciencia:

—Tenemos que decirle dos palabras. Tenga la bondad de acercarse al canapé.

—¡El viejo! —exclamó Mitia, enloquecido—. ¡El viejo ensangrentado! Ahora comprendo...

Y se dejó caer en una silla.

—¿De modo que comprendes? —exclamó el *ispravnik* acercándose a Mitia. Fuera de si, enrojecido el semblante, temblando de cólera, añadió—: ¡Parricida, monstruo! ¡La sangre de tu anciano padre clama contra ti!

—Pero eso es imposible —dijo el petimetre—. ¡Jamás habría esperado, Mikhail Makarovitch, que fuera usted capaz de proceder de este modo!

—¡Esto es el delirio, señores, el delirio! —continuó el *ispravnik*—. Miradlo: ebrio y manchado de la sangre de su padre, pasa la noche con una mujer alegre. ¡Esto

es el delirio!

—Le ruego encarecidamente, mi querido Mikhail Makarovitch —dijo el hombrecillo «tuberculoso»—, que ponga freno a sus sentimientos. De lo contrario, me veré obligado a...

Interrumpiéndole, el joven juez de instrucción dijo con acento firme y grave:

—Señor teniente de la reserva Karamazov, debo advertirle que está usted acusado de ser el autor del asesinato de Fiodor PavIovitch, cometido esta noche.

Dijo algo más. El suplente habló también. Pero Mitia no los comprendió: los miró a todos con una expresión de extravío.

LIBRO IX

LA INSTRUCCIÓN PREPARATORIA

I. Los comienzos del funcionario Perkhotine

Piotr Ilich Perkhotine, a quien dejamos golpeando con todas sus fuerzas la puerta principal de la casa Mozorov, acabó, como es lógico, por conseguir que le abriesen. Al oír semejante alboroto, Fenia, todavía horrorizada, estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. Aunque había visto a Dmitri Fiodorovitch emprender el viaje, creyó que era él, que había vuelto, por juzgar que sólo un hombre como Mitia podía llamar de un modo tan insolente. Fenia corrió a ver al portero, al que el estrépito había despertado, y le suplicó que no abriese. Pero el portero, al oír el nombre del visitante y saber que deseaba hablar con Fedosia Marcovna de un asunto importante, decidió dejarlo pasar.

Piotr Ilitch empezó a interrogar a la joven y obtuvo en seguida el dato más importante: al salir en busca de Gruchegnka, Dmitri Fiodorovitch se había llevado una mano de mortero, y había vuelto con las manos vacías y manchadas de sangre.

—La sangre goteaba —dijo Fenia, recordando, en medio de su turbación, este horripilante detalle.

Piotr Ilitch había visto las manos ensangrentadas de Mitia y le había ayudado a lavárselas. A Piotr Ilitch no le importaba saber si se le habían secado rápidamente; lo importante para él era averiguar si Dmitri Fiodorovitch había ido a casa de su padre con la mano de mortero. Piotr hitch insistió sobre este punto, y aunque no logró obtener aclaraciones precisas, quedó casi convencido de que Dmitri Fiodorovitch había visitado la casa paterna y, por consiguiente, de que algo debía de haber pasado en ella.

Fenia añadió:

—Cuando volvió, yo se lo conté todo y le pregunté: «¿Por qué tiene las manos manchadas de sangre, Dmitri Fiodorovitch?» Él me respondió que la sangre era humana, que acababa de matar a una persona, y se fue corriendo como un loco. Yo pensé: «¿Adónde irá?» Y me respondí que sin duda se dirigiría a Makroie para matar a la señorita. Entonces salí corriendo en su busca para suplicarle que la perdonara. Al pasar ante la casa de los Plotnikov lo vi. Estaba preparado para partir y tenía las manos limpias...

La abuela confirmó el relato de la nieta. Piotr Ilitch salió de la casa todavía más confundido que cuando había entrado.

Lo más lógico era dirigirse inmediatamente a casa de Fiodor Pavlovitch para enterarse de si había ocurrido algo, y luego, sabiendo ya a qué atenerse, ir a visitar al *ispravnik*. Piotr Ilitch estaba decidido a proceder de este modo. Pero la noche era oscura, y la puerta de la casa, gruesa y maciza. No conocía apenas a Fiodor Pavlovitch. Si, a fuerza de dar golpes, conseguía que le abriesen y resultaba que no había ocurrido nada anormal, al día siguiente el malicioso Fiodor Pavlovitch iría

contando por toda la ciudad —como quien cuenta una anécdota graciosa— que, a medianoche, el funcionario Perkhotine, al que no conocía, había llamado a su puerta para averiguar si lo habían matado. Sería un escándalo, y no había nada en el mundo que Piotr Ilitch detestara tanto como los escándalos. Sin embargo, los sentimientos que lo dominaban eran tan imperiosos, que, después de haber golpeado el suelo con la planta del pie para desahogar su cólera y de haberse insultado a sí mismo, se lanzó en otra dirección, hacia la casa de la señora de Khokhlakov. Si ésta, respondiendo a sus preguntas, decía que no había entregado tres mil rublos a Dmitri Fiodorovitch a hora tan intempestiva, él, Perkhotine iría a ver al *ispravnik* sin pasar por la casa de Fiodor Pavlovitch. De lo contrario, lo dejaría todo para el día siguiente y se volvería a casa. Salta a la vista que la resolución del joven funcionario de presentarse a las once de la noche en casa de una mujer mundana a la que conocía, haciéndola, tal vez, levantar de la cama, para interrogarla sobre un asunto tan singular, podía motivar un escándalo semejante al que trataba de eludir. Pero es frecuente que las personas más flemáticas adopten en tales casos resoluciones parecidas. No obstante, en aquel momento, Piotr llitch no se parecía en nada a un hombre flemático. Recordó durante toda su vida que la turbación insoportable que se había apoderado de él llegó a tener carácter de verdadero suplicio y lo llevó a obrar contra su voluntad. Por el camino no cesó de hacerse reproches por el estúpido paso que iba a dar. «¡Pero iré hasta el fin!», se dijo una y otra vez, rechinando los dientes. Y cumplió su palabra.

Estaban dando las once cuando llegó a casa de la señora de Khokhlakov. Le fue fácil entrar en el patio, pero el portero no pudo decirle con certeza si la señora estaba ya acostada, aunque era su costumbre estarlo a aquella hora.

—Hágase anunciar, y ya verá si lo recibe o no.

Piotr Ilitch subió al piso, y entonces empezaron las dificultades. El criado no quería anunciarlo. Acabó por llamar a la doncella. Cortés pero firmemente, Piotr Ilitch rogó a la joven que dijera a su señora que el funcionario Perkhotine deseaba hablarle de un asunto importantísimo, tan importante, que justificaba que se permitiera molestarla a aquellas horas.

—Anúncieme en estos términos —concluyó.

Esperó en el vestíbulo. La señora de Khokhlakov estaba ya en su dormitorio. La visita de Mitia la había trastornado, y presentía una noche de jaqueca, como solía ocurrirle en casos semejantes. Se opuso, irritada, a recibir al joven funcionario, aunque la llegada de aquel desconocido despertaba su curiosidad femenina. Pero Piotr Ilitch se obstinó como un mulo. Al recibir la negativa, insistió imperiosamente, solicitando que se dijera a la señora, palabra por palabra, «que el asunto podía calificarse de grave y que era muy posible que la señora se arrepintiera de no haberle recibido». La doncella lo miró, asombrada, y fue a dar el recado. La señora de Khokhlakov se quedó estupefacta, reflexionó un momento y preguntó qué aspecto

tenía el visitante. Así se enteró de que «era un hombre de buena presencia, joven y muy fino». Digamos de paso que Piotr Ilitch no carecía de belleza varonil y que él lo sabía. La señora de Khokhlakov se decidió a dejarse ver. Iba en bata y zapatillas y se había echado un pañuelo negro sobre los hombros. Se rogó al funcionario que pasara al salón. Apareció la señora. Miró al visitante con expresión interrogadora y, sin hacerlo sentar, le invitó a que dijera lo que tenía que decir.

—Me he permitido molestarla, señora —empezó Perkhotine—, para hablarle de una persona a la que los dos conocemos. Me refiero a Dmitri Fiodorovitch Karamazov...

Apenas hubo pronunciado este nombre, el semblante de su interlocutora reflejó una viva indignación. La dama ahogó un grito y lo interrumpió, iracunda:

—¡No me hable de ese horrible sujeto! Sólo oír su nombre es un tormento para mí. ¿Cómo se ha atrevido usted a molestar a estas horas a una dama a la que no conoce para hablarle de un individuo que hace tres horas y aquí mismo ha intentado asesinarme, ha pateado el suelo furiosamente y se ha marchado dando voces? Le advierto, señor, que presentaré una denuncia contra usted. ¡Salga de aquí inmediatamente! Soy madre y...

—¿De modo que quería matarla a usted también?

—¿Acaso ha matado ya a alguien? —preguntó en el acto la dama.

—Concédame unos minutos de atención, señora, y se lo explicaré todo —repuso en tono firme Perkhotine—. Hoy, a las cinco de la tarde, el señor Karamazov me ha pedido prestados diez rublos, y sé positivamente que en aquel momento no tenía un solo copec. Y a las nueve ha vuelto a mi casa con un fajo de billetes en la mano. Debía de llevar dos mil o tres mil rublos. Tenía el aspecto de un loco. Sus manos y su cara estaban manchadas de sangre. Le pregunté de dónde había sacado tanto dinero, y me contestó que se lo había dado usted, que usted le había adelantado la suma de tres mil rublos para que se fuera a las minas de oro. Éstas fueron sus palabras.

El semblante de la señora de Khokhlakov expresó una emoción súbita.

—¡Dios mío! —exclamó enlazando las manos—. ¡No cabe duda de que ha matado a su padre! ¡Yo no le he dado ningún dinero! ¡Corra, corra! ¡No diga nada más! ¡Vaya a casa del viejo! ¡Salve su alma!

—Escuche, señora: ¿está usted segura de no haber entregado a Dmitri Fiodorovitch ningún dinero?

—¡Ninguno, ninguno! No se lo he querido dar al ver que él no apreciaba mis sentimientos. Se ha marchado hecho una furia. Se ha arrojado sobre mí; he tenido que retroceder. ¿Sabe usted lo que ha hecho? Se lo digo porque no quiero ocultarle nada. ¡Me ha escupido!... Pero no esté de pie. Siéntese... Perdóneme que... ¿O prefiere usted ir a intentar salvar al viejo de una muerte espantosa?

—Pero si ya lo han matado...

—Cierto, Dios mío. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué le parece a usted que hagamos?

Lo había obligado a sentarse y se había instalado frente a él. Piotr Ilitch le refirió brevemente los hechos de que había sido testigo; le habló de su reciente visita a Fenia y mencionó la mano de mortero. Estos detalles trastornaron a la dama, que profirió un grito y se cubrió los ojos con la mano.

—Sepa usted que he presentido todo esto. Tengo este don. Todos mis presentimientos se cumplen. ¡Cuántas veces he observado a ese hombre temible pensando: «Terminará por matarme»! Y al fin se han cumplido mis temores. Y si no me ha matado todavía comb a su padre ha sido porque Dios se ha dignado protegerme. Además, la vergüenza lo ha frenado, pues yo le había colgado del cuello, aquí mismo, una medalla que pertenece a las reliquias de Santa Bárbara mártir... ¡Qué cerca estuve entonces de la muerte! Me acerqué a él para que me ofreciera su cuello. Mire usted, Piotr Ilitch (ha dicho usted que se llama así, ¿verdad?), yo no creo en los milagros; pero esa imagen..., ese prodigio evidente en mi favor, me ha impesionado y me inclina a renunciar a mi incredulidad... ¿Ha oído hablar del *starets* Zósimo?... ¡Ay, no sé dónde tengo la cabeza! Ese mal hombre me ha escupido aun llevando la medalla pendiente del cuello... Pero sólo me ha escupido, no me ha matado. Y luego ha echado a correr. ¿Qué hacemos? Dígame: ¿qué hacemos?

Piotr Ilitch se levantó y dijo que iba a contárselo todo al *ispravnik* para que éste procediera como creyese conveniente.

—Lo conozco. Es una excelente persona. Vaya en seguida a verlo. ¡Qué inteligencia tiene usted, Piotr Ilitch! A mí no se me hubiera ocurrido nunca esa solución.

—Estoy en buenas relaciones con él, y esto es una ventaja —dijo Piotr Ilitch, visiblemente deseoso de librarse de aquella dama que hablaba por los codos y no le dejaba marcharse.

—Oiga, venga a contarme todo lo que averigüe: las pruebas que se obtengan, lo que puedan hacer al culpable... ¿Verdad que la pena de muerte no existe en nuestro país? No deje de venir aunque sea a las tres o las cuatro de la mañana... Diga que me despierten, que me zarandeen si es preciso... Pero no creo que haga falta, porque estaré levantada. ¿Y si fuera con usted?

—No, eso no. Pero si declarase por escrito que no ha entregado ningún dinero a Dmitri Fiodorovitch, esta declaración podría ser útil...

—¡Ahora mismo! —dijo la señora de Khokhlakov corriendo hacia su mesa de escribir—. Tiene usted un ingenio que me confunde. ¿Desempeña usted su cargo en nuestra ciudad? Me alegro de veras.

Sin dejar de hablar y a toda prisa había trazado unas líneas en gruesos caracteres.

Declaro que no he prestado jamás, ni hoy ni antes, tres mil rublos a Dmitri Fiodorovitch Karamazov. Lo juro por lo más sagrado.

—Mire; ya está —dija volviendo al lado de Piotr Ilitch—. ¡Vaya, vaya a salvar su alma! Cumplirá usted una gran misión.

Hizo tres veces la señal de la cruz sobre él y lo condujo de nuevo al vestíbulo.

—¡Qué agradecida le estoy! ¡No puede usted imaginarse cuánto le agradezco que haya venido a verme antes que a nadie! Siento de veras que no nos hayamos conocido hasta hoy. De ahora en adelante le agradeceré que me visite. He comprobado con satisfacción que cumple usted sus obligaciones con una exactitud y una inteligencia extraordinarias. Por eso nadie puede dejar de comprenderlo, de estimarlo, y le aseguro que todo lo que yo pueda hacer por usted... ¡Oh! Adoro a la juventud, me tiene robada el alma... Los jóvenes son la esperanza de nuestra infortunada Rusia... ¡Vaya, corra!...

Piotr Ilitch se había marchado ya. De lo contrario, la señora de Khokhlakov no le habría dejado ir tan pronto.

Sin embargo, la viuda había producido a Piotr Ilitch excelente impresión, tan excelente, que incluso amortiguaba la contrariedad que le causaba haberse mezclado en un asunto tan complicado y desagradable. Todos sabemos que sobre gustos no hay nada escrito. «No es vieja ni muchísimo menos —se dijo—. Por el contrario, al verla, yo creí que era su hija.»

En cuanto a la señora de Khokhlakov, estaba en la gloria. «Un hombre tan joven, ¡y qué experiencia de la vida, qué formalidad!... Y, además, su finura, sus modales... Se dice que la juventud de hoy no sirve para nada. He aquí una prueba de que eso no es verdad.» Y seguía enumerando cualidades. Tanto, que llegó a olvidarse del espantoso acontecimiento. Ya acostada, recordó vagamente que había estado a punto de morir y murmuró: «¡Es horrible, horrible!...» Pero esto no le impidió dormirse profundamente.

Quiero hacer constar que no me habría entretenido en referir estos detalles insignifjcantes si tan singular encuentro del funcionario con una viuda todavía joven no hubiera influido en la carrera del metódico Piotr Ilitch. En nuestra ciudad todavía se recuerdan con asombro estos hechos, de los que tat vez digamos algo más al final de esta larga historia de los hermanos Karamazov.

II. La alarma

El *ispravnik* Mikhail Makarovitch, teniente coronet retirado que había pasado a ser consejero de la corte[102], era una buena persona, y ya gozaba de las simpatías de todos por su tendencia a reunir a los elementos de la buena sociedad. Siempre tenía invitados en su casa, aunque sólo fuera un par de comensales en su mesa. Sin esto no habría podido vivir. Sus invitaciones se fundaban en los pretextos más diversos. La comida no era exquisita, pero sí copiosa; las tortas de pescado, excelentes; la abundancia de los vinos compensaba todas las deficiencias.

En la primera habitación había una mesa de billar, y en sus paredes, grabados de cameras inglesas con marcos negros, la que, como es sabido, constituye el ornamento de todas las salas de billar de los pisos de soltero.

Todas las tardes se jugaba a las cartas; pero lo corriente era que las clases distinguidas de nuestra localidad se reunieran en casa del consejero para entregarse al pasatiempo del baffle. Las madres acudían con las hijas. Mikhail Makarovitch, aunque era viudo, vivía en familia, con una hija mayor, que era viuda también, y dos hijas menores. Éstas habían terminado ya sus estudios, y eran tan simpáticas y alegres, que, a pesar de no tener dote, atraían a su casa a la juventud distinguida de la ciudad.

Aunque su inteligencia era limitada y escasa su instrucción, Mikhail Makarovitch desempeñaba sus funciones tan bien como el primero. Cierto que se equivocaba al juzgar ciertas reformas del reinado de la época[103], pero esto se debía más a la indolencia que a la incapacidad, pues no las había estudiado. «Tengo alma de militar más que de paisano», decía. Aunque poseía tierras en el campo, no tenía una idea clam de la reforma agraria, y la iba comprendiendo poco a poco, por sus resultados y contra su voluntad.

Piotr Ilitch estaba seguro de que se encontraría en casa del consejero con más de un invitado, y, en efecto, allí estaban el procurador, que había ido a jugar una partida, y el doctor Varvinski, perteneciente al *zemstvo*[104] y que era un joven recién llegado de la Academia de Medicina de Petersburgo, donde había obtenido uno de los primeros puestos.

Hipólito Kirillovitch, el procurador —en realidad era el suplente, pero todos lo llamaban así—, era un hombre de personalidad poco corriente, todavía joven —treinta y cinco años—, predispuesto a la tuberculosis, que estaba casado con una mujer obesa y estéril, orgullosa a irascible, pero que poseía también excelentes cualidades. Para desgracia suya, se hacía demasiadas ilusiones respecto a sus méritos, lo que le mantenía en una inquietud constante. Tenía inclinaciones artísticas y cierta penetración psicológica respecto a los criminales y al crimen. Por eso estaba convencido de que no estimaban su valía en las altas esferas y consideraba que era

víctima de una injusticia. En los momentos de decepción decía que iba a dedicarse a la abogacía criminalista. El asunto Karamazov lo galvanizó de pies a cabeza. Se dijo que era un caso que podía apasionar a toda Rusia... Pero no nos anticipemos.

En la habitación inmediata estaban las señoritas y el joven juez de instrucción Nicolás Parthenovitch Neliudov, llegado de Petersburgo hacía dos meses. Más tarde llamó la atención que los personajes citados estuvieran reunidos, como si lo hubiesen hecho adrede, en casa del poder ejecutivo la noche del crimen. Sin embargo, la reunión no podía ser más natural. La esposa de Hipólito Kirillovitch padecía desde el día anterior un fuerte dolor de muelas, y el procurador, para librarse de sus lamentos, se había ido a casa del *ispravnik*. El médico sólo pasaba a gusto las veladas ante una mesa de juego. Y Neliudov había decidido visitar aquella noche a Mikhail Makarovitch, fingiendo que lo hacía casualmente, a fin de sorprender a la hija menor del *ispravnik*, Olga Mikhailovna, que cumplía años aquel día, lo que mantenía en secreto, a juicio de Neliudov, para no verse obligada a ofrecer un baile: no quería revelar su edad, ya que era demasiado joven, y temía que la fiesta transcurriera entre alusiones burlonas. Y al día siguiente se hablaría de ello en toda la ciudad.

El apuesto Neliudov era un libertino. Así lo calificaban nuestras damas, sin que él se molestase. Pertenecía a la buena sociedad, a una familia honorable; se comportaba siempre con la mayor corrección, y, a pesar de su inclinación a los placeres, era completamente inofensivo. En sus frágiles dedos llevaba varias gruesas sortijas; era bajito y de complexión delicada. En el ejercicio de su cargo se comportaba con extrema gravedad, pues tenía un alto concepto de su misión y de sus obligaciones. Tenía la especialidad de confundir a los asesinos y malhechores de baja estofa en sus interrogatorios y provocaba en ellos cierto estupor, ya que no respeto a su persona.

Al llegar a casa del *ispravnik*, Piotr Ilitch advirtió que todo el mundo estaba al corriente de lo sucedido, lo que le sorprendió sobremanera. Se había suspendido el juego y se había entablado una discusión general sobre el suceso. Nicolás Parthenovitch mostraba una actitud belicosa. Piotr Ilitch se enteró, con profundo estupor, de que Fiodor Pavlovitch había sido asesinado aquella misma noche en su casa, asesinado y desvalijado. He aquí cómo se descubrió el trágico suceso.

Marta Ignatievna, la esposa de Grigori, se despertó de pronto de su profundo sueño, sin duda al oír los gritos de Smerdiakov, que se hallaba en la reducida habitación vecina. No había podido acostumbrarse a los gritos del epiléptico, aquellos gritos aterradores que precedían a los ataques. Todavía no despierta del todo, se levantó y entró en el cuarto de Smerdiakov. En la oscuridad, el enfermo respiraba penosamente y se debatía. Marta se asustó y llamó a su marido, pero en esto se acordó de que Grigori no estaba a su lado al despertar ella. Volvió a su habitación, tanteó el lecho y vio que estaba vacío. Corrió al soportal y llamó tímidamente a su esposo. La única respuesta que obtuvo fueron unos gemidos lejanos en el silencio de

la noche. Aguzó el oído. Nuevos lamentos. Procedian del jardín... «¡Señor, parecen las quejas de Isabel Smerdiachtchaia! »

Bajó los escalones y vio que la puertecilla del jardín estaba abierta. «Por aquí debe de estar, el pobre.» Siguió avanzando y oyó claramente las llamadas de Grigori: «¡Marta, Marta!» Su voz era débil y estaba impregnada de dolor. «¡Ayúdame, Señor!», murmuró Marta Ignatievna mientras corría en busca de Grigori.

Lo encontró a unos veinte pasos del muro del jardín. Allí había caído. Al volver en sí, debió de ir arrastrándose largo trecho y perder el conocimiento varias veces. Marta se dio cuenta de pronto de que su marido estaba manchado de sangre y empezó a gritar. Grigori murmuró débilmente, con voz entrecortada: «Ha matado... matado a su padre... No grites:.. Corre, avisa...» Marta Ignatievna no se calmaba. En esto vio la ventana de la habitación de su dueño abierta a iluminada. Dirigió una mirada al interior de la habitación y descubrió un horrendo espectáculo: Fiodor Pavlovitch estaba tendido de espaldas, inerte. Su bata y su blanca camisa estaban impregnadas de sangre. La bujía que ardía sobre una mesa iluminaba la cara del muerto. Marta Ignatievna, enloquecida, salió corriendo del jardín, abrió la puerta principal y se dirigió como un rayo a casa de María Kondratievna. Las dos vecinas, madre a hija, estaban durmiendo. Los fuertes golpes dados en la ventana por la esposa de Grigori las despertaron. Con palabra incoherente, Marta Ignatievna les explicó lo ocurrido y les pidió ayuda. Foma, que tenía hábitos de vagabundo, dormía aquella noche en casa de las dos mujeres. Se le hizo levantar inmediatamente y todos se trasladaron al lugar del crimen.

Por el camino, María Kondratievna recordó haber oído, a eso de las nueve, un grito agudo. Este grito fue el de « ¡Parricida! » proferido por Grigori en el momento de coger la pierna de Dmitri Fiodorovitch, que ya estaba en lo alto del muro.

Cuando llegaron junto a Grigori, lo levantaron entre las dos mujeres y Foma y lo transportaron al pabellón. Al encender la luz vieron que Smerdiakov seguía presa de su ataque, los ojos en blanco y la boca llena de espuma. Lavaron la cabeza del herido con agua y vinagre, y esto lo reanimó en seguida. Lo primero que preguntó fue si Fiodor Pavlovitch estaba todavía vivo. Las dos mujeres y el soldado volvieron al jardín y vieron que no sólo la ventana, sino también la puerta de la casa, estaba abierta de par en par, siendo así que, desde hacía una semana, el barine se encerraba por las noches con dos vueltas de llave y no permitía ni siquiera a Grigori que le llamara bajo pretexto alguno. No se atrevieron a entrar, por temor «a las complicaciones». Por orden de Grigori, María Kondratievna corrió a casa del *ispravnik* para dar la voz de alarma. Llegó cinco minutos antes que Piotr Ilitch, de modo que éste, al aparecer, fue como un testigo de cargo que confirmó con sus declaraciones las sospechas contra el presunto autor del crimen, al que el funcionario se había resistido a considerar culpable.

Se decidió obrar con energía. Las autoridades judiciales se trasladaron al lugar de los hechos y realizaron una investigación en toda regla. El doctor del *zemstvo*, principiante en el ejercicio de su cargo, se ofreció a acompañarlos. Voy a resumir los hechos. Fiodor Pavlovitch tenía la cabeza abierta. ¿Pero qué arma había empleado el agresor? Seguramente la misma que había servido poco después para abatir a Grigori. Éste, una vez recibidos los primeros cuidados, hizo, a pesar de su debilidad, un relato coherente de lo que le había sucedido. Se buscó con una linterna en las cercanías del muro del jardín, y se encontró la mano de mortero de cobre en medio de una avenida. En la habitación de Fiodor PavIovitch todo estaba en orden, pero detrás del biombo, cerca del lecho, se encontró un gran sobre de papel fuerte, con esta inscripción: «Tres mil rublos para Gruchegnka, mi ángel, si viene.» Y Fiodor Pavlovitch había añadido más abajo: «Para mi pichoncito.» El sobre tenía tres grandes sellos de lacre, pero estaba abierto y vacío. También se encontró en el suelo la cinta de color de rosa con que había estado atado.

Del relato de Piotr Ilitch, lo que más llamó la atención a los magistrados fue la sospecha de que Dmitri Fiodorovitch se iba a suicidar a la mañana siguiente, según él mismo había declarado y como parecían confirmar la pistola cargada, la nota que Mitia había escrito y otros detalles. Piotr Ilitch añadió que le amenazó con denunciarlo para evitar que se suicidase, y que Dmitri le respondió con una sonrisa: « No tendrás tiempo.» Por lo tanto, había que dirigirse a toda prisa a Mokroie para detener al asesino antes de que se quitara la vida.

—¡La cosa está clara, clarísima! —exclamó el procurador, acalorado—. Todos esos locos proceden así: se divierten antes de poner fin a sus días.

Al enterarse de las compras que había hecho Dmitri, se enardeció más todavía.

—Acuérdense, señores, del asesino del traficante Olsufiev, que robó a su víctima mil quinientos rublos. Lo primero que hizo fue rizarse el pelo. Después se dedicó a divertirse con las chicas y no se preocupó de ocultar el dinero.

Pero las formalidades de la investigación requerían tiempo. Se envió a Mokroie al isprvvnik Mavriki Mavrikievitch Chmertsoy, que habia llegaao a la ciudad para cobrar su sueldo. Se le encargó la vigilancia del «asesino» hasta que llegasen las autoridades competentes. Debía procurarse la ayuda necesaria, etc., etc. Ocultando que obraba oficialmente, enteró de parte del asunto a Trifón Borisytch, conocido suyo desde hacía mucho tiempo. Entonces fue cuando Mitia, al dejar la galería, se encontró con el dueño del parador, que lo buscaba, y observó un cambio en su semblante y en su modo de hablar.

Mitia y sus compañeros ignoraban la vigilancia de que eran objeto. En cuanto a la caja de las pistolas, hacía rato que Trifón la había escondido en lugar seguro.

Nasta las cinco, o sea casi al amanecer, no llegaron las autoridades. Ocupaban dos coches. El médico se había quedado en casa de Fiodor Pavlovitch para hacerle la

autopsia y, sobre todo, porque el estado de Smerdiakov le interesaba extraordinariamente.

—Un ataque de epilepsia tan violento y largo como éste, que ya dura dos días, es sumamente raro a interesante desde el punto de vista científîico —dijo a sus compañeros cuando los vio partir.

Y todos lo felicitaron, entre risas, por la oportunidad que se le había presentado inesperadamente. El médico afirmó que Smerdiakov no llegaría con vida a la mañana siguiente.

Tras esta digresión un tanto extensa, pero necesaria, reanudamos nuestra historia en el punto en que la dejamos.

III. Las tribulaciones de un alma. Primera tribulación

Mitia paseó por todos los presentes una mirada atónita, sin comprender lo que decían. De pronto se irguió, levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Yo no soy culpable de ese crimen! ¡Yo no he derramado la sangre de mi padre! Quería matarlo, pero soy inocente. ¡No he sido yo!

Apenas habla terminado de decir esto, Gruchegnka salió de detrás de la cortina y se arrojó a los pies del *ispravnik*.

—¡Soy yo la culpable! —exclamó tendiendo hacia él los brazos y bañada en lágrimas—. Lo ha matado por culpa mía. He torturado a ese pobre viejo que ya no existe. Soy yo la principal culpable.

—¡Sí, criminal: tuya es la culpa! —vociferó el *ispravnik* amenazándola con el puño— ¡Eres una mala mujer, una libertina!

Lo hicieron callar en seguida. El procurador incluso lo cogió por la cintura para contenerlo.

—¡Su actitud está fuera de toda regla, Mikhail Makarovitch! ¡Está usted dificultando la investigación! ¡Lo echa todo a perder!

La indignación lo ahogaba.

—¡Hay que tomar medidas, hay que tomar medidas! —exclamó Nicolás Parthenovitch—. ¡Esto no se puede tolerar!

—¡Juzgadnos juntos! —continuó Gruchegnka, que seguía arrodillada—. ¡Ejecutadnos juntos! ¡Estoy dispuesta a morir con él!

—¡Grucha! ¡Mi vida, mi corazón, mi tesoro! —dijo Mitia arrodillándose junto a ella y rodeándola con sus brazos—. ¡No la crean! ¡Es inocente!

Los separaron a viva fuerza y se llevaron a la joven. Mitia perdió el conocimiento y, cuando lo recobró, se vio sentado ante una mesa y rodeado de personas que ostentaban placas de metal[105]. Frente a él, sentado en el diván, estaba Nicolás Parthenovitch, el juez de instrucción, que le invitaba con toda cortesía a beber un poco de agua.

—El agua lo refrescará y lo calmará. No se inquiete. No tiene nada que temer.

A Mîtia le interesaron extraordinariamente las gruesas sortijas del juez, adornadas una con una amatista y la otra con una piedra de un amarillo claro, de hermosos destellos. Mucho tiempo después recordaría con estupor que estas sortijas lo fascinaban en medio de las torturas del interrogatorio, hasta el extremo de que no podía apartar los ojos de ellas. A la izquierda de Mitia estaba sentado el procurador; a la derecha, un joven que llevaba una chaqueta de cazador bastante deteriorada y que tenía delante un tintero y papel: era el escribano del juez de instrucción. En el otro extremo de la habitación, junto a la ventana, estaban el *ispravnik* y Kalganov.

—Beba un poco —dijo por enésima vez y amablemente el juez de instrucción.

—Ya he bebido, señores, ya he bebido. —Y añadió, mirándolos fijamente—: ¡Aplástenme, condénenme, decidan mi suerte!...

—¿De modo que sostiene usted que no ha matado a su padre, Fiodor Pavlovitch?

—Lo sostengo. He derramado la sangre de otro viejo, pero no la de mi padre. Estoy apenado. He matado, pero es muy duro para mí verme acusado de un crimen horrible que no he cometido. Esta terrible acusación, señores, me produce el efecto de un mazazo. ¿Pero quién ha matado a mi padre? ¿Quién ha podido matarlo sino yo? Es algo inaudito, increíble.

—Debe usted saber... —empezó a decir el juez.

Pero el procurador, después de cambiar una mirada con él, dijo a Mitia:

—Deseche su preocupación por el viejo criado Grigori Vasilev. Está vivo. Ha recobrado el conocimiento y, a pesar del tremendo golpe que usted le ha asestado... (y digo tremendo fundándome en las declaraciones de la víctima y de usted), puede darse por seguro que se curará. Por lo menos, ésta es la opinión del médico.

—¿Vivo? ¿Está vivo? —exclamó Mitia con el rostro resplandeciente y enlazando las manos—. ¡Señor, gracias por tu magnífico milagro en favor de este malvado, de este pecador! ¡Gracias por haber escuchado mis oraciones! ¡Toda la noche he estado rezando!

Se santiguó tres veces. El procurador continuó:

—Pero ese Grigori ha hecho una declaración que le compromete a usted gravemente; tanto le compromete, que...

Mitia le interrumpió, levantándose:

—¡Por favor, señores; un momento, sólo un momento! ¡He de hablar con ella!...

—Perdone, pero no puede marcharse ahora —dijo Nicolás Parthenovitch levantándose también.

Los testigos sujetaron a Mitia, que volvió a sentarse sin protestar.

—¡Qué lástima! ¡Sólo quería que ella supiese que no soy un asesino, que la sangre cuyo recuerdo me ha torturado toda la noche está lavada! Señores, es mi prometida —dijo mirando a todos los presentes con gesto grave y respetuoso—. Estoy muy agradecido a ustedes. Me han devuelto la vida... Ese viejo me llevó en brazos y me lavó en una artesa cuando yo tenía tres años y vivía en el mayor abandono. Hizo conmigo las veces de padre...

—Pues resulta que... —continuó el juez.

—Un minuto más, señores —le interrumpió Mitia acodándose en la mesa y cubriéndose la cara con las manos—. ¡Déjenme reconcentrarme, respirar un poco!... Estoy trastornado. Golpear a un hombre no es golpear un tambor.

—Beba un poco de agua.

Mitia descubrió su cara y sonrió. En sus ojos había un brillo vivaz; parecía transformado. También habían cambiado sus modales. Se volvía a sentir al mismo

nivel que aquellos hombres que le rodeaban, todos antiguos conocidos suyos. Tenía la impresión de haberse encontrado con ellos en una fiesta de sociedad el día anterior, antes del suceso. Hay que advertir que Mitia había tenido relaciones cordiales con el *ispravnik*. Con el tiempo, este trato amistoso se había ido enfriando, y en el mes último apenas se habían visto. Cuando se encontraba con Mitia en la calle, el *ispravnik* arrugaba las cejas y lo saludaba sólo por pura fórmula, cosa que Dmitri no dejaba de notar. Al procurador lo conocía menos, pero a veces visitaba, sin saber por qué, a su esposa, mujer nerviosa y antojadiza. Ésta lo recibía siempre con amabilidad a interés. En cuanto al juez, sus relaciones con él se limitaban a haber sostenido un par de conversaciones sobre mujeres.

—Usted, Nicolás Parthenovitch —dijo Mitia alegremente—, es un juez de instrucción muy hábil, y yo lo voy a ayudar. Señores, me siento resucitado. No se molesten ante mi franqueza. Además, les confieso que estoy un poco bebido. Me parece, Nicolás Parthenovitch, que ya tuve el honor, el honor y el placer, de saludarlo en casa de mi pariente Miusov. Señores, yo no pretendo que me traten como a un igual. Comprendo mi situación ante ustedes. Según la acusación de Grigori, pesa sobre mí una culpa horrenda. Comprendo perfectamente mi situación. Pero estoy dispuesto a facilitarles el trabajo, y pronto habremos terminado. Como estoy seguro de mi inocencia, esto abreviará las cosas. ¿No les parece?

Dmitri hablaba de prisa, con toda franqueza, como si sus auditores fueran sus mejores amigos.

—De momento —dijo gravemente Nicolás Parthenovitch—, anotaremos que usted rechaza formalmente la acusación de asesinato.

Y a media voz dictó al escribano lo procedente.

—¿Va usted a anotarlo? ¿Quiere anotar eso? De acuerdo; tienen mi pleno consentimiento, señores... Pero yo quisiera... Escriba esto también «Es culpable de graves violencias, de haber golpeado brutalmente a un pobre viejo.» Además, en mi fuero interno, en el fondo de mi corazón, yo siento esta culpa. Pero esto no hay que anotarlo, porque son secretos íntimos... Respecto al asesinato de mi padre, afirmo mi inocencia. Es una idea monstruosa. Lo probaré; pronto se convencerán ustedes. Incluso se reirán de sus sospechas.

—Cálmese, Dmitri Fiodorovitch —dijo el juez—. Antes de proseguir el interrogatorio, quisiera que me confirmara usted un hecho. Usted no quería a su difunto padre. Al parecer, tenía usted continuas querellas con él. Usted mismo ha manifestado hace un cuarto de hora, en esta habitación, que tenía la intención de matarlô. Ha dicho usted: «No lo he matado, pero he sentido el deseo de hacerlo.»

—¿Yo he dicho eso? No me extraña, pues, en efecto, y desgraciadamente, he deseado matarlo.

—¿De modo que lo ha deseado? ¿Quiere explicarnos los motivos de ese odio a

muerte contra su padre?

—¿Qué necesidad hay de explicar eso, señores? —dijo Mitia con semblante sombrío y encogiéndose de hombros—. No he ocultado mis sentimientos; toda la ciudad los conoce. Hace poco, los expuse en el monasterio, en la celda del *starets* Zósimo. La noche de aquel mismo día golpeé a mi padre hasta dejarlo sin sentido, y juré ante testigos que lo mataría. Testigos no faltan. Llevo un mes diciendo a voces lo mismo... El hecho es patente, pero los sentimientos son otra cosa. Señores, yo estimo que no tienen derecho ustedes a interrogarme sobre esta cuestión. Pese a la autoridad de que están ustedes investidos, se trata de un asunto íntimo que sólo me concierne a mí. Pero, ya que no he ocultado anteriormente mis sentimientos, ya que incluso los pregoné en la taberna, no quiero mantenerlos , en secreto ahora. Escúchenme, señores: reconozco que hay contra mí cargos abrumadores; dije públicamente que lo mataría, y he aquí que lo han matado. ¿Cómo no he de parecer yo el culnable? Los excuso, señores; los comprendo perfectamente.

Estoy estupefacto. ¿Quién puede ser el asesino en este caso, sino yo? ¿Verdad? Si no soy yo, ¿quién puede ser? Señores, quiero saber, les exijo que me digan, dónde lo han matado, cómo, con qué arma...

Miró fijamente al juez y al procurador.

—Lo hemos encontrado tendido en el suelo, en su despacho, con la cabeza abierta —repuso el procurador.

—¡Es horrible!

Mitia se estremeció, apoyó en la mesa los codos y se cubrió la cara con la mano derecha.

—Continuemos —dijo Nicolás Parthenovitch—. ¿Por qué motivo odiaba usted a su padre? Tengo entendido que usted ha dicho públicamente que la causa eran los celos.

—Los celos y algo más.

—¿Asunto de dinero?

—Sí, el dinero ha sido también un motivo.

—Creo que había en juego tres mil rublos de su herencia, que usted no recibió.

—¿Cómo tres mil? Mucho más. Seis mil..., diez mil tal vez... Lo he dicho a todo el mundo, lo he pregonado por todas partes. Pero estaba resuelto, para terminar de una vez, a conformarme con tres mil rublos. Los necesitaba a toda costa. Yo consideraba como cosa propia, como algo que me habían robado, que era mío y sólo mío, el sobre destinado a Gruchegnka y escondido bajo una almohada.

El procurador cambió con el juez una mirada significativa.

—Ya volveremos sobre este punto —dijo inmediatamente el juez—. Ahora permítame registrar que usted consideraba ese sobre como cosa propia.

—Escriban, señores, escriban. Comprendo que esto es un nuevo cargo contra mí,

pero no siento ningún terror. Ya ven ustedes que empiezo por acusarme yo mismo; yo mismo, señores... Caballeros —añadió amargamente—, ustedes tienen de mí un concepto completamente equivocado. El hombre que está ante ustedes posee un corazón noble; ha cometido muchas villanías, pero ha conservado la nobleza en el fondo de su ser... No sé cómo explicarlo... La sed de nobleza me ha atormentado siempre. La buscaba con la linterna de Diógenes. Sin embargo, sólo he cometido villanías. Como todos nosotros... ¿Pero qué digo? Como todos no, pues yo soy único en mi género... Señores, me duele la cabeza... Todo cuanto había en ese hombre me parecía detestable. Me repugnaban su aspecto, su grosería, su jactancia, sus payasadas, su desprecio hacia todo lo sagrado, su ateísmo... Pero ahora está ya muerto y pienso de otro modo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Realmente, no es que haya cambiado de modo de pensar. Lo que ocurre es que lamento haberlo odiado tanto.

—¿Remordimiento?

—No, no es remordimiento. Esto no lo anoten. Yo mismo, señores, no me distingo ni por mi bondad ni por mi belleza. Por lo tanto, no tenía ningún derecho a considerarlo repugnante. Esto lo pueden anotar.

Después de hablar así, Mitia cayó en una profunda tristeza que fue en aumento a medida que el juez prolongó su interrogatorio. En esto, se produjo una escena inesperada. Aunque se habían llevado a Gruchegnka, la habían dejado en la habitación inmediata. La acompañaba Maximov, que, abatido y aterrado, se aferraba a ella como a una tabla de salvación. Uno de los testigos de la placa metálica guardaba la puerta. Gruchegnka lloraba. De pronto, incapaz de sobreponerse a su desesperación, gritó: «¡Qué desgracia, qué desgracia!», y corrió a la habitación inmediata, hacia su amado, tan repentinamente, que nadie pudo detenerla. Mitia la oyó, se estremeció y fue precipitadamente a su encuentro. Pero les impidieron que volvieran a reunirse. Cogieron a Mitia del brazo y éste empezó a debatirse tan furiosamente, que hubieron de acudir tres o cuatro hombres para sujetarlo. Se llevaron también a Gruchegnka y él vio como le tendía los brazos mientras la arrastraban. Terminado el incidence, Mitia se vio en el sitio donde antes estaba, enfrente del juez.

—¿Por qué la han de hacer sufrir? —exclamó—. Es inocente.

El procurador y el juez hicieron todo lo posible por calmarlo. Asi transcurrieron diez minutos.

Mikhail Makarovitch, que había salido, volvió y dijo, emocionado:

—La han llevado abajo. ¿Me permiten ustedes, señores, decide dos palabras a este desgraciado? Desde luego, en presencia de ustedes.

—Puede hacerlo, Mikhail Makarovitch —repuso el juez—. No vemos en ello

ningún inconveniente.

—Escuche, Dmitri Fiodorovitch, mi desgraciado amigo —dijo el buen hombre, cuyo semblante expresaba una compasión casi paternal—. Agrafena Alejandrovna está abajo, con las hijas de Trifón Borisytch. Maximov no se separa de ella. La he tranquilizado, le he hecho comprender que tenía usted que justificarse, que necesitaba estar sereno para no agravar la acusación que pesa sobre usted. ¿Comprende?... Ella se ha hecho cargo. Es inteligente y buena. A petición de ella vengo a tranquilizarlo. Conviene que diga a esa joven que usted no se inquieta por ella. Por lo tanto debe calmarse. He cometido una injusticia con Agrafena Alejandrovna. Es un alma tierna a inocente. ¿Puedo asegurarle, Dmitri Fiodorovitch, que no perderá usted la serenidad?

El buen hombre estaba conmovido por el pesar de Gruchegnka. Las lágrimas asomaban a sus ojos. Mitia se arrojó sobre él.

—¡Perdón, señores! Permítanme esta interrupción. ¡Es usted un Santo, Mikhail Makarovitch! Muchas gracias. Estaré tranquilo y contento. Tenga la bondad de decírselo. Hasta me voy a echar a reír tanta es mi alegría al saber que usted vela por ella. Pronto pondré fin a esto y, apenas quede libre, correré a su encuentro. Que tenga un poco de paciencia. Señores, les voy a abrir mi corazón. Vamos a terminar este asunto alegremente. Acabaremos por reír todos juntos. Caballeros, esa mujer es la reina de mi alma. ¡Oh, permítanme decirlo! Yo creo que todos ustedes son hombres de nobles sentimientos. Esa joven ilumina y ennoblece mi vida. Si ustedes supieran... Ya han oído ustedes lo que ha dicho: «¡Iré contigo a la muerte!» ¿Qué puedo haberle dado yo, que no tengo nada para que me ame así? ¿Soy digno yo, un ser tan vil, de que ella me adore hasta el punto de estar dispuesta a seguirme al presidio? Hace un momento se arrastraba a los pies de ustedes por mí, a pesar de su orgullo y de su inocencia. ¿Cómo no venerarla, cómo no comer hacia ella? Perdónenme, señores. Ahora me siento consolado.

Se desplomó en una silla y, cubriéndose el rostro con las manos, rompió a llorar. Pero sus lágrimas eran de alegría. El viejo *ispravnik* estaba emocionado; los jueces, también. Advertían que el interrogatorio había entrado en una nueva fase. Cuando el *ispravnik* se hubo marchado, Mitia dijo alegremente:

—Bien, señores; ahora estoy enteramente a su disposición. Si no entramos en detalles, nos entenderemos en seguida. Repito que estoy a la disposición de ustedes. Pero es preciso que refine entre nosotros una confianza mutua. De lo contrario, no terminaríamos nunca. Lo digo por ustedes. A los hechos, señores, a los hechos. Y, sobre todo, no hurguen en mi alma, no me torturen con bagatelas. Limítense a lo esencial, y les aseguro que quedarán satisfechos de mis respuestas. ¡Al diablo los detalles!

Así habló Mitia. Acto seguido, se reanudó el interrogatorio.

IV. Segunda tribulación

No puede usted imaginarse, Dmitri Fiodorovitch —dijo Nicolás Parthenovitch, cuyos ojos, de un gris claro, ojos de miope, brillaban de satisfacción—, hasta qué punto nos complace su buena voluntad. Acepto su opinión de que una confianza mutua es indispensable en asuntos tan importantes como éste, cuando el inculpado desea, espera y puede justificarse. Por nuestra pane, haremos todo cuanto nos sea posible. Ya ha visto usted cómo llevamos este asunto. ¿Está usted de acuerdo, Hipólito Kirillovitch?

—Desde luego —aprobó el procurador, aunque en un tono un tanto seco.

Hay que advertir que Nicolás Parthenovitch, desde su reciente entrada en funciones, miraba al procurador con simpatía y respeto. Era casi el único que creía ciegamente en el talento psicológico y oratorio de Hipólito Kirillovitch, del que había oído hablar en Petersburgo. En compensación, el joven Nicolás Parthenovitch era el único hombre en el mundo que contaba con el afecto sincero de nuestro infortunado procurador. Por el camino se habían puesto de acuerdo acerca del asunto en que iban a intervenir, y, durante el interrogatorio, la aguda percepción del juez cazaba al vuelo cualquier señal o gesto, por insignificantes que fuesen, de su colega.

—Señores —dijo Mitia—, permítanme referir las cosas sin interrumpirme con trivialidades. Les aseguro que seré breve.

—De acuerdo. Pero antes de escuchar su relato, le ruego que explique un detalle sumamente interesante para nosotros. Ayer por la tarde, a las cinco, usted tomó en préstamo diez rublos de su amigo Piotr Ilitch Perkhotine, dejando en prenda dos pistolas.

—Cierto, señores; empeñé mis pistolas por diez rublos al regresar de mi viaje. ¿Qué más?

—¿Al regresar de su viaje? ¿De modo que había salido usted de la ciudad?

—Sí. Fue un viaje de cuarenta verstas, señores. ¿No lo sabían?

El procurador y el juez cambiaron una mirada.

—Convendría que nos relatara usted metódicamente todo cuanto hizo ayer desde que empezó la jornada. Por ejemplo, ¿quiere usted decirnos por qué se marchó, y a qué hora, y cuánto tiempo estuvo ausente?

Mitia se echó a reír.

—Ya veo que eso es para ustedes un asunto urgente. Si quieren, empezaré mi relato a partir de anteayer. Entonces comprenderán el porqué de mis idas y venidas. Aquel día, por la mañana, fui a visitar al traficante Samsonov para pedirle prestados tres mil rublos, ofreciéndole sólidas garantías. Necesitaba urgentemente esta suma.

—Perdone un momento —le dijo cortésmente el procurador—. ¿Para qué necesitaba usted con tanta urgencia esa sums?

—¡Detalles y más detalles! Cómo, cuándo, por qué..., y por qué precisamente esa cantidad y no otra... Todo eso no es más que palabrería. Si seguimos ese procedimiento, no tendríamos suficiente ni con tres volúmenes, y aún habríamos de añadir un epílogo.

Mitia hablaba con el acento familiar del hombre animado de las mejores intenciones y deseoso de decir toda la verdad.

—Señores —continuó—, les ruego que perdonen mi brusquedad. Pueden tener la seguridad de que me inspiran un profundo respeto. No estoy ya borracho. Comprendo que entre ustedes y yo media cierta distancia. Para ustedes soy un criminal al que deben vigilar. Ya sé que no me pueden perdonar lo que he hecho a Grigori: no se golpea impunemente a un pobre viejo. Esto me costará de seis meses a un año de prisión, pero sin perjuicio para mis derechos civiles. ¿No es así señor procurador? Comprendo todo esto; pero comprendan también ustedes que desconcertarían al mismo Dios con sus preguntas. ¿Adónde has ido, cómo, cuándo, por qué? Así sólo lograrán confundirme. Tomarán nota y, ¿qué resultará? Que no han averiguado nada. Además, si yo hubiera empezado mintiendo, seguiría diciendo mentiras hasta el final, y ustedes me lo perdonarían dadas su cultura y la nobleza de sus sentimientos. Les ruego que renuncien a esos procedimientos oficiales que consisten en hacer preguntas insignificantes. «¿Cómo te has levantado? ¿Qué has comido? ¿Dónde has escupido?» Y cuando el acusado está aturdido, acabarlo de trastornar preguntándole: «¿A quién has matado? ¿A quién has robado?» ¡Ja, ja! Éste es el sistema clásico de ustedes. En él se funda toda la astucia de los jueces. Empleen ese procedimiento con los vagabundos, pero no conmigo. Yo he vivido mucho y tengo experiencia de la vida. No se enfaden conmigo, señores, y perdónenme mi insolencia.

Los miró a todos con una extraña amabilidad y añadió:

—Mitia Karamazov merece más indulgencia que un sabio.

El juez se echó a reír. El procurador estaba muy serio y no apartaba los ojos de Dmitri: observaba atentamente sus menores gestos, los más insignificantes movimientos de su fisonomía.

—Sin embargo —dijo Nicolás Parthenovitch sin cesar de reír—, nosotros no le hemos molestado con preguntas sobre su manera de levantarse ni para saber lo que comió. Hemos ido derechos al final.

—Comprendo y me complace la bondad de ustedes. Los tres somos hombres de buena fe. Debe reinar entre nosotros la confianza recíproca de los hombres de mundo ligados por la lealtad y el honor. Sea como fuere, permítanme que les mire como se mira a los buenos amigos en estas penosas circunstancias. ¿Les ofenden mis palabras, señores?

—Nada de eso, Dmitri Fiodorovitch —repuso el juez—. Creo que tiene usted razón.

—Y demos de lado a los detalles —exclamó Mitia, acalorado—, prescindamos de los procedimientos quisquillosos. De lo contrario, no iremos a ninguna parte.

—Tiene usted toda la razón —dijo el procurador—, pero mantengo mi pregunta. Necesitamos saber para qué necesitaba usted los tres mil rublos.

—¿Qué importa que los necesitara para una cosa o para otra?... Los necesitaba para pagar una deuda.

—¿A quién?

—Me niego rotundamente a decirlo, señores. No lo hago por terror ni por cortedad, pues se trata de un detalle insignificante, sino por principio. Es una cuestión que atañe a mi vida privada y no permitiré a nadie intervenir en ella. Su pregunta no afecta a nuestro asunto, pues pertenece, como le he dicho, a mi vida privada. Les diré que mi deseo era pagar una deuda de honor, pero no mencionaré el nombre de la persona con la que tenía contraída la deuda.

—Permítame anotar eso —dijo el procurador.

—Sí, escriba usted que me opongo a mencionar el nombre del acreedor, por estimar que sería indigno hacerlo. Bien se ve, señor procurador, que no le falta tiempo para escribir.

—Permítame recordarle, señor, o decirle, si usted lo ignora —replicó severamente el procurador—, que time usted perfecto derecho a no responder a nuestras preguntas, y que, por otra parte, nosotros no podemos en modo alguno exigirle que nos responda en los casos que usted juzgue conveniente no hacerlo. Pero debemos llamarle la atención sobre los perjuicios que puede causarse a sí mismo negándose a hablar. Ahora, puede seguir hablando.

—Señores —farfulló Mitia un poco confuso ante esta observación—, no crean ustedes que estoy enojado... Yo... Verán. Me dirigía a casa de Samsonov y...

Como es lógico, no reproduciremos detalladamente su relato, en el que se exponen los hechos que ya conocen nuestros lectores. En su impaciencia, Dmitri quería contarlo todo con detalle y rápidamente. A veces, era preciso detenerlo. Dmitri Fiodorovitch se resignó a ello, renegando. «¡Señores, esto es para desesperar al mismo Dios!» «¡Caballeros, me están ustedes mortificando sin motivo!» Pero, a pesar de estas exclamaciones, conservaba su locuacidad. Explicó que Samsonov lo había engañado (ahora se daba cuenta). La venta del reloj por seis rublos, a fin de tener el dinero que necesitaba para el viaje, interesó vivamente a los magistrados, que ignoraban todavía esta operación. Ante la indignación de Mitia, se consideró necesario consignar detalladamente este hecho, que evidenciaba que el dfa anterior Dmitri estaba ya sin un céntimo. Poco a poco, Mitia se iba enfurruñando. Habló de su visita de la noche anterior a Liagavi en su isba, donde había estado a punto de asfixiarse; de su vuelta a la ciudad y de los celos que entonces empezaron a atormentarle a causa de Gruchegnka. Los magistrados le escuchaban atentamente y

en silencio, y tomaron nota sobre todo del hecho de que, desde hacía macho tiempo, Mitia tenía un puesto de observación en el jardín de María Kondratievna, para ver si Gruchegnka iba a casa de Fiodor Pavlovitch, y que Smerdiakov lo informaba sobre este asunto. Esto fue mencionado en el momento oportuno. Habló largamente de sus celos, a pesar de la vergüenza que le producía exponer sus sentimientos más íntimos «al deshonor público», por decirlo así. Para ser verídico, se sobreponía a este bochorno.

La impasible severidad de las miradas fijas en él durante su relato acabó por producirle una profunda turbación. Pensó tristemente: «Este jovenzuelo con el que yo hablaba de mujeres hace unos días y este procurador enfermizo no merecen que les cuente todo esto. ¡Qué vergüenza!» Y concluyó para tomar ánimos: «Soporta, resígnate, cállate»[106].

Cuando empezó a relatar su visita a la señora de Khokhlakov, recobró la alegría. Incluso trató de referir una anécdota reciente acerca de ella. Pero la anécdota no venía a cuento, y el juez lo interrumpió, invitándole a ceñirse al asunto. Acto seguido, habló de la desesperación que le dominaba en el momento de salir de casa de dicha señora. Tan desesperado estaba —así lo dijo—, que incluso pensó en estrangular a alguien para procurarse los ties mil rublos. Inmediatamente lo detuvieron para registrar la declaración. Finalmente explicó cómo se había enterado de la mentira de Gruchegnka, que había salido enseguida de casa de Samsonov, después de haber dicho que estaría al lado del viejo hasta medianoche.

—Si no maté entonces a Fenia, señores —dijo sin poder contenerse—, fue porque no tenía tiempo.

También este detalle se anotó. Mitia esperó con gesto sombrío, y ya iba a explicar cómo había entrado en el jardín de su padre, cuando el juez lo interrumpió y, abriendo una gran camera que tenía cerca de él, en el diván, sacó de eila una mano de mortero de cobre.

—¿Conoce usted este objeto?

—¡Oh, sí! ¿Cómo no? Démelo: quiero verlo... Pero no. ¿Para qué?

—¿Por qué no ha hablado usted de él?

—Ha sido un olvido. ¿Cree que quería ocultárselo?

—Haga el favor de explicar cómo se procuró esta arma.

—Con macho gusto, señores.

Mitia explicó cómo se había apoderado de la mano de mortero, para salir corriendo con ella.

—¿Con qué intención cogió usted este instrumento?

—Con ninguna. Lo cogí y eché a correr.

—¿Por qué salió corriendo si no tenía usted ningún propósito?

Mitia estaba cada vez más indignado. Miraba al «chiquillo» con una sonrisita

sarcástica y se arrepentía de la franqueza con que había hablado a aquellos hombres de sus celos por Gruchegnka.

—Lo de la mano de mortero no tiene impomancia.

—Sin embargo...

—La cogí para defenderme de los perros. Era ya de noche.

—¿Siempre temió usted tanto a la oscuridad? ¿Siempre lleva un arma cuando sale de noche?

—¡Por favor, señores! ¡No hay modo de hablar con ustedes!

La cólera le cegaba. Añadió, dirigiéndose al escribano:

—¡Haga el favor de escribir esto! «Se apoderó de la mano de mortero para matar a su padre, para abrirle la cabeza.» ¿Están ustedes satisfechos? —terminó en un tono de desafío.

—No podemos tener en cuenta esas palabras dictadas por la cólera —dijo secamente el procurador—. Nuestras preguntas le parecen fútiles y lo irritan. Sin embargo, son sumamente interesantes.

—¡Por favor, señores...! Yo cogí la mano de mortero... ¿Por qué se ha de coger nada en un caso como éste? Lo ignoro. El hecho es que la cogí y salí corriendo. Y nada más... Esto es bochornoso, señores. *Passons*; de lo contrario, les aseguro que no diré ni una palabra más.

Apoyó los codos en la mesa y la cabeza en la mano. Estaba sentado de lado a sus interrogadores, y tenía la mirada fija en la pared, esforzándose en sobreponerse a los malos sentimientos que lo asaltaban. Experimentaba un ávido deseo de levantarse y manifestar que no diría ni una palabra, aunque lo sometieran a tortura.

—Óiganme, señores. Ahora, escuchándoles a ustedes, me parece estar bajo los efectos de una alucinación, semejante a las que he tenido otras veces... Con frecuencia tengo la impresión de que alguien me persigue, alguien que me inspira verdadero terror y que me acecha en las tinieblas. Entonces me escondo vergonzosamente detrás de una puerta o de un armario. Mi desconocido perseguidor sabe perfectamente dónde estoy escondido, pero finge ignorarlo, con objeto de prolongar mi tortura, de gozar de mi espanto... ¡Es lo que ustedes están haciendo ahora!

—¿De modo que tiene usted alucinaciones? —inquirió el procurador.

—Sí, las tengo... ¿Va usted a tomar nota?

—No, pero debo decirle que esas alucinaciones son sumamente extrañas.

—Pero lo de ahora no es una alucinación, señores, sino una realidad, un hecho de la vida. Yo soy el lobo y ustedes los cazadores.

—La comparación es injusta —dijo el juez amablemente.

—¡No lo es, señores! —replicó Mitia, iracundo aunque su explosión de cólera le había aliviado—. Ustedes pueden resistirse a creer a un criminal o a un acusado al

que torturan con sus preguntas, pero no a un hombre animado de nobles sentimientos. Perdonen mi osadía, pero ustedes no tienen derecho a obrar así. Sin embargo,

Silencio, corazón mío.
oporta, resígnate, cállate...

»¿Hay que continuar todavía? —preguntó rudamente. —Sí; se lo ruego —repuso el juez.

V. Tercera tribulación

Mientras hablaba y refunfuñaba, Mitia parecía aún más deseoso que antes de no omitir ningún detalle. Explicó cómo había escalado el muro, cómo se había acercado a la ventana y todo lo que entonces había ocurrido dentro de él. Con precisión y claridad, expuso los sentimientos que lo agitaban cuando ardía en deseos de saber si Gruchegnka estaba o no en casa de su padre.

El juez y el procurador lo escuchaban con extrema reserva y semblante sombrío, y —cosa extraña— muy pocas veces le interrumpieron con sus preguntas. Mitia no podía esperar nada de la expresión de sus rostros. Pensó: «Se sienten irritados y ofendidos. Peor para ellos.» Cuando dijo que había hecho a su padre la señal que anunciaba la llegada de Gruchegnka, los magistrados no prestaron la menor atención a la palabra «señal», como si no viesen la importancia que podía leper en circunstancias semejantes. Mitia observó este detalle. Cuando llegó, en su relato, al momento en que había visto a su padre con todo el torso fuera de la ventana, y declaró que, con un estremecimiento de odio, había sacado del bolsillo la mano de mortero, se detuvo súbitamente y como si lo hiciera a propósito. Miraba a la pared y sentía fijos en él los ojos de los magistrados.

—Bien —dijo Nicolás Parthenovitch—. Sacó usted el arma y... ¿qué hizo después?

—¿Después? Cometí el crimen..., di a mi padre un fuerte golpe con la mano de mortero, que le partió el cráneo... Según ustedes, esto fue lo que hice, ¿no?

Sus ojos fulguraban; su apaciguada cólera se recrudecía hasta alcanzar una extrema violencia.

—¿Según nosotros? Eso no imports. Lo importante es saber lo que ocurrió, según usted.

Mitia bajó los ojos a hizo una pausa.

—Según yo, señores, según yo —continuó lentamente—, he aquí lo que ocurrió. Mi madre rogaba a Dios por mí. Un espíritu celestial me besó en la frente en el momento crítico. No sé bien lo que sucedió, pero es lo cierto que el diablo fue vencido. Me alejé de la ventana; corrí hacia el muro del jardín. Entonces me vio mi padre y, lanzando un grito, retrocedió rápidamente: lo recuerdo muy bien... Cuando ya me encontraba en lo alto del muro, Grigori me atrapó...

Mitia levantó los ojos y vio que sus oyentes le miraban impasibles. Tuvo un estremecimiento de indignación.

—¡Ustedes se burlan de mí!

—¿De dónde ha sacado usted eso? —preguntó Nicolás Parthenovitch.

—Ustedes no creen una sola de mis palabras. Comprendo que hemos llegado al punto fundamental del asunto. El viejo yace con la cabeza abierta, y yo he dicho que

he sentido el deseo de matarlo y que ya había sacado la mano de mortero, cuando de pronto me he alejado de la ventana... Un buen tema para escribirlo en verso. Se puede creer en la palabra de un hombre tan sincero. ¡Son ustedes el colmo!

Se volvió rápidamente y la silla crujió.

—Cuando se alejó usted de la ventana —dijo el procurador, simulando no advertir la agitación de Mitia—, ¿no observó usted que la puerta que da al jardín estaba abierta?

—No, no estaba abierta.

—¿Seguro?

—Al contrario, estaba cerrada. ¿Quién podía haberla abierto? Pero... ¡Espere! —Fue como si de pronto volviese en sí y se recobrara—. ¿Han encontrado ustedes la puerta abierta?

—Sí.

—A menos que la abrieran ustedes, ¿quién pudo hacerlo?

—La puerta estaba abierta y por ella entró y salió el asesino de su padre —dijo el procurador, subrayando las palabras—. Esto está perfectamente claro para nosotros. Es evidente que el asesinato se ha cometido estando el agresor dentro de la habitación y no en la ventana. Esto se deduce del examen realizado en el lugar del suceso y de la posición del cadáver. Sobre este punto no existe la menor duda.

Mitia estaba confundido.

—No lo comprendo, señores —exclamó, en su desconcierto—. Les puedo asegurar que yo no entré y que la puerta estuvo cerrada durante todo el tiempo que permanecí en el jardín, y después, mientras corría hacia el muro... Yo estaba junto a la ventana y sólo vi a mi padre desde fuera... Recuerdo estos detalles perfectamente y hasta el último momento. Y aunque no me acordara, sería igual, pues sólo Smerdiakov, el difunto y yo conocíamos la contraseña, y si la llamada no hubiera sido la convenida, mi padre no habría abierto la puerta a nadie.

—¿A qué contraseña se refiere? —preguntó con ávida curiosidad el procurador, cuya reserva desapareció repentinamente. Pero también se percibió en su pregunta cierta vacilación, al presenter que se hallaba ante un hecho importante y que Mitia podía negarse a explicarlo.

—¿De modo que no lo sabe? —preguntó Mitia con una sonrisa irónica y guiñándole el ojo—. ¿Y si yo no quisiera contestar? ¿Quién le daría a usted la explicación que desea? El difunto, Semerdiakov y yo somos los únicos depositarios del secreto. Dios también lo conoce, pero no espere usted que Él se lo diga. Es una situación curiosa. Se pueden imaginar mil soluciones sobre esta cuestión... Pero tranquilícense, señores: lo voy a contar todo. Ustedes no saber con quién están hablando. El acusado declara contra sí mismo. Pues yo soy todo un caballero, y ustedes no pueden decir lo mismo.

Tal era su deseo de oír las explicaciones de Dmitri, que el procurador se tragó estas píldoras sin rechistar. Mitia describió detalladamente la contraseña ideada por Smerdiakov, cómo eran los golpes que había que dar en la ventana. Incluso los reprodujo en la mesa. Nicolás Parthenovitch le preguntó si él había dado aquellos golpes que podían hacer creer a su padre que llegaba Gruchegnka, y Mitia respondió afirmativamente.

—Ahora construya sobre eso una hipótesis —añadió secamente, y le volvió la espalda con un gesto de desdén.

—¿De modo que sólo conocían esa contraseña su difunto padre, el sirviente Smerdiakov y usted? —preguntó el juez.

—Sí. Y Dios: tome nota de esto. También tendrá que recurrir a Dios.

Se tomó nota, por supuesto. El procurador dijo, como obedeciendo a una idea repentina:

—Ya que usted afirma que es inocente, ¿no habrá sido Smerdiakov el que ha conseguido que su padre le haya abierto la puerta, haciendo la señal convenida, para cometer el asesinato?

Mitia le dirigió una mirada cargada de ironía y de odio. Y esta mirada fue tan persistente, que el procurador bajó los ojos.

—Otra vez ha creído usted que iba a cazar el zorro, después de pisarle la cola. Usted esperaba que yo me aferrase a su insinuación y me apresurase a gritar: «¡Sí, ha sido Smerdiakov el asesino!» Confiese que lo esperaba. Confiéselo y entonces continuaré.

El procurador no dijo nada. Esperó en silencio.

—Pues se ha equivocado usted —dijo Mitia—: no acuso a Smerdiakov.

—¿Y no sospecha de él?

—¿Es que usted sospecha?

—Sí, también lo consideramos sospechoso.

Mitia bajó los ojos.

—Basta de bromas. Escuchen. Desde el primer momento, apenas he salido de detrás de la cortina, he tenido esta idea: «¡Ha sido Smerdiakov!» Después, cuando ya he estado sentado ante esta mesa, la imagen de Smerdiakov me ha obsesionado. Ahora he vuelto a pensar en él, a inmediatamente me he dicho: «No, no puede ser Smerdiakov.» Ese hombre no puede haberlo asesinado, señores.

—Si no ha sido él, ¿quién puede haber sido? —preguntó cautelosamente Nicolás Parthenovitch.

—No lo sé. Pero estoy convencido de que no ha sido Smerdiakov —dijo Mitia con firmeza.

—¿Por qué está usted tan seguro de que no ha sido él?

—Por convicción: porque Smerdiakov es un ser vil y cobarde; mejor dicho, el

conjunto de todas las miserias que andan sobre dos pies. Es hijo de una ramera. Cuando me habla, tiembla de esparto, creyendo que le voy a matar, cuando ni siquiera levanto la mano. Se arroja a mis pies llorando y me besa las botas, y me suplica que no lo asuste. Incluso he intentado obsequiarle. Es un pobre epiléptico un espíritu débil. Lo podría azotar un niño de ocho años. No, no ha sido Smerdiakov. No le atrae el dinero; ha despreciado mis regalos... No hay razón para que haya matado al viejo. ¿Saben ustedes que tal vez sea hijo natural de mi padre?

—Sí, ya conocemos ese rumor. Pero usted es también hijo de Fiodor Pavlovitch, y ha dicho públicamente que quería matarlo.

—Otro dato contra mí. ¡Esto es detestable! Pero no tengo miedo. Señores, deberían avergonzarse de decirme eso en la cara. Pues he sido yo el primero en hablar de ello. No sólo he querido matarlo, sino que he podido y he estado a punto de hacerlo. Pero mi ángel guardián me ha salvado del crimen. Esto es lo que ustedes parecen no querer comprender. Eso no es noble, ¡no es noble! Pues yo no he matado, ¡no he matado! ¿Oye usted, procurador? ¡No he matado!

Se ahogaba. En ningún momento del interrogatorio había demostrado una agitación tan profunda. Tras una pausa, preguntó:

—¿Qué les ha dicho Smerdiakov, si puede saberse?

—Usted puede interrogarnos acerca de todo cuanto concierna a los hechos —dijo fríamente el procurador— y nosotros tenemos que responder a sus preguntas. Hemos encontrado a Smerdiakov en la cama, sin conocimiento, presa de un fuerte ataque de epilepsia, el décimo tal vez desde ayer. El médico que nos ha acompañado ha dicho, después de haber reconocido al enfermo, que, a lo mejor, no pasa de esta noche.

—Entonces ha sido el diablo el que ha dado muerte a mi padre —dijo Mitia, como si todas las dudas hubieran desaparecido de pronto.

—Ya volveremos sobre este punto —dijo Nicolás Parthenovitch—. Tenga la bondad de continuar su declaración.

Mitia solicitó una tregua para descansar y se le concedió con toda cortesía. Después reanudó su relato, pero con visible esfuerzo. Se sentía débil, herido, destrozado moralmente. Además, el procurador, como si lo hiciera adrede, lo irritaba a cada momento, deteniéndose en «minucias». Mitia explicó que, cuando estaba montado a horcajadas en el muro, golpeó con la mano de mortero la cabeza de Grigori, ya que éste se había asido a su pierna izquierda, y que después bajó y se acercó al herido. Entonces el procurador lo interrumpió para pedirle que explicara con más detalle cuál era su posición sobre el muro. Mitia lo miró asombrado.

—Ya lo he dicho: estaba a horcajadas, con una pierna a cada lado.

—¿Y qué me dice de la mano de mortero?

—La tenía en la mano.

—¿No la tenía en el bolsillo? ¿Recuerda bien este detálle? Usted tuvo que asestar

el golpe desde arriba.

—Seguramente. ¿A qué viene esa observación?

—¿Quiere usted sentarse en la silla como estaba sentado entonces en el muro, para demostrarnos con toda claridad cómo y por qué lado dio usted el golpe?

—¿Se burla usted de mí? —preguntó Mitia, midiendo con la mirada a su interlocutor.

Pero éste no replicó. Dmitri se sentó a caballo en la silla y levantó el brazo.

—Así fue cómo golpeé, ¡cómo maté! ¿Está usted satisfecho?

—Gracias. ¿Quiere usted explicarnos ahora por qué saltó nuevamente al jardín, con qué intención?

—Pues... ¡no lo sé, demonio!... Para ver al herido.

—¿Aun estando tan trastornado y deseoso de huir?

—Sí, aun estando tan trastornado y deseoso de huir.

—¿Pretendía prestarle ayuda?

—Creo que sí. No lo recuerdo.

—¿Acaso no se daba cuenta de sus actos?

—Me daba perfecta cuenta. Lo recuerdo todo con los menores detalles. Salté, lo miré y le limpié la sangre con mi pañuelo.

—Ya hemos visto su pañuelo. ¿Esperaba usted volverlo en sí?

—Simplemente, quería saber si vivía.

—¿Lo averiguó?

—No soy médico y no pude juzgar. Creí que lo había matado y huí.

—Bien; muchas gracias. Necesitaba conocer estos detalles. Haga el favor de continuar.

Aunque se acordaba perfectamente de que había bajado del muro impulsado por un sentimiento de piedad, y de que había pronunciado palabras de compasión ante la víctima —«El viejo ya lleva lo suyo. Por lo menos, que viva.»—, ni siquiera le pasó por la imaginación decirlo. El procurador concluyó que el acusado había bajado del muro, a pesar de su turbación, sólo para saber si el único testigo de su crimen vivía. Ello demostraba hasta dónde llegaban la energía, la resolución, la sangre fría dé aquel hombre, etcétera. El procurador estaba satisfecho. «He irritado a este joven nervioso con minucias, y ha dicho lo que quería callar.»

Mitia continuó penosamene. Esta vez fue Nicolás Parthenovitch quien lo interrumpió.

—¿Cómo se atrevió usted a ir a la casa de la sirvienta Fedosia Marcovna con las manos y la cara manchadas de sangre?

—Yo no sabía que las llevaba manchadas.

—Es muy posible —dijo el procurador, cambiando una mirada con Nicolás Parthenovitch—. Eso suele suceder.

—Estamos de acuerdo, procurador —aprobó Mitia.

Y pasó inmediatamente a hablar de su propósito de apartarse y «dejar el camino libre a los amantes».

Pero no se decidió, como poco antes, a exhibir sus sentimientos, a hablar de la reina de su corazón. Le repugnaba hacerlo ante aquellos hombres impasibles. A sus insistentes preguntas, respondió lacónicamente:

—Estaba resuelto a suicidarme. ¿Para qué vivir? El antigua amante de Gruchegnka, su seductor, había llegado, al cabo de cinco años, para reparar su falta casándose con ella. Entonces me dije que todo había terminado para mí... A mis espaldas quedaba la vergüenza y esa sangre, la sangre de Grigori. ¿Para qué vivir? Fui a recobrar mis pistolas, decidido a alojarme una bala en la cabeza al amanecer.

—Y esta noche, fiesta por todo lo alto.

—Exacto. ¡Bueno, señores; terminemos cuanto antes! Estaba resuelto a suicidarme en las afueras de la ciudad a las cinco de la mañana. Incluso tengo en mi bolsillo una nota escrita en casa de Perkhotine, después de cargar mi pistola. Aquí la tienen; léanla; convénzanse de que no miento.

Dicho esto con acento desdeñoso, arrojó el billete sobre la mesa. Los jueces lo leyeron con ávida curiosidad y, ¿cómo no?, lo unieron al expediente.

—¿Y no se le ocurrió lavarse las manos antes de ir a casa del señor Perkhotine? ¿No temía despertar sospechas?

—¿Sospechas? ¿Qué me importaban a mí las sospechas7 Iba a suicidarme a las cinco de la mañana, antes de que se me pudiese detener. Si mi padre no hubiera sido asesinado, ustedes no habrían sabido nada y no estarían aquí. Todo ha sido obra del diablo. Él ha matado a mi padre; él les ha informado a ustedes tan pronto. ¿Cómo han podido llegar tan rápidamente? ¡Es increíble!

—El señor Perkhotine nos ha contado que usted ha entrado en su casa con una gran cantidad, un grueso fajo de billetes de cien rublos, en las manos..., en las manos manchadas de sangre. Su sirvienta también lo ha visto.

—Eso es cierto, señores: lo recuerdo perfectamente.

—Una pregunta —dijo con extrema amabilidad Nicolás Parthenovitch—., ¿Puede usted decirnos de dónde sacó ese dinero, siendo evidence que no tuvo usted tiempo de ir a su casa?

El procurador frunció las cejas ante esta pregunta hecha tan directamente, pero no interrumpió a Nicolás Parthenovitch.

—Desde luego, no fui a mi casa —dijo Mitia con toda calma, pero bajando lós ojos.

—Siendo así, permítame repetir la pregunta —dijo el juez—. ¿De dónde sacó usted ese dinero en unos momentos en que, según sus propias palabras, había decidido que a las cinco de la mañana...?

—Necesitaba diez rublos y empeñé mis pistolas al señor Perkhotine. Después fui a casa de la señora de Khokhlakov para pedirle prestados tres mil rublos que ella no me quiso dar, etc., etc. Pues sí, caballeros; estaba sin recursos, y, de pronto, se vio en mis manos un grueso fajo de billetes de cien. Sé muy bien, señores, que están ustedes inquietos. Ustedes se preguntan: «¿Qué sucederá si no quiere explicarnos la procedencia del dinero?» Pues bien, no la explicaré. Esta vez han acertado ustedes: no lo sabrán.

Mitia dijo esto último recalcando las palabras. Nicolás Parthenovitch replicó, amable y sereno:

—Comprenda usted, señor Karamazov, que es importantísimo para nosotros conocer ese punto.

—Lo comprendo, pero no lo conocerán.

El procurador recordó al acusado que podía no responder a las preguntas que le hacían, si tal era su deseo; pero que debía tener en cuenta el perjuicio que se causaba a sí mismo con el silencio, especialmente cuando las preguntas que se le hacían eran tan importantes, que...

—¡Ya lo sé, señores, ya lo sé! ¡Estoy harto de esa cantinela! Comprendo la gravedad del asunto, comprendo que ése es el punto capital de la cuestión. Pero no hablaré.

—Eso no puede afectarnos a nosotros —dijo, nervioso, Nicolás Parthenovitch—. El mal se lo hace usted a sí mismo.

—¡Basta de palabras vanas, señores! Desde el principio he sospechado que chocaríamos al llegar a este punto. Pero cuando he empezado mi declaración, todo en mi cerebro era vago y brumoso, e incluso he caído en la candidez de proponerles una confianza mutua. Ahora veo que este intercambio de confianza es imposible, ya que teníamos que llegar a la maldita barrera en que estamos en este momento. Pero no les reprocho nada: comprendo que ustedes no pueden creerme simplemente bajo palabra.

Mitia se detuvo, cabizbajo.

—Aun sin renunciar a su resolución de guardar silencio sobre lo esencial, ¿querría usted explicarnos cuáles son los motivos, indudablemente muy poderosos, que le impulsan a encerrarse en el silencio en un momento tan crítico?

Mitia sonrió tristemente.

—Como soy mejor que ustedes, señores, les expondré estos motivos, aunque no lo merecen. Me callo por pudor. La respuesta a la pregunta sobre la procedencia del dinero implicaría para mí una vergüenza mayor que si hubiera asesinado a mi padre para robarle. Ya saben ustedes por qué me callo. ¿Qué, señores; quieren anotar esto?

—Si, vamos a anotarlo —farfulló Nicolás Parthenovitch.

—No deben mencionar eso de la vergüenza. Si les he hablado de ello, pudiendo callarme, ha sido sólo por complacerlos... En fin, escriban ustedes lo que quieran —

terminó Mitia, malhumorado—. Conservo mi orgullo ante ustedes.

—¿Quiere explicarnos de qué tipo es esa vergüenza? —preguntó tímidamente Nicolás Pamhenovitch.

Una vez más, el procurador frunció el entrecejo.

—*N—i—ni—, c'est fini*; no insistan. No vale la pena envilecerse. Ya me he envilecido por el contacto con ustedes. Ustedes no merecen que yo les hable sinceramente; ni ustedes ni nadie. Ya lo saben, señores: no diré nada más sobre este punto.

La respuesta era tan categórica, que Nicolás Parthenovitch no insistió. Pero el juez leyó en los ojos de Hipólito Kirillovitch que éste no había perdido las esperanzas.

—¿Puede usted decir al menos, el dinero que tenía cuando llegó a casa del señor Perkhotine?

—No, no puedo decirlo.

—Usted ha hablado al señor Perkhotine de tres mil rublos recibidos en préstamo de la señora de Kokhlakov.

—Es posible. No insistan, señores; no diré la cifra.

—Bien. ¿Podemos preguntarle cómo ha venido a Mokroie y qué ha hecho usted desde su llegada?

—Para saber eso les bastaría preguntar a las personas que hay aquí. Sin embargo, lo voy a explicar.

No reproduciremos su relato, rápido y seco. Pasó por alto la embriaguez de Gruchegnka y dijo que había renunciado a suicidarse, por «haber cambiado las circunstancias». Narraba sin exponer los motivos ni entrar en detalles. Los magistrados le hicieron pocas preguntas. El relato de Mitia tenía para ellos escaso interés.

—Volveremos a esta cuestión cuando depongan los testigos, por supuesto en presencia de usted —dijo Nicolás Parthenovitch, dando por terminado el interrogatorio—. Ahora, ¿quiere depositar en la mesa todo lo que lleva encima, y especialmente el dinero?

—¿El dinero? Por supuesto, señores. A sus órdenes. Comprendo que es necesario. Me sorprende que no hayan pensado antes en ello. Aquí lo tienen. Cuenten, cuenten... Me parece que ya está todo.

Vació sus bolsillos de billetes y monedas y, finalmente, sacó dos piezas de diez copecs que le quedaban en uno de los bolsillos del chaleco. Se contó el dinero. Había en total ochocientos treinta y seis rublos y cuarenta copecs.

—¿Ya está todo? —preguntó el juez.

—Todo.

—Según ha dicho usted, ha gastado trescientos rublos en «Plotnikov», y ha dado

diez rublos a Perkhotine y veinte al cochero. Además, ha perdido doscientos jugando a las camas.

Nicolás Pamhenovitch hizo las cuentas con ayuda de Mitia. Se contó hasta el último copec.

—Si a lo gastado añadimos estos ochocientos, resultará que usted debía de tener unos mil quinientos rublos.

—Exacto.

—Sin embargo, todos dicen que tenía mucho más.

—Son dueños de pensar lo que quieran.

—Y usted también.

—Sí, yo también.

—Las declaraciones de los testigos nos servirán para comprobar todo esto. Esté usted tranquilo respecto a su dinero. Se depositará en sitio seguro y se le devolverá cuando todo haya terminado..., si se demuestra que usted tiene derecho a ello. Ahora...

Nicolás Pamhenovitch se levantó y dijo a Mitia que estaba obligado a prestarse a una inspección completa de sus ropas y de todo él.

—Bien, señores. Me volveré los bolsillos del revés si ustedes quieren.

Y así lo hizo.

—Se ha de quitar la ropa.

—¿Desnudarme? ¿Para qué, demonio? ¿No pueden registrarme vestido?

—No, Dmitri Fiodorovitch. Es necesario que se quite usted la ropa.

—Como ustedes quieran —accedió Mitia, contrariado—. Pero no aquí, por favor: detrás de la comma. ¿Quién me registrará?

—Desde luego, la inspección se llevará a cabo detrás de la cortina —aprobó Nicolás Parthenovitch, cuyo pequeño rostro tenía una expresión de profunda gravedad, acompañando sus palabras con un movimiento afirmativo de la cabeza.

VI. El procurador confunde a Mitia

Entonces se desarrolló una escena que Mitia no esperaba. Diez minutos antes, no habría sospechado ni remotamente que nadie osara tratarle a él, a Mitia Karamazov, de aquel modo. Se sintió humillado, expuesto a dejarse llevar de la arrogancia y el desdén. No le importó quitarse la levita, pero se le rogó que se desnudara por completo. Mejor dicho, se le ordenó. Mitia se dio perfecta cuenta de ello. Se sometió en silencio, con orgullo desdeñoso.

Al pasar al otro lado de la cortina, además de los jueces, le habían seguido varios patanes. «Sin duda, para prestar ayuda —pensó—. O tal vez para algo más. »

—¿He de quitarme también la camisa? —preguntó Mitia, de pronto.

Pero Nicolás Parthenovitch no le contestó. Tanto él como el procurador estaban enfrascados y vivamente interesados en el examen de la levita, de los pantalones, del chaleco y del gorro.

«¡Qué desfachatez! No observan ni siquiera la corrección reglamentaria. »

—Les vuelvo a preguntar si he de quitarme la camisa —dijo Mitia, irritado.

—No se inquiete por eso: ya le diremos si se la tiene que quitar —repuso Nicolás Parthenovitch en un tono que pareció autoritario a Dmitri.

El procurador y el juez hablaban a media voz. La levita presentaba, sobre todo el faldón izquierdo, grandes manchas de sangre coagulada, y lo mismo el pantalón. Además, Nicolás Parthenovitch examinó, en presencia de los testigos de la placa metálica, el cuello, las vueltas, las costuras, para cerciorarse de que no había en ellos dinero escondido. Esto hizo comprender a Mitia que se le consideraba capaz de todo. «Me tratan como a un ladrón, no como a un oficial», gruñó para sí.

Cambiaban impresiones en su presencia con toda franqueza. El escribano, que estaba también detrás de la corona, llamó la atención a Nicolás Parthenovitch sobre el gorro, que se examinó igualmente.

—Acuérdese del escribiente Gridenka. En el verano fue a recoger los sueldos de todos los empleados de la cancillería, y, al regresar, dijo que se había embriagado y había perdido el dinero. ¿Dónde se encontró? En el ribete del gorro. Allí cosió, después de enrollarlos, los billetes de cien rublos.

El juez y el procurador se acordaron perfectamente de este hecho y sometieron el gorro a un examen tan minucioso como el que habían realizado en otras prendas.

—Un momento —exclamó de pronto Nicolás Parthenovitch, al ver el puño de la manga derecha de la camisa de Mitia, vuelto hacia arriba y manchado de sangre—. ¿Es sangre esto?

—Sí.

—¿De quién? ¿Y por qué está vuelta su manga?

Mitia explicó que se la había manchado al atender a Grigori, y que se había vuelto

la manga en casa de Perkhotine, para lavarse las manos.

—Tendrá que quitarse también la camisa. Puede ser una prueba importante.

Mitia enrojeció y gruñó:

—Entonces tendré que quedarme desnudo.

—No se preocupe por eso. Todo se arreglará. Tendrá que quitarse también los calcetines.

—¿Habla en serio? ¿Es indispensable?

—Hablo completamente en serio —replicó severamente Nicolás Parthenovitch.

—Bien, bien. Si es necesario... —murmuró Mitia.

Se sentó en la cama y empezó a quitarse los calcetines. Estaba confuso y —cosa extraña—, al permanecer desnudo, se sentía como culpable ante aquellos hombres vestidos. Incluso le parecía que tenían derecho a despreciarlo como a un ser inferior.

«La desnudez —pensó— no tiene nada de particular. La vergüenza nace del contraste. Esto parece un sueño; yo he tenido a veces, en sueños, sensaciones de esta índole. »

Se sonrojó al quitarse los calcetines, bastante sucios, como su ropa interior, cosa que todo el mundo estaba viendo. Nunca le habían gustado sus pies; siempre le habían parecido deformes sus pulgares, especialmente el derecho, aplanado y con la uña encorvada, y todo el mundo los estaba viendo. La vergüenza acrecentó su grosería. Se quitó la camisa con rabia.

—¿No quieren ustedes mirar en otra parte, si no les da vergüenza?

—No; por ahora no hace falta.

—Entonces, ¿he de estar así, desnudo?

—Sí; es necesario. Tenga la bondad de sentarse y esperar. Puede envolverse en la cubierta de la cama. Tengo que llevarma esta ropa.

Ya vistas las prendas de vestir y demás efectos por los testigos, y redactado el proceso verbal de su examen, el juez y el procurador salieron del dormitorio. Se llevaron las ropas y Mitia se quedó en compañía de varios campesinos que no apartaban de él los ojos. Tenía frío y se envolvió en la cubierta, que era demasiado corta para cubrirle los pies. Nicolás Parthenovitch tardó en volver.

«Me trata como a un pilluelo —dijo para sí Mitia, rechinando los dientes—. Ese zoquete de procurador se ha marchado porque le repugnaba verme desnudo.»

Mitia creía que le devolverían las ropas después de examinarlas, pero vio, en el colmo de la indignación, que, siguiendo a Nicolás Parthenovitch, aparecía un mendigo que llevaba en las manos prendas de vestir que no eran las suyas.

—Aquí tiene un traje y una camisa limpia —dijo el juez con desenvoltura y visiblemente satisfecho de su hallazgo—. Se los presta el señor Kalganov, que, por fortuna, tiene ropa de repuesto. Puede volver a ponerse los calcetines.

—No quiero ropas de los demás —exclamó Mitia, indignado—. ¡Devuélvame las

mías!

—No puede ser.

—¡Déme mi ropa! ¡Al diablo Kalganov y su traje!

No fue fácil hacerle entrar en razón. Se le explicó, mal que bien, que las prendas manchadas de sangre eran pruebas que los jueces debían retener. «En vista del cariz que ha tornado el asunto, no podemos permitirnos devolvérselas.»

Mitia acabó por comprenderlo, se calló y se vistió a toda prisa. Se limitó a observar que el traje que le prestaban era mejor que el suyo y que le sabía mal aprovecharse.

—Además, es tan estrecho, que me da un aspecto ridículo. ¿Pretenden ustedes que vaya vestido como un payaso para divertirlos?

Le replicaron que exageraba. Cierto que el pantalón era un poco largo, pero la levita se le ajustaba a los hombros.

—¡Uf! ¡Qué difícil es abrocharse! —refunfuñó Mitia—. Hagan el favor de decir al señor Kalganov que yo no he pedido este traje y que me han disfrazado de bufón.

—Él lo comprende y lo lamenta —dijo Nicolás Parthenovitch—. Pero no es lo del traje lo que lamenta, sino lo sucedido.

—No me importa que lo lamente o lo deje de lamentar. ¿Adónde hemos de ir ahora? ¿Hemos de quedarnos aquí?

Se le rogó que pasara al otro lado de la pieza. Mitia salió del dormitorio con el semblante sombrío y esforzandose por no mirar a nadie. Vestido de aquel modo extravagante se sentía humillado incluso ante los rudos campesinos y Trifón Borisytch, que acababa de aparecer en la puerta. «Viene para verme vestido de este modo», pensó Mitia. Se sentó en el mismo sitio de antes. Creía estar soñando; le parecía no hallarse en su estado normal.

—Ahora dispongan que me hagan azotar. Es lo único que les falta.

Dijo esto al procurador. No quería mirar a Nicolás Parthenovitch, y menos dirigirle la palabra. « Ha inspeccionado minuciosamente mis calcetines, a incluso los ha vuelto del revés para que todos vieran que están sucios. Es un monstruo.»

—Ahora hay que escuchar a los testigos —dijo el juez replicando a la ironía de Dmitri.

—Sí —aprobó el procurador, absorto.

—Dinitri Fiodorovitch, hemos hecho todo lo posible por usted —dijo Nicolás Parthenovitch—; pero como usted se ha negado categóricamente a explicarnos la procedencia del dinero que se encontró en su poder, nos vemos obligados a...

—¿Qué clase de piedra es la de esa sortija? —le interrumpió Mitia, como saliendo de un sueño y señalando una de las sortijas que adornaban la mano de Nicolás Parthenovitch.

— ¿Qué sortija?

—Esa, la mayor, la de la piedra veteada —dijo Mitia en un tono de niño terco.

—Esta piedra es un topacio ahumado —repuso el juez sonriendo—. Si quiere usted verla mejor, me la quitaré.

—No, no se la quite —exclamó Mitia, cambiando de opinión e indignado contra sí mismo—. ¿Para qué se la ha de quitar? ¡Al diablo su sortija!... ¡Señores, ustedes me ofenden! ¿Creen que si hubiese matado a mi padre lo disimularía, que recurriría a la mentira y a la astucia? No, yo no soy así. Si fuese culpable, les aseguro que no habría esperado la llegada de ustedes. No me habría suicidado a la salida del sol, como era mi propósito, sino antes del amanecer. Ahora me doy clara cuenta de ello. En esta noche maldita he aprendido más que en veinte años... Además, ¿estaría como estoy, sentado cerca de ustedes, y hablaría como lo estoy haciendo, con los mismos ademanes y las mismas miradas, si fuera realmente un parricida, cuando la supuesta muerte de Grigori me ha atormentado durante toda la noche, y no por terror, por el solo terror del castigo? ¡Qué vergüenza! ¿Pretenden ustedes, hipócritas, que no ven nada ni creen en nada, que están ciegos como topos, que yo revele una nueva bajeza, un nuevo acto vergonzoso, aunque sea para justificarme? Prefiero ir a presidio. El que ha abierto la puerta para entrar en casa de mi padre es el asesino y el ladrón. ¿Quién es? En vano pretendo hallar la respuesta: lo único que puedo afirmar es que el asesino no es Dmitri Karamazov. Ya lo saben; no puedo decirles más. No insistan... Mándenme a un penal o al patíbulo, pero no me atormenten más. Ahora me callo. Llamen a los testigos.

El procurador había observado a Mitia mientras hablaba. De pronto le dijo con toda calma y refiriéndose al hecho más natural:

—Respecto a esa puerta abierta que acaba usted de mencionar, hemos obtenido una declaración sumamente importante del viejo Grigori Vasiliev. Ese hombre asegura que cuando oyó el ruido y entró en el jardín por la puertecilla que estaba abierta, vio a su izquierda, también abiertas, la puerta y la ventana de la casa. Usted, en cambio, afirma que esa puerta estuvo cerrada todo el tiempo que permaneció en el jardín. Grigori no le había visto todavía en el momento en que usted, según ha declarado, se alejó de la ventana por la que estaba observando a su padre, para dirigirse al muro del jardín. No quiero ocultarle que Vasiliev está firme en su creencia de que usted salió por la puerta, aunque él no presenció este detalle. Grigori le vio a cierta distancia cuando usted corría ya junto al muro.

Mitia se levantó.

—Eso es una vil mentira. Grigori no pudo ver la puerta abierta, porque estaba cerrada. Ese hombre ha mentido.

—Me considero obligado a repetirle que la declaración de Grigori Vasiliev ha sido categórica a insistente. Lo hemos interrogado varias veces.

—Cierto —confirmó Nicolás Parthenovitch—. Del interrogatorio me he

encargado yo.

—¡Es falso falso! ¡Una calumnia o la visión de un loco! Creerá haber visto todo eso bajo los efectos del delirio cuando yacía herido en el sendero.

—En el momento en que vio la puerta abierta aún no estaba herido: acababa de entrar en el jardín.

—¡No es verdad, no puede serlo! —dijo Mitia, jadeante—. Es una calumnia. Habla así por maldad. No ha podido verme salir por esa puerta porque no he salido.

El procurador se volvió hacia Nicolás Parthenovitch y le dijo:

—Muéstreselo.

—¿Sabe usted qué es esto? —preguntó el juez, depositando en la mesa un gran sobre en el que se veían aún tres sellos de lacre. Estaba vacío y abierto por un lado.

Mitia abrió los ojos desmesuradamente.

—Es el sobre de mi padre, el que contenía los tres mil rublos... Vean si lo escrito en él es esto: «Para mi pichoncito.» Y añade: «Tres mil rublos.» ¿Verdad que dice « tres mil rublos»?

—Sí, lo dice. Pero no hemos encontrado el dinero. El sobre estaba en el suelo, detrás del biombo.

Mitia estuvo un instante perplejo.

—¡Ha sido Smerdiakov! —exclamó de pronto con todas sus fuerzas—. ¡Él ha matado a mi padre! ¡Él le ha robado! Sólo él sabía dónde guardaba ese sobre el viejo. ¡Ha sido él: no me cabe duda!

—Pero usted sabía también que ese sobre estaba escondido debajo de la almohada.

—Yo no sabía nada. Es la primera vez que veo ese sobre, del que únicamente sabía lo que me había contado Smerdiakov. Sólo ese hombre conocía el escondrijo del viejo. Yo lo ignoraba.

—Sin embargo, usted ha declarado hace un momento que el sobre estaba bajo la almohada del difunto, « bajo la almohada». Luego usted lo sabía.

—Lo hemos anotado —confirmó Nicolás Parthenovitch.

—¡Eso es absurdo! Lo ignoraba por completo. Además, tal vez no estuviera debajo de la almohada... Lo he dicho al azar... ¿Qué dice Smerdiakov? ¿Lo han interrogado ustedes? ¿Que dice? Eso es lo principal... Yo hablaba en broma cuando he dicho que estaba bajo la almohada. Y ahora ustedes... Ustedes saben muy bien que uno dice a veces inexactitudes. Sóla Smerdiakov sabía dónde estaba el dinero; sólo él y nadie más que él... Y Smerdiakov ha guardado el secreto sobre el escondite. Es él, no cabe duda de que es él el asesino. Esto es para mí de una claridad meridiana —exclamó Mitia con exaltación creciente—. Apresúrense a detenerlo. Cometió el crimen mientras yo huía y Grigori yacía sin conocimiento. Esto es evidente... Hizo la señal y mi padre le abrió la puerta. Pues sólo él conoce la contraseña, y, sin la

contraseña, mi padre no le habría abierto.

—Vuelve usted a olvidar —observó el procurador sin perder la calma y con gesto triunfante— que no había necesidad de hacer señal alguna, porque la puerta estaba abierta cuando usted se hallaba aún en el jardín.

—La puerta, la puerta... —murmuró Mitia mirando fijamente al procurador.

Se dejó caer en la silla y, tras una pausa, exclamó con una expresión de ferocidad en la mirada:

—Sí, la puerta... ¡Es como un fantasma! ... Dios está contra mí.

—Hágase usted cargo —dijo gravemente el procurador—. Juzgue usted mismo, Dmitri Fiodorovitch. Por una pane, la declaración de Grigori, abrumadora para usted, sobre esa puerta abierta utilizada por usted para salir; por otra, su silencio incomprensible obstinado, relativo a la procedencia del dinero que tenía usted en su poder a las tres horas de haberse visto obligado a pedir diez rublos prestados con la garantía de sus pistolas. En estas condiciones, juzgue usted mismo a qué conclusión nos hemos visto obligados a llegar. No nos acuse de ser unos hombres fríos, cínicos, burlones, incapaces de comprender los nobles impulsos de su alma, Póngase en nuestro lugar.

Mitia experimentaba una emoción indescriptible. Palideció.

—Bien —exclamó de pronto—; voy a revelarles mi secreto, a decirles de dónde procede ese dinero... Me expendré a la vergüenza pública para que ni ustedes puedan acusarme a mí ni yo pueda acusarles a ustedes.

—Le aseguro, Dmitri Fiodorovitch —se apresuró a decir, con, visible satisfacción, Nicolás Parthenovitch—, que una confesión sincera y completa en estos momentos puede mejorar considerablemente su situación actual a incluso...

El procurador le tocó con el pie por debajo de la mesa, y el juez se detuvo. Pero era igual: Mitia no prestaba atención a Nicolás Parthenovitch.

VII. El gran secreto de Mitia

Señores —empezó a decir emocionado—, ese dinero... Voy a contarlo todo... Ese dinero era *mío.*

El juez y el procurador se irguieron: esta revelación era la que menos esperaban.

—¿Cómo podía ser suyo —dijo Nicolás Parthenovitch—, cuando a las cinco de la tarde, según usted mismo ha declarado...?

—¡Al diablo esas cinco de la tarde, al diablo mi propia declaración! Todo eso poco importa... El dinero era mío... Bueno, no lo era, porque lo robé... Siempre llevaba encima mil quinientos rublos.

—¿De dónde los había cogido?

—Los llevaba en el pecho señores, en una bolsita pendiente de mi cuello. Desde hacía bastante tiempo, lo menos un mes, los llevaba conmigo como un testimonio de mi infamia.

—¿Pero de quién era ese dinero que usted se apropió?

—Usted quiere decir «robó». Dígalo francamente. Sí, no cabe duda de que es como si lo hubiera robado. Pero si usted prefiere la otra expresión, le diré que, en efecto, me los había «apropiado». Ayer por la tarde los robé definitivamente.

—¿Ayer por la tarde? Pero si acaba usted de decir que hacía un mes que... que se los había procurado...

—Sí. Pero tranquilícense: no se los robé a mi padre, sino a ella. No me interrumpan: déjenme contarlo todo. Es una vergüenza. Verán ustedes. Hace un mes, Catalina Ivanovna Verkhovtsev, mi ex prometida, me llamó... Ya la conocen ustedes.

—¿Qué dice usted?

—Estoy seguro de que la conocen. Un alma noble a carta cabal. Pero me odia desde hace mucho tiempo, y no sin razón.

—¿Ha dicho usted Catalina Ivanovna? —preguntó el juez, estupefacto.

El procurador daba muestras también de profunda sorpresa.

—No pronuncien su nombre en vano. He cometido una vileza al mencionar a esa mujer... Sí, hace ya tiempo que me di cuenta de que me odiaba; lo advertí la primera vez que Catalina vino a mi casa... Pero no diré nada más sobre esto: ustedes no merecen saberlo. ¿Para qué? Sólo les diré que hace un mes me entregó tres mil rublos para que se los enviara a una hermana suya y a otro pariente que vivían en Moscú. ¡Como si no hubiera podido hacerlo ella misma! Y yo me hallaba en un momento fatal de mi vida, pues... En una palabra, acababa de enamorarme de otra, de ella, de Gruchegnka, la joven que está en esta casa. La traje aquí, a Mokroie, y dilapidé en dos días la mitad de ese maldito dinero. El resto me lo guardé. Este resto, mil quinientos rublos, es lo que llevaba en el pecho como un amuleto. Ayer abrí la bolsita y empecé a gastar. Los ochocientos rublos que quedan están en poder de ustedes.

—Perdone. Hace tres meses, usted despilfarró aquí tres míl rublos y no mil quinientos: todo el mundo lo sabe.

—¿Usted cree que hay alguien que lo sabe? ¿Quién ha contado mi dinero?

—Usted mismo ha dicho que gastó en aquella ocasión tres mil rublos.

—Cierto: lo dije a todo el que me hablaba de ello, la noticia corrió y toda la ciudad aceptó la cifra. Sin embargo, sólo gasté mil quinientos rublos, y los otros mil quinientos los puse en una bolsita que me colgué del cuello. Ya saben ustedes de dónde procede el dinero que empecé a gastar ayer.

—Todo eso es muy extraño —murmuró Nicolás Parthenovitch.

—¿No habló a nadie de eso, de esos mil quinientos rublos restantes? —preguntó el procurador.

—No, no hablé a nadie.

—Es extraño. ¿De veras no lo dijo a nadie, a nadie en absoluto?

—A nadie en absoluto.

—¿Por qué ese silencio? ¿Qué razón le llevó a envolver este asunto en el misterio? Aunque a usted le parezca que cometió un acto vergonzoso, esa apropiación temporal de tres mil rublos es, a mi entender, un pecadillo de escasa importancia si tenemos en cuenta el carácter de usted. Admito que su proceder sea censurable, pero no vergonzoso... Por lo demás, muchos han sospechado la procedencia de esos tres mil rublos, aunque no la hayan revelado. Incluso yo he oído hablar de ello, y también Mikhail Makarovitch... En una palabra, es el secreto de Polichinela. Además, hay ciertos indicios, desde luego posiblemente erróneos, de que usted dijo a alguien que esos tres mil rublos procedían de la señorita Verkhovtsev. Por eso es incomprensible que envuelva usted en el misterio y que le produzca tanto horror haberse reservado una parte de esa cantidad. Cuesta creer que le sea tan penoso revelar este secreto. Usted acaba de exclamar: «¡Antes el presidio!»

El procurador se detuvo. Se había acalorado y lo reconocía, pero sin creer que había obrado mal.

—No son esos mil quinientos rublos la causa de mi vergüenza, sino el hecho de haber dividido la suma —exclamó Mitia en un arrebato de orgullo.

—Pero dígame —replicó, irritado, el procurador—: ¿cómo puede usted considerar vergonzoso haber hecho dos partes de esos tres mil rublos que se quedó usted indebidamente? Lo que importa es que se haya apropiado esta cantidad y no el use que haya hecho de ella. Y ya que hablamos de esto, ¿quiere decirme por qué hizo esta división? ¿Qué es lo que perseguía? ¿Puede usted explicárnoslo?

—Caballeros, lo que importa es la intención. Dividí en dos partes el dinero por vileza, o sea por cálculo; porque el cálculo en este caso es una vileza. Y esta vileza ha durado todo un mes.

—Es incomprensible.

—Me asombra que no lo comprenda. En fin, se lo explicaré. Acaso sea una realidad incomprensible. Escúcheme atentamente. Vamos a suponer que me apropio de tres mil rublos que se me entregan confiando en mi honor. Dilapido la cantidad entera entre jarana y jarana. A la mañana siguiente voy a casa de ella y le digo: «Perdón, Katia: me he gastado tus tres mil rublos.» ¿Está esto bien? No, es una vileza, el acto de un monstruo, de un hombre incapaz de dominar sus malos instintos. Pero esto no es un robo; convengan ustedes en que no es un robo directo. Yo he dilapidado el dinero, pero no lo he robado. Ahora hablemos de un caso todavía más perdonable. Presten mucha atención, pues la cabeza me da vueltas. Dilapido solamente mil quinientos rublos de los tres mil. A la mañana siguiente voy a casa de Katia para entregarle el resto. «Katia, soy un miserable. Toma estos mil quinientos rublos. Los otros mil quinientos los he despilfarrado, y éstos los despilfarraría igualmente. Líbrame de la tentación.» ¿Qué soy en este caso? Un malvado, un monstruo, todo lo que ustedes quieran; pero no un verdadero ladrón, pues un ladrón no habría devuelto el resto de la cantidad, sino que se la habría quedado. Ella vería, además, que, del mismo modo que le devolvía la mitad del dinero, procuraría devolverle todo lo demás, aunque para ello tuviera que trabajar hasta el fin de mis días. En este caso seré un sinvergüenza, pero no un ladrón.

—Admitamos que existe cierta diferencia —dijo el procurador con una fría sonrisa—. Pero es extraño que dé usted a esta diferencia una importancia tan extraordinaria.

—Sí, veo una diferencia extraordinaria. Se puede ser un hombre sin escrúpulos, yo incluso creo que todos lo somos; pero para robar hay que ser un redomado bribón. Mi pensamiento se pierde en estas sutilezas. Desde luego, el robo es el cohno del deshonor. Piensen en esto: hace un mes que llevo encima este dinero. Podía haberlo devuelto cualquier día, y habría cambiado mi situación. Pero no me decidf a proceder de este modo, a pesar de que no pasaba día sin que me exhortara a mí mismo a hacerlo. Así ha pasado un mes. ¿Green ustedes que está bien esto?

—Admito que no está bien; eso no se lo discuto. Pero dejemos de polemizar sobre estas diferencias sutiles. Le ruego que vayamos a los hechos. Todavía no nos ha explicado usted los motivos que le han llevado a dividir en dos partes los tres mil rublos. ¿Con qué objeto ocultó usted la mitad? ¿Qué destino pensaba darle? Insisto en ello, Dmitri Fiodorovitch.

—¡Es verdad! —exclamó Mitia, dándose una palmada en la frente—. Perdónenme por haberlos tenido en tensión en vez de explicarles lo principal. De haberlo hecho, ustedes lo habrían comprendido todo en seguida, pues es la finalidad de mi proceder la causa de mi vergilenza. Miren ustedes, mi difunto padre no cesaba de acosar a Agrafena Alejandrovna. Yo tenía celos; creía que ella vacilaba entre mi padre y yo. Yo pensaba a diario: «¿Y si ella toma una resolución y me dice de pronto:

“Te amo a ti; llévame al otro extremo del mundo”?» Yo no tenía más que veinte copecs. ¿Cómo llevarla a ninguna parte? ¿Qué podía hacer? Me veía perdido. Pues no la conocía aún y creía que no me perdonaría mi pobreza. Entonces aparté la mitad de los tres mil rublos, conté el dinero con calma, premeditadamente, lo guardé en la bolsita que cosí y colgué de mi cuello y me fui a gastar alegremente los otros mil quinientos rublos. Esto es innoble. ¿Lo comprenden ya?

Los jueces se echaron a reír. Nicolás Parthenovitch dijo:

—A mi entender, no gastándolo todo, dio usted una prueba de moderación y moralidad. No considero que la cosa sea tan grave como usted dice.

—La gravedad está en que he robado. Es lamentable que no lo comprendan ustedes. Desde que colgué los mil quinientos rublos de mi cuello, me decía a diario: «Eres un ladrón, un ladrón.» Este sentimiento ha sido la fuente de todas las violencias que he cometido durante este mes. Por eso vapuleé al capitán en la taberna y por eso golpeé a mi padre. Ni siquiera me atreví a revelar este secreto a mi hermano Aliocha; ello prueba hasta qué punto me consideraba un malvado y un bribón. Sin embargo, pensaba: «Dmitri Fiodorovitch, no eres todavía un ladrón, ya que puedes ir mañana mismo a devolver los mil quinientos rublos a Katia.» Y ayer por la tarde tomé la decisión de rasgar la bolsita. En ese momento me convertí indudablemente en un ladrón. ¿Por qué? Porque, al mismo tiempo que mi bolsita, destruí mi sueño de ir a decir a Katia: «Soy un sinvergüenza, pero no un ladrón.» ¿Lo comprenden ya?

—¿Y por qué tomó esa resolución precisamente ayer por la tarde? —preguntó Nicolás Parthenovitch.

—¡Qué pregunta tan tonta! La tomé porque me había condenado a muerte: me suicidaría a las cinco de la mañana, aquí mismo, a la luz del alba. Yo me decía: «¿Qué importa morir con honra o deshonra?» Pero vi que no era lo mismo. Créanme, señores, que lo que esta noche me ha torturado sobre todo no ha sido la muerte de Grigori ni el terror de ir a Siberia precisamente cuando sentía el triunfo de mi amor y el cielo se abría de nuevo ante mí. Desde luego, esto me ha atormentado, pero menos que la idea de haber sacado de mi pecho ese dinero maldito para dilapidarlo y haberme convertido así en un verdadero ladrón. Lo repito, señores: he aprendido mucho esta noche. He aprendido que no sólo es muy difícil vivir con el conocimiento de ser un hombre sin honor, sino también morir con semejante sentimiento... Es preciso ser honrado para afrontar la muerte.

Mitia estaba pálido.

—Empiezo a comprenderlo, Dmitri Fiodorovitch —dijo el procurador amablemente—; pero, la verdad, yo creo que todo eso es de origen nervioso. Usted está enfermo de los nervios. ¿Por qué razón, para goner fin a sus sufrimientos, no fue a devolver esos mil quinientos rublos a la persona que se los había confiado y a explicarle todo lo sucedido? Y luego, dada su desesperada situación, ¿por qué no dio

un paso que parece sumamente natural? Después de haber confesado noblemente sus faltas, pudo pedirle la cantidad que era para usted tan necesaria. Dada la generosidad de la persona perjudicada y el grave conflicto en que se hallaba usted, estoy seguro de que esa señorita le habría hecho el préstamo deseado, sobre todo si usted le hubiera ofrecido las mismas garantías que al comerciante Samsonov y a la señora de Khokhlakov. ¿Acaso no considera usted que esa garantía sigue teniendo el mismo valor que antes?

Mitia enrojeció.

—¿Tan vil me cree usted? ¡Usted no puede hablar en serio! —exclamó, indignado.

—Hablo completamente en serio —dijo el procurador, no menos sorprendido que Dmitri—. ¿Por qué lo duda usted?

—Porque eso sería innoble. ¡Me están ustedes atormentando! En fin, lo diré todo, les revelaré hasta el fondo de mi pensamiento demoníaco, y entonces se sonrojarán ustedes al ver hasta dónde pueden descender los sentimientos humanos. Sepa que también yo pensé en la solución que usted me propone, señor procurador. Sí, señores: estaba casi decidido a ir a casa de Katia: hasta ese extremo llegó mi ruindad. Pero piense usted en lo que significaba ir a anunciarle mi traición y pedirle dinero para los gastos que esta traición imponía; pedírselo a ella, a Katia, y huir inmediatamente con su rival, con la mujer que la odiaba y la había ofendido... ¿Está usted loco, señor procurador?

—No estoy loco —dijo el procurador sonriendo—. Lo que ocurre es que no había pensado que pudieran existir esos celos de mujer... Si realmente existen, como usted afirma, podría, en efecto, haber algo de lo que usted dice.

—¡Habría sido una bajeza incalificable! —bramó Mitia golpeando la mesa con el puño—. Ella me habría dado el dinero por venganza, para testimoniarme su desprecio, pues también ella tiene un alma pronta a estallar en una cólera infernal. Yo habría tomado el dinero, seguro que lo habría tomado, y entonces habría estado toda la vida... ¡Dios mío! Perdónenme, señores, que hable en voz tan alta... No hace mucho que pensaba en esa posibilidad. Pensé la otra noche, mientras cuidaba a Liagavi, y durante todo el día de ayer (lo recuerdo perfectamente) hasta que se produjo el suceso.

—¿Qué suceso? —preguntó Nicolás Parthenovitch.

Pero Mitia no le escuchó.

—Les he confesado algo tremendo. Sepan apreciarlo, señores; compréndanlo en todo su valor. Pero si ustedes son incapaces de comprenderme, eso significará que me desprecian, y yo me moriré de vergüenza por haber abierto mi corazón a personas como ustedes. Sí, moriré... Ya veo que no me creen...

—¿Cómo? ¿Van a tomar nota de esto?

—Sí —repuso Nicolás Parthenovitch, sorprendido—. Consignaremos que hasta el último momento pensó usted en ir a casa de la señorita Verkhovtsev para pedirle esos mil quinientos rublos. Esta declaración es importantísima para nosotros, Dmitri Fiodorovitch..., y más aún para usted.

—¡Dios mío, señores: tengan al menos el pudor de no consignar eso! Les muestro mi alma al desnudo, y ustedes me corresponden rebuscando en eila. ¡Dios santo!

Se cubrió el rostro con las manos.

—No se preocupe por eso, Dmitri Fiodorovitch —dijo el procurador—. Se le leerá todo lo que se ha escrito y se modificará el texto en aquellos puntos en que usted no esté de acuerdo con lo consignado. Ahora le pregunto por tercera vez: ¿es verdad que nadie, ni una sola persona, ha oído hablar de ese dinero guardado en una bolsita?

—Nadie, nadie. Ya lo he dicho. ¿Es que no me entiende? ¡Déjeme en paz!

—De acuerdo. Pero este punto habrá de aclararse. Reflexione. Tenemos una decena de testigos que afirman que usted mismo ha dicho que iba a dilapidar tres mil rublos y no mil quinientos. Y al llegar usted aquí, muchos le han oído decir que tenía tres mil rublos para gastar.

—Puede usted contar con centenares de testimonios análogos: un millar de personas me lo han oído decir.

—O sea que todo el mundo está de acuerdo. Esto de «todo el mundo» significa algo, ¿no?

—No significa absolutamente nada. He mentido, y todo el mundo ha repetido mi mentira.

—¿Y por qué ha mentido?

—¡Sabe Dios! Por jactancia seguramente, por conseguir la mezquina gloria de haber dilapidado una cantidad importante. O tal vez por olvidarme del dinero que me había apartado... Sí, por eso fue... ¡Y basta ya! ¿Cuántas veces me ha hecho usted esa pregunta? He mentido y no he querido rectificar: esto es todo... ¿Por qué mentiremos a veces?

—Eso es fácil de explicar, Dmitri Fiodorovitch —dijo gravemente el procurador —. Pero dígame: esa bolsita, como usted la llama, ¿era muy pequeña?

—Bastante.

—¿Qué tamaño tenía, aproximadamente?

—Pues... el tamaño de medio billete de cien rublos.

—Lo mejor será que nos muestre la bolsita hecha jirones. Supongo que la llevará usted encima.

—¡Qué disparate! Ni siquiera sé dónde está.

—Permítame una pregunta: ¿dónde y cuándo se la quitó del cuello? Usted ha declarado que no volvió a su casa.

—Después de hablar con Fenia, me dirigí a casa de Perkhotine. Entonces desgarré la bolsita para sacar el dinero.

—¿En la oscuridad?

—No hacía falta ni la luz de una bujía: me fue fácil desgarrar la tela.

—¿Sin tijeras y en medio de la calle?

—Creo que estaba en la plaza.

—¿Qué hizo de la bolsita?

—La tiré.

—¿Dónde?

—¿Qué sé yo? En algún lugar de la plaza. ¿Qué importancia puede tener?

—Tiene mucha importancia, Dmitri Fiodorovitch. Es una prueba en favor de usted. ¿No lo comprende? ¿Quién le cosió la bolsita hace un mes?

—Nadie: la cosí yo mismo.

—¿Sabe usted coser?

—El que ha sido soldado tiene que saber. Por otra parte, no hay que ser un experto en el manejo de la aguja para hacer un cosido así.

—¿De dónde sacó usted la tela, mejor dicho, el trozo de tela?

—¿Está usted bromeando?

—Nada de eso, Dmitri Fiodorovitch. Nuestro trabajo no nos permite bromear.

—Pues no recuerdo de dónde lo tomé.

—¿Cómo se explica que lo haya olvidado?

—Le aseguro que no me acuerdo. Tal vez corté un trozo de mi ropa interior.

—Es un dato interesante. Mañana se podrá encontrar en su casa la pieza, la camisa, de donde usted cortó el trozo. ¿De qué era ese jirón: de algodón o de hilo?

—¿Qué sé yo?... Oigan: me parece que no corté nada. Creo que el género era algodón. Es posible que cosiera un resto del gorro de mi patrona.

—¿Del gorro de su patrona?

—Sí, se lo robé.

—¿Se lo robó?

—Sí; recuerdo que una vez robé un gorro para hacerlo pedazos con los que poder secar las plumas. Me apoderé de él furtivamente y sin ningún reparo, porque era un pingajo sin valor. Aproveché uno de esos trozos para hacer la bolsita, que cosí después de haber introducido en ella los mil quinientos rublos... Sí, creo que era un trozo de algodón viejo y lavado mil veces.

—¿Está usted seguro?

—Seguro no. Sólo me parece. Pero me da lo mismo una cosa que otra.

—Piense que su patrona puede haber advertido la falta de ese trozo de tela.

—No, no lo habría notado. Era un viejo andrajo que no valía ni un copes.

—¿Y de dónde sacó la aguja y el hilo?

—¡Basta! No diré nada más sobre eso —gruño Mitia.

—Es extraño que no recuerde usted en qué lugar de la plaza tiró la bolsita.

—Hagan barrer la plaza y tal vez la encuentren —replicó Mitia, y exclamó, abrumado—: ¡Basta ya, señores, basta ya! Ustedes no creen ni una palabra de lo que les digo: lo estoy viendo. La culpa es mía y no de ustedes. No debí dejarme llevar por mis impulsos. ¿Por qué me habré rebajado a revelarles mi secreto? Esto les parece chusco; lo leo en sus ojos. Es usted el que me ha incitado, señor procurador. ¡Goce de su triunfo! ¡Malditos Sean, verdugos!

Inclinó la cabeza y se cubrió el rostro con las manos. El procurador y el juez se callaron. Transcurrió un minuto. Mitia levantó la cabeza y los miró, inconsciente. Su rostro expresaba una desesperación extrema.

Era preciso terminar; había que proceder al interrogatorio de los testigos. Eran las ocho de la mañana; hacía un buen rato que se habían apagado las bujías. Mikhail Makarovitch y Kalganov, que no habían cesado de entrar y salir durante el interrogatorio, no estaban en aquel momento en la habitación. El procurador y el juez daban muestras de fatiga. Hacía mal tiempo; el cielo estaba oscuro y caía una lluvia torrential. Mitia, desde su asiento, miraba absorto a través de los cristales.

—¿Puedo acercarme a la ventana? —preguntó a Nicolás Parthenovitch.

—Naturalmente —repuso el juez.

Dmitri se levantó y se acercó a la ventana. La Iluvia azotaba los pequeños vidrios verdosos. A través de ellos se veía el camino lleno de barro, y más lejos las hileras de isbas, míseras y oscuras, que bajo la Iluvia parecían aún más pobres. Mitia se acordó de «Febo, el de los cabellos de oro», y de su propósito de suicidarse bajo los primeros rayos del astro del día. Mejor habría sido este amanecer. Sonrió amargamente y se volvió hacia sus «verdugos».

—Señores, ya veo que estoy perdido. ¿Pero y ella? ¿Ha de correr la misma suerte que yo? Les suplico que me lo digan. Es inocente. Ayer, cuando se declaró culpable, había perdido la cabeza. No time cúlpa alguna. Después de esta noche de angustia, les ruego que me digan qué van a hacer con ella.

El procurador se apresuró a responder:

—Tranquilícese, Dmitri Fiodorovitch. Por ahora no tenemos ninguna razón para molestar a esa persona que tanto le interesa. Y creo que lo mismo ocurrirá en lo sucesivo. Haremos cuanto nos sea posible en favor de esa joven.

—Gracias, señores. Nunca he puesto en duda la honradez ni el espíritu de justicia de ustedes. Me han quitado un peso de encima... ¿Qué van a hacer ahora?

—Hay que proceder sin pérdida de tiempo al interrogatorio de los testigos, lo cual, como ya le hemos dicho, debe efectuarse en presencia de usted.

—¿Y si tomáramos un poco de té? —dijo Nicolás Parthenovitch—. Creo que nos lo hemos ganado.

Decidieron tomar un vaso de té, permaneciendo donde estaban, sin interrumpir la investigación. Esperarían un momento más propicio para desayunarse.

Mitia, que en el primer momento había rechazado el vaso que le ofrecía Nicolás Parthenovitch, luego se apoderó de él y se lo bebió ávidamente. Parecía hallarse en el límite del agotamiento. Su robusta constitución parecía permitirle una noche de jolgorio, incluso acompañada de las más intensas emociones. Sin embargo, apenas se sostenía en su asiento, y a veces crefa ver que todo le daba vueltas. «Estoy muy cerca de la inconsciencia y el delirio», pensaba.

VIII. Declaran los testigos. El «pequeñuelo»

Empezó el interrogatorio de los testigos. Pero debemos advertir que no proseguiremos nuestro relato tan detalladamente como lo hemos hecho hasta ahora. Dejaremos a un lado la fórmula con que Nicolás Parthenovitch iba llamando a los testigos para decirles que debían exponer la verdad de acuerdo con su conciencia y repetir después su declaración bajo juramento, etc., etc. Nos limitaremos a decir que lo esencial para los jueces era averiguar si Dmitri Fiodorovitch había dilapidado tres mil rublos o sólo mil quinientos en su primera visita a Mokroie hacía un mes, a igualmente el día anterior.

Todas, absolutamente todas las declaraciones fueron desfavorables para Mitia. Algunos testigos incluso aportaron datos nuevos que apoyaban sus palabras y que constituían pruebas abrumadoras. El primero en declarar fue Trifón Borisytch. Compareció sin terror alguno y pletórico de indignación contra el acusado, lo que le confirió un aire de sinceridad y dignidad. Habló poco y con cierta reserva, esperando que le preguntaran y respondiendo con firmeza después de reflexionar. Dijo sin rodeos que, hacfa un mes, el acusado había gastado alegremente lo menos tres mil rublos y que los campesinos afirmaban haber oído decir a Dmitri Fiodorovitch: «¡Cuanto dinero me han costado los músicos y las chicas! Pasa de los mil rublos.»

—No les di ni siquiera quinientos —replicó Mitia—. Lo que ocurrió fue que no los podía contar, porque estaba bebido. Fue una desgracia.

Dmitri escuchaba a los testigos con un gesto de pesar y fatiga. Parecía decir: «Contad lo que queráis: me es indiferente.»

Trifón Borisytch dijo:

—Los cíngaros le costaron más de mil rublos, Dmitri Fiodorovitch. Usted tiraba el dinero sin contarlo y ellos lo recogían. Es una casta de bribones. Roban caballos. Si no los hubiese echado de aquí, tat vez habrían declarado a cuánto ascendían sus ganancias. Yo vi el fajo de billetes que llevaba ústed en la mano. No me lo dio usted a contar, pero a simple vista calculé que había bastante más de mil quinientos rublos... Yo también manejo dinero.

En cuanto a la sums del día anterior, Dmitri Fiodorovitch había declarado a su llegada que llevaba encima tres mil rublos.

—¿De veras dije que tenía tres mil rublos, Trifón Borisytch?

—Sí, Dmitri Fiodorovitch; lo dijo usted delante de Andrés. Todavía está aquí; puede usted llamarlo. Y cuando estaba obsequiando a las chicas del coro, dijo usted a voces que estaba gastando su sexto billete de mil rublos, incluida la vez anterior, desde luego. Esteban y Simón lo oyeron. Piotr Fomitch Kalganov estaba entonces a su lado. Tal vez lo recuerde también.

La declaración de que gastaba el sexto billete de mil impresionó a los jueces y les

encantó por su claridad. Tres mil la primera y tres mil la segunda sumaban seis mil.

Se interrogó a Esteban, a Simón y al cochero Andrés, y éstos confirmaron la declaración de Trifón Borisytch. Además, se tomó nota de la conversación que Mitia había tenido con Andrés, al que preguntó si iría al cielo o al infierno y si lo perdonarían en el otro mundo. El «psicólogo» Hipólito Kirillovitch, que había escuchado sonriendo, recomendó que se uniera esta declaración al expediente.

Cuando le tocó el turno a Kalganov, éste se presentó de mala gana, con semblante sombrío, y habló con el procurador y con Nicolás Parthenovitch como si fuese la primera vez que los veía, siendo así que los conocía desde hacía mucho tiempo. Empezó por decir que «no sabía nada y nada quería saber». Pero reconoció que había oído hablar a Mitia del sexto billete de mil y que estaba a su lado cuando le oyó decir esto. Ignoraba la cantidad que Dmitri podía tener y afirmó que los polacos habían hecho trampas jugando a las camas. Contestando a insistentes preguntas, dijo que expulsaron a los polacos de la sala y que entonces Mitia se había captado la admiración y el amor de Agrafena Alejandrovna, cosa que ésta había confesado. Al hablar de la joven se expresó en términos corteses, como si se tratara de una dama de la mejor sociedad, y ni una sola vez la llamó Gruchegnka. A pesar de la evidence aversión que Kalganov mostraba a declarar, Hipólito Kirillovitch lo retuvo largo rato, para tomar de sus palabras solamente aquello que constituía, por decirlo así, la novela de Mitia durante aquella noche. Dmitri no le interrumpió ni una sots vez, y Kalganov se retiró sin disimular su indignación.

Se hizo pasar a los polacos. Éstos se habían acostado en su reducida habitación, pero no habían conseguido pegar los ojos. Cuando llegaron las autoridades, se vistieron rápidamente, comprendiendo que los iban a llamar. Se presentaron con arrogancia, pero también con cierta inquietud. El pequeño *pan*, el más importante, era un funcionario de duodécima clase retirado. Había servido como veterinario en Siberia y se llamaba Musalowicz. El *pan* Wrublewski era dentista. Al principio, cuando les preguntaba Nicolás Parthenovitch, contestaban dirigiéndose a Mikhail Makarovitch, al que consideraban como el personaje más importante. Le llamaban *pan pulkownik*[107] y repetían la expresión a cads frase. Al fin los sacaron de su error. Hablaban correctamente el ruso, fallando únicamente en la pronunciación de ciertas palabras. Al explicar sus relaciones con Gruchegnka, el pan Musalowicz se expresó con una seguridad y un ardor que exasperaron a Mitia hasta el punto de hacerle exclamar que no permitía a un «granuja» hablar así en su presencia. El *pan* Musalowicz protestó del calificativo y rogó que esta palabra se hiciera constar en el proceso. Mitia hervía de cólera.

—¡Sí, un granuja! —exclamó—. Pueden ustedes anotarlo. Esto no me impedirá repetir que es un granuja.

Nicolás Parthenovitch dio pruebas de un facto extraordinario en este enojoso

incidente. Tras una severa amonestación a Mitia, renunció a hacer preguntas sobre la parte novelesca del asunto y se dedicó enteramente a lo esencial.

Los jueces mostraron gran interés al declarar los polacos que Mitia había ofrecido tres mil rublos al *pan* Musalowicz para que renunciara a Gruchegnka. De esta cantidad entregaría inmediatamente setecientos rublos, y el resto al día siguiente en la ciudad. Afirmó bajo palabra de honor que en aquel momento no poseía toda la suma.

Mitia replicó a esto que no había prometido pagar el resto al día siguiente, pero el *pan* Wrublewski confirmó lo dicho por su compatriota, y Dmitri, tras reflexionar un instante, aceptó que podía haber hecho tal promesa en un momento de exaltación.

El procurador dio gran importancia a estas palabras. La acusación podía deducir de ellas que parte de los tres mil rublos que Mitia había tenido en su poder estaba oculta en la ciudad o tal vez en el mismo Mokroie. Con ello quedaba explicado un punto que ponía en un aprieto a la acusación: el de que se hubieran hallado solamente ochocientos en poder de Mitia. Hasta entonces, ésta había sido la única prueba favorable, por poco que fuera, a Dmitri. Esta única prueba se había desvanecido. El procurador le preguntó:

—¿De dónde pensaba usted sacar los dos mil trescientos rublos que prometió bajo palabra de honor entregar al pan al día siguiente, siendo así que usted mismo afirmó que sólo poseía quinientos en aquel instante?

A ello repuso Mitia que su intención era proponerle al *pan* transferirle ante notario sus derechos de propiedad sobre Tchermachnia, en vez de entregarle el dinero, oferta que ya había hecho a Samsonov y a la señora de Khokhlakov. El procurador sonrió ante «la ingenuidad del subterfugio»

—¿Y cree usted que él habría aceptado esos «derechos» en sustitución de los dos mil trescientos rublos?

—No me cabe duda. Pues habría recibido no dos mil, sino cuatro mil o seis mil. Sus abogados judíos y polacos habrían obligado al viejo a entregar el dinero.

Como es natural, la declaración del *pan* se consignó por escrito *in extenso*, tras lo cual los dos polacos pudieron retirarse. El detalle de que habían hecho trampas en el juego pasó por alto. Nicolás Parthenovitch les estaba agradecido y no quería molestarlos por una insignificancia, pues consideraba que todo se había reducido simplemente a una querella entre jugadores bebidos. Además, todo había sido escandaloso aquella noche. En resumidas cuentas, que los doscientos rublos se quedaron en los bolsillos de los polacos.

Acto seguido se llamó al viejo Maximov, que entró en la sala tímidamente, a pasitos cortos, con las ropas en desorden y el semblante triste. Durante los interrogatorios había permanecido sentado junto a Gruchegnka, en silencio, «lloriqueando y secándose los ojos con su pañuelo a cuadros» —así lo dijo Mikhail Makarovitch—, hasta el punto de que era ella la que tenía que calmarlo y consolarlo.

Con lágrimas en los ojos, el pobre viejo se excusó por haber pedido diez rublos prestados a Dmitri Fiodorovitch, obligado por su pobreza, y manifestó que estaba dispuesto a devolvérselos. Nicolás Parthenovitch le preguntó cuánta dinero tenía, a su juicio, Dmitri Fiodorovitch, ya que él debía de haberlo visto de cerca al pedirle prestados los diez rublos. Y Maximov repuso:

—Veinte mil rublos.

—¿Ha visto usted alguna vez veinte mil rublos reunidos? —preguntó Nicolás Parthenovitch sonriendo.

—¡Claro que los he visto!... Bueno, veinte mil no: siete mil. Vi esta suma cuando mi esposa hipotecó mi propiedad. Si he de serle franco, sólo me los enseñó de lejos. Formaban un grueso fajo de billetes de cien. Los billetes de Dmitri Fiodorovitch también eran de cien rublos.

No lo retuvieron mucho tiempo. Al fin llegó el turno a Gruchegnka. Los jueces estaban inquietos ante la impresión que la llegada de la joven pudiera producir a Dmitri, y Nicolás Parthenovitch le dirigió algunas palabras de exhortación, a las que respondió Mitia con un movimiento de cabeza que equivalía a asegurar que se comportaría correctamente.

Gruchegnka apareció acompañada por Mikhail Makarovitch. Sus facciones estaban rígidas, y su semblante, triste pero sereno. Se sentó frente a Nicolás Parthenovitch. Estaba pálida y parecía tener frío, pues envolvía sus hombros con un elegante chal negro. En efecto, recorrían su cuerpo los escalofríos de la fiebre, principio de la larga enfermedad que contrajo aquella noche. Su rigidez, su mirada franca y sería, sus ademanes pausados produjeron una impresión en extremo favorable. Nicolás Parthenovitch incluso se sintió cautivado. Algún tiempo después dijo que hasta entonces no se había dado cuenta de lo encantadora que era aquella mujer, en la que antes sólo había visto «una ramera de comisaría».

—Tiene la finura de las personas de la mejor sociedad —dijo un día con entusiasmo en un círculo de damas.

La indignación fue general. Lo llamaron calavera, cosa que le encantó.

Gruchegnka, al entrar, dirigió a Mitia una mirada furtiva. Él la miró también, con un gesto de inquietud; pero su aspecto lo tranquilizó. Tras las preguntas consabidas, Nicolás Parthenovitch vaciló un momento y la interrogó con toda cortesía:

—¿Qué clase de relaciones tenía usted con el teniente retirado Dmitri Fiodorovitch Karamazov?

—Relaciones simplemente amistosas. Como amigo lo he recibido durante todo este mes último.

En respuesta a otras preguntas declaró francamente que entonces no amaba a Mitia, aunque le gustara «a veces». Lo había seducido llevada de su maldad: la encantaba jugar con aquel hombre de buen corazón. Los celos que tenía Mitia de

Fiodor Pavlovitch y de todos los hombres la divertían. Jamás había pensado ir a casa de Fiodor Pavlovitch, que sólo era para ella un objeto de burla.

—Durante todo este mes apenas he pensado en ellos. Esperaba a otro, al causante de mis males... Les ruego que no me pregunten sobre esto, porque no les contestaría. Mi vida privada no les incumbe.

Nicolás Parthenovitch dejó inmediatamente a un lado los detalles novelescos y abordó la cuestión principal: los tres mil rublos. Gruchegnka repuso que ésta era la cantidad que había gastado Dmitri hacía un mes en Mokroie, según él había dicho, pues ella no había contado el dinero.

—¿Eso se lo dijo a usted en privado o en presencia de testigos? ¿O acaso lo ha oído usted decir a otras personas? —preguntó inmediatamente el procurador.

Gruchegnka contestó afirmativamente a las tres preguntas.

—¿Se lo dijo particularmente una vez o varias?

Gruchegnka repuso que varias.

Hipólito Kirillovitch quedó sumamente satisfecho de esta declaración. Inmediatamente dedujo de ella que Gruchegnka sabía que el dinero procedía de Catalina Ivanovna.

—¿No ha oído usted decir que Dmitri Fiodorovitch gastó entonces la mitad de los tres mil rublos y se guardó la otra mitad?

—No, nunca he oído decir eso.

Y añadió que, por el contrario, durante el mes último, Mitia le había dicho varias veces que no tenía dinero.

—Esperaba recibirlo de su padre —concluyó.

Nicolás Parthenovitch preguntó de pronto:

—¿No dijo nunca delante de usted, por descuido o en un momento de irritación, que se proponía atentar contra la vida de su padre?

—Sí, se lo oí decir.

—¿Una vez o varias?

—Varias. Y siempre en arrebatos de cólera.

—¿Usted creía que llevaría a cabo este propósito?

—Jamás lo creí —repuso Gruchegnka con absoluta convicción—. Siempre tuve en cuenta la nobleza de sus sentimientos.

—Un momento —exclamó Mitia—. Permítanme decir en presencia de ustedes sólo unas palabras a Agrafena Alejandrovna.

—Puede hacerlo —aceptó Nicolás Parthenovitch.

Mitia se levantó y dijo:

—Agrafena Alejandrovna, lo juro en presencia de Dios que soy inocente de la muerte de mi padre.

Mitia se volvió a sentar. Gruchegnka se levantó y se santiguó devotamente ante el

icono.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó fervorosamente. Y añadió, dirigiéndose a Nicolás Parthenovitch—: Créalo. Lo conozco bien. Es capaz de decir cualquier cosa en broma o por obstinación; pero no habla nunca en contra de su conciencia. Ha dicho la verdad, no les quepa duda.

—Gracias, Agrafena Alejandrovna —dijo Dmitri, y la voz le temblaba—. Tus palabras me han dado valor.

Respecto al dinero del día anterior, Gruchegnka dijo que no sabía a cuánto ascendía la cantidad, pero que había oído decir a Dmitri repetidas veces que estaba gastando tres mil rublos. En cuanto a la procedencia de este dinero, Gruchegnka declaró que Mitia le había dicho confidencialmente que lo había robado a Catalina Ivanovna, a lo que ella había respondido que aquello no era un robo y que había que devolver el dinero al mismo día siguiente. El procurador quiso dejar bien sentado que Dmitri, al decir dinero robado, se refería al del día anterior y no al de un mes atrás, y Gruchegnka repitió que aludía al de las últimas veinticuatro horas.

Terminado el interrogatorio, Nicolás Parthenovitch se apresuró a decir a Gruchegnka que podía volver a la ciudad si así lo deseaba y que, si podía serle útil en algo —por ejemplo, en buscarle un tiro de caballos o en procurarle un acompañante —, haría todo lo posible para...

—Gracias —dijo Gruchegnka—. Me acompañará el viejo propietario de esta casa. Pero si ustedes me lo permiten, permaneceré aquí hasta que hayan fallado el asunto de Dmitri Fiodorovitch.

Gruchegnka salió de la sala. Mitia se mostraba sereno y reconfortado. Pero esto sólo duró un instante. Un extraño desfallecimiento se apoderó de él y fue acrecentándose progresivamente. Sus ojos se cerraban a pesar suyo. El interrogatorio de los testigos terminó al fin. Se procedió a la redacción definitiva del acta. Mitia se levantó y fue a tenderse en un rincón, sobre un cofre tapizado. Se durmió en seguida y tuvo un sueño extraño, totalmente ajeno a las circunstancias.

Viaja por la estepa, por una región que ya había cruzado cuando estaba de servicio. Un campesino lo conduce en una carreta a través de la llanura cubierta de lodo. Hace frío. Es un día de principios de noviembre. La nieve cae en gruesos copos que se funden rápidamente. El carretero fustiga a sus caballos. Luce una larga barbs roja. Es un hombre de unos cincuenta años y lleva un deslucido caftán gris. Se acercan a una aldes donde se ven isbas negras, muy negras. La mitad se han quemado. De ellas sólo quedan postes carbonizados que se mantienen aún erguidos. En la carretera, a la entrada del pueblo, se ven largas hileras de mujeres esqueléticas y de rostros curtidos. Entre ellas se destaca una, alta y escuálida. Representa cuarenta años y, a lo mejor, no tiene más que veinte. Su alargado rostro time una expresión de angustia. Lleva en brazos a un niño pequeño que llora sin cesar y tiende sus bracitos

desnudos, cuyas manitas cerradas están amoratadas por el frío.

—¿Por qué llora? —pregunta Mitia cuando la carreta pasa velozmente.

—Es un pequeñuelo —responde el carretero.

Mitia advierte que el carretero ha dicho «pequeñuelo», como es costumbre entre los campesinos, y no «pequeño». Esto le complace: el apelativo le parece más cariñoso.

—¿Pero por qué llora? —vuelve a preguntar Mitia—. ¿Por qué están desnudos sus bracitos, por qué no se los tapan?

—Sus ropas están heladas y no le abrigarían.

—¿Cómo es posible? —insiste Mitia, sin comprender aún.

—Son muy pobres y sus isbas se han quemado. Esa gente no tiene pan.

—No es posible, no es posible —repite Mitia en el mismo tono de incomprensión —. Dime por qué están aquí estas desventuradas, por qué han de sufrir esa miseria tan espantosa, por qué llora ese pobre niño por qué ha de ser tan árida la estepa, por qué esas gentes no se abrazan y cantan alegres canciones, por qué tienen la piel tan negra, por qué no dan de comer al pequeñuelo...

Mitia sabe muy bien que sus preguntas son absurdas, pero también sabe que tiene razón, y no puede menos de preguntar. Además, advierte que una honda pens se va apoderando de él, que está a punto de echarse a llorar. Siente un vivo deseo de consolar al niño que llora y a la madre de senos exangües; anhela enjugar las lágrimas de todo el mundo y en seguida, sin detenerse ante nada, con todo el ímpetu de los Karamazov.

—Estoy a tu lado y nunca me separaré de ti —le dice tiernamente Gruchegnka.

Su corazón se inflama y vibra frente a una luz lejana. Quiere vivir, avanzar por el camino que conduce a esta luz nueva, a esta luz que lo llama...

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? —exclamó abriendo los ojos.

Con una sonrisa radiante se incorporó sobre el cofre tapizado. Tenía la impresión de salir de un desmayo. Ante él estaba Nicolás Parthenovitch, que le invitó a escuchar la lectura del acts y a firmarla.

Mitia se dio cuenta de que había estado durmiendo más de una hora, pero no prestaba atención al juez. Le sorprendía haber encontrado bajo su cabeza un cojín que no estaba cuando se había echado, rendido, sobre el cofre.

—¿Quién ha puesto aquí este cojín? ¿Quién ha tenido este rasgo de bondad? —exclamó con vehemencia, con voz henchida de emoción, como si se tratara de un acto de altruismo inestimable.

El ser magnánimo que había tenido esta atención permaneció en el anonimato, pero Mitia llegó a llorar de emoción. Se acercó a la mesa y dijo que firmaría todo lo que le pidiesen que firmara.

—He tenido un hermoso sueño, señores —dijo con voz extraña y el semblante

resplandeciente de alegría.

IX. Se llevan a Mitia

Una vez firmada el acts, Nicolás Parthenovitch leyó solemnemente al acusado una «disposición» en la que se decía que el juez de instrucción había interrogado al detenido, y se citaban las principales acusaciones. Luego se explicaba que, aunque el acusado se declaraba inocente del crimen que se le imputaba, no había hecho nada por justificarse; que los testigos y las circunstancias le presentaban como culpable, y que, en vista de ello y ateniéndose a los artículos del código penal, ordenaba el encarcelamiento del presunto culpable, a fin de que no pudiera eludir el proceso ni el juicio. Se hablaba también de dar copia de la disposición al sustituto, etcétera. En una palabra: se declaró que Mitia debía permanecer detenido desde aquel momento y que se le iba a conducir a la ciudad, donde se le designaría un lugar de residencia nada agradable. Mitia se encogió de hombros.

—Está bien, señores. Acato sus órdenes sin rencor alguno, Comprendo que ustedes no han podido obrar de otro modo.

Nicolás Parthenovitch le explicó que lo conduciría Mavriki Mavrikievitch, que ya esperaba a la puerta.

Con un impulso irresistible, Mitia interrumpió al juez y dijo a los presentes:

—Señores, todos nosotros somos crueles, verdaderos monstruos. Hacemos llorar a las madres y a los niños. Pero yo soy el peor de los hombres. Todos los días me golpeaba el pecho y me juraba enmendarme, y todos los días cometía las mismas vilezas. Ahora comprendo que a los hombres como yo les hace falta el azote del destino y un lazo, una fuerza exterior que los sujete. Jamás habría podido volver a levantarme sin esta ayuda. El rayo ha caído. Acepto las torturas de la acusación y de la vergüenza pública. Quiero sufrir y redimirme con el sufrimiento. Tal vez lo consiga, ¿no les parece, señores? Oigan esto por última vez: yo no he derramado la sangre de mi padre. Acepto el castigo no por haberlo matado, sino por haberme propuesto matarlo y porque tal vez lo habría hecho. Sin embargo, estoy decidido a luchar contra ustedes: no lo oculto. Lucharé hasta el final, y luego será lo que Dios quiera. Adiós, señores. Perdónenme que me haya acalorado durante el interrogatorio. Entonces aún no estaba en mi juicio. Dentro de unos instantes seré un preso. Por última vez, Dmitri Karamazov les tiende su mano como hombre libre. Al decirles adiós, me despido del mundo.

La voz le temblaba. En efecto, había tendido su mano. Pero Nicolás Parthenovitch, que era el más próximo a él, ocultó la suya con un movimiento convulsivo. Mitia lo advirtió y se estremeció. Dejó caer el brazo.

—La investigación no ha terminado —dijo el juez, un poco confuso—, sino que va a continuar en la ciudad. Por mi parte, le deseo que consiga justificarse. Yo, personalmente, Dmitri Fiodorovitch, lo he considerado siempre más infortunado que

culpable. Todos los que estamos aquí..., pues me atrevo a hablar en nambre de todos..., vemos en usted un joven noble en el fondo, pero que se deja arrastrar por las pasiones excesivamente.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por el pequeño juez con gran empaque. A Mitia le pareció que aquel chiquillo iba a cogerle del brazo para llevarlo a un rincón y continuar su última charla sobre jovencitas. Es chocante las cosas absurdas que se piensan a veces, incluso los criminales que van camino del suplicio.

—Señores, ustedes son buenos, humanos. ¿Me permiten que le diga adiós por última vez?

—Desde luego, pero en nuestra presencia.

—De acuerdo.

Se trajo a Gruchegnka, pero el adiós fue lacónico y defraudó a Nicolás Parthenovitch. Gruchegnka, profundamente emocionada, dijo a Mitia:

—Soy tuya, te pertenezco para siempre y te seguiré a todas partes. Sin ser culpable, lo has perdido. Adiós.

Lloraba; temblaban sus labios.

—Perdóname, Grucha, por amarte, por haberte perdido con mi amor.

Mitia iba a decir algo más, pero se contuvo y salió de la estancia. Inmediatamente se vio rodeado de hombres que no lo perdían de vista. Al pie del pórtico, en el mismo sitio al que Mitia había llegado con tanto alboroto la noche anterior en la *troika* de Andrés, esperaban dos carretas. El rechoncho y atlético Mavriki Mavrikievitch, de rostro curtido, lanzaba gritos de desesperación a causa de un contratiempo inesperado. Con agrio acento, invitó a Dmitri Fiodorovitch a subir a la carreta. Mitia se dijo: «Antes, cuando te invitaba a beber en la taberna, este hombre me hablaba de un modo muy distinto.»

Trifón Borisytch bajó las gradas del pórtico. Ante la puerta de la casa se apiñaban mujeres andrajosas, arrieros y campesinos que miraban a Mitia.

—¡Adiós, amigos míos! —les gritó Dmitri desde la carreta.

—Adiós —respondieron dos o tres voces.

—Adiós, Trifón Borisytch.

Éste estaba demasiado ocupado para volverse. Iba de un lado a otro profiriendo gritos.

El hombre designado para conducir la segunda carreta, donde tenía que viajar la escolta, decía a voces, mientras se ponía el caftán, que no era él quien debía partir, sino Akim. Y Akim no había llegado. Salieron en su busca a toda prisa. El campesino insistía, suplicaba que esperasen a Akim.

Trifón Borisytch exclamó:

—¡Qué gente tan desvergonzada, Mavriki Mavrikievitch! Hace tres días, Akim te dio veinticinco copecs y te los bebiste. Ahora gritas. Me asombra tu gentileza con

esos alegres mozos.

—¿Qué necesidad tenemos de que nos acompañe otra troika? —dijo Mitia—. Podemos viajar con esta sola, Mavriki Mavrikievitch. Te aseguro que no intentaré huir. ¿Para qué quieres escolta?

—A mí no me hable así —gruñó Mavriki Mavrikievitch, satisfecho de poder desahogar su mal humor—. No le admito que me tutee ni que me dé consejos.

Mitia enmudeció y enrojeció. Poco después sintió frío. La lluvia había cesado, pero el cielo seguía cubierto de nubes y el viento le azotaba el rostro. «Tengo escalofríos», pensó Mitia, ovillándose. Al fin, subió al vehículo Mavriki Mavrikievitch, atropellando a Mitia y fingiendo no advertirlo. La verdad es que no le gustaba lo mas mínimo la misión que le habían confiado.

—¡Adiós, Trifón Borisytch! —gritó de nuevo Dmitri, dándose cuenta de que esta vez, y a pesar suyo, el grito no era amistoso, sino de cólera.

El posadero, con gesto arrogante y las manos en la espalda, dirigió a Mitia una severa mirada y no le contestó. Pero de pronto se oyó una voz.

—¡Adiós, Dmitri Fiodorovitch!

Era Kalganov, que corría hacia la carreta con la cabeza descubierta. Tendió la mano a Mitia. Dmitri aún tuvo tiempo de estrecharla.

—¡Adiós, amigo mío! —exclamó calurosamente—. ¡Nunca olvidaré esta prueba de generosidad!

Pero la carreta partió y las manos de los dos amigos hubieron de desprenderse. Resonaban los cascabeles de los caballos. Se llevaban a Mitia.

Kalganov volvió corriendo al vestíbulo, se sentó en un rincón, inclinó la cabeza, ocultó el rostro entre las manos y lloró amargamente, como un nido. Estaba casi seguro de la culpabilidad de Mitia.

—Esto demuestra que no valemos nada —murmuró amargamente.

Ni siquiera sentía el deseo de vivir.

—¿Acaso vale la pena? —exclamó, desesperado.

Cuarta parte

LIBRO X

LOS MUCHACHOS

I. Kolia Krasotkine

Uno de los primeros días de noviembre. El tiempo es frío: es la época de la escarcha. Durante la noche ha caído un poco de nieve, que el viento seco y punzante ha barrido y levantado a lo largo de las calles tristes de nuestra pequeña ciudad, y especialmente en la plaza del mercado. Es una mañana oscura, pero la nevada ha cesado.

No lejos de la plaza, cerca de la tienda de Plotnikov, está la casita, limpísima tanto por fuera como por dentro, de la señora de Krasotkine, viuda de un funcionario. Pronto hará catorce años que murió el secretario de gobierno[108] Krasotkine. Su viuda, aún de buen ver y en la treintena, vive de sus rentas en su casita. Es alegre y cariñosa y lleva una vida digna y modesta. Quedó viuda a los dieciocho años, con un hijo que acababa de nacer, Kolia[109], a cuya educación se dedicó en cuerpo y alma. Tanto lo adoraba, que el niño le causó más penas que alegrías. La viuda vivía en continuo terror de que enfermara, de que se enfriase, de que se hiriera jugando, de que cometiera alguna locura... Cuando Kolia fue al colegio, su madre estudió todas las asignaturas, con objeto de poder ayudarlo en los deberes; trabó conocimiento con los profesores y sus esposas, a incluso procuró simpatizar con los compañeros de su hijo para evitar que se burlasen de él o le pegaran. A tal extremo llegó en esta táctica, que los alumnos empezaron a burlarse de Kolia, a zaherirle con frases como «el pequeñín mimado por su mamá». Pero Kolia supo hacerse respetar. Era un chico audaz y pronto se le consideró como uno de los más fuertes del colegio. Además, era inteligente, tenaz, resuelto y emprendedor. Un buen alumno. Incluso se rumoreaba que aventajaba a Dardanelov, su maestro. Pero Kolia, aunque afectaba un aire de superioridad, no era orgulloso y sí un buen camarada. Aceptaba como cosa natural el respeto de sus compañeros y los trataba amistosamente. Tenía sobre todo el sentido de la medida, sabía contenerse cuando era necesario y no rebasaba jamás ante los profesores ese límite en que la travesura se convierte en insubordinación y falta de respeto, por lo que no se puede tolerar. Sin embargo, estaba siempre dispuesto a participar en las granujadas de la chiquillería, si la oportunidad se presentaba; mejor dicho a desempeñar el papel de pilluelo para impresionar a la galería. Llevado de su excesivo amor propio, había conseguido imponerse a su madre, que sufría desde hacía tiempo su despotismo. La sola idea de que su hijo la quería poco era insoportable para la señora de Krasotkine. Consideraba que Kolia se mostraba insensible con ella, y a veces, bañada en lágrimas, le reprochaba su frialdad. Esto desagradaba al muchacho, que se mostraba más evasivo cuanta más efusión se le exigía. Era un efecto de su carácter y no de su voluntad. Su madre estaba en un error. Kolia la quería. Lo que sucedía era que detestaba las «ternuras borreguiles», como decía en su lenguaje escolar.

Su padre había dejado una biblioteca al morir, y Kolia, que adoraba la lectura, pasaba a veces, para sorpresa de su madre, horas enteras enfrascado en los libros, en vez de irse a jugar. Leyó obras impropias de su edad. Últimamente, sus travesuras —sin llegar a ser perversas— asustaban a su madre por su extravagancia. En Julio, durante las vacaciones, madre a hijo fueron a pasar ocho días en casa de unos parientes. El cabeza de familia era empleado de ferrocarriles en la estación más próxima a nuestra ciudad. Esta estación estaba a sesenta verstas de la localidad. En ella había tornado el tren hacía un mes Iván Fiodorovitch Karamazov para dirigirse a Moscú.

Kolia empezó por examinar minuciosamente el ferrocarril y su funcionamiento, a fin de poder deslumbrar a sus camaradas con sus nuevos conocimientos. Entre tanto, se unió a un grupo de seis o siete chiquillos de doce a quince años, dos de ellos procedentes de la ciudad y los demás del pueblo. La alegre banda se dedicaba a toda suerte de travesuras y pronto surgió en ella la idea de hacer una apuesta verdaderamente estúpida en la que la cantidad apostada eran dos rublos. Kolia, que era uno de los más jóvenes del grupo, en un alarde de amor propio o de temeridad, apostó a que permanecería echado entre los raíles, sin moverse, mientras el tren de las once de la noche pasaba sobre él a toda marcha. Verdaderamente, un examen previo le había permitido comprobar que una persona podía aplanarse sobre el suelo, entre los raíles, sin que el tren ni siquiera rozara su cuerpo. ¡Pero qué momento tan terrible pasaría! Kolia juró hacerlo. Se burlaron de él y le llamaron fanfarrón, lo que lo excitó más todavía. Aquellos muchachos de quince años se mostraban verdaderamente arrogantes. Al principio, incluso se habían resistido a considerarle como un camarada. Fue una ofensa intolerable.

Una noche sin luna se fueron a una versta de la estación, donde el tren habría tornado ya velocidad. A dicha hora Kolia se echó entre los raíles. Los cinco que habían apostado contra él se colocaron al pie del talud, entre la maleza, y allí esperaron, con el corazón latiéndoles con violencia, y pronto atenazados por el espanto y el remordimiento. No tardaron en oír que el tren se ponía en marcha. Dos luces rojas aparecieron en las tinieblas. El monstruo de hierro se acercaba ruidosamente.

—¡Huye! ¡Huye! —gritaron los cinco espectadores, aterrados.

Pero ya no había tiempo. El tren pasó y desapareció. Los cinco muchachos corrieron hacia Kolia. Lo encontraron exánime y empezaron a sacudirlo y a levantarlo. De pronto, Kolia se puso en pie y dijo que había fingido un desvanecimiento para asustarlos. Sin embargo, era verdad que se había desvanecido, como él mismo confesó días después a su madre.

Esta proeza cimentó definitivamente su fama de héroe. Volvió a su casa blanco como la cal. Al día siguiente tuvo fiebre, a consecuencia de su excitación nerviosa.

Sin embargo, estaba contento. El suceso se divulgó en la ciudad y llegó a conocimiento de las autoridades escolares. La madre de Kolia fue a pedirles que perdonaran a su hijo. Al fin, un profesor estimado a influyente, Dardanelov, salió en su defensa y ganó la causa. El asunto no tuvo consecuencias. Este Dardanelov, soltero y todavía joven, estaba enamorado desde hacía largo tiempo de la señora de Krasotkine. Hacía un año, temblando de emoción, se había atrevido a ofrecerle su mano, pero ella lo rechazó, pues casarse en segundas nupcias le parecía cometer una traición contra su hijo. Sin embargo, ciertos indicios permitían al pretendiente decirse que no era del todo antipático a aquella viuda encantadora, aunque exageradamente casta y delicada. La loca temeridad de Kolia rompió el hielo, pues tras la intervención de Dardanelov, éste advirtió que podía alimentar ciertas esperanzas. No obstante, como él era también un ejemplo de castidad y delicadeza, se conformó con esta esperanza remota que le hacía feliz. Quería al muchacho, pero consideraba una humillación adularlo, y se mostraba con él severo y exigente.

Kolia también mantenía a su profesor a distancia. Hacía perfectamente sus deberes, ocupaba el segundo puesto y todos sus compañeros estaban convencidos de que en historia universal aventajaba al mismo Dardanelov. Esto quedó demostrado una vez que Kolia preguntó al profesor quién había fundado Troya. El profesor repuso con una serie de consideraciones acerca de los pueblos y sus emigraciones, la noche de los tiempos y las leyendas, pero no pudo responder concretamente a la pregunta sobre la fundación de Troya. Incluso llegó a decir que la cuestión carecía de importancia. Los alumnos quedaron convencidos de que el profesor ignoraba por completo quién había fundado la famosa ciudad. Kolia se había informado de este acontecimiento en una obra de Smagaradov que figuraba en la biblioteca de su padre. Todos acabaron por interesarse en la fundación de Troya, pero Kolia Krasotkine guardó su secreto. Su prestigio quedó intacto.

Tras el incidente del ferrocarril, se produjo un cambio en la actitud de Kolia hacia su madre. Cuando Ana Fiodorovna se enteró de la proeza de su hijo, estuvo a punto de perder la razón. Durante varios días sufrió fuertes ataques de nervios. Kolia se asustó hasta el punto de que le prometió, bajo palabra de honor, no cometer de nuevo semejante locura. Lo juró de rodillas ante el icono y por la memoria de su padre, tal como la señora de Krasotkine le exigió. La escena fue tan emocionante, que el intrépido Kolia lloró como un niño de seis años. Madre a hijo pasaron el día arrojándose el uno en brazos del otro y derramando lágrimas.

Al día siguiente, Kolia volvió a mostrarse «insensible», pero se había convertido en un muchacho más silencioso, más reflexivo, más modesto. Mes y medio más tarde reincidió, y en el asunto intervino el juez de paz. Pero esta vez se trataba de una granujada diferente, ridícula a incluso estúpida, cometida por otros y de la que él era únicamente cómplice. Ya volveremos a hablar de esto.

La madre volvió a sus temblores y tormentos, y las esperanzas de Dardanelov aumentaban con las lágrimas de la viuda. Hay que advertir que Kolia conocía las aspiraciones de Dardanelov, al que detestaba profundamente por estos sentimientos. Anteriormente incluso cometía la indelicadeza de expresar ante su madre su desprecio hacia el profesor, haciendo vagas alusiones a los propósitos del enamorado. Pero después del incidente del ferrocarril, su actitud cambió también con respecto a este punto, pues no hacía alusiones molestas a Dardanelov y hablaba con más respeto de él ante su madre. La sensitiva Ana Fiodorovna notó al punto este cambio y lo agradeció infinito. No obstante, a la menor alusión a Dardanelov en presencia de Kolia, aunque la hiciera un extraño, la viuda se ponía roja como la grana. En estas ocasiones, Kolia miraba por la ventana con el ceño fruncido, o se contemplaba los zapatos, o llamaba con acento iracundo a *Carillón*, un perrazo feo y de larga pelambre, que había recogido hacía un mes y del que no había dicho una palabra a sus amigos. Kolia se comportaba con el animal como un tirano. Le enseñó a hacer muchas cosas. Así, el pobre *Carillón*, que aullaba cuando Kolia se iba al colegio, al verlo volver ladraba alegremente, saltaba como un loco, se pavoneaba, se hacía el muerto, etc., etc.; en una palabra, hacía cuanto Kolia le había enseñado, pero no porque éste se lo ordenara, sino espontáneamente, por el gran cariño que profesaba a su dueño.

Ahora caigo en que me he olvidado decir que Kolia Krasotkine fue el muchacho al que Iliucha, ya conocido por nuestros lectores, hijo del capitán retirado Snieguiriov, había herido con su cortaplumas al salir en defensa de su padre, del que sus compañeros de clase se burlaban llamándole «Barba de Estropajo».

II. Los rapaces

Aquella mañana glacial y brumosa de noviembre se quedó en casa Kolia Krasotkine. Era domingo y no tenía clase. No obstante, acababan de dar las once y necesitaba salir «para un asunto importantísimo». Pero había el inconveniente de que estaba solo en la casa y no la podía abandonar. Las personas mayores habían tenido que marcharse al producirse un acontecimiento imprevisto. La viuda de Krasotkine tenía alquilado un departamento de dos piezas —el único que había en la casa— a la esposa de un médico que era madre de dos hijos pequeños. Esta señora era gran amiga de Ana Fiodorovna y tenía la misma edad que ella. El médico se había marchado a Orenburgo, y de allí a Tachkent. Hacía seis meses que la esposa no recibía noticias del marido, de modo que la infortunada se habría pasado el tiempo llorando si no hubiera tenido el consuelo de la amistad de Ana Fiodorovna. Para colmo de desdichas, Catalina, la única sirvienta de la doctora, había comunicado repentinamente a la doctora, ya de noche, que notaba que iba a dar a luz a la mañana siguiente. Aunque parezca mentira, nadie se había dado cuenta del estado de la joven. En medio de su estupor, la doctora decidió, puesto que aún había tiempo, trasladar a Catalina a casa de una comadrona que admitía futuras madres a pensión. Come tenía gran cariño a esta sirvienta, puso inmediatamente en práctica este proyecto a incluso se quedó al lado de la internada. A la mañana siguiente hubo que recurrir a la ayuda de la señora de Krasotkine para que hiciera cierta diligencia y adoptara su protección. Por lo tanto, las dos damas estaban ausentes, así come Ágata, la sirvienta de la viuda de Krasotkine, que se había ido al mercado, y Kolia se había quedado como guardián de los pequeñuelos, el niño y la piña de la doctora.

La vigilancia de la casa no inquietaba a Kolia, y menos teniendo a su lado a *Carillón.* Éste había recibido la orden de echarse debajo de un banco del vestíbulo y estar allí sin moverse. Cada vez que veía pasar a su dueño, el perro levantaba la cabeza y golpeaba el suelo con la cola, mientras dirigía a Kolia una mirada suplicante. Pero, ¡ay!, sus ruegos eran inútiles. En respuesta a ellos, Kolia miraba severamente al infortunado animal, que volvía a su inmovilidad de estatua.

A Kolia sólo le preocupaban los pequeñuelos. La aventura de Catalina le inspiraba un profundo desprecio. Le encantaban aquellos niños y ya les había dado un divertido libro infantil para que se distrajeran. Nastia, la mayor, tenía ocho años y sabía leer; Kostia[110] tenía siete y escuchaba con gusto a su hermanita. Kolia habría podido entretenerlos jugando con ellos a los soldados o al escondite per toda la casa, y no le importaba hacerlo cuando se presentaba la ocasión, a pesar de que en el colegio se rumoreaba que Krasotkine jugaba en su casa a las *troikas* con los niños de la inquilina, y que hacía el caballo y galopaba con la cabeza baja. Kolia rechazaba indignado esta acusación, diciendo que se habría avergonzado, «en nuestra época»,

de jugar a los caballos con chicos de su edad, pero que él lo hacía per los niños, porque los quería, y que nadie tenía derecho a pedirle cuentas de sus sentimientos.

En compensación, los dos pequeñuelos lo adoraban. Pero aquella mañana Kolia no estaba para juegos. Tenía un compromiso importante a incluso un tanto misterioso. Pero el tiempo pasaba, y Ágata, a la que se podían confiar los niños, no volvía de la compra. Kolia había cruzado el vestíbulo varias veces, abierto la puerta del departamento de la inquilina y echado una mirada cariñosa a los niños, que estaban leyendo, como él les había indicado. Cada vez que Kolia aparecía, los niños le obsequiaban con una larga sonrisa, que era una clara invitación a que pasara para hacer algo que los divirtiera. Pero Kolia estaba preocupado y no entraba.

Cuando dieron las once, Krasotkine se dijo resueltamente que si, transcurridos diez minutes, la «maldita» Ágata no había vuelto, se marcharía sin esperar más, claro que no sin antes advertir a los niños y hacerles prometer que no tendrían miedo durante su ausencia, que no llorarían ni harían diabluras.

Se puso, pues, su gabancito acolchado, se echó un talego al hombre, y aunque su madre le había dicho más de una vez que no saliera a la calle sin ponerse los chanclos cuando hiciese tanto frío come aquella mañana, Kolia se limitó a dirigirles una mirada de desdén al pasar per el vestíbulo. *Carillón*, al verlo vestido para salir, empezó a mover todo su cuerpo mientras golpeaba el suelo con la cola, a incluso llegó a soltar un aullido quejumbroso. Kolia juzgó que esta entusiasta demostración de áfecto era contraria a la disciplina, y tuvo al perro todavía un minuto debajo del banco; no le silbó hasta que abrió la puerta del vestíbulo. Entonces *Carillón* se lanzó hacia él como una flecha y empezó a saltar alegremente.

El muchacho fue a echar una mirada a los niños. Habían dejado el libro y discutían acaloradamente, cosa que hacían con frecuencia. Nastia, por ser mayor que su hermano, solía triunfar en la polémica, pero, a veces, Kostia no se sometía y llamaba a Kolia Krasotkine para que fallara, fallo que admitían las dos partes sin rechistar.

Esta vez, la discusión de los dos niños interesó a Kolia, que se quedó en el umbral escuchando. Los pequeñuelos, al verle, redoblaron el ardor de su disputa.

—Nunca he creído —decía, convencida, Nastia— que las comadronas encuentren a los niños en las coles. Estamos en invierno y no hay coles. De modo que la comadrona no puede haber encontrado en esas plantas una nena para Catalina.

—¡Basta! —exclamó Kolia.

—De alguna parte traen a los niños —dijo Nastia—, pero sólo a las que están casadas.

Kostia, que había escuchado gravemente a su hermana, la miró fijamente, pensativo.

—Eres una tonta, Nastia —dijo al fin, con toda calma—. Catalina no está casada.

¿Cómo se puede tener un hijo?

Nastia se indignó.

—No entiendes nada. A lo mejor está casada y tiene al marido en la cárcel.

—Así, ¿tiene un marido en la cárcel? —preguntó el práctico Kostia.

Nastia abandonó su hipótesis y exclamó con su ímpetu habitual:

—También puede ser que no esté casada, como tú dices. Así que tienes razón. Pero quiere casarse, y a fuerza de pensar y pensar en tener un marido, ha terminado por tener un niño.

—Puede ser —admitió Kostia—. Pero yo no podía saber eso, porque tú no me lo habías dicho.

Kolia avanzó hacia ellos.

—Por lo que veo, renacuajos, sois temibles.

—¡Si está contigo *Carillón*! —exclamó alegremente Kostia, que empezó a chascar los dedos y a llamarlo.

—Amiguitos, estoy en un apuro —empezó a decir Kolia solemnemente—. ¿Queréis ayudarme? Ágata debe de haberse roto una pierna, puesto que no ha regresado. No cabe duda de que se la ha roto. Tengo que marcharme. ¿Me permitís que me vaya?

Los niños se miraron. Sus rostros sonrientes tenían una expresión de inquietud. No acababan de comprender lo que Kolia les pedía.

—¿Me prometéis no hacer ninguna diablura durante mi ausencia? ¿No subiros al armario para exponeros a romperos una pierna? ¿No llorar de miedo al veros solos?

En las dos caritas se reflejó la angustia.

—Si os portáis bien os enseñaré una cosa: un cañoncito de acero que se carga con pólvora de verdad.

Las dos caritas se iluminaron.

—Enséñanos el cañón —dijo Kostia, radiante.

Krasotkine sacó de su talego un cañoncito que depositó en la mesa.

—Mirad, tiene ruedas —dijo, haciéndolo rodar—. Se puede cargar con perdigones y disparar.

—¿Y puede matar?

—Puede matar a cualquiera. Basta apuntar bien.

Kolia explicó cómo había que poner la pólvora y los perdigones, señaló la ranura por la que se prendía fuego a la carga y dijo que el cañón tenía retroceso. Los niños lo escuchaban con ávida curiosidad. Lo del retroceso es lo que más les impresionó.

Nastia preguntó:

—¿Tienes pólvora?

—Sí.

—A verla —imploró la niña, sonriendo.

Krasotkine extrajo del talego un frasquito que contenía un poco de auténtica pólvora y unos cuantos perdigones envueltos en un papel. Destapó el frasquito y echó un poco de pólvora en la palma de su mano.

—Miradla. ¡Pero cuidado con acercarla al fuego! —dijo para asustarlos—. Se produciría una explosión y moriríamos todos.

Los niños examinaron la pólvora con un terror que avivaba su entusiasmo. A Kostia le encantaron especialmente los granos de plomo.

—¿Se inflaman los perdigones? —preguntó.

—No.

—Dame unos cuantos —dijo en tono suplicante.

—Aquí los tienes. Pero no se los enseñes a tu madre antes de que yo vuelva. Creerá que estallan como la pólvora, se asustará y os pegará.

—Mamá no nos pega nunca —dijo Nastia.

—Ya lo sé: lo he dicho para hacer una frase. No mintáis nunca a vuestra madre, salvo en esta ocasión y sólo hasta que yo vuelva. Bueno, amiguitos, ¿me puedo marchar? ¿No lloraréis de miedo mientras no estoy aquí?

—Sí que lloraremos —dijo lentamente Kostia mientras se disponía a hacerlo.

—Seguro que lloraremos —confirmó Nastia, atemorizada.

—¡Qué niños éstos! ¡Estáis en la peor edad! Ya veo que no puedo hacer nada. Tendré que quedarme con vosotros hasta Dios sabe cuándo. ¡Con lo que vale el tiempo!

—Dile a *Carillón* que haga el muerto —solicitó Kostia.

—Bien; recurramos a *Carillón*. ¡Aquí, *Carillón!*

Kolia ordenó al can que exhibiera sus habilidades. Era un perro de pelo largo, de color gris violáceo, del tamaño de un mastín corriente, tuerto del ojo derecho y que tenía partida la oreja izquierda. Se pavoneaba, andaba sobre las patas traseras, se echaba boca arriba y permanecía inmóvil, como muerto...

Durante este último ejercicio se abrió la puerta y apareció Ágata, la sirvienta, mujer obesa, picada de viruelas, de unos cuarenta años, que, con la red de la compra en la mano, se detuvo en el umbral para presenciar el espectáculo. Kolia, a pesar de la prisa que tenía, no interrumpió la representación. Al fin, emitió un silbido, y el animal se levantó y empezó a saltar con gran alegría de haber cumplido con su deber.

—¡Eso es un perro! —exclamó Ágata.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto? —preguntó severamente Kolia.

—¡A mí no me hables así, mocoso!

—¿Mocoso?

—Sí, mocoso. No te metas en lo que no te importa. He tardado porque ha sido preciso.

Ágata dijo esto mientras empezaba a trajinar en la cocina. No hablaba con

irritación, sino que parecía sentirse feliz de poder enfrentarse otra vez con aquel señorito tan gracioso.

—Óyeme, vieja loca: me vas a jurar por lo más sagrado que vigilarás a estos pequeñuelos durante mi ausencia. Tengo que marcharme.

—Nada de juramentos —repuso Ágata, echándose a reír—. Los vigilaré y basta.

—No basta; quiero que me lo jures por tu eterna salvación. Si no me lo juras, no me marcho.

—Allá tú. A mí me da lo mismo. Está helando. Lo mejor que puedes hacer es quedarte en casita.

—Oíd, rapazuelos. Esta mujer os hará compañía hasta que yo vuelva o hasta que venga vuestra madre, que ya no puede tardar. Si tarda, Ágata os dará el almuerzo. ¿No es así, Ágata?

—Nada tan fácil.

—Hasta la vuelta, hijitos. Me voy con toda tranquilidad.

Y al pasar por el lado de la sirvienta le dijo, en serio y en voz baja.

—Cuidado, abuela, con empezar a explicarles lo de Catalina. Hay que respetar su inocencia... ¡Vamos, *Carillón!*

Esta vez Ágata se indignó de verdad.

—¿Quieres callarte? ¡Merecerías que te azotasen por decir esas cosas!

III. El colegial

Pero Kolia ya no la oía. Al fin estaba libre. Al salir a la calle hundió momentáneamente la cabeza entre los hombros y exclamó: «¡Vaya frío!», y tomó el camino de la plaza del Mercado. Antes de llegar a la plaza se detuvo ante un edificio, sacó del bolsillo un silbato y lo hizo sonar con todas sus fuerzas. Sin duda, era una señal convenida. Un minutó después salió de su casa un niño de once años, de tez colorada y protegido, como Kolia, por un recio y elegante gabán. Este muchacho era Smurov, alumno de la clase preparatoria (Kolia estaba ya en la sexta) a hijo de un funcionario acomodado, al que sus padres habían prohibido que fuera con Krasotkine, cuya conducta les parecía vergonzosa; de modo que Smurov había tenido que salir de su casa furtivamente.

Como el lector recordará, Smurov formaba parte del grupo que había apedreado a Iliucha hacía dos meses, y él fue el que habló con Aliocha Karamazov.

—He estado una hora esperándote, Krasotkine —dijo sin rodeos Smurov.

Los dos chicos siguieron el camino de la plaza.

—Si me he retrasado —repuso Kolia—, la culpa no ha sido mía, sino de las circunstancias. ¿No te azotarán por haberte reunido conmigo?

—¡Qué ocurrencia! A mí no me azotan nunca... Ya veo que está aquí *Carillón.*

—Sí, lo he traído.

—¿Para que nos acompañe hasta la casa?

—Sí.

—¡Lástima que no sea *Escarabajo!*

—*Escarabajo* no puede ser, porque ha desaparecido. Nadie debe saber dónde está.

Smurov se detuvo de pronto.

—Oye, Kolia: Iliucha dice que *Escarabajo* tenía el pelo largo y de un gris violáceo, o sea como el de *Carillón*. ¿Y si le dijéramos que *Carillón* es *Escarabajo*? A lo mejor, lo creía.

—Escucha, colegial: detesta la mentira, incluso la mentira piadosa... Supongo que no le habrás dicho ni una palabra de mi visita.

—A Dios gracias, sé lo que debo hacer —dijo Smurov, y añadió con un suspiro —: No creo que *Carillón* pueda consolarlo. Su padre, el capitán, nos ha dicho que hoy le regalará un cachorro de moloso auténtico, con el hocico negro. Cree que este animalito consolará a Iliucha, pero yo no opino así.

—¿Cómo está Iliucha?

—Mal, muy mal. A mí me parece que está tísico. Conserva todo el conocimiento, pero respira con gran dificultad. El otro día pidió que lo llevaran a dar un paseo, le pusieron los zapatos, y el pobre cayó después de dar unos pasos. «Ya te dije, papá, que estos zapatos no me venían bien. Siempre he tenido dificultad para andar con

ellos.» Creyó que se había caído por culpa de los zapatos, y era la debilidad lo que le había hecho caer. No creo que viva toda esta semana. Herzenstube lo visita. Vuelven a tener dinero en abundancia.

—¡Los muy canallas!

—¿Quiénes?

—Los médicos, toda esa chusma doctoral, individual y colectivamente. Detesto la medicina; no sirve para nada. En fin, ya estudiaré a fondo esta cuestión. Oye, os habéis vuelto muy sentimentales los de tu clase: creo que vais todos los días a visitar al enfermo. —Todos no. Somos unos diez los que lo vamos a ver todos los días.

—Lo que más me sorprende es la conducta de Alexei Karamazov. Mañana o pasado se va a juzgar a su hermano por un crimen espantoso y esto no le impide ponerse sentimental con los colegiales.

—Aquí nadie se pone sentimental. Piensa que tú mismo vas a reconciliarte con Iliucha.

—¿A reconciliarme? Es una palabra que me repugna. Por otra parte, no permito a nadie que analice mil actos.

—Ya verás qué contento se pone Iliucha al verte. No sabe nada de tu visita. ¿Por qué has tardado tanto en decidirte? —exclamó con vehemencia Smurov.

—Eso es cosa mía y no tuya. Yo voy por mi propia voluntad; vosotros, en cambio, vais porque os llevó Alexei Karamazov. De modo que no es lo mismo. Además, tú no sabes por qué voy yo. A lo mejor, no pretendo reconciliarme. ¡Qué expresión tan estúpida!

—Karamazov no está allí. Desde luego, al principio fuimos con él, pero después nos acostumbramos a ir solos, primero uno y después otro, y todo con la mayor naturalidad, sin sentimentalismos. Su padre se conmovió al vernos. Perderá la razón cuando Iliucha se muera. Se da cuenta de que no time salvación. No puedes figurarte lo que se alegró al ver que nos reconciliábamos con Iliucha. Éste ha preguntado por ti, pero no ha dicho nada más. Su padre acabará loco o se ahorcará. Antes ya tenía el aspecto de un demente. Es un buen hombre, ¿sabes?, que ha sido víctima de un error. Ese parricida no debió maltratarlo como lo hizo dias atrás en la taberna.

—Dmitri Karamazov es para mí un enigma. Hace tiempo que podía haber hecho amistad con él, pero hay momentos en que me alegro de haberlo mantenido a distancia. Además, tengo de él un concepto que quiero comprobar.

Dicho esto, Kolia se sumió en un grave silencio, que compartió su amigo. Smurov respetaba a Kolia Krasotkine y no osaba, ni mucho menos, compararse con él. Kolia había despertado su curiosidad al decir que iba a ver a Iliucha espontáneamente. Sin duda, había una razón misteriosa para que Krasotkine hubiera adoptado de pronto esta resolución.

Iban por la plaza del Mercado, sorteando carros y aves de corral. Bajo los

sobradillos de las tiendas había mujeres que vendían tortas, hilos y otros muchos géneros. En nuestra ciudad llaman ingenuamente ferias a estos mercadillos domingueros que se celebran en gran número durante el año.

Carillón corría alegremente, desviándose de continuo a derecha e izquierda para olfatear algo. Y cuando se encontraba con algún congénere, le oliscaba también del mejor grado, según las reglas en use entre los perros.

—Me gusta observar la realidad, Smurov —dijo de pronto Kolia—. ¿Te has fijado en que los perros se olfatean cuando se encuentran? Esto es entre ellos una ley natural.

—Una ley ridícula.

—Pues no, te equivocas. No hay nada ridículo en la Naturaleza, aunque el hombre, con sus prejuicios, crea lo contrario. Si los perros pudieran razonar y criticar, verían en nosotros tantas cosas ridículas como nosotros vemos en ellos, tantas o más, pues estoy convencido de que son numerosísimas en las relaciones humanas. Esta idea es de Rakitine y me parece acertadísima. Soy socialista, Smurov.

—¿Qué es el socialismo? —preguntó Smurov.

—La igualdad para todos, la comunidad de opiniones, la supresión del matrimonio, la libertad de observar la religión y las leyes que a uno le convengan, etc., etc. Tú eres todavía demasiado joven para comprender estas colas... Hace frío, ¿verdad?

—Sí, doce bajo cero: mi padre acaba de verlo en el termómetro.

—¿Has observado que en pleno invierno, cuando estamos a quince a incluso a dieciocho grados bajo cero, el frío es más soportable que ahora, al principio, cuando hay todavía poca nieve y hiela de pronto a los doce grados? Esto sucede porque las personas no están todavía habituadas al frío. En nosotros todo es un hábito, incluso la política. Mira qué tipo tan gracioso.

Kolia señalaba a un campesino de considerable estatura, enfundado en una pelliza de piel de cordero, de aire bonachón, que, al lado de su carreta, se calentaba las manos, protegidas por mitones, dando fuertes palmadas. Su barba estaba cubierta de escarcha.

—Tienes la barba helada, amigo —dijo Kolia levantando la voz y en un tonillo mordaz cuando pasó por su lado.

—Hay muchas barbas heladas —replicó el campesino sentenciosamente.

—No te molestes —suplicó Smurov.

—No temas, no se enfadará. Es un buen hombre. ¡Adiós, Mateo!

—Adiós.

—¿De veras te llamas Mateo? —Sí. ¿No lo sabías?

—No. He dicho el nombre al azar.

—¡Qué casualidad! ¿Eres estudiante?

—Exacto.

—¿Te azotan?

—Sí.

—¿Fuerte?

—A veces.

—La vida es dura —suspiró el buen hombre.

—Adiós, Mateo.

—Adiós. Eres un muchacho simpático.

Los dos colegiales continuaron su camino.

—Es una buena persona —dijo Koila—. Me gusta hablar con la gente del pueblo. Hacerle justicia.

—¿Por qué le has dicho que nos azotan? —preguntó Smurov. —Para darle gusto.

—No lo entiendo.

—Oye, Smurov: no me gusta dialogar con los que no me comprenden desde un principio. Hay cosas imposibles de explicar. A ese hombre se le ha metido en la cabeza que a los colegiales hay que azotarlos, que el colegial que no recibe este castigo no es colegial. Si yo le hubiera dicho que no me azotan, lo habría confundido. En fin, tú no puedes comprender estas cosas. Hay que saber hablar al pueblo.

—Pero nada de burlas, te lo ruego.

—¿Times miedo?

—Sí, Kolia; tengo miedo. Mi padre se pondría furioso si se enterase de estas bromas. Me ha prohibido que vaya contigo.

—No temas: esta vez no ocurrirá nada. ¡Buenos días, Natacha —gritó a una vendedora.

La mujer, todavía joven, respondió a grandes voces:

—¡Yo no me llamo Natacha, sino María!

—¡Bonito nombre! ¡Adiós, María!

—¡El muy granuja! No es más alto que una bola de montar y ya se mete con la gente.

—No tengo tiempo de escucharte. Ya me lo contarás el próximo domingo —dijo Kolia braceando y como si fuera ella la que hubiese empezado a importunarle.

—¡Yo no tengo nada que contarte el domingo próximo! ¡Eres tú el que me ha tirado de la lengua, mocoso! ¡Una buena azotaina es lo que necesitas! ¡Ya te conozco, bribón!

Las vendedoras que estaban cerca de María se echaron a reír a coro. De pronto, salió de una arcada un hombre que daba muestras de gran agitación. Tenía el aspecto de un dependiente de comercio y no era de nuestra ciudad. Usaba gorra y llevaba un caftán de largos faldones. Era todavía joven, tenía el cabello castaño y ensortijado, y el rostro pálido y picado de viruelas. Muy excitado, no se sabía por qué, empezó a

amenazar a Kolia con el puño.

—¡Te conozco! —gritó—. ¡Te conozco!

Kolia lo miró atentamente. No se acordaba de haber disputado con aquel hombre. Por otra parte, sus altercados en la calle eran demasiado frecuentes para que pudiera acdrdarse de todos.

—¿De modo que me conoces? —preguntó irónicamente.

—Sí, te conozco —repitió el forastero.

—Es una suerte para ti. Bueno, adiós. Tengo prisa.

—Eres un insolente. Ya te he dicho que te conozco.

—Si soy un insolente, amigo, esto no es cuenta tuya —dijo Kolia deteniéndose y mirando fijamente al desconocido.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí.

—Entonces, ¿de quién es cuenta?

—De Trifón Nikititch.

—¿De quién?

El forastero, todavía acalorado, miraba a Kolia con cara estúpida. El muchacho le respondió midiéndolo gravemente con la mirada.

—¿Has ido á la iglesia de la Ascensión? —preguntó Kolia enérgicamente.

—¿Yo? ¿Para qué? —repuso el forastero, desconcertado—. No, no he ido.

—¿Conoces a Sabaniev? —preguntó Kolia con la misma energía.

—¿A Sabaniev? No, no lo conozco.

—Entonces, vete al diablo —dijo Kolia. Y, desviándose hacia la derecha, se alejó con paso rápido, como si no se dignase hablar con un hombre tan tonto que ni siquiera conocía a Sabaniev.

—Espera —dijo el forastero, volviendo a ponerse nervioso—. ¿A qué Sabaniev te refieres?

Y preguntó a las vendedoras, mirándolas estúpidamente:

—¿De qué Sabaniev habla?

Las mujeres se echaron a reír.

—Ese rapaz es un tunante —dijo una de ellas.

—¿Pero de qué Sabaniev habla? —volvió a preguntar el del pelo rizado, haciendo grandes aspavientos.

—Debe de referirse al Sabaniev que trabajaba en casa de Kuzmitchev —conjeturó una de las vendedoras—. Sí, ése debe de ser.

El forastero la miró, perplejo.

—¿Kuzmitchev? —dijo otra—. Entonces no se llama Trifón, sino Kuzma. Y ese chico ha hablado de Trifón Nikititch. O sea que no es él.

—No, no es Trifón, y tampoco Sabaniev, sino Tchijov –dijo una tercera

vendedora que había escuchado con toda seriedad—. Sí, es Alexei Ivanovitch Tchijov.

El forastero miraba, aturdido, tan pronto a una como a otra.

—Entonces, ¿por qué me ha hecho esa pregunta? —exclamó desesperado—. Díganme, amigas mias, ¿por qué me ha preguntado ese chico si conozco a Sabaniev?

—¡Qué cabeza tan dura tienes! Te hemos dicho que no es Sabaniev, sino Tchijov, Alexei Ivanovitch Tchijov.

—Es alto y lleva el cabello largo. Este verano se le vio mucho por esta plaza.

—¿Pero para qué quiero yo a ese Tchijov?

—¿A mí me lo preguntas?

—¿Cómo podemos nosotras saber para qué lo quíeres, si no lo sabes tú? —dijo otra—. ¿Tanto gritar y no lo sabes? Te hablaban a ti y no a nosotras, cabeza dura. ¿Lo conoces?

—¿A quién?

—A Tchijov.

—¡Que el diablo se lleve a ese Tchijov y a ti! ¡Le daré una paliza, palabra! ¡Se ha burlado de mí!

—¿Tú pegarle a Tchijov? ¡Él sí que te dará una paliza a ti!

—No me refiero a Tchijov, carcoma, sino a ese rapaz que se ha burlado de mí. ¡Que me lo traigan, que me lo traigan!

Las mujeres se echaron a reír. Kolia estaba ya lejos y seguía avanzando con humos de vencedor. Smúrov se volvió varias veces para observar al grupo vociferante. También él se divertía, a pesar de su terror a mezclarse en una aventura de Kolia.

—¿A qué Sabaniev te has referido? —preguntó, sospechando lo que Kolia le iba a contestar.

—A ninguno. Ahora van a estar disputando hasta la noche. Me gusta burlarme de los imbéciles, cualquiera que sea su condición social. Ese hombre es un bobo de remate. Dicen que «no hay peor tonto que un tonto francés», pero hay rusos que no se quedan atrás. Mira la cara de ese infeliz. ¿No lleva escrito en ella que es un imbécil?

—Déjalo tranquilo, Kolia. Sigamos nuestro camino.

—¡Bah!... ¡Buenos días, buen mozo!

Se dirigía a un hombre robusto, de cara redonda a ingenua y barba gris, que parecía bebido. Levantó la cabeza y miró al colegial.

—Buenos días, si no bromeas —respondió con calma.

—¿Y si bromeo? —preguntó Kolia echándose a reír.

—Bromea si tal es tu deseo. Siempre se puede bromear. Con eso no se hace mal a nadie.

—Perdóname, pero estoy bromeando.

—Entonces, que Dios te perdone.

—¿Y tú, me perdonas?

—De todo corazón. Sigue tu camino.

—No tienes aspecto de tonto.

—Desde luego, lo soy menos que tú —repuso el desconocido con perfecta seriedad.

—Lo dudo —dijo Kolia, un tanto desconcertado.

—Sin embargo, es la pura verdad.

—Al fin y al cabo, es muy posible.

—Sé lo que digo.

—Adiós, buen mozo.

—Adiós.

—Hay mentecatos de muchas clases —dijo Kolia a Smurov tras una pausa—. Yo no me podía imaginar que había tropezado con un hombre inteligente.

Dieron las doce en el reloj de la iglesia. Los colegiales aceleraron el paso y ya no hablaron apenas, aunque todavía tuvieron que andar un buen rato.

Cuando estuvieron a unos veinte pasos de la casa, Kolia se detuvo y dijo a Smurov que fuera delante y llamara a Karamazov.

—Hay que informarse primero —dijo.

—¿Para qué hacer venir a Karamazov? —replicó Smurov—. Entremos en la casa. Te recibirán encantados. ¿A Santo de qué trabar conocimiento con una persona en la calle, haciendo tanto frío?

—Yo ya sé por qué lo hago venir a pesar del frío —dijo Kolia en el tono despótico que solía emplear con los «pequeños».

Smurov corrió a ejecutar la orden de Krasotkine.

IV. Escarabajo

Adoptando una actitud de hombre importante, Kolia se apoyó de espaldas en la empalizada, y así esperó la llegada de Aliocha Había oído hablar mucho de él a sus compañeros, y siempre los había escuchado con una indiferencia despectiva. Sin embargo, interiormente anhelaba conocerlo. ¡Había tantos detalles simpático en la conducta de este Karamazov!

El paso que iba a dar tenía gran importancia para Kolia. Juzgaba que debía mostrarse digno y evidenciar su independencia. «De lo contrario, creerá que soy una criatura, como todos estos compañeros míos de colegio. ¿Qué concepto tendrá de estos chiquillos? Se lo preguntaré cuando nos conozcamos. ¡Qué lástima que yo sea un chico bajo! Tuzikov tiene menos edad que yo y me lleva la mitad de la cabeza. No soy guapo, sino que mi cara bien puede calificarse de fea; pero soy inteligente. No debo mostrarme demasiado expansivo: si me arrojara en seguida en sus brazos, creería que... ¡Qué vergüenza si lo creyera!»

Así se inquietaba Kolia, aunque se esforzaba por mostrar un aire de despreocupación. Su falta de estatura lo atormentaba más todavía que su supuesta fealdad. Desde hacía un año, cada dos meses marcaba con una raya de lápiz su altura en una de las paredes de la casa y, con el corazón palpitante, comprobaba lo que había crecido. El crecimiento, ¡ay!, era tan lento, que Kolia se desesperaba. Su rostro no era feo, como él decía, sino todo lo contrario: tenía un encanto singular. Su pálida tez estaba salpicada de pecas. Sus ojos, grises y vivos, miraban francamente, y a veces brillaban de emoción. Tenía los pómulos un poco anchos; los labios, pequeños y delgados, pero muy rojos; la nariz, respingona. « ¡Completamente chata!», murmuraba Kolia cuando se miraba al espejo y se. retiraba indignado. «Ni siquiera debo de tener el aspecto de persona inteligente», se decía a veces, dudando incluso de esto. Pero sería un error creer que la preocupación por su cara y su escasa estatura lo absorbía por completo. Por el contrario, por muy humillado que se sintiera al mirarse al espejo, olvidaba pronto la humillación para «dedicarse por entero a sus ideas y a la vida real, como él mismo definía sus actividades.

Pronto apareció Aliocha y avanzó rápidamente hacia Kolia. Éste advirtió desde lejos que el rostro de Karamazov tenía una expresión radiante.

«¿Es posible que se alegre tanto de verme?», se dijo Kolia con profunda satisfacción.

Digamos de paso que Aliocha había cambiado mucho desde que lo vimos por última vez. Había suprimido el hábito y llevaba una levita de buen corte, un sombrero de fieltro gris y el cabello corto. Había ganado mucho con el cambio. Entonces era un apuesto joven. Su simpático semblante irradiaba siempre alegría, una alegría apacible, dulce. Kolia se sorprendió al verle sin abrigo. Siri duda, había salido de la

casa precipitadamente. Tendió la mano al colegial.

—¡Al fin has venido! —exclamó—. Te esperábamos con impaciencia.

—Ya te explicaré las causas de mi retraso —dijo Kolia un poco cohibido—. Desde luego, estoy encantado de conocerte. Esperaba esta ocasión. Me han hablado mucho de ti.

—De todas formas, habríamos terminado por conocernos. También yo he oído hablar de ti. Has tardado demasiado en venir.

—Dime: ¿cómo van las cosas por aquí?

—Iliucha está muy mal. No saldrá de ésta.

—¡Es horrible! —exclamó Kolia indignado—. No me negarás que la medicina es una ciencia infame.

—Iliucha te ha nombrado muchas veces, incluso en sus momentos de delirio. Por lo visto, te quería mucho antes del incidente del cortaplumas. Además de este incidente, debe de haber existido otra causa... ¿Es tuyo este perro?

—Sí. Es *Carillón.*

Aliocha miró tristemente a Kolia.

—¿Entonces, es verdad que *Escarabajo* ha desaparecido?

Kolia Tespondió con una sonrisa enigmática:

—Ya sé que quisierais tener a *Escarabajo*: Me lo han contado todo... Escucha, Karamazov: te voy a explicar muchas cosas. Precisamente te he hecho venir, antes de entrar en la casa, para darte estas explicaciones. La primavera pasada —continuó Kolia con gran animación— ingresó Iliucha en el preparatorio. Ya sabes lo que son los alumnos de esta clase: verdaderos críos. En seguida empezaron a mortificarlo. Yo les aventajaba en dos clases y, naturalmente, los mantenía a distancia, aunque no dejaba de observarlos. Así vi que Iliucha, un muchachito endeble, no se acobardaba, sino que daba la cara y combatía. Es orgulloso. Sus ojos fulguran. Esta clase de personas me gustan.

«Sus compañeros lo zaherían cada vez más. Él llevaba entonces un traje que daba pena verlo. Lo peor era el pantalón, que le venía muy corto, y unos zapatos llenos de agujeros. Otro motivo para burlarse de él. Esto me soliviantó y salí en su defensa. Di a los otros una buena lección. Pues, ¿sabes una cosa, Karamazov? Les pego y ellos me adoran...

Kolia dijo esto con orgullo y vehemente franqueza.

—La verdad es —continuó— que me gustan los críos. Ahora acabo de tener dos en mis brazos, por decirlo así. Ellos han tenido la culpa de mi retraso... Bueno, el caso es que tomé bajo mi protección a Iliucha y dejaron de molestarlo. Desde luego, es un chico orgulloso, pero acabó por tratarme con una devoción servil. Acataba todas mis órdenes, me obedecía como a Dios y hacía todo lo posible por imitarme. En los ratos de recreo venía a reunirse conmigo y paseábamos juntos. Los domingos,

igual. Los alumnos de nuestro colegio se burlan de los chicos mayores que alternan con los pequeños, pero esto son prejuicios. A mí me complacía y no tenía por qué dar explicaciones a nadie. ¿No te parece?

»Oye, Karamazov: tú te has aliado con todos estos rapazuelos para influir en la nueva generación, para formarla, y, de este modo, prestar un servicio a la humanidad. ¿No es así? Te confieso que este rasgo de tu carácter, que sólo conozco por referencias, me ha interesado más que ningún otro... Pero vayamos a lo principal. Observé que ese muchacho se iba convirtiendo en un ser cada vez más sensible, más sentimental, y yo, por naturaleza, detesto los sentimentalismos, las "ternuras de cordero". Por otra parte, su conducta era contradictoria. Unas veces me demostraba una servil adhesión; otras, discrepaba de mis opiniones, discutía, se enojaba, y sus ojos echaban fuego. Yo veía claramente que no era que rechazara mis ideas, sino que se revolvía contra mi persona porque respondía a sus ternuras con la frialdad. A fin de fotalecerlo, cuanto más tierno se mostraba él, más frío me mostraba yo. Lo hacía con pleno convencimiento de que mi plan daría resultado. Mi propósito era formar su carácter, igualarlo, hacer de él un hombre... En fin, ya me comprendes. De pronto, varios días después lo vi pensativo y consternado, pero no por motivos sentimentales, sino por alguna otra causa más poderosa. "¿Qué le habrá ocurrido?", me preguntaba. Estrechándolo a preguntas, me enteré de todo. Iliucha había trabado amistad con Smerdiakov, el criado de tu difunto padre, que entonces aún vivía. Smerdiakov le enseñó una broma estúpida, cruel y ruin. Se trataba de coger una miga de pan, introducir en ella un alfiler y arrojar el pan a uno de esos perros hambrientos que tragan sin masticar, para ver lo que sucedía. Prepararon, pues, la miga y la echaron a *Escarabajo*, un perro vagabundo al que nadie alimentaba y que se pasaba el día ladrando al viento. ¿No te molestan esos estúpidos ladridos, Karamazov? Yo no los puedo sufrir... Pues bien, el animal se arrojó sobre la miga de pan, se la tragó, lanzó un gemido, dio varias vueltas, y al fin echó a comer. "Corría aullando y siguió corriendo hasta desaparecer", me explicó Iliucha. Lloraba, se apretaba contra mí, lo sacudían los sollozos. "¡Corría y gemía!", repetía una y otra vez, tanto le había impresionado la cruel escena. Tenía remordimiento. Yo tomé la cosa en serio. Mi intención era enseñarle a vivir, prepararlo para su conducta ulterior. Empleé la astucia, lo confieso, y fingí una indignación que estaba muy lejos de sentir. "Has cometido una acción indigna —le dije—. Eres un miserable. No contaré a nadie lo que has hecho, pero por ahora suspendo mis relaciones contigo. Reflexionaré y, por medio de Smurov (el chico que me ha acompañado hasta aquí y que tiene por mí verdadera devoción), te diré cuál es mi actitud definitiva." Iliucha estaba consternado. Me di cuenta de que había ido demasiado lejos, pero ya no podía volverme atrás. Al día siguiente le envié a Smurov con el recado de que "no le hablaría más", que es la expresión corriente entre nosotros cuando rompemos con un compañero. Mi

propósito secreto era tenerlo varios días a distancia y después, en vista de su arrepentimiento, tenderle la mano. Pero he aquí que, al oír a Smurov, sus ojos centellearon y exclamó: “¡Dile a Krasotkine de mi parte que ahora echaré migas de pan con alfileres a todos los perros que vea! ¡A todos, a todos!” Yo me dije: “Es un insolente. Hay que corregirlo.” Y empecé a demostrarle el mayor desprecio, a volver la cabeza o sonreír irónicamente cuando me encontraba con él. Entonces se produjo el incidente de tu hermano con su padre, el capitán: ya debes de saber quién es. Así se comprende que Iliucha estuviera desesperado. Al ver que yo me apartaba de él, sus compañeros empezaron a asediarlo. Entonces comenzaron las riñas, que yo lamentaba de veras, y creo que una vez lo molieron a golpes. En cierta ocasión Iliucha se arrojó contra sus enemigos al salir del colegio. Yo estaba a unos diez pasos de él y lo miraba. No recuerdo haberme reído entonces. Seguramente no lo hice, porque el pobre me daba pena, tanta, que estuve a punto de intervenir en su favor. Su mirada se encontró con la mía. Ignoro lo que se imaginaría. El caso es que sacó su cortaplumas, se arrojó sobre mí y me lo clavó en la pierna derecha. Yo ni me moví siquiera. Cuando se presenta la ocasión, sé no hacer el ridículo. Me limité a mirarle con desprecio, como diciéndole: “¿Quieres repetir tu hazaña en recuerdo de nuestra amistad? Estoy a tu disposición.” Pero él no me volvió a agredir, no pudo mantener su actitud, sintió miedo, arrojó el cortaplumas y huyó llorando. Desde luego, no lo denuncié, y dije a todos que se callaran para que el incidente no llegara a oídos de los profesores. Tampoco dije nada a mi madre hasta que la herida estuvo cicatrizada y tenía el aspecto de un simple arañazo. Pronto me enteré de que el mismo día había sostenido un combate a pedradas y lo había mordido un dedo. Ese mordisco lo demostrará el estado en que se hallaba. Cuando cayó enfermo, cometí el error de no ir a perdonarle, mejor dicho, a reconciliarme con él. Ahora lo lamento. Pero entonces se me ocurrió cierta idea... Bueno, ya lo he contado todo... Conste que reconozco que he cometido un error.

Aliocha estaba visiblemente impresionado.

—Es una verdadera lástima —manifestó— que no haya conocido antes tus relaciones con Iliucha. De haberlo sabido, hace tiempo que te habría rogado que vinieras a verlo. Incluso cuando delira a causa de la fiebre, habla de ti. Yo no sabía que te quería tanto. No puedo creer que no hayas intentado encontrar a ese *Escarabajo*. El padre y los compañeros de Iliucha lo han buscado por todas partes. Créeme: desde que está enfermo, Iliucha ha repetido tres veces delante de mí y llorando: «Estoy enfermo por haber matado a *Escarabajo*. Esto es un castigo de Dios.» No hay medio de quitarle esta idea de la cabeza. Si le hubieras traído a *Escarabajo*, si él hubiera visto que el pobre animal vivía, creo que la alegría le habría devuelto la salud. Todos contábamos contigo para esto.

—¿Por qué esperabais que fuera yo el que encontrase a *Escarabajo*? —preguntó

Kolia con anhelante curiosidad—. ¿Por qué habéis contado conmigo y no con otro?

—Porque ha corrido el rumor de que lo buscabas y lo traerías. Así lo dijo Smurov. Todos nos hemos esforzado en hacer creer a Iliucha que *Escarabajo* está vivo, que lo han visto. Sus compañeros le trajeron una liebre. Él la miró con una débil sonrisa y pidió que la soltaran. Así lo hicimos. Su padre acaba de traerle un cachorro de moloso. Creía que esto sería un consuelo para Iliucha, pero a mí me parece que ha sido todo lo contrario...

—Oye, Karamazov: ¿qué clase de hombre es su padre? Yo lo conozco, pero quiero saber lo que opinas tú de él. ¿Es un payaso?

—¡Oh, no! Es una de esas personas de buen corazón que están abrumadas por su mala suerte. Sus payasadas son una especie de mordaz ironía hacia aquellos a los que no se atreve a decir la verdad a la cara a causa de la timidez y la humillación que lo mortifica desde hace largo tiempo. Créeme, Krasotkine: esas payasadas suelen ser extremadamente trágicas. Ahora Iliucha lo es todo para ese hombre, y si su hijo se muere, él perderá la razón o se matará. Me basta ver su cara para estar convencido de que su final será éste.

—Comprendido, Karamazov: ya veo que conoces a ese hombre.

—Al verte con un perro, he creído que era *Escarabajo*.

—Escucha, Karamazov; tal vez encontremos a *Escarabajo*, pero éste es *Carillón*. Voy a hacerlo entrar; tal vez le guste más a Iliucha que el cachorro de moloso... Oye, Karamazov; te voy a decir una cosa...

Pero de pronto exclamó:

—¡Dios mío! ¿En qué estaba yo pensando? Hace frío, no llevas gabán y te estoy reteniendo en la calle. Soy un egoísta. Todos somos unos egoístas, Karamazov.

—No te preocupes. Hace frío, pero yo no soy friolero. Sin embargo, vamos a la casa. Oye, ¿cuál es tu nombre? Yo sólo sé que te llamas Kolia.

—Nicolás, Nicolás Ivanovitch Krasotkine, o, como se dice en el lenguaje administrativo, Krasotkine hijo.

Kolia sonrió y añadió:

—Excuso decirte que me es odioso mi nombre de pila.

—¿Por qué?

—Por su vulgaridad.

—Tienes trece años, ¿verdad? —preguntó Aliocha.

—Cumpliré catorce dentro de quince días. Voy a empezar por confesarte una debilidad de mi carácter para que comprendas enteramente mi manera de ser: no me gusta que me pregunten qué edad tengo... Se me ha calumniado haciendo correr el rumor de que la semana pasada jugué a los ladrones con los pequeños del preparatorio. Ciertamente jugué, pero no porque me gustara, como se pretende: en esto estriba la calumnia. Tengo motivos para creer que estás enterado de esto. Pues

bien, te aseguro que no lo hice por mí, sino por ellos, porque no son capaces de idear nada sin mí... Aquí sólo se oyen tonterías: es la ciudad de los chismes.

—Y aunque hubieras jugado porque te gustase, ¿qué importaría?

—¿Es que tú jugarías a los caballos?

Aliocha replicó en el acto:

—Ten presente que las personas mayores van al teatro, donde se representan las aventuras más diversas, en las que los héroes lo mismo pueden ser guerreros que bandidos. ¿No es esto algo parecido a lo que vemos en los juegos infantiles? Cuando los niños juegan durante el recreo, se entregan a un arte naciente, a una necesidad artística que germina en sus almas jóvenes. Y a veces estos juegos aventajan artísticamente a las representaciones teatrales. La única diferencia entre unos y otras es que en el teatro los actores representan un papel, mientras que los niños representan el papel de los actores. Esto último es mucho más natural.

—¿Tú crees? ¿Estás seguro? —preguntó Kolia, mirándolo fijamente—. Es una idea muy interesante. Pensaré en todo eso cuando esté solo.

Y añadió con expansiva sinceridad:

—Ya sabía yo que de ti se pueden aprender muchas cosas. Precisamente por eso he venido: quiero aprender cosas de ti.

—Y yo de ti.

Aliocha sonrió y le estrechó la mano. Kolia estaba encantado. Lo que más le seducía era sentirse como un igual ante aquel joven que le hablaba como si se dirigiera a una persona mayor.

—Ahora verás una escena teatral, Karamazov, una representación —dijo Kolia con una risita nerviosa—. A eso he venido.

—Primero entraremos en las habitaciones de la izquierda, las del propietario. En ellas han dejado sus abrigos tus compañeros, pues en la habitación de Iliucha hay poco espacio y hace calor.

—Como estaré poco tiempo, no me quitaré el abrigo. *Carillón* me esperará en el vestíbulo. ¡Aquí, *Carillón*; échate y no te muevas! ¿Ves? Está inmóvil como un muerto. Yo entraré en la habitación y, cuando llegue el momento, le silbaré. «¡Aquí, *Carillón!*» Y verás como entra corriendo. Pero es necesario que Smurov no se olvide de abrir la puerta en ese instante. Le daré instrucciones y presenciarás una escena curiosa.

V. Junto al lecho de Iliucha

Aquel día había muy poco espacio libre en el departamento del capitán Snieguiriov. Aunque los muchachos que estaban allí habrían negado, y Smurov el primero, que Aliocha los había reconciliado con Iliucha después de conducirlos a su casa, era lo cierto que así había sucedido. Aliocha había empleado la hábil táctica de ir llevándolos uno a uno a casa del enfermo sin recurrir al sentimentalismo, como por casualidad. Esto había atenuado en gran medida los sufrimientos de Iliucha. El afecto que le demostraban los que habían sido sus enemigos lo conmovió profundamente. Sólo faltaba Krasotkine, su defensor y único amigo, al que había herido con su cortaplumas.

Smurov comprendió esta amargura. Era un muchacho inteligente y había sido el primero en ir a reconciliarse con Iliucha. Pero Krasotkine, al que Sínurov había insinuado vagamente que Aliocha deseaba verlo para tratar de cierto asunto, había puesto fin al intento de un modo tajante, enviando a Karamazov la respuesta de que él ya sabía lo que tenía que hacer, no necesitaba consejos de nadie y, si visitaba a un enfermo, lo haría por su propio impulso y en cumplimiento de sus propios planes. Esto sucedió quince días antes de aquel domingo. He aquí por qué Aliocha no había ido en busca de Krasotkine, aunque había pensado hacerlo. Sin embargo, mientras esperaba, Karamazov había enviado a Krasotkine dos nuevos recados por medio de Smurov, y las dos veces había obtenido una respuesta seca y negativa: si iba a buscarlo, no iría nunca a casa de Iliucha, y le rogaba que lo dejase en paz.

Incluso Smurov había ignorado hasta el último momento que Kolia había decidido ir a casa de Iliucha. El día anterior, al separarse, Kolia le había dicho de pronto que lo esperase en su casa a la mañana siguiente, pues pensaba acompañarle a casa del capitán Snieguiriov, pero que no dijera a nadie ni una palabra de su visita, pues quería dar a Iliucha una sorpresa. Smurov obedeció. Tenía la esperanza de que Krasotkine se presentase con el desaparecido *Escarabajo*, ya que un día le había dicho que eran todos unos asnos si *Escarabajo* vivía y no lo habían sabido encontrar. Pero Smurov aludió tímidamente una vez a esta posibilidad hablando con Kolia, y éste había enrojecido de ira. «¿Cómo crees que puedo cometer la necedad de ir a buscar por las calles un perro teniendo a *Carillón?* Por otra parte, ¿quién puede confiar en que viva un animal que se ha tragado un alfiler? Todo esto no es más que sentimentalismo borreguil.» Iliucha llevaba dos semanas sin levantarse apenas de su camita, que estaba en un rincón cerca de varias imágenes. No había vuelto a clase desde el día en que mordiera un dedo a Aliocha. De entonces databa su enfermedad. Sin embargo, durante el primer mes pudo levantarse de vez en cuando para ir por la habitación y el vestíbulo. Al fin, las fuerzas lo abandonaron y ya le fue imposible dar un paso sin la ayuda de su padre. Éste estaba desesperado por la enfermedad de

Iliucha. Incluso dejó de beber. El terror de perder a su hijo lo volvía loco, y a veces, después de haberle ayudado a dar unos pasos por la habitación, huía al vestíbulo. Allí se refugiaba en un rincón oscuro, apoyaba la frente en la pared y ahogaba convulsivamente los sollozos para que no le oyese el enfermito.

Después volvía a la habitación de su adorado hijo y se dedicaba a distraerlo y divertirlo, contándole cuentos y anécdotas cómicas, parodiando a tipos graciosos conocidos a incluso imitando los gritos de los animales. Pero las muecas y payasadas de su padre de sagradaban profundamente a Iliucha. Aunque procuraba disimular la pena que ello le producía, se daba cuenta, con el corazón oprimido, de que su padre era tratado con desprecio por la sociedad, y el recuerdo de la espantosa escena en que el capitán fue arrastrado y vapuleado lo obsesionaba. La hermana inválida de Iliucha, la dulce Nina, detestaba también las payasadas de su padre. Varvara Nicolaievna estaba estudiando en Petersburgo desde hacía tiempo. Sólo la madre, la infeliz perturbada, se divertía y reía de buena gana las contorsiones y muecas grotescas de. su esposo. Éste era su único consuelo. Transcurridos estos instantes de alegría, no hacía más que llorar y lamentarse de que todos la tuviesen olvidada, nadie se cuidase de ella, etc., etc.

Pero últimamente pareció cambiar. Observaba con frecuencia a Iliucha y después quedaba pensativa. Empezó a mostrarse más reposada y silenciosa. Cuando lloraba, lo hacía quedamente, para que nadie la oyera. El capitán advirtió este cambio con dolorosa perplejidad, pero, poco a poco, los gritos y las diversiones de los niños fueron divirtiéndola a ella también y terminaron por encantarla hasta el extremo de que no habría podido pasar sin ellos. Viéndolos jugar, reía, aplaudía y llamaba a algunos para abrazarlos. Al que más quería era a Smurov.

Al capitán, las visitas de los niños le causaban profunda alegría. Incluso le inspiraron la esperanza de que su hijito dejaría de sufrir y se pondría bien muy pronto. A pesar de su inquietud, hasta los últimos días estuvo convencido de que su hijo recobraría la salud. Acogió a los muchachos con respeto y se puso a su servicio. Incluso empezó a llevarlos a caballo sobre su espalda. Pero estos juegos no gustaron a Iliucha y cesaron muy pronto. Les compraba golosinas, pan de especias y nueces y les daba té con tostadas. Debemos advertir que el dinero no le faltaba. Como Aliocha había previsto, había aceptado los doscientos rublos de Catalina Ivanovna. La generosa joven se informó más exactamente de la situación de la familia y de la enfermedad de Iliucha y fue a visitarlos y a conocerlos a todos, incluso a la pobre demente, que quedó encantada de su visita. Desde entonces, la ayuda de la magnánima joven fue continua. El capitán, aterrado ante la idea de perder a su hijo, ya no era el hombre orgulloso de antes y admitía humildemente la caridad de su protectora.

El doctor Herzenstube visitaba cada dos días al enfermo a instancias de Catalina

Ivanovna, y aunque atiborraba al paciente de medicamentos, los resultados dejaban mucho que desear. Aquel domingo, el capitán esperaba la visita de un nuevo médico procedente de Moscú, donde había alcanzado gran renombre. Catalina le había rogado que se pusiera en camino, con todos los gastos pagados, por motivos de los que hablaremos más adelante. De paso, el famoso doctor visitaría a Iliucha, de lo que ya estaba advertido el capitán. Éste ignoraba por completo que iba a recibir también la visita de Krasotkine. Hacía mucho tiempo que el capitán anhelaba que Kolia los visitara, al advertir lo mucho que su ausencia atormentaba al enfermo.

Cuando Kolia entró en la habitación, todos los colegiales estaban alrededor del lecho contemplando a un minúsculo moloso nacido el día anterior. El capitán tenía concertada la compra del cachorro desde hacía una semana. Creía que este regalo distraería y consolaría a Iliucha, ya que el enfermito estaba amargamente obsesionado por la desaparición de *Escarabajo,* al que daba por muerto. Iliucha estaba enterado desde hacía tres días de que le iban a regalar un moloso auténtico (este último detalle era muy importante), y aunque sus nobles sentimientos le llevaron a decir que el regalo le encantaba, su padre y sus amigos advirtieron que el cachorrito despertaba en él el recuerdo del pobre *Escarabajo,* al que tanto había hecho sufrir. La bestezuela rebullía a su lado y él la acariciaba con su blanquísima mano. El perrito le gustaba —de esto no cabía duda—. ¡Pero no era *Escarabajo*! Si hubiera tenido a los dos juntos, habría sido completamente feliz.

—¡Krasotkine! —exclamó el primer muchacho que vio aparecer a Kolia.

La impresión fue general. Los chicos se apartaron a ambos lados de la cama, permitiendo que el recién llegado viera perfectamente al enfermo. El capitán corrió hacia el visitante.

—¡Bienvenido a esta casa! ¡Iliucha, Krasotkine viene a verte!

Krasotkine le tendió la mano y demostró seguidamente su buena educación. Primero se volvió hacia la esposa del capitán, como siempre sentada en su sillón —renegando de que los niños, al rodear la cama de Iliucha, le impidieran ver al perrito—, y le hizo una gentil reverencia. Después dirigió a Nina un saludo igual. Esta cortesía impresionó a la perturbada.

—¡En seguida se ve que es un chico bien educado! —exclamó abriendo los brazos—. Es muy distinto de los demás: éstos entran el uno sobre el otro.

El capitán exclamó un tanto inquieto:

—¿El uno sobre el otro? ¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Se detienen en el vestíbulo, el uno se monta en los hombros del otro y de este modo se presentan a una familia honorable. ¿Te parece bonito?

—¿Pero quién ha entrado así, mamá?

—Mira, aquél es uno de los que ha llevado a caballo a otro, y también aquellos dos...

Kolia estaba ya junto al lecho de Iliucha. El enfermo palideció, se irguió y miró fijamente a Kolia. Éste, que no había visto a Iliucha desde hacía dos meses, apenas pudo disimular su consternación. No esperaba ver un rostro tan pálido, tan demacrado; ni unos ojos tan ardientes, tan agrandados por la fiebre; ni unas manos tan frágiles. Con dolorosa sorpresa advirtió que la respiración de Iliucha era dificil y precipitada y que sus labios estaban resecos. Le tendió la mano y le preguntó con cierta turbación:

—¿Qué hay, querido? ¿Cómo va eso?

Su voz se apagó, sus facciones se contrajeron, sus labiós temblaron ligeramente. Kolia le pasó la mano por la cabeza.

—Bastante bien —repuso Iliucha maquinalmente.

Los dos estuvieron callados unos instantes.

—¿De modo que tienes un perro? —preguntó Kolia con indiferencia.

—Sí —repuso Iliucha jadeante.

—Tiene el hocico negro. Es una prueba de que será malo.

Hablaba gravemente, como si se tratara de una cosa de extraordinaria importancia. Hácía grandes esfuerzos para dominar su emoción y no echarse a llorar como un chiquillo. Lo consiguió.

—Cuando sea mayor, habrá que ponerle una cadena, no cabe duda.

—¡Será un perrazo! —exclamó uno de los niños.

—Desde luego: los molosos llegan a ser casi tan grandes como terneros.

—Si —ápoyó el capitán—, como verdaderos terneros. Yo he escogido uno de ésos, aunque ya sé que será muy malo. Sus padres son también enormes y feroces... Siéntate en la cama de Iliucha, o en el banco si lo prefieres. Bienvenido a esta casa. Hace tiempo que lo esperábamos. ¿Has venido con Alexei Fiodorovitch?

Krasotkine se sentó en la cama, junto a los pies de Iliucha.

Por el camino había preparado el modo de iniciar la conversación, pero ahora no sabía cómo hacerlo.

—No; he venido con *Carillón.* Tengo un perro que se llama así. Me espera en el vestíbulo. Le silbo y acude inmediatamente. Sí, yo también tengo un perro.

Se volvió hacia Iliucha y le preguntó a quemarropa:

—¿Te acuerdas de *Escarabajo*, querido?

La carita de Iliucha se alteró. El enfermo miró a Kolia con una expresión de angustia. Aliocha, que estaba cerca de la puerta, frunció el ceño y, por señas y disimuladamente, dijo a Kolia que no hablara a Iliucha de *Escarabajo*. Pero Krasotkine no lo comprendió o fingió no comprenderlo.

—¿Dónde está *Escarabajo*? —preguntó Iliucha amargamente.

—¡Ah, mi querido Iliucha! Tu *Escarabajo* ha desaparecido.

Iliucha no dijo nada y miró otra vez a Kolia fijamente. Aliocha hizo nuevas señas

a Krasotkine, pero éste volvió la cabeza, simulando no comprenderlo.

—*Escarabajo* huyó sin dejar rastro —dijo Kolia, implacable, aunque jadeaba también de emoción—. No se podía esperar otra cosa después de haberse tragado aquella miga de pan. Pero aquí tienes a *Carillón*.

—No me interesa —dijo Iliucha.

—Pues has de verlo. Esto te distraerá. Por eso lo he traído. Tiene el pelo largo como el otro.

Y, presa de una agitación extraña, preguntó a la señora de Snieguiriov:

—¿Me permite que llame a mi perro?

—¡No! —gritó Iliucha con voz desgarrada—. No vale la pena.

Sus ojos tenían una expresión de reproche.

El capitán se levantó de pronto del baúl, arrimado a la pared, en que estaba sentado, a intervino:

—Debiste esperar...

Pero Kolia, inflexible, gritó a Smurov:

—¡Abre la puerta!

Apenas la hubo abierto Smurov, Kolia emitió un silbido y *Carillón* entró en el dormitorio.

—¡En pie, *Carillón*! —ordenó Kolia.

El perro se levantó sobre sus patas traseras y así permaneció junto al lecho de Iliucha. Entonces ocurrió algo imprevisto: Iliucha se estremeció, se inclinó sobre *Carillón* con gran esfuerzo y lo examinó, extenuado.

—¡Es *Escarabajo*! —exclamó con una mezcla de dolor y alegría.

—¿Quién te creías que era? —gritó Krasotkine, triunfante.

Rodeó con un brazo al perro y lo levantó.

—Mira, querido: le falta un ojo y tiene la oreja izquierda partida. Éstas son las señas que me diste y que me han servido para buscarlo. Encontrarlo no fue difícil. No tiene dueño. Se había refugiado en casa de los Fedotov, en el patinillo que hay detrás del patio, y nadie le daba de comer. Es un perro vagabundo, fugitivo de algún pueblo próximo... Como ves, amigo Iliucha, no se tragó la miga de pan; si se la hubiera tragado, no estaría vivo. Debió de vomitarla sin que tú lo vieras. Tiene una herida en la lengua y esto explica sus lamentos. Echó a correr aullando y tú creíste que se había tragado la miga de pan. Al clavársele la aguja en la lengua, debió de sentir un dolor muy vivo, pues los perros tienen la boca muy delicada, más sensible que la del hombre.

Kolia hablaba en voz muy alta, enardecido y radiante de felicidad. Iliucha no podía decir nada; estaba blanco como la cal y miraba a Kolia con sus grandes ojos desmesuradamente abiertos. Si Kolia hubiera sabido el daño que podía hacer al enfermo recibir una impresión tan violenta, se habría abstenido de preparar y llevar a

cabo aquella escena teatral. Pero en la habitación sólo había una persona capaz de darse cuenta de esto: Aliocha. El capitán se comportaba como un niño. Saltando de alegría, exclamó:

—¡*Escarabajo*! ¡Es *Escarabajo*! ¡Iliucha, es *Escarabajo*, tu *Escarabajo*!

Y dirigiéndose a su esposa, repitió:

—¡Es *Escarabajo!*

Poco le faltaba para echarse a llorar.

—¡Y yo sin ni siquiera sospecharlo! —se lamentó Smurov—. Yo sabía que Krasotkine encontraría a *Escarabajo*. Ha cumplido su palabra.

—¡Sí, ha cumplido su palabra! —dijo una voz entusiasta.

—¡Bravo, Krasotkine! —exclamó un tercero.

—¡Bravo, Krasotkine! —repitieron todos los niños, prorrumpiendo en aplausos.

—¡Un momento! —exclamó Krasotkine, y añadió tan pronto como cesó el alboroto—: Os voy a contar cómo he hecho las cosas. Cuando encontré a *Escarabajo*, me lo llevé a casa y lo oculté a las miradas de todos. Smurov fue el único que lo vio. Esto ocurrió hace quince días. Yo le hice creer que era otro perro, *Carillón*, y él se tragó el anzuelo. Me dediqué a amaestrar a *Escarabajo*. Ahora vais a ver las cosas que sabe hacer. Quería traértelo amaestrado, Iliucha. ¿No tenéis un trocito de carne cocida? Si lo tenéis, os hará un juego que os moriréis de risa.

El capitán echó a correr hacia las habitaciones de los propietarios de la casa, donde estaban haciendo la comida. Sin esperar su regreso, Kolia llamó a *Carillón* y le ordenó que hiciera el muerto. El perro empezó a dar vueltas, se echó, se puso patas arriba y se quedó tan inmóvil como si fuese de piedra. Los niños se echaron a reír. Iliucha miraba al animal con una sonrisa dolorosa. La más feliz era «mamá», que lanzó una carcajada y empezó a llamar a *Carillón* chascando los dedos.

—*¡Carillón! ¡Carillón!*

—Por nada del mundo se levantará —dijo Kolia en tono triunfal y con justificado orgullo—. Ni aunque lo llamarais todos a la vez. En cambio, a una voz mía, se pondrá en pie en el acto. Ahora van a verlo. ¡Aquí, *Carillón!*

El. perro se levantó y empezó a saltar y ladrar alegremente. El capitán volvió con el trocito de carne cocida.

—¿No estará caliente? —preguntó Kolia con acento de persona experta en la cuestión—. No, está bien. A los perros no les gusta la comida caliente... Bueno, mirad todos. Y tú también, Iliucha. ¿En qué estás pensando? ¡Lo he traído por él y no lo mira!

El nuevo juego consistió en colocar la carne sobre el hocico del perro, el cual debía sostenerla en equilibrio y sin moverse todo el tiempo que su amo quisiera, aunque fuese media hora. Esta vez la prueba sólo duró un minuto.

—¡Hala! —gritó Kolia. Y en un abrir y cerrar de ojos la carne pasó del hocico a la

garganta del perro.

Como es natural, el público mostró una viva admiración.

—¿Es posible que hayas tardado en venir sólo para traer a *Carillón* amaestrado? —preguntó Aliocha en un tono de reproche involuntario.

—Así ha sido —dijo Kolia francamente—. Quería traer un perro que causara asombro.

—¡*Carillón!* —le llamó Iliucha, chascando sus frágiles deditos. —No hace falta que lo llames. Verás como se sube a la cama de un salto. ¡Aquí, *Carillón*!

Kolia dio una palmada en el lecho, y el perro se lanzó como una flecha sobre Ihucha. Éste le cogió la cabeza con las dos manos, a lo que Carillón correspondió lamiéndole la cara. Ihucha lo estrechó en sus brazos, volvió a tenderse en la cama y su carita desapareció entre la espesa pelambre.

—¡Dios mío! —exclamó el capitán.

Kolia se volvió a sentar en la cama de Iliucha.

—Ahora te voy a enseñar otra cosa, Iliucha. Te he traído un cañón. ¿Te acuerdas de que te hablé una vez de un cañoncito y tú me dijiste que te encantaría verlo? Pues bien, te lo he traído.

Kolia se apresuró a sacar de su bolsa el cañoncito de acero. Esta prisa se debía a que también él se sentía feliz. En otra ocasión habría esperado a que pasara el efecto producido por las exhibiciones de *Carillón*, pero lo devoraba la impaciencia. «¿Eres feliz? Pues toma, más felicidad todavía.» Él mismo se sentía dichoso.

—Hace tiempo que había echado el ojo a ese juguete que estaba en casa de Morozov. Le había echado el ojo pensando en ti, querido, en ti. Para Morozov no tenía ninguna utilidad. Antes había sido de su hermano. Yo se lo cambié por un libro de la biblioteca de mi padre: *Le cousin de Mahomet ou la folie salutaire*[111]. Es una obra libertina de hace cien años, cuando aún no había censura en Moscú. A Morozov le gustan estas cosas. Incluso me dio las gracias.

Kofia levantó el cañoncito de modo que todos lo pudieran ver y admirar. Iliucha se incorporó y, aunque seguía reteniendo a *Carillón* con la mano derecha, contempló embelesado el juguete. El efecto llegó a su punto culminante cuando Kolia manifestó que el cañoncito podía disparar, si las damas no se asustaban, pues tenía también un poco de pólvora. «Mamá» pidió que le dejaran ver el juguete de cerca, y se le entregó en el acto. El cañoncito, con sus ruedas, la entusiasmó de tal modo, que empezó a hacerlo rodar sobre sus rodillas. Se le pidió permiso para dispararlo y ella accedió sin vacilar, aunque no tenía la menor idea de lo que iba a ver. Kolia mostró la pólvora y los perdigones. El capitán, con su experiencia de militar, se encargó de cargarlo. Tomó un poco de pólvora y dijo que se dejara la metralla para otra ocasión. Luego colocó el cañoncito en el suelo, apuntando a un espacio libre, introdujo la pólvora y le prendió fuego con una cerilla. La descarga fue perfecta. « Mamá» se sobresaltó, pero

en seguida se echó a reír. Los niños guardaban un silencio solemne. El capitán dirigía a Iliucha una mirada de entusiasta agradecimiento. Kolia recogió el juguete y, con la pólvora y los perdigones, se lo ofreció al enfermo.

—Es para ti —le dijo, rebosante de felicidad—. Hace tiempo que pensaba regalártelo.

—¡No, es para mi! ¡Dámelo! —exclamó de pronto « mamá» con voz de niña caprichosa.

Estaba inquieta, como esperando una negativa. Kolia se quedó perplejo, sin saber qué hacer. El capitán perdió la calma.

—Oye, madrecita: el cañón es tuyo, pero lo guardará Iliucha, ya que se lo han dado a él. ¿Qué más da que lo tengáis él o tú? Iliucha lo dejará jugar con él siempre que quieras. Será de los dos.

—No, no quiero que sea de los dos; quiero que sea sólo mío —replicó la infeliz, a punto de echarse a llorar.

—Tómalo, mamá; aquí lo tienes —dijo Iliucha—. ¿Puedo dárselo a mi madre, Krasotkine? —preguntó a éste en tono suplicante y temiendo ofenderlo al traspasar el regalo que él le había hecho.

—¡Pues claro que puedes! —repuso en el acto Kolia.

Y él mismo cogió el paquete de manos de Iliucha y se lo entregó a «mamá» con una gentil reverencia. Ella se conmovió tanto, que se echó a llorar. Luego exclamó en un arranque de ternura:

—¡Cuánto me quiere mi querido Iliucha!

Y de nuevo empezó a rodar el cañoncito sobre sus rodillas.

—Quiero besarte la mano, «mamá» —dijo el esposo, uniendo la acción a la palabra.

—El más amable de todos es ese simpático muchacho —dijo la agradecida dama señalando a Krasotkine.

—En cuanto a la pólvora, Iliucha —le advirtió Kolia—, puedo traerte tanta como quieras. La fabricamos nosotros mismos. Borovikov conoce la fórmula. Se toman veinticuatro partes de salitre, diez de azufre y seis de carbón de abedul; se pone todo junto, se echa agua y se amasa. Esta pasta se hace pasar por un tamiz de piel de asno. Y ya está hecha la pólvora.

—Ya me dijo Smurov que hacías así la pólvora —declaró Iliucha—. Pero mi padre dice que la verdadera no se hace así.

Kolia enrojeció.

—¿La verdadera? La nuestra arde. Claro que...

—Eso no tiene importancia —dijo el capitán, un tanto turbado—. En efecto, dije que la fórmula de la verdadera pólvora es distinta, pero también se puede hacer como tú dices.

—Usted sabe de esto más que yo; pero le advierto que pusimos un poco de nuestra pólvora en un tarro de piedra, le prendimos fuego y sólo quedó un insignificante residuo de hollín. E hicimos la prueba con la pasta; de modo que si la hubiéramos tamizado... En fin, repito que usted sabe de esto más que yo.

Y se volvió hacia Iliucha.

—Oye, ¿sabes que a Bulkine le pegó su padre por culpa de nuestra pólvora?

—Lo he oído decir —repuso Iliucha, que prestaba gran atención a Kolia.

—Fabricamos pólvora, la pusimos en un frasco y Bulkine escondió el frasco debajo de su cama. Su padre lo vio, dijo que podía haberse producido una explosión y dio una tunda a su hijo sin pérdida de tiempo. Me amenazó con ir a contar el caso al director del colegio. Ahora no permite a su hijo que venga conmigo. En el mismo caso está Smurov, y tantos otros...

Sonrió despectivamente y añadió:

—Tengo fama de influir perniciosamente en mis compañeros. Esto empezó a raíz de la aventura del ferrocarril.

—Los rumores de tu proeza han llegado a nuestros oídos —dijo el capitán—. ¿De veras no tuviste miedo cuando el tren pasó por encima de ti? Debió de ser algo espantoso.

El capitán se las ingeniaba para halagar a Kolia.

—No hubo tal espanto —repuso Krasotkine con un tonillo displicente—. Fue sobre todo aquel maldito ganso el culpable de mi mala reputación —añadió, dirigiéndose a Iliucha.

Pero, aunque procuraba mostrarse indiferente, no era dueño de sí mismo y no conseguía expresarse en el tono que deseaba.

—También he oído hablar de ese ganso —dijo Ihucha riendo—. Me lo contaron todo, pero algunas cosas no las comprendí. ¿De veras tuviste que ir al juzgado?

—Fue una tontería, una pequeñez de la que se ha hecho una montaña, como suele ocurrir en nuestra ciudad —empezó a explicar Kolia con desenvoltura—. Yo cruzaba la plaza, cuando vi llegar una manada de gansos. Un tal Vichniakov, mozo de reparto en casa de los Plotnikov, me mira y me pregunta: « ¿Qué tienen esos gansos para que te pares a mirarlos?» Yo lo observo. Tiene la cara redonda y bobalicona, anda por los veinte años. Ya sabéis que yo nunca rechazo a la gente del pueblo, sino todo lo contrario: me gusta alternar con ella... El pueblo nos ha dejado a sus espaldas: esto no es un axioma... Te entran ganas de reir, ¿no, Karamazov?

—De ningún modo: te escucho con interés —dijo Aliocha con evidente franqueza.

El suspicaz Kolia cobró ánimos inmediatamente.

—Mi teoría, Karamazov, es clara y simple. Creo en el pueblo y me complace hacerle justicia, pero sin adularlo. Es el *sine qua*... Pero estábamos hablando de un

ganso. Contesté al bobalicón:

»—Me estoy preguntando en qué pensará ese ganso.

»Él me mira boquiabierto.

»—¿En qué pensará?

»—Observa ese carro cargado de avena. La avena asoma por la boca del saco, y el ganso, para picar el grano, alarga el cuello hasta ponerlo casi debajo de la rueda.

» —Ya lo veo.

» —Pues bien —le dije—; si hacemos avanzar un poco a ese carro, la rueda pasará por encima del cuello del ganso, ¿no es así?

»—Seguro que la rueda le cortará el cuello —dijo. Y una amplia sonrisa ensanchó su rostro.

»—Bien, muchacho: vamos a hacerlo.

»—Vamos a hacerlo —repitió él.

» La cosa fue fácil. Él se colocó junto a la brida como por casualidad, y yo al lado del ganso para dirigirlo. En este momento, el carretero estaba lejos, charlando; de modo que no pudo intervenir. El ganso alargó el cuello para picar la avena, junto a la rueda, por la parte de abajo. Hice una seña al joven, él tiró de la brida y, ¡crac!, la rueda partió el cuello del animal. Por desgracia, otros hombres nos vieron y empezaron a gritar:

»—¡Lo has hecho adrede!

»—¡Eso no es verdad! —repuso el mozo de reparto.

»—Sí, lo has hecho adrede.

»—¡Al juez de paz! —dijo otro.

»Me llevaron a mi también.

»—Tú estabas de acuerdo con él. Aquí, en el mercado, todos te conocemos.

»En efecto, soy muy conocido en el mercado —siguió explicando Kolia, con arrogancia, en el cuarto de Iliucha—. Fuimos todos al juzgado, cargados con el cadáver del ganso. Y he aquí que, de pronto, mi compañero se asusta y empieza a gritar y a llorar como una mujer. El carretero vociferaba:

»—¡Asi se pueden matar tantos gansos como uno quiera!

»Como es natural, nos seguían los testigos. El juez pronunció en seguida su fallo. El mozo se quedaría con el ganso a indemnizaría al carretero con un rublo. La broma no debía repetirse.

»El mozo no cesaba de lamentarse.

»—¡La culpa no ha sido mía! ¡Ese chico me ha dicho que lo hiciera!

»Yo contesté sin inmutarme que no le había incitado a hacer nada, sino que había expresado una idea general, un plan de acción posible. El juez Nielfidov sonrió, aunque se arrepintió en seguida.

»—Enviaré un informe al director de su colegio —me dijo— para que de ahora

en adelante no se dedique usted a exponer posibles planes de acción en vez de estudiar.

»No cumplió su amenaza, pero la aventura se divulgó y llegó a oídos de la dirección del colegio, que, como todos sabemos, tiene unas orejas de gran tamaño. El profesor Kolbasnikov fue el que más se enfureció contra mi. En cambio, Dardanelov volvió a salir en mi defensa. Kolbasnikov está indignado con todos nosotros. Ya habrás oído decir, Iliucha, que se ha casado. La esposa, hija de los Mikhailov, ha puesto en sus manos mil rublos de dote, pero es fea como un demonio. Los alumnos del tercero han compuesto un epigrama con este motivo. Los versos son graciosos; ya te los traeré. De Dardanelov sólo puedo hablar bien. Es un hombre que tiene valiosas amistades. Las personas como él me infunden respeto. Y conste que no lo digo porque me haya defendido.

—Sin embargo, lo pusiste en un brete con aquello de la fundación de Troya —observó Smurov, que estaba orgulloso de Krasotkine y al que la aventura del ganso había divertido en extremo.

—Fue increíble —intervino el capitán, adulador—. Porque os referís a la pregunta de Krasotkine sobre la fundación de Troya, ¿verdad? Ya estábamos enterados de eso. Iliucha nos lo contó.

—Lo sabe todo, papá. En todo el colegio no hay ningún alumno que sepa tanto como él. Habla como si fuera uno de tantos, pero es y ha sido siempre el número uno.

Y el enfermo miraba a Kolia con una expresión de infinita felicidad.

—¡Bah! Fue una tontería. No tenía ninguna importancia —dijo Kolia con un orgullo disfrazado de modestia.

Al fin había conseguido expresarse en el tono que deseaba, aunque estaba un poco turbado. Advertía que había referido la aventura del ganso con excesiva vehemencia y que Aliocha no había dicho palabra durante el relato. Su amor propio lo llevó a preguntarse si Karamazov lo despreciaría por parecerle que él, Kolia, hablaba para la galería, para conseguir un éxito, y esta idea lo irritó. «Si pensara así, yo...»

—Sí, una futileza —repitió Krasotkine con altivez.

—Yo sé quién fundó Troya —dijo repentinamente Kartáchov, gentil muchachito de once años, que permanecía junto a la puerta, tímido y silencioso.

Kolia lo miró sorprendido. La fundación de Troya era un secreto para todo el colegio. Sólo podía conocerla el que hubiera leído a Smaragdov, y únicamente Krasotkine poseía la obra de este autor. Sin embargo, un día, aprovechando una ausencia de Kolia, Kartachov había visto el volumen de Smaragdov entre los libros de su compañero, lo abrió y tuvo la suerte de encontrar en seguida el pasaje que hablaba de la fundación de Troya. Hacía ya tiempo que Kartachov había tenido esta oportunidad, pero nunca se atrevió a decir que estaba en el secreto, por temor a que

Kolia lo confundiese. Esta vez no había podido reprimir el deseo que desde hacía tiempo lo acuciaba.

—Bien; dilo si lo sabes —dijo Kolia dirigiéndole una mirada de superioridad.

En el semblante de Kartachov leyó que lo sabía, y se dispuso a afrontar las consecuencias. La emoción fue general.

—Troya fue fundada por Teucer, Dardanus, Ilius y Tros —dijo Kartachov de rutina y enrojeciendo de tal modo que daba pena verlo. Sus compañeros lo escucharon sin apartar la vista de él. Después, sus ojos se volvieron hacia Kolia, que seguía mirando al audaz con una frialdad despectiva.

—Bien —se dignó decir al fin—, ¿pero cómo lo hicieron? Y, generalizando, ¿cómo se funda una ciudad o un estado? ¿Acaso esos hombres se dedicaron a colocar ladrillos?

Se oyó un coro de risas. La cara del temerario pasó del rosa al púrpura. Kartachov no despegaba los labios; estaba a punto de echarse a llorar. Kolia lo tuvo así más de un minuto.

—Para interpretar los acontecimientos históricos, la fundación de un país, por ejemplo, hay que comprender lo que esto significa —dijo Krasotkine en tono doctoral —. Pero les advierto que yo no doy demasiada importancia a esos cuentos de vieja — y añadió displicente—: En conjunto, la historia universal no merece mi estimación.

—¿Es posible? —exclamó el capitán, escandalizado.

—Sí: no es más que el estudio de las estupideces de la humanidad. A mí sólo me interesan las matemáticas y las ciencias naturales.

Kolia dijo esto en un tono lleno de presunción y mirando a Aliocha a hurtadillas: su opinión era la única que le importaba. Pero Aliocha permanecía grave y silencioso. Si Karamazov hubiera hablado, las cosas habrían quedado en el punto en que estaban; pero no decía palabra, y Kolia pensaba, irritado, que su silencio podía ser desdeñoso.

—De nuevo se nos impone el estudio de las lenguas muertas. Esto es una verdadera locura. ¿No estás de acuerdo conmigo, Karamazov?

—No —repuso Aliocha, reprimiendo una sonrisa.

—Mi opinión es que las lenguas muertas son una medida de policía. Ésta es su única razón de ser.

La respiración de Kolia volvía a ser jadeante.

—Si se las ha incluido en los programas de estudio es por lo tediosas que son y por lo que embrutecen. ¿Qué se podía hacer para aumentar la ceguera y la estupidez reinantes? Ésta es la función de las lenguas muertas. Así pienso y espero pensar siempre.

Enrojeció ligeramente.

—Tienes razón —aprobó, convencido, Smurov, que había escuchado atentamente.

—Es el primero en latín —dijo uno de los colegiales.

—Sí, papá —confirmó lliucha—; aunque hable de ese modo, es el primero de la clase de latín.

Aunque el elogio lo halagó, Kolia consideró necesario defenderse.

—Bueno, ¿y qué? Estudio con empeño el latín porque es preciso. He prometido a mi madre acabar mis estudios, y yo creo que cuando emprendemos algo hay que llegar hasta el fin. Pero en mi fuero interno siento un profundo desprecio por los estudios clásicos y toda esa bajeza. ¿Estás de acuerdo conmigo, Karamazov?

—¿Qué hay en eso de bajeza? —preguntó Aliocha con una sonrisa.

—Te lo explicaré. Como todos los clásicos se han traducido a todos los idiomas, no hace falta aprender el latín para estudiarlo. Es una medida de policía destinada a embotar los cerebros. ¿No es esto una bajeza?

—¿Pero quién te ha imbuido esas ideas? —exclamó Aliocha, sorprendido.

—En primer lugar, debes saber que soy capaz de comprender las cosas sin que nadie me las enseñe; en segundo, te diré que lo que acabo de explicar sobre las traducciones de los clásicos lo dijo delante de todos los alumnos de la tercera clase el profesor Koibasnikov.

—Ya está aquí el doctor —dijo Ninotchka, que había guardado silencio hasta entonces.

Efectivamente, acababa de detenerse ante la puerta un coche de la señora de Khokhlakov. El capitán, que había estado toda la mañana pendiente de la llegada del médico, corrió a su encuentro. «Mamá» adoptó un aire de gran dama para recibirlo. Aliocha se acercó a la cama del enfermo y arregló la almohada. Desde su sillón, Ninotchka observaba a Iliucha con visible inquietud. Los colegiales se marcharon a toda prisa, algunos prometiendo que volverían por la tarde. Kolia llamó a *Carillón,* que bajó en seguida de la cama.

—Yo me quedo —dijo precipitadamente a Aliocha—. Esperaré en el vestíbulo con *Carillón* y volveremos los dos cuando el doctor se haya márchado.

Entró el médico. Su aspecto era el de un hombre importante. Abrigo de pieles, largas patillas y mentón perfectamente rasurado.

Después de haber franqueado el umbral, se detuvo de pronto, desconcertado. ¿Se habría equivocado de casa? «¿Dónde estoy?», preguntó sin quitarse el abrigo ni el gorro de piel. El aspecto de los habitantes de la casa, la pobreza de la habitación, la ropa tendida en una cuerda lo sorprendieron desagradablemente. El capitán le hizo una profunda reverencia.

—No se ha equivocado, señor —le dijo con obsequiosa humildad—. Yo soy la persona a quien usted busca.

—Entonces, ¿usted es Snieguiriov, el señor Snieguiriov? —preguntó con grave acento.

—Sí, señor.

—¡Ah!

El doctor paseó una nueva mirada de desagrado por la habitación y se quitó el abrigo. El distintivo de un cuerpo oficial brillaba en su pecho. El capitán cargó con el abrigo. El médico se quitó también el gorro.

—¿Dónde está el paciente? —preguntó como quien da una orden.

VI. Desarrollo precoz

¿Qué dirá el doctor? —preguntó Kolia—. Tiene una cara repelente, ¿verdad? La medicina es algo que no puedo sufrir.

—Mucha no tiene salvación: esto es lo que estoy temiendo que diga el doctor —repuso Aliocha con profunda tristeza.

—Los médicos son unos charlatanes... Oye, Karamazov: me alegro de haberte conocido; hace mucho tiempo que lo deseaba. Lo que me apena es que esta amistad haya empezado en circunstancias tan tristes.

Kolia habría deseado decir algo más expresivo, más afectuoso, pero estaba un poco turbado. Aliocha lo advirtió y le tendió la mano.

—Hace tiempo que te considero como un ser raro, pero respetable —siguió diciendo Kolia, aturdido—. Me han dicho que eres un místico, que has vivido en un monasterio. Pero esto no me importa. El contacto con la realidad te curará. Así les ocurre siempre a los que son como tú.

—¿A qué llamas un místico? ¿De qué me he de curar? —preguntó Aliocha un tanto sorprendido.

—Pues te has de curar de Dios y... de todo eso.

—¿Es que tú no crees en Dios?

—No tengo nada contra Él. En verdad, Dios no es más que una hipótesis. Sin embargo, reconozco que... que es necesario para ordenar la vida... y para otras cosas... Tanto —terminó Kolia, empezando a enrojecer—, que si Dios no existiera, habría que inventarlo.

De pronto, pensó que Aliocha podía creer que hablaba para darse importancia, para exhibir su erudición. «Sin embargo —se dijo, irritado—, nada más lejos de mi ánimo que alardear de cultura ante él.» Se sentía profundamente contrariado.

—Estas discusiones me repugnan —declaró—. Se puede amar a la humanidad sin creer en Dios. ¿Lo dudas? Voltaire no creía en Dios y amaba a la humanidad.

Y pensó: «¡Otra vez, otra vez!»

—Voltaire creía en Dios, aunque un poco friamente. Y, al parecer, del mismo modo amaba a la humanidad —repuso Aliocha con toda naturalidad, como si hablara con una persona que tuviera la misma edad que él, o incluso que fuera mayor.

A Kolia le impresionó la falta de seguridad que demostraba Aliocha en su juicio sobre Voltaire, y también le llamó la atención que dejara en manos de él, que no era más que un muchacho, la solución de un asunto tan importante.

—Por lo visto —dijo Aliocha—, has leído a Voltaire.

—Sí, pero... sólo *Candide* traducido al ruso... Una traducción antigua, pésima...

«¡Otra vez, otra vez!»...

—¿Lo entendiste?

—¡Pues claro! Lo comprendí todo... ¿Por qué dudas de que lo comprendiera? Hay pasajes graciosos... Puedes estar seguro de que soy capaz de entender una novela filosófica escrita para exponer una idea... Soy socialista, Karamazov —dijo de pronto, embrollándose definitivamente—, un socialista recalcitrante.

Aliocha se echó a reír.

—¿Socialista? ¿De dónde has sacado el tiempo para estudiar y adoptar el socialismo? Sólo tienes trece años.

Estas palabras hirieron a Kolia.

—En primer lugar, no tengo trece años, sino que dentro de quince días cumpliré los catorce —dijo impetuosamente—. Además, no comprendo qué relación tiene mi edad con lo que estamos discutiendo. Son mis convicciones y no mi edad lo que importa. ¿No es así?

—Cuando seas mayor verás la influencia que tiene la edad en las ideas. Eso no puede haber salido de ti.

Aliocha dijo esto con toda calma. Kolia, en cambio, le contestó, nervioso:

—Óyeme, tú eres partidario de la obediencia y del misticismo. No me negarás que el cristianismo sólo ha sido útil a los acaudalados, a los poderosos, para mantener a las clases inferiores en la eselavitud.

—Ya sé dónde has leido eso, ya sé quién te lo ha enseñado.

—¿Por qué crees necesario que lo haya leido? Nadie me ha inculcado estas ideas. Tengo capacidad para juzgar por mí mismo... Y te advierto que no soy enemigo de Cristo. Cristo tenía una personalidad enteramente humana. Si hubiera existido en nuestra época, estaría al lado de los revolucionarios y habría desempeñado un papel visible. De esto no cabe duda.

—¿Pero de dónde te has sacado todo eso? ¿A qué imbécil has escuchado? —exclamó Aliocha.

—No se puede ocultar la verdad. He tenido más de una ocasión para charlar con Rakitine. Y se dice que esta idea la ha expresado también el viejo Bielinski.

—¿Bielinski? No lo recuerdo. Desde luego, no lo ha escrito en ninguna parte.

—Tal vez no lo haya escrito, pero lo ha manifestado. Se lo he oído decir a... Bueno, eso no importa.

—¿Has leído a Bielinski?

—No, en verdad no lo he leido, ya que sólo conozco de él el pasaje en que comenta por qué Tatiana no parte con Onieguine[112].

—¿Por qué no parte con Onieguine? ¿Acaso lo has comprendido?

—Perdona, pero creo que me tomas por un chiquillo como Smurov —observó Kolia con una sonrisita que era una mueca de irritación—. Además, no vayas a creer que soy un gran revolucionario. A veces no estoy de acuerdo con Rakitine. No soy partidario de la emancipación de la mujer. Reconozco que la mujer es una criatura

inferior nacida para la obediencia. *Les femmes tricotent*, dijo Napoleón, y por lo menos en este punto —Kolia sonrió— comparto la opinión del seudo gran hombre. También considero que es una cobardía emigrar a América, y más que una cobardía: una estupidez. ¿Para qué irnos a América cuando podemos trabajar en nuestra casa por el bien de la humanidad? Sobre todo ahora, tenemos a nuestra disposición un amplio campo de fecunda actividad. Esto es lo que respondí.

—¿Lo que respondiste? ¿A quién? ¿Es que alguien te ha propuesto ir a América?

—Sí, me lo han propuesto, pero yo no he aceptado. Te lo digo confidencialmente, Karamazov. Ni una palabra a nadie, ¿entiendes? Sólo tú lo sabes. No tengo el menor deseo de caer en las garras de la Tercera Sección para aprender las lecciones que se dan en el puente de las Cadenas[113].

Te acordarás del edificio
róximo al puente de las Cadenas.

»¿Te acuerdas? ¡Es magnífico! ¿De qué te ríes? Supongo que no creerás que estoy hablando en broma.

Y Kolia se estremeció al pensar: « ¡Si se enterase de que éste es el único número de *La Campana*[114] que tengo y no he leido ningún otro ... !»

— ¡Oh, no, no me río! —respuso Aliocha—. Y no puedo pensar que me hayas mentido, por la sencilla razón de que sé que lo que me has dicho es la pura verdad... Dime: ¿has leído «Eugenia Onieguine», el poema de Pushkin? Has hablado de Tatiana.

—No, aún no lo he leido, pero quiero leerlo. No tengo prejuicios, Karamazov; lo miraré por las dos caras. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

Kolia se irguió ante Aliocha. Quería saber a qué atenerse.

—Dime, Karamazov: ¿me desprecias? Te agradeceré que me hables con franqueza.

Aliocha lo miró estupefacto.

—¿Despreciarte? ¿Por qué? No, no; me limito a lamentar que un chico que vale tanto como tú y que está en la aurora de la vida, se haya dejado descarriar, dando crédito a semejantes disparates.

—Dejemos a un lado mi valía —replicó Kolia con cierta arrogancia—. Soy suspicaz, estúpida y groseramente suspicaz. Hace un momento, me ha parecido que tu sonrisa...

—¡Bah! He sonreído por otra cosa. Te voy a explicar el motivo. No hace mucho leí la opinión de un extranjero, de un alemán establecido en Rusia, sobre la juventud actual. Este hombre ha escrito: «Si prestáis a un colegial ruso un mapa del firmamento, él, aunque sea el primero que ha visto en su vida, os lo devolverá al día

siguiente corregido.» Ningún conocimiento y una presunción sin límites: esto es lo que el alemán reprocha a nuestros estudiantes.

—¡Es verdad! —exclamó Kolia echándose a reír—. ¡La pura verdad! ¡Bravo por el alemán! Sin embargo, ese cabeza cuadrada no se ha detenido a observar el lado favorable de nuestra conducta. ¿No lo ves tú así? Admito nuestra presunción, ya que es propia de la juventud. Pero esto se corrige, si verdaderamente hay que corregirlo. En compensación, ahí está el espíritu de independencia desde la más tierna infancia, la audacia de las ideas y las convicciones en vez del servilismo rastrero ante la autoridad de toda índole. No cabe duda de que el alemán ha dicho la verdad. ¡Bravo por el alemán! Sin embargo, hay que apretar los tornillos a los alemanes. Aunque sean unos sabios en las cuestiones científicas, hay que apretarles los tornillos.

—¿Por qué? —preguntó Aliocha con una sonrisa.

—Admito que soy un osado, una especie de enfant terrible, que no me detengo ante nada cuando una cosa me gusta y que digo las mayores tonterías... Pero, oye: estamos charlando desde hace un buen rato y ese doctor no termina su visita. A lo mejor, está reconociendo también a «mamá» y a Nina. Te confieso que Nina me ha encantado. Cuando he pasado junto a ella al salir de la habitación, me ha susurrado en un tono de reproche: «¿Por qué no has venido antes?» Me ha parecido que esa chica es toda bondad.

—Desde luego, tiene un gran corazón. Como desde ahora vendrás con frecuencia, ya la conocerás a fondo. Necesitas conocer personas así para aprender muchas cosas que sólo su compañía te puede enseñar.

Y Aliocha añadió calurosamente:

—No hay medio mejor para que te transformes.

—¡Qué arrepentido estoy de no haber venido antes! —exclamó Kolia amargamente.

—Sí, ha sido un error. Ya has visto la alegría que le has dado al pobre Iliucha. No puedes imaginarte cómo lo consumía el deseo de que vinieras.

—Calla: no aumentes mi pena... Pero lo tengo bien merecido. No he venido antes por culpa de mi orgullo, de mi egoísmo, de un bajo despotismo que nunca he podido acallar, pese a mi empeño en dominarlo. Ahora me convenzo de que soy un miserable en muchos aspectos.

—Nada de eso; posees excelentes prendas, pero las disfrazas —dijo Aliocha con calurosa franqueza—. Comprendo que hayas influido tan profundamente en ese muchacho de noble corazón y sensibilidad enfermiza.

—No esperaba oírte decir eso —declaró Kolia—. Desde que he llegado aquí, he pensado más de una vez que me despreciabas. Si supieras lo mucho que me importa tu opinión...

—¿Cómo es posible que seas tan desconfiado a tu edad? Hace un momento,

viéndote y oyéndote hablar, me decía precisamente que debías de ser muy desconfiado.

—Lo creo. ¡Eres tan sagaz! Sin duda, ha sido cuando estaba refiriendo lo del ganso. Entonces me he dicho que debías de despreciarme profundamente al notar que me esforzaba por aparecer como un desalmado. Entonces te he detestado y he empezado a discursear. Después, cuando ya estábamos aquí y he dicho que si Dios no existía habría que inventarlo, me ha parecido que mi exhibición de cultura ha sido demasiado precipitada, ya que he leído esta frase en alguna parte. Pero te aseguro que no me ha impulsado la vanidad; lo he hecho no sé por qué, dejándome llevar de mi alegría... Sí, creo que mi alegría ha sido la culpable de todo. Claro que no es correcto molestar a las personas porque uno esté contento; esto ya lo sé. Pero también sé, y esto es una compensación para mí, que no me desprecias, que mis temores han sido falsos. ¡Oh, Karamazov! Soy profundamente desgraciado. A veces me imagino, sabe Dios por qué, que todo el mundo se burla de mi, y entonces me siento impulsado a trastornarlo todo.

—Y atormentas a los que te rodean —dijo Aliocha sin dejar de sonreír.

—Cierto, y sobre todo a mi madre. ¿Verdad, Karamazov, que te parezco ridículo?

—¡Eso ni pensarlo! —exclamó Aliocha—. Además, ¿qué es el ridículo? Nadie sabe cuándo un hombre es ridículo o lo parece. Además, actualmente casi todas las personas capacitadas temen demasiado al ridículo, y este temor las hace desgraciadas. Pero me asombra que tú padezcas de este mal que observo desde hace mucho tiempo sobre todo en los adolescentes. Es una especie de locura. El diablo se ha transformado en amor propio para apoderarse de la generación actual. Sí, el diablo —repitió Aliocha sin ironía, aunque Kolia, que lo miraba fijamente, creyó lo contrario—. Tú eres como todos, mejor dicho, como la mayoría. Y no hay que ser como todos.

—Pero si todos son así...

—Aunque todos sean así, tú debes procurar no ser como ellos. Bien mirado, tú no eres como todos, ya que no has vacilado en confesar un defecto, incluso un defecto ridículo. ¿Quién es hoy capaz de eso? Nadie, porque nadie siente la necesidad de condenarse a sí mismo. No seas como nosotros, aunque te quedes solo.

—Así lo haré... Te juzgué certeramente: sabes consolar. ¡Si supieras hasta . qué punto me sentía atraído hacia ti, Karamazov! Hacía mucho tiempo que deseaba conocerte. ¿De veras deseabas también tú conocerme a mí? Hace un momento lo has dicho.

—Sí, oía hablar de ti y pensaba en ti... Y si es el amor propio el que te ha llevado a hacer esa pregunta, no importa.

—¿No has observado, Karamazov, que estas explicaciones parecen una declaración de amor? —preguntó Kolia en voz baja y como avergonzado—. ¿No es esto ridículo?

—De ningún modo —repuso Aliocha firmemente y con una radiante sonrisa—. Y aunque fuera ridículo no importaría, puesto que estamos obrando bien.

—Reconoce, Karamazov, que también tú estás un poco avergonzado. Lo veo en tus ojos.

Kolia sonreía, ladino y feliz.

—No sé por qué he de avergonzarme —dijo Aliocha.

—Sin embargo, has enrojecido.

—¡Porque tú me has hecho enrojecer! —exclamó Aliocha riendo y, en efecto, sonrojado. Un tanto aturdido, añadió—: En verdad, estoy un poco avergonzado, pero no sé por qué...

—En este momento te aprecio y te quiero mucho más —exclamó Kolia con vehemencia—, precisamente porque te sonrojas como yo, porque eres como yo.

Sus mejillas echaban fuego; sus ojos centelleaban.

—Oye, Kolia —dijo de pronto Aliocha—,vas a ser muy desgraciado en la vida.

—Lo sé, lo sé —respondió Kolia en el acto—. Todo lo adivinas.

—Sin embargo, la vida, el conjunto de la vida, merecerá tu bendición.

—¡De acuerdo! ¡Magnífico! ¡Eres un profeta! ¡Qué bien vamos a entendernos, Karamazov! ¿Sabes lo que más me gusta de ti? Que me trates como a un igual. Sin embargo, no somos iguales: tú eres superior a mí. Pero nos entenderemos. Hace un mes que me venía diciendo: «O nos haremos amigos en seguida y para siempre, o nos separaremos como enemigos para toda la vida.»

—Pensabas así porque ya me querias.

—Sí, sentía un gran afecto por ti, hasta soñaba contigo. Todo, todo lo adivinas... Mira, ya viene el doctor. Está diciendo algo al capitán. ¡Dios mío, qué cara pone!

VII. Iliucha

El doctor se dirigió a la puerta de la isba, bien envuelto en su abrigo y con el gorro encasquetado. En su semblante se reflejaba una contrariedad que estaba muy cerca de la indignación. Se diría que temía mancharse.

Paseó una mirada por el vestíbulo y la detuvo un momento, severamente, sobre Kolia y Aliocha. Éste hizo una seña al cochero, que acercó el coche a la puerta.

El capitán salió, presuroso, detrás del médico y, doblando la espalda, murmurando excusas, lo detuvo para hacerle las últimas preguntas. El infeliz estaba profundamente abatido; en su mirada se leía la desesperación.

—¿Es posible, excelencia, es posible?

No pudo continuar. Había enlazado las manos con un gesto de imploración y fijaba en el médico una mirada de súplica, como si una palabra de éste bastase para cambiar la suerte de su pobre hijo.

—Yo no puedo hacer nada —repuso el doctor, indiferente y con su habitual gravedad—. Yo no soy Dios.

—Doctor..., excelencia..., ¿será muy pronto?

—Esté preparado para todo —respondió el doctor, recalcando las palabras.

Después bajó los ojos y se dispuso a franquear el umbral para subir al coche. El capitán, aterrado, volvió a detenerlo.

—Por Dios, excelencia. ¿De verdad no se puede hacer nada, absolutamente nada, para salvarlo?

—Eso no depende de mí —contestó el doctor, impaciente. De pronto se detuvo y añadió—: Sin embargo, si usted pudiera enviar al enfermo inmediatamente a Siracusa... —el capitán se estremeció ante el tono, casi colérico, en que el doctor pronunció estas últimas palabras—. En tal caso, gracias al clima excelente del país, podría producirse un...

—¿A Siracusa? —preguntó el capitán como si no comprendiera.

—Siracusa está en Sicilia —dijo Kolia levantando la voz.

El doctor lo miró.

—¿En Sicilia? —exclamó el capitán, aterrado—. Pero su excelencia puede ver...

Sin separar las manos, el capitán se dirigía al interior de su hogar.

—¿Y mi mujer? ¿Y mi familia?

—Su familia no irá a Sicilia, sino al Cáucaso, en primavera; y cuando su esposa haya tomado allí las aguas para curarse del reumatismo, habrá que enviarla a Paris sin pérdida de tiempo, a la clínica de Lepelletier, especialista en enfermedades mentales, a quien la puedo recomendar... Si procede usted de este modo, podrá producirse...

—Pero, doctor; ya ve usted que...

El capitán mostró de nuevo, con un gesto de desesperación, las desnudas paredes

del vestíbulo.

—Eso no es de mi incumbencia —manifestó el doctor con una sonrisa—. Me he limitado a decirle lo único que puede responder la ciencia a su pregunta de si se puede hacer algo más. Lamentándolo mucho, los demás problemas que pueda usted tener...

—No tema, «curandero», mi perro no le morderá —dijo Kolia, volviendo a levantar la voz, al ver que el médico miraba con recelo a *Carillón*, echado en el umbral. Su acento era mordaz. Poco después, Kolia manifestó que había llamado «curandero» al doctor porque sabía que esto era para él un insulto.

—¿Qué dices? —preguntó el médico, mirando a Kolia sorprendido—. ¿Quién es? —inquirió dirigiéndose a Aliocha en el tono del que pide cuentas.

—Soy el dueño de *Carillón*, curandero. Mi identidad no importa.

—*¿Carillón?* —preguntó el doctor sin comprender.

—Adiós, curandero. Ya nos veremos en Siracusa.

—¿Pero quién es éste? —exclamó el doctor, iracundo.

—Es un colegial, doctor —dijo Aliocha, malhumorado—, un chico travieso. No le haga caso... ¡Silencio, Kolia! —Y volvió a decir al doctor, sin disimular su enojo —: No le haga caso.

—Merece que lo azoten, ¡que lo azoten! —exclamó el doctor, furioso.

—Le advierto, curandero, que *Carillón* podría morderlo —dijo Kolia, pálido, con voz trémula y ojos centelleantes—. ¡Aquí, *Carillón*!

—¡Kolia! —gritó Aliocha—. Si dices una palabra más, rompo contigo para siempre.

—Curandero, sólo hay una persona en el mundo que puede mandar a Nicolás Krasotkine: aquí está —dijo señalando a Aliocha—. Me someto. Adiós.

Abrió la puerta y volvió a entrar en la habitación. *Carillón* se lanzó en pos de él. El doctor estuvo un instante petrificado, miró a Aliocha, escupió y exclamó:

—¡Es intolerable!

El capitán lo siguió servilmente. Aliocha entró también en la habitación. Kolia estaba ya al lado del enfermo. Éste le tenía cogido de la mano y llamaba a su padre. El capitán volvió en seguida.

—Papá, papá, ven aquí —dijo Iliucha, agitado—. Yo...

Pero no tuvo fuerzas para continuar. Tendió sus esqueléticos bracitos, rodeó con ellos a Kolia y a su padre y, uniéndolos a los dos en un solo abrazo, los estrechó contra su pecho. El capitán fue sacudido por un llanto silencioso. Kolia estaba a punto de echarse a llorar.

—¡Qué pena me das, papá! —gimió Iliucha.

—Iliucha, mi querido Iliucha... El doctor ha dicho... que te curarás... ¡Qué felices vamos a ser!

—Papá, sé muy bien lo que el doctor ha dicho de mí —declaró Iliucha—. Lo he visto en su cara.

Lo apretó de nuevo con todas sus fuerzas y escondió la cara en el hombro de su padre.

—No llores, papá. Cuando me muera, adopta a otro niño. Que sea un buen chico. El mejor que encuentres. Llámale Iliucha y quiérelo como me quieres a mí.

—¡Cállate! —ordenó Krasotkine bruscamente—. ¡Te curarás!

—Pero a mí no me olvides nunca, papá —continuó Iliucha—. Ven a mi tumba. Entiérrame cerca de nuestra gran piedra, la que visitábamos en nuestros paseos, y ve allí por las tardes con Krasotkine y *Carillón*... Os esperaré, papá.

Su voz se apagó. Los tres permanecieron abrazados, sin decir nada. Nina lloraba silenciosamente en su sillón, y «mamá», viendo que todos lloraban, empezó a sollozar también.

—¡Iliucha! ¡Iliucha! —gritaba.

Krasotkine se desprendió del brazo de Iliucha.

—Adiós, muchacho; mi madre me está esperando para almorzar —dijo atropelladamente—. Es una lástima que no la haya advertido. Ya estará inquieta por mi tardanza. Después de almorzar volveré, y estaré contigo toda la tarde. Te contaré muchas cosas. Traeré a *Carillón*. Ahora me lo llevo, porque si lo dejara, al no verme, empezaría a aullar y lo molestaría. Hasta luego.

Salió corriendo al vestíbulo. No quería llorar, pero al fin no pudo contenerse. Llorando lo encontró Aliocha.

—Kolia —encareció Karamazov—. Has de hacer honor a tu palabra y volver esta tarde. Si no vienes, le darás un gran disgusto.

—¡Claro que vendré! —murmuró Kolia sin ocultar sus lágrimas—. ¡Qué arrepentido estoy de no haber venido antes!

En este momento apareció el capitán. Cerró la puerta de la habitación a sus espaldas. En sus ojos había una expresión de desvarío; sus labios temblaban. Se detuvo ante los dos jóvenes y levantó los brazos.

—No quiero ningún buen chico, no quiero ningún otro —murmuró, desesperado, con acento feroz—. «Si lo olvido, Jerusalén, que la lengua se me pegue al paladar...»

No pudo seguir, le faltó la voz y se echó de bruces en un banco de madera que tenía a su lado. Con la cabeza entre los puños empezó a sollozar y gemir, ahogando sus lamentos para que no llegaran a la habitación de Iliucha. Kolia corrió hacia la puerta.

—¡Adiós, Karamazov! —dijo rudamente—. ¿Vendrás tú también?

—Al atardecer, sin falta.

—¿Qué ha dicho de Jerusalén?

—Es una frase inspirada en la Biblia. «Si lo olvido, Jerusalén[115]...». Ha querido

decir que si olvida lo que más ama, se le castigue con la muerte.

—Comprendido. No dejes de venir. ¡Vamos, *Carillón!* —ordenó, furioso, a su perro.

Y se alejó a largos pasos.

LIBRO XI

IVAN FIODOROVITCH

I. En casa de Gruchegnka

Aliocha se dirigió a la plaza de la Iglesia, donde vivía Gruchegnka, que aquella mañana le había enviado a Fenia para rogarle que fuera a verla lo antes posible. Aliocha supo por la sirvienta que Gruchegnka estaba agitadísima desde el día amterior.

Durante los dos meses que llevaba Mitia detenido, Aliocha había visitado con frecuencia la casa de Morozov, unas veces por impulso propio y otras atendiendo a los deseos de su hermano. Tres días después del drama, Gruchegnka cayó enferma de gravedad y hubo de guardar cama durante cinco semanas, la primera sin conocimiento.

Gruchegnka había cambiado mucho. Estaba más delgada y había perdido el color. Hasta quince días después de haberse puesto enferma no pudo salir a la calle. Para Aliocha, Gruchegnka estaba entonces más seductora. Durante sus conversaciones con ella, le encantaba que las miradas de los dos se cruzasen. Los ojos de la enferma habían cobrado un matiz de resolución, una expresión serena pero inflexible, que se manifestaba en todo su ser. Entre sus cejas había aparecido un ligero pliegue vertical que daba a su hermoso rostro una expresión reconcentrada y algo severa a primera vista. De su reciente frivolidad no quedaba el menor rastro.

Para asombro de Aliocha, Gruchegnka conservaba la alegría de siempre, a pesar de su infortunio —su compromiso matrimonial con un hombre al que momentos después detendrían como presunto culpable de un crimen horrendo— y pese también a su enfermedad y a que la condena del acusado parecía segura. De su mirada había desaparecido la altivez, para ceder su puesto a una especie de brillante dulzura a la que a veces se mezclaban maléficos resplandores. Esto ocurría cuando la asaltaba cierta inquietud, que, lejos de calmarse, se avivaba en su corazón. La causante del mal era Catalina Ivanovna, a la que Gruchegnka nombraba durante su enfermedad, en los momentos de delirio. Aliocha comprendió que la enferma estaba celosa, aunque Catalina no había visitado ni una sola vez a Mitia en la cárcel, cosa que podía haber hecho perfectamente. Todo esto ponía a Aliocha en un verdadero compromiso. Gruchegnka le confiaba todos sus problemas, cosa que no hacía con nadie, y le pedía consejo tras consejo. A veces, él no sabía qué decirle.

Aliocha llegó a casa de Gruchegnka visiblemente preocupado. Hacía media hora que la joven había vuelto de la prisión, y a él le bastó ver la prisa con que ella se levantaba a iba a su encuentro para deducir que lo estaba esperando con impaciencia.

En la mesa había una baraja y en el diván de cuero arreglado para servir de cama estaba recostado Maximov, enfermo, desfallecido, pero sonriente. Este viejo sin hogar había llegado hacía dos meses de Mokroie con Gruchegnka y no se había separado de ella desde entonces. Después del viaje sobre el barro y bajo la lluvia, se

había sentado en el diván, petrificado por el frío y el miedo. Luego había dirigido a Gruchegnka una mirada silenciosa, acompañada de una sonrisa de imploración. La joven, abrumada por el pesar y por la fiebre que ya se había apoderado de ella y dominada por otras preocupaciones, no le hizo caso al principio; pero después, de pronto, le miró fijamente, y él le correspondió con un gesto de turbación y una sonrisa lastimosa. Gruchegnka llamó a Fenia y le dijo que le diera de comer. Durante todo el día, Maximov guardó una inmovilidad casi completa. Al anochecer, Fenia cerró las ventanas y preguntó a su ama:

—¿Ha de quedarse a dormir este señor?

—Sí —respondió Gruchegnka—; hazle la cama en el diván.

Por las respuestas que recibió a sus preguntas, Gruchegnka comprendió que Maximov no tenía adónde ir.

—El señor Kalganov, mi protector, me ha dicho francamente que no volverá a recibirme. Y me ha dado cinco rublos.

—¡Qué le vamos a hacer! —exclamó Gruchegnka con una sonrisa de compasión.

Esta sonrisa conmovió al viejo, cuyos labios temblaron de emoción. Así fue como Maximov se quedó en casa de Gruchegnka en calidad de parásito. Ni siquiera durante la enfermedad de la joven dejó la casa. Fenia y su abuela —la cocinera— no lo echaron, sino que siguieron dándole de comer y haciéndole la cama en el diván. Gruchegnka se acostumbró a él, y cuando volvía de visitar a Mitia, al que había empezado a ir a ver apenas se repuso de su enfermedad, se entretenía comentando nimiedades con «Maximuchka» para olvidar sus penas. Resultó que el viejo tenía cierto talento narrativo; así que incluso llegó a no poder pasar sin él. Aparte Aliocha, cuyas visitas eran siempre breves, Gruchegnka apenas recibía a nadie. El viejo comerciante Samsonov estaba gravemente enfermo, «se iba», según la expresión que circulaba por la ciudad. Efectivamente, falleció tres días después de verse la causa contra Mitia.

Tres semanas antes de su muerte, presintiendo su próximo fin, Samsonov llamó a sus hijos, que acudieron con sus familias, y les pidió a todos que no se separasen de su lado. Seguidamente ordenó a los domésticos que no permitiesen la entrada a Gruchegnka, en caso de que se presentara con la intención de verle, y que le dijeran de su parte que le deseaba muchos años de vida feliz y que no lo olvidara por completo.

Pero Gruchegnka se limitaba a enviar casi todos los días a preguntar por él.

—¡Al fin has llegado! —exclamó la joven alegremente al ver aparecer a Aliocha —. Maximuchka me ha asustado diciéndome que no vendrías más. No te puedes figurar la falta que me haces. Siéntate. ¿Quieres café?

—Desde luego —repuso Aliocha sentándose—. Estoy hambriento.

—¡Fenia, Fenia; café! Hace rato que está hecho... ¡Trae también empanadillas

calientes...! Tengo que contarte algo sobre estas empanadillas, Aliocha. Se las he llevado a Mitia a la cárcel, y las ha rechazado. Incluso ha pisoteado una. Yo le he dicho: « Se las dejo a tu guardián. Si no las aceptas, habrás de alimentarte de tu maldad.» Luego me he marchado. Una vez más hemos reñido: cada visita una riña.

Gruchegnka hablaba con agitación. Maximov bajó los ojos, sonriendo tímidamente.

—¿Pero cuál ha sido la causa de la riña de hoy? —preguntó Aliocha.

—Algo completamente inesperado para mí. ¡Está celoso de mi primer amor! Me ha dicho que no sabe por qué he de alimentarlo, de gastar dinero con él. ¡Siempre está celoso! La semana pasada lo estuvo hasta de Kuzma.

—Pero mi hermano conoce al polaco.

—Claro que lo conoce. Está enterado de nuestras relaciones desde el principio. Hoy me ha insultado. Me da vergüenza repetir sus palabras. ¡El muy imbécil! Rakitka se marchaba cuando yo he llegado. Él debe de haber sido el causante de su excitación. ¿No lo crees también tú?

—Te ama y ha perdido el dominio de sus nervios.

—¿Cómo podía conservarlo sabiendo que lo van a juzgar mañana? Precisamente he ido a darle ánimos. Pues lo confieso, Aliocha, que me aterra pensar lo que mañana puede ocurrir. Dices que está nervioso. ¡También lo estoy yo! ¡Pensar en el polaco! ¡Qué imbecilidad! ¡Menos mal que Maximuchka no tiene celos!

—También mi mujer estaba celosa —observó Maximov.

Gruchegnka se echó a reír sin poder contenerse.

—¿Celosa de ti? ¿Y de quién tenía celos?

—De las sirvientas.

—¡Calla, Maximuchka! No tengo humor para bromas. Y no mires las empanadillas: te podrían sentar mal. Mi casa se ha convertido en un hospital.

Gruchegnka dijo esto sonriendo. Maximov lloriqueó:

—No merezco sus cuidados; soy un ser insignificante. Dedique sus atenciones a quien pueda serle más necesario que yo.

—¡Calla, Maximuchka! ¡Todos somos necesarios! Pero es muy dificil saber quién lo es más y quién lo es menos. ¡Si no existiera ese polaco...! También él dice que hoy está enfermo. He ido a visitarlo. Le mandaré empanadillas. Nunca lo había hecho, pero ya que Mitia me ha acusado de hacerlo, lo haré. Aquí viene Fenia con una carta. Será de los polacos; volverán a pedirme dinero.

Era el *pan* Musalowizc, en efecto, el que le escribía. En una larga y ampulosa carta le rogaba que le prestase tres rublos. Con la carta le enviaba un recibo en el que se comprometía a devolver en el plazo de tres meses la cantidad solicitada. El *pan* Wrublewski firmaba también. Gruchegnka había recibido ya de Musalowizc muchas cartas con reconocimientos de deuda semejante. Las peticiones habían empezado

hacía dos semanas, al iniciarse la convalecencia de Gruchegnka. Ésta sabía que los dos *panowie* se habían presentado en la casa para preguntar por ella durante su enfermedad. La primera carta fue escrita en una hoja de gran tamaño y en ella figuraba un sello familiar. Era larga y prolija. Gruchegnka sólo leyó la mitad y la tiró sin haberla comprendido. Acabó por reirse de estas cartas. A la primera siguió otra un día después, en la que el *pan* Musalowizc pedía un préstamo de dos mil rublos. Gruchegnka la dejó, como la anterior, sin respuesta. A continuación recibió una serie de misivas en las que la suma solicitada iba disminuyendo gradualmente. De cien rublos bajó a veinticinco, y de veinticinco a diez. Finalmente, Gruchegnka recibió una carta en la que los *panowie* mendigaban un rublo y le enviaban un recibo firmado por los dos. La joven se compadeció de pronto y, al atardecer, fue a casa de los polacos. Los encontró en la más negra miseria: hambrientos, sin fuego, sin tabaco y en deuda con la patrona. Los doscientos rublos ganados a Mitia se habían esfumado rápidamente. Sin embargo, Gruchegnka fue recibida por los *panowie* —cosa que le sorprendió, como es natural— con gentil arrogancia. Esto le hizo gracia. Dio diez rublos a su «ex amor» y, entre risas, se lo contó todo a Mitia, que no demostró ni sombra de celos. Desde entonces, los *panowie* no dieron tregua a Gruchegnka: la bombardearon a diario con sus demandas de dinero, y ella siempre les enviaba algo. Y he aquí que, inesperadamente, Mitia se había mostrado ferozmente celoso.

Gruchegnka continuó, trivial y voluble:

—Como una tonta, he pasado por casa de Musalowizc al saber que estaba enfermo, y luego se lo he contado entre risas a Mitia. «Mi polaco —le he dicho— me ha cantado, acompañándose con la guitarra, las mismas canciones que me cantaba en otro tiempo. Por lo visto, quería enternecerme.» Y entonces Mitia ha empezado a insultarme... Por eso voy a mandar ahora mismo empanadillas a los polacos... Fenia, da tres rublos a la muchacha que han enviado y entrégale también una docena de empanadillas envueltas en un papel. Y tú, Aliocha, ya le contarás esto a Mitia.

—¡Eso nunca! —dijo Aliocha sonriendo.

—¿Crees que le importa? —exclamó Gruchegnka, amargada—. Se finge celoso, pero en el fondo se burla de mí.

—¿De modo que sus celos te parecen una ficción?

—¡Pues claro! ¡Qué ingenuo eres, Aliocha! Con todo tu talento, no comprendes nada. Sus celos no me ofenderían; lo que me ofende es que no los tenga. Yo soy así. Admito los celos, porque yo misma soy celosa. Lo que me molesta es que no me ame y, sin embargo, quiera darme celos. ¿Crees que soy ciega? No hace más que alabar a Katia en mi presencia: que si ha hecho venir de Moscú a un especialista famoso, que si ha llamado al mejor abogado de Petersburgo para que lo defienda... Estos elogios en mi presencia demuestran que la ama. Se siente culpable ante mí y se anticipa a acusarme para ocultar su culpa. «Has tenido relaciones con el polaco antes que

conmigo. Por lo tanto, bien puedo tenerlas yo ahora con Katia.» No es más que esto. Quiere echar toda la culpa sobre mí. Por eso me insulta. Y yo...

No pudo continuar. Se llevó el pañuelo a los ojos y se echó a llorar.

—Mitia no quiere a Catalina Ivanovna —dijo Aliocha firmemente.

—Pronto sabré si la quiere o no —replicó Gruchegnka con voz amenazadora.

Su rostro se transfiguró. Ante su gesto de sombría indignación, Aliocha se sintió profundamente apenado.

—¡No más tonterías! —exclamó Gruchegnka de pronto—. No te he hecho venir para que soportes mis lágrimas. ¿Qué pasará mañana, mi querido Aliocha? Esto es lo que me inquieta. Estoy sola. Los demás no piensan en el juicio de Mitia: no les interesa. Pero a ti si que debe interesarte. ¿Cuál será el resultado, Señor? El asesino es ese lacayo. ¿Es posible que se permita condenar a Mitia, que nadie salga en su defensa? ¿Se ha pensado en Smerdiakov?

—Lo han interrogado largamente, y todos han llegado a la conclusión de que no es el culpable. Desde que tuvo los últimos ataques está gravemente enfermo.

—¡Dios mío! Debes ir a ver al abogado a informarlo de todo. Creo que ha costado tres mil rublos hacerlo venir de Petersburgo.

—Sí, eso se le ha pagado. Entre Iván, Catalina Ivanovna y yo hemos reunido los tres mil rublos. Al especialista lo ha hecho venir Katia por su exclusiva cuenta, lo que le ha supuesto un gasto de dos mil rublos. El abogado, Fetiukovitch, habría pedido más si este asunto no se hubiera divulgado por toda Rusia; ha aceptado más por la gloria que por el dinero. Ayer fui a visitarlo.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Y qué te dijo?

—Me escuchó en silencio. Luego me hizo saber que ya tiene formada su propia opinión, pero me prometió que tendría en cuenta cuanto le había dicho.

—¡Que tendría en cuenta! ¡Qué cretinos! Perderán a tu hermano. ¿Para qué ha traído Katia al especialista?

—Para que intervenga como perito. Pretenden demostrar —Aliocha sonrió tristemente— que Mitia está loco y que cometió el crimen en un ataque de demencia. Pero mi hermano no aceptará esta solución.

—Eso podría admitirse si fuera él el asesino. Tu hermano estaba loco entonces, completamente loco... ¡Y todo por culpa mía! ¡Soy una infame!... Pero Mitia no es el asesino aunque todo el mundo lo crea. Incluso Fenia ha hecho una declaración que parece presentar a tu hermano como culpable. Y también le acusan los de la tienda, y ese funcionario, y los clientes de la taberna, que fueron los primeros en oír sus bravatas.

—Sí —dijo Aliocha, amargado—. Las declaraciones adversas son numerosas.

—Y Grigori Vasilitch insiste en que la puerta estaba abierta y afirma que la vio. No hay medio de sacarlo de su ofuscación. He ido a hablar con él, a incluso me ha

insultado.

—Ciertamente, esa declaración es la que más perjudica a mi hermano —dijo Aliocha.

—Yo creo que Mitia está verdaderamente trastornado —declaró Gruchegnka, preocupada y en un tono misterioso—. Hace tiempo que quería decirtelo, Aliocha. Voy a verlo todos los días y esto desconcertada. Dime qué te parece a ti, qué significan esas cosa raras que ahora dice y repite. Al principio creí que se trataba d algo profundo y que estaba fuera de mis alcances, pero hoy ha sido distinto: me ha hablado de un «pequeñuelo». «¿Por qué es pobr esa criaturita? Por ella voy a ir a Siberia. Yo no he matado a nadie pero es preciso que vaya a Siberia.» ¿A qué criaturita se refiere. ¿Qué habrá querido decir? No he comprendido absolutament nada. Me he echado a llorar, y él ha llorado conmigo. Hemos llora do los dos, y él me ha besado y hecho sobre mí la señal de la cruz ¿Qué significa esto, Aliocha? ¿Quién es esa «criaturita»?

—Rakitine lo visita casi a diario —dijo Aliocha sonriendo. Pero esto no es cosa de Rakitine. Ayer no fui a ver a Mitia. Iré hoy.

—El que lo trastorna no es Rakitka, sino Iván Fiodorovitch Ha ido a visitarlo y...

Gruchegnka enmudeció repentinamente. Aliocha la miró, sorprendido.

—¿Cómo? ¿Iván va a verlo? Mitia me ha dicho que no lo ha visto ni una sola vez.

—¡Qué tonta soy! —exclamó Gruchegnka, enrojeciendo—. Se me ha ido la lengua... En fin, Aliocha, ya que he empezado, te lo voy a contar todo. Iván ha ido dos veces a verle; la primera, apena volvió de Moscú, y la segunda, hace ocho días. Lo ha visitado a escondidas y ha prohibido a Mitia que te lo dijera.

Aliocha estuvo un momento pensativo. La noticia lo había impresionado profundamente.

—Iván no me ha dicho nada de Mitia. Bien es verdad que hablo poco con él. Cuando iba a verlo, tenía la impresión de que no me recibía a gusto; por eso no he ido a visitarlo desde hace tres semanas... ¿Dices que lo ha visto hace ocho días?... Pues hace precisamente una semana que Mitia ha cambiado.

—Sí —dijo con vehemencia Gruchegnka—. Tienen un secreto Mitia me lo ha dicho. Es un secreto que lo atormenta. Antes estaba siempre contento. Ahora sigue estándolo, pero cuando empieza mover la cabeza, a ir de un lado a otro, a retorcerse el pelo de la sienes, puedo decir con toda seguridad que está agitado. Por otra parte, incluso hoy estaba a ratos contento.

—¿Has dicho que a veces está agitado?

—Sí; unas veces agitado y otras contento. Francamente, Aliocha, tu hermano me sorprende. Sabiendo lo que le espera, se echa reír a veces por cualquier minucia. Se diría que es un niño.

—¿De modo que te ha prohibido hablar con Iván?

—Sí, pero a quien teme Mitia es a ti. Tienen un secreto: él mismo me lo ha dicho... Aliocha, mi querido Aliocha: procura saber qué secreto es ése y ven a decirmelo, para que yo conozca mi maldita suerte. Para eso lo he llamado.

—¿Crees que ese secreto te afecta? Si fuera así, no te habría hablado de él.

—Acaso no se atreve a decirmelo, y tampoco quiere dejar de advertirme. Lo cierto es que tiene un secreto.

—En resumen, ¿tú qué opinas?

—Yo creo que todo ha terminado para mi. Tres personas se han aliado en contra de mí. Katia forma parte del complot; es el elemento principal. Mitia me previene con alusiones. Piensa abandonarme: éste es el secreto. Mis tres enemigos son Mitia, Katia a Iván Fiodorovitch. Hace ocho días, Mitia me dijo que Iván está enamorado de Katia y que por eso va con tanta frecuencia a su casa. ¿Es esto verdad, Aliocha? Contéstame con franqueza.

—Iván no ama a Catalina Ivanovna. Créeme; nunca te engañaré.

—Eso mismo pensé yo en seguida. Mitia miente descaradamente. Y se muestra celoso para poder acusarme cuando llegue el momento. Pero es demasiado imbécil, y también demasiado franco, para saber disimular... ¡Me las pagará!.. «¡Crees que yo soy el asesino!» Hasta esto se atreve a reprocharme. ¡Que Dios lo perdone! Esa Katia se las verá conmigo ante los jueces. ¡Lo contaré todo! ¡No me callaré nada!

Se echó a llorar.

—Lo que te puedo asegurar, Gruchegnka —dijo Aliocha levantándose—, es que Mitia te ama más que a nada en el mundo. Y te ama sólo a ti. Puedes creerme; estoy completamente seguro. Y ahora te advierto que no trataré de arrancarle su secreto, y, si él me lo revela, le diré que te he prometido ponerte al corriente a ti. En este caso, volveré hoy mismo para informarte. Me parece que Catalina Ivanovna no tiene ninguna relación con este asunto; el secreto debe de referirse a otra cosa. Ya veremos. Adiós.

Aliocha le estrechó la mano. Gruchegnka seguía llorando. Aliocha advirtió que su amiga no creía en sus palabras de consuelo, pero lo cierto era que había conseguido aliviarla con su efusiva sinceridad. Le daba pena dejarla en aquel estado, pero se le hacía tarde: tenía aún muchas cosas que hacer.

II. El pie hinchado

Aliocha quería ir primero a casa de la señora de Khokhlakov y terminar cuanto antes para no retrasar demasiado su visita a Mitia. La señora de Khokhlakov estaba indispuesta desde hacía una semana. Tenía un pie hinchado y, si bien no guardaba cama, pasaba el día en su gabinete, echada en una meridiana, envuelta en una elegante pero decorosa bata casera. Aliocha había observado, con una sonrisa inocente, que la señora de Khokhlakov coqueteaba, a pesar de su enfermedad: lucía lazos, cintas y otros vistosos adornos. Desde hacía dos meses, el joven Perkhotine la visitaba con frecuencia. Aliocha no había ido a verla desde hacía cuatro días. Al llegar se dirigió a las habitaciones de Lise, que el día anterior había enviado a decirle que fuera a verla sin pérdida de tiempo para tratar de un «asunto de gran importancia». Esta visita interesaba a Aliocha por ciertas razones. Pero mientras la doncella iba a anunciarlo, la señora de Khokhlakov, enterada de su llegada, lo requirió «sólo para un minuto». Aliocha consideró que lo mejor era atender en seguida a la madre, ya que, de lo contrario, estaría mandándole recados a cada momento. Tendida en la meridiana, vestida como para una fiesta, daba muestras de viva agitación. Acogió a Aliocha con gritos de entusiasmo.

—¡Hace un siglo que no lo veo! ¡Una semana entera! ¡Ah! Sé que vino usted hace cuatro días, el miércoles pasado. Ahora va usted a ver a Lise. Estoy segura de que habrá entrado de puntillas para que yo no le oyese. ¡Si supiera usted lo inquieta que estoy por ella, mi querido Alexei Fiodorovitch! Esto es lo principal, pero ya hablaremos de ello después. Le confío enteramente a mi Lise. Desaparecido el *starets* Zósimo, que descanse en paz —y se santiguó—, usted es para mí un asceta, aunque le sienta muy bien su nueva ropa. ¿Cómo ha podido encontrar un sastre tan bueno en nuestra localidad? Ya hablaremos de esto después; es un asunto sin importancia. Perdóneme que me permita llámarlo de vez en cuando, Aliocha. A una vieja como yo, todo se le puede consentir.

Sonrió, coqueta, y continuó:

—Pero dejemos también esto para después. Lo que más me interesa es no olvidarme de lo principal. Le ruego que me avise si divago. Desde el momento en que Lise ha retirado su promesa..., una promesa infantil, Alexei Fiodorovitch..., de casarse con usted, habrá comprendido que su palabra fue un capricho de muchacha enferma, de jovencita que ha permanecido largo tiempo en un sillón. Gracias a Dios, ahora ya puede andar. El nuevo médico que Katia ha hecho venir de Moscú para el asunto de su infortunado hermano, al que mañana... ¿Qué pasará mañana? Sólo de pensarlo, me siento morir. Sobre todo, de curiosidad... El caso es que ese doctor vino ayer a ver a Lise... Le pagué cincuenta rublos por la visita. Pero esto no importa ahora. Como ve, me he armado un lío. No sé por qué he de apresurarme. Ya no me

acuerdo de dónde estaba. Lo veo todo como una enredada madeja. Temo enojarlo y que usted se vaya. No hablo con nadie más que con usted... ¿Dónde tengo la cabeza, Dios santo? Ante todo, hemos de tomar café. ¡Trae café, Julia!

Aliocha se apresuró a darle las gracias y a decirle que acababa de tomarlo.

—¿Dónde?

—En casa de Agrafena Alejandrovna.

—¿Ha tomado café con esa mujer? Ella es la causante de todo. Bien es verdad que he oído decir que su conducta actual es irreprochable; pero ya es un poco tarde. Esa conducta debió seguirla antes, cuando pudo serle de provecho. Ahora ya no le sirve para nada. Cállese, Alexei Fiodorovitch, pues tengo tantas cosas que decirle, que acabaré no diciendo ninguna... ¡Ese horrible proceso!... Yo iré sin falta; estoy dispuesta. Me llevarán en un sillón; puedo estar sentada. Ya sabe que estoy citada como testigo. ¿Qué diré? Lo ignoro. Hay que prestar juramento, ¿verdad?

—Sí, pero me parece que no podrá usted ir.

—Ya le he dicho que puedo estar sentada. ¡Oh, usted me aturde! Ese proceso, ese acto salvaje, esas personas que se van a Siberia, esas otras que se casan... ¡Y todo de prisa, de prisa! Y al fin todo el mundo envejece y mira hacia la tumba... ¡Ay, qué fatigada me siento! Esa Katia, *cette charmante personne*, me ha decepcionado. Se marchará con uno de sus hermanos a Siberia; el otro la seguirá y se instalará en la ciudad más próxima. Y todos ellos se amargarán la vida mutuamente. Todo esto me tiene trastornada. Pero lo que más me preocupa es la publicidad que se le ha dado. Se ha hablado del asunto miles de veces en los periódicos de Petersburgo y Moscú. E incluso se ha mezclado mi nombre con el de los protagonistas del suceso. Se ha dicho que yo era... una «buena amiga» de su hermano..., y digo «buena amiga» para no repetir el vil calificativo que se me ha aplicado.

—¡Es increíble! ¿Dónde se ha publicado eso?

—Lo va usted a ver. Ha aparecido en un periódico de Petersburgo que recibí ayer. Se titula Sloukhi, Rumores... Estos Rumores empezaron a publicarse hace meses. Como a mi me encanta la murmuración, me suscribí. Y ya lo ve: he quedado bien servida de rumores... Mire; aquí lo tiene; lea...

Entregó a Aliocha un periódico que sacó de debajo de la almohada.

La señora de Khokhlakov no estaba indignada, sino abatida. Como ella misma había dicho, en su cerebro reinaba la más completa confusión. El suelto era un buen ejemplo de murmuración periodística, y se comprendía que la hubiera impresionado. Pero, afortunadamente, en aquel momento era incapaz de concentrarse en nada; podía incluso olvidarse del periódico y pasar a otra cosa.

Aliocha estaba al corriente desde hacía tiempo de la resonancia que había adquirido el asunto en toda Rusia, y sólo Dios sabe las noticias imaginarias que, entre otras verídicas, había tenido ocasión de leer en los dos meses últimos sobre su

hermano, sobre todos los Karamazov y acerca de él mismo. Un periódico incluso llegó a decir que Aliocha, aterrado por el crimen de su hermano, se había recluido en un convento. Otro desmentía este rumor y afirmaba que, en alianza con el *starets* Zósimo, había fracturado la caja del monasterio, tras lo cual se había dado a la fuga.

El suelto publicado en Sloukhi se titulaba: «Noticias de Skotoprigonievsk (éste es el nombre, que hemos ocultado hasta ahora, de la localidad en cuestión) sobre el proceso Karamazov.» La noticia era breve y el nombre de la señora de Khokhlakov no figuraba en ella. Se decía simplemente que el criminal al que se estaba a punto de juzgar con tanta ceremonia era un capitán retirado, insolente, holgazán y partidario de la esclavitud; que tenía enredos amorosos y contaba con la influencia de « ciertas damas a las que pesaba su soledad». Una de ellas, «viuda abrumada por el tedio» y que pretendía ser joven aunque tenía una hija mayor se había encaprichado de él hasta el extremo de ofrecerle, dos horas antes del crimen, tres mil rublos para partir en su compañía hacia las minas de oro. Pero el desalmado había preferido procurarse los tres mil rublos matando a su padre —contaba con la impunidad— que pasear por Siberia los encantos cuadragenarios de la dama. El alegre suelto terminaba, ¿cómo no?, con palabras de noble indignación contra la inmoralidad del parricida y de la servidumbre. Después de haber leído la noticia atentamente, Aliocha dobló el periódico y se lo devolvió a la señora de Khokhlakov.

—Como usted ve —dijo la dama—, el corresponsal se refiere a mí. En efecto, poco antes del crimen le aconsejé que se fuera a las minas de oro. ¿Pero quiere esto decir que le ofreciera mis «encantos cuadragenarios», como afirma ese informador? ¡Que el Juez Soberano le perdone esta calumnia como se la perdono yo! ¿Pero sabe usted de dónde ha salido todo esto? De su amigo Rakitine.

—Es posible —convino Aliocha—. Pero yo no he oído decir nada sobre ello.

—No me cabe duda de que todo ha sido cosa suya. Por algo le eché de mi casa. ¿Está usted enterado de esto?

—Sé que usted rogó que dejara de visitarla, pero los motivos exactos los ignoro. Por lo menos, no los sé por usted.

—Entonces, lo sabe por él. Por lo visto, va hablando mal de mí.

—En efecto; pero hay que tener en cuenta que él habla mal de todo el mundo. Rakitine no me ha dicho por qué lo echó usted de casa. Hablo con él raras veces. No somos amigos.

—Bien. Se lo voy a contar todo. Hay un punto sobre el que estoy arrepentida, porque me siento culpable. ¡Claro que es un detalle insignificante!

La señora de Khokhlakov adoptó un aire juvenil y dejó escapar una sonrisa enigmática.

—Yo sospecho que... Le advierto que le hablo como una madre... No, no; todo lo contrario: le hablo como una hija, pues una madre no pinta nada aquí... Mejor dicho,

le hablo como le hablaría al *starets* Zósimo en confesión. La comparación es exacta, ya que acabo de llamarle asceta... Pues bien, he aquí que ese pobre muchacho... ¡Ah, no puedo enojarme con él!... En fin, en una palabra, ese atolondrado creyó..., por lo menos así me parece..., enamorarse de mí. Yo no me di cuenta de ello hasta algún tiempo después, hasta hace un mes aproximadamente. Entonces fue cuando empezó a visitarme con frecuencia. Antes ya nos conocíamos. Total, que yo no sospechaba nada, y de pronto tuve como un relámpago de clarividencia... Ya sabe usted que hace unos dos meses empecé a recibir en mi casa a Piotr Ilitch Perkhotine, ese hombre joven, cortés y modesto que es funcionario y desempeña su cargo en nuestra localidad. Usted se ha encontrado con él más de una vez. ¿Verdad que es un hombre inteligente y que va siempre bien vestido? A mí me encanta la juventud, Aliocha, cuando en ella se reúnen las dos cualidades de talento y modestia, como en usted... Perkhotine es poco menos que un hombre de Estado; hay que ver cómo habla. Lo recomendaría a cualquiera sin vacilar. Es un futuro diplomático. Aquel fatidico día casi me salvó la vida al venir a verme por la noche. En cambio, Rakitine va siempre arrastrando sus pesados zapatos por las alfombras... Bueno, el caso es que un día empezó a hacer ciertas alusiones. Una vez, mientras charlábamos, me apretó la mano con fuerza. Desde entonces tengo el pie malo. Ya se había encontrado con Piotr Ilitch én mi casa, y siempre, no sé por qué, sin motivo alguno, hablaba mal de él, lo censuraba implacablemente. Yo me limitaba a observarlos a los dos, riendo para mis adentros y preguntándome cómo terminaría la cosa. Un día en que me hallaba sola, más que sentada, echada, Mikhail Ivanovitch vino a verme, ¿y sabe usted lo que me trajo? Unos versos. Eran muy cortos y se referían a la enfermedad de mi pie. Escuche... ¿Cómo eran?... Me parece que...

Ese piececito encantador
stá un poco hinchado...

»o algo parecido. No me acuerdo bien. Los tengo allí; ya se los enseñaré. Son muy bonitos. No hablan de mi pie solamente. Son muy decentes y tienen un algo delicioso que en este momento no recuerdo. En fin, que son dignos de figurar en un álbum. Naturalmente, le di las gracias, y él se sintió halagado. Aún no había terminado de dárselas, cuando entró Piotr Ilitch. Mikhail Ivanovitch se puso tan sombrío como la noche. Adverti que Piotr Ilitch le molestaba. Mikhail Ivanovitch quería decirme algo, no cabía duda, después de leerme los versos..., sí, lo presentí, y he aquí que en ese momento entra Piotr Ilitch. Yo mostré a éste los versos sin decir de quién eran, pero él lo supuso en el acto, estoy segura, aunque lo ha negado siempre. Piotr Ilitch se echó a reir y empezó a criticar. Los versos eran malos; parecían escritos por un seminarista audaz. Entonces su amigo, en vez de echarse a reír, se encolerizó. ¡Dios mío, creí que iban a llegar a las manos!

»—Son míos —dijo el autor—. Los he escrito por puro entretenimiento, pues a mí me parece ridículo escribir versos... Pero éstos son buenos. Se quiere levantar una estatua a Pushkin por haber cantado los pies de las mujeres[116]. Mis versos tienen un matiz moral. Usted, en cambio, no es más que un reaccionario, un ser refractario al progreso de la humanidad, ajeno a la evolución de las ideas, un burócrata que toma propinas.

»Entonces yo empecé a gritar, a suplicarles que se reportaran. Piotr Ilitch, bien lo sabe usted, no es un hombre asustadizo. Adoptó una actitud digna, lo miró irónicamente y le presentó excusas.

»—Ignoraba que fuera usted el autor —le dijo—. De lo contrario, me habría expresado de otro modo: habría alabado sus versos. Sé que los poetas son personas irascibles.

»En resumen, ironías expresadas con toda seriedad. Él mismo me confesó más tarde que ironizaba, pero yo me dejé engañar. Entonces yo estaba echada como estoy ahora y pensaba: “¿Debo poner en la calle a Mikhail Ivanovitch por las palabras groseras que , ha dirigido a un amigo mío en mi casa?” Puede creerme: estaba echada, con los ojos cerrados y sin conseguir tomar una decisión. Estaba desesperada, mi corazón latía con violencia. ¿Debía gritar o no debía gritar? Una voz me decía: “Grita.” Y otra me aconsejaba: “No grites.” Apenas oí esta segunda voz, empecé a gritar. Después perdí el conocimiento. Naturalmente, fue una escena espantosa. De pronto me levanté y dije a Mikhail Ivanovitch:

»—Lo lamento mucho, pero no quiero volver a verlo en mi casa.

»Éstas fueron las palabras con que lo puse en la calle. ¡Oh, Alexei Fiodorovitch! Sé muy bien que obré mal. Mentí: yo no estaba enojada contra él. Le despedí porque me pareció que la escena era muy apropiada a la situación... Desde luego, fue una escena muy natural, pues yo lloraba de veras, a incluso estuve varios días llorando. Al fin, un día después del desayuno me olvidé de todo. Hacía dos semanas que su amigo había dejado de visitarme. Yo me preguntaba: “¿Será posible que no vuelve más?” Esto fue ayer. Y he aquí que ayer mismo, por la tarde, recibí este ejemplar de Rumores. Lo leí y me quedé boquiabierta. ¿De dónde habría salido la noticia?... ¡De él! Apenas volvió a su casa, escribió esto y lo mandó al periódico. Reconozco que hablo átolondradamente, Aliocha; pero no lo puedo remediar...

—Se me va a hacer tarde para ir a ver a mi hermano —balbució Aliocha.

—Eso me recuerda una pregunta que quería hacerle. Digame: ¿qué es la obsesión?

—¿A qué obsesión se refiere? —preguntó Aliocha, sorprendido.

—A la obsesión judicial, esa obsesión que da lugar a que todo se perdone. Cualquiera que sea el delito que uno comete, se le perdona.

—¿Por qué me hace esa pregunta?

—Se lo explicaré. Esa Katia es una criatura encantadora, pero ignoro de quién está enamorada. Estuvo aquí el otro día y no lo pude averiguar. Se limita a hablar en términos generales y especialmente de mi salud. Incluso adopta cierto tonillo afectado. Y yo me he dicho: «¡Alabado sea Dios!»... Bueno, volvamos a la obsesión. Ya sabe que ha venido de Moscú un doctor. Tiene que saberlo, puesto que lo ha traído usted... No, no: lo ha traído Katia. ¡Ah, siempre esa Katia! Bueno, a lo que íbamos. Un hombre es normal, pero de pronto sufre una obsesión; su lucidez era completa, se daba perfecta cuenta de sus actos, pero sufre una obsesión. Pues bien, esto es seguramente lo que le ha ocurrido a Dmitri Fiodorovitch. Es un descubrimiento y una ventaja de la nueva justicia. Ese doctor vino a visitarme y me hizo una serie de preguntas relacionadas con la noche fatídica, o sea sobre las minas de oro. «¿Cómo estaba entonces el acusado?» Yo le dije que no cabía duda de que estaba bajo los efectos de una obsesión. Esto era seguro, pues gritaba: « ¡Quiero dinero, quiero dinero! ¡Déme tres mil rublos!» Y después se marchó y cometió el asesinato. « ¡No quiero matar! ¡No quiero matar!», decía. Y, sin embargo, mató. Pero, aunque tratara, se le perdonará por su deseo de no matar.

—Es que él no mató —replicó en el acto Aliocha, cuya agitación a impaciencia iban en aumento.

—Ya lo sé. El asesino fue el viejo Grigori.

—¿Grigori?

—Sí, fue Grigori. Estuvo un rato sin conocimiento a causa del golpe que le propinó Dmitri Fiodorovitch.

—¿Pero por qué?

—Obró bajo el imperativo de una obsesión. Al volver en sí después de haber recibido el golpe en la cabeza, la obsesión le impulsó a cometer el crimen. Él dice que no lo cometió, pero puede ser que lo cometiera y no se acuerde... Pero, bien mirado, sería preferible que lo hubiera cometido Dmitri Fiodorovitch... Sí, aunque estoy acusando a Grigori, seguramente fue Dmitri el autor del delito, y esto es mejor, mucho mejor. Esto no quiere decir que yo apruebe que los hijos maten a sus padres. Por el contrario, creo que los hijos deben respetar a los autores de sus días. Pero es preferible que el culpable sea Dmitri, ya que en este caso no tendrá usted que preocuparse, puesto que habrá cometido el crimen inconscientemente, o tal vez conscientemente, pero sin saber por qué razón... Se le debe absolver, sería un acto humanitario, un ejemplo de los beneficios que se desprenden de la nueva justicia. Yo no sabía nada de esto. Me han dicho que es cosa antigua, pero yo no me enteré hasta ayer. Y me sentí tan impresionada, que de buena gana habría enviado en su busca en seguida. Si se le absuelve, lo invitaré a comer sin pérdida de tiempo, invitaré también a todas mis amistades y beberemos a la salud de los nuevos jueces. No creo que Dmitri sea peligroso; además, seremos tantos, que se le podría meter en cintura

fácilmente si intentara cometer alguna locura. Andando el tiempo, podrá ser juez de paz o algo parecido, ya que los mejores magistrados son aquellos que han sufrido adversidades. El caso es que hoy en día no hay nadie que no tenga obsesiones. Las tiene usted, las tengo yo, y tantos y tantos otros... Un individuo se dispone a cantar una canción. De pronto, ve algo que lo enoja, empuña una pistola y mata al primero que llega. A este individuo se le absuelve. Lo he leído hace poco, y todos los doctores lo han confirmado. Ahora lo confirman todo. También Lise tiene obsesiones. Me hizo llorar ayer y anteayer. Hoy he comprendido que todo se debía a una simple obsesión... ¡Oh! Lise me preocupa mucho. A veces creo que ha perdido la razón. ¿Para qué le ha hecho venir? ¿O acaso ha venido por propia iniciativa?

—Lise me ha llamado y voy a ver qué quiere —dijo Aliocha resueltamente y poniéndose en pie.

La señora de Khokhlakov se echó a llorar.

—Hemos llegado al punto principal, mi querido Alexei Fiodorovitch. Bien sabe Dios que le confío sinceramente a Lise, y no me importa que le haya llamado a usted sin decirmelo. En cambio, a su hermano Iván..., usted me perdonará, pero no puedo confiarle así a mi hija, aunque lo considero como un ejemplo de caballerosidad entre los jóvenes de hoy. ¿Sabe usted que vino a ver a Lise sin que yo me enterase?

—¿Es posible? ¿Cuándo? —exclamó Aliocha, estupefacto.

—Se lo voy a contar todo. Aunque no me acuerdo bien, creo que por esto le he hecho venir. Iván Fiodorovitch me había visitado dos veces desde que llegó de Moscú. Primero vino simplemente para saludarme. La segunda visita ha sido reciente. Katia estaba aqui y él lo supo. Le advierto que yo no deseaba ver en mi casa con frecuencia a un hombre que tiene tan graves problemas con su hermano, *vous comprenez, cette affaire et la mort terrible de votre papa.* Pero, de pronto, supe que había venido nuevamente. Vino hace seis días, y no a verme a mi, sino a ver a Lise, con la que estuvo cinco minutos. Me enteré tres días después por una de mis sirvientas. La noticia me impresionó. Llamé en seguida a Lise, que se echó a reír.

»—Creyó que estabas durmiendo —me explicó—. Vino a preguntar por ti.

»Seguro que dijo la verdad. ¡Pero qué pena me da Lise, Dios mío! Hace cuatro días, por la noche, después de verlo a usted, tuvo un ataque de nervios. Gritaba, gemía... ¿Por qué no tendré yo nunca ataques de nervios? Al día siguiente y al otro se repitieron los ataques. Y ayer, la obsesión de que le he hablado. De pronto, empezó a gritar:

»—¡Detesto a Iván Fiodorovitch! ¡Te exijo que no lo vuelvas a recibir, que le prohíbas la entrada en esta casa!

»Yo le contesté, estupefacta:

»—¿Por qué tratar así a un joven que reúne tantos méritos, tan culto y además, tan desgraciado?

»Pues todas estas complicaciones son una desgracia más que otra cosa, ¿no le parece? Ella se echó a reír al oír mis palabras, se echó a reír con risa hiriente. Yo me alegré: creí que la había divertido y que los ataques cesarían. Por otra parte, yo había pensado poner, por mi propia iniciativa, punto final a las extrañas visitas que Iván Fiodorovitch había iniciado sin mi permiso. También me había propuesto pedirle explicaciones. Esta mañana, al despertar, Lise se ha enojado con Julia hasta el extremo de abofetearla. Comprenderá usted que esto es monstruoso. Yo trato de “usted” a mis sirvientas. Media hora después, mi hija abrazaba a Julia y le besaba los pies. Me envió a decir que no la esperase, que nunca más vendría a verme, y cuando fui, poco menos que arrastrándome, a sus habitaciones, se echó a llorar y me cubrió de besos. Después me empujó hacia la puerta sin decir palabra, de modo que no pude enterarme de nada. Ahora, querido Alexei Fiodorovitch, pongo todas mis esperanzas en usted. Mi destino está en sus manos. Le ruego que vaya a ver a Lise y aclare todo esto, como sólo usted sabe hacerlo, y luego haga el favor de venir a contármelo a mi, a la madre. Pues le aseguro a usted que si esto continúa me moriré o dejaré esta casa. No puedo más. Tengo mucha paciencia, pero podría perderla, y si la perdiese..., si la perdiese..., ¡ah, sería terrible!

De pronto, al ver entrar a Piotr Ilitch Perkhotine, exclamó radiante de alegría:

—¡Gracias a Dios que llega usted, Piotr Ilitch! Se ha retrasado bastante... Bueno, siéntese y hable.. ¿Qué dice nuestro abogado?... ¿Adónde va, Alexei Fiodorovitch?

—A ver a Lise.

—¡Ah, si! Le suplico que no se olvide de mi encargo. Está en juego mi destino.

—No lo olvidaré... Es decir, si es posible, pues voy a ver a su hija con gran retraso —murmuró Aliocha mientras se alejaba.

—No admito ese «si es posible» ; ha de venir sin falta —gritó a su espaldas la señora de Khokhlakov—. ¡Si no viene, me moriré!

Pero Aliocha había desaparecido ya.

III. Un diablillo

Encontró a Lise recostada en el sillón en que la transportaban cuando no podía andar. Lise no se levantó al verlo aparecer, pero lo taladró con una mirada penetrante y ardiente. Aliocha se asombró del cambio que se había operado en ella desde que la había visto por última vez tres días atrás. Había adelgazado. Lise no le tendió la mano. Aliocha rozó con la suya los frágiles dedos, inmóviles sobre el vestido, y se sentó frente a ella sin decir palabra.

—Ya sé que tiene usted prisa —dijo de súbito Lise—. Ha de ir a la cárcel y mi madre lo ha retenido durante dos horas. Le ha hablado de Julia y de mí.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo he escuchado. ¿Por qué me mira usted así? Cuando quiero, escucho, pues no hay ningún mal en ello. No voy a pedir perdón por tan poca cosa.

—¿Está molesta por algo?

—Nada de eso: me siento perfectamente bien. Hace un momento estaba pensando por enésima vez lo acertada que estuve al retirar la palabra de matrimonio que le di. Usted no me conviene como marido. Si me casara con usted y le pidiera que llevara una misiva a un pretendiente mío, usted lo haría, e incluso me traería la respuesta. Y, cuando tuviera cuarenta años, seguiría sirviéndome de cartero para cartas de esta índole.

Y se echó a reír.

—Hay en usted algo maligno a la vez que ingenuo —dijo Aliocha sonriendo.

—Precisamente porque soy ingenua no siento vergüenza ante usted. No sólo no siento vergüenza, sino que no quiero sentirla. Oiga, Aliocha: ¿por qué no lo respetaré a usted? Lo aprecio mucho, pero no lo respeto. Si lo respetara, no le podría hablar sin avergonzarme, ¿no le parece?

—Sí.

—Entonces, ¿cree usted que su persona no me inspira vergüenza?

—No, no lo creo.

Lise se volvió a echar a reír nerviosamente. Hablaba muy de prisa.

—He enviado unos bombones a su hermano Dmitri, a la cárcel. ¡Oh, Aliocha! ¡Qué amable es usted! Siempre le querré por haberme permitido con tanta facilidad dejar de quererlo.

—¿Para qué me ha hecho venir?

—Para hablarle de un deseo que se ha adueñado de mí. Ansío que alguien me haga sufrir; que se case conmigo, me torture, me engañe y, al fin, me abandone. No quiero ser feliz.

—¿Está enamorada del desorden?

—Sí, me gusta el desorden. Quisiera prender fuego a la casa. Me parece estar

viendo la escena. Le prendo fuego disimuladamente, sin que nadie lo advierta. Se lucha por apagar el incendio. La casa arde. Yo sé por qué arde, pero me callo. ¡Ah, qué estupidez! ¡Y qué horror!

Hizo un gesto de repugnancia.

—Usted vive como una persona rica —dijo Aliocha en voz baja.

—¿Acaso es mejor vivir como pobre?

—Si.

—Eso se lo dijo su difunto *starets*, ¿verdad? Aunque sólo yo fuera rica y todos los demás pobres, comería golosinas, bebería licores y no invitaría a nadie. ¡No, no hable; no diga nada! —exclamó levantando la mano, aunque Aliocha no había abierto la boca—. Eso ya me lo ha dicho muchas veces; lo sé de memoria... ¡Qué fastidio! Si yo fuera pobre, mataría a alguien..., y acaso mate siendo rica... ¡No se mortifique!... Quiero segar, segar campos de trigo... Seré su esposa y usted se convertirá en un campesino, en un verdadero campesino... Y tendremos un caballo, ¿no le parece? ¿Conoce usted a Kalganov?

—Sí.

—Sueña despierto. Dice: «¿Para qué vivir? Es preferible soñar.» Se pueden soñar las cosas más alegres; la vida, en cambio, es un fastidio... Pronto se casará. A mí también se me ha declarado. ¿Usted sabe hacer bailar una peonza?

—Sí.

—Pues él es como una peonza. Hay que ponerlo en movimiento, lanzarlo y no dejarlo parar. Si me caso con él, lo estaré haciendo bailar toda la vida. ¿Le da vergüenza estar conmigo?

—No.

—Usted está disgustado conmigo porque no hablo de cosas santas. Yo no quiero ser santa. ¿Cómo se castiga en el otro mundo el pecado más grave? Usted ha de estar bien enterado.

—Dios condena —dijo Aliocha, mirándola fijamente.

—Eso es lo que quiero. Llegaré, me condenarán y me echaré a reír en la cara de todos. Quiero, deseo vivamente prender fuego a la casa, Aliocha, ¡a mi casa! ¿No me cree usted?

—¿Por qué no he de creerla? Hay niños que a los doce años sienten la necesidad de prender fuego a algo y lo prenden. Es una especie de enfermedad.

—No es cierto, no es cierto. Hay muchos niños así, pero el motivo es otro.

—Usted confunde el mal con el bien. Es un estado anormal pasajero, que procede sin duda de su reciente enfermedad.

—Usted me menosprecia. Yo no quiero hacer ningún bien, sencillamente; quiero obrar mal. No hay ninguna enfermedad en esto.

—¿Qué adelantará usted obrando mal?

—Destruirlo todo. ¡Cómo me gustaría destruirlo todo! Huya, Aliocha. A veces me acomete el deseo de hacer grandes males, las cosas más viles, durante largo tiempo, a escondidas... De pronto, todos se enterarán, me rodearán y me señalarán con el dedo. Y yo los miraré a la cara. Será muy agradable. ¿Por qué me será tan agradable, Aliocha?

—A veces se siente la necesidad de destruir algo bueno, de prender fuego a algo, como usted acaba de decir. Sí, eso suele suceder.

—No me contentaré con decirlo: lo haré.

—Lo creo.

—¡Ah, cuánto le agradezco esas palabras! uLo creo»... Y estoy segura de que lo cree, porque usted no miente nunca. Pero acaso suponga que digo todo esto con el único fin de mortificarlo.

—No, no he pensado en ello..., aunque reconozco que es usted capaz de sentir esa necesidad.

—Hasta cierto punto, la siento —y añadió con un vivo resplandor en la mirada—: A usted no le miento nunca.

Lo que más impresionaba a Aliocha era la seriedad con que hablaba Lise. No había la menor sombra de malicia ni de burla en su rostro, siendo así que otras veces, incluso en los momentos más graves, conservaba la alegría.

—Hay momentos en que el hombre se siente atraído hacia el crimen —dijo Aliocha, pensativo.

—Cierto; yo pienso como usted. Todo el mundo se siente inclinado al crimen, pero no sólo en algunos momentos, sino siempre. A mí me parece que debió de celebrarse alguna vez una asamblea general para tratar de este asunto, y se llegó al acuerdo de mentir. Desde entonces todos mienten: dicen que odian el mal, y lo quieren en sí mismos.

—Usted sigue leyendo malos libros.

—Si. Mi madre se los esconde debajo de la almohada, pero yo se los quito.

—¿No se da usted cuenta de que se está destruyendo a si misma?

—Quiero destruirme. En nuestra ciudad hay un chico que se echó entre los raíles y esperó a que le pasara un tren por encima. Lo envidio. Escuche: se va a juzgar a su hermano por haber matado a su padre. Pues bien, todo el mundo está contento de que lo haya matado.

—¿Contento de que haya matado a su padre?

—Sí, todos están contentos. Dicen que es espantoso, pero en el fondo están contentísimos. Y yo la primera.

—En sus palabras hay algo de verdad —dijo lentamente Aliocha.

—¡Oh, qué ideas tan magníficas tiene usted! —exclamó Lise, entusiasmada—. ¡Y el que habla así es un monje! ¡No sabe usted cuánto lo respeto, Aliocha! ¡Usted no

miente jamás! Oiga, quiero contarle algo ridículo: a veces, en sueños, veo a los demonios. Es de noche. Estoy sola en mi habitación, donde arde una vela. De pronto, salen los diablos de todos los rincones y de debajo de la mesa. Abren la puerta. Allí hay muchos más, que desean entrar para apresarme. Ya avanzan, ya se arrojan sobre mí. Pero me santiguo, y todos retroceden aterrados. No se van, se quedan en los rincones y en la puerta. De pronto, siento un irresistible deseo de blasfemar; empiezo a hacerlo y ellos avanzan en masa, alegremente. De nuevo ponen sus manos sobre mi; pero yo vuelvo a santiguarme y todos vuelven a retroceder. Es tan divertido, tan emocionante, que pierdo la respiración.

—Yo también he tenido ese sueño —dijo Aliocha.

—¿Es posible? —exclamó Lise, asombrada—. Oiga, Aliocha; no bromee; esto es muy importante. ¿Puede ser que dos personas tengan un mismo sueño?

—Sí, puede ser.

—Le repito que esto es muy serio, Aliocha —dijo Lise en el colmo de la sorpresa —. No es el sueño lo que importa, sino el hecho de que usted haya tenido el mismo sueño que yo. Usted que no miente nunca, no miente ahora. ¿Habla en serio? ¿No bromea?

—Hablo completamente en serio.

Lise estaba atónita. Guardó silencio un instante.

—Aliocha —dijo en tono suplicante—, venga a verme con más frecuencia.

—Vendré siempre, toda la vida —respondió firmemente Aliocha.

—No puedo confiar en nadie más que en usted; usted es la única persona del mundo en quien puedo confiar. Le hablo con más sinceridad que a mí misma. No siento ninguna vergüenza ante usted, Aliocha, ninguna. ¿Por qué será? Aliocha, ¿es verdad que los judíos roban y estrangulan niños en las Pascuas?

—No lo sé.

—Yo tengo un libro donde se explica un proceso contra un judío que, después de cortar los dedos a un niño de cuatro años, lo clavó, lo crucificó en una pared. El culpable declaró ante el tribunal que el niño murió rápidamente, al cabo de cuatro horas. En verdad, es una muerte rápida. El niño no cesaba de gemir, mientras el asesino permanecía ante él, contemplándolo. ¡Esto está bien!

—¿Bien?

—Sí. A veces me imagino que soy yo quien lo ha crucificado. El niño gime. Yo me siento ante él y me pongo a comer compota de piña. Es un dulce que me gusta mucho. ¿A usted no?

Aliocha la miraba en silencio. De pronto, el rostro, de un amarillo pálido, de Lise se transfiguró y sus ojos llamearon.

—Después de haber leido esa historia, me pasé llorando toda la noche. Creía oír los gritos y los lamentos del niño. ¿Cómo no había de gritar si sólo tenía cuatro años?

Y la idea de la compota no se apartaba de mi pensamiento. A la mañana siguiente envié una carta a cierta persona, rogándole que viniera a verme sin falta. Vino y le conté todo lo referente al niño y a la compota, absolutamente todo. Luego le dije: « Esto está bien.» Él se echó a reír. Le pareció que, en efecto, estaba bien. Luego, al cabo de cinco minutos, se marchó. ¿Obró así porque me despreciaba? Diga, Aliocha: ¿cree usted que me despreciaba?

Se irguió en su sillón. Sus ojos centelleaban. Perdiendo la calma, Aliocha preguntó:

—¿De modo que usted llamó a esa «cierta persona»?

—Sí.

—¿Le envió la carta?

—Sí.

—¿Lo hizo venir para contarle lo del niño?

—No precisamente para eso pero cuando lo vi entrar se lo conté. Él se echó a reír y luego se fue.

—Obró sinceramente —dijo Aliocha con calma.

—¿Pero cree usted que me despreció? Ya le he dicho que se echó a reír.

—No la despreció. A lo mejor, también él admite lo de la compota de piña. Está muy enfermo, Lise.

—Sí, admite lo de la compota —afirmó Lise con ojos fulgurantes.

—No desprecia a nadie —dijo Aliocha—. Pero tampoco confía en nadie. Y yo me digo que si no confía, desprecia.

—¿También a mí?

—También a usted.

—En eso hay un bien —exclamó Lise, furiosa—. Cuando se marchó riéndose, advertí que en el desprecio había algo bueno. Tener los dedos cortados como ese niño es un bien; ser despreciado es igualmente un bien.

Miró a Aliocha con una sonrisita aviesa.

—Oiga, Aliocha, yo querría... ¡Oh, sálveme!

Se irguió, se inclinó hacia él, lo estrechó en sus brazos.

—¡Sálveme! —gimió—. ¡A nadie le he dicho lo que acabo de decirle a usted! ¡He dicho la verdad, la pura verdad! Todo me es ingrato. ¡Me mataré, no quiero vivir! ¡Todo me inspira aversión, todo! ¡Oh Aliocha! ¿Por qué no me quiere usted? ¿Por qué no me quiere ni siquiera un poco?

—¡Pero si yo la quiero! —dijo Aliocha con vehemencia.

—¿Me llorará usted?

—Sí.

—¿Pero no sólo porque no he querido casarme con usted, sino por todo?

—Sí.

—Gracias. Me basta con sus lágrimas. Y que todos, absolutamente todos los demás, me torturen y me pisoteen. No quiero a nadie. ¿Lo oye? ¡A nadie! Por el contrario, los odio a todos... Y ahora váyase a ver a su hermano. Ya es hora de que se vaya.

Se retiró; ya no lo aprisionaba con sus brazos.

—No puedo dejarla en ese estado —dijo Aliocha, inquieto.

—Vaya a ver a su hermano. Se le hace tarde; no lo van a dejar entrar. Aquí tiene su sombrero. ¡Váyase, váyase! Dé un beso a Mitia de mi parte.

Empujó a Aliocha hacia la puerta. Él la miraba, apenado y perplejo. En esto notó que Lise ponía en su mano un papel doblado. Vio que era un sobre cerrado y leyó este nombre en él: «Iván Fiodorovitch Karamazov.» Luego dirigió una rápida mirada a Lise. Y vio que en su semblante había una sombra de amenaza.

—¡No deje de entregárselo! —exclamó con una exaltación que la hacía temblar —. ¡Lo ha de recibir hoy mismo, en seguida! ¡Si no lo recibe, me envenenaré! Por eso lo he hecho venir.

Y le echó la puerta a la cara. Aliocha se guardó la carta en el bolsillo y se dirigió a la salida, sin despedirse de la señora de Khokhlákov, de la que ni siquiera se acordaba.

Cuando Aliocha hubo desaparecido, Lise entreabrió la puerta, puso un dedo en la abertura y volvió a cerrar con todas sus fuerzas. Luego retiró la mano, y, lentamente, fue a sentarse en su sillón. Se miró el dedo ennegrecido y manchado de la sangre que salía de debajo de la uña. Los labios le temblaban. Se dijo a sí misma una y otra vez:

—Vil, vil, vil...

IV. El himno y el secreto

Era ya tarde (y los días son cortos en noviembre) cuando Aliocha llamó a la puerta de la cárcel. Anochecía, pero él estaba seguro de que le permitirían entrar. En nuestra pequeña ciudad ocurría lo que ocurre en todas. Al principio, una vez instruido el sumario, las entrevistas de Mitia, tanto con sus familiares como con los demás visitantes, se celebraban con arreglo a las normas establecidas. Pero pronto se exceptuaron de estas formalidades a algunos de los que iban a verlo asiduamente. Éstos llegaron a poder conversar con el preso sin trabas de ninguna índole. Bien es verdad que eran sólo tres los que gozaban de estas licencias: Gruchegnka, Aliocha y Rakitine.

El *ispravnik* Mikhail Makarovitch miraba con buenos ojos a Gruchegnka. Estaba arrepentido de la dureza con que le había hablado en Mokroie. Después, cuando estuvo bien informado de todo, su juicio sobre la joven había cambiado por completo. Por otra parte, aunque parezca extraño, aun estando seguro de que Mitia era culpable, lo trataba con cierta indulgencia desde que estaba encarcelado. Se decía: «Tal vez no tenga mal fondo; puede ser que el alcohol y la disipación lo hayan perdido.» En su alma había sucedido la piedad al horror. El *ispravnik* tenía gran afecto a Aliocha, al que conocía desde hacia mucho tiempo. Rakitine, otro de los que visitaban con frecuencia al preso, tenía gran amistad con las «señoritas del *ispravnik*», como él las llamaba. Además, daba lecciones en casa del inspector de la cárcel, viejo bonachón, aunque militar riguroso. Aliocha conocía desde hacía tiempo a este inspector, para el que no había nada mejor que él acerca de la «suprema sabiduría». El viejo respetaba, a incluso temía, a Iván Fiodorovitch, y especialmente a sus razonamientos, aunque también él era un gran filósofo... a su manera. Por Aliocha sentía una simpatía profunda. Llevaba un año estudiando los Evangelios apócrifos y daba cuenta de sus impresiones a su joven amigo. Cuando Aliocha estaba en el monasterio, iba a verle y estaba horas enteras conversando con él y con los religiosos. O sea, que si Aliocha llegaba demasiado tarde a la cárcel, pasaba antes por casa del inspector, y todo arreglado. Por otra parte, todo el personal, hasta el último guardián, estaba acostumbrado a verlo. El centinela, por supuesto, no le ponía ninguna dificultad: sabía que tenía el pase reglamentario, y esto le bastaba. Cuando alguien preguntaba por Mitia, éste bajaba al locutorio.

Al entrar en esta pieza, Aliocha vio que Rakitine se estaba despidiendo de su hermano. Los dos hablaban en voz alta. Mitia se reía y el otro parecía malhumorado. Sobre todo últimamente a Rakitine le desagradaba encontrarse con Aliocha. Hablaba poco con él a incluso lo saludaba con cierta frialdad. Al verlo entrar, frunció el entrecejo, desvió la vista y fingió absorberse en la tarea de abrocharse el abrigo de cuello de piel. Después empezó a buscar su paraguas.

—No sé si se me olvida algo —dijo, no sabiendo qué decir.

—No debes olvidar nada, con tal que sea tuyo —dijo Mitia, echándose a reír.

Rakitine se enfureció.

—¡Eso recomiéndaselo a los Karamazov, familia de explotadores! —exclamó, temblando de cólera.

—No te pongas así. Ha sido una broma.

Y añadió, dirigiéndose a Aliocha y señalando a Rakitine, que se dirigía a la puerta a toda prisa:

—Todos son iguales. Se reía, estaba contento, y, de pronto, ya ves cómo se pone... Ni siquiera te ha saludado. ¿Estáis reñidos?... ¿Por qué has tardado tanto? Te he estado esperando todo el día con impaciencia. Pero no importa: ahora nos desquitaremos.

—¿Por qué viene a verte con tanta frecuencia Rakitine? ¿Os habéis asociado?

—No. Es un bribón. Y me cree un miserable. No comprende las bromas. No hay nada en su alma; me recuerda las paredes de esta cárcel cuando las vi por primera vez. Pero no es tonto... Oye, Alexei: ¡estoy perdido!

Se sentó en un banco a invitó a Aliocha a que se sentara a su lado.

—Te comprendo, Mitia. Mañana se celebrará el juicio. ¿De veras no tienes ninguna esperanza?

—¿El juicio? —preguntó Dmitri como si no comprendiera—.

¡Ah, sí; el juicio! ¡Bah, eso no tiene importancia! Hablemos de lo que importa. Aunque me juzguen mañana, no pensaba en eso cuando he dicho que estoy perdido. No temo por mi cabeza, sino por lo que hay dentro. ¿Por qué me miras con ese gesto de desaprobación?

—No sé lo que has querido decir, Mitia.

—Me he referido a las ideas, si, a las ideas... ¡La ética! ¿Qué es la ética, Aliocha?

Alexei miró a Dmitri, desconcertado.

—¿La ética?

—Sí; sé que es una ciencia, ¿pero qué ciencia?

—Desde luego, hay una ciencia que lleva ese nombre. Pero te confieso que no puedo decirte de ella nada más.

—Rakitine sí que la conoce. Ese granuja es un sabio. No profesará. Piensa irse a Petersburgo y dedicarse a la crítica, una crítica de tendencia moral... Puede hacerse valer, llegar a ser alguien. ¡Con lo ambicioso que es!... Bueno, ¡al diablo la ética!... ¡Estoy perdido, Alexei, varón de Dios! Te quiero como no te quiere nadie; cuando pienso en ti, mi corazón se acelera... Oye, ¿quién es Carlos Bernard?

—¿Carlos Bernard?

—No; Carlos, no: Claudio, Claudio Bernard. Es quimico, ¿no?

—He oído decir que es un sabio, pero esto es todo lo que sé de él.

—Yo tampoco sé nada. ¡Que se vaya al diablo! Seguramente está en la miseria. Todos los sabios están en la miseria. Pero Rakitine irá muy lejos. Se mete en todas partes. Es un Bernard en su género. Estos Bernard abundan.

—¿Pero qué tienes que ver con Rakitine?

—Pretende hacer su presentación como escritor con un articulo sobre mí. Por eso viene a verme: él mismo me lo ha dicho. Un artículo de tesis. «Tenía que matar: es una víctima del medio...», etcétera. Según me ha dicho, escribirá con cierta tendencia socialista. Me tiene sin cuidado. Detesta a Iván. Y tú no le eres simpático. Yo lo soporto porque tiene ingenio. ¡Pero qué orgulloso es! Hace un momento le he dicho: «Los Karamazov no somos cualquier cosa; somos filósofos, como todos los verdaderos rusos. Sin embargo, tú, con todo tu saber, no eres un filósofo, sino un patán.» Él ha sonreído, sarcástico. Y yo he añadido: *De opinionibus non est disputandum.* También yo conozco a los clásicos —terminó, echándose a reír.

—¿Pero por qué dices que estás perdido?

—Pues..., en el fondo..., observando el hecho en su conjunto, porque siento la falta de Dios.

—No sé lo que quieres decir.

—¿No? Verás. En la cabeza, mejor dicho, en el cerebro, hay nervios... Estos nervios tienen fibras, y cuando estas fibras vibran... Oye, cuando miro una cosa, las fibras empiezan a vibrar, y, apenas vibran, se forma una imagen. Bueno, no se forma en seguida, sino al cabo de un momento, de un segundo... Entonces aparece en la imaginación un momento..., no un momento, ¡qué disparates digo!..., aparece un objeto, una escena. Así se realiza la percepción. Y no podemos menos de decirnos que esto ocurre porque tenemos fibras, y no porque tenemos alma y estamos hechos a imagen y semejanza de Dios... Ayer mismo me habló de esto Mikhail. Y desde entonces me tortura esta idea. ¡La ciencia es magnífica, Alexei! El hombre progresa; esto es natural... Sin embargo, echo de menos a Dios.

—Eso es bueno —dijo Aliocha.

—¿Que eche de menos a Dios? ¡La química, hermano, la química! Perdóneme su reverencia, pero tendrá que apartarse un poco para dejar el paso libre a la química... Rakitine no ama a Dios; no, no lo ama. A todos los que son como él les ocurre lo mismo; pero lo disimulan, mienten. «¿Expondrás esas ideas en tus artículos?», le he preguntado. Y él me ha respondido, riendo: «No, no me lo permitirían.» Entonces yo le he dicho: « ¿Qué será del hombre sin Dios y sin inmortalidad? Se dirá que, como todo se tolera, todo es licito.» Y él me ha contestado: «Al hombre inteligente, todo se le permite. ¿No lo sabías? Con su inteligencia, sale siempre del paso. En cambio, a ti, por haber matado, lo prendieron y ahora estás pudriéndote en una cárcel.» Esto me ha disho ese villano. Antes, a semejantes cerdos los mandaba al diablo; ahora los escucho. Además, Rakitine dice cosas acertadas y escribe bien. Hace ocho días me

leyó un artículo suyo y anoté tres líneas. Las tengo aquí. Voy a leértelas.

Mitia sacó del bolsillo un papel y leyó:

—«Para resolver esta cuestión hay que poner la propia persona frente a la propia actividad.»

»¿Comprendes esto? —preguntó Mitia.

—No, no lo comprendo.

Aliocha escuchaba atentamente a su hermano y lo miraba con curiosidad.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Dmitri—. No está claro. Pero es ingenioso. Él dice que todos escriben así ahora, que este modo de escribir es un producto del medio. También compone versos. Ha cantado los pies de la señora de Khokhlakov. ¡Ja, ja!

—Lo había oído decir.

—¿Conoces los versos?

—No.

—Te los leeré; los tengo aquí. Alrededor de esto hay una historia interesante. ¡El muy canalla! Hace tres semanas me dijo para mortificarme: «Te has hecho encarcelar como un imbécil por tres mil rublos, y yo voy a tener ciento cincuenta mil. Estoy dando pasos para casarme con una viuda. Compraré una casa en Petersburgo. » Me explicó que hacía la corte a la señora de Khokhlakov, de la que dijo que en su juventud tenía poca cabeza y que a los cuarenta años la había perdido por completo. «Es muy sensible; de esto me valdré para conquistarla. Me casaré con ella, nos iremos a Petersburgo y alli fundaré un periódico.» Se relamia de gusto, claro que no porque iba a ser dueño de la señora de Khokhlakov, sino porque iba a disponer de sus ciento cincuenta mil rublos. Estaba muy seguro de si mismo. Venía a verme todos los días. «Su resistencia se va debilitando», me decía radiante. Y de pronto le echan de la casa. Perkhotine le puso una zancadilla. ¡Bien hecho! De buena gana daría un abrazo a esa viuda tonta por haberle puesto en la puerta. Entonces escribió la poesía. Me dijo: «Por primera vez me rebajo a componer versos para cautivar a una mujer, pero lo hago con una finalidad útil. Una vez en posesión de la fortuna de esa cabeza vacía, podré ser útil a la sociedad.» La utilidad pública es un buen pretexto para esos tipos. También me dijo que escribía mejor que Pushkin, ya que sabía expresar «en versos alegres su tristéza civica». Comprendo que censure a Pushkin, pues, si verdaderamente tenía talento, no debió limitarse a describir los pies. ¡Qué orgulloso estaba de sus versos ese perfecto truhán! ¡El amor ropio de los poetas! «Por la curación del pie del objeto amado.» Éste es el título que puso a sus versos ese loco de Rakitine. Escúchalos:

Le produce gran dolor
u encantador piececito.
umentan el sufrimiento

os doctores que pretenden curarlo.
No me dan lástima los pies,
aunque los cante Pushkin;
son las cabezas las que compadezco,
las cabezas rebeldes a las ideas.
Ella empezaba a comprender
cuando el pie la distrajo.
¡Que sane pronto ese pie,
ya que entonces la cabeza comprenderá!

Rakitine es un villano, pero estos versos tienen gracia. Y, en verdad, ha mezclado con el humor una tristeza «cívica». Estaba furioso; sus dientes rechinaban.

—Ya se ha vengado —dijo Aliocha—. Ha publicado un articulo contra la señora de Khokhlakov.

Y puso a Mitia al corriente de la noticia aparecida en el periódico *Rumores.*

—Ha sido él —dijo Mitia, ceñudo—. ¡Seguro que ha sido él! Esas informaciones... ¡Cuántas infamias ha escrito! Contra Gruchegnka..., contra Katia...

Iba y venía por la habitación con semblante sombrío.

—Dmitri —dijo Aliocha tras una pausa—, no puedo estar más tiempo contigo. Mañana es un día de gran importancia para ti. Se cumplirá el juicio de Dios. Por eso me asombra que, en vez de hablar de cosas serias, hables de nimiedades.

—Pues no te debía sorprender. ¿Para qué hablar del asesino, de ese perro sarnoso? Ya he hablado bastante de él. No quiero oír nombrar a Smerdiakov, ese hijo hediondo de una mujer hedionda. ¡Dios lo castigará! Ya verás como lo castiga.

Se acercó a Aliocha y lo abrazó. Su emoción era sincera; sus ojos llameaban.

—Rakitine no comprendía esto, pero tú sí que lo comprenderás. Por eso lo esperaba con tanta impaciencia. Hace tiempo que quería decirte muchos cosas entre estas inhóspitas paredes; pero cada vez que he hablado contigo me he callado lo principal, por parecerme que no había llegado aún el momento de sincerarme. He esperado hasta el último día para abrirte mi corazón. En este encierro, hermano mío, he sentido nacer en mí un nuevo ser. En mí existía un hombre nuevo que sólo podía manifestarse bajo el azote del infortunio. ¿Qué puede importarme trabajar hasta la extenuación en las minas durante veinte años? Esto no me asusta; lo que temo es otra cosa: que el hombre que acaba de nacer en mí me abandone... En las minas, en un forzado, en un asesino, podemos encontrar un hombre de corazón con el que entendernos; sí, también allá lejos podemos amar, vivir y sufrir; despertar el corazón dormido de un forzado y cuidarlo con solicitud; sacar de su oscura guarida y llevar a la luz a un alma grande regenerada por el sufrimiento; resucitar a un héroe. Hay centenares de seres así y todos somos culpables ante ellos. No soñé en vano con el «pequeñuelo»: fue una profecía. Por él iré a presidio. Todos somos culpables ante

todos. Son muchos los niños desgraciados como aquél, aunque unos sean realmente niños y otros personas mayores. Iré a presidio por ellos; es necesario que se sacrifique uno por todos. No he matado a mi padre, pero acepto la expiación. Hasta que no he estado aquí, entre estas degradantes paredes, no me he dado cuenta de lo que te acabo de revelar. En el mundo hay centenares de hombres que empuñan el martillo. Nosotros viviremos encadenados, privados de libertad, pero, por obra de nuestro dolor, resucitaremos a la alegría, esa alegría sin la que el hombre no puede vivir ni Dios existir, ya que es Él quien nos la da, porque éste es su sublime privilegio. Señor, que el hombre se dedique a la oración en alma y vida. ¿Cómo podría yo vivir sin Dios en las profundas galerías de las minas? Rakitine miente. Si echan a Dios de la tierra, nosotros lo encontraremos bajo tierra. El hombre libre no puede pasar sin Dios; el forzado, menos aún. Los hombres subterráneos elevaremos un himno trágico a Dios y a su alegría. ¡Viva Dios y la alegría divina! ¡Amo a Dios!

Después de este extraño discurso, Mitia jadeaba. Estaba pálido, los labios le temblaban, las lágrimas fluían de sus ojos.

—Todo está lleno de vida; la vida es desbordante incluso bajo tierra... No puedes figurarte, Alexei, cómo anhelo la vida ahora, hasta qué extremo se ha apoderado de mí la sed de vivir, precisamente desde que estoy encerrado entre estas siniestras paredes. Rakitine no comprende esto; sólo piensa en construir una casa y llenarla de inquilinos. Pero yo te esperaba a ti. ¿El sufrimiento? No le temo, por cruel que sea. Antes le temía, pero ahora no le temo. Tal vez mañana no diga nada ante el tribunal. Siento en mí una energía que me permitirá hacer frente a todos los sufrimientos, con tal que pueda decirme a cada momento: «¡Existo!» Incluso en el tormento, aun en las convulsiones de la tortura, existo. Y atado a la picota, sigo existiendo; veo el sol, y si no lo veo, sé que brilla. Y saber esto es vivir plenamente. ¡Oh Aliocha, mi buen Aliocha; la filosofía es mi perdición! ¡Al diablo la filosofía! Nuestro hermano Iván...

Aliocha trató de cortar su discurso, pero Mitia no pareció oirlo y prosiguió:

—Antes no me asaltaban estas dudas. Las tenía bien encerradas en mi interior. Y tal vez precisamente por eso, porque dentro de mí hervían ideas ignoradas, me embriagaba, reñía con todos, me encolerizaba: era un modo de acallar esas ideas, de aplastarlas... Iván no es como Rakitine; Iván oculta sus pensamientos, no despega los labios, es una esfinge... Dios llena mi pensamiento, y esta idea me atormenta. ¿Qué ocurriría si Dios no existiera, si, como afirma Rakitine, fuera sólo un concepto creado por la humanidad? En este caso el hombre sería el rey de la tierra, del universo. Perfectamente. ¿Pero puede ser el hombre virtuoso sin Dios? ¿A quién amará? ¿A quién cantará himnos de agradecimiento? Rakitine se ríe de esto; dice que se puede amar a la humanidad sin Dios. Pero esto es algo que yo no puedo comprender. La vida es fácil para Rakitine. Hoy me ha dicho: «Lucha por la extensión de los derechos cívicos o por impedir que se eleve el precio de la carne. De este modo demostrarás

más amor a la humanidad y le prestarás mejores servicios que con toda la filosofía.» A lo que yo he replicado: «Tú, al no creer en Dios, elevarás el precio de la carne y, si se te presenta la ocasión, ganarás un rublo por un copec.» Él se ha enojado. Pero dime, Alexei: ¿qué es la virtud? Yo no la concibo como los chinos. ¿Es una cosa relativa? Contesta: ¿lo es o no lo es? Es una pregunta inquietante. Te puedo asegurar que me ha quitado el sueño las dos noches últimas. No creo que se pueda vivir sin pensar en ello... Para Iván no hay Dios. Esta negación se funda en una idea que está fuera de mi alcance. Pero él no me dice qué idea es. Debe de ser masón. Se lo he preguntado y no me ha respondido. Me habría gustado poder beber en la fuente de su pensamiento, pero él lo oculta, se calla. Sólo una vez habló.

—¿Qué dijo?

—Yo le pregunté: «Entonces, ¿todo está permitido?» Y él me contestó: «Nuestro padre, Fiodor Pavlovitch, era un inmoral, pero también un hombre justo en sus razonamientos.» Éstas fueron sus palabras. Sin duda, es más franco que Rakitine.

—Cierto —dijo Aliocha amargamente—. ¿Cuándo vino?

—Ya hablaremos de eso. Hasta ahora apenas había mencionado a Iván ante ti. Ya te lo contaré todo cuando haya terminado el juicio y se haya pronunciado el fallo. Hay en esto algo terrible que tendrás que juzgar tú. Pero ahora, ni una palabra sobre esto. Me has hablado del juicio de mañana. Aunque te parezca mentira, no sé nada de él.

—Pero habrás hablado con tu abogado defensor.

—Sí, y no he adelantado nada. Es un fino bribón de capital, un Bernard. Supone que soy culpable; esto se ve a la legua. «Entonces, ¿por qué se ha encargado usted de mi defensa?», le he preguntado. Me gusta zaherir a estos tipos. Los médicos quieren hacerme pasar por loco, pero yo no lo permitiré. Catalina Ivanovna se propone cumplir con su deber hasta el fin. Es inflexible. —Mitia sonrió amargamente—. Es cruel como una gata. Sabe que dije en Mokroie que es propensa a los arrebatos de cólera. Alguien se lo ha contado. Las declaraciones se han multiplicado hasta el infinito. Grigori mantiene la suya. Es honrado, pero tonto. Hay muchas personas que son honradas por necedad. Así lo ha dicho Rakitine. Grigori va en contra de mí. En cambio, esa mujer quiere demostrarme su amistad y yo preferiría tenerla por enemiga. Me refiero a Catalina Ivanovna. Temo que explique en el juicio que se inclinó ante mí hasta casi besar el suelo cuando le presté los cuatro mil quinientos rublos. Querrá pagarme hasta el último céntimo. No quiero ver sus sacrificios. Me avergonzará en la sala de la audiencia. Ve a verla, Aliocha, y suplícale que no diga nada sobre esto. Tal vez no lo consigamos, pero entonces pasaré el bochorno y allá ella... El ladrón recibirá su merecido. Haré un discurso digno de escucharse, Alexei... —De nuevo sonrió amargamente—. ¡Pero en todo esto, Señor, está mezclada Gruchegnka! ¡No merece sufrir como está sufriendo! ¡No puedo pensar en ella sin

sentirme morir!

Dmitri tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Estaba aquí hace un momento.

—Ya lo sé —dijo Aliocha—. Ella misma me lo ha contado. Estaba muy apenada.

—Sí, y la culpa ha sido mía, de mi maldito carácter. Le he hecho una escena de celos. Cuando se ha marchado, me he arrepentido. Le he dado un beso, pero no le he pedido perdón.

—¿Por qué?

Mitia se echó a reír alegremente.

—Que Dios te guarde, querido Alexei, de pedir perdón a la mujer amada. Por muy mal que te hayas portado con ella, no le pidas perdón. Tú no sabes cómo son las mujeres. Yo sí que lo sé. Si reconoces tus errores y les dices: «Pérdóname; me he equivocado», en el acto recibirás una granizada de reproches. Nunca obtendrás el perdón sencilla y francamente. Primero, la mujer te humillará, te reprochará faltas que no has cometido, y sólo entonces te dará el perdón. La mejor de ellas no pasará por alto tus más insignificantes errores. Hasta ese extremo llega la ferocidad de las mujeres, de todas de todos esos ángeles sin los cuales no podemos vivir. Oye, querido; no olvides esto: todo hombre decente ha de vivir bajo la zapatilla de una mujer. Estoy convencido de ello, mejor dicho, siento que es así. El hombre ha de ser generoso. Esto no es humillante ni siquiera para un héroe de la altura de César. Pero no pidas nunca perdón a una mujer; ¡nunca, por ningún pretexto! Recuerda siempre este consejo de tu hermano Mitia, al que han perdido las mujeres. Repararé los errores que he cometido con Gruchegnka, pero no le pediré perdón. La venero, Alexei, aunque ella no sabe verlo. A su juicio, nunca la quiero lo suficiente. Su amor es para mí un sufrimiento. Antes me atormentaban sus pérfidos desvíos. Ahora tenemos una sola alma para los dos y, gracias a ella, soy un hombre de verdad. ¿Permaneceremos unidos? Si nos separamos, me moriré de celos... ¿Qué te ha dicho de mí?

Aliocha le repitió las palabras de Gruchegnka. Mitia lo escuchó atentamente y quedó satisfecho.

—¿O sea, que no se ha enfadado por mis celos? Así son las mujeres. Gruchegnka te ha querido demostrar que también ella sabe ser dura. Me gustan estos caracteres, áunque los celos me amargan la vida. Tal vez lleguemos a las manos, pero siempre la querré... ¿Se permite casarse a los presidiarios, Aliocha? Hermano mío, no puedo vivir sin ella.

Mitia iba y venía por el locutorio, con un pliegue entre las cejas. De pronto, se mostró inquieto.

—¿De modo que Grucha te ha dicho que en todo esto hay un secreto, una conspiración contra ella, de «Katka» y otras dos personas? Pues no es así.

Gruchegnka se ha equivocado como una tonta... Aliocha, mi querido Aliocha, voy a revelarte nuestro secreto.

Mitia miró en todas direcciones, se acercó a su hermano y empezó a hablar, a susurrar, aunque nadie podía oírlos. El viejo guardián dormitaba en un banco y los soldados de servicio estaban demasiado lejos.

—Sí, voy a revelarte nuestro secreto —dijo, hablando precipitadamente—. Estaba deseando hacerlo, pues no puedo tomar una resolución sin que tú me aconsejes. Tú lo eres todo para mí. Iván es superior a nosotros, pero tú eres mejor que él. E incluso es posible que seas superior a Iván. Quiero que la decisión sea sólo tuya. Es un caso de conciencia, un problema tan importante, que no puedo resolverlo sin tu ayuda. Sin embargo, no es todavía el momento de que dictamines. Mañana, inmediatamente después del juicio, decidiré mi suerte. Te voy a exponer únicamente la idea; prescindiré de los detalles. Pero ni preguntas ni gestos, ¿entendido? ¡Ah!, me olvidaba de tus ojos: aunque no hables, leeré en ellos tu decisión... ¡Oh Aliocha; estoy asustado! Escucha: Iván me ha propuesto huir. Como te he dicho, prescindo de los detalles. El caso es que todo está previsto y el proyecto se puede realizar. Calla. Se trata de huir a América, con Grucha, ya que no puedo vivir sin ella... Hay que pensar en que tal vez no le permitan que me siga al penal. ¿Pueden casarse los forzados? Iván dice que no. ¿Qué haría yo sin Grucha bajo tierra y con el pico en la mano? El pico sólo me serviría para abrirme la cabeza... Pero frente a todo esto está la conciencia. Eludiría el sufrimiento, me alejaría del camino purificador que se me ofrece. Iván dice que un hombre de buena voluntad puede ser más útil en América que trabajando en las minas. ¿Pero qué será entonces de nuestro himno subterráneo? América es también vanidad, la huida a América es un acto innoble, porque significa renunciar a la expiación. He aquí, Aliocha, por qué lo he dicho que sólo tú me podías comprender. Cualquier otro me hubiera mirado como a un loco o a un necio cuando le hubiera hablado del himno subterráneo. Y no soy un loco ni un imbécil. Estoy seguro de que Iván si que comprende lo del himno, pero no cree en él y se calla. No, no digas nada. Ya veo en tus ojos que has tomado una decisión. Perdóname, pero no puedo vivir sin Gruchegnka. Espera hasta después del juicio.

Cuando terminó, Mitia tenía una expresión de extravío en la mirada. Había apoyado las manos en los hombros de Aliocha y lo miraba ávidamente.

—¿Pueden casarse los forzados? —le preguntó una vez más, con acento suplicante.

Aliocha estaba sorprendido a impresionado.

—Dime, Dmitri: ¿insiste Iván en que huyas? ¿De quién ha sido esta idea?

—Suya, y no cesa de repetirme que debo huir. Llevaba mucho tiempo sin verlo. Hace ocho días, se presentó aquí y empezó por hablarme de la fuga. No propone, ordena. Está seguro de que lo obedeceré, aunque le he abierto mi corazón y le he

hablado del himno. Me ha expuesto su plan. Volveremos a hablar de esto. Desea ardientemente que huya. Incluso me ofrece una suma considerable: diez mil rublos para huir y veinte mil cuando esté en América. Dice que con diez mil rublos se puede organizar una huida perfecta.

—¿Te ha pedido que no me hables de esto?

—Sí, me ha dicho que no le hable a nadie, y menos a ti. Teme que puedas ser algo así como la encarnación de mi conciencia. Te ruego que no le digas que te lo he contado todo.

—Has dicho bien: no se puede tomar ninguna decisión antes de qué se pronuncie la sentencia. Cuando conozcas el fallo, habrá en ti un hombre nuevo capaz de tomar por sí mismo la determinación más conveniente.

—Un hombre nuevo o tal vez Bernard que tomará la decisión propia de un Bernard.

Y añadió con una amarga sonrisa:

—Me parece que también yo soy un vil Bernard.

Aliocha preguntó:

—¿Cómo es posible que no esperes justificarte mañana?

Mitia movió la cabeza negativamente. De pronto, dijo:

—Aliocha, es hora de que te vayas. Oigo los pasos del inspector en el patio. Pronto estará aquí y verá que hemos faltado al reglamento, ya que a estas horas están prohibidas las visitas. Despídete de mi ahora mismo. Dame un beso y haz ante mí la señal de la cruz para que me sea posible hacer frente al calvario de mañana.

Se abrazaron y se besaron.

—Incluso Iván, que me propone huir, cree que he cometido el crimen.

Mitia sonreía tristemente.

—¿Se lo has preguntado? —dijo Aliocha.

—No; me propuse hacerlo, pero no me atreví. Lo sé porque lo he leido en sus ojos. Bueno, adiós.

Se besaron de nuevo. Cuando Aliocha se dirigía a la puerta, Mitia lo llamó.

—Ponte ante mí; así.

Volvió a apoyar las manos en los hombros de Aliocha. Su cara se cubrió de una palidez mortal, sus labios se contrajeron, su mirada sondeó la de su hermano.

—Dime la verdad, Aliocha; habla como si estuvieras ante Dios. ¿Crees que he cometido el crimen? No mientas; quiero saber la verdad.

Aliocha vacilaba. Sentía como si le estrujasen el corazón. Tan impresionado estaba, que apenas pudo murmurar:

—Pero..., ¿qué dices?

—¡Dime toda la verdad; no mientas!

—Jamás, en ningún momento he creído que seas un asesino —respondió Aliocha,

levantando la mano como si tomara a Dios por testigo.

El semblante de Mitia reflejó una infinita felicidad.

—Gracias —dijo, suspirando profundamente. Y añadió—: Me has vuelto a la vida. Incluso a ti, ¡a ti!, temía hacerte esta pregunta. ¡Vete, vete ya! Me has dado fuerzas para mañana. Que Dios te bendiga. ¡Vete!... ¡Y quiere a Iván!

Aliocha se marchó con los ojos llenos de lágrimas. La desconfianza de Mitia, incluso hacia él, revelaba que su desgraciado hermano era presa de una desesperación sin límites. Una infinita compasión se apoderó de él... «¡Quiere a Iván!» De pronto, acudieron a su memoria estas palabras de Mitia. Precisamente iba a casa de Iván, al que todo el día había estado deseando ver. Iván le inquietaba tanto como Mitia, y más ahora, después de su entrevista con Dmitri.

V. Esto no es todo

Para ir a casa de su hermano tenía que pasar ante la de Catalina Ivanovna. Vio luz en las ventanas y se detuvo, decidido a entrar, no sólo porque hacia más de una semana que no había visto a la joven, sino porque se dijo que tal vez Iván estuviera con ella, ya que al día siguiente se tenía que juzgar a Dmitri. En la escalera, débilmente iluminada por una lámpara china, se cruzó con un hombre en el que reconoció a Iván.

—¡Ah! ¿Eres tú? —dijo Iván Fiodorovitch secamente—. ¿Vas a su casa?

—Sí.

—Yo de ti no iría. Está muy agitada y tu visita la trastornará más aún.

—¡No no se vaya, Alexei Fiodorovitch! —gritó una voz desde lo alto de la escalera—. ¿Viene usted de verlo?

—Sí, lo acabo de ver.

—¿Y tiene algo que decirme de su parte? Suba, Aliocha. Y usted también, Iván Fiodorovitch. ¿Oye?

La voz de Katia era tan imperiosa, que Iván, tras un instante de vacilación, decidió volver a subir con Alexei.

—Estaba escuchando —murmuró Iván para sí. Pero Aliocha lo oyó.

Y al entrar en el salón, Iván dijo en voz alta:

—Permítame que no me quite el abrigo. Sólo estaré con ustedes un minuto.

—Siéntese, Alexei Fiodorovitch —dijo Catalina Ivanovna, permaneciendo de pie.

No había cambiado mucho. En sus oscuros ojos brillaba una luz maligna. Aliocha recordó más tarde que la joven le había parecido extraordinariamente hermosa en aquellos momentos.

—¿Qué me tiene usted que decir de su parte?

—Sólo esto —dijo Aliocha, mirándola a los ojos—: que se domine usted y no hable en la audiencia de lo que... pasó entre ustedes cuando se vieron por primera vez.

—¡Ah! De mi profunda reverencia para darle las gracias por el dinero —dijo Catalina Ivanovna, riendo amargamente—. ¿Teme por él o por mí? Conteste, Alexei Fiodorovitch.

Aliocha la miró atentamente. Trataba de comprenderla.

—Por los dos: por usted y por él.

Catalina Ivanovna enrojeció.

—Usted no me conoce todavía, Alexei Fiodorovitch. Bien es verdad que tampoco yo me conozco a mí misma. Acaso me deteste usted mañana después de mi declaración como testigo.

—Estoy seguro de que declarará usted lealmente —dijo Aliocha—. No hace falta

más.

—Las mujeres no somos siempre leales. Hace una hora temía encontrarme con ese monstruo, con ese reptil. Sin embargo, sigue siendo para mi un ser humano... ¿Pero es un asesino? —exclamó volviéndose hacia Iván.

Aliocha comprendió en el acto que, antes de su llegada, Catalina había hecho esta pregunta una y otra vez a su hermano, y que habían terminado discutiendo.

—He ido a ver a Smerdiakov —continuó Catalina Ivanovna—. Me convenciste de que es un parricida. Te creí.

Iván sonrió un poco turbado. Aliocha se estremeció al oír el tuteo. No sospechaba que existiera entre ellos tal intimidad.

—¡Bueno, basta! —exclamó Iván—. Me voy. Hasta mañana.

Salió de la habitación y se dirigió a la escalera. Catalina Ivanovna se apoderó de las manos de Aliocha.

—¡Sígalo! ¡Déle alcance! No lo deje un momento solo. Está loco. ¿No sabe que se ha vuelto loco? Me lo ha dicho el médico. ¡Corra!

Aliocha corrió hasta alcanzar a Iván, que sólo había recorrido unos cincuenta pasos.

—¿Qué quieres? —preguntó Iván volviéndose hacia Aliocha—. Te ha dicho ella que me sigas porque estoy loco, ¿verdad? ¡Lo sé! ¡Estoy seguro! —añadió, irritado.

—En eso se equivoca, desde luego; pero no cabe duda de que estás enfermo. Hace un momento te miraba, Iván, y me horrorizaba de ver la mala cara que tienes.

Iván no se había detenido. Aliocha iba a su lado.

—¿Cómo se vuelve loco uno, Alexei Fiodorovitch? ¿Lo sabes? —preguntó Iván.

Hablaba con calma y en su voz había un matiz de curiosidad.

—No, no lo sé. Pero creo que hay muchas clases de locura.

—¿Puede notar uno mismo que se vuelve loco?

—Pues —repuso Aliocha un poco desconcertado— yo creo que uno no puede observarse a sí mismo en tales casos.

Iván estuvo callado un momento. De pronto, dijo:

—Si quieres hablar conmigo, habremos de cambiar de conversación.

—¡Ah, se me olvidaba! —dijo Aliocha tímidamente, entregando a su hermano la carta de Lise—. Tengo esta carta para ti.

Estaban cerca de un farol. Iván reconoció la letra de Lise.

—¡Demonio de chica!

Con una sonrisa maligna, hizo pedazos la carta sin abrir el sobre. El viento dispersó los trocitos de papel.

—Aún no tiene dieciséis años, y ya se ofrece —dijo en un tono de desprecio.

—¿Se ofrece? ¿Qué quieres decir?

—¡Lo que he dicho, diablo: que se ofrece como una cualquiera!

—¡No digas eso, Iván! —protestó Aliocha, profundamente apenado—. ¡Es una niña; estás insultando a una niña! Esa muchacha está también muy enferma; acaso se vuelva loca. Yo tenía que entregarte su carta. Quiero salvarla y esperaba que tú me explicases...

—No tengo nada que explicarte. Si ella es una niña, yo no soy su nodriza. ¡No, no insistas, Alexei! No quiero ni siquiera pensar en ella.

Hubo un nuevo silencio. Iván lo interrumpió, sarcástico:

—Se pasará la noche rezando a la Virgen para saber lo que ha de hacer mañana.

—¿Te refieres a Catalina Ivanovna?

—Sí. ¿Salvará a Mitia con su declaración, o lo perderá? Pedirá a Dios que la ilumine. Aún no sabe lo que tiene que hacer; no ha tenido tiempo para prepararse. ¡Otra que me ha tomado por su nodriza! ¡Quiere que la meza en mis brazos!

Aliocha dijo tristemente:

—Catalina Ivanovna te ama, hermano.

—Es posible. Pero a mí no me gusta ella.

Aliocha replicó tímidamente:

—Está atormentada... ¿Por qué le has dicho a veces cosas esperanzadoras? Sé que lo has hecho. Perdona que lo hable así.

—¡Ya sé que debería hablarle francamente y romper con ella!—exclamó Iván, arrebatado—. Pero no puedo hacerlo. Hay que esperar a que juzguen al asesino. Si rompiera con ella ahora, mañana, por venganza, perdería a ese miserable. Lo odia y sabe que lo odia. Estamos representando una farsa. Mientras conserve la esperanza, Katia no perderá a ese monstruo, ya que sabe que yo quiero salvarlo. ¡Ansío que se pronuncie esa maldita sentencia!

Las palabras «asesino» y «monstruo» impresionaron a Aliocha profundamente.

—¿Pero qué puede perder a nuestro hermano Mitia? ¿Qué puede haber de malo en su declaración?

—Mucho. Posee una carta de Mitia que prueba su culpabilidad.

—¡No es posible! —exclamó Aliocha.

—¡Ah!, ¿no? La he leido con mis propios ojos.

—Esa carta no puede existir —exclamó Aliocha con vehemencia—, por la sencilla razón de que Mitia no es el asesino. Mitia no ha matado a nuestro padre.

—Entonces, ¿quién crees que lo ha matado? —preguntó friamente, con arrogancia.

—Tú lo sabes perfectamente —dijo Aliocha, recalcando las palabras.

—¿También tú crees en la fábula que circula sobre ese idiota, ese epiléptico de Srnerdiakov?

—Lo sabes perfectamente —repitió Aliocha en el término de sus fuerzas, temblando, jadeando

—¿Pero quién ha sido? ¡Dilo!

Iván estaba ciego de rabia; no era dueño de sí mismo.

—Yo sólo sé —dijo Aliocha en voz baja— que tú no has matado a nuestro padre.

—¿Que yo no lo he matado? No lo entiendo.

—No, tú no lo has matado —repitió Aliocha con firmeza.

Hubo una pausa.

—¡Pues claro que no! ¡Eso ya lo sé!

Iván estaba pálido y miraba a Aliocha con una sonrisa que tenía mucho de mueca. De nuevo se hallaban bajo la luz de un farol.

—Eso no es cierto, Iván. Tú lo has dicho muchas veces que eres el asesino.

—¿Yo? —exclamó Iván impresionado—. ¿Cuándo he dicho eso? Yo estaba en Moscú. Contesta. ¿Cuándo he dicho eso?

—Te lo has repetido infinidad de veces, estando solo, durante estos dos meses horribles.

Aliocha parecía hablar a la fuerza, como obedeciendo a una orden imperiosa.

—Te has acusado —continuó—. Has reconocido que el asesino no ha sido nadie más que tú. Pero estás equivocado. No has sido tú, ¿oyes?, no has sido tú. Dios me ha enviado a decírtelo.

Los dos guardaron silencio durante unos instantes. Estaban pálidos y se miraban a los ojos. De pronto, Iván se estremeció y cogió a Aliocha por los hombros.

—Tú estabas en mi casa —murmuró con los dientes apretados—, tú estabas en mi casa la noche en que «él» vino... ¿Lo viste?

—No sé de quién me hablas —dijo Aliocha, sin comprender—. ¿Te refieres a Mitia?

—No, no me refiero a ese monstruo. ¡Que se vaya al diablo! —vociferó Iván—. Dime: ¿cómo has sabido que «él» viene a verme?

—¿Pero quién es «él»? —preguntó Aliocha, aterrado—. No sé de quién me hablas.

—Si que lo sabes. De lo contrario no sabrías que...

Se detuvo. Permaneció un momento pénsativo. Una extraña sonrisa plegaba sus labios.

—Iván —dijo Aliocha con una voz que la emoción hacía temblar—, te he hablado así porque sé que me crees. Te lo digo y te lo repetiré toda la vida: *¡No has sido tú!* ¿Oyes? *¡No has sido tú!* Dios me ha inspirado estas palabras, y te las digo, aun a costa de atraerme tu odio eterno.

Iván volvía a ser dueño de sí mismo.

—Alexei Fiodorovitch —dijo, sonriendo fríamente—, bien sabes que no me gustan los profetas ni los epilépticos, y menos aún los enviados de Dios. En este momento rompo contigo, y para siempre. Te agradeceré que me dejes en esta esquina.

Te vendrá bien, pues esta calle conduce a casa. Y sobre todo, oye esto bien: no quiero volver a verte hoy.

Dio media vuelta y se alejó con paso firme, sin volverse.

—¡Iván! —gritó Aliocha—. ¡Si hoy te pasa algo, piensa en mí!

Iván no le contestó. Aliocha permaneció en la esquina, cerca del farol, hasta que su hermano desapareció en la oscuridad. Luego echó a andar lentamente, camino de su casa. Ni Iván ni él habían querido vivir en la mansión solitaria de su padre. Aliocha había alquilado una habitación amueblada en una casa particular. Iván ocupaba un departamento, espacioso y cómodo, en casa de una dama de edad, viuda de un funcionario. Lo servía una vieja sorda y reumática, que se levantaba a las seis de la mañana y se acostaba a las seis de la tarde. Desde hacía dos meses, Iván Fiodorovitch se mostraba muy poco exigente. Además, le gustaba estar solo. Se arreglaba él mismo la habitación y era muy raro que saliera a las otras.

Al llegar al portal de casa, Iván cogió el cordón de la campanilla, pero no la hizo sonar. Había experimentado un repentino estremecimiento de cólera. Soltó el cordón en un arrebato de despecho y echó a andar hacia el otro extremo de la ciudad, hacia una casita de techo bajo que estaba a una media legua de distancia. En ella habitaba María Kondratievna, la antigua vecina de Fiodor PavIovitch, que solía ir a casa de éste a pedir un plato de sopa y a oír las canciones con que la obsequiaba Smerdiakov acompañándose de su guitarra. María Kondratievna había vendido su casa y vivía con su madre en una especie de isba. Smerdiakov, ya tan enfermo que parecía estar al borde de la muerte, se había ido a vivir con ellas. A esta casucha se dirigió Iván Fiodorovitch, obedeciendo a un impulso repentino, irresistible.

VI. Primera entrevista con smerdiakov

Era la tercera vez que Iván Fiodorovitch iba a hablar con Smerdiakov desde su regreso de Moscú. Lo había visto el mismo día de su llegada, después del drama, y lo había vuelto a ver dos semanas más tarde. Pero aquella noche hacía más de un mes que no había hablado con Smerdiakov ni sabía nada de él.

Iván Fiodorovitch había regresado de Moscú sólo cinco días después de la muerte de su padre y al siguiente de su entierro. Aliocha ignoraba la dirección de su hermano en Moscú y, para darle la noticia, había recurrido a Catalina Ivanovna, la cual había telefoneado a sus padres, creyendo que Iván Fiodorovitch los habría ido a visitar el mismo día de su llegada. Pero Iván no fue a verlos hasta cuatro días después. Entonces había leído el telegrama y regresado a toda prisa. Con el primero que habló del crimen fue con Aliocha, y se asombró de oírle decir que Mitia era inocente y que el asesino era Smerdiakov, afirmación contraria a la opinión general. Después visitó al *ispravnik*, y cuando se hubo informado con todo detalle de los interrogatorios y de los motivos en que se basaba la acusación, le pareció aún más inexacta la opinión de Aliocha y la atribuyó a un exceso de cariño fraternal. Expliquemos de una vez los sentimientos que experimentaba Iván por su hermano Dmitri. No sentía por él el menor afecto; la compasión que le inspiraba tenía algo de desprecio a incluso de aversión. Mitia le era en extremo antipático, incluso físicamente. Ante el amor de Catalina Ivanovna por este pobre diablo, Iván sentía verdadera indignación. Había visitado a Mitia inmediatamente después de su regreso de Moscú, y esta visita había reforzado su convicción. Dmitri se hallaba bajo los efectos de una agitación morbosa; hablaba mucho, pero con cierta incoherencia y sin prestar atención a lo que decía. Se expresaba con brusquedad, acusaba a Smerdiakov y se embrollaba. Repetía que el difunto le había robado tres mil rublos. «Este dinero me pertenecía —afirmaba—. Aunque se lo hubiera robado, no se me habría podido tachar de injusto.» Apenas hablaba de los cargos que se le hacían, y cuando se refería a los hechos favorables, a su inculpabilidad, lo hacía confusa y torpemente, como si no quisiera justificarse ante Iván. Se enojaba, desdeñaba las acusaciones, se enfurecía, profería insultos. Se reía de que Grigori afirmara que la puerta estaba abierta. «¡La debió de abrir el diablo!», exclamaba. Pero no podía explicar satisfactoriamente este detalle. Incluso había ofendido a Iván al hablar de ello en su primera entrevista, diciendo de pronto que quienes sostenían que todo estaba permitido no tenían derecho a sospechar de él ni de interrogarlo. En resumidas cuentas, que había tratado a Iván sin la menor consideración.

Éste, después de su diálogo con Mitia, había ido a visitar a Smerdiakov. En el tren que le traía de Moscú no había cesado de pensar en este sirviente epiléptico y en la conversación que había tenido con él la víspera del día de su marcha. Recordó

muchos detalles de la conducta de Smerdiakov que le parecían sospechosos. Pero, al declarar ante el juez de instrucción, Iván no había hecho la menor alusión a ellos. Antes de tocar esos puntos quería ver a Smerdiakov, que entonces estaba en el hospital. Herzenstube y el doctor Varvinski, médico del hospital, dijeron categóricamente a Iván, contestando a sus preguntas, que no cabía duda de que Smerdiakov era un epiléptico. Incluso se sorprendieron de que Iván les preguntase si el enfermo podía haber fingido el ataque que sufrió el día del drama. Le contestaron que el ataque había sido violentisimo y que se había repetido en los días siguientes, poniendo en peligro la vida del enfermo. Gracias a las medidas que se habían tomado, se podía afirmar que había pasado el peligro de muerte, pero el doctor Herzenstube añadió que el paciente tendría la razón trastornada durante mucho tiempo y que este trastorno podía ser incluso definitivo. Iván Fiodorovitch preguntó si había perdido la razón por completo, y le contestaron que no podía decirle si estaba loco, pero que presentaba ciertos síntomas de locura. Iván decidió entonces observar su estado directamente y obtuvo permiso para visitarlo. Smerdiakov estaba acostado en una habitación de dos camas. El otro lecho lo ocupaba un enfermo de hidropesía que no podía durar más de cuarenta y ocho horas. Por lo tanto, este desgraciado no podía ser un obstáculo para la conversación de Iván con Smerdiakov. Éste sonrió con desconfianza e incluso mostró cierta inquietud al ver a Iván Fiodorovitch. Por lo menos, ésta fue la impresión del visitante. Pero el paciente cambió de actitud en seguida, tanto, que Iván Fiodorovitch incluso se asombró de su serenidad. La evidente gravedad de su estado impresionó profundamente a Iván. Smerdiakov estaba exhausto, hablaba lentamente, con gran dificultad, había adelgazado mucho y su palidez era extrema. Durante los veinte minutos que duró la conversación se quejó sin cesar de que le dolían la cabeza y todos los miembros. Su cara de eunuco se había reducido. El cabello le caía revuelto sobre las sienes. Sólo un delgado mechón se levantaba a modo de tupé. Únicamente los continuos y nerviosos guiños del ojo izquierdo recordaban al Smerdiakov de siempre. Iván se acordó inmediatamente de su frase «da gusto hablar con un hombre inteligente». Se sentó en un taburete, junto a los pies de la cama. Smerdiakov se movió un poco entre gemidos, pero guardó silencio. No demostraba la menor curiosidad.

—¿Podemos hablar? No te molestaré mucho tiempo.

—Claro que podemos hablar —repuso Smerdiakov con voz débil—. ¿Hace mucho que ha llegado? —añadió como para animar al visitante, que estaba algo cohibido.

—He llegado hoy mismo... He venido para aclarar ciertas cosas.

Smerdiakov lanzó un suspiro.

—¿Por qué suspiras? —preguntó Iván—. ¿Sabes a qué me refiero?

—¿Cómo no lo he de saber? —repuso Smerdiakov tras una pausa—. Se veía

claramente que la cosa terminaría mal, pero no se podía prever que acabara así.

—Nada de subterfugios. Dijiste que te daría un ataque en cuanto bajaras a la bodega. Mencionaste la bodega claramente.

—¿Lo ha dicho usted en su declaración? —preguntó Smerdiakov, impasible.

—Todavía no, pero lo diré. Me debes ciertas explicaciones, querido, y te aseguro que no permitiré que te burles de mí.

—¿Burlarme de usted? ¡Pero si sólo confío en usted, si confío en usted lo mismo que en Dios! —replicó Smerdiakov, inconmovible.

—Hay un hecho indiscutible, y es que nadie puede prever un ataque de epilepsia. Me he informado; es inútil que pretendas engañarme. ¿Cómo pudiste, pues, predecir el día, la hora a incluso el lugar? ¿Cómo pudiste saber que sufrirías un ataque precisamente en la bodega?

—Yo tenía que ir a la bodega varias veces al día —replicó lentamente Smerdiakov—. También me caí del granero hace un año. Desde luego, no se puede prever el día y la hora de un ataque, pero uno puede tener un presentimiento.

—¡Tú predijiste el día y la hora!

—En lo que concierne a mi enfermedad, señor, acuda a los médicos. Ellos le dirán si es verdadera o fingida. Yo de esto no sé nada.

—¿Pero cómo pudiste prever que sufrirías un ataque en la bodega?

—La bodega lo obsesiona, señor. Cuando empecé a bajar la escalera, el miedo y la desconfianza se apoderaron de mi. Mi miedo se debía a que usted se había marchado y en la casa no quedaba nadie que me defendiera. Yo pensaba: «Te va a dar un ataque, vas a caer.» Esta misma aprensión formó un nudo en mi garganta. Y caí rodando por la escalera... Todo esto, así como la conversación que tuve con usted el día anterior, en el portal de la casa, cuando le comuniqué mis temores, sin dejar de mencionar la bodega, lo expliqué detalladamente al doctor Herzenstube y al juez de instrucción Nicolás Parthenovitch, que lo hizo anotar en el expediente. El médico del hospital, el doctor Varvinski, dijo que la simple aprensión podía haber provocado el ataque, y también esto se consignó en las actas.

Smerdiakov daba muestras de agotamiento y respiraba con dificultad.

—¿De modo que ya has declarado todo eso? —preguntó Iván Fiodorovitch, un tanto desconcertado.

Iván pretendía atemorizar a Smerdiakov amenazándole con explicar la conversación que había tenido con él, pero el enfermo se le había anticipado.

—¿Por qué no lo había de declarar? —dijo Smerdiakov, imperturbable—. No tengo nada que temer y la verdad debe saberse.

—¿Repetiste exactamente nuestra conversación en el portal?

—Exactamente, no.

—¿Dijiste que eres capaz de simular un ataque, como me confesaste a mí dándote

importancia?

—No.

—Otra cosa. ¿Por qué tenías tanto interés en que me fuera a Tchermachnia?

—No quería que se marchara usted a Moscú. Tchermachnia está más cerca.

—Mientes. Lo que tú deseabas era alejarme. «Apártese del pecado», me dijiste.

—Lo hice por amistad, por el afecto que le tengo. Presentía una desgracia y quería advertirle. Pero mi seguridad era para mí primero que usted. Por eso le dije: «Apártese del pecado.» Con esto quería darle a entender que iba a ocurrir algo grave y que usted debía quedarse aquí para defender a su padre.

—¡Debiste hablarme con franqueza, imbécil!

—¿Acaso podía? Yo estaba atemorizado. Además, pensé que usted podía enojarse. Se podía temer que Dmitri Fiodorovitch provocase un escándalo y se llevara ese dinero que él consideraba suyo, ¿pero quién iba a figurarse que cometería un asesinato? Yo creía que Dmitri Fiodorovitch se limitaría a apoderarse del sobre que contenía los tres mil rublos y que estaba escondido debajo del colchón. Pero no se conformó con robar, sino que asesinó. Esto no se podía prever.

—En este caso, ¿cómo iba a preverlo yo y a quedarme? Esto no está claro.

—Usted debió comprender por qué le pedí que fuera a Tchermachnia y no a Moscú.

—Eso no prueba nada.

Smerdiakov hubo de hacer una nueva pausa. Parecía en el límite de sus fuerzas.

—Usted debió comprender que si yo insistía en que fuera a Tchermachnia era porque deseaba tenerlo cerca, ya que Moscú está muy lejos. Sabiendo que estaba usted a dos pasos de aquí, Dmitri Fiodorovitch tal vez no se habría atrevido a hacer lo que hizo. Y, en caso necesario, usted habría acudido en mi ayuda, y más habiéndole advertido que Grigori Vasilievitch estaba enfermo y que yo temía que me diera un ataque. Además, le expliqué que, utilizando ciertas señales, se podía entrar en casa de Fiodor Pavlovitch, y que Dmitri Fiodorovitch conocía esta contraseña porque yo se la había revelado. Esto era otra razón para que yo creyese que usted, temiendo que su hermano se dejase llevar de su carácter violento, no se fuera ni siquiera a Tchermachnia, sino que se quedase aquí.

Iván se dijo: «Habla en serio, aunque balbucea. No comprendo por qué Herzenstube dice que tiene perturbado el juicio.»

—¡No eres sincero, canalla! —exclamó.

—Lo soy —dijo Smerdiakov con firmeza—. Francamente, en aquel momento creí que usted me había comprendido.

—Si te hubiera comprendido, me habría quedado.

—¡Y yo que pensé que usted se marchaba porque tenía miedo!

—Por lo visto, crees que todos son tan cobardes como tú.

—Perdóneme por haber creído que usted era como yo.

—Desde luego, debo ser más previsor. Por otra parte, temí que cometieras alguna villanía. —De pronto tuvo un recuerdo que le hizo exclamar—: ¡Mientes, mientes otra vez! Recuerdo que, cuando me despedí de ti, me dijiste: «Da gusto hablar con una persona inteligente.» Esa amabilidad era buena prueba de que te alegrabas de que me marchase.

Smerdiakov suspiró varias veces y pareció sentirse abochornado.

—Yo me alegré —dijo haciendo un gran esfuerzo— de que decidiera usted ir a Tchermachnia y no a Moscú. Tchermachnia está más cerca. Pero mis palabras no eran de agradecimiento, sino de reproche. Usted no me comprendió.

—¿Por qué eran de reproche?

—Porque, aun presintiendo una desgracia, abandonaba usted a su padre. Además, me dejaba a mí indefenso, pues se me podía atribuir el robo de los tres mil rubios.

—¡Vete al diablo! ¡Ah! Una pregunta: ¿hablaste a los jueces de la contraseña, de los golpes de llamada?

—Sí, lo expliqué con todo detalle.

Iván Fiodorovitch tuvo de nuevo un gesto de asombro.

—Lo único que pensé al marcharme fue que cometerlas alguna infamia. Creía a Dmitri capaz de matar, pero no de robar. ¿Por qué me dijiste que sabías fingir un ataque?

—Fue una chiquillada. Jamás he simulado un ataque. Lo dije por presumir. Entonces lo quería a usted mucho y le hablaba con ingenuidad infantil.

—Mi hermano te acusa. Dice que fuiste tú el que cometiste el robo y el crimen.

—¿Él qué ha de decir? —replicó Smerdiakov con una amarga sonrisa—. ¿Pero quién lo creerá, sabiéndose los cargos que pesan sobre él? Grigori Vasilievitch vio la puerta abierta. Es una prueba decisiva. En fin, que Dios le perdone. Tiene miedo y trata de salvarse.

Reflexionó un momento y añadió:

—Es lo de siempre. Quiere descargar sobre mí la culpa del crimen. Ya lo había oído decir. ¿Pero le habría dicho yo a usted que podía simular un ataque de epilepsia si hubiese tenido el propósito de matar a su padre? ¿Habría cometido la necedad de ofrecer por anticipado semejante prueba y nada menos que al hijo de la víctima? ¿Es esto verosímil? Nadie, excepto Dios, está escuchando esta conversación, pero si usted la transmitiera al procurador y a Nicolás Parthenovitch, esto me favorecería, pues no es posible que un desalmado obre con tanta ingenuidad. Todo el mundo razonará de este modo.

—Óyeme —dijo Iván Fiodorovitch levantándose, impresionado por este último argumento—. No sospecho de ti. Sería una necedad acusarte. Incluso te agradezco que me hayas tranquilizado. Ya volveré, pero ahora me voy. Adiós; que te mejores.

¿Necesitas algo?

—Gracias. Marta Ignatievna no me olvida, y como es tan buena, viene en mi ayuda siempre que me hace falta. Todos los días vienen a verme buenos amigos.

—Hasta más ver. No diré que dijiste que sabías simular un ataque. Te aconsejo que tampoco tú vuelvas a hablar de ello —dijo Iván, sin saber por qué.

—De acuerdo. Si usted no dice lo de la simulación, tampoco yo diré nada de nuestra charla en el portal.

Iván Fiodorovitch salió de la habitación. Cuando había dado unos diez pasos por el corredor se dio cuenta de que la última frase de Smerdiakov tenía algo de ofensivo para él. Por un momento pensó volver atrás, pero cambió de opinión, se encogió de hombros y salió del hospital.

Se había tranquilizado al saber que el culpable no era Smerdiakov, como parecía lógico suponer, sino Mitia. ¿Por qué había cometido su hermano el crimen? No intentó dilucidarlo; le repugnaban estos análisis psíquicos. Anhelaba olvidar. En los siguientes días acabó de convencerse de la culpabilidad de Mitia, al estudiar a fondo las pruebas que se acumulaban contra él. Personas tan humildes como Fenia y su madre habían hecho declaraciones abrumadoras. Y no hablemos de Perkhotine, los clientes de la taberna, los comerciantes Plotnikov y los testigos de Mokroie. Había detalles que eran cargos decisivos. El de la llamada mediante una serie de golpes convenida había impresionado al juez y al procurador casi tanto como la afirmación de Grigori de que la puerta estaba abierta. Marta Ignatievna, al interrogarla Iván Fiodorovitch, dijo que Smerdiakov había pasado la noche muy cerca de su lecho, al otro lado del tabique, y que más de una vez se había despertado al oír los gemidos del enfermo. «Se lamentaba sin cesar.» Iván habló también con el doctor Herzenstube y le expuso sus dudas acerca de la demencia de Smerdiakov, que a él le había parecido simplemente un hombre extenuado.

—¿Sabe usted en qué se ocupa ahora? Escribe palabras francesas con caracteres rusos en un cuaderno y se las aprende de memoria.

Al fin desaparecieron hasta las últimas dudas de Iván. Ya no podía pensar en Dmitri sin experimentar cierta aversión. Sin embargo, le sorprendía la persistencia con que Aliocha afirmaba que el asesino no era Dmitri y que había «muchas probabilidades» de que fuera Smerdiakov. Iván había respetado siempre las opiniones de Aliocha, y ésta, la referente a la culpabilidad del epiléptico, lo desconcertaba. Otro detalle sorprendía a Iván: Aliocha no era nunca el primero en hablar de Mitia, sino que se limitaba a contestar a las preguntas que él le hacia sobre Dmitri. Además de éstas, Iván tenía otra preocupación: desde que había regresado de Moscú estaba locamente enamorado de Catalina Ivanovna.

No es éste el lugar a propósito para describir la gran pasión de Iván Fiodorovitch, una pasión que influyó decisivamente en su vida. En ella hay materia para una obra

aparte, que tal vez escriba algún día. Me limitaré, pues, a hacer constar que cuando Iván dijo a Aliocha, al salir de casa de Catalina Ivanovna, que ésta no le gustaba, se mentía a si mismo. Iván sentía por ella un amor inmenso, aunque a veces la odiaba hasta el extremo de experimentar el deseo de matarla.

Esta pasión había nacido por diversas causas. Trastornada por la tragedia, Catalina Ivanovna se había arrojado sobre Iván Fiodorovitch como se arroja sobre su salvador el que está perdido. Se sentía ofendida y humillada, y he aquí que en esto veía aparecer al hombre que tanto la había amado —estaba segura de ello— y cuya inteligencia y sentimientos había apreciado siempre. Pero ella, inflexible en el cumplimiento de sus compromisos, no le había entregado enteramente su corazón, a pesar del ímpetu pasional, propio de un Karamazov, de su pretendiente y de la fascinación que ejercía sobre ella. Además, se reprochaba constantemente haber traicionado a Mitia, y así se lo decía a Iván, con toda franqueza, en sus frecuentes disputas. A esto se refería Iván cuando, hablando con Aliocha, había dicho que todo era una farsa entre ellos. Efectivamente había mucho de farsa en sus relaciones, lo que exasperaba a Iván Fiodorovitch. Pero no nos anticipemos.

Durante algún tiempo, Iván casi se olvidó de Smerdiakov. Sin embargo, quince días después de su primera visita al enfermo volvieron a atormentarle extrañas ideas. Se preguntaba con frecuencia por qué la última noche que pasó en casa de Fiodor Pavlovitch, antes de emprender el viaje, había salido en silencio, como un ladrón, a la escalera, para oír lo que hacia su padre en la planta baja. A la mañana siguiente, cuando se acercaba a Moscú se había acordado de esto, había sentido una repentina angustia y se había dicho: «Soy un miserable.» ¿Por qué se acusaba a si mismo?

Un día en que estaba dando vueltas en su imaginación a estos ingratos recuerdos y se decía que eran capaces de hacerle olvidar a Catalina Ivanovna, se encontró con Aliocha. Inmediatamente le preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella tarde en que llegó de pronto Dmitri y golpeó a nuestro padre? Después, en el patio, te dije que me reservaba «el derecho de desear». Dime: ¿pensaste entonces que yo deseaba la muerte de nuestro padre?

—Si —repuso sencillamente Aliocha.

—Verdaderamente, no era dificil deducirlo. ¿Pero pensaste también que yo deseaba que los reptiles se devorasen entre sí, o sea que Dmitri matara a nuestro padre? ¿Que yo incluso estaba dispuesto a ser su cómplice?

Aliocha palideció y fijó su mirada en los ojos de Iván.

—¡Habla! —gritó Iván—. ¡Quiero conocer tu pensamiento! ¡Necesito saber toda la verdad!

Jadeaba, miraba a su hermano con anticipada hostilidad.

—Perdóname, pero también pensé eso —murmuró Aliocha, sin añadir ninguna palabra atenuante.

—Gracias —dijo secamente Iván. Y continuó su camino.

Desde entonces, Aliocha observó que su hermano lo miraba con aversión y rehuía su trato, por lo que decidió no volver a visitarlo.

Inmediatamente después de su encuentro con Aliocha, Iván fue a ver de nuevo a Smerdiakov.

VII. Segunda entrevista con smerdiakov

Smerdiakov había salido ya del hospital. Vivía en aquella casita de techo bajo habitada por María Kondratievna. La vivienda tenía dos habitaciones, y entre ellas un vestíbulo. María Kondratievna y su madre ocupaban una de las habitaciones, y la otra Smerdiakov. Nadie sabía exactamente con qué títulos habitaba el epiléptico en aquella casa. Al fin se supuso que era el prometido de María Kondratievna y que no pagaba alquiler alguno. Tanto la madre como la hija le tenían gran afecto y lo consideraban superior a ellas.

Cuando le abrieron la puerta, Iván, siguiendo las indicaciones de María Kondratievna, se dirigió a la habitación de la izquierda, que era la ocupada por Smerdiakov. Una estufa de barro despedía un calor sofocante. Las paredes estaban cubiertas de un papel azul lleno de desgarrones y bajo el cual corrían las cucarachas con un rumoreo continuo. El mobiliario era muy simple: dos bancos a ras de las paredes y dos sillas junto a la mesa, sencilla y cubierta por un mantel rameado de color de rosa. Geranios en las ventanas: en un rincón, imágenes santas. En la mesa había un abollado samovar de cobre, una bandeja y dos tazas. El samovar estaba apagado; Smerdiakov se había tomado ya el té. Estaba sentado en un banco, escribiendo en un cuaderno. A su lado había un frasquito de tinta y una bujía en un candelero de metal. Al ver a Smerdiakov, Iván tuvo la impresión de que estaba completamente restablecido. Tenía la cara más llena y más lozana; el cabello, lustroso y bien peinado. Llevaba una bata de vivos colores, acolchada y no muy vieja. Usaba lentes, y este detalle irritó a Iván Fiodorovitch, que lo ignoraba. «¡Llevar lentes ese desgraciado!»

Smerdiakov levantó la cabeza, miró al visitante y se quitó los lentes. Después se puso en pie sin apresurarse, menos por respeto que por observar las reglas de la urbanidad. Iván advirtió al punto estos detalles y, sobre todo, la hostilidad y altivez que había en su mirada. «¿A qué vienes? —parecía decir—. Tú y yo ya nos pusimos de acuerdo.» Iván Fiodorovitch apenas podía contenerse.

—¡Qué calor hace aquí! —dijo desabrochándose el abrigo.

—Quíteselo —sugirió Smerdiakov.

Iván Fiodorovitch se lo quitó. Después, con manos temblorosas, retiró un poco una de las sillas que había junto a la mesa y se sentó. Smerdiakov había ocupado ya su asiento.

—Ante todo, una pregunta —dijo Iván—. ¿Pueden oirnos?

—No; ya habrá visto usted que entre esta habitación y la otra hay un vestíbulo.

—Bien, escucha. Cuando me despedí de ti en el hospital, me dijiste que si yo no hablaba de tu habilidad para fingir ataques, tú no explicarías nuestra conversación en el portal. ¿Qué querias decir? ¿Era una amenaza? ¿Crees que existe un pacto entre

nosotros? ¿Supones acaso que te temo?

Iván Fiodorovitch hablaba con indignación. Daba a entender claramente que detestaba los subterfugios y que le gustaba el juego limpio. Por la mirada de Smerdiakov pasó una nube maligna. Su ojo izquierdo empezó a parpadear nerviosamente. Parecía decirse: «¿Quieres que hablemos claro? Pues te voy a complacer.»

—Lo que entonces quise decir fue que usted, aun previendo el asesinato de su padre, se marchó, dejándolo sin defensa. Y le prometí callar para evitar juicios desfavorables sobre sus sentimientos... y sobre otras cosas.

Smerdiakov pronunció estas palabras sin precipitarse, en el tono del que es dueño de sí mismo, pero también con provocativa aspereza. Luego se quedó mirando a Iván Fiodorovitch con insolencia.

—¿Qué dices? ¿Estás en tu juicio?

—Sí, por completo.

—¿De modo que, según tú, yo sabía que se iba a asesinar a mi padre? —exclamó Iván dando un formidable puñetazo sobre la mesa—. ¿Qué significa eso de «sobre otras cosas»? ¡Habla, miserable!

Smerdiakov enmudeció. Seguía mirando a Iván con insolencia.

—¿Qué otras cosas son ésas, canalla?

—Pues bien son... que usted tal vez deseara, anhelara, la muerte de su padre.

Iván Fiodorovitch se levantó y lanzó su puño con violencia contra un hombro de Smerdiakov. Este retrocedió hasta la pared tambaleándose, mientras las lágrimas bañaban su rostro.

—¡Eso no está bien, señor! ¡Agredir a.un hombre que no puede defenderse!

Se cubrió el rostro con su sucio pañuelo a cuadros y empezó a sollozar.

—¡Basta! —dijo Iván volviendo a sentarse—. ¡Deja ya de llorar y no me saques de quicio!

Smerdiakov apartó el pañuelo de sus ojos. Su rígido semblante expresaba un profundo rencor.

—¿De modo, miserable, que tú crees que yo deseaba ponerme de acuerdo con Dmitri para matar a mi padre?

—Yo no sabía lo que usted pensaba, y precisamente para sondearlo me detuve a hablar con usted.

—¿Para sondearme? ¿Qué pretendías averiguar?

—Sus intenciones respecto a su padre, es decir, si usted deseaba su inmediata muerte.

Lo que más irritaba a Iván Fiodorovitch era el tono impertinente de Smerdiakov.

—¡Fuiste tú quien lo mató! —exclamó de pronto.

Smerdiakov sonrió desdeñosamente.

—Usted sabe perfectamente que no fui yo. Y me extraña que un hombre inteligente como usted insista en semejante acusación.

—¿Por qué sospechaste de mí?

—Ya lo sabe usted: por miedo. Yo, debido a mi estado, desconfiaba de todo el mundo, y quería sondearlo a usted para saber si estaba de acuerdo con su hermano, ya que entonces me quedaría sin protección.

—Hace quince días no hablabas así.

—Pero le di a entender lo mismo con medias palabras, creyendo que usted prefería esto a que habláramos francamente.

—¡Es el colmo!... Insisto en que me aclares una cosa: ¿cómo pudo tu alma vil concebir esas innobles sospechas?

—Usted era incapaz de matar a su padre con sus propias manos, pero podía desear que otro lo hiciera.

—¡Con qué aplomo hablas! ¿Pero por qué había de sentir yo ese deseo?

—¿Cómo que por qué? —exclamó Smerdiakov pérfidamente—. Por la herencia. La muerte de su padre suponía para cada uno de ustedes cuarenta mil rublos o más. En cambio, si daban tiempo a que Fiodor Pavlovitch se casara con Agrafena Alejandrovna, ésta, que no tiene un pelo de tonta, se habría apresurado a poner el dinero de su padre a su nombre, y no habría quedado nada para ustedes tres. Esto estuvo a punto de ocurrir. Habría bastado una palabra de Agrafena Alejandrovna para que Fiodor Pavlovitch la hubiese llevado al altar.

Iván Fiodorovitch tenía que hacer grandes esfuerzos para contenerse.

—Bien —dijo al fin—. Como ves, ni te he pegado ni te he matado. Por lo tanto, puedes continuar. ¿De modo que, según tú, yo contaba con mi hermano Dmitri y le había encargado ese trabajo?

—Sí. Al ser un asesino, perdería todo sus derechos, se le degradaría y se le deportaría. Entonces su hermano Alexei Fiodorovitch y usted heredarían su parte, y ya no serían cuarenta mil rublos, sino sesenta mil, lo que les tocaría a cada uno. Es, pues, muy natural que usted pensara en Dmitri Fiodorovitch.

—¡No sé cómo puedo contenerme! Óyeme, cretino: si yo hubiese tenido que contar con alguien, habría contado contigo, no con Dmitri. Y lo juro que presentí que cometerías alguna infamia: recuerdo que tuve esta impresión.

—También yo pensé que usted contaba conmigo —dijo irónicamente Smerdiakov—. O sea que cada vez se desenmascara usted más. Pues si usted se marchó a pesar de tener este presentimiento, esto equivalía a decir: «Puedes matar a mi padre: no me opongo.»

—¡Miserable! ¿Eso creíste?

—Razonemos. Usted quería marcharse a Moscú, y, a pesar de los ruegos de su padre, se negaba a ir a Tchermachnia. Pero de pronto, accediendo a mis ruegos,

decide ir a ese lugar cercano. Para proceder de este modo era necesario que esperase usted algo de mí.

—¡Eso no! ¡Lo juro! —gritó lván, rechinando los dientes.

—¿Cómo que eso no? Usted era el hijo del dueño de la casa. En vez de atender a mis ruegos, debió entregarme a la policía, hacerme azotar o pegarme usted mismo en el acto. Pero usted ni siquiera se enfadó. Y se marchó, en vez de quedarse para defender a su padre. ¿Qué podía yo deducir de este proceder?

Iván tenía el semblante sombrío y los puños crispados sobre las rodillas.

—Desde luego, siento no haberte dado una paliza —dijo con una sonrisa amarga —. No me era posible llevarte a la policía, pues no me habrían creido sin pruebas. Pero fue un error no molerte a golpes; aunque esté prohibido que uno se tome la justicia por su mano, debí hacerte trizas la cara.

Smerdiakov le observó con visible deleite.

—En los casos corrientes —dijo con evidente satisfacción y en un tono doctoral, como cuando hablaba de cuestiones religiosas con Grigori Vasilievitch—, tomarse la justicia por las propias manos está vedado por la ley. Sí, se han terminado estas brutalidades. Pero en los casos excepcionales, no sólo en nuestro país, sino en todo el mundo, incluso en la República Francesa, se siguen empleando los puños, como en los tiempos de Adán y Eva. Y siempre será así. Pero usted, ni siquiera en uno de estos casos excepcionales se atrevió a hacer use de la acción directa.

—¿Esto es lo que aprendes de las frases francesas que escribes ahí? —preguntó Iván señalando el cuaderno que estaba sobre la mesa.

—¿Por qué no? Estoy completando mi instrución. Pienso que tal vez tenga que visitar algún día los hermosos países de Europa.

—Escucha, monstruo —dijo Iván, temblando de cólera—, me tienen sin cuidado tus acusaciones. Declara contra mí todo lo que quieras. Si no te he dado ya una paliza es porque sospecho que eres un asesino y voy a entregarte a la justicia. Lo haré cuando consiga desenmascararte.

—Yo creo que será mejor para usted callarse. ¿Qué puede usted decir contra un inocente? ¿Y quién lo creería? Además, si usted me acusa, yo lo contaré todo. Tengo que defenderme.

—¿Crees acaso que te temo?

—Aun admitiendo que la justicia no me crea, el público si que me creerá, y esto no será nada agradable para usted.

—Ahora comprendo por qué dijiste que da gusto hablar con un hombre inteligente —dijo Iván, apretando las mandíbulas.

—Sí, y usted debe demostrar su inteligencia.

Iván Fiodorovitch se levantó temblando de indignación, se puso el abrigo y, sin contestar a Smerdiakov, sin ni siquiera mirarlo, salió a toda prisa de la casa. El aire

fresco de la noche lo despejó. Brillaba la luna. Las ideas y las sensaciones hervían en él. «¿Debo ir a denunciar a Smerdiakov? ¿Para qué, si es inocente? Si lo hiciera, sería él quien me acusaría a mi. ¿Cómo justificar mi viaje a Tchermachnia? Sin duda tiene razón: yo esperaba algo.» Por enésima vez se acordó de que la última noche que pasó en casa de su padre salió a la escalera para acechar, y esto le produjo una sensación tan dolorosa, que se detuvo en seco, como paralizado por una puñalada. «Sí, yo esperaba que ocurriera lo que ocurrió. ¡Ésta es la verdad! ¡Yo deseaba que se cometiera el asesinato!... Bueno, no sé lo que deseaba... ¡Es preciso que mate a Smerdiakov! ¡Si no tengo valor para hacerlo, no merezco vivir!»

Iván se fue derecho a casa de Catalina Ivanovna, que se asustó al ver su trastornado semblante. Iván le refirió, palabra por palabra, toda su conversación con Smerdiakov. Aunque Katia trataba de calmarlo, él iba y venía por la habitación, murmurando palabras incoherentes. Al fin se sentó, apoyó los codos en la mesa y la cabeza en las manos a hizo esta extraña reflexión:

—Si no fue Dmitri, sino Smerdiakov, yo soy su cómplice, puesto que lo impulsé a cometer el crimen. ¿Pero lo impulsé verdaderamente? No lo sé todavía... Sin embargo, si es él el culpable y no Dmitri, también yo soy un asesino.

Al oír estas palabras, Catalina Ivanovna se levantó en silencio, se dirigió a su escritorio y sacó de una arquilla un papel que colocó ante Iván. Era la carta de que éste había hablado a Aliocha, diciéndole que era una prueba decisiva contra Dmitri. Mitia la había escrito en estado de embriaguez la tarde en que se encontró con Aliocha, cuando éste volvía del monasterio después de la escena en que Gruchegnka había insultado a su rival. Apenas se separó de Aliocha, Mitia corrió a casa de Gruchegnka. Ignoramos si la vio, pero lo cierto es que terminó la velada en la taberna «La Capital», donde bebió hasta emborracharse. En este estado, pidió pluma y papel y escribió una carta prolija, incoherente, digna de un borracho. Era como el hombre que llega a su casa cargado de alcohol y empieza a contar a su mujer y a cuantos la rodean que se ha encontrado con un canalla que le ha insultado, a él que es tan correcto, y que el atrevido sujeto se las pagará. El bebedor no cesa de hablar, reforzando su incoherente discurso con una serie de puñetazos en la mesa y llorando de emoción.

El papel de cartas que dieron a Mitia en la taberna era una hoja áspera y sucia, con operaciones aritméticas en el dorso. Como no tenía espacio suficiente para su palabrería de borracho, Mitia había tenido que llenar los márgenes y escribir las últimas líneas cruzadas sobre el texto. He aquí lo que decía la carta:

> *Fatal Katia: Mañana tendré dinero y te devolveré los tres mil rublos que te debo. Adiós, mujer iracunda. Y otro adiós para mi amor. ¡Hemos terminado! Mañana pediré dinero a todo el mundo. Y si nadie me lo da, palabra de honor que iré en busca de mi padre, le abriré la cabeza y le quitaré el dinero que tiene*

escondido debajo de la almohada. Así lo haré si Iván ha salido de viaje. ¡Iré a presidio, pero te devolveré tus tres mil rublos! ¡Adiós! Me inclino ante ti hasta besar el suelo. Soy un miserable. Perdóname. Pero no, no me perdones. Si no me perdonas, viviremos más a gusto los dos. Prefiero el presidio a tu amor, pues amo a otra. La has conocido hoy. No, no puedes perdonarme. ¡Mataré al que me ha robado! Os dejaré a todos para irme a Oriente. No quiero ver a nadie, ni siquiera a ella, pues no eres tú sola la que me hace sufrir. ¡Adiós!

Tu esclavo y enemigo,

D. KARAMAZOV.

P. D. —Te maldigo, pero te adoro. Siento latir mi corazón. En él queda una cuerda que vibra por ti. ¡Ah, que estalle cuanto antes! Me mataré, pero antes mataré al monstruo. Le quitaré los tres mil rublos y te los devolveré. Me podrás mirar como a un miserable, pero no como a un ladrón. Te daré los tres mil rublos. Están en casa de ese maldito perro. Los tiene debajo de! colchón, atados con una cinta de color de rosa. No se me podrá acusar de ladrón, pees mataré at hombre que me ha robado. No me desprecies, Katia: Dmitri será un asesino, pero no un ladrón. Dmitri matará a su padre y se perderá porque no puede soportar tu altivez. Y para no tener que amarte.

P. D. —Te beso los pies. ¡Adiós!

P. D. —Katia, pide a Dios que alguien me dé el dinero. Si me lo dan, no tendré que derramar sangre. Si no me lo dan, la derramaré.

Después de haber leído esta carta, Iván quedó convencido de que había sido su hermano y no Smerdiakov el que había cometido el crimen. Y si no había sido Smerdiakov, tampoco había sido él. Iván vio en este documento una prueba irrefutable: ya no tenía la menor duda de que el asesino había sido Mitia. Y como no podía admitir la complicidad entre Dmitri y Smerdiakov, ya que no estaba de acuerdo con los hechos, su tranquilidad fue completa. Al día siguiente, el recuerdo de Smerdiakov y sus ironías le producía un profundo desprecio. Transcurridos varios días, incluso se extrañó de haberse sentido tan mortificado por las sospechas del epiléptico. Y decidió no volver a pensar en él.

Así pasó un mes. Entonces Iván se enteró de que Smerdiakov estaba enfermo de cuerpo y de espíritu.

—Este hombre se volverá loco —había dicho el doctor Varvinski.

En los últimos días de aquel mes, Iván se sintió también muy mal y consultó al médico que Catalina Ivanovna había traído de Moscú. Las relaciones entre Katia a Iván se habían agriado extraordinariamente. Eran como dos enemigos enamorados el uno del otro. Los « retornos» de Catalina Ivanovna a Mitia, pasajeros pero violentos,

exasperaban a Iván. Aunque parezca extraño, Iván no había oído durante todo el mes una palabra de duda en labios de Catalina Ivanovna respecto a la culpabilidad de Mitia, a pesar de aquellos «retornos» que tanto le mortificaban. Estas dudas sólo las había expresado en la última escena que ambos tuvieron con Aliocha cuando éste regresaba de su visita a la cárcel. Otro detalle curioso era que Iván, cuyo odio hacia Mitia crecía sin cesar, se daba perfecta cuenta de que detestaba a su hermano no por los «retornos» de Catalina Ivanovna, sino por haber matado a su padre.

A pesar de este odio, diez días antes del juicio había ido a visitar a Mitia y le había propuesto un plan de evasión evidentemente estudiado hacía mucho tiempo. Este proceder se debía en parte al deseo de desmentir la insinuación de Smerdiakov de que él, Iván, tenía interés en que condenaran a su hermano, ya que así su parte en la herencia, lo mismo que la de Aliocha, aumentaría en veinte mil rublos. Y había decidido gastar treinta mil para facilitar la huida de Dmitri. Tras su visita a la cárcel, Iván estaba triste y amargado. Tuvo la súbita impresión de que no deseaba la evasión de Mitia solamente para salir al paso de la acusación de Smerdiakov. «¿Será también —se preguntó— porque, en el fondo, soy un asesino?» Se sentía vagamente inquieto y amargado. Durante aquel mes, su orgullo había recibido fuertes embates... Pero ya hablaremos de esto.

Cuando Iván Fiodorovitch, después de su conversación con Aliocha y ya a la puerta de su casa, decidió de pronto ir a ver a Smerdiakov por tercera vez, obedeció a una indignación repentina. Se acababa de acordar de que Catalina Ivanovna había exclamado en presencia de Aliocha: «¡Tú me has convencido de que el asesino es Mitia!» Al recordar esto, Iván se quedó petrificado. No sólo no había dicho jamás a Catalina Ivanovna que el culpable era Mitia, sino que se había acusado a si mismo en presencia de ella al volver de casa de Smerdiakov. Y había sido ella la que le habla demostrado a él la culpabilidad de Mitia poniendo ante sus ojos la carta comprometedora. Luego Katia dijo que había ido a visitar a Smerdiakov. ¿Cuándo? Iván no sabía nada de esta visita, que demostraba que la convicción de Catalina Ivanovna no era muy firme. ¿Qué le habría dicho Smerdiakov? Iván tuvo un arrebato de ira. No comprendia cómo, hacia media hora, había podido oír las palabras de Katia sin replicar violentamente. Soltó el cordón de la campanilla y se dirigió a casa de Smerdiakov.

«¡Esta vez puedo llegar incluso a matarlo!», se iba diciendo por el camino.

VIII. Tercera y última entrevista con Smerdiakov

Se levantó un fuerte viento, idéntico al que había soplado por la mañana, acompañado de una nevada fina, abundante y seca. La nieve caía sin adherirse al suelo, el viento la arremolinaba; pronto se desencadenó una verdadera tormenta. En la parte de la ciudad donde habitaba Smerdiakov apenas había faroles. Iván avanzaba en la oscuridad, guiándose por el instinto. Le dolía la cabeza, las sienes le latían, su pulso se había acelerado. Poco antes de llegar a la casita de María Kondratievna se encontró con un borracho que llevaba un caftán remendado. Iba haciendo eses y lanzando juramentos. A veces dejaba de vociferar para cantar con voz ronca:

–Para Piter[117] *ha partido Vanka;*
a no lo esperaré.

Invariablemente, después del segundo verso interrumpía el canto y reanudaba las invectivas. Poco después, Iván Fiodorovitch sintió, sin saber por qué, un odio profundo hacia aquel hombre. Se dio cuenta de ello de pronto. Inmediatamente le asaltó un deseo irresistible de golpearlo. Precisamente en ese momento estaban el uno al lado del otro. El borracho, en uno de sus vaivenes, tropezó violentamente con Iván, y éste respondió con un furioso empujón. El del caftán cayó de espaldas sobre la helada tierra, donde, tras proferir un gemido, quedó mudo, inmóvil, inconsciente. «¡Se helará!», pensó Iván mientras reanudaba su camino.

Acudió a abrirle María Kondratievna con una bujía en la mano. Ya en el vestíbulo, María le dijo en voz baja que Pavel Fiodorovitch —es decir, Smerdiakov— estaba muy enfermo. Incluso había rechazado el té.

—Supongo que no cesará de vociferar —dijo Iván.

—Al contrario: nunca ha estado más tranquilo. No le entretenga demasiado.

Iván entró en la habitación.

Estaba tan caldeada como de costumbre, pero se observaban en ella algunos cambios: uno de los bancos había sido sustituido por un gran canapé de imitación a caoba, guarnecido de cuero y convertido en cama, con almohadas perfectamente limpias. Smerdiakov, vestido con su vieja bata, estaba sentado en el canapé, ante la mesa, trasladada allí. Estos cambios habían reducido el espacio libre. Sobre la mesa se veía un gran libro de tapas amarillas. Smerdiakov recibió a Iván con una mirada larga y silenciosa y no demostró la menor sorpresa al verlo. También su aspecto había cambiado, y mucho: tenía el rostro pálido y enjuto; los ojos, hundidos; los párpados inferiores, amoratados.

—¿Estás verdaderamente enfermo? —inquirió Iván Fiodorovitch—. No te

molestaré mucho tiempo. Ni siquiera me quito el ábrigo. ¿Dónde puedo sentarme?

Acercó una silla a la mesa y se sentó.

—¿Por qué estás tan callado? Sólo tengo que hacerte una pregunta. Pero te advierto que no me marcharé sin que me contestes. ¿Ha venido a verte Catalina Ivanovna?

Smerdiakov respondió con un ademán indolente y volvió la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—¡Bueno, pues sí: Catalina Ivanovna ha venido a verme! ¿Y qué? ¡Déjeme en paz!

—Eso no lo esperes. Di: ¿cuándo vino?

—No me acuerdo.

Smerdiakov dijo esto con una sonrisita desdeñosa. De pronto, ahora. se encaró con Iván y le dirigió una mirada cargada de odio, como la que le había dirigido hacia un mes.

—También usted está muy enfermo —dijo—. Tiene la cara chupada, y su aspecto es el de un hombre agotado.

—No te preocupes por mi salud y responde a mi pregunta.

—Tiene los ojos amarillos. No cabe duda de que algo le atormenta.

Tuvo una risita sarcástica. Iván exclamó, irritado:

—¡Ya lo he dicho que no me marcharé sin una respuesta!

—No comprendo su insistencia —dijo Smerdiakov—. ¿Por qué se obstina en torturarme?

—¡Lo que a ti te ocurra no me importa lo más mínimo! Contesta a mi pregunta y me voy.

—No tengo ninguna respuesta.

—Te advierto que te obligaré a contestar.

—¿Por qué está tan inquieto? —preguntó Smerdiakov, mirando a Iván con más contrariedad que desdén—. ¿Porque mañana se verá la causa contra su hermano? Esto no significa ninguna amenaza contra usted. De modo que cálmese. Váyase usted a su casa y duerma tranquilo. No tiene nada que temer.

—No te comprendo —dijo Iván, sorprendido y repentinamente aterrado—. ¿Por qué he de temer al juicio de mañana?

Smerdiakov lo miró de pies a cabeza.

—¿De veras no me comprende? ¡Lo incomprensible es que un hombre inteligente finja como usted está fingiendo!

Iván lo miró en silencio. La arrogancia con que le hablaba su antiguo criado era algo inaudito.

—Le repito que no tiene nada que temer. No hay pruebas y no declararé contra usted... Sus manos tiemblan. ¿Por qué? Vuelva a su casa. Usted no es el asesino.

Iván se estremeció y se acordó de Aliocha.

—Ya sé que no lo soy —murmuró.

—¿De veras lo sabe?

Iván se levantó y cogió a Smerdiakov por un hombro.

—¡Habla, víbora! ¡Dilo todo!

Smerdiakov no se asustó lo más mínimo, sino que miró a Iván con un odio feroz.

—Pues bien; ya que lo desea, se lo diré —repuso, furioso—. Usted mató a Fiodor Pavlovitch.

Iván volvió a sentarse y quedó pensativo. Al fin, tuvo una sonrisa maligna.

—¿Es el mismo cuento que la otra vez?

—Sí, y usted lo comprendió entonces, como lo comprende ahora.

—Lo único que comprendo es que estás loco.

—Aquí estamos solos usted y yo. ¿Para qué fingir? ¿Para qué tratar de engañarnos? ¿Pretende usted cargarme a mí toda la culpa? Usted fue el autor del crimen, el principal culpable. Yo no fui más que su auxiliar, su dócil instrumento. Usted sugirió y yo cumplí.

—¿Cumpliste? Entonces..., ¡eres tú el asesino!,..

Sintió como un estallido en la cabeza; le pareció que una corriente helada recorría todo su cuerpo. Smerdiakov lo contemplaba asombrado, impresionado por el efecto, evidentemente real, que habían producido en Iván sus palabras.

—¿De modo que no lo sabía? —preguntó, receloso.

Iván lo seguía mirando fijamente. Parecía haber perdido el don de la palabra. De pronto, le pareció oír:

'ara Piter ha partido Vanka;
a no lo esperaré.

—¿Sabes que te temo como a un fantasma? —murmuró.

—Aquí no hay más fantasmas que usted, yo y... un tercero. Un tercero que sin duda está presente ahora.

—¿Cómo? ¿Un tercer fantasma? —exclamó Iván, aterrado, mirando en todas direcciones.

—El tercer fantasma es Dios, la Providencia. Está aquí. Pero es inútil que lo busque: no lo encontrará.

—¡Has mentido! —rugió Iván—. ¡Tú no eres el asesino! ¡Estás loco o te complaces en irritarme, como la otra vez!

Smerdiakov no experimentaba terror alguno: se limitaba a observar a su interlocutor atentamente; con visible desconfianza. Creía que Iván lo sabía todo y

fingía ignorarlo, con objeto de que toda la culpa recayera sobre él.

—Espere un momento —dijo al fin, en voz baja.

Sacó la pierna de debajo de la cama y se subió el pantalón. Llevaba medias blancas y zapatillas. Con toda la parsimonia, se quitó las ligas a introdujo la mano en la media. Iván Fiodorovitch tuvo un repentino estremecimiento de pánico.

—¡Estás loco! —gritó.

Y, levantándose de un salto, retrocedió hasta tropezar con la pared, donde se quedó como clavado en el suelo, mirando fijamente a Smerdiakov. Éste, sin inmutarse, siguió rebuscando en su media. Al fin, Iván le vio sacar un paquete que depositó en la mesa.

—Ahí tiene —dijo en voz baja.

—¿Qué es eso?

—Mírelo.

Iván se acercó a la mesa y empezó a deshacer el paquete. De pronto, retiró las manos como si hubiera tocado un reptil repugnante y temible.

—Le tiemblan las manos —dijo Smerdiakov.

Y él mismo deshizo el envoltorio. Entonces aparecieron tres fajos de billetes de cien rublos.

—Están los tres mil rublos; no hace falta contarlos.

Y añadió, señalando los billetes:

—Tome los que quiera.

Iván se dejó caer en la silla. Estaba blanco como un cadáver.

—Me has asustado cuando has empezado a buscar en tu media —dijo con una extraña sonrisa.

—¿De veras no lo sabía usted?

—De veras. Yo creía que había sido Dmitri..., ¡mi hermano, mi hermano!

Ocultó la cara entre las manos y añadió:

—¿Lo hiciste sólo tú? ¿No te ayudó mi hermano?

—Lo hice sólo con usted. Dmitri Fiodorovitch es inocente.

—Bien bien; en seguida hablaremos de mí... No sé por qué tiemblo. Ni siquiera puedo articular las palabras.

—Antes era usted un hombre audaz. «Todo está permitido», decía. Y ahora tiembla de miedo. ¿Quiere una limonada? La voy a pedir. Pero antes tendremos que ocultar esto.

Se refería a los billetes. Se acercó a la puerta, llamó a María Kondratievna y le dijo que trajera limonada. Luego trató de esconder el dinero. Empezó por sacar el pañuelo, pero, al observar lo sucio que estaba, cogió el gran libro de tapas amarillas que Iván había visto al entrar en la habitación y que se titulaba *Sermones de nuestro santo padre Isaac el Sirio*, y lo puso sobre los billetes.

—No quiero limonada —dijo Iván—. Siéntate y habla. ¿Cómo lo hiciste? Cuéntamelo todo.

—Le aconsejo que se quite el abrigo. Si no lo hace; pronto estará bañado en sudor.

Iván Fiodorovitch se quitó el abrigo y, sin levantarse de su asiento, lo arrojó al banco.

—¡Habla, por favor, habla!

Se había serenado. Estaba seguro de que Smerdiakov se lo iba a contar todo.

—¿Que cómo lo hice? —dijo Smerdiakov, con un suspiro—. Del modo más natural. Según sus propias palabras...

—Ya hablaremos de mis palabras —le atajó Iván, pero esta vez sin irritarse, como si fuera enteramente dueño de sí mismo—. Ahora limítate a referir, con todo detalle y en orden, cómo cometiste el crimen. No olvides los detalles, te lo ruego.

—Usted había salido de viaje. Yo me desplomé en la bodega.

—¿Fue un verdadero ataque, o lo fingiste?

—Lo fingí. Bajé tranquilamente la escalera, me tendí en el suelo y empecé a gritar. Y, mientras me llevaban en brazos, simulé algunas convulsiones.

—¿También fingías en el hospital?

—No. A la mañana siguiente, cuando estaba todavía en casa, tuve un verdadero ataque, el más fuerte que he sufrido desde hace años. Estuve dos días sin conocimiento.

—Bien. Continúa.

—Desde la bodega, me trasladaron al pabellón y me acostaron en un catre detrás del tabique, cosa que yo esperaba, pues siempre que estaba enfermo, Marta Ignatievna me llevaba allí. Desde que nací ha sido buena conmigo. Durante la noche proferí leves gemidos de vez en cuando. Esperaba que llegase Dmitri Fiodorovitch.

—¿Esperabas que fuera a verte?

—No, esperaba que fuera a la casa; estaba seguro de que iría aquella misma noche, ya que no sabía nada de mí. Y tendría que entrar escalando la tapia.

—¿Y si no hubiera ido?

—Entonces no habría ocurrido nada, porque yo nada habría hecho sin él.

—Bien, habla con calma, y, sobre todo, no pases por alto ningún detalle.

—Yo estaba seguro de que su hermano mataría a Fiodor Paviovitch, pues lo había preparado para hacerlo, y, esto sobre todo, conocía la contraseña para que Fiodor Pavlovitch le abriese la puerta. Dado su carácter desconfiado y arrebatado, no cabía duda de que entraría en la casa. Yo contaba con ello.

—Un momento. Si él hubiera matado a mi padre, se habría apoderado del dinero, cosa que sin duda comprendiste tú. O sea, que no habrías obtenido ningún beneficio... No veo esto claro.

—Dmitri Fiodorovitch no podía encontrar el dinero. Yo le dije que estaba debajo del colchón y no era verdad. Primero estaba en una arquilla. Después dije a Fiodor Pavlovitch que lo escondiera detrás de los iconos, donde a nadie se le ocurriría buscarlo, y menos en un momento de prisa. Su padre no se fiaba de nadie más que de mí, y me hizo caso porque la idea le gustó. Guardar el dinero en una cajita, cerrar ésta con llave y esconderla debajo del colchón, habría sido una vulgar estupidez; pero precisamente por ser vulgar y estúpido lo ha creído todo el mundo. Una vez cometido el asesinato, Dmitri Fiodorovitch habría huido al menor indicio de alarma, como hacen todos los asesinos, o lo habrían sorprendido y apresado. Y yo habría podido ir al día siguiente, o aquella misma noche, a coger el dinero. El robo se habría achacado al asesino.

—Pero, ¿y si Dmitri lo hubiera herido únicamente?

—Si lo hubiera herido sin dejarlo inconsciente, no me habría apoderado del dinero. Pero yo contaba con que Dmitri Fiodorovitch golpearía a la víctima hasta dejarla sin conocimiento. Y en este caso podía llevarme los billetes y decir después a Fiodor PavIovitch que el ladrón había sido el mismo que le había golpeado.

—Escucha, hay algo que no entiendo. ¿Es Dmitrí el asesino y tú solamente el ladrón?

—No, el asesino no fue Dmitri. Podría achacarle el crimen, puesto que usted me ha demostrado que no sabe la verdad, aunque se empeña en cargar toda la culpa sobre mí; pero no quiero mentir. No mentiré, porque el culpable es usted. Usted sabía que se iba a cometer el crimen; es más, usted me encargó de su ejecución, y, sin embargo, usted se fue de viaje. Estoy dispuesto a demostrarle que el asesino principal, el único, fue usted y no yo, aunque fui yo el que mató a su padre. En justicia, el asesino es usted.

—¿Por qué? ¿Por qué soy el asesino? —no pudo menos de exclamar Iván Fiodorovitch, olvidando su resolución de no hablar de sí mismo hasta el final de la disputa—. ¿Lo dices porque me marché a Tchermachnia? ¡Alto! Interpretaste mi viaje como un consentimiento. Pero, ¿quieres decirme para qué necesitabas mi consentimiento? ¿Qué explicación tiene esto?

—Contando con su consentimiento, yo sabía que usted, cuando regresara, no armaría ruido sobre la desaparición de los tres mil rubios, si la justicia sospechaba de mí y no de Dmitri Fiodorovitch, o me creía cómplice de él. Por el contrario, usted habría salido en mi defensa. Además, podría darme una buena recompensa por haber heredado gracias a mí, ya que si su padre se hubiera casado con Agrafena Alejandrovna, usted se habría quedado sin nada.

—¿De modo que tu propósito era tenerme atormentado toda la vida? —exclamó Iván con los dientes apretados—. ¿Y si yo, en vez de marcharme, te hubiera denunciado?

—¿Qué habría podido usted decir: que yo le había aconsejado que fuera a Tchermachnia? ¡Vaya acusación! Por otra parte, si usted no se hubiera marchado, no habría ocurrido nada: yo lo habría interpretado como una negativa y no habría hecho lo que hice. Pero se marchó, y entonces me convencí de que no me denunciaría y cerraría los ojos ante la desaparición de los tres mil rublos. Además, usted no habría podido perseguirme, pues ya habría dicho a los jueces, no que había cometido el crimen y el robo, sino que usted me había invitado a cometerlos y yo me había negado. Usted, falto de pruebas, no habría podido hacerme ningún mal. En cambio, yo habría revelado la avidez con que usted deseaba la muerte de su padre, y no le quepa duda de que todo el mundo me habría creído.

—¿De modo que, según tú, yo deseaba la muerte de mi padre? —Sí, y su silencio me autorizaba a obrar.

Smerdiakov estaba muy débil; apenas tenía fuerzas para hablar. Pero una energía interior lo galvanizaba. Iván presentía que abrigaba algún propósito oculto.

—Continúa.

—Continúo. Cuando ya me habían acostado, oí gritar a su padre. Grigori había salido hacía un momento y, de pronto, empezó a dar voces. Después volvió a reinar la calma. Esperé inmóvil. El corazón me latía violentamente. Al fin, no me pude contener; me levanté y salí del pabellón. Vi a la izquierda la ventana de Fiodor Pavlovitch, que estaba abierta, me acerqué a escuchar y oí a su padre suspirar y moverse. «Está vivo», me dije... Me acerco a la ventana y lo llamo. «Soy yo.» Él me responde: «¡Dmitri ha venido y ha matado a Grigori!» Le pregunto dónde y me señala un rincón del jardín. «Voy a buscarlo. Ya vuelvo», le digo. Voy a explorar el rincón y, cerca de la tapia, tropiezo con el cuerpo de Grigori. Está cubierto de sangre a inconsciente. Entonces me digo que es verdad que nos ha visitado Dmitri Fiodorovitch, y resuelvo terminar cuanto antes. Grigori no verá nada aunque viva, ya que está sin conocimiento. El único peligro era que Marta Ignatievna se despertase. Me pareció oírla, pero me sentía tan frenético, que apenas podía respirar. Volví a la ventana.

»—Agrafena Alejandrovna está allí y quiere entrar.

»Fiodor Pavlovitch se estremeció.

»—¿Dónde?

»No me creía. Lanzó un suspiro.

»Allí —repetí—. ¡Abra la puerta!

»El viejo miraba por la ventana, indeciso, sin atreverse a abrir.

» “¡Malo! —me dije— Me teme.”

»Entonces se me ocurrió dar la señal de la llegada de Gruchegnka. Su padre no me creía, pero cuando oyó los golpes que di en la ventana, ante sus propios ojos, corrió a abrir la puerta.

»Yo intenté entrar, pero él me cortaba el paso. —¿Dónde está, dónde está?

»Me miraba atemorizado. Su miedo hacia mi me inquietaba. Las piernas apenas podían sostenerme. Temia que no me dejara entrar, que empezara de pronto a dar gritos o que se presentase Marta Ignatievna. No recuerdo bien aquellos instantes, pero tengo la seguridad de que estaba muy pálido. Murmuré:

»—Gruchegnka está allí, bajo la ventana. ¿Cómo es posible que no la haya visto?

»—¡Tráela, tráela aquí!

»—Tiene miedo. Sus gritos la han asustado. Está escondida en un macizo. Llámela usted mismo desde su habitación.

»Corrió a su cuarto y acercó la bujía a la ventana.

»—¡Gruchegnka, Gruchegnka! ¿Estás ahí?

»No quería asomarse, temía darme la espalda.

»—Está ahí —le dije—, en el macizo. Le sonrie. ¿No la ve usted?

»Me creyó de pronto y empezó a temblar de emoción. Sacó todo el busto por la ventana para mirar. Yo cogí entonces el pisapapeles de metal que tenía en su mesa. Ya lo conoce usted; pesa sus buenas tres libras. Lo cogí y, poniéndolo de canto, le di un golpe en la cabeza con todas mis fuerzas. Cayó fulminado, sin un grito. Le di dos golpes más y noté que tenía el cráneo destrozado. Había caído boca arriba. Estaba bañado en sangre. Inspeccioné mis ropas y vi que no tenía ni una salpicadura. Limpié el pisapapeles y lo volví a poner en su sitio. Después cogí el sobre que estaba detrás de los iconos, saqué el dinero y arrojé al suelo el sobre y la cinta de color de rosa. Salí al jardín, temblando, y me fui derecho al manzano de tronco vacío que usted ya conoce. Yo había guardado allí un trozo de papel y una tira de tela. Empaqueté los billetes y puse el envoltorio en la cavidad. Allí estuvo quince días, hasta que salí del hospital. Una vez escondido el paquete, volví al pabellón y me acosté. Pensé, aterrado: «Si Grigori está muerto, puedo verme en un compromiso. Si vuelve en si, podrá favorecerme atestiguando que ha estado aquí Dmitri Fiodorovitch y afirmando que ha sido él el autor del crimen y del robo.» Tan inquieto me sentía, que empecé a gemir para despertar a Marta Ignatievna. Marta se levantó al fin, vino a ver qué me ocurría y, al advertir la ausencia de Grigori, fue a buscarlo al jardín. Al oírla gritar, recobré la calma.

Smerdiakov enmudeció. Iván lo había escuchado sin decir palabra, sin hacer el menor movimiento, sin apartar de él la vista. Smerdiakov miraba a Iván de vez en cuando, pero no de frente, sino de reojo. Al terminar su relato, estaba emocionado, respiraba con dificultad y tenía el rostro cubierto de sudor. No era posible deducir si sentía remordimiento.

—Pero, ¿qué me dices de la puerta? —preguntó Iván Fiodorovitch tras reflexionar un momento—. Si mi padre la abrió cuando tú se lo dijiste, ¿cómo es posible que Grigori la viera abierta antes?

Iván hizo estas preguntas con toda calma. Si alguien los hubiera estado observando desde el umbral en aquel momento, habría creído que charlaban tranquilamente de cosas sin importancia.

—Grigori dice que vio la puerta abierta —respondió Smerdiakov con una sonrisa —, pero no la pudo ver: fue sencillamente una alucinación. Es un hombre obstinado. Creyó ver la puerta abierta y nadie conseguirá sacarlo de ahí. Fue una suerte para nosotros que tuviera esa falsa visión, pues, al declarar ante los jueces, ha terminado de hundir a Dmitri Fiodorovitch.

—Escucha, escucha —dijo Iván, que parecía nuevamente confundido—. Tenía muchas cosas que preguntarte, pero se me han olvidado... ¡Ahora me acuerdo de una! ¿Por qué abriste el sobre y lo tiraste al suelo? ¿Por qué no te lo llevaste tal como estaba, con los billetes dentro? De lo relato he deducido que obraste así intencionadamente, pero no comprendo por qué lo hiciste.

—Tenía mis motivos. Un hombre que, como yo, pudo haber introducido el dinero en el sobre y visto como su amo lo cerraba y escribía en él, no tenía por qué abrir el sobre una vez cometido el crimen, ya que sabía muy bien lo que contenía. Lo natural era que se lo echara al bolsillo y se fuera a toda prisa. En cambio, Dmitri Fiodorovitch debía proceder de otro modo: al conocer el sobre sólo de oidas, lo lógico era que se apresurase a abrirlo para ver si efectivamente contenía los billetes, y después, que lo echara al suelo, sin caer en la cuenta de que sería una prueba contra él, descuido muy propio de un ladrón no profesional. Esta conducta estaba de acuerdo con su propósito, manifestado públicamente, de ir a casa de Fiodor Pavlovitch, no a robar, sino a recobrar lo que era suyo, es decir, a tomarse la justicia por su mano. En mi declaración, sugeri esta idea al procurador, y lo hice con tanta habilidad, que creyó que la idea era suya, lo que le produjo gran satisfacción.

Iván Fiodorovitch lo miraba, atónito y de nuevo atemorizado.

—¿Es posible —exclamó— que se te ocurriera todo eso sobre el terreno, en unos instantes?

—¡Por favor! ¿Cómo puede usted creer que se piensen tantas cosas en un momento? Lo tenía todo planeado de antemano.

—Bien, bien. Sin duda, te ayudó el diablo. No eres tonto; ere mucho más inteligente de lo que yo me imaginaba.

Se puso en pie para dar un paseo por la habitación; pero como apenas se podía pasar entre la mesa y la pared, dio media vuelta y se volvió a sentar. Sin duda, esto lo irritó, pues empezó a vociferar

—¡Oye, miserable, monstruosa criatura! ¿No comprendes que, si no lo he matado todavía, es porque quiero que mañana respondas a las preguntas de los jueces?

Levantó la mano y añadió:

—Dios es testigo. Tal vez yo sea culpable, tal vez haya deseado secretamente la

muerte de mi padre; pero juro que no lo he inducido a cometer el crimen. ¡No y mil veces no! Sin embargo, estoy decidido a confesar mañana a la justicia mi parte de culpa. Lo diré todo. Pero tú vendrás conmigo. Acepto de antemano todo lo que puedas declarar contra mí, a incluso lo confirmaré. Pero también tú tendrás que confesarlo todo. ¡Vendrás conmigo y dirás la verdad, toda la verdad!

Iván se expresaba con tanta energía y gravedad, que bastaba mirarlo a los ojos para comprender que mantenía su palabra.

—Usted está enfermo, muy enfermo: bien se ve —dijo Smerdiakov sin ironía, compadeciéndolo—. Tiene los ojos amarillos.

—¡Iremos juntos! —insistió Iván—. Y si no me acompañas, iré solo y lo explicaré todo.

Smerdiakov reflexionó un momento. Luego dijo categóricamente:

—No, usted no irá.

—¡Iré!

—Confesarlo todo sería una gran bochorno para usted. Por otra parte, su declaración sería inútil, pues yo negaría haber mantenido esta conversación. Diría que obraba usted así impulsado por su evidente enfermedad, o porque, compadecido de su hermano, quería sacrificarse por él... y sacrificarme a mí, que jamás he sido nada para usted. Además, no lo creerían; no tiene usted ninguna prueba.

—¿Qué mejor prueba que ese dinero que tú mismo has puesto ante mis ojos para convencerme?

Smerdiakov retiró el libro y dejó al descubierto los billetes.

—Tómelo —dijo suspirando.

—¡Claro que lo tomaré!

Pero en seguida añadió, mirándolo con un gesto de extrañeza:

—Lo que no comprendo es que me lo entregues, habiendo matado para apoderarte de él.

—Ya no lo necesito —repuso Smerdiakov, y su voz temblaba—. Al principio sí que lo quería. Tenía el propósito de establecerme en Moscú o en el extranjero. Éste era mi sueño, nacido de la idea de que, como usted decía, «todo está autorizado». Usted me enseñó a pensar así. Si Dios no existe, tampoco existe la virtud o, por lo menos, no sirve para nada. He aquí el razonamiento que me hacía.

—Has llegado a esa conclusión por tu propia cuenta —dijo Iván un tanto turbado.

—Bajo la influencia de usted.

—¿Por qué devuelves el dinero? ¿Es que ahora crees en Dios?

—No, no creo —repuso Smerdiakov.

—Entonces, ¿por qué lo devuelves?

—Dejemos eso —dijo Smerdiakov con un gesto de hastio—. Usted se ha cansado de repetir que todo se permite en la vida. ¿Por qué está tan inquieto ahora? Pretende

incluso entregarse a la justicia. Pero no hay peligro de que lo haga. No, no lo hará.

—Verás como si.

—No, no se entregará. Usted es demasiado inteligente. Adora el dinero y los honores. Es orgulloso y está loco por las mujeres. Y, sobre todo, es una enamorado de la vida independiente y cómoda. Usted no se amargará la existencia con esa confesión bochornosa. De todos los hijos de Fiodor Pavlovitch, es usted el que más se parece a él: sus almas son idénticas.

—Desde luego, no eres tonto —repitió Iván con el mismo estupor que antes y enrojeciendo—. Yo creía que lo eras.

—Se lo hacía creer su orgullo. Tome el dinero.

Iván cogió los billetes y, sin contarlos, se los guardó en el bolsillo.

—Los entregaré mañana al tribunal —afirmó.

—Nadie lo creerá. Todo el mundo sabe que tiene usted dinero. Pensarán que lo ha sacado de su caja.

Iván se puso en pie.

—¡Te repito que no te he matado ya porque mañana te necesito! ¡No lo olvides!

—¡Máteme! ¿Por qué no me mata? —exclamó Smerdiakov, mirándolo con un gesto extraño. Y añadió, sonriendo amargamente—: ¡No se atreve! ¡Ahora no se atreve a nada! ¡Tan valiente como era antes!

—Hasta mañana.

Se dirigió a la puerta. Smerdiakov lo detuvo.

—Espere. Enséñeme el dinero por última vez.

Iván sacó los billetes. Smerdiakov los contemplo durante unos segundos.

—Bien; ya se puede ir.

Pero de nuevo lo detuvo.

—¡Iván Fiodorovitch!

Iván, que yá iba a salir, se volvió.

—¿Qué quieres?

—Nada. Adiós.

—Hasta mañana.

Iván salió a la calle. Continuaba la tormenta. Echó a andar con paso seguro, pero pronto empezó a tambalearse. «Esto es puramente físico», pensó sonriendo. Experimentaba una intima alegría. Sentía una resolución inquebrantable. Las vacilaciones que últimamente le habían atormentado, habían desaparecido. «Mi decisión es irrevocable», se decía, feliz. En este momento tropezó con algo y estuvo a punto de caer. Se detuvo y vio a sus pies al borracho que había derribado al llegar. Estaba aún en la misma postura, inerte. La nieve le cubría casi todo el rostro. Iván lo levantó y se lo cargó a la espalda. En esto vio luz en una casa próxima. Se acercó a la ventana, llamó y, cuando le contestaron, ofreció tres rublos por ayudarle a transportar

al borracho a la comisaría. No referiré detalladamente cómo Iván Fiodorovitch consiguió su propósito a hizo reconocer al desgraciado por un médico, al que pagó generosamente la consulta. Diré solamente que hasta una hora después no quedó libre. Pero estaba satisfecho. Sus ideas se aclaraban.

«Si no hubiera tomado una resolución tan firme para mañana —pensó de pronto con profunda complacencia—, no habría perdido una hora atendiendo a un borracho: habría pasado junto a él sin detenerme... He aquí la prueba de que puedo observarme a mí mismo. ¡Eso para que digan que me estoy volviendo loco!»

Cuando se acercaba a su casa, se detuvo.

«¿No sería mejor que fuera ahora mismo a ver al procurador y le revelara la verdad?... No, no; mañana lo haré todo de una vez.»

Cosa extraña: de pronto, se desvaneció su alegría. Cuando entró en su habitación, se apoderó de él una sensación extraña, glacial. Fue como si recordara algo penoso o repugnante, que había estado en su cuarto anteriormente y que volvía a estar. Se echó en un diván. La vieja doméstica le trajo un samovar y le hizo el té. Pero él no se lo tomó y despidió a la sirvienta hasta el día siguiente. Tenía vértigos, se sentía extenuado. El sueño se apoderaba dé él, pero empezó a pasear para ahuyentarlo. Tenía la sensación de que estaba desvariando. Cuando se recobró, empezó a mirar en todas direcciones como si buscara algo. Al fin, su mirada se fijó en un punto. Sonrió, pero enrojeciendo de cólera. Permanéció largo rato inmóvil, con la cabeza entre las manos, sin apartar la vista de aquello que estaba en el diván de enfrente. No cabía duda de que allí había algo que le inquietaba y le irritaba.

IX. El Diablo. Visiones de Ivan Fiodorovitch

Al llegar a este punto, creo necesario, aunque no soy médico, dar algunas explicaciones sobre la enfermedad de Iván, Fiodorovitch. Digamos ante todo que estaba en vísperas de un grave trastorno mental: el mal acabó por imponerse a su organismo debilitado. Aun sin conocer los secretos de la medicina, me atrevo a exponer la hipótesis de que, mediante un extraordinario esfuerzo de voluntad, había conseguido retrasar la explosión del mal, con la esperanza, desde luego, de vencerlo definitivamente. Sabía que estaba enfermo, pero no quería entregarse a su enfermedad en aquellos días decisivos en que debía obrar y hablar resueltamente, «justificándose a sus propios ojos». Había visitado al médico traído de Moscú por Catalina Ivanovna. Éste, después de escucharlo y reconocerlo, diagnosticó un trastorno cerebral, y no se sorprendió de cierta confesión que el paciente le hizo contra su voluntad.

—Las alucinaciones —dijo el doctor— son muy posibles en su estado, pero hay que controlarlas. Además, debe cuidarse mucho. De lo contrario, se agravará.

Pero Iván Fiodorovitch desoyó este prudente consejo. «Todavía tengo fuerzas para andar —se dijo—. Cuando caiga, que me cuide quien quiera.»

Dándose cuenta, aunque de un modo vago, de que sufría una alucinación, miraba con obstinada fijeza aquello que estaba en el diván de enfrente. Era un hombre que había aparecido de pronto. Sólo Dios sabía cómo y por dónde había entrado, pues no estaba allí al llegar Iván después de su visita a Smerdiakov. Era un señor, un caballero ruso *qui frisait la cinquantaine,* de cabello largo y espeso que empezaba a encanecer y barba puntiaguda. Llevaba una chaqueta de color castaño, de buen corte, pero anticuada: hacia tres años que había pasado de moda. La camisa blanca, su largo pañuelo de seda, y todo en él hacía pensar en el hombre distinguido y elegante. Pero la camisa, vista de cerca, no aparecía tan limpia como vista a distancia, y el pañuelo estaba bastante desgastado por el uso. El pantalón a cuadros le sentaba bien, pero era demasiado claro y estrecho, o sea pasado también de moda. Lo mismo podía decirse de su sombrero de fieltro, blanco a pesar de la estación. Su aspecto, en fin, era el de un hombre distinguido, pero falto de desenvoltura. Parecía ser uno de aquellos terratenientes que prosperaban en los tiempos de la servidumbre. Entonces, nuestro caballero debió de vivir en el gran mundo. Después habría ido perdiendo su fortuna por obra de los despilfarros de la juventud y la suspensión de la servidumbre. Ya pobre, se habría convertido en un simpático parásito al que recibían sus antiguas amistades por su buen carácter y por ser un hombre bien educado, al que se puede reservar un puesto, aunque modesto, en la mesa. Estos parásitos, de carácter atrayente, que saben conversar y jugar a las cartas —y a los que molestan los encargos que con frecuencia les hacen—, son generalmente viudos o solterones. Los

viudos pueden tener hijos, que se han educado lejos de ellos, en casa de alguna tía, a la que el parásito, como si se avergonzara de estar emparentado con ella, no menciona nunca cuando está con sus buenas amistades. Poco a poco, el arruinado caballero se va desentendiendo de los hijos, que acaban por escribirle solamente el día de su santo o en las Navidades cartas de felicitación a las que el padre responde a veces.

Aquel inesperado visitante parecía más cortés que bondadoso, un hombre presto a ser amable si así lo exigían las circunstancias. No llevaba reloj, pero si unos lentes de concha sujetos con una cinto negra. El dedo cordial de su mano derecha ostentaba una sortija de oro macizo con un ópalo barato. Iván Fiodorovitch callaba, evidentemente dispuesto a no abrir conversación. El visitante esperaba, como el parásito que llega a la hora del té a una casa para hacer compañía a su dueño y encuentra a éste pensativo y preocupado. El parásito está dispuesto a entablar una amable charla, pero siempre que sea el dueño de la casa el que la inicie. De pronto, su semblante se ensombreció.

—Óyeme —dijo—. Perdona, pero quiero recordarte que has ido a casa de Smerdiakov para informarte de la visita de Catalina Ivanovna y lo has marchado sin averiguar nada. Seguramente te has olvidado.

—¡Ah, sí! —exclamó Iván, preocupado—. Lo olvidé... Pero no importa: lo dejaré todo para mañana.

De pronto, se encaró con el visitante y le dijo, irritado:

—A propósito: hace un momento me ha inquietado esa idea. Ahora que te veo, comprendo que me la has sugerido tú.

—No lo creas —dijo el caballero, sonriendo amablemente—. La fe no se puede inculcar a la fuerza. En este terreno, incluso las pruebas materiales son ineficaces. Santo Tomás creyó porque quería creer, y no porque vio a Cristo resucitado. Algo así hacen los espiritistas. Yo les tengo verdadera estimación. Creen hacer un servicio a la fe, porque de vez en cuando el diablo les muestra sus cuernos. «He aquí una prueba material de la existencia del otro mundo», se dicen. ¡El otro mundo en estado material!: peregrina idea. En fin de cuentas, esto demostraría la existencia del diablo y no la de Dios. He pensado introducirme en una sociedad idealista para oponerme a sus teorías.

—Escucha —dijo Iván Fiodorovitch, poniéndose en pie—, me parece que estoy delirando. Di lo que quieras, pues no me importa lo que digas. No me irritarás tanto como la otra vez. Lo único que siento ahora es vergüenza... Voy a pasear por la habitación... A veces, no te veo ni te oigo, pero percibo todo lo que tú quieres decir, pues soy yo el que habla y no tú... No sé si la vez anterior te vi en realidad, o en sueños, por haberme dormido... Voy a ponerme en la cabeza un paño húmedo para ver si desapareces.

Iván buscó un paño a hizo lo que había dicho. Después empezó a pasear.

—Estoy encantado de que nos tuteemos —dijo el visitante.

—¿Esperabas que te hablara de usted, imbécil? Estoy dispuesto a conversar... El único inconveniente es que me duele la cabeza... Pero no te pongas a filosofar como la otra vez. Si no quieres marcharte, lo menos que puedes hacer es hablar de cosas alegres. Cuéntame chismes, ya que no eres más que un parásito... ¡Tenaz pesadilla!... Pero no te temo. Lograré imponerme a ti. ¡No me encerrarán en un manicomio!

—«¡Parásito!» *C'est charmant.* En efecto, lo soy. Un parásito de la sociedad... Pero oye: estoy asombrado de oírte. Empiezas a ver en mí un ser real y no un producto de tu imaginación, como afirmabas la última vez.

—¡Nunca te he considerado como un ser real! —exclamó Iván, furioso—. Eres un fantasma, una visión de mi mente enferma. Pero no sé cómo deshacerme de ti. Ya veo que tendré que soportarte algún tiempo. Eres una alucinación, la encarnación de una parte de mi ser; la parte más vil de mis pensamientos y mis sentimientos. Si pudiera dedicarte algún tiempo, incluso podrías llegar a interesarme a pesar de tu condición.

El caballero replicó, con una sonrisa:

—Te voy a confundir. Hace un rato, cuando estabas con Aliocha junto al farol, le has dicho: «¿Cómo sabes que viene a verme? Sólo por él puedes haberte enterado.» Te referías a mí. Por lo tanto, hablabas de mí como de un ser real.

—Fue un momento de ofuscación. No puedo creer en ti. Acaso la última vez te vi solamente en sueños.

—¿Por qué has sido tan duro con Aliocha? Es un muchacho encantador. He cometido alguna torpeza con él por culpa del *starets* Zósimo.

—¿Cómo te atreves a hablar de Aliocha, canalla? —dijo Iván entre risas.

—Me insultas alegremente. Buena señal. Desde luego, eres más amable conmigo que la vez anterior. Comprendo el motivo: tu noble resolución...

—No me hables de eso —exclamó Iván, indignado.

—Ya sé, ya sé... *C'est noble, cest charmant.* Mañana defenderás a tu hermano; lo sacrificarás. *C'est chevaleresque...*

—O te callas o te echo a puntapiés.

—En cierto modo, eso no me disgustaría, pues procediendo así, demostrarías que ves en mí un ser real, ya que no se dan puntapiés a los fantasmas... ¡Bueno, basta de bromas! Tienes derecho a insultarme, pero no estaría de más que me trataras con un poco de cortesía. ¡Que soy un imbécil, que soy un canalla! ¡Qué palabrotas!

—Cuando te insulto, me insulto, pues tú eres yo, yo mismo bajo un aspecto diferente. Expresas mis propios pensamientos. Por lo tanto, no puedes decirme nada que yo no sepa.

—Esta coincidencia mental es un honor para mí —dijo el caballero.

—Pero escoges mis peores pensamientos. Eres estúpido y trivial. No puedo soportarte. No sé qué hacer —dijo finalmente Iván, como hablando consigo mismo.

—Amigo mío, quiero seguir siendo un caballero y que se me trate como tal —dijo el visitante, herido en su amor propio, aunque con acento bondadoso y conciliador—. Soy pobre, pero..., no, no puedo decir que sea honrado. Sin embargo, se admite generalmente como un axioma que soy un ángel caído. Confieso que no puedo imaginarme a mí mismo como ángel. Si realmente lo fui, ha pasado ya tanto tiempo, que no es raro que lo haya olvidado. Actualmente, lo único que me preocupa es mi reputación de hombre bien educado. Vivo de la generosidad ajena; por lo tanto, he de procurar ser agradable. Quiero de veras a los hombres. Me han calumniado mucho. Cuando vengo a la tierra, mi vida cobra una apariencia de realidad, y esto es una delicia para mí. Lo fantástico me inquieta tanto como a ti. Adoro la realidad terrestre. Aquí todo es concreto. Fórmulas..., geometría... Entre nosotros, en cambio, todo son ecuaciones indeterminadas... Aquí paseo, sueño... sí, me gusta soñar... Y me vuelvo supersticioso. No te rías: la superstición me encanta también. Adopto todas vuestras costumbres. Me complace ir a los baños públicos y mezclarme con los mercaderes y los popes. Mi sueño es encarnarme definitivamente en algún comerciante obeso y compartir todas sus creencias. Mi mayor anhelo es ir a la iglesia para encender un cirio. Lo haré de todo corazón, palabra. Entonces terminarán mis sufrimientos. También admiro vuestros medicamentos. La primavera pasada hubo una epidemia de viruela. Fui a vacunarme, y no puedes imaginarte la alegría que esto me produjo. Di diez rublos para «nuestros hermanos eslavos»... No me escuchas. Hoy no te sientes bien.

El caballero hizo una pausa.

—Sé que ayer fuiste a consultar con ese médico famoso. ¿Qué te dijo?

—¡Imbécil!

—Ánimo no te falta. Otra vez los insultos. Mi pregunta no ha tenido ninguna segunda intención. Eres muy dueño de no contestarla. ¡Ay! Vuelve a torturarme el reuma.

—¡Imbécil!

—Tú padeces de reuma. Todavía me acuerdo de los ataques del año pasado.

—¿Reuma el diablo?

—¿Por qué no? Me he encarnado y he de sufrir todas las consecuencias. *Satanas sum et nihil humani a me alienum puto.*

—¿Cómo? *Satanas sum et nihil humani...* Eso no es una tontería... para haberlo dicho el diablo.

—Me alegro de haber conseguido al fin tu aprobación en algo.

—Eso no ha sido cosa mía. Jamás he tenido ese pensamiento. Es extraño...

—*C'est du nouveau, nest ce pas?* Esta vez voy a proceder lealmente y a

explicártelo todo. Óyeme. En los sueños, sobre todo en esas pesadillas que proceden de un trastorno gástrico o de otra causa cualquiera, el hombre tiene a veces visiones tan bellas, presencia escenas de la vida tan complicadas, es testigo de una sucesión tan extraordinaria de acontecimientos y peripecias, de hechos de gran importancia y sucesos vulgares, que ni el mismo León Tolstoi las podría imaginar. Sin embargo, estos sueños los tienen no los grandes escritores, sino las personas corrientes: los funcionarios, los folletinistas, los popes... Un ministro me ha confesado que las mejores ideas acuden a él cuando sueña. Asi ocurre ahora. Estoy diciendo cosas originales, que nunca han pasado por tu imaginación y que en este momento capta tu imaginación como a través de una pesadilla. Ten presente que yo soy sólo una alucinación tuya.

—Estás desvariando. Tú mismo dices que eres un sueño, y pretendes convencerme de que existes.

—Amigo mío, hoy he adoptado un método especial. Ya te lo explicaré... ¿Qué iba a decirte? ¡Ah, sí! Me he enfriado, pero no aquí, sino... allá.

Iván, desesperado, exclamó:

—¿Allá? ¿Dónde?... Oye, ¿tardarás todavía mucho tiempo en marcharte?

Se sentó de nuevo en el diván y se cogió la cabeza con las manos. Luego se quitó el paño húmedo y lo tiró con ademán despectivo.

—¡Qué mal tienes los nervios! —dijo el *gentleman,* con cierta insolencia, pero en tono amistoso—. Estás indignado conmigo porque me he enfriado. Pero no lo he podido evitar. Tenia que acudir a una velada diplomática que se celebraba en casa de una gran dama de Petersburgo y a la que habían de asistir ministros vestidos de etiqueta, con guantes y corbata blanca. Pero entonces estaba... muy lejos y, para llegar a la tierra, tenía que cruzar el espacio. Desde luego, esto es para mí cuestión de un instante, aunque la luz del sol tarda ocho minutos. Sin embargo, mi levita y mi chaleco escotado abrigaban poco. Los espíritus no se hielan, pero como yo estoy encarnado... En una palabra, que he obrado a la ligera. En él espacio, en el éter, en el agua, hace tanto frío, que llamarle frío es poco. ¡Ciento cincuenta grados bajo cero! Todo el mundo conoce la broma de las lugareñas. Cuando la temperatura es de treinta grados bajo cero, las aldeanas proponen a algún bobalicón que lama un hacha. La lengua se hiela instantáneamente y se deja la piel en el hacha. ¡Eso sólo a treinta grados bajo cero! A ciento cincuenta, bastaría, sin duda, tocar un hacha con un dedo para que éste desapareciera... Claro que para eso sería preciso que hubiera un hacha en el espacio...

—¿Pero es posible eso? —preguntó Iván Fiodorovitch, que luchaba con todas sus fuerzas para hacer frente a su delirio y no dejarse arrastrar a la locura.

—¿A qué te refieres? —dijo el visitante, sorprendido—. ¿A que haya un hacha en el espacio?

—Sí, ¿qué le pasaría a ese hacha si estuviera allí? —insistió Iván, obstinado y furioso.

—¡Un hacha en el espacio! *Quelle idée!* Si estuviera a la distancia debida, creo que empezaría a dar vueltas alrededor del planeta como un satélite. Los astrónomos calcularían las horas de su salida y de su puesta, y Gatsouk[118] la registraría en su almanaque.

—¡Eso es una necedad, una tremenda necedad! Di mentiras más ingeniosas o dejaré de escucharte. Quieres vencerme con procedimientos realistas, convenciéndome de que existes. ¡Pero yo no lo creo!

—Sin embargo, no miento; te estoy diciendo la pura verdad. Por desgracia, la verdad no es casi nunca ingeniosa. Advierto que esperas de mi cosas grandes, tal vez hermosas. Lo siento, pero yo sólo doy lo que puedo dar.

—¡Basta de filosofías, asno!

—¿Crees que puedo filosofar teniendo todo el costado derecho casi paralizado por el reuma? He ido a la consulta de la facultad de medicina. Allí hay médicos que dan magníficos diagnósticos y explican perfectamente las enfermedades, pero son incapaces de curar. Un estudiante entusiasta me dijo: «Si se muere, sabrá usted con exactitud cuál es la enfermedad que padece.» Tienen la mania de enviar a los enfermos a los especialistas. «Nosotros nos limitamos a diagnosticar. Vaya a ver a Fulano y él lo curará.» Ya no se encuentran médicos que traten todas las enfermedades, como los que había antes. Ahora sólo hay especialistas que utilizan la publicidad. Si uno está enfermo de la nariz, te envían a un gran especialista de la capital francesa. Éste le examina la nariz y le dice: «Sólo le puedo curar la fosa nasal derecha, pues las fosas nasales izquierdas no entran en mi especialidad. Vaya a Viena, donde hay un especialista de fosas nasales izquierdas.» En vista de ello, he recurrido a los remedios de vieja. Un médico alemán me aconsejó que, después del baño, me frotara con una mezcla de miel y sal. Cuando iba a los baños por puro placer, me embadurnaba. El tratamiento fue inútil. Desesperado, escribí al conde Mattei, de Milán, el cual me envió un libro y unas píldoras. ¡Que Dios lo perdone! Al fin, me curé con el extracto de malta de Hoff. Lo compré al azar, tomé frasco y medio, y sané completamente. Por gratitud, decidí hacer público este éxito, pero esto fue harina de otro costal: ningún periódico quería insertar mi escrito. En uno me dijeron: «Esto es demasiado reaccionario. Nadie lo creerá, ya que *le diable n'existe point.* Publíquelo sin firma.» Pero, ¿qué fuerza puede tener un escrito anónimo? Bromeé con los empleados. «En nuestra época —dije—, lo reaccionario es creer en Dios. Yo soy el diablo.» «Desde luego, todo el mundo se cree el diablo, pero lo que usted nos propone podría ser un perjuicio para nuestro programa. A menos que usted diera al asunto un tono humorístico.» Pero yo me dije que proceder así sería una indelicadeza. Y mi testimonio no se hizo público. Uno de los mejores sentimientos, el de la

gratitud, quedaba anulado por una posición social.

—Vuelves a caer en la filosofía —dijo Iván, indignado.

—¡Dios me libre! Lo que ocurre es que, a veces, uno no puede menos de quejarse. Se me calumnia. Me estás llamando imbécil a cada momento. Bien se ve que eres joven. Amigo mío, en todo esto no hay más que humor. La naturaleza me ha proporcionado un corazón bondadoso y alegre. « Yo también he escrito vodeviles[119]». Yo creo que me tomas por un viejo Klestakov, pero mi destino es mucho más serio. Por una especie de decreto incomprensible, tengo la misión de negar. Sin embargo, soy bueno a inepto para la negación. Me dicen: «Es preciso que niegues. Sin negación no hay crítica y, ¿qué sería de las revistas sin la crítica? Sólo quedaría de ellas un *hosanna*. Pero en la vida esto no es suficiente; es necesario que este *hosanna* pase por el crisol de la duda, etc., etc.» Por otra parte, yo no tengo ninguna responsabilidad en todo esto; yo no he inventado la critica. Fui un simple emisario; se me obligó a hacer crítica, y la vida empezó entonces. Pero yo, que comprendo esta comedia, deseo desaparecer. «No —me replican—; es necesario que vivas, pues sin ti nada existiría. Si todo fuera buen juicio en la tierra, no pasaría nada. Sin tu intervención no se producirían acontecimientos, y los acontecimientos son necesarios.» Por eso, aun contra mi voluntad, cumplí mi misión de producir acontecimientos, y obedezco la orden de ir contra la razón. La gente toma esta comedia en serio, a pesar de su evidente humorismo. Para la gente es una tragedia. El sufrimiento de esos seres es indudable. En compensación, viven una vida real, no imaginaria, pues el sufrimiento es la vida. ¿Qué placer podría ofrecernos la vida si el sufrimiento no existiera? Parecería un tedéum interminable. Esto es santo, pero tedioso. Yo, en cambio, sufro, pero no vivo. Soy la X de una ecuación desconocida, el espectro de la vida que ha perdido la noción de las cosas y olvida hasta su nombre. ¿Te ríes? No, no te ríes, estás enojado, como de costumbre. Siempre te faltará el humor. Pues bien, te lo repito: daría toda mi vida sideral, todos los grados y todos los honores, por encarnar en el alma de un comerciante obeso a ir a encender cirios en las iglesias.

—Tú tampoco crees en Dios —dijo Iván, con una sonrisita de odio.

—¿Hablas en serio?

—¡Contesta! —exclamó Iván, furioso—. ¿Existe Dios, o no existe?

—Ya veo que hablas en serio. Amigo mío, Dios es testigo de que de eso no sé nada. Es todo lo que puedo decirte.

—¡Tú si que no existes! ¡Eres yo mismo y nada más! ¡Eres una quimera!

—Reconozco que mi filosofía es la misma que la tuya. *Je pense, donc je suis*. Pero, respecto a los demás, a esos otros mundos..., a Dios, al mismo Satán, no tengo ninguna prueba. ¿Poseen una existencia propia o son únicamente una emanación de mi ser, una expansión de mi yo, que existe temporalmente como persona?... No sigo,

porque veo en lo cara que sientes deseos de pegarme.

—Será preferible que me cuentes una anécdota.

—Precisamente tengo una que se ajusta perfectamente al tema de nuestra conversación, pues es más una leyenda que una anécdota. Me reprochas mi incredulidad, pero no soy el único incrédulo. En mi mundo todos están trastornados a causa del progreso de vuestras ciencias. Cuando sólo se habla de átomos, de los cinco sentidos, de los cuatro elementos, la cosa podía pasar. Los átomos ya eran conocidos en la antigüedad. Pero últimamente habéis descubierto la molécula química, el protoplasma, y sabe el diablo cuántas cosas más. Al enterarse de todo esto, los nuestros se asustaron y hubo una verdadera epidemia de chismes y supersticiones. Tuvimos tantos como vosotros o más. Tampoco faltaron las delaciones. Y organizamos una sección de investigaciones secretas, en la que eran bien recibidas las informaciones de los particulares. Pues bien, esta leyenda de nuestra época medieval, de la nuestra, no de la vuestra, sólo halla algún crédito entre los comerciantes poderosos, los nuestros, no los vuestros. Todo lo que existe entre vosotros, lo tenemos nosotros también. Te revelo este secreto por amistad, rompiendo una rigurosa prohibición. La leyenda se refiere al paraiso. En la tierra había cierto filósofo que lo negaba todo: las leyes, la conciencia, la fe y, esto especialmente, la vida futura. Cuando murió, creyó que se iba a encontrar en las tinieblas de la nada, y he aquí que se vio ante la vida futura. Se asombró y se indignó. «Esto va contra mis convicciones», dijo. Y se le condenó por estas palabras... Perdóname, pero te lo cuento como me lo contaron a mi... Se le condenó a recorrer en las tinieblas un cuatrillón de kilómetros (también nosotros medimos por kilómetros ahora). Y cuando haya acabado este recorrido, las puertas del paraíso se le abrirán y se le perdonará todo.

—¿Qué tormentos hay en el otro mundo además del «cuatrillón»? —preguntó Iván con una animación extraña.

—¡No me hables! Antes los había para todos los gustos; ahora se recurre cada vez más al sistema de las torturas morales, al remordimiento y otras trivialidades por el estilo. Esto es lo que debemos a vuestra ocurrencia de suavizar las costumbres. ¿Quién se beneficia de ello? Sólo los que no tienen conciencia, ya que se rien del remordimiento. En cambio, las personas rectas, las que poseen el sentimiento del honor, padecen. Éste es el resultado de esas reformas realizadas sin la debida preparación y copiadas de instituciones extranjeras. Es un sistema sencillamente lamentable. Era preferible el fuego de antaño. Pues bien, el condenado al «cuatrillón» mira en todas direcciones y luego se echa en el camino. « Por principio, me niego a andar.» Toma el alma de un ateo ruso esclarecido, mézclala con la del profeta Jonás, que estuvo tres días y tres noches gruñendo en el vientre de una ballena, y obtendrás el tipo de nuestro recalcitrante pensador.

—¿Sobre qué se echó?

—Puedes estar seguro de que encontró algo en donde echarse.

—¡Bien! —exclamó Iván, que seguía muy animado y escuchaba con inusitada curiosidad—. ¿Y estará siempre echado?

—No. Mil años después, se levantó y echó a andar.

—¡Qué tonto!

Sonrió nervioso, y quedó pensativo.

—¿Acaso no es igual estar echado eternamente que recorrer un cuatrillón de kilómetros? En esto se tardaría un billón de años.

—Tal vez más. Si tuviéramos lápiz y papel, podríamos calcularlo. Terminó su viaje hace ya mucho tiempo. Y aquí empieza la anécdota.

—¿Pero cómo ha podido llegar? ¿De dónde ha sacado el billón de años?

—Hablas como si sólo hubiera existido la tierra actual. La tierra se ha reproducido lo menos un millón de veces. Se heló, se agrietó, se disgregó, se descompuso en sus elementos y de nuevo la cubrieron las aguas. Después volvió a ser un cometa, y luego un sol, de donde salió el globo. Este ciclo se ha repetido infinidad de veces del mismo modo, con todos sus detalles. Esto es horriblemente tedioso...

—Bueno, ¿qué ocurrió cuando el pensador hubo recorrido el cuatrillón de kilómetros?

—Entró en el paraíso, y apenas habían transcurrido dos segundos, reloj en mano (aunque creo que su reloj se descompondría en sus elementos durante el viaje), exclamó que por aquellos dos segundos se podían recorrer no sólo un cuatrillón de kilómetros, sino un cuatrillón de cuatrillones. En una palabra, que cantó el *hosannu* y exageró hasta el punto de que los pensadores más austeros le negaron el saludo durante algún tiempo. Se había pasado al conservadurismo con demasiada rapidez. Así es el temperamento ruso. Te repito que esto es una leyenda. Ya ves las ideas que corren sobre esas materias en nuestro país.

—¡Ya te tengo! —exclamó Iván con alegría infantil y como si recobrase de pronto la memoria—. ¡Esa leyenda del cuatrillón de kilómetros la ideé yo mismo! Entonces tenía diecisiete años y se me ocurrió en el colegio. En Moscú se la conté a un camarada llamado Korovkine. Es una leyenda muy característica. La había olvidado, pero la he recordado inconscientemente. No ha salido de ti. Algo semejante ocurre a los que van al suplicio y a los que sueñan: un aluvión de hechos pasados acude a su memoria. Tú eres sólo un sueño.

—La violencia de tus negaciones prueba que crees en mi —dijo el caballero alegremente.

—¡De ningún modo! ¡No te concedo ni una centésima de crédito!

—¿Tampoco una milésima? Las dosis homeopáticas son a veces muy fuertes. Confiesa que me concedes, por los menos, una diezmilésima.

—¡No! —replicó Iván, irritado—. Sin embargo, quisiera creer en ti.

—¡Eso es toda una confesión! Como soy generoso, voy a ayudarte. Yo sí que te tengo a ti. Te he contado esta leyenda para desengañarte definitivamente respecto a mí.

—Mientes. La finalidad de tu aparición ha sido convencerme de tu existencia.

—Precisamente. Pero las vacilaciones, las inquietudes, la lucha entre la duda y la fe suelen ser tan atormentadoras, que pueden llegar a hacer desear la muerte a un hombre tan escrupuloso como tú. Al saber que crees un poco en mi, te he contado esta leyenda para sumirte definitivamente en la duda. Tengo mis motivos para hacerte oscilar entre la incredulidad y la fe. Es un nuevo método que he adoptado. Te conozco y sé que cuando dejes de creer en mi por completo, empezarás a decir que no soy un sueño, que existo verdaderamente. Entonces habré alcanzado mi objetivo. Un objetivo noble, pues depositaré en ti un minúsculo germen de fe, del que nacerá una encina, una encina tan grande que será tu refugio. Entonces cumplirás tu vivo y secreto deseo de ser un anacoreta. Y vivirás en el desierto y te dedicarás de lleno a la salvación de tu alma.

—¿Tú interesarte por mi salvación, miserable?

—Hay que hacer alguna buena obra de vez en cuando. ¿Acaso te molesta?

—¡Eres un bufón! ¿Pretendes hacerme creer que has tentado alguna vez a los que oran diecisiete años en el desierto, se alimentan de saltamontes y se cubren de musgo?

—No he hecho otra cosa en mi vida. Uno se olvida de todo cuando se encuentra ante una de esas almas que son verdaderos tesoros, estrellas que valen por constelaciones enteras. También nosotros tenemos nuestra aritmética. Triunfar en estos casos es una gran victoria. Aunque no lo creas, algunos de esos solitarios te aventajan en intelecto. Pueden contemplar simultáneamente tales abismos de fe y de duda, que están a punto de sucumbir.

—Pero tenías que retirarte con un palmo de narices.

—Amigo mío —replicó sentenciosamente el visitante—, más vale tener las narices largas que no tener nariz. Así lo decía recientemente un marqués enfermo (sin duda, estaba en manos de un especialista) al confesarse con un padre jesuita. Yo presencié la confesión. Fue muy divertido. «Devuélveme la nariz», decía el marqués, golpeándose el pecho. «Hijo mío —repuso el padre—, todo está regulado por los decretos insondables de la providencia. Un mal visible conduce a veces a un bien oculto. Un destino cruel lo ha privado de su nariz, pero esto supone para usted la ventaja de que nadie podrá decirle que tiene la nariz demasiado larga.» El marqués repuso, desesperado: « ¡Eso no es un consuelo, padre mío! Por el contrario, me encantaría tener las narices largas, con tal que no me faltasen.» El padre suspiró y dijo: «Hijo mío, no se pueden pedir todos los bienes a la vez. Ha murmurado de la

providencia, y ella, ni aun así lo ha abandonado, pues si usted desea, como acaba de decir, tener una nariz larga, su deseo se ha cumplido indirectamente, ya que, por el hecho mismo de carecer de nariz, tiene largas las narices...»

—¡Eso es una estúpida incongruencia! —exclamó Iván.

—Amigo mío, sólo pretendía hacerte reir. Te aseguro que ésta es la casuística de los jesuitas y que todo lo que te he contado es verdad. El caso, como te he dicho, es reciente, y me causó muchas preocupaciones. Ya en su casa, el desgraciado marqués estuvo toda la noche torturándose el cerebro, y yo no te abandoné hasta el último instante... Los confesionarios de los jesuitas son para mí una grata distracción en los momentos de pesar. He aquí una anécdota de estos últimos días. Una joven normanda, rubia, de veinte años, se presenta a un viejo padre para confesarse. La muchacha es una belleza y tiene un cuerpo magnífico. Se arrodilla, y, a través del enrejado, confiesa su pecado en voz baja. El padre exclama: «¿Cómo has podido volver a caer, hija mía? ¡Y con otro, Virgen santa! ¿Hasta cuándo va a durar esto? ¿No te da vergüenza?» Y la pecadora responde entre lágrimas: *«Ah, mon pére, ça lui a fait tant de plaisir et a moi si peu de peine!»* Analiza esta respuesta. Es un grito de la naturaleza y vale más que la inocencia más pura. Le dio la absolución, y ya me disponía a marcharme, cuando oí que citaba a la joven para aquella misma noche. Cualquiera que fuese su resistencia al pecado, el viejo había cedido a la tentación. La naturaleza, la verdad, se vengaron. ¿Por qué pones esa cara? ¿Todavía estás enojado? No sé qué hacer para serte agradable.

—Déjame. Me obsesionas como una pesadilla —exclamó Iván vencido por su alucinación—. Me aburres y me atormentas. Daría cualquier cosa por poder alejarte de mi.

—Ten calma —dijo el caballero, con acento cautivador—. Modera tus exigencias, no me pidas nada grande ni hermoso, y verás como llegamos a ser buenos amigos. Sin duda, te molesta que me haya presentado a ti como lo he hecho: no he aparecido envuelto en una luz roja, entre truenos y relámpagos, y con unas alas de color de fuego, sino modestamente vestido. Esto ha sido una ofensa, primero para tus gustos estéticos y después para tu orgullo. ¡Un gran hombre como tú recibir la visita de un diablo tan vulgar! Posees esa fibra romántica que ha ridiculizado Bielinski. ¡Qué le vamos a hacer! Hace un momento, viniendo hacia aquí, se me ha ocurrido, por puro pasatiempo, presentarme bajo la apariencia de un consejero de estado retirado. Me proponía lucir las condecoraciones de las órdenes del León y del Sol en vez de las medallas de la estrella Polar o de Sirio! Continuamente me estás llamando tonto. Desde luego, no pretendo tener tu inteligencia. Mefistófeles, al aparecerse a Fausto, afirma que desea el mal y sólo hace el bien. A mí me ocurre lo contrario. Yo soy tal vez el único ser en el mundo que ama la verdad y desea sinceramente el bien. Yo estaba presente cuando el Verbo crucificado subió al cielo, llevándose el alma del

buen ladrón. Oí las aclamaciones gozosas de los querubines que cantaban el *hosanna* y los himnos de los serafines que hacían temblar el universo. Pues bien; te juro por lo más sagrado que de buena gana me habría unido a los coros y gritado «*Hosanna!*» Poco faltó para que lo hiciera. Ya sabes que soy muy sensible, a impresionable desde el punto de vista estético. Pero el buen sentido, que es la más desdichada de mis cualidades, me contuvo, y no aproveché el momento propicio. Y es que pensé qué sucedería si yo cantaba el *hosanna.* Todo se extinguiría en el mundo; nunca volvería a pasar nada. He aquí como los deberes de mi cargo y mi posición social me obligaron a rechazar un noble impulso y a continuar sumergido en la infamia. Otros se atribuyen todo el honor del bien; a mí sólo me dejan la infamia. Pero no envidio el honor de vivir a expensas del prójimo. No soy ambicioso. ¿Por qué he de ser yo la única criatura condenada a recibir las maldiciones de las personas honorables a incluso sus puntapiés, ya que, al haberme encarnado, he de sufrir reveses de esta índole? En esto hay un misterio. Nadie me lo quiere revelar por temor a que entone el *hosanna,* lo que motivaría que las indispensables imperfecciones desaparecieran. Esto significaría el fin de todo, incluso de los periódicos y revistas, que se quedarían sin abonados. Sé perfectamente que al fin me reconciliaré, recorreré el cuatrillón de kilómetros y se me revelará el secreto. Pero, entre tanto, cumplo, gruñendo y contra mi voluntad, mi misión de perder a miles de hombres para salvar a uno solo. Por ejemplo, ¡cuántas almas fue necesario perder y cuántas reputaciones hubo que manchar para obtener aquel hombre justo que se llamó Job y que utilizaron tan malignamente para atraparme, hace ya mucho tiempo! Hasta que se me revele el secreto, sólo habrá para mí dos verdades: la de allá lejos, la luz, que ignoro por completo, y la mía. Ya veremos cuál es la más pura... ¿Te has dormido?

—No —gimió Iván—. Estoy pensando que todo lo malo que hay en mí, todo lo que hace ya mucho tiempo digerí y eliminé como un excremento, tú me lo presentas como una novedad.

—Entonces, he fracasado. Pretendía cautivarte con mi elocuencia. Lo del *hosanna* en el cielo no está del todo mal. ¿Y qué me dices de mi sarcasmo a lo Heine?

—Yo no he tenido jamás espíritu de lacayo. No comprendo cómo ha podido producir mi alma un ser tan vil como tú.

—Amigo mío, conozco a un simpático joven ruso, amante de la literatura y el arte, que ha escrito un prometedor poema titulado *El Gran Inquisidor*. A ese joven me dirigía.

—¡Te prohíbo que hables de *El Gran Inquisidor!* —exclamó Iván, rojo de vergüenza.

—Y el cataclismo geológico... ¿Te acuerdas?

—¡Calla o te mato!

—No, no me mates antes de que te explique algunas cosas. Precisamente he

venido para procurarme este placer. ¡Oh, cómo me seducen los sueños de mis amigos jóvenes, fogosos, sedientos de vida! La primavera pasada, cuando te disponías a venir aquí, decías: «Allí viven hombres nuevos que lo quieren destruir todo y volver a la antropofagia. Esos necios no me han consultado. A mi juicio, lo único que hay que destruir es la idea de Dios en la mente del hombre. Por aquí hay que empezar. ¡Qué ciegos son! ¡No comprenden nada! Cuando la humanidad entera prefiere el ateismo (yo creo que esta era llegará a su debido tiempo, lo mismo que fueron llegando las épocas geológicas), desaparecerá, sin que haya que pasar por la antropofagia, la antigua concepción del mundo y, sobre todo, la antigua moral. Los hombres se unirán para extraer de la vida todos los goces posibles, pero sólo goces de este mundo. El espíritu humano se elevará hasta alcanzar un orgullo titánico: será como una humanidad divinizada. El triunfo continuo y grandioso y de la naturaleza, mediante la ciencia y la energía, constituirá para el hombre una alegría tan incesante a intensa, que sustituirá sobradamente en él a las alegrías del cielo. Todos sabrán que son perecederos sin esperanza de resurrección, y se resignarán a morir, con sereno orgullo, como dioses. Por dignidad, se abstendrían de murmurar de la brevedad de la vida y amarán al prójimo desinteresadamente. El amor sólo proporcionará una satisfacción limitada, pero el mismo sentimiento de su limitación reforzará su intensidad, tanto como ahora se debilita al diseminarse en la esperanza de un amor eterno, de ultratumba...» Etc., etc. ¡Era magnífico!

Iván se había tapado los oídos, miraba al suelo y temblaba de pies a cabeza. El visitante continuó:

—El joven pensador seguía diciendo: «Pero nos preguntamos si esta época llegará. En caso afirmativo, todo quedará resuelto, y la humanidad se organizará definitivamente. Pero como, dada la necedad inveterada de la especie humana, esto tal vez no se realice hasta dentro de miles de años, todo hombre consciente de la verdad tiene derecho a reglamentar su vida como le plazca, ajustándola a los nuevos principios. Admitido esto, habrá que admitir también que ese hombre tiene derecho a todo. Es más: incluso aunque esta época no haya de llegar nunca, el hombre nuevo, sabiendo que Dios y la inmortalidad no existen, puede convertirse en un hombredios, aun en el caso de que sea el único que viva así. Ese hombre podría hacer caso omiso, sin la menor preocupación, de las reglas tradicionales de la moral, esas reglas a las que el ser humano está sujeto como un esclavo. Para Dios no hay leyes. En cualquier parte en que se encuentre, está en su sitio. En cualquier parte donde yo esté, me encontraré en el primer puesto... En una palabra: tengo derecho a todo.» Es un razonamiento encantador. Claro que si uno quiere trampear, ¿para qué necesita la verdad? Pero el ruso contemporáneo es así: adora de tal modo la verdad, que no se decide a utilizar el engaño como no pueda apoyarse en ella...

Arrastrado por su elocuencia, el visitante levantaba cada vez más la voz y miraba

irónicamente a Iván Fiodorovitch. Pero no pudo continuar: Iván cogió de pronto un vaso que había sobre la mesa y se lo arrojó al orador.

—*Ah, mais c'est bête enfin!* —exclamó éste, levantándose de un salto y secándose las ropas salpicadas de té—. Sin duda, te has acordado del tintero de Martín Lutero. Pretendes ver en mi un sueño, pero esto no te impide arrojarme un vaso. Es un acto propio de una mujer. Ya me parecía a mi que fingías taparte los oídos y que, en realidad, me estabas escuchando.

En este momento alguien llamó a la ventana insistentemente. Iván Fiodorovitch se levantó.

—¿Oyes? —dijo el visitante—. Abre. Es tu hermano Aliocha, que viene a darte una noticia inesperada. Créeme.

—¡Calla, impostor! —exclamó Iván—. Sabía que era Aliocha el que llamaba. No necesitaba que me lo dijeses. Lo presentía, y es natural que traiga alguna noticia: no va a venir por nada.

—Entonces, ve a abrirle. Es tu hermano y está nevando. *Monsieur sait—il le temps qu'il fait? C'est à ne pas mettre un chien dehors*...

Seguían llamando. Iván quería correr hacia la ventana, pero seguía paralizado. Hacía grandes esfuerzos para romper las ligaduras que lo inmovilizaban; no lo conseguía. Los golpes en la ventana eran cada vez más fuertes. Al fin, las ligaduras se rompieron a Iván Fiodorovitch quedó en libertad.

Las dos bujias estaban llegando a su fin. El vaso que había arrojado al visitante volvía a estar sobre la mesa. En el diván de enfrente no había nadie. Se oían aún los golpes en la ventana, pero no tan fuertes como antes le habían parecido a Iván. Incluso podían calificarse de discretos.

—¡No ha sido un sueño! ¡No, no ha sido un sueño! Todo ha sucedido realmente.

Corrió hacia la ventana y la abrió.

Al ver a su hermano, le gritó, furioso:

—¿Por qué has venido, Aliocha? ¡Te prohibí que vinieras! Dime en dos palabras qué quieres. En dos palabras, ¿oyes?

—Smerdiakov se ha ahorcado —dijo Aliocha.

—Ve a la puerta. Voy a abrir.

Y salió corriendo de la habitación.

X. «Él me lo ha dicho»

Aliocha explicó a Iván que, hacia aproximadamente una hora, María Kondratievna se había presentado en su casa para decirle que Smerdiakov se acababa de suicidar. Al entrar en su habitación con el samovar, lo había visto colgado de un clavo. Aliocha le preguntó si había denunciado el hecho, y ella le respondió que no había hablado con nadie antes de verle a él. Temblaba como una hoja. Aliocha la acompañó a su casa y vio a Smerdiakov colgado del clavo. En la mesa había un papel con estas palabras: «Pongo fin a mi vida por mi propia voluntad. Que no se culpe a nadie de mi muerte.» Aliocha dejó el papel en la mesa y se dirigió a casa del *ispravnik*.

—Y de allí he venido aquí —terminó, mirando a Iván fijamente.

La expresión del rostro de su hermano le preocupaba. De pronto dijo:

—Tú estás enfermo, Iván. Me miras como si no comprendieras lo que te estoy diciendo.

—Has hecho bien en venir —dijo Iván, pensativo y como si no hubiera oído las últimas palabras de Aliocha—. Sabía que Smerdiakov se había ahorcado.

—¿Por quién lo has sabido?

—No lo sé, pero lo cierto es que lo sabía... ¡Ah, ya sé por quién lo he sabido! Me lo ha dicho él. Sí, él me lo acaba de decir.

Iván estaba en medio de la habitación, abstraído, con la vista en el suelo.

—¿Quién es *él?* —preguntó Aliocha, mirando involuntariamente en todas direcciones.

—Se ha ido.

Iván levantó la cabeza y sonrió dulcemente.

—Ha huido de ti porque te teme. Eres un querubín. Así te llama Dmitri: querubín. ¡Ah, el grito ensordecedor de los serafines!... ¿Qué es un serafin? Tal vez toda una constelación. Y una constelación acaso no sea más que una molécula química... Oye, ¿sabes si existen las constelaciones del León y del Sol?

—Siéntate, Iván —dijo Aliocha, inquieto—, siéntate en el diván, haz el favor. Estás delirando. Échate y apoya la cabeza en el cojín. Así. ¿Quieres que te ponga una toalla húmeda en la cabeza? Esto te aliviará.

—Dame el paño que hay en la silla. Lo he echado hace un momento.

—Aquí no hay nada. Pero no te preocupes, que aquí veo uno.

Aliocha se refería a un paño limpio y seco que había visto junto al lavabo.

Iván lo cogió y lo observó atentamente, con una extraña expresión en los ojos. De pronto dijo, incorporándose:

—Hace un rato me he puesto en la cabeza este paño humedecido. Después lo he echado allí. ¿Cómo se explica que esté seco? No había otro.

—¿Estás seguro de que te has puesto este paño en la cabeza?

—Sí, y me he paseado por la habitación. ¿Cómo es que se han consumido las bujias? ¿Qué hora es?

—Pronto serán las doce.

—¡No, no ha sido un sueño! —exclamó Iván—. Estaba aquí, en ese diván. Cuando tú has llamado a la ventana, le he arrojado un vaso, ese mismo que está en la mesa. Escucha, no ha sido la primera vez. Pero no son sueños, es realidad. Aunque estoy como dormido, ando, hablo, veo... Él estaba aquí, en ese diván... ¡Qué tonto es, Aliocha! ¡Es tonto de remate!

Iván se echó a reir y empezó a pasear por la habitación.

—¿Quién es ese tonto? —preguntó ansiosamente Aliocha—. ¿De quién hablas?

—Del diablo. Viene a verme. Ha venido ya dos o tres veces. Está molesto conmigo. Cree que yo le desprecio por ser un simple diablo y no Satanás, el de las alas rojas, que aparece entre truenos y relámpagos. No es más que un impostor, un diablo de ínfima categoría. Va a los baños. Estoy seguro de que, si lo desnudaramos, le veríamos una cola leonada de un metro de largo y tan pelada como la de un perro danés... Estás helado, Aliocha; la nieve ha caído sobre ti. ¿Quieres un poco de té? Está frío; voy a preparar el samovar... *C'est à ne pas mettre un chien dehors...*

Aliocha mojó el paño en el lavabo a toda prisa, convenció a Iván de que volviera a sentarse y le puso el paño en la cabeza. Luego se sentó a su lado.

—¿Qué me decías hace un rato de Lise? —preguntó Iván, cuya locuacidad aumentaba por momentos—. Lise me gusta. Pienso en mañana con temor, sobre todo por Katia, por el porvenir. Mañana me aplastará y me abandonará. Cree que voy a perder a Mitia por celos. Lo cree, pero no es verdad. Mañana habrá una cruz, no una horca. No, no me ahorcaré. Bien sabes, Aliocha, que yo no me ahorcaré jamás. ¿Por cobardía? No; no soy un cobarde. No me mataré porque amo la vida. ¿Cómo sabía yo que Smerdiakov se había ahorcado? ¡Ah, sí; me lo ha dicho *él!*

—¿Estás seguro de que ha venido alguien aquí?

—Sí; estaba sentado en ese diván. Sin duda, lo has echado tú. Sí, tú lo has hecho huir: ha desaparecido cuando tú has llegado... Me gusta tu cara, Aliocha. ¿Lo sabías?... Oye, *él* soy yo, yo mismo; *él* es todo lo que hay en mí de despreciable, de mezquino, de vil. *Él* sabe que soy un romántico; me lo dice como un insulto. Tiene la cabeza vacía; pero por eso mismo triunfa. Es astuto, brutalmente astuto, y sabe sacarme de mis casillas. Me ha herido diciéndome que creo en él, y así ha conseguido que lo escuchen. Me ha engañado como a un niño. Sin embargo, ha dicho por mi muchas verdades cosas que yo no me atreví a decirme a mí mismo jamás.

Iván bajó la voz y terminó, confidencialmente:

—Quisiera que fuese realmente *él* y no yo.

—Te ha fatigado —dijo Aliocha, compadecido.

—Me ha molestado con gran habilidad. Ha dicho: «¿Qué es la conciencia? La conciencia la he inventado yo. ¿Por qué se siente remordimiento? Por costumbre, una costumbre que tiene la humanidad desde hace siete mil años. Librémonos de esta costumbre y seremos dioses.» Así lo ha dicho.

—¡Pero no lo has dicho tú, no lo has dicho tú! —exclamó Aliocha con ojos resplandecientes—. En fin, no pienses en eso, olvídalo. ¡Que se lleve consigo todo lo que ahora estás maldiciendo y que no vuelva más!

—Es perverso —dijo Iván, estremeciéndose al recordar la ofensa—. Me ha calumniado de mil modos. Me ha calumniado en mi propia cara. «Vas a realizar una noble acción —me ha dicho—; vas a declarar que has sido tú el culpable del asesinato, que Smerdiakov mató a tu padre instigado por ti...»

—¡Cálmate, Iván! Eso no es cierto. Tú no eres culpable.

—Lo ha dicho él, y él lo sabe. «Vas a realizar una acción virtuosa y, sin embargo, no crees en la virtud: esto es lo que lo irrita y lo atormenta.» Así lo ha dicho.

—Lo has dicho tú y no él. Estás delirando.

—No, ha sido él, y él sabe lo que dice. «El orgullo va a dictar tus palabras. Dirás: “He sido yo quien lo ha matado. Ustedes mienten porque están horrorizados. Pero a mi no me importa la opinión de ustedes y me río de su horror”.» También me ha dicho: «Quieres atraerte la admiración pública, quieres que se diga: “Es un asesino, pero ¡qué nobleza de sentimientos la suya! Por salvar a su hermano se acusa a sí mismo”.» ¡Y eso no es verdad, Aliocha! —exclamó Iván con ojos centelleantes—. No quiero la admiración del vulgo. Te aseguro que ha mentido. ¡Por eso le he arrojado el vaso a la cara!

—¡Cálmate, cálmate!

Pero Iván continuó, como si no le hubiera oído:

—Es cruel y experto en el arte de torturar. Apenas lo he visto, he comprendido sus intenciones. Me ha dicho que iba a declararme culpable por orgullo, pero con la esperanza de que Smerdiakov fuera desenmascarado y enviado a presidio, de que Mitia quedara en libertad y de que a mí me condenaran unos, pero sólo moralmente, y otros me admirasen. Y al decir esto se reía. « Pero Smerdiakov se ha suicidado —ha añadido—. Te has quedado solo. ¿Quién te creerá ahora? Sin embargo, irás al juicio, has decidido ir. ¿Con qué fin, después de lo ocurrido?» ¡Qué extraño es todo esto, Aliocha! No puedo soportar semejantes preguntas...

—Óyeme, Iván —le interrumpió Aliocha, aterrado aunque sin perder la esperanza de que su hermano volviera a la razón—. ¿Cómo es posible que él te haya hablado de la muerte de Smerdiakov antes de mi llegada, cuando nadie lo sabía aún y él no había tenido tiempo de enterarse?

—¡Me ha hablado de ello, a incluso ha insistido! —afirmó Iván—. También ha repetido que yo no creía en la virtud, pero que obraría así por principio. «Eres un

puerco que te mofas de la virtud, como se mofaba Fiodor Pavlovitch. ¿Para qué te has de sacrificar si tu sacrificio va a ser inútil? Es algo que ignoras tú mismo y que darías cualquier cosa por saber. Al parecer, estás decidido, pero no es así: pasarás la noche sopesando el pro y el contra. Sin embargo, irás, bien lo sabes, y también sabes que cualquier resolución que tomes no saldrá de ti. Irás porque no te atreves a obrar de otro modo. ¿Por qué no te atreverás? Adivínalo: es un enigma.» Entonces has llegado tú y él se ha marchado. Me ha llamado cobarde, Aliocha. *Le mot de l'énigme* es que soy un cobarde. Lo mismo me dijo Smerdiakov. Hay que matar a ese ser extraño. Katia me desprecia; hace un mes que lo noto. Lise empieza a despreciarme. «Irás para que te admiren...» ¡Es una detestable mentira! Y tú también me desprecias, Aliocha. Vuelvo a odiarte. Y también odio a ese monstruo. ¡Que se pudra en presidio! Iré mañana a escupirles en la cara a todos.

Iván se levantó, furioso, se quitó el paño húmedo de la cabeza y empezó a ir y venir por la habitación. Aliocha se acordó de que, hacía un momento, el enfermo le había dicho que a veces le parecía dormir despierto. «Ando, hablo, veo y, sin embargo, estoy dormido.» Poco después, Iván desvariaba por completo. Hablaba sin cesar. Se expresaba con incoherencia y articulaba mal las palabras. De pronto, su cuerpo vaciló, pero Aliocha llegó a tiempo para sostenerlo. Después de desnudar a su hermano mal que bien, lo metió en la cama. Iván se sumergió en un profundo sueño. La respiración era regular. Aliocha estuvo dos horas a su lado; luego cogió una almohada y se echó en el diván sin desnudarse. Antes de dormirse oró por sus hermanos. Empezó a comprender la enfermedad de Iván. «Son los tormentos de una resolución altiva, de una conciencia exaltada.» Iván no creía en Dios, pero la verdad divina se había impuesto en su corazón, todavia rebelde. « Muerto Smerdiakov, nadie creerá a Iván. Sin embargo, irá a declararse culpable: Dios vencerá —se dijo Aliocha con una dulce sonrisa. Y añadió amargamente—: Iván tiene dos caminos: o elevarse a la luz de la verdad, o sucumbir al odio, vengándose de si mismo y de los demás por haber servido a una causa en la que no creía.»

Y rezó de nuevo por Iván.

LIBRO XII

UN ERROR JUDICIAL

I. El día fatal

A las diez de la mañana del día siguiente empezó la vista de la causa contra Dmitri Fiodorovitch.

Ante todo, advertiré que me es imposible relatar los hechos con todo detalle. Semejante exposición requeriría un grueso volumen. Ruego, pues, que no se me reproche que me limite a referir lo que me ha parecido más interesante. Tal vez haya tomado detalles secundarios por importantes y acaso haya suprimido algunos de éstos... Pero no tengo por qué excusarme: mi intención es hacer las cosas lo mejor posible, y estoy seguro de que los lectores lo advertirán.

Antes de entrar en la sala mencionaremos ciertos hechos que llamaron la atención de todos. Se sabía el interés que había despertado este juicio, la impaciencia con que se le esperaba, las discusiones y conjeturas que venía provocando desde hacia dos meses. No se ignoraba tampoco que el asunto era conocido en toda Rusia. Pero nadie esperaba que hubiera despertado un interés tan extraordinario fuera de nuestra localidad. Llegó gente no sólo de la capital del distrito, sino de otras ciudades, a incluso de Moscú y Petersburgo: juristas, personalidades de todas clases, damas... Las tarjetas de entrada se agotaron rápidamente. Para los visitantes de categoría se reservaron asientos, sillones detrás de la mesa del tribunal, cosa nunca vista. El elemento femenino era muy numeroso: lo menos la mitad del público estaba formado por damas. Los juristas abundaban también de tal modo, que no se sabía dónde colocarlos. Había sido necesario construir a toda prisa para ellos una especie de tribuna en el fondo de la sala, detrás del estrado. Algunos no tenían asiento, pero se felicitaban de haber podido entrar. Y lo mismo podía decirse del público que, en masa compacta, permanecía de pie en la sala, de la que se habían retirado todas las sillas, con objeto de que hubiera más espacio. Algunas damas aparecían en las tribunas ataviadas como para una ceremonia. Este caso se daba especialmente entre los forasteros. Pero la mayoría de ellas no se habían preocupado en absoluto por su atavío. En sus semblantes se leía una ávida curiosidad. Una de las particularidades más notables de este público femenino, particularidad que se evidenció en el curso de los debates, era la simpatía que la mayoría de las damas sentían por Dmitri, simpatía fundada, sin duda, por el éxito que el acusado había tenido siempre con las mujeres. El deseo general de las damas era que le declarasen inocente.

Se daba por segura la presencia de las dos rivales. Especialmente Catalina Ivanovna había despertado un interés general. Se decían cosas extraordinarias de ella, de su pasión avasalladora por Mitia aun después del crimen. Se hablaba de su orgullo (no visitaba a nadie) y de sus relaciones con el gran mundo. Se rumoreaba que Katia tenía el propósito de pedir al gobierno autorización para acompañar al criminal a presidio y casarse con él bajo tierra, en las minas. La aparición de Gruchegnka se

esperaba con no menos interés. El encuentro de las dos rivales —la joven distinguida y la ramera— en la audiencia había despertado verdadera curiosidad. Las mujeres conocían mejor a Gruchegnka, que «había perdido a Fiodor Pavlovitch y a su hijo», y casi todos se extrañaban de que «una mujer tan ordinaria a incluso nada bonita» hubiera podido subyugar al padre y al hijo. Sé positivamente que en nuestra localidad se produjeron graves querellas familiares a causa de Mitia. Más de una mujer había disputado con su marido sobre el lamentable suceso, y es natural que estos esposos acudieran a la audiencia como enemigos del acusado. Hablando en términos generales, puede decirse que los hombres miraban al inculpado con hostilidad. Se veían rostros varoniles severos, ceñudos a incluso irritados. Y estos semblantes eran mayoría. Mitia había insultado a muchos hombres durante su estancia entre nosotros. No cabía duda de que algunos espectadores no sólo eran indiferentes a la suerte de Mitia, sino que se alegraban de verlo comprometido, aun estando interesados en el desenlace del asunto. La mayoría de ellos deseaban que se castigase al acusado, exceptuando a los juristas, que miraban el proceso desde el punto de vista jurídico, sin interesarse por el aspecto moral. La llegada del famoso Fetiukovitch causó sensación. No era la primera vez que iba a provincias para tomar parte en un proceso criminal resonante, de esos que no se olvidan fácilmente. Circulaban anécdotas sobre el procurador y el presidente del tribunal. Se decía que el procurador temía encontrarse con Fetiukovitch, con el que había tenido ciertas diferencias en Petersburgo al principio de su carrera. El susceptible Hipólito Kirillovitch, que se sentía mortificado porque no apreciaban debidamente su mérito, había cobrado nuevos ánimos al enfrentarse con el caso Karamazov y soñaba con fortalecer su debilitada reputación. Pero temía a Fetiukovitch. Estos rumores no eran del todo exactos. El procurador no era uno de esos hombres que se desalientan ante el peligro, sino todo lo contrario: ante el peligro, su amor propio aumentaba y le daba nuevos bríos. Era demasiado vehemente, demasiado impresionable. A veces ponía toda su alma en un asunto, como si de él dependieran su suerte y su fortuna. Este defecto hacía sonreír a sus compañeros del mundillo judicial, pero, gracias a él, nuestro procurador había adquirido una notoriedad superior a la que correspondía a su modesta posición en la magistratura. Lo que más hilaridad causaba era su pasión por la psicología. A mi entender, todos se equivocaban; su carácter era mucho más firme y serio de lo que se suponía. Lo que ocurría era que aquel hombre enfermizo no había sabido ponerse en su lugar ni al principio de su carrera ni después.

El presidente del tribunal era un hombre culto, humano, de espíritu abierto a las ideas más modernas. Toda su ambición se cifraba en que se le considerase como progresista. Estaba bien relacionado y era hombre rico. Pronto se advirtió que el caso Karamazov le interesaba vivamente, pero en líneas generales. Lo miraba como un fenómeno de nuestro régimen social, como una característica de la mentalidad rusa...

El carácter particular del asunto, la personalidad de sus protagonistas, empezando por la del acusado, tenían para él un interés vago, abstracto..., cosa que, bien, mirado, tal vez convenía.

Desde mucho antes de comenzar la vista, la sala estaba repleta de público. Esta sala es la mejor de la localidad: la más espaciosa y bella, la de techo más alto y mejores condiciones acústicas. A la derecha de la plataforma del tribunal se habían colocado una mesa y dos hileras de sillas para el jurado. A la izquierda estaban los asientos del acusado y del defensor. En el centro, ante los jueces, había una mesa, en la que se exhibían los cuerpos del delito: la bata Blanca de seda, manchada de sangre, de Fiodor Pavlovitch; la mano de mortero de cobre, presunto instrumento del crimen; la camisa y la levita de Mitia, también manchadas de sangre, sobre todo la levita, en las proximidades del bolsillo en que Dmitri había guardado el pañuelo; este pañuelo, empapado de sangre que se había secado formando una costra; la pistola cargada por Mitia en casa de Perkhotine para suicidarse y que Trifón Borisytch le había quitado, sin que él se diera cuenta, en Mokroie; el sobre que había contenido los tres mil rublos destinados a Gruchegnka; la cinta rosa con que el sobre estuvo atado, y otros objetos que no puedo recordar. Más lejos, en el fondo de la sala, se habían colocado sillones para los testigos que debían quedarse después de declarar.

A las diez entró en la sala el tribunal, compuesto del presidente, un asesor y un juez de paz honorario. El fiscal, que no era sino nuestro procurador, llegó inmediatamente. El presidente era un hombre robusto, aunque de baja estatura. Tenía unos cincuenta años, congestionado el rostro y gris el cabello. Lucía varias condecoraciones. A todos les sorprendió la palidez del fiscal. Su cara era verdosa. A mí me pareció que había adelgazado súbitamente, pues lo había visto el día anterior.

El presidente preguntó al ujier si estaban presentes todos los jurados... Pero me es imposible continuar esta exposición minuciosa de los hechos, no sólo porque no recuerdo todos los detalles, sino también y principalmente porque no tengo tiempo ni espacio para hacer un relato detallado a integro. Diré solamente que la defensa y la acusación admitieron a casi todos los jurados. Éstos eran cuatro funcionarios, dos comerciantes y seis hombres más, entre campesinos y pequeños burgueses de nuestra localidad. Recuerdo que mucho tiempo antes de que se celebrase la vista, la formación del jurado se comentaba en las reuniones de sociedad y que, sobre todo las damas, decían: «Es inexplicable que un asunto de tanta complicación psicológica se someta a la resolución de simples funcionarios y personas de baja condición. ¿Qué criterio pueden tener?» Ciertamente, los cuatro funcionarios eran personas sin categoría y de edad madura —excepto uno—, poco conocidas en nuestra sociedad y que habían vegetado con un sueldo mezquino. Sin duda, tenían esposas viejas que no gustaban de exhibir y un enjambre de hijos que tal vez fueran descalzos. Su pasatiempo preferido eran los naipes, y jamás habían leído nada. Los dos

comerciantes tenían aspecto de hombres sosegados, pero siempre estaban inmóviles y pensativos. Uno iba rasurado y vestido a la europea; el otro ostentaba una barba gris, y de su cuello pendia una medalla. Y no hablemos de los pequeños burgueses y campesinos de Skotoprigonievsk. Los primeros se parecían a los segundos y trabajaban tan rudamente como ellos. Dos de estos seis jurados iban vestidos a la europea, con lo que parecían más sucios y descuidados que los otros. De aquí que, al verlos, uno no pudiera menos de preguntarse: «¿Cómo pueden comprender esos hombres un asunto como éste?» Sin embargo, sus rígidos y huraños rostros tenían una expresión imponente.

Al fin, el presidente anunció el comienzo de la vista y ordenó que se introdujera en la sala al acusado. Se hizo un silencio tan profundo, que se habría podido oír el vuelo de una mosca. Mitia me produjo una impresión sumamente desfavorable. Se presentó como un dandy. Llevaba un traje nuevo, una camisa finísima y unos guantes flamantes. Después supe que, expresamente para esta ocasión, había encargado una levita nueva a un sastre de Moscú, a su sastre de siempre, que tenía sus medidas. Avanzó a largos pasos, el cuerpo rígido, mirando hacia enfrente, se sentó y permaneció inmóvil. Acto seguido apareció el defensor, el famoso Fetiukovitch. Un discreto murmullo recorrió la sala. Era un hombre alto y seco, de piernas delgadas, dedos largos y finos, cabello corto, cara lampiña, cuyos labios se torcían a veces en una sonrisa sarcástica. Aparentaba unos cuarenta años. Su rostro habría sido agradable si no lo hubieran afeado sus ojos, inexpresivos y demasiado juntos sobre la nariz, larga y delgada. En una palabra, una cara de pájaro. Iba de levita y corbata blanca. Recuerdo perfectamente el interrogatorio de identificación. Mitia contestó en voz tan alta, que sorprendió al presidente. Después se dio lectura a la lista de testigos y peritos. Faltaban cuatro: Miusov, que había regresado a Paris, pero cuya declaración figuraba en el expediente; la señora de KhokhIakov y el terrateniente Maximov, que estaban enfermos, y Smerdiakov, fallecido repentinamente, según informe de la policía. La noticia de la muerte de Smerdiakov produjo sensación, pues muchos ignoraban aún que se había suicidado. Lo que más sorprendió a todos fue la exclamación de Mitia cuando se reveló el fallecimiento del sirviente:

—¡Los perros mueren como perros!

El defensor lo hizo callar. El presidente le amenazó con tomar las más severas medidas si persistía en su actitud irrespetuosa. Mitia dijo varias veces a su abogado, aunque sin mostrar el menor arrepentimiento:

—No lo volveré a hacer. No he podido contenerme. Le aseguro que no lo volveré a hacer.

Este incidente no le favoreció a los ojos del público ni de los jurados. Era una muestra de su carácter. En este ambiente, el secretario empezó a leer el acta de acusación. Era muy concisa y se limitaba a exponer los principales cargos que

pesaban sobre Dmitri. Sin embargo, a mí me impresionó profundamente. El secretario leyó con voz clara y sonora. A través del acta, la tragedia aparecía con todo su relieve, como si se proyectara sobre ella una luz implacable. Después el presidente preguntó a Mitia:

—¿Reconoce el acusado que es culpable?

Mitia se puso en pie.

—Reconozco que soy culpable de embriaguez, de disipación, de holgazanería —repuso, exaltado—. En el momento en que la adversidad se ensañó en mí estaba decidido a corregirme para siempre. Pero soy inocente de la muerte de ese viejo que era mi padre y mi enemigo. Tampoco le robé: soy incapaz de un acto semejante. Dmitri Fiodorovitch puede ser un libertino, pero no un ladrón.

Se sentó temblando. El presidente le dijo que debía limitarse a responder a las preguntas. Acto seguido se llamó a los testigos para que prestaran juramento, formalidad de la que se dispensó a los hermanos del acusado. Tras las exhortaciones del sacerdote y el presidente se hizo salir a los testigos. Ya se les iría llamando por turno.

II. Declaraciones adversas

Ignoro si los testigos de cargo y descargo habían sido agrupados por el presidente y si se había decidido hacerlos comparecer por un orden determinado. Probablemente, así fue. El caso es que los primeros en declarar fueron los testigos de la acusación.

He de repetir que no tengo el propósito de reproducir in extenso los debates. Por otra parte, no hay necesidad de ello, ya que los discursos del fiscal y de la defensa y las declaraciones de los testigos resumieron claramente los hechos. Anoté íntegramente algunos pasajes de estos dos notables discursos, que ofreceré al lector oportunamente, y también referiré un hecho inesperado que indudablemente influyó en la fatídica sentencia.

Todos advirtieron desde el principio la solidez de la acusación y la debilidad de la defensa. Se vio como los hechos se agrupaban, se acumulaban, y como el crimen, con todo su horror, iba surgiendo a la luz. Era evidente que la causa estaba ya fallada, que no había la menor duda acerca del resultado, que la culpa del acusado estaba archidemostrada y que la vista se celebraba por pura fórmula. Yo creo que incluso aquellas damas que esperaban con tanta impaciencia la absolución del interesante reo estaban convencidas de su culpabilidad. Es más, me parece que habrían lamentado que esta culpa fuera menos evidente, ya que ello habría aminorado el efecto del desenlace. Aunque parezca extraño, todas las mujeres creyeron hasta el último instante que se declararía inocente a Mitia. «Es culpable —se decían—, pero se le absolverá por humanidad, por respeto a las nuevas ideas. » Ésta era la razón de que hubieran acudido con el interés reflejado en el rostro.

A los hombres les interesaba especialmente la lucha entre el fiscal y el famoso Fetiukovitch. Todos se preguntaban qué podría hacer este letrado, a pesar de su fama, en una causa perdida de antemano. De aquí que fuera el centro de la atención general. Pero Fetiukovitch fue hasta el final un enigma. Los expertos presentían que se había trazado un plan, que perseguía un fin, pero no era posible deducir en qué consistía su estrategia. Su seguridad en sí mismo era evidente. Además, se observó con satisfacción que durante su breve estancia en nuestra ciudad se había puesto al corriente del asunto y lo había estudiado en todos sus detalles. Pronto pudo admirarse la habilidad con que desacreditó a los testigos de la acusación. Los desconcertó hasta el máximo y causó graves daños en su reputación moral y, por lo tanto, en sus declaraciones. Además, se suponía que esta táctica tenía algo de pasatiempo, de coquetería jurídica, por decirlo así, del deseo de exhibir todos sus recursos de abogado, pues nadie ignoraba, y él debía ser el primero en comprenderlo, que estos ataques no le proporcionaban ninguna ventaja positiva. Debía de tener alguna idea oculta, algún arma secreta que se proponía utilizar en el momento oportuno. En

espera de este momento, se divertía, consciente de su fuerza.

Cuando se interrogó a Grigori Vasilievitch, el viejo sirviente de Fiodor Pavlovitch, que afirmaba haber visto abierta la puerta de la casa, el defensor aprovechó bien su turno, dirigiéndole una serie de preguntas extraordinariamente hábiles. Grigori Vasilievitch estaba perfectamente sereno; ni la majestad del tribunal ni la abundancia de público lo turbaban. Prestó su declaración con la misma naturalidad que si estuviera charlando con su mujer, sólo que más respetuosamente. No parecía posible confundirlo. El fiscal le hizo numerosas preguntas sobre la familia Karamazov. Las respuestas de Grigori interesaron a todos. Se veía claramente que el testigo era sincero a imparcial. A pesar del respeto que le inspiraba su difunto dueño, declaró que éste había sido injusto con Mitia. «No educaba a sus hijos como buen padre. Sin mis cuidados —añadió recordando la infancia del reo—, Dmitri Fiodorovitch habría sido una criatura harapienta y piojosa. Además, lo perjudicó en el reparto de los bienes legados por la madre.» El fiscal le preguntó en qué se fundaba para afirmar que Fiodor Pavlovitch había perjudicado a su hijo en la transmisión de la herencia materna, y el testigo, ante el asombro general, no aportó ningún argumento convincente. Pero insistió en su afirmación de que el padre había sido injusto, ya que Mitia debía haber recibido «algunos miles de rublos más». El fiscal interrogó sobre este punto, con especial insistencia, a todos los testigos que podían estar enterados de la cuestión, sin excluir a los hermanos de Mitia, y ninguno de ellos pudo dar informes precisos: afirmaban que era verdad lo dicho por Grigori, pero no podían apoyar sus palabras con la más leve prueba.

El relato de la escena en que Dmitri apareció de pronto y golpeó a su padre, amenazándolo luego con volver para matarlo, produjo sensación. En ello influyó sin duda la calma y concisión con que el viejo criado relató el suceso y también su pintoresco lenguaje, que produjo gran efecto. Después manifestó que había perdonado hacía tiempo la agresión de Mitia, que entonces lo abofeteó y derribó. De Smerdiakov —nombre que pronunció santiguándose— dijo que tenía excelentes cualidades, pero que estaba deprimido por su enfermedad y que su mayor defecto era ser un impío, lo que se debía a la influencia de Fiodor Pavlovitch y de su hijo mayor. Defendió calurosamente su honradez, y refirió el episodio del dinero hallado y devuelto por Smerdiakov a su dueño, lo que le valió una moneda de oro y la confianza de éste. Mantuvo obstinadamente su declaración de que estaba abierta la puerta que daba al jardín. Se le hicieron muchas preguntas más, pero fueron tantas, que no puedo acordarme de todas. Al fin le tocó el turno a la defensa, que empezó por hablar del sobre en que, «según se decía», Fiodor PavIovitch había guardado tres mil rublos « para cierta persona». Y preguntó:

—¿Vio usted ese sobre? Usted lo pudo ver, ya que gozaba de la confianza de su dueño y estaba en continuo contacto con él.

Grigori repuso que no se enteró de la existencia de aquellos tres mil rublos «hasta que todo el mundo empezó a hablar de ellos».

Fetiukovitch preguntó a todos los testigos por este sobre con el mismo interés que el fiscal había demostrado en la aclaración del reparto de la herencia materna. Todos respondieron que no habían visto el sobre, aunque la mayoría habían oído hablar de él.

Fetiukovitch siguió preguntando a Grigori:

—¿Puede usted decirme de qué se componía aquel bálsamo, mejor dicho, aquella infusión con que se frotó los riñones al acostarse la noche del crimen, según se lee en el sumario?

Grigori miró al abogado como si no comprendiera y, tras unos instantes de silencio, murmuró:

—En la mezcla había una planta llamada salvia.

—¿Nada más?

—Y otra planta:llantén.

—Y pimienta, seguramente.

—Sí, también había pimienta.

—¿Y todo disuelto en vodka?

—No, en alcohol.

Se oyeron risas en la sala.

—¿De modo que no le faltaba alcohol? Y, después de frotarse la espalda, se bebió lo que quedaba en la botella, mientras su esposa murmuraba una oración que sólo ella conoce, ¿no es así?

—Así es.

—¿Bebió usted mucho? ¿Una copita, dos copitas?

—Un vaso, aproximadamente.

—¡Un vaso! Y a lo mejor fue vaso y medio.

Grigori no contestó. Empezaba a darse cuenta del significado de aquellas preguntas.

—¡Vaso y medio de alcohol puro no es cualquier cosa! ¿No cree usted? Con esa cantidad de alcohol en el cuerpo, uno puede ver abiertas todas las puertas, incluso las del paraíso.

Grigori siguió guardando silencio. En la sala se oyeron nuevas risas. El presidente se agitó en su sillón.

——¿Podría decirme —siguió preguntando Fetiukovitch— si estaba usted dormido cuando vio abierta la puerta del jardín?

—Estaba levantado.

—Eso no demuestra que no estuviera usted como dormido.

Nuevas risas.

—Si le hubieran preguntado en aquel momento en qué año estábamos, ¿habría usted podido contestar?

—No lo sé.

—Bien. Diga ahora en qué año estamos, a partir del nacimiento de Cristo. ¿Lo sabe?

Grigori estaba aturdido y miraba fijamente a su verdugo. Que ignorase el año en que vivía causó general sorpresa.

—Por lo menos, sabrá usted cuántos dedos tiene en las manos, ¿no?

—Estoy acostumbrado a obedecer —dijo Grigori súbitamente—. Si las autoridades quieren burlarse de mí, sé soportarlo.

Esta inesperada contestación desconcertó un poco a Fetiukovitch. El presidente le recordó que sus preguntas debían limitarse al asunto que se debatía. El abogado respondió respetuosamente que no tenía nada más que preguntar. Sin duda, la declaración de un hombre «que habría podido ver abiertas las puertas del paraíso» y que no sabía en qué año estaba despertó general desconfianza; por lo tanto, la defensa había logrado su objetivo.

El interrogatorio de Grigori Vasilievitch terminó con un incidente. El presidente preguntó al acusado si tenía que hacer alguna observación, y Mitia repuso:

—Salvo en lo concerniente a la puerta del jardín, el testigo ha dicho la verdad. Le agradezco que me cuidara y que haya olvidado mis golpes. Este viejo fue siempre honrado con mi padre y le sirvió como un perro fiel.

—¡Emplee el acusado un lenguaje más correcto! —le ordenó el presidente.

—Yo no soy un perro —gruñó Grigori.

—Entonces, el perro soy yo —exclamó Mitia—. Si esto es una ofensa, la vuelvo contra mí. He sido brutal con él. Y también con Esopo.

—¿Quién es Esopo? —preguntó con acento severo el presidente.

—¿Quién ha de ser? Pierrot, mi padre, Fiodor Pavlovitch...

El presidente volvió a invitar a Mitia a expresarse en términos más correctos.

—Hablar de ese modo no le favorecerá en el ánimo de los jueces.

El abogado defensor interrogó también con gran habilidad a Rakitine, uno de los testigos más importantes, especialmente para el fiscal. Rakitine sabía muchas cosas, lo había visto todo, hablado con mucha gente interesada en el asunto, y conocía a fondo la vida de Fiodor Pavlovitch y de todos los Karamazov. Declaró que solamente a Mitia había oído hablar de los tres mil rublos, pero, en compensación, describió detalladamente los actos y violencias de Dmitri en la taberna «La Capital». Repitió las palabras comprometedoras que Mitia había pronunciado allí y refirió el incidente de que fue víctima el capitán Snieguiriov. De lo que Fiodor Pavlovitch podía adeudar a su hijo, Rakitine no sabía nada; al hablar de ello, salió del paso con unas cuantas frases despreciativas como ésta: «No es fácil saber quién tenía razón. En el lodazal de

los Karamazov es imposible orientarse.» Dijo que el crimen era una consecuencia del atraso y el desorden en que vivía Rusia, al carecer de las instituciones necesarias. Se le permitió discursear. Después del proceso empezó a adquirir renombre y a atraerse la atención del público. El fiscal sabía que el testigo preparaba un articulo sobre el crimen para cierta revista, y, como veremos más adelante, citó de él varios párrafos en su informe. La declaración del testigo fue francamente despiadada y trató de favorecer a la acusación. En general, la exposición de Rakitine fue del agrado del público por la independencia y la nobleza de sus ideas. Incluso se oyeron algunos aplausos cuando habló de la servidumbre y del desorden que reinaba en Rusia. Pero Rakitine, joven e impetuoso, cometió un error del que la defensa supo aprovecharse. Al preguntársele por Gruchegnka, el testigo, embriagado por su éxito y por el tono elevado de su oratoria, habló de Agrafena Alejandrovna con cierto desdén, diciendo que era «la amante del comerciante Samsonov». Pronto habría dado cualquier cosa por retirar esta acusación, ya que de ella se valió Fetiukovitch para atacarlo. Nunca habría creido Rakitine que el abogado pudiera enterarse en tan poco tiempo de detalles tan íntimos.

—Permitame una pregunta —dijo el defensor, sonriendo amablemente—. ¿Verdad que es usted el autor de ese folleto, editado por las autoridades eclesiásticas, que se titula *Vida del bienaventurado padre Zósimo*? Lo he leido hace poco con verdadero interés. Es una obrita edificante y rica en profundas ideas religiosas.

Rakitine murmuró, un poco desconcertado:

—No la escribí para que se publicara. Apareció sin que me lo advirtieran.

—Está muy bien. Un pensador como usted debe interesarse por los fenómenos sociales. Su folleto, gracias a la alta protección de que gozaba, se ha difundido ampliamente y ha prestado un excelente servicio... Pero lo que me interesa saber es si usted, como ha dejado entrever en su declaración, conocía íntimamente a la señorita Svietlov.

(*Nota bene:* Éste era el apellido de Gruchegnka, cosa que ignoré hasta entonces.)

Rakitine enrojeció.

—No puedo responder de todas las personas a las que conozco. Soy demasiado joven. Por otra parte, creo que nadie, cualesquiera que sea su edad, puede responder de todas sus amistades.

—Lo comprendo, lo comprendo perfectamente —dijo Fetiukovitch fingiéndose confuso y en el tono del que presenta excusas—. Podía darse el caso de que usted, como cualquier hombre, estuviera interesado por una mujer joven y bonita que recibía en su casa a la flor de la juventud local. Mi propósito era puramente informativo. Sabemos que, hace dos meses, la señorita Svietlov mostró deseos de conocer al menor de los hermanos Karamazov: Alexei Fiodorovitch. Esa joven ofreció a usted veinticinco rublos si le llevaba a Alexei vestido con su hábito

conventual. La visita se efectuó la noche misma del crimen que en este momento se está juzgando. ¿Puede usted decirme si ha recibido los veinticinco rublos de recompensa que le prometió la señorita Svietlov?

—Fue una broma... No sé qué interés puede tener esto... Tomé los veinticinco rublos para devolverlos después.

—O sea que usted los tomó. Tengo entendido que todavía no los ha devuelto. ¿Me equivoco?

—Eso no tiene importancia —murmuró Rakitine—. Desde luego, los devolveré.

El presidente intervino una vez más, pero el defensor dijo que ya no tenía que hacer más preguntas al señor Rakitine. Éste se retiró cabizbajo. Su prestigio había sufrido un rudo golpe. Fetiukovitch le siguió con la mirada, como diciendo al público: «Ya vea ustedes el valor que tienen las palabras de los acusadores.»

Mitia, indignado por el desprecio con que Rakitine había hablado de Gruchegnka, le gritó desde el asiento:

—¡Bernard !

Y cuando el presidente le preguntó si tenía algo que decir, exclamó:

—¡Ese hombre venía a visitarme a la cárcel para sacarme dinero! ¡Es un miserable, un ateo! ¡Engañó al padre Zósimo!

Naturalmente, Mitia fue llamado al orden. Pero Rakitine se había hundido ya. Aunque por causas distintas, la declaración del capitán Snieguiriov no tuvo más éxito. Se presentó andrajoso y sucio, y embriagado, a pesar del reconocimiento previo y de las medidas que se habían tomado para evitar que bebiera. Cuando se le habló de la ofensa que le había inferido Mitia, no quiso contestar,

—Iliucha me lo ha prohibido —declaró—. ¡Que Dios perdonea ese hombre! Ya hallaré la recompensa en el cielo.

—¿Quién dice usted que le ha prohibido hablar?

—Iliucha, mi hijito. «¡Oh papá! ¡Cómo te ha humillado!» Esto lo dijo ya al borde de la tumba. Se ha muerto.

Dicho esto, el capitán prorrumpió en sollozos y cayó de rodillas a los pies del presidente. En seguida se lo llevaron, entre las risas del público. Así, tampoco este testigo produjo el efecto que esperaba el fiscal.

El abogado defensor siguió utilizando todos sus recursos y asombrando al auditorio con su conocimiento del asunto hasta en sus menores detalles. La declaración de Trifón Borisytch produjo profunda emoción, naturalmente desfavorable al acusado. Dijo que Mitia, en su primera visita a Mokroie, despilfarró lo menos tres mil rublos.

—Sólo entre los cingaros repartió qué sé yo cuánto dinero. Y a los mendigos no les dio unos copecs, sino lo menos veinticinco rublos. Además, sabe Dios lo que le robarían. Imposible identificar a los ladrones, que, naturalmente, no pregonaron sus

hazañas. Estaba rodeado de bribones, de personas sin conciencia. Y muchachas que en su vida habían tenido un céntimo tienen ahora el bolsillo lleno.

En una palabra, que se acordaba de todo a hizo una exposición detallada de los gastos de Mitia en su primera estancia en Mokroie. Esto destruyó la hipótesis de que sólo había gastado mil quinientos rublos y se había guardado en una bolsita los mil quinientos restantes.

—Vi los tres mil rublos en sus manos, los vi con mis propios ojos. Dmitri Fiodorovitch y yo nos conocíamos bien.

Sin intentar refutar al fondista en su declaración, Fetiukovitch le recordó que el cochero Timoteo y el campesino Akim se habían encontrado en el vestíbulo de su fonda un billete de cien rublos perdido por Mitia en su primer viaje a Mokroie. Dmitri estaba ebrio, y Akim y Timoteo le habían entregado el billete a él, a Trifón Borisytch, que les dio un rublo a cada uno.

—¿Devolvió usted esos cien rublos a Dmitri Karamazov? —preguntó el abogado.

Trifón Borisytch empezó por insinuar que no sabía nada de tal pérdida, pero una vez se hubo interrogado al cochero y al campesino, afirmó que había devuelto los cien rublos a Dmitri Fiodorovitch, como es propio de un hombre honrado, pero «que era muy probable que el señor Karamazov no lo recordara, ya que en aquellos momentos estaba embriagado». No obstante, como antes había negado el hallazgo de los cien rublos. su declaración de que los había devuelto fue acogida con desconfianza. Así, pues, uno de los testigos de cargo más temidos quedó eliminado.

Lo mismo sucedió a los polacos. Se presentaron con gran desenvoltura, afirmando que «habían servido a la Corona» y que «el *pan* Mitia les había ofrecido tres mil rublos a cambio de su honor». El *pan* Musalowicz intercalaba en sus frases términos polacos y, al advertir que con ello se atraía la consideración del presidente y del fiscal, se enardeció y empezó a hablar en polaco. Pero Fetiukovitch lo cogió en sus propias redes. Trifón Borisytch fue llamado de nuevo a declarar y, tras una serie de vacilaciones y rodeos, reconoció que el *pan* Wrublewski había cambiado la baraja de la casa por otra de su propiedad y que el *pan* Musalowicz, que era el banquero, hacía trampas. Esto fue confirmado por Kalganov, al que se interrogó seguidamente, y los *panowie* se retiraron avergonzados, entre las risas del público.

La misma suerte corrieron los demás testigos importantes de la acusación: Fetiukovitch consiguió desacreditarlos a todos sacando a relucir sus faltas. Despertó la admiración tanto en los profesionales de la ciencia jurídica como en los simples aficionados, aunque unos y otros se preguntaban qué provecho podría obtener de semejante táctica, ya que la culpa del acusado aparecía con creciente evidencia. Pero el tono en que hablaba el «mago del foro» denotaba una calma y una seguridad en sí mismo que hacían esperar algo. No se concebía que hubiera hecho el viaje desde Petersburgo por nada y que se resignara a regresar sin ningún resultado positivo.

III. El peritaje médico y una libra de avellanas

El informe de los peritos médicos no fue favorable al acusado. Pero se veía claramente que Fetiukovitch no había depositado en él la menor esperanza. Este peritaje se verificó únicamente por haberlo solicitado Catalina Ivanovna, que había traído de Moscú a un médico eminente. La defensa, si bien no esperaba nada de este informe, también sabía que nada podía perder.

El desacuerdo entre los médicos motivó un incidente cómico. Los peritos eran el famoso especialista de que hemos hablado; el doctor Herzenstube, que ejercía en nuestra localidad, y el joven Varvinski. Los dos últimos estaban, además, citados como testigos por el fiscal. Primero se llamó al doctor Herzenstube, septuagenario canoso y casi calvo, de mediana estatura y robusta constitución. Era un hombre de conciencia, que gozaba de la estimación general, un corazón excelente, una especie de hermano moravo. Hacia mucho tiempo que vivía en nuestra ciudad. Era persona austera e inclinada a la filantropía. Visitaba a los pobres y a los campesinos en sus chozas, y no sólo no les cobraba nada, sino que les daba dinero para medicinas. En cambio, era testarudo como una mula: cuando se aferraba a una idea, no había medio humano de hacerle renunciar a ella. En la ciudad se sabía que el famoso especialista llegado de Moscú hacía poco se había permitido hacer observaciones francamente molestas sobre la capacidad del doctor Herzenstube. Aunque el doctor de Moscú no cobraba menos de veinticinco rublos por visita, no pocos aprovecharon su estancia en nuestra localidad para consultarlo. Los consultantes eran clientes del doctor Herzenstube, y el renombrado especialista criticó ante ellos los métodos curativos del doctor local. Llegó al extremo de preguntar a los pacientes apenas aparecía: «¿Quién lo ha engañado? ¿Herzenstube? ¡Ja, ja!» Como es natural, Herzenstube se enteró de esto.

Los tres médicos citados comparecieron como peritos. El doctor Herzenstube dijo que saltaba a la vista que el acusado «era un anormal». Después de exponer sus argumentos, añadió que esta anormalidad se evidenciaba no sólo en la conducta anterior del acusado, sino también en su actitud presente, y cuando se le rogó que se explicara, el viejo doctor declaró ingenuamente que Dmitri Fiodorovitch, al entrar en la sala, no tenía un aspecto adecuado a las circunstancias. «Avanzaba como un soldado, mirando hacia e frente, sin volver la vista a la izquierda, donde estaban las damas, cuya opinión debía preocuparle, ya que era un gran amante de bello sexo». Herzenstube se expresaba en ruso, pero con acento alemán, cosa que no le preocupaba. Siempre había creído que hablaba un ruso excelente, mejor que el de los mismos rusos. Le encantaba citar proverbios, y cada vez que mencionaba uno afirmaba que los proverbios rusos eran singularmente expresivos. Cuando conversaba con alguien, olvidaba a veces las palabras más vulgares. Las conocía perfectamente,

pero huían de su memoria de pronto. Esto le sucedia tanto si hablaba en ruso como en alemán. Entonces agitaba la mano ante su rostro, como para atrapar la palabra perdida, y nadie en el mundo habría logrado que continuar si no daba con ella. El viejo contaba con la estimación de nuestra damas: sabían que aquel hombre que había permanecido soltero era piadoso y honesto en sus costumbres y consideraba a las mujeres como seres ideales y superiores. Sus inesperadas observacione parecieron extravagantes y divirtieron a la concurrencia.

El especialista de Moscú declaró categóricamente que el acusado padecía una aguda perturbación mental. Se extendió en sabía consideraciones sobre la obsesión y la manía, y concluyó que, según todos los datos recogidos, en los días que precedieron a su detención, Dmitri Fiodorovitch sufría, sin duda alguna, una de la obsesiones que había descrito. Si había cometido el crimen, habrí obrado involuntariamente, como arrastrado por una fuerza desconocida. Pero el doctor no había observado en el acusado únicamente el mal de la obsesión, sino también el de la manía, lo que constituía, a su entender, el primer paso hacia la demencia.

(N. B.: Refiero todo esto en lenguaje corriente. El doctor se expresaba con los tecnicismos propios de los sabios.)

—Todos sus actos son contrarios a la lógica y al buen sentido —prosiguió—. Sin hablar de lo que no he visto, es decir, del crimen y todo el drama que lo rodea, anteayer estuve hablando con el acusado y vi que tenía la mirada fija y extraña. Se echaba a reír repen—tinamente y sin motivo y era presa de una irritación continua inexplicable. Decía cosas extrañas, como «Bernard, la ética y otra cosas innecesarias».

El doctor vio un indicio de manía sobre todo en el hecho de qu el acusado no pudiera hablar sin indignación de los tres mil rublos que a su juicio le habían robado, mientras conservaba la calma a recordar otras ofensas y otros fracasos.

—Al parecer, siempre se ha enfurecido ante la menor alusión esos tres mil rublos. Sin embargo, se sabe que no es interesado ni codicioso. En cuanto a la opinión de mi eminente colega —terminó irónicamente el as de la medicina—, según la cual el acusado debió mirar a las damas al entrar, es una nota graciosa, pero también un error. Estoy de acuerdo en que el acusado, al entrar en la sala donde se va a decidir su suerte, no debió mirar hacia delante fijamente y que esto puede révelar un trastorno mental, pero también afirmo que debió dirigir la vista no a la izquierda, donde están las damas, sino a la derecha, buscando la mirada de su defensor, del que depende su suerte.

El especialista se había expresado en tono firme y enérgico. El desacuerdo entre este perito y el doctor Herzenstube adquirió un matiz cómico al exponer el doctor Varvinski una tesis inesperada. Según él, el acusado había sido y seguía siendo un hombre perfectamente normal. El hecho de que antes de su detención hubiera dado

pruebas de una excitación extraordinaria no quería decir nada, ya que tal estado podía proceder de causas tan evidentes como los celos, la cólera, la embriaguez continua... Desde luego, esta excitación nerviosa no tenía nada que ver con la obsesión de que acababa de hablar el doctor forastero.

—En cuanto a la dirección en que debía mirar el acusado, mi humilde opinión es que debía hacerlo como lo ha hecho, es decir, hacia el frente, donde están los jueces de los que depende su futuro. Por lo tanto, Dmitri Fiódorovitch ha dado una prueba de que su estado es perfectamente normal.

—¡Muy bien dicho, matasanos! —exclamó Mitia.

Se le hizo callar inmediatamente. Pero la opinión de Varvinski tuvo una influencia decisiva en el público y en el tribunal, como se verá muy pronto.

El doctor Herzenstube, al declarar como testigo, prestó un inesperado apoyo a Mitia. Al ser antiguó habitante de la localidad conocía a fondo a la familia Karamazov. Empezó por dar de ella informes de los que se aprovechó el fiscal; pero añadió:

—Sin embargo, este desdichado merecía mejor suerte, pues tenía buen corazón, tanto cuando era niño como en su adolescencia: lo puedo asegurar. Un proverbio ruso dice: «Si tienes inteligencia, puedes estar satisfecho, y si un hombre inteligente se une a ti, tu satisfacción debe ser mayor, pues entonces sois dos inteligencias en vez de una...»

—¡Claro! Dos pensamientos valen más que uno solo —exclamó el fiscal, perdiendo la paciencia, pues sabía que el viejo Herzenstube, enamorado de su abrumadora facundia germánica, hablaba con lenta prolijidad, sin importarle hacer esperar a sus oyentes.

—Eso mismo digo yo —continuó Herzenstube obstinadamente—. Dos inteligencias valen más que una. Pero él permaneció solo y perdió la suya... ¿Dónde la perdió? Pues... Se me ha olvidado la palabra —dijo agitando la mano ante sus ojos —. ¡Ah, sí! *Spazieren...*

—¿Paseando?

—Eso quería decir. Su inteligencia empezó a vagabundear y se perdió. Sin embargo, era un joven agradecido y de fina sensibilidad. Me acuerdo perfectamente de cuando era un niño pequeño y correteaba por las cercanías de la casa de su padre, en el mayor abandono, descalzo y con un solo botón en los pantalones.

La voz del viejo se empañó de emoción. Fetiukovitch se estremeció como presintiendo que iba a ocurrir algo.

—Entonces yo era todavía joven; tenía treinta y cinco años y acababa de llegar aquí. Me compadecí del niño y me dije: «Le voy a comprar una libra de...» Ahora no me acuerdo del nombre. Es ese fruto que gusta tanto a los niños y que se coge de cierto árbol...

El doctor volvía a agitar la mano ante sus ojos.

—¿Manzanas? —le preguntaron.

—No, las manzanas se venden por docenas, y lo que yo quiero decir se vende por libras. Es una cosa pequeña que se mete en la boca, y ¡crac!...

—¿Avellanas?

—Exacto, avellanas; no me ha dado usted tiempo a decirlo —aprobó el doctor imperturbable, como si no hubiera hecho ningún esfuerzo por buscar la palabra—. Le llevé al niño una libra de avellanas. Nunca le había regalado ni una sola. Levanté el dedo y le dije:

»—Hijo mío, *Gott der Vater.*

»Él se echó a reír y repitió:

»—*Gott der Vater*.

»—*Gott der Sohn.*

»De nuevo se echó a reír y murmuró:

»—*Gott der Sohn.*

»—*Gott der heilige Geist*[120].

»Al día siguiente, al verme pasar, me gritó:

»—¡Señor, *Gott der Vater, Gott der Sohn!*

»Se había olvidado de *Gott der heilige Geist.* Pero yo se lo recordé, y otra vez lo compadecí. Se lo llevaron y ya no lo volví a ver. Veintitrés años después, cuando mi cabeza está ya cubierta de canas, apareció de pronto ante mi, en mi sala de consulta, un joven en la flor de la vida, al que no pude reconocer. El visitante levantó el dedo y dijo, echándose a reir:

»—*Gott der Vater, Gott der Sohn and Gott der hellige Geist!*

Acabo de llegar y quiero darle las gracias por la libra de avellanas. Fueron las primeras que me regalaron.

»Entonces me acordé de mi feliz juventud y del pobre niño de pies descalzos. Y le dije:

»—Eres una persona agradecida, ya que no has olvidado la libra de avellanas que te regalé cuando eras niño.

»Lo estreché en mis brazos y lo bendije, llorando. Él se reía, pues los rusos se rien a veces cuando tienen ganas de llorar. Pero acabó llorando también: yo lo vi. Y ahora, ya ven ustedes...

—¡Y ahora —exclamó Mitia— estoy llorando, alemán! ¡Si, santo varón: ahora estoy llorando!

Este relato produjo una impresión favorable; pero lo que más favoreció al acusado fue la declaración de Catalina Ivanovna, de la que hablaré oportunamente. En general, la suerte sonrió a Dmitri cuando comparecieron los testigos à décharge, cosa que sorprendió a la misma defensa. Pero antes que a Catalina Ivanovna, se

interrogó a Aliocha, el cual, por cierto, se acordó de pronto de un hecho que, al parecer, refutaba uno de los puntos clave de la acusación.

IV. La suerte sonríe a Mitia

El hecho acudió a su memoria de improviso. Aliocha no prestó juramento y, desde el principio de su declaración, los dos bandos le demostraron una viva simpatía. Era evidente que la fama de sus excelentes cualidades le había precedido. Se mostró reservado y modesto, pero su afecto por su desgraciado hermano se percibió a través de sus palabras. Dijo que Mitia era sin duda una persona de carácter violento, que se dejaba arrastrar por las pasiones, pero también un hombre noble y generoso, capaz de cualquier sacrificio que se le pidiera. Además, reconoció que, últimamente, la pasión de Mitia por Gruchegnka y su rivalidad con su padre le habían llevado a una tension de ánimo intolerable. Admitió que aquellos tres mil rublos habían acabado por constituir una obsesión para Dmitri, que no podía hablar de ellos sin enfurecerse, por considerar que su padre se los había apropiado fraudulentamente, ya que pertenecían a su herencia materna; pero rechazó indignado la hipótesis de que Dmitri hubiera podido cometer un parricidio para robar. Respecto a aquella rivalidad que había reconocido, respondió al fiscal con vaguedades, a incluso se negó a responder a algunas preguntas.

—¿Le dijo su hermano que tenía el propósito de matar a su padre? —inquirió el fiscal. Y añadió—: Puede usted dejar de contestar a esta pregunta si lo cree conveniente.

—Directamente, nunca me lo dijo.

—Entonces, ¿se lo dijo indirectamente?

—Me habló una vez de su odio por nuestro padre, y de que temía llegar a matarlo en un momento de desesperación.

—¿Y usted lo creyó?

—No me atrevo a afirmarlo. Siempre creí que un alto sentimiento lo salvaría en el momento decisivo. Y así ocurrió, ya que no fue él quien mató a mi padre.

Aliocha dijo esto con seguridad y energía. El fiscal se estremeció como un caballo de batalla cuando la trompeta da la señal de ataque.

—Le aseguro —dijo el acusador— que no pongo en duda su sinceridad ni que su declaración sea un acto independiente de su afecto fraternal por ese desdichado. El sumario nos ha informado ya de su opinion sobre el trágico episodio ocurrido en su familia. Pero no puedo menos de hacer constar que esta opinión de usted es única y está en contradicción con las declaraciones de los demás testigos. Por lo tanto, considero necesario rogarle que me diga en qué se funda para estar tan convencido de la inocencia de su hermano y de la culpabilidad de otra persona a la que mencionó usted en la instrucción del sumario.

—Entonces me limité a responder a las preguntas que se me hacían —dijo Aliocha con calma—. No acusé a Smerdiakov.

—Sin embargo, lo nombró usted.

—Repitiendo las palabras de mi hermano. Yo sabía que Dmitri, cuando lo detuvieron, acusó a Smerdiakov. Estoy convencido de la inocencia de mi hermano. Y si mi hermano es inocente...

—El culpable es Smerdiakov. ¿Verdad que es eso lo que quiere decir? ¿Por qué acusa usted a Smerdiakov? ¿Y por qué está tan convencido de la inocencia de su hermano?

—No puedo dudar de él. Sé que no miente. Leí en su rostro que me decía la verdad.

—¿De modo que solo se funda en lo que leyó en su rostro? ¿No tiene más prueba que ésa?

—No tengo ninguna más.

—¿Tampoco de la culpabilidad de Smerdiakov tiene más pruebas que las palabras y la expresión del rostro de su hermano?

—Tampoco.

El fiscal no insistió. Las respuestas de Aliocha defraudaron profundamente al público. Habían corrido rumores de que Aliocha podía demostrar la inocencia de su hermano y la culpabilidad de Smerdiakov... Sin embargo, no presentaba prueba alguna, sino una convicción de tipo moral que no podía ser más lógica en un hermano del acusado. Cuando le tocó el turno a la defensa, Fetiukovitch preguntó a Aliocha en qué momento le había hablado Dmitri Fiodorovitch de su odio a su padre y de sus absurdas tentaciones de matarlo.

—¿Fue acaso en la última entrevista que tuvieron ustedes?

Aliocha se estremeció como si de pronto se acordara de algo.

—Ahora recuerdo un detalle que había olvidado por completo. Entonces no lo vi claro, pero ahora...

Y Aliocha refirió con palabra vehemente que cuando vio a su hermano por última vez, ya de noche y debajo de un árbol, al regresar al monasterio, Mitia le había dicho, golpeándose el pecho, que disponía de un medio para salvar su honor, y que este medio estaba allí, en su pecho.

—Entonces creí que se refería a su corazón, a la energía que podría desarrollar para librarse de una espantosa vergüenza que le amenazaba y que no se atrevía a confesarme. A decir verdad, al principio creí que aludía a nuestro padre, que se estremecía de horror al pensar que podía cometer algún acto de violencia contra él. Pero después adverti que se daba los golpes no en el corazón, sino más arriba, cerca del cuello, y entonces pensé que se refería a algó que llevaba sobre el pecho y que este algo podía ser la bolsita de cuero donde guardaba los mil quinientos rublos.

—¡Exacto, Aliocha! —exclamó Mitia—. Era la bolsita de cuero lo que yo señalaba.

Fetiukovitch le rogó que se calmase y volvió a dirigirse a Aliocha, que, enardecido por el inesperado recuerdo, expuso con vehemencia la hipótesis de que la vergüenza de su hermano procedía de que, pudiendo restituir aquellos mil quinientos rublos a Catalina Ivanovna para saldar la mitad de su deuda, había decidido compartirlos con Gruchegnka si ésta lo aceptaba.

—¡Eso fue, eso fue! —exclamó Aliocha con creciente ardor—. Mi hermano me dijo que podría borrar la mitad de su vergüenza..., así lo dijo: «la mitad». Lo repitió varias veces..., y añadió que la debilidad de su carácter se lo impedia... ¡Sabía de antemano que era incapaz de semejante acción!

Fetiukovitch le preguntó:

—¿Está usted seguro de que se golpeaba la parte superior del pecho?

—Segurísimo, pues me pregunté por qué se daría los golpes cerca del cuello, siendo así que el corazón estaba más abajo... Lo recuerdo perfectamente. No comprendo cómo he podido olvidarlo. Mi hermano señalaba su bolsita de cuero, los mil quinientos rublos que no se decidía a devolver. Por eso, cuando lo detuvieron en Mokroie, exclamó, según me han dicho, que el acto más bochornoso de su vida había sido quedarse aquellos mil quinientos rublos, prefiriendo aparecer como un ladrón a los ojos de Catalina Ivanovna que pagarle la mitad..., precisamente la mitad..., de lo que le debe.

—¡Cómo le atormentaba esta deuda!

Naturalmente, el fiscal intervino. Rogó a Aliocha que describiera de nuevo la escena y le preguntó si verdaderamente Mitia parecía señalar algún objeto al golpearse el pecho.

—Tal vez lo hiciera al azar, sin dirigir el puño hacia ningún punto determinado.

—No se daba los golpes con el puño —replicó Aliocha—, sino con los dedos, señalando aquí, muy arriba... ¡No comprendo cómo me he podido olvidar de este detalle!

El presidente preguntó al acusado si tenía algo que decir sobre esta declaración, y Mitia confirmó que señalaba la bolsita de cuero que contenía los mil quinientos rublos, y que la posesión de este dinero constituía para él una vergüenza.

—¡Sí, una vergüenza, el acto más vil de mi vida! Pude devolver aquellos mil quinientos rublos, y no lo hice. Preferí que ella viese en mi un ladrón. Y lo peor es que yo sabía de antemano que procedería de este modo. ¡Has dicho la pura verdad, Aliocha! ¡Gracias!

Así terminó la declaración de Aliocha, que aportó un indicio de prueba de la existencia de la bolsita que contenía los mil quinientos rublos, y de que el acusado decía la verdad al declarar en Mokroie que hacía tiempo que poseía este dinero.

Aliocha estaba radiante de satisfacción. Sus mejillas se habían coloreado. Mientras ocupaba el asiento que se le indicó, se preguntaba: «¿Cómo se explica que

me olvidara de este detalle? Es incomprensible que no me haya acordado hasta ahora.»

Seguidamente se llamó a Catalina Ivanovna. Su entrada en la sala produjo sensación. Algunas damas levantaron sus gemelos; los hombres se agitaron, y algunos incluso se pusieron en pie para ver mejor a la joven. Mitia palideció. Iba vestida de negro. Avanzó hasta la barandilla en actitud modesta, casi tímida. Su cara no revelaba ninguna emoción, pero la resolución brillaba en sus ojos oscuros. En aquellos momentos estaba muy hermosa. Habló sin levantar la voz, pero con gran claridad y serenamente, aunque tal vez se esforzara por aparecer serena. El presidente la interrogó con suma prudencia, como si temiese tocar alguna fibra sensible. Catalina Ivanovna empezó por manifestar que había sido la prometida del acusado hasta el momento en que éste la abandonó. Cuando se le preguntó por los tres mil rublos entregados a Mitia para que los enviara por correo a los padres de Catalina Ivanovna, ésta respondió con firmeza:

—No le entregué esa cantidad para que la enviase inmediatamente. Sabía que Dmitri estaba entonces algo apurado. Le entregué los tres mil rublos para que los mandara a Moscú, si le parecía, en el espacio de un mes. No ha debido atormentarse por esta deuda.

Debo advertir que no reproduzco las preguntas y las respuestas textualmente, sino que me limito a exponer lo esencial.

—Estaba segura —continuó— de que haría llegar esa suma a su destino tan pronto como la recibiera de su padre. He tenido siempre absoluta confianza en su honradez, para los asuntos de dinero. Dmitri Fiodorovitch contaba con que su padre le entregara esos tres mil rublos, según me dijo más de una vez. Yo sabía que estaban desavenidos y siempre creí que Fiodor Pavlovitch lo había perjudicado. No recuerdo que profiriese amenazas contra su padre, por lo menos en mi presencia. Si Dmitri Fiodorovitch hubiera venido a verme, lo habría tranquilizado respecto a esos malditos tres mil rublos. Pero no volvió, y yo... yo no podía llamarlo. Mi situación no me lo permitía... Por otra parte, no tenía ningún derecho a mostrarme exigente respecto a esta deuda, puesto que recibí de él un día una cantidad superior, y la tomé sin saber cuándo podría devolverla.

En su acento había algo de desafío. Entonces llegó para Fetiukovitch el momento de interrogarla.

—Pero eso debió de ser al principio de sus relaciones, ¿no? —preguntó el abogado defensor, presintiendo que iba a ocurrir algo favorable a su cliente.

(Entre paréntesis, el abogado de Petersburgo, aunque llamado por Catalina Ivanovna, ignoraba el episodio de los cinco mil rublos entregados por Mitia y el detalle de la «profunda reverencia». Catalina se lo había ocultado, inexplicablemente. Parece lógico suponer que la joven esperaba alguna inspiración y que por eso no se

atrevió a hablar hasta el último instante.)

Jamás olvidaré aquel momento. Catalina Ivanovna lo contó todo, relató enteramente los hechos referidos por Mitia a Aliocha, el detalle de la profunda reverencia y sus causas, el papel que en esto había desempeñado su padre... No hizo la menor alusión al detalle de que Dmitri pidió que fuera ella misma a recoger el dinero. Guardó sobre este punto un silencio magnánimo y dijo que había ido por su propio impulso a casa del oficial, aunque esperaba que no le entregaría el dinero sin ninguna compensación, sin bien no sabía en qué podía consistir ésta. Fue algo emocionante. Yo me estremecí al oirla; el público era todo oídos. En la conducta de Catalina Ivanovna había algo inaudito. Nunca se podía esperar, ni siquiera de una muchacha tan enérgica y altiva como ella, tanta franqueza y un sacrificio tan extraordinario.

¿Y por qué todo esto? Por salvar al hombre que la había traicionado y ofendido, por contribuir a sacarlo del atolladero, presentando una imagen favorable de él. En efecto, la figura de aquel oficial que entregaba cinco mil rublos, todo lo que poseía, a la inocente muchacha y se inclinaba respetuosamente ante ella, resultaba simpática en extremo.

Pero no pude menos de experimentar una profunda inquietud. Temi que este sacrificio fuera terreno abonado para la calumnia, y mis temores se cumplieron. Con perversa ironía, se hizo correr por la ciudad la opinión de que el relato de Catalina Ivanovna no podía ser exacto en cierto punto: el de que el oficial le permitiera marcharse con sólo un respetuoso saludo. Se afirmaba que aquí había una laguna. «Aunque todo hubiera ocurrido así —decían las más respetables de nuestras damas —, no podría considerarse prudente la conducta de esa joven. Ni siquiera el propósito de salvar a un padre puede justificar semejante proceder.»

¿Es posible que Catalina Ivanovna, pese a su enfermiza perspicacia, no hubiera presentido estas habladurías? No, Catalina Ivanovna sabía lo que iba a suceder y, sin embargo, lo contó todo. Naturalmente, estas insultantes dudas sobre la veracidad del relato de Catalina Ivanovna no surgieron hasta más tarde: en el primer momento, la emoción fue general. Los magistrados escucharon la declaración con un silencio respetuoso. El fiscal no se permitió dirigir ni una sola pregunta sobre esta cuestión. Fetiukovitch se inclinó con reverencia ante Catalina. El defensor se sentía triunfante. Pretender que un hombre que, en un arranque de generosidad, se había desprendido de sus últimos cinco mil rublos, hubiera matado después a su padre para robarle tres mil, no tenía pies ni cabeza. Ahora Fetiukovitch podría, por lo menos, eliminar la acusación de robo. Las cosas tomaban un nuevo rumbo. Las simpatías se concentraban en Dmitri. Durante la declaración de Catalina Ivanovna, Mitia había intentado levantarse, pero, apenas iniciado el movimiento, había vuelto a dejarse caer en el banquillo, cubriéndose el rostro con las manos. Cuando la testigo terminó, Mitia

exclamó tendiendo los brazos hacia ella:

—¿Por qúé me has perdido, Katia?

Prorrumpió en sollozos, pero se recobró en seguida y añadió: —¡Ahora estoy irremisiblemente condenado!

Y desde este instante permaneció rígido en su asiento, con las mandíbulas apretadas y los brazos cruzados.

Catalina Ivanovna se quedó en la sala de la audiencia. Estaba pálida y su mirada se fijaba en el suelo. Los que se hallaban a su alrededor contaron más tarde que temblaba como si tuviera fiebre. Le tocó el turno a Gruchegnka.

Ya explicaré por qué tenía razón Mitia al decir que estaba perdido. No me cabe duda —y todos los juristas acabaron por estar de acuerdo conmigo— que, de no haberse producido los incidentes que acabamos de referir, el culpable habría obtenido el beneficio de ciertas circunstancias atenuantes. Pero dejemos esto para más adelante; ahora hemos de hablar de Gruchegnka.

Se presentó también vestida de negro y con los hombros cubiertos por su magnífico chal. Avanzó hacia la barandilla con su paso silencioso y con un leve contoneo. Su mirada estaba fija en el presidente. A mi juicio, su aspecto era excelente y no estaba pálida, como dijeron las damas después. Se dijo también que tenía una expresión reconcentrada y maligna. A mi entender, sólo estaba molesta al sentir concentradas sobre ella las miradas despectivas y curiosas de un público ávido de escándalo. Era uno de esos caracteres altivos que no pueden sufrir el desdén ajeno y se dejan llevar de la cólera y el espíritu de resistencia apenas se ven despreciados. También había en ella, seguramente, algo de timidez y de la vergüenza de ser tímida, lo que explica la irregularidad de su voz, que oscilaba entre la irritación y el grosero desdén, y en la que a veces, cuando Gruchegnka se acusaba a sí misma, había una nota de sinceridad. En algunos momentos hablaba sin preocuparse por las consecuencias. «No me importa lo que venga después —pensaba—. Diré lo que tengo que decir.» Al referirse a sus relaciones con Fiodor Pavlovitch, observó con acento tajante:

—Eso son tonterías. Si se enamoró de mí, yo no tengo la culpa.

Y un momento después añadió:

—La culpa fue mía. Me burlaba del viejo y de su hijo; les hice perder la cabeza a los dos. Yo he sido la causante de todo.

Cuando se le habló de Samsonov, replicó violentamente:

—¡Eso no le importa a nadie! Ese hombre fue mi bienhechor. Él me recogió cuando los míos me echaron de casa y me encontré en la miseria.

El presidente le recordó que debía limitarse a responder a las preguntas que se le hicieran, sin entrar en detalles superfluos. Gruchegnka enrojeció y sus ojos relampaguearon. Luego declaró que no había visto el sobre de los tres mil rublos y

que sólo sabía de él lo que le había dicho aquel «malvado».

—¡Pero eso es una estupidez! ¡Ni por todo el oro del mundo habría ido a casa de Fiodor Pavlovitch!

—¿A quién se refiere usted al decir «aquel malvado»? —preguntó el fiscal.

—A Smerdiakov, ese lacayo que mató a su dueño y se ahorcó ayer.

Naturalmente, se apresuraron a preguntarle en qué se fundaba para formular una acusación tan categórica, pero resultó que tampoco ella sabía nada en concreto.

—Me lo dijo Dmitri Fiodorovitch —repuso—, y pueden ustedes creerle. Esa mujer lo perdió —añadió temblando de odio—. Ella es la culpable de todo.

Se le preguntó a quién se refería y Gruchegnka contestó:

—A Catalina Ivanovna. Me hizo ir a su casa y me obsequió con golosinas para seducirme. Es una sinvergüenza.

El presidente le rogó que se expresara con más moderación. Pero Gruchegnka no tenía freno: los celos la cegaban.

—Cuando se detuvo a Dmitri Fiodorovitch en Mokroie —dijo el fiscal—, usted llegó de la habitación inmediata gritando: «¡Yo soy la culpable de todo! ¡Iremos juntos a presidio!» Por lo tanto, en aquel momento usted creía que el acusado era culpable.

—No recuerdo lo que pensaba entonces. Lo único que sé es que, al ver que todos lo acusaban, me sentí culpable, creyendo que Dmitri había cometido el crimen por mí. Pero cuando él me aseguró que era inocente, lo creí. Y siempre lo creeré. Dmitri Fiodorovitch no miente nunca.

Seguidamente, se concedió la palabra a Fetiukovitch, que interrogó a Gruchegnka sobre Rakitine y los veinticinco rublos de recompensa que le había ofrecido si llevaba a Alexei Fiodorovitch Karamazov.

Gruchegnka sonrió despectivamente.

—Eso no tiene nada de particular —repuso—. Venía a pedirme dinero con frecuencia. Algunos meses me sacó hasta treinta rublos. Y no por necesidad, pues no le faltaba para comer ni beber.

—¿Por qué era usted tan generosa con el señor Rakitine? —preguntó Fetiukovitch, sin importarle la mirada de reprobación que le dirigió el presidente.

—Porque somos primos. Nuestras madres eran hermanas. No lo dije nunca a nadie porque él me lo suplicó. Se avergonzaba de mí.

Esta revelación sorprendió a todo el mundo. Nadie, ni en la ciudad ni en el monasterio, tenía la menor idea de este parentesco. Rakitine enrojeció. Gruchegnka lo detestaba por haber declarado contra Mitia. La elocuencia de Rakitine, su fraseología sobre la servidumbre y el desorden cívico de Rusia perdieron todo su crédito en la opinion. Fetiukovitch estaba satisfechísimo: el cielo acudía en su ayuda. No se retuvo mucho tiempo a Gruchegnka, ya que pronto se vio que no podía hacer más

revelaciones importantes. La testigo dejó en el público una impresión sumamente desfavorable. Multitud de miradas despectivas se fijaron en ella cuando, después de su declaración, fue a sentarse lejos de Catalina Ivanovna. Durante el interrogatorio de Gruchegnka, Mitia había permanecido en silencio, inmóvil, con la cabeza baja.

Compareció un nuevo testigo... Iván Fiodorovitch.

V. Desastre repentino

Se le había llamado antes que a Aliocha, pero el ujier dijo al presidente que una súbita indisposición impedía comparecer al testigo, y que tan pronto como se hubiera repuesto acudiría a declarar. Su llegada pasó casi inadvertida; se le prestó muy poca atención. Los principales testigos, y especialmente las dos rivales, habían declarado ya, y la curiosidad había desaparecido casi por completo: no se esperaba nada nuevo de los demás testigos.

Iván avanzó con lentitud extraña, sin mirar a nadie, absorto y con la cabeza baja. Iba bien vestido. En su rostro se percibían las huellas de su enfermedad; su tez, de un matiz terroso, hacía pensar en las de los moribundos. Levantó la cabeza y paseó por la sala una mirada llena de turbación. Aliocha se levantó y lanzó una exclamación de la que nadie hizo caso.

El presidente recordó al testigo que no tenía que prestar juramento y que podía dejar sin respuesta aquellas preguntas que considerase conveniente no contestar, pero que debía prestar declaración de acuerdo con su conciencia. Iván lo miraba distraídamente. De pronto, una sonrisa iluminó su semblante y cuando el presidente, visiblemente sorprendido por este cambio, terminó de hablar, Iván se echó a reír.

—¿Y qué más? —preguntó levantando la voz.

Silencio en la sala. El presidente tuvo un gesto de inquietud.

—¿Se siente indispuesto todavía? —le preguntó, mientras buscaba con la suya la mirada del ujier.

—Tranquilícese, señor —repuso Iván con calma—. Estoy perfectamente y puedo referirle algo curioso.

—¿O sea que tiene usted que decir algo importante? —preguntó el presidente, incrédulo.

Iván Fiodorovitch bajó la cabeza, guardó silencio durante unos segundos y respondió:

—No, no tengo nada importante que decir.

Lo interrogaron. Contestó lacónicamente y con creciente resistencia, aunque sus respuestas fueron perfectamente sensatas. Ignoraba, según dijo, muchas de las cosas que le preguntaron, entre ellas las referentes a las cuentas de su padre con Dmitri.

—Era un asunto que no me importaba lo más mínimo —dijo.

Declaró que había oído las amenazas del acusado contra su padre y que estaba enterado de la existencia del sobre por Smerdiakov.

De pronto, exclamó con un gesto de fatiga:

—¡Siempre lo mismo! ¡No puedo decir nada más al tribunal!

—Veo que está usted todavía trastornado y lo comprendo —dijo el presidente.

Y ya iba a preguntar al fiscal y al defensor si querían interrogar al testigo, cuando

Iván dijo, extenuado:

—Permítame su señoría que me retire: no me siento bien.

Dicho esto, y sin esperar la autorización del presidente, se dirigió a la salida. Pero, después de dar algunos pasos, se detuvo, quedó un momento pensativo, sonrió y volvió atrás.

—Me parezco a esa joven campesina que decía: «Iré si quiero, pero si no quiero, no iré.» La vistieron para llevarla al altar y ella repitió lo que acababa de decir... Es una anécdota popular...

—¿Qué significa eso? —preguntó con severidad el presidente.

En vez de responder a esta pregunta, Iván sacó un fajo de billetes y lo exhibió ante el tribunal.

—¡Miren, miren! Son los billetes que estaban en ese sobre —dijo, señalando la mesa donde se hallaban los cuerpos del delito—, los billetes por los que mataron a mi padre. ¿Dónde hay que depositarlos? Señor ujier, ¿quiere usted entregar este dinero a quien corresponda?

El ujier cogió el fajo y lo entregó al presidente. Éste preguntó, sorprendido:

—¿Cómo se explica que haya traído usted este dinero..., si verdaderamente es el que estaba en el sobre?

—Me lo entregó ayer Smerdiakov, el asesino. Estuve en su casa antes de que se ahorcase. Fue él quien mató a mi padre, no mi hermano. Él lo mató y yo lo instigué a matarlo... ¿Quién no desea la muerte de su padre?

—¿Está usted en su juicio? —exclamó el presidente.

—Sí, estoy en mi juicio, un juicio vil como el de ustedes, y como el de todos esos... papanatas.

Se había vuelto hacia el público al decir esto. Irritado y despectivo, añadió:

—A lo mejor, han matado a sus padres, y ahora se fingen aterrados y se miran unos a otros haciendo aspavientos. ¡Farsantes! Todos desean la muerte de sus padres. Los reptiles se devoran unos a otros... Si de pronto supieran que aquí no ha habido parricidio, se marcharían, defraudados y furiosos. *Panem et circenses!*.. Pero yo no me quedo corto... ¿Tienen agua? ¡Por Dios, denme un vaso!

Hundió la cabeza entre las manos. El ujier se acercó a él, presuroso. Aliocha se puso en pie y gritó:

—¡No lo crean! ¡Está enfermo! ¡Desvaría!

Catalina Ivanovna se había levantado también precipitadamente y miraba a Iván Fiodorovitch, aterrada a inmóvil. Mitia, con una sonrisa que más parecía una mueca, escuchaba ansiosamente a su hermano.

—Tranquilícese —dijo Iván—. No estoy loco. He cometido un crimen, y no se puede pedir elocuencia a un asesino —añadió, sonriendo.

El fiscal, visiblemente nervioso, habló en voz baja al presidente. Los magistrados

cambiaban comentarios también en susurros. Fetiukovitch aguzó el oído. El público esperaba con ansiedad. El presidente se tranquilizó.

—Debo advertirle —dijo— que se expresa usted en términos incomprensibles y que aquí no se pueden tolerar. Cálmese y hable..., si verdaderamente tiene algo que decir. ¿Podría usted demostrar todo lo que ha dicho, y así convencernos de que no está delirando?

—El caso es que no tengo testigos. Ese miserable de Smerdiakov no les enviará a ustedes una declaración desde el otro mundo... dentro de un sobre. Ustedes desearían recibir más sobres: no les basta con uno... No, no tengo testigos... Aunque, bien mirado, tal vez tenga uno.

Quedó ensimismado, sonriendo.

—¿Quién es ese testigo? —le preguntó el presidente.

—Tiene rabo. Es algo que está al margen de toda la regla. *Le diable n'existe point.*

De pronto, dejó de reir y dijo en tono confidencial:

—No le hagan caso: es un diablejo sin importancia. Debe de estar aquí, en la sala. Seguramente en la mesa de los cuerpos del delito. ¿En qué otra parte puede estar?... Yo le he dicho que no me callaría y él me ha hablado de un cataclismo geológico y de otras tonterías semejantes... Dejen al monstruo en libertad. Ha cantado un himno alegremente; es un ser optimista..., una especie de bribón borracho. «Para Piter ha partido Vanka», vocifera. Y yo, por sólo dos segundos de alegría, daría un cuatrillón de cuatrillones. Ustedes no me conocen. ¡Todo es necio entre ustedes!... En fin, deténganme. Para algo he venido... ¡Ah, cuánta estupidez hay en el mundo!

De nuevo paseó su mirada por la sala, como soñando. La emoción era general. Aliocha corrió hacia él. Pero el ujier había cogido ya a Iván del brazo.

—¡Suélteme! —gritó éste, mirando fijamente al ujier.

De pronto, lo cogió por los hombros y lo derribó. Los guardias acudieron rápidamente. Lo sujetaron. Iván empezó a vociferar como un energúmeno. Mientras se lo llevaban, no cesó de proferir palabras incoherentes.

El tumulto fue extraordinario. No recuerdo bien los detalles, pues la emoción me impedía ser un observador atento, pero puedo afirmar que, una vez restablecida la calma, el ujier recibió una reprimenda, a pesar de que explicó a las autoridades que el testigo parecía hallarse perfectamente después de haberlo reconocido el médico hacía una hora, cuando se sintió indispuesto. Hasta el momento de comparecer, se había expresado con la más completa cordura, de modo que no podía preverse lo ocurrido. Pero antes de que los ánimos se hubieran apaciguado se produjo un nuevo incidente: Catalina Ivanovna sufrió un ataque de nervios. Gemía y sollozaba, y no quería marcharse; se debatía y suplicaba que la dejaran permanecer en la sala. De pronto, exclamó, dirigiéndose al presidente:

—¡Tengo algo más que decir! ¡Y quiero decirlo ahora mismo!... ¡Lean esta carta, léanla! ¡La escribió ese monstruo! —señalaba a Mitia—. ¡Es el asesino de su padre! ¡En esta carta confiesa su propósito de matarlo! Iván Fiodorovitch está enfermo; hace tres días que no cesa de desvariar.

El ujier cogió la carta y se la entregó al presidente. Catalina Ivanovna se dejó caer en el asiento, se cubrió el rostro con las manos y empezó a llorar en silencio, ahogando los sollozos por terror a que la expulsaran. La carta era la escrita por Dmitri en la taberna «La Capital», aquella carta que Iván consideraba como una prueba categórica. Y así, ¡ay!, se consideró. De no haberse presentado esta carta ante el tribunal, seguramente Mitia no habría sido condenado, o, por lo menos, la sentencia hubiera sido más benigna.

He de decir una vez más que no puedo describir esta situación detalladamente. Incluso ahora estas escenas acuden a mi memoria sin orden ni concierto. El presidente debió de poner en conocimiento de ambas partes y del juez el contenido de esta carta. Luego preguntó a Catalina Ivanovna si se había repuesto y ella contestó resueltamente:

—Sí, ya estoy serena: puedo responder a sus preguntas.

Temía que no se la escuchara con la debida atención. Le rogaron que explicara detalladamente cuándo y cómo había recibido la carta de Dmitri Fiodorovitch.

—La recibi el día anterior al del crimen. Como ven, está escrita en la taberna, en el reverso de una factura. Dmitri me odiaba entonces porque me debía tres mil rublos y porque había cometido la vileza de seguir a esa mujer. Su deuda y su villanía lo abochornaban. Les diré exactamente lo que ocurrió. Les ruego que me escuchen atentamente. Tres semanas antes de dar muerte a su padre, se presentó en mi casa. Yo sabía que necesitaba dinero y que lo quería para atraerse a esa mujer y retenerla a su lado. Yo sabía que me traicionaba, que tenía el propósito de abandonarme, y, sin embargo, le di ese dinero con el pretexto de que lo enviase a mi familia. Cuando se lo entregué, le dije, mirándole a los ojos, que podría mandarlo cuando quisiera, «aunque tardara un mes». Es extraño que él no comprendiera que esto equivalía a decirle: «¿Necesitas dinero para traicionarme? Aquí lo tienes; yo misma te lo doy. Tómalo si no te da vergüenza.» Mi intención era confundirlo, pero él se llevó el dinero y lo dilapidó en una sola noche con esa mujer. Sin embargo, Dmitri Fiodorovitch se había dado cuenta de que yo lo había comprendido todo y le ofrecía el dinero sólo para probarlo, para ver si cometía la infamia de admitirlo. Nuestras miradas se cruzaron, él me comprendió, y, no obstante, tomó el dinero y se fue.

—¡Todo eso es verdad, Katia! —exclamó Mitia—. Comprendí por qué me ofrecias ese dinero y, sin embargo, lo tomé. ¡Despreciadme todos! ¡Lo merezco porque soy un miserable!

El presidente lo amenazó con expulsarlo de la sala si decía una palabra más.

—Ese dinero fue un tormento para él —continuó Katia precipitadamente—. Quería devolvérmelo, pero lo retenía porque lo necesitaba para esa mujer. Aunque mató a su padre para pagarme, no me dio ni un céntimo: se fue con su amiga a Mokroie para gastárselo alegremente. Un día antes de cometerse el crimen me escribió esta carta, estando ebrio, cosa que deduje en seguida, y ciego de cólera. Era evidente que estaba seguro de que yo no se la enseñaría a nadie, aunque cometiera el crimen, pues, de lo contrario, no la habría escrito. Léanla, léanla con atención. Verán ustedes cómo se explica por anticipado todo lo que ha de suceder: cómo matará a su padre, dónde está escondido el dinero... Observen sobre tocto que dice que cometerá el crimen apenas parta Iván. Por lo tanto, fue un crimen premeditado.

Catalina Ivanovna dijo esto pérfidamente. Se veía que había estudiado detalle por detalle la fatídica carta.

—Estando despejado, no me la habría escrito, pero es evidente que la carta revela un plan.

En su exaltación, despreciaba las consecuencias posibles de sus palabras, actitud muy diferente de la de un mes atrás, cuando se preguntaba, temblando de ira, si debía entregar al tribunal la carta reveladora. Al fin, había quemado las naves.

El secretario leyó la carta, que produjo una impresión tremenda. Se preguntó a Mitia si la reconocía.

—Sí, yo la escribí, aunque no la habría escrito si no hubiera bebido más de la cuenta... ¡Tú y yo, Katia, nos odiábamos por muchas razones; pero yo te amaba a pesar de mi odio, y tú a mí no!

Se había levantado y volvió a dejarse caer en el banquillo, retorciéndose las manos.

Tanto el fiscal como el defensor preguntaron a Catalina Ivanovna por qué no había hablado de aquella carta en su reciente declaración y a qué obedecía su cambio de actitud respecto al acusado.

—Tienen ustedes razón: he mentido, faltando a mi honor y a mi conciencia. He obrado así porque quería salvarlo, y quería salvarlo porque me odiaba y me despreciaba. Sí, me despreciaba; me despreció siempre, desde que me incliné ante él para darle las gracias por el dinero que me entregó. Me di cuenta de ese desprecio en seguida, pero tardé mucho tiempo en convencerme. ¡Cuántas veces he leído en sus ojos estas frase: «Viniste en persona a mi casa»! No me comprendió, no fue capaz de deducir por qué fui a verlo. En su mente sólo cabe la vileza. Juzga a los demás a través de sí mismo...

Katia había llegado al colmo de la exaltación. La ira la cegaba.

—Quería casarse conmigo —siguió diciendo— por el dinero, sólo por el dinero. Es un desalmado. Estaba seguro de que siempre, durante toda mi vida, me sentiría avergonzada ante él, y él podría manejarme a su antojo. Por eso quería casarse

conmigo. Les estoy diciendo la pura verdad. Intenté vencerlo a fuerza de cariño, incluso estaba dispuesta a olvidar su traición; pero él no me comprendió, no comprendía nada. Es un monstruo. Recibí su carta al día siguiente por la tarde; hasta entonces no me la trajeron de la taberna. Pues bien, aquella misma mañana estaba dispuesta a perdonárselo todo, ¡incluso su traición!

El fiscal y el presidente procuraron calmarla. Estoy seguro de que les daba vergüenza aprovecharse de la exaltación de Katia para obtener las importantes declaraciones que estaban oyendo. Decían: «Comprendemos su pesar y lo compartimos.» Pero ello no les impedía escuchar las revelaciones de una mujer que había perdido el dominio de sus nervios. Finalmente, con una lucidez extraordinaria, como es frecuente en estos casos, explicó cómo se había trastornado en los dos meses últimos la razón de Iván Fiodorovitch, obsesionado por la idea de salvar a su hermano, el monstruo, el parricida.

—Estaba atormentado. Pretendía atenuar la falta de su hermano diciéndome que él tampoco quería a su padre y que incluso deseaba su muerte. Tiene un exceso de conciencia, y ésta es la causa de sus sufrimientos. No tenía secretos para mí. Venía a verme a diario, porque soy su única amiga. Sí, tengo el honor de ser su única amiga —repitió en un tono de reto, con los ojos brillantes—. Fue dos veces a visitar a Smerdiakov. Un día me dijo: «Si no fue mi hermano quien mató a mi padre si fue Smerdiakov, acaso sea tambien yo el culpable, pues Smerdiakov sabía que yo no quería a mi padre y acaso supusiera que deseaba su muerte.» Entonces le mostré esta carta y él quedó completamente convencido de la culpa de su hermano. Estaba aterrado; no podía soportar la idea de que su propio hermano fuera un parricida. Desde hace una semana está trastornado por estas inquietudes. Desvaría, le han oído hablar solo por la calle. El doctor que traje de Moscú lo reconoció anteayer y me dijo que estaba al borde de una grave perturbación mental. ¡Y todo por culpa de ese monstruo! El suicidio de Smerdiakov ha sido para él el golpe de gracia. ¡Todo a causa de ese mal hombre al que pretende salvar!

Generalmente, sólo se habla así una vez en la vida, cuando se está al borde de la muerte, al subir al cadalso, por ejemplo. Pero esta conducta estaba de acuerdo con el carácter de Katia. La Katia de aquel momento era la misma muchacha impulsiva que había corrido a casa de un joven libertino para salvar a su padre; la misma muchacha casta y altiva que hacía unos instantes había sacrificado su pudor virginal, refiriendo públicamente el «noble acto de Mitia», con el único fin de atenuar la suerte que le esperaba. Y ahora hacía el mismo sacrificio por otro al que tal vez hasta aquel momento no se había dado cuenta de que profesaba un profundo afecto. Se sacrificaba por él porque, de pronto, se había imaginado, aterrada, que lo había perdido con su declaración, al revelar que él, Iván, creía ser responsable de la muerte de su padre, en vez de serlo su hermano; se sacrificaba por Iván y por su reputación.

Una pregunta la atormentaba. ¿Había calumniado a Mitia al hablar del principio de sus relaciones con él? No, ella estaba convencida de que no mentía al decir que Dmitri la despreciaba por su profunda reverencia; creía sinceramente que Mitia la había adorado hasta aquel momento y que después su adoración se había convertido en burla y desprecio. Entonces se había sentido ligada a él por un amor que tenía algo de vanidad herida y que se parecía mucho a la venganza. Tal vez este falso amor se habría transformado en amor verdadero; tal vez Katia lo deseara; pero Mitia la había herido profundamente con su traición, y el alma de Katia no era de las que perdonan. De súbito, había llegado el momento de la venganza, y todo el rencor dolorosamente acumulado en el corazón de la mujer ofendida había hecho explosión en un instante. Acusando a Mitia, se acusaba a sí misma. Cuando hubo terminado, perdió el dominio de sus nervios, y una profunda vergüenza la invadió. Hubo que sacarla de la sala, presa de un nuevo ataque de nervios. Mientras se la llevaban, Gruchegnka corrió hacia Mitia gritando. Fue tan rápida su carrera, que no la pudieron contener.

—¡Esa víbora lo ha perdido, Mitia! ¡Ya lo han visto ustedes! —exclamó, dirigiéndose al tribunal.

A una señal del presidente, la sujetaron y la condujeron hacia la puerta. Gruchegnka se debatía, tendiendo los brazos hacia Dmitri. Éste lanzó un grito a intentó correr hacia ella. Fue fácil detenerlo.

Estoy seguro de que las espectadoras quedaron satisfechas. El espectáculo fue realmente apasionante. El médico de Moscú, al que el presidente había mandado llamar para que asistiera a Iván Fiodorovitch, presentó su informe. Dijo que el enfermo atravesaba una grave crisis y que convenía llevarlo a su domicilio sin pérdida de tiempo. Dos días atrás, el paciente había ido a consultarlo, pero no había seguido el tratamiento, a pesar de la gravedad de su estado.

—Me dijo que tenía alucinaciones, que se encontraba en la calle con personas fallecidas y que Satanás lo visitaba todas las noches.

La carta recibida por Catalina Ivanovna se añadió a la pieza de autos. Después de deliberar, el tribunal decidió proseguir los debates y hacer constar en las actas las inesperadas declaraciones de Catalina Ivanovna y de Iván Fiodorovitch.

Las declaraciones de los últimos testigos confirmaron las anteriores, añadiéndoles, además, ciertos detalles significativos. En el informe del fiscal, que vamos a oír a continuación, se habla de todo lo dicho.

Los incidentes que se acababan de producir habían puesto los ánimos en tensión. Se esperaban con impaciencia los discursos de la acusación y la defensa, y el veredicto. La declaración de Catalina Ivanovna había sobrecogido a Fetiukovitch. El fiscal, en cambio, se sentía triunfante.

La vista se suspendió para reanudarse una hora después. Eran las ocho de la noche cuando empezó a informar el fiscal.

VI. El informe de la acusación

Cuando empezó su discurso, Hipólito Kirillovitch era presa de un temblor nervioso, tenía la frente y la sienes bañadas en frio sudor y lo sacudian frecuentes escalofríos, como él mismo confesó después. Consideraba este discurso como su *chef-d'oeuvre,* su *chant du cygne,* cosa que justificó muriendo tuberculoso nueve meses después. Puso en este informe toda su alma y toda su inteligencia, revelando un sentido cívico inesperado y un vivo interés por las cuestiones sensacionales. Lo que más cautivó a su auditorio fue su sinceridad. Creía realmente que Mitia era culpable, y no obraba solamente por cumplir su deber, sino también llevado del deseo de salvar a la sociedad. Incluso las damas, generalmente hostiles a Hipólito Kirillovitch, admitieron que había causado excelente impresión. Empezó con cierta inseguridad, pero su voz se afirmó muy pronto y se hizo tan potente que llegó incluso al rincón más apartado de la sala. Pero apenas terminó, estuvo a punto de desvanecerse. Éste fue su discurso:

—Señores del jurado: este asunto ha tenido resonancia en toda Rusia. Pero, bien mirado, no hay razón para que nos sorprendamos ni nos asustemos. ¿Acaso no estamos habituados a estos hechos? Ya casi no nos conmueven. Lo que nos debe inquietar es esta indiferencia y no la perversidad de tal o cual individuo. ¿A qué se debe que permanezcamos poco menos que insensibles ante estos hechos que nos presagian un sombrío porvenir? ¿Hay que atribuir esta indiferencia a la osadía, al agotamiento prematuro de la inteligencia y la imaginación de nuestra sociedad, joven todavía, pero ya débil; al relajamiento de nuestros principios morales o la ausencia total de tales principios? Dejo sin contestar estas preguntas que requieren la atención de todos los ciudadanos. Nuestra prensa, pese a su timidez, ha prestado buenos servicios a la sociedad, ya que, gracias a ella, todo el mundo está enterado de la inmoralidad y el desenfreno que reinan en nuestro país; todo el mundo y no sólo los que acuden a presenciar las audiencias, que han abierto sus puertas al público en el presente reinado. ¿Qué es lo que nos cuentan los periódicos? Atrocidades ante las cuales el asunto que nos ocupa palidece y resulta poco menos que una nimiedad. La mayoría de nuestras causas criminales demuestran una especie de perversidad general, un azote que se ha introducido en nuestras costumbres y que es sumamente difícil combatir. Aquí vemos a un joven y admirado oficial de la mejor sociedad, que asesina sin remordimiento alguno a un modesto funcionario, con el que está en deuda, y a su muchacha de servicio, para recobrar un pagaré. Y, además, roba el dinero que encuentra, para gastárselo alegremente. Después de cometer este doble crimen, pone una almohada debajo de la cabeza de cada una de sus víctimas y se marcha. En otro lugar, un héroe, joven también y de cuya bravura dan cuenta sus condecoraciones, estrangula, en una carretera, ni más ni menos que como un bandido, a la madre de su

jefe, después de haber dicho a sus cómplices, para tranquilizarlos, que la buena señora no tomará ninguna precaución, ya que lo quiere como a un hijo y confía en él ciegamente. Estos asesinos, verdaderos monstruos, no son casos aislados. Otros no llegan a cometer crímenes, pero piensan como los criminales y, en su fuero interno, no son menos infames que ellos. Cuando se enfrentan con su conciencia, se preguntan: «¿Acaso no es un prejuicio el honor?» Tal vez se me objete que calumnio a nuestra sociedad, que desvarío, que exagero. Ojalá sea así; quiera Dios que me equivoque. No me creáis, miradme como se mira a un enfermo; pero no olvidéis mis palabras. Aunque no diga ni la vigésima parte de la verdad, esta pequeña parte es suficiente para que nos echemos a temblar. Observad cómo abundan los suicidas entre la gente joven. Y se matan sin preguntarse, como Hamlet, qué vendrá después. La inmortalidad del alma, la vida futura, no existe para ellos. Observad también nuestra corrupción. Fiodor Pavlovitch, la desdichada víctima de nuestro caso, es un niño inocente comparado con ellos. Todos lo conocíamos, porque vivía en esta población... Sin duda, la psicología del crimen en Rusia será estudiada algún día por hombres eminentes, tanto de nuestro país como de Europa, pues el tema es de gran importancia. Pero este estudio se realizará cuando todo haya pasado y se pueda proceder con calma, cuando la trágica incoherencia del momento actual no sea más que un recuerdo y pueda analizarse con una imparcialidad que hoy es imposible. Ahora nos horrorizamos o fingimos horrorizarnos, pero, al mismo tiempo, nos complacen las fuertes sensaciones que sacuden nuestro ocio; o, como los niños, escondemos la cabeza debajo de la almohada al ver pasar esos horribles espectros, y luego, en la inconsciencia de nuestras alegrías y nuestros placeres, los olvidamos. Pero un día a otro reflexionaremos, haremos examen de conciencia y nos daremos cuenta del estado de nuestra sociedad. Al final de una de sus obras maestras, un gran escritor de la generación pasada comparaba a Rusia con una impetuosa *troika* que galopaba hacia una meta desconocida, y exclamaba: «¡Ah, *troika* veloz como un ave! ¿Quién te ha inventado?» A continuación, decía en una explosion de entusiasmo que ante aquella troika sin freno todos los pueblos se apartaban respetuosamente[121]. Admito, señores, que esto es admirable, pero, en mi humilde opinión, el genial poeta, o se dejó llevar de un ingenuo idealismo o temió a la censura de la época, pues tirando de la *troika* caballos tan poderosos como *Sabakevitch, Nozdriov y Tchitchikov,* sabe Dios adónde iríamos a parar, cualquiera que fuese el conductor. Y estamos hablando de corceles de otro tiempo. Ahora los tenemos mejores.

En este punto, el discurso de Hipólito Kirillovitch fue interrumpido por los aplausos. El liberalismo del símbolo de la *troika* gustó a la concurrencia. Pero los aplausos no fueron nutridos, por lo que el presidente no juzgó necesario amenazar al público con hacer evacuar la sala. No obstante, Hipólito Kirillovitch se sintió reconfortado. Nunca lo habían aplaudido; incluso se habían negado a escucharlo

durante varios años. Y, de pronto, advertía que se iba a atraer la atención de Rusia entera.

—Hablemos ahora de la familia Karamazov, de esa familia que ha adquirido repentinamente una triste celebridad. Tal vez exagere, pero creo que en ella se resumen ciertos rasgos de nuestra sociedad contemporánea. Se trata de un resumen microscópico, como el de una gota de agua respecto al sol. Observemos a ese viejo libertino, a ese padre de familia que ha tenido un fin tan lamentable. Era hijo de padres nobles, pero en los comienzos de su vida no fue más que un mísero parásito. Un matrimonio inesperado le proporciona algún dinero, pero sigue siendo un bribón, un payaso obsequioso y, sobre todo, un usurero. Andando el tiempo y a medida que su fortuna va aumentando, lo vemos conducirse con más seguridad en si mismo. Luego deja de ser un adulador rastrero y ya solo queda en él una cínica maldad y la tendencia a la burla y al libertinaje. No tiene el menor principio moral: sólo una sed de vida inagotable. Aparte los placeres sensuales, nada existe para él: he aquí la enseñanza que da a sus hijos. Como padre, no se considera obligado a nada; se rie de sus deberes paternos, deja a sus hijos en manos de los criados y se alegra cuando se los llevan. Incluso llega a olvidarlos por completo. Su concepto de la moral se resume en esta frase: *aprés moi, le déluge!* Es todo lo contrario de un ciudadano: se aísla en la sociedad. «Perezca el mundo con tal que yo esté bien.» Y está bien; es feliz y desea llevar esta vida durante treinta años más. Estafa a su hijo, quedándose con parte de su herencia materna, y además de quitarle el dinero pretende arrebatarle la amante. No quiero dejar la defensa del acusado enteramente en manos del eminente abogado que ha venido de Petersbugo. También yo diré la verdad; también yo comprendo la indignación acumulada en el alma de ese hijo. Pero no hablemos más del infortunado viejo. Ya ha pagado su deuda. Pensemos, sin embargo, que era un padre, un padre moderno. ¿Es calumniar a la sociedad decir que hay muchos padres como él? La mayoría de ellos no se expresan con tanto cinismo, pues tienen más educación y más cultura, pero, en el fondo, piensan como pensaba Fiodor Pavlovitch. Perdonadme si soy demasiado pesimista. No me creáis, pero permitidme que os exponga mi pensamiento. Estoy seguro de que os acordaréis de lo que acabo de decir.

»Hablemos ahora de los hijos de ese hombre. Uno de ellos está ante nosotros, en el banquillo de los acusados. Me referiré brevemente a los otros dos. El mayor de éstos, o sea el segundo de los tres hijos, es un joven moderno, de gran cultura a inteligencia, pero que no cree en nada y ha renegado ya de muchas cosas, como su padre. Todos lo hemos oído. Fue recibido amistosamente en nuestra sociedad. No ocultaba sus opiniones, sino todo lo contrario. Por eso hablaré francamente, aunque sólo lo considere como miembro de la familia Karamazov.

»Ayer, lejos de aquí, en el límite de la ciudad, se suicidó un pobre idiota complicado en este asunto, sirviente y tal vez un hijo natural de Fiodor Pavlovitch:

Smerdiakov. Este hombre me dijo entre lágrimas, al instruirse el sumario, que Iván Fiodorovitch lo horrorizaba con su nihilismo moral, que afirmaba que no había nada prohibido para el hombre. Esta doctrina debió de acabar de trastornar la mente del pobre idiota, ya afectada, sin duda, por su enfermedad y por el drama que se había desarrollado en casa de los Karamazov. Pero este desgraciado hizo una observación digna de una persona inteligente, y ésta es la razón de que hable de el. «De los tres hijos de Fiodor Pavlovitch —me dijo—, el que más se parece a su padre por su carácter es Iván Fiodorovitch.» Por delicadeza pongo fin a mis consideraciones sobre este Karamazov. Nada más lejos de mi ánimo que extraer conclusiones de cuanto acabo de decir, para pronosticar la ruina de este inteligente joven. Ya hemos visto que el sentimiento de la verdad es todavía muy potente en su corazón y que los afectos familiares no han naufragado aún en la irreligión y el cinismo mental inspirados más por la ley de la herencia que por el dolor moral.

»El más joven de los hermanos, adolescente todavía, es modesto y piadoso. En oposición con las siniestras y disolventes ideas de su hermano, las suyas son de acercamiento a los «principios populares», como se dice en los medios intelectuales. Vivió en nuestro monasterio, donde estuvo a punto de profesar. A mi juicio, encarna inconscientemente la fatal desesperación que impulsa a infinidad de individuos de nuestra desgraciada sociedad —por temor a la corrupción y porque atribuyen erróneamente todos nuestros males a la cultura occidental— a volver, como ellos dicen, «al suelo natal, para arrojarse en los brazos de esta tierra nativa, como los niños aterrados por los fantasmas se refugian en el agotado seno materno para dormir en paz y librarse de las visiones que los atormentan. Mis mejores votos para este joven dotado de tan excelentes cualidades; le deseo que sus nobles sentimientos y sus aspiraciones respecto a los principios populares no degeneren, como ha ocurrido más de una vez, en un sombrío misticismo por el lado moral, y en un necio patrioterismo por la parte cívica, ideales ambos que amenazan a nuestro país con males tal vez más graves que esa perversión precoz nacida de un falso concepto de la cultura occidental, de que adolece Iván Fiodorovitch.

Sus alusiones al patrioterismo y al misticismo fueron acogidas con aplausos. Sin duda, Hipólito Kirillovitch se había dejado arrastrar por su entusiasmo, divagando sobre cuestiones que apenas tenían relación con el asunto que se debatía; pero el amargado tuberculoso anhelaba hacer oír su voz por lo menos una vez en su vida. Después se dijo que la sombría descripción que hizo de Iván Fiodorovitch obedecía a un propósito poco elegante; que lo movía un deseo de venganza, ya que el testigo le había vencido dos o tres veces en disputas en público. Ignoro si esta afirmación estaba justificada. Lo cierto es que todo esto era una especie de preámbulo para entrar en materia.

—El otro hijo de esta familia moderna es el que está en el banquillo de los

acusados. Su vida y sus hazañas no son un secreto para nadie. Ha llegado la hora en que todo salga a relucir. Sus dos hermanos son, el uno, un «occidentalista» y el otro, un «populista»; él representa a Rusia, a nuestra amada madrecita; la vemos, la sentimos, la oímos en él. Hay en nosotros una asombrosa mezcla de bien y de mal. Admiramos a Schiller y a la civilización y nos vamos a la taberna a beber, a divertirnos y a arrastrar, cogiéndolos por la barba, a nuestros compañeros de embriaguez. Perseguimos con entusiasmo los más nobles ideales con tal que podamos alcanzarlos fácilmente y sin molestias. No nos gusta pagar, pero nos encanta recibir. Dadnos felicidad y libertad y veréis qué amables somos. No somos codiciosos: dadnos una respetable cantidad de dinero y veréis con qué desprecio por el vil metal lo dilapidamos en una noche de orgía. Y si no se nos da dinero, demostraremos que sabemos procurarnos todo el que nos haga falta.

»Pero procedamos con orden. Primero es un niño andrajoso, abandonado, según ha dicho nuestro compatriota forastero. De nuevo no dejo enteramente en manos ajenas la defensa del acusado. Soy al mismo tiempo fiscal y abogado defensor. Somos seres humanos y sabemos perfectamente la influencia que ejercen en el carácter las primeras impresiones.

»Cuando el niño se hace hombre, lo vemos luciendo el uniforme de oficial. A causa de sus violencias y de un duelo, se le confina en una ciudad fronteriza. Como es propio de él, dilapida alegremente cuanto posee. Entonces surge la necesidad de dinero y, tras largas discusiones, se pone de acuerdo con su padre para recibir seis mil rublos por saldo de la herencia materna. Hay que tener en cuenta que este convenio consta en una carta firmada por Dmitri Fiodorovitch. Entonces conoce a una muchacha culta y de noble carácter. No necesito dar más detalles sobre este punto, pues la propia interesada nos los acaba de dar. Son unas relaciones en las que intervienen el honor y la abnegación. Por eso mismo me siento obligado a no decir nada más sobre este punto. La imagen del joven libertino que se inclina ante un alma noble y unas ideas superiores a las que él sustenta, se ha captado nuestra simpatía. Pero pronto hemos visto el reverso de la moneda. No quiero dejarme llevar de las conjeturas ni analizar las causas. Pero es evidente que estas causas existen. La misma testigo que nos ha mostrado la simpática imagen de Dmitri Fiodorovitch nos ha revelado, entre lágrimas de indignación reprimidas durante mucho tiempo, que su prometido la despreció por su acto noble y generoso, aunque tal vez impulsivo hasta la imprudencia... Cuando Dmitri se había comprometido ya a casarse con ella, la miraba con una sonrisa de burla que nuestra testigo habría podido soportar de cualquier otra persona, pero no de él. Aun sabiendo que él la traiciona (Dmitri Fiodorovitch creía que en el futuro tendría derecho a todo, incluso a la traición), le entrega tres mil rublos, dándole a entender claramente cuáles son sus intenciones. «¿Te atreverás a tomarlos?», le dice con su mirada penetrante. Él lee claramente en su

pensamiento (lo ha confesado ante ustedes) y, sin embargo, toma los tres mil rublos para gastárselos en dos días con su nuevo amor. ¿A qué carta debemos quedarnos? ¿A la primera, la del generoso sacrificio de sus últimos recursos, en homenaje a la virtud, o a la segunda, al reverso de la moneda, a la vileza de aceptar el dinero para irse con otra? En los casos corrientes hay que buscar la verdad en el término medio, pero nuestro asunto está fuera de lo ordinario. Sin duda, Dmitri Fiodorovitch se ha mostrado tan noble la primera vez como vil la segunda. ¿Por qué? Porque es un alma de gran amplitud, un alma de Karamazov (he aquí el punto clave de la cuestión), capaz de todos los contrastes, de contemplar a la vez dos abismos: el de arriba, es decir, el de los ideales sublimes, y el de abajo, el abismo de la más innoble degradación. Recuerden ustedes la brillante idea expuesta hace un momento por el señor Rakitine, agudo observador que ha estudiado de cerca a toda la familia Karamazov. «Para estos temperamentos desenfrenados, la degradación es tan indispensable como la nobleza de sentimientos.» Es una gran verdad: esos espíritus necesitan en todo momento esta mezcla extraordinaria. No están satisfechos, sienten que les falta algo si no ven al mismo tiempo los dos abismos. Son almas tan amplias como nuestra madre Rusia y se acomodan a todo.

»Señores del jurado: voy a permitirme hacer unos comentarios sobre los tres mil rublos. Dmitri Fiodorovitch afirma que después de haber recibido este dinero, que supone para él la mayor vergüenza y la más profunda humillación, guardó la mitad en una bolsita y la llevó un mes entero encima, sobreponiéndose a todas las tentaciones. Ni en sus orgías, ni cuando se ausentó de la ciudad en busca del dinero que necesitaba para librar a su amada del acoso de su padre y rival, osó abrir la bolsita. Lo lógico habría sido que la abriera para no dejar a su amiga expuesta a los planes de seducción del viejo, del que estaba tan celoso; que emplease el dinero para mover a su amada a decirle: «Soy tuya», y entonces llevársela lejos de aquí. Pero no procedió así. ¿Por qué? ¿Con qué pretexto? Con dos. El primero, según él, es que debía reservar el dinero para el momento en que su amiga le dijera que estaba dispuesta a marcharse con él. El segundo pretexto es que el acusado (así nos lo había dicho él mismo) considera que mientras llevara encima los mil quinientos rublos sería un miserable, pero no un ladrón, ya que podría presentarse ante su prometida para devolverle la mitad de la suma que se había apropiado vergonzosamente, y decirle: «Como ves, he malgastado la mitad de tu dinero, lo que prueba que soy un hombre débil y sin conciencia, un miserable (para emplear los mismos términos que el acusado); pero no soy un ladrón, pues si fuese un ladrón, no te devolvería esa mitad, sino que me la habría gastado como la otra.» ¡Singular justificación! ¡Un hombre de temperamento impetuoso, sin carácter, que no ha podido resistir la tentación de aceptar tres mil rublos en condiciones deshonrosas, demuestra de pronto una energía estoica y lleva mil quinientos rublos pendientes de su cuello, absteniéndose de tocarlos! ¿Está esto

de acuerdo con el carácter de Dmitri Fiodorovitch? No. Permitidme que os explique la conducta lógica del acusado, admitiendo que, verdaderamente, llevara encima esa suma. Para complacer a su amada, con la que había gastado ya la mitad del dinero, habría cedido a la primera tentación, abriendo la bolsita y sacando de ella, por ejemplo, cien rublos, pues, así lo pensaría, no era necesario guardar exactamente la mitad, sino que bastarían mil cuatrocientos rublos. Se diría: «Soy un miserable, pero no un ladrón, pues un ladrón se lo habría quedado todo, en vez de devolver mil cuatrocientos rublos, como voy a hacer yo.» Algún tiempo después habría sacado de la bolsita el segundo billete para dejar uno solo. Entonces se habría hecho esta reflexión: «Soy un miserable, pero no un ladrón. Me he gastado veintinueve billetes, pero devolveré uno. Un ladrón no procediría asi.» Sin embargo, al fin, miraría el último billete y se diría: «¡Bah! No vale la pena guardar un solo billete. Gastémoslo como los otros.» Así habría obrado el Dmitri Karamazov que conocemos. El cuento de la bolsita está en completa oposición con la realidad. Cualquier suposición es admisible menos ésta. Ya volveremos a hablar de esto.

Hipólito Kirillovitch expuso a continuación todo cuanto constaba en el sumario respecto a las relaciones de padre a hijo y a sus disputas sobre intereses, llegando a la conclusión de que era imposible determinar quién había perjudicado a quién en el reparto de la herencia. Finalmente, el fiscal mencionó aquellos tres mil rublos que se habían convertido en una obsesión para Mitia y habló del peritaje médico.

VII. Resumen histórico

Los peritos—médicos pretenden demostrarnos que el acusado no está en su cabal juicio. Yo sostengo lo contrario, pero lo considero una desgracia para él, pues si no hubiera estado cuerdo, habría procedido de un modo menos disparatado. Acepto que sea un maníaco; pero sólo sobre un punto de los señalados por el peritaje: el de su furor cuando piensa en los tres mil rublos que, según él, le ha quitado su padre. Sin embargo, este furor puede tener una explicación mucho más lógica que la de la propensión a la locura. Comparto enteramente la opinión del más joven de los doctores, el cual afirma que el acusado goza y ha gozado siempre de sus facultades mentales y no es más que un hombre amargado y exasperado. Considero que su continua excitación no procedía sólo de la supuesta pérdida de tres mil rublos, sino que tenía otra causa: los celos.

Al llegar a este punto, el fiscal habló extensamente de la fatal pasión del acusado por Gruchegnka. Empezó su relato por el momento en que Dmitri Fiodor Pavlovitch se presentó en casa de Gruchegnka «con ánimo de pegarle», según sus propias palabras. Pero, en vez de maltratarla, cayó a sus pies.

—Tal fue el comienzo de este amor —continuó el fiscal—. Casi al mismo tiempo, el padre del acusado se prenda de Agrafena Alejandrovna. Coincidencia fatidica, y sorprendente, ya que los dos la habían conocido hacía algún tiempo. Los dos corazones se inflamaban de pasión, como es propio de los Karamazov. Nuestra joven ha dicho que se burlaba de uno y otro. De pronto se le ocurrió divertirse así y acabó por subyugarlos a los dos. El viejo, a pesar de su pasión por el dinero, decide entregar tres mil rublos a su amada si acude a su casa, y pronto cifra su felicidad en casarse con ella. Varios testigos nos han confirmado este anhelo. En cuanto al amor del acusado, todos sabemos lo que esta pasión le hizo sufrir. Era lo que ella deseaba. Nuestra sirena no dio ninguna esperanza a su infortunado pretendiente hasta el último momento, hasta que lo vio de rodillas ante ella y tendiéndole los brazos la noche en que lo detuvieron. Entonces exclamó sinceramente arrepentida: « ¡Llevadme a presidio con él! ¡Mía es la culpa! ¡Yo lo he empujado al mal!» El señor Rakitine, ese inteligente joven que ya he citado y que ha descrito el drama que es objeto de nuestra atención, nos ha presentado en pocas y certeras palabras el carácter de la heroina. «Un desengaño prematuro, la traición del novio que la seduce y la abandona, la miseria, la maldición de su familia, y, finalmente, la protección de un viejo rico al que todavía considera su bienhechor... En ese corazón joven, tal vez inclinado al bien, se acumula la cólera y se despierta el deseo de atesorar dinero. Es una mujer calculadora que odia a la sociedad y se mofa de ella.» Esto explica que Agrafena Alejandrovna se burlara del padre y del hijo por pura maldad. Durante todo un mes, Dmitri Fiodorovitch está enloquecido por una serie de contrariedades: su amor sin esperanza,

el sentimiento de su traición y de su deshonra, y los celos que le inspira su padre. Para colmo de desdichas, el insensato viejo trata de atraerse a su amada por medio de los tres mil rublos que le reclama su hijo como parte de su herencia materna. Convengo en que todo esto es demasiado duro, que el acusado tenía sobrados motivos para enloquecer. No era el dinero en si lo que lo trastornaba, sino el repugnante cinismo con que su padre utilizaba ese dinero para destruir su felicidad.

A continuación, Hipólito Kirillovitch, basándose en los hechos, abordó la gestación del crimen en el espíritu del acusado.

—Durante todo un mes se dedica a vociferar por las tabernas y a expresar cuantas ideas pasan por su imaginación, incluso las más subversivas. Es un hombre expansivo, pero, no se sabe por qué, exige que sus oyentes le testimonien una simpatía sin reservas, participando en sus penas, haciéndole coro, no contradiciéndole en nada. ¡Pobre del que le contradiga!

Refirió el incidente con el capitán Snieguiriov y prosiguió:

—Los que vieron con frecuencia al acusado durante este mes, acabaron por convencerse de que no se limitaría a proferir amenazas contra su padre, sino que las cumpliría en un momento de desesperación.

Seguidamente describió la reunión familiar en el monasterio, las conversaciones de Mitia con Aliocha y la escandalosa escena que había provocado Dmitri en casa de Fiodor Pavlovitch, donde había penetrado impetuosamente después de la comida.

—No estoy seguro —continuó— de que, antes de esta escena, el acusado estuviera ya decidido a matar a su padre; pero no cabe duda de que había pensado en ello: los hechos, los testigos y su propia declaración lo demuestran. Confieso, señores del jurado, que hasta hoy no he creído enteramente en la agravante de premeditación. Estaba convencido de que el acusado se había enfrentado mentalmente más de una vez con el acto del crimen, pero sin precisar la fecha ni el modo de ejecutarlo. Mis dudas han desaparecido ante ese documento abrumador que la señorita Verkhovtsev ha entregado hoy al tribunal. Se trata de una carta escrita en estado de embriaguez por el acusado, en la que se expone «el plan del crimen» , como ha dicho (ya lo habéis oído) la señorita Verkhovtsev. Es indudable que esta carta demuestra la existencia de la premeditación. Está escrita dos días antes del crimen y por ella sabemos que el acusado, cuarenta y ocho horas antes de la realización de su espantoso proyecto, juró que, si no conseguía un préstamo al día siguiente, mataría a su padre para apoderarse del dinero que el viejo tenía debajo de la almohada, en un sobre atado con una cinta de color de rosa, y precisó que lo haría cuando Iván se hubiera marchado. O sea, que lo tenía previsto, ya que todo ocurrió tal como se decía en su carta. Por lo tanto, no hay la menor duda de que existe la premeditación. El móvil del crimen fue el robo. Dmitri Fiodorovitch lo confiesa por escrito y con su firma. El acusado no ha negado que la firma sea suya. Tal vez se me diga que la carta está escrita por un hombre

ebrio. Pero esto no importa. Ese hombre escribió borracho lo que pensó en perfecto estado de lucidez. De lo contario, esa carta no tendría fundamento. Otra objeción que se me puede hacer es la de que Dmitri Fiodorovitch iba pregonando sus planes por las tabernas, cosa que no es propia del hombre que va a cometer un acto delictivo con premeditación, el cual se calla y guarda en secreto. Esto es verdad; pero hay que tener en cuenta que entonces el plan estaba en gestación en la mente del acusado: no había madurado todavía. Después, Dmitri Fiodorovitch se mostró más reservado. Una vez hubo escrito esa carta en la taberna «La Capital», en estado de embriaguez, permaneció silencioso y aislado, sin jugar al billar. Lo único que hizo fue zarandear a un empleado de la casa, pero inconscientemente, cediendo a una costumbre inveterada. Cierto que cuando se decidió a obrar debió de advertir que había cometido un error al pregonar sus intenciones, ya que su imprudencia sería una prueba contra él tras la ejecución de su criminal proyecto. Pero, ¿qué le iba a hacer? No podía retirar sus palabras. Sin embargo, confió en que su suerte lo sacaría del apuro. Esta confianza es corriente en el ser humano, señores.

»Hay que reconocer que el acusado hizo grandes esfuerzos para evitar el parricidio. «Pediré dinero a todo el mundo —escribe con su estilo pintoresco— y, si no me lo dan, correrá la sangre.» Y, en efecto, lo que dice estando borracho, lo cumple cuando la lucidez es completa.

Hipólito Kirillovitch describió entonces con todo detalle las tentativas de Mitia para procurarse dinero y no verse obligado a cometer el crimen. Refirió sus visitas a Samsonov y a Liagavi.

—Al fin, regresa. Está desfallecido, defraudado, hambriento. Ha vendido su reloj para poder atender a los gastos del viaje (aunque lleva encima, según dice, mil quinientos rublos) y le atormentan los celos, pues teme que su amada, a la que ha dejado en la ciudad, haya ido, aprovechando su ausencia, a reunirse con Fiodor Pavlovitch. Se siente feliz al ver que su pretendida no ha ido a ver a su padre y la acompaña a casa de Samsonov, su protector y amante, sin sentir celos (observen ustedes este extraño detalle). Después se dirige a su puesto de observación y se entera de que Smerdiakov está en cama, presa de un ataque de epilepsia, y de que también el otro criado está enfermo. Tiene, pues, el campo libre. Conoce la contraseña que le permitirá entrar en la casa. ¡Qué tentación! Pero consigue sobreponerse a ella y se dirige a casa de una dama que todos respetamos: la señora de Khokhlakov. Esta señora, que lo compadece desde hace tiempo, lo aconseja prudentemente: debe renunciar a sus calaveradas, a su vergonzoso amor, a sus visitas a las tabernas, donde despilfarra inútilmente sus energías juveniles, y partir para las minas de oro de Siberia. Le dice que allí encontrará una válvula de escape para los impulsos que hierven en su ánimo, para su carácter novelesco y ávido de aventuras.

Después de explicar el resultado de la conversación, el momento en que el

acusado supo que Gruchegnka no estaba en casa de Samsonov, y el furor que se apoderó del celoso Dmitri ante la idea de que su amada Grucha lo engañaba y estaba en casa de Fiodor Pavlovitch, Hipólito Kirillovitch continuó:

—Si la doncella hubiera tenido tiempo de decirle que su adorado tormento estaba en Mokroie con su primer amante, nada habría ocurrido. Pero la pobre chica estaba trastornada, y si Dmitri Fiodorovitch no la mató, fue porque se lanzó inmediatamente en busca de la infiel. Pero observen ustedes este detalle: a pesar de estar fuera de sí, se apodera, al pasar, de una mano de mortero. Esto sólo puede hacerlo el que lleva muchos días planeando una agresión y sabe qué objetos puede utilizar como armas. O sea, que el acusado sabía muy bien lo que hacía al coger la mano de mortero.

»Ya está en casa de su padre, en el jardín. Nada se opone a sus planes: no hay testigos, una profunda oscuridad lo rodea. Los celos lo devoran; sospecha que ella está en la casa, en brazos de su rival. La sospecha se convierte en convencimiento: ya no le cabe duda de que ella está allí, detrás del biombo. El desgraciado se acerca a la ventana, dirige una mirada al interior, se resigna al infortunio y se aleja prudentemente, huyendo de la violencia, a fin de no cometer un disparate... ¡He aquí lo que pretende hacernos creer, a nosotros que conocemos el carácter del acusado y el estado de ánimo en que se hallaba en aquellos momentos, a nosotros que sabemos que conocía la contraseña que le permitiría entrar en la casa sin ningún impedimento!

Al llegar a este punto, el fiscal hizo un paréntesis en la acusación para hablar de Smerdiakov y terminar de una vez con las sospechas que recaían en el epiléptico. No se olvidó de ningún detalle, y, precisamente por esta minuciosidad, comprendió todo el mundo que daba gran importancia a la hipótesis que refutaba con aparente desdén.

VIII. Disertación sobre Smerdiakov

Veamos ante todo de dónde proceden tales sospechas. El primero que denunció a Smerdiakov fue el acusado, el día en que lo detuvieron. Antes de este día no había hecho la menor alusión a la posibilidad de que el sirviente de su padre fuera culpable. Otras tres personas han confirmado esta opinión: los dos hermanos del acusado y Agrafena Alejandrovna Svietlov. Pero Iván Fiodorovitch no ha hablado de estas sospechas hasta hoy y bajo los efectos de un evidente ataque de demencia. Antes estaba convencido de que el autor del crimen era su hermano, y ni siquiera le pasó por la imaginación combatir esta idea. Ya volveremos a tocar este punto. El hermano menor ha declarado que no tiene ninguna prueba de la culpabilidad de Smerdiakov y que se basa únicamente en las palabras del acusado y en «la expresión de su semblante». Dos veces ha expuesto este argumento extraordinario.

» La señorita Svietlov se ha expresado de un modo todavía más extraño: ha dicho que debíamos creer al acusado porque es un hombre «incapaz.de mentir» . Esto es todo lo que han alegado contra Smerdiakov estas tres personas evidentemente interesadas en la suerte del acusado. Sin embargo, la acusación contra Smerdiakov ha circulado persistentemente. ¿Podemos, en verdad, darle crédito?

Al llegar a este punto, el fiscal juzgó conveniente esbozar el carácter de Smerdiakov, del que dijo que había puesto fin a sus días en un ataque de locura. Manifestó que era un ser débil, de escasa cultura, trastornado por ideas filosóficas que no estaban a su alcance, aterrado por ciertas doctrinas modernas que le inculcaban, en la práctica, el ejemplo de la vida desordenada de Fiodor PavIovitch, su amo y tal vez su padre, y, en teoría, las extrañas disertaciones filosóficas de Iván Fiodorovitch, al que estas charlas servían de entretenimiento y diversión.

—Él mismo me describió su estado de ánimo durante los últimos días que pasó en casa de su dueño, y otras personas que lo conocían perfectamente han atestiguado la verdad de sus palabras. Estas personas son el acusado, un hermano de éste y el sirviente Grigori. Además, padecía de epilepsia y era cobarde como una gallina. «Caía a mis pies y los besaba», nos dijo el acusado cuando aún no comprendía el daño que podía hacerle esta declaración. «Es una gallina epiléptica», añadió con su pintoresco lenguaje. Y he aquí que Dmitri Fiodorovitch, según su propia declaración, hace de él su hombre de confianza y lo intimida de tal modo, que consigue que sea su espía y su confidente. Smerdiakov, como buen soplón, traiciona a su dueño y revela al acusado la existencia del sobre repleto de billetes y la llamada que le permitirá entrar en la casa. ¿Pero acaso podía obrar de otro modo? «Me matará: estoy seguro», decía temblando, al declarar para la instrucción del sumario, cuando su verdugo estaba ya detenido y, por lo tanto, no podía molestarle. «Desconfiaba de mi, y yo, muerto de miedo, me apresuraba a aplacar su cólera comunicándole todos los

secretos, a probarle mi buena fe para evitar que me matara.» Éstas fueron sus palabras: las anoté. También me confesó que, cuando oía gritar a Dmitri Fiodorovitch, solía arrojarse a sus pies.

»Gozaba de la confianza de su dueño, a quien había demostrado su honradez devolviéndole cierta cantidad de dinero que había perdido. Sin duda, el desdichado Smerdiakov se arrepintió amargámente de haber traicionado a su querido bienhechor.

»Psiquiatras eminentes han observado que los enfermos afectados de epilepsia tienen la manía de acusarse a si mismos. Una sensación de culpabilidad los atormenta, experimentan remordimientos injustificados, exageran sus faltas a incluso se achacan delitos imaginarios. A veces llegan al extremo de cometer crimenes bajo la influencia del miedo. Por otra parte, Smerdiakov presentía una desgracia. Cuando Iván Fiodorovitch iba a partir para Moscú el mismo día del drama, él le suplicó que se quedase, pero sin atreverse (ya hemos dicho que era un cobarde) a participarle sus temores con toda claridad. Se limitó a expresarse con alusiones que no fueran comprendidas. Hay que advertir que Iván Fiodorovitch representaba para Smerdiakov una defensa, una garantía de que nada enojoso podía ocurrirle mientras lo tuviera cerca. Recuerden ustedes la frase de Dmitri Fiodorovitch en la carta que escribió bajo los efectos del alcohol: «Mataré al viejo cuando Iván se vaya.» De modo que la presencia de Iván Fiodorovitch representaba para todos los habitantes de la casa la calma y el orden.

»Se marcha Iván y, una hora después aproximadamente, Smerdiakov sufre un ataque, por cierto muy comprensible. Hemos de hacer constar que durante aquellos días Smerdiakov, presa de la desesperación y el miedo, presentía que iba a ser víctima de un ataque, ya que le acometían siempre en momentos de ansiedad y viva emoción. Es evidente que nadie puede prever el día y la hora en que va a sufrir un ataque, pero no es menos cierto que el epiléptico puede reconocer los síntomas que lo anuncian. Así lo dicen los médicos.

»Poco después de haberse marchado Iván Fiodorovitch, Smerdiakov, sintiéndose abandonado a indefenso, se dirige a la bodega y, al bajar la escalera, se le ocurre pensar que puede sufrir un ataque. Y precisamente este temor, este estado de ánimo provocan el espasmo de la garganta precursor del accidente. Smerdiakov rueda por la escalera sin conocimiento. Se ha pretendido ver en este ataque una simulación. Pero no puedo menos de preguntarme: ¿por qué fingió?, ¿qué adelantaba fingiendo?... Prescindo de la medicina. Me dirán que la ciencia se equivoca, que los médicos no saben distinguir la verdad de la simulación en estos casos. De acuerdo. Pero respondedme a esta pregunta: ¿qué motivo tenía Smerdiakov para fingir? ¿Puede admitirse que pretendiera atraer la atención sobre él, suponiendo que tuviera el propósito de cometer un asesinato...? Señores del jurado: había cinco personas en casa de Fiodor Pavlovitch, que, evidentemente, no fue el autor de su propia muerte; la

segunda persona era el criado Grigori, que fue gravemente herido; la tercera, la esposa de Grigori, Marta Ignatievna, de la que sería disparatado sospechar. Sólo nos quedan dos: Smerdiakov y el acusado. Y como el acusado asegura que no es el asesino, forzosamente se ha de achacar la culpa a Smerdiakov, ya que no tenemos ninguna otra persona a la que culpar. He aquí todo el fundamento de la inaudita acusación dirigida contra el infeliz idiota que se suicidó ayer. No se tenía a nadie más a mano. Si hubiera existido una sexta persona a la que poder atribuir el más leve indicio de culpa, estoy seguro de que el acusado no se habría atrevido a culpar a Srnerdiakov, sino que habría dirigido su acusación contra esa sexta persona, ya que no cabe duda de que es perfectamente absurdo achacar el crimen a Smerdiakov.

»Señores: dejemos a un lado la psicología, la medicina a incluso la lógica; atengámonos a los hechos, exclusivamente a los hechos, y guiémonos por lo que éstos nos dicen. Admitamos que Smerdiakov ha matado. ¿Pero cómo? ¿Solo o en complicidad con el acusado? Empecemos por examinar el primer caso, es decir, el del asesinato cometido únicamente por Smerdiakov. Evidentemente, el crimen debe tener un móvil; pero como no puede ser ninguno de los que impulsan al acusado, es decir, el odio, los celos, etcétera, Smerdiakov solamente puede haber cometido el crimen para robar, para apoderarse de los tres mil rublos que su dueño había guardado en un sobre en su presencia. Y he aquí que, una vez decidido a cometer el crimen, comunica a otra persona, precisamente a la más interesada en el asunto, el acusado, todo lo concerniente al dinero (el sitio donde está escondido, la inscripción que hay en el sobre, el detalle de que está atado con una cinta de color de rosa) y, lo que es más importante, la contraseña que le permitirá entrar en la casa. ¿Por qué obra así? No podemos pensar que quiera traicionarse a si mismo. ¿Acaso para procurarse un cómplice que comparta sus deseos de apoderarse del sobre? Se me dirá que procedió así impulsado por el miedo. ¿Pero es eso posible? ¿Se comprende que un hombre capaz de concebir un acto tan audaz, tan feroz, y de cometerlo, haga semejantes revelaciones, que sólo él conoce y que nadie puede adivinar? No; por cobarde que sea, ese hombre, una vez dispuesto a cometer el crimen, no hablará a nadie del sobre ni de la contraseña, ya que ello equivale a traicionarse a si mismo. Si se ve obligado a dar algún informe, lo inventará: de ningún modo será sincero. Si no hubiera dicho nada del dinero y se lo hubiera apropiado después de cometer el crimen, nadie habría podido acusarlo de haber asesinado para robar, ya que él era el único que estaba enterado de la existencia de ese dinero. Aun en el caso de que se le hubiera atribuido el crimen, se habría pensado en un móvil distinto. Pero nadie habría sospechado que era él el asesino, puesto que todos sabían que gozaba del afecto y la confianza de su amo. Las sospechas habrían recaído en un hombre que tenía motivos para vengarse y que, lejos de mantener en secreto sus propósitos, los había pregonado jactanciosamente; en una palabra, se habría sospechado de Dmitri Fiodorovitch. Para

Smerdiakov, asesino y ladrón, habría sido una ventaja que acusaran a Dmitri Fiodorovitch, ¿no es así? Pues bien, es precisamente a este hombre a quien Smerdiakov, después de haber planeado su crimen, habla del dinero, del sobre, de la contraseña... ¿Es esto lógico, tiene algún viso de realidad?

»Es el día del crimen. Smerdiakov, que lo tiene todo bien planeado, finge un ataque y cae por la escalerilla de la bodega. ¿Con qué objeto obra así? Veamos cuáles pueden ser las consecuencias de su simulación. Grigori, que tenía el propósito de acostarse, renuncia a hacerlo, en vista de que la casa queda sin vigilancia y debe vigilarla él. Fiodor Pavlovitch, viéndose abandonado y temiendo que se presente su hijo, cosa que ha confesado, siente crecer su desconfianza y redobla sus precauciones. Además, se transporta inmediatamente a Smerdiakov, desde un lugar donde está solo, a la habitación inmediata a la de Grigori y su esposa, piezas separadas sólo por un tabique, como se hace siempre que el sirviente es víctima de un ataque de epilepsia, porque así lo ha indicado el dueño de la casa, con la aprobación de la compasiva Marta Ignatievna. Una vez en esta habitación, Smerdiakov, para que no se dude de que está enfermo, se pasa la noche gimiendo y despertando a cada momento a Marta Ignatievna y a Grigori. ¿Es esto propio de un hombre que pretende levantarse furtivamente a ir a matar a su dueño?

» Tal vez se me diga que fingió el ataque precisamente para alejar de él las sospechas, y que reveló al acusado los secretos del sobre y la contraseña para impulsarlo a cometer el crimen. Bien. Ya está el crimen cometido. El acusado se retira con el dinero, y he aquí que entonces se levanta Smerdiakov para... ¿Para qué, señores? ¿Para asesinar de nuevo a Fiodor Pavlovitch y volverle a robar el dinero que ya le han robado? ¿Puede mantenerse una tesis tan disparatada? Sin embargo, esto es lo que afirma el acusado. Dmitri Fiodorovitch sostiene que, cuando ya se había marchado, tras haber abatido a Grigori y sembrado la alarma, Smerdiakov se levantó para asesinar y robar. Prescindamos de que Smerdiakov no podía calcular el desarrollo de los acontecimientos, la llegada de ese hijo desesperado pero que se limita a mirar respetuosamente por la ventana y se retira, abandonando la presa al sirviente, a pesar de que conoce la contraseña. Me limito a preguntar en qué momento cometió el crimen Smerdiakov. Y si no me contestan ustedes, habrán de admitir que la acusación contra el suicida no tiene ningún fundamento.

»Supongamos que el ataque no fue fingido. El enfermo recobra el conocimiento, oye un grito y sale del pabellón. ¿Qué hace entonces? Se da cuenta de que el momento no puede ser más propicio y se dice: «Voy a matar a mi amo.» ¿Pero cómo puede darse cuenta de la situación si hasta hace unos instantes ha estado sin conocimiento? ¡La fantasía tiene sus límites, señores!

» Los más suspicaces pueden creer que tal vez estuvieran los dos de acuerdo, que fueran cómplices y se repartieran el dinero una vez cometido el crimen.

»¿Tiene algún viso de realidad esta suposición? El acusado se encarga de todo, de matar y de robar, mientras Smerdiakov permanece en cama, presa de un ataque que siembra la alarma en la casa y quita el sueño a Grigori y a la víctima. Nos preguntamos qué razón podían tener los dos cómplices para urdir un plan tan absurdo.

»Examinemos ahora la hipótesis de que la complicidad de Smerdiakov fuera enteramente pasiva. El sirviente, atemorizado, se limita a no poner obstáculos al asesino y, presintiendo que se le acusará de haber consentido el asesinato, de no haber hecho nada por defender a su dueño, consigue que Dmitri Karamazov le permita permanecer en cama, simulando un ataque. Su posición equivale a decir: «Mátalo si quieres. Eso a mí no me importa. » Pero Dmitri Fiodorovitch sabía que el ataque pondría en estado de alarma a toda la casa y, por lo tanto, no pudo aceptar semejante convenio. Pero, aun suponiendo que aceptara, el acusado no deja de ser el asesino y Smerdiakov un simple y pasivo cómplice, un cómplice que, contra su voluntad y por temor, permite actuar al criminal.

» Veamos lo que ocurre después. Cuando lo detienen, el acusado echa todas las culpas a Smerdiakov: dice que ha cometido el crimen él solo; o sea, que no lo acusa de complicidad, sino de haber robado y matado con sus propias manos. ¿Habéis visto alguna vez que los cómplices se ataquen desde el primer momento? Observad el riesgo que corre Karamazov. Es él el asesino, el principal culpable, y, sin embargo, arremete contra su cómplice, que se ha limitado a permitirle obrar. Smerdiakov pudo enojarse y decir toda la verdad, aunque sólo fuera por instinto de conservación; pudo haber declarado: «Los dos somos culpables; pero yo no he cometido el crimen: yo me he limitado, por temor, a permitírselo cometer a él.» Smerdiakov pudo hacer esta declaración, no dudando de que la justicia determinaría fácilmente cuál era su grado de responsabilidad y le aplicaría un castigo mucho menos riguroso que el que aplicase al verdadero asesino. Además, Dmitri Karamazov se habría visto obligado a decir la verdad. Pero Smerdiakov no dice ni una palabra de su complicidad, a pesar de que el asesino lo señala insistentemente como el único autor del crimen.

»Por otra parte, al instruirse el sumario, Smerdiakov declaró espontáneamente que había hablado al acusado del sobre que contenía el dinero y de la contraseña que le podía abrir la puerta de la casa, y que, si no le hubiera hecho estas revelaciones, Dmitri Fiodorovitch no habría conocido tales secretos jamás.

»Y digo yo: ¿habría hablado así Smerdiakov, por su propia voluntad, si verdaderamente hubiera sido cómplice del asesino? No, habría hablado de modo muy distinto, habría falseado o atenuado los hechos. Es decir, que sólo un inocente que no teme ser acusado de complicidad pudo expresarse como lo hizo Smerdiakov.

»Trastornado por su reciente ataque de epilepsia y por el drama ocurrido en la casa donde vivía, Smerdiakov se ahorcó ayer, dejando escrita una nota que decía: «

Pongo fin a mi vida voluntariamente. Que no se culpe a nadie de mi muerte. » ¿Qué le costaba haber añadido: «Soy yo el asesino, y no Karamazov?» Pero no añadió ni una palabra: tenía la conciencia tranquila.

»Hace unos momentos, uno de los testigos ha traído cierta cantidad de dinero al tribunal y ha declarado: «Estos billetes son los que estaban en ese sobre que perteneció a Fiodor Pavlovitch. Me los entregó ayer Smerdiakov.» Pero ya han presenciado ustedes, señores del jurado, la triste escena. No volveré a describir los detalles; me limitaré a recordar dos o tres de los más insignificantes para evitar que se olviden. Desde luego, fue el remordimiento lo que ayer impulsó a Smerdiakov a devolver el dinero y a ahorcarse: sólo así se explica que obrase de este modo. Es evidente que hasta ayer no confesó a nadie su crimen, como ha declarado Iván Fiodorovitch. Si éste hubiera recibido antes la confidencia, no se comprendería que se hubiese callado hasta hoy. Lo cierto es que Smerdiakov confesó. Y vuelvo a preguntarme por qué no diría toda la verdad en su última nota, sabiendo que veinticuatro horas después se había de juzgar a un inocente. El dinero solo no constituye ninguna prueba. Hace ocho días me enteré casualmente, a la vez que dos personas que están en esta sala, de que Iván Fiodorovitch cambió en la capital del distrito dos obligaciones al cinco por ciento de cinco mil rublos cada una, con lo que obtuvo diez mil rublos en total. Digo esto para demostrar que es posible procurarse dinero para una fecha determinada y que los tres mil rublos que se han entregado al tribunal pueden no ser los mismos que estaban en el interior del sobre. Otro detalle digno de mención es que Iván Fiodorovitch, aunque recibió ayer la confesión del verdadero asesino, después de oírla se fue a casa. ¿Por qué no denunció el hecho inmediatamente? ¿Por qué ha esperado hasta hoy? No es dificil deducir el motivo. Estaba enfermo desde hacia una semana, había confesado al médico que sufría alucinaciones y se encontraba en la calle con personas que habían fallecido; estaba, en fin, amenazado por la locura que se le ha declarado hoy. De pronto, se entera del suicidio de Smerdiakov y se hace este razonamiento: «Como Smerdiakov ha muerto, lo puedo acusar impunemente, y así salvaré a mi hermano. Tengo dinero. Presentaré al tribunal un fajo de billetes y diré que me los entregó Smerdiakov antes de morir.» Diréis que no es ninguna falta mentir para salvar a un hermano, y menos cargando la culpa a una persona que ha muerto. De acuerdo. Pero pensad que puede haber mentido inconscientemente, que su mente trastornada por la muerte repentina de Smerdiakov puede haber tomado por realidad lo que ha sido pura imaginación. Ya habéis visto el estado en que se hallaba ese hombre. Se mantenía de pie, hablaba; ¿pero dónde estaba su razón?

»A la declaración de Iván Fiodorovitch ha seguido la carta del acusado a la señorita Verkhotsev, escrita dos días antes del suceso y en la que se exponía un plan detallado del crimen. Huelga hablar de ese plan y de sus autores. Todo ocurrió como

se anunciaba en la carta y hubo un solo autor. Sí, señores del jurado: todo sucedió tal como el acusado dijo por escrito que sucedería. Dmitri Fiodorovitch no se apartó respetuosamente de la ventana de la habitación donde suponía que estaba su amada con su padre. No, esto es absurdo, inverosímil. El acusado entró y llegó hasta el fin. Sin duda, al ver a su rival, se arrojó sobre él ciego de cólera, enarbolando la mano de mortero, y lo mató de un solo golpe. Pero después registra minuciosamente la habitación y, una vez convencido de que su amada no está allí, introduce la mano debajo de la almohada y se apodera de ese sobre, ahora abierto y vacío, que vemos entre los cuerpos del delito.

» Hablo de este sobre para que observen ustedes cierto detalle importante. Un asesino experto, sereno, que sólo pensara en el robo, no lo habría dejado en el suelo, cerca del cadáver. Incluso Smerdiakov se habría llevado el sobre cerrado, sin entretenerse en abrirlo junto a su vétima, ya que estaría seguro de que dentro estaba el dinero, puesto que los billetes se habían introducido en él, y éste escondido en su presencia. Señores del jurado, convengan conmigo en que Smerdiakov no se habría dejado el sobre en el suelo. Esta conducta sólo es propia de un asesino incapaz de reflexionar, que no ha robado nunca y que se apodera del dinero, no como un vulgar malhechor, sino como el que recobra lo que cree que le pertenece, que es lo que ocurre con esos tres mil rublos que obsesionaban a Dmitri Fiodorovitch.

»El acusado, al tener en sus manos el sobre que ve por primera vez, lo abre para cerciorarse de que contiene el dinero, saca los billetes y huye con ellos, después de arrojar al suelo el sobre, sin sospechar que deja a sus espaldas una prueba abrumadora. Pues el culpable no es Smerdiakov, sino Karamazov, que ni reflexionaba ni en aquel momento tenía tiempo para reflexionar. El asesino huye, oye un grito de Grigori, el criado lo alcanza y lo sujeta, pero en seguida cae, al recibir un fuerte golpe con la mano de mortero. El acusado salta al suelo desde lo alto de la tapia. Según dice, lo hizo por compasión, para ver si podía hacer algo por el herido. ¿Pero es lógico que se enterneciera? No; Dmitri Fiodorovitch bajó de la tapia para ver si el único testigo de su crimen vivía aún. Ningún otro motivo, ningún otro sentimiento tendrían explicación. Se inclina sobre Grigori, le limpia la cabeza con el pañuelo, cree que está muerto, y entonces, trastornado, manchado de sangre, corre de nuevo a casa de su amada. ¿Cómo no se le ocurrió pensar que mostrarse en aquel estado era como denunciarse a sí mismo? El propio acusado nos ha dicho que en aquellos momentos no se daba cuenta de nada. Esto es natural, a todos los criminales les ocurre. Por una parte, el asesino pierde la facultad de razonar; por otra, está ofuscado por un complejo de ideas infernales. En aquel momento, Dmitri Fiodorovitch se hacía una sola pregunta: “¿Dónde estará Gruchegnka?” Ansioso de averiguarlo, corre a su casa y allí recibe una noticia imprevista y abrumadora: ella se ha ido a Mokroie para reunirse con su primer amante.

IX. La troika desenfrenada

Hipólito Kirillovitch había escogido, evidentemente, el método de exposición rigurosamente histórica preferido por todos los oradores nerviosos, los cuales procuran desenvolverse en ámbitos limitados a fin de poner freno a su fogosidad. Al llegar a este punto de su discurso, habló extensamente del primer amante, «cuyo derecho es indiscutible», y expuso una serie de ideas interesantes. Karamazov, celoso de todos hasta la ferocidad, se retira y desaparece ante el primer amante, «el indiscutible».

—Esto es sumamente extraño, sobre todo si tenemos en cuenta que antes no había prestado atención al peligro que para él suponía este poderoso rival. Ello se debe a que el acusado vela este peligro como algo remoto, y a él sólo le preocupan las cosas presentes. Sin duda, lo consideraba como una cosa irreal. Pero, de pronto, comprende que el reciente engaño de su amada procede del hecho de que el nuevo rival no es un mero capricho para ella, sino toda su esperanza y toda su vida, y entonces, al comprender esto, se resigna. Señores del jurado: no puedo dejar de mencionar esta actitud inesperada de Dmitri Fiodorovitch Karamazov, que experimenta de pronto una sed de verdad, la necesidad imperiosa de respetar a la mujer amada y reconocer los derechos de su corazón, precisamente en el momento en que por ella acababa de mancharse las manos con la sangre de su padre. Verdad es que esta sangre clamaba ya venganza, que el asesino, viendo perdida su alma y aniquilada su vida terrenal, debía de preguntarse en aquel momento: «¿Qué puedo ser ya para ella, para esa criatura a la que quiero más que a nada en el mundo, comparado con ese primer a "indiscutible" amante; con ese hombre que vuelve arrepentido al lado de la mujer seducida por él antaño; que vuelve con un nuevo amor, con propósitos nobles, con la promesa de una vida nueva y feliz?»

»Karamazov comprendió que su crimen le cerraba el paso, que era un asesino, que no se libraría del castigo y no merecía vivir. Esta idea lo abruma, lo aniquila. De pronto, se aferra a un plan insensato que, dado su carácter, le parece la única salida posible a su insoportable situación: el suicidio. Inmediatamente, se dirige a casa del señor Perkhotine para desempeñar sus pistolas y, por el camino, saca del bolsillo el dinero por cuya posesión se ha manchado las manos con la sangre de su padre. Nunca ha necesitado tanto el dinero como ahora. Va a morir, se va a matar y lo hará de modo que todo el mundo se acuerde de él. No en vano es un poeta, no en vano ha quemado su vida como una vela encendida por los dos extremos. Irá a reunirse con Gruchegnka y organizará una fiesta por todo lo alto, una fiesta nunca vista, que se recuerde siempre y de la que se hable durante mucho tiempo. Entre gritos salvajes, locas canciones y danzas de cíngaros, levantará su copa por la nueva felicidad de su amada, y ante ella, a sus pies, se matará de un tiro en la cabeza para expiar sus faltas. Así,

Gruchegnka se acordará siempre de Mitia Karamazov, comprenderá lo mucho que la ama y se compadecerá de él. Está en plena exaltación novelesca; volvemos a hallarnos ante la sensualidad y el ímpetu salvaje de los Karamazov. Pero hay algo más, señores del jurado, algo que es como un mortal veneno: la conciencia, el remordimiento, el juicio que se avecina. Pero la pistola lo resuelve todo, es la única salida. En cuanto al más allá, ignoro si Dmitri Karamazov piensa en él, si es capaz de pensar como Hamlet. Pero no lo creo, señores del jurado: Hamlet es un ser de un pals lejano; aquí no tenemos todavía más que hombres como Karamazov.

Al llegar a este punto, Hipólito Kirillovitch presentó un cuadro detallado de las hazañas de Mitia. Describió sus escenas en casa de Perkhotine, en la tienda, con los cocheros; refirió una serie de conversaciones confirmadas por testigos, y convenció al auditorio. El conjunto de los hechos era impresionante. La culpa de aquel ser desorientado, al que no preocupaba su seguridad personal, saltaba a la vista.

—¿Qué le importaba ser prudente? —confirmó el fiscal—. Dos o tres veces estuvo a punto de confesarlo todo, a incluso empezó a hacerlo con alusiones, según han declarado varios testigos. Llegó al extremo de decirle al cochero por el camino: «¿Sabes que llevas en tu coche a un asesino?» Pero no podía decirlo todo: tenía que llegar a Mokroie y poner fin a su poema. No sabemos lo que esperaba encontrar en Mokroie. Lo cierto es que, al llegar a esta población, se da cuenta de que su rival no es un hombre irresistible. En fin, ya sabemos lo que ocurrió entonces, señores del jurado. El triunfo de Dmitri Fiodorovitch sobre su adversario es completo. Y entonces empezó para él una situación espantosa, la más horrible que ha conocido en su vida. No cabe duda, señores del jurado, de que las heridas morales constituyen un castigo más duro que todos los que pueda aplicar la justicia humana. Por otra parte, las penas que ésta impone alivian el sufrimiento que ocasionan las otras, y, a veces, incluso son necesarias para salvar de la desesperación al criminal. Pues no puedo imaginarme el horror y la desesperación de Karamazov al enterarse de que ella lo quería, de que rechazaba por él a su antiguo amante, de que lo invitaba a una vida honrada y feliz, cuando todo había terminado para él, cuando ya nada era posible.

»He aquí un detalle que explica el estado de ánimo del acusado en aquel momento: la mujer que era objeto de su amor se mantuvo inaccesible para él, aun dándose cuenta de la vehemencia con que la amaba su pretendiente, hasta el final, es decir, hasta el momento eri que Karamazov fue detenido. ¿Por qué no se había suicidado Dmitri Fiodorovitch cuando se veía despreciado por su amada? ¿Por qué había renunciado a este propósito a incluso se había olvidado de su pistola? Su ávida sed de amor y la esperanza de saciarla en seguida lo frenaron. En la embriaguez de la gesta, se aferra a su amada, que se divierte con él, más seductora que nunca. No la deja ni un momento y la admira tanto, que se deja eclipsar por ella. Esta pasión pudo incluso ahogar por un instante su remordimiento y el temor de ser detenido. ¡Pero

sólo por un instante! En mi imaginación veo el estado de ánimo del criminal bajo el dominio de tres elementos de los que no puede liberarse. Uno es la embriaguez, las nubes de alcohol mezcladas con el bullicio de la danza y los cantos; otro ella, con la tez encendida por las libaciones, sonriéndole, cantando y bailando, ebria también; y, en fin, la idea consoladora de que el fatal desenlace está todavía lejos, que no lo prenderán hasta la mañana siguiente. Varias horas de tregua es mucho. En este tiempo pueden ocurrir infinidad de cosas. Sin duda, experimenta la sensación del condenado al que conducen al patíbulo. Hay que recorrer lentamente una larga calle ante millares de espectadores. De esta calle se ha de pasar a otra, al final de la cual está la plaza fatidica. Al principio del trayecto, el reo, en la ignominiosa carreta, se figura que aún le queda mucho tiempo de vida. Las casas se suceden, la carreta avanza; pero ¿qué importa? El patíbulo está todavía lejos, en la última esquina de la segunda calle. Mira con arrogancia a derecha a izquierda, a los miles de espectadores que lo observan con indiferencia, y le parece que es una persona como cualquiera de las que lo están mirando. La carreta entra en la segunda calle, pero el condenado no se inquieta: todavía falta un buen trecho para llegar. Ve desfilar las casas, pero se repite que el final está todavía lejos. Y ésta es su actitud hasta que llega a la plaza donde está preparada su ejecución. Esto es, sin duda, lo que experimenta Karamazov. Se dice: «Todavía no han descubierto el crimen. Aún tengo tiempo para urdir un plan de defensa. Ahora, ¡viva la vida! ¡Es tan deliciosa!...»

»Está trastornado a inquieto. Sin embargo, puede apartar la mirada de los tres mil rublos que ha robado de debajo de la almohada de su padre. Ya en Mokroie, adonde ha ido a divertirse, entra en una vieja casa de madera, de la que conoce todos los rincones. A mi juicio, poco antes de que lo detuvieran debió de ocultar esa parte de su dinero en alguna grieta, bajo una tabla del entarimado, en algún rincón, en cualquier lugar de la casa. Se me preguntará qué motivos tenía para obrar así. He aquí mi respuesta. Se avecina una catástrofe; no hemos pensado en afrontarla, por falta de tiempo; las sienes nos laten con violencia; ella nos atrae como un imán... Pero el dinero siempre es necesario; uno es siempre alguien si tiene dinero. Esta previsión en tales momentos tal vez les parezca a ustedes extraña; pero piensen que el propio acusado ha dicho que un mes atrás, en circunstancias igualmente criticas, apartó y guardó en una bolsita la mitad de tres mil rublos. Aunque esto sea una invención, como en seguida demostraré, es lo cierto que Karamazov lo ha pensado y se ha familiarizado con este pensamiento. Es más, al manifestar al juez de instrucción que había escondido mil quinientos rublos en una bolsita (que nunca ha existido), tal vez improvisó esta mentira precisamente porque hacía dos horas había ocultado la mitad de lo que poseía en algún lugar de la fonda de Mokroie, obedeciendo a una inspiración súbita, para no llevarlos encima, y pensando recogerlos a la mañana siguiente. Recuerden, señores del jurado, que Karamazov puede contemplar dos

abismos a la vez.

»Hemos registrado inútilmente la fonda de Mokroie. Es posible que el dinero esté allí todavía; acaso desapareció al día siguiente y el acusado lo tenga ya en su poder. Lo cierto es que, cuando se le detuvo, estaba de rodillas al lado de su amante, que se había echado en un sofá. Dmitri Karamazov se había olvidado de todo hasta el punto de que no oyó a los que llegaban para detenerlo. Lo cogieron desprevenido y no tuvo tiempo de inventar ninguna respuesta.

»Y ahora vedlo ante sus jueces, ante los que van a decidir su futuro. Señores del jurado: en el ejercicio de nuestras funciones hay momentos en que incluso a nosotros nos da miedo la humanidad. Esto nos ocurre cuando advertimos el temor animal del culpable, que se ve perdido, pero que no cesa de luchar; esto nos sucede cuando se despierta en el criminal el instinto de conservación, y el desgraciado fija en nosotros una mirada penetrante, llena de ansiedad y angustia, tratando de leer en nuestro semblante, en nuestro pensamiento, y preguntándose desde qué punto partirá el ataque. En medio de su confusión, urde en un instante mil respuestas, pero no se atreve a dar ninguna: teme delatarse. Estos momentos de cruel humillación para el alma humana, este calvario, esta avidez irracional de salvación es algo verdaderamente espantoso, algo que hace temblar a veces a los miembros de un tribunal de justicia y despierta su compasión.

»Primero, aturdido y aterrado, deja escapar unas palabras comprometedoras. «¡Sangre! ¡Merezco este castigo!» Pero en seguida se contiene. No sabe todavía qué decir y sólo puede responder con una vana negativa: «¡No soy culpable de la muerte de mi padre!» Es el primer parapeto. Tras esta defensa, abre nuevas trincheras el acusado. Sin esperar a que se lo preguntemos, trata de explicar sus primeras exclamaciones comprometedoras, diciendo que sólo se considera culpable de la muerte del viejo criado Grigori. «He agredido a Grigori, pero ¿quién ha matado a mi padre?, ¿quién ha cometido este crimen que no he cometido yo?» Observen el detalle. Nos dirige esta pregunta a nosotros, que estamos aquí precisamente para hacérsela a él. ¿Comprenden el motivo de que se anticipe a decir que no es el autor del crimen? Es una trapacería, una ingenuidad, un acto de impaciencia digno de un Karamazov. Con ello pretende alejar de nosotros la creencia de que el culpable es él. Luego se apresura a manifestar: «Deseaba matarlo, señores, pero no lo he hecho: soy inocente.» Confiesa que deseaba cometer el crimen. Pero ¿con qué fin hace esta confesión? Con el de convencernos de que es sincero, ya que, si nos convence, habremos de creer en su inocencia. En estos casos, el criminal suele demostrar un aturdimiento y una candidez inauditos. Cuando se instruyó el sumario, se le hizo, con aparente indiferencia, esta pregunta: «¿No será Smerdiakov el asesino?» Y sucedió lo que esperábamos: el acusado se enojó al ver que nos habíamos adelantado a sus planes, cogiéndolo desprevenido y no dándole tiempo a elegir el momento más

favorable para acusar a Smerdiakov. Su temperamento le lieva en el acto a adoptar una actitud extrema y afirma enérgicamente que Smerdiakov es incapaz de cometer un asesinato. Sin embargo, no hay que creerlo: es sólo una astucia. El acusado no renuncia a acusar a Smerdiakov, puesto que no hay otro al que poder achacar el crimen; pero lo hará más adelante, ya que por el momento su plan ha fracasado. Al día siguiente, o varios días después, dirá: «Ya saben ustedes que yo fui el primero en negar que el asesino fuera Smerdiakov. Ahora no tengo más remedio que aceptar que no puede haber sido nadie más que él.»

»Por el momento se limita a negar con vehemencia, y la cólera y la excitación nerviosa le sugieren las explicaciones más absurdas. Dice que observó a su padre a través de la ventana y que luego se alejó prudentemente. Ignoraba la importante declaración que iba a hacer Grigori. Cuando inspeccionamos sus ropas, esta operación lo exaspera, pero se tranquiliza al ver que sólo se encuentran mil quinientos de los tres mil rublos. Entonces, en estos momentos de indignación reprimida, acude a su mente por primera vez la idea de la bolsita. Sin duda, se da cuenta de la inverosimilitud de su revelación y trata de hacerla más aceptable inventando una novela que tenga más visos de realidad. En estos casos los magistrados no deben dar al culpable tiempo para reponerse; deben lanzar inmediatamente sobre él una serie de rápidos ataques: sólo así conseguirán que revele sus pensamientos más íntimos. El mejor procedimiento para hacer hablar a un criminal es revelarle de pronto, y como sin intención alguna, un hecho de extrema importancia que para él resulte una novedad por no haberlo advertido. Nosotros teníamos preparado un hecho de esta índole: la declaración del criado Grigori respecto a la puerta abierta por donde acababa de salir el acusado. Él se había olvidado de esta puerta por completo y no creía que Grigori se hubiera fijado en elia. El efecto de la alusión a la puerta fue extraordinario. Karamazov se levantó en el acto y exclamó: «¡Es Smerdiakov el asesino! ¡Estoy seguro de que es Smerdiakov!» Así expresa un íntimo pensamiento nacido del deseo de salvarse, idea absurda, pues no cae en la cuenta de que Smerdiakov, para cometer el crimen, tenía que haber esperado a que él abatiera a Grigori y huyese. Esto explica que Karamazov quedara paralizado de espanto cuando supo que Grigori había visto la puerta abierta antes de que él lo agrediera, y que el criado, al levantarse de la cama, había oído a Smerdiakov gemir al otro lado del tabique. Mi colega, el honorable a inteligente Nicolás Parthenovitch, me ha contado que en aquel momento su emoción fue tan profunda, que le faltó poco para echarse a llorar.

»Entonces, para salir del apuro, el acusado nos cuenta la historia de la famosa bolsita. Señores del jurado: ya he explicado a ustedes por qué esta historia me parece completamente absurda, la más extravagante que se pueda concebir en el caso que nos ocupa. Ni siquiera en una competición para premiar al joven que tuviera la idea

más disparatada, habría surgido una idea como ésta. En estos momentos se puede confundir al triunfal narrador con los detalles, esos detalles que la realidad nos ofrece a montones y que el involuntario y desdichado farsante desdeña siempre, porque los cree inútiles a insignificantes. No cabe duda de que piensa así. Él tiene planes grandiosos y se le refutan con bagatelas. Pues bien; éste es el punto débil de la coraza. Se pregunta al acusado:

»—¿De dónde sacó usted el material para la bolsita y quién se la cosió?

»—Me la cosí yo mismo.

»—Pero ¿de dónde sacó la tela?

»Esto molesta al acusado hasta el punto de que le es dificil disimularlo. Sí, se siente realmente ofendido. En estos casos todos son iguales.

» —Corté un trozo de una de mis camisas.

»—Perfectamente. Por lo tanto, mañana encontraremos entre su ropa interior esa camisa a la que le falta un trozo de tela.

»Desde luego, señores del jurado, si se encontraba esta camisa, ello constituiría una prueba decisiva de la exactitúd de la declaración del acusado, ya que si decía la verdad, la camisa tenía que estar en su cómoda o en su maleta. Pero él no se da cuenta de este detalle.

»—Es que no recuerdo bien si corté el trozo de tela de una de mis camisas o de una cofia de mi patrona.

»—¿De una cofia?

»—Sí; la encontré abandonada como un trapo viejo.

»—¿Está usted seguro?

»—No, seguro no estoy.

»Y de nuevo se enoja. Sin embargo, ¿cómo es posible que no recuerde este detalle? Es uno de esos detalles que no se olvidan ni en los momentos más angustiosos, ni siquiera cuando le llevan a uno al patibulo. Un reo puede olvidarlo todo, pero un tejado verde o un pájaro sobre una cruz vistos al pasar no se borran de su memoria. Dmitri Karamazov hizo la bolsita ocultándose de todos los demás habitantes de la casa. Debería recordar este temor de ser sorprendido las muchas veces que, con la aguja en la mano, debió de correr, al oír que alguien se acercaba, a esconderse detrás del biombo que dividía en dos su habitación... ¿Saben, señores del jurado, por qué me entretengo en dar estos detalles? Porque el acusado sigue manteniendo su absurda declaración. Durante los dos meses que han transcurrido desde aquella noche fatal, Karamazov no ha explicado sus fantásticas manifestaciones ni aportado ninguna prueba de que dijo la verdad. Dice que esto son nimiedades y que debemos creer en su palabra de honor. Ojalá pudiéramos creerlo; nuestro mayor deseo es dar crédito a su palabra de honor, pues no somos chacales sedientos de sangre humana. Que se nos indique un solo hecho en favor del acusado y

lo acogeremos con alegría; pero un hecho real, una prueba tangible, y no las deducciones de su hermano, fundadas en la expresión del semblante y en el hecho de que Dmitri Fiodorovitch se golpeara el pecho con la mano, señalando, a juicio del declarante, la bolsita que aquél llevaba pendiente del cuello. Pueden creernos cuando decimos que nos alegraríamos de recibir esa prueba. En el acto retiraríamos nuestra acusación. Pero nos debemos a la justicia, y los hechos nos obligan a mantener nuestra acusación sin atenuarla lo más mínimo.

De aquí, el fiscal pasó a la peroración. Tenía fiebre. Con voz vibrante evocó la sangre vertida, el padre asesinado por el hijo «con el vil objeto de robarle». E insistió en la trágica y demostrativa ilación de los hechos.

—Sean cuales fueren las palabras del célebre defensor del acusado, de ese hombre que con su patética elocuencia sabrá pulsar vuestra sensibilidad, no olvidéis que estáis en el santuario de la justicia. Pensad en todo momento que sois los defensores del derecho, la muralla protectora de nuestra santa Rusia, de los principios, de la familia, de todo lo que hay de sagrado en nuestra nación. Sí, en este momento representáis a Rusia. No sólo en esta sala se oirá vuestro veredicto; el país entero os escuchará, porque os considera sus defensores y sus jueces, y se sentirá reconfortado o consternado por la sentencia que vais a emitir. No lo defraudéis. Nuestra *troika* corre sin freno tal vez hacia el abismo. Hace ya mucho tiempo que multitud de rusos levantan los brazos con el deseo de detener esta loca carrera. Si otros pueblos no se apartan de la desenfrenada *troika*, no es por temor, como se imagina el poeta, sino por un sentimiento de horror y aversión: no lo olvidéis. Es una suerte para nosotros que se aparten. Peor sería que levantaran una sólida muralla en el camino de esa *troika* fantasmal para poner freno a nuestra licenciosa carrera, y así preservarse ellos y preservar a la civilización. En Europa empiezan ya a oírse voces de alarma; ya han llegado a nosotros. Guardaos de provocar a los occidentales, de alimentar su creciente odio mediante un veredicto de absolución en favor de un parricida.

En resumen, que Hipólito Kirillovitch se entusiasmó, terminó con un párrafo patético y produjo gran impresión. Se apresuró a salir de la sala y, al llegar a la pieza vecina, estuvo a punto de desvanecerse. El público no aplaudió, pero las personas serias estaban satisfechas. Las damas no lo estaban tanto. Sin embargo, las sedujo la elocuencia del fiscal, y más no temiendo a las consecuencias del discurso, ya que estaban seguras del éxito de Fetiukovitch. «Ahora va a tomar la palabra. Triunfará.»

Mitia era el centro de todas las miradas. Durante el discurso del fiscal permaneció mudo, con los dientes apretados y la mirada en el suelo. De vez en cuando levantaba la cabeza y prestaba atención. Así lo hizo cuando se habló de Gruchegnka. Al oír la alusión del fiscal a la opinión que Rakitine tenía de ella, Mitia sonrió desdeñosamente y exclamó de modo que todos lo oyeran: «¡Bernardo!» Cuando Hipólito Kirillovitch

explicó cómo la había estrechado a preguntas en Mokroie, Mitia levantó la cabeza y escuchó con viva curiosidad. Llegó un momento en que estuvo a punto de levantarse para decir algo, pero se contuvo y se limitó a encogerse de hombros con un gesto despectivo. Las hazañas del fiscal en Mokroie provocaron los más diversos comentarios, en su mayoría irónicos. Se consideraba, en general, que no había podido resistir a la tentación de darse importancia.

La vista se suspendió para reanudarse un cuarto de hora o veinte minutos después, tiempo que aproveché para tomar nota de algunos comentarios que hizo el público.

—Ha sido un discurso importante —dijo un señor en un grupo, frunciendo las cejas.

—Demasiada psicología —dijo otro.

—Pero ha dicho la verdad.

—Ha estado muy hábil.

—Ha puesto las cartas boca arriba.

—También se ha referido a nosotros. Ha sido al principio, ¿recuerdan ustedes? Ha dicho que todos nos parecemos a Fiodor Pavlovitch.

—También lo ha dicho al final, pero es mentira.

—Se ha exaltado.

—Pues eso no está bien.

—No podía hacer otra cosa. Llevaba tres años esperando la ocasión de hablar y al fin se le ha presentado. ¡Je, je!

—Ahora veremos lo que dice el defensor.

Y en otro grupo...

—Ha cometido un error al atacar a Fetiukovitch diciendo que pulsaría nuestra sensibilidad. ¿Recuerdan ustedes?

—Sí, ha sido una pifia.

—Ha ido demasiado lejos.

—Se ha dejado llevar de los nervios, ¿no les parece?

—Nosotros nos reímos, pero habrá que ver cómo estará el acusado.

—Sí, habrá que verlo.

—¿Qué dirá el defensor?

Tercer grupo:

—¿Quién es esa gruesa dama que está sentada en un rincón y usa lentes de teatro?

—Es la esposa divorciada de un general. La conozco.

—Se comprende que use lentes.

—Es un modo de llamar la atención.

—Cerca de ella hay una rubita que está muy bien.

—Nuestro fiscal hizo un buen trabajo en Mokroie.

—Desde luego. ¡Qué hablador ha estado! ¡Como si no hubiera hablado bastante

en sociedad!

—No ha podido contenerse. El afán de lucimiento.

—Ha estado desconocido.

—Mucha retórica y mucha ampulosidad.

—Sí. Y observen ustedes que ha querido asustarnos. ¿Se acuerdan de eso de la *troika?* «Hamlet es de un país lejano. Nosotros tenemos que contentarnos con los Karamazov.» Eso no ha estado mal.

—Ha sido una concesión a los liberales. Ese hombre tiene miedo.

—También teme al defensor.

—Es verdad. Veremos lo que dice Fetiukovitch.

—Desde luego, no hablará como un palurdo.

—Eso creo yo.

Y en el cuarto grupo...

—La parrafada sobre la *troika* ha estado muy bien.

—En eso de que en el extranjero están perdiendo la paciencia tiene razón.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. La semana pasada, un miembro del Parlamento inglés interpeló al gobierno sobre los nihilistas. «¿No les parece que ya es hora —dijo— de que prestemos atención a esa nación bárbara y procuremos enterarnos de lo que ocurre en ella?» A eso se ha referido Hipólito Kirillovitch. No me cabe duda, porque la semana pasada habló de ello.

—Los ingleses no pueden hacer nada.

—¿Por qué?

—Porque si les cerramos el puerto de Cronstadt y no les damos trigo, no tendrán de dónde sacarlo.

—Ahora también hay trigo en América.

—¡Qué ha de haber!

En esto sonó la campanilla y cada cual volvió a su sitio. Fetiukovitch tenía la palabra.

X. La defensa. Un arma de dos filos

Cuando empezó su discurso el famoso abogado, se hizo un silencio absoluto en la sala y todas las miradas se concentraron en él. Al principio se expresó con una simplicidad persuasiva, sin la menor suficiencia, sin pretensión alguna por ser elocuente ni patético. Se diría que estaba charlando con unos cuantos amigos íntimos. Tenía una voz fuerte y agradable, en la que se percibían la sinceridad y la espontaneidad. Pero todos los oyentes advirtieron al punto que podía alcanzar el grado más alto de patetismo y hacer latir los corazones con violencia extraordinaria. Hablaba menos correctamente que Hipólito Kirillovitch, pero con más precisión y frases más breves. Hubo en él algo que no gustó a las damas: el detalle de que se inclinaba, sobre todo al principio de su discurso, pero no como el que saluda a su auditorio, sino como el que se dispone a arrojarse sobre él. Su larga espalda parecía tener una bisagra en la parte central, que permitía al orador doblarse hasta casi formar un ángulo recto. Al iniciar su discurso, habló sin plan alguno, refiriendo los hechos al azar, para formar finalmente un todo. Su discurso se dividió en dos partes. La primera constituyó una crítica, una refutación al discurso del fiscal, a veces mordaz y sarcástica. En la segunda parte, el defensor cambió de tono y de actitud y se elevó repentinamente hasta alcanzar el más intenso patetismo. La sala, que parecía esperar este cambio, se estremeció de emoción.

Entonces Fetiukovitch abordó francamente el asunto, diciendo que, si bien estaba establecido en Petersburgo, se trasladaba con frecuencia a las provincias para defender a acusados cuya inocencia le parecía segura o probable.

—Así he procedido esta vez —siguió diciendo—. Apenas leí la prensa, adverti un detalle que favorecía sin duda alguna al acusado. Lo que me llamó la atención fue un hecho corriente en la práctica de la justicia, pero que jamás se había producido con tanta evidencia, con particularidades tan características. No debería mencionar este hecho hasta el final de mi discurso, pero quiero exponer francamente mi pensamiento desde el principio, abordar ahora mismo y directamente el asunto, sin pensar en el efecto que esta táctica pueda producir ni tratar de dirigir las impresiones del auditorio. Esto tal vez sea una imprudencia, pero no cabe duda de que es un acto de sinceridad. El camino que me ha conducido aquí es el que voy a exponer. Primero observé que existía una serie de cargos abrumadores contra el acusado, cargos tan decisivos que ninguno, examinado aisladamente, podía, al parecer, hacer frente a la crítica. Los rumores y los periódicos me afirmaban cada vez más en mi opinión. Y en esto recibo la proposición de encargarme de la defensa del acusado. Acepté en el acto, ya completamente convencido de la inocencia de Dmitri Kararnazov. Acepté porque estoy seguro de destruir ese fatídico encadenamiento de los indicios de culpabilidad y también de demostrar la falta de consistencia de cada uno de ellos

considerado aisladamente.

Tras este exordio, Fetiukovitch prosiguió.

—Señores del jurado: yo soy aquí un forastero accesible a todas las impresiones y libre de todo prejuicio. El acusado, pese a su carácter violento y a sus desenfrenadas pasiones, no me ha ofendido hasta ahora, aunque otras muchas personas de esta ciudad han sido víctimas de sus violencias, lo que justifica la atmósfera de prevención que reina en torno de él. Sí, reconozco que la indignación que ha despertado es justa. El acusado es un hombre violento, incorregible. Sin embargo, se le recibía en todas partes. Incluso se le agasajaba en el hogar de mi ilustre oponente.

Se oyeron en el público risas que se reprimieron muy pronto. Todos sabían que el fiscal recibía a Mitia en su casa sólo por complacer a su esposa, mujer honesta a carta cabal, pero un tanto fuera de la realidad y que a veces se complacía en llevar la contraria a su marido, sobre todo en cuestiones de poca importancia. Por lo demás, Mitia iba a casa del fiscal muy raras veces.

—Sin embargo —prosiguió Fetiukovitch—, me atrevo a suponer que incluso un hombre tan inteligente y justo como mi adversario puede haber concebido una prevención errónea contra mi cliente. Desde luego, esto sería lógico, pues el desgraciado bien lo merece. El sentido moral, y especialmente el sentido estético, son a veces inexorables. El elocuente discurso del fiscal nos ha expuesto un riguroso análisis del carácter y de los actos del acusado, desde un punto de vista rigurosamente crítico. Este discurso evidencia una penetración psicológica que mi ilustre oponente no había podido alcanzar si hubiera abrigado el menor prejuicio contra la personalidad de Dmitri Karamazov. Pero en estos casos hay cosas peores que la hostilidad preconcebida. Así ocurre, por ejemplo, cuando nos obsesiona un afán de creación artística, de invención novelesca, cosa que ocurre especialmente al que posee dotes extraordinarias de psicólogo. Antes de salir de Petersburgo me previnieron, aunque no hacía falta, pues yo ya lo sabía, que al llegar aquí habría de enfrentame a un psicólogo profundo y sutil, conocido desde hacia mucho tiempo en el mundo judicial. Pero la psicología, señores míos, aun siendo una ciencia admirable, es como un arma de dos filos. He aquí un ejemplo tomado al azar del discurso de acusación. El acusado huye a través del jardín, bajo la noche, trata de saltar la tapia y derriba, golpeándolo con una mano de mortero, al criado Grigori, que lo sujeta por una pierna. Inmediatamente vuelve a bajar al jardín y permanece unos minutos junto a la víctima para averiguar si vive o está muerta. El acusador no cree en modo alguno la afirmación del acusado de que obró así por pura compasión. «Este sentimiento de piedad —dice— es inadmisible, está en contradicción con la conducta de Dmitri Karamazov en aquellos momentos. Él sólo quería averiguar si el único testigo de su crimen vivía aún, deseo que demostraba que había cometido el asesinato.» He aquí el resultado de los razonamientos psicológicos. Apliquémoslos

tambien nosotros, pero por el lado contrario, y los resultados serán igualmente verosímiles. El asesino salta al jardín para averiguar si vive el único testigo de su crimen. Sin embargo, acaba de dejar en la habitación de su padre, según afirma el propio ministerio público, una prueba abrumadora, el sobre rasgado con una anotación que demuestra que contenía tres mil rublos. « Si el culpable se hubiera llevado el sobre, nadie se habría enterado de la existencia de esos tres mil rublos, ni, por lo tanto, del robo cometido por el acusado.» Así se ha expresado la acusación. Admitamos sus palabras. La psicología está llena de sutiles posibilidades. Ahora nos atribuye la ferocidad y la percepción del águila, y un instante después la ceguedad y la timidez del topo. Pero si se considera que tenemos la crueldad y la sangre fría necesarias para volver a bajar el muro con el exclusivo fin de comprobar si el único testigo de nuestro crimen vive todavía, ¿qué razón puede haber para que perdamos cinco minutos al lado de nuestra víctima, exponiéndonos a atraer la atención de nuevos testigos? ¿Y por qué tratar de contener con nuestro pañuelo la sangre que brota de la herida, no pudiendo ignorar que este pañuelo se ha de convertir en una prueba decisiva contra nosotros? ¿No habría sido más lógico seguir golpeando con la mano de mortero al único testigo de nuestro crimen hasta sellar sus labios definitivamente? Por añadidura, mi cliente deja otra prueba en el lugar donde ha abatido a su segunda víctima: la mano de mortero cogida en presencia de dos mujeres que pueden atestiguar que se ha apoderado de este objeto. Además, el presunto culpable no deja caer esta arma distraídamente, en su aturdimiento, en el lugar de la agresión, sino que la arroja a cinco metros de distancia. ¿Por qué procedió así?, nos preguntamos. Sólo cabe una explicación: Dmitri Karamazov sintió un profundo remordimiento al creer que había matado al viejo criado Grigori, y, con un gesto de desesperación, arrojó la mano de mortero lejos de si. Y si mi cliente pudo experimentar esta sensación de remordimiento, con ello demostró que no había matado a su padre. Un parricida, en vez de acercarse a su nueva víctima por compasión, sólo habría pensado en salvarse, y no hubiese intentado contener la hemorragia, sino que habría terminado de destrozar con la mano de mortero la cabeza herida. La piedad y los buenos sentimientos no pueden experimentarse si falta la tranquilidad de conciencia.

»He aquí, señores del jurado, otro resultado del método de deducción psicológica. He recurrido a esta ciencia con toda intención a fin de demostrar que este tipo de deducciones puede conducirnos a todas partes. El resultado depende de los propósitos de la persona que haga use del sistema. Permítanme ustedes, señores del jurado, hablarles del abuso que se hace de la psicología y de las consecuencias de tales abusos.

Se oyeron de nuevo risas de aprobación en el público.

Pero no reproduciré íntegramente el discurso de la defensa. Me limitaré a

reproducir los puntos más importantes.

XI. Ni dinero ni robo

Hubo un pasaje en el informe de la defensa que sorprendió a todos: aquél en que el abogado negó la existencia de los tres mil rublos y, por lo tanto, la posibilidad de que se hubiera cometido el robo.

—Señores del jurado, lo más sorprendente de este caso es la acusación de robo, a la vez que la imposibilidad absoluta de indicar a ciencia cierta lo que se ha robado. Se dice que han desaparecido tres mil rublos, pero nadie sabe si este dinero ha existido realmente. Juzguen ustedes. Ante todo, ¿cómo nos hemos enterado de la existencia de esos tres mil rublos y quién los ha visto? Sólo sabemos lo que nos ha dicho el sirviente Smerdiakov: que estaban en un sobre en el que se habían escrito unas palabras. Smerdiakov habló de este sobre, antes del suceso, al acusado y a Iván Fiodorovitch. También informó a la señorita Svietlov. Pero ninguna de estas tres personas ha visto el dinero. De aquí que no podamos menos de preguntarnos: si este dinero ha existido verdaderamente, y, si Smerdiakov lo había visto, cuándo lo vio por última vez. Además, ¿no pudo ocurrir que Fiodor Pavlovitch, sin decírselo a su criado, retirase los billetes de su cama y los volviera a guardar en la cajita donde los tenía habitualmente? Observen ustedes que, según Smerdiakov, el sobre estaba escondido debajo del colchón. Por lo tanto, el ladrón tuvo que sacarlo de allí. Sin embargo, la cama estaba intacta, según se testifica en el sumario. ¿Cómo se explica esto? Y, sobre todo, ¿cómo es posible que unas manos ensangrentadas se introdujeran debajo del colchón sin manchar las finas a inmaculadas sábanas que se habían puesto en la cama aquella noche? «Pero el sobre estaba en el suelo», se me dirá. Hablemos de este sobre; vale la pena. Hace un momento, nuestro eminente acusador, al pretender demostrar que es absurdo achacar el asesinato a Smerdiakov, ha dicho estas palabras que han causado no poca sorpresa: «Si el culpable se hubiera llevado el sobre, nadie se habría enterado de la existencia de esos tres mil rublos ni, por lo tanto, del robo cometido por el acusado.» Así, pues, según reconoce el propio ministerio público, ese trozo de papel desgarrado y escrito es la única base de la acusación de robo formulada contra mi cliente. Y yo me pregunto si el simple hecho de que ese sobre estuviera tirado en el suelo de la habitación es suficiente para demostrar que contenía el dinero y que este dinero fue robado. «Smerdiakov vio los billetes en el sobre», se me objetará. Pero yo me pregunto: ¿cuándo los vio por última vez? Hablé con Smerdiakov, le hice esta pregunta y él me contestó que había visto el dinero en el sobre dos días antes del drama. Por lo tanto, no hay ningún inconveniente en suponer que el viejo Fiodor Pavlovitch, en su febril impaciencia mientras esperaba a su amada, sacó el sobre de su escondite y lo abrió. « Gruchegnka tal vez no me crea, pero cuando le enseñe el fajo de treinta billetes, el efecto será inmediato: se sentirá fascinada.» Y rasga el sobre y lo tira al suelo, después de sacar el dinero,

naturalmente sin temor alguno a comprometerse. Señores del jurado, esta hipótesis es tan admisible como cualquier otra. Y si la admitimos, el móvil del robo deja de existir, ya que si no hay dinero, no hay robo. Se dice que el sobre abierto encontrado en el suelo de la habitación prueba la existencia del dinero; pero a mi nada me impide afirmar que el sobre estaba vacío antes de que lo viese el presunto ladrón, por haber sacado ya los billetes su propio dueño. «¿Pero adónde fue a parar ese dinero? —se me preguntará—. Se hizo un registro y no se encontró.» En primer lugar, se encontró una parte de él en la cajita; en segundo, Fiodor Pavlovitch pudo retirarlo a la mañana siguiente de haberlo visto Smerdiakov, a incluso más tarde, para gastarlo o enviarlo a alguna parte. En una palabra, pudo cambiar de idea sin juzgar necesario dar cuenta de ello a su sirviente. Por poco verosimil que sea esta hipótesis, ¿acaso tiene más fundamento acusar a mi defendido categóricamente de asesinato seguido de robo? Esto pertenece a los dominios de la novela. Para afirmar que se ha robado una cosa, hay que señalar la cosa robada o, cuando menos, demostrar claramente que ha existido. Pero resulta que nadie ha visto los tres mil rublos. Recientemente, en Petersburgo, un vendedor ambulante de dieciocho años entró en el establecimiento de un cambista, mató a éste a hachazos con una audacia extraordinaria, y se llevó mil quinientos rublos. Cinco horas después fue detenido y se encontró en su poder toda la cantidad robada: sólo faltaban quince rublos que se había gastado. Además, el empleado de la víctima, que en el momento del crimen estaba ausente, indicó a la policía no sólo el importe de lo robado, sino el valor y el número de billetes y de monedas de oro que integraban la suma. Todo se encontró en poder del asesino, el cual, por añadidura, confesó de plano. A esto llamo yo una prueba, señores del jurado. Allí estaba el dinero; se podía tocar; nadie podía negar que existiese. ¿Ocurre lo mismo en el caso que estamos debatiendo? No. Sin embargo, de nuestro debate depende la suerte de un hombre. « De acuerdo –se me puede decir—, pero el acusado pasó la noche de jarana y tiró el dinero. Todavía se le encontraron encima mil quinientos rublos. ¿De dónde los había sacado?» La respuesta es que precisamente el hecho de que sólo tuviera en su poder mil quinientos rublos, o sea la mitad de los tres mil, puede ser una prueba de que el dinero no procedía del sobre. Al instruirse el sumario se hicieron cálculos precisos de tiempo y se determinó que el acusado, después de su visita a las dos domésticas, se fue derechamente a casa del señor Perkhotine y que luego no estuvo solo un instante. Por lo tanto, no pudo ocultar en ninguna parte de la ciudad la otra mitad de los tres mil rublos. La acusación supone que el dinero está oculto en Mokroie, pero ¿por qué no sospechar que está en el castillo de Udolphe[122]? La suposición del señor fiscal es realmente fantástica, novelesca. Sin embargo, señores del jurado, basta prescindir de esta hipótesis para que la acusación de robo se venga abajo. ¿Qué se ha hecho de esos mil quinientos rublos? ¿Cómo se explica que hayan desaparecido si se tienen pruebas de que el

acusado no fue a ninguna parte? ¿Son suficientes estas deducciones novelescas para que estemos dispuestos a destrozar la vida de un hombre? Se me replicará que Dmitri Fiodorovitch no pudo explicar la procedencia del dinero que se le encontró encima y que todo el mundo sabía que antes de aquella noche no tenía ni un solo rublo. ¿Pero podemos aceptar que lo sabía todo el mundo? El acusado explicó con toda claridad de dónde procedía el dinero que estaba en su poder, y a mi juicio, señores del jurado, la explicación es perfectamente lógica y está de acuerdo con el carácter de mi cliente. La acusación se aferra a su propia novela. Dice que un hombre tan débil de carácter que se humilla a aceptar tres mil rublos de su prometida, no es lógico que retire la mitad de este dinero y lo conserve. Por el contrario, lo natural es que abra la bolsita cada dos días para sacar cien rublos, de modo que, al cabo de un mes, no quedará nada. Como recordarán ustedes, todo esto ha sido dicho en tono determinante. Pero si las cosas hubieran ocurrido de otro modo, el personaje creado por el señor fiscal sería falso. Así ha ocurrido. No faltará quien objete: «Hay testigos de que el acusado dilapidó de una vez en Mokroie los tres mil rublos que le prestó la señorita Verkhovtsev. Por lo tanto, no puede ser cierto que se guardara la mitad.» ¿Pero qué testigos son éstos? Ya hemos visto el crédito que se les puede prestar. Además, un pastel en manos ajenas parece siempre mayor de lo que es en realidad. Ninguno de estos testigos contó los billetes: todos cálcularon la cantidad a simple vista. El testigo Maximov asegura que el acusado tenía en la mano veinte mil rublos. Como ustedes ven, señores del jurado, la psicología es un arma de dos filos. Permítanme que utilice el filo contrario: ya verán ustedes lo que resulta.

»Un mes antes del drama, la señorita Verkhovtsev entrega al acusado tres mil rublos para que los envíe por correo, ¿pero hace la entrega en condiciones tan humillantes como se ha dicho aquí hace unos momentos? La primera declaración de la señorita Verkhovtsev sobre este punto fue muy distinta de la segunda. En ésta se percibía la cólera, el afán de venganza, un odio largo tiempo disimulado. La acusación no ha mencionado este cambio novelesco; yo no lo comentaré tampoco. Sin embargo, me permitiré observar que si una persona tan honorable como la señorita Verkhovtsev es capaz de prestar en la audiencia una declaración completamente distinta de la que hizo al instruirse el sumario, con el propósito evidente de perjudicar al acusado, no es menos evidente que sus declaraciones pecan de parcialidad. No se puede negar que una mujer ávida de venganza está predispuesta a exagerar las cosas, y especialmente las condiciones humillantes en que fue entregado el dinero. Esta entrega debió de hacerse, por el contrario, del modo más aceptable, sobre todo para un hombre tan irreflexivo como nuestro cliente y que además, confiaba en recibir de su padre los tres mil rublos que le correspondían en el ajuste de cuentas. Esto era problemático, pero el acusado, con su alegre confianza, estaba seguro de que recibiría los tres mil rublos y podría devolver a la señorita

Verkhovtsev la cantidad que le había prestado.

»Pero la acusación rechaza la versión de la bolsita. « Estos sentimientos son incompatibles con el carácter del acusado.» Sin embargo, el propio señor fiscal ha hablado de los dos abismos que Karamazov puede ver al mismo tiempo. En efecto, su carácter de dos caras puede llevarle a detenerse en medio de la más desenfrenada disipación, a causa de otra influencia. Y esta otra influencia existe en nuestro caso: fue el amor, un amor que se inflamó como la pólvora y para el que necesitaba dinero, más dinero aún que para divertirse con su amada. Si ella le dice: «Soy tuya: no quiero a Fiodor Pavlovitch» esto le bastará para entregarse totalmente a ella y desear llevársela lejos, cosa que no podrá hacer con los bolsillos vacíos. Así sucedió antes de que comenzara el jolgorio de aquella noche. Karamazov pensó que podía presentársele este problema, y este pensamiento fue lo que le llevó, por absurdo que parezca, a reservarse mil quinientos rublos. Pero pasa el tiempo y Fiodor PavIovitch no da al acusado los tres mil rublos. Por el contrario, corre el rumor de que los destina precisamente a seducir a la señorita Svietlov. El acusado piensa: «Si Fiodor Pavlovitch no me da el dinero, Catalina Ivanovna podrá decir que soy un ladrón.» Así nace en él la idea de ir a devolver a la señorita Verkhovtsev los mil quinientos rublos que sigue llevando en la bolsita pendiente de su cuello. Si procede de este modo podrá decirse: «Soy un miserable, pero no un ladrón.» He aquí una doble razón para que conserve ese dinero como algo precioso, en vez de abrir la bolsa a ir sacando billete tras billete. ¿Por qué negar al acusado el sentimiento del honor? Este sentimiento existe en él, tal vez mal comprendido, acaso erróneo, pero real y vehemente: Dmitri Fiodorovitch lo ha demostrado.

»La situación se complica, la tortura de los celos alcanza el paroxismo, y los dos problemas, siempre los mismos, obsesionan con fuerza creciente la imaginación del acusado. «Si devuelvo el dinero a Catalina Ivanovna, ¿cómo me podré llevar a Gruchegnka?» Si desde entonces no cesó de embriagarse y de alborotar en las tabernas fue precisamente porque se sentía amargado y no tenía valor para hacer frente a esta amargura. Aquellos dos problemas acabaron por ser para él tan irritantes, que le llevaron a la desesperación. Había enviado a su hermano menor a pedir por última vez los tres mil rublos a su padre, pero, sin esperar a recibir la respuesta, irrumpió en casa de Fiodor Pavlovitch y lo agredió ante testigos. Después de esto, ya nada podía esperar de su padre. Aquella misma noche se golpea el pecho, exactamente en el punto donde está su bolsita, y dice a su hermano que tiene un medio de borrar su vergüenza, pero que no lo utilizará, pues la debilidad de su carácter le impedirá dar ese paso. ¿Por qué se niega la acusación a aceptar la declaración de Alexei Karamazov, tan sincera, tan espontánea, tan lógica? ¿Por qué se obstina en imponer la versión del dinero oculto en una grieta de los sótanos del castillo de Udolphe?

»La noche misma de su conversación con su hermano, el acusado escribe la fatídica carta en que se basa principalmente la acusación de robo. En ella dice que pedirá el dinero a todo el mundo y que, si nadie se lo quiere dar, matará a su padre cuando Iván se haya marchado y se apoderará del sobre atado con una cinta de color de rosa, que Fiodor Pavlovitch tiene escondido en su cama. Refiriéndose a esta carta, el señor fiscal ha exclamado: «¡Aquí está el plan completo del asesinato! Todo ocurrió de acuerdo con lo que aquí se anuncia.» Pero, en primer lugar, hay que tener en cuenta que esta carta está escrita bajo los efectos del alcohol y de una desesperación extrema; en segundo, que habla del sobre sin haberlo visto, basándose sólo en las referencias de Smerdiakov; y, en fin, que aunque la carta exista, no puede probarse que lo que se dice en ella corresponda a los hechos que se produjeron después. ¿Encontró el acusado el sobre debajo del colchón? ¿Contenía este sobre el dinero? Además, ¿era el dinero lo que atraía al acusado? No, Dmitri Fiodorovitch no corrió como un loco para robar, sino para enterarse de dónde estaba la mujer que le había hecho perder la cabeza. No obró de acuerdo con un plan premeditado, sino impensadamente, en un arrebato de celos. «Sí, pero, después del asesinato, se apoderó del dinero. » ¿Después del asesinato? ¿Es que realmente lo cometió? Rechazo con indignación la hipótesis del robo, porque es evidente que no se puede hacer esta acusación sin señalar el objeto robado. ¿Pero hay pruebas de que el acusado cometiera el crimen, aunque no robase? ¿No será también esto una novela?

XII. No hubo asesinato

No olviden, señores del jurado, que está en juego la vida de un hombre y, por lo tanto, debemos obrar con prudencia. Hasta hoy el ministerio público no se había atrevido a admitir la premeditación. Para admitirla ha necesitado de esa fatídica carta escrita en estado de embriaguez que se ha presentado hoy al tribunal. «Todo sucedió tal como el acusado anunció por escrito.» Pero repito que Dmitri Fiodorovitch sólo fue a casa de su padre para saber si estaba allí su amada. Esto es indudable. Si el acusado hubiera hallado a la señorita Svietlov en su propia casa, no habría dado ningún paso más. Fue a casa de Fiodor Pavlovitch sin más propósito que el de buscar a su amada, tal vez sin acordarse de la carta que había escrito. «Pero cogió una mano de mortero.» Efectivamente, cogió este objeto que como ustedes saben, ha dado lugar a deducciones psicológicas. Sin embargo, acude a mi mente esta simple idea: si la mano de mortero, en vez de estar al alcance del acusado, hubiera estado guardada en uno de los armarios de la cocina, Dmitri Fiodorovitch, al no verla, habría salido de allí con las manos vacías y no habría podido agredir a nadie. ¿Se puede deducir de esta conducta la premeditación? Ciertamente, el acusado había proferido en las tabernás amenazas de muerte contra su padre, y dos días antes del drama, la misma noche en que escribió su famosa carta, no daba muestras de excitación: sólo discutió con un empleado, « cediendo a una costumbre inveterada». A esto se puede contestar que si el acusado hubiera tenido el propósito de matar, de cometer un crimen de acuerdo con un plan trazado por él mismo, habría evitado esta discusión y, seguramente, ni siquiera hubiese ido a la taberna. En estos casos se desea la calma y la soledad, no se quiere llamar la atención, no sólo por cálculo, sino también por instinto.

»Señores del jurado, quiero decir una vez más que la psicología es un árma de dos filos y que también yo sé manejarla. Las amenazas proferidas a gritos en las tabernas durante un mes, no significan nada. ¡A cuántos niños y a cuántos borrachos les oímos lanzar gritos semejantes en sus disputas, sin que la cosa pase de ahí! Esa carta fatal, ¿no es también un producto de la embriaguez y de la cólera, el grito de un borracho que anuncia con voz amenazadora que va a cometer una atrocidad? ¿Por qué no ha de ser así? ¿Qué razón hay para que esa carta sea forzosamente fatal y no grotesca? La razón es que se encontró asesinado a Fiodor Pavlovitch, que una persona vio al acusado huyendo por el jardín y que esta persona fue agredida y derribada por mi cliente. De esto se deduce que todo sucedió tal como Dmitri Fiodorovitch había anunciado por escrito y éste es el motivo de que la carta no se considere grotesca, sino fatídica. AI fin, gracias a Dios, hemos llegado al punto crítico. «El acusado estaba en el jardín; por lo tanto, él fue el que cometió el crimen.» En la acusación abundan los «por lo tanto». ¿Pero y si éstos fueran infundados, pese a las apariencias

de realidad? Desde luego, la trabazón de los hechos, las coincidencias, son elocuentes. Pero consideren ustedes los hechos por separado, sin dejarse impresionar por su conjunto. ¿Por qué la acusación se niega terminantemente a aceptar la declaración de mi cliente de que se alejó de la ventana de la habitación de su padre? Recuerden ustedes el sarcasmo con que el ministerio fiscal ha acogido la suposición de que ha habido prudencia y piedad en la conducta del acusado. ¿Pero por qué es imposible que mi cliente haya experimentado estos sentimientos? «Sin duda, mi madre rogó por mí en aquellos instantes», declaró Dmitri Fiodorovitch al instruirse el sumario. Se fue al comprobar que la señorita Svietlov no estaba en casa de su padre. El señor fiscal afirma que el acusado no pudo hacer tal comprobación desde la ventana. Pero yo no comparto esta opinión. La ventana se ha abierto al llamar en ella mi cliente de acuerdo con las instrucciones de Smerdiakov. Fiodor Pavlovitch puedé lanzar un grito, decir algo que revela la ausencia de la señorita Svietlov. ¿Por qué aferrarnos a una hipótesis surgida de nuestra imaginación? Mil detalles pueden eludir la observación del novelista más sutil. «Pero Grigori vio la puerta abierta. Por lo tanto, el acusado debió de entrar en la casa, y si entró, cometió el crimen.» Hablemos de esta puerta, señores del jurado. Sobre ella no tenemos más testimonio que el de un hombre cuyo estado le impedía ver las cosas con claridad. Pero admitamos que la puerta estaba abierta y que la negativa del acusado sea una falsedad dictada por el lógico deseo de defenderse; admitamos que entró en la casa; ¿pero por qué el hecho de que entrase ha de implicar necesariamente que cometiera el crimen? Pudo entrar, recorrer las habitaciones, incluso golpear a su padre, y luego, una vez convencido de que la señorita Svietlov no estaba allí, marcharse, alegrándose de no haberla encontrado, ya que encontrarla habría significado para él la tentación de cometer un crimen. Si después volvió a bajar de la tapia para acercarse a Grigori, víctima de su furor, fue porque era capaz de compadecerse, porque, al haber triunfado de la tentación, le animaba esa alegría que sólo pueden sentir las almas puras. Con seductora elocuencia el señor fiscal nos ha descrito las emociones del acusado en Mokroie, cuando el amor aparece ante él, llamándolo a una vida nueva, precisamente en un momento en que ya no era posible amar, por tener a sus espaldas el cadáver ensangrentado de su padre y ante él la perspectiva del castigo. O sea, que el ministerio público admite el amor, aunque explicándolo a su manera: el estado de embriaguez, la tregua de alegría proporcionada al criminal, etcétera, etcétera. Pero insisto en mi pregunta, señor fiscal: ¿no ha creado usted un falso personaje? ¿Tan desalmado es mi cliente que en aquellos momentos y teniendo sobre su conciencia la sangre de su padre, pudo pensar en el amor y sentir alegría? ¡No y mil veces no! Si el acusado hubiera tenido realmente sobre su conciencia la sangre de su padre, estoy convencido de que, al saber que ella lo amaba y le ofrecía la felicidad, habría experimentado una necesidad imperiosa de suicidarse y se habría quitado la vida. No

me cabe duda de que habría recordado dónde estaban las pistolas. Conozco bien al acusado y puedo afirmar que la brutal insensibilidad que se le atribuye no está de acuerdo con su carácter. Se habría matado: estoy seguro. Si no lo hizo, fue precisamente porque no había matado a su padre («su madre rogaba por él»). Aquella noche, en Mokroie, el acusado estaba atormentado únicamente por el recuerdo del viejo criado al que había herido, y pedía a Dios los librara, a Grigori de la muerte y a él del castigo. ¿Por qué no admitir esta versión? ¿Qué prueba tenemos de que el acusado miente? Otra razón que se nos da para atribuirle la muerte de su padre consiste en esta pregunta: si él huyó sin matar a Fiodor Pavlovitch, ¿quién puede ser el asesino?

»Otra vez nos enfrentamos con la lógica de la acusación: si no ha sido él, ¿quién ha cometido el crimen? No se puede sospechar de nadie más. Señores del jurado, ¿es esto cierto? ¿De veras no existe ningún otro posible asesino? El ministerio público ha citado a todos los que estaban, o estuvieron de paso, en la casa del crimen aquella noche. Éstos fueron cinco. Tres de las cinco personas deben quedar al margen de toda sospecha, lo reconozco: la víctima, el viejo Grigori y la esposa de éste. Por lo tanto, sólo quedan Karamazov y Smerdiakov. El señor fiscal ha exclamado patéticamente que el acusado ha denunciado a Smerdiakov como ultimo recurso, y que si hubiera existido una sexta persona, o solamente la sombra de ella, mi cliente se habría apresurado a acusarla. ¿Pero qué nos priva, señores del jurado, de razonar a la inversa? Tenemos enfrentados a dos individuos: el acusado y Smerdiakov. ¿Qué me impide afirmar que se acusa a mi cliente como último recurso? Pues se le acusa porque se ha excluido por anticipado a Smerdiakov de toda sospecha. En verdad, los únicos que han señalado a Smerdiakov como posible culpable han sido el acusado, sus dos hermanos y la señorita Svietlov. Pero hay otros testigos: la confusa emoción suscitada en la sociedad por ciertas sospechas, un vago rumor, una especie de ansiosa espera. Y también la coincidencia de ciertos hechos. Primero ese ataque de epilepsia que sufre Smerdiakov precisamente el día del crimen y que el ministerio público ha tenido que detenerse a justificar. Después el repentino suicidio de este sirviente el día antes de celebrarse el juicio. Y, en fin, la declaración, no menos inesperada, del hermano del acusado, que.considera a éste culpable y, de pronto, trae los tres mil rublos y afirma que el asesino es Smerdiakov. Estoy convencido, señores del jurado, de que Iván Fiodorovitch es en estos momentos un enfermo mental, y sé que su declaración puede ser una tentativa desesperada, concebida en un momento de delirio, de salvar a su hermano, achacando las culpas a un difunto. Sin embargo, el nombre de Smerdiakov se ha pronunciado en esta sala y de nuevo tenemos la impresión de hallarnos ante un enigma. Se diría, señores del jurado, que aquí hay algo indefinido, que no se ha terminado de expresar. Tal vez se haga la luz al fin, pero no nos anticipemos.

»Ahora voy a permitirme oponer ciertos reparos a la descripción que del carácter de Smerdiakov ha hecho el señor fiscal con una sutileza muy propia de su talento. Pero, aun reconociendo que la descripción ha sido admirable, no puedo suscribirla en sus rasgos esenciales. Vi a Srnerdiakov, hablé con él, y creo que es muy distinto de como nos lo ha presentado la acusación. Cierto que era débil de cuerpo, pero no lo era de carácter. No, no era el ser débil que nos ha descrito el señor fiscal. Sobre todo, carecía de esa timidez que le ha achacado el ministerio público. No existía en él la ingenuidad, sino una extrema desconfianza disfrazada de candidez y una mente capaz de todas las premeditaciones. El ingenuo ha sido nuestro acusador al ver en Smerdiakov un hombre débil de espíritu. A mí me produjo una impresión clara y terminante; tuve el convencimiento de que me hallaba ante un ser lleno de maldad, insaciable en sus ambiciones, envidioso y vengativo. Además, indagué sobre su vida. Le avergonzaba su origen, no podía recordar sin un gesto de despecho que era hijo de una cualquiera. No respetaba al viejo Grigori ni a su esposa, a pesar de que lo habían tenido a su cuidado desde su infancia. Maldecía a Rusia, se burlaba de su patria y soñaba con trasladarse a Francia y nacionalizarse francés. Antes del crimen, dijo muchas veces que sentía no poder llevar a cabo sus planes por falta de recursos. Creo que se consideraba un ser superior y que no sentía estimación por nadie, excepto por sí mismo... Un buen traje, una camisa limpia y botas relucientes constituían para él la fórmula de la cultura. Creía ser (hay pruebas de ello) hijo natural de Fiodor Pavlovitch. Esto pudo llevarle a considerar irritante su situación frente a la de los hijos legítimos de su dueño, ya que para ellos eran todos los derechos y sería toda la herencia, mientras que él no pasaba de ser el cocinero de la casa. Me contó que había ayudado a Fiodor Pavlovitch a guardar los tres mil rublos en el sobre. No cabe duda de que lo mortificó el destino que se daba a esta suma que le habría bastado para hacer su soñado viaje. Además, vio los tres mil rublos formando un fajo de flamantes billetes. Lo sé porque se lo sonsaqué intencionadamente. No enseñéis nunca a un hombre orgulloso y propenso a la envidia una importante cantidad de dinero. Era la primera vez que Smerdiakov veía tantos billetes juntos. Esta visión pudo dejar en su mente huellas profundas, aunque en el primer momento la impresión no tuviera consecuencias.

»Mi eminente contradictor ha expuesto con notable sutileza una serie de hipótesis, en favor y en contra, de la acusación de asesinato contra Smerdiakov, y finalmente ha preguntado: «¿Qué interés podía tener Smerdiakov en fingir un ataque?» A esto respondo que el ataque pudo no ser fingido, que Smerdiakov pudo sufrirlo realmente y más tarde volver en sí. Aunque no del todo, como suele ocurrir a los epilépticos, pudo recobrar la razón. «¿En qué momento cometió el crimen?», preguntará la acusación. Es una pregunta muy fácil de contestar. Smerdiakov pudo volver en sí y levantarse después de un sueño profundo (los epilépticos suelen dormir

profundamente tras los ataques), exactamente en el momento en que el viejo Grigori cogió al acusado por la pierna cuando éste cabalgaba ya sobre la tapia y gritó: «¡Parricida!» Este grito proferido en el silencio de la noche pudo despertar a Smerdiakov, cuyo sueño era ya, seguramente, más ligero. Entonces se levanta y, todavía medio dormido, va a ver qué ha pasado. Llega al jardín, se acerca a la ventana iluminada y se entera de lo ocurrido por boca de su amo, que se alegra de tenerlo junto a él. Fiodor Pavlovitch se lo cuenta todo detalladamente, y en la mente, aún no despejada, de Smerdiakov, surge una idea que va tomando cuerpo. Es una idea horrible, pero subyugadora y de una lógica irrefutable: matar, apoderarse de los tres mil rublos y dejar que todo el mundo culpe al hijo de la víctima. ¿Quién puede sospechar de él? ¿A quién se puede acusar sino a Dmitri Karamazov? Existen pruebas: están en el lugar donde se va a producir el hecho. La codicia y la confianza en la impunidad lo han dominado al mismo tiempo. La tentación de matar se presenta a veces de improviso, como una ráfaga. En resumen, que Smerdiakov pudo entrar en la casa y cometer el crimen. ¿Con qué arma? ¡Bah! Con la primera piedra que encontrara en el jardín. ¿Pero por qué? ¿Qué fin perseguía? Tres mil rublos son una fortuna, ¿no? Alguien pensará que me contradigo, pero no es así. El dinero pudo existir. Y acaso era Smerdiakov el único que sabía dónde lo podía encontrar. «¿Pero y ese sobre abierto abandonado en el suelo de la habitación?» Hace un momento, al decir el señor fiscal sutilmente que sólo un ladrón sin experiencia, precisamente como Karamazov, podía obrar así, y que Smerdiakov no habría dejado jamás tras él semejante prueba de culpa; hace un momento, repito, he recordado que este argumento no era una novedad para mi. La hipótesis de que sólo un hombre como Karamazov podía haber arrojado el sobre al suelo ya la había oído dos días antes de labios de Smerdiakov, cosa que, por cierto, me sorprendió extraordinariamente. Tuve la impresión de que Smerdiakov se hacía el ingenuo para inculcarme esta idea y que yo llegara a la misma conclusión por inspiración suya. ¿No procedería del mismo modo en la instrucción del sumario, consiguiendo imponer esta hipótesis al eminente representante del ministerio público? «¿Y la mujer de Grigori?», se me preguntará. «Estuvo oyendo gemir al enfermo toda la noche.» En efecto, así lo ha atestiguado ella. Pero este argumento es sumamente frágil. Un día, una señora amiga mía se quejaba de no haber podido dormir en toda la noche a causa de los ladridos de un perro. Sin embargo, el pobre animal, como pudo comprobarse, sólo había ladrado dos o tres veces. Estos errores son naturales. Una persona está durmiendo; oye gemir y se despierta renegando, para volver a dormirse en seguida. Dos horas después, nuevo gemido, otra vez se despierta y otra vez se duerme. Esto se repite dos horas más tarde. En total, ha ocurrido tres veces. Pero esa persona se levanta por la mañana quejándose de no haber dormido en toda la noche y diciendo que los gemidos han sido incesantes. Sin duda, esa persona cree sinceramente que ha sido así. Los

intervalos de dos horas de sueño no se pueden recordar; sólo los minutos de vigilia se fijan en la memoria, dando la impresión de que las interrupciones del descanso han sido continuas.

»«¿Pero por qué —replica la acusación— no confesó Smerdiakov su crimen en la nota que dejó escrita antes de suicidarse? ¿Acaso su conciencia no llegaba a tanto?» Permítanme una observación. La conciencia va unida al arrepentimiento. Tal vez el suicida no estaba arrepentido, sino solamente desesperado. Son dos cosas muy diferentes. A la desesperación puede ir unida la maldad, y no es necesario que el desesperado sienta el deseo de reconciliarse con Dios. Es posible que el suicida, en sus últimos momentos, odiase más que nunca a aquellos a quienes había envidiado toda la vida.

»Señores del jurado, procuren no cometer un error judicial. ¿Hay algo inverosímil en mi tesis? Traten de encontrar un error, un detalle imposible, un hecho absurdo, y si no lo hallan, si consideran que en mis suposiciones hay un poco de verosimilitud, por insignificante que este poco sea, obren con prudencia. Les juro por lo más sagrado que creo con absoluta sinceridad en la versión del crimen que acabo de exponer. Lo que me inquieta es que entre el cúmulo de hechos contra mi cliente que nos ha ofrecido la acusación, no exista ni uno solo cuya exactitud y evidencia no puedan ponerse en duda. Ciertamente, el conjunto de los hechos es abrumador para el acusado: esa sangre que gotea de sus manos y que mancha sus ropas, el grito de «¡Parricida!» que resuena en la oscuridad de la noche, el hecho de que la persona que ha lanzado este grito se desplome con la cabeza abierta, y, además, el cúmulo de palabras, de declaraciones, de exclamaciones que se han oído aquí... Todo esto, señores del jurado, puede torcer una convicción, pero no la de ustedes. No olviden que se les ha conferido un poder ilimitado, que pueden hacer y deshacer. Pero cuanto mayor es el poder que se tiene, mayor debe ser el cuidado con que se ejerza. Mantengo firmemente todo lo que acabo de decir; pero voy a convenir por un momento con la acusación de que mi desventurado cliente se ha manchado las manos con la sangre de su padre. Esto no es más que una suposición, pues repito una vez más que no tengo la menor duda de que el acusado es inocente. Sin embargo, les ruego que me escuchen aunque adopte esta actitud. Tengo que decirles todavía algunas cosas que considero útiles para hacer frente al violento combate que se está librando —ésta es mi creencia— en sus corazones... Perdónenme esta alusión, señores del jurado; pero quiero ser sincero hasta el fin. ¡Seamos sinceros todos!

En este punto de su discurso, el abogado defensor fue interrumpido por una salva de aplausos. Fue tanta la emoción con que pronunció sus últimas palabras, que todos creyeron que verdaderamente tenía algo, y muy importante, que decir.

El presidente amenazó con hacer evacuar la sala si se repetían semejantes manifestaciones. Dicho esto, se dispuso a escuchar y Fetiukovitch reanudó la defensa

con un acento de convicción muy distinto del que había empleado hasta aquel momento.

XIII. Un sofista

No es solamente el conjunto de los hechos lo que abruma a mi cliente, señores del jurado; lo que más le perjudica es el hechc de que la víctima sea su padre. Si se tratara de un crimen corriente, ustedes, dada la duda que se cierne sobre este asunto cuando consideramos los hechos aisladamente, no mantendrían una actitud acusadora o, por lo menos, vacilarían en condenar a un hombre exclusivamente porque ocupe, con sobrados motivos, por cierto, el banquillo de los acusados. Pero estamos en presencia de un parricida. Esta palabra impone de tal modo, que fortalece, incluso en el ánimo más objetivo, los puntos fundamentales de la acusación. ¿Cómo perdonar a un hombre de un crimen tan horrendo? Si fuera verdaderamente culpable y quedara sin castigo... Éste es el sentimiento instintivo de todos. En verdad, es algo espantoso matar a un padre, al hombre que nos ha engendrado y amado, que no ha rehuido ningún sacrificio por nosotros, que nos ha atendido con angustia en las enfermedades de nuestra infancia, que ha sufridc para darnos la felicidad y sólo ha vivido para nuestras alegrías y nuestros éxitos. No, no se concibe que se pueda asesinar a un padre así. Señores del jurado, ¡qué grandeza encierrá la palabra padre cuando se trata de un padre verdadero! Acabamos de dar una idea de lo que es un verdadero padre. Pero en nuestro caso, en este doloroso asunto, tenemos un padre, Fiodor Pavlovitch Karamazov, que no se parecía en nada al que acabo de describir. Pues hay ciertos padres que son una verdadera vergüenza. Analicemos las cosa, átentamente; no debemos detenernos ante nada, en vista de la gravedad de la decisión que hemos de tomar. No debemos tener miedo ni eludir ciertas ideas, «como si fuéramos niños o débiles mujeres», según la feliz expresión del eminente representante del ministerio público. Mi honorable adversario, en el curso de su ardoroso informe, ha exclamado varias veces: «No dejaré en manos de nadie la defensa del acusado: yo soy a la vez su acusador y su defensor.» Sin embargo, se ha olvidado de mencionar el detalle de que el abominable acusado ha conservado durante veintitrés años la gratitud por una libra de avellanas, la única golosina que saboreó en la casa paterna, y que, por lo tanto, mi cliente debe de recordar también que correteaba por la casa de su padre descalzo y con los pantalones abrochados por un solo botón, según nos ha revelado un hombre de tan buenos sentimientos como el doctor Herzenstube.

»Señores del jurado, no nos detengamos en los detalles de esta lamentable paternidad, ya que todo el mundo la conoce. ¿Qué ha encontrado mi cliente al llegar a casa de su padre? ¿Hay razón para que se le presente como un hombre sin corazón, como un ser egoísta, como un monstruo? Es impulsivo, violento como un salvaje: así se le considera. ¿Pero quién es el culpable de que sea de este modo si, a pesar de su inclinación al bien y de su corazón sensible y abierto a la gratitud, se ha hecho

hombre en un ambiente tan monstruoso? ¿Le ha ayudado alguien a cultivar su razón, se ha cuidado alguien de educarlo, recibió algún afecto en su infancia? Mi cliente se ha desarrollado a la buena de Dios, como un animal selvático. Tal vez ardía en deseos de ver a su padre después de tantos años de separación; tal vez, acordándose de su infancia como a través de un sueño, apartó muchas veces de su corazón los odiosos fantasmas del pasado y deseó con toda su alma absolver y abrazar a su padre. ¿Pero qué ocurrió cuando volvió a verlo? Que lo recibió con cínicas sonrisas, con desconfianza, con ironías acerca de la herencia de su madre. Sólo oye palabras ofensivas, y, para que nada le falte, ve que su padre pretende arrebatarle la mujer amada, ofreciéndole el dinero que le pertenece a él. Señores del jurado: reconozcan que esto es atroz, repugnante. Además, este padre se queja ante todo el mundo de la falta de respeto y la violencia de su hijo, lo calumnia, pone en su camino toda clase de obstáculos, compra sus pagarés con el propósito de llevarlo a la cárcel. Hay hombres que parecen desalmados, violentos, impetuosos, como mi cliente, y son en realidad bondadosos; si parecen distintos es porque no han tenido ocasión de demostrar su bondad. No tomen a broma esta idea. El señor fiscal se ha burlado de mi cliente por considerarlo un apasionado de Schiller. Yo, en su lugar, no me habría burlado. Estos seres, permíitidme defenderlos, suelen estar sedientos de ternura, de belleza, de justicia, precisamente porque, sin que ellos lo sospechen, estos sentimientos contrastan con la violencia y la dureza de su conducta. Por muy desalmados que parezcan, son capaces de amar hasta el sufrimiento, de sentir por una mujer un amor espiritual y profundo. Y esto es, créanme ustedes, lo que suele ocurrirles. Sin embargo, no pueden disimular su impetuosa rudeza, que es lo único que vemos de ellos, ya que su interior permanece oculto. Las pasiones de estos seres se apaciguan con facilidad. Cuando se ven ante una persona de sentimientos elevados, sus almas, aparentemente rudas y violentas, tratan de regenerarse, de corregirse, de ser nobles, rectas, «sublimes», por desacreditada que esté esta expresión.

»He dicho hace unos momentos que no comentaría las relaciones de mi cliente con la señorita Verkhovtsev. Sin embargo, puedo decir algo de este asunto. Hemos oído de sus labios no una declaración, sino el grito de una mujer exaltada que comete un acto de venganza. Esa mujer no tiene ningún derecho a acusar a mi cliente de traición, pues ha sido ella la que lo ha traicionado. Si hubiera podido reflexioilar, no habría hecho semejante declaración. No la creáis. Mi cliente no es un monstruo, como ella lo ha llamado. El Crucificado, que amaba a los hombres, dijo en las angustias de la Pasión: «Soy el Buen Pastor que da su vida por sus ovejas; ninguna perecerá[123]». No perdamos a un alma humana. Me he preguntado qué es un buen padre y he respondido que esta expresión designa algo noble y magnífico. Pero hay que aplicar el calificativo con exactitud, señores del jurado; hay que llamar a las

cosas por su verdadero nombre. Un padre como el viejo Karamazov no merece llamarse padre. El amor filial injustificado es absurdo. No puede suscitar amor el que no da nada; sólo Dios puede sacar de la nada algo. «Padres, no irritéis a vuestros hijos[124]», escribe el apóstol con el corazón inflamado de amor. Recuerdo estas santas palabras, no sólo por el padre de mi cliente, sino por todos los padres. ¿Quién me ha dado autoridad para aleccionarlos? Nadie. Pero yo me dirijo a ellos como hombre y como ciudadano: vivos voco[125]. Permanecemos poco tiempo en la tierra. Nuestro actos y nuestras palabras suelen ser malos. Por lo tanto, debemos aprovechar los momentos en que nos reunimos para decirnos algo bueno. Esto es lo que hago yo: aprovechar la ocasión que se me ofrece. No es que la suprema autoridad me haya concedido esta tribuna, pero pienso que toda Rusia me está escuchando. No me dirijo únicamente a los padres que están en esta sala, sino a todos los padres. A todos les digo: «Padres, no provoquéis la ira de vuestros hijos.» Empecemos por cumplir los preceptos de Cristo: sólo así podremos exigir algo a los seres que hemos traído al mundo. Si no procedemos de este modo, no seremos sus padres, sino sus enemigos, y ellos verán en nosotros sus enemigos y no sus padres. Y la culpa será nuestra. «Con la medida que midáis se os medirá a vosotros[126]». Esto no lo digo yo, sino los Evangelios. Medid con la misma medida con que se os mida. No podemos reprochar a nuestros hijos que hagan con nosotros lo que nosotros hacemos con ellos.

»Hace poco, en Finlandia, se acusó a una muchacha de haber dado a luz clandestinamente. La vigilaron y encontraron en el granero, oculta en un montón de ladrillos, su maleta y, dentro de esta maleta, el cadáver de un recién nacido. La propia madre era la autora del crimen. Se descubrieron los esqueletos de otros dos niños, a los que la misma madre había dado muerte después de haberlos traído al mundo, según confesó la propia culpable. ¿Es esto una madre, señores del jurado? Tuvo hijos, pero ¿puede haber alguien que se atreva a aplicarle el santo nombre de madre? Seamos audaces, señores, seamos incluso temerarios. En este momento tenemos el deber de serlo. No debemos temer a ciertas expresiones ni a ciertas ideas; no imitemos a los mercaderes de Moscú, que temen a las palabras «metal» y «azufre». Demostremos que el progreso de los últimos años ha influido en nosotros y digamos francamente: no basta engendrar para ser padre, hace falta además merecer este nombre. Sin duda, se da otro significado a la palabra padre, ya que se llama así al que ha engendrado hijos, aunque sea un monstruo y un enemigo declarado de ellos. Pero este significado es puramente místico, por decirlo así, choca con la inteligencia y sólo puede admitirse como artículo de fe. Lo mismo ocurre con otras muchas cosas incomprensibles en las que se cree porque la religión lo ordena. Pero en este caso, las cosas no pertenecen al dominio de la vida real. Dentro de este dominio, donde existen no solamente derechos, sino también importantes deberes, si queremos ser humanos, cristianos, tenemos que hacer use exclusivamente de las ideas justificadas por la

razón y la experiencia y pasadas por el tamiz del análisis; tenemos, en una palabra, que proceder sensatamente y no de un modo extravagante, como en sueños o delirando, para no perjudicar al prójimo. Entonces obraremos como cristianos y no solamente como místicos, y realizaremos una labor racional y verdaderamente altruista...

En este momento se oyeron aplausos en varios puntos de la sala, pero Fetiukovitch hizo un ademán con el que dio a entender que suplicaba que no lo interrumpieran. Al punto se restableció el silencio y el orador continuó:

—¿Creen ustedes, señores del jurado, que estas cuestiones pueden pasar inadvertidas a los hijos que llegan a la edad de reflexionar? No, de ningún modo. Y no debemos pedirles que se abstengan de lo que no se pueden abstener. Un padre indigno —indignidad que se puede advertir fácilmente si se compara a este padre con los padres de los amigos o los compañeros de colegio— inspira al muchacho, aunque no lo quiera, una serie de preguntas dolorosas. A estas preguntas se le responde superficialmente: «Te ha engendrado, llevas su sangre en tus venas. Por lo tanto, debes quererlo.» Cada vez más sorprendido, el muchacho se pregunta a pesar suyo: «¿Acaso me quería cuando me engendró? Entonces no me conocía, ni siquiera sabía cuál era mi sexo. En aquel momento de pasión tal vez estaba enardecido por el alcohol. Y yo he recibido como herencia la inclinación a la bebida: esto es todo lo que le debo. ¿Por qué tengo que amarlo? ¿Sólo porque me ha engendrado y a pesar de que él no me ha querido nunca?» Estas preguntas les parecerán a ustedes despiadadas, crueles, pero no se puede pedir demasiado a una inteligencia que empieza a despertar. Arrojad lo lógico y natural por la puerta, y lo veréis entrar por la ventana. Pero, sobre todo, no temamos al «metal» y al «azufre»; resolvamos esta cuestión de acuerdo con la razón y los sentimientos humanos, y no encerrándonos en ideas místicas. Que el hijo vaya a preguntar seriamente a su padre: «¿Por qué tengo que quererte? Demuéstrame que esto es un deber.» Si este padre es capaz de contestarle y darle la prueba que le pide, nos hallamos en presencia de una familia normal, verdadera, que no descansa solamente en prejuicios místicos, sino también en una base racional y rigurosamente humana. Pero si el padre no demuestra al hijo que debe amarlo, la familia no existe, el padre no es tal padre y el hijo queda en libertad y con derecho a considerar al autor de sus días como un extraño e incluso como un enemigo. ¡Nuestra tribuna, señores del jurado, debe ser la escuela de la verdad y de las ideas sanas!

Una salva de aplausos interrumpió al orador. No eran unánimes, pero no menos de la mitad de la sala aplaudía, y en esta mitad había padres y madres. De las tribunas ocupadas por las damas salieron gritos entusiastas. Incluso se agitaron pañuelos. El presidente hizo sonar la campanilla con todas sus fuerzas. Era evidente su enojo ante el escándalo, pero no se atrevió a cumplir su amenaza de hacer evacuar la sala.

Incluso las autoridades y los viejos aplaudieron al orador. De aquí que, una vez calmados los ánimos, el presidente se limitase a repetir la amenaza que no había cumplido. Emocionado y triunfante, Fetiukovitch reanudó su discurso.

—Recuerden ustedes, señores del jurado, aquella horrible noche de la que tanto se ha hablado aquí, aquella noche en que el hijo saltó la tapia del jardín de su padre y se encontró frente a frente con el enemigo que le había dado la vida. Insisto en que no fue el dinero lo que le atrajo allí; la acusación de robo es absurda por las razones que ya he expuesto. Tampoco era su intención matar. Si hubiera abrigado tal propósito, se habría provisto de una verdadera arma y no de una mano de mortero de la que se apoderó con un movimiento instintivo, sin saber por qué. Admitamos por unos momentos que engañó a su padre llamando con los golpes convenidos y que entró en la casa. Ya he dicho que no creo en esta fantasía, pero supongamos momentáneamente que ocurrió así. En este caso, señores del jurado, estoy completamente seguro de que si el rival de Dmitri Karamazov, en vez de ser su padre, hubiera sido un extraño, el acusado, después de comprobar que su amada no estaba allí, se habría apresurado a marcharse, sin hacer el menor daño o, a lo sumo, después de zarandearlo o golpearlo, ya que lo único que le interesaba era encontrar a Gruchegnka. Pero el rival era su padre, el que lo ha abandonado en su infancia, el monstruo al que considera como su peor enemigo. Al verlo, el odio lo ciega y anula su razón. Todas las ofensas recibidas acuden en tropel a su memoria. Es como un arrebato de locura, pero también un impulso natural, inconsciente, contra la transgresión de las leyes eternas. En este caso no se puede acusar al homicida de ser un verdadero criminal. No, no se le puede acusar. El supuesto asesino se ha limitado a,levantar la mano de mortero en un impulso de indignación, de contrariedad, sin el propósito de matar, sin darse cuenta de que puede dar muerte a su enemigo. Si no hubiera tenido en sus manos esa fatídica mano de mortero, es posible que hubiera golpeado a su padre, pero no lo habría matado. Cuando huye, ignora si ha dado muerte al viejo que ha dejado tendido en el suelo. Un crimen así no puede llamarse crimen, no puede llamarse parricidio. La muerte de un padre como Fiodor Pavlovitch sólo pueden calificarla de parricidio aquellas personas a las que ciegan los prejuicios.

»¿Pero se ha cometido realmente este crimen que acabamos de describir, que acabamos de aceptar sin creer en él? Señores del jurado, si condenamos al acusado, él se dirá: «Estas personas no han hecho nada por mí, por educarme, por instruirme, por mejorar mi modo de ser, por hacerme hombre; me han negado su ayuda. Y ahora quieren enviarme a presidio. Estamos, pues, en paz: no debo nada a nadie. Son crueles; también lo seré yo.» Esto es lo que se dirá, señores del jurado. Les aseguro que, si lo declaran culpable, sólo conseguirán descargar su conciencia y procurarle una satisfacción, ya que, lejos de sentir remordimiento, maldecirá a la víctima de su crimen. Con este proceder, haréis imposible la remisión del culpable, que conservará

su maldad y su ceguera hasta el fln de sus días. En cambio, si quieren ustedes infligirle el más duro castigo que puedan imaginar y al mismo tiempo regenerarlo para siempre, descarguen sobre él todo el peso de su clemencia. Entonces lo verán estremecerse y le oirán preguntarse: «¿Merezco esta ayuda, esta estimación?» Porque en el alma inculta de ese hombre, señores del jurado, hay un fondo de nobleza. Se inclinará ante vuestra bondad, anhela realizar una gran demostración de afecto. Su corazón se inflamará y su resurrección será definitiva. Hay almas tan mezquinas que acusan a todo el mundo. Pero colmad estas almas de misericordia, demostradles amor, y maldecirán sus obras, pues los gérmenes del bien abundan en ellas. El alma del acusado se abrirá como una flor ante la indulgencia divina, la bondad y la justicia de los hombres. Se sentirá arrepentido y le abrumará la inmensidad de la deuda contraída. Entonces no dirá que no debe nada a nadie, sino que es culpable ante todos y el más indigno de todos. Bañado en lágrimas de ternura, exclamará: «Hay hombres que valen mucho más que yo, pues podían perderme y me han salvado.» Os será fácil ser clementes, ya que, al no tener pruebas decisivas contra él, os resultaría penoso dar un veredicto de culpabilidad. Vale más dejar en libertad a diez culpables que condenar a un inocente. Nc olvidéis la voz poderosa que resonó el siglo pasado en nuestro pals y que engrandeció nuestra historia. ¿Quién soy yo, pobre de mí, para recordaros que la justicia rusa no tiene como único fin castigar, sino también salvar a los seres perdidos? Que los demás pueblos observen la letra de la ley; observemos nosotros su espíritu y su esencia para la regeneración de los caídos. Si procedemos así, Rusia irá hacia adelante. No sintáis temor ante esas *troikas* desenfrenadas de las que otros pueblos se apartan con aversión. Ahora no se trata de una *troika* desbocada, sino de un carruaje majestuoso que avanza con solemne impasibilidad hacia su fin. Él destino de mi cliente, y también el del derecho ruso, está en vuestras manos. Para salvar y defender este derecho debéis mostraros a la altura de vuestra misión.

XIV. El jurado se mantiene firme

Así terminó Fetiukovitch su discurso. El entusiasmo de sus oyentes no tuvo límites. No había que pensar en reprimirlo. Las mujeres lloraban; también derramaban lágrimas algunos hombres, entre ellos los dignatarios. El presidente se resignó y esperó unos momentos para hacer sonar la campanilla. Ante esta actitud, una de las damas comentó:

—Interrumpir esta explosión de entusiasmo habría sido una profanación.

Incluso el orador estaba sinceramente emocionado.

Entonces se levantó Hipólito Kirillovitch para replicar. Se concentraron en él miradas de odio.

—¿Cómo se atreve a contestar? —murmuraron las damas.

Pero ni estos rumores ni los de todas las damas del mundo, sin excluir a su esposa, habrían podido contener al fiscal. Estaba pálido y temblaba de emoción. Sus primeras palabras fueron incomprensibles. Jadeaba, se le trababa la lengua, no conseguía expresarse con claridad. Pero este segundo discurso fue breve. Me limitaré a citar algunos de sus párrafos.

—...Se me acusa de que en mi discurso hay mucho de novela; ¿pero acaso no peca de lo mismo el informe del abogado defensor? Sólo le ha faltado hablar en verso. Fiodor Pavlovitch, mientras espera a su amada, rasga el sobre y lo arroja al suelo. La defensa incluso cita las palabras que el viejo pronuncia en este momento. ¿No es esto un poema? ¿Qué prueba hay de que sacó el dinero? ¿Quién oyó lo que dijo? Y ese imbécil de Smerdiakov convertidó en una especie de héroe romántico que odia a la sociedad por su condición de hijo ilegítimo, ¿no es un poema a lo Byron? El caso del hijo que entra en casa de su padre y lo mata sin matarlo, no es ya una novela ni un poema, sino un enigma planteado por una esfinge, que tal vez ni ella misma puede resolver. Si ha matado, ha matado. ¿Se puede admitir que no sea un criminal habiendo cometido un crimen? Después de haber dicho que nuestra tribuna debe ser la escuela de la verdad y de las ideas sanas, la defensa afirma que sólo por prejuicio se puede calificar de parricidio el asesinato de un padre. Si el parricidio es un prejuicio, si cualquier hijo puede preguntar a su padre por qué tiene el deber de quererlo, ¿qué será de la familia y de las bases de la sociedad? El parricida es el «azufre» de los mercaderes moscovitas. La defensa ha desnaturalizado las más nobles tradiciones de la justicia rusa, únicamente para conseguir la absolución de algo que no se puede perdonar. El defensor nos pide que colmemos de clemencia al criminal, pues esto es lo que necesita, y nos asegura que pronto veríamos el buen resultado de este proceder. Sin duda, ha sido muy modesto al contentarse con pedir la absolución del acusado. Podía haber solicitado la creación de un fondo para inmortalizar las hazañas de los parricidas y presentarlas como ejemplo de la juventud actual. El señor

Fetiukovitch ha rectificado el Evangelio y la religión. « ¡Todo eso es misticismo! Sólo yo poseo la verdad del cristianismo, de acuerdo con el análisis, la razón y las ideas sanas.» Incluso nos ha presentado una falsa image de Cristo. «Te medirán con la misma medida que midas tú. » A esto le llama él proclamar la verdad. Ha leído el Evangelio el día antes de pronunciar su discurso, para exhibir una interpretación original y brillante en el momento en que más efecto ha podido producir. Sin embargo, Cristo nos prohíbe proceder de este modo que induce a la maldad. Lo que nos ordena que hagamos es no devolver mal por mal, sino ofrecer la mejilla y perdonar a los que nos ofenden. Esto es lo que nos enseña Dios y no que sea un prejuicio prohibir a los hijos que maten a sus padres. Guardémonos de corregir desde la tribuna el Evangelio de Dios, al que el señor Fetiukovitch solo llama «el Crucificado que ama a los hombres», enfrentándose con toda la Rusia ortodoxa que, cuando lo invoca, proclama: «¡Tú ere nuestro Dios!»...

En este momento intervino el presidente para rogar al orador que no exagerase, que permaneciera en los justos límites, etc., como todos los presidentes suelen hacer en estos casos. La sala era como un mar tormentoso. El público agitábase y profería exclamaciones de indignación. Fetiukovitch no contestó; se limitó a llevarse las manos ál corazón y a pronunciar en un tono de hombre ofendido algunas palabras llenas de dignidad. De nuevo aludió con ironía a la psicología y a la novela, y halló la oportunidad de lanzar esta pulla: «Júpiter, te has equivocado, puesto que te enojas», lo que hizo reír al público, ya que Hipólito Kirillovitch no tenía la menor semejanza con Júpiter. Como respuesta a la acusación de permitir el parricidio, manifestó dignamente que no quería responder. Respecto a lo de la «falsa imagen de Cristo» y al detalle de que no se había dignado llamarle Dios, sino solamente «el Crucificado que amaba a los hombres, lo que era contrario a la ortodoxia, Fetiukovitch contestó dando a entender que había llegado con la creencia de que en aquella sala estaría a salvo de acusaciones «que eran una amenaza contra un ciudadano recto y leal que...» . Pero el presidente cortó en este punto su réplica y Fetiukovitch se inclinó entre murmullos de aprobación. A juicio de las damas, Hipólito Kirillovitch había sido aplastado.

A continuación se le concedió la palabra a Mitia. Éste se levantó, pero apenas dijo nada. Había llegado al limite de sus fuerzas físicas y morales. La resolución y energía con que había entrado en la sala se habían desvanecido casi por completo. Durante aquella jornada parecía haber pasado una crisis decisiva que le había hecho comprender algo muy importante hasta entonces no comprendido. Habló con voz débil. En sus palabras se percibió la resignación y el abatimiento de la derrota.

—¿Qué puedo decir, señores del jurado? Se me va a juzgar. Siento sobre mí la mano de Dios. Ha terminado mi vida de desorden. Como si me confesara ante Dios, os digo que no he vertido la sangre de mi padre. No, no fui yo quien lo mató. Yo era

un libertino, pero me atraía el bien. Siempre deseé corregirme. He vivido como un animal salvaje. Doy las gracias al señor fiscal. Ha dicho de mí cosas que yo ignoraba; pero se ha equivocado al afirmar que he matado a mi padre. Doy las gracias también a mi defensor; su discurso me ha hecho llorar de emoción. Pero no ha debido admitir, ni siquiera como suposición, que yo haya podido matar a mi padre, porque esto es totalmente falso. No creáis a los médicos: conservo toda mi razón; mi único mal es que estoy agotado. Si me perdonáis, si me devolvéis la libertad, oraré por vosotros y seré un hombre mejor: os doy mi palabra, os lo juro ante Dios. Si me condenáis, yo mismo romperé mi espada y besaré los pedazos. Pero perdonadme, no me privéis de Dios, porque me conozco y sé que acabaré por rebelarme contra mi destino... Estoy aniquilado, señores. ¡Perdónenme!

Se desplomó en su asiento. Su voz se había quebrado; su última frase había sido un murmullo ininteligible. Acto seguido, el tribunal redactó las preguntas para el jurado y pidió las conclusiones a las dos partes. Momentos después, el jurado se dispuso a retirarse para deliberar. El presidente, que estaba extenuado, se limitó a decir: «Sean imparciales, no se dejen influir por la elocuencia de la defensa; pero mediten bien su decisión; no olviden la alta misión que se les ha confiado.»

Se retiró el jurado y se suspendió la vista. Los concurrentes pudieron dar una vuelta por el edificio, cambiar impresiones, restaurar sus fuerzas en el bar. Era ya muy tarde, alrededor de la una de la madrugada, pero nadie se fue. La tensión nerviosa no permitía pensar en el descanso. Todos esperaban el veredicto con la ansiedad de la duda. Sólo las damas estaban seguras del resultado que esperaban con impaciencia febril. «No cabe duda de que lo absolverán», afirmaban. Y se preparaban para el momento emocionante del entusiasmo general. También eran mayoría los hombres que estaban seguros de la absolución. Algunos se mostraban satisfechos, pero otros no disimulaban su contrariedad, prueba evidente de que consideraban culpable al acusado. Fetiukovitch estaba seguro de su éxito. Le rodeaba un grupo de admiradores que lo felicitaban efusivamente.

—Hay —decía el famoso abogado, y sus palabras se divulgaron inmediatamente — una serie de hilos invisibles que unen al defensor con los miembros del jurado. Estos enlaces se establecen durante el discurso de la defensa. Sé que existen, porque los he sentido. Pueden estar tranquilos: tenemos ganada la causa.

Un señor grueso y picado de viruelas, de semblante ceñudo, propietario de los alrededores de la ciudad, se acercó a otro grupo y exclamó:

—Veremos lo que deciden esos palurdos.

—No todos son palurdos: hay cuatro funcionarios.

—Sí, cuatro funcionarios —dijo un miembro del Zemstvo.

—Oiga, Prochor Ivanovitch: ¿conoce usted a Nazarev, ese comerciante al que concedieron una medalla? Pues es uno de los miembros del jurado.

—¿Y qué?

—Es una de las lumbreras de la corporación.

—Pero nunca despega los labios.

—Mejor que mejor. Ningún petersburgués puede darle lecciones. Tiene nada menos que doce hijos.

En otro grupo preguntó uno de nuestros jóvenes funcionarios:

—¿Creen ustedes posible que no lo absuelvan?

—Estoy seguro de que lo absolverán —dijo otra voz en tono resuelto.

—¡Sería vergonzoso que no lo absolvieran! —exclamó el funcionario—. Aun admitiendo que haya cometido el homicidio, hay que tener en cuenta cómo era el padre al que dio muerte. Además, estaba enajenado. Pudo darle un golpe, uno solo, con la mano de mortero, y ser esto suficiente para que la víctima se desplomara... Creo que ha sido un error mezclar a Smerdiakov en el asunto. Ha sido una nota grotesca. Si yo hubiera estado en lugar del defensor, habría dicho simplemente: «Ha matado a su padre, ¡pero está libre de culpa, caramba! »

—Pues eso ha hecho. La única diferencia es que no ha dicho «caramba».

—No lo ha dicho, pero le ha faltado muy poco —intervino un tercero.

—Oigan, señores; en la cuaresma se absolvió a una actriz que le había cortado el cuello a la mujer de su amante.

—Sí, pero no se lo cortó del todo.

—Eso es igual; el caso es que había empezado.

—Lo que ha dicho de los hijos ha sido admirable.

—Desde luego.

—¿Y qué les ha parecido lo del misticismo?

—Dejen en paz al misticismo —dijo otra vbz— y piensen en lo que le espera a Hipólito Kirillovitch. Su esposa se va a vengar de lo que le ha hecho a Mitia.

—¿Pero está aquí su mujer?

—Por lo menos estaba. Ella es la que manda en la casa. ¡Y tiene un genio!

En otro grupo se comentaba:

—Tal vez lo absuelvan.

—Tal vez. Y mañana arrasará «La Capital» y cogerá una borrachera que le durará diez días.

—Es un verdadero demonio.

—Ya que nombra usted al demonio, observen que no hemos podido pasar sin él. En verdad, su presencia aquí está muy indicada.

—Señores, la elocuencia es algo hermoso. Pero no se puede romperle la cabeza a un padre impunemente. ¿Adónde iríamos a parar?

—El carruaje, ¿recuerdan ustedes?

—Sí, ha hecho un carruaje de un carretón.

—Mañana volverá a ser carretón el carruaje, si así lo exigen las circunstancias.

—La gente se va volviendo desconfiada. ¿Es que ya no existe la verdad en Rusia?

Pero en esto se oyó la campanilla. El jurado había estado deliberando una hora exactamente. El público volvió a ocupar sus puestos y en la sala se hizo un silencio absoluto. Siempre recordaré la aparición del jurado. No citaré todas las preguntas, porque algunas se me han ido de la memoria. Lo que recuerdo perfectamente es la respuesta a la primera, que era la principal, pero cuyo texto exacto he olvidado también. La pregunta venía a ser: «¿Ha matado el acusado para robar y ha obrado con premeditación?» A lo que el funcionario que era presidente y el miembro más joven del jurado respondió con voz clara, en medio de un silencio de muerte:

—Sí.

Y la misma respuesta se dio a todas las preguntas, sin la menor atenuante.

Nadie esperaba tanto rigor; todos contaban con que el jurado mostraría por lo menos cierta indulgencia.

Continuaba el silencio. El auditorio, tanto los partidarios de la condena como los de la absolución, estaban petrificados. Pero esta calma sólo duró unos minutos. Después se desencadenó un espantoso tumulto. Entre los hombres, algunos estaban tan satisfechos, que incluso se frotaban las manos. Los disconformes daban muestras de abatimiento; se encogian de hombros y murmuraban sin darse cuenta de lo que decían. La conducta de las damas fue muy diferente: creí que se iban a amotinar. Primero se quedaron perplejas, sin dar crédito a sus oídos. Luego, de pronto, empezaron a proferir exclamaciones. «¿Es posible?» « ¡Esto es inaudito!» Se levantaban a iban de un lado a otro. Sin duda, creían que se podía rectificar, empezar de nuevo. En este momento Mitia se puso en pie y exclamó con voz desgarrada y tendiendo los brazos hacia delante:

—¡Juro ante Dios y en espera del Juicio Final, que no he matado a mi padre! ¡Katia, te perdono! ¡Hermanos, amigos, absolved a la otra!

No pudo continuar: se lo impidieron los sollozos. Su voz había cambiado; se diría que era la de otra persona; tenía un sonido extraño, venido de Dios sabía dónde. En las tribunas, en uno de los rincones más invisibles, resonó un grito agudo. El grito era de Gruchegnka. Había suplicado que la dejaran pasar y había entrado en la sala momentos antes de que la defensa empezara su informe.

Se llevaron a Mitia. La sentencia se dejó para el día siguiente. Los que tenían asiento se pusieron en pie. Todos murmuraban, pero yo ya no prestaba atención. Sólo recuerdo algunos comentarios que se hicieron en el pórtico.

—Lo condenarán lo menos a veinte años de trabajos forzados en las minas.

—Eso como mínimo.

—Los palurdos del jurado se han mantenido firmes.

—Y han ajustado las cuentas a Mitia.

EPÍLOGO

I. Planes de evasión

A los cinco días de verse la causa contra Mitia, Aliocha fue a casa de Catalina Ivanovna a las ocho de la mañana con el propósito de llegar a un acuerdo definitivo sobre cierto asunto importante. Además, le hablan hecho un encargo. La joven estaba en el mismo salón en que habla recibido a Gruchegnka. En la habitación vecina yacía Iván, todavía sin conocimiento. Al darle el ataque en la audiencia, Catalina Ivanovna habla ordenado que lo trasladaran a su domicilio, sin que le importaran las murmuraciones que esta conducta había de provocar. Una de las dos parientas que vivían con ella habla salido para Moscú; la otra se habla quedado. Pero aunque se hubieran marchado las dos, ello no habría influido en la decisión de Catalina Ivanovna de cuidar al enfermo noche y día. Lo asistían los doctores Varvinski y Herzenstube. El especialista de Moscú se habla marchado sin querer comprometerse a dar su opinión acerca del término de la enfermedad. Los otros dos médicos hacían insinuaciones tranquilizadoras, pero se negaban a expresar con firmeza sus esperanzas.

Aliocha visitaba a su hermano dos veces al día; mas esta vez tenía que resolver un asunto especialmente delicado que no sabía cómo abordar. Sin embargo, estaba dispuesto a hacerlo, por considerarlo un deber ineludible.

Llevaban un cuarto de hora hablando. Catalina Ivanovna, pálida, extenuada, presa de una inquietud enfermiza, presentía el objeto de la visita de Aliocha.

—No se preocupe —dijo de pronto la joven, con absoluta convicción—. De un modo a otro, Iván logrará que Dmitri se evada. Este infortunado héroe del honor y de la conciencia (no me refiero al condenado, sino al enfermo que está en esta casa y se ha sacrificado por su hermano) —añadió Katia con ojos centelleantes— me confió, hace ya tiempo, sus planes de evasión. Incluso ha dado ya ciertos pasos. La huida está preparada para la tercera etapa del viaje del convoy a Siberia. O sea que aún falta mucho tiempo. Iván Fiodorovitch ha ido a ver al jefe de la tercera etapa. Pero todavía no se sabe quién tendrá el mando del convoy: esto se oculta hasta el último momento. Mañana verá usted el plan detallado de la evasión; me lo dejó Iván el día antes de verse la causa, por lo que pudiera ocurrir... ¿Recuerda que estábamos disputando aquel día que vino a vernos y se encontraron ustedes en la escalera? Yo, al verle a usted, le obligué a volver a subir, ¿se acuerda? Pues bien, ¿sabe usted por qué discutíamos?

—No.

—Ya veo que no se lo contó. La disputa estaba relacionada con el plan de evasión de que le he hablado. Tres días antes Iván me había explicado lo esencial del proyecto, y esto dio lugar a que no cesáramos de discutir durante aquellos tres días. Le explicaré el motivo. Cuando me reveló que si condenaban a su hermano, éste

huiría al extranjero con Agrafena Alejandrovna, yo me puse furiosa. ¿Por qué? No se lo puedo decir, porque ni yo misma lo sé. Sin duda, la causa de mi enojo fue el hecho de que esa joven acompañara a Dmitri en su huida —exclamó Katia con un temblor de cólera en los labios— Mi indignación contra esa muchacha hizo creer a Iván que tenía celos de ella y, por lo tanto, que seguía enamorada de Dmitri. Ésta fue la causa de nuestro primer disgusto. Yo no quise excusarme ni darle explicaciones; me mortificaba que Iván sospechase que yo podía seguir queriendo a ese... Sobre todo, después de haberle confesado hacía ya tiempo, con toda franqueza, que no quería a Dmitri, sino a él y sólo a él. Mi animosidad contra esa muchacha fue la causa de todo. Tres días después, precisamente la noche en que usted vino aquí, Iván me entregó un sobre cerrado, advirtiéndome que debía abrirlo si le ocurría algo. ¡Ya presentía su enfermedad! Me explicó que el sobre contenía el plan detallado de la evasión, y que si él moría o contraía una grave enfermedad, tendría que salvar a Mitia yo sola. Me entregó también dinero, casi diez mil rublos, o sea la cantidad que citó el fiscal en su informe. Me sorprendió profundamente que Iván, a pesar de sus celos y de creer que yo amaba a Dmitri, no hubiera renunciado a salvar a su hermano y se fiara de mí. ¡Era un sacrificio sublime! Usted, Alexei Fiodorovitch, no puede comprender la grandeza de esta abnegación. Estuve a punto de arrojarme a sus pies, pero no lo hice porque comprendí de pronto que Iván atribuiría este gesto exclusivamente a mi alegría de saber que Mitia iba a salvarse. Entonces, la simple idea de que podía ser víctima de tal injusticia me irritó hasta el extremo de que, en vez de arrojarme a sus pies, le hice una nueva escena. ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué carácter tan horrible tengo! Ya verá usted como, con mi conducta, lo obligo a dejarme por otra con la que la vida le sea más grata, como me ocurrió con Dmitri... Pero esta vez no lo podré soportar. ¡Me mataré! Aquella noche en que llegó usted y yo le dije a Iván que subiera, la mirada de odio y desprecio que su hermano me dirigió al entrar me produjo una cólera insufrible. Entonces, como usted recordará, empecé a decir a gritos que Iván me había asegurado que el asesino era Dmitri. No era verdad, lo calumniaba con el único fin de herirlo una vez más. Iván nunca me dijo tal cosa. La violencia de mi carácter es la causa de todo. Ya vio la detestable escena que provoqué ante el tribunal. Iván quería demostrarme la nobleza de sus sentimientos, darme una prueba de que, a pesar de creer que yo amaba a su hermano, no lo perdería por celos, por venganza. Y ha hecho la declaración que usted ya conoce... Yo soy la culpable de todo. ¡Sólo yo!

Era la primera vez que Aliocha oía de Katia una confésión como ésta, y comprendió que Catalina Ivanovna había llegado a ese grado de sufrimiento que no se puede tolerar y en el que el corazón más altivo abdica de su orgullo y se declara vencido por el dolor. Aliocha sabía que la desesperación de Katia tenía un segundo motivo, aunque lo disimulaba, desde que Mitia había sido condenado. Este motivo

era su traición en la audiencia, y Aliocha presentia que que era su conciencia lo que la impulsaba a acusarse ante él como el pecador arrepentido que llora y golpea el suelo con la frente. Aliocha temía este instante y deseaba aplacar aquel dolor. Pero esta situación hacia su cometido más difícil. Empezó a hablar de Mitia.

—No se inquiete por él —le interrumpió Katia obstinadamente—. Su resolución es pasajera; le aseguro que aceptará la proposición de huir. Tenga en cuenta que no ha de hacerlo ahora. Tendrá tiempo suficiente para pensarlo y decidirse. Entonces su hermano Iván estará curado y se encargará de todo, evitándome a mí tener que mezclarme en el asunto. Le repito que no debe preocuparse, que Dmitri aceptará la evasión. No puede renunciar a esa muchacha, y como no la admitirán en el presidio, no tendrá más remedio que huir. A usted le respeta, teme sus censuras. Por lo tanto, debe permitirle generosamente que huya, ya que su sanción es tan necesaria.

Dijo esto último con un tonillo irónico. Después guardó silencio unos segundos, sonrió y continuó:

—Habla de himnos, de soportar el peso de la cruz, de cierto deber... Lo sé porque su hermano Iván me lo contó... ¡Ah! ¡Si usted supiera con qué vehemencia me lo explicaba! —exclamó de pronto Katia como arrastrada por un impulso irresistible—. ¡Si usted supiera el efecto que demostraba por ese desgraciado cuando me estaba hablando de él! Y, acaso, ¡hasta qué punto le odiaba al mismo tiempo! Y yo, escuchándolo, lo veía llorar y sonreía altivamente... ¡Soy un alma vil! Mía es la culpa de que se haya vuelto loco. Pero el otro, el condenado —añadió Katia en un tono de indignación—, ¿está dispuesto a sufrir; es capaz de soportar el sufrimiento? ¡Los hombres como él no saben lo que es sufrir!

Sus palabras estaban impregnadas de odio y de irritación. Sin embargo, Katia había traicionado a Dmitri. «Tal vez le odia momentáneamente porque se siente culpable ante él», se dijo Aliocha. Y es que deseaba que este odio fuese pasajero. Había percibido un reto en las últimas palabras de Katia. Sin embargo, fingió no haberlo advertido.

—Le he rogado que viniera aquí para que me prometa convencerlo. Pero ahora me digo que la huida tal vez le parezca a usted una vileza, una falta, un acto anticristiano.

El acento de Katia era cada vez más provocativo.

—Nada de eso —murmuró Aliocha—. Procuraré convencerlo... Tengo que hacerle un ruego de su parte —añadió resueltamente—. Desea que vaya usted a verle hoy mismo.

La miraba a los ojos. Katia se estremeció, palideció a hizo un leve movimiento de retroceso.

—No, no puedo.

—Puede y debe —replicó Aliocha con firmeza—. La necesita más que nunca. Si

no estuviera seguro de que es así, no se lo habría dicho a usted, sabiendo que esto tenía que atormentarla. Está enfermo, parece haber perdido el juicio, no cesa de llamarla. No es que quiera reconciliarse con usted; lo que desea es sencillamente verla a la puerta de su habitación. Ha cambiado mucho desde aquel día fatal: ahora comprende los errores que ha cometido con usted. Pero no desea su perdón. « No se me puede perdonar», dice. Lo que quiere es simplemente verla en el umbral de su cuarto.

Katia bulbuceó:

—¡Oh! No sé qué decirle... No esperaba una petición así en este momento... Sin embargo, sabía que vendría usted a pedírmelo, que él lo enviaría para que me lo pidiera... Pero... no puedo ir, no puedo ir.

—Aunque crea que no puede, vaya. Piense que es la primera vez que está arrepentido de lo injusto que ha sido con usted. Nunca se había dado cuenta de sus errores. Dice que si usted no va a verlo, será un desgraciado durante todo el resto de su vida. Fíjese en lo que esto significa: un hombre condenado a veinte años de presidio piensa aún en la felicidad. ¿No le da pena? Tenga en cuenta —añadió Aliocha en un tono de desafío— que Dmitri es inocente. Sus manos están limpias de sangre. Por los muchos sufrimientos que le esperan, le ruego que vaya a verlo. Condúzcalo a través de las tinieblas. Tiene usted el deber de hacerlo.

Aliocha dijo esto enérgicamente y subrayando la palabra «deber».

—Debo, pero no puedo —gimió Katia—. Me mirará a los ojos. ¡No, no puedo!

—Los dos deben mirarse a los ojos. No podrá usted vivir si no lo hace.

—Prefiero sufrir durante toda mi vida.

Pero Aliocha insistió tenazmente:

—Es preciso que vaya, es preciso.

—¿Pero por qué he de ir en seguida? Hoy me es imposible: no puedo dejar solo a Iván.

—Estará solo poco tiempo; pronto volverá usted. Si no va a verle, esta noche se pondrá enfermo. Le estoy diciendo la verdad. Compadézcase de él.

—Compadézcame usted a mí —replicó amargamente Katia. Y se echó a llorar.

—Ya veo que irá —dijo Aliocha, seguro de ello ante aquellas lágrimas—. Voy a decírselo.

—¡No, no se lo diga! —exclamó Katia, aterrada—. Iré, pero no se lo diga. A lo mejor, no me atrevo a pasar de la puerta... Aún no estoy decidida...

Su voz se apagó. Katia respiraba con dificultad. Aliocha se levantó y se dispuso a marcharse.

—Podría encontrarme con alguien —dijo Katia de pronto, volviendo a palidecer.

—Por eso debe usted ir en seguida. Ahora no hay gente. La esperamos.

Dicho esto en tono firme, se marchó.

II. Mentiras sinceras

Aliocha se dirigió a toda prisa al hospital donde estaba Mitia. Dos días después de celebrarse el juicio se había puesto enfermo y lo habían llevado al departamento de detenidos del hospital. El doctor Varvinski, a ruegos de Aliocha, de la señora Khokhlakov, de Lise y de otras personas, había hecho trasladar al enfermo a una habitación independiente, la misma que había ocupado Smerdiakov hacia poco. En el fondo del corredor había un centinela y la ventana estaba obstruida por barrotes de hierro. Por lo tanto, Varvinski no tenía nada que temer de las posibles consecuencias de su acto de protección un tanto ilegal. Era un hombre de buenos sentimientos que comprendia lo duro que habría sido para Dmitri entrar sin transición en el mundo de la delincuencia, y decidió habituarlo gradualmente. Aunque las visitas estaban autorizadas bajo mano por el doctor, el guardián a incluso el *ispravnik*, sólo Aliocha y Gruchegnka iban a ver a Mitia. Rakitine había intentado visitarlo dos veces, pero el enfermo había suplicado a Varvinski que no le permitieran entrar.

Aliocha encontró a su hermano sentado en la cama, envuelto en una bata y llevando en la cabeza, a modo de turbante, una toalla empapada de agua y vinagre. El enfermo tenía un poco de fiebre. Dirigió a Aliocha una vaga mirada en la que se percibía cierta inquietud.

Desde que lo habían condenado, Mitia estaba casi siempre pensativo. A veces, cuando conversaba con Aliocha, estaba un rato sin decir palabra. Sus meditaciones eran tan dolorosas y profundas, que incluso se olvidaba de su interlocutor. Y cuando salía de su abstracción, su vuelta a la realidad era tan repentina, tan imprevista para él, que empezaba a hablar de cosas que no tenían ninguna relación con el tema del diálogo. A veces miraba a su hermano como si lo compadeciera, y parecía estar menos a sus anchas con él que con Gruchegnka. No se mostraba muy hablador con ella, pero, apenas la vela entrar, su semblante se iluminaba.

Aliocha se sentó a su lado en silencio. Dmitri lo había esperado con impaciencia, pero no se atrevió a preguntarle sobre lo que tanto deseaba saber. Le parecía imposible que Katia hubiera aceptado su petición de que fuera a verle. Sin embargo, estaba seguro de que su dolor sería intolerable si se negaba a visitarlo. Aliocha adivinaba los sentimientos que agitaban el alma de su hermano.

—Trifón Borysitch —dijo febrilmente Mitia— casi ha echado abajo su fonda. Ha levantado todas las tablas del entarimado y ha destruido enteramente la galería, con la esperanza de encontrar el tesoro, esos mil quinientos rublos que el fiscal cree que escondí allí. Apenas regresó a Mokroie empezó a trabajar. No se merece nada mejor ese granuja. Todo esto me lo contó ayer un guardián que vive en Mokroie.

—Oye —dijo Aliocha—, Katia vendrá, pero no sé cuándo. Lo mismo puede venir hoy, que mañana, que dentro de unos días, pero vendrá, estoy seguro.

Mitia se estremeció. Estuvo a punto de contestar, pero se contuvo. La noticia lo había trastornado. Era evidente que, aunque deseaba conocer los detalles de la conversación de su hermano con Katia, no se atrevía a hacer preguntas. En aquel momento, una palabra cruel o desdeñosa de Katia habría sido para él como una puñalada.

—Entre otras cosas, me ha dicho que tranquilizara tu conciencia respecto a la evasión. Si Iván sigue enfermo, ella se encargará de todo.

—Eso ya me lo habías dicho —observó Mitia.

—¿Se lo has contado a Gruchegnka?

—Sí —repuso Dmitri, mirando tímidamente a su hermano—. Gruchegnka no vendrá hasta el atardecer. Cuando le hablé de la ayuda de Katia, estuvo un momento callada, con los labios apretados. Después exclamó: «¡Está bien!» Sin duda comprendió la importancia del asunto. Yo no me atreví a hacerle ninguna pregunta. Creo que está ya convencida de que Katia no me quiere a mí, sino a Iván.

—¿Tú crees?

—Tal vez me equivoque. Pero lo cierto es que Gruchegnka no vendrá esta mañana. Le he hecho un encargo... Oye, Aliocha: Iván es un hombre de inteligencia superior. Merece la vida más que nosotros. Estoy seguro de que se curará.

—Katia no duda tampoco de que Iván sanará. Sin embargo, llora.

—Entonces es que cree que morirá. Su convicción de que se curará es hija de su propio terror.

—Iván es fuerte. Yo también tengo esperanzas —dijo Aliocha.

—Aunque así sea, Katia está convencida de que morirá. Debe de sufrir mucho.

Hubo unos segundos de silencio. Era evidente que alguna grave preocupación atormentaba a Mitia.

—Aliocha —dijo de pronto Dmitri con voz temblorosa a impregnada de lágrimas —, quiero con delirio a Gruchegnka.

—Por eso debes pensar que no le permitirán que te acompañe al presidio.

—Tengo que decirte algo más —continuó Mitia con voz enérgica—. Si me azotan por el camino o en el penal, no lo podré sufrir. Mataré y me fusilarán. Además, estoy condenado a ¡veinte años! Los guardianes de aquí ya me tutean. Toda la noche he estado pensando en esto, y me he dado cuenta de que no lo puedo soportar. Es superior a mis fuerzas. Yo que pretendia cantar un himno, no puedo sufrir que los guardianes me tuteen. Por amor a Gruchegnka. habría podido soportarlo todo..., menos los azotes...; pero como no le permitirán venir conmigo...

Aliocha tuvo una de sus bondadosas sonrisas.

—Escucha, Mitia. Te voy a dar mi opinión sobre este asunto. Ya sabes que yo no miento nunca. Tú no estás preparado para llevar esa cruz: es demasiado pesada para ti. Además, no hay razón ninguna para que sufras semejante castigo. Si hubieras

matado a tu padre, yo sería el primero en lamentar que eludieras la expiación. Pero eres inocente, y la cruz demasiado pesada para un hombre como tú. Querías sufrir para redimirte. Pues bien, ten siempre presente este deseo de regeneración, y eso bastará. El hecho de que hayas eludido la terrible prueba avivará en ti este afán, y este sentimiento contribuirá más a tu regeneración que si fueras a presidio. No, no soportarías los sufrimientos del penal. Protestarías y acabarías por decir a gritos que tienes derecho a ser libre. Tu defensor ha dicho la verdad cuando ha hablado de esto. No todos son capaces de soportar pesadas cargas: algunos sucumben... Querías conocer mi opinión; ya sabes cuál es. Si tu huida hubiera de costar cara a algunos oficiales y soldados del convoy, «no lo permitiría» —Aliocha sonrió de nuevo— que te escaparas. Pero el mismo jefe de la etapa ha dicho que si se hacen bien las cosas no habrá sanciones graves y que todos saldrán bien librados. Cierto que es una falta corromper las conciencias, incluso en un caso como éste, pero me guardaré mucho de juzgarte, pues si Iván y Katia me hubieran cónfiado un papel en este asunto, no habría vacilado en hacer use de la corrupción: te lo confieso porque quiero decirte toda la verdad. De modo que no soy quién para juzgar tu manera de proceder. Pero quiero que sepas que no te condenaré jamás. Además, ¿cómo puedo ser tu juez en este asunto? En fin, creo que ya he examinado todos los puntos de la cuestión.

—Tú no me condenarás —exclamó Mitia—, pero me condenaré yo mismo. Huiré; esto es cosa decidida. ¿Acaso Mitia Karamazov puede obrar de otro modo? Pero me condenaré y pasaré el resto de mi vida expiando esta falta... Creo que estamos hablando como hablan los jesuitas.

—Exacto —dijo alegremente Aliocha.

—Te quiero porque me dices siempre la verdad sin ocultarme nada —exclamó Mitia, radiante—. Así, pues, he sorprendido a mi hermano Aliocha en flagrante delito de jesuitismo. ¡Me dan ganas de abrazarte! En fin, —sigue escuchándome: quiero terminar de esplayarme. Te voy a explicar todo lo que tengo planeado. Si consigo huir con dinero y pasaporte a América, me consolará la idea de que no obro para conseguir la felicidad, sino para vivir tal vez peor que en el presidio. Te aseguro, Alexei, que estoy convencido de ello. ¡Odio a esa América del diablo! Cierto que Gruchegnka me acompañará; pero mirala bien y dime si tiene aspecto de americana. Es rusa, rusa hasta la médula de los huesos; sentirá la nostalgia de su país, y yo la veré sufrir continuamente por mi culpa; la veré cargada con una cruz que no merece. Tampoco yo podré soportar a aquella gente, aunque todos valgan más que yo. Detesto a los americanos. Podrán ser grandes técnicos y todo lo que se quiera, pero no son los míos. Quiero a mi patria, Alexei; aunque soy un bribón, quiero al Dios ruso. ¡No podré soportar aquella vida!

La voz le temblaba y sus ojos empezaron de pronto a relampaguear. Cuando se hubo calmado, continuó:

—Bueno, Alexei; verás lo que tengo planeado. Tan pronto como llegue allí con Gruchegnka, los dos nos dedicaremos a trabajar la tierra en algún lugar solitario y lejano, entre animales salvajes. También allí hay rincones perdidos. Dicen que aún quedan pieles rojas. Bien, pues a esta región iremos; viviremos con los últimos mohicanos. Inmediatamente empezaremos a estudiar gramática inglesa, y al cabo de tres años conoceremos el inglés a fondo. Entonces diremos adiós a América y volveremos a Rusia como ciudadanos norteamericanos. No temas, que no vendremos a esta pequeña ciudad; nos ocultaremos en algún lugar del norte o del sur. Yo habré cambiado y ella también. Me compraré una barba postiza antes de salir de América, o me saltaré un ojo, o me dejaré crecer mi propia barba, que será gris, porque los sufrimientos hacen envejecer de prisa. De modo que no será fácil que nadie me reconozca. Y si me reconocen, ¡qué le vamos a hacer! Me deportarán y aceptaré mi destino... También aquí, en Rusia, trabajaremos la tierra en un rincón perdido, y yo me haré pasar por norteamericano. Así podremos morir en nuestra patria. Ésta es mi decisión irrevocable. ¿La apruebas?

—Si —repuso Aliocha, que no quería llevarle la contraria.

Mitia permaneció un instante en silencio. De pronto exclamó:

—¡Buena me la han hecho en la audiencia! Los prejuicios los han cegado.

Aliocha lanzó un suspiro.

—Aunque no hubiera sido así, lo habrían condenado.

—Sí, están hartos de mi —se lamentó Mitia—. Que Dios los perdone. Pero esto es muy duro.

Nuevo silencio.

—Aliocha, dime la verdad, por amarga que sea. ¿Vendrá Katia o no vendrá? ¡Habla! ¿Qué lo ha dicho?

—Me ha prometido venir, pero no sé si vendrá hoy. Es un paso violento para ella.

Aliocha miraba timidamente a su hermano.

—Ya lo sé, Aliocha, ya lo sé. Me voy a volver loco. Gruchegnka no cesa de observarme. Advierte mi inquietud. ¡Dios mío, tranquilízame! ¿Acaso sé lo que deseo? Quiero ver a Katia, pero ¿para qué? ¡Es el ímpetu de los Karamazov! No, no puedo soportar el sufrimiento. ¡Soy un miserable!

—¡Ahí viene! —exclamó Aliocha.

Katia apareció en el umbral. Se detuvo un instante y fijó en Mitia una mirada indefinible. Dmitri se levantó inmediatamente. Estaba pálido y en su semblante había una expresión de terror. Pero pronto se dibujó en sus labios una sonrisa tímida y suplicante, y de súbito, con un impulso irresistible, tendió los brazos a Katia. Ella corrió hacia él, le cogió de las manos, lo obligó a volverse a sentar en la cama y se sentó junto a él, sin soltarle las manos y apretándolas convulsivamente. Los dos intentaron varias veces hablar, pero no dijeron nada: se quedaron mirándose en

silencio, con una extraña sonrisa. Así pasaron dos minutos.

—¿Me has perdonado? —preguntó al fin Mitia. Y volviéndose hacia Aliocha, le gritó triunfalmente—: ¿Has oído lo que le he preguntado? ¿Has oído?

—Te quiero —dijo Katia— por la generosidad de tu corazón. Ni tú necesitas que yo te perdone, ni yo necesito que me perdones tú. Me perdones o no, nuestro mutuo recuerdo será una llaga en nuestras almas. Así debe ser.

Se detuvo. Le faltaba la respiración. De pronto prosiguió, vehemente y exaltada:

—¿Sabes para qué he venido? Para besarte los pies, para estrujarte las manos hasta hacerte daño. Como en Moscú, ¿te acuerdas? He venido a decirte una vez más que eres mi dios, mi alegría, que te amo locamente...

Dijo esto último en un sollozo. Aplicó ávidamente sus labios a la mano de Mitia y sus lágrimas fluyeron. Aliocha guardó silencio, desconcertado: no esperaba esta escena.

—Nuestro amor se ha desvanecido, Mitia —continuó Katia—; pero amo con dolor nuestro pasado. No olvides esto.

Sonrió extrañamente, miró a Mitia con un fulgor de alegría en los ojos y continuó:

—Imaginémonos por un instante que es verdad lo que, aunque no lo sea, habría podido serlo. Ahora nuestro amor va hacia otros. Sin embargo, lo seguiré amando siempre y tú me seguirás amando a mí. ¿Lo sabías? Óyelo bien: ¡quiéreme siempre!

En su voz trémula había un algo de amenaza.

—Sí, Katia —balbució Mitia penosamente, y añadió, deteniéndose después de pronunciar cada palabra—. Te querré siempre... Hace cinco días..., aquella tarde en que caíste desvanecida en la audiencia... y se lo llevaron..., lo quería... Y así será siempre... Toda la vida lo querré.

Así era su diálogo. Cambiaban palabras absurdas, exaltadas, incluso mentían; pero eran sinceros y se creían el uno al otro sin reservas.

—Oye, Katia —exclamó Mitia de pronto—. ¿Crees que soy un asesino? No, ahora no lo crees, lo sé; pero ¿lo creías entonces, cuando lo dijiste ante el tribunal?

—No, nunca lo creí. Entonces te detestaba y conseguí convencerme momentáneamente de que eras culpable. Pero, apenas hube dicho al tribunal mi última palabra, dejé de creer en tu culpa.

Hizo una pausa y, de pronto, dijo en un tono que no tenía la menor semejanza con el acento cariñoso empleado hasta entonces:

—Me olvidaba de que he venido aquí para excusarme dignamente.

—Yo veo lo duro que es esto para ti.

—¡Basta ya! —exclamó Katia—. Volveré. Ahora no puedo más.

Se había puesto en pie. De pronto lanzó un grito y dio un paso atrás. Repentinamente, sin producir el menor ruido, cuando nadie la esperaba, Gruchegnka había entrado en la habitación. Katia corrió hacia la puerta, pero se detuvo ante la

recién llegada y, pálida como la cera, musitó:

—¡Perdóneme!

Gruchegnka la miró a los ojos, guardó silencio un instante y exclamó con voz impregnada de amargura y de odio:

—Las dos somos malas. No nos podemos perdonar la una a la otra. Sin embargo, si lo salva, toda la vida oraré por usted.

—¿Cómo puedes negarte a perdonarla? —le reprochó Mitia vivamente.

—Tranquilícese: lo salvaré —dijo Katia. Y se marchó.

—¡Te ha pedido perdón y se lo has negado! —exclamó Mitia amargamente.

Aliocha se apresuró a intervenir.

—No puedes reprocharle nada, Mitia: no tienes ningún derecho.

—Es su orgullo y no su corazón el que habla —dijo Gruchegnka, despechada—. Que lo salve y se lo perdonaré todo.

Calló. Aún no se había repuesto de su sorpresa. Se había presentado casualmente, sin sospechar, ni mucho menos, que pudiera encontrarse con Katia.

—¡Corre tras ella, Aliocha! —dijo Mitia—. Dile lo que te parezca, pero no la dejes marcharse así.

—¡Volveré esta tarde! —gritó Aliocha, echando a correr para que Katia no se le escapase.

La alcanzó fuera del recinto del hospital. Katia tenía prisa. Dijo precipitadamente:

—No, no puedo humillarme ante esa mujer. Le he pedido perdón, porque quería apurar el cáliz. Ella me lo ha negado. Se lo agradezco.

Hablaba con voz anhelante y en sus ojos brillaba un odio feroz.

—Mi hermano —balbuceó Aliocha— no esperaba que se encontrasen ustedes. Estaba seguro de que esa joven no vendría esta mañana.

—Lo creo... Pero dejemos eso —dijo resueltamente—. Oiga: no puedo ir con usted al entierro. He enviado flores a la familia. Aún deben de tener dinero. Dígales que no los abandonaré nunca. Ahora le ruego que me deje. Se le va a hacer tarde. Ya suenan las campanas para la misa. Por favor, váyase.

III. El entierro de Iliucha. Alocución junto a la peña

En efecto, llegó con retraso. Lo esperaban y ya habían decidido llevar sin él a la iglesia el ataúd ornado de flores. El ataúd era el de Iliucha. El pobre muchacho había muerto dos días después de pronunciarse la sentencia contra Mitia. Aliocha fue recibido en la puerta de la calle por los compañeros de Iliucha. Eran doce y todos llevaban sus carteras en la espalda. «Mi padre llorará. Hacedle compañía», les había dicho Iliucha en el momento de morir. Y sus camaradas no lo habían olvidado. Al frente de ellos estaba Kolia Krasotkine.

—¡Cuánto me alegro de que hayas venido! —dijo éste, tendiendo la mano a Aliocha—. Es horrible lo que ocurre ahí dentro. Da pena ver a esta familia. Snieguiriov no ha bebido hoy, estamos todos seguros. Sin embargo, parece estar ebrio. Yo conservo la firmeza de siempre, pero esto es espantoso. Karamazov, si no te importa, quisiera hacerte una pregunta antes de que entre en la casa.

—Tú dirás, Kolia.

—¿Es inocente o culpable tu hermano? ¿Quién mató a tu padre: él o el criado? Creeré lo que tú me digas. He estado cuatro noches sin dormir, haciéndome esta pregunta.

—Fue Smerdiakov el asesino —repuso Aliocha—. Mi hermano es inocente.

—Es lo que yo creía —exclamó Smurov.

—¿De modo que es una víctima inocente que se sacrifica por la verdad? —exclamó Kolia—. ¡Qué sacrificio tan bello! ¡Lo envidio!

—¿De veras? —exclamó Aliocha, sorprendido.

—Sí. ¡Oh, si yo pudiera sacrificarme por la verdad! —dijo Kolia, exaltado.

—Pero no en un asunto como éste, no en circunstancias tan horribles, tan denigrantes...

—Pues si; yo quisiera morir por la humanidad. La vergüenza pública no me afectaría. Perecen sólo nuestros nombres. Tu hermano me inspira respeto.

—¡Y a mí! —exclamó el muchacho que días atrás había dicho que sabía quiénes eran los fundadores de Troya. Y, lo mismo que entonces, se puso en seguida tan colorado como una amapola.

Aliocha entró en la casa. Iliucha estaba en un féretro azul orlado de una cinta blanca de encaje. Tenía las manos enlazadas y los ojos cerrados. Las facciones de su enjuto rostro apenas habían cambiado y, cosa extraña, el cadáver casi no olía. Su semblante tenía la expresión pensativa y grave. Sus manos, bellísimas, parecían talladas en marfil. Abundaban las flores. Todo el féretro estaba ornado de flores por dentro y por fuera. Las había enviado de buena mañana Lise Khokhlakov. En los últimos momentos habían llegado más flores: las de Catalina Ivanovna. Cuando Aliocha abrió la puerta, el capitán las estaba esparciendo sobre el cuerpo de su hijo.

Las sacaba de una cesta con manos temblorosas.

Snieguiriov apenas miró a Aliocha. No era extraño, puesto que no prestaba atención a nadie, ni siquiera a su mujer, a «mamá», la loca que, bañada en lágrimas, se esforzaba por levantarse sobre sus piernas inertes para ver más de cerca a su hijo muerto. Nina estaba en su sillón al lado del ataúd. La habían transportado los compañeros de Iliucha y tenía la cabeza apoyada en el féretro. Sin duda, lloraba en silencio.

Snieguiriov estaba animado, pero, al mismo tiempo, se leía en su semblante una mezcla de perplejidad y desesperación. Había un algo de demencia en sus gestos, en las palabras que se le escapaban. «¡Hijo mío, mi adorado hijito!», decía a cada momento, fijando su mirada en Iliucha.

—Yo también quiero flores —dijo la pobre loca a su marido—; dame esa flor blanca que Iliucha tiene en las manos.

Tal vez la flor le gustara y se hubiera encaprichado de ella; acaso quisiera guardarla como recuerdo de su hijo. Lo cierto es que tendía las manos hacia ella, presa de gran agitación.

—No daré ninguna flor a nadie —dijo ásperamente el capitán—. Estas flores son suyas, no tuyas. ¡Todo es suyo, todo!

—Papá, dale una flor a mamá —dijo Nina, mostrando su rostro bañado en lágrimas.

—¡No daré nada a nadie, y menos a ella! Ella no lo quería: le quitó el cañón.

Y el capitán se echó a llorar al acordarse de la escena en que Iliucha había cedido el diminuto cañón a su madre.

La pobre loca prorrumpió en sollozos y ocultó la cara en sus manos.

Los colegiales, viendo que Snieguiriov no se apartaba del féretro y que ya era la hora dé transportar al cadáver a la iglesia, rodearon el ataúd y empezaron a levantarlo.

Entonces Snieguiriov empezó a vociferar:

—¡No quiero que lo entierren en el cementerio! ¡Lo enterraré cerca de la peña, de nuestra peña! Así me lo pidió Iliucha. No permitiré que os lo llevéis.

Hacía tres días que Snieguiriov no cesaba de repetir que enterraría a su hijo junto a la peña. Para disuadirlo intervinieron Aliocha y Krasotkine, la patrona, su hermana y todos los compañeros de Iliucha. La patrona argumentó:

—No comprendo que quiera usted enterrar a su hijo en un lugar impuro, como si fuera un excomulgado. La tierra del cementerio está bendita. Si lo entierran en ella, el nombre de Iliucha se mencionará en las plegarias. Desde el cementerio se oyen los cantos de la iglesia: el diácono tiene una voz potente. Así, los cantos llegarán a él como si se entonaran junto a su tumba.

El capitán tuvo un gesto de desaliento que equivalía a decir: «¡Hagan lo que

quieran!» Entonces, los muchachos levantaron el ataúd y se dirigieron a la puerta. Pero, al pasar junto a la madre, se detuvieron un momento para que pudiera dar su último adiós a Iliucha. La pobre demente, al ver de cerca el querido rostro que desde hacia tres días sólo había podido ver desde lejos, empezó a mover de un lado a otro la canosa cabeza.

—Mamá —le dijo Nina—, dale un beso y bendicelo.

Pero la madre siguió moviendo la cabeza como una autómata, sin decir palabra, con el rostro transfigurado por el dolor y golpeándose el pecho con el puño.

Los portadores del ataúd continuaron su camino hacia la puerta. Nina dio su último beso a su hermano. Aliocha, después de cruzar el umbral, suplicó a la patrona que velara por las dos mujeres. Ella le contestó, sin dejarlo terminar:

—Conocemos nuestros deberes. Nosotras también somos cristianas. No nos separaremos de ellas.

Al decir esto, la pobre vieja lloraba.

La iglesia estaba cerca, a no más de trescientos pasos. Era un dia despejado, de temperatura soportable: la nieve apenas se había helado. Seguían sonando las campanas. Snieguiriov iba detrás del féretro, nervioso y desorientado, con su sombrero de anchas alas en la mano y envuelto en su viejo abrigo, demasiado ligero para andar por la nieve. Era presa de extraña inquietud. Unas veces iba al lado del féretro; otras se situaba delante de él y trataba de ayudar a los porteadores, consiguiendo únicamente entorpecerlos. Cayó una flor en la nieve y se apresuró a recogerla, como si se tratara de un objeto de gran valor.

—¡El pan! —exclamó de pronto, aterrado—. ¡Nos hemos olvidado del pan!

Pero los niños le recordaron que antes de salir de su casa había cogido un trozo de pan y se lo había guardado en el bolsillo. El capitán lo sacó y se tranquilizó al verlo.

—Es un deseo de Iliucha —explicó a Aliocha—. Una noche que estaba al lado de su cama, velándolo, me dijo de pronto: «Papá, cuando me entierren, echa migas de pan sobre mi sepultura. Así acudirán los gorriones, yo los oiré y será un consuelo para mi saber que no estoy solo.»

—Lo comprendo —dijo Aliocha—. Habremos de llevar con frecuencia migas de pan a su sepultura.

—¡Todos los días, todos los días! —exclamó el capitán, animándose.

Llegaron al fin a la iglesia y se colocó el ataúd en el centro. Los niños lo rodearon y observaron una actitud ejemplar durante la ceremonia. La iglesia era vieja y pobre. La mayoría de los iconos carecían de marco. Una de esas iglesias humildes en que los fieles se sienten más a sus anchas y son más sinceros en sus oraciones. Durante la misa, Snieguiriov se mostró más sereno; pero, de vez en cuando, le acometían sus preocupaciones inconscientes y se acercaba al ataúd para arreglar el patio mortuorio o el *vientchik*[127], o para volver a colocar en su sitio un cirio que se había caído de su

candelero. Al fin, se calmó por completo y permaneció en la presidencia del duelo, perplejo y preocupado. Después de la epistola, dijo en voz baja a Aliocha que no se había leido *comme il faut*, aunque no explicó por qué. Empezó a cantar el himno de los querubines. Después, antes de terminar, se prosternó, se inclinó hasta apoyar la frente en el suelo, y permaneció así largo rato. Al fin, se dijo el responso y se distribuyeron los cirios. El capitán estuvo a punto de ceder a nuevos arrebatos, pero la majestad del canto fúnebre lo paralizó. Con la cabeza doblada sobre el pecho, empezó a llorar, primero ahogando los sollozos, después ruidosamente. En el momento de las despedidas, cuando se iba a cerrar definitivamente el ataúd, el capitán rodeó con sus brazos el cuerpo de su hijo y cubrió su rostro de besos. Se lo llevaron; pero de pronto volvió atrás y cogió algunas flores del ataúd. Al contemplarlas, surgió en su mente una nueva idea que le hizo olvidar todo lo demás por unos instantes. Poco a poco, fue quedando ensimismado. No opuso ninguna resistencia cuando se llevaron el féretro.

La sepultura estaba situada cerca de la iglesia y su precio era considerable. La había pagado Catalina Ivanovna. Después de los ritos habituales, los sepultureros introdujeron el ataúd en la fosa. Snieguiriov, con las flores en la mano, se inclinó tanto hacia delante en el borde de la cavidad, que los muchachos, asustados, se aferraron a su abrigo y tiraron de él hasta conseguir que el capitán retrocediera. Éste no parecía darse cuenta de lo que pasaba. Cuando rellenaron la fosa, señaló la tierra que se iba amontonando sobre ella y empezó a decir cosas ininteligibles. Pronto se calló. Entonces, alguien le recordó que había que desmigar el pan. El capitán se apresuró a sacarlo del bolsillo y desmenuzarlo sobre la sepultura, mientras murmuraba: «¡Acudid, pajarillos; venid, preciosos gorriones!» Uno de los muchachos le dijo que las flores le estorbaban y que debía confiárselas a alguien. Pero él no las quiso soltar, como si temiera que se las robaran. Y cuando observó que todo había terminado y que había desmigado todo el pan, echó a andar hacia su casa, primero con paso normal, después con prisa creciente. Los muchachos y Aliocha lo siguieron de cerca.

—¡Flores para «mamá», flores para «mamá»! —exclamó de pronto—. La hemos ofendido.

Alguien le dijo que se pusiera el sombrero; pues hacía frío. Pero él, como irritado por esta advertencia, lo arrojó a la nieve.

—¡No lo quiero, no lo quiero! —gritó.

Smurov recogió el sombrero. Todos los niños lloraban, especialmente Kolia y el descubridor de Troya.

El llanto no impidió a Smurov encontrar entre la nieve una piedra para arrojarla a una bandada de gorriones que venía hacia ellos. Naturalmente, erró el tiro y, sin dejar de llorar, corrió para alcanzar al grupo.

A medio camino, Snieguiriov se detuvo de pronto, como si se acordara de algo.

Se volvió hacia la iglesia y echó a andar hacia la sepultura abandonada. Pero los niños corrieron hacia él, lo rodearon y lo sujetaron. El capitán rodó por la nieve tras una lucha agotadora y empezó a llorar, a debatirse, a gritar:

—¡Iliucha, hijo mío!

Kolia y Aliocha lo levantaron y procuraron calmarlo.

—¡Basta, capitán! —dijo Kolia—. Un hombre valeroso como usted debe soportarlo todo.

—Está aplastando las flores —dijo Aliocha—. Tenga en cuenta que las espera su esposa. Está llorando porque usted no le ha querido dar ninguna flor de Iliucha. Todavía está allí la cama de su hijo.

—Sí, vamos a ver a «mamá» —dijo de pronto Snieguiriov—. ¡Se pueden llevar la cama! —añadió, convencido de que se la podian llevar.

Se levantó y echó a correr hacia la casa. Como estaban cerca, todos llegaron pronto y al mismo tiempo. Snieguiriov abrió la puerta vivamente. Estaba arrepentido de haberse mostrado tan duro con su esposa.

—¡Toma, «mamá» ! ¡Estas flores te las envía Iliucha!

Y le entregó las aplastadas flores, que había revolcado con su cuerpo por la nieve.

En este momento vio los zapatos de Iliucha en un rincón, cerca de la cama. La patrona acababa de ponerlos allí al arreglar la habitación. Eran unos zapatos viejos, remendados. Al verlos, el capitán levantó los brazos, echó a correr y cayó de rodillas junto a ellos. Cogió uno de los zapatos y lo cubrió de besos mientrás gritaba:

—¡Iliucha, mi querido Iliucha! ¿Dónde están tus pies?

—¿Adónde lo has llevado, adónde lo has llevado? —preguntó la loca, desesperada.

Nina se echó a llorar. Kolia se apresuró a salir de la casa. Sus compañeros le siguieron, y Aliocha también.

—Dejémoslos llorar —dijo Alexei a Kolia—. No podríamos consolarlos. Después volveremos.

—Tienes razón: no podemos hacer nada —convino Kolia. Y añadió bajando la voz para que sólo Aliocha lo oyese—: ¡Qué pena tengo, Karamazov! ¡No sé lo que daría por verlo de nuevo con vida!

—Yo también —dijo Aliocha.

—¿Crees que debemos volver esta tarde? Ese hombre se emborrachará.

—Seguramente. Vendremos sólo tú y yo y estaremos un rato con Nina y su madre. Si viniéramos todos, le recordaríamos estos tristes momentos.

—La patrona está preparando la mesa para la comida de funerales. Vendrá el pope. ¿Crees que debemos asistir, Karamazov?

—Si.

—No lo comprendo, Alexei. En horas tan amargas, reunirse para comer tortas.

¡Qué cosas tan extrañas tiene nuestra religión!

—Habrá salmón —dijo de pronto el muchacho que había descubierto Troya.

Kolia lo miró, indignado.

—Oye, Kartachov: te agradeceré que no molestes con tus tonterías, y menos a quien no te dirige la palabra a incluso desea olvidarse de que existes.

Kartachov enrojeció y no dijo nada. Pero poco después, cuando el grupo avanzaba por el camino, exclamó de pronto:

—¡Mirad! ¡La peña de Ihucha! Ahí quería enterrarlo el capitán.

Todos se detuvieron junto a la roca. Nadie se atrevía a hablar. Aliocha la contempló y en este momento acudió a su memoria algo que Snieguiriov le había referido hacía poco. Se trataba de la escena en que Iliucha había abrazado a su padre llorando y le había dicho: «¡Cómo te ha humillado, papá!» Este recuerdo conmovió profundamente a Aliocha. Después de recorrer con la mirada las caras inocentes de sus amiguitos, exclamó:

—¡Muchachos, quiero deciros unas palabras en este lugar!

Los niños le rodearon y concentraron en él sus miradas.

—Amigos míos, vamos a separarnos. Permaneceré todavía algún tiempo con mis hermanos. Uno de ellos partirá pronto en un convoy de deportados; el otro morirá, sin duda. Yo me marcharé de esta ciudad, seguramente para mucho tiempo. O sea que vamos a separarnos. Convengamos aquí, junto a la peña de Iliucha, no olvidarlo jamás y acordarnos siempre unos de otros. Aunque estemos veinte años sin vernos y cualquiera que sea nuestro futuro, debemos recordar el momento en que hemos enterrado a nuestro querido Iliúcha, a ese compañero al que apedreasteis un día y después disteis todo vuestro afecto. Era un muchacho magnífico, un corazón bondadoso y valiente, que tenía el sentimiento del honor y se rebeló valerosamente contra la ofensa inferida a su padre. Debemos recordarlo toda la vida; tanto si alcanzamos una alta posición y se nos tributan grandes honores, como si caemos en el más triste infortunio. En ningún caso debemos olvidar este momento en que hemos otorgado nuestro amor a un ser ejemplar..., este momento en que tal vez nos hemos mostrado mejores de lo que somos...

»Oídme, palomas... Permitidme que os llame así, pues todos os parecéis a esas bellas y delicadas aves... Oídme, encantadores amiguitos. Tal vez no comprendáis ahora lo que os voy a decir, porque acaso no consiga expresarme con claridad; pero estoy seguro de que más adelante, cuando recordéis mis palabras, me daréis la razón. Sabed que no hay nada más noble, más fuerte, más sano y más útil en la vida que un buen recuerdo, sobre todo cuando es un recuerdo de la infancia, del hogar paterno. Se os habla mucho de vuestra instrucción. Pues bien, un recuerdo ejemplar, conservado desde la infancia, es lo que más instruye. El que hace una buena provisión de ellos para su futuro, está salvado. E incluso si conservamos uno solo, este único recuerdo

puede ser algún día nuestra salvación. Tal vez lleguemos a ser malos, incapaces de abstenernos de cometer malas acciones; tal vez nos riamos de las lágrimas de nuestros semejantes, de los que dicen, como Kolia acaba de decir: «Quiero sufrir por toda la humanidad.» Pero, por malos que podamos llegar a ser..., ¡aunque Dios nos libre de la maldad!..., por malos que podamos llegar a ser, cuando recordemos estos instantes en que hemos enterrado a Iliucha, y lo mucho que lo hemos querido estos días, y las palabras que hemos cambiado junto a esta peña, ni el más cruel y burlón de nosotros osará reírse en su fuero interno de los buenos sentimientos que han llenado su alma en este instante. Es más, tal vez este recuerdo le impida obrar mal, tal vez se detenga y se diga: «Entonces fui bueno, sincero y honrado. » Y si se ríe, poco importa: es frecuente que nos riamos sin reflexionar, por ligereza. Os aseguro que, después de reírse, se dirá desde el fondo de su corazón: «Me he equivocado. No debo reírme de estas cosas. »

—Te comprendo, Karamazov —exclamó Kolia, fíjando en él una mirada fulgurante—. Así ocurrirá.

Los demás niños se mostraron también impresionados y se dispusieron a expresar sus sentimientos, pero no se atrevieron a decir nada: se limitaron a concentrar en Aliocha sus miradas resplandecientes de emoción.

Alexei continuó:

—He dicho todo esto por si algún día llegamos a ser malos. Pero ¿por qué hemos de serlo? ¿No os parece, amigos míos, que no hay ninguna razón para que lo seamos? Seremos buenos, honrados y no nos olvidaremos unos a otros. Yo os doy mi palabra de que no olvidaré a ninguno de vosotros; de que siempre, por muchos años que pasen, me acordaré de estas caras que me miran ahora. Hace un momento, Kolia ha dicho a Kartachov que queríamos ignorar que existía. Pues bien, aunque me olvide de que Kartachov existe y de que se pone colorado por cualquier cosa, como cuando dijo que sabía quién había descubierto Troya, no podré olvidar esos ojos suyos que ahora me miran alegremente... Queridos amigos: seamos todos generosos y valientes como Iliucha; bravos, nobles a inteligentes como Kolia (inteligencia que con el tiempo irá aumentando) y modestos y amables como Kartachov. Pero no hay razón para que me refiera únicamente a Kartachov y a Kolia. A todos os quiero y os querré siempre igual. Y ya que nunca os faltará un lugar en mi corazón, puedo pediros que me llevéis toda la vida en el vuestro. ¿Quién nos ha unido en este hermoso sentimiento que deseamos conservar siempre en la memoria? Ihucha, ese bondadoso y gentil muchacho al que no dejaremos nunca de querer. ¡Nunca, nunca lo olvidaremos! ¡Será un bello recuerdo que llevaremos eternamente en nuestros corazones!

—¡Sí, eternamente! —gritaron con emoción todos los niños.

—Nos acordaremos de su cara, de su traje, de sus viejos zapatitos, de su ataúd, de su desdichado padre, al que él defendió solo contra toda la clase.

—¡No lo olvidaremos! ¡Era bueno y valiente!

—¡Cuánto lo quería! —exclamó Kolia.

—Queridos muchachos, amigos míos, ¡no temáis a la vida! ¡Es tan hermosa cuando se practica el bien y se es fiel a la verdad!

—¡Sí, sí! —gritaron entusiasmados los niños.

—¡Te queremos, Karamazov! —dijo una voz, sin duda la de Kartachov.

—¡Te queremos, te queremos! —repitieron todos. Y en los ojos de algunos brillaban las lágrimas.

—¡Viva Karamazov! —gritó Kolia.

—¡Conservemos eternamente el recuerdo de nuestro pobre amiguito! —repitió Aliocha, profundamente conmovido.

—¡Eternamente!

—Karamazov —dijo Kolia—, ¿es verdad eso que dice la religión de que resucitaremos después de morir y nos volveremos a ver todos? Si es así, nos encontraremos de nuevo con Iliucha.

—Sí, es cierto; todos resucitaremos y nos volveremos a ver —respondió Aliocha, sonriendo y rebosante de fe—. Y entonces hablaremos alegremente de las cosas pasadas.

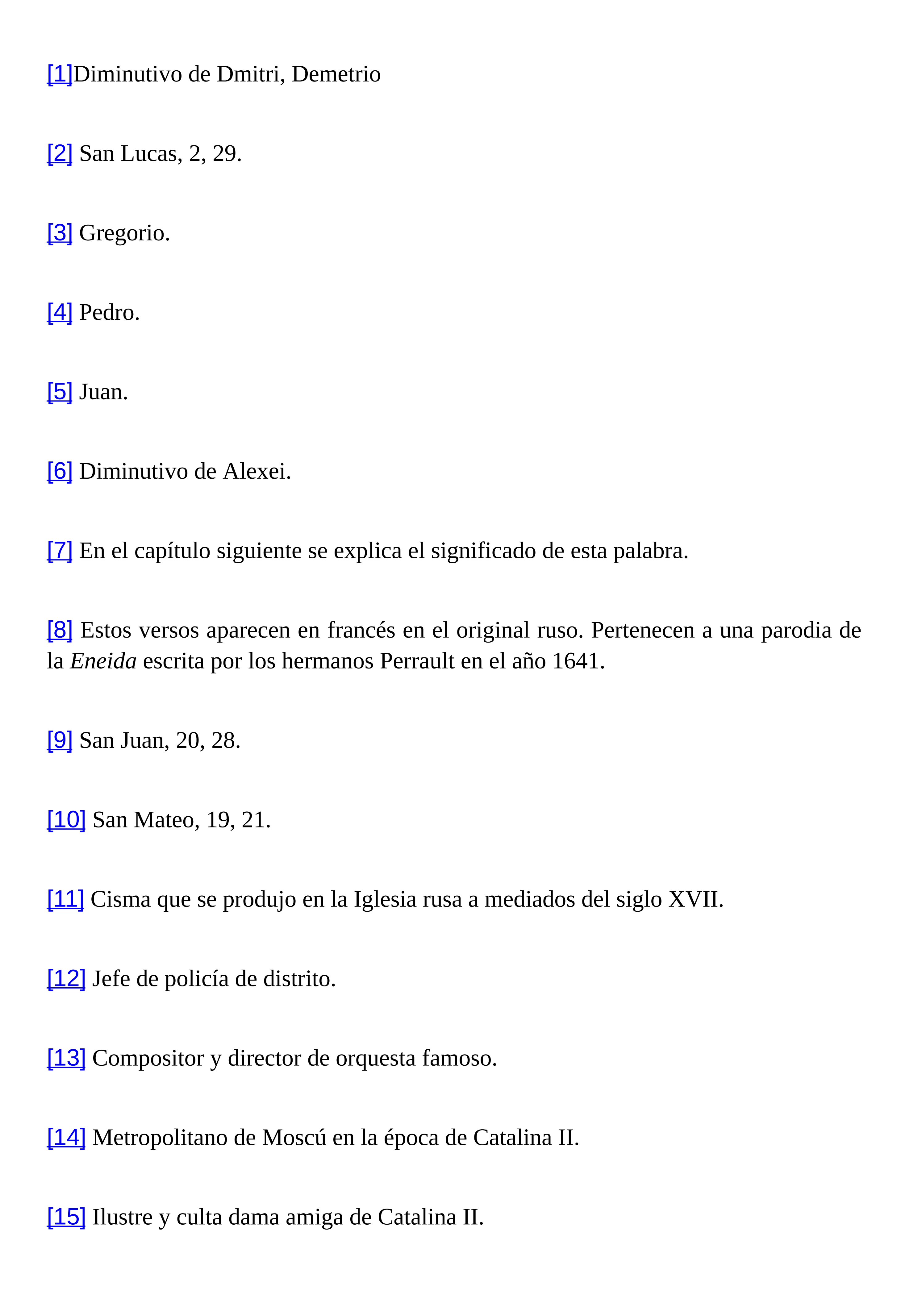
—¡Eso será magnífico! —exclamó Kolia.

—Bueno, se acabó la charla —dijo Aliocha sin dejar de sonreír—. Ahora hemos de ir a la comida de funerales. No debemos extrañarnos de que se coman tortas en estas circunstancias. Es una antigua tradición que tiene su lado bueno. ¡Vamos ya, cogidos de la mano!

—¡Siempre iremos así: cogidos de la mano! —dijo Kolia. Y volvió a gritar con todas sus fuerzas—: ¡Viva Karamazov!

—¡Viva! —corearon todos los niños.

FIN



[1]Diminutivo de Dmitri, Demetrio

[2] San Lucas, 2, 29.

[3] Gregorio.

[4] Pedro.

[5] Juan.

[6] Diminutivo de Alexei.

[7] En el capítulo siguiente se explica el significado de esta palabra.

[8] Estos versos aparecen en francés en el original ruso. Pertenecen a una parodia de la *Eneida* escrita por los hermanos Perrault en el año 1641.

[9] San Juan, 20, 28.

[10] San Mateo, 19, 21.

[11] Cisma que se produjo en la Iglesia rusa a mediados del siglo XVII.

[12] Jefe de policía de distrito.

[13] Compositor y director de orquesta famoso.

[14] Metropolitano de Moscú en la época de Catalina II.

[15] Ilustre y culta dama amiga de Catalina II.

[16] Célebre favorito de Catalina II.

[17] Libro litúrgico que habla de los oficios de ciertas fiestas fijas.

[18] Forma familiar y cariñosa de Anastasia

[19] Forma familiar y cariñosa de Nikita.

[20] San Mateo, 2, 18.

[21] En el Evangelio de San Lucas (15, 7) se dice «...que por noventa y nueve justos que no necesiten penitencia».

[22] Pequeña población de Siberia occidental.

[23] Como dice Fiodor Pavlovitch, estos tres Moor son personajes de la obra de Schiller, autor por el que Dostoiewski tuvo predilección desde niño

[24] San Lucas, 7, 47.

[25] Diminutivo de Mikhail (Miguel).

[26] Diminutivo de Agrafena (Agripina).

[27] Era corriente ver en las mesas rusas tres clases de pan: blanco, moreno y negro.

[28] Bebida fermentada que se hace con malta, pan negro y otros ingredientes.

[29] Papilla hecha con patatas.

[30] Secta que apareció en Rusia en el siglo XVII y que se entregaba a ciertos ritos

secretos y frenéticos.

[31] Famosos establecimientos de comestibles.

[32] Pablo

[33] Inspirándose en una narración popular rusa, Pushkin escribió una pequefta obra maestra: el *Cuento de pescador y del pescado.*

[34] Primer verso de una célebre poesía de Goethe: «El Divino».

[35] Tiro de tres caballos

[36] Tomás.

[37] Primera recopilación de las novelas de Gogol.

[38] Miembro de una secta de eunucos.

[39] Famoso pintor de temas religiosos. Murió en el año 1887.

[40] San Marcos, 4, 24

[41] El protagonista de *El héroe de nuestro tiempo,* famosa novela de Lermontov, es Petchorine. Arbenine es el héroe de *Baile de máscaras,* drama del mismo autor.

[42] No necesito su agradecimiento, señora. (Verso de la obra de Schiller *El guante.)*

[43] Diminutivo de Ilia (Elías)

[44] Versos de la obra El demonio, de Lermontov.

[45] Sosna, pino; *so sna*, sueños.

[46] El titulado «Reflexiones sobre la temperatura».

[47] Alejandro II, que abolió la esclavitud.

[48] Un error de Dostoiewski: eran los *confrères de la Passion* los que organizaban estas representaciones.

[49] Las primeras representaciones de este género fueron organizadas en Moscú por el pastor luterano Gregory.

[50] Poema extraído de los evangelios apócrifos. Dio origen a numerosos cantos populares rusos.

[51] San Mateo, 24, 36.

[52] Schiller, *Sehnsucht*.

[53] San Juan, El Apocalipsis.

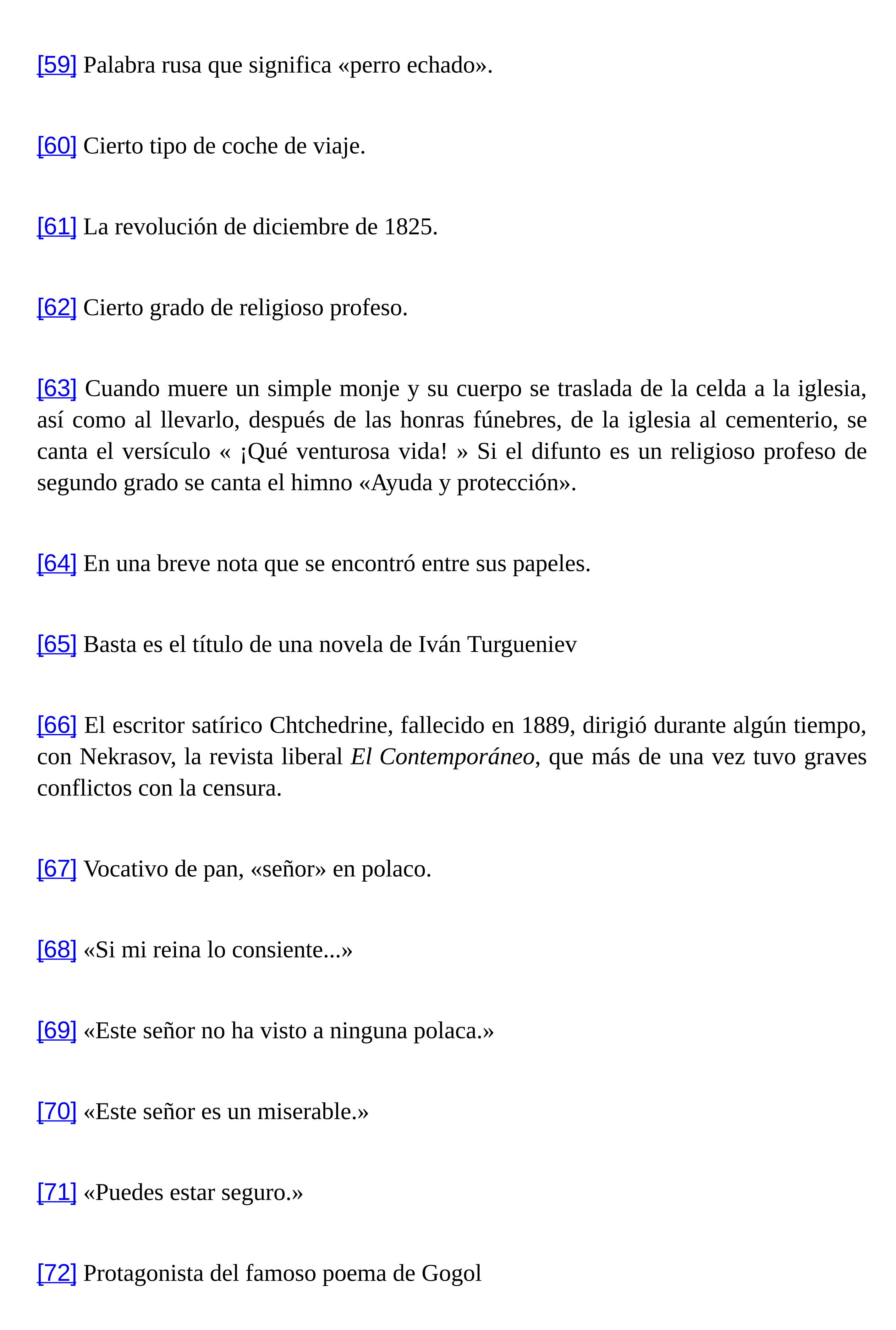
[54] Polejaiev, Coroliano

[55] San Mateo, 24, 27

[56] San Marcos, 5, 41

[57] San Juan, El Apocalipsis, 7, 4-8.

[58] De *El Apocalipsis*, 17, 18.



[59] Palabra rusa que significa «perro echado».

[60] Cierto tipo de coche de viaje.

[61] La revolución de diciembre de 1825.

[62] Cierto grado de religioso profeso.

[63] Cuando muere un simple monje y su cuerpo se traslada de la celda a la iglesia, así como al llevarlo, después de las honras fúnebres, de la iglesia al cementerio, se canta el versículo « ¡Qué venturosa vida! » Si el difunto es un religioso profeso de segundo grado se canta el himno «Ayuda y protección».

[64] En una breve nota que se encontró entre sus papeles.

[65] Basta es el título de una novela de Iván Turgueniev

[66] El escritor satírico Chtchedrine, fallecido en 1889, dirigió durante algún tiempo, con Nekrasov, la revista liberal *El Contemporáneo*, que más de una vez tuvo graves conflictos con la censura.

[67] Vocativo de pan, «señor» en polaco.

[68] «Si mi reina lo consiente...»

[69] «Este señor no ha visto a ninguna polaca.»

[70] «Este señor es un miserable.»

[71] «Puedes estar seguro.»

[72] Protagonista del famoso poema de Gogol

[73] «¿Qué hora es, caballero?»

[74] «Yo no me opongo. Yo no he dicho nada.»

[75] «Madrigal a una nueva Safo», por Batiuchkov.

[76] Estos versos aparecen en francés en el original.

[77] «Señores.»

[78] «Encantado, señor. Bebamos.»

[79] «Ilustrísimo.»

[80] «Muy bien dicho.»

[81] «¿Cómo no ha de amar uno a su patria?»

[82] «Es demasiado tarde, señor.»

[83] «Tienes razón. Pero es su frialdad la que me entristece.»

[84] «Estoy dispuesto.»

[85] «Es lo mejor.

[86] «Siéntense, señores.»

[87] «Cien rublos, doscientos rublos...»

[88] « Bajo palabra de honor.»

[89] «Entre amigos no se habla en ese tono.»

[90] «¿Es una broma?»

[91] «¿Qué derecho tiene usted a hablar así?»

[92] « ¿Qué quiere?»

[93] «¿En qué puedo servirle, señor?»

[94] «¿Tres mil, señor?»

[95] «¿Eso es todo?»

[96] «Me siento profundamente ofendido»

[97] « Estoy asombrado»

[98] Obstinada

[99] «Si quieres seguirme, ven; si no, adiós.»

[100] Comisario de policía de distrito.

[101] Mauricio.

[102] Grado de la jerarquia civil que equivale a la de teniente coronel.

[103] Las grandes reformas sociales, judiciales y administrativas de Alejandro II.

[104] Consejo de distrito que se encargaba del mantenimiento de los hospitales, las

escuelas, etc.

[105] Testigos reclutados entre los habitantes de la población.

[106] De Silentium, poesía de Tiutchev.

[107] Señor coronel.

[108] Funcionario de duodécima clase.

[109] Diminutivo de Nikolai: Nicolás.

[110] Nastia, diminutivo de Anastasia; Kostia, diminutivo de Constantino.

[111] Novela de Fromaget traducida al ruso en 1785

[112] Entre los estudios del gran crítico ruso Bielinski sobre Pushkin destaca el del poema «Eugenia Onieguine», del que es protagonista Tatiana.

[113] La «Tercera Sección», policía secreta para asuntos políticos, tenía su sede cerca del puente de las Cadenas.

[114] Famosa revista que se editaba en Londres y se introducía clandestinamente en Rusia.

[115] Salmo 137, versículos 5 y 6.

[116] Especialmente en su poema «Eugenia Onieguine», Pushkin canta la belleza de los pies femeninos.

[117] Nombre familiar de Petersburgo.

[118] Alejandro Gatsouk, editor de periódicos y almanaques.

[119] Palabras de Mestakov, personaje de *El Revisor*, de Gogol.

[120] En alemán, «Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espiritu Santo».

[121] Gogol, Almas muertas.

[122] Este castillo aparece en una novela titulada Los misterios de Udolphe, de Ann Radcliffe (1794), que tuvo gran éxito en toda Europa.

[123] San Juan, 10, 11.

[124] San Pablo. Epístola a los Efesios, 6, 4.

[125] Alusión a un epígrafe de La Campana, de Schiller.

[126] San Mateo, 7, 2; San Marcos, 4, 7.4.

[127] Banda de tela o de papel con imágenes que se coloca en torno de la cabeza de los difuntos.